

Universidad Nacional Autónoma de México

Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales

De fino temple

*Pedro Henríquez Ureña y la juventud intelectual mexicana
(1884-1910)*

Tesis

**que para optar por el grado de
Doctor en Ciencias Políticas y Sociales**

presenta

Alejandro Peña García

Tutor principal: Dra. Marta Eugenia García Ugarte, Instituto de Investigaciones Sociales.

Miembros del comité tutor: Dra. Gilda Waldman Mitnick, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales;

Dra. Daniela Spenser, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

México, D. F., septiembre de 2015



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Tendría alrededor de 20 años.

Imagen de Pedro Henríquez Ureña tomada de la Biblioteca Digital del Portal Educativo de las Américas, Organización de los Estados Americanos.

Contenido

Agradecimientos.....	7
Introducción.....	9
Capítulo 1	
Infancia y adolescencia en Santo Domingo.....	55
Capítulo 2	
Nuevos horizontes culturales. La vida del joven dominicano en Nueva York y en La Habana.....	123
Capítulo 3	
La integración de Henríquez Ureña en la juventud intelectual mexicana.....	181
Capítulo 4	
El impulso de la juventud: Manifestación literaria, Sociedad de Conferencias y estudios griegos y filosóficos.....	241
Capítulo 5	
Política y fines intelectuales: La manifestación en honor a Barreda y las conferencias del Conservatorio.....	307

Capítulo 6	
Entre los furores de la política.....	365
Capítulo 7	
La fundación del Ateneo de la Juventud y <i>Horas de estudio</i> de Henríquez Ureña.....	435
Capítulo 8	
Cultura y política. Rumbo al Centenario de la Independencia.....	501
Capítulo 9	
El ateneísmo en el Centenario.....	589
Capítulo 10	
El joven intelectual Pedro Henríquez Ureña.....	681
Conclusiones.....	703
Fuentes de información.....	721

Introducción

Pedro Henríquez Ureña es parte de la tradición de pensamiento crítico en América Latina. Nacido en la isla de Santo Domingo en 1884 y fallecido en Argentina en 1946, llegó a ser considerado un “maestro de América”. Su nombre resonaba en los círculos intelectuales como sinónimo de seriedad, rigor y honestidad. Gran parte de su obra escrita, amplia y variada, sigue vigente, sobre todo la que atañe a la historia de la literatura y la cultura en América Latina.¹ Hombre de acción cultural, participó en diversas asociaciones culturales, revistas, editoriales e instituciones educativas. Como maestro y amigo dejó una huella profunda en escritores latinoamericanos de varias generaciones.

“Evidentemente, maestro no es quien enseña hechos aislados o quien se aplica a la tarea mnemónica de aprenderlos y repetirlos, ya que en tal caso una enciclopedia sería mejor maestro que un hombre”, dice Jorge Luis Borges en el prólogo a un volumen que reúne los trabajos de crítica del dominicano.

Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo. La enseñanza dispone de muchos medios; la palabra directa no es más que uno. [...] Ideas que están muertas en el papel fueron estimulantes y vívidas para quienes las escucharon y conservaron, porque detrás de ellas, y en torno a ellas, había un hombre. Aquel hombre y su realidad las bañaban. Una entonación, un gesto, una cara, les daban una virtud que hoy hemos perdido. [...] De Pedro Henríquez Ureña sé que no era varón de muchas palabras. Su método, como el de todos los maestros genuinos, era indirecto. Bastaba su presencia para la discriminación y el rigor.

Henríquez Ureña corregía con sencillez y cortesía. Más que censurar, le gustaba alabar. “El dilatado andar por tierras extrañas, el hábito del destierro, habían afinado en él esa virtud.”²

¹ Señalo como muestras de la pervivencia de su obra: la Cátedra Extraordinaria de Estudios Latinoamericanos y del Caribe “Pedro Henríquez Ureña”, instalada en febrero de 2011 bajo los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México, la Embajada de la República Dominicana, El Colegio de México y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, y publicaciones recientes de sus trabajos: *La Universidad*, tesis con la que se graduó como abogado en la Escuela Nacional de Jurisprudencia (1914), en edición crítica de Fernando Curiel Defossé, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010; *México. El hermano definidor*, edición de Berenice Villagómez y Néstor Rodríguez, México, El Colegio de México, 2013.

² “Pedro Henríquez Ureña”, Jorge Luis Borges, fechado en Buenos Aires el 4 de marzo de 1959, en *Obra crítica* de Pedro Henríquez Ureña, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, segunda reimpresión de la primera edición de 1960, pp. vii y viii.

Pero este atemperado Henríquez Ureña podía ser un crítico muy duro y llegar incluso a la ira cuando se discutían ciertos asuntos ideológicos. Dice su hija Sonia:

Muy pocas veces recuerdo haberlo visto enfurecido. Me viene a la memoria una de ellas: yo era muy joven y no sé quién estaba en la casa hablando de política y, de pronto, esa persona empezó a hablar mal de los judíos. –En esta casa no permito que se hable de esa manera– dijo mi padre y dio un puñetazo en la mesa que, por suerte, no se rompió. Esa persona tuvo que irse... Pero lo que más me sorprendió fue el cambio de carácter, verlo tan violento... En el fondo creo que era un hombre de temperamento fuerte, pero él educó su propio carácter. Un hombre con tanta disciplina, con la idea integral de la perfección platónica, tiene que haber vigilado mucho su propio temperamento. Él mismo se modeló.³

Su formación fue en gran medida autónoma y auto dirigida; desde su niñez es notoria esa tendencia. Desde temprano también se le observa el don de la enseñanza. “Sócrates”, le llamaron sus compañeros coetáneos en México. Asimismo, como se verá en la tesis, las furias tenían mucho mayor juego en la personalidad y el actuar del joven Henríquez Ureña. De carácter firme, insobornable, generoso distribuidor de conocimientos, mantuvo a lo largo de su vida una fuerte exigencia intelectual y moral sobre sí mismo y sus allegados.

Al nombre de Pedro, continua Borges, se vincula el nombre de América.

Su destino preparó de algún modo esta vinculación; es verosímil sospechar que Pedro, al principio, engañó su nostalgia de la tierra dominicana suponiéndola una provincia de una patria mayor. Con el tiempo, las verdaderas y secretas afinidades que las regiones del continente le fueron revelando, acabaron por justificar esa hipótesis. Alguna vez hubo de oponer las dos Américas –la sajona y la hispánica– al viejo mundo; otra, las repúblicas americanas y España a la República del Norte. [...]

Para Pedro Henríquez Ureña, América llegó a ser una realidad; las naciones no son otra cosa que ideas y así como ayer pensábamos en términos de Buenos Aires o de tal cual provincia, mañana pensaremos de América y alguna vez del género humano. Pedro se sintió americano y aun cosmopolita, en el primitivo y recto sentido de esa palabra que los estoicos acuñaron para manifestar que eran ciudadanos del mundo [...].⁴

³ Henríquez Ureña de Hlito, Sonia, *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1993, p. 147.

⁴ Jorge Luis Borges, *Op. cit.*, pp. viii-ix.

El transitar de Henríquez Ureña por tierras americanas inicia en 1901, cuando sale de su patria teniendo dieciséis años. Vivió su juventud en Nueva York (1901-1904), La Habana (1904-1905) y México (1906-1914). Después radicó en Estados Unidos hasta 1921, cuando vuelve a México para integrarse a la cruzada cultural dirigida por el amigo de juventud José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional de México y luego primer secretario de Educación Pública. En 1924 se instaló en Argentina, donde permaneció hasta 1931, año en que retorna a su patria para hacerse cargo del ramo de la educación como Superintendente de Instrucción Pública. Eran los primeros años del gobierno de Rafael Leónidas Trujillo, que se convertiría en una larga y feroz dictadura. Después de año y medio, eligió el autoexilio a causa de las difíciles condiciones políticas. De nuevo en Argentina, participó en el círculo de la revista *Sur* fundada por Victoria Ocampo, trabajó en la novel editorial Losada y en el Instituto de Filología. La muerte lo alcanzó el 11 de mayo de 1946, a bordo del tren que lo llevaría de Buenos Aires a La Plata para impartir sus clases habituales.

Henríquez Ureña no se quedaba extranjero en los países en que vivía, de inmediato se ponía a hacer labor cultural, establecía amistades, suscitaba dinámicas de estudio y colaboración intelectual. La “hipótesis” de la patria mayor se fue conformando y confirmando en un itinerario geográfico a la vez penoso y rico en experiencias humanas. Llegó a una visión sobre América Latina como una utopía. A través de varios ensayos, impulsó la idea de que nuestra zona, ante la crisis cultural europea, debería ser un nuevo espacio para el desarrollo cultural de la humanidad. En 1922, durante una gira oficial de José Vasconcelos por Sudamérica, el dominicano dio un discurso en La Plata, donde afirmaba esta orientación humanista.

La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más [...]. Nuestra América debe afirmar la fe en su destino, en el porvenir de la civilización. [...] Me fundo sólo en el hecho de que, en cada una de nuestras crisis de civilización, es el espíritu quien nos ha salvado, luchando contra elementos en apariencia más poderosos; el espíritu solo, y no la fuerza militar o el poder económico.⁵

La confianza en las bondades de la educación y la cultura, en la labor del espíritu, dio fundamento y sentido a la vida de Henríquez Ureña. Su compromiso estaba con las labores intelectuales, pero dentro de una visión más amplia de responsabilidad social. El ideal de justicia,

⁵ Henríquez Ureña, Pedro, “La utopía de América”, en *La utopía de América*, Caracas, Ayacucho, 1978, pp. 5-6.

decía, es superior al ideal de cultura.⁶ En su persona se enlazaba una voluntad de perfección en el cultivo de la cultura con una profunda vocación de servicio. En alguna ocasión, por ejemplo, confió a un amigo: “Debemos recordar que no basta vivir para la educación... se debe también sufrir por la educación.”⁷

Esta tesis abarca los primeros 26 años de su vida, de 1884 a 1910. Mucho cambió el hombre, de la juventud a la madurez, pero las bases de su personalidad y de su práctica intelectual se establecen en este periodo. La idea principal es que, para cuando tiene entre 24 y 26 años (1908-1910), su práctica intelectual ha adquirido plena articulación, su formación es diversa y sólida, su visión sobre el quehacer intelectual (qué hacer, cómo y para qué hacerlo) es clara y firme. Entendiendo al niño, adolescente y joven, se entiende cómo se formó el intelectual Pedro Henríquez Ureña, este hombre de acción cultural, crítico y utopista, maestro formador de intelectuales.

No hay ser humano sin contradicciones. Cada paso entrañó un riesgo, el individuo se enfrentó constantemente con el ambiente, con los otros y consigo mismo. La personalidad de Henríquez Ureña, su temple, una manera coherente y autodirigida de vivir, se formó entre placeres y desdichas, triunfos y decepciones, en batallas individuales o colectivas, en las horas de estudio, deleitándose en funciones de teatro, música y ópera, en las extensas horas compartidas con los amigos.

El significado de “temple” es plural. Se refiere al carácter o personalidad, así como, más particularmente, a la serenidad o calma con que el individuo enfrenta las situaciones difíciles. La templanza significa llegar a un estado equilibrado de las propias fuerzas, como se temple el agua, como se afinan los instrumentos musicales. El temple, además, se refiere a la dureza y flexibilidad que se le da a los metales, a la espada. En ese sentido, también entiendo por temple la formación y la prueba de las armas de la inteligencia.

En el primer capítulo se reconstruye la formación de Henríquez Ureña en su natal Santo Domingo, dentro de una familia de intelectuales y en un contexto histórico de grandes dificultades sociales y políticas. El segundo está dedicado a sus experiencias en la ciudad de Nueva York, trepidante, contradictoria y plena de manifestaciones culturales; así como al periodo

⁶ Henríquez Ureña, Pedro, “Patria de Justicia”, *La utopía de América*, Caracas, Ayacucho, 1978, p. 11.

⁷ El testimonio se debe a Toño Salazar, citado por Sonia Henríquez Ureña de Hlito, *op. cit.*, p. 148.

de asentamiento de su modo de pensar en La Habana. La mayor parte de la tesis, del capítulo tres en adelante, está dedicada a su vida en México, de 1906 a 1910.

La historia tiene a veces felices coincidencias. En la ciudad de México, el joven dominicano se introdujo a un ambiente intelectual y cultural animado y rico, en lo que habrían de ser los últimos años de la dictadura de Porfirio Díaz. Se encontró con una nueva generación de escritores que buscaban horizontes intelectuales nuevos. La aventura de Henríquez Ureña se incorporó a la aventura colectiva de la llamada generación del Ateneo de la Juventud, asociación fundada en 1909 que reunió a jóvenes, a la postre muy importantes, como Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Julio Torri. El Ateneo de la Juventud fue expresión de una corriente de transformación en las ideas y la cultura mexicanas de esos tiempos. Se trata de un movimiento que, como muchos autores han expuesto, fue muy influyente en la vida cultural mexicana durante buena parte del siglo XX.⁸

Se sabe que Pedro Henríquez Ureña jugó un papel importante dentro del Ateneo; lo que me ha interesado saber es cómo desempeñó ese papel, cuál fue su peso dentro de ese movimiento. En la tesis se reconstruyen los primeros años del movimiento ateneísta, que presenta una clara curva ascendente. Pero visto con detenimiento, el panorama es de incertidumbre y batallas. Además de mostrar esto, he intentado probar la idea de que, ya en ese periodo inicial, se constituyó en los jóvenes un nuevo *ethos* intelectual, una nueva forma de concebir y realizar las labores del intelecto. Tanto el proceso individual de Henríquez Ureña como la formación del *ethos* ateneísta, son analizados estableciendo relaciones y contrastes con otras orientaciones intelectuales en México, dentro del marco más amplio de tendencias sociales y políticas de ese tiempo previo a la revolución de 1910.

El proyecto original comprendía el conjunto de la vida y la obra del dominicano. A la mitad del camino hubo que hacer adecuaciones debido a las magnitudes de la tarea y al margen

⁸ Entre los principales trabajos sobre el Ateneo de la Juventud: Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas*, tomo XII, México, Fondo de Cultura Económica, 1997 [segunda reimpresión de la primera edición de 1960]; *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y recopilación por Juan Hernández Luna, “Anejo documental” de Fernando Curiel Defossé, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000 [edición revisada y aumentada de la primera de 1962]; José Rojas Garcidueñas, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979; Alfonso García Morales, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Consejo Superior de Investigación Científica, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1992; Fernando Curiel Defossé, *La revuelta: Una interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1999; Susana Quintanilla, “Nosotros” *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México D. F., Editorial Tusquets, Fundación Tv Azteca, 2008.

de tiempo de los estudios de postgrado. Para entonces, estaba ya muy seguro de las ideas principales que sostengo en la tesis. Mientras que mi perspectiva, en lo fundamental, me fue transparente desde el inicio.

En cierta ocasión, siendo asistente de la Dra. Daniela Spenser, pude leer unas cartas que Henríquez Ureña le envió a Vicente Lombardo Toledano, desde Argentina, a finales de la década de 1920. En ellas rezumaba amargura, le hablaba de sus dolencias corporales, del trabajo abrumador, de las dificultades para adecuarse a la vida en aquel país. Pedro lamentaba que su amigo y cuñado estuviera sumido por completo en la política. Él podría volver a México, le decía, si al menos Vicente pusiera un bufete de abogados para intentar construirse una situación independiente. Me llamó la atención el pesimismo de este intelectual, de quien apenas tenía noticias. ¿Cuál había sido la historia de su amargura?, ¿de dónde provenía su malestar acerca de la política?, ¿por qué resultaba tan importante conseguir una situación independiente?, ¿qué significaba ser un intelectual independiente? Poco a poco, a través de preguntas como estas, fue tomando forma mi investigación sobre Pedro Henríquez Ureña.⁹

Mi enfoque es agonístico. Me han interesado sobre todo las dinámicas de combate, confrontación y conflicto. Un incesante batallar es el ejercicio de la inteligencia, desde la intimidad de la mente del individuo hasta las mayores empresas intelectuales de índole social. Esta perspectiva, sometida a crítica y adecuaciones, se halla imbricada en la discusión de conceptos y la exposición del método que se desarrollan en esta introducción.

Según José Ortega y Gasset, la historia es “la faena de retrotraer todo dato sobre el pasado a su fuente vital para asistir a su nacimiento, diríamos, para obligarlo a nacer y ser de nuevo: hay que ponerlo en *status nascens*, como recién nacido.”¹⁰ Tal ha sido mi intención: indagar la génesis de ciertos procesos individuales y sociales. Me ajusté a las herramientas y procedimientos de la historia: el manejo de diversas fuentes documentales, directas e indirectas; el apego a los

⁹ Las experiencias de investigación histórica cerca de la Dra. Daniela Spenser resultaron de gran valor para mi propio proyecto, iniciado a finales de 2008 y culminado en 2013. Trabajé con la Dra. Spenser de 2006 a 2008, en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), ayudándole, principalmente, en su investigación de largo aliento sobre el intelectual y político mexicano Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), quien fue discípulo y amigo de Henríquez Ureña. El dominicano se casó con Isabel Lombardo Toledano en 1924; procrearon dos hijas, Natasha, nacida en México en 1924, y Sonia, nacida en Argentina en 1930. Con doña Sonia Henríquez Ureña de Hlito tuve la fortuna de platicar largamente en dos ocasiones en Buenos Aires, a finales de 2009, durante una estancia de tres meses que tuvo el objetivo de indagar sobre su padre en aquella ciudad porteña.

¹⁰ Ortega y Gasset, José, *En torno a Galileo / El hombre y la gente*, México, Editorial Porrúa, 3ª edición, 2001, p. 37. Tomé la cita de Fernando Curiel, *sigloveinte@lit.mx. Amplio tratado de perspectiva generacional*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, p. 90.

datos; la crítica de las fuentes (cuál es su naturaleza, cómo se construyeron, qué tipo de información y qué alcance explicativo tienen); una mirada escrutadora sobre las explicaciones más o menos fundadas, más o menos verosímiles de los hechos, incluyendo las interpretaciones de los protagonistas y los estudiosos posteriores. La tarea es siempre aproximativa. No podemos asistir a la génesis del pasado tal como ocurrió; hay vacíos de información; el material es analizado, interpretado y expuesto con determinada perspectiva. Se trata de un terreno abierto a las interpretaciones. La sociología me permitió profundizar conceptualmente en la indagación histórica.

En los siguientes apartados trato de exponer las problemáticas sociológicas en que se ubica la tesis. En la base de ellas se encuentra la pregunta: ¿cómo funciona, socialmente, la inteligencia? Es una pregunta umbral para acceder a muchas otras: qué es el trabajo intelectual, cuáles son sus formas prácticas, cómo definir a los intelectuales, cómo se forman los intelectuales, qué funciones cumplen, qué orientaciones sociales siguen, etc.

El propósito de la tesis es contribuir al esclarecimiento de la vida de Pedro Henríquez Ureña, pero va más allá. La cuestión de cómo funciona el intelecto se explora no solamente en la trayectoria individual, sino también en los grupos y ambientes intelectuales de la época, de finales del siglo XIX a principios del XX. Al comprender contextos sociales en países diferentes, la tesis es también una exploración de cómo, en diferentes circunstancias, la imaginación y la reflexión intelectual encuentran estímulos y retos diferentes. De esta manera, pretendo que la tesis sea una contribución general sobre cómo se constituyen, funcionan y se transforman las prácticas intelectuales. Las consideraciones globales a las que llegué al respecto, las he recogido en las Conclusiones de este trabajo.

I. Los intelectuales como un poder social

“Intelectuales” es una palabra que se ha usado, históricamente, para nombrar a las personas que se dedican al conocimiento. Una entre muchas otras: sabios, humanistas, doctos, escritores, hombres de letras, filósofos, ideólogos, *intelligentsia*, científicos, pensadores, expertos. Las

palabras remiten a historias particulares, entrelazadas o superpuestas, y señalan orientaciones distintas del ejercicio del intelecto, que pueden ser coincidentes o contrapuestas. De manera general, todas se refieren a personas en quienes el ejercicio de la inteligencia es, en gran medida si no es que por completo, el eje central de su vida. La ventaja del término “intelectuales”, con sus desarrollos sociológicos (que están lejos de presentar un *corpus* coherente), es que puede abarcar todas esas otras designaciones sobre el uso del intelecto.

El término “intelectuales” se difundió con amplitud a finales del siglo XIX, a raíz del caso Dreyfus en Francia. En 1898, el novelista Émile Zola publicó su famoso *J'Accuse* en defensa del capitán Alfred Dreyfus, injustamente acusado de espionaje y traición. Con su carta abierta dirigida al presidente de la república, el escritor cumplía con lo que consideró su deber: decir “la verdad”. Inserto en las luchas políticas, el activismo de Zola impulsó la movilización de muchos otros literatos. Para la mayoría de los estudiosos del tema, este episodio marca un hito. Se empezó a distinguir como un sector social y aun como un “partido” a “los intelectuales”. Resultaba muy claro que los escritores, con sus propios recursos, podían incidir directamente y con fuerza en los debates políticos públicos.¹¹

La acuñación y popularización del término “intelectuales” es parte de un largo proceso histórico a través del cual los hombres del pensamiento y de la palabra se constituyeron en un poder social relativamente autónomo. Proceso desarrollado dentro de lo que conocemos como modernidad, el periodo de la historia occidental cuyas características emergen en el Renacimiento, en los siglos XV y XVI, y se despliegan en el siglo XVIII. Entre los cambios profundos en las mentalidades que comprende la modernidad, se halla la creencia, que resultó progresivamente tendencia dominante, de que los seres humanos, de manera autónoma y racional, podían dirigir su propio destino, como individuos y como sociedades. La autonomía del individuo, la razón y la ciencia se convirtieron en valores centrales, en contraposición a la tradición, la religión y el poder de los monarcas.

En el siglo de Las Luces, el siglo XVIII de la Ilustración, la Enciclopedia y la Revolución Francesa, los hombres de ideas funcionaron ya plenamente como un poder social. La “gloria” del

¹¹ El capitán del ejército francés Alfred Dreyfus, de origen judío, fue apresado en 1894 acusado de espionaje y alta traición. Las acusaciones eran falsas, pero pasaron muchos años para que el proceso fuera resuelto. Las irregularidades del proceso judicial provocaron una amplia polémica pública. En el gobierno y en parte de la opinión pública se evidenciaron tendencias nacionalistas y antisemitas. Cf. Miquel, Pierre, *El caso Dreyfus*, México, FCE, 1988.

escritor, el reconocimiento de *les hommes de lettres* se extendió en las sociedades europeas; la influencia de los pensadores (*les philosophes*) fue más allá de los círculos de iniciados o de las elites sociales.¹² Los hombres de la Ilustración, movimiento filosófico iniciado a finales del siglo XVII y que abarcó toda Europa y los Estados Unidos, se inspiraron en pensadores anteriores (Pascal, Leibniz, Galileo, Newton y Descartes) y renovaron, a veces de manera radical, distintas ramas del conocimiento (metafísica, estética, ética, geografía, economía, etc.).¹³ De suma importancia fueron los desarrollos en la filosofía política (las teorías sobre los derechos inalienables del individuo, el contrato social, sobre el origen y fundamento del poder, la división de poderes y la democracia), ya que establecieron las líneas ideológicas en que efectivamente se transformaron las sociedades. La Revolución Francesa (1789-1799) y la independencia de los Estados Unidos (1776-1783) se basaron en las ideas de la Ilustración; y estas revoluciones, a su vez, marcaron la pauta de posteriores transformaciones sociales en Europa y en América.

La Ilustración (*les Lumières, Enligtenment, Aufklärung*) fue un movimiento cultural complejo y diverso, pero guarda una fuerte unidad de sentido. En la formulación de Immanuel Kant, se trataba de que el hombre accediera a su mayoría de edad, que se liberara de su “culpable incapacidad”; incapacidad “culpable” porque no se debía a la falta de inteligencia sino a la falta de decisión y valentía para servirse de ella. El lema de la Ilustración era “¡Ten valor de servirte de tu propia razón!”¹⁴

El racionalismo excesivo del espíritu ilustrado fue criticado por un movimiento igualmente amplio, el romanticismo, originado en Inglaterra y Alemania a finales del siglo XVIII y que predominó en Europa durante la primera mitad del siglo XIX. El romanticismo defendió la

¹² Véase, por ejemplo, Paul Benichou, *La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, FCE, 1981. La historia compleja y contradictoria de la intelectualidad francesa, de 1735 a 1762, ha sido desarrollada espléndidamente por Élisabeth Badinter en los dos volúmenes de *Las pasiones intelectuales*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007 y 2009 [primeras ediciones en francés de 1999 y 2002].

¹³ Tan sólo la mención de algunos nombres muestra la envergadura e importancia de la Ilustración. En Francia, el centro más importante: Pierre Bayle, Étienne Bonnot de Condillac, Nicolás de Condorcet, Jean-Jacob Rousseau, Voltaire, Denis Diderot, Jean D’Alembert (estos dos, directores de la *Enciclopedia o Diccionario razonado de ciencias, artes y materias*, editada entre 1751 y 1772 y en la que colaboraron numerosos científicos, filósofos y escritores ilustrados), Fontenelle, Helvétius, Montesquieu, el marqués de Sade, Buffon y otros. En Inglaterra, donde se desarrolló el empirismo con John Locke y George Berkeley. En Escocia, el filósofo David Hume y el economista Adam Smith. En Alemania, Immanuel Kant, quien desarrolló la filosofía en todos los órdenes (ética, estética, metafísica, filosofía de la historia y teoría del conocimiento); su obra, sobre todo la *Crítica de la razón pura* (1781), inaugura el idealismo alemán y fue determinante para el desarrollo de la filosofía moderna.

¹⁴ Kant, Immanuel, *¿Qué es la Ilustración? y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, editado por Roberto R. Aramayo, Madrid, Alianza, 2009.

importancia y aún la primacía de las fuerzas humanas que no podían ser dominadas por la razón, como los sentimientos, el instinto y la voluntad. Se revaloró la historia, el folclor, la fantasía, la lengua y la religión. De naturaleza múltiple, el romanticismo derivó en orientaciones estéticas y políticas divergentes, hacia posiciones conservadoras, nacionalistas, liberales o socialistas.¹⁵ Este movimiento artístico y filosófico abrió el panorama de reflexión acerca de las facultades espirituales del ser humano (creación, imaginación, sentimientos, pasiones, etc.) y puso en cuestión el optimismo racionalista.

En el siglo XIX, dentro del marco del desarrollo industrial, revoluciones burguesas, consolidación de estados Nación, crecimiento de las ciudades, formación de asociaciones y sindicatos obreros, las orientaciones del trabajo intelectual se diversificaron notablemente. Se acuñaron nuevos nombres para aquellas personas dedicadas al uso del conocimiento con fines públicos. Según un autor, a principios del siglo, Napoleón usó la palabra *ideològues*, probablemente inspirado en la noción de ideología de Destutt de Tracy. El novelista ruso Boborikin propagó, hacia 1860, la expresión *intelligentsia*.¹⁶ Proliferaron los círculos intelectuales y las ideologías contestatarias (socialismo, comunismo, anarquismo). No obstante, se mantuvo como visión hegemónica la idea del progreso, sustentada en el desarrollo económico y material. La fe en el progreso encontró su más articulada expresión en la doctrina del positivismo, desarrollada por Auguste Comte a mediados del siglo. La historia de la humanidad se concibió como un camino de mejoramiento progresivo y necesario. El modelo correcto para el conocimiento estaba dado por el racionalismo de la ciencia experimental. Para finales del siglo XIX, nuevas corrientes de pensamiento criticaron a profundidad el positivismo y en general el racionalismo. Mientras, en el terreno literario, se desarrollaba nuevas tendencias (parnasianismo, simbolismo, decadentismo, modernismo, realismo y naturalismo).

¹⁵ Sobre las tendencias filosóficas contrapuestas a la Ilustración, véase, por ejemplo, el libro de Isaiah Berlin, *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*, México, FCE, 1983. Algunos de los escritores más importantes del movimiento romántico: En Inglaterra, Samuel Taylor Coleridge, William Wordsworth, Lord Byron, Percy Bysshe Shelley, John Keats, Walter Scott, Thomas Carlyle. En Alemania, los hermanos Friedrich y Wilhelm Schlegel, Goethe, Friedrich Schelling, Johann Gottfried Herder, Friedrich Schiller y Heinrich Heine. En Italia, Hugo Fóscolo, Alessandro Manzoni y Giacomo Leopardi. En Francia, Victor Hugo, François René Chateaubriand, Alphonse de Lamartine, Alfred de Vigny, Alfred de Musset y George Sand. El escritor Edgar Allan Poe en Estados Unidos.

¹⁶ Ambos datos indicados por Benjamín Oltra, *Diccionario de Sociología*, Salvador Ganier, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres (eds.), Madrid, España, Alianza editorial, 1998, pp. 387-388. El escritor francés ilustrado Antoine Louis Claude Destutt de Tracy (1754-1836) publicó en varios volúmenes, entre 1801 y 1815, *Eléments d'Idéologie*, proponiendo una nueva ciencia que se abocara al estudio de las ideas. La palabra *intelligentsia*, al parecer, empezó a usarse por pensadores en Polonia y Rusia en las décadas de 1830 y 1840; el novelista Pyotr Boborikin (1836-1921) la popularizó a través de sus artículos periodísticos.

Los intelectuales son tanto un producto como un factor de la modernidad. Alvin Gouldner ha indicado los principales elementos a tomar en cuenta para entender la evolución de los intelectuales en sentido moderno: la secularización de las sociedades y en particular la desacralización de las figuras de autoridad; la declinación del latín como lengua de los intelectuales; el quiebre de los sistemas de patronazgo a través de los cuales las elites sociales daban sustento de manera individualizada a los intelectuales; el crecimiento de un mercado anónimo para los productos y servicios de los intelectuales; la declinación del sistema de familia patriarcal extensa, una mayor influencia de la autoridad materna y una menor represión sobre los niños; las reformas y extensión de los sistemas públicos, en particular la educación, que tiende a abarcar a más clases sociales; la influencia cosmopolita del sistema de educación pública laica en los estudiantes, en quienes se efectúa una “conversión” hacia una forma “cuidadosa” y reflexiva de hablar; la declinación del intelectual humanista, que es relegado sobre todo en las sociedades industriales tecnocráticas; la formación de los intelectuales a través del antiguo procedimiento de la *dialéctica*, entendida como un modo contencioso de interacción social.¹⁷

A través de estos procesos históricos, se establecieron condiciones que permitieron una mayor autonomía de los individuos dedicados al trabajo intelectual: la posibilidad de sostenerse económicamente sin depender directamente de otros poderes, mayores espacios para desarrollar sus actividades propias, mayor libertad de pensamiento y crítica, la posibilidad de que sus puntos de vista fueran conocidos por muchas más personas, y con todo ello, mayor posibilidad de influir socialmente. A esto me refiero al decir que los intelectuales se constituyeron en un poder social.

A la vez, se desarrolló un “mundo” de los intelectuales, con sus propios valores y reglas de funcionamiento. En el centro de ese mundo se halla el “espíritu de análisis”, en la expresión de Alexis de Tocqueville.¹⁸ Los intelectuales, dice Gouldner, desarrollaron un discurso crítico-reflexivo, adoptaron y desarrollaron la *dialéctica*, en el sentido clásico de una disputa razonada y dialógica (“forma contenciosa de interacción social”). Este es un elemento central del *ethos* genérico del mundo intelectual. En principio, el comportamiento de los intelectuales y las

¹⁷ “Prologue to a Theory of the Revolutionary Intellectuals”, *Telos*, n. 6, invierno de 1975-1976, pp. 13-15. Cada uno de los puntos señalados es complejo; podrían tomarse como una guía para estudiar con detenimiento las tendencias que confluyen en la “emergencia” histórica del sector de los intelectuales. Además, Gouldner analiza el papel de los intelectuales como una fuerza directiva en las revoluciones sociales del siglo XX. Por ello, en el último de los 12 incisos resumidos, señala el rol de vanguardia que desempeñan los intelectuales dentro de las organizaciones revolucionarias.

¹⁸ En el capítulo III de *El Antiguo Régimen y la revolución*, segundo tomo de *La democracia en América*, México, FCE, 1973.

relaciones entre ellos se rigen o deben regirse por la discusión libre y fundamentada en razones. La Ilustración extendió las bases sobre las que se expandió y diversificó este mundo de los intelectuales.¹⁹

Los intelectuales se consolidaron como los defensores y propagadores del “punto de vista de la razón”. En el siglo XX, de guerras mundiales, totalitarismos, genocidios y destrucción del medio ambiente, el proyecto civilizatorio de la modernidad, incluida la noción misma de racionalidad, atravesó profundas crisis. Pero la crítica al “punto de vista de la razón” es asunto antiguo y se puede decir que acompaña al racionalismo desde su nacimiento. Una cruel paradoja, que se cita con frecuencia, es que el siglo de las Luces y el proyecto libertador de la Revolución Francesa hayan culminado con el establecimiento del Terror. Más tarde, en las décadas de 1870 y 1880, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche emprendió una fuerte crítica contra los valores morales de la civilización occidental, entre ellos la “fe” en la ciencia y la razón. Este filósofo, entre otros asuntos que atañen al *ethos* general de los intelectuales, develó que la voluntad de conocimiento es al mismo tiempo voluntad de poder.²⁰ Nietzsche, de importancia central para los jóvenes intelectuales del Ateneo de la Juventud, fue muy influyente en su época y en cierta medida perfiló los sentidos en que se desarrollarían las discusiones filosóficas sobre la modernidad en el siglo XX.

A finales del siglo XIX, en la época del caso Dreyfus y de ampliación del uso del término “intelectuales”, estaban bastante desarrollados los procesos de diferenciación y de funcionamiento relativamente autónomo de distintas áreas de la cultura (literatura, ciencias, artes,

¹⁹ *Ethos* entendido como carácter, temperamento, forma de ser y comportarse, una “segunda” naturaleza. El “espíritu de análisis” o el “discurso crítico reflexivo” resuenan con toda la seriedad del racionalismo ilustrado, con su intención de alcanzar la “mayoría de edad”. No obstante, el carácter contencioso del mundo intelectual remite también a la noción de juego, tal como la desarrolla Johan Huizinga en su interpretación general de la cultura. Como expone este autor, el diálogo funcionaba en la antigua Grecia como una técnica para atrapar al adversario, la cual se desarrollaba con evidentes formas lúdicas, e incluso se le concebía, en términos literarios, como una forma de la comedia. Huizinga, Johan, *Homo ludens*, traducción de Eugenio Imaz, Madrid, Alianza Editorial/Emecé Editores, séptima reimpresión, 2008 [primera edición de 1972;], p. 192.

²⁰ Nietzsche se remonta a las bases primeras de la filosofía occidental; en la figura de Sócrates (siglo V a. C.) ve aparecer por primera vez el optimismo del “hombre teórico”, que mediante el pensamiento lógico (siguiendo el hilo de la causalidad) pretende conocer y aún “corregir” la realidad. En Sócrates se establece la identificación del saber con la virtud, la belleza y la felicidad; se “peca” por error o por ignorancia; el saber se convierte en una especie de “medicina” universal. Se trata, dice Nietzsche, de una “profunda representación *ilusoria*”, de una “sublime ilusión metafísica” que se prolonga en la ciencia moderna. Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, segunda reimpresión en Biblioteca de autor, 1ª edición, 1972, pp. 193, 203. Véase también *El nacimiento de la tragedia. O Grecia y el pesimismo*, Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2001, segunda reimpresión en Biblioteca de autor, 1ª edición, 1973.

educación, etc.). Así se explica la sustantivación del término “intelectual”, al parecer usado por siglos sólo como adjetivo. Las palabras intelectual e intelectuales se generalizaron como una forma de nombrar de manera genérica a todas aquellas personas que, desde el ámbito de las ciencias y las artes, participaban e influían en la vida pública.

En México, como al parecer en toda América Latina, el sustantivo “intelectual” no era muy usado durante la época que comprende este estudio. En la mayor parte del siglo XIX, de guerras de independencia y batallas internas por el poder político, los hombres de la pluma eran también, casi siempre, hombres de la espada. Con frecuencia quienes se implicaban en las luchas patrióticas, en las disputas entre facciones y en las reflexiones sobre la organización jurídica y política de sus países, también cultivaban la creación literaria. Por largo tiempo, la inestabilidad política y el deterioro de las condiciones sociales y materiales impidieron el desarrollo de algunas de las tendencias históricas de que habla Alvin Gouldner (secularización, un mercado amplio para los productos culturales, un sistema educativo laico, amplio y “pluriclasista”, etc.).

En los últimos lustros del siglo XIX, la consolidación de la independencia política, la reducción de la inestabilidad interna y un incipiente desarrollo económico (aspectos muy variables en los países latinoamericanos) posibilitaron que prosperara la visión de que los artistas y escritores debían sólo ocuparse, o deberían tener la libertad de sólo ocuparse de la materia de su profesión. Esta visión chocaba con medios cuyas condiciones socioeconómicas la hacían poco practicable. Sólo a partir del desarrollo del área de la cultura como un campo social relativamente autónomo (con sus propios objetivos, recursos, instituciones y reglas de funcionamiento) la concepción de la autonomía intelectual tuvo terreno más promisorio.

A finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, los intelectuales siguieron implicados en las luchas políticas. Pero cada vez más sus funciones se orientaron al diseño y puesta en marcha de nuevas instituciones, en particular educativas. En contextos de disputas internas por el poder (o de guerras de enormes proporciones como la revolución mexicana) y de consolidación hegemónica de los Estados Unidos en el área, los países latinoamericanos buscaban construirse por fin como Estados nación. Una pléyade de intelectuales se implicó en ese

proceso, para lo cual tuvieron que trabajar ya no cerca, sino directamente dentro del Estado. En ese proceso, para los intelectuales mantener una labor independiente resultaba muy difícil.²¹

El proceso de diferenciación y autonomización del campo cultural se realizó a través de distintas vías, en una historia difícil y discontinua: la construcción de instituciones educativas, la fundación de asociaciones con fines culturales y artísticos, el establecimiento de librerías, editoriales, bibliotecas, etc., la fundación de periódicos y revistas y, más avanzado el siglo XX, medios como la radio, el cine y la televisión. En el periodo de formación de Henríquez Ureña, la mayoría de estos elementos se hallaban en estado incipiente en América Latina; con excepción del periodismo, de fuerte desarrollo en buena parte del siglo XIX debido a su papel como medio en las disputas político ideológicas.

Los periódicos y revistas fueron el medio y el espacio de los intelectuales, y fue ahí, en particular en las revistas literarias, donde se expresaron las ideas en torno a cuál debería ser la orientación de la labor de los intelectuales. Otra forma de comunicación, muy extendida y de gran importancia, eran las relaciones epistolares. Las redes de colaboración y de intercambio de ideas se extendían por todas las latitudes del continente, incluyendo países europeos, donde muchos escritores latinoamericanos probaban suerte. Henríquez Ureña fue amante de escribir cartas; desde su juventud, muchas de sus relaciones más provechosas se desarrollaron por ese medio.

Por último, en el paso de uno a otro siglo, el libro, como producto cultural, como concreción de la obra estética e ideológica, fue adquiriendo mayor peso y terminó constituyéndose en el medio más valorado. En la tesis, por ello, he dado bastante espacio al análisis de los primeros dos libros del dominicano (*Ensayos críticos*, de 1905, y *Horas de Estudio*, de 1910), tanto en sus contenidos como en sus procesos de formación.

Las tensiones con relación al poder político nunca desaparecieron. El área de la cultura, aun con su relativa autonomía, se desarrolló a la sombra y en función de los requerimientos del Estado, este mismo en proceso de consolidación. Por ello, los intelectuales irremisiblemente se enfrentaban, de una u otra manera, con el problema de su relación con el poder. Esta tensión provenía no solamente de la presencia a veces aplastante del campo de la política; también tuvo su raíz en la orientación con que se constituyó históricamente la función de los intelectuales en

²¹ Cf. Miller, Nicola, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-century Spanish America*, London, New York, Verso, 1999.

las sociedades europeas: había que usar los instrumentos de la razón para intentar corregir e incluso dirigir el desarrollo social, lo cual implicaba incorporarse a las disputas públicas. Esta visión prometeica fue asimilada, a través de procesos particulares, por los escritores latinoamericanos.

El periodo histórico en que se ubica la formación de Pedro Henríquez Ureña, remite a procesos conflictivos en el desarrollo de los campos de la cultura, incluidas las formaciones ideológicas (versiones distintas e incluso contradictorias) sobre la autonomía de los intelectuales, sus funciones y su intervención en los asuntos públicos. Estudiar la vida de Henríquez Ureña, su obra y la forma en que practicaba la inteligencia, es una manera particularmente enriquecedora de adentrarse en las corrientes intelectuales de la época (de la poesía al pensamiento filosófico, del estudio erudito a la crítica de coyuntura, de la sociabilidad “burguesa” a las empresas culturales de orientación popular). Él, como sus compañeros de generación en México, tuvo una fuerte preocupación por ponerse al día en cuanto a las corrientes literarias y filosóficas europeas y estadounidenses. Esta tesis incluye una exploración sobre las formas en que estos intelectuales recibieron y asimilaron las corrientes de ideas más novedosas en la época. Con ello se inscribían, a partir de su posición en América Latina, dentro de los debates internacionales en filosofía, literatura y otras disciplinas de conocimiento. Henríquez Ureña, como se verá, fue muy insistente en esta búsqueda de contemporaneidad y cosmopolitismo, con el fin último de arribar a “nuestra propia expresión” (expresión estética y pensamiento autónomo) en América Latina.

II. La categoría social de intelectuales

La palabra “inteligencia” proviene del latín *intelligentia*, formado por el prefijo *inter* (entre) y el verbo *leger* (escoger, separar, leer). Refiere la cualidad de quien sabe escoger entre varias opciones. Escoger pero también *leer*, es decir, interpretar (signos, palabras, sonidos, imágenes). El círculo de la inteligencia comprende diferentes operaciones: observar, experimentar, entender, comprender, reflexionar, evaluar, criticar, formar y emitir juicios, elegir, decidir y actuar. La definición abarca procesos teóricos y prácticos que funcionan en distintos niveles de abstracción,

de planeaciones y movilizaciones prácticas (de las casi inconscientes a las claramente racionales). La complejidad es mayor si se toma en cuenta que la inteligencia también se vuelca “hacia dentro”, en auto-reflexión. El ser humano puede *leer*, diferenciar y hacer elecciones, decidir sobre sus experiencias íntimas, su realidad emocional, sus ideas y razonamientos.

En cuanto sustantivo, el término “intelectual” presenta un cierto equívoco. En la definición, es elemento esencial el intelecto o la inteligencia (la capacidad de entender, saber, razonar y conocer), algo que define a cualquier ser humano. Pero no cualquiera es un “intelectual”, así que de inmediato la palabra remite a un uso “especial” de la inteligencia. Antonio Gramsci explica así este punto:

Quando se distingue entre intelectuales y no intelectuales, en realidad sólo se hace referencia a la inmediata función social de la categoría profesional de los intelectuales, es decir, se tiene en cuenta la dirección en que gravita el mayor peso de la actividad específica profesional, si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo nervioso-muscular. Esto significa que si se puede hablar de intelectuales, no tiene sentido hablar de no-intelectuales, porque los no-intelectuales no existen. Pero la misma relación entre esfuerzo de elaboración intelectual-cerebral y esfuerzo nervioso-muscular no es siempre igual: por eso se dan diversos grados de actividad específicamente intelectual. No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*. Cada hombre, considerado fuera de su profesión, despliega cierta actividad intelectual, es decir, es un “filósofo”, un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tienen una consciente línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo, es decir, a suscitar nuevos modos de pensar.²²

Desde este punto de vista, la categoría de intelectuales es coextensiva a la sociedad; hay intelectuales (individuos cuyo trabajo recae en lo “intelectual-cerebral”) en todas las áreas y niveles sociales. Son intelectuales todos aquellos que poseen un nivel relativamente alto de conocimientos especializados (o especiales), que los usan y los transmiten. Su adscripción profesional varía mucho, se trata de escritores, periodistas, científicos, técnicos, artistas, profesores, etc. Y muchos otros tipos sociales pueden funcionar como intelectuales (políticos, empresarios, religiosos, obreros, etc.). Sin embargo, histórica y socialmente se tiende a nombrar como intelectuales a aquellas personas en quienes el ejercicio de la inteligencia presenta un muy

²² Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1997 [5ª edición de la primera de 1984], p. 13.

alto grado de desarrollo, sobre todo en la función interpretativa de la realidad social. Muchos estudios en ciencias sociales siguen esta tendencia, de ahí que sea muy socorrida la definición de los intelectuales como una elite o grupos restringidos que “monopolizan” el conocimiento.

Ya sea en su sentido amplio o en su sentido restringido, la palabra “intelectuales” designa una categoría de individuos que desempeñan funciones importantes, incluso centrales, dentro de las formas en que, socialmente, se produce, circula y funciona el conocimiento. Lo importante está en determinar los modos de funcionamiento de la inteligencia, según los “grados” en que se practica, según las ubicaciones sociales, según los desarrollos históricos, y de esta manera determinar, entre otras cosas, los procesos de “monopolización” del conocimiento.²³

En las definiciones conceptuales sobre el tema de los intelectuales, hay dos aspectos recurrentes, formulados de manera diversa, que considero medulares: se enfatiza que se trata de individuos con altas competencias cognoscitivas y que desempeñan un papel importante en las discusiones en la esfera pública. A veces se toman como dos vertientes diferentes de significado, pero resulta evidente que son aspectos estrechamente vinculados. Los intelectuales, dice François Bourricaud, aunque no sean todos “genios”, “poseen en materia cognoscitiva y sobre todo en los distintos ambientes de la expresión (lingüística, lógica o estética) pericia y habilidad mayores que las del resto de la población.”²⁴ Poseen recursos particularmente adecuados para incidir en los debates públicos. Además, históricamente se constituyeron como un sector social que, con base en las labores del conocimiento, manifiestan una fuerte voluntad de intervenir en lo público. Los intelectuales, dice Pierre Bourdieu, no son “los portavoces de lo universal, menos todavía una ‘clase universal’, pero sucede que, por razones históricas, tienen frecuentemente *interés en lo universal*.”²⁵

²³ Temas y problemáticas que caen dentro de la Sociología del conocimiento. Karl Mannheim, autor medular en la materia, señala que “la sociología del conocimiento se ha impuesto la tarea de resolver el problema de las condiciones sociales en que nace el pensamiento.” “En cuanto teoría”, explica, esta disciplina “se esfuerza en analizar las relaciones que existen entre el conocimiento y la existencia; en cuanto es una investigación histórico-sociológica, procura trazar las formas que ha asumido esta relación en el desarrollo intelectual del género humano.” *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, estudio preliminar de Louis Wirth, trad. Salvador Echevarría, México, FCE, 2004, p. 301.

²⁴ Bourricaud, François, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, Traducción de Nora Pasternac, Marcela Pineda, María Isabel Hernández y Luis Prieto, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, ENEP Acatlán, Instituto Francés de América Latina, 1990, p. 10.

²⁵ Pierre Bourdieu, “Los intelectuales y los poderes”, en *Intelectuales, política y poder*, Argentina, Eudeba, 1999, p. 172. Las cursivas son del original siempre que no se diga lo contrario.

Respecto a las “capacidades cognoscitivas”, hay que partir de un criterio amplio, entendiendo que son múltiples las formas de conocimiento. Tomemos la definición que ofrece Benjamín Oltra, la cual, de manera breve, nos ayuda a dimensionar la complejidad de los aspectos cognoscitivos relacionados con los roles de los intelectuales.

En rigor, los intelectuales históricos han desarrollado cuatro roles sociales: (1) el creativo, produciendo lo más general, simbólico y granado de las cuatro formas de conocimiento / expresión / representación (sagrado o místico, artístico, filosófico y científico-técnico) clave de las civilizaciones, desde hace alrededor de 5 000 años; (2) el propiamente intelectual, como capacidad de asistir a su propia existencia y a la de su tiempo, dando testimonio narrativo de sus líneas maestras; (3) el social, como factor de comunicación, educación y como catalizadores y hacedores de opinión; y (4) el político, como factor de legitimación, de asesoramiento de príncipes del poder y del dinero, o de crítica ideológica y utópica de esos poderes. Los intelectuales han sido y son, desde esta perspectiva, poder y contrapoder (el *pouvoir spirituel* anunciado por COMTE).²⁶

El primer punto se refiere a la producción de conocimientos, intrínsecamente ligada a usos especializados del lenguaje. Se trata de conjuntos de información y de representaciones simbólicas de la realidad que abarcan la religión, el arte, la filosofía, la ciencia y la tecnología. El conocimiento científico tecnológico ha tendido a predominar en el desarrollo de las sociedades modernas. La noción de conocimiento nos remite al cientificismo (“verdades” o postulados verificables por la experiencia) y no resulta evidente que el arte o la religión sean formas de conocimiento. Pero de hecho lo son, se trata de procesos a través de los cuales el ser humano construye significados acerca de la realidad y de sí mismo. Además, desde el arte y el conocimiento “sagrado o místico” constantemente se hacen evaluaciones, críticas o elecciones en la esfera pública sobre los valores compartidos. Dentro del marco de las disputas por “el sentido”, o por el “poder simbólico”, para usar los términos de Bourdieu, habría que tener en cuenta la movilización de todo tipo de formas de conocimiento.²⁷

²⁶ “Intelectuales”, por Benjamín Oltra, *Diccionario de Sociología*, Salvador Garnier, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres (eds.), Madrid, España, Alianza editorial, 1998, pp. 387-388.

²⁷ El pensamiento religioso en intelectuales como Antonio Caso o José Vasconcelos, o las disputas por los valores literarios como parte de las disputas sociales en los últimos años del porfiriato, para señalar ejemplos comprendidos en esta tesis. La creación estética (poesía, música, pintura, drama, etc.) como formas sintéticas de sabiduría, formas concretas de dar sentido a los conflictos humanos, manifestaciones artísticas que subvierten valores morales. A este tipo de asuntos me refiero al decir que hay que tener en cuenta la movilización en lo público de distintas formas de conocimiento.

Oltra, en el segundo punto, incluye la función interpretativa de los intelectuales: dan testimonio narrativo de las “líneas maestras” de su tiempo. Es uno de los aspectos más comunes en las definiciones sobre los intelectuales: son pensadores con amplia perspectiva que pueden sintetizar y expresar las “claves” o las direcciones en que se desarrollan (o deben desarrollarse) las sociedades. El tercer punto es una derivación de los dos anteriores, remite a las formas en que los intelectuales difunden los conocimientos y las interpretaciones sobre sus sociedades. Por último, la función política se indica a partir de dos alternativas básicas: apoyar, legitimar, “asesorar”, en suma trabajar a favor de los poderes constituidos, o bien criticar esos poderes, lo cual puede incluir la toma de partido a favor de grupos subalternos o clases dominadas.

En este esquema sobre el comportamiento político de los intelectuales habría que incluir las siguientes posibilidades: la neutralidad (no tomar partido en lo público), la independencia (no trabajar dentro o directamente para determinadas instancias de poder) o la autonomía (sin importar si se toma partido o para quién se trabaja, mantener una posición y pensamiento “libres”). Como parte de su función política, además, deben considerarse los intereses particulares de los intelectuales, sobre todo aquellos que tienen que ver con el sustento material, institucional y simbólico de sus áreas profesionales. Los intelectuales son agentes dentro de las luchas políticas entre las clases o grupos sociales y, también, en las relaciones de fuerza dentro de los campos culturales específicos donde laboran.

Los intelectuales, por las múltiples funciones sociales que cumplen, son agentes de la producción y reproducción de la cultura. En su acepción antropológica, las extensas discusiones sobre “cultura” partieron de la visión de Edward B. Taylor, a finales del siglo XIX, quien entendía la cultura como “todo complejo que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, las costumbres y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridas por el hombre en cuanto miembro de la sociedad”.²⁸ En tiempos recientes, Clifford Geertz propuso entender la cultura como “tramas de significación” o “sistemas de interacción de signos interpretables”.²⁹ En una línea más extrema, James Clifford consideró que la cultura no es “un objeto a ser descrito y ni siquiera un corpus unificado de símbolos o de significados que puedan

²⁸ Citado en Kahn, J. S., *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1975, p. 29.

²⁹ Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000.

ser definitivamente interpretados.”³⁰ Se trataría más bien de tramas de significados (textos) contruidos temporalmente y que se hallan en permanente disputa. Esta visión posmoderna, que provocó muchas polémicas, tuvo varios méritos: llamó la atención sobre el carácter “movible” e inestable de las formaciones culturales, puso en relieve la construcción “local” de los significados de la cultura, así como el papel activo del ser humano en la formación del sentido de la cultura, frente al mayor peso que se adjudicaba a las estructuras o elementos fijos (costumbres, creencias, sistemas de valores, etc.).

La breve nota sobre el concepto de cultura ayuda a entender las definiciones sobre los intelectuales. Por ejemplo, Luciano Gallino afirma que, según las sociedades y las épocas, los intelectuales son el

grupo, elite, estrato o clase de personas cuya ocupación principal y distintiva consiste, en diversos niveles de creatividad y de profundidad, en la elaboración, difusión pública, transmisión de una generación a otra de elementos de la cultura, sobre todo inmaterial, como valores, categorías cognoscitivas, morales y estéticas, normas de conducta, técnicas de pensamiento y de acción en todas las esferas de la vida social, formas de ideología.³¹

Históricamente, dice Benjamín Oltra en una visión similar, “es la élite que monopoliza las distintas formas culturales de conocimiento, creación y expresión, como formas culturales de conciencia.” Los intelectuales “orientan su saber, estilo, trabajo y comunicación hacia los grandes criterios morales y simbólicos que conforman la clave del arco de la cultura [...]”³² Según Gallino, el objetivo principal de los intelectuales es influir en las conciencias. El fundamento de la posición de los intelectuales, dice,

es la influencia que ejercen sobre los estados de conciencia y las actitudes, y más específicamente sobre la socialización de la generación más joven, elaborando y difundiendo, mediante una actividad de tipo profesional, definiciones culturales cognoscitivas, afectivas y morales, con base en una delegación o sanción explícita por parte de la clase o el conjunto de clases dominantes del estado.³³

³⁰ Clifford, James and Marcus George, *Writing culture: the poetics and politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986, p. 19.

³¹ Gallino, Luciano, *Diccionario de Sociología*. Introducción Stella Mastrangelo Lorenzo Alegría, México, Siglo XXI, 1995; primera edición en italiano, 1978, p. 543.

³² Oltra, Benjamín, *Op. cit.*, pp. 387-388.

³³ Gallino, Luciano, *Op. cit.*, p. 543.

Según este autor, ya que los intelectuales tienen como “objeto” las conciencias, deben ser diferenciados radicalmente de los “técnicos”, que “tienen por objeto primario la fuerza de trabajo”. No creo que la distinción deba ser radical. Se trata más bien de dos orientaciones del trabajo de la inteligencia. Para el estudio de los intelectuales ocupados de las pautas morales de las sociedades, que trabajan “sobre” las conciencias, el papel del técnico, ocupado en la aplicación de conocimientos especializados, resulta muy alejado. Sin embargo, una sociología del trabajo intelectual tiene que preguntarse, también, acerca de cómo el trabajo técnico-intelectual (del oficinista al ingeniero o el experto de finanzas) funciona como un tipo de conciencia, como formas culturales y sociales de concebir y usar la inteligencia, y cómo a través de ellas se instituyen interpretaciones y pautas morales. Esto resulta bastante evidente en la figura del “tecnócrata” (o del “científico” durante el porfiriato), pues en sus funciones de dirección administrativa va implícita una concepción moral de qué es la sociedad y cómo debe funcionar. En todo caso, lo más importante es señalar que los intelectuales son agentes centrales en la producción y reproducción de la cultura, en la constante *actualización* de los significados culturales (“actualización” como “puesta al día”, y como acto, acción, realización práctica).

El tema de los intelectuales está íntimamente ligado con otra vertiente del concepto “cultura”. La palabra originalmente estuvo referida al cultivo de las cosechas y al cuidado de los animales. A partir del siglo XVI fue usada para referirse al producto y al proceso a través del cual se realiza el desarrollo (el cultivo) del ser humano. A principios del siglo XIX, se utilizó como sinónimo de civilización, adquiriendo el significado de “progreso” de lo salvaje a lo civilizado, de lo bajo y vulgar a lo alto y distinguido.³⁴ Esta era la visión predominante en la época de que se ocupa este estudio. En México, como en cualquier otra sociedad moderna, se hablaba de la cultura como la expresión y cultivo de lo máspreciado y auténtico del ser humano: las artes, las ciencias, la educación, el trato social refinado, etc.³⁵

Esta idea de cultura, con su alta carga de valoración moral, es muy importante para entender la labor de los intelectuales. Ellos surgen y trabajan en los campos culturales de la

³⁴ Thompson, John B., *Ideología y cultura moderna*, México, Universidad Autónoma de México, 1998, p. 186.

³⁵ Las dos vertientes de significados de “cultura” coexisten en la actualidad. Cuando en el lenguaje ordinario nos referimos a “cultura”, “cultural” o “culto”, nos referimos a las producciones de la creatividad y el conocimiento humanos, en particular en las áreas de la ciencia, las artes, las humanidades y la educación. Sigue teniendo el marcado valor moral de cultivo de “lo mejor” del ser humano. Asimismo, las connotaciones provenientes de la Antropología están muy extendidas. Esto es así cuando nos referimos a la cultura como al gran conjunto de elementos que dan unidad o identidad a una sociedad (historia, religión, derecho, lengua, etc.), a un aspecto, sector o grupo social (cultura política, cultura popular, cultura de los jóvenes, etc.).

literatura, las artes, las ciencias, las humanidades y el sistema educativo. Reciben su estatus y distinción social en esos campos; sus visiones, su manera de experimentar la realidad social están ancladas en esos campos. El estatus social de los intelectuales es una expresión del estado más o menos próspero de los campos artísticos y científicos, lo cual está ligado al desarrollo económico y material de las sociedades. De ahí que una buena parte del sector de los intelectuales guarde mucha cercanía con las clases y grupos dominantes. En la interpretación de Pierre Bourdieu, los intelectuales, al menos desde la época del romanticismo (finales del siglo XVIII y principios del XIX), son una fracción “dominada” de la clase dominante, la burguesía, con la cual tienen mayor cercanía, si no por su extracción social sí por sus estilos de vida. Las diferentes concepciones que los intelectuales tienen sobre sí mismos y sus funciones sociales estarían condicionadas por esa posición y las ambivalencias a que da lugar.³⁶

En principio, según una noción amplia de intelectuales, existen intelectuales en todas las clases y estratos sociales (aunque no se les reconozca socialmente con esa denominación). Antonio Gramsci, que con la idea del “intelectual orgánico” trató de explicar las funciones de los intelectuales dentro la lucha entre las clases sociales, dice:

Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político: el empresario capitalista crea junto a él al técnico industrial y al especialista en economía política, al organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc., etc.³⁷

A partir de este punto, el panorama se complica. Existen categorías de intelectuales previas (el “intelectual tradicional”, literatos, filósofos o artistas que pretenden ser los “verdaderos” intelectuales); existen grupos sociales que tradicionalmente producen intelectuales (la pequeña y mediana burguesía); hay cierta “migración” de intelectuales de una clase a otra. El desarrollo económico, el crecimiento de las clases medias, la urbanización, la expansión de los campos culturales y la ampliación de las profesiones determinan una mayor diferenciación de la categoría de intelectuales. Sus funciones dentro de las luchas sociales y políticas pueden ser (o parecer) claras y directas; por ejemplo, en el papel de la vanguardia revolucionaria, como

³⁶ Bourdieu, Pierre, *Op. cit.*, p. 32.

³⁷ Gramsci, Antonio, *Op. cit.*, pp. 9-10.

“ideólogos” o defensores de causas sociales. Pero incluso en estos casos su papel es complejo, pues se desarrolla en el terreno de las mediaciones culturales y no puede ser reducido a la teoría del “reflejo” de intereses particulares de clase.

La posición estructural que ocupan los intelectuales en la sociedad es variable y compleja. Pero esa posición está dada siempre dentro de un mundo social de desigualdades (económicas, políticas y culturales). En ese sentido, para el estudio de los intelectuales dos asuntos son básicos. Primero, hay que saber cómo viven, en términos materiales, en qué medida se les puede adscribir a determinada clase o estrato social y cómo “pesan” esas condiciones en el desarrollo de sus actividades propiamente intelectuales. En segundo lugar, es preciso conocer qué posiciones toman frente a las desigualdades sociales, en sus visiones intelectuales (qué problemas observan, cómo los interpretan y qué vías de solución proponen) y en sus comportamientos prácticos (qué acciones y empresas culturales e incluso políticas realizan, qué compromisos asumen).

Para entender cómo desarrollan su función política, hay que tener en cuenta que el de los intelectuales es un mundo jerarquizado. No es lo mismo aquel pensador cuya voz se escucha ampliamente y tiene gran peso moral, que el profesor de una escuela primaria; no son lo mismo los escritores o ideólogos que combaten en la arena pública, que los “cuadros” encargados del funcionamiento diario de organizaciones y partidos; no es lo mismo un ministro de Instrucción Pública que un modesto reportero. Existe una distribución desigual y muy diferenciada del poder social de la inteligencia. Si por un lado, la influencia de los “grandes” intelectuales es innegable, por el otro, el poder de los “pequeños” intelectuales, como gremio o como sustentadores de tendencias sociales (los periodistas o los maestros, por ejemplo) es igual de importante, sólo que de manera diferente.

Así, de lo que se trata es de indagar cómo se produce la desigualdad y diferenciación del poder intelectual, y cómo se cumplen las funciones sociales en los distintos “estratos” de intelectuales. El punto de partida es la extracción social y las capacidades económicas de los intelectuales, que determinan en gran medida las posibilidades de su integración y ascenso en los campos intelectuales. Luego, dentro de las reglas propias del mundo intelectual, las diferenciaciones jerárquicas se desarrollan, principalmente, por los dos aspectos señalados: la competencia cognoscitiva, que incluye la habilidad lingüística o discursiva, y el peso que se pueda tener en la esfera pública, sobre todo en los momentos de fuertes debates. La confluencia o

combinación de estos dos aspectos determina la constitución de las autoridades dentro del juego de fuerzas de los campos culturales.

En la constitución de la autoridad y el prestigio de los intelectuales intervienen varios factores: el reconocimiento de los pares (informal, formal o institucional, nacional, internacional); la opinión y apoyo de grupos sociales con influencia en asuntos culturales (grupos económicos o políticos, los mecenas, los públicos “cultos”); los reconocimientos del poder público (ambivalentes y complejos; la persecución política puede ser un factor de reconocimiento de los intelectuales dentro de los sectores de oposición), y el reconocimiento del “gran público” (la fama del intelectual puede ser muy extendida y llegar a movilizar “masas”). La interrelaciones de estos factores permite entender las lógicas de constitución, diferenciación y jerarquización del poder intelectual.

La autonomía de los campos, dice Pierre Bourdieu, significa que lo que está en juego (los valores) compete cada vez más de manera exclusiva a los concurrentes en el campo; estos determinan con sus propias reglas y recursos los contenidos del campo (por ejemplo, qué es ciencia, qué es literatura, cómo y para qué se hacen). El aumento de la autonomía del campo intelectual permite una mayor injerencia de los intelectuales en tanto actores políticos.

El intelectual es un ser paradójico, que no se puede pensar como tal mientras se lo aprehenda a través de la alternativa clásica de la autonomía y el compromiso, de la cultura pura y la política. Ello porque se ha constituido, históricamente, en y a través de la superación de esta oposición: los escritores, los artistas y los científicos se afirmaron por primera vez como intelectuales cuando, en el momento del caso Dreyfus, intervinieron en la vida política como tales, es decir con una autoridad específica fundamentada en la pertenencia al mundo relativamente autónomo del mundo del arte, la ciencia y la literatura, y en todos los valores asociados a esa autonomía, desinterés, competencia, etc. El intelectual es un personaje bidimensional: sólo existe y subsiste como tal si, por una parte, existe y subsiste un mundo intelectual autónomo (es decir, independiente de los poderes religiosos, políticos, económicos), cuyas leyes específicas respeta, y si, por otra parte, la autoridad específica que se elabora en este universo a favor de la autonomía está comprometida en las luchas políticas. Así, lejos de existir, como se lo cree habitualmente, una antinomia entre la búsqueda de la autonomía (que caracteriza al arte, a la ciencia o a la literatura, que se llaman puros) y la búsqueda de la eficacia política, es incrementando su autonomía (y, por ello, entre otras cosas, su libertad de crítica respecto a los poderes) que los intelectuales pueden incrementar

la eficacia de una acción política cuyos fines y medios encuentran su principio en la lógica específica de los campos de producción cultural.³⁸

Se puede afirmar que hay una correlación entre el desarrollo de los campos de la cultura, que tienden a funcionar con relativa autonomía, con el funcionamiento de los intelectuales como un actor político diferenciado y también relativamente autónomo. Pero esto es una tendencia y de ningún modo una especie de ley sociohistórica.³⁹

La pregunta crucial es ¿cómo funciona el poder de los intelectuales, con su relativa autonomía, dentro de determinado régimen político? Es riesgosa la simplificación, pero se puede decir que, en condiciones de libertades democráticas, los intelectuales deberían desempeñar con normalidad funciones de mediación. Esto es, de difusión de los saberes especializados y de orientación, fundamentada en argumentos racionales, de los criterios en los públicos, de asesoramiento de los poderes públicos, de legitimación o crítica en la relación entre los gobernantes y los gobernados.

Al respecto, François Bourricaud, partiendo de otros autores, desarrolló un esquema interesante para entender el papel de los intelectuales como mediadores en los momentos de crisis, cuando se ponen en tela de juicio los valores sociales centrales. El autor habla de debates en torno a la pena de muerte o la distribución del ingreso. Nosotros podemos tener en mente, por ejemplo, los debates en torno a la educación pública, las elecciones presidenciales y la democracia en México durante el porfiriato (o en la actualidad). La polémica en torno a ciertos temas pone en duda “nuestro concepto de lo deseable en el ámbito de la organización social”. A veces, “basta con evocar los ‘grandes principios’ para que veamos claramente lo que debemos hacer.” En otros casos estalla la insuficiencia de los principios y se produce el escándalo. Entonces surge “la necesidad de una revisión, de un cambio total o parcial en el orden de los valores y de las normas. En todos los casos se hace sentir la necesidad de un mediador, de un intermediario entre los valores comunes y centrales y las paradojas de lo actual ambiguo.”

³⁸ Bourdieu, Pierre, *Op. cit.*, pp. 187-188.

³⁹ Por ejemplo: a pesar de que los campos culturales se desarrollaron ampliamente en México durante el siglo XX, es sumamente complicado establecer a partir de cuándo se puede hablar de un campo intelectual que funciona con gran autonomía. Siempre ha pesado mucho la presencia del Estado. Los intelectuales, como expone Roderic Camp en *Los intelectuales y el Estado en el México del Siglo XX*, tuvieron como ruta principal el desempeño de labores dentro del poder público. Más adelante, a finales del siglo XX, cuando se puede hablar de mayores libertades, ahora se observa un enorme peso de los poderes económicos en los mercados de la cultura (los medios de comunicación masiva y las grandes editoriales).

Si se conviene en llamar “centro” al lugar de los valores *comunes* en los que se unen y se dividen los individuos y los grupos que componen la sociedad, y “periferia” a los intereses y a las preferencias *específicas* de esos individuos y esos grupos, resulta evidente que para cumplir con eficacia las funciones de mediación y de movilización, éstas requieren de un conjunto de recursos y de atributos que son sobre todo frecuentes en los intelectuales. Asimismo, puede decirse que los intelectuales ejercen responsabilidades “centrales” en la sociedad; y agregaremos que esas responsabilidades tienen toda la oportunidad de ser ejercidas en nuestras sociedades más que en cualquier otra, por esta muy especial categoría de individuos que llamamos “intelectuales”. En otras sociedades, las funciones de mediación, de movilización, pueden estar aseguradas por sacerdotes, brujos o derviches danzantes. En nuestras sociedades, esas funciones son esencialmente asumidas por los intelectuales, y vemos por qué. De hecho, para ser capaz de dramatizar un caso, para poner de relieve el riesgo que representa, no solamente para aquel o aquellos a quienes atañe directamente, sino aun para el público en general, se necesitan por lo menos tres series de condiciones. Primera, se debe poseer una competencia cognoscitiva, es decir, la capacidad de discernir el sentido de un hecho o de un acontecimiento, de aprender lo esencial bajo lo accidental. Además, se debe estar dotado de una cierta aptitud lingüística, tener un buen dominio de la palabra, de las imágenes y de los símbolos; tener la capacidad de generalizar, es decir de ubicarse en los límites. En fin, se debe estar bien colocado en la red de comunicación para emitir, recibir y transmitir las informaciones de toda clase que circulan entre los diferentes sectores y subsectores de la sociedad.⁴⁰

Como dice el autor, el esquema está pensado para sociedades democrático liberales, pero también es útil para entender lo que pasa en regímenes autoritarios. Claro que, en tales casos, las funciones de movilización y mediación enfrentan mayores obstáculos, tienden a ser más sesgadas y más extremas. Pero en alguna medida se siguen cumpliendo. Y es así por la naturaleza propia del ejercicio intelectual (el conocimiento y reflexión crítica, la voluntad de influir en lo público) y por el estatus social y la ubicación de los intelectuales dentro de los mecanismo de producción y reproducción de la cultura.

En los capítulos finales de esta tesis, habrá oportunidad de describir el funcionamiento de diversos intelectuales en los momentos en que se puso en cuestión la continuidad del régimen de Porfirio Díaz y se abrió un amplio debate sobre el “futuro político” de México. Se mostrará entonces cómo los intelectuales refrendan o cambian sus compromisos políticos, son agentes

⁴⁰ Francois Bourricaud, *Op. cit.*, pp. 14-16. El autor desarrolló su esquema a partir de ideas de Edward Shils y Robert K. Merton.

directos en las luchas políticas, usando sus recursos (los propiamente intelectuales), y cómo la crisis los obliga a reevaluar el cumplimiento de sus funciones sociales.

Los temas y las problemáticas sociológicas en torno a los intelectuales son intrincadas. He intentado exponer los rasgos principales que permitan ubicar lo que realizo en la tesis. En general, este estudio se inscribe dentro del problema de cómo se constituye el poder social de los intelectuales, cómo funciona, en qué sentidos se desenvuelve según diferentes contextos sociales, culturales y políticos. Es una investigación de sociología del trabajo intelectual, circunscrita a grupos o elites intelectuales, en la que se trata de profundizar sobre los dos aspectos básicos expuestos: el desarrollo de las capacidades cognoscitivas y la influencia en la esfera pública.

III. Historia intelectual y prácticas sociales⁴¹

La tesis se ubica en lo que se conoce como historia intelectual. Al lado de la historia de los intelectuales, señala François Dosse, se ha desarrollado “una historia propiamente intelectual, más ligada al proyecto de elucidar las obras de los pensadores dentro de su historicidad”. Se sitúa entre “la historia clásica de las ideas, la historia de la filosofía, la historia de las mentalidades y la historia cultural”. Como nuevo espacio de investigación, dice el autor, tiende a autonomizarse, aunque sin ninguna “pretensión imperial”. La ambición de la historia intelectual es

hacer coincidir a todos juntos, a las obras, a sus autores, y al contexto que los ha visto nacer, dentro de un proceso que rechaza la alternativa empobrecedora entre, de una lado, una lectura internalista de las obras, y de otro, una aproximación externalista que privilegiaría solamente las

⁴¹ Quiero reconocer deudas particulares que tienen que ver con lo desarrollado en este apartado. Conocí a profundidad el enfoque sociológico sobre el “sentido práctico” o la lógica de las prácticas sociales en un curso impartido por la Dra. Susana García Salord, en otoño e invierno de 2008, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Me fue de enorme utilidad para ir clarificando la metodología de mi investigación. Más adelante, en 2011 y 2012, tuve la oportunidad de participar en amplias discusiones sobre la perspectiva de Historia intelectual en el seminario “Historia del siglo XX. Sociedad y Cultura”, del Dr. Fernando Curiel Defossé, en la Facultad de Filosofía y Letras. Les agradezco a ambos tantas sesiones ricas en conocimiento.

redes de sociabilidad. La historia intelectual intenta, más bien, dar cuenta de esas obras, de esos caminos, de esos itinerarios, más allá de las fronteras disciplinarias.⁴²

Según Fernando Curiel, hay dos enfoques en la historia intelectual, uno restringido y otro amplio.

El primero la constriñe a la investigación estamental, palmariamente internalista, inconexa de los intelectuales, sus obras, su habla, sus mecanismos de reproducción y legitimación y eliminación, sus espacios. El segundo sentido, dilatado, señala como objetivo la interconexión de los frutos simbólicos de una sociedad determinada: artes, ideas, humanidades, ciencias, instituciones culturales y educativas; sus representaciones e interpretaciones; sus agentes y agencias. Este último enfoque puede subdividirse, además, en dos tendencias. De un lado, la fincada, justamente, en la indagación de dicha producción simbólica, sin perder de vista el adentro y el afuera, el texto y el contexto, la realidad y los lenguajes, lo social y lo imaginario, lo culto y lo popular, el arte y sus derivaciones industriales –y la historicidad de todo lo anterior. De otro, la que se ancla, esmera, en la revisión crítica, iconoclasta (dinamitera me atrevería a decir) de los términos, los conceptos y los paradigmas de tales productos de la sensibilidad, de la inteligencia, del deseo, de la voracidad humana por signos y significaciones –reino del *homo sapiens*, del *homo ludens*, desde luego, pero sobre todo, como ya lo adelantamos, del *homo/tatoo* y del *homme des lettres*.⁴³

¿Cómo analizar la dialéctica entre los distintos elementos y niveles que confluyen en la historia intelectual (obras, ideas y contextos, individuo, grupos y sociedad)? Desde el inicio de la investigación recurrí a la perspectiva de análisis de las prácticas sociales, desarrollada por Pierre Bourdieu en torno a los conceptos de “campo” y “habitus”. Para este autor, el campo y el habitus “son dos modos de existencia de la historia, o de la sociedad, la historia hecha cosa, institución objetivada, y la historia hecha cuerpo, institución incorporada.”⁴⁴ Se trata de una forma que combina el rigor y la flexibilidad en el análisis de las relaciones entre los individuos y los contextos sociales.

⁴² François Dosse, “Regreso al país de la historia intelectual”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, trad. Carlos Antonio Aguirre Rojas, num. 3, septiembre 2004, pp. 86-87. Citado por Fernando Curiel Defosse, *sigloveinte@lit.mx. Amplio tratado de perspectiva generacional*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, p. 45.

⁴³ Del *homo tatoo* al *homme des lettres*, es decir, del tatuaje primitivo a la producción y consumo de signos y significados en los tiempos modernos. Curiel Defosse, Fernando, *Ibidem.*, 2008, pp. 29-30.

⁴⁴ Citado por Alicia B. Gutiérrez, en su prólogo a la compilación de trabajos de Bourdieu, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, 2000, p. 9.

Los campos, dice Bourdieu, “se presentan para la aprehensión sincrónica como espacios estructurados de posiciones (o de puestos) cuyas propiedades dependen de su posición en dichos espacios y pueden analizarse en forma independiente de las características de sus ocupantes (en parte determinados por ellas).” La cuestión es saber cómo están constituidas esas estructuras de posiciones, cuáles son las propiedades de las posiciones. Por ejemplo, en qué consisten socialmente las posiciones de “escritor”, “poeta”, “artista”, “periodista”, “erudito”, “ministro” de educación o de cultura, y cómo se relacionan estructuralmente. Los campos, continúa Bourdieu,

se definen, entre otras formas, definiendo aquello que está en juego y los intereses específicos, que son irreductibles a lo que se encuentra en juego en otros campos o a sus intereses propios (...) y que no percibiría alguien que no haya sido construido para entrar en ese campo (cada categoría de intereses implica indiferencia hacia otros intereses, otras inversiones, que serán percibidas como absurdos, irracionales, o sublimes y desinteresados). Para que funcione un campo, es necesario que haya algo en juego y gente dispuesta a jugar, que esté dotada de los *habitus* que implican el conocimiento y reconocimiento de las leyes inmanentes al juego, de lo que está en juego, etcétera.⁴⁵

Los *habitus* son “esquemas de percepción, apreciación y de acción interiorizados, sistemas de disposiciones a actuar, a pensar, a percibir, a sentir más de cierta manera que de otra, ligados a definiciones de tipo *lo posible y lo no posible* (porque objetivamente ha venido siendo posible o no posible), *lo pensable y lo no pensable*, *lo que es para nosotros y lo que no es para nosotros...*”⁴⁶ Existe, dice Bourdieu, una “complicidad ontológica” entre el campo social y los *habitus*; es decir, una imbricación (una co-implicación) entre los modos de ser del campo (estructura de posiciones, posiciones con características bastante fijas o instituidas) y los modos de ser de los agentes concurrentes al campo (sus modos de hacer, pensar y sentir, con recursos más o menos adecuados para “jugar” dentro del campo).

Es posible analizar esta complicidad ontológica a partir de la noción de “práctica social”. Por un lado, la estructura de posiciones es el terreno de las prácticas sociales institucionalizadas, las formas de hacer y pensar fijas, formales, instituidas por la tradición o sancionadas por reglamentaciones; por el otro, las prácticas son los *habitus* en acción, las posiciones sociales practicadas de maneras específicas por agentes específicos. De lo que se trata, entonces, es de

⁴⁵ Bourdieu, P., *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/CONACULTA, 1990, p. 135-136.

⁴⁶ Alicia B. Gutiérrez, *Op. cit.*, pp. 10-11.

establecer cómo se constituyen y funcionan los esquemas interiorizados que dan forma a un modo de ser (actuar, pensar, percibir, sentir); cómo se transforman tales esquemas de disposiciones, qué posibilita las rupturas, las reconfiguraciones de los límites entre lo pensable y lo no pensable, lo que es para nosotros y lo que no es para nosotros. Para ello, el procedimiento básico es la reconstrucción de trayectorias (individuales o colectivas). Las trayectorias son las series de desplazamientos de los agentes, individuales o colectivos, dentro del campo.

Los campos funcionan como espacios de relaciones de fuerza. Bourdieu tiende a concebir este aspecto en el sentido de relaciones de disputa entre clases o fracciones de clases sociales, que buscan imponer sus intereses particulares. Al hablar de los campos de la producción simbólica, señala:

Las diferentes clases y fracciones de clase están comprometidas en una lucha propiamente simbólica para imponer la definición del mundo social más conforme a sus intereses, el campo de las tomas de posición ideológicas que reproduce, bajo una forma transfigurada, el campo de las posiciones sociales. Pueden plantear esta lucha ya sea directamente, en los conflictos simbólicos de la vida cotidiana, ya sea por procuración, a través de la lucha que libran los especialistas de la reproducción simbólica (productores de tiempo completo) y que tienen por apuesta el monopolio de la violencia simbólica legítima (cf. Weber), es decir, del poder de imponer (ciertamente de inculcar) instrumentos de conocimiento y de expresión (taxonomías) arbitrarias (pero ignoradas como tales) de la realidad social. El campo de producción simbólica es un microcosmos de la lucha simbólica entre las clases: sirviendo a sus propios intereses en la lucha interna del campo de producción (y en esa medida solamente), los productores sirven a los intereses de los grupos exteriores al campo de producción.⁴⁷

El poder, entendido a partir de la lógica del conflicto y la lucha, se refiere a relaciones de dominación.⁴⁸ Pero el poder no es sólo dominación. Anthony Giddens, quien parte de la definición básica del verbo “poder”, explica:

¿De qué índole es el nexo lógico entre acción y poder? Aunque las ramificaciones de esta cuestión son complejas, la relación básica implícita se puede señalar cómodamente. Ser capaz de “obrar de otro modo” significa ser capaz de intervenir en el mundo, o de abstenerse de esa intervención, con la consecuencia de influir sobre un proceso o un estado de cosas específicos.

⁴⁷ Bourdieu, Pierre, *op. cit.*, p. 69.

⁴⁸ En la formulación básica de Max Weber, poder “significa la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquier que sea el fundamento de esa probabilidad.” Weber, Max, *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1992, p. 43.

Esto presupone que ser un agente es ser capaz de desplegar (repetidamente, en el fluir de la vida diaria) un espectro de poderes causales, incluido el poder de influir sobre el desplegado de otros. Una acción nace de la aptitud del individuo para “producir una diferencia” en un estado de cosas o curso de sucesos preexistentes. Un agente deja de ser tal si pierde la aptitud de “producir una diferencia”, o sea, de ejercer alguna clase de poder.⁴⁹

La dominación sería un tipo, entre muchos otros, en que se desarrollan las relaciones de poder. Y el aspecto relacional del poder implica que el dominio no es absoluto ni unidireccional. El poder no es “intrínsecamente opresor”, dice Giddens; como tal, no es un obstáculo a la libertad o a la emancipación, sino “su verdadero instrumento, aunque sería insensato, desde luego, desconocer sus propiedades coercitivas”.⁵⁰

Las relaciones de fuerza no necesariamente son relaciones de dominio, pero con frecuencia derivan o cristalizan en ello. Las relaciones de diálogo, colaboración o entendimiento (tan importantes en el campo de los intelectuales) implican relaciones de fuerza, que pueden derivar en relaciones de dominio, o sustentarse en diferencias entre los actores que determinan una imposición de la voluntad. Las actividades desempeñadas por los intelectuales son manifestaciones de “poder” (en el sentido amplio de llegar a resultados, aptitud transformadora, probabilidad de “producir una diferencia”) y también en ellas se perfilan modos de dominio (imposición de interpretaciones de la realidad, reproducción o legitimación de desigualdades sociales dentro o fuera del campo intelectual).

En la tesis me ocupo de las relaciones de los intelectuales con las instancias del poder político, es decir, con las formas establecidas de gobierno y conducción de los asuntos públicos. Los intelectuales, además, se hallan dentro de campos particulares en los que se constituyen formas de poder propiamente cultural, que tienen que ver con valores singulares (el “espíritu de análisis”, la “verdad”, la ciencia, los valores literarios) y en los que existen cristalizaciones de poder (como dominación) implícitas o explícitas. En el campo de la cultura, las luchas por el poder propiamente cultural (según las reglas propias del campo) implican una disputa por el acceso y control de los recursos materiales y las instituciones. Y como en cualquier otra área social, existe la tendencia hacia la *real politik* (los fines deben ser alcanzados sin importar los medios que se usen).

⁴⁹ Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, p. 51.

⁵⁰ *Ibidem.*, pp. 283-284.

En este estudio me he abocado, fundamentalmente, a analizar el comportamiento de los intelectuales en términos de relaciones de fuerza (poder en sentido amplio y en el sentido de dominación) al interior de los campos de la cultura, y en términos de sus relaciones con el poder político (dentro y fuera de los campos de la cultura). Los intelectuales se relacionan con las instancias del poder político como representantes del campo de la cultura, y un presupuesto general, ya indicado, es la tendencia a que basen su acción cada vez más en los recursos propios del campo de la cultura (autonomía). Pero en realidad se abre un espectro amplio de posibles formas de comportamiento, incluido el hecho de que los intelectuales pueden funcionar a la vez como políticos y como intelectuales. En todo caso, un criterio de método nos lleva a estar atentos a las ambigüedades y tensiones, preguntarnos qué es lo que prevalece, si los valores y formas de actuar pertenecientes al campo de la cultura o al campo de la política.

Los campos se definen por lo que está en juego. Para la época que nos compete, la literatura era el área principal del trabajo intelectual. Era el campo cultural más desarrollado y con mayor relevancia pública, y a partir de él se desarrollaron y diferenciaron otros campos intelectuales. La particularidad del campo literario, o sistema literario, como lo llama Fernando Curiel, es que no se restringe a un valor o contenido cerrado: “a diferencia de otros sistemas contemporáneos, que redujeron o limitaron su campo (la ciencia a la objetividad, la filosofía a la verdad, el derecho al principio de igualdad), el SL [sistema literario], al tiempo que se profesionaliza, se dispara en todas direcciones: la subjetividad, el juego, la utopía, la crítica, la emotividad, la espiritualidad, el vuelo imaginario, la fantasía, la introspección.”⁵¹ Es dentro de la esfera literaria que se desarrolló con mayor énfasis la ideología de la autonomía de los creadores y se desarrollaron con mayor amplitud las tensiones entre cultura y poder.

El campo literario abarca muchos elementos, la creación, la producción, la distribución y recepción de las obras, las diversas formas de socialización.⁵² Para hablar de la existencia de un campo, de entrada, es obvia la importancia de los sustentos materiales (en gran medida el campo literario es un campo económico), así como de los grados de institucionalización o formalización de las relaciones sociales a su interior. En la época que me ocupa, la presencia del poder político se extendía prácticamente a todas las áreas de las artes y la cultura, determinando mucho de su funcionamiento.

⁵¹ Curiel Defossé, Fernando, *sigloveinte@lit.mx. Amplio tratado de perspectiva generacional*, p. 271.

⁵² Sobre el sistema literario, véanse los desarrollos de Fernando Curiel en el libro citado, por ejemplo, pp. 48-49.

Un aspecto particularmente importante se refiere a la “sociabilidad”. François Dosse expone:

Si se afirma una autonomía del campo intelectual por medio de los ritos y las reglas específicas de una sociabilidad intelectual, éstas competen más bien a un campo magnético muy complejo y más fluctuante en el tiempo, lo que exige una mirada de historiador. Más que en la noción de campo de Bourdieu, el uso histórico de la noción de sociabilidad intelectual se inspira en los trabajos innovadores de Maurice Agulhon con su concepto de clave de sociabilidad. Definida por Agulhon como una aptitud para vivir en grupo y para consolidar grupos por medio de la constitución de asociaciones voluntarias [...] Un verdadero juego, la sociabilidad es muestra de una forma lúdica de existencia, de una ligereza del ser liberado del reino de la necesidad. Pero presupone un espacio público.⁵³

Esto abarca lo que Curiel Defossé llama “socialización”, la convivencia en tertulias, salones, cafés, cantinas, salas de conferencias, etc. Si extendemos un poco más la noción de sociabilidad, puede decirse que se trata del sustento de los campos literarios e intelectuales: es la vida corriente del campo, ordinaria o extraordinaria, y, como señala Dosse, muy fluctuante. La sociabilidad corresponde a las formas, o mejor dicho, a las cualidades específicas con que se establecen y se desenvuelven las interacciones sociales. En sentido coincidente con Dosse, que resalta el carácter lúdico y libre de la sociabilidad, Daniel Bertaux comenta que las familias

y también los grupos de camaradas, y en un grado menor las redes de relaciones, constituyen micromedios de relaciones intersubjetivas donde dominan no las relaciones instrumentales sino las relaciones afectivas, morales y “semánticas”, es decir, generadoras de sentido. La vida en grupo implica necesariamente compromisos emocionales y morales más o menos recíprocos frente a otros miembros del grupo, sentimientos, derechos y deberes, responsabilidades específicas, expectativas de solidaridad (De Singly, 1996).⁵⁴

Estos aspectos están incluidos en la noción de “habitus”, pero resulta pertinente el énfasis, ya que es fácil exagerar el peso de los comportamientos estratégicos o las “relaciones instrumentales”. Mas esta corrección en modo alguno descarta el funcionamiento estratégico dentro las esferas de sociabilidad. Saber moverse dentro de grupos y espacios sociales implica cierta obligación de inicio: hay que ser parte del juego; y esta obligación no se entiende sin

⁵³ F. Dosse, “De la historia de las ideas a la historia intelectual”, en *Historia y Grafía* 19, México, Universidad Iberoamericana, 2002, en Fernando Curiel, *Ibidem.*, p. 43.

⁵⁴ Bertaux, Daniel, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2005, p. 42.

intereses ulteriores: convertirse en escritor, lograr reconocimiento, mayor publicidad, mejorar la propia situación económica. Para dedicarse a determinada actividad intelectual es imprescindible asistir a determinados lugares, acercarse a ciertas instituciones y buscar el apoyo o el entendimiento con gente bien colocada en medio. En ello se ponen en funcionamiento recursos no sólo intelectuales, sino también sociales, políticos o económicos; el uso de tales recursos facilita que se juegue bien y se tenga éxito. En el estudio de las sociabilidades deben incluirse preguntas sobre esos otros recursos y su uso estratégico: ¿quién tiene mayor brillo en los espacios de sociabilidad y por qué?, ¿cómo se excluye a alguien y por qué?, ¿cómo se maneja el rechazo?, ¿cómo y por qué se impulsa a unas personas en lugar de otras? Las relaciones afectivas, el gusto por la convivencia, los compromisos morales y los comportamientos estratégicos son parte de un mismo fluir, nada terso, de la vida social dentro de los campos intelectuales.

Ahora bien, cuando hablamos de campos, *habitus* e historia, hablamos de seres humanos, cuya existencia está determinada en un ciclo biológico. El conjunto social, constituido por personas de distintas edades, se está renovando constantemente. Por ello, el enfoque generacional aporta a la historia y la sociología una vía para comprender los procesos de sustitución, renovación y conflictos entre las distintas “oleadas” de seres humanos.

Fernando Curiel, que se ha ocupado extensamente del tema, ofrece como punto de partida esta definición de generación: “Conjunto de personas que por haber nacido en fechas próximas y haber recibido educación e influencias culturales y sociales semejantes, se comportan de manera afín o comparable en algunos sentidos”.⁵⁵ Según Ortega y Gasset, la tarea de las generaciones tiene dos dimensiones: una “consiste en recibir lo vivido –ideas, valoraciones, instituciones, etc.– por la predecesora; la otra, dejar fluir su propia espontaneidad”. Entonces, señala Curiel Defossé: “¿Qué determina el carácter (el ‘espíritu’) de una generación? El modo en el que hace la ecuación de ambas dimensiones.”⁵⁶

La fusión entre lo ajeno y lo propio, las rupturas y la continuación de las herencias, son temas permanentes en este estudio, sobre todo en lo que concierne al movimiento del Ateneo de la Juventud. En su camino hacia la madurez, estos jóvenes emprendieron la doble tarea con

⁵⁵ Curiel Defossé, *op. cit.*, p. 65. El autor realiza una amplia revisión de los tratamientos teóricos del tema de las generaciones, partiendo de las propuestas de José Ortega y Gasset. En las partes octava a décima, sintetiza su propuesta teórico-metodológica.

⁵⁶ *Ibidem.*, pp. 78-79. La idea de Ortega y Gasset, citada por Fernando Curiel, está en *El tema de nuestro tiempo / La rebelión de las masas*, México, Editorial Porrúa, 1992 (Colección Sepan Cuántos, 488), p. 7.

intensidad y conciencia. Al respecto, una idea de Julián Marías, retomada por Curiel Defossé, es iluminadora: la edad social de las generaciones es diferente a la edad biológica y biográfica, y se construye al inicio de la notoriedad pública.⁵⁷ ¿Cuándo y cómo inicia la notoriedad pública?, ¿cómo se abre paso una nueva generación intelectual?, ¿cómo se va asentando para constituirse en corriente importante e incluso dominante?

En cuanto a la composición de los grupos, Fernando Curiel propone cuatro definiciones: Generación típica (misma edad: coetaneidad); generación atípica (diferentes edades: contemporaneidad); constelación (mismas y diferentes edades: coetaneidad y contemporaneidad); y agrupaciones de coyuntura (diversas edades y procedencias generacionales).⁵⁸ Los grupos o equipos, dice, son los ejes para la configuración de una literatura, y nosotros podemos añadir que lo son también para la formación de las corrientes intelectuales. La idea de “constelación” es bastante útil como punto de inicio para entender la confluencia y la convivencia de intelectuales de diferentes generaciones, que comparten en cierta medida intereses y valores. La cuestión del grupo, como se verá en el desarrollo de la tesis, es sumamente importante en la trayectoria de Pedro Henríquez Ureña y en su idea de cómo debería realizarse el trabajo intelectual. Tendremos oportunidad de profundizar también en el funcionamiento complejo y lleno de aristas de las agrupaciones intelectuales de coyuntura en México, entre 1907 y 1910.

Para “ubicar el fluir de un equipo en el espacio literario”, es decir, para el estudio integral y completo de un grupo de intelectuales, Curiel propone 20 criterios o coordenadas:

- a) Reclutamiento
- b) Tipo de organización [generación típica, atípica, constelación o grupo de coyuntura]
- c) Estructura
- d) Liderazgo(s)
- e) Manifiesto(s)
- f) Filias y fobias
- g) Órganos y / o medios de expresión
- h) Relaciones con: antecesores; coetáneos y contemporáneos; sucesores
- i) Episodios centrales
- j) Polémica(s)

⁵⁷ *Ibidem.*, pp. 115-117.

⁵⁸ *Ídem.*, p. 264

- k) Géneros característicos [Se refiere a los géneros literarios, muy diversos a partir de la clasificación clásica de épica, lírica y drama]
- l) Temas predominantes
- m) Clima sociocultural
- n) Costumbres [“el habla, la vestimenta, los rituales y los lugares socorridos”]
- o) Mapa urbano
- p) Migraciones
- q) El corte generacional total [Intelectuales (incluidos los literatos), políticos, empresarios, militares, sacerdotes, deportistas, “mediáticos” (aquellos que tienen que ver con “la dimensión pública en tanto espectáculo”) y delincuentes]
- r) El marco latinoamericano y/o hispánico [“El de la lengua e historia hispanoamericana propone el entramado ‘natural’, sincrónico y diacrónico, de nuestras letras.”]
- s) Espejeo
- t) Versiones y revisiones⁵⁹

Cómo se reúnen los integrantes de un grupo, cómo atraen a nuevos prospectos, cuáles son sus formas de organización y sociabilidad, etc. Hay intersecciones múltiples de las coordenadas; los análisis pueden dilatarse comprendiéndolas todas, o bien profundizar en la articulación de algunas. Como dice el autor, lo fundamental, el objeto central de todo el sistema literario, es la obra (artículos, poesías, antologías, libros, revistas): “La obra de creación es lo que está en el principio de la crítica, la teoría, la filología o la historia.”⁶⁰ La obra, individual o colectiva, está presente de una u otra manera en las distintas coordenadas; los diversos aspectos del campo literario confluyen en la obra, le dan sustento y la condicionan.

Un aspecto de enorme utilidad en mi investigación es lo que el autor denomina “Espejeo”.

Alude a los textos que los integrantes de un grupo producen sobre sí mismos y sobre los demás correligionarios, en el día a día generacional. Hablo de los diarios y correspondencias (no memorias, todavía), ensayos, artículos, crónicas, “máscaras” y caricaturas y, en clave, obras de creación. A este elemento lo distingo de los manifiestos y de las polémicas, escrituras de autoproclamación y separación; así como de las versiones y revisiones, a toro pasado.

⁵⁹ Para mayores especificaciones remito a la obra del autor, *op. cit.*, pp. 285-314.

⁶⁰ *Ídem.*, p. 313.

Volver a ubicar los textos dentro del devenir de un grupo. Tomarlos como indicadores de las relaciones que los escritores establecían entre sí, de sus modos de pensar y pensarse, de sus comportamientos estratégicos y sus vínculos emotivos. He contemplado los textos de espejeo junto con los textos de manifiestos y polémicas, que dibujan más los contrastes y las similitudes (las filias y las fobias) dentro y fuera del grupo. Se trata de una mirada sincrónica sobre la dialéctica entre texto y contexto. Mientras que, para una mirada diacrónica, además de lo anterior, resulta ineludible echar mano a las “Versiones y revisiones”. Este punto

Abarca el cuerpo de juicios, pareceres, exámenes que unos y otros, actores y estudiosos, rinden sobre un pasado literario inmediato o mediato, pero ya consumado en lo esencial. Si en el espejo se inscriben los diarios y las correspondencias, aquí sobresalen las memorias y las autobiografías, las biografías, las galerías de retratos, las antologías de impresiones y las historias propiamente dichas.⁶¹

Son muy útiles las coordenadas propuestas por Fernando Curiel para seguir el desarrollo de los grupos intelectuales. Conocí la propuesta, y en general el enfoque de Historia intelectual, cuando tenía ya un trecho andado de la investigación. A partir de entonces los elementos expuestos permitieron que la indagación, el análisis y la interpretación fueran más fluidos. Se adecuó bien a los elementos teóricos sobre el campo y el habitus. Creo que esto se debió a que mantuve siempre como eje fundamental la noción de “práctica”.

La constitución de una práctica implica el aprendizaje de un modo específico de hacer y pensar las cosas. Tiene una dimensión material, se trata del uso del cuerpo, utensilios e instrumentos, de ordenamientos u organizaciones espaciales y temporales. Refiere, además, a una planeación, aunque sea implícita, de la acción orientada a obtener fines. Tal modo de actuar es reiterado en el tiempo; las prácticas requieren de la repetición, la habituación del cuerpo y la mente a funcionar de determinada manera. De los hábitos cotidianos y simples al ejercicio de las profesiones, de los actos mecánicos y automáticos a las tareas que requieren un alto grado de reflexión, de las disciplinas rígidas a las actividades creativas, nos hallamos en un mundo eminentemente práctico.

Las prácticas son sociales, pues se aprenden y se efectúan a través de las relaciones humanas, y tienden a cierta fijación o estabilidad (normalización). Encarnamos prácticas social e

⁶¹ *Ídem.*, pp. 312 y 313.

históricamente constituidas; las reproducimos produciéndolas (actualizándolas) individualmente o de manera colectiva. Esto implica una constante posibilidad de “desviación” respecto a sus configuraciones normalizadas. Las pequeñas adaptaciones personales y las grandes rupturas en las prácticas, son parte del proceso ininterrumpido de producción y reproducción de lo social.

De esta manera, cuando hablo de práctica intelectual, me refiero a las distintas formas de estructuración de los hacer/saber dentro de los campos de la cultura, y a las formas específicas en que los individuos practican el intelecto o la inteligencia. La noción de práctica intelectual refiere a una multiplicidad de actividades (formas de hacer/pensar/sentir): leer, escribir, estudiar, investigar, razonar, publicar, editar, criticar, hablar en público, impartir cátedra, etc. Según los puntos de vista que se adopten para su análisis, es como se establecen los patrones: si se estudia el ejercicio intelectual a partir de un individuo o varios, de uno o más grupos, de una empresa cultural, una institución, una “escuela” literaria o una corriente de pensamiento, de un campo cultural o de las interrelaciones con otras áreas sociales (política, economía, religión, etc.), si se ocupa de procesos de corta o larga duración.

El procedimiento básico que seguí fue la reconstrucción de trayectorias: el seguimiento de la vida Pedro Henríquez Ureña, desagregada en sus distintos aspectos (trayectoria familiar, escolar, laboral, de publicaciones, de amistades, etc.); el seguimiento de grupos y empresas colectivas (del círculo de la familia Henríquez Ureña a la formación del Ateneo de la Juventud), y el seguimiento, de más largo alcance, de los ambientes y corrientes intelectuales en los países implicados. Esto es, en la tesis traté de manejar distintas perspectivas confluyentes. En la base se encuentra la preocupación por el “sentido práctico” del quehacer intelectual.

IV. La perspectiva biográfica

Entre las posibles maneras de realizar una historia intelectual, adopté la perspectiva biográfica, debido al interés en Henríquez Ureña y porque quise explorar de manera intensiva qué significa el ejercicio intelectual, lo cual se facilita con la atención puesta en la trayectoria de un individuo.

Puede decirse que el estudio biográfico, en términos sociológicos, es una investigación sobre cómo “encarnan” en la vida de las personas las prácticas sociales.

El tema de la biografía es muy discutido. De inicio, por la pretensión totalizante de explicar la vida de una persona y, aún más, narrarla “tal como fue”. Son muchos los problemas metodológicos, epistemológicos y éticos. Por ejemplo: cómo acceder a los procesos íntimos de un individuo que vivió en una época más o menos lejana; cómo manejar la narración de su vida, tarea que implica una carga de ficcionalización; de quién, por qué y para qué se hace una biografía. Es relativamente fácil ubicar los sesgos más evidentes, cuando la biografía se realiza con fines moralizantes, para resaltar una vida “ejemplar”, con el deseo de “hacer justicia” o “desmitologizar” a un personaje. Pero estos son los extremos de problemáticas persistentes. La biografía, retomando una de las ideas desarrolladas por Leonor Arfuch, impone un orden a la vida, a “la vivencia de por sí fragmentaria y caótica de la identidad”, consiste en un orden narrativo que a la vez funciona como una orientación ética.⁶² El biógrafo se enfrenta a dilemas parecidos a los del historiador o el científico social, pero de una manera particular, ya que tiende necesariamente a establecer una relación “personal” e íntima con su sujeto de estudio. El uso de la empatía y la necesidad de objetividad (elementos imprescindibles en la tarea del científico social) en este caso parecen ser más difíciles de equilibrar.⁶³

El estudio biográfico requiere un manejo fluctuante de la cercanía y el extrañamiento respecto al sujeto de estudio. Como principio de método, me fue muy útil tratar de poner en suspenso la coherencia unitaria de la vida del individuo, mantener la sospecha sobre lo que Pierre Bourdieu llama ilusión biográfica:

el hecho de que “la vida” constituye un todo, un conjunto coherente y orientado, que puede y debe ser aprehendido como expresión unitaria de un “propósito” subjetivo y objetivo, de un proyecto: la noción sartriana de “proyecto original” no hace más que plantear explícitamente lo que está implícito en los “ya entonces”, “desde entonces”, “desde su más tierna infancia”, etc. de las biografías corrientes, o en los “siempre” (“siempre me ha gustado la música”) de las “historias de

⁶² Leonor Arfuch, *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002 (segunda reimpresión, 2007), pp. 47 y 57 .

⁶³ Cabe señalar que la perspectiva biográfica, que comprende herramientas como las historias de vida, las entrevistas a profundidad y la construcción de trayectorias, ha tenido auge reciente en las ciencias sociales. Se ha visto en ello un retorno del interés por las subjetividades. Para profundizar en la problemática de la biografía remito al libro de Leonor Arfuch, *El espacio biográfico*, y al de François Dosse, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 2007. En estas dos obras se hallará una amplia y compleja discusión de numerosos autores y enfoques sobre el tema.

vida”. [...] Esta vida organizada como una historia (en el sentido de relato) se desarrolla, según un orden cronológico que es asimismo un orden lógico, desde un comienzo, un origen, en el doble sentido de punto de partida, de inicio, pero asimismo de principio, de razón de ser, de causa primera, hasta su término que es también un fin, una realización (*telos*).⁶⁴

El problema de la ilusión biográfica es particularmente delicado cuando se trata de un “gran” hombre, cuya figura se sostiene por abundantes representaciones fijas, como sucede con Henríquez Ureña. Su rectitud ética a toda prueba, su erudición legendaria, la severidad de su juicio, su precoz intelecto, etc. No se trata de negar estas formas ya establecidas de entenderlo, que mucho tienen de fundamento, sino de ponerlas en cuestión y profundizar en su significado. En esa tarea hermenéutica, siempre frágil, las fuentes directas y sobre todo los testimonios directos de las personas son de vital importancia. Es una fortuna cuando se cuenta con textos autobiográficos, pues así se tiene un pase de acceso, si bien nunca total, a la intimidad reflexiva del individuo. La complejidad biográfica es doble: bios-grafos, vida-escritura, realidad vivida-representación de esa realidad. Los ejercicios autobiográficos añaden un tercer elemento a esa complejidad: la autorreflexión.

A mediados de 1909, Pedro Henríquez Ureña se puso a escribir sus *Memorias* y luego llevó por algún tiempo un diario. Tenía 25 años, su vida en México había sido muy interesante pero su situación personal no mejoraba. La tarea autobiográfica se sustentaba en la necesidad de no olvidar y dar claridad a lo que había vivido, a su situación y su porvenir. También se alimentaba del entorno; veía y sentía que algo importante se desarrollaba en México, en la joven intelectualidad de la que él era parte, en el agitado ambiente social y político. Había que ir registrando lo que ocurría. Era una inquietud por sí mismo, por sus amigos y por su tiempo. Iniciaba la escritura:

Decía Benvenuto [Cellini] que no se debe escribir autobiografías ni memorias antes de cumplir los cuarenta años; porque hasta entonces no se tiene serenidad bastante, ni se contempla perspectiva amplia. Pero creo que también entonces muchas cosas pasadas ya no se sienten, y pierden su color y su carácter; pues por eso acaso conviene, si se tiene afición á hacer recuerdos, poner por escrito muchos que el transcurso de una década podría hacer borrosos.

No creo que siempre, al escribir memorias, se piense en el público; antes creo que se las escribe muchas veces por el placer de hacer psicología, no tanto psicología propia, sino de

⁶⁴ “La ilusión biográfica”, Pierre Bourdieu, en *Las razones prácticas*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1977, pp. 74-75.

preferencia la de los demás. Nietzsche desconfiaba de las autobiografías, porque las suponía *compuestas*; desconfiaba de San Agustín y de Rousseau; y sin embargo, escribió notas autobiográficas. Óscar Wilde, que decía divertirse grandemente con los escritos autobiográficos y no parecía concederles mucha fe, escribió, sin embargo, una de las confesiones morales más artísticamente compuestas y, con todo, una de las que más producen impresión de artística sinceridad. La autobiografía, desde luego, siempre resulta compuesta; pero así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ella se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada falso. Sabemos que en las Memorias de Goethe faltan muchas cosas: todas las que resultaron inútiles para formar al Goethe que el mismo Goethe concebía y el que nosotros preferimos a cualquier otro que á retazos fabriquen los eruditos.⁶⁵ Las Memorias nos pintan el Goethe que se *realizó* en todos los momentos en que su vida y su ideal se fundieron y obraron de consuno. ¿Qué nos importan, pues, los momentos en que Goethe cedía á la presión de la vida ó las horas en que su pensamiento no tenía relación interesante con ella?

En realidad nos importan mucho, pues el retrato de una persona no está completo sin esos momentos en que cede a la presión de la vida. Además, ¿cómo saber cuándo el pensamiento no tiene relación interesante con la vida, si no es a condición de conocer los más numerosos detalles de la vida y el pensamiento? El carácter interesante o anodino de los detalles depende de la forma en que se relacionen, se *compongan* (por el autobiógrafo o el estudioso) en un cuadro general.

Yo estoy todavía lejos de los cuarenta años; voy á cumplir los veinticinco; pero ya he vivido lo bastante para temer que en mi memoria comiencen á formarse lagunas, y además tengo excesiva afición á *psicologizar*. Ya alguna vez emprendí un diario, cuando tenía quince años, en 1899, y lo continué hasta 1902; pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa. Pero ahora quiero componer (sí, *componer*) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias.⁶⁶

En estos primeros párrafos de sus *Memorias*, Henríquez Ureña está muy a tono con los debates, recientes o antiguos, sobre la biografía y la autobiografía: el pacto de sinceridad que se establece entre el memorista (o el biógrafo) y el lector⁶⁷; el deseo de combatir el paso del tiempo

⁶⁵ Henríquez Ureña refiere autobiografías centrales en el desarrollo del género: la *Autobiografía* del escultor italiano renacentista Benvenuto Cellini (1728), la de Nietzsche, *Ecce Homo* (1888), las *Confesiones* de San Agustín (400), las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau (1781-1788) y *De Profundis* (1905) de Óscar Wilde.

⁶⁶ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 27-28.

⁶⁷ Cf. el libro clásico de Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975.

y rescatar lo vivido, lo que se ha interpretado como una lucha contra la muerte y una ilusión de eternidad; el impulso de esclarecer la propia mente o zambullirse en la de los otros; el carácter de composición (un orden narrativo, un estilo estético, cierto grado de arbitrariedad, sesgos de interpretación, procesos de simbolización), y la interpretación global de un ideal o una obra, de un destino.

Resalta el énfasis que Henríquez Ureña hace sobre *componer* sus recuerdos, lo que evidencia que estaba conciente de su postura un tanto iconoclasta. Se trataba no de narrar cómo fueron las cosas, sino, con base en la memoria (una primera e involuntaria selección), ordenar los recuerdos para establecer lo esencial, sin introducir nada falso (esto es, se combinan una selección reflexionada y una intención de verdad). Especialmente “en cosas literarias” (criterio rector de la selección, clasificación y orden narrativo de los recuerdos), porque esto era lo que mayor sentido daba a su vida (el criterio de interpretación retrospectiva y de proyección “hacia delante” de la vida). La práctica auto-bio-gráfica es así un proceso de autognosis, y como tal, desarrollada con las tensiones, contradicciones y “puntos ciegos” que tiene todo proceso de conocimiento. En ese sentido profundo, bien se puede decir que cualquier biografía y cualquier estudio sociológico o histórico es una *composición*.

He asumido, por una parte, que la actividad intelectual es un proceso vital, que está inmersa en el conjunto de los procesos anímicos. Y, por otra, que si bien no es posible conocer “tal cual” la vida realmente vivida del individuo, sí podemos acercarnos al “sentido vivido”, porque podemos reproducir, de manera aproximada, las singularidades de la trayectoria individual ajena. Podemos comprender al individuo y en ese sentido hacer que vuelva a actuar en el mundo.

En todo estudio biográfico es central el asunto de la formación de una conciencia (de sí mismo y del entorno, la época o sociedad); esto es aún más evidente cuando se trata de estudiar a los intelectuales. La biografía es la historia de cómo un ser humano conduce, de manera consciente pero nunca por completo, su propia existencia. La historia de una vida, que en vista panorámica ofrece una línea de desarrollo, vista en los pormenores de su devenir, en su ir siendo, aparece como una dispersión de pequeños y grandes acontecimientos, en los cuales la coherencia global apenas puede manejarse como una hipótesis. A ras de suelo, la vida es un mundo de contingencia, de contradicciones, de posibilidades, de retos y tareas prácticas, de anhelos

frustrados, obsesiones, búsquedas, placeres y dolencias, triunfos y pérdidas. En todo ello, sin embargo, existe la voluntad consciente, que se afirma, se adapta o se rebela ante sus circunstancias y su propia vida interior. La conciencia racional es un hilo delicado en la dispersión de la vida. Pero es un hilo resistente, un factor poderoso que implica la probabilidad de dar coherencia unitaria a la propia existencia.

El ser humano es un juego complejo de instintos, sentimientos, comportamientos e ideas. La biografía es la historia de la conciencia tanto como la historia de las pasiones del individuo. Las pasiones son sentimientos muy intensos, inclinaciones o preferencias muy vivas cuyos objetos son variados (personas, cosas, actividades o ideas). Una pasión se define por la intensidad con que se experimenta y se desenvuelve. Los intelectuales, como cualesquiera seres humanos, son “presa” de las pasiones y tienden a realizar con pasión sus trabajos. Así, leer o escribir, dar una conferencia o conducir una asociación cultural, tareas que implican un uso intensivo y metódico de la inteligencia, pueden convertirse en fuertes pasiones. La inclinación por un aspecto u objeto del trabajo intelectual puede llegar a ser tan amplia, constante e intensa (por ejemplo la idea de “mi filosofía” o “mi obra”), que determinan prácticamente el conjunto de la vida. Y no obstante, muchas otras pasiones siguen actuando, subordinadas o contrapuestas con la pasión dominante. Así, cuando hablo de pasiones intelectuales, me refiero a las fuertes inclinaciones que manifiestan los intelectuales por aspectos de las actividades propias de su profesión, pero teniendo en cuenta que hay otras orientaciones que tienden a definir su vida.

En la historia del pensamiento occidental, desde el fondo de las visiones de la Grecia antigua y el judeocristianismo, se sostuvo una visión negativa sobre las pasiones, asimilándolas a la irracionalidad, los impulsos instintivos, el mal o el error.⁶⁸ Las pasiones no son racionales, se alimentan de la vida emocional y se experimentan como fuerzas o necesidades fundamentales. Pero tampoco son irracionales, pues no se trata de impulsos instintivos y ciegos, independientes de la conciencia. Al contrario, las pasiones son siempre en cierto grado conscientes, se las siente, se percibe su fuerza, podemos actuar sobre ellas e incluso conducir las.

Las pasiones son pasadas por el tamiz de la moral. En ciertos contextos sociales, por ejemplo, pueden tenerse como virtudes de la más alta estima la creación artística o el estudio sin fines prácticos directos, mientras que en otros esto mismo se considera improductivo o

⁶⁸ Remito de nuevo a la crítica de F. Nietzsche sobre “el hombre teórico”, *El nacimiento de la tragedia. O Grecia y el pesimismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2001; además, Jamake Highwater, *Myth & Sexuality*, USA, Meridian, 1991.

pernicioso. Dentro del mismo campo cultural, individuos, grupos o épocas enteras valoran diferentes aspectos, disciplinas u orientaciones del trabajo intelectual. Dentro de la época que ocupa a esta tesis, la oratoria, el preciosismo estético, el espíritu cientificista o el genio creador eran elementos culturales sumamente valorados, y vividos por los intelectuales con pasión. No obstante, tenían sus detractores e incluso otros valores ya disputaban su dominio (un estilo más sobrio, un espíritu de apertura y de relatividad científica, la seriedad y el trabajo constante más que el impulso de la inspiración). En estos cambios de orientación actúan otros factores, pero es inobjetable que se trata de orientaciones y reorientaciones de las pasiones humanas, cambios que son posibles y profundos debido a la inversión pasional que hay en ellos.

La razón ¿es enemiga de las pasiones? Según José Ortega y Gasset, el principio básico de la reflexión racional sería el “reposo”, de acuerdo con la visión de René Descartes:

Quien conozca bien, bien de verdad, a Descartes sabe lo que significaba este reposo. Descartes estaba convencido de lo difícil e improbable que es que el hombre consiga pensar en la plenitud de este término, esto es, pensar lo que él llama “ideas claras y distintas”. Esto es *la razón* y es sobremanera infrecuente que el hombre logre ejercitarla. Todo el resto de su ser contribuye a empañar la mental retina donde se produce esa casi milagrosa química de pensar lo evidente... Todo apasionamiento enturbia la mente y para esclarecerlo escribió Descartes el *Tratado de las pasiones*. El reposo es el desapasionamiento metódico y, constituye muy formalmente, como demuestro en el aludido estudio *Apuntes sobre el pensamiento*, la *primera y principal* regla de su método aunque por ciertas razones no conste formalmente en el *Discours de la Méthode* [...] ⁶⁹

En realidad, sólo en parte la reflexión racional se opone a los impulsos emocionales. La concentración mental, la “frialidad” de la razón, el distanciamiento necesario de la conciencia que piensa su objeto, implica un atemperamiento de las pasiones. Pero pensar es una aplicación de fuerza, se trata de un uso de la energía emocional. Así que podemos compartir la idea de Nietzsche acerca de que, para un mejor conocimiento de las cosas, habría que aprovechar el impulso y las “perspectivas” de las pasiones:

Existe *únicamente* un ver perspectivista, *únicamente* un “conocer” perspectivista; y *cuanto mayor sea el número* de afectos a los que permitamos decir su palabra sobre una cosa, *cuanto mayor sea el número de ojos*, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más

⁶⁹ Ortega y Gasset, José, *Sobre la razón histórica*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1980, segunda edición revisada de la primera edición de la Revista de Occidente, 1979, p. 33. Cf., René Descartes, *Las pasiones del alma*, trad. Consuelo Berges, México, CNA, Colección Cien del Mundo, 1993.

completo será nuestro “concepto” de ella, tanto más completa será nuestra “objetividad”. Pero eliminar en absoluto la voluntad, dejar en suspenso la totalidad de los afectos, suponiendo que pudiéramos hacerlo: ¿cómo?, ¿es que no significaría eso *castrar* el intelecto?...⁷⁰

El conjunto de la vida anímica se implica en los procesos de conocimiento, como impulsos y obstáculos, como fuente de motivaciones, fortalezas y debilidades, como materia misma de reflexión. Las rutas que van de la vida anímica a la reflexión racional, y de esta sobre la primera, no sólo son complejas sino que las más de las veces permanecen en brumas. Sin embargo, es un asunto de la mayor importancia para el estudio biográfico: ¿qué tanto podemos saber de las relaciones entre la vida anímica y los procedimientos intelectuales del individuo?

El individuo es a la vez una realidad y una ficción. Se trata de una unidad irrepetible, un organismo biológico, una persona, una mente y un nombre. Nace y muere en momentos precisos, tiene un recorrido real, material por el mundo. Pero esa realidad es cambiante y móvil, tanto que la unidad (la indivisibilidad) del individuo es más bien una tendencia, que se establece o restablece a cada tanto. Hay zonas de uno mismo que permanecen inaccesibles para uno mismo. Como se sabe, sucede que el estudioso tiene la ventaja de la mirada de conjunto sobre la obra y la vida del biografiado (el conjunto “cerrado”), la ventaja de poder basarse en el conocimiento acumulado sobre el individuo y su época.

El círculo problemático principal de esta tesis es el individuo. Los análisis abarcan otros dos niveles: su realidades sociales o colectivas inmediatas (familia, amistades, empleos, grupos, ambientes urbanos y culturales), y los contextos socio históricos generales. Traté de analizar los procesos en sus propias lógicas de funcionamiento, para establecer las interrelaciones entre los distintos niveles y las tendencias más claras o de mayor alcance. Intenté, sobre todo, establecer cómo los distintos niveles de la realidad social confluían en la esfera del individuo. Por lapsos hubo que concentrarse en la duración corta de los procesos. En los capítulos finales de la tesis, los que tienen que ver con el periodo de 1908-1910 en México, las tres dimensiones se refieren tan directamente que prácticamente se trata de un mismo proceso. Hay una especie de condensación de diferentes tiempos: el individual, el de los grupos intelectuales y el tiempo social-histórico.

Quise hacer la reconstrucción de los procesos manteniendo el factor de indeterminación, hacer el seguimiento de lo que iba siendo, lo que se concretaba como una entre otras

⁷⁰ Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 155.

posibilidades. Es decir, manejar la perspectiva de que los ambientes sociales y los momentos sociales y políticos eran realidades abiertas, que la vida del individuo fue un trayecto real y múltiple, contradictorio, lleno de decisiones, de probables vías (vidas). El investigador, asumiendo una mirada propia, basándose en lo que se sabe y lo que se puede saber, lo que se conjetura o sospecha, realiza un ejercicio de explicación, intentando indicar el o los sentidos de los procesos. De principio a fin no hay una verdad última, sino grados de certidumbre, juicios que se pueden defender con mayor o menor éxito. El investigador incluso puede hacer uso de ejercicios contrafactuales: lo que podría haber sido, lo que habría resultado si, lo que quizás... Estos ejercicios de ficción pueden ayudar a comprender el sentido de lo que realmente sucedió. También como recurso narrativo la ficcionalización puede resultar útil, pues permite, a través de imágenes basadas en lo que se sabe que ocurrió, mostrar lo que razonablemente debió ser el sentido vivido.

No hay ser humano sin contradicciones. Pero no lo hay tampoco sin visiones globales que tienden a fijar el sentido de su vida. La investigación va en esas dos vías. Es necesario atender a las contradicciones de una vida (el ser humano y sus circunstancias, el uno mismo y los otros, el individuo ante sí mismo), así como a las síntesis de ese proceso vital (la autoconciencia, las resoluciones, las series de decisiones, elecciones, renunciaciones y olvidos, las interpretaciones o miradas de los otros). Así se puede arribar a una comprensión más completa y compleja de lo que fue la vida del individuo, su “curva de vida”, para utilizar la expresión de Lucien Lefevre.⁷¹ La perspectiva biográfica implica el intento de reapertura de lo que fue una vida y un tiempo pasados (hacer que vuelva a jugar el azar), tanto como el intento de las interpretaciones globales, que tienden a ser unificadoras.

⁷¹ Lefevre, Lucien, *Martín Lutero*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1956.

Capítulo 1. Infancia y adolescencia en Santo Domingo

Los niños Pedro y Max se asomaban por uno de los balcones del salón principal de su amplia casa de dos plantas, a unas cuadras de la Catedral de Santo Domingo. Hablaban de lo interesante que sería coleccionar la obra de todos los poetas dominicanos. Su tía Ramona intervino, diciéndoles que, sin ir muy lejos, miraran en frente y verían a dos de los mejores. En la acera opuesta conversaban Federico Henríquez y Carvajal y José Joaquín Pérez, afuera de la Imprenta Quisqueya, propiedad del tío Federico, también padrino de bautismo de Pedro. “Ya esos dos – dijo Pedro– están en *La lira de Quisqueya*, que es lo único que se ha hecho para reunir poesías dominicanas. ¡Pero hay tantos otros...! Valdría la pena hacer una nueva *Lira de Quisqueya*...” Su hermano menor le propuso entonces: “Pues vamos a hacerla...”¹

El proyecto que adoptaron aquella tarde fue una de las numerosas tareas intelectuales en que ocupaban su tiempo, las cuales hacían de manera espontánea y libre, con el estímulo y orientación de sus mayores. En el ambiente de su familia, de clase media ilustrada, el estudio se tenía como virtud principal. Se consideraba que por ese medio se fomentaban y fortalecían los mejores caracteres morales; se creía que era la mejor vía para el mejoramiento del individuo, la familia y la sociedad. Para los niños eran juegos que progresivamente realizaban con mayor seriedad; se complacían imitando el mundo de los adultos, que poco a poco iba siendo el suyo.

Para entender la formación del *habitus* intelectual de Henríquez Ureña, es necesario realizar un recorrido histórico, identificando los elementos culturales y los valores que confluyeron en su educación y dieron forma a su mentalidad. Nos detendremos sobre todo en los últimos decenios del siglo XIX, la época de madurez de sus padres, Francisco Henríquez y Carvajal y Salomé Ureña, cuando la República Dominicana atravesó un periodo decisivo: el de su consolidación como Estado nación. Fue una época de modernización económica, modesta en comparación con otros países latinoamericanos. Los avances económicos, acompañados por el aumento en la actividad cultural, fueron posibles gracias al ascenso al poder de una facción

¹ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)”, en Pedro Henríquez Ureña, *Retratos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 17-18. La anécdota es ubicada por Pedro a mediados de 1896, probablemente mayo o junio. En ese entonces Pedro estaba próximo a cumplir los doce años y Max cumpliría once a finales del año. Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000 [Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989], pp. 39-40. *La Lira de Quisqueya*, aparecida en 1874, se debe al escritor José Castellanos. Fue el primer trabajo amplio de selección de la poesía dominicana.

política, el Partido Azul, con ideas liberales. Después, la dictadura de Ulises Heureaux mantuvo fines modernizantes pero con características más conservadoras. El niño y adolescente Henríquez Ureña, a través de lo que observaba en sus padres, de profunda vocación pedagógica, tuvo sus primeras visiones sobre las tensiones entre las tareas de cultura y las realidades políticas.

I. Aspectos de la historia dominicana

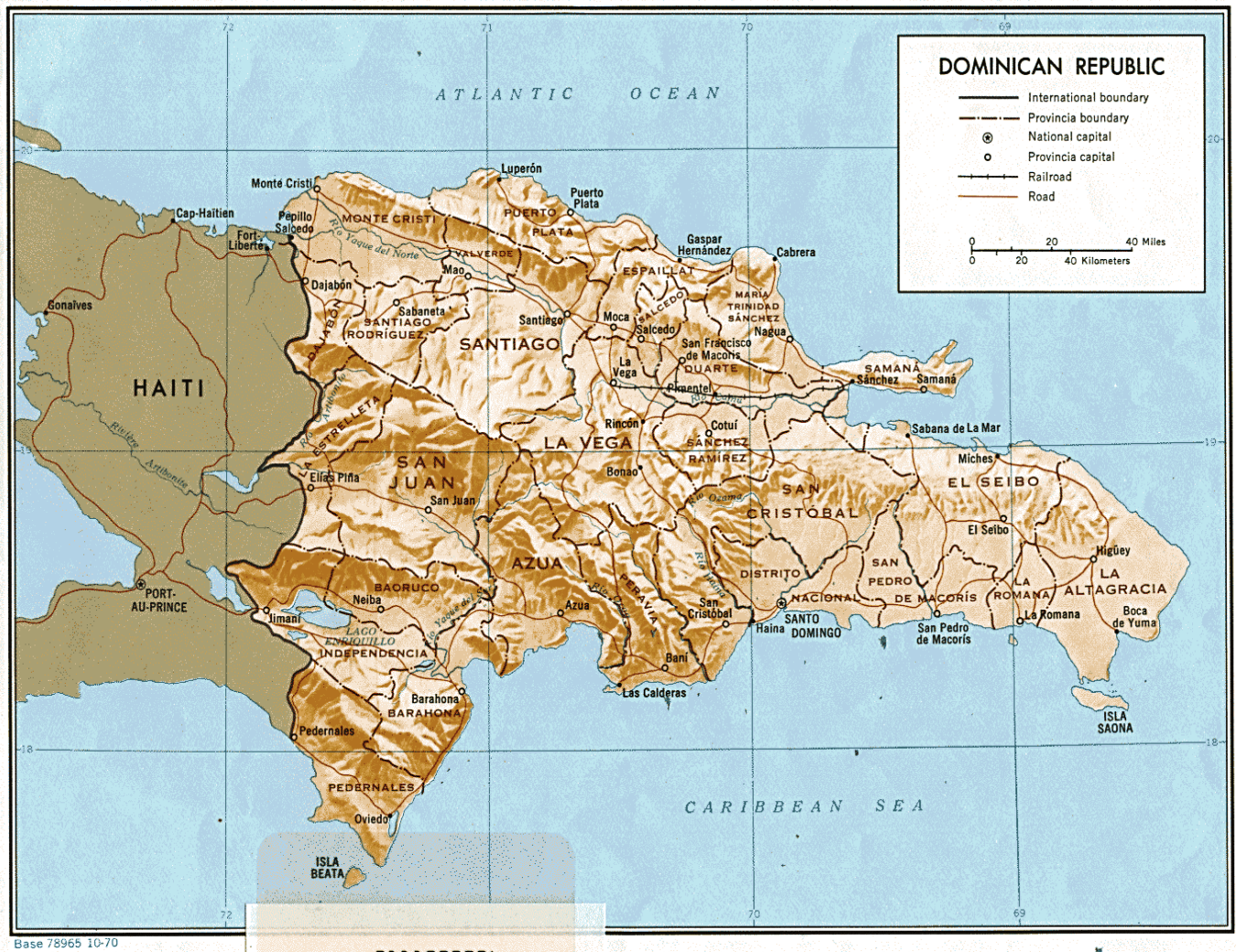
La isla de Santo Domingo, que comparten la República Dominicana y Haití, forma parte del archipiélago que puntea el océano Atlántico de la península de La Florida a las costas de Venezuela. La historia dominicana es inseparable de la de Haití; y ambas de la historia de la zona del Caribe, por siglos de importancia estratégica debido a su ubicación en las rutas marítimas entre Europa y América, y entre Norte, Centro y Sur América. Juan Bosch la denominó “frontera imperial”, pues en ella se desarrollaron las disputas entre los imperios europeos (español, inglés y francés, principalmente) y el estadounidense (a partir del siglo XIX).² El valor de las islas también se basó en su ambiente natural muy propicio para el cultivo de productos como el azúcar, el tabaco, el cacao y el café.

La isla es la segunda en tamaño después de Cuba (70 mil km² y 110 mil km², respectivamente). Posee una amplia cordillera en la zona central, que gana su máxima altura del lado dominicano (Pico Duarte) y se extiende hacia el occidente, en Haití. El clima es tropical cálido; el promedio anual de la temperatura es de 25° C, elevándose a más de 34 en los meses de junio a agosto, y descendiendo a unos 19 de diciembre a febrero. El régimen de lluvias afecta principalmente al lado oriental (República Dominicana), donde el suelo es más fértil, sobre todo en el valle del Cibao.

Conocida por sus habitantes originales como Haití o Quisqueya, la isla fue avistada el 5 de diciembre de 1492 por Cristóbal Colón, quien la bautizó como “La Española”. En el sureste de la isla, en la desembocadura del río Ozama, se estableció el primer asentamiento español en el

² Cf. Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*, Santo Domingo, República Dominicana, Alfa y Omega, 2003.

continente. La ciudad de Santo Domingo fue inaugurada oficialmente en 1503; por largo tiempo sirvió como base para la exploración, conquista y colonización de los nuevos territorios. Ahí se estableció el primer gobierno de Indias (1509-1540), con categoría de virreinato. La Real Audiencia creada en 1511 mantuvo por varias décadas la jurisdicción sobre el nuevo mundo.



Fuente: <http://www.reddominicana.com/mapas/delpais/>

Pronto se establecieron conventos y escuelas, en 1540 se erigió la Universidad de Santo Tomás de Aquino. Santo Domingo gozó una primera época de esplendor intelectual, pues ahí se asentaron o permanecieron por largos periodos clérigos y funcionarios reales. A Pedro Henríquez Ureña, por ejemplo, le gustaba recordar la labor de personajes como Fray Bartolomé de las

Casas, quien residió y escribió en La Española en varios momentos al inicio del siglo XVI.³ La importancia política y económica de la isla declinó, pero no su influencia en las Antillas, debido al escaso desarrollo de las otras islas.

Esa primera etapa de esplendor de Santo Domingo coincidió con la casi total aniquilación de los indígenas taínos y su cultura. Las estimaciones de la población originaria van de unos 300 mil a varios millones. Se dice que para 1570 apenas quedaban unos cientos.⁴ Por la escasez de mano de obra, los españoles aumentaron la importación de esclavos africanos, práctica que existió desde los primeros años de los viajes de descubrimiento.

Para fines del siglo XVI, la ganadería se consolidó como el pilar de la economía de la colonia española, aspecto predominante hasta bien entrado el siglo XIX. La clase dominante estuvo constituida por los terratenientes dueños de los hatos de ganado. El cuidado del ganado vacuno y caballar no requería de organización laboral ni tecnología sofisticadas, lo cual propició la dispersión e incomunicación de los habitantes (15 mil personas en 1606, de las cuales 9 640 eran esclavos).⁵

En el mar Caribe, durante los siglos XVI y XVII, operaron piratas europeos (ingleses, franceses y holandeses) que, con la complacencia de sus respectivos reinos, hostilizaban y saqueaban los barcos y asentamientos españoles. La sociedad novohispana se desarrolló en el área sur oriental de la isla, mientras que en las costas occidentales, lejos de la autoridad española, dominaron los piratas. Desde finales del siglo XVI y durante el XVII, los asentamientos de bucaneros y filibusteros franceses prosperaron. Tanto que España se vio obligada a ceder esa parte de la isla a Francia (Tratado de Riswick, 1697). El territorio francés fue conocido como *Saint Domingue* y el que siguió bajo dominio español como Santo Domingo.

El interés de España por la isla disminuyó en la segunda mitad del siglo XVI, pues los territorios continentales le ofrecían mayores riquezas. Según Juan Bosch, Santo Domingo “entró en un estado de miseria general que duraría todo el siglo XVII y parte del XVIII”. En 1737 la población era de 30 mil personas, apenas el doble respecto a 1606. La situación implicaba una

³ Henríquez Ureña, Pedro, “La emancipación y primer periodo de la vida independiente en la Isla de Santo Domingo”, en *Historia de América, tomo VIII Independencia y organización constitucional*, Buenos Aires, Argentina, W. M. Jackson Inc., 1947, pp. 381-406.

⁴ Sobre las estimaciones demográficas en el siglo XVI, véase el Apéndice incluido en Frank Moya Pons, *Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro*, Madrid, España, Alianza, 1987.

⁵ Bosch, Juan, *Composición social dominicana: Historia e interpretación*, Santo Domingo, República Dominicana, 2005, capítulo IV “El desarrollo de la sociedad hatera”, pp. 63-77.

inercia de comportamientos y cierta nivelación social.⁶ Antes que extraer riquezas, España tenía que pagar el funcionamiento administrativo de Santo Domingo con recursos de sus posesiones en la América continental (lo que se denominaba “situado”), en una época en que Inglaterra, Francia y Holanda iniciaban la explotación intensiva de sus territorios en la zona.

Durante el siglo XVIII, en la zona occidental de la isla, los franceses desarrollaron el sistema extensivo de plantaciones de caña de azúcar, altamente tecnificado, así como el cultivo de café, añil y algodón. En 1783 existían 783 ingenios y trapiches (molinos para triturar la caña). La producción, basada en la explotación del trabajo esclavo, estaba orientada a la exportación a Europa y las colonias inglesas en Norteamérica. Se trataba, dice Gerard Pierre-Charles, de la articulación de “una nación precapitalista dependiente” con el capitalismo mundial. Lo que sería Haití nació a partir de los requerimientos del mercantilismo francés en su desarrollo hacia el capitalismo industrial. Para finales del siglo XVIII, *Saint Domingue* aportaba la tercera parte del comercio exterior de Francia.⁷

A mediados de ese siglo, la nueva orientación de la España de Los Borbones hacia sus colonias y un lapso de mejor entendimiento con la rival Francia, permitió la reactivación comercial de Santo Domingo. La actividad económica del lado francés abrió un mercado amplio para la venta del ganado de los hateros de Santo Domingo. Se fundaron nuevos poblados en el centro y norte, orientados al comercio con el lado francés. Mientras, en la banda sur aumentó el comercio con las islas vecinas Curazao (dominio holandés) y Santo Tomás (dominio danés). No obstante, la apertura comercial favoreció más a Cuba. En esa isla, en 1760, existían 30 ingenios y trapiches para la producción de azúcar; mientras que en 1779 eran ya 600. En contraste, la producción de azúcar en Santo Domingo, fundamentalmente para consumo interno, incluía en 1780 apenas 20 ingenios y trapiches.⁸

Con el auge económico aumentó el tráfico de esclavos. Según un cálculo, la inmigración forzada de africanos a Iberoamérica fue de 500 mil almas en el siglo y medio posterior al descubrimiento. Para el periodo de 1651 a 1810, se calcula que 6 millones 600 mil esclavos fueron introducidos en las posesiones españolas y portuguesas. La concentración de población

⁶ *Ibidem.*, p. 110, 117-118.

⁷ Pierre-Charles, Gérard, “Génesis de las naciones haitiana y dominicana”, en *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*, Gérard Pierre-Charles (ed.), México, IIS-UNAM, 1974, pp. 14-41.

⁸ Bosch, Juan, *Op cit.*, pp. 149-160.

negra en las islas del Caribe fue muy alta. En *Saint Domingue*, en 1789, el 87 % de sus 205 mil habitantes eran esclavos. Si se incluye a esclavos libertos y mulatos, resultaba que la población de origen africano rebasaba el 90 %. En igual situación se encontraban otras islas, como Jamaica y Barbados. En Cuba y en la parte oriental de La Española, hubo relativamente una menor africanización; el mestizaje produjo sociedades predominantemente de mulatos. Se dice que en Santo Domingo había 100 mil personas “libres” (una minoría blanca y una mayoría de mestizos), mientras que los esclavos eran entre 10 y 12 mil.⁹

Saint Domingue tuvo como capital comercial Cabo Francés (posteriormente Cabo Haitiano), en la costa norte de la isla. Para fines del siglo XVIII era una ciudad muy rica, con bibliotecas y librerías, imprenta, periódicos, cafés, teatros y calles pavimentadas.¹⁰ Esto contrastaba con el atraso y quietismo de Santo Domingo. Pero antes de terminar el siglo las cosas cambiaron. Como consecuencia de su fracaso en la guerra con Francia, España tuvo que cederle su parte de la isla (Tratado de Basilea, 1795), lo cual, combinado con la revolución de esclavos en *Saint Domingue*, conmocionó al territorio de habla española. Así inició el drama independentista de Santo Domingo.

Las rebeliones de esclavos fueron recurrentes en el Caribe durante las centurias en que dominó el sistema colonial. Al final del siglo XVIII, las noticias de la Revolución francesa, con sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad, provocaron una agitación generalizada en *Saint Domingue*. Comenzaron los levantamientos, sobre todo a partir de 1791. Inglaterra y España, tratando de ganarle terreno a Francia, intervinieron con las armas apoyando a la oligarquía esclavista. En 1793 Francia decretó la abolición de la esclavitud, lo que permitió una alianza con las huestes rebeldes en contra de las otras potencias. Las fuerzas de esclavos libertos dirigidas por Toussaint de Louverture fueron vitales para derrotar a los interventores ingleses y españoles.

Luego que España cedió su parte de la isla a Francia en 1795, empezó el éxodo de centenares de familias de habla española en búsqueda de refugio en islas cercanas o en tierras continentales. Mientras, el movimiento liderado por Toussaint de Louverture se enfocó a

⁹ El porcentaje de esclavos en Haití proviene de Jean Casimir, “Los ‘bosales’ y el surgimiento de una cultura oprimida en Haití”, en *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*, varios autores, México D. F., UNAM, 1973, p. 47. Los datos de Santo Domingo de Juan Bosch, *Op cit.*, p. 192. El resto de la información fue tomada de Nicolás Sánchez-Albornoz, “Las migraciones anteriores al siglo XIX”, en *Europa, Asia y África en América Latina y El Caribe. Migraciones “libres” en los siglos XIX y XX y sus efectos culturales*, Birgitta Leander (coord.), México, Siglo XXI-UNESCO, 1989, pp. 71-88.

¹⁰ Bosch, Juan, *Op cit.*, pp. 159-160.

conseguir la independencia de toda la isla. En enero de 1801 invadió el lado español, declarando la autonomía de la isla el 1º de julio. Para entonces, en Francia el general Napoleón Bonaparte había dado un golpe de estado (1799) y se sostendría en el poder durante quince años. Napoleón envió una expedición militar para recobrar el control de toda la isla, pero lo consiguió sólo en la parte oriental. Tras la aprehensión y muerte de Louverture, el mando independentista fue tomado por Jean-Jacques Dessalines, quien declaró la independencia de Haití en enero de 1804. E invadió de nuevo la zona oriental. Las batallas se sucedieron, con intervención de los bandos locales, las fuerzas francesas y españolas, así como de ingleses e islas vecinas. El ejército de Dessalines se replegó al lado occidental, y el territorio oriental volvió a incorporarse a España. Este periodo se conoció popularmente como “La España boba” (1809-1821), debido a la mínima atención que Santo Domingo recibió de la metrópoli.

En 1821 José Núñez de Cáceres encabezó un movimiento que proclamó la independencia del “Haití español”, con la intención manifiesta de que formara parte de la Gran Colombia, fundada un año antes por Simón Bolívar. Es lo que se nombra como “independencia efímera”, pues, de nueva cuenta, bajo la idea de que la isla debería ser una sola nación, las fuerzas haitianas del presidente Jean Pierre Boyer invadieron Santo Domingo a inicios de 1822, sin enfrentar mucha resistencia. Esta ocupación se prolongó por 22 años, hasta 1844.¹¹

El gobierno haitiano de ocupación tuvo efectos ambivalentes en Santo Domingo. Fue un régimen de represión y falta de libertades, pero liberó a los esclavos. Preservó la organización en torno a los hateros, quienes conservaron su autoridad social, aunque económicamente habían declinado para ya no recuperarse. Realizó un proceso de nacionalización de los bienes del antiguo régimen, incluidos los de la Iglesia, así como de tierras no reclamadas. Las pequeñas zonas de producción de tabaco, que ya existían en la región del Cibao, se desarrollaron con mayor fuerza. Aumentó el mercado interno y con ello se fortaleció el sector de los comerciantes.¹²

La recuperación económica en esas dos décadas de relativa estabilidad, permitió el desarrollo de una pequeña burguesía. En la Banda del Sur, dice Juan Bosch, se formó “una

¹¹ Sobre la serie de acontecimientos de este periodo, véanse, además de las obras citadas de Juan Bosch, *La independencia dominicana*, de Juan D. Balcácer y Manuel A. García, Madrid, Editorial Mapfre, 1992; *El Caribe en la encrucijada de su historia, 1780-1840*, coordinado por Juan Manuel de la Serna, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1993, y de Frank Moya Pons, “La independencia de Haití y Santo Domingo”, en *Historia de América Latina. 5 La independencia*, Leslie Bethell (ed.), Barcelona, España, Crítica, 1991 [Cambridge: Cambridge University Press, 1985].

¹² Bosch, Juan, *Composición social dominicana*, p. 241.

pequeña burguesía de comerciantes, profesionales, dueños de cortes de madera”, que “tomó la dirección en la tarea de organizar a los dominicanos para que lucharan por su independencia”.¹³ Vivo ejemplo de ello es Juan Pablo Duarte (1813-1876), el principal líder del movimiento independentista. Hijo de un rico comerciante español en Santo Domingo, recibió amplia educación, incluyendo un viaje de varios años por Europa y Estados Unidos. En julio de 1838 fundó la organización secreta *La Trinitaria*, que aglutinó a jóvenes que habían nacido durante el periodo de “La España boba” y crecieron y se formaron durante la ocupación haitiana. Pero este grupo de jóvenes ilustrados de extracción pequeñoburguesa, carecían de la fuerza para vencer en la lucha por la liberación. A decir de Juan Bosch, el grupo trinitario se vio obligado a establecer una alianza con la única clase con autoridad social suficiente, la oligarquía hatera, a pesar de su mentalidad conservadora y autoritaria.

Luego de muchos años de enfrentamientos y mediando un movimiento haitiano en contra de su presidente Boyer, el 27 de febrero de 1844 las fuerzas haitianas se retiraron, proclamándose la independencia bajo el nombre de República Dominicana. Se abrió entonces un largo periodo de disputas entre la clase terrateniente de ganaderos y la pequeña burguesía (comerciantes y pequeños productores), que con frecuencia se resolvían de manera sangrienta. Como no había una clase social dominante, “no había posibilidad de mantener una organización socio-política estable”.¹⁴

Durante ese periodo, Pedro Santana fue la figura de mayor peso político. Representante de la vieja clase ganadera, ocupó la presidencia mediante elecciones en tres ocasiones (1844-1848, 1853-1856 y 1858-1861). En su primer periodo persiguió y exilió a los líderes de *La Trinitaria*. La situación crítica del país y la caída de su popularidad lo obligaron a renunciar a un segundo periodo de gobierno. Protagonizó un golpe de Estado contra Manuel Jiménez González (1849), haciendo ganar a Buenaventura Báez en la elecciones siguientes. Después, en su segundo periodo, al igual que Báez previamente, intentó alcanzar, sin éxito, el establecimiento de un protectorado de los Estados Unidos. Fue obligado a renunciar y de las siguientes elecciones resultó presidente, de nueva cuenta, Buenaventura Báez.

El ejercicio dictatorial del poder era vía recurrente en un panorama de discordia política, ruina económica y amenaza constante de invasión haitiana. Pero la dominación de Santana distó

¹³ *Ibidem.*, p. 235.

¹⁴ *Ibidem.*, p. 248.

mucho de ser segura. Por su parte, Buenaventura Báez se distinguió no sólo por su autoritarismo, sino por una torpeza enorme en materia económica. En 1857 comerciantes de la zona de Cibao (productores y comercializadores de tabaco) se levantaron contra Báez, cuya política de emisión de papel moneda estaba causando estragos. Los revolucionarios (Pedro F. Bonó, Ulises Francisco Espaillat y Benigno Filomeno Rojas, entre otros), usaron como distintivo un listón azul. Los baecistas emplearon uno rojo. De ahí provino la denominación de los partidos Azul y Rojo. Santana ganó las elecciones posteriores y en ese tercer mandato, iniciado en 1858, buscó la anexión a España. Esta vez con éxito: la anexión fue proclamada el 18 de marzo de 1861 y Santana fue nombrado gobernador de Santo Domingo por la Reina Isabel II. Sin embargo, fue marginado de la toma de decisiones, lo que lo llevó a la renuncia y el retiro político.

La reintegración a España fue decepcionante, no hubo mejoras económicas o sociales. De inmediato inició la guerra de restauración de la república. Según Juan Bosch, en esta lucha participaron todos los sectores de la pequeña burguesía dominicana, “unidos en una ardiente aspiración por expulsar a los españoles y tomar el poder político de una vez por todas”. Al mismo tiempo, existieron disputas al interior de las fuerzas restauradoras, de manera que

cuando la guerra vino a terminar ya estaba iniciada de hecho la larga, la interminable lucha de los bajos pequeños burgueses contra los altos y medianos que iba a mantener el país durante muchos años en un estado de caos perpetuo. La luchas de todos los sectores de la pequeña burguesía contra los hateros había quedado injertada en la guerra contra España; el huracán de las armas se llevó los últimos restos del sector hatero, y cuando España se retiró la batalla quedó entablada entre los altos y los medianos pequeños burgueses de una parte –agrupados en el Partido Azul–, y los bajos pequeños burgueses, agrupados en el Partido Rojo o baecista, de la otra.¹⁵

Una vez concluida la guerra de Restauración con la firma del Acuerdo del Carmelo en junio de 1865, se abrió otro periodo de feroces disputas por el poder. En el Partido Azul se aglutinaban los productores y comerciantes del Cibao, y en general los sectores más progresistas y liberales del país. Los seguidores de Báez (el Partido Rojo) provenían de los sectores más bajos, campesinos pobres, artesanos y comerciantes humildes. Bosch destaca como ejemplos a Gregorio Luperón (1839-1897), de importante papel en la lucha por la restauración, y al padre Fernando Arturo Meriño (1833-1906).¹⁶ Ambos provenían del sector más bajo del comercio.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 278.

¹⁶ *Ibidem.*, pp. 258 y 283.

Meriño había sido cercano a Santana, quien lo favoreció en su carrera eclesiástica. Pero se ganó la enemistad de su protector por oponerse a la anexión a España, y tuvo que ir al exilio. Al concluir la guerra, Luperón y Meriño se encontraban en el Partido Rojo, pero rompían años más tarde con Báez convirtiéndose en elementos destacados del Partido Azul.

No eran nítidas las líneas de los bandos. Un autor señala que “los partidos políticos no conocían ninguna organización formal, ni directivas, ni registro de miembros, ni reuniones formales, ni estatutos.” Lo que les daba cohesión era el mando de un caudillo principal y sus intereses económicos locales.¹⁷ No obstante, el bando Azul, con un énfasis liberal muy marcado, desarrolló en adelante una idea más clara y global de cómo debía ser la nación dominicana.

El proceso de formación del estado nacional dominicano inició a fines del siglo XVIII, con la cesión del territorio a Francia y la revolución de esclavos en *Saint Domingue*, pero es hasta la séptima década del siglo XIX, con la Restauración de la República, cuando finalmente terminan de asentarse y dominar las fuerzas nacionalistas. La tarea de dar forma al estado nacional, capitalista y liberal, recayó en los sectores de la pequeña burguesía, que se desarrollaron y adquirieron una ideología independentista durante la larga ocupación haitiana.

En la formación de la mentalidad nacional hubo diversos componentes, entremezclados de manera contradictoria. En el país se forjó un sentimiento antihaitiano, basado en la historia de guerras, invasiones y ocupaciones (que por fin terminaba cuando el presidente haitiano Fabré Geffrand, en 1858, hizo saber a los dominicanos que cesarían las hostilidades). Este acendrado sentimiento antihaitiano, desarrollado sobre todo en las capas sociales medias y altas dominicanas, derivó en un prejuicio racista general, concibiéndose lo negro como signo de barbarie y violencia, esto a pesar de ser la sociedad dominicana fundamentalmente de mulatos.

En contraste, el apego a la herencia cultural hispánica continuó e incluso se reforzó, como forma de resistencia a los embates haitianos, y a pesar del abandono y desinterés de la madre patria. Tanto en la vieja clase de propietarios de hatos, muchos en la ruina para mediados del siglo XIX, como en los estratos medios de comerciantes, agricultores y profesionistas, la tradición hispánica y la religión católica estaban muy incorporadas. Sólo en las últimas décadas del siglo, en medios ilustrados el aspecto religioso pasó a un segundo plano. Pero la tradición

¹⁷ Hoetink, H., *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*, República Dominicana, Universidad Católica Madre y Maestra Santiago, 1971, pp. 195 y 201.

hispanica, la vieja gloria novohispana de la isla en el siglo XVI siguió pesando sobre la mente de muchos intelectuales, incluidos los Henríquez Ureña.

En el proceso de constitución de la mentalidad dominicana hay otro elemento central: “el mito indígena”. En las últimas décadas del siglo XIX, uno de los temas centrales de la literatura dominicana fue el pasado indígena. Sobresalen el relato *La Ciguapa* (1876) de Javier Angulo Guridi, los poemas *Fantasías indígenas* (1877) de José Joaquín Pérez, y fundamentalmente la novela *Enriquillo* (1879-1882) de Manuel de Jesús Galván. En estas obras se resalta y elogia de manera épica el pasado indígena taíno, aun cuando dejó de ser una fuerza cultural importante desde el siglo XVI a causa del genocidio realizado por los españoles. Algunos autores ven en esto la construcción de un mito unificador que, en gran medida, ocultaba las verdaderas fuentes culturales de la sociedad dominicana; se refieren concretamente a la ausencia, en la literatura de la época, del componente cultural de origen africano.¹⁸

La nación dominicana avanzaba en su conformación de manera turbulenta. Los padres de Pedro Henríquez Ureña nacieron y crecieron tras pasado el medio siglo XIX, en años a la vez terribles y heroicos de recuperación de la independencia y en los que de nuevo se desató la lucha fratricida por el control del gobierno. Abrevaron, asimismo, de las ambivalentes tendencias socioculturales de aquellos dramáticos tiempos decimonónicos.

II. Las trayectorias familiares

Los Henríquez y los Ureña

El 14 de enero de 1859 nació Francisco Henríquez y Carvajal, mientras que Salomé Ureña Díaz vio la luz nueve años antes, el 21 de agosto de 1850, ambos en Santo Domingo. Los dos provenían de familias en las que hubo riqueza, perdida en el proceso de descomposición de la

¹⁸ Cf. Rodríguez Néstor E., *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*, sobre todo el capítulo 1, “Los espacios de la nación dominicana”, México, Siglo XXI, 2005; Lil Despradel, “Las etapas del antihaitianismo en la República Dominicana”, en *Política y sociología en Haití y la República Dominicana*, editado por Gérard Pierre-Charles, México, UNAM-IIS, 1974; Franklin J. Franco, “Antihaitianismo e ideología del trujillato”, en *El Caribe en la encrucijada de su historia, 1780-1840*, coordinado por Juan Manuel de la Serna, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1993.

sociedad dominicana, después de lo cual se ubicaron en los estratos medios (comerciantes, profesionistas y antiguos ganaderos arruinados). Sus años de formación y juventud coincidieron con el paulatino progreso de las actividades culturales tras la restauración de la República (1865).

En esos años reaparecieron y se fundaron nuevos periódicos en la capital y, en menor medida, en poblaciones como Puerto Plata y Santiago de los Caballeros.¹⁹ Se crearon asociaciones con fines culturales y patrióticos: sociedad *Amigos del País*, en 1846; *Amantes de las Letras*, en 1854; *La República*, en 1866; *La Juventud*, en 1868, y una nueva *Amigos del País* en 1871. Estas asociaciones organizaban eventos culturales e impulsaban publicaciones.²⁰ Tenían mayor continuidad que las asociaciones políticas y, de hecho, funcionaban como una especie de sustituto a falta de partidos políticos formales. La segunda *Amigos del País*, como se verá, tuvo mucha importancia en la trayectoria de los Henríquez Ureña.

El padre de Salomé, Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875), se desempeñó como abogado, maestro y periodista. Desarrolló una intensa vida política, llegando a ser senador y magistrado. Poeta de temas costumbristas y cristianos, colaboró en distintos diarios y fundó *El Progreso*. Se casó con Gregoria Díaz y León, quien pertenecía a una familia dedicada a la cría de ganado. Aunque su matrimonio no perduró, se ocupó mucho de la educación de sus dos hijas, Salomé y Ramona. Salomé ya podía leer de corrido a los cuatro años y, como su hermana, asistió a una de las dos aulas en que se permitía el ingreso a las mujeres. Don Nicolás avivó y dirigió el gusto de Salomé por la literatura, la aritmética y la botánica. Le enseñó el arte de declamar versos, de tal manera que llegó a saber muchos de memoria. Entre los autores predilectos estaban los clásicos españoles. Las dos hermanas aprendieron el francés y Salomé luego bastante inglés.²¹

Salomé escribió versos desde los 15 años, y empezó a publicarlos a los 17, al principio bajo seudónimo (Herminia). Sus poemas, en los que cantaba sobre todo a la patria, le reditaron fama. Se llegó a pensar que las composiciones las debía a su padre, sospecha que fue disipada

¹⁹ *El Dominicano* (1845), *El Eco de Ozama*, *La Española Libre*, *Correo del Cibao* (todos de 1851), *El Progreso* (1853), *El Porvenir* y *El Oasis* (1854), *Dominicano*, *El Eco del Pueblo*, *La República* (todos de 1856), *La Reforma*, *El Cibaño* (1857), *Correo de Santo Domingo* (1860), la revista *Flores de Ozama* (1859) que al año de su aparición fue sustituida por la *Revista Quincenal Dominicana*. La actividad periodística no decayó en los siguientes años, si bien sólo algunos periódicos gozaron de buena continuidad. En 1865 se fundaron *El Patriota* y *Regeneración*; en 1866 *El Tiempo*; en 1868 *El Sol*, y en 1872 *El Porvenir* y *La Chicharra*. Pedro Henríquez Ureña, "La emancipación y primer periodo de la vida independiente en la Isla de Santo Domingo", *Op. cit.*, pp. 381-406.

²⁰ *Ídem*.

²¹ R. de Rodríguez Demorizi, Silveria, *Salomé Ureña de Henríquez*, Buenos Aires, Argentina, s/ed., 1944.

cuando prosiguió su labor creativa tras la muerte de don Nicolás. No fue escritora prolífica y casi todo lo que escribió fue poesía.

Los padres de Francisco fueron Noel Henríquez (1813-1904) y Clotilde Carvajal. Según información oral de la familia que consigna Henríquez Ureña, Noel fue hijo de padre holandés y madre inglesa; nació en Curazao, una de las posesiones holandesas en el mar Caribe, y en su familia hubo ascendencia judía. Mientras que Clotilde “tenía sangre de los últimos indios dominicanos que permanecieron en la población de Boyá, en la jurisdicción concedida al cacique rebelde de Guarocuya (Enriquillo) en el siglo XVI, de los cuales existían algunos puros todavía en el siglo XVIII”.²² Noel se trasladó a Santo Domingo donde se casó con Clotilde a finales de la ocupación haitiana. Daniel, uno de sus hijos, participó en la guerra de restauración de la República (1862-1865). Otro, Federico, nacido en 1848, destacó en el periodismo, fue maestro, poeta y reputado orador. Este fue el más cercano a Francisco, once años menor.²³

De la ascendencia indígena de Clotilde Carvajal no poseo mayor información y algún autor la considera dudosa.²⁴ Por otra parte, y aunque al parecer Noel no era judío practicante, información adyacente sirve para apuntar la importancia de este aspecto cultural. Acerca de los judíos sefarditas en Curazao, una pequeña isla de relevancia financiera ubicada cerca de las costas venezolanas, H. Hoetnik explica:

Alrededor de 1830, es decir, también en el periodo de la dominación haitiana, la casa comercial Rothschild, de Santo Tomás, estableció una filial en Santo Domingo bajo el nombre comercial Rothschild & Cohen. Pero es principalmente en los años cuarenta y sobre todo después de la Independencia en 1844, que se hace claramente notable la presencia de judíos sefardíes procedentes, casi sin excepción, de Curazao. Apellidos como Pardo, Maduro, Curiel, (Cohen) Henríquez pertenecen todos a familias que, habiendo huido de la Inquisición en España o Portugal, llegaron a Holanda por vía de otros países –Francia, Turquía– y de ahí partieron a las posesiones holandesas del hemisferio occidental –Pernambuco, Nueva Ámsterdam, Surinam y

²² Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, pp. 29-30.

²³ Once hijos tuvieron Noel Henríquez y Clotilde Carvajal: Manuel (1839-1899), Ildefonso (1841-1918), Daniel (1843-1943), Enrique (1845-?), Adelina (1847-1933), Federico (1848-1952), José (1850-?), Mercedes (1853-1928), Clotilde (1855-?), Salvador (1857-1931) y Francisco (1859-1935). Esto según apuntes en una hoja suelta de Pedro Henríquez Ureña, Archivo Histórico del Colegio de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 2 sin clasificar, álbum de recortes. En adelante se citará esta fuente como AHCM-PHU. Muy pocas noticias tengo de estos familiares, aparte de Federico y Francisco.

²⁴ Piña-Contreras, Guillermo, “El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña”, en Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, edición crítica, José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.), Universidad de Costa Rica-ALLCAXXI, 1998, p. 462.

Curazao. De ahí –y especialmente Curazao– se produjo muy pronto la emigración a las colonias no españolas del Caribe, como Jamaica y Santo Tomás. Los mismos sefardíes curazoleños que partieron a Santo Domingo no permanecieron todos allí. Fundaron sus casas comerciales generalmente como representantes de importantes firmas curazoleñas, pero ellos mismos partieron con frecuencia después de algunos años.²⁵

Los comerciantes sefardíes aportaron apoyo financiero en la guerra contra Haití, y décadas después sus firmas hicieron préstamos importantes al gobierno de Báez. Los judíos curazoleños que permanecieron en Santo Domingo, y que eran un grupo pequeño, en un par de generaciones se asimilaron a la sociedad dominicana, adoptando incluso la práctica católica.

Un aspecto de este grupo inmigrante me interesa recalcar: “Por una parte, su posición económica ya les daba una seguridad social, y por otra –y esto es probablemente más importante– la ascendencia hebrea comprueba claramente su origen blanco y el criollo dominicano le atribuye gran importancia al componente blanco de su linaje.”²⁶ Este aspecto cultural seguramente facilitó a la descendencia de Noel Henríquez conservar un estatus social alto, reafirmando cierta mentalidad de superioridad social.

Según dice Hoetink, la asimilación social y cultural probablemente estuvo ligada a la declinación de sus actividades comerciales. Los judíos fueron perdiendo su *ethos* económico y adoptaron la mentalidad económica de aquellos “que preferían invertir sus riquezas en casas y terrenos, y que elegían para sus hijos varones la preparación académica tradicional de médico o abogado en preferencia de una carrera comercial: en la medida en que más posiciones gubernamentales de importancia fueron ocupadas por ellos fue relegándose a segundo plano su interés comercial particular.”²⁷ Esta reorientación profesional es muy clara en el último de los hijos de Noel, Francisco.

En un texto biográfico sobre Federico Henríquez, un autor asegura: “Los viajes a Occidente del padre, adinerado, soñando en un Santo Domingo alzado de la economía colonial a la industrialización y adelanto europeos, dan margen a la madre y la abuela materna para que dejen en el niño la semilla de un cristianismo firme, esencial, austero y noble, y un estoicismo

²⁵ Hoetink, H., *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*, República Dominicana, Universidad Católica Madre y Maestra Santiago, 1971, p. 48.

²⁶ *Ibidem.*, pp. 53-54.

²⁷ *Ibidem.*, p. 54.

que le servirá de mucho al enfrentarse, más tarde, con su destino mayor.”²⁸ Esto debió ocurrir a finales de la década de los 40 y en los años 50. El negocio paterno era una casa de comercio²⁹, que seguramente debido a la turbulencia de esos años se fue a pique. Los hijos no ignoraban su ascendencia judía. Federico, por ejemplo, publicó el drama *La hija del hebreo* (1883), que versa sobre el matrimonio de un judío con una cristiana. La religión judía no tuvo continuidad en la familia (al menos en el caso de Francisco y Federico), pero es seguro que, en parte, el *ethos* judío (la disciplina moral y de trabajo) pervivió en ellos.

Francisco Henríquez y Carvajal estudió Derecho Romano bajo la orientación de Félix María del Monte y Eugenio María de Hostos, luminarias intelectuales de esos tiempos. Estudió Filosofía en el Seminario Conciliar de Santo Tomás, obtuvo diploma como Maestro Normal, se licenció a los 25 años en Derecho y más tarde en Medicina y Cirugía. Su orientación fue sobre todo científica, pero no le era en absoluto indiferente la afición literaria.

Este joven estudioso conoció personalmente a Salomé, ya afamada poeta, en junio de 1877. Un año más tarde, la sociedad *Amigos del País*, en la que participaban Francisco y Federico, hizo entrega a Salomé de una medalla costada por suscripción pública, lo que significó la consagración de la poeta. Cuando se conocieron, ella estaba por cumplir 27 años y él tenía 18. Salomé tenía preparación en artes y ciencias, no adquirida en las aulas. A pesar de su reputación pública, no hacía mucha vida social y su vida transcurría dentro de la casa materna. Con la muerte de su padre (1875) también había perdido el vínculo directo con la vida periodística y cultural de la ciudad. Por su parte, Francisco se había entregado a una intensa preparación académica y mostraba una personalidad emprendedora y tenaz. Había complementariedad en la pareja y una nota inusual para la época, pues la norma indicaba que la diferencia amplia de edades debía favorecer al hombre y no a la inversa.

Francisco, con más amplios y sistemáticos estudios, fungió como asesor de Salomé en los estudios en Matemáticas, literatura y ciencias. En una carta de enero de 1878, le explicaba la necesidad de profundizar en Filosofía con un criterio plenamente racionalista, y le exponía el plan de estudios generales que abarcaría de un año y medio a dos. El propósito, enfatizaba, era estar en

²⁸ Baeza Flores, *Don Federico Henríquez y Carvajal, un siglo de conducta y de valor*, Habana, Cuba, Revista de la Habana, reimpreso del No. 50, octubre de 1946, p. 10.

²⁹ En una carta de Francisco Henríquez a Salomé, del 26 de febrero de 1888, expresa su idea de que para rehacer la riqueza de la familia, se podría intentar levantar “nuestra antigua casa de comercio”, en *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 35.

condiciones de ayudar a la juventud.³⁰ A partir de entonces, ambos compartirían ese mismo fin. El pacto, basado en el amor y la admiración mutua, quedó sellado con su matrimonio en 1881.

Los jóvenes hermanos Henríquez y Carvajal estuvieron imbuidos en la política. Federico trabajó al lado de personajes como Juan Pablo Duarte, Fernando Arturo Meriño y Gregorio Luperón. A los veinte años, desde el periodismo, fue uno de los críticos del gobierno de Buenaventura Báez. Este periodo presidencial (1868-1874), dice Juan Bosch, “se empantanó en el crimen, en la violencia, en los negocios pequeños, y al terminar los angustiosos seis años [...] el país era un despojo”.³¹ Años atrás, cuando estuvo por primera vez en el poder, Báez había hecho gestiones para conseguir el protectorado de Francia o Estados Unidos. Lo intentó de nuevo a finales de su segunda presidencia, en esta ocasión con mayor fortuna. El presidente estadounidense Ulysses S. Grant firmó un tratado con esa intención pero el Senado de su país no lo ratificó, de tal suerte que la República Dominicana se quedó sólo a un paso de perder la independencia.

Federico Henríquez fue una de tantas víctimas de la tiranía baecista, siendo deportado en 1868 a Curazao. Al volver, fundó el periódico *La Opinión* y fue redactor de *El Nacional*.³² Cabe añadir que, por su parte, Nicolás Ureña, una década atrás, había simpatizado con Báez y llegó a ser encarcelado por el gobierno de Pedro Santana (estuvo cerca de ser fusilado), y luego se opuso al gobierno baecista, específicamente por el proyecto de arrendar a los Estados Unidos la península de Samaná (1868), así que tuvo que exiliarse.³³ Por su parte, Francisco Henríquez y Carvajal incursionó en la política a finales de los años setenta; llegó a ser secretario particular del presidente Fernando Arturo de Meriño (1880-1882), aliado por entonces con el Partido Azul.

En ese clima político cambiante y de tendencias dictatoriales, no había mucho espacio para el desarrollo de las actividades intelectuales, las cuales eran absorbidas o nulificadas por las disputas entre facciones. No obstante, en el conjunto de intelectuales vinculados al Partido Azul hubo una articulación más constructiva, sobre todo en el tema de la educación.

³⁰ De Francisco a Salomé, 1 de enero de 1878, *Ibidem.*, p. 2.

³¹ Bosch, Juan, *Op cit.*, p. 299.

³² Baeza Flores, *Op cit.*, p. 11.

³³ Piña-Contreras, Guillermo, *Op cit.*, pp. 462, 464.

Modernización económica y educativa

A finales de los años setenta, con el arribo del Partido Azul al poder, pareció abrirse un nuevo periodo en la historia dominicana. Aumentó el desarrollo económico, en lo cual tuvo mucho que ver un factor externo. Iniciada la guerra de independencia en Cuba (1868), el éxodo de productores de azúcar favoreció a la República Dominicana, cuyo gobierno dio facilidades para que reemprendieran sus negocios.³⁴ De 1875 a 1882 se establecieron 30 nuevas plantaciones de azúcar, la mayoría en el sureste del país. La producción de azúcar fue más del doble en 1883 respecto a 1880, y volvió a duplicarse para 1886.³⁵

La base del desarrollo económico fue una mayor estabilidad política, que pasó de la victoria Azul al establecimiento de una dictadura que casi alcanzó el fin del siglo. Gregorio Luperón logró hacerse del poder en 1878, nombrando a Ulises Heureaux Ministro de Guerra, quien ya había estado a su lado en la guerra de Restauración. La presidencia provisional de Luperón se prolongó hasta 1880, cuando fue electo Fernando Arturo de Meriño (1880-1882). A este siguió Heureaux (1882-1884), que empezó a ejercer un dominio creciente. El presidente Gregorio Billini (1884-1885) tuvo que renunciar por diferencias con él, dejando el cargo al vicepresidente Alejandro Woss y Gil. En 1887 retornó Heureaux a la presidencia y se reeligió cada que se cumplía su periodo, hasta que fue asesinado en 1899. A partir del inicio de su periodo de 1887, dice Juan Bosch, su gobierno “comenzó a convertirse en una dictadura cada vez más cerrada.”³⁶

La producción de azúcar siguió su carrera en ascenso, bajo el modelo de la gran plantación cubana orientada a la exportación, con un uso intensivo del capital y una organización racional del trabajo. También prosperó la producción del cacao y el café (pasaron, respectivamente, de 9 mil 730 quintales a 36 mil y de 2 mil 500 a 9 mil quintales, de 1888 a 1897).³⁷ La modernización relativa del país (ferrocarriles, líneas telefónicas) se desarrolló en

³⁴ En el siglo XIX Cuba se había convertido en una colonia muy rica y poblada. En 1860 tan sólo en La Habana se contaban 200 mil habitantes y había unas ocho ciudades con más de 10 mil personas. En ese año “se invirtieron cerca de 185 millones de dólares en la industria azucarera. Había 1, 400 ingenios y la producción casi alcanzó las 450, 000 toneladas; una cuarta parte de toda la producción mundial.” Aguilar, Luis E., “Cuba, c. 1860-1934”, en Leslie Bethell (ed.), *Op cit.*, pp. 166-70.

³⁵ Bosch, Juan, *Op cit.*, p. 324-26.

³⁶ *Ibidem.*, p. 326.

³⁷ Aguilar, Luis E., *Op cit.*, p. 264.

torno a los enclaves productivos. En 1871, la población era de 150 a 200 mil personas; para 1898 se contaban 458 mil habitantes.³⁸

La estabilidad del periodo que inició con el ascenso del Partido Azul ofreció condiciones más favorables para la realización de proyectos educativos, área en que durante todo el siglo no hubo manera de hacer algo importante. La Universidad de Santo Domingo había dejado de funcionar en los años veinte, mientras que el Seminario Conciliar funcionó intermitentemente. En este establecimiento, así como en el Colegio de San Luis Gonzaga, estudiaron muchos de los intelectuales de la época (unos pocos con recursos abundantes lo hacían en Europa). La única institución laica que existía antes del arribo Azul era el Instituto Profesional, fundado en 1866, que fungía como Universidad impartiendo estudios de medicina y derecho.

En 1876, el pedagogo Eugenio María de Hostos estuvo en Puerto Plata, donde se organizaba una expedición revolucionaria hacia Puerto Rico, con apoyo de Gregorio Luperón por entonces en plena lucha contra el baecismo. En esa oportunidad Hostos conversó con el caudillo dominicano sobre la idea de fundar una escuela normal. Así que cuando Luperón accedió al poder, una de sus iniciativas fue pedir la colaboración del puertorriqueño, quien permanecería en Santo Domingo de 1879 a 1888.

Eugenio María de Hostos (1839-1903) fue filósofo, sociólogo, escritor y educador profundamente comprometido con la liberación de su patria Puerto Rico y de Cuba. Su idea era llegar a la constitución de una república de las Antillas que permitiera la defensa y progreso de las tres islas mayores (Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico). Realizó estudios en Europa, donde abrevó del positivismo, la corriente ideológica dominante en la segunda mitad del siglo XIX, cuyos postulados fueron establecidos por Auguste Comte.³⁹ La visión social de Hostos estuvo muy influida por la corriente de pensamiento basada en el filósofo alemán Karl Krause (1781-1832), cuyas ideas fueron acogidas en España y, a través de ésta, en Latinoamérica.

³⁸ H. Oetnik, *Op cit.*, pp. 22-35.

³⁹ Auguste Comte (1798-1857) postuló una explicación general del progreso de la humanidad a través de tres etapas sucesivas y necesarias: la teológica, en la cual los seres humanos atribuyen a entidades sobrenaturales o divinas las causas de los fenómenos naturales; la metafísica, en la que se busca explicar la realidad a partir de principios abstractos, y finalmente la positiva, estadio en el cual las explicaciones se realizan de manera empírica y racional. El método científico experimental ofrecía el modelo para todo tipo de conocimiento verdadero. La sociología, disciplina que fundó Comte, se encargaría de establecer las leyes generales del funcionamiento de la sociedad, a partir del conocimiento empírico y bajo un modelo organicista. Cf. Comte, Auguste, *Curso de filosofía positiva*, trad. J. M. Revuelta, Madrid, Aguilar, 1973; *Discurso sobre el espíritu positivo*, trad. Consuelo Berges, Buenos Aires, Ed. M. Aguilar, 1958.

Krause propuso un metafísica llamada “panenteísta”, según la cual “el mundo es distinto de Dios, *no es* Dios, sino que *está en* Dios.”⁴⁰ Desarrolló una teoría de la sociedad bajo el modelo de una Humanidad Ideal. En ella, los individuos y los distintos tipos de asociaciones guardan una autonomía propia y se entrelazan armónicamente. Según un autor, la importación del pensamiento krausista en América Latina significó “la aceptación de la racionalidad filosófica, independiente de la razón teológica; la afirmación de la autonomía del individuo, pero entendido como parte de la sociedad; una acentuación fuerte del talante ético, deducido de la emancipación de toda esclavitud y autoridad; y la búsqueda de una religiosidad conjugada correctamente con el uso de la razón: *Fides quaerens intellectum* (fe que busca entender)”.⁴¹

El humanismo de Hostos, el énfasis ético de sus tratados y sus proyectos pedagógicos deben mucho al espíritu del “racionalismo armónico” krausista. Su labor educativa estaba basada en una inquebrantable fe en la razón. Sobre su propio trabajo en la República Dominicana, habría de expresar: “Todas las revoluciones se habían intentado en la República, menos la única que podía devolverle la salud. Estaba muriéndose de falta de razón en sus propósitos, de falta de conciencia en su conducta, y no se le había ocurrido restablecer su conciencia y su razón.”⁴² Son líneas que Pedro Henríquez Ureña citaba con frecuencia.

En el país, Hostos encontró un grupo de jóvenes preparados y muy comprometidos, la mayoría integrantes de la sociedad Amigos del País, como los hermanos Henríquez y Carvajal. En 1879, Francisco (entonces de 20 años) y José Pantaleón Castillo fundaron una Escuela Preparatoria, que seguiría funcionando hasta 1894. Al año siguiente (1880) Hostos creó la Escuela Normal bajo los principios de un positivismo modificado tras décadas de reflexión y tamizados por la experiencia dolorosa de las sociedades antillanas. Carlos Rojas sintetiza tales principios en los siguientes puntos:

- a) Educar la razón según las leyes de la razón;
- b) los métodos y el contenido de la educación han de ser científicos;
- c) la educación debe estar animada de principios morales;
- d) el fin último de la educación es el pleno desarrollo de la personalidad humana;

⁴⁰ Colmenares Lizárraga, Katya, “El Krausismo”, en *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y “latino” [1300-2000]*, Enrique Dussel, Eduardo Mendieta y Carmen Bohórquez (editores), México, Siglo XXI, Centro de Cooperación Regional para la educación de los Adultos en América Latina y el Caribe, 2009, p. 204.

⁴¹ C. Beorlegui, citado por Katya Colmenares, *Ibidem.*, p. 207.

⁴² Citado por Carlos Rojas Osorio, *Filosofía moderna en el caribe hispano*, México, Universidad de Puerto Rico-Porrúa, 1997, p. 452.

- e) la educación sirve a un propósito social;
- f) la educación sirve a un fin patriótico, formar y desarrollar la nacionalidad.⁴³

Si bien el positivismo fue la corriente ideológica dominante durante buena parte del siglo XIX en América Latina, en cada país adquirió tintes particulares. Como el mismo autor señala, esta adopción tuvo una razón directamente política. Puesto que se necesitaba construir la nación: “o bien se trataba de adoptar una ideología que sirviera de marco conceptual moderno organizativo del derecho y las instituciones políticas, o bien de adoptar una ideología conducente a la independencia de la nación todavía bajo el dominio español.”⁴⁴ En el segundo caso se encontraban Cuba y Puerto Rico. La República Dominicana, al menos durante algunos años, parecía enfilarse en el primer caso.

Al tiempo que organizaba la Escuela Normal, Hostos dictó en el Instituto Profesional las cátedras de Derecho Constitucional, Internacional y Penal y de Economía Política. Escribió los libros de texto para sus cursos; así nacieron su *Tratado de Lógica* (1886), la *Geografía política e histórica* (1886), las *Lecciones de Derecho Constitucional* (1887) y su *Moral social* (1888).⁴⁵ Se creó un círculo virtuoso: Hostos orientaba la acción de los jóvenes intelectuales en un importante proyecto social (formar maestros); la obra escrita del pensador se desarrollaba en el curso de las tareas prácticas, dando fundamento y claridad al proyecto colectivo.

Salomé Ureña fue parte de ese círculo virtuoso. De hecho, el establecimiento del vínculo entre ella y Francisco coincidió con el arribo de Hostos. Mientras él trabajaba al lado del puertorriqueño, y además en el gobierno de Meriño, ayudaba a Salomé en un proyecto concebido como complemento de la Escuela Normal dedicada a la educación de los varones. En noviembre de 1881, Salomé fundó el Instituto de Señoritas, el primer establecimiento en el país destinado a impartir educación superior a las mujeres. El Instituto contó con apoyo gubernamental y siguió el plan educativo de Hostos. De esta manera, en mayo de 1884 se graduaban los primeros maestros en la Normal, y en abril de 1887 las primeras maestras del Instituto.

El Instituto de Señoritas produjo un segundo grupo de maestras en 1888 y siguió funcionando hasta 1893, cuando Salomé decidió cerrarlo por sus problemas de salud. En 1896

⁴³ Rojas Osorio, Carlos, *Op cit.*, p. 452.

⁴⁴ *Ibidem.*, p. 10.

⁴⁵ González, José Luis, “Prólogo”, en Eugenio María de Hostos, *Textos*, selección y notas de José Luis González, México, SEP-UNAM, 1982, p. 4.

fue reabierto por las hermanas Luisa Ozema y Eva Pellerano Castro, formadas en el Instituto.⁴⁶ Incorporándose al proyecto hostoniano, Salomé Ureña realizaba de forma palpable lo que expresaba en sus poemas, impulsando la integración de la mujer dominicana a las tareas patrióticas y progresistas.

La labor de Hostos fue decisiva para la cultura dominicana. A su salida en 1888, dejó en el país instituciones educativas importantes y un buen número de discípulos que continuarían su obra, llevándola a otras ciudades del país. Así lo hicieron Emilio Prud'homme, en Azua, y José Dubeau, en Puerto Plata, amigos muy cercanos de los Henríquez Ureña. La actividad de Hostos afianzó en ese sector de clase media la opción de participar en la vida pública de otra manera que no fuera la disputa política descarnada. Como señala un autor: “Estos jóvenes, a diferencia de sus padres que habían tomado las armas para crear lo que sería después de 1844 y 1865 la República Dominicana, iban a realizar su combate a través de la educación, la cultura y la política.”⁴⁷ Partícipes del ambiente hostoniano, Francisco y Salomé transmitirían a sus hijos esa profunda confianza en las labores del espíritu.

Patriotismo y civilización

La Restauración de la República dio impulso a las letras dominicanas, cuya principal característica fue el patriotismo. En la historia del país, las manifestaciones artísticas se desarrollaron en su mayor parte dentro de las instituciones eclesiásticas, los conventos y las universidades religiosas, y sus representantes fueron religiosos o seculares creyentes. Pedro Henríquez Ureña señalaría que “el matiz culto y la tendencia conservadora, en la clase dirigente [dominicana], deben mucho a la actividad de las universidades y a la vida literaria de los siglos XVI, XVII y XVIII.”⁴⁸ Como se ha dicho, las actividades culturales colapsaron en las primeras décadas del siglo XIX, la migración fue permanente y se intensificó con la ocupación haitiana. En ese proceso Cuba se vio favorecida. Con evidente orgullo, Henríquez Ureña dice:

⁴⁶ Los datos referidos al Instituto pueden consultarse en la obra ya citada de Silveria R. de Rodríguez Demorizi.

⁴⁷ Piña-Contreras, Guillermo, *Op cit.*, p. 465.

⁴⁸ Henríquez Ureña, Pedro, “La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo”, en *Obra crítica*, México, D. F., FCE, [1960] 2001, p. 334.

En Cuba, la primera generación de pensadores y poetas, la primera de talla continental, la de Valera, Saco y Luz Caballero, está constituida en gran parte por los descendientes de dominicanos: Domingo Del Monte, que comparte con Luz Caballero y Saco la dirección intelectual de la época (Luz practicaba el apostolado ético y la mayéutica filosófica, Saco señalaba orientaciones en problemas sociales y políticos, Del Monte ejercía la magistratura literaria, a la que servía de asiento su célebre tertulia); José María Heredia, el poeta nacional de la patria cubana en esperanza; Narciso Foxá, versificador discreto; Francisco Javier Foxá, el dramaturgo; Esteban Pichardo, el lexicógrafo; Antonio Del Monte y Tejada, el historiador; Francisco Muñoz Del Monte, el poeta. De ellos, los tres primeros nacieron fuera de Santo Domingo: Del Monte en Venezuela; Narciso Foxá en Puerto Rico; solo Heredia en Cuba. Los cuatro últimos nacieron en Santo Domingo.⁴⁹

A lo largo de los 22 años de ocupación haitiana se mantuvo el sentimiento de pertenencia española en los círculos intelectuales, acicateado por el contraste con los invasores que impusieron como lengua oficial el francés. Al ocuparse del periodo, las líneas de Henríquez Ureña adquieren un tono heroico. Sobrevivió, dice, “el espíritu tenaz de la familia hispánica”, los dominicanos “jamás se mezclaron con los invasores”. En ese “*cautiverio babilónico*” se seguía leyendo el *Parnaso español* de Sedano o algún ejemplar del *Cantar de Mio Cid*. “Se escribía, y para cada solemnidad religiosa la ciudad capital se llenaba de versos impresos en hojas sueltas. Se hacían representaciones dramáticas, prefiriendo las obras cuyo asunto hiciera pensar en la suerte de la patria.” Menciona al padre Gaspar Hernández, que daba cátedras de filosofía a los jóvenes, mientras que Juan Vicente Moscoso, el padre María Sigaván y Manuel María Valverde persistían en la enseñanza de filiación hispánica.⁵⁰

En ese ambiente se organizó el movimiento independentista comandado por Juan Pablo Duarte. En los círculos ilustrados se formó, de manera incipiente, una mentalidad nacional, en la cual la filiación española fue instrumento de resistencia. A la vez, se asumieron los ideales liberales de la época. Juan Bosch explica que los distintos sectores pequeñoburgueses aglutinados en torno a La Trinitaria tenían el ideal político, económico y social de “establecer en Santo Domingo una sociedad burguesa, y por tanto republicana, democrática y representativa. Al fundarse la Trinitaria, ésas eran las ideas políticas, económicas y sociales más avanzadas del mundo. Como la pequeña burguesía trinitaria era partidaria de los métodos de gobierno basados

⁴⁹ *Ibidem.*, p. 364-5.

⁵⁰ *Ibidem.*, p. 368; “Vida intelectual de Santo Domingo”, también en *Obra crítica*, pp. 125-126.

en la ley, y la ley a que ellos aspiraban se fundamentaba en el respeto a la vida, a la libertad, y a los clásicos derechos de la burguesía europea, los trinitarios fueron llamados generalmente liberales.”⁵¹

Los liberales dominicanos no fueron jacobinos; conservaron mucho de la tradición colonial. Los ideales liberales, la idea de progreso material fundida con el sentido de patriotismo, iban acompañados por una fuerte hispanofilia, incluido el contenido religioso, que resultaba patente desde el mismo nombre de la sociedad que fundó Duarte, la Trinitaria, así como su lema: “Dios, Patria y Libertad”.

Largo fue todavía el camino hacia la consolidación de la idea de nación, palpable hasta la séptima década del siglo. Como Pedro Henríquez Ureña afirma, la idea de independencia “no se hizo clara y perfecta para el pueblo hasta 1873”; es decir, cuando inicia la lucha armada contra Buenaventura Báez y sus intentos de establecer la anexión a los Estados Unidos.

Ese es el tiempo del encumbramiento poético de Salomé Ureña, con sus cantos dolorosos a la patria y su optimismo por el progreso civilizatorio. Vivió la reanexión a España siendo adolescente; sin embargo, sus poemas antes que negar reafirman la tradición hispánica. En “A la Patria” (1874) dice:

Desgarra, Patria mía, el manto que vilmente,
sobre tus hombros puso la bárbara crueldad;
levanta ya del polvo la ensangrentada frente,
y entona el himno santo de unión y libertad.

Levántate a ceñirte la púrpura de gloria
¡oh tú, la predilecta del mundo de Colón!
Tu rango soberano dispútale a la historia,
demándale a la fama tu lauro y tu blasón.⁵²

⁵¹ Bosch, Juan, *Op cit.*, p. 309.

⁵² Todas las citas de los poemas de Salomé Ureña provienen de *Poesías completas*, Ciudad Trujillo, República Dominicana, Impresora Dominicana, 1950.

Salomé lamentaba que los mismos dominicanos habían ungido el “férreo yugo” de la reanexión, y después cayeron en disputas fratricidas; por eso decidió dejar a un lado la poesía. Pero ahora, que la patria parecía renacer “a otra vida”, volvía a cantarle, pues el progreso mostraba un “brillante porvenir”.

La poeta creció en una ciudad en ruinas, empobrecida, pero cuyo lejano pasado había sido esplendoroso. En su mente también debió pesar la antigua bonanza económica de sus antecesores ganaderos. Una biógrafa de la poeta dice que la ciudad “era pequeña y tenía un acentuado aspecto colonial; estaba rodeada de murallas con foso hacia el campo, y las puertas se cerraban como en el siglo XVI: lo menos la Puerta del Conde de Peñalba. Muchos edificios estaban en ruinas [...]: la universidad de los dominicos, el Estudio que había sido Universidad de Santiago de la Paz, el convento de San Francisco, la iglesia de San Nicolás, el convento de Regina Angelorum, el palacio del virrey Almirante Diego Colón, muchas casa particulares.”⁵³ A esas ruinas canta Salomé en 1876, a esos “soberbios monumentos / donde el arte vertió sus fantasías / donde el alma expresó sus sentimientos”, a esa ciudad que fue llamada “Atenas moderna” y de cuyas glorias ahora sólo quedaba “la brisa que solloza en tus escombros”. La eclipsaron tantos años de servidumbre, las artes murieron, las ciencias emigraron a otras regiones. Pero Salomé reiteraba el patriotismo como fuerza actuante y constructiva: “Lucha, insiste, tus títulos reclama”.

La poética de Salomé sintetizaba los anhelos dominicanos, al menos de los círculos intelectuales que ponían en práctica ideas progresistas, bajo la guía de Hostos y gracias a la llegada del Partido Azul al poder. Otros poetas también expresaban patriotismo, como José Joaquín Pérez o Emilio Prud’homme, quien escribió la letra del himno nacional (estrenado en 1883). Pero en Salomé se expresaba una fuerte tensión, un sentimiento profundo y doloroso, y a la vez una fe diáfana en el porvenir, en la juventud, en la ciencia y el progreso, que sus versos eran fuente de identificación para quienes sentían la urgencia del momento. Dice en “La Juventud” (1873):

¡Oh, dichosas mil veces las naciones
cuyos nobles campeones,
deponiendo la espada vengadora
de la civil contienda asoladora,

⁵³ R. de Rodríguez Demorizi, Silveria, *Op cit.*, pp. 9-10.

anhelan de la paz en dulce calma
conquistar del saber la insigne palma!
Esa del genio inmarcesible gloria
es el laurel más santo,
es la sola victoria
que sin dolor registrará la historia
porque escrita no está con sangre y llanto.
¡oh juventud, que de la Patria mía
eres honor y orgullo y esperanza!
Ella entusiasta su esplendor te fía,
en pos de la gloria al porvenir te lanza.

Haz que de ese profundo
y letárgico sueño se levante,
y, entre el aplauso inteligente, al mundo
el gran hosanna del Progreso cante.

Como se ha dicho, Salomé fue galardonada con una medalla por la sociedad Amigos del País, y en 1880 esa misma organización editó un volumen con sus poemas. El prólogo corrió a cargo del padre Fernando Arturo de Meriño, quien era respetado intelectualmente, no sólo por Salomé sino por muchos otros intelectuales (incluidos los hermanos Henríquez y Carvajal, que habían realizado estudios en el Seminario Conciliar). Pero ciertas medidas represivas que tomó como presidente cambiaron esa simpatía. En la década de 1880 Salomé dejó de escribir en parte por lo que Silveria R. de Rodríguez llama el “fracaso moral” de Meriño, en quien tenía fijadas muchas esperanzas. En adelante, sus poemas estuvieron dedicados a sus hijos y al esposo.

Salomé retomó los temas públicos en 1887 con motivo de la graduación de las primeras seis maestras del Instituto de Señoritas. En ese poema de elocuente título (“Mi ofrenda a la Patria”), dice haber permanecido silenciosa pero no indiferente. Retomaba la lira para enaltecer la importancia de la labor de la mujer educada.

Hoy te muestro ferviente
las almas que mi afán dirigir pudo:
yo les di de verdad rica simiente,

y razón y deber forman su escudo.

En patrio amor sublime
templadas al calor de mis anhelos,
ya sueñan que tu suerte se redime,
ya ven de tu esperanza abrir los cielos.

Me he detenido en la poesía de Salomé por su inserción dentro del proceso de conformación de la conciencia nacional dominicana. En su obra se expresan las tensiones que debieron experimentar los intelectuales de la época, que concebían el cultivo de las artes y la cultura con fines patrióticos, que se veían impelidos a la brega política, la cual solía obstruir precisamente los intereses progresistas. Además, ese mundo poético, que refiere un mundo de valores morales, será de influencia decisiva en su hijo Pedro.

III. La educación de Pedro

El proyecto familiar

Había cumplido un año de labores el Instituto de Señoritas cuando, en noviembre de 1882, Salomé dio al mundo su primer hijo, Francisco. El 29 de junio de 1884 vino el segundo, Pedro, y el 15 de noviembre del año siguiente, el tercero, Maximiliano. Su esposo, en esos años, estuvo ocupado en trabajos oficiales, en la enseñanza y haciendo estudios profesionales. En enero de 1887 defendió su tesis y obtuvo el grado de Licenciado en Medicina y Cirugía. Con ello alcanzaba el máximo de la educación que se podía adquirir en la isla. Tomó entonces la idea de ir a Europa para perfeccionar sus conocimientos. Acordó con Salomé el plan. El matrimonio no estaba en condiciones de financiar por completo el viaje, así que seguramente desde el inicio estuvo dentro de sus cálculos el apoyo gubernamental. Una amistad vieja unía a Francisco con Ulises Heureaux, que recién había sido electo presidente por segunda ocasión. Además, los

Henríquez Ureña consiguieron con amigos cercanos cierta ayuda pecuniaria, y la misma Salomé habría de contribuir con parte de su paga como directora del Instituto.⁵⁴

El 29 de agosto de 1887, contando con una subvención del gobierno, Francisco llegó a París, junto con su ahijado Ulises Heureaux hijo, que había de formarse en literatura. Acostumbrado a un ritmo fuerte de trabajo, Francisco pensaba realizar los estudios de Doctorado en Medicina y Cirugía en la Universidad de París en un año y medio o dos, pero su ausencia se prologaría por cuatro años, hasta julio de 1891. Salomé quedó en Santo Domingo, al frente del Instituto y a cargo de la educación de sus tres hijos pequeños.

A decir de Juan Bosch, el general Heureaux, a quien se le conocía con el apodo de Lilís, en 1887 permanecía todavía dentro de las ideas liberales del Partido Azul, pero su autoritarismo ya había generado desconfianza en los círculos intelectuales. Al realizar su viaje, la relación de Francisco con Heureaux no debió ya ser tersa, debido a la abierta enemistad entre el presidente y Federico Henríquez, quien en los periódicos criticaba con persistencia al gobernante desde su primer gobierno (1882-1884). En 1886, cuando Heureaux protagonizó una estrategia desestabilizadora (denominada revolución de Moya) para resultar electo en julio de ese mismo año, Federico tuvo que ocultarse.⁵⁵

Desconozco el desarrollo de los encuentros entre Heureaux y Francisco que derivaron en el viaje a Europa. Lo cierto es que la contradicción con el gobernante se intensificó. En carta del 26 de febrero de 1888, es decir, a siete meses de haber salido del país, Francisco le compartía a Salomé su preocupación por la situación de la Escuela Normal y demás proyectos del grupo hostoniano. La causa era la inclinación conservadora del gobierno, en alianza con Meriño, ascendido por la Santa Sede a Arzobispo de Santo Domingo en julio de 1885. La Normal se sostiene tan sólo por el nombre de Hostos, decía Francisco. A esa institución

Le tienen miedo; pero le hacen una guerra espantosa. En las altas regiones de la administración se la detesta, y solo se busca un motivo para echarla abajo. El Instituto Profesional, según Fedco [Federico], se pondrá en receso. Y yo en todo eso no veo mas que un plan. Lo que se quiere es volver al antiguo Seminario, dar definitivamente el aire clerical á la instrucción.

⁵⁴ Sobre la ayuda de amigos, véanse las cartas de Francisco del 9 de julio de 1888, de Salomé del 15 de diciembre y del 27 de septiembre de 1889; sobre la aportación de Salomé, la carta de Francisco del 9 de agosto de 1888. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994.

⁵⁵ Esto según la nota de Fernando Abel Henríquez, en *El Mensajero 1886-1889*, tomo II, La Habana, Instituto de Historia, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de la República de Cuba, 1964, p. 283.

Siendo amigo del Padre Meriño, se puede mejor evitar sus golpes, que poniéndoselo de frente. Mientras tanto el P. B. [al parecer se refería al Padre Billini] sigue con su colegio viento en popa. Veo que cuenta con unos 214 alumnos, según “La Crónica”. Quién lo dijera! Un vil corruptor de la infancia bajo la capa de santo!⁵⁶

En ese desplazamiento conservador, el gobierno estaba aliándose con la jerarquía católica, sin importar que tanto Heureaux como Meriño hubieran ascendido políticamente desde el bando liberal. Estaba en juego la educación laica, que recién había tomado impulso con la labor de Hostos. En un mensaje del 24 de marzo, el dictador decía:

Respecto de la instrucción pública puede decirse que adelantamos día en día i que es objeto de atención asidua, como está demostrado en la cuenta del Ministerio del ramo. Siéntense sus efectos en todas partes; pero no obstante ser el Estado el que la sostiene i patrocina, contra la manera de ser del Estado i sus principios constitutivos, hai una división en las doctrinas que se enseñan que a la larga tendrá que redundar en perjuicio de la misma institución. Creo por tanto que un plan de estudios general que conserve la unidad inquebrantable en la forma de enseñanza, en los principios generales de la ciencia *i esencialmente en la moral cristiana*, lo pide i exige de momento *el peligro que amenaza siempre a una sociedad infante cuando de improviso se le quiere hacer trepar a cimas en donde han sido acometido del vértigo de la vacilación espíritus mui superiores.*⁵⁷

Federico Henríquez citaba este párrafo en un artículo de su periódico *El Mensajero* y decía, ironizando, que quienes veían en ello una alusión a la Escuela Normal estaban equivocados. El mismo Ministerio de Instrucción, argüía, ha aceptado en su Memoria sobre los asuntos educativos que el plan general de la educación debe ser adecuado a los lineamientos de la Normal. Pero el asunto político nodal lo comentaba con estas palabras:

¿Puede, acaso, el estudio i conocimiento de los principios fundamentales de la ciencia, sin divisiones inconcebibles, ir en contra i redundar en perjuicio del Estado? Imposible. A menos que se tenga del Estado una noción absurda i un concepto egoísta. Donde el estado sea Luis XIV o donde la Iglesia sea Pío IX, si podría suceder que el desenvolvimiento i la cultura de la razón humana fuese un peligro para el uno o para el otro.⁵⁸

⁵⁶ En *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 34

⁵⁷ Citado en el artículo “En la Escuela Normal”, de Federico Henríquez y Carvajal, *El Mensajero, Op cit.*, p. 118. Las cursivas son mías. Respeto la ortografía del original, en este caso como en el de las citas de las cartas intercambiadas entre los padres de Pedro Henríquez Ureña.

⁵⁸ *Ibidem.*, p. 120.

La referencia a la autarquía de Heureaux y Meriño era clara. Por supuesto que en ese rompimiento de lanzas, el poder y el dinero se inclinaban hacia un lado. Y en esa batalla estaba implicado Francisco. Lo tenía muy claro cuando le escribía a Salomé el 27 de marzo: “Las perturbaciones políticas hoy en el país, significan mi ruina, pues el Gobierno no continuaría enviándome fondos”. Estaba muy preocupado, pues en su viaje de estudios se jugaba el porvenir de los hijos, de la familia “y quizás aún más”.⁵⁹

En estas disputas políticas, había en Heureaux un componente antiintelectual. Bosch, citando a otro autor, refiere: “Con motivo de un violento altercado entre don Juan (Bautista Vicini) y el joven hostoniano Américo Lugo, Lilís hizo traer a su presencia al escritor, y después de un amable preámbulo le dijo: -Si usted fuera un vagabundo lo pondría en mi estado mayor, porque me gusta la gente de coraje... Pero su camino no es ése...” Vagabundo, aclara Bosch, quería decir inquieto, bravucón, inconforme, rasgos con los que se identificaba Lilís y que eran típicos entre gente de muy baja extracción social. Heureaux impuso a individuos de esta clase como gobernadores, jefes y caciques, quienes se enriquecieron y se convirtieron en latifundistas.⁶⁰ La brutalidad fue moneda corriente en su régimen. “En febrero de 1887”, refiere Bosch, “escribía al gobernador de Monte Cristi en estos términos: ‘Mi política de lenidad y mis propósitos de conciliación tienen por límite la necesidad del orden y la garantía de los intereses sociales. Lo advierto a usted para que pase del extremo de la munificencia al de la represión y el terror cada vez que los casos y las circunstancias así lo reclamen. Que se pierda todo antes que la paz de las familias y que el orden legal establecido a costa de tantos sacrificios’.”⁶¹

Por su parte, muchos intelectuales que criticaban al tirano hacían hincapié en el negro intenso de su piel. “Eugenio Dechamps lo llamaba un mono, Betances observaba que este ‘indigno farsante’... ‘odia a los extranjeros porque son blancos y a los negros porque él lo es’. Juan María Jiménez hablaba de su ‘cara de antropoide’ e incluso Hostos hablaba en términos velados de ‘ese ennegrecedor del quisqueyanismo’ ”.⁶²

A consecuencia de las presiones del dictador, finalmente Hostos abandonó la isla. El domingo 16 de diciembre de 1888, con discursos de él, Federico y Salomé, entre otros, se celebró

⁵⁹ En *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 58.

⁶⁰ Bosch, Juan, *Op cit.*, p. 331.

⁶¹ *Ibidem.*, p. 329.

⁶² Hotenik, *Op cit.*, p. 307.

la investidura de nuevos maestros de la Normal y la segunda camada de seis maestras del Instituto de Señoritas. El pedagogo puertorriqueño se despedía y partía hacia Chile.

La precocidad del segundo hijo

No sé lo que hay en este niño “pero tiene algo extraordinario”, escribía Salomé a su esposo al año de su partida. En Pedro, su segundo hijo, observaba una precoz inteligencia y una sensibilidad que le descubrían “un alma que es un tesoro”. En 1887, mientras escuchaba el Himno Dominicano, al pequeño le llamó la atención la palabra patria y preguntó por su significado a su madre. “Ya te lo diré después”, respondió ella.⁶³ Para hacerlo, escribió el poema breve “¿Qué es Patria?”

¿Qué es Patria? ¿Sabes acaso
lo que preguntas, mi amor?
Todo un mundo se despierta
en mi espíritu a esta voz...

El mismo año en que nació, el niño padeció una fiebre grave y, refiere Henríquez Ureña, “los parientes atemorizados ante la posibilidad de una muerte sin bautismo, según la creencia católica, me hicieron bautizar apresuradamente en la casa”. Así le impusieron Pedro por el calendario, Nicolás por su abuelo y Federico por su tío y padrino.⁶⁴ Su madre escribió entonces “Horas de angustias”, poema que refleja la desesperación de aquellos momentos.

Pedro tenía tres años cuando su padre partió, su hermano Francisco cinco y Max estaba por cumplir dos. Desde París, Francisco aconsejaba a Salomé sobre el cuidado de los niños. Pedro enfermó de nuevo en 1888 y el más pequeño también. El temible “crup”, enfermedad que afecta las vías respiratorias y produce elevadas fiebres, y que estaba a la orden del día en el país, aparece una y otra vez en el intercambio epistolar de los padres. Francisco también le insistía a

⁶³ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 30.

⁶⁴ *Ibidem.*, p. 29.

Salomé, quien padecía continuas afecciones pulmonares y ataques de asma, que hiciera paseos al aire libre, junto al mar, y le indicaba remedios medicinales.

Salomé se encargó personalmente de la instrucción de sus hijos, tal como lo habían hecho con ella sus padres. Los niños asistían a las clases infantiles en el Instituto de Señoritas, que funcionaba en su misma casa. Al educar a los niños ella misma, cumplía el propósito de evitar la mala influencia en las aulas públicas y en general impedir la vulgarización de su conducta por el trato con niños comunes. De esos primeros años, Pedro narra en sus *Memorias*:

Mis padres no gustaban de la educación que en el país se da á los niños, y no nos dejaban corretear, como los otros, por calles y plazas formando amistades de todo orden, ni siquiera las fomentaban entre nosotros y los niños que visitaran nuestra casa. Para desquite de este relativo encierro, vivíamos siempre en casas grandes y corríamos todo el día por patios, galerías y aun techos. [...] Aprendí a leer desde antes de cumplir los cuatro años, y desde los seis comencé á tomar afición a algunos estudios; por un tiempo los números, y luego la historia natural. Mi afición, por supuesto, se limitaba á desear conocer las especies; y me pasaba horas recorriendo los grandes libros de zoología [...]. Hubo vez en que mi madre ideara distracciones al aire libre, juegos y columpios, para despegarme de la excesiva afición á los libros ilustrados de zoología. La zoología, sin embargo, continuó siendo para mí una costumbre ó una rutina; la geografía, á la cual cobré cierta afición, no logró desterrarla. Luego me dio por el culto católico; por las frecuentes procesiones y las grandes ceremonias, especialmente las de Semana Santa, que en Santo Domingo se celebran á estilo medieval hasta este momento[...].⁶⁵

La madre mantenía al tanto a su esposo del progreso de los niños. Mejor dicho, del progreso de Pedro (que llamaban Pibín) y, cuando fue creciendo, de Maximiliano (Sillano y luego Max), porque Francisco (Fran o Franc) se mostraba “mimado y bobo”. Esto preocupaba al padre, pues consideraba que por ser el primogénito debía ser el guía de sus hermanitos.

Hasta 1888, la madre y los niños vivieron en una casa grande y vieja de dos pisos, cuyo dueño era el presidente Heureaux. Luego se cambiaron a otra, de un piso, en la misma calle, que, recuerda Pedro, “llena de sol y de galerías amplias, tuvo para nuestras imaginaciones infantiles una gran novedad. En el centro del primer patio había una gran pajarera rodeada por un estanque

⁶⁵ *Ibidem.*, p. 32.

con peces; alrededor, muchas plantas florales. En el traspatio había caballerizas y árboles frutales.”⁶⁶

Salomé acostumbraba hacer “paseos higiénicos” con los niños por la mañana, antes de las ocho, hora en que comenzaban las clases en el Instituto.⁶⁷ Los pequeños pasaban tanto tiempo junto a su madre como en casa de la abuela materna Gregoria, quien vivía en compañía de su hermana Ana (Nana) y de su hija Ramona (Mona). Había continuidad entre los hogares, pues Ramona y Ana también tenían preparación intelectual.

En septiembre de ese 1888, Salomé le escribía a Francisco entusiasmada sobre Pedro: “es un asombro”. El niño no veía una palabra que no quisiera descifrar, ya leía los rótulos y las cifras del uno al 500 sin error.⁶⁸ Al mes siguiente abundaba: “Pibín lee muchísimo. Ya lee en cualquier libro que coje y yo quisiera una obrita bonita, de cuentecitos á su alcance, para presentársela el día de pascua como presente del ángel.” En cambio, Fran, que por ser mayor tenía más facilidad que Pedro, era “muy haragán” y se cansaba pronto. El día 17, Salomé retomaba la misiva y casi se puede verla sonreír al escribir: “Este Pibín, este Pibín es un asombro. ¿Habrás de creer que se fija en la ortografía? Leyendo en días pasados la palabra *caza*, que él no conoce, me dijo: ‘Oh! mira casa con z, eso se escribe con s’.”⁶⁹

Max recuerda que Pedro, que le llevaba un año y meses, trataba de ejercitarlo en el conocimiento de los números.

Nuestra residencia en la calle Duarte, estaba separada solamente por una manzana de la casa solariega de nuestra familia materna, situada en la calle 19 de Marzo esquina a la calleja de la Cruz, hoy Salomé Ureña. Algún familiar nos conducía casi a diario, a Pedro y a mí, a esta última casa, donde vivía nuestra abuela, Gregoria viuda de Ureña, a quien llamábamos *Manina*, con su hermana Ana, que regenteaba desde hacía cincuenta años una escuelita de primeras letras, y con nuestra tía Ramona, única hermana de mi madre y madrina de Pedro, a quien profesaba especial cariño. Durante el corto trayecto, Pedro me hacía leer en voz alta los números de las casas.⁷⁰

Salomé narra, en carta de finales de octubre, que estando con la abuela, Pedro le pidió a ésta que escribiera la cifra 300 en la pizarra, lo que hizo ella poniendo tres ceros. Pedro borró de

⁶⁶ *Ibidem.*, p. 31.

⁶⁷ *Idem.*

⁶⁸ En *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 127.

⁶⁹ *Ibidem.*, pp. 139 y 140.

⁷⁰ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op. cit.*, p. 8.

inmediato un cero diciendo: “trescientos no se escribe con tres ceros”. Salomé descubrió el avance notable. “Entonces me fijé en la pizarra y ví que había escrito varias cifras seguidas de ceros. Tenía en primer término la unidad seguida de ceros. Le pregunté y me dijo: ‘Diez mil’. Borré un cero, y dijo: ‘Mil’. Le pedí que escribiera 20,000 y lo escribió. ¿Qué te parece? Prepárate, pues, á formar un gran matemático.”⁷¹

El matrimonio Henríquez Ureña daba enorme importancia a la educación de sus hijos, pues la concebían no sólo como preparación práctica, sino como base de una personalidad sana y honesta. Francisco le decía a Salomé:

No creo que á un niño pequeño se le debe apurar con estudios penosos y acumulados; pero sí que los primeros años de la vida son los mejores para sembrar los gérmenes de las ideas que después se desenvuelven ampliamente en el cuadro de las ciencias y para determinar los buenos hábitos. El niño debe amar el estudio, deben interesarle las cuestiones nuevas; una vez habituados, entónces, aunque no lo dirijan, estudia y se forma.

[...]

Generalmente se educan el cuerpo y la inteligencia, y se olvida que la voluntad, que el carácter es lo que principalmente constituye a los grandes hombres.⁷²

Los Henríquez Ureña trataron de educar a sus hijos en el estudio y las ciencias para que fueran buenos ciudadanos y se convirtieran en “grandes hombres”, sobresalientes, que contribuyeran a la grandeza de su patria. La educación científica tenía que ser dirigida en términos “positivos”, fundamentada racionalmente en la observación empírica. Así lo da a entender Francisco en otra carta a Salomé: “Y siempre, siempre que se procure instruir a los niños en el conocimiento de la naturaleza por la inspección, por la observacion de la cosa ó el hecho. Que siempre que se hable de un objeto, se tenga este por delante. Las clases de fisiología, zoología, botánica, geometría, colores, etc., que no se suspendan nunca.”⁷³

Es notable que Pedro, de cuatro años, ya tuviera tanta habilidad para la lectura y la abstracción numérica. Mientras, Fran seguía sin presentar avances. Era inteligente pero no mostraba gusto por el estudio. Ya desde septiembre de 1888 los esposos consideraron la idea de

⁷¹ De Salomé a Francisco, iniciada el 21 y continuada el 28 de octubre de 1888, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 144-5.

⁷² De Francisco a Salomé, 27 de enero de 1888, *Ibidem.*, p. 19, 20.

⁷³ De Francisco a Salomé, enero de 1889, *Ibidem.*, p. 154.

que se reuniese con su padre en París, para que la estricta influencia paterna enmendara su conducta. En mayo de 1889 decidían que había que poner remedio al “espíritu de tonterías” del niño de siete años, y el 18 de junio lo enviaron a Europa.

Salomé seguía con las tareas al frente del Instituto. En noviembre de 1888 se graduaban las seis maestras de la segunda promoción. Para junio de 1889, no obstante, su directora se quejaba de que era “*imposible* el Instituto. Imposible, imposible, ésto sin mí se desplomaría, y nuestra obra es obra de porvenir.”⁷⁴ La responsabilidad recaía sobre sus hombros y el hostigamiento del gobierno a los proyectos hostonianos dificultaba aún más la labor.

Sobre los niños, Francisco llegó a sugerir que le mandara también a Pedro si era tan “defectuoso” como Fran. Pero Salomé le aclaró que si bien tenía su carácter terrible, ya lograba calmarse con la forma en que ella lo hacía reflexionar.⁷⁵ Y de nuevo abundaba:

No sé que es lo [que] tiene este niño, pero tiene algo extraordinario. Todos sus juegos son estudios. Las construcciones del kindergarten son para él lo más fácil del mundo; toma su libro y todo lo copia con el juego de tablas y cubos que les proporcioné. Conoce los pabellones de todas las naciones. ¿Cómo ha podido conocerlos? Porque ese es un juego inventado por él. Vió en la Geografía de Gregoire un cuadro y le llevó el libro á Mon para que le hiciera banderas: todos los días hay que hacerle dos ó tres por lo menos, las que él indica. Muchas veces las trae por la tarde y las va colocando en el contorno de la galería, pero lo curioso es que no olvida el nombre de ninguna, y son unas veinte o veinticinco banderas las que ya tiene hechas. De los números ya no se habla, juega con ellos como la cosa más sencilla del mundo, ayuda a Nana á tomarle la tabla á los muchachos. [...] Y pensar que este niño no tiene más que cinco años y que nadie se ha propuesto enseñarlo! Yo misma prohibí terminantemente que no se le enseñara temiendo que se le enfermara el cerebro si se fomentaba en él ese afán por el estudio. Ahora, después de haberse ido Fran, y como ya está mas grande, me pongo a dirigirlo poco á poco y a ordenar los conocimientos que espontáneamente ha adquirido.⁷⁶

No es de extrañar que se dijera en la familia que tenía preferencia por su segundo hijo. Pero, se excusaba ella, “no se puede dejar de seguir interés por él”. En octubre de 1889 escribía

⁷⁴ De Salomé a Francisco, 29 de junio de 1889, *Ibidem.*, p. 157.

⁷⁵ Dice Pedro: “En mi primera infancia, mi carácter era en exceso irritable; una contrariedad fuerte me producía convulsiones de ira. No sé desde cuando comenzó a ceder mi nerviosidad; pero sus accesos fueron anteriores a mis más lejanos recuerdos, y solo supongo que los cuidados especiales que me prodigó mi tía Ramona para apaciguar mi irascibilidad contribuyeron á hacerla desaparecer. De los seis años en adelante, mi carácter fue siempre tranquilo.” *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 34.

⁷⁶ De Salomé a Francisco, 27 de agosto de 1889, *Ibidem.*, pp. 170-71.

que Pibín ya estaba formando su biblioteca con los libros que había leído, 3 volúmenes (uno de ellos de Geografía) y dos ejemplares de “La Edad de Oro”, un periódico mensual publicado a partir de julio de ese año por el poeta cubano José Martí en Nueva York, “dedicado a los niños de América”.⁷⁷ Pedro quería enseñarle a su padre, cuando regresara, los libros que había leído.

Por esas fechas Salomé se refería a un “libelo” publicado contra Francisco en *El Eco de la Opinión*. Al parecer le criticaban que estuviera en Europa con subvención del gobierno. Ella le recomendó indiferencia, “que eleva de lo vulgar”. Hay que ser diplomático y reservado, pues a las personas de nuestra sociedad “les gustan los toros y se complacen con polémicas”. Los problemas de dinero empezaban a preocuparlos. Salomé esperaba préstamos de amigos y familiares. Pero no hay que exigirles más, decía, pues ellos pensaban que la ayuda sería por dos años. Así que planeaba pedir dinero a rédito.⁷⁸ La situación económica de los Henríquez Ureña nunca fue de riqueza y por lapsos fue crítica. Pero se las arreglaban para mantener cierto nivel de vida. Aunque nunca tuvieron casa propia, por ejemplo, siempre contaron con servidumbre.

En noviembre de 1889 Pedro aprendía a escribir como había aprendido a leer, por su cuenta, pues no le gustaba que lo dirigieran, decía Salomé. Se conservaron tres cartas que el pequeño le escribió a su padre, en letras mayúsculas, con la enternecedora incorrección de los primeros rudimentos de escritura. En una le pedía tiza de color verde y que volviera para la Noche Buena. En otra le decía: “YO CONOZCO MUCHOS NUMEROS Y SE LEER CANTIDADES”; “YO ME ACUERDO DE TI Y BESO TU RETRATO”. La tercera carta es más extensa, la letra más firme, derecha y ordenada, con un uso de puntuación inexistente en las anteriores. Los requerimientos del niño, de cinco años, son también más específicos.

PAPA PANCHO: YA YO SÉ LEER I CONTAR I ME GUSTAN MUCHO LOS NÚMEROS.

MÁNDAME MUCHOS LIBRITOS QUE TENGAN NÚMEROS.

DE LOS JUGUETES QUE MANDASTE AHORA ME GUSTA LA LOTERÍA I LA
JUEGO CON MI MAMA

⁷⁷ Hay un pasaje en *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, obra de madurez de Henríquez Ureña, acerca de esta publicación de José Martí: “*La Edad de Oro* (1889), revista para niños escrita como desde una mentalidad infantil, algo que nadie ha logrado hacer tan bien en español (díganlo, especialmente, los cuentos *Nené traviesa* y *La muñeca negra*, o el poema *Los zapaticos de rosa*)”, México, FCE, 1946; primera reimpresión en Santa Fe de Bogotá, 1994, p. 168.

⁷⁸ Dos cartas de Salomé a Francisco, 27-28 de septiembre y 1 de octubre de 1889, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 176-79

YO QUIERO SABER QUE HAY MAS ALLÁ DEL SENA Y SI ESE RIO TIENE
BARCOS COMO E OZAMA.

YO NO QUIERO LIBROS DE PAPEL SOLO DE CARTÓN COMO EL DE FRAN.
PARA QUE NO SE ME ROMPAN

NANA DICE QUE LE MANDES UNOS ESPEJUELOS.

TU HIJITO

PIBIN⁷⁹

La mente del niño se iba ordenando. Al parecer no se le dirigía muy de cerca, pero de hecho estaba inmerso en un mundo de práctica docente junto a su madre en el Instituto. Él aprendía observando e incluso ayudando a las maestras. La libertad favorecía un aprendizaje autónomo, basado en el juego. Además, auspiciado por su madre, se había convertido en el guía de su hermano menor.

Los problemas en el Instituto continuaban, así como la estrechez financiera.⁸⁰ El marido no regresaba y ya se habían cumplido más de los dos años originalmente planeados. En 1890 las cartas de Salomé se vuelven amargas. En mayo le escribía desesperada pidiéndole que ya volviera. Lamentaba que sus hijos iban creciendo “como las plantas salvajes” y ella no tenía ninguna distracción. Pibín ya “no sabe leer, ya se le presenta una cantidad algo complicada y no la conoce, ha perdido la espontaneidad que manifestaba por el estudio y yo no he sabido despertarla y conservarla como era necesario.”⁸¹ Las responsabilidades por sus hijos y el trabajo la abrumaban, a lo cual se sumaba el deterioro de su estado físico.

El *Epistolario* entre los esposos se vuelve exiguo para 1890 y 1891, por lo que no podemos seguir a detalle el proceso del último año de ausencia del padre. En las pocas cartas que se encuentran, todas de Salomé, se tienen noticias del avance de los exámenes de Francisco y sus planes de comprar instrumentos y fijar un buen lugar para dar consultas médicas en Santo Domingo.

⁷⁹ AHCM-PHU, Caja 1, Sobre 25, “Carta de P. H. U. niño”, fojas 3-6.

⁸⁰ Véanse las cartas de Salomé a Francisco del 27 de septiembre y del 15-19 de diciembre de 1889, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 176, 192-94.

⁸¹ *Ibidem.*, p. 195.

Juegos teatrales

El padre volvió por fin el 6 de julio de 1891, trayendo consigo a Fran, de diez años. Pedro había cumplido siete una semana antes y Max cumpliría los seis a fines del año. En sus *Memorias*, Pedro recuerda que los amigos recibieron a su padre con entusiasmo, llevándole música. Sin embargo, el retorno ocurría en medio de complicaciones por la mala salud de Salomé y la malquerencia del presidente Heuraux. Para los dos pequeños que se habían quedado al lado de su madre, fue un acontecimiento mayúsculo. Desde el primer momento, dice Max, comprendimos que en nuestro padre teníamos “un guía y un mentor de gran autoridad, cuya voz magistral nos producía honda impresión. Y con nuestro hermano Max ganamos un compañero de más edad y experiencia, a quien realzaba a nuestro ojos el prestigio de haber vivido cerca de tres años en París.”⁸²

Las separaciones de la familia continuaron. A finales de 1892, Salomé buscó tranquilidad y mejoría en Puerto Plata durante un par de meses. La acompañaron Pedro y Max, para quienes la prolongada travesía por vía marítima resultó espléndida. En Puerto Plata se hospedaron en casa de José Dubeau, amigo y colaborador hostoniano. Los niños presenciaron las fiestas del IV centenario del descubrimiento de América, celebradas con toda pompa en el país.⁸³ Henríquez Ureña no asienta en sus *Memorias* un hecho muy notable, que su hermano sí Max relata. Bastante repuesta, Salomé escribió una composición poética que tituló “¡Tierra!”, para que su esposo la leyera en la celebración que haría la sociedad Amigos del País en la capital el 12 de octubre.

Pero en la propia ciudad de Puerto Plata existía otra sociedad cuyo nombre era el mismo de una de las composiciones más celebradas que escribió mi madre en su juventud: “La fe en el porvenir”; y tampoco quiso ella negarse a complacer idéntica petición que esta institución le hiciera. Escribió unas estrofas con el título de “Fe”, y ella misma fue a leerlas en los salones de la Fe en el Porvenir el doce de octubre de 1892. A Pedro y a mí nos llevaron al acto, aunque nos situaron a alguna distancia: pudimos, más que oírla, verla aparecer en el estrado, donde se destacaba su figura, vestida de negro, con la majestuosa sencillez que le imprimían su mirada serena y grave y su elevada estatura.⁸⁴

⁸² Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, p. 10.

⁸³ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 36; Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 12-13.

⁸⁴ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 13-14.

Al regresar a Santo Domingo, dice Pedro, tomaron una nueva casa, “extensísima”, de dos pisos, en la calle Santo Tomás.⁸⁵ Se trata de aquella casa donde los jovencitos concebirían unos cuatro años después el plan de compilar la obra de los poetas de su patria. Max recuerda que tenía buenos salones y cinco balcones en el frente, un jardín y un enorme traspatio. Ahí se pudo instalar mejor la biblioteca del padre, en su mayor parte de obras de medicina y con una abundante sección literaria en la que, para contrariedad de Pedro y Max, predominaba el francés. “A veces”, añade Max, “nuestra madre nos traducía, leyéndonos unas cuantas páginas por día, algún libro que nos interesaba conocer. En esta nueva residencia teníamos, exclusivamente para nosotros, un cuarto de juegos que en realidad era destinado a lecturas y a conatos de representaciones teatrales.”⁸⁶

En diciembre de 1893, Francisco convenció a Salomé de cerrar el Instituto en vista de su mal estado de salud. El cierre probablemente también se debió a presiones del gobierno. Ante sus nada halagüeñas perspectivas, Francisco decidió partir a principios de 1894 a Cabo Haitiano, en la República de Haití. En esa ciudad, bastante rica por entonces, dice Pedro, su padre encontró “campo bastante productivo para el ejercicio de la medicina”.⁸⁷ A pesar de las dificultades, el matrimonio había engendrado un cuarto hijo, Camila, que nació en abril de 1894. Por tal motivo Francisco retornó a Santo Domingo por varios meses y regresó después a Cabo Haitiano.

Max había crecido muy unido a Pedro, eran compañeros de juegos y lecturas. Según recuerda Pedro, las aficiones literarias de los dos “comenzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales”. A pesar de que sus padres no los dejaban ir al teatro por ser las funciones por la noche, de cualquier manera pudieron asistir a dos o tres zarzuelas. Por fin, en 1895 fueron a tres representaciones del actor italiano hispanizado Roncoroni, “que fueron, todavía lo recuerdo claramente”, dice Pedro, “*Muerte civil* de Giacometti, *Hamlet* y *Romeo y Julieta*”, con lo cual sus aficiones cobraron “vuelo extraordinario”.⁸⁸ Habrían querido ser actores, pero como no tenían amiguitos se las arreglaron solos. Hicieron “teatros de muñecas” que movían con sus manos; decían los diálogos de memoria; revolvieron la biblioteca de la casa buscando dramas. Su predilección fue Shakespeare.

⁸⁵ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 36; Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 12-13.

⁸⁶ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, p. 17. La calle del Arquillo fue renombrada “Santo Tomás”, pero ignoro en qué momento. Actualmente es la calle Arzobispo Nouel.

⁸⁷ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 37.

⁸⁸ *Ibidem.*, p. 35.

Como ninguna representación podía durar demasiado (pues el desarrollo real de un drama resultaba lentísimo para nuestro deseo de acción), nunca seguíamos las obras paso á paso, sino que las leíamos y hacíamos un resumen de acción que desarrollábamos en veinte o treinta minutos con lenguaje nuestro; así pasaron por aquel conato de escena las tragedias shakespereanas y algunas de sus comedias, especialmente nuestra preferida, el *Sueño de una noche de verano*.⁸⁹

Según Max, desde los ocho y nueve años leían las obras de Shakespeare en traducción del peruano José Arnaldo Márquez, recibiendo comentarios y explicaciones de su madre. Las funciones de Roncoroni aumentaron su afición y un buen día se aparecieron en la “Gran Librería Selecta”, regentada por el profesor Félix Evaristo Mejía, para preguntar por las obras completas del dramaturgo inglés.

–Queríamos verlas –apuntó Pedro.

Vaciló Mejía, considerando que sólo éramos unos chiquillos, y murmuró:

–Pero... a ustedes ¿quién los manda?

–Venimos por nuestra cuenta... queremos conocer a Shakespeare entero.

–¿Ustedes? ¡Vamos! ¿Cómo van a entenderlo?

–Pues sí que lo entendemos y nos gusta mucho –exclamé encarándome con Mejía.

Pedro me impuso silencio, mientras Mejía echaba a reír de buena gana.

Ya en la calle, Pedro decidió:

–Mañana volveremos con papá.

Volvieron acompañados por don Francisco, quien se encargó de explicar al librero las lecturas de los niños y cuánto entusiasmo tenían por las obras de Shakespeare, cuya colección adquirió y puso allí mismo en las manos de sus hijos. “Salimos”, dice Max, “con los libros bajo el brazo y la frente alta, por haber visto rehabilitado nuestro crédito intelectual ante el profesor Mejía.”⁹⁰ Con tal aliciente, los hermanos continuaron sus juegos teatrales. Max redactó una *Josefa Fernández*; otra la hicieron entre los dos, *Casuca*, sobre una campesina de 12 o 13 años que servía en la casa y donde figuraba toda la familia y las visitas. Esa comedia de costumbre les gustó tanto que la repitieron muchas veces y llegaron a escribirla en unas 8 o 9 páginas manuscritas.

Las apuraciones económicas continuaban. En carta del 4 de diciembre de 1896, Salomé le escribía a su marido: “Nosotros acostumbramos gastar como ricos y yo no sé en que pie estoy

⁸⁹ *Idem.*

⁹⁰ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 16-17.

parada bajo el punto de vista económico”; detallaba las cuentas de renta, criados, lavado y gastos extraordinarios.⁹¹ Francisco le respondía tres días después que le enviaba una suma un poco mayor, explicando que allá no siempre era posible ganar \$ 500 mensuales en la medicina. Especializarse en Europa rendía frutos y el trabajo profesional en Cabo Haitiano resultaba bueno, pues alcanzaba para sostener a la familia y sostenerse a sí mismo por separado.

Además de “gastar como ricos”, los Henríquez Ureña mantenían la práctica de segregarse a sus hijos del ambiente. Para ellos, la distinción social resultaba necesaria. Pedro recuerda que entre los años 1893 y 1895 conoció a la familia de un francés que había sido director del Banco Nacional, M. Marcellin Fache, “cuyo recuerdo ha sido siempre significativo para mí”. La esposa “era una dama polaca de talento y de carácter, descendiente de príncipes, á quien mi madre admiraba por la educación que había dado á su prole”. Las relaciones entre los adultos llegaron a ser cercanas y para Pedro y Max “era un gran placer recorrer la enorme casa que habitaba la familia, y la serie de amplios patios con vista al río Ozama, bajo la dirección *sage* de la adolescente Ferdinande, que ya se dedicaba á la literatura.”⁹²

Gastar mucho aunque se viviera al día, separarse del ambiente “vulgar” y buscar la cercanía de personas cultas y refinadas. Esto habla de una mentalidad y un comportamiento que tiende a lo aristocrático. En esa visión, el estudio mismo era una forma de distinguirse socialmente.

Tras el cierre del Instituto, se contrató un profesor particular para los niños, Francisco Raúl Aibar, “joven de talento y rectitud”, según Pedro. Los niños llegaron a ir por unos meses a clases de Geografía en la Escuela Preparatoria, dirigida por José Pantaleón Castillo. Pero fue en febrero de 1895 cuando por primera vez asistieron de manera continuada a una escuela fuera de su casa. Ingresaron al Liceo Dominicano, dirigido por Emilio Prud’homme, muy identificado con la visión de sus padres; tanto que asistir a su instituto, comenta Max, “era más o menos igual que seguir los estudios en nuestra propia casa”. Pedro y Fran, a quien su padre mandó de vuelta de Cabo Haitiano, ingresaron en el curso preparatorio del bachillerato, y Max quedó en el penúltimo grado de los estudios primarios. En el Liceo, dice Pedro, aprendieron gramática, Literatura española (con el tío Federico), matemáticas, botánica e inglés. Estuvieron en la Escuela por año y

⁹¹ En *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 267, 270.

⁹² *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 37.

medio. Pedro recuerda que la experiencia fue agradable, a pesar de su falta de costumbre de tratar con otros muchachos. No hizo grandes amistades y se les hacía acompañar por un sirviente.⁹³

La afición literaria

Dice Pedro que sus aficiones teatrales comenzaron a volverse “más estrictamente literarias” en 1896. Junto con Max, a la vez que seguían jugando al teatro, redactaban periodiquitos en hojas sueltas en los que hablaban casi exclusivamente de teatro y que circulaban entre la familia. Pedro se decidió “francamente por la literatura” al asistir a una velada solemne que celebró la Sociedad Amigos del País, en mayo de 1896, para festejar sus veinticinco años de fundada. Ahí escuchó a los amigos intelectuales de sus padres (Prud’homme, Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano y César Nicolás Pensón). Su padre leyó *La fe en el porvenir*, poema escrito por Salomé en 1877 y dedicado a esa sociedad.

Había ignorado yo hasta entonces el poder la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poética, fue mi afición favorita. *Descubrí* que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas, y de poetisas cubanas (mi madre me habló mucho de éstas). En seguida, nos lanzamos Max y yo a formar sendas Antologías de poetas dominicanos: Max recorrió y devastó las grandes colecciones de periódicos de la casa, recortando cuantas poesías llevaran las firmas de poetas dominicanos aceptables (nuestra madre nos señalaba los nombres de ellos); yo preferí hacer una más selecta, clasificada, también bajo indicaciones de mi madre, y con la ayuda de la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* que la Comisión nombrada por el Gobierno (en ella había figurado precisamente mi madre) había presentado a la Academia española para el proyecto de Antología americana. Al mismo tiempo, comencé a redactar, manuscrito, un periódico con el nombre de *La Patria*: ocho paginitas, conteniendo tres o cuatro poesías ó artículos, cada semana.⁹⁴

Había descubierto la “magia” de las palabras y la fama poética de la madre. Los niños aprendían presenciando las actividades de sus padres, imitándolas en sus juegos. En primera instancia, esos juegos implicaban el placer sencillo y práctico de “poder hacer”, de crear. Pedro, próximo a cumplir los 12 años, finalmente se daba cuenta que esas actividades, que ellos

⁹³ *Ibidem.*, pp. 37-38; Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op .cit.*, pp. 14-15.

⁹⁴ *Ibidem.*, pp. 39-40.

reproducían por placer y juego, implicaban una valoración de muchos otros, que redituaban en una alta estima en sociedad.

Pedro empezó a escribir versos, pero esto, aunque se le daba con facilidad, dice, no lo tomaba en serio. Como “por juego” hizo composiciones sobre las noches de Santo Domingo, la muerte de la poetisa Josefa Antonia Perdomo, acerca de Cristóbal Colón. Su género preferido fueron los “artículos en prosa”, que le parecían un “género perfecto”. Al respecto, recuerda haber escrito “una comparación de las zonas geográficas con las almas”, “un conjunto de frases en elogio de Cuba revolucionaria”, una explicación del cuadro *El Conscripto* de Peón Perrault y una descripción de la ciudad de Puerto Plata.⁹⁵

Max asegura que, en la intensa actividad de compiladores de poesía, Pedro prefirió dedicarse exclusivamente a un solo autor, José Joaquín Pérez. Max confeccionó una hojita manuscrita semanal con el nombre de *La Tarde*, que luego cambió a *El Faro Literario*. Entre su periódico y el de Pedro se intercambiaban elogios. Sobre la afición lírica de Pedro, Maz dice que a raíz de unos versos que compuso a la memoria del poeta borinqueño Francisco Gonzalo Marín, todos pensaron que sería de un modo u otro poeta. “Además, sin asumir el papel de improvisador, Pedro solía, en tono de broma, expresarse en verso, ya para matizar la conversación, ya para recoger incidentes familiares en forma epigramática o anecdótica. No he olvidado esta quintilla suya que reproduce un intercambio de frases entre los dos primos que en aquel momento compartían nuestra vida:

En conversación ayer
Flérida a Carlos decía:
‘Cuando un año yo tenía,
tú no soñabas nacer’,
-‘¡Pero si yo no dormía!...’ ”⁹⁶

La versificación improvisada, prueba indudable de una mente ágil, inventiva y juguetona. En esos días todo eran consultas a Salomé y Ramona sobre poesía. La madre tenía temporadas de quebranto, que a veces le impedían incluso caminar o tan sólo escribir. En febrero de 1896,

⁹⁵ *Ibidem.*, pp. 40-41.

⁹⁶ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 20-21, 23-24.

Salomé le escribía a su esposo: “Pedro Nicolás está empeñado en recoger mis poesías dispersas. Creo que las tiene casi todas. Es un literato que conoce casi todos los clásicos y en su espíritu de crítica hasta á mí me ha señalado defectos. En la observación que me hizo con gran sorpresa mía, la razón está de su parte.”⁹⁷ La crítica, expresión de una mente reflexiva, que había germinado pronto y se iba desarrollando a través de múltiples actividades literarias.

En esa época, recuerda Pedro, “mi madre solía sondear mi aparente religiosidad, con problemas como el de la significación de la prédica de Jesús”. A ella le debió la enseñanza del respeto a las creencias religiosas ajenas. En una ocasión en que corrían y jugaban por patios y techos, los hermanos Henríquez Ureña tuvieron una riña con unos muchachos judíos de una casa vecina. Los insulté, escribe Pedro, llamándolos judíos y “temerosos de la carne de cerdo”. Mi madre se enteró “y me reprendió haciéndome ver que, de uno modo u otro, todos los hombres adoraban á la divinidad y que era incultura notoria censurar á las gentes su religión. Mi impresión (lo recuerdo) fue de estupor al ver que no había caído antes en la cuenta de lo que ahora me explicaban.”⁹⁸ Su estupor provenía de darse cuenta de que el respeto a las creencias religiosas diferentes era algo por completo razonable, digamos que se deducía de la misma libertad de decir y pensar que él conocía de siempre.

Según Pedro, su padre era agnóstico y su madre “era, en realidad, deísta, y profesaba un gran respeto por el cristianismo”. No se le obligaba a practicar el culto religioso (aunque la abuela Gregoria era muy devota) y tampoco escuchaba ideas anti-religiosas. Por eso Henríquez Ureña consideraba que la religiosidad de sus primeros años había sido una afición superficial. Así, al crecer no sufrió “crisis de duda”. Desde los trece años comenzó a pensar sobre los fundamentos de la religión “sin desazón alguna” y a los quince, sin haber leído gran cosa, pasó “naturalmente al agnosticismo”. Los familiares decían que cuando tenía siete u ocho años, al saber del misterio de la Trinidad lo rechazó de plano, y, en otra ocasión, al explicársele la noción de espacio infinito y poblado de los mundos, exclamó: “Pero entonces ¿en dónde están Dios y los santos? ¡Seguramente no existen!” Por eso su padre decía que en el fondo el niño era ateo. A los doce su madre se encargó de explicarle el significado de las enseñanzas de Jesús: “me lo presentó como un bohemio, un hombre que predicaba la ociosidad y la vagancia, y cuando mi desconcierto

⁹⁷ Carta del 20 de febrero de 1896, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 230.

⁹⁸ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, pp. 41-42.

llegaba al máximo, explicó el verdadero significado de esas prédicas: el sacrificio de los goces vulgares y el desdén a los cuidados y ambiciones comunes en favor de fines más altos.”⁹⁹

La libertad en el hogar de los Henríquez Ureña abarcaba el tema religioso. El padre era agnóstico y defensor de la educación laica; pero la educación científica que quería inculcar a sus hijos no iba acompañada de jacobinismo. Llama la atención, además, la manera reflexiva en que Salomé quería explicarles a los niños el valor de las creencias religiosas. Al parecer, en la familia el comportamiento inteligente y razonado era práctica cotidiana.

A mediados de 1896, el padre regresó a Santo Domingo y organizó otro movimiento de la familia. Partieron en junio a Puerto Plata, donde se quedó Salomé con Max y la pequeña Camila, y él continuó el trayecto hacia Cabo Haitiano con Fran y Pedro. En esa ruta, desde San Pedro de Macorís, le escribió orgulloso a Ramona, el 15 de junio, que la noche anterior sus dos hijos habían ido “a formar grupo en el salón con los demás pasajeros, que trataban en conferencia puntos de historia, literatura y otras ciencias”. “Ojalá los hubieras visto”, continúa, “tan atentos, tan formales. Hoy le pregunté a Pedro Nicolás si él había hablado y me dijo: ‘Sólo cuando se habló de animales y plantas.’”¹⁰⁰

Pedro pasó dos meses con su padre en Cabo Haitiano. Por primera vez salía del país y conocía una realidad social diferente: “aquella ciudad extraña me interesó mucho: las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo, que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga.”¹⁰¹ Intercambió algunas cartas con su madre. Ella le decía que tratara de escribir con mayor corrección y que, sin descuidar la historia natural y la literatura, estudiara otras materias bajo el cuidado de su padre.

Salomé empeoraba. El dos de agosto le escribía a Francisco: “Creo y lo repito que debieron hacerse todos los sacrificios por grandes que fueran, para tratar de salvarme á tiempo. Ya es demasiado tarde.” A inicios de septiembre le relataba sus ataques de tos y asma; por la noche, dice, me tuve que incorporar en trece ocasiones para respirar y toser.¹⁰² Así que el esposo

⁹⁹ *Ibidem.*, pp. 34-35.

¹⁰⁰ *Ibidem.*, pp. 236-37.

¹⁰¹ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 43.

¹⁰² *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 246, 255-6.

emprendió el regreso. La “turbamulta” llegó el 15, escribía Salomé a su hermana Ramona, y le confiaba que a Pedro, “estudioso y bueno”, su padre lo acababa de conocer de cerca,¹⁰³ es decir, cuando el niño tenía doce años.

En Puerto Plata los chicos asistieron a la Escuela superior, dirigida por José Dubeau y Bremon. Pedro continuó redactando *La Patria*. Luego organizaron una sociedad a imitación de aquella de la que formaban parte sus padres. Pedro la bautizó como “Siglo Veinte”, tomando el nombre de una composición de la poeta mexicana Laureana Wriqth de Kleinhans. Como socios figuraron los tres hermanos, como presidenta Salomé y los demás como miembros honorarios. El propósito era el mismo, dar veladas. En la primera sesión estuvo el padre y a partir de la segunda se unieron amigos como José Dubeau y su esposa, Antera Mota de Reyes, directora de la Escuela Normal de Mujeres de Puerto Plata, la escritora Mercedes Mota y su sobrina Beatriz Dalmací.¹⁰⁴ Henríquez Ureña conservó el ejemplar de *La Patria* del 23 de septiembre, en el cual se reseña la instalación de la sociedad:

INSTALACIÓN

DE la Sociedad Literaria “El Siglo XX”

El domingo 20 de setiembre se instaló la Sociedad literaria “el Siglo Veinte”.

Notable velada hubo esa noche.

Leyóse, después del discurso inaugural, la poesía Ayer, hoy i mañana, de la célebre poetisa mejicana Laureana Wriqth de Kleinhans.

Después la Srita. N. Lauransón Leyó la poesía El Amor, i luego el Sr. P. N. Henríquez U. su trabajo: J. I. Ortéa.

En la segunda parte, entre otras cosas, leyeron a Notas íntimas, de Eugenio Deschamps i a A una golondrina, del Dr. F. Henríquez y C.

En la tercera leyó el socio Max A. Henríquez U. un trabajo suyo: Intima.¹⁰⁵

Fueron cuatro o cinco veladas entre septiembre y diciembre de ese año. Las hermanas Mota organizaron otras en su escuela, con sus alumnas, en las que los chicos Henríquez Ureña también participaron. El movimiento “llegó á llamar la atención del público y á mencionarse en periódicos”. Para las sesiones, dice Pedro, escribían Max y algunas veces Fran, que lo hacía

¹⁰³ *Ibidem.*, pp. 260 y 262.

¹⁰⁴ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 42-43. Las noticias de Max sobre este asunto, en “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 21-22.

¹⁰⁵ AHCM-PHU, Caja 2 sin clasificar.

mejor, “á pesar de que él no *cultivaba*, como nosotros constantemente, la literatura”.¹⁰⁶ La misma Salomé daba cuenta del asunto: “Los muchacho han efectuado una revolución en Puerto Plata entre la adolescencia que estudia. Ellos con su ejemplo han provocado unas veladitas quincenales en el Colegio de niñas y ellos y ellas trabajan muchísimo y leen algunas composiciones.”¹⁰⁷

La muerte de Salomé

Era profundo el vínculo entre Salomé y Pedro. Su primogénito no le había sido tan cercano, quizás por recibir mayor atención del padre. Desde que fue enviado a Europa, Fran vivió con ella sólo por cortos periodos. Mientras que Max era eclipsado por Pedro, que la sorprendía constantemente. En 1890, cuando Pedro tenía seis años, Salomé escribió el poema “Mi Pedro”.

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

Si lo vierais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, y en él huelga,
y de una caña, que transforma en asta,

¹⁰⁶ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, pp. 42-43.

¹⁰⁷ De Salomé a Francisco, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 265.

el cruzado pendón trémulo cuelga.

“¿Qué vio Salomé en su hijo que le inspirara semejantes conceptos? ¿Y qué habrá sentido él, con tan pocos años, al leer estos versos?”¹⁰⁸ En el niño germinaban en forma de juego las propias ocupaciones y los valores más preciados de Salomé. Con el esposo ausente, con una enorme carga de trabajo y cada vez más enferma, ella veía desenvolverse al pequeño como su prolongación esperanzadora. Salomé y Francisco habían querido educar a sus hijos para ser grandes hombres y Pedro, a su corta edad, era feliz presagio de ese empeño. No será el afán guerrero, pero sí el compromiso patrio; no será la ambición del poder, sino el cultivo del estudio y la cultura como fuerza de progreso.

Pedro conocía esos versos; los familiares los sabían de memoria. A finales de 1896, cuando la enfermedad carcomía su existencia, Salomé completó el poema con dos estrofas más, que serían sus últimos versos.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternera
y digo al porvenir: Te lo confío!

En la literatura sobre Henríquez Ureña, este poema se ha tenido por profético, en vista de su trayectoria posterior. Lo indudable es que se trata de un testamento, es decir, de un testimonio de voluntad sobre el niño y su futuro. El ideal de Salomé está sintetizado en estos versos, y en él también se sintetiza una mentalidad que compartían intelectuales dominicanos de toda una época. Se trata de ideas que estuvieron en la base de lo que sería, iba siendo, la formación intelectual de

¹⁰⁸ Esto se pregunta acerca de su padre Sonia Henríquez de Hlito, *Pedro Henríquez Ureña: Apuntes para una biografía*, México, Siglo XXI, 1993, p. 12.

Pedro; eran palabras que crearon realidades. Los versos resultaron para el jovencito una indicación fundamental de su existencia.

En septiembre de 1896 murió Ana Díaz, la tía de Salomé, lo que llevó a Pedro a escribir “Nostalgias”, texto fechado el 3 de diciembre.

Ah! cuantas reminiscencias surgen hoy en mi mente evocadas “al conjuro del recuerdo” hoy que de mi ciudad estoy ausente!.....

Todo está claro ante mí, cual si en ella estuviera; hay veces en que creo estar allí, en que las voces que oigo parecen las mismas que allí oía, en que el cielo azul que miro es el mismo que allí contemplaba. Ah! cuánto goza la mente con esas plácidas quimeras y luego..... la realidad.....

Parécenme ver sus casas, atravesar sus calles y entrar en sus iglesias y en ellas oír la música del órgano que suena gravemente, ver sus luces esplendorosas y surgir como por encanto, las nocturnas procesiones de la Semana Santa que tanto me halagaron en mi primera niñez.

Y me parece volver á ver á los que allí dejé y entre ellas á la buena anciana..... ay! no recordando en mi sueño que durante la ausencia ella rindió su larga jornada!.....

*

**

Y pasa veloz el tiempo; y siempre renacen en mí los recuerdo de mi ciudad.

Ay! Es que algo me falta, que nada basta a calmar la nostalgia.

Acércanse ya los últimos días del año en que el alma se alegra, se expande. Ah! si estaré en mi ciudad cuando lleguen esos días?

Cuando será que pueda divisar desde el mar sus casas, ver entrar en el Ozama turbio al bajel que me conduzca y pisar al fin la tierra que guarda los secretos íntimos del alma.....?¹⁰⁹

Mi madre “se impresionó por el sentimiento del trabajito, y me envió a Santo Domingo, á la casa de mi abuela”.¹¹⁰ Pedro desarrollaba una actividad intelectual infantil ya con visos de seriedad; a la vez, tendía a ser retraído y a sumirse en nostalgias. Estaba consciente del mal estado de su madre y la muerte de Nana acentuó la tristeza y los malos augurios.

¹⁰⁹ “Nostalgias”. AHCM-PHU, Caja 1, Sobre 26.13, fs. 190-191.

¹¹⁰ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 44.

En enero de 1897 Salomé decidió regresar a Santo Domingo, a la casa de su madre y con todos sus hijos. Francisco le escribió desde Cabo Haitiano amargamente, lamentando que el éxito que había pensado seguro, no existiera. Se decía “desconocido de todo el mundo, calumniado muchas veces”. Calificaba de miseria su estado, miseria “para quien tiene en sus manos y en su cerebro las riquezas!”¹¹¹ Regresó a su lado el 7 de febrero. Salomé permaneció un mes más con vida. En sus últimos días se despedía y los familiares le leían poesía, en particular “La mañana” del poeta español Espronceda.¹¹² Su muerte, el 6 de marzo, fue para la ciudad un acontecimiento mayúsculo, los periódicos se llenaron de artículos y poemas en su honor. Hostos, desde Chile, envió sus condolencias. “¡Hay que llorarla!”, le expresaba a Francisco, pues muchos son los interesados en su vida.¹¹³

Sonia Henríquez recuerda haberle preguntado alguna vez a su padre sobre la muerte de Salomé. “De inmediato su semblante cambió, su rostro se ensombreció y me dijo que en esa época no se sabía curar la tuberculosis, que casi no le daban de comer, apenas un caldo, que ahora hubiera sido distinto.”¹¹⁴ La herida fue profunda. En sus *Memorias*, el pasaje sobre el asunto es uno de los más intensos.

Las impresiones de aquellos dos meses y aquel día llenaron mi espíritu por largo tiempo. Mi madre había llegado á ser para mí la guía espiritual consultada á cada minuto; y todavía en Puerto Plata, después de dos años transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos estrofas á una composición comenzada en 1890, completándola y titulándola *Mi Pedro*. La muerte de la anciana tía había preparado mi espíritu al dolor; y la muerte de mi madre vino á colmarlo. Los últimos dolores de su enfermedad herían mis nervios; y los dos días de su muerte y su entierro fueron para mí de inconciencia y estupor. La multitud de gente que desfiló por la casa, y, sobre todo, la presencia fría de *ella*, el ser que para mí tenía más vida y más realidad; la multitud sofocante del entierro, y el largo camino, con paradas frente a las casas donde habíamos vivido y donde estuvo el Instituto de Señoritas, cuyas antiguas alumnas concurrieron casi todas; el acto de la inhumación, en una bóveda del viejo templo de la Merced (adjunto al Convento en el cual estuvo como visitador Tirso de Molina), y los discursos pronunciados, y la inesperada y vibrante poesía de José Joaquín Pérez, todo ello se envolvió para mí en niebla. Ni siquiera la

¹¹¹ De Eugenio María de Hostos a Francisco Henríquez y Carvajal, 14 de enero de 1897, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 274.

¹¹² R. de Rodríguez Demorizi, Silveria, *Op cit.*, p. 38-39.

¹¹³ *Ibidem*, p. 39-40.

¹¹⁴ Henríquez Ureña de Hlito, Sonia, *Op cit.*, p. 12.

admiración que mi propia madre me había hecho concebir por José Joaquín Pérez fue bastante para que me diera yo cuenta de sus versos. Al regresar a la casa (una casa pequeña que habíamos tomado provisionalmente en la calle Duarte), oí una tos, y tuve la impresión física de que aún estaba allí mi madre: no era sino la tos de una de sus discípulas, algo enferma en esos días, Mercedes Laura Aguiar. Durante meses, mi espíritu continuó con cierto estupor, del cual apenas salía sino para hacer recuerdos de mi madre. Todos los sábados iba al templo de la Merced á colocar flores sobre su tumba; concurrí á la velada fúnebre, solemne, que en honor de su memoria organizó la Sociedad “Amigos del País”, y en seguida organizamos una velada íntima, de nuestra sociedad “Siglo Veinte”, y todavía después no hice sino escribir y pensar sobre ella.¹¹⁵

No es exagerado decir que con la muerte de su madre, Pedro perdía el eje de su existencia. A partir de entonces su vida adolescente en Santo Domingo consistió en intentar restituir esa pérdida, recobrando y prolongando de alguna manera el mundo de Salomé. El sentimiento de orfandad era grande y su padre no podía fungir como sustituto debido a sus ocupaciones y a una sensibilidad diferente.

La familia continuó moviéndose. Pedro pasó tres meses en Santo Domingo, donde asistió todavía al Liceo Dominicano. El padre, que había regresado a Cabo Haitiano, decidió fijar su residencia en esa ciudad e hizo llevar a sus hijos. En carta del 4 de junio de 1897, les decía que irían a continuar sus estudios y no faltarían en casa libros y periódicos.

Ocuparemos la más bella casa del Cabo, si mis proyectos se realizan. Tendrán Uds. los medios de ir amenudo al campo, a tomar baños, á cazar, a pasear. Y de ese modo, y bajo el cuidado de su tía Adelina, que vendrá con Uds. y de Tivicita, Malín y Lelé, que vivirán con nosotros, se pasarán sin sentir el año ó los dos años que necesitan p^a que Uds. completen sus estudios de bachillerato. Entónces volverán o volveremos, mejor dicho, a Santo Domingo.¹¹⁶

En efecto, su segunda estadía en Cabo Haitiano transcurrió en una gran casa de tres pisos. Pero ahora, Pedro sufría constantes accesos de tristeza. Señala que estuvo entregado a una “febril” tarea literaria, cuyo centro era el recuerdo de su madre. Hizo una antología de escritoras dominicanas, con biografías y juicios. Enseguida emprendió en extenso una “Vida” de Salomé.

¹¹⁵ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 43-44.

¹¹⁶ *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 276.

Estuvo coleccionando más de un centenar de artículos y poesías escritas en ocasión de su muerte; recogió sus poesías completas; escribió trabajos sueltos sobre ella.¹¹⁷

Redactó algunos perfiles de escritores hispanoamericanos y algunas poesías que ya tomaba más en serio. Hizo traducciones en prosa y verso del francés, que le había empezado a enseñar su padre y ahora en Haití podía practicar, pues ahí lo hablaba la gente “culto”. De esa época data su primera publicación, una traducción del poema *Ici-bas* de Sully Prud’homme, publicada en Santo Domingo, “á disgusto mío”, dice Pedro. Esa traducción apareció en *Letras y Ciencias* el 1 de febrero de 1898, indicando su edad, 13 años. Concibió entonces el proyecto de escribir la historia de la poesía dominicana. Para ello usó la Antología elaborada por Max, la suya que era más escueta, tomos publicados de algunos poetas, la colección *Lira de Quisqueya* (1874) y la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893) con prólogo de Marcelino Menéndez y Pelayo, que incluía un juicio encomiástico sobre la poesía de Salomé.¹¹⁸

La muerte de Salomé no lo condujo a la inmovilidad, al contrario, impulsó su actividad intelectual. Pero sobre todo, y teniendo 13 años, esa actividad la realizaba ya con intención seria, con afán exhaustivo y cierto método. Dentro del acervo de la biblioteca de la casa, encontró y tomó como guía obras de José Mamerto Gómez Hermosilla y José Marchena Ruiz de Cueto, representantes del rígido clasicismo español. Dice Pedro que le inquietó el juicio negativo que en ellos encontró sobre Shakespeare, pero decidió que en eso se equivocaban y los siguió en lo demás. Entre diciembre de 1897 y enero de 1898, escribió una “Introducción” a la historia que intentaba, siguiendo la clasificación hermosillesca.

En retrospectiva, Henríquez Ureña juzga este como un periodo de desorientación. Del rigor academicista sólo lo sacaba el gusto por Shakespeare. Leyó obras sobre historia antigua, en particular las parte de historia literaria en *Historia de las Naciones* de George Weber, y *Las antiguas civilizaciones* de Gustave Le Bon. Ensayó traducir del francés parte de *Ricardo III* del mismo Shakespeare.¹¹⁹ De vivir su madre, todos los problemas literarios se los habría consultado. Su padre, siempre muy ocupado, les daba lecciones científicas y, dice Pedro, veía con disgusto “mi retrainimiento y mi afición exclusivamente literaria”. “Por esa razón, mi vida fue haciéndose

¹¹⁷ Una copiosa parte de esa colección hemerográfica sobre la muerte de Salomé se halla en el Fondo Pedro Henríquez Ureña del Archivo Histórico de El Colegio de México.

¹¹⁸ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 47-48. El muy halagador juicio del erudito español habría de ser retomado por Pedro en distintos trabajos de juventud y madurez.

¹¹⁹ *Ibidem.*, p. 48-49.

bastante triste, ensombrecida por el recuerdo de la muerte y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias.”¹²⁰

En el largo poema “Tristezas”, fechado el 2 de septiembre de 1897, exployó su estado de ánimo. Escribía con una letra estilizada, uniforme, inclinada a la derecha.

Ausente estoy de mi ciudad bendita;
solo en ella pensando
y en mis lares. Mis suspiros todos
hácia ella ván desde este suelo extraño.
Y empiezan á cruzar por mi agitada
mente en febril engaño
los mil recuerdos del hogar nativo
dó las cenizas de mis muertas guardo.

Oh mis muertas queridas! La primera:
la que en mi ausencia triste ¡ya hace un año!
Nos dejó para siempre;
y al volver luego de mi viaje aciago
hallé el hogar vacío
que había la buena anciana abandonado.
[...]
Y tan solo eso fue? nó! que mas tarde
otro nuevo dolor hirió las fibras
de mi mas acendrado sentimiento.
Que tambien tú moriste madre mía!

Yo no lo sé explicar.... pero yo siento
dentro de mi alma tibia
algo de extraño al repetir tal frase;
me parece escuchar una mentira.
Torno á reflexionar, y al fin comprendo
la horrible realidad y en mi agonía

¹²⁰ *Ibidem.*, p. 49.

Las lágrimas se agolpan á mis ojos
y surcan á millares mis mejillas.

Vivo en eso pensando y a la hora
en la cual el silencio nos convida
á la meditación..... aquella idea
viene y trastorna y mi cerebro agita;
sostengo en mi interior terribles luchas
[y] el corazon con inquietud palpita;
y al fin cansados de llorar mis ojos
se rinden al dolor y la fatiga.

[...]

Todo lo veo en sueños como era;
recuerdo la hora del dolor, sombría
en la cual..... ¡yo no sé lo que sintiera!
y tu imágen ¡Oh madre! Miro fría.
Todo así por mi pasa y me tortura
y quisiera morir porque algun día
pudiese contemplar tu alma figura
y escuchar tus palabras ¡madre mía

[...]

Oh muertas de mi amor! Madre querida!
Reposad en la tumba..... ¡hasta mañana!¹²¹

La ausencia de la madre era una tortura constante. El anhelo de la patria y la nostalgia por el hogar materno se confundían en el adolescente. Imitar a Salomé, hacer de ella el objeto de estudio central, eran formas de mantenerla cerca. El carácter taciturno y retraído se intensificó en lo que era un exilio al lado de su padre en Cabo Haitiano. Extrañaba el mundo femenino que lo arropara, que tolerara y animara sus aficiones literarias, y en medio de ese mundo, a Salomé, como la fuente emanante. El poema anterior lo envió a Mon, la sobreviviente de ese mundo,

¹²¹ AHCM-PHU, Caja 1, Sobre 25, fs. 8-11

quien además de hacerle observaciones y sugerencias sobre la composición, le informaba que habían puesto el nombre de su madre a una de las calles en que se ubicaba “la casa infantil”.¹²²

En las actividades de Pedro resalta que se haya embarcado en la idea de hacer una historia de la literatura dominicana. Labor ambiciosa, que implica duras tareas de recopilación, clasificación y comentario de la literatura; labor de conocimiento del pasado y de su tradición. Por otro lado, la facilidad infantil que tenía para hacer versos, ahora fluía hacia la expresión del dolor por la pérdida. Entre la intención del estudio sistemático y el impulso lírico se desarrollaron sus siguientes años en la isla.

Ida y vuelta a Cabo Haitiano

Al menos el anhelo por Santo Domingo se cumplió pronto para Pedro. En febrero de 1898, su padre decidió enviarlo a él y a Fran para que continuaran sus estudios en el Liceo Dominicano. En la ciudad añorada asistió a ceremonias en memoria de su madre. En el camino se detuvo unos días en Puerto Plata, en la casa de José Dubeau, y por azar se topó con el *Shakespeare* de Víctor Hugo. Como es natural lo devoró. “Aquel libro formulaba lo que yo íntimamente me había atrevido a desear: la destrucción de los cánones pseudo-clásicos; el endiosamiento de Shakespeare; una re-valoración literaria...”, y en seguida ataja: “Por supuesto, que no hice sino salir de una retórica ignorante y estrecha para caer en otra desordenada y no menos ignorante, pero más libre”.¹²³

En esta revolución personal, buscó y leyó obras de Víctor Hugo y autores por él señalados: diversas partes de la Biblia, Esquilo, Dante, Cervantes, Juvenal, etc. Regresó luego a la literatura dominicana, escribiendo entre 1898 y 1899 “un capítulo sobre las costumbres y los balbuceos artísticos de los aborígenes de Santo Domingo; y otro sobre la poesía que allí escribieron los españoles en los siglos XVI y XVII, utilizando los datos obtenidos por Menéndez y Pelayo y por Jiménez de la Espada”. Tenía ya varios años escribiendo, haciéndolo intensamente

¹²² Ramona Díaz a Pedro, 21 de septiembre de 1897, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 277-9.

¹²³ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 51.

en el último. En sus *Memorias*, considera que entonces comenzó a formarse estilo, “esos capítulos están en prosa bastante sobria, distante de la influencia de Víctor Hugo.”¹²⁴

Siguió escribiendo prosas y versos: una narración sobre la leyenda del Diluvio; versos en honor de Félix María Delmonte, autor del primer Himno dominicano, y el poema *Incendiada*, sugerido por el poeta de Gastón Deligne, de la nueva generación dominicana. Este último también fue publicado a su disgusto: “acaso más que otra cosa, me disgustaba ver que pusieran mi edad al calce de los versos.”¹²⁵ Apareció en la edición del 20 de junio de 1899 en la citada *Letras y Ciencias*.

Retomó los estudios en el Liceo, pero ya no fue alumno distinguido. Había perdido interés y además el ambiente de la escuela había cambiado.

Mi educación retraída no me había dado las armas para el trato de las gentes, mucho menos de las gentes de mi tierra, bruscas y poco reservadas; y allí el caso se agravaba, pues eran muchachos que crecían y corrían tras toda malicia: muchos de ellos ni siquiera eran de la capital; el Liceo había llegado á extender su fama por todo el país, y muchos provincianos ricos enviaron allí á sus hijos. Me hallé mal entre aquella multitud, tan distinta ya del primitivo grupo de alumnos capitaleños, con quienes no había sentido disgusto al salir de mi aislamiento á los once años, y relacionarme por primera vez con otros niños; estos provincianos, no sin puntas de semi-barbarie, me traían a mal traer; y llegué á concebir la idea de que la amistad era imposible entre jóvenes. Además, ya había llegado yo á la edad en que, sobre todo en las Antillas, los adolescentes principian á interesarse por todas las cosas de la vida de los adultos, y á alardear de hombres; y mi inexperiencia no me permitía hacer tales alardes, ni tampoco me venía en deseo el hacerlo.¹²⁶

La vulgaridad, la “incultura ambiente” para usar sus propias palabras, hizo pasar malos días a Pedro. Recuerda que conoció a una niña, Blanca, por quien tuvo “amor infantil y tranquilo”. Las gentes se enteraron y los muchachos lo abrumaron con preguntas y comentarios. La niña cambió de domicilio y dejó de frecuentarla.¹²⁷

En ese año de 1899, el padre contrajo segundas nupcias con Natividad Lauransón. La familia de esta joven era cercana a los Henríquez; Natividad había cuidado de Salomé en Puerto Plata y la había acompañado en su último viaje a Santo Domingo. Pedro y Fran regresaron al lado

¹²⁴ *Ibidem.*, p. 51.

¹²⁵ *Ibidem.*, p. 52.

¹²⁶ *Ibidem.*, p. 52-53.

¹²⁷ *Ibidem.*, p. 53.

paterno en mayo. Su padre, dice Pedro, temía por la situación grave en República Dominicana, causada por los malos manejos del gobierno. Aumentaba la miseria y “por todas partes se sentía que el malestar del pueblo iba á producir un estallido...” En el mismo buque arribó a Cabo Haitiano el dictador, que iba a realizar entrevistas políticas. El primo Enrique Henríquez y Alfau, ministro de Relaciones Exteriores, era parte de la comitiva. Dice Pedro: “recuerdo que en mi casa, tuvo con mi padre serias discusiones sobre la situación política de Santo Domingo”.¹²⁸ Según Max, don Francisco Henríquez y Carvajal era aliado del opositor Juan Isidro Jimenes, quien andaba en planes revolucionarios, lo cual no era un secreto para el dictador.¹²⁹

Don Francisco era considerado “el dominicano más prominente” en la ciudad, por lo cual asistió al baile que ofreció Heureaux en el buque *Restauración*, a pesar de la animadversión en su contra. Se encontraba ahí “toda la clase culta de Cabo Haitiano, formada por comerciantes alemanes, ingleses y franceses, y por buen número de haitianos ricos, y cuyas hijas, educadas en Europa, suplen con la multitud de sus *accomplishments*, sus frecuentes deficiencias en el orden físico.”¹³⁰

Pedro no simpatizaba mucho con la realidad haitiana; incluso deja ir ese comentario acerca de la fealdad de las hijas de los comerciantes haitianos. Si se consideran otras situaciones, como su acercamiento a la familia aristocrática del francés Marcellin o los desencuentros con la “incultura ambiente”, se puede advertir cuán hondo había enraizado en él la enseñanza aprendida en la familia sobre la distinción social.

De vuelta en Cabo Haitiano, dice haber padecido el trato con las gentes. La situación económica del padre prosperaba notablemente. Su casa era “un pueblo pequeño”, pues don Francisco siempre tuvo la costumbre de tener cerca a sus parientes. La familia nuclear era de seis, pero en la casa vivían otros tantos familiares, además de “adláteres”, ayudantes, empleados del padre y una servidumbre “nada corta”. El padre seguía sin aprobar su afición puramente literaria; “no quiso ser indulgente conmigo”, dice Pedro. Sin embargo, dadas las circunstancias de la casa, el jovencito pudo tomar la ladera de una colina para organizarse la vida a su gusto. El padre tenía además una casa campestre cerca de la ciudad. “Las excursiones al campo, á las montañas y á las playas, sitios todos muy cercanos de la intransitable ciudad, me agradaban; llegué á salir

¹²⁸ *Ibidem.*, p. 54.

¹²⁹ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, p. 26. Respeto la grafía original del apellido “Jimenes”.

¹³⁰ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, pp. 54-55.

diariamente á caballo, unas veces solo, otras con mis hermanos y primos, y la equitación fue para mí uno de los más agradables ejercicios.”¹³¹

Pedro se reencontró con Max y reorganizaron la Sociedad “Siglo Veinte”, ahora con la ayuda de dos primos y algunos amigos de la casa. En las veladas ya contribuía Camila, de 5 años, leyendo poesías de Salomé. Max redactó un nuevo periódico manuscrito y tocaba al piano en las veladas; Pedro escribió para ese periódico y para las reuniones.

La caída de la dictadura

Ulises Heureaux fue asesinado el 26 de julio de 1899, lo que provocó gran agitación política. Cabo Haitiano está ubicado cerca de la frontera dominicana, de tal suerte que los Henríquez Ureña podían ver los grupos de compatriotas que regresaban tras la muerte del tirano. Para Pedro, de quince años, la ocasión lo llevó a reflexionar sobre la personalidad política del dictador, escribiendo en agosto un pequeño artículo que, según asegura Max, incluyeron en uno de sus periódicos familiares. En el texto, Pedro relata brevemente el ascenso militar y político de Heureaux, hasta convertirse en “árbitro de los destinos de la República”.

Cesó en el mando el año 1884, y sostuvo, para mantenerse como árbitro, una difícil lucha contra algunos indomables primero, y luego contra la conciencia pública que se levantó en protesta armada. En todo venció su ingenio organizador y astuto, pero repugnantemente artero.

Al fin de la lucha se posesionó por completo del solio presidencial (1887) para no desasirse de él sino con la muerte.

Desde entonces impuso esa política “virtualmente suya”, en la cual empleó todos los recursos de su inteligencia sagaz, e imbuida en las doctrinas circunstanciales de Maquiavelo, que él supo, con singular acierto, aplicar a las circunstancias.

En su sistema, encaminado a sostenerse en el poder, aunque con distintas apariencias, no dispensó medio alguno –bueno, malo o pésimo– que pudiera serle útil.

Así, hizo una paz titular, propicia a su buen nombre, –conseguida a costa de manejos, diplomáticos o infames, para ahogar todo conato de revolución,– y un progreso ficticio, también conveniente a su nombradía, sólo efectivo en la parte que podía servirle para sus fines (el ejército,

¹³¹ *Ibidem.*, p. 55.

los arsenales, la marina de guerra, y aún los telégrafos y el ferrocarril de Puerto Plata a Santiago); redujo a fórmulas las elecciones, a fin de hacerse reelegir en todas, por sus méritos como pacificador y propulsor del progreso; proclamó elevados principios, fingió proteger la instrucción, asociarse a los hombres de pensamiento, dar libertad al comercio y a la industria, mientras mutilaba la obra educacional de Hostos, y reducía a círculos estrechos, cuando no les causaba daños graves, a los hombres a quienes no pudo comprar, y autorizó el monopolio y otros errores económicos.

Luego relata los malos manejos económicos que llevaron al país a la miseria y a la crisis de gobierno. En esta situación, dice, “el General Heureaux recorría, como indeciso, la República, sobre todo el Cibao, y la muerte, como una mediadora, le sorprendió en Moca. ¿Le sorprendió?” Por último, se pregunta

Heureaux ¿era un tirano?

Fué uno como esos famosos presidentes de todas las repúblicas de Hispano-América, encumbrados por la fortuna militar o la astucia política, que han creado su sistema y a él han sometido al pueblo, de tal modo que parezca imposible verlo bajo otro; para quienes no bastan las maldiciones forjadas por la exuberante imaginación de nuestros poetas tropicales; un providencial, tan raro el que más y como todos.

Así, sin duda, como una de tantas demostraciones de la fatal ley de los providenciales a la cual están sometidos nuestros pueblos americanos, habrá de considerarlo la historia.

Ya puede empezar.¹³²

El adolescente, desde su espacio familiar pero con toda seriedad, se asumía partícipe de esa labor de evaluación histórica. La reflexión crítica era fuerte y no maniquea. De manera brutal, pero el dictador había cumplido una función político-histórica en el país. La interpretación de Pedro, en particular acerca de la “ley de los providenciales”, es interesante y discutible. Pero lo cierto, y lo que me interesa más recalcar, es que se trataba de un claro ejercicio de “fría razón”; usaba fuertes adjetivos pero no hay exageración de los hechos o las personalidades, sino que trataba de establecer con exactitud su significado.

Desde hacía años que la República Dominicana se veía en graves problemas económicos por el endeudamiento y la emisión de moneda de bajo valor. Habían surgido nuevos liderazgos,

¹³² AHCM-PHU, Caja 1, Álbum of collections, ff. 50-52.

entre ellos el de Juan Isidro Jimenes.¹³³ Hijo de un antiguo presidente liberal, Jimenes era comerciante importador y exportador, en especial de campeche, madera procesada en Europa para fabricar colorante. Abrió sucursales en Santo Domingo, Puerto Plata, Santiago, y una casa central en Monte Cristi. En Haití tuvo varias sucursales y estableció su firma en Hamburgo, Liverpool, New York y El Havre.¹³⁴ Era, dice Juan Bosch, el único comerciante plenamente capitalista que había producido el régimen tan entusiasta del modelo económico. Su nombre empezó a sonar fuerte en política, por lo que el dictador intentó obstaculizarlo perjudicando a sus empresas. Vistos amenazados sus intereses y con la certeza de que no había manera de negociar con Heureux, Jimenes inició un movimiento para echarlo del poder.¹³⁵

Cuenta Max que, luego del asesinato del dictador, tardó en mostrarse formalmente un movimiento revolucionario. El general Andrés Navarro, partidario de Jimenes, se levantó en armas en el noroeste, cerca de la frontera con Haití. Desde Cabo Haitiano, señala Max, “mi padre y su concuño Abraham Pretto, le hicieron llegar ocultamente algunas armas y pertrechos. En eso, los conjurados del 26 de julio lograron formalizar la revolución en el Cibao, y en pocos días ocuparon las principales poblaciones, acogidos con popular entusiasmo, para dirigirse luego a la capital de la República, no sin constituir un gobierno provisional bajo la presidencia del general Horacio Vázquez.” El 3 de septiembre, Jimenes, quien en las nuevas condiciones se presentaba como el natural próximo gobernante, llegó a Cabo Haitiano para conversar con don Francisco. “Comprendimos desde ese momento”, dice Max, “llenos de júbilo, que había llegado la hora de regresar a nuestro país y poníamos toda nuestra esperanza juvenil en el nuevo gobierno que pronto había de constituirse.”¹³⁶

Jimenes resultó ganador de las elecciones extraordinarias y accedió a la presidencia en noviembre de ese año. Duraría hasta 1902, cuando su vicepresidente, Horacio Vázquez, forzó su caída. Como señala Juan Bosch, con la eliminación de la dictadura de Ulises Heureaux se abrió un nuevo periodo de luchas caudillistas y disputas intestinas que se prolongarían hasta la intervención militar de los Estados Unidos, en la segunda década del siglo XX. Pero en 1899, cuando regresaron los Henríquez Ureña a Santo Domingo, la situación era halagüeña. Francisco

¹³³ Respeto la ortografía original del apellido. En textos contemporáneos se escribe como Jiménez.

¹³⁴ Bosch, Juan, *Op cit.*, pp 337-8.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 338.

¹³⁶ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 27-28.

Henríquez fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores y parecía que se podría continuar la labor progresista y liberal en el país.

Los hermanos Henríquez Ureña retomaron la vida en Santo Domingo. Ya sólo dieron una velada de su Sociedad Siglo XX. Concurrieron asiduamente al Club Unión, donde Max tocó al piano varias veces. Pedro recuerda en particular la fiesta que se dio a Máximo Gómez, que visitaba por primera vez el país desde el término de la guerra en Cuba. Asistían a los bailes del Club Unión y del Club Juventud, aunque él no bailaba mucho porque no lo hacía bien.¹³⁷

Hicieron amistad con la familia propietaria de la casa donde vivía Blanca, el amor adolescente de Pedro. Las mujeres de esa familia, comenta Pedro, “eran de tipos más finos, casi todas rubias, y dos de ellas tenían agradabilísima conversación. Consuelo, que tocaba el piano con bastante brillantez, y Stella, graciosa y espiritual. Mi amor por Blanca había llegado, por fas ó por nefas, á entibiarse; y espontáneamente, mi afición cambió hacia Stella; no se trataba sin embargo, de un amor, ni se me ocurrió nunca pensarlo así, ni menos hablarle en tal sentido.” Le gustaba sencillamente convivir con ella.¹³⁸

Los estudios avanzaban en desorden. En Cabo Haitiano, el padre les había puesto algunos profesores y él mismo les daba lecciones. En Santo Domingo regresaron al Liceo que, según él, había empezado a decaer por la ausencia de Emilio Prud’homme, electo diputado. Con ayuda de profesores particulares, Fran y él presentaron los exámenes de bachillerato en el Instituto Profesional, ahora dirigido por el Arzobispo Fernando Arturo de Meriño. Además, Eugenio María de Hostos había vuelto al país y emprendía nuevas reformas educativas. Pedro, si bien asistió a algunas clases en la Escuela Normal, dirigida de nuevo por el puertorriqueño, no estuvo cerca de él, lo cual dice en sus *Memorias* deplorar “hondamente”.¹³⁹

Pedro describe una especie de primavera política; la vida de Santo Domingo tomó auge y animación, eran días de “*meetings* y de discursos”. Cuando el gobierno francés demandó el pago inmediato de una deuda, el pueblo hizo una suscripción para pagarla. El poeta José Joaquín Pérez, amigo de la familia, falleció en el mes de julio. En la velada fúnebre que organizó la sociedad “Amigos del País”, Max tocó al piano una Elegía que compuso para la ocasión; Eugenio Deschamps leyó un trabajo en el que incluyó una poesía de Salomé; Rosa de Noel H. recitó una

¹³⁷ *Memorias. Diario. Notas de viaje.*, p. 57.

¹³⁸ *Memorias. Diario. Notas de viaje.*, p. 56-57.

¹³⁹ *Ibidem.*, p. 58.

poesía de Prud'homme. La muerte del poeta animó a Pedro a reunir todas sus poesías, mismas que entregó a sus deudos.¹⁴⁰ La joven generación de los Henríquez Ureña ya se iba integrando plenamente en las actividades de sus mayores

Modernismo

Si en Cabo Haitiano Pedro pudo manejarse con libertad a pesar de los reproches de su padre, en Santo Domingo la situación le fue más holgada, pues don Francisco estaba por completo imbuido en un gobierno que empezaba a reorganizar las cosas. Los Henríquez Ureña encontraron un grupo de amigos con aficiones literarias semejantes a las suyas. Fran inició, al lado de Apolinar Perdomo, Bienvenido Iglesias, Mario Mazara y Porfirio Herrera, la revista *El Ibis*, que luego se fundió con otra también juvenil (*Páginas*) convirtiéndose en *Nuevas Páginas*, en las cuales Pedro publicó traducciones en verso y trabajos en prosa. Además, emprendió un trabajo que dejó inédito sobre el poeta Gastón Deligne. Él y Max escribieron también para la *Revista Literaria* de Enrique Deschamps.¹⁴¹

Al parecer, los jóvenes ya podían asistir sin problemas al teatro. Él y Max consiguieron, sin paga, la plaza de crónica teatral en *La Lucha* (“que por ser oficioso no podía negárnosla”, dice Pedro). Publicaba firmando como *Bohechío*, “siguiendo el gusto por los nombres de nuestros indios”¹⁴², gusto muy difundido entre los intelectuales de la época. La posibilidad de hacer públicos sus escritos siempre estuvo presente. Su tío Federico tenía, dirigía o colaboraba en muchas publicaciones; fue en su *Letras y Ciencias* donde aparecieron las primeras traducciones poéticas de Pedro.

En *La Lucha* publicó varias crónicas teatrales. En las ediciones del 31 de julio y el 17 de agosto de 1900, por ejemplo, se ocupó de las representaciones del dramaturgo español Manuel Tamayo. Este autor, resaltaba Bohechío, tenía la intuición psicológica de Shakespeare y el poder reflexivamente armonizador de Goethe, aunque no producía los grandes tipos simbólicos.¹⁴³

¹⁴⁰ *Ibidem.*, p. 59. Como se ha indicado, según Max esa labor de compilación de las poesías de J. J. Pérez la estuvo realizando Pedro desde años atrás.

¹⁴¹ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 59; Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, *op.cit.*, pp. 29-30.

¹⁴² *Ibidem.*, p. 60.

¹⁴³ AHCM-PHU, Caja 1, Álbum de collections, respectivamente para los artículos: fojas 58-60, 61-62 y 63.

Publicar crónicas teatrales era un gusto para Pedro y así ejercitaba la escritura. Ya en esas páginas se observa incipiente la fineza del juicio que desarrollaría en los siguientes años. Las condiciones actuales, dada la posición de su padre y su propio talento, le auguraban un excelente futuro como escritor en el país.

El año 1900 fue, dice Pedro, “el año decisivo de mi gusto”. Él y Max empezaron a visitar a Leonor y Clementina Feltz, formadas por Salomé en el Instituto de Señoritas, siendo la primera su discípula predilecta. Diez años después, en su segundo libro (*Horas de estudio*), Pedro agradecería la influencia de Leonor. Entonces dirá que sus temas ya son otros y que otras personas han influido en él, pero: “Os digo que ésa fue para mí época decisiva”. “Diréis que en vuestras reuniones leíamos y hablábamos como compañeros y no se advertía magisterio ni discipulado”, pero lo cierto es que

Nuestra misma libertad de acción daba más eficacia a vuestro influjo. Max y yo apenas habíamos salido de la adolescencia, y vos, con diez o doce años más, con vuestra perspicacia y vuestro saber y vuestro refinamiento, marchábais ya segura en las regiones del pensamiento y del arte. Vuestro amor a la solidez intelectual, vuestro don de psicología, vuestro gusto por el buen estilo ¿no había de orientar nuestras aficiones?¹⁴⁴

Las hermanas Feltz rondaban los 30 años. Las visitas de Max y Pedro se intensificaron y se hicieron diarias, prolongándose a veces hasta altas horas de la noche. Leyeron *Ariel* de José Enrique Rodó, que les hizo gustar del nuevo estilo castellano, obras de Manuel Díaz Rodríguez, César Zumeta y otros autores jóvenes de América. Leyeron a D’Annunzio en traducciones francesas, releieron a Shakespeare también en traducción, así como autores del teatro español, novelas de Tolstoi y de escritores franceses.¹⁴⁵

Pero la revelación para ellos fue el dramaturgo noruego Enrik Ibsen (1828-1906). Fue una gran sensación, dice Pedro, conocer esa vida moderna a través de *Los Espectros*, *Casa de muñecas* y *Hedda Gabbler*. Las escenas del teatro de Ibsen, de corte realista moderno y de exploración psicológica, reforzaban y enriquecían los intereses de los jóvenes. Más aún, Pedro se reconoció en ese espejo, pues “esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me

¹⁴⁴ “Días alciónicos”, en *Obras completas de Pedro Henríquez Ureña*, tomo I, Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 179-181.

¹⁴⁵ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, pp. 61-62.

explicaba entonces cómo había quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving –más de una mujer superior–”. Así era porque

yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer á todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me había mostrado la compañía de mis discípulos y las gentes que ahora solía tratar y la que veía en las fiestas sociales; pero *mi mundo*, mis gentes, eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el Norte? Ibsen, en suma, fue desde entonces mi autor [...]¹⁴⁶

Buscaron las obras de Ibsen y encontraron muchas en francés. Alguien llamó a la casa Feltz *Salón Goncourt*, y a ellas *hermanas Goncourt*, en referencia a los hermanos Edmond y Jules Goncourt, novelistas, historiadores y críticos franceses del siglo XIX, animadores de salones literarios. Ellas, junto con Pedro y Max, formaban el núcleo permanente al que se unían amigos como Prud’homme, Deschamps, el tío Federico, el Dr. Rodolfo Coiscou y su esposa, Altagracia Henríquez, que era maestra normal, así como otras profesoras y amigas, y aun el padre en alguna ocasión. Hasta entonces, reconoce Pedro

no había penetrado firmemente en la orientación moderna. Leonor, que poseía sólida cultura científica y lectura literaria mucho más vasta que la mía, fue quien nos guió en la interpretación de la literatura según el más elevado gusto moderno, y en todo aquel tiempo nos guió también en la corrección de la forma de nuestros escritos.¹⁴⁷

Como era ya natural en su ejercicio intelectual, el estudio de Ibsen y otros autores novedosos lo llevó a traducir textos y publicarlos. Varias décadas más tarde escribirá: “Hasta en una ciudad pequeña y arcaica como Santo Domingo existía en 1900 el culto de Ibsen”; allí se publicaron las primeras versiones castellanas, parciales, de *Juan Gabriel Borkman* (1900) y de *Cuando despertamos* (1901),¹⁴⁸ trabajos que se deben a él hizo y que aparecieron en *Nuevas Páginas* y *La Revista Literaria*.

¹⁴⁶ *Ibidem.*, p. 62.

¹⁴⁷ *Ibidem.*, p. 63.

¹⁴⁸ Citado por Emilio Rodríguez Demorizi, “Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña”, “Apuntes adicionales”, *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*. Discursos pronunciados en el Acto Académico celebrado en el Paraninfo de la Universidad de Santo Domingo el 29 de junio de 1946, para rendir homenaje póstumo al ilustre compatriota, Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1947, p. 37. La referencia es a un artículo de Pedro Henríquez Ureña en un número de 1940 de la *Revista de Filología Hispánica*.

Guillermo Piña-Contreras, que ha analizado el ambiente familiar en que se formó Henríquez Ureña, indica con acierto que Leonor Feltz fue para el joven una prolongación de Salomé. Los años de desorientación y tristeza que atravesó a raíz de la muerte de su madre, fueron remediados en la amistad de Leonor. A través de ella, Pedro recobraba el mundo de su madre, recobraba la dirección intelectual de una “mujer superior”, la sensibilidad artística, el trato cordial, las conversaciones reflexivas y cultas. A partir de entonces y durante toda su vida, Pedro mantendría un vivo interés por las expresiones intelectuales de mujeres de muchos países.

El mismo autor señala: “Se podría decir que la inclinación literaria de Pedro Henríquez Ureña es una especie de rechazo a lo que su padre, como buen burgués y hombre de poder, trataba de imponer a sus hijos para que luego tomaran parte en la dirección de la República Dominicana.”¹⁴⁹ Quizás en la mente de don Francisco estaba la idea de que sus hijos tomaran posiciones en el gobierno más adelante. Pero es improbable, dada su orientación liberal y científica, que tratara de imponerles ese camino. Lo que intentaba, eso sí, era que sus hijos no se concentraran exclusivamente en la literatura, sino que se prepararan en otras ramas del conocimiento, tuvieran orientación práctica y voluntad de empresa. La inclinación de Pedro por la literatura no se desarrolló como un rechazo a la visión paterna, simplemente porque ya existía previamente, generada y nutrida en el mundo de la madre, y, por lo demás, don Francisco también gustaba de las bellas letras. El desacuerdo ocurría porque su padre desesperaba ante la posibilidad de que Pedro se convirtiera en un literato retraído y falto de carácter.

El ejemplo de don Francisco se había dado a la distancia y con intermitencias. Habrá que esperar al desarrollo posterior de Pedro, para observar cómo influyó en él la conducta de su padre (su acción política, su idea de sostenerse y enriquecerse a partir de la profesión liberal, su insistencia en la rectitud y formalidad pública, etc.). Lo que es importante enfatizar para la etapa que nos ocupa ahora, es que Francisco en efecto era una figura fuerte de autoridad, cuya prominencia, bien sabían sus hijos, iba mucho más allá del círculo familiar. Pero era una figura sin presencia cercana, lo que determinó que Pedro y Max continuaran su camino de manera autónoma.

Piña-Contreras también maneja la idea de que la infancia de Pedro se desarrolló en un mundo de adultos: “en su casa se vivía en otro universo, un mundo al tanto de lo que pasaba en el

¹⁴⁹ Piña-Contreras, Guillermo, *Op cit.*, p. 481.

resto del continente y del mundo occidental.”¹⁵⁰ Es cierto. El mundo del niño y adolescente era amplio y abierto, en información y conocimientos, con formas de convivencia pasadas por el tamiz de la educación y el intelecto. Pedro y Max crearon su propio mundo de juegos intelectuales imitando a los mayores y siguiendo sus propios impulsos. Con ello practicaban la disciplina y el orden de la mente, pero como actividades libres y lúdicas. El mismo mundo de los adultos, el mundo de Salomé y Francisco, los familiares y amigos, el mundo de Leonor Feltz, era también en gran medida libre y lúdico, aun cuando las actividades intelectuales se concibieran como un deber y se realizaran en condiciones de disputas políticas o de una dictadura. Este mundo de sociabilidad intelectual, ciertamente, era una realidad acotada, relativamente a salvo de las influencias nocivas de la “incultura ambiente”, y se traducía en una aristocratización del comportamiento que conllevaba cierto sentimiento de superioridad moral y social.

Este mundo de sociabilidad intelectual en que transcurrieron la infancia y la adolescencia de Pedro, había sido inestable y frágil, debido a la ausencia del padre, la enfermedad y muerte de la madre, el exceso de trabajo de ambos, las separaciones de la familia, la entrada y salida de escuelas, los viajes a Puerto Plata y Cabo Haitiano. Esas circunstancias influyeron en los hermanos, estableciéndose una cercanía y complicidad entre Max y Pedro, y un alejamiento de Fran, que no compartía del todo las mismas inclinaciones. El estudio literario fue el hilo de continuidad en esos años, al cual Pedro se sujetó con vehemencia, sobre todo a partir de la muerte de su madre. Por eso se entiende la importancia del “salón de las Feltz”, pues ahí se restituía para Pedro y Max su propio mundo, íntegro y generoso.

Salida de la isla

Una de las tareas cruciales del gobierno jimenista consistió en solucionar el problema de la deuda externa. Entre los malos manejos de distintos gobiernos, el caos administrativo y la avidez de las compañías europeas, la deuda se había elevado a niveles inmanejables, cerca de 4 millones y medio de libras esterlinas. El problema era añejo, iniciado con el préstamo conseguido por el presidente Báez en 1869 con la compañía inglesa Hartmont y alimentado por el régimen de Ulises Heureaux. Éste logró en 1888 un préstamo de 770 mil libras esterlinas con la firma

¹⁵⁰ *Ibidem.*, p. 478.

Westendorp, de Ámsterdam, con la condición de que esa compañía se encargara de la recaudación de todos los ingresos de las aduanas de los puertos dominicanos, otorgándole al gobierno cierta cantidad para gastos del presupuesto. En 1890 el dictador negoció un nuevo préstamo, de 900 mil libras esterlinas. Dos años después la firma de Amsterdam negoció con banqueros estadounidense el traspaso de la deuda, formándose la Santo Domingo Improvement Co, con sede en Nueva York.

El nuevo gobierno quería negociar un pago menor y justo con los acreedores, y a la vez recuperar los ingresos aduanales. Se designó a Francisco Henríquez, ministro de Relaciones Exteriores, para encabezar las negociaciones. En enero de 1901 salió del país en misión especial hacia los Estados Unidos y Europa. Durante ese año las negociaciones se desarrollaron con muchas dificultades, pero se llegó a estar cerca de una resolución favorable.¹⁵¹

Así se determinó la salida de Pedro de la isla. Mi padre, dice, pensó “aprovechar la ocasión para llevarnos a Nueva York, á que permaneciéramos allí algún tiempo estudiando y recibiendo la influencia de una civilización superior.”¹⁵²

Su habitus intelectual ya estaba sólidamente formado en aspectos fundamentales. Por múltiples vías, pero principalmente por el influjo de su madre, el estudio y el cultivo de las letras se había constituido en el eje de su vida. De sus juegos de primera infancia (con los números, las especies animales y vegetales, las capitales y banderas de los países, etc.) pasó a juegos-trabajos en literatura (representaciones teatrales, periódicos manuscritos, la Sociedad Siglo XX, sus primeras poesías, traducciones, colección de poesías y estudios de historia literaria). Así se fueron fomentando las habilidades intelectuales, la abstracción, la intención de exhaustividad, clasificación y jerarquización, la agilidad mental y creativa, la habilidad del juicio y la crítica. Si para el joven era ya una pasión el estudio fue porque aprendió a hacerlo jugando, desarrollándolo con autonomía, siguiendo sus propias curiosidades.

En libertad, pero en un ambiente de constantes interacciones que alimentaban, orientaban o corregían sus inclinaciones. Aprendió desde niño la sociabilidad intelectual, el placer de juntarse para leer, declamar, tocar música y conversar. De manera natural, las iniciativas

¹⁵¹ Cf. H. Hoetink, “La República Dominicana, c. 1870-1940”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, tomo 9, pp. 262, 266-9; Henríquez Ureña, Max, *Los Estados Unidos y la República Dominicana. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos*, Habana, Imprenta “El Siglo XX”, pp. 22-30.

¹⁵² Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 64.

infantiles de él y Max reproducían las pautas del mundo de los adultos, y eran admitidas y cobijadas por estos. Pedro descubrió la magia de la palabra al escuchar recitar, en un auditorio lleno, los versos de su madre. Digamos que se dio cuenta plenamente, a los doce años, del poder que implicaba el ejercicio de la literatura. Los juegos con aire de seriedad que veía Salomé en sus primeros años, eran las propias actividades de los adultos llevadas a su naturaleza última: su carácter lúdico. Esos juegos se fueron convirtiendo progresivamente en un trabajo intelectual metódico.

Asimismo, en su forma de ser ya estaba bien fija la noción de distinción social, basada en el cultivo de las artes, en la educación y en el reconocimiento público, pero también en el distanciamiento de lo vulgar, la “incultura”, la “semi-barbarie”. Pedro asimiló los prejuicios sociales de los círculos intelectuales de Santo Domingo. A la vez, incorporó formas de comportamiento abiertas, liberales y reflexivas. El inflamado patriotismo que ostentaba al salir de la isla, y que era por completo influjo de su ambiente familiar, también estaba modulado por las tareas de cultura. Era la enseñanza de sus padres, que habían realizado las labores del espíritu (educación, ciencia, progreso, civilización) con un sentimiento de sacrificio y de compromiso con los destinos de su atribulada patria. El adolescente Henríquez Ureña era consciente de esto.

Don Francisco se embarcó el 16 de enero de 1901, llevando consigo a Pedro y Fran. Quienes conocían “mis exagerados afectos patrios”, dice Pedro, se extrañaban de verme contento. No sabía que iba a pasar tanto tiempo fuera, acaso unos cuatro o cinco años, lo que duraran los estudios, y también creía que podría visitar su país durante ese tiempo. Lo cierto es que pasarían diez años para que volviera a tierras dominicanas, por unos meses, y luego veinte más para que regresara por un tiempo más extenso. De cualquier manera, estaría muy ligado con su país, con el cual se comprometería directamente en distintos momentos, en difíciles circunstancias. Era su patria, donde se formaron las bases de su personalidad, sus primeros intereses intelectuales, donde recibió las influencias decisivas de su madre y de Leonor Feltz.

Capítulo 2. Nuevos horizontes culturales

La vida del joven dominicano en Nueva York y en La Habana

En el cambio de siglo la situación de la República Dominicana, aunque difícil, era esperanzadora. Había terminado la dictadura de Ulises Heureaux y el nuevo gobierno, en el que Francisco Henríquez y Carvajal figuraba como Ministro de Relaciones Exteriores, parecía abrir una nueva era. Gracias a las favorables circunstancias, don Francisco pudo emprender la idea de que sus hijos hicieran estudios en el extranjero. Llevaría a Fran y Pedro a Nueva York para que estudiaran y recibieran “la influencia de una civilización superior”.¹ Se dejaba para más adelante la posibilidad de hacer lo mismo en Europa. En la elección paterna por la ciudad norteamericana pesaron seguramente varios factores: su mayor cercanía en comparación con Europa, el hecho de que hubiera ahí dominicanos ricos amigos suyos, así como las excelentes condiciones académicas de la ciudad. Además, don Francisco, que ejercía la profesión liberal de médico y conocía las labores ejecutivas de gobierno, valoraba el espíritu estadounidense, práctico y emprendedor.

Pedro permaneció en Nueva York poco más de tres años, de enero de 1901 a marzo de 1904. Luego radicó en La Habana hasta enero de 1906 (un año y nueve meses). En Nueva York se enriquecieron, ampliaron y profundizaron sus aficiones intelectuales; mientras que en La Habana se asentaron esas experiencias y a través de numerosos escritos se desplegaron sus preocupaciones, reflexiones críticas y anhelos culturales. En esos años su práctica intelectual se desarrolló y adquirió mayor definición.

En 1901, el joven dominicano llegaba a un país que era una potencia económica mundial y que iba desplegando cada vez más su poder político internacional, en particular en el área del Caribe. Los Estados Unidos, principalmente en el noreste, tuvieron una rápida industrialización, que fue aún más acelerada durante y después de la Guerra de Secesión (1861-1865). En las últimas décadas del siglo (1870-1900), su producción industrial representó del 13 al 16 por ciento de la producción mundial (mientras que la de Gran Bretaña descendía del 31 al 19 por ciento). Tras conseguir su independencia (1783), la nación se expandió territorialmente, sobre todo a mediados del siglo XIX, mediante la colonización del Oeste y la guerra con México (1846-1848),

¹ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 64.

a quien arrebató más de la mitad de su territorio.² Su población tuvo un enorme crecimiento. De poco más de 5 millones en 1800, llegó a 23 millones en 1820 y a 76 millones en 1900. En gran medida esto fue producto de la inmigración, muy amplia a finales del siglo XIX y principios del XX.³ A la vez, su política exterior fue cada vez más agresiva. Tomó nuevos bríos la Doctrina Monroe, que desde 1823 expresaba la oposición a toda intervención armada europea en el continente, bajo el lema de “América para los americanos”.⁴

Al inicio del siglo XX, el poderío de los Estados Unidos era enorme en el Caribe. No sólo en Cuba y República Dominicana, sino en otros países como Puerto Rico o la naciente Panamá.⁵ En múltiples frentes y por diversos medios económicos, políticos y militares, la nación norteamericana establecía su zona de influencia en el hemisferio. Y mientras asentaba su hegemonía, provocaba intensos sentimientos de admiración, recelo y odio en los países latinoamericanos. Ante ese panorama histórico, como se verá, Henríquez Ureña desarrolló una visión compleja y ambivalente sobre la nación norteamericana y los países latinoamericanos, en particular los del Caribe, aquejados por enormes carencias y debilidades.

I. En Nueva York

Pedro estaba lejos de admirar a los Estados Unidos. Sus primeras impresiones en Nueva York, dice, “se atropellaban un poco, y yo las veía todas a través del prejuicio anti-yankee, que el *Ariel* de Rodó había reforzado en mí, gracias á su prestigio literario; no fue sino mucho después, al

² Un total de 2 millones 100 mil km², el 55 % del territorio mexicano. Antes de triunfar en la guerra con México, los Estados Unidos ya habían conseguido ampliar su territorio a más de 5 millones 100 mil km², cuando al momento de su independencia era de 2, 071, 991 km² (Tratado de París, 1783). En la actualidad su territorio es de 9, 826, 630 km². *America's History*, James A. Henretta, W. Elliot Brownlee, David Brody, Susan Ware, Marilyn S. Johnson. N. Y., Worth Publishers, 1997.

³ En la década de 1881-1890, se registraron 5 millones 247 mil de inmigrantes; en la siguiente, 3 millones 688 mil, y en la primera década del siglo XX, 8 millones 795 mil. *Historia universal Siglo Veintiuno, vol. 30. Los Estados Unidos de América*, compilado por Willi Paul Adams, México Siglo XXI, 1979, (primera edición en alemán, 1977).

⁴ Cf. *Historia de los Estados Unidos de América*, Samuel Eliot Morison y Henry Steele Commager, tomo II, México, FCE, 1951 (edición en inglés, 1930), en particular los capítulos XXV y XXVI.

⁵ Los Estados Unidos jugaron un papel protagónico en la separación de Panamá de Colombia en 1903, con el objetivo de asegurarse el control del Canal, viejo proyecto que por fin sería completado. Los Estados Unidos consiguieron la concesión a perpetuidad del Canal de Panamá y la mantendrían hasta 1999.

cabo de un año, cuando comencé a penetrar en la verdadera vida americana, y a estimarla en su valer.”⁶ Poco antes del viaje, en un editorial de la revista juvenil *Nuevas páginas*, Pedro había dado una buena nueva: “tres jóvenes maestros americanos, José Enrique Rodó, César Zumeta i Vargas Vila, se han dirigido a los pueblos del Nuevo Mundo, han predicado doctrinas salvadoras sobre la consolidación de nuestras incipientes nacionalidades, sobre las ventajas de la unión de todas ellas, i sobre los peligros de la influencia del poder *yankee*.” La labor, concluía, debe ser sobre todo de los jóvenes.⁷

La obra del escritor uruguayo José Enrique Rodó influyó mucho en la mente de Pedro. Nacido en 1871 en Montevideo, este escritor, de vida discreta, ganó relevancia con ensayos en que defendía la importancia del arte y la literatura para la constitución de una identidad propia en los países latinoamericanos. Su prestigio tuvo gran impulso con la aparición de *Ariel* en 1900, obra en que utiliza a los personajes de Shakespeare en *La Tempestad*: Próspero, sabio duque en desgracia, y Ariel, mágico ser alado. En el drama, estos personajes representan las cualidades humanas superiores en lucha contra el mal, las cualidades inferiores representadas por Calibán, un esclavo salvaje y deforme.⁸ Rodó puso en movimiento esta alegoría para reflexionar sobre su época. En síntesis, dice Raimundo Lida:

discurre sobre la juventud y sus atributos esenciales, el entusiasmo y la esperanza; sobre la formación plena de la personalidad humana y los peligros de la especialización; sobre la importancia y las funciones, social y humanizadora, de los valores estéticos; sobre la necesaria purificación de la democracia de los errores que la desvirtúan y la conducen a su grosera negación; sobre un embellecido optimismo que sea fuente de fe en lo porvenir [...]⁹

El joven Henríquez Ureña se sintió plenamente identificado con el *Ariel*, debido a su propia juventud, el llamado precoz que tuvo a la literatura y el fuerte patriotismo en que fue educado en Santo Domingo. En el discurso de Rodó, uno de los peligros mayores era la influencia de los Estados Unidos, la cual estaba corrompiendo, “deslatinizando” al resto de los países americanos.

Si ha podido decirse del utilitarismo, que es el verbo del espíritu inglés, *los Estados Unidos pueden ser considerados la encarnación del verbo utilitario*. Y el Evangelio de este verbo, se

⁶ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 66.

⁷ *Nuevas páginas*, año I, n. 7, Santo Domingo, 1 de enero de 1901. AHCM-PHU, Caja 1.

⁸ Rodó, José Enrique, *Ariel*, México, Porrúa, 1968 (Montevideo, 1900).

⁹ Lazo, Raimundo, “Estudio Preliminar”, en José Enrique Rodó, *Ibidem.*, p. XXXI.

difunde por todas partes a favor de los milagros materiales del triunfo. [...] *La poderosa federación va realizando entre nosotros una suerte de conquista moral*. La admiración por su grandeza y por su fuerza es un sentimiento que avanza a grandes pasos en el espíritu de nuestros hombres dirigentes, y aun más quizá, en el de las muchedumbres, fascinadas por la impresión de victoria. Y de admirarla se pasa por una transición facilísima a imitarla.¹⁰

Pensadores como Rodó expresaban una gran preocupación ante la fuerza disolvente de los valores estadounidenses, el utilitarismo, la vida orientada hacia la ganancia y el progreso material. Dos décadas antes del *Ariel*, otro latinoamericano, José Martí, que vivió varios años en Nueva York, se había ocupado de hurgar en las entrañas de la vida norteamericana. Saludó la instalación de la Estatua de la Libertad, en 1886: “¡Ahí está por fin, sobre su pedestal más alto que las torres, grandiosa como la tempestad y amable como el cielo!” Y también señalaba: “Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene.”¹¹ Los Estados Unidos eran la tierra de la libertad, pero el escritor cubano hizo profundas críticas sobre sus problemas económicos, sus vicios políticos y los conflictos culturales suscitados por la migración.

La tarea mayúscula, según Martí, consistía en “espiritualizar” a los Estados Unidos. La orientación hacia la ganancia, “la conquista de la fortuna”, era una enfermedad que estaba trastornando y deformándolo todo. La vida sin “razonable prosperidad” es amarga, “pero es un cáncer sin el goce del espíritu”.¹² En este punto, su visión prefiguraba la de Rodó y muchos otros, pero para él el porvenir de los Estados Unidos estaba aún en juego. En 1885, en una de sus habituales correspondencias al diario argentino *La Nación*, se preguntaba: “¿Qué espíritu perdurará en la civilización norteamericana: el puritano, la afirmación más sesuda y trascendental del derecho humano, o el cartaginés de conquista y el mercenario de lucro que la contemplación del enorme poder nacional, el aislamiento de la vida de los individuos, y la accesión incesante de inmigrantes desafortunados fomenta?”¹³

Henríquez Ureña observaría las tendencias, más acentuadas, sobre las que prevenía Martí (el espíritu de conquista y lucro, el utilitarismo, el aislamiento de los individuos en las grandes

¹⁰ Rodó, José Enrique, *ibidem.*, 1968, p. 35. Las cursivas son mías.

¹¹ Martí, José, *Obras Completas, tomo 11. En los Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 109 y 99.

¹² *Ibidem.*, p. 63.

¹³ Martí, José, *Obras Completas, tomo 10. En los Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 262.

ciudades, etc.). Y avanzaría más allá del prejuicio antiyanqui, fundamentalmente gracias al conocimiento amplio de las expresiones culturales e intelectuales en Nueva York.

El viaje de los Henríquez Ureña a los Estados Unidos inició el 16 de enero de 1901. Iban con ellos Enrique Henríquez Alfau, primo de don Francisco, que fuera ministro en los tiempos de Ulises Heureaux y ahora representaba como abogado a una compañía estadounidense acreedora, y su hijo, Enrique Apolinar Henríquez y Castro. Los jóvenes Henríquez Ureña mantendrían una amistad duradera con éste último, a quien dieron el sobrenombre de Phocás, tomado de un poema de Rubén Darío.

Quince días duró la travesía, que debió ser muy interesante para Pedro dada su temprana afición a la geografía. De Santo Domingo pasaron a Puerto Rico. Arribaron por Ponce y atravesaron la isla hasta la capital, San Juan. Permanecieron tres días en la patria natal de Eugenio María de Hostos. La ciudad de San Juan, dice Pedro, “era la primera ciudad de carácter algo moderno que veía yo; no es gran cosa mayor que Santo Domingo, pero nada tiene del aspecto colonial y vetusto de mi ciudad, y sí muchos detalles de la población principalmente comercial.”¹⁴ Prosiguieron el viaje en barco de vapor. La distancia a Nueva York debía hacerse en seis días pero se prolongó por casi nueve debido a una tormenta.

El 30 de enero, en pleno invierno, llegaron a Nueva York. Nevaba terriblemente, recuerda Pedro, y entre la niebla “las grandes masas grises de edificios, sobre los cuales se destacaban los enormes de la ciudad baja ofrecían un conjunto enigmático.”¹⁵ Se hospedaron en un hotel y visitaron algunos lugares. Don Francisco después colocó a sus hijos en una casa de huéspedes, para que aprendieran el inglés; semanas más tarde, en marzo, siguió su camino rumbo a Europa.

La ciudad que conoció Pedro Henríquez Ureña no era aún la urbe poblada de enormes rascacielos, quintaesencia de la modernidad capitalista, en que se convertiría a partir de los años veinte. Pero ya era una de las más importantes metrópolis del mundo, pujante y cosmopolita, con una larga historia de inmigración de todas las regiones de Europa.

Ubicada en la vertiente del río Hudson, en el noreste de la costa del Atlántico, la ciudad había empezado a crecer rápidamente en la penúltima década del siglo XIX, después de la Guerra de Secesión. La isla de Manhattan se urbanizó y se le anexaron poblaciones aledañas. Según la

¹⁴ *Ibidem.*, p. 65.

¹⁵ *Idem.*

describe Paul Morand, a principios del siglo XX lucía “edificios de una decena de pisos, aislados unos de otros, feísimos... La ciudad era entonces pardusca”.¹⁶ De cualquier manera, la diferencia con cualquier ciudad latinoamericana era enorme, más aún respecto a Santo Domingo y sus deterioradas construcciones coloniales. Si en 1900 la República Dominicana contaba con 700 mil habitantes en total, en la ciudad de Nueva York coexistían casi tres millones y medio de personas. Nueva York lucía el espectacular Puente de Brooklyn, inaugurado en 1883, que cruzaba el río comunicando a esa población con Manhattan. Recién en 1904 empezaba a funcionar el Metro.

Nueva York creció gracias al auge comercial y financiero, en el que se formaron rápidas fortunas.

A partir de 1880, la especulación sobre los terrenos se realiza a saltos, facilitada por la adopción del nuevo patrón oro. En ese año es cuando los Rockefeller constituyen la Standard Oil. Todo esto durará así hasta 1900. [...] El comercio se desarrolla. El dinero corre a raudales. Los teatros funcionan con brillantez, y en ellos pueden verse y oírse las primeras figuras europeas más afamadas. En los escaparates aparecen objetos costosos, importados de Europa. Nueva York descubre que la riqueza trae alegría. Empieza todo a progresar rápidamente. La moral se moderniza; las mujeres, estatuas puritanas, salen de su vaina (en la que ya no volverán a entrar) [...]”¹⁷

La actividad cultural de Nueva York se desarrollaba en distintos espacios (teatros, periódicos, universidades, escuelas técnicas, museos, etc.). La ciudad presentaba, como dice Morand, una apariencia liberal y democrática. No obstante, la industrialización y la bonanza capitalista, como en otras grandes ciudades estadounidenses, trajeron consigo los descontentos obreros, sobre todo a partir de las crisis económicas de fines del siglo XIX. Prosperaban corrientes contestatarias como el anarquismo.

La riqueza, por supuesto, no llegaba a todos. Detrás del barrio de negocios, Wall Street, se concentraban los inmigrantes de diversas nacionalidades (chinos, alemanes, italianos, húngaros, etc.) en un abigarrado ambiente de múltiples lenguas. En ese cuadro, La Bowery, ubicada en el sureste de Manhattan, era el barrio de mala nota por antonomasia. Desde el siglo XVIII y hasta principios del XX, fue una zona de maleantes, “el barrio de la cofradía de gente torva”, en

¹⁶ Morand, Paul, *Nueva York*, Ediciones Folio, Barcelona, ABC/Biblioteca del Viajero, traducción de Julio Gómez de la Serna, 2004 [1937, 1ª ed. esp.], p. 41.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 109-110.

palabras de José Martí. Ladrones, jugadores, asesinos, etc., se organizaban en bandas, *gangs*, en complicidad con políticos locales. Esto, completa Morand, terminó en 1910, cuando se hizo sentir la fuerte represión policial.¹⁸

A principios del siglo, Nueva York se estaba convirtiendo en un sistema metropolitano sumamente complejo, al unírsele grandes suburbios (New Jersey, Brooklyn, Queenborough, el Bronx y Richmond). Harlem, al norte de la ciudad, comenzó a recibir copiosa población de negros. La ciudad ofrecía un ambiente sin la intolerancia racial de otras zonas, principalmente en el sur del país.

Se trataba de la más compleja ciudad del continente. En ella los gustos intelectuales de Pedro, sobre todo en cuanto al arte dramático, encontraron un verdadero paraíso. Él y Fran vivieron en el barrio universitario en torno a la Columbia University. Esta universidad, dice Paul Monard, era la “gran *alma mater* neoyorquina”, de corte práctico, “centro de estudios utilitarios, forma hombres de acción y no sabios”. Una “pequeña ciudad de mármol y ladrillos” que se extendía desde las riberas del Hudson hasta la Ámsterdam Avenue: “Casa Internacional para Extranjeros, Fundación Rockefeller, Casa de Italia, Centro de Cultura Italiana, Bernard College, numerosas escuelas de Periodismo y de Comercio, Museo dramático, pabellones donados por millonarios.” Era “poderosa, rica, activa, precoz, llena de estudiantes ávidos de aprender”; en ella coincidían “todas las razas, todos los colores de piel”, era “la imagen misma de Nueva York”.¹⁹

Los Henríquez Ureña frecuentaron en Nueva York a prominentes dominicanos que estaban fuera del país por distintas razones. Alejandro Woz y Gil, por ejemplo, muy amigo de su padre, que había sido vicepresidente y presidente por un corto tiempo en la era de Ulises Heureaux; o el cónsul en la ciudad, Leonte Vázquez, hermano del vicepresidente Horacio Vázquez. Pedro entabló muy buena amistad con el cubano Francisco García Cisneros, joven escultor y literato casado con la cantatriz norteamericana Eleanor Broadfoot, de nombre artístico “Eleonora de Cisneros”.

Ya tenían algún conocimiento del inglés y se dedicaron a aprenderlo bien y dominarlo. Durante el caluroso verano de 1901 pasaron unos días en las playas de Asbury Park, New Jersey, en compañía del matrimonio de los Cisneros. Pedro, a pesar de haber pasado toda su vida cerca

¹⁸ *Ibidem.*, p. 74; José Martí, *Obras Completas, tomo 10. En los Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 49.

¹⁹ Morand, Paul, *op. cit.*, pp. 221-222.

de la costa, dice que le resultaron una novedad los baños de mar, los paseos en bote, las caminatas vespertinas y nocturnas por la playa. Los jóvenes la pasaban bien, en espera de realizar estudios largos y formales. Su padre escribía a Pedro, a finales de agosto, que meditaba la posibilidad de ingresar a la Universidad de Columbia, pues le causaba miedo los 200 dólares que había que pagar por solo un año.²⁰

Los hermanos pasaron el mes de agosto en Búfalo, para asistir a la Exposición Pan-Americana. La ciudad, ubicada al Oeste del estado de Nueva York, no le causó gran impresión, pero la exposición sí: “aún á distancia de Búfalo”, dice, “se divisaba la torre eléctrica, en medio de la noche, como una columna de fuego.”²¹ Los hermanos iban y venían todo el día por la Exposición, haciéndose pasar como adjuntos de la comisión dominicana. Fueron a conferencias, exposiciones, conciertos, fiestas y bailes. Pasaron un día en el Niágara y visitaron la ciudad de Toronto, capital de la provincia canadiense de Ontario. A Pedro le produjo una “extraña impresión” el Lago Ontario visto a la distancia, “vasto como un mar pero inmóvil y sin rumor”.²²

De regreso en Nueva York, Pedro tomó un curso de Elementos de Derecho general en la Universidad de Nueva York, y por las noches asistió a cursos de Derecho Comercial y Público en una escuela de Harlem. Casi a diario iba a la biblioteca de la Universidad de Columbia y a la Biblioteca Astor. Asistió a conferencias científicas y de literatura. Pudo escuchar a los conferencistas franceses que anualmente invitaba la Asociación Francesa de Harvard.

Por ese tiempo se quedó un poco solo. Para entonces su hermano mayor se había alejado de las cosas literarias. Woz y Gil decidió regresar con su familia a la República Dominicana y el matrimonio Cisneros partió a Europa para impulsar la carrera artística de Eleonora. Fueron pérdidas sensibles; del primero gustaba su conversación “culto y amena”, mientras que en las veladas en casa de García Cisneros conoció gente “cosmopolita y heterogénea”, cubanos distinguidos y artistas de diversas nacionalidades.

La soledad se vio aliviada con la llegada de Max, ya bastante avanzado el año. Desde el inicio, la idea del padre era que se reuniese con sus hermanos cuando terminara los estudios de bachillerato. En la carta de don Francisco ya citada del 29 de agosto, le explicaba a Pedro que

²⁰ Carta del 29 de agosto de 1901. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 283-4.

²¹ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 71

²² *Ibidem.*, p. 73.

Max aún no estaba listo para hacer el viaje. Pedro echaba de menos a su hermano, cómplice en todo, aunque mantenían una copiosa correspondencia. Pedro mandaba libros que utilizaban en las veladas en casa de Leonor Feltz, así como algunas poesías para que las publicara en Santo Domingo.²³ Además, intercambiaba letras con Leonor sobre cuestiones literarias.

Una vez en Nueva York, Max ingresó al Conservatorio Nacional para estudiar piano y se unió a Pedro en la pasión por el teatro, acompañándolo a la temporada de invierno de 1901. “Nuevas perspectivas se abrían para nosotros –recuerda Max– en aquella inmensa urbe. Asistíamos constantemente a los mejores espectáculos y conciertos”.²⁴ Transcurrido casi un año de su llegada, Pedro ya dominaba el inglés y comenzó a leer ediciones baratas que abundaban en Nueva York. Esta buena situación continuó hasta principios de 1902.

Por otro lado, don Francisco Henríquez vio finalmente truncados sus esfuerzos por arreglar la deuda externa de su país. El gobierno de Isidro Jimenes había empezado las negociaciones con la Improvement Company desde 1899, logrando un acuerdo en 1900. Pero los tenedores de la deuda en Europa repudiaron el contrato. Entonces el gobierno dominicano, mediante un decreto, retomó la administración de los ingresos de sus aduanas, hasta entonces en manos de la Improvement. El viaje de Henríquez y Carvajal tenía como primer objetivo negociar con los acreedores estadounidenses representados por esa compañía. Con apoyo oficial norteamericano se llegó a un nuevo contrato el 25 de marzo de 1901, en el que se aceptaba el control dominicano sobre las aduanas y se estipulaba una reducción en el pago de los intereses de la deuda (de 3 a 2.5 %).

El Ministro de Relaciones Exteriores dominicano siguió su misión oficial en Europa, donde logró un contrato en términos similares. Se esperaba entonces la ratificación del Congreso dominicano. El 27 de septiembre los congresistas aprobaron el acuerdo con los acreedores europeos, pero tres días después desautorizaban el acuerdo con la compañía estadounidense. Según Max Henríquez Ureña, que se ocuparía del tema muchos años después y con información de primera mano, la oposición señalaba que no se debía dar tres meses para que la Improvement presentara sus cuentas (como señalaba el contrato), sino que se debía exigir que las presentara de inmediato. Era un pretexto y acaso, sugiere Max, esta visión se sustentaba en la idea generalizada

²³ Henríquez Ureña, Max, “Hermano y maestro”, en Pedro Henríquez Ureña, *Retratos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 31.

²⁴ *Ibidem.*, p. 32.

en el país de que, en realidad, no se debía casi nada a las compañías estadounidenses.²⁵ Y es que, como se ha dicho en el capítulo anterior, la deuda externa dominicana había sido contraída en Europa y luego fue traspasada a acreedores estadounidenses.

Henríquez y Carvajal renunció de inmediato a su cargo. Las negociaciones para el pago de la deuda externa continuaron, en condiciones cada vez más desventajosas para el país caribeño, y con una intervención más directa del gobierno estadounidense. A finales de abril de 1902 estalló una amplia rebelión encabezada por el vicepresidente Horacio Vázquez, lo que complicó aún más la situación. A partir de entonces, los graves conflictos políticos en República Dominicana no cesaría durante muchos años.²⁶

Francisco Henríquez mantuvo su fidelidad al gobierno de Isidro Jimenes, aún después de separarse del gabinete, de tal manera que al triunfar la rebelión su suerte política no era muy propicia. Hasta entonces, don Francisco había podido sostener a sus tres hijos en Nueva York (alojamiento, manutención, espectáculos y algunos cursos universitarios o técnicos), además de hacerse cargo, en Santo Domingo, de la pequeña Camila, su segunda esposa y nueva prole. El giro de las circunstancias políticas en República Dominicana dio término a la situación privilegiada de los jóvenes Henríquez Ureña en Nueva York.

A principios de mayo los jóvenes se enteraron del levantamiento de Horacio Vázquez en Dominicana. Tras el estupor de la noticia, dice Pedro, “recibimos las cartas de mi padre en que nos decía que era necesario pensar en economías: mientras estuvo en el gobierno, gastó lo que su permanencia en el Cabo Hatiano [ejerciendo la medicina] le había producido.”²⁷ Según Max, su padre les advirtió que ya no podría mantenerlos en Nueva York y que planeaba ir a Cuba para trabajar como médico.²⁸ En efecto, a finales del año don Francisco se instalaba en Santiago de Cuba.

La situación no era tan desesperada, pues según Pedro tenían fondos para permanecer en Estados Unidos hasta bien entrado 1903, es decir, un año más. Así que decidieron permanecer en

²⁵ Henríquez Ureña, Max, *Los Estados Unidos y la República Dominicana. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos*, Habana, Imprenta “El Siglo XX”, p. 29.

²⁶ Respecto a estas negociaciones véase, además del libro de Max Henríquez Ureña, *Los Estados Unidos y la República Dominicana. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos*, Habana, Imprenta “El Siglo XX”, pp. 22-34, H. Hoetink, “La República Dominicana, c. 1870-1940”, en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, tomo 9, Barcelona, España, Crítica, 1991, pp. 262, 266-9.

²⁷ Henríquez Ureña, Pedro, *Op.cit.*, p. 81.

²⁸ Henríquez Ureña, Max, “Hermano y maestro”, *Op. cit.*, p. 32.

el país. Alguna ayuda del padre siguió llegando, pero ellos tuvieron que gastar menos, cambiar de residencia y dejar de estudiar. “Comenzó una lucha casi diaria; pero aún esto tuvo para nosotros interés y animación”, recuerda Pedro.²⁹ Por primera vez en su vida, los jóvenes tenían que buscar la forma de sostenerse económicamente.

De la Ciudad Alta se mudaron a la parte baja, cerca de Madison Square, en una casa en la que había muchas mujeres más o menos jóvenes, todas “joviales y amables; así es que bien pronto hicimos amistad con ellas, y durante un año tuvimos reuniones y paseos, aún después de haber cambiado dos veces de casa.”³⁰ A mediados de julio, Pedro le informaba a su tía Ramona de una mudanza, le decía que se preparaban el desayuno ellos mismos, para ahorrar algo, y hacían dos comidas fuera. Fran ya ganaba algo de dinero y él buscaba dónde emplearse. En la carta, además, consignaba la llegada de varios dominicanos, entre ellos el ahora ex presidente Juan Isidro Jimenes.³¹

Para poder encontrar un buen empleo, Pedro y Fran tomaron un curso comercial de tres meses, cinco horas diarias, en la Escuela de Gaffey. Pedro aprendió a escribir rápido a máquina, alcanzó a tomar taquigráficamente unas cien palabras por minuto, en inglés, así como cierto conocimiento de teneduría de libros. De esta manera consiguió un empleo de seis dólares semanales, en la Nicholls Tubing Company. Esto debió ser a finales de 1902 o principios de 1903. El sueldo aumentó pronto a siete y aún a ocho dólares. Pero el horario era duro, de las 7 y media hasta las 6 de la tarde, con media hora de almuerzo, y el dueño era de carácter irascible y educación casi nula.³²

Habían pasado más de año y medio en la ciudad sostenidos por el padre, dedicados al estudio y a las diversiones culturales. Ahora descendían a los niveles crudos de la realidad laboral neoyorkina. Fran también trabajaba en el comercio y Max se desempeñaba como pianista en un restaurante. En su empleo, dice Pedro, observó de cerca “la explotación del obrero; la mayoría de los allí empleados eran mujeres y niños; los pocos hombres que había eran casi todos italianos que acudían a mí para hacerse entender; y el promedio de salarios era cuatro dólares por semana.”

²⁹ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 81.

³⁰ *Idem.*

³¹ Carta del 15 de julio de 1902. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 283.

³² Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 82.

Fueron días amargos en los que ni siquiera adquirió conocimiento en los libros de contaduría pues estaban en completo desorden.³³

La experiencia de Pedro se circunscribió a Manhattan y algunas otras ciudades del estado de Nueva York, la zona estadounidense más abigarrada culturalmente y más dinámica en el comercio y las finanzas, cuya riqueza sostenía una vida artística y académica en rápido ascenso. Conoció también el bajo Nueva York, la explotación laboral, el desempleo y la pobreza, pero en sus *Memorias* no es un tema en el que abunde. Al parecer tampoco hizo vida nocturna de cabarés y teatros de revista. Y de haberlas tenido, seguramente juzgó que no valía la pena consignarlas, pues lo que le interesaba eran las expresiones culturales más serias.

El noreste de los Estados Unidos estaba alejado de la intolerancia racista del sur del país, pero no era un mundo ideal. El desprecio a la raza negra, sin llegar a lo más extremo, era cosa corriente. En sus *Memorias* no hay ninguna alusión a que hubiera tenido algún problema de discriminación por su piel oscura. Sin embargo, unos años más tarde le confiaría a su amigo mexicano Alfonso Reyes, en relación a un posible regreso a Nueva York:

¡pero Nueva York! Volver a aquel trabajo duro de diez horas y a los pequeños golpes de la antipatía contra quienes, como yo, llevan en su tipo físico la declaración de pertenecer a pueblos y raza extraños e ¡“inferiores”! Esto último no es de gran peso en sí y está bien compensado con las muestras de simpatía de las personas cultas [...]³⁴

Es probable que las depresiones anímicas que sufrió en la segunda mitad de su estancia en Nueva York tuvieran que ver con el batallar social cotidiano, que resultaba más complicado por el tono moreno de su piel. El carácter discreto que se forjó Henríquez Ureña, ya bastante constituido cuando escribe sus *Memorias* en 1909, evitó que dejara testimonios al respecto.

El proyecto educativo de los jóvenes estaba suspendido, pero seguía en pie. En septiembre de 1902, en respuesta a una carta en la que seguramente Pedro daba una visión pesimista de su estancia en Nueva York, don Francisco le escribía que estaba conciente de que era indispensable enviarlo a París para hacer un doctorado en Leyes y seguir su cultura literaria. No crean que han perdido el tiempo, le decía, ese país ha debido enseñarles muchas cosas. Ciertamente es, continuaba, que tú y Fran debían haber aprendido el alemán, la estenografía, la contabilidad, la economía

³³ *Idem.*

³⁴ De Pedro a Alfonso Reyes, 3 de marzo de 1908, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1986] 2004, p. 111.

política, el mecanismo Constitucional y municipal de los Estados Unidos, entre otras cosas, ya que no han hecho estudios profesionales en regla. “Ya va a comenzar la edad seria para ti y para Franc. Principiando a los 19 años una carrera, debe estar completa a los 24 ó 25”.³⁵ Los jóvenes sí hicieron estudios en Nueva York (cursos de derecho, comercio, contabilidad, etc.), pero lo más importante es que, en efecto, para forjarse un porvenir, su formación requería ya de estudios largos y en forma. Ese año Fran cumplía 20, Pedro 18 y Max 17 años.

Debido a su empleo, Pedro ya no tenía tiempo para leer y escribir, aunque siguió yendo a los teatros por las noches. Con sus hermanos concurría a la casa de una señora irlandesa, “donde conocimos á una joven pianista bostoniana Miss Gallagher, y así mismo á los hoteles y casas donde se hospedaban los dominicanos que veraneaban en Nueva York, y que cada año iban en mayor número”.³⁶ En el cultivo de esas amistades, los ayudaban “Virgilio Ortega, sobrino de Altagracia Frier que había ido á Nueva York á trabajar en el comercio, y muy adicto á toda clase de diversión, *Lico* García, como familiarmente llamábamos á Manuel García Saviñón, barítono dominicano, y Pericles Nikolaievitch Vekyroff, joven búlgaro que había abandonado un puesto entre los servidores del Principe Fernando por buscar fortuna en América, y que hablaba seis ó siete lenguas y tenía aficiones literarias y facilidad, ya que no *felicidad*, para escribir.”³⁷

En plena juventud, los tres hermanos estaban acostumbrados a manejarse por sí solos. En casa de Mrs. Pichetti, donde estuvieron alojados y que después siguieron frecuentando, conocieron a una mujer que se decía descendiente de españoles, Dolores de Armas. Era “morena, esbelta, elegante, y cantaba acompañándose al piano romanzas sentimentales”. “Pronto se definió para nosotros su carácter, ella misma ideó que tomáramos un *flat...*” y se volvió amante de Max. En el departamento que rentaron hicieron reuniones a las que “concurrían á veces mujeres de teatro y muchachas más ó menos alegres. Dolores, sin embargo, no duró mucho con nosotros.”³⁸ Después fueron a vivir al *flat* Virgilio Ortega y su hermano. Cinco jóvenes en un departamento.

Don Francisco desde Cuba les insistía que debían ir a su lado. En marzo de 1903 una nueva revolución en República Dominicana, ahora contra Horacio Vázquez, no favoreció, como se pensaba, al ex presidente Jimenes, sino el antiguo político Woz y Gil. Pedro señala que en

³⁵ Carta del 7 de septiembre de 1902. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 285.

³⁶ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 86.

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Ídem.*

Santo Domingo se quería la intervención de don Francisco Henríquez, pero afortunadamente su padre no intervino en “ese desorden”. En Nueva York ahora había muchos dominicanos desterrados. A dos de ellos, que tenían problemas de dinero (Miguel Ángel de la Rocha y Aníbal Pichardo), los hermanos Henríquez Ureña dieron cobijo en su departamento, lo que aumentaba a siete los jóvenes instalados en el *flat*.

Pedro perdió su empleo en julio de 1903. Salió de aquel establecimiento comercial “molido de cuerpo y fatigado de espíritu.”³⁹ Como no pudo encontrar uno nuevo, se dedicó a leer y escribir. Es probable que la estancia en Nueva York se hubiera extendido por más tiempo, pero terminó a raíz de una enfermedad de Pedro. El invierno fue muy duro y le causó un reumatismo que durante 15 días le impidió casi moverse. En el año nuevo de 1904 se encontraba “enfermo, inmóvil y moralmente adolorido.”⁴⁰ Don Francisco, muy alarmado, se trasladó a Nueva York, deshizo el *flat*, llevó a sus hijos a vivir con él en una casa de huéspedes y Pedro, mediante un régimen de sobrealimentación, recobró la salud. El joven convaleciente todavía asistió a diversas funciones teatrales, hasta que en marzo el padre decidió la partida de todos rumbo a Cuba.

Las enseñanzas artísticas e intelectuales

La segunda mitad del siglo XIX y principios del XX fue conocida como la “edad del progreso”, caracterizada por el desarrollo industrial en Europa y los Estados Unidos. A la vez, es una época en que proliferaron diversas escuelas y corrientes en el arte y la literatura (realismo, naturalismo, impresionismo, simbolismo, etc.). París era el centro cultural por excelencia, pero ya en Nueva York confluían las expresiones artísticas europeas de mayor importancia. Esta ciudad norteamericana se podía jactar de estar al día en cuanto a exposiciones, conciertos y espectáculos teatrales.

A finales del siglo XIX, expone Paul Morand, gracias a la riqueza que fluía en Nueva York, las empresas culturales prosperaron, instalándose plenamente en Broadway.

Agustine Daly y Charles Frohman, los primeros grandes empresarios, acaparan a fuerza de dólares a las celebridades europeas: Sara Bernhardt, Rejane, Irving, Calvé, Ellen Terry, desembarcan en

³⁹ *Ibidem.*, p. 82.

⁴⁰ *Ibidem.*, p. 89.

Nueva York. Es la época histórica de las comedias de Wilde y de Pinero, de las primeras obras de Ibsen y de Shaw.

Y lo que Frohman es para la comedia, Oscar Hammerstein lo es para la ópera. Manhattan va formando su gusto; el viejo melodrama ha pasado. La nueva comedia musical a la inglesa, estilo *Geisha –La muñeca, Bella Nueva York–*, hace furor y no será destronada más que por la opereta vienesa. El *music hall*, a imitación del Empire o del Alambra de Leicester Square, se desarrolla a su vez. Quieren presentar todas las estrellas parisienses, hasta Cleo de Merode y la bella Otero. El *music hall* adopta procedimientos ingleses, pero sigue siendo específicamente neoyorquino. Ha nacido en la Ciudad Baja, en los barrios judíos; es una especie de *comedia dell'arte* neohebráica, llamada *burlesk*.⁴¹

En la avenida Broadway, la más importante junto con la Quinta Avenida, destacaba el Metropolitan Opera House, construido en 1880. Los teatros se vaciaban hacia medianoche y entonces la actividad nocturna se concentraba en los cabarés, donde se presentaban ballets y espectáculos de revista, *passing show*.

Según sus propias palabras, para Henríquez Ureña el teatro se convirtió en “un ritual inevitable”. Desde su llegada a Nueva York asistió a funciones de teatro, ópera y música. En sus *Memorias* anota de manera sistemática este aspecto, dando los detalles de las piezas, los intérpretes, los directores, etc. Asistió a las temporadas del Metropolitan Opera House durante los tres años que estuvo en la ciudad. Frecuentó el teatro alemán Irving Place, fue a los conciertos sinfónicos de la Sociedad Filarmónica de Nueva York, a los de la Orquesta de Boston y a los cantos oratorios semanales en la South Church.

En una práctica similar a las que hacían de niños y adolescentes, Max confeccionó un libro con los programas de teatros y conciertos a los que iban, y al final de la temporada escribían él y Pedro un resumen. Realizaban la tarea por gusto y acaso como distracción, pero iba más allá. Les servía para repensar y organizar sus ideas sobre lo que habían presenciado, y así acumulaban documentación que más tarde les servía para sus escritos.

Pedro pudo colmar sus gustos por Shakespeare e Ibsen. En sus *Memorias* cita las siguientes obras, algunas vistas en varias ocasiones: del primero *Hamlet, El Mercader de Venecia, As you like it, Othello, Macbeth, Twelfth night (Noche de Reyes), Las alegres comadres*

⁴¹ Morand, Paul, *op. cit.*, p. 154.

de Windsor, El Rey Lear, Julio César, Ricardo III, Romeo y Julieta y La fierecilla domada; y del segundo *Casa de muñecas, Los espectros y Hedda Gabler*. Por un lado, su gusto por el autor inglés, cumbre del arte dramático de todos los tiempos; por el otro, el interés por el autor escandinavo reconocido internacionalmente, cuyas obras habían estado provocando discusiones e incluso escándalo. Ibsen es considerado el padre del drama racionalista moderno, en particular sus obras de tesis, como *Casa de muñeca*, estrenada en 1879, cuya protagonista Nora representa el rompimiento feminista contra una moral masculina subyugante, o *Hedda Gabler*, de 1890, en la que la personalidad de la protagonista, de refinada intelectualidad, desafía cualquier código moral. El gusto teatral de Pedro se nutría de las obras que mostraban tendencias críticas, tanto en la exploración de la psicología humana, como en la crítica de los valores y la organización de la sociedad burguesa.

En sus *Memorias* anota las numerosas representaciones que presenció: de los franceses Alejandro Dumas hijo (*La dama de las camelias*), Edmond Rostand (*L'aiglon* y *Cyrano de Bergerac*), Victorien Sardou y Eugene Brieux; de los irlandeses Oscar Wilde (*El abanico de Lady Windermere* y *The importance of being Earnest*), Bernard Shaw (*Candida*), William Gorman Wills y Thomas Sheridan; de los ingleses Arthur Wing Pinero (*La segunda Mrs. Tanqueray, La notoria Mrs. Ebbsmith, The gay Lord Quex, Trelawney of "The Wells", Sweet lavender e Iris*), Burton Norvell Harrison, Thomas Ardí y Lawrence Irving; del italiano Gabriele D'Annunzio (*La Gioconda, La Città Morta y Francesca da Rimini*); de los alemanes Hermann Sudermann y Ludwig Fulda; de los norteamericanos William Clyde Fich (*The way of the world, The climbers, Her own way y The girl with the green eyes*), George H. Boker, David Belasco y Horace B. Fry; del noruego Björnster Björson (*Por encima de las fuerzas humanas*); del belga Maurice Maeterlinck (*Peleas y Melisenda*), del español José Echegaray (*Mariana*), y otros más.

Fue una época sumamente intensa para el joven espectador del teatro. De algunos autores, como Wilde, Pinero y Shaw, Henríquez Ureña se ocupó pronto en ensayos críticos. En cuanto a los intérpretes, en el extenso repertorio sobresale Sarah Bernhardt (1844-1923), la famosa actriz francesa considerada la mejor de su época, cuya actuación disfrutó en varias ocasiones. Asimismo, Sir Henry Irving (1838-1905), actor inglés famoso por sus interpretaciones de Shakespeare, que también fue director de escena.

Como se ha dicho en el capítulo precedente, el teatro fue uno de los primeros gustos del niño-adolescente Henríquez Ureña. Pero en Nueva York, la nueva gran pasión fue la ópera. Se trata de un arte que conjunta distintas artes: la música (orquestación, coros y solistas), la poesía, la actuación, la danza y la escenografía (pintura, decoración, arquitectura). En el siglo XIX se había instaurado el predominio de las “divas”, las cantantes-actrices cuya presentación era tan importante como la obra misma, y a veces más. La ópera era un espectáculo muy costoso, su consumo se restringía a las capas sociales medias y altas. Asistir a la Ópera era signo de distinción que, además, requería para su cabal comprensión y degustación una formación amplia en las distintas artes que convergen en ella. Era un arte exclusivo y demandante.

Cuando Henríquez Ureña arribó a Nueva York, la compañía del Metropolitan Opera House estaba formada por reconocidos artistas de distintas nacionalidades. Entre los principales, el tenor polaco Jean de Reszke, la soprano norteamericana Lillian Nórdica, la soprano croata Milka Ternina, la soprano australiana Nellie Melba, etc., y como directores de orquesta el alemán Walter Damrosch (para las óperas wagnerianas) y Luigi Mancinelli (para las italianas). En las temporadas siguientes otras figuras del canto aparecerían en la compañía, entre ellas el debutante Enrico Caruso. A través de las funciones Pedro conoció la obra de Richard Wagner y a partir de entonces fue su músico predilecto.

Las dos grandes líneas operísticas correspondían a las tradiciones italiana y alemana, si bien eran importantes la francesa y la rusa. El gran acontecimiento había sido la aparición de Richard Wagner (1813-1883), cuya obra no sólo revolucionó el arte operístico sino que también tuvo honda influencia en la literatura, la filosofía, las artes plásticas y el teatro. Su propuesta era la idea de “la obra de arte total” (*Gesamtkunstwerk*). En un mundo en que el progreso material y la ciencia habían provocado la declinación de la religión y el mito (el desencantamiento del mundo, en los términos de Max Weber), Wagner, heredero del idealismo y el romanticismo alemanes, pretendía hacer reemerger el sentido de lo sagrado por medio del arte. Wagner escribía los libretos de sus obras (algo que los compositores hacían sólo por excepción), utilizando temas de leyenda y mitología europea antigua. Después de varios fracasos, empezó a tener éxito con *Rienzi* (1842). Luego dio a conocer *El holandés errante* (1843), *Tannhauser* (1845), *Lohengrin* (1850), *Tristán e Isolda* (1865) y *Los maestros cantores* (1868). Su empresa más ambiciosa fue *El anillo de los Nibelungos*, inspirada en la mitología escandinava, que comprende cuatro óperas:

El oro del Rin (1869), *La Walkiria* (1870), *Sigfrido* (1876) y *El ocaso de los dioses* (1876). Su última obra, *Parsifal*, basada en la leyenda del Santo Grial, fue estrenada en 1882.⁴²

Wagner llevó el arte operístico a lo que se ha considerado cúspide insuperable. Un autor la sintetiza de esta manera:

Wagner quería conseguir el efecto sacral, redentor, a través de la obra de arte total. El arte tiene que movilizar todas sus fuerzas. Ha de participar la música, que encuentra un lenguaje para lo “inefable”, un lenguaje que sólo entiende la sensación; también tiene que estar presente la acción en el escenario, los gestos, la mímica, la configuración del espacio; y asimismo debe contribuir de manera especial el ritual festivo de los festivales, la congregación en torno al altar del arte.⁴³

Para Henríquez Ureña Wagner fue en la ópera lo que era Ibsen en el drama. La predilección personal es significativa porque ambos autores constituyeron momentos revolucionarios en las formas y temas artísticos, de enorme influencia desde finales del siglo XIX. El arte wagneriano, que atravesó muchas controversias, no era fácil, musicalmente y en los argumentos. Dice el dominicano que

como no tenía prejuicios musicales en favor de la ópera italiana, según acostumbra el vulgo de nuestros países hispano-americanos, y en cambio estaba acostumbrado á la música alemana que mi hermano Max ejecutaba de preferencia, y además leía siempre los dramas wagnerianos, nunca encontré dificultad para seguir el hilo de su música; mientras que nunca pensaba en enterarme de los libretos de óperas italianas.⁴⁴

Asistió a representaciones de casi todas las obras de Wagner, incluyendo el estreno en Nueva York de *Parsifal*. Y de muchos otros autores, sobre todo italianos: Giuseppe Verdi (*Ernani*, *Rigoletto*, *Otello*, *La Traviata*, *Aida* y *El Trovador*), Gaetano Donizetti (*La hija del regimiento*, *Don Pasquale*, *Lucía de Lammermoor* y *El elixir de amor*), Pietro Mascagni (*Caballería rusticana*, *Zanetto e Iris*), Gioachino Rossini (*El barbero de Sevilla*), Giacomo Puccini (*Tosca*, *La Bohème*), Ruggero Leoncavallo (*Pagliacci*), Luigi Mancinelli (*Ero e Leandro*) y Amilcare Ponchielli (*La Gioconda*). Además, destacan obras de W. A. Mozart (*Las*

⁴² Cf. Taylor, Ronald, *Wagner*, Buenos Aires, México, J. Vergara, 1987, (título original: *Richard Wagner: his life, art and thought*, trad. Anibal Leal); Ernest Newman, *Wagner: El hombre y el artista*, Madrid, Taurus, 1982 (*Wagner as man and artist*, trad. José María Martín Triana).

⁴³ Safranski, Rüdiger, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, Barcelona, Fábula Tusquets Editores, 2004, p. 101.

⁴⁴ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 68-69.

bodas de Fígaro, La flauta mágica y Don Juan), Beethoven (*Fidelio*), y la lista se completa con autores franceses (Jules E. F. Massenet, Georges Bizet, Charles Francois Gounod, etc.), ingleses, alemanes y el polaco Ignacy Jean Pederewski.

También es amplia la lista en cuanto a música de concierto (Beethoven, Händel, Bach, Haydn, Mendelssohn, Pergolesi, Rossini, Schumann, oberturas de las óperas de Wagner, etc.), aunque en este caso Henríquez Ureña no es tan prolijo en sus apuntes. Lo que sí registra son los intérpretes, entre ellos músicos de origen cubano y puertorriqueño. Lo más importante fue su descubrimiento de Richard Strauss. De este compositor alemán conoció primero dos obras, al final de su primer año en Nueva York. Luego, en el invierno de 1903, lo vio dirigir una serie de conciertos (sus *poemas tonales*), con lo que se “convirtió” a su tendencia.⁴⁵

En los pocos años que pasó Henríquez Ureña en Nueva York, se formó un gusto estético refinado. Conoció las distintas expresiones y vertientes de la música, el teatro y la ópera, prefiriendo aquellas que presentaban propuestas renovadoras, críticas o revolucionarias. No necesariamente las más populares o de apreciación fácil, tales propuestas ayudaron a que Pedro desarrollara la habilidad del discernimiento estético y la reflexión sobre el significado cultural y social de las manifestaciones artísticas. Esas habilidades se pondrán en funcionamiento en diversos ensayos escritos en La Habana.

La formación del joven dominicano abarcó, por supuesto, otras materias, la literatura, las artes plásticas y las ciencias. Mientras no se tuvo que preocupar por los recursos monetarios, es decir, hasta mediados de 1902, se dedicó a las lecturas y a asistir a museos, exposiciones y conferencias. Señala en sus *Memorias* que durante 1901 leía diariamente un drama o la mitad de una novela u otro libro. Así, continuó leyendo a D’Annunzio directamente del italiano y completó la lectura de Ibsen, del quien realizó la traducción de una parte del drama *Cuando despertemos...* Buscó más libros de autores escandinavos, fue leyendo novelistas rusos y franceses, clásicos griegos y latinos, y obras dramáticas, por ejemplo de Maurice Maeterlinck. Las lecturas abarcaron libros de crítica y filosofía positivista; en particular, *El enigma del universo* de Ernest Heinrich Heackel, que consolidó sus negaciones religiosas y lo hizo “por

⁴⁵ *Ibidem.*, p. 90.

algún tiempo positivista y monista”.⁴⁶ Muchos de estos libros se los enviaba su padre desde Europa o los conseguía él a bajo costo en la ciudad.

Pedro sabía francés e italiano y, al cabo de un año, ya dominaba el inglés. Así pudo emprender la lectura de Shakespeare en el idioma original, así como de poetas y novelistas modernos, como Thomas Carlyle, Ralph W. Emerson y John Ruskin. El conocimiento de la literatura inglesa es importante, ya que más adelante, en México, será una de sus aportaciones a la dinámica intelectual del Ateneo de la Juventud.

En materia de pintura, lo más relevante fue la Exposición Pan-Americana en Búfalo, en agosto de 1901. Aunque la exposición era panamericana, poco encontró de interesante en los apartados latinoamericanos. Le atrajo mucho el Salón de Artes Plásticas, donde lo más serio correspondía a pintores estadounidenses. Observó los *Nocturnos* de Whistler, el pintor más importante del siglo XIX en los Estados Unidos, así como los “vividlos retratos” de John Singer Sargent, obras de paisajistas antiguos ya muertos (George Inness, Homer Martín, Alexander Wyant, etc.). En síntesis, dice: “Era mi primera lección seria de artes plásticas”, pues ni siquiera el Museo Metropolitano mostraba “un conjunto pujante como este, que representaba la más valiosa labor de todo un pueblo, ya señalado en la historia del arte, y la variedad de las tendencias de la época.”⁴⁷

Los hermanos Henríquez Ureña acompañaban a su compatriota Mercedes Mota, delegada de Santo Domingo al Congreso de Mujeres que se realizaba dentro del marco de la Exposición. En el Congreso escuchó a tres connotadas feministas: la estadounidense May Wright Sewell, la canadiense Adelaide Hoodless y la jerosolimitana Mme. Mountferd. Se trataba de mujeres con preparación intelectual y que, con buena posición económica, desde hacía muchos años realizaban una constante labor a favor de los derechos de las mujeres, entre ellos el derecho al voto. La primera, Wright Sewell, era presidenta del National Congress of Women (1891) y del International Congress of Women (1899).

El enriquecimiento cultural del joven dominicano en Nueva York fue amplio y profundo. La ciudad era realmente cosmopolita. Conoció la vida acelerada de la urbe (el progreso material, los avances científico-tecnológicos, la actividad económica, etc.), así como la vida precaria de la

⁴⁶ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 69-70.

⁴⁷ *Ibidem.*, pp. 71-72.

clase obrera y de las mayorías que, en la tierra de la libertad, permanecía en un nivel de subsistencia. En breve, se puede decir que los años de Henríquez Ureña en Nueva York fueron una lección de modernidad, con todas sus contradicciones y ambivalencias. Con ello adquiriría valiosos elementos de contraste con respecto a lo que sucedía en los países latinoamericanos.

Los escritos en Nueva York

En esos años en Nueva York, Henríquez Ureña envió algunas poesías a diarios y revistas en República Dominicana y Cuba. Emma Susana Speratti Piñero, en su “Crono-bibliografía”,⁴⁸ refiere una decena de poemas y unos siete escritos en prosa, la mayoría muy breves. Además de esto, según sus *Memorias*, escribió, aunque no publicó y al parecer no se conservaron, un texto sobre la exposición en Búfalo y sus vacaciones en Asbury Park, así como un largo trabajo sobre el modernismo en la poesía hispanoamericana. En el material que publicó se perfilan los intereses intelectuales que luego desarrollaría con amplitud en La Habana.

Siguiendo su admiración por Ibsen, Pedro publicó la traducción del artículo “El verdadero Ibsen” de William Archer, autor que introdujo al escritor nórdico en lengua inglesa.⁴⁹ Escribió un par de crónicas, tituladas “Neoyorkinas”, publicadas en Santo Domingo, en las que, sin mucha elaboración analítica, mostraba su entusiasmo por el teatro como parte de un modo sofisticado de vida, actividad de los neoyorkinos ricos y cultos. Son muestras de su deslumbramiento por la “civilización” americana.

En la primera de esas crónicas, publicada en julio de 1901, daba cuenta de la apertura de la temporada del Metropolitan Opera House, y con ello decía volver, “animado por el entusiasmo de una estupenda función artística, á recordar mis casi muertas aficiones de cronista de teatro”.⁵⁰ También señalaba que las entradas y las ganancias de las funciones, según los diarios neoyorquinos, ascendieron a “cifras exorbitantes” que no incluía por no cometer “semejante profanación del arte”.

⁴⁸ “Crono-bibliografía de Don Pedro Henríquez Ureña”, en Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 753-796.

⁴⁹ “El verdadero Ibsen”, publicado en *Revista Literaria*, Santo Domingo, mayo 1 de 1901, y más tarde en *La Cuna de América*, Santo Domingo, septiembre 4 de 1904. AHCM-PHU, Caja 1.

⁵⁰ “Neoyorkinas”, en *Revista Literaria*, julio 8 de 1901, AHCM-PHU, Caja 1.

En sus segundas “Neoyorquinas” hablaba de la temporada dramática de 1903. La noche de apertura en el Opera House, decía, fue el “primer *rendez vous* de los millonarios, después de la semana de la feria de caballos”. Anunciaba la organización de funciones por el centenario de Berlioz, quien según su opinión se adelantó a su época y sorprendió por sus originales ideas. Comentaba que con la llegada de Richard Strauss aumentaba la lista de grandes compositores que ya habían visitado los Estados Unidos para tomar la batuta (Rubenstein, Tschaiowski, Dvorak y Mascagni). También daba noticia de dos conferencias, una del joven poeta irlandés William Butler Yeats, quien habló sobre el movimiento intelectual en su país, primero “nervioso, acaso tímido” pero luego “en simpatía con su auditorio”, salpicando su discurso “con rasgos de humor y toques de su vigorosa fantasía.”⁵¹

En otra vertiente de sus escritos, Henríquez Ureña analizó manifestaciones artísticas e intelectuales de su país y en general de los países antillanos y latinoamericanos, a la zaga en el concierto internacional.

Hizo una semblanza de Virginia Elena Ortea, poeta dominicana muerta en enero de 1903 a los 36 años de edad. Pedro lamentaba que cuando alguno de nuestros buenos escritores muere, “se piensa, más que en lo que ha hecho, en lo que hubiera podido hacer; porque siempre parece temprana la muerte que corta sus labores, rara vez fecundas por razón de las condiciones de nuestro medio.” La escritora emprendió diversos géneros, de la poesía a la comedia y la novela, y aunque sin cualidades “excepcionales”, como escritora fue “altamente simpática y realmente original”. La distinguió el hecho de que fue, “dígase con perdón de las otras damas, la única que tuvo humor, y en realidad una de las pocas personalidades de nuestra literatura que poseía humor genuino. Porque el humor, que es algo más característico y más intenso que el *esprit*, es raro entre nosotros.”⁵²

En un artículo sobre Mercedes Mota, a quien conocía bien personalmente, elogiaba a la “más joven de las escritoras dominicanas”, entonces de 23 años. Hablaba de la escritora precoz, seria en su talento y su vida. Se ha consagrado, escribía, a la enseñanza en Puerto Plata, ha

⁵¹ “Neoyorkinas”, revista *Oiga...*, Santo Domingo, diciembre 26 de 1903. AHCM-PHU, Caja 1.

⁵² “Virginia Elena Ortea”, fechado en febrero y publicado en mayo de 1903, en *La Cuna de América*, Santo Domingo. Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas. Tomo I*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 91-92. Virginia Elena Ortea, prosista, periodista y poeta, nació en Santo Domingo el 17 de junio de 1866 y murió el 30 de enero de 1903 en Puerto Plata. Había publicado *Mi hermana Catalina* (1897), *Risas y lágrimas* (relatos, 1901) y compuesto la zarzuela *Las Feministas*.

publicado abundantemente no sólo invenciones literarias sino también artículos sobre cuestiones sociales. En 1901, como delegada por el gobierno ante el Consejo Internacional de Mujeres, dio a conocer “a la mujer dominicana historiando su evolución en un discurso que fue leído en la sesión más brillante, en la cual figuraron tres damas famosas: la ilustre presidente, Mrs. May Wright Sewell, la americana que ha merecido mayor número de condecoraciones; la célebre oradora orientalista Mme. Mountford, i la aristocrática feminista canadiense Mrs. Adelaida Hoodles.”

Al escribir las siguientes líneas de admiración por su compatriota, Pedro tenía en mente también a su madre, Salomé Ureña, y a Leonor Feltz, su amiga y tutora intelectual:

Por su talento robusto, por su infatigable empeño en el cultivo de su intelectualidad, por la seriedad y el patriotismo que informan su labor de escritora i de maestra, Mercedes Mota brillará en Santo Domingo como el tipo de la futura mujer latino-americana: dama en el hogar i en la sociedad, pensadora en la prensa, en la escuela, en cualquier campo de acción a que la lleve el imperioso reclamo de la civilización.⁵³

Con motivo de la muerte de Eugenio María de Hostos (11 de agosto de 1903), Pedro escribió lo que en sus *Memorias* llama “un pálido artículo”. Ahí indicaba brevemente la trayectoria del pensador “original y poderoso”, “combatiente del campo de ideas” en la “América civilizada a medias”. “En una nación civilizada, con libertad i facilidad para emitir i divulgar sus ideas, Hostos habría asombrado”. Aún es pronto, decía, para decir si perdurará como influencia decisiva.⁵⁴

Importa resaltar la línea coherente de los textos del joven intelectual, entre los 16 y 19 años. Si bien todavía de manera limitada, se daba a la tarea de indicar y valorar las mejores manifestaciones intelectuales de su patria. A la vez, llamaba la atención sobre el atraso y lo poco propicio del ambiente social en los países antillanos para el avance de la cultura. Pesaba, sin dudas, el contraste con lo que veía en Nueva York.

⁵³ “Mercedes Mota”, fechado en 1903 y publicado *Actualidades*, 1904, Lima, Perú. En *Obras completas*, tomo 1, pp. 93-4. Mercedes Mota nació en San Francisco de Macorís el 2 de agosto de 1880, y murió en 1964. De precoz intelecto, comenzó su larga carrera como educadora a los 14 años, en el Instituto de Señoritas. Su vida fue difícil y estuvo marcada por la muerte de su hermana, Antera, de cuyos hijos tuvo que hacerse cargo. Salió de República Dominicana en 1918, viajó a los Estados Unidos y luego por varios países europeos.

⁵⁴ Publicado en *Listín Diario*, Santo Domingo, 29 de septiembre de 1903. En *Obras completas*, tomo 1, pp. 97-99.

Henríquez Ureña deploraba las condiciones de los pueblos pequeños que no tenían grandes posibilidades de hacer valer su literatura. Es interesante lo que dice sobre la obra del poeta portugués Eugenio de Castro.⁵⁵ Reseñaba y encomiaba su libro *Belkiss, reina de Saba, de Axum y de Himiar*, publicado unos cuantos años atrás. Es plenamente modernista, decía, resucita mundos muertos y con ellos da nueva vida al contemporáneo. Luego añadía:

En la época presente, que será de cierto memorable en la historia de la civilización, prevalecen, como siempre, sobre los pueblos pequeños las naciones fuertes, las *potencias*. Su preponderancia es tal que se hace sentir en todas las rejiones de la actividad humana, hasta en la literatura, tan enemiga de yugos, i es así como dichas potencias levantan á la supremacía é imponen al mundo sus obras literarias, si las tienen. Las obras de las pequeñas naciones permanecen ignoradas hasta que Londres ó París las reciben en su seno i las lanzan al mundo literario.

Ya en esta labor incipiente Pedro se orientaba hacia la crítica. Mas en sus contenidos pesaba más la lamentación y el balance pesimista. Algo similar ocurría en sus poesías. En el poema “En la cumbre”, dedicado precisamente a Mercedes Mota, y con epígrafe de Nietzsche (“Por encima del bien y del mal”), se dirige a Elsa, personaje wagneriano, que aguarda al caballero salvador que no llega, que no llegará nunca. Reprocha a la sociedad, “enferma” y “envilecida”, que no reconoce a las mujeres superiores, que niega el homenaje a su genio, virtud y belleza. Al final pide a las almas que rinden culto al bien y la verdad que hagan de la “altivez” su “arma blanca”, que porten “como escudo la conciencia”. Y para Elsa, exclama: “¡Sea paladín en la batalla/ el sol de tu radiante pensamiento!”⁵⁶

En algunos poemas (“Música moderna”, la colección “Escorzos”) trató de fijar los caracteres de artistas varios (Chopin, Grieg, etc., las cantantes Adelina Patti, Marcella Sembrich y Lillian Nordica). Otro, “Mariposas negras”, es un lamento lúgubre concitado por la música de Schumann.⁵⁷ El tono dolorido es intenso en una poesía de diciembre de 1903, es decir, hacia el final de su estancia en Nueva York. En el título y la dedicatoria se evidencia el carácter de

⁵⁵ “Belkiss”, *Revista literaria*, Santiago de Cuba, marzo-abril de 1901. AHCM-PHU, Caja 1. Eugenio de Castro y Almeida nació el 4 de marzo de 1869 en Coimbra, Portugal, donde también murió, el 17 de agosto de 1944. Introdutor en su país de la corriente literaria francesa del simbolismo. Había publicado muchos títulos, sobre todo de poesía; en 1907 aparecería su poema dramático *El anillo de Policrates*. La novela de que se ocupaba Henríquez Ureña, *Belkiss*, data de 1894; había una traducción al español, debida al editor Jorge A. Kern, Buenos Aires, 1897, con un discurso preliminar de Leopoldo Lugones.

⁵⁶ *Obras completas*, tomo 1, pp. 30-31.

⁵⁷ *Ibidem.*, pp. 36, 26-27.

confesión (“Íntima” dedicada a su tía Ramona Ureña).⁵⁸ Recuerda su pasado triste en Santo Domingo y se siente una especie de paria.

¡cuánto de penas supe!
Solitario me encuentro,
sin patria, sin hogar, sin ilusiones,

Por esas fechas se encontraba enfermo, como se ha dicho, y en el poema se dice fatigado de espíritu. Observa el pasado y el presente, solo ve ruinas. El hogar y la patria sucumben.

¿No sientes que las vivas ilusiones,
la vieja tradición, el dulce ensueño,
vuelan en el confuso torbellino
que azota el patrio suelo,
y hechos jirones en la hoguera caen,
perecen de la patria en el incendio?

En la última estrofa anhela el consuelo de su tía, quien tanto cuidado y predilección le tuvo, quien fuera buen abrigo para sus penas antiguas.

En mi noche de amargo pesimismo
el instante aún espero
en que escuche, soñando,
tus palabras de nuevo,
sobre las ruinas de la triste patria,
“sobre las ruinas del hogar desecho”.

Los versos no explican el carácter del autor de manera directa y simple, pero sí indican tendencias anímicas, sobre todo tratándose de versos de juventud, cuando las emociones tienden a verse de manera menos contenida. Los poemas nos ayudan a acercarnos al carácter de Pedro en ese tiempo neoyorkino. Gustaba de los paisajes, pero el panorama urbano de Nueva York no mereció sus versos. Apenas alguna alusión hay a la ciudad. Lo que sí le resultó novedoso y

⁵⁸ *Ibidem.*, pp. 33-35.

atractivo fue el ritmo contrastante de las estaciones, acostumbrado como estaba al “eterno verano” del Caribe. El ambiente del otoño fue su tema preferido. En versos escritos en octubre de 1901, habla del sol que brilla lánguidamente (“oscuro polvo de oro”), del tono amarillento sobre el verde de los bosques, de las hojas que se extienden en el suelo como “alfombra oriental”, que se arremolinan en el aire o que caen “cual lamento vago, como lento arrullo”. Puede uno imaginar al joven dominicano contemplando las tranquilas aguas del río que reflejan “azules y pálidas el cielo otoñal”.⁵⁹

En sus versos se halla la influencia del estilo poético modernista, con sus motivos exóticos, su búsqueda de lo estilizado y sutil. No en balde gustaba de Rubén Darío, entre otros poetas de esa corriente. La composición “Flores de Otoño”⁶⁰ sería considerada por su hermano Max como los “primeros versos de genuino sabor modernista que ostentaba la firma de un autor dominicano”.⁶¹

Crisantemas,
crisantemas como el oro,
crisantemas cual la nieve,
desplegad vuestras corolas,
las corolas como el sol de mediodía,
las corolas como el mármol inmortal.

¡Qué lucientes
en el rico invernadero
o tras límpidas vidrieras,
entre rosas como auroras,
entre vívidos claveles como sangre,
entre tímidas violetas como el mar!

¿Es que sueñan
en atávicos ensueños,
en olímpicas nostalgias,

⁵⁹ “Otoñal”, “Ensueño”, “Frente a los ‘palisades’ del Hudson”, en *Obras completas*, tomo 1, pp. 24-25, 28-29, 30.

⁶⁰ *Ibidem.*, p. 23.

⁶¹ Henríquez Ureña, Max, “Hermano y maestro”, *op cit.*, p. 31.

con su país encantado,
con su patria luminosa que no han visto,
con Cipango, el lejanísimo Japón?

Desterradas,
sólo nacen con las nieblas,
sólo viven en Otoño.

¡Flor de oro, flor de nieve,
ya ha pasado entre esplendores el estío,
ya es hora, desplegad vuestro botón!

El otoño atrapó su sensibilidad, con sus colores exuberantes y su ambiente melancólico. Como símbolo, el otoño es la temporada de la madurez, en que se siente cerca la decadencia y la vejez. Es también la edad de la calma, la tranquilidad y la meditación. La preferencia del joven por este tipo de ambiente es reveladora de la inclinación de su temperamento. La ciudad, su ruido y ajetreo, aparece en “Frente a las ‘palisades’ del Hudson” acallada y marginal bajo el dominio de la atmósfera del otoño.

La tarde está pálida. El viento muy leve
apenas agita el paisaje otoñal;
en una ribera, los verdes peñascos,
en otra, callada, la inmensa ciudad.

La vida de Pedro en Nueva York fue intensa y feliz, así lo afirma en sus *Memorias*. Aun los pasajes difíciles los relata con el optimismo de una juventud sin trabas, desarrollada con pasión en sus gustos principales (el teatro, la música y la literatura). No obstante, sus poemas indican una fuerte tendencia a la tristeza, por momentos en franco pesimismo. Creo que Pedro padecía una vida anímica no resuelta, echando de menos su patria, sobre todo el mundo íntimo en que habían crecido sus aficiones intelectuales. También sentía que, a pesar del enriquecimiento que le había dado, la urbe estadounidense no era, no habría de ser su lugar propio. En sus *Memorias* señala que, aunque extrañaría las brillantes temporadas artísticas en Nueva York, las bibliotecas públicas, la accesibilidad a nuevas publicaciones, etc., no dejó con pesar la ciudad.

No dejé Nueva York con pena; sentía que la gran ciudad me había enseñado cuanto debía enseñarme y que ahora su enseñanza, moral é intelectual, debía servirme para vivir entre mis gentes. Al salir, recuerdo que vi con curiosidad cómo la metrópoli adquiría á la distancia una tonalidad gris, cómo se envolvía por fin en niebla gris, y cómo desaparecía al fin, perdiéndose entre el color del horizonte.⁶²

En los años en Nueva York, la tendencia a un aristocratismo del que se habló en el capítulo anterior, continuó y se reforzó en su personalidad. En aquel ambiente cosmopolita, liberal y bastante tolerante, su idea preconcebida del “peligro yanqui” se transformó radicalmente. No sufrió una inversión, no se convirtió en defensor del progreso y la “civilización” norteamericanos, pero valoró mucho las tendencias novedosas y progresistas en aquel país. Esto le permitió ir construyendo una visión compleja sobre la literatura y la cultura en los países latinoamericanos, en permanente contraste con las manifestaciones estadounidenses y europeas. También le permitió contestar críticamente a sus maestros, en particular a José Enrique Rodó. Pedro se iba haciendo de un modo de pensar propio. Todo eso se despliega en La Habana.

II. En el ambiente de La Habana

Después de tres días de haber zarpado de Nueva York, relata Pedro, “sintiendo penetrar en mí el calor del trópico, llegamos á la Habana, la cual se ofreció a mi vista llena de color y de luz. Cada casa mostraba un color distinto, y el efecto, en contraste con el gris neoyorkino, me parecía espléndido.”⁶³ Pero enseguida le encontró defectos a la ciudad, la estrechez de sus calles, la “falta de estilo” en sus edificios.

El país que conoció Henríquez Ureña por primera vez en 1904 recién había conseguido su independencia. La isla de Cuba, una de las pocas posesiones que mantuvo el otrora imperio español en América, conoció un progreso económico sobresaliente en el siglo XIX gracias a la industrialización azucarera orientada a la exportación. En las últimas tres décadas del siglo, las vías de comunicación (ferrocarriles y telégrafos) fueron construidas según los requerimientos de las grandes centrales azucareras. En ese periodo aumentó rápidamente, como en otros países

⁶² *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 93.

⁶³ *Ibidem.*, p. 93.

latinoamericanos, la presencia de capitales estadounidenses. En 1890, mientras España importaba de Cuba productos con un valor de 7 millones de pesos, las importaciones de los Estados Unidos eran de 61 millones.⁶⁴

Dos guerras de independencia, épicas y cruentas, trastornaron a la isla en la segunda mitad del siglo XIX. La Guerra de los Diez Años, de 1868 a 1878, que dañó, dice un autor, “a la antigua clase media urbana y creó un *nouveau riche* de comerciantes, corredores, proveedores de la armada y funcionarios civiles y militares.” Un segundo periodo de luchas (1895-1898) provocó la reducción de la producción azucarera en un 75%, “la destrucción de cientos de ingenios facilitó el triunfo final de la *central* en el siglo XX”.⁶⁵

José Martí encabezó este segundo movimiento independentista. El poeta revolucionario, en los largos preparativos previos, hizo algunas visitas a Santo Domingo y en una de esas ocasiones los niños Henríquez Ureña lo conocieron. Don Francisco y el tío Federico apoyaron su gesta patriótica. Muchos otros dominicanos también lo hicieron, en especial Máximo Gómez, quien participó en los dos movimientos armados y, de hecho, una vez muerto Martí en combate, asumió el liderazgo rebelde.

La intervención de los Estados Unidos fue definitiva para los destinos cubanos. El estallido del acorazado estadounidense Maine en las costas cubanas, en febrero de 1898, provocó una crisis diplomática y una guerra rápida de la que España salió derrotada. En diciembre de ese año, con la firma de la paz, España abandonaba Cuba, perdiendo además otras posesiones en el Caribe. Los interventores establecieron un gobierno militar (1899-1902), tomando en sus manos el proceso de reorganización del país. En la Constitución cubana, confeccionada bajo el modelo estadounidense, se introdujo la famosa Enmienda Platt, con la que se sancionaba el derecho de intervención de los Estados Unidos en la isla.

En los primeros años del siglo, los capitales estadounidenses fluyeron, extendiéndose en la industria azucarera y muchos otros rubros (ferrocarriles, servicios públicos, tabaco y extracciones minerales). Por ello, durante el primer gobierno cubano, el de Tomás Estrada Palma (1902-1906), se vivió una recuperación económica. Mediante un convenio que daba preferencia al azúcar cubana, las exportaciones a los Estados Unidos pasaron de más de 2 mil 800 toneladas

⁶⁴ Aguilar, Luis E., “Cuba, c. 1860-1934”, en Leslie Bethell (ed.), *Op cit.*, pp. 210-239.

⁶⁵ Morse, Richard M., “5. Cuba”, en Richard M. Morse, *Las ciudades latinoamericanas. 2. Desarrollo histórico*, México, Sep-Setentas, 1973, p. 155.

en 1900, a casi un millón 200 mil en 1903.⁶⁶ La enorme influencia económica y política de los Estados Unidos en la isla continuaría por varias décadas.

La capital de Cuba, La Habana, si bien lejos de la plétórica Nueva York, ofrecía el mejor panorama cultural en el Caribe. En esta ciudad, como dice un autor, se concentraban las funciones comerciales, militares, burocráticas y económicas de la isla. Para 1904 su población debió ascender a poco más de 250 mil habitantes, de los más de millón y medio que tenía el país.⁶⁷ Era más populosa e importante económicamente que Santo Domingo, tenía una vida intensa y cosmopolita que nunca conoció la capital dominicana.

Don Francisco Henríquez y Carvajal tenía muy buenas amistades en Cuba que sus hijos pudieron aprovechar. Amigos cubanos y dominicanos dentro de las capas medias y altas de la sociedad habanera, funcionarios y políticos, algunos empresarios, la mayoría con carreras intelectuales. Resaltaba desde luego el vínculo con el general Máximo Gómez, así como las amistades con la familia de Manuel Hierro y Mármol, la familia dominicana Billini, Eusebio Hernández, la poeta dominicana Dolores Rodríguez de Tio, el también poeta Manuel Serafín Pichardo (director de *El Fígaro*, uno de los diarios principales de Cuba) y Manuel Silveria, jefe de una importante casa comercial. De hecho, por intercesión de Máximo Gómez, Fran y Pedro entraron a trabajar en la “millonaria casa de Silveira y Compañía”.⁶⁸

La familia siguió sin estar muy unida. El padre permaneció en Santiago, ciudad ubicada al otro extremo de la isla y a la cual era bastante difícil llegar. Con él se fue Max, quien fundó una revista semanal en Santiago, *Cuba literaria*, que según Pedro era de pocas páginas, no bien impresa, mal ilustrada y con poca colaboración seria. Max logró que publicaran en ella amigos literatos de importancia (Lola Tio, el poeta Pichardo, Enrique Hernández Miyares, Francisco Díaz Silveira y otros), además de recibir colaboraciones desde Santo Domingo.⁶⁹ Pedro, por supuesto, empezó a escribir para la revista.

Henríquez Ureña arribó a La Habana en marzo de 1904 y salió de ella a principios de enero de 1906. No es un periodo corto (un año y nueve meses), pero en sus *Memorias* le dedica

⁶⁶ Aguilar, Luis E., *Op cit.*, p. 226.

⁶⁷ Según datos que ofrece Richard M. Morse, Cuba contaba en 1899 con 1 millón 573 mil habitantes, de los cuales 247 mil se hallaban en La Habana, mientras que para 1907 las cifras eran de 2 millones 49 mil cubanos, y 297 mil en capital, *Op cit.*, p. 144.

⁶⁸ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 94.

⁶⁹ *Idem.*

un espacio breve. No tuvo una idea muy optimista sobre los aspectos literarios y los caracteres sociales de Cuba.

Las condiciones en que vivió fueron buenas. Tenía un empleo seguro y la facilidad de publicar. Como el trabajo le quitaba mucho tiempo, estudiaba en las horas del medio día y los domingos en la Biblioteca Nacional. Dice no haber tenido muchas amistades literarias, pero por primera vez tuvo dos amigos realmente escogidos por él: los dominicanos Bienvenido Iglesias, aficionado al dibujo, y Romano E. Pérez Cabral, “de gran talento pedagógico y juicio atrevido y mordaz”, “de esas inteligencias que da nuestro país, pero que no las forma ni educa”.⁷⁰

A Henríquez Ureña le parecía que la juventud cubana daba poco de sí intelectualmente, lo cual era grave según su visión arielista sobre el papel de la juventud en los países latinoamericanos. Lo mejor estaba entre los viejos, con eminencias indiscutibles y magníficos oradores, como Manuel Sanguily (escritor), Rafael Montoro (escritor e historiador), José Antonio González Lanuza (jurista), Enrique José Varona (filósofo y pensador, “el mejor”), Alfredo Zayas (escritor, historiador y poeta), Juan Gualberto Gómez (periodista), entre otros.

Todos estos intelectuales habían nacido a mediados del siglo XIX. Además de sus actividades culturales, habían participado en las guerras independentistas y desarrollaban una actividad política intensa. Algunos habían tenido y habrían de tener puestos de gobierno importantes. Pedro cumplía veinte años en 1904 y ellos andaban en los cincuenta. Correspondían más a la generación de su padre, que tenía entonces 45 años, tanto por la edad como por el carácter. Como en don Francisco, en aquellos cubanos existía un acendrado sentimiento patriótico que los impelía inevitablemente a la brega política.

En la Habana había mucha vida social, paseos, fiestas sociales, “batallas de flores, luchas de Carnaval, carreras de automóviles”, lo que para Pedro significaba “superficialidad incurable”. Los teatros y la música eran de bajo perfil, aunque le tocó disfrutar del arribo de algunos músicos reconocidos. En ópera, dice, Luisa Tetrazzini había enloquecido a la Habana, pero a él le parecía mucho mejor la Sembrich, a quien había visto muchas veces en Nueva York. Fue a funciones de una compañía italiana de ópera, en teatro dramático presencié las actuaciones de Teresa Mariani

⁷⁰ *Ibidem.*, p. 95.

e Italia Vitaliani y gracias a una compañía del español Francisco Fuentes empezó a conocer el teatro de Benavente, los Quintero y Rusiñol.⁷¹

En la revista de Max, Pedro publicó una “Crónica Habanera” entre agosto de 1904 y marzo de 1905. En esos escritos, que firmaba con el seudónimo de León Roch, reseñó funciones artísticas y muchas diversiones sociales (bodas, paseos, fiestas). Incluía largas listas de asistentes, gente del “mundo elegante”. El tono resultaba muchas veces frívolo. Comentaba, por ejemplo, en su contribución del 28 de octubre: “Muy animada la crónica social y artística de Octubre. El día 1º, sábado, el baile rosa en la simpática sociedad del Vedado; el domingo, día 2, muy concurridos la matinée de la Sociedad de Conciertos Populares Martí, y el beneficio del primer actor cubano Pablo Pildain con *La vida es sueño*, en el Teatro Nacional.” Se leen expresiones como “la sociedad elegante”, “señoritas tan bellas y cultas como...”, “abundan bailes y soirées”. Al margen del recorte de su Crónica Habanera IV, Pedro escribió con posterioridad: “El objetivo de estas crónicas de concurrencia (objeto que se consiguió) fue obtener la suscripción de familias para quienes la crónica social es una necesidad.”⁷²

La táctica editorial fue eficaz, pues *Cuba literaria* tuvo bastante vida (casi 40 números), que terminó cuando Max decidió trasladarse de Santiago a La Habana. Pero en las crónicas de Pedro no todo eran concesiones a la vida social habanera; por momentos emitía opiniones más interesantes. Por ejemplo, sobre la interpretación de *Hedda Gabler* por la Vitaliani, decía que el público y la crítica cubanas, con excepciones, habían errado el juicio. Se trata, explicaba, de la obra más “enigmática” de Ibsen. “Como labor realista, sutil é intachable, en un drama de ideas, la Hedda de la Vitaliani es probablemente lo mejor que ha visto la Habana.”⁷³

También hizo esporádicas crónicas sociales y políticas de Cuba para periódicos dominicanos (*La Campaña*, *El Teléfono* y el *Listín Diario*). Sobresale de todas ellas su relato de la muerte de Máximo Gómez, ocurrida el 17 de junio de 1905.

La ciudad entera estaba de luto. Estaba prohibido hacer música, y no se oía vibrar un piano, ni cantar una voz, ni sonar uno de los muchos fonógrafos de La Habana. Cada media hora, durante tres días, disparaba el cañón de la fortaleza de la Cabaña; y cada hora tañían las campanas de los templos. Cerrados los teatros, las oficinas, los establecimientos, ofrecían las calles, llenas de

⁷¹ *Ibidem.*, p. 96.

⁷² “Crónica habanera IV”, *Cuba Literaria*, octubre 28 de 1904, n. 20. AHCM-PHU, Caja 1.

⁷³ “Crónica habanera VI”, *Cuba Literaria*, noviembre 28 de 1904, n. 24. En AHCM-PHU, Caja 1.

colgaduras negras y banderas enlutadas un aspecto extraño con las multitudes que discurrían convergiendo hacia el palacio.

No es exagerado decir, comentaba, que casi todo el cuarto de millón de habitantes de la Habana, se conglomeró para rendir honores al héroe de la independencia cubana.⁷⁴ Este fue uno de los momentos más significativos para Pedro durante el tiempo que pasó en Cuba.

Años más tarde, en cartas escritas en México, diría que la isla le parecía “antipática”. La situación, dice en sus *Memorias*, aunque segura no le agradaba, y para finales de 1905 su mayor deseo era salir: “me parecía estrecho campo el de Cuba; detalles de las costumbres y tendencias cubanas me chocaban”.⁷⁵ Por conducto de Max, Pedro se relacionó con otros jóvenes intelectuales, José López Goldarás, formado en cuestiones gramaticales, y Arturo R. de Carricarte, “turbulento y audaz”. Este último se trasladó a Veracruz, en México, para trabajar como periodista. Desde allá les escribió pintándoles una “brillante situación”, lo que animó a Pedro para salir de una vez de Cuba, recién iniciado el año de 1906.

III. Despliegue intelectual

A pesar del balance poco grato de Henríquez Ureña sobre su estadía en Cuba, lo cierto es que fue ahí donde la experiencia de Nueva York se asentó y empezó a dar frutos. Su producción escrita se aceleró notablemente, desarrollando sus temas con profundidad y extensión. Es importante analizar los sentidos de esa producción escrita, porque ya muestra gran riqueza de ideas, y, además, porque sin ella no se entendería su labor en México.

Quizás el tema predominante de los textos de Henríquez Ureña fue el modernismo literario, movimiento renovador de las letras en las últimas tres décadas del siglo XIX en América Latina. Los primeros exponentes de esa corriente fueron el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), los cubanos José Martí (1853-1895) y Julián del Casal (1863-1893), así como el colombiano José Asunción Silva (1865-1896). A finales del siglo XIX y principios del XX, el modernismo hispanoamericano tenía numerosos exponentes de primera línea: el peruano

⁷⁴ “La muerte de Máximo Gómez”, publicada en dos ediciones de su “Correspondencia Habanera”, en *Listín Diario*, Santo Domingo, 9 y 22 de agosto de 1905. Recogida en *Obras completas*, tomo 1, pp. 101-104.

⁷⁵ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 98.

José Santos Chocano, el argentino Leopoldo Lugones, el uruguayo Julio Herrera y Reissing, y los mexicanos Amado Nervo, Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina. Esta corriente tuvo su cumbre máxima en el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916).⁷⁶

El modernismo hispanoamericano buscaba una estética exquisita y sutil, con imágenes poéticas novedosas, alejadas de lo trivial. A diferencia del romanticismo, dominante en el campo de la literatura durante la mayor parte del siglo XIX, los modernistas no creían en la superioridad de los sentimientos en el proceso creativo. Antes bien, buscaban un trabajo arduo de las formas, ensayando y explorando distintas técnicas para lograr sus objetivos. También en contraste con el romanticismo, que en América Latina buscó sobre todo los temas costumbristas, los paisajes locales y el patriotismo, los modernistas querían salir de los límites nacionales en búsqueda de temas y símbolos de todas partes del mundo, de las culturas europeas, antiguas u orientales. El cosmopolitismo fue su divisa. Los modernistas tenían la vista puesta en Europa, sobre todo en París, la ciudad luz, mientras que de los Estados Unidos recelaban, bajo el supuesto de que la visión utilitarista norteamericana era incompatible con las auténticas manifestaciones del arte. El refinamiento modernista implicaba, además, una concepción del arte como actividad de minorías selectas.

Así como el romanticismo provino de Europa, el modernismo también fue resultado de la adopción de corrientes europeas en boga, sobre todo del parnasianismo y el simbolismo (autores como Paul Verlaine y Stéphane Mallarmé), corrientes surgidas en la segunda mitad del siglo XIX en Francia inspiradas en la obra de Charles Baudelaire. El estadounidense Edgar Allan Poe también inspiró a los modernistas hispanoamericanos en sus exploraciones estéticas.

El modernismo hispanoamericano no fue una moda superficial. Emergió en la época en que la mayoría de los países latinoamericanos atravesaban procesos de modernización económica. A menos de un siglo de lograr su independencia, en los países del subcontinente el modernismo era una corriente general y poderosa que buscaba caminos de expresión propia. Según unas autoras, “para la mayoría de los estudiosos [el modernismo] refiere no sólo a una escuela literaria que apareció en tierras americanas en el último tercio del siglo XIX, sino

⁷⁶ Sobre modernismo: *La construcción del modernismo* (Antología), México, UNAM, 2002; Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, FCE, 1962; Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en América Hispánica*, Bogotá, FCE, 1994; José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo*, 2 vols., UNAM, México, 1970.

también a una actitud, a un espíritu epocal, con mayores alcances geográficos y temporales, en relación íntima con el amplio concepto de la modernidad”.⁷⁷

Dominaba la idea de progreso. Para algunas naciones el desarrollo económico, científico y tecnológico era una realidad, mientras que para otras, como las latinoamericanas, era un propósito apenas emprendido y en permanente riesgo de naufragar. Henríquez Ureña conocía el modernismo literario desde antes de viajar a los Estados Unidos, pero fue fruto de su experiencia neoyorkina, mejor dicho del contraste cultural que suscitó en él esa experiencia, la valoración que hizo del modernismo como proceso fundamental para la literatura hispanoamericana.

El carácter modernista

En Cuba, Henríquez Ureña escribió versos en postales, costumbre de la época, “para muchas cubanas y dominicanas, y hasta para algunas argentinas”. Publicó algunas poesías, como “Todo lo que pasa es bello”, dedicada a una joven que trató en Santiago, y unos versos para Irene, una muchacha que conoció a finales de 1903 en Nueva York.⁷⁸ Volvió a publicar sus “Escorzos” sobre cantantes de ópera; dio a conocer “Al mar”, paráfrasis de la oda “To the sea” de la poeta norteamericana Amelie Rives, y “La serpentina”, versos en que exalta las gráciles tiras de papel de colores como metáfora de la vida protéica, cambiante y juguetona.

En otras composiciones, bastante extensas, la inspiración de Henríquez Ureña se desenvuelve al amparo de los valores de la inteligencia y la verdad. En “Hacia la luz”,⁷⁹ desarrolla la dicotomía pesimismo-optimismo. En breves estrofas refiere los temperamentos de Byron, Leopardi, Poe, Baudelaire, Schopenhauer, Nietzsche, Heine, Verlaine y el cubano Casal. A ellos los llama “profetas de duelo y angustia”. Del lado contrario, impone a Víctor Hugo, Shelley, Carlyle, Ruskin, Whitman, Guyau, Hostos, Martí e Ibsen, temperamentos artísticos que engloba de esta manera:

⁷⁷ Clark de Lara, Belem, y Ana Luisa Laura Zavala, “Introducción”, en *La construcción del modernismo* (Antología), México, UNAM, 2002, p. IX.

⁷⁸ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 95.

⁷⁹ En *Obras completas*, tomo 1, pp. 50-55.

Alma heroica, fecunda, potente,
que vives y obras, que sueñas y cantas,
que al abismo siniestro no temes,
y vas a la cumbre radiosa y gallarda,

A través de esta simplificación clasificatoria, el joven dominicano hacía una suerte de balance y afirmaba el camino que deseaba seguir. De un lado y del otro, se trata de poetas y pensadores que admiraba y habían influido en él. Pero, llegado el momento de la decisión, opta por el optimismo, por el alma “potente y fecunda”.

En el largo poema “Lux”⁸⁰ nos habla de un caballero de lejanos tiempos de leyenda. Un joven fuerte y diestro en las armas, de magnas proezas, que tiene una revelación, lo seduce una “sublime armonía” “soñada en visiones de austero ideal”:

la cumbre do esplenden, en perpetuo día,
la inmortal Belleza, la suma Verdad.

La revelación lo lleva a una nueva empresa heroica: encontrar el templo de la Luz inmortal, fuente de toda la ciencia, la belleza y la Verdad. El joven cruza tierras, feudos y ducados, habla con sabios, frailes y doctores. Va por montañas, abismos y volcanes. Por fin vislumbra el templo, más allá de un sendero entre los restos de hombres que sucumbieron antes. Vigila su paso el ángel exterminador y muestra sus fauces “el hambriento Enigma”. Ya muy cerca, no puede acceder, pues “endriagosos perversos” lo sujetan con fuerza imposible, rindiéndolo.

¿Ansió un imposible? ¿Sus fuertes cadenas
romperá? No gime ni jura el audaz:
¡mitigando el torvo negror de sus penas,
emerge el destello que en ondas serenas
en torno difunde la Luz inmortal!

⁸⁰ *Ibidem.*, pp. 41-46.

Los ideales últimos (la verdad, la belleza, el bien) son inalcanzables en su plenitud máxima. Pero no son ilusorios, se puede vislumbrar su luz inmortal, acercarse a ella. El héroe moderno que desea Henríquez Ureña es éste que busca la perfección y se dirige a lo más puro. En consonancia con esto, en el texto “Vencido”⁸¹, dedicado a su entonces amigo cercano Bienvenido Iglesias, cuenta la desgracia de un joven artista. Se trata de un personaje decadente en el que de alguna manera exorcizaba sus propias tendencias pesimistas.

En la desolada monotonía del grisáceo crepúsculo de ciudad, huérfano de las imperiales púrpuras que el Sol poniente ciñe a la cumbre de las montañas ribereñas, encontraba el artista un trasunto de la poderosa vulgaridad del medio circundante. Parecíale que en el espacio, a su cabeza, en la colmena urbana, su derredor, condensaba aquel instante todo el horror ambiente, a distancia de cuyos vahos mareantes se esforzaba su espíritu selecto por conservar la de sus ideales, en la impoluta pureza del cristal.

Distanciado del medio social desde su adolescencia, el joven tiende al pesimismo. La Diosa de la Discordia señoreaba en su terruño. Viajó pero no pudo encontrar la nueva Grecia que lo encauzara. El artista leyó a poetas decadentes, se volvió adicto a la soledad, un ser impasible, azuzado por la idea del superhombre de Nietzsche. Logró una vida independiente, casi próspera, pero resguardado en su interior. La muerte lo sorprendió temprana, dándole un momento de revelación en el que supo que se había equivocado. Su voz interior lo interpeló, acusándolo: “El amor y la sinceridad son las bases de la vida superior.” Te creíste superior, pero sin haber vivido con abandono juvenil, sin reír ni mostrar tu dolor, sin cultivar verdaderamente el amor femenino ni las amistades.

La obra de tu intelectualidad se perderá como una semilla estéril, porque no cumpliste tu deber de enseñanza. Si el arte debe estimular, crear la vida superior, no debe desdeñar la vida actual. La vida es el valor supremo. [...] Si aspiraste a una vida superior, debiste difundir a tu alrededor, en la irradiación de una existencia luminosa y diáfana, amable y sincera, la insinuación del bien y la belleza... No habrías logrado crear una nueva sociedad, pero habrías sentido el entusiasmo de la lucha que colma y dignifica. Tu obra sería más victoriosa y fructífera en la invisible pero segura inmortalidad de la evolución humana, que en la inmortalidad de tu arte impasible y exótico.⁸²

⁸¹ *Ibidem.*, pp. 171-76.

⁸² *Ibidem.*, pp. 174-75.

Detrás del pesimismo se esconde el egoísmo que frustra la auténtica realización del artista y el intelectual. Para el joven dominicano el optimismo es un precepto de salud espiritual; cultivando la sinceridad y compartiendo los frutos pequeños o grandes de las facultades propias, se realiza el verdadero fin del arte y el pensamiento. Esta prevención contra el pesimismo evidencia que, en sus días en La Habana, Pedro sacó balances y tomó decisiones sobre su carácter y personalidad, quién era, qué deseaba y cómo debía ser.

Hay que tener en cuenta que Henríquez Ureña escribió estas páginas mientras también reflexionaba y escribía sobre autores modernos controvertidos por su comportamiento, como Óscar Wilde y Rubén Darío. La evaluación de su propia trayectoria juvenil lo llevaba a alejarse de las facetas decadentes del modernismo (el aislamiento, el egoísmo, los excesos, “las flores del mal”). Esta evaluación moral es muy importante para entender el sentido de su acción futura.

Cosmopolitismo

Pedro Henríquez Ureña publicó en La Habana varios artículos sobre distintas manifestaciones artísticas en Europa y los Estados Unidos; es decir, expuso sus análisis, crítica y jerarquización de la gama de expresiones artísticas que conoció en Nueva York.

En “La ópera italiana” quiso responder a la cuestión de si los compositores actuales habían superado a Richard Wagner. No lo han superado, dice, en lo que toca a los criterios propiamente artísticos. Pero sí han avanzado en lo que debe llamarse “psicología de la ópera”. De los temas de Wagner, desarrollados casi siempre en ambientes de leyenda, los nuevos compositores abrieron el campo hacia temas más modernos. Pedro se refiere a la incorporación de temas del populacho y de la bohemia en obras como *Caballería rusticana* de Mascagni, *I Pagliacci* de Leoncavallo, *La Bohème* y *La Tosca* de Puccini.⁸³

⁸³ *Ibidem.*, pp. 129-32. *Caballería rusticana* (Caballería rústica) es la primera obra de Pietro Mascagni, estrenada en 1890 en Roma, con gran éxito. Es una de las obras más populares desde entonces. También lo es *Pagliacci* (Payasos) de Ruggero Leoncavallo, que fue estrenada en 1892 en Milán, y que se acostumbró dar en función doble junto con la ópera de Mascagni. *La Bohème*, estrenada en 1896, está basada en la obra *Escenas de la vida bohemia* de Henry Murger, donde recoge ambientes e historias de artistas en el Barrio latino de París. *Tosca*, la otra muy famosa obra de Giacomo Puccini, fue estrenada en 1900; es una tragedia llena de intrigas ambientada en los tiempos de la batalla de las tropas de Napoleón en Marengo contra el ejército austriaco y los italianos realistas. Todas estas obras son parte de una muy fuerte tendencia de la ópera italiana en el cambio de un siglo a otro.

Con relación a Wagner, en otro texto (“La profanación de Parsifal”) examina la controversia sobre la supuesta desvirtuación de la obra de ese nombre, *Parsifal*, que el autor decidió fuera representada exclusivamente en el Festspielhaus de Bayreuth, ya que se trataba de una ópera destinada a un ambiente semi-religioso. Sin embargo, pasando por encima de los deseos de Wagner y sus herederos, la obra se estrenó en Nueva York en 1903.

En síntesis, su opinión es que la obra, fuera de su mérito artístico intrínseco, no conmovía a los espíritus contemporáneos porque esta era una época en que imperaba la ciencia, se condenaba la especulación metafísica y prevalecía la afirmación y el culto del yo. El dominicano lamentaba que *Parsifal* no fuera valorada, pues es “un drama muy *humano*, encarna, no exclusivamente el ideal cristiano, sino el espíritu religioso en su más amplio concepto: la aspiración hacia la cima *sobrehumana* de la veneración sin análisis, la contemplación pura y abstracta de la armonía universal.” Las tendencias van hacia otros lados, explica, hacia las exploraciones de Richard Strauss (“lo humano múltiple”) o al “realismo” de la ópera italiana.⁸⁴

En otro artículo se ocupa precisamente de Richard Strauss (“La música nueva. Richard Strauss y sus poemas tonales”). Es, dice, la figura culminante en cuanto música en la Alemania actual, reconocimiento que se extiende a París, Londres y Nueva York. Su obra se desarrolla en varios géneros, pero en la sinfonía, con sus *poemas tonales*, llega a ser “revolucionario”. “Su propósito en estos poemas es hacer de la música sinfónica, cuyo carácter es abstracto, un medio de expresar estados y acciones determinados”. Es una línea ya presente en Beethoven, Wagner, Berlioz, Liszt, etc., pero la particularidad de Strauss es su plan “generalmente más vasto, los personajes y situaciones más complicados y numerosos, las ideas y los sentimientos que entran en juego más elevados y difíciles.”⁸⁵

Richard Strauss (1864-1949), compositor romántico tardío, fue muy influenciado por Wagner. Es considerado un gran maestro en cuanto a los poemas tonales o sinfónicos. Para cuando Henríquez Ureña lo vio dirigir, Strauss había compuesto *Don Juan* (1888), *Muerte y transfiguración* (1889), *Las divertidas aventuras de Pill Eulenspiegel* (1895), *Así habló Zaratustra* (1896), *Don Quijote* (1897) y *Una vida de héroe* (1898). Su idea fundamental era expresar, a través de la música (compuesta con mayor libertad y usando efectos sorprendentes), ideas o acciones poéticas, filosóficas, sentimentales, humorísticas, en una palabra, humanas.

⁸⁴ *Ibidem.*, pp. 139-143.

⁸⁵ *Ibidem.*, pp. 135-38.

Tiempo después se dedicaría más a la creación operística. Es un compositor que también influyó de manera importante en la música del siglo XX.⁸⁶

En temas literarios, Henríquez Ureña se ocupó de figuras para él muy apreciadas y que también eran de actualidad. En “D’Annunzio, el poeta”, manejando un estilo lírico, trata de sugerir la riqueza del poeta italiano. “Imaginad”, inicia el texto, “una alta selva mitológica, tan espesa y antigua que más que griega parece indostánica; separada del mundo de los mortales por sombrías e intrincadas vías que huellan sólo criaturas fantásticas...” Habla de los desfallecimientos y el pesimismo en que D’Annunzio se hundía, estados del alma que llega a expresar mejor que los modernistas franceses, siéndoles superior a excepción de Baudelaire. Pero el poeta ha sobrevivido al pesimismo. Llega a la edad en que se escriben las obras decisivas, ahora, “en la noche que es para el poeta la muerte de su juventud”.⁸⁷ Cabe adelantar que este texto, por su rebuscamiento de lenguaje, será uno de los más criticados un par de años adelante en México, pues se considerará muestra negativa de modernismo “decadentista”.

También se ocupó de la obra de Óscar Wilde, Arthur Wing Pinero y Bernard Shaw, cuyos ensayos publicó por separado y luego agrupó bajo el título “Tres escritores ingleses”. La oportunidad de hablar sobre Wilde, fue la aparición póstuma de su libro de confesiones *De profundis*. Pedro se refiere al escándalo sexual que causó que perdiera reconocimiento público, esposa, familia y amigos. Su libro, dice, es “un llamado póstumo, no al perdón, que no puede concederse a quien pecó conscientemente, enlodando el blasón de su credo, sino a la serenidad del juicio que silencie las faltas para recordar los impulsos que en aquel desequilibrado espíritu tendían hacia la altura de las ideas y los sentimientos mejores”.

⁸⁶ Cf. Gilliam, Bryan Randolph, *Vida de Richard Strauss*, trad. Ernesto Junquera, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; Kennedy, Michael, *Richard Strauss: man, musician, enigma*, Cambridge, United Kingdom, Cambridge University Press, 1999.

⁸⁷ *Ibidem.*, pp. 157-62. Gabriele D’Annunzio nació en Pescara, Italia, en 1863, y murió en Gardone, en 1938. Hijo de un rico terrateniente, fue literato versátil y de poderosa imaginación, aventurero y político apasionado a partir de finales del siglo XIX. Más adelante dirigente de un movimiento patriótico y nacionalista. Para cuando Pedro Henríquez Ureña escribió su ensayo, D’Annunzio había rebasado los cuarenta años de edad; era sumamente reconocido como poeta, novelista y dramaturgo, y se le consideraba el símbolo del decadentismo literario. Algunas de sus obras principales hasta entonces: las novelas *El Placer* (1889), *El triunfo de la muerte* (1894), *La virgen de las rocas* (1895), *El fuego* (1900); las tragedias *La ciudad muerta* (1899), *La Gioconda* (1899), *Francesca da Rimini* (1902); en poesía *Canto novo* (1882), *Poema paradisiaco* (1893), *Maia*, *Elettra* y *Alcyone*, tres libros publicados en 1903, que junto con los posteriores *Merope* (1912) y *Asteorpe* (1918), compondrían la serie de cinco obras *Laudi del cielo, del mare, della terra e degli eroi*.

Henríquez Ureña coincide en reprobar la “perversiones” del escritor, es decir, su homosexualidad. Incluye varios párrafos en que Wilde acepta que se dejó atraer por lo sensual y efímero. “La perversión”, dice el poeta, “llegó a significar para mí, en la esfera de la pasión, lo que la paradoja en la esfera del pensamiento. El deseo, al fin, fue una enfermedad, o una locura, o ambas cosas.” Permitió que el deseo lo dominara, pero al final, señala Henríquez Ureña, con su libro “más sincero” muestra el “oasis más puro de su alma”. Lo importante para el joven crítico era, a fin de cuentas, el valor de Óscar Wilde en tanto escritor.⁸⁸

En el ensayo dedicado Arthur Wing Pinero, señala que quizás hay otros superiores, pero este escritor es el primero, entre los ingleses, como “dramaturgo real y moderno, *de fibra*”. Recibió la influencia de los dramaturgos del norte europeo. En sus dramas ha introducido la descripción de ambientes, medios, clases y tipos sociales “oscurecidos o limitados”. Ha contribuido a dar al público “lo selecto bajo el disfraz de lo vulgar”. Destaca como tres grandes tragedias de la vida moderna: *Iris*, *La notoria Mrs. Ebbsmith* y *La segunda Mrs. Tanqueray*.⁸⁹

A Bernard Shaw, cuyo artículo completa la triade de escritores ingleses, lo llama uno de los más originales y brillantes de Inglaterra, aunque fuera de su país y Estados Unidos era ignorado. Ha sido sucesivamente “crítico de arte, conferencista, novelador, dramaturgo, ha defendido la pintura impresionista, los dramas de Ibsen, la música de Wagner, hoy sigue abogando por el socialismo, por la nueva ciencia económica, por la templanza, por el vegetarianismo, que como Tolstoi practica, y por la últimas teorías filosóficas en boga en la Europa continental.” Polemista nato contra todo idealismo, sus piezas teatrales tienen como fin

⁸⁸ *Ibidem.*, pp. 223-28. Oscar Wilde, escritor, poeta y dramaturgo. Nació en Dublín en 1854 y murió en París en 1900. Hizo estudios clásicos en Oxford, donde fueron sus maestros Walter Pater y John Ruskin. Además de publicar obras literarias, dio conferencias en Estados Unidos y Francia sobre temas literarios, defendiendo la posición de “el arte por el arte”. Fue muy célebre por sus obras, su ingenio y su agudo sentido del humor. En 1895 se le abrió un juicio con cargos de sodomía y faltas morales graves, recibiendo la sentencia de dos años de prisión. Esto acabó con su carrera y su matrimonio (se había casado en 1884 con Constance Lloyd, con quien tuvo dos hijos). Pasó el final de su vida en París, bajo otro nombre. El libro autobiográfico de Wilde *De profundis* recién había sido publicado en 1905, aunque incompleto. Algunas de sus obras: *Poemas* (1881), *La balada de la cárcel de Reading* (1898), los libros de cuentos *El Príncipe feliz* (1888), *El crimen de Lord Arthur Savil* (1891) y *Una casa de granadas* (1892), la novela *El retrato de Dorian Gray* (1891), los dramas *Salomé* (1891), *La importancia de llamarse Ernesto* (1895) y el libro de ensayos *Intentions* (1891).

⁸⁹ *Ibidem.*, pp. 229-32. Arthur Wing Pinero, actor, dramaturgo y director de teatro, nació en Londres en 1855 y murió en esa misma ciudad en 1934. Fue autor muy popular en su época. Algunos títulos de sus comedias son *The Magistrate* (1885), *The Notorious Mrs. Ebbsmith* (1895) y *The Gay Lord Quex* (1899); sus dramas sociales, en que fustigaba mucho de la hipocresía social: *His House in Order* y *The Second Mrs. Tanqueray* (1893).

“épater le bourgeois”. Entre ellas, sobresale *César y Cleopatra*, una sátira en contra de la sociedad contemporánea.⁹⁰

Henríquez Ureña tuvo oportunidad de desenvolver su afición por Shakespeare en el artículo “Dos controversias shakesperianas”.⁹¹ Al parecer, en algunas conferencias en Europa se había discutido sobre la imposibilidad de decir algo nuevo acerca del clásico inglés, así como sobre su pesimismo, en el sentido de que sus personajes y argumentos sostenían una visión de la naturaleza humana como irredimible. Henríquez Ureña, concediendo que se trataba de personajes pasionales y que se dejaban llevar fuera de la razón, se negaba a aceptar que Shakespeare fuese pesimista. Y para fijar su posición se valía de la obra *La Tempestad*:

Pero muchos pensadores han creído á Shakespeare maestro de un optimismo fundamental que lo conduce á través de los horrores de sus tragedias, por encima de los dolores íntimos que sollozan en sus sonetos, hasta la plácida cumbre de *La Tempestad*, y es dudoso que los idealistas que aún tienen fé en la humanidad acepten nunca creer que Próspero se retira con amargura á la serena intimidad de su jardín espiritual, ni que Ariel vá herido de muerte cuando se lanza en plena libertad á vibrar, sér etéreo, en el éter inmenso é imponderado, y á transmitir en invisibles ondas la fuerza de la vida, el calor del sentimiento, la luz inmortal de la idea!

El dominicano también abordó temas de los Estados Unidos. En el largo texto “Literatura norteamericana”⁹² sintetiza los argumentos de Gertrudis Atherton acerca del “aburguesamiento” de la literatura de los Estados Unidos. La razón de ese aburguesamiento, según la autora, era el aislamiento, producto de una falsa, pero real y poderosa representación de la vida nacional. La nación creía en la autosuficiencia, lo cual había iniciado en la época de Mark Twain, William D. Howells y Henry James. En ese tiempo también inició la literatura con un carácter nacional propio. Twain a través del humor, Howells y James con el método realista y psicológico aplicado a la novela de costumbres. El defecto, dice Atherton, es que se ocuparon más en la forma, en tener un estilo correcto y no atentar contra la moral pública, que por abordar los grandes temas. La escritora se quejaba del sajonismo y el resguardo de las costumbres antiguas en la actual

⁹⁰ *Ibidem.*, pp. 233-37. Bernard Shaw nació en Dublín en 1856 y murió en el condado de Hertfordshire, en 1950. Ganó el Premio Nobel de literatura en 1925. Fue novelista, periodista y crítico. Algunas de sus obras: *Candida* (1898), *The Devil's Disciple* (1897), *Caesar and Cleopatra* (1901), *Man and Superman* (1903), *Major Barbara* (1905) y *Pigmalion* (1913).

⁹¹ “Dos controversias shakesperianas”, en *La Propaganda ilustrada*, La Habana, septiembre de 1905. AHCM-PHU, Caja 1.

⁹² “Literatura norteamericana”, fechado Abril 1904, aparecido en *La Cuna de América*, Santo Domingo, año II, n. 47. AHCM-PHU, Caja 1.

prosperidad económica, que derivaba en conservadurismo y puritanismo. Cuando, al contrario, en este país debería ser la literatura más liberal y avanzada que en Europa.

Henríquez Ureña critica a Atherton por evitar la definición de muchas ideas e ignorar el drama moderno en su artículo. Pero le da la razón en el argumento de fondo, y añade su propia opinión sobre los géneros dramáticos y la poesía. En Nueva York, dice, son muy pocos los críticos que comprenden de verdad el teatro moderno y que se atreven a hablar con justicia de Ibsen, Hauptmann o D'Annunzio. Mientras que la poesía, género que se hace cada vez más impopular, se salva un poco de la tendencia de aburguesamiento. Hay viejos poetas que cultivan la forma clásica, con endecasílabos elegantes (Thomas Bailey Aldrich, Edwin Markham), mientras que algunos jóvenes introducen formas nuevas, como Stephen Crane, Richard Hovey, Bliss Carman y Alice Brown.

En cuanto a la legión de novelistas y ensayistas, continúa, no vale la pena enumerar, porque es dudoso que alguno se alce en lo porvenir sobre su “ ‘productiva’ mediocridad”. Lo que sí indica son los nombres de la aristocracia novelística: Twain, Howells, James, Bret Harte, Frank Morris, Edith Wharton y G. Atherton. Incluye, pues, a la autora del artículo, de quien recuerda el pasaje de una novela “que vale novelas enteras”.

La soltura y el entusiasmo del ensayo son notables; Pedro estaba animado por la muy fresca experiencia neoyorkina. Concluye:

puede decirse que el aburguesamiento de la literatura norte-americana es un fenómeno natural: en la literatura hay períodos de amaneramiento por timidez y limitación de miras, como el pseudo-clásico siglo XVIII, y períodos de amaneramiento por desorden y rebelión, como los periodos del romanticismo y del decadentismo.

De ese estado podrá salir la literatura de los Estados Unidos si los escritores exploran las fuentes de orijinalidad nativa y si mantienen la comunicación constante, sin prejuicio, con las naciones europeas; tal evolución se impondrá, pues parece ya han sonado las voces de alerta.

Por último, Pedro dedicó el artículo “Dos artistas” a sus amigos Francisco García Cisneros y Eleonora de Cisneros.⁹³ El joven cubano, dice, es bueno como escritor, aunque la

⁹³ Artículo fechado en La Habana, enero de 1905, publicado en *Cuba literaria*, La Habana, febrero 20 de 1905. AHCM-PHU, Caja 1. Francisco García Cisneros nació en 1877 en Santiago de Cuba, donde fundó y dirigió la revista *Gris y Azul*. Era entusiasta seguidor de la corriente del modernismo. Radicaba desde muchos años atrás en los

necesidad lo ha llevado a las crónicas artísticas. Eleonora ha tenido una exitosa carrera que incluye presentaciones en el Metropolitan Opera House. Pero sabía ella que se estancaría si no se formaba una reputación en Europa, por lo que viajó con su marido a Italia en 1901. Desde ese año hasta 1903 ha hecho una gira triunfante por Europa, señalaba Pedro explyándose en su admiración por la cantante, “una de las brillantes personificaciones del genio típico de la mujer norte-americana en la época actual.” Admiración que expandía a muchas otras mujeres norteamericanas:

las manifestaciones *super-femeninas* de Edith Wharton, Gertrude Atherton y Mary Wilkins en la novela, de Agnes Repplier en la crítica, de Amelie Rives y Alice Brown en la poesía, de Cecilia Beaux en la pintura, de Fannie Bloomfield-Zeisler en el piano, de Lilia Nordica, Emma Nevada y Emma Eames en la escena de la dramática, de Foie Fuller é Isadora Duncan en la coreografía, de Susan B. Anthony y Mary Wright Sewall en la campaña feminista, de otras muchas en los órdenes de la vida social, económica, intelectual y aún política.

En ellas veía expresarse el genio de la mujer en los Estados Unidos, un genio “sano, vigoroso y activo”. También en este punto la visión de Henríquez Ureña era plenamente moderna y liberal. De manera recurrente a lo largo de su vida, el dominicano iría tratando de llamar la atención sobre el papel intelectual y artístico que la mujer desempeñaba y, sobre todo, debía permitírsele desempeñar, esto con tanta mayor urgencia en los países latinoamericanos.

Las letras hispanoamericanas

En otra línea de su producción escrita, la más abundante, el joven se dedicó a elegir, criticar y resaltar las mejores muestras de las letras hispanoamericanas, en particular cubanas y dominicanas. En el conjunto, como eje central de reflexión y análisis, se encuentra el tema del modernismo literario.

En “Dulce María Borrero” dice que esta poeta cubana proviene de un hogar en que, cuenta la fama, todos reciben visitas de las musas. Hija del poeta Esteban Borrero Echeverría, cultiva las letras y la pintura, como su hermana Juanita (ya fallecida). Pero si ésta era estupenda y

Estados Unidos, donde se casó con Eleanor Broadfoot (1878-1934). Eleonora era mezo-soprano, y en esos años tuvo presentaciones en Roma, Milán, Lisboa, Viena, San Petesburgo, Londres y otras ciudades.

“enfermizamente idealista”, la tendencia de Dulce María “parece ser filosófica”. Ya cercana a la madurez creativa, “forma hoy con la pensadora Aurelia Castillo de González, la vigorosa e inspirada Mercedes Matamoros y la profunda y exquisita Nieves Xenes, el cuarteto de poetisas que honra a la patria de la Avellaneda: cuarteto superior, por el pensar y el sentir como por la versificación, a cualquier otro grupo de poetisas que pudiera presentar en este momento otro país hispano-americano.”⁹⁴

Pedro dedicó el texto “Martí escritor” a resaltar el valor del poeta como uno de los grandes escritores castellanos del siglo XIX, precursor además del modernismo. Honrado como libertador en Cuba, a José Martí no se le da la importancia que merece como escritor, cuando fue sobre todo “hombre de pensamiento”. La misma obra independentista era parte de un plan más amplio, “contribuir al engrandecimiento del ideal democrático y progresista del mundo americano con la creación de una confederación antillana”. El estilo de Martí es “sabio por la estructura, claro en el concepto, original en las imágenes, infinitamente variado en la expresión y con todo y sobre todo, personal y ‘humano’ y siempre rico de pensamiento.” Gran orador, empeñoso periodista, “supo fijar los rasgos salientes de un espíritu tan complejo como el de los Estados Unidos”. No se le aquilata en Cuba, aseguraba Henríquez Ureña, porque no tuvo como campo de acción su patria. En cambio se le aprecia mejor en otros países donde vivió (Venezuela, República Dominicana, Argentina y México). Finaliza con este reclamo: “Es ya, por lo tanto, un deber de cultura nacional divulgar en Cuba la obra literaria de José Martí. El medio es sencillo: publicar, en vez de las limitadas y costosas ediciones actuales, que se justifican como colección de obras completas, una edición popular y económica de sus obras escogidas.”⁹⁵

⁹⁴ En *Obras completas*, tomo 1, pp. 95-96. Dulce María Borrero (1883-1945), poeta y activa defensora de los derechos de las mujeres. Su hermana Juana (1877-1896) tuvo formación en dibujo y pintura, colaboró en las revistas *La Habana Elegante*, *El Fígaro* y *Gris y Azul*. Su padre, Esteban Borrero Echevarría (1849-1906), fue poeta y ensayista; se le considera precursor del modernismo literario; además, hizo estudios de Medicina y estuvo muy involucrado en la lucha por la independencia de su país. Henríquez Ureña exaltaba a Dulce María, de poco más de veinte años, a la altura de la poeta y cuentista Aurelia Castillo González (1842-1920), la poeta, periodista y traductora Mercedes Matamoros (1851-1906) y la poeta Nieves Xenes (1859-1915). Junto con ellas, a excepción de M. Matamoros, Dulce María ingresó a la Academia de Artes y Letras de Cuba desde su fundación, en 1910.

⁹⁵ *Ibidem.*, pp. 109-11. José Julián Martí Pérez, hijo de españoles humildes, nació en La Habana en 1853. A edad temprana publica sus primeros trabajos independentistas en *El Diablo Cojuelo* y en *La Patria Libre*, revista fundada por él mismo en 1869. A finales de ese año, a la edad de 17 años, es apresado y condenado a seis años de prisión. En 1871 es deportado a España, donde hace estudios de Derecho, Filosofía y Letras. Publica los folletos políticos *El Presidio en Cuba* (1871) y *La República española ante la Revolución Cubana* (1873); también escribe el drama *Adúltera* (1873). Se traslada a México (1875-1876), donde participa en los círculos intelectuales más importantes; se casa en este país con la cubana Carmen Zayas Bazán en 1877. Regresa a Cuba en 1878 y al año siguiente es deportado de nuevo a España. En 1880 se afincan en Nueva York, donde realiza una muy intensa actividad

El poeta cubano está presente en otro de los ensayos de Pedro, uno de los más extensos y prolijos, “El modernismo en la poesía cubana”.⁹⁶ Ahí dice que en los años anteriores a la última guerra, en Cuba hubo creación de formas y estilos individuales y regionales (Martí, Casal, Nicolás Heredia, Manuel de la Cruz, etc.), desarrollos que corrían paralelos a las tendencias modernistas en otros países. Como fueron partidarios de la revolución, generalmente estuvieron ausentes de la patria. De ahí que, muertos ellos, “pocos escritores cubanos se esfuerzan por darle sello moderno a la literatura”. Son unos pocos los herederos actuales de los modernistas cubanos, dice, si bien hay rasgos modernistas aislados en muchos escritores. En cambio, prevalece hasta el momento la impronta peninsular. Cuba parece haberse detenido en el periodo romántico español de Campoamor y Núñez de Arce. Henríquez Ureña, no obstante, reconoce que hay en los escritores cubanos, a pesar del estilo que empieza a ser anticuado, una tendencia filosófica avanzada.

La preocupación de Henríquez Ureña por la ausencia de modernismo en Cuba, no sólo era por su deseo de estar en consonancia con las tendencias de vanguardia. Lo grave de que no haya modernismo, dice, es que ese movimiento “representa una faz importante y necesaria de nuestra evolución artística”. La búsqueda de nuevas formas de expresión literaria tenía, como fin ulterior, arribar a “un arte definitiva y genuinamente nacional”. En esto se basaba su anhelo por “una legión soñada de poetas típicos en quienes cante *toda* el alma de nuestra raza y de nuestra naturaleza”.⁹⁷

El ambiente cubano era poco propicio para la renovación intelectual, según escribía Pedro en otros artículos. En “Juan Núñez Guerra” dice: “Voces de desaliento se escuchan, el pesimismo anuncia la muerte de la literatura cubana: ‘No hay ambiente; los periódicos se comercializan; los maestros callan; y, lo peor de todo, la nueva generación no aparece.’ ” Llama la atención sobre la

periodística en diversas publicaciones, siendo corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires, *El Partido Liberal* de México, *La República* de Honduras y *La Opinión Pública* de Montevideo. Además de sus actividades políticas y conspirativas, trabaja por un tiempo como cónsul de Montevideo, Paraguay y Argentina en Nueva York. En 1882 publica su libro de versos *Ismaelillo*, en 1889 edita cuatro números de *La edad de oro*, revista destinada a los niños de América, y en 1891 aparecen sus *Versos sencillos*. A partir de 1891 se intensifica su actividad revolucionaria, funda el Partido Revolucionario Cubano (1892) y viaja constantemente dentro y fuera de los Estados Unidos para conseguir apoyos y establecer los preparativos de la revolución, consiguiendo la participación del dominicano Máximo Gómez y el cubano Antonio Maceo, los dos principales estrategas militares. Después de muchas dificultades, desembarca la expedición a principios de abril de 1895 e inicia la lucha por la independencia de Cuba. José Martí, exaltado como dirigente máximo, cae abatido en combate, en Dos Ríos, el 19 de mayo de ese mismo año.

⁹⁶ *Ibidem.*, pp. 173-70.

⁹⁷ *Ídem.*

promesa literaria de Núñez Guerra, a quien conocía personalmente y a quien en otro artículo sugería como heredero literario de Casal. Por sus propios méritos ha destacado, dice, a pesar del ambiente, y si no avanza será culpa del mismo entorno.⁹⁸

En un artículo que publicó sin firma, dedicado a reseñar el libro *Crónicas humanas* de Mario Muñoz Bustamante, el dominicano es particularmente duro respecto a la falta de ambiente y la imposibilidad del escritor profesional en Cuba.

Indicaba recientemente el Dr. Borrero Echeverría, en una extensa y luminosa carta á Enrique José Varona, la ausencia de *ambiente* en Cuba para ciertos géneros de literatura. La observación es justa. La verdadera literatura no es aquí profesión; siendo que en todas partes el artista debe vivir de su arte, porque solo de tal manera puede consagrarle la mayor suma de sus energías. Esta observación es oportuna en el caso de Mario Muñoz Bustamante. Si este escritor viviera en los Estados Unidos, por ejemplo, ganaría su vida publicando *Crónicas humanas*, en vez de tener que dedicarse, como en Cuba, á escribir diariamente *crónicas teatrales*, que nunca serán su verdadero campo, y sólo á ratos cultivar el género en que descuella.⁹⁹

El dominicano se ocupó en sendos ensayos de dos poetas de su patria: Gastón Deligné y José Joaquín Pérez. En “Reflorescencia” decía que hasta ese momento había pensado que Deligné, de quien era amigo personal, era “un poeta de grandes capacidades no ejercitadas y tal vez no desarrolladas”. Llegó a temer que se hubiera estancado, pues “¿qué es el talento sin renovación?”. El poeta es filosófico, dice, observador y analítico, muy apto para el modernismo. Esto le da pie para insistir en el movimiento artístico: “Y por modernismo americano entiendo, no exclusivamente las sectas afrancesadas, sino todo ese movimiento que está formando un arte, si complejo y refinado, genuinamente regional, como reflejo puro de la individualidad psíquica de los pueblos hispanos del Nuevo Mundo [...]” Por eso saluda los nuevos poemas de Deligné, en los que hay nuevas versificaciones, nuevos ritmos.¹⁰⁰

La muerte de José Joaquín Pérez (1900), comentaba en el otro ensayo, no causó en República Dominicana la conmoción que debiera. En esos años de renacimiento político (1899-1902) tampoco hubo mucha actividad literaria. En cambio, durante la dictadura y después de 1902, cuando se desataron de nuevo las pugnas políticas, abundaron las revistas y los poetas.

⁹⁸ *Cuba Literaria*, La Habana, junio 15 de 1905. AHCM-PHU, Caja 1.

⁹⁹ “Crónicas humanas”. AHCM-PHU, Caja 1.

¹⁰⁰ En *Obras completas*, tomo 1, pp. 183-85.

Henríquez Ureña se pregunta entonces: “¿Será que nuestro temperamento antillano necesita de las guerras y de las amarguras para producir poesía? La producción de nuestros escritores está regulada por los vaivenes de la política [...].”

Tal fue el caso de J. J. Pérez, que desarrolló su poesía mientras asumía la lucha patriótica, el periodismo y labores en el gobierno. Lírico, de emociones intensas, nunca pesimista, el ideal del progreso nacional fue uno de sus temas centrales. Hacia el final de su vida, entusiasmado por la guerra de Cuba (1895-1898), su poesía se renovó; adoptó de manera personal las innovaciones modernistas. En un siglo de pesimismo y rebeldías líricas, concluye Henríquez Ureña, “fue un espíritu de equilibrio, de aquellos cuyo tipo más eminente es Goethe: espíritu amplio y profundo, dulce y fuerte, a veces doloroso, pero fundamentalmente sano”.¹⁰¹

En el artículo “Sobre la Antología”, Pedro recogía la noticia de que Américo Lugo, en Santo Domingo, pretendía iniciar una antología de poetas dominicanos. Recordaba que ya se habían hecho intentos infructuosos en 1874 y 1892, señalaba los problemas que enfrentaría la tarea, así como su opinión sobre los poetas, las generaciones y los poemas que tendrían que incluirse.

Su juicio es directo y severo: “nuestros poetas, sobre todo los viejos, solamente han producido, cada uno, tres o cuatro composiciones selectas que, por otro lado, sería lástima perder.” Considera que de las tres generaciones literarias del siglo XIX, la cumbre corresponde a los poetas J. J. Pérez y Salomé Ureña. Asimismo menciona los nombres, con juicios sintéticos, de la actual generación (Pellerano Castro, los Deligné, B. O. Pérez, Fabio Fiallo, Enrique Henríquez), así como de los novísimos: “A mi juicio, los dos adalides de la poesía juvenil dominicana son Valentín Giró y Porfirio Herrera. Este es el más correcto, el más sereno i aquel más variado, más animado, más original.”¹⁰²

En su labor crítica sobre la exigua literatura en Cuba y República Dominicana, Henríquez Ureña se sustentaba en la visión de José Enríque Rodó. Este le había aportado ideas

¹⁰¹ “José Joaquín Pérez”, en *Obras completas*, tomo 1, pp. 199-206.

¹⁰² “Sobre la Antología”, fechado en La Habana, octubre de 1904; publicado en *La Cuna de América*, Santo Domingo, noviembre 20 de 1904. AHCM-PHU, Caja 1. La labor de antologador del dominicano Américo Lugo tardaría unas décadas en realizarse. Américo Lugo (1870-1952) había publicado el tomo de poesías *Heliotropos* (1903) y *Ensayos dramáticos* (1906). Era periodista, historiador y abogado, que tendría una muy amplia e importante obra en esos campos.

fundamentales sobre la literatura y sobre la importancia social de la misma. Se ocupó de la obra del uruguayo, de manera dilatada, en el ensayo “Ariel”, publicado en enero de 1905.¹⁰³

Además del contenido de *Ariel*, le interesaba su estilo; Rodó era el “estilista más brillante de la lengua castellana”. Ciertamente, dice, que en España y América hay prosistas de elevada talla, pero en Rodó hay un estilo nuevo “que deja de ser el *hombre* para ser más definidamente su intelectualidad”. Esta transfiguración de la lengua castellana, “abandonando los extremos de lo rastroso y lo pomposo, alcanza un justo medio y se hace espiritual y sutil, dócil a las más diversas modalidades, como el francés de Anatole France o el inglés de Walter Pater o el italiano de D’Annunzio.” El estilo de Rodó era uno de los espejos, el principal en lengua castellana, en que se miraba el joven dominicano que se iba formando el suyo.

La admiración seguía siendo (y seguirá siendo) mayúscula. El escritor uruguayo, resume Pedro, se dirige a los jóvenes de la elite intelectual, su intención es formar “el ideal” en las clases dirigentes. El pesimismo que reina en la juventud actual conduce a pensar que estamos ante un profundo “desfallecimiento espiritual”. Sobre esto versa Rodó, señalando la necesidad de la armonía en el desarrollo de las facultades humanas, subrayando la importancia del arte en ese proceso. En la actualidad, dice Henríquez Ureña, muchos artistas tienen carencia de sentido práctico, mientras que los no artistas llegan a concebir el arte como ejercicio inútil y vano.

Rodó critica el utilitarismo y resalta el desarrollo democrático, cuyo fin genuino es suprimir las distinciones artificiales (sobre todo las socioeconómicas) para permitir el desenvolvimiento del “mérito individual positivo”. “El problema del porvenir inmediato”, comenta el dominicano, “es poner riqueza al alcance de todos y las soluciones propuestas por Henry George y por los socialistas van pareciendo cada día menos ilusorias.”¹⁰⁴ La civilización deberá ir disminuyendo la lucha por la vida y estableciendo en su lugar el principio de la solidaridad.

Enseguida, Henríquez Ureña ajusta cuentas con Rodó en el tema de los Estados Unidos, que el rioplatense consideraba “la encarnación del verbo utilitario”. Es lo más discutible del libro, dice. Al espíritu norteamericano, recuerda, ya lo criticaron y más duramente Hostos y Martí. En

¹⁰³ “Ariel”, en *Obras completas*, tomo 1, pp. 145-52.

¹⁰⁴ El empresario, periodista y economista estadounidense Henry George (1839-1897), sobre todo en su exitoso libro *Progress and Poverty* (1879), había impulsado la idea de que cada ser humano es dueño de lo que crea, pero no de los recursos naturales, que pertenecen a la humanidad por igual. Propuso por ello medidas que evitaran el usufructo de bienes no creados, en particular, a través de un impuesto a la propiedad de la tierra.

aquel país hay dos males contradictorios que en el actual periodo de agitación se han recrudecido: el orgullo anglosajón que sustenta las tendencias imperialistas, y el espíritu aventurero, “origen del comercialismo sin escrúpulos y del sensacionalismo invasor y vulgarizador.” Pero:

Por encima de sus tendencias prácticas, aquel pueblo sustenta un ideal elevado, aunque distinto de nuestro ideal *intelectualista*: el perfeccionamiento humano, que tiene por finalidad el bien *moral* y debe traducirse socialmente en la dignificación de la vida colectiva.

Hoy mismo se ofrece a la mirada escrutadora, sugestivo para nuestro pensamiento, el perseverante esfuerzo idealista de la mejor parte, la genuinamente representativa del espíritu norteamericano, contra las tendencias corruptoras que amenazan invadir todos los campos de la actividad nacional: los hombres de probidad inflexible y *agresiva* en política; el periodismo serio, que es el más culto y noble del mundo; los escritores, desde el decano Howells hasta la admirable Edith Wharton, figura culminante de la juventud, que cultivan una literatura original y vigorosa, de honda psicología y estilo selecto; los artistas, creadores de una escuela nueva e independiente de pintura y escultura que ha dado glorias universales como Whistler y Sargent, Saint Gaudens y La Farge; los científicos que se consagran a una labor *desinteresada*, como Giddings y Wardm fundadores de sistemas sociológicos; los educadores y conferencistas que llevan al seno de las masas el evangelio de la elevación moral e intelectual.

Hablaba con conocimiento de causa sobre las tendencias en la cultura estadounidense. No dejaba nublar su juicio por las intromisiones descaradas y humillantes de los Estados Unidos en los países latinoamericanos. Respecto a la idea de Rodó sobre la pérdida de “los valores latinos”, se pregunta qué valores debemos conservar. Sin desdeñar la tradición española, somos americanos, asienta, y debemos mantener la idea de “la concepción moderna de la democracia, base de las evoluciones del futuro”. Debemos buscar la enseñanzas fecundas donde se encuentren. Lo que es urgente es “dar a las energías sociales un fin, un sentido ideal, una *idea-fuerza* capaz de unificar e iluminar los impulsos dispersos en el espíritu de la raza.” Tal era el sentido del pujante cosmopolitismo de Henríquez Ureña.

Seguía haciendo suyo el llamado a la juventud intelectual, como lo había hecho desde que leyó el *Ariel* en Santo Domingo poco antes de salir hacia los Estados Unidos. Concluía trayendo a discurrir la figura de Salomé Ureña: “La fe en el porvenir, credo de toda juventud sana y noble, debe ser nuestra bandera de victoria”. Esa es la enseñanza de Rodó, cuya obra “está destinada, como dijo Gastón Deligne de la poesía de Salomé Ureña, a mantener ‘de una generación los ojos

fijos en el grande ideal' ”. La creación intelectual y estética, en el fondo, estaba destinada a desempeñar una función social: orientar e inspirar altos valores morales.

Para finalizar este apartado hay que mencionar un escrito más, dedicado a una de las mayores figuras literarias de finales del siglo XIX y principios del XX: Rubén Darío.¹⁰⁵ En 1905, el mismo año en que el poeta publicó sus *Cantos de vida y esperanza* en España, el joven Henríquez Ureña escribió su ensayo, que no publicó en revistas pero que incluyó en su primer libro, editado a finales de ese año. Los *Cantos de vida y esperanza*, dice Pedro, corresponde a esos momentos en que los poetas gustan de mirar hacia atrás y recordar su evolución. Es una obra “plena y melancólica de hombre”.

Refiere la trayectoria de Darío. Desde *Azul*, dice, lo distingue la originalidad, se va haciendo cada vez más humano, por completo independiente, el más revolucionario de los modernistas. Refiere apenas, sin darle importancia, la leyenda de su desenfreno. Lo que le interesa son sus innovaciones estéticas. Las analiza técnicamente, indicando que aquí el examen de la forma es fundamental. “Axioma es ya: cada gran manifestación artística crea su propia forma. La forma sólo debe interesar cuando está hecha para decir alguna belleza: armonía del pensamiento, música del sentir, creación de la fantasía.”

El poeta que encabezó la revolución modernista, que ha ayudado a derribar la retórica romántica, ahora ha buscado temas sociales, dice Pedro. El reparo más importante que pone al escritor nicaragüense es por su antisajonismo. En particular a causa del verso “¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”, que figura en el poema “Los cisnes”. El poeta, opina el dominicano, debe ser vidente, ir más allá de muros, lenguas y razas, así que “¿por qué hacer hincapié en rivalidades de raza que el tiempo barrerá [...]?” Pero de cualquier manera, concluye, con sus nuevos cantos, esperanzadores, Darío “ha llegado a ser el poeta *representativo* de la juventud de nuestro idioma en este momento.”

¹⁰⁵ “Rubén Darío”, en *Obras completas*, tomo 1, pp. 207-223. Rubén Darío nació en Metapa (actual Ciudad Darío), Nicaragua, en 1867. Se educó en la ciudad de León, donde sus versos, siendo aún niño, despertaron la admiración pública. Muy joven, en 1882, viajó a El Salvador, con lo que iniciaba una larga vida de viajes por América Latina, Europa y Estados Unidos, trabajando en el periodismo y, más adelante, en la diplomacia. Su fama como poeta fue internacional, más allá de las fronteras de la América española, se le valoraba como un renovador de los temas y las técnicas de la poesía. Sus principales obras: *Abrojos* (1887), *Azul...* (1888), *Los raros* (1896), *Prosas profanas y otros poemas* (1896), *Castelar* (1889), *Cantos de vida y esperanza* (1905), *Poema del otoño y otros poemas* (1910), así como su autobiografía, *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915). El máximo exponente del modernismo hispanoamericano fue también famoso por sus correrías y excesos bohemios. Las convulsiones políticas en Nicaragua pusieron fin a su carrera diplomática, a partir de 1910. Enfermo, volvió a la ciudad de su infancia, León, a finales de 1915, donde murió el 6 de febrero de 1916.

Concepciones sociales

Pedro Henríquez Ureña escribió en 1905 dos ensayos sobre temas de sociología teórica, fundamentales para terminar de entender su visión sobre lo que eran y lo que deberían ser las sociedades latinoamericanas.

En “La sociología de Hostos”¹⁰⁶ emprende la tarea pendiente de analizar la obra del pensador puertorriqueño. Se ocupa del *Tratado de Sociología*, publicado póstumamente en Madrid (1904), en el que Hostos trabajaba por una ciencia social sistemática, sin alejarse demasiado de las concepciones de Auguste Comte y Herbert Spenser. Aceptaba el método inductivo-deductivo, el procedimiento experimental como el único realmente científico para la sociología. Entendía a la sociedad como un ser u organismo vivo y a la ciencia social como la encargada de formular las leyes que rigen su funcionamiento.

En el segundo de los trabajos que compone su *Tratado*, muestra aspectos más originales. Hostos es determinista en su filosofía general, considera las leyes cósmicas como absolutas e inamovibles. Pero en su concepción sociológica admite la libertad individual. Se trata de un “determinismo prudente”, señala Henríquez Ureña, nada raro en los positivistas desde Comte, que “conceden a la sociedad el poder, dentro de los límites naturales, de regular y modificar las condiciones de su propia existencia”. Esta es la línea que privilegia Hostos.

Considera la voluntad humana como agente perturbador que suele obstar a la realización del orden que debe resultar del eficaz cumplimiento de las leyes naturales de la sociedad, pero agente al cual es posible reducir, por medio de la educación, de la civilización, al cumplimiento de esas mismas leyes; y cree, por otra parte, que en este momento de la evolución histórica, “el hombre es ya adulto de razón y hasta se le puede considerar adulto de conciencia”, y, en tal virtud, debe ya comenzar a regir sus actos individuales y colectivos por la interpretación de las verdades que ha descubierto.

[...]

Como es natural en tan elevado y generoso espíritu, Hostos encuentra vicioso en casi todas sus partes el sistema de vida de la sociedad actual; a cada paso descubre un defecto, censura con indignación un error, plantea un problema: cuando, es la mala organización de los poderes de

¹⁰⁶ En *Obras completas*, tomo 1, pp. 113-120.

gobierno, especialmente la rudimentaria del electoral; luego, la falta de cohesión de la familia, “que está ahora en el principio de su evolución”; más tarde, las tendencias agresivas de las naciones fuertes; y frecuentísimamente los múltiples yerros de los pueblos latinoamericanos, a quienes presentó en otros escritos el terrible dilema: “Civilización o Muerte”.

Contra cada mal, indica un procedimiento regenerador: [...] Los remedios que propone no son los de las teorías socialistas corrientes: la solución de los problemas humanos piensa que la dará siempre no una revolución, “barrido extemporáneo de basura”, sino el conocimiento exacto de las leyes naturales del mundo y de la sociedad, que permita determinar “la cantidad de bien ya realizado y los medios del bien por realizar”.¹⁰⁷

Hostos creía en el avance civilizatorio de las sociedades con base “en el aumento de razón común, *en el aumento de la voluntad por la moral*, en el predominio universal de la conciencia”. En las concepciones sociales de Hostos existía una mística de liberación de la humanidad, en general, y de los pueblos antillanos, en particular.

En otro ensayo, titulado “Sociología”,¹⁰⁸ se ocupó de *La evolución superorgánica*, libro de Enrique Lluria aparecido en Madrid en 1905. Inicia Henríquez Ureña con la idea de que en las sociedades se suceden épocas de pesimismo y de optimismo. La tendencia pesimista fue dominante al final del XIX, con las filosofías de Schopenhauer y Hartman, la poesía decadente, las novelas rusas, el drama escandinavo y la obra de Nietzsche. Pero al iniciar el siglo XX ganó fuerza la corriente optimista. A la luz de nuevos ojos, Ibsen, Wagner y Tolstoi, “resultan hoy mejor comprendidos, maestros de energía y entusiasmo”.

Y es que, mientras los últimos metafísicos se empeñaban en probar la infinita vanidad de todo, la ciencia, la misma que minaba los cimientos de los castillos *noumenales*, construía las bases de un nuevo edificio cuya columna central es la fe en el Triunfo de la Vida y de la Evolución: el optimismo de Spencer y de Haeckel, el meliorismo de Sully, la filosofía de la esperanza de Fouillée, el ideal futuro de Guyau...¹⁰⁹

El libro de Lluria es parte de esa corriente. Su estudio está basado en “la concepción de la vida como resultado de la Evolución de la Sustancia universal (Materia y Energía inseparables) sometidas a la ley del Ritmo que rige todas las organizaciones”. Cada ser representa un sistema

¹⁰⁷ *Ibidem.*, pp. 118-19.

¹⁰⁸ En *Obras completas*, tomo 1, pp. 121-28. Enrique Lluria Despau (1863-1925), médico cubano especializado en Urología. Hizo su carrera en España, donde colaboró con Santiago Ramón y Cajal. Al año siguiente publicaría otra obra en la que también se ocupó de cuestiones sociológicas, *Humanidad y porvenir*.

¹⁰⁹ *Ibidem.*, p. 122.

de ritmos y hay una tendencia natural hacia una mejor adaptación y coordinación de las acciones, de lo pequeño a lo “superorgánico”.

Los sociólogos, dice Henríquez Ureña, siempre han visto en los pueblos llamados latinos una preponderancia del principio de la solidaridad sobre el principio de la lucha. Pero lo que parece prevalecer son las divisiones y disputas sociales: “Siendo la explotación de una clase por la otra la base de la civilización –dice Friedrich Engels-, su evolución se realiza en contradicción constante. Cada progreso de la producción es al mismo tiempo un retroceso en la situación de la clase oprimida, es decir, de la mayoría.” Lluria, según Henríquez Ureña, parte de un razonamiento similar y concluye que ese tipo de evolución social es una aberración.

Lo que se debe hacer es reconducir el proceso de evolución: “Conocidos los factores de la evolución –adaptación, selección y herencia-, debe estudiárseles y ayudárseles a fin de reintegrar al hombre en el proceso evolutivo de la naturaleza.” Estas ideas, ataja Henríquez Ureña, pueden parecer muy raras, pero están basadas, aún las más hipotéticas, en la experiencia científica. La conclusión que extrae de Lluria es la siguiente:

Por lo tanto, una de las necesarias tareas preparatorias de la realización de una vida social más acorde con las leyes naturales de la evolución, ha de ser la racionalización del pensamiento de las mayorías por medio de una educación positiva, científica y práctica, destructora de la rutina, “que es a la inteligencia lo que la inercia a los cuerpos brutos”.

Así preparados los cerebros para las concepciones reales y justas, percibirán más clara la necesidad de reformas cuyos resultados sean una vida físicamente normal y sana que tienda espontáneamente a la más alta *actividad* y un desarrollo superior de la moral científica, cuyo ideal es la armonía.¹¹⁰

Reconducir, a través de la educación racional, la forma en que se desenvuelven las sociedades. Tal era el programa social necesario, urgente para las tierras caribeñas que, más allá de sufrir la dominación de las naciones poderosas, eran incapaces de darse un destino autónomo y organizado. Países civilizados “a medias”, estaban urgidos de dirección. La visión positivista, en las versiones de Hostos o Lluria, se articulaba con la visión que Henríquez Ureña se estaba construyendo sobre el modernismo. Este, a través de la innovación creativa, debía contribuir al desarrollo de una identidad nacional. Por un lado, la “legión soñada de poetas típicos en quienes

¹¹⁰ *Ibidem.*, p. 126-27.

cante *toda* el alma de nuestra raza y de nuestra naturaleza”, y, por el otro, la reforma de las conciencias de la población en general.

En sus *Memorias*, Pedro acepta que en Nueva York por algún tiempo se volvió positivista. Estos ensayos revelan la profundidad de esa escuela de pensamiento en él. Filósofos latinoamericanos como Hostos o el mexicano Gabino Barreda habían hallado en la corriente positivista un sistema de pensamiento con respuestas y vías para la reforma radical y ordenada de sus sociedades. Similar era el caso del joven Henríquez Ureña. Más que evidente el desastre de revoluciones y disputas interminables por el poder en sociedades como la dominicana o la cubana, el progreso civilizatorio debía buscarse por la vía de la educación de las conciencias, en acuerdo con las “leyes de la evolución”.

Lo anterior es muy claro en el artículo “Educación científica”¹¹¹, donde habla de la carencia en Hispanoamérica de una visión científica del mundo, real, racional y práctica, y, en particular, de las limitaciones y defectos de la educación en Santo Domingo. Es perentoria la necesidad de reformar toda la enseñanza, acusaba.

Así ha resultado una asombrosa falta de consistencia en el pensamiento de nuestros intelectuales y un general desconocimiento de la base científica de las cosas en los demás *educados*. Faltando los conceptos claros, definidos, reales, no puede haber profundidad en el juicio ni sentido práctico para la acción. Tenemos, fuera de dudas, muchos científicos, inventores, industriales y artistas incipientes que no pasan de *dilettanti* porque no saben dar fin ni formas á sus esfuerzos y aficiones; y, en la misma situación se hallan muchos políticos y hombres de negocios á quienes ninguna enseñanza ha demostrado el infalible, universal teorema de que malos procedimientos dan á la postre malos resultados.

En un par de años, Henríquez Ureña abandonará el positivismo como modelo de interpretación social. Pero su visión sobre las sociedades latinoamericanas mantendrá como base esta necesidad de conducción racional. En vista de las experiencias de los países del Caribe, resultaba evidente que hacía falta dirección, hacía falta la reforma de las conciencias a través de la educación. La tarea del intelectual consistía en hacer prevalecer el punto de vista de la razón. El héroe moderno que requería Henríquez Ureña (escritor, artista, poeta, maestro) era el intelectual que trabajara con la vista puesta en los más altos valores, pero con sentido social, con compromiso solidario.

¹¹¹ “Educación científica”, en *El IberoAmericano*, Santo Domingo, dic 1905. AHCM-PHU, Caja 1.

La visión mística civilizadora de Hostos, junto con la concepción de Rodó sobre el arte, la literatura y el papel de la juventud en los países latinoamericanos, eran los ejes de la concepción sobre el trabajo intelectual que el joven dominicano se iba formando. Por eso, en su producción escrita se empeñaba intensamente en la crítica: había que conocer y evaluar el panorama general de las manifestaciones artísticas en el plano internacional, había que analizar, con dureza, la situación de la literatura en el área que le correspondía, la del Caribe en primer lugar, establecer su valía y los horizontes hacia donde debía andar. Para Henríquez Ureña la corriente del modernismo, bastante extendida en otros países latinoamericanos, seguía siendo la vía para la renovación estética, en búsqueda de una personalidad cultural propia.

* * *

La experiencia en Nueva York había sido fundamental. Más allá del “peligro yanqui”, Henríquez Ureña abrevó en las poderosas tendencias artísticas e intelectuales en la ciudad estadounidense. Su idea de civilización, germinada y cuidada en los círculos íntimos en Santo Domingo, se afianzó y adquirió mayor complejidad. En contraste con Nueva York, La Habana fue para él un periodo de escritura y reflexión. La abundancia de su producción escrita en esos meses indica la fuerza con que estaba trabajando su mente y la intensidad de sus preocupaciones.

En Nueva York, su temperamento mostró una tendencia a la melancolía, a pesar de los continuos estímulos estéticos e intelectuales. Al parecer esa tensión se resolvió en La Habana. Decidió desterrar las tristezas, o mejor dicho, intentó dominarlas. Es probable que la misma falta de un ambiente intelectualmente más propicio que percibía en La Habana, lo obligara a examinarse con detenimiento y a tratar de recomponer su carácter. Se propuso ser más fuerte, más decidido.

El escritor Domingo de Villalba recogió una conversación que sostuvo con Pedro durante un paseo en La Habana. “Un wagneriano me decía, ‘yo que he leído del maestro Wagner, una frase terrible para los latinos.’ // Ese wagneriano es mi compatriota y hermano espiritual Pedro Nicolás Henríquez Ureña.” A Villalba debemos un retrato singular de aquel joven, optimista y apasionado, entonces de 21 años.

Lohengrin, exclamaba, ¡qué fascinador! La despedida, la barca conducida por el cisne, el caballero teutón, el dulce Lohengrin que hace un gesto lírico, Elsa apasionada que turba hasta las almas grotescas, tal fue motivo encantador y sugestivo, para los nostálgicos dolorosos que vamos, allá, hacia el Sur, á la conquista de un vellocino de oro, con el alma de argonautas; todo fue leve y voluptuoso á los peregrinos que vamos camino del mundo, á los impulsivos, revolucionarios y apasionados, hartos de rutinas indiscretas y de rígidas tradiciones artísticas; todo fue halagador para los que anhelamos una estética de modernización; para los que anhelamos el Profeta, el Cenobiarca, el Mesías generoso que predique una “buena nueva”; para los que anhelamos un Jesús del Arte que venga de la Galilea de la civilización, de un Jesús que moralice con sus ritos estéticos y juzgue la belleza como Carlyle, con un criterio amplio y especulativo, conceptuoso y humano.

[...]

En mi concepto, Pedro Nicolás Henríquez Ureña, tiene en su espíritu mucho de ese sajonismo y algo de una cruel filosofía moderna. Ama á Whistler, el pintor realista de los Estados Unidos. Y he notado que menciona más á los intelectuales sajones que á esos graves y dulces latinos.

Él lee más el idioma de Macanlay que el de Jovellanos. No es bohemio y ha recibido una influencia que juzgo dolorosa á su temperamento literario.

Mientras hablo de don Juan Valera, él, risueñamente, en el paseo, en nuestra amable *causerie*, me cita un artículo del ilustre filósofo don Enrique José Varona, sobre un notable escritor inglés. Yo casi lo he visto, á mi camarada, juzgar las cosas de la vida, con las teorías filosóficas de Augusto Comte, en un grato charloteo amabilísimo.¹¹²

Era el “Pedro heroico”, como lo recordará varias décadas más tarde Alfonso Reyes, muy vivaz e intelectualmente intempestivo. Como se ha dicho, no se sintió a gusto en La Habana, pero fue ahí donde se desplegó su práctica intelectual, ya diversa y compleja. A lo largo de su vida estaría bastante ligado con la isla. En Cuba, su padre y sus hermanos radicarían por lustros y, sobre todo Max y Camila, realizarían una importante labor intelectual. El mismo Pedro sería guía de intelectuales cubanos de generaciones posteriores (iniciando con José María Chacón y Calvo, Luis Alejandro Baralt, Gustavo Sánchez Galárraga, Mariano Brull y José Castellanos, en 1914).

¹¹² Villalba, Domingo, “Escorzos Literarios”, *Diario de la Marina*, La Habana, agosto 18 de 1905. En AHCM-PHU, Caja 1.

A finales de 1905, mientras meditaba el plan de salir de Cuba, Henríquez Ureña también emprendió la tarea de publicar un libro. Dice: “reuní dinero y coleccioné trece artículos que publiqué en un folleto de ciento veinte páginas”.¹¹³ Escogió sus trabajos sobre la música italiana, Richard Strauss y el *Parsifal* de Wagner, los ensayos sobre los escritores ingleses Wilde, Pinero y Shaw, así como el dedicado a D’Annunzio. De los temas hispanoamericanos eligió los ensayos sobre el poeta José Joaquín Pérez, el modernismo en la poesía cubana, el *Ariel* de Rodó y el que tenía inédito sobre Rubén Darío. Agregó los dos sobre sociología. Una selección que muestra bien las áreas de sus preocupaciones y sus líneas de reflexión: manifestaciones artísticas de avanzada en el mundo occidental, el modernismo hispanoamericano como renovación cultural y el camino para el mejoramiento social de los países latinoamericanos indicado por la ciencia positiva. La orientación que ya claramente estaba dando a su labor intelectual se sintetiza en el título del libro: *Ensayos críticos*.¹¹⁴ El 28 de diciembre recibió los ejemplares, que empezó a repartir.

Las buenas noticias que comunicaba su amigo Arturo R. de Carricarte sobre México, al fin lo decidieron a embarcarse a la aventura. En aquel país trataría de labrarse una carrera como escritor. Salió de La Habana el 4 de enero de 1906, dejando una situación relativamente buena y sin consultarlo con su padre. Apenas ese mismo día le escribía a Santiago para avisarle, previendo que quisiera detenerlo, como de hecho intentó. Rompía el cerco familiar y el cerco de las Antillas; su horizonte de intereses iba más allá. Todavía alcanzó a leer en Cuba algunas notas que comentaban muy favorablemente su libro.

En México, Pedro viviría los años de su plena juventud hasta alcanzar la madurez, de los veintiuno a los treinta años (1906-1914). Encontraría un espacio de acción intelectual muy propicio. Su práctica intelectual habría de consolidarse, con redefiniciones importantes, dentro de un denso entramado de relaciones intelectuales.

¹¹³ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 98.

¹¹⁴ *Ensayos críticos*, publicados en la Imprenta de Esteban Fernández, La Habana, 1905. Reeditados en *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 2001 [1960].

Capítulo 3. La integración de Henríquez Ureña en la juventud intelectual mexicana

Pedro Henríquez Ureña arribó a tierras mexicanas en los primeros días de 1906. Tenía 21 años. Desde la adolescencia había decidido que sería escritor. Cultivó la poesía y fue madurando su sentido de crítica (literaria, teatral, musical y sociológica). Tenía ya una mirada cosmopolita y empezaba a desplegar sus intereses intelectuales. Había vivido los últimos cinco años fuera de su patria, así que sabía lo que significaba ser extranjero. Esto podía ser una desventaja, sobre todo si se considera su piel oscura y su procedencia de una modesta isla del Caribe. Emprendía una aventura, trataría de forjarse una carrera literaria en un país ajeno.

Estuvo en el puerto de Veracruz poco más de tres meses, trabajando en el periodismo. Luego se trasladó a la ciudad de México, donde también consiguió empleo en un diario, *El Imparcial*. En la capital, el dominicano encontró a quienes serían sus compañeros de viaje durante varios lustros. Se integró pronto a la nueva generación de escritores que, a la postre, serían conocidos bajo el nombre de una de sus organizaciones, el Ateneo de la Juventud.

En el Ateneo de la Juventud, fundado en 1909 y renombrado Ateneo de México en 1912, se agruparon intelectuales como Antonio Caso, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, entre muchos otros, que protagonizaron un movimiento de renovación cultural (artístico, literario, filosófico y educativo) cuya influencia en la sociedad mexicana duraría varias décadas. Este movimiento emergió en los que serían los últimos años de la dictadura de Porfirio Díaz. Los jóvenes jugaron dentro de las reglas del régimen, pero con una intensa voluntad de cambio cultural. Fundaron la revista *Savia Moderna* en 1906, organizaron series de conferencias y manifestaciones públicas entre 1907 y 1910.

La materia de este capítulo es el proceso de incorporación del dominicano a los ambientes intelectuales mexicanos. ¿Cómo trató de iniciar una carrera de escritor en el país ajeno y desconocido?, ¿con qué recursos contaba, cómo los utilizó, con quiénes se relacionó, qué tanto éxito tuvo?, ¿cuáles fueron sus experiencias, cuál fue su mirada sobre los ambientes culturales de México? Adelantemos que un tema fundamental es su integración a la revista *Savia Moderna*, proyecto cultural que dio primer impulso a la dinámica colectiva de los jóvenes. ¿Cómo se

desarrolló ese proyecto editorial?, ¿cuál fue la participación de Pedro?, ¿en qué radica la importancia de *Savia Moderna* para el conjunto de aquellos jóvenes intelectuales?

He intentado establecer cómo se desarrolló la práctica intelectual del dominicano durante un corto periodo en el que estaba en juego el porvenir de su estadía en México: había que encontrar un espacio para establecerse y desarrollarse. Asimismo, analizo el espacio de la revista como centro en el que se articularon los intereses y las tendencias de sus nuevos compañeros, esto dentro del panorama de un México definido por la contradictoria paz porfiriana.

I. México a principios del siglo XX

Al iniciar el siglo XX el régimen del general Porfirio Díaz parecía sólido, pero ya estaban en marcha procesos de desgaste y crisis que determinarían su fin. “Orden y progreso”, el lema del positivismo que se ostentaba como ideología oficial, era una realidad para los grupos en la cúspide del poder económico y político. Puede decirse que también era una realidad para el país en su conjunto, en comparación con las enormes dificultades y conflictos que la sociedad mexicana atravesó durante el siglo XIX. El país se modernizó, pero la modernidad porfirista fue excluyente y se basó en un sistema autoritario que con frecuencia derivaba en represión violenta.¹

Porfirio Díaz había ascendido al poder mediante un movimiento armado en 1876. Durante las dos últimas décadas del siglo su gobierno impulsó la modernización económica en un esquema orientado hacia el exterior (exportación de materias primas y atracción de capitales extranjeros). Se construyó una amplia red de ferrocarriles que conectó los principales centros de producción con la capital y hacia el exterior. De 1877 a 1900, la tasa anual de crecimiento del Producto Interno Bruto fue de 2.1, mientras que de 1900 a 1910 fue de 3.3; ambas cifras mayores

¹ Sobre los aspectos históricos de este periodo me he basado en *Historia general de México tomo 2*, México D. F., El Colegio de México, 1988 [1976]; Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México*, México, Buenos Aires, Editorial Hermes, 1965 (sobre todo los dos tomos dedicados a la vida social y la vida económica durante el Porfiriato); François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica 2010 [1988]; Álvaro Matute, *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, México, editorial Océano, 2010; Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, dos tomos, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973 [1960].

al ritmo de crecimiento de la población (1.2 y 1.1, en los periodos respectivos). En la primera década del siglo, la tasa de crecimiento fue muy alta en la producción agrícola de exportación (5.6) y en la minería (7.3). El valor de las exportaciones, de 40.5 millones de pesos en 1877-1878, alcanzó los 287 millones en 1910-1911. Las importaciones aumentaron de 76.8 millones en 1888-1889, a 213 millones en 1910-1911.²

El progreso material se basó en la concentración de la riqueza y la profundización de la desigualdad social. Fue precisamente en los sectores de mayor desarrollo (en la minería y la industria textil) donde se expresaron, a principios del siglo XX, movimientos obreros de fuerte articulación organizativa e ideológica. La represión fue expedita. Así se dio término a la huelga de Cananea, en 1906, y a la de obreros de la industria textil en Río Blanco, en 1907, para citar los casos que más resaltan como precursores de la revolución social iniciada en 1910.

Durante el porfiriato aumentó la concentración de la propiedad de la tierra en manos de un puñado de hacendados y terratenientes. La visión de los liberales, con Benito Juárez a la cabeza, había sido construir un país fundamentalmente de pequeños y medianos propietarios, para lo cual fueron emitidas a lo largo de los años varias leyes y decretos de enajenación, nacionalización y ocupación de tierras. El gobierno de Porfirio Díaz tomó otra orientación. Mediante la Ley de colonización de 1883 y sobre todo la Ley de ocupación y traslado de terrenos baldíos de 1894, dio un enorme impulso a las empresas deslindadoras encargadas de explorar y establecer los límites de terrenos susceptibles de ser reclamados por el Estado, para luego ser vendidos a particulares. Las compañías deslindadoras eran a su vez pagadas con un tercio de las tierras deslindadas.

Entre 1853 y 1876 las tierras enajenadas ascendieron a poco más de 3 millones y medio de hectáreas. En contraste, durante el porfiriato, entre 1877 y 1909, se enajenaron 47 millones 483 900 hectáreas. El territorio así redistribuido no sólo correspondió a las regiones norte y noroeste, como en el periodo liberal previo, también abarcó la zona del golfo de México y el sur del Pacífico.³ No se creó una clase media rural, sino enormes latifundios, y a la vez se despojó a

² François-Xavier Guerra, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica 2010, pp. 332 y 336.

³ Wilkie, James W., "Primera reforma agraria en México, 1853-1909, a través de la estadística nacional", *México and the World*, Vol. 3, No. 3 (Summer 1998), consultado en línea (octubre de 2011) en http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume3/3summer98/laestadistica_economicap2.html.

campesinos y comunidades indígenas. El despojo de tierras y la extraordinaria concentración de la propiedad de la tierra fueron factores propiciadores de la revolución social de 1910.

La concentración de la riqueza fue al parejo de la concentración del poder político, lo cual propició que las formas democráticas se convirtieran en simulación pública. En el establecimiento de su dictadura, Díaz fue destruyendo o limitando el poder regional de los caudillos y caciques, muchos de ellos compañeros en la revolución que lo había llevado al poder. El general Bernardo Reyes sirvió en esa tarea como brazo político militar en el norte del país, consolidándose así como una de las personas más poderosas dentro del régimen en la última década del siglo XIX. Por otro lado, la paz porfiriana se complementó con una política de conciliación con la jerarquía católica, dejando sin efecto muchas de las disposiciones que contra ésta establecían las leyes de Reforma.

La paz y la prosperidad material produjeron una especie de *belle époque*, restringida a los sectores urbanos y acomodados. A las ciudades, dice Luis González, “se les puso agua pura, drenaje, luz eléctrica, escuelas y jardines. En la ciudad se construyeron lujosas oficinas burocráticas, acueductos, fábricas, palacetes archidecorados, vecindades, mercados, tiendas de lujo, teatros, avenidas, fuentes y estatuas.” El avance fue visible, más que en cualquier otra parte, en la capital, que de nuevo “fue la ciudad de los palacios”, aunque no “llegó a ser totalmente aseada, sana y de buen gusto”. Las clases elevadas y las medias “querían que los países fuertes nos vieran con buenos ojos, que los rubios de Europa y el norte se sintieran a gusto en ésta su casa, que la nueva república fuese objeto de créditos, que nos cobijasen la ópera, el *art nouveau*, los modistos parisienses y los bailes de las cortes europeas”.⁴

Si bien hubo un florecimiento de las artes y la literatura, el avance cultural en general no presenta cifras espectaculares, y de nuevo se concentra en la capital y unas cuantas ciudades más. En 1878, al inicio del periodo porfirista, existían en el país 5 mil 194 escuelas primarias. Dos décadas más tarde, en 1900, el número se había más que duplicado (12 016), pero siete años después apenas se contabilizaban 52 escuelas más (12 068). La oferta educativa más allá de la primaria fue muy reducida. Las escuelas secundarias y preparatorias eran 59 en 1878; más de veinte años después, en 1900, eran 77; y para 1907 se habían reducido a 60. Mientras que en la educación superior, para el primer año de referencia se tenían 42 escuelas profesionales técnicas,

⁴ *Ibidem.*, p. 1012-4.

normales y universitarias, en 1900 se contaba con 71, y para 1907 había apenas dos más. Cabe añadir como indicadores en el campo de la cultura, que en 1893 había 23 museos en todo el país, seis de ellos en la ciudad de México, y en 1907 existían 38, de los cuales trece se encontraban en la capital. En 1893 existían 100 bibliotecas, mientras que en 1907 eran 187, de las cuales 49 estaban en el Distrito Federal.⁵

Como distintos autores han indicado, el movimiento ateneísta no habría sido posible sin la prosperidad económica, si bien restringida a una minoría social. Tres rasgos de la modernidad porfirista son fundamentales para entender la emergencia de la juventud intelectual que constituirá el Ateneo de la Juventud: el proyecto educativo de corte positivista, el desarrollo de las ciudades (la ciudad de México sobre todo) y la ampliación de las clases medias. Estas tendencias, estrechamente ligadas, tienen que ver directamente con el progreso económico; pero no tienen su origen en el porfiriato, sino en las directrices liberales implantadas anteriormente.

El gobierno porfirista hizo suyo el proyecto liberal en materia educativa, del cual fue artífice Gabino Barreda entre 1867 y 1878. El gran mérito de Barreda fue adecuar a la realidad mexicana la doctrina positivista de Auguste Comte. En la Escuela Nacional Preparatoria, fundada en 1868, se formaron las nuevas generaciones que debían ayudar al progreso de la nación. Durante el porfiriato, la profundización y expansión del proyecto educativo se realizó bajo el liderazgo de Justo Sierra, gran reformador mexicano que, después de haber pasado por varios cargos importantes, llegó a la Subsecretaría de Justicia e Instrucción Pública en 1901. Misma que, a instancias suyas, fue elevada a Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en 1905, quedando como su titular hasta 1911. En 1910, como parte de los festejos del centenario de la Independencia, Sierra vio realizado un proyecto que había lanzado por primera vez en 1881 cuando era diputado: la fundación de la Universidad Nacional de México.

Muchos de los ateneístas fueron educados en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ambas en la ciudad de México, la cuales para principios del siglo XX presentaban ya signos de anquilosamiento, en gran medida debido a la dogmatización de la enseñanza positivista. Uno de los aspectos que permiten definir de manera global a los jóvenes del Ateneo es la revisión crítica que harán del positivismo.

⁵ Cifras tomadas de *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*, Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística, México, 1956. Consultado (octubre de 2011) en http://www.inegi.gob.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/pais/historicas/porfi/ESPI.pdf.

La ampliación de la educación y el desarrollo de las ciudades fueron factores que permitieron el aumento de las clases medias. Las huestes de las clases medias (profesionistas, abogados, médicos, ingenieros, maestros, burócratas, oficinistas, técnicos, etc.) se insertaban, más que en los procesos productivos, en el sector servicios y sobre todo en la estructura estatal. La mayoría de los escritores ateneístas, que nacieron y crecieron en el porfiriato, así como las generaciones inmediatamente previas, que se iniciaron en la vida laboral mientras el régimen se consolidaba, tuvieron en la administración pública y la política la ruta principal para ganarse el pan y prosperar socialmente. Los hombres de poder, por su parte, se allegaban y brindaban protección a los artistas y escritores para aumentar su propio prestigio público. Abundan los ejemplos, como el caso del general Bernardo Reyes con el poeta Manuel José Othón, o el gobernador por lustros de Veracruz, Teodoro Dehesa, con el también poeta Salvador Díaz Mirón.

La clase media se concentraba en las ciudades y sobre todo en la capital de la república. El crecimiento de la ciudad de México se estaba acelerando: en 1884 contaba con 300 mil habitantes, para 1900 la cifra era de 344 mil y en 1910 alcanzó los 471 mil habitantes, muy por encima de las otras principales ciudades, de las cuales sólo Guadalajara rebasó los 100 mil habitantes para los dos últimos años de referencia.⁶ La ciudad de México era el centro administrativo, económico y político del país, tendencia histórica que fue profundizada durante el régimen del general Díaz.⁷ En comparación con la actualidad, las dimensiones de la ciudad de principios del siglo XX parecen minúsculas (no mucho más allá de lo que conocemos como Centro Histórico), pero para sus contemporáneos crecía a una velocidad impresionante. Y en sus zonas centrales (el primer cuadro y el Paseo de la Reforma) mostraba una exuberante prosperidad (restaurantes, hoteles, el “Jockey Club”, la joyería “La Esmeralda”, las residencias aristocráticas).

Asimismo, la ciudad era el centro cultural por excelencia. Ahí se encontraban los principales teatros, se editaban los periódicos y las revistas más importantes, ahí se educaban los jóvenes venidos del interior de la república, en la Escuela Nacional Preparatoria y en las escuelas

⁶ Cifras citadas por Alejandra Moreno Toscano, “México”, en Morse, Richard M., *Las ciudades latinoamericanas. 2. Desarrollo histórico*, México, Sep-Setentas, 1973, pp. 174-5. La ciudad de México era más populosa que La Habana, por ejemplo, que contaba con 297 mil habitantes en 1907, pero igualmente pequeña en comparación con la ciudad de Nueva York, donde habitaban 3 millones 437 mil habitantes en 1900.

⁷ Gustavo Garza, en el trabajo “El sistema ferroviario y eléctrico como génesis de la concentración industrial en la ciudad de México (1878-1910)”, detalla la manera en que la inversión en infraestructura se concentraba en la ciudad de México o tenía como efecto el fortalecimiento de la misma. Trabajo incluido en *La ciudad y el campo en la historia de México. Tomo I. Memoria de la VII Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*, Oaxaca, México, 23-26 de octubre de 1985. México. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

profesionales. Capital de la cultura, la literatura en primer plano, la ciudad de México fue el ambiente de los jóvenes escritores y artistas de inicios del siglo XX. Será también el escenario principal de sus batallas culturales.⁸

No obstante, la mayoría de los mexicanos seguía viviendo en el campo. De los poco más de 15 millones en 1910, el 80 por ciento vivía en localidades de menos de 5 mil habitantes, y el 68 por ciento de la Población Económicamente Activa laboraba en el sector agrícola (contra 15 por ciento en la industria y el 17 por ciento en el sector servicios). México, además, seguía siendo abrumadoramente analfabeta: más del 80 por ciento. En 1895, las personas que sabían leer y escribir representaban el 14 por ciento de la población, en 1900 el 16 por ciento y para 1910 ascendió a 19.7 por ciento.⁹ La clase media ilustrada, a la que perteneció el grueso del Ateneo, era una minoría urbana que tendía a concentrarse en el centro del país.

A partir de 1907, el país vivió un periodo de inestabilidad económica por varias razones: el efecto inflacionario que tuvo la adopción del patrón oro en 1905; la crisis monetaria financiera en los Estados Unidos de 1907-1908, y la crisis internacional de la producción minera de 1907-1910. Además, la producción agrícola, sobre todo la de subsistencia, sufrió fuertes contracciones a partir de 1907 debido a una serie de malas cosechas por sequías.¹⁰

En los primeros años de la década del siglo XX inició una fuerte disputa al interior de la clase política. El 1904 el dictador se reeligió nuevamente, esta vez por seis años gracias a una reforma con la que se aseguraba que Díaz encabezara los festejos del centenario de la Independencia en 1910. Se reestableció además la figura de Vicepresidente, lo que intensificó las disputas dentro del gobierno. Díaz se inclinó por el bando de los “Científicos”, la facción que dominaba, entre otras áreas de la administración, la económica y la educativa. Este grupo, con el poderoso ministro de Hacienda José Yves Limantour a la cabeza, era en gran parte responsable del diseño de la modernización económica del país. Fueron bautizados con ese nombre debido a que, desde su consolidación en el régimen a finales del siglo XIX, pretendieron, a la manera

⁸ Sobre los aspectos culturales de la ciudad de México, véanse: Fernando Curiel, *Paseando por Plateros*. Colección Memoria y olvido: Imágenes de México. México, Cultura/Secretaría de Educación Pública-Martín Casillas Editores, 1982; Carlos Martínez Assad y Alicia Ziccardi (coordinadores), *1910: la Universidad Nacional y el barrio universitario*. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

⁹ Georgina Naufal, “Economía mexicana en la primera década del siglo XX”, en Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coordinación e introducción), *Revista Moderna de México. 1903-1911. II. Contexto*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002, p. 58.

¹⁰ Cf. François-Xavier Guerra, *Op. cit.*, pp. 332-337; Georgina Naufal, *Op. cit.*, pp.59-71.

positivista o tecnocrática, conducir las labores de gobierno con criterios basados en el saber objetivo y científico.¹¹ La preferencia de Díaz por este bando determinó la declinación de la otra gran facción, la del general Bernardo Reyes, quien había llegado a ser Ministro de Guerra y cuya influencia se dejaba sentir sobre todo en el norte del país.

A partir de entonces, la densa trama política cuyo centro elevado era Porfirio Díaz entró en un periodo de agitación que no cesaría hasta la renuncia del dictador. La famosa entrevista que dio el presidente al periodista norteamericano James Creelman en 1908, en la que anunciaba su retiro político a partir de 1910 y aseguraba que el pueblo mexicano estaba preparado para la democracia, relanzó la agitación. Contra sus palabras Díaz postuló su reelección, de tal suerte que la disputa en la clase política se centró en quién se colocaría en la vicepresidencia, que más temprano que tarde debía obtener el máximo poder con la muerte del dictador, entonces ya octogenario. Pero los descontentos se extendían mucho más allá de las disputas dentro de la clase política. La oposición al régimen creció en forma de antireeleccionismo, alimentado desde varias fuentes sociales y políticas. El movimiento opositor que encabezó Francisco I. Madero, primero por la vía política y electoral, y luego a través de las armas, habría de dar fin a la dictadura que duró más de tres décadas.

II. En búsqueda de un espacio en tierras mexicanas

Labor periodística en Veracruz

Pedro arribó al puerto de Veracruz el 7 de enero de 1906. Traía algo de dinero que había ahorrado y una cantidad obsequiada por sus ex empleadores de la empresa Silveira y Cía. Venía para reunirse con Arturo R. de Carricarte, el amigo cubano que les había pintado un interesante panorama a él y su hermano Max. Panorama que a Pedro le decepcionó de inmediato. La

¹¹ Luis González señala que los Científicos nunca fueron más de 50 y enlista una veintena de principales: Francisco Bulnes, Sebastián Camacho, Joaquín Diego Casasús, Ramón Corral (vicepresidente de 1904 a 1911), Francisco Cosmes, Enrique C. Creel, Alfredo Chavero, Manuel María Flores, Guillermo de Landa y Escandón, José Ives Limantour, los hermanos Miguel y Pablo Macedo, Jacinto Pallares, Porfirio Parra, Emilio Pimentel, Fernando Pimentel y Fagoaga, Rosendo Pineda, Emilio Rabasa, Rafael Reyes Spíndola y Justo Sierra Méndez. “El liberalismo triunfante”, *Op. cit.*, p. 956.

población era un desastre, había mucha pobreza, “no había coches, las calles casi se parecían á las de Cabo Haitiano”.¹²

A pesar de esa precariedad, Veracruz era sumamente importante para la vida comercial del país por su conexión con la ciudad de México. A partir de mediados del siglo XIX había retomado un papel predominante, como el que había desempeñado en los tiempos coloniales. Desde la década de 1870 realizaba el 75 por ciento del tráfico exterior por puertos marítimos. Su población creció notablemente: en 1877 había 10 mil habitantes, para 1900 eran 29 mil y alcanzaría las 49 mil personas en 1910. No obstante, el desarrollo del puerto estaba supeditado a los manejos del centro. Alejandra Moreno Toscano explica:

La población de Veracruz creció a medida que el comercio aumentaba, sobre todo después de que se estableció la línea de ferrocarril que unía al puerto con la ciudad de México. En 1880 Veracruz tenía ligas –por intermedio de la ciudad de México– con todas las ciudades importantes del país.

Podría decirse que el auge del puerto no es más que consecuencia directa de la creciente centralización de las transacciones comerciales, nacionales e internacionales, en la ciudad de México, ya que Veracruz nunca fue un puerto que hubiera controlado de manera independiente un mercado interior propio. Por el contrario, Veracruz fue siempre una extensión –geográficamente necesaria– de la ciudad de México, y la ciudad de México, el puerto –en el sentido estricto– de las mercancías importadas que se distribuían en el interior del país.¹³

La situación del dominicano no era fácil. Llegaba a una ciudad cuya vida social y cultural, al parecer, no se beneficiaba mucho de la incesante actividad comercial. El joven tenía recursos económicos escasos y no contaba con amistades influyentes en México. Era casi un desconocido; recién intentaba darse a conocer mediante su libro *Ensayos críticos*, que había enviado a muchos literatos y pensadores hispanoamericanos, entre ellos algunos mexicanos.

Mantuvo una amistad íntima con Arturo de Carricarte, pues, dice en sus *Memorias*, “sus rarezas no las descubrí enseguida”. Acompañó a su amigo en la empresa de sacar a la luz una *Revista Crítica*, que Pedro juzgó una “fantasía” dentro del medio veracruzano “y para un público

¹² Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000 [Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989], p. 100.

¹³ Alejandra Moreno Toscano, “México”, en Morse, Richard M., *Las ciudades latinoamericanas. 2. Desarrollo histórico*, México, Sep-Setentas, 1973, pp. 74-75, 188-181.

tan poco crítico como el hispano-americano”.¹⁴ No obstante, se dio a la tarea con intensidad y entre ambos trataron de darle proyección a la revista, de la cual publicaron dos números, en enero y febrero. Se editó en la imprenta de *El Dictamen*, diario veracruzano en el que Carricarte era jefe de redacción. Escribieron a personas y diarios mexicanos de importancia, que en general respondieron con parabienes. Incluso del extranjero tuvieron algunas correspondencias favorables. Contestaron, entre otros, el presidente Porfirio Díaz y el Ministro de Instrucción, Justo Sierra, así como el crítico norteamericano Charles Leonard Moore, el escritor y humanista español Rafael Altamira y el filósofo cubano Enrique José Varona.

Pedro escribió gran parte del contenido de la revista. En sus *Memorias* indica que el “artículo-programa” contenía “demasiada divagación” y fue elaborado por su compañero de faena. No obstante, los conceptos expresados no diferían de lo que él mismo pensaba. En el texto se deploraba el aislamiento y desconocimiento entre los países latinoamericanos, las serias limitaciones de sus producciones culturales y su bajo nivel educativo. El propósito de la revista era combatir tales situaciones, trabajar por y para América. La *Revista Crítica* sería vehículo de comunicación de una Asociación Literaria Internacional Americana, de la cual se daba la primicia de su creación. Dados los modestos recursos, de todo tipo, de la publicación y sus dos redactores, la empresa era ilusoria. Pero indicaba un ideal máximo.¹⁵

A finales de enero, Pedro consiguió empleo como secretario de Ministerio Público, a cargo de José Hinojosa, quien era además director de *El Dictamen*.¹⁶ Un mes más tarde, cuando Carricarte se ausentó, Hinojosa empezó a pedirle artículos para el diario, así que empezó a escribir las *Crónicas de la semana*. Este género era muy cultivado en la prensa de la época y consistía en resumir de manera amena los principales acontecimientos locales e internacionales de todo tipo. Pedro tenía así entradas monetarias que, aunque exiguas, evitaron la evaporación de los recursos con que había llegado.

¹⁴ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 100. Las “rarezas” de Carricarte se refieren a su homosexualidad y a tendencias bohemias.

¹⁵ AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 490-92. El texto está incluido en Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, México D. F., Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, pp. 14-20. En este libro se pueden consultar extractos de la *Revista Crítica*. No tengo noticias de la mencionada Asociación Literaria Internacional Americana.

¹⁶ Una primera muestra de la fusión que había en México de los puestos públicos con las empresas culturales. El periódico fue fundado como *El Dictamen Público* por Francisco J. Miranda en 1898. En 1904 fue adquirido por el español José de Casas y el neoleonés José Hinojosa, quienes cambiaron el nombre por *El Dictamen, diario independiente de información*.

Tan efímera fue la vida de la *Revista crítica* como la amistad con Arturo de Carricarte. Había incompatibilidad personal e intelectual. Se trataba de aquellas “rarezas” (homosexualidad, vida bohemia) de Carricarte, de las “vaguedades” de sus escritos y del “sistema de elogios” con que pretendió llevar adelante la revista. A Pedro seguramente se debió la idea de que los artículos del segundo número de la *Revista Crítica* llevaran las iniciales de cada uno.

Finada la revista, Pedro siguió publicando en *El Dictamen* cada fin de semana y algunos días más; incluso ya estando en la ciudad de México mandó otras colaboraciones. Se ocupó de diversos asuntos: un escándalo sobre la prostitución en el puerto, el fallecimiento de artistas españoles, el aniversario del nacimiento de Benito Juárez, la celebración de la Semana Santa en Veracruz, la discusión en Francia en torno a la división de bienes entre el Estado y la Iglesia, entre otros temas. Escribió también acerca de los estrenos de obras de teatro en el extranjero y en México, pues en el puerto no encontraba gran cosa que comentar en materia de espectáculos. Fue particularmente incisivo en cuanto a las zarzuelas. El primer fin de semana de abril comentaba: “Anteriormente, una serie de estrenos de zarzuelas han venido á probar la al parecer irremediable decadencia del género chico. Cada vez menos musicales, pues la música viene á ser en ellas incidente casi siempre mal encajado, las nuevas zarzuelas tienden cada vez más francamente á la comedia sainetesca de chistes que sería caridad llamar picarescos, pues van muy cerca de lo pornográfico.”¹⁷ De todas maneras, aún de tales espectáculos destacaba como excepciones a algunas buenas actrices.

En asuntos políticos y sociales, el joven dominicano mostraba un claro criterio personal, tomaba posiciones ideológicas y desarrollaba reflexiones sociales. Por ejemplo, se decía a favor de “permitir, aunque no sancionar, la prostitución”, dada la imperfección de la sociedad moderna. Asumía la posición abolicionista contra la pena de muerte, por ser ésta “perfectamente anti-científica”.¹⁸ Su postura liberal y progresista seguía basada en una visión positivista: los males morales de las sociedades se explicaban por lo deficiente aún del progreso civilizatorio; los criterios para determinar el progreso social eran de carácter científico, a la manera de leyes evolutivas. Esto se observa también en sus opiniones acerca de los Estados Unidos y su relación con Hispanoamérica.

¹⁷ “Impresiones de la semana”, *El Dictamen*, sábado 7 y 8 de abril de 1906. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, f. 503.

¹⁸ “Impresiones de la semana”. *El Dictamen*, sábado 3 de marzo de 1906; Impresiones de la semana. *El Dictamen*, sábado 10 de marzo de 1906, AHCM-PHU, Album de Collections, fs. 496, 497.

El 31 de marzo el asunto principal de sus *Impresiones* fue el Congreso Pan-Americano, a realizarse ese año. Buenos augurios veía en la discusión de la “Doctrina Calvo”¹⁹, la cual estipulaba que las deudas internacionales nunca deberían cobrarse por la fuerza. Señalaba que, asumida junto con la doctrina Monroe, salvaguardaría la integridad de los países latinoamericanos. A la vez, Henríquez Ureña confiaba en que la potencia norteamericana se vería balanceada por el ascenso de las naciones de América del Sur, los “próximos colosos”, debilitando así la influencia de los Estados Unidos en los países débiles de Centroamérica y el Caribe.²⁰

El periodista dominicano era demasiado optimista al avizorar esas posibilidades de equilibrio geopolítico, ya que el poderío militar y económico de los Estados Unidos iba en franco ascenso, su política internacional era cada vez más agresiva y, a la larga, no sería tan franco el ascenso de los “colosos” del sur. Por otro lado, Henríquez Ureña era un tanto fatalista respecto al destino de los países pequeños. Es sus *Impresiones* publicadas el 14 y 16 de abril, hablaba sobre el caos político que imperaba en Venezuela, apuntando que tal vez llegaría un día en que esos países pequeños fueran absorbidos por “el empuje vigoroso é irresistible de los grandes organismos.”²¹

Al ocuparse de los más variados temas, Henríquez Ureña mantenía una preocupación general sobre el porvenir de las sociedades hispanoamericanas. Esto abarcaba, por supuesto, los asuntos literarios. En su reseña para la *Revista Crítica* de la novela *Claudio Oronoz* del mexicano Rubén M. Campos, aprovechó para exponer la idea de que la novela era un género concomitante al desarrollo de las naciones. Aunque hay casos excepcionales, dice, el desarrollo de la novela va de la mano con la prosperidad material de los países.²² La opinión tiene importancia. Para que el género de la novela se desarrollara, se requería, en principio, determinadas condiciones de producción y circulación (la posibilidad del sostenimiento material de los escritores en cuanto tales, la existencia de editoriales capaces de producir y comercializar los libros), así como un mercado amplio de lectores. Todo ello sólo era posible a través del desarrollo económico y social,

¹⁹ Carlos Calvo (1824-1906), diplomático sudamericano y tratadista de derecho internacional. La doctrina que lleva su nombre se encuentra formulada en *Derecho internacional teórico y práctico de Europa y América*, de 1863.

²⁰ “Impresiones de la semana”. *El Dictamen*, sábado 31 de marzo de 1906. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 500-2.

²¹ “Impresiones de la semana”. *El Dictamen*, 14 y 16 de abril de 1906, AHCM-PHU. Album de Collections, fs. 511-14.

²² “Notas editoriales é información” *Revista crítica*, febrero de 1906, AHCM-PHU. Album de Collections, fs. 506-8

lejano aún en la mayoría de los países latinoamericanos. Mientras que la importancia de la novela estribaba en que, al ser un género de largo aliento, contribuiría notablemente en la constitución de una personalidad cultural fuerte y propia del país de origen.

Para Henríquez Ureña, como para la mayoría de los escritores, el periodismo era una forma de sostenerse materialmente, pero también era un espacio de reflexión, a partir de cual se podía impulsar una visión propia de las cosas. De hecho, se puede decir que Henríquez Ureña hacía ideología hispanoamericana. Utilizaba asuntos de actualidad o coyuntura para reflexionar con cierto detenimiento sobre la cultura y la sociedad en Hispanoamérica. Así lo hizo en su contribución a la edición especial de *El Dictamen* del día 21 de marzo, dedicado a conmemorar el nacimiento de Benito Juárez, el prócer nacional más venerado en esa época en México y también el más discutido.

En el artículo “El nuevo indígena”²³ el dominicano señalaba que las razas en las naciones modernas no se forman, sociológicamente hablando, por los factores étnicos, “sino por el tipo que en ellos determinan las condiciones del medio en que se desarrollan y por el conjunto de *ideas-fuerzas* que distinguen sus más altas manifestaciones.” En ese sentido se puede hablar de una raza hispanoamericana, formada a través de la adaptación del europeo al nuevo ambiente y de los indígenas a la nueva civilización. Se ha producido “el nuevo indígena”, término que pregona su compatriota el poeta José Joaquín Pérez. Benito Juárez encarna ese tipo: “defensor de la tierra nativa y mantenedor de la civilización heredada de Europa. Hombre simbólico, perteneció á la época en que comenzaba en la nación mexicana su proceso de *intelección*, y personifica ese proceso.”

Según Henríquez Ureña, en el “periodo heroico” de la lucha por la independencia, se necesitaban sobre todo hombres henchidos de patriotismo. En los tiempos posteriores, una vez conseguida la independencia y dados los problemas internos de los países, se necesitaron “más que patriotas, hombres de inteligencia superior” que estimularan “el proceso de *intelección*, o sea, de formación de la conciencia nacional”, y encauzaran “la evolución del país, armonizando las fuerzas del progreso y conservación latentes en todo organismo social.” En Juárez coincidieron ambos tipos. En la séptima década del siglo XIX, continúa Henríquez Ureña, los países enfrentaron el proceso crítico de su consolidación, precedida por tiranías e invasiones europeas,

²³ “El nuevo indígena”, edición especial *El Dictamen*, sábado 21 de marzo de 1906, AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 499.

como en Perú, Santo Domingo y México. Resurgió entonces la epopeya, el momento heroico: “Juárez simboliza por lo tanto, una época de heroísmo consciente, y un esfuerzo de consolidación á la vez que un testimonio de fé en la bondad de la democracia hispano-americana, que á través de caídas y errores se encamina hacia la cumbre de una civilización propia y nueva...”

No se trataba de un elogio retórico más y sería interesante comparar su interpretación con otras de la época.²⁴ Pero lo que más me interesa es señalar la forma en que trata un tema que, teniendo en cuenta su reciente llegada al país, podría pensarse que le era ajeno. Y no lo era, no sólo porque se nota que Henríquez Ureña empezaba a conocer la historia de México, sino fundamentalmente porque interpretaba el tema dentro del panorama hispanoamericano. La ideología del “nuevo indígena” estaba conectada con la idea del desarrollo cultural de los países hispanoamericanos (la búsqueda de una personalidad nacional) y la necesidad de adquirir mayor fuerza en el concierto internacional.

En los primeros meses de 1906, el puesto de cronista en *El Dictamen* le dio a Pedro la oportunidad de desarrollar reflexiones político-sociales. En los siguientes años hará poco de este tipo de periodismo, pues se concentrará en el arte, la literatura y las ideas filosóficas. Su labor periodística en Veracruz fue intensa, pero solitaria. Había fracasado el intento de la *Revista Crítica*, se había alejado de su amigo Carricarte y se fue quedando sin dinero. La dupla de amigos, a pesar de lo ingenuo de su empresa, podría haber funcionado como apoyo mutuo en sus carreras. Carricarte fue quien lo introdujo al medio veracruzano, lo embarcó en la empresa de la revista y fue el primero que en tierras mexicanas reseñó su libro.²⁵ A fin de cuentas, era una lástima que la amistad no se consolidara.

Pedro no tenía recursos para trasladarse a la capital de la República, como era su intención desde el principio. Pero regresar a Cuba, como le sugería su padre, sería una derrota. La situación se resolvió, explica en sus *Memorias*, por una amistad de las que “no se suele esperar grande ayuda”. Arturo G. Mugica, redactor “modesto y empeñoso” de *El Dictamen*, se ofreció para que,

²⁴ En 1904 se publicó *El verdadero Juárez*, polémico libro de Francisco Bulnes; *Juárez, discutido como dictador estadista*, de Carlos Pereyra; *Epopeyas de mi patria. Benito Juárez. La Reforma, la Intervención Francesa. El Imperio. El triunfo de la República*, de Juan de Dios Peza. En 1905, *Juárez, su obra y su tiempo*, de Justo Sierra, y *Juárez y las revoluciones de Ayutla y Reforma*, también de Francisco Bulnes.

²⁵ En tal reseña, Carricarte indicaba que no parecía la primera obra del autor, debido a la seguridad de su escritura “y la finura explanación de doctrina”, aunque también criticaba el exceso retórico de la pieza sobre D’Annunzio y la benevolencia con los poetas cubanos. “Libros nuevos”, Arturo R. de Carricarte, *El Dictamen*, 8 de enero de 1906. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 448-451.

a través de un amigo en la ciudad de México, se le consiguiera algo con Luis Lara Pardo, jefe de redacción del diario *El Imparcial*. En quince días se aseguró su incorporación a ese diario.²⁶ Su padre, desde Cuba, le facilitó 30 pesos oro para el viaje.²⁷ A finales de abril ya se encontraba en la capital, donde no era por completo desconocido, y esto gracias a su libro *Ensayos críticos*.

La importancia de ser autor de libro

Ensayos críticos tuvo una buena acogida en la prensa cubana y en la dominicana, con algunos matices de crítica. A Pedro le agradaron sobre todo las cartas de felicitación de importantes escritores, como el peruano José Santos Chocano, desde Madrid; Ricardo Jaimes Freire, desde Tucumán, Argentina; Juan Zorrilla de San Martín y José Enrique Rodó, desde Montevideo. La carta del autor de *Ariel*, sin duda, debió darle especial alegría. Otras publicaciones latinoamericanas y una española (*Cultura española*, en artículo de Rafael Altamira, bajo seudónimo) dieron cuenta del libro.²⁸ En la ciudad de México, tres escritores hicieron eco del libro, en periódicos menores.

José Escofet, en artículo de finales de enero en *El Correo Español*, decía no conocer al autor y que un crítico joven “es siempre un asombro”. Le gustó el libro e imaginaba a Henríquez Ureña solitario, con pocos amigos, entre libros y sin compañía vulgar. La única crítica era a su “tendencia dannunziana”, “con asomos de atildado modernismo, es lo único con que no transijo. La escuela decadente está reñida con la buena literatura.”²⁹

²⁶ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 103-4. Henríquez Ureña registra el apellido de Arturo Mugica sin acento.

²⁷ Ello según cartas de su padre, a quien le agradaba la idea de que fuera a la ciudad de México, así como le había convencido su *Revista Crítica*, de la cual le requirió ejemplares y se ofrecía para conseguir suscripciones. Se limaban así las asperezas generadas por su sorpresiva partida. Véanse las cartas de don Francisco a Pedro del 28 de febrero, 21 de marzo, 7 y 20 de abril de 1906, todas desde Santiago de Cuba. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 290-99.

²⁸ Datos de Henríquez Ureña, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, FCE, 2000, pp. 102-3. Muchas de esas reseñas se pueden consultar en el fondo documental de El Colegio de México. Cabe adelantar que Henríquez Ureña habría de conocer personalmente a Rafael Altamira en el invierno de 1909-1910, durante la gira que el intelectual español realizó en México, acontecimiento importante para el dominicano como para el campo cultural mexicano.

²⁹ En efecto, el ensayo sobre Gabrielle D’Annunzio era una pieza del libro muy lírica y llena de evocaciones exóticas. La tendencia decadentista, de la cual se hablará más adelante, consistía en un marcado rebuscamiento de las formas expresivas. “Ensayos críticos. Libro de Pedro Henríquez Ureña”, *El Correo Español*, México, D. F., 26 de enero de 1906. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 453-4.

Por su parte, Carlos González Peña, en *La Patria*, comentaba haber emprendido la lectura con dudas, pues había pocos críticos verdaderos, área en la que abundaba la anarquía. Pero tuvo un “delicioso desengaño”. “Lo afirmo rotundamente: Pedro Henríquez Ureña es un crítico de buena cepa, un refinado, un temperamento que considero producto legítimo de nuestros tiempos y de nuestro arte.” Señalaba algunos lunares y resaltaba lo que tenía de novedoso.³⁰

El tercer escritor fue Ciro B. Cevallos, en *El Progreso latino*, quien indicaba que el crítico debía funcionar como juez. Para serlo, además de talento, instrucción y experiencia, se necesitaba ser sagaz en cuestión de sicología, ser tranquilo, honrado y justiciero. Debía abstenerse de pasiones, ser impersonal y analizar las obras “científicamente”. Luego de estos conceptos, concluía que Henríquez Ureña era un crítico.³¹ En efecto, como hemos visto ya con amplitud, el joven dominicano tendía a conducirse en asuntos intelectuales como juez.

José Escofet (1884-1939) y Carlos González Peña (1885-1955) eran tan jóvenes como Pedro. El primero de origen español, el otro oriundo de Lagos de Moreno, Jalisco. Ambos ejercían en esa época el periodismo como labor principal. Escofet escribiría novelas y dramas, mientras que González Peña sería conocido como uno de los mejores novelistas de la generación del Ateneo de la Juventud. En 1905 había dado a conocer su primera novela, *De noche*, y dos años más tarde publicaría *La chiquilla*.³² En contraste, Ciro B. Ceballos (1873-1938) les aventajaba una década, con lo que eso significa en el ejercicio de las letras. Fue uno de los fundadores de la *Revista Moderna* en 1898, de enorme importancia pues aglutinó a los entonces aguerridos renovadores de las letras mexicanas. Ceballos, además de una ya larga carrera periodística, había dado a conocer varios volúmenes de cuentos y era temido por la rudeza de sus

³⁰ “Páginas nuevas. Ensayos Críticos por Pedro Henríquez Ureña”, *La Patria*, México. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 490-92. Según nota de Alfredo Roggiano, en *Pedro Henríquez Ureña en México*, el artículo se publicó en la edición de *La Patria* del 26 de enero de 1906.

³¹ “Libros varios”, *El Progreso latino*, s/l, s/f. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, f. 464. Según nota de Alfredo Roggiano, en *Pedro Henríquez Ureña en México*, el artículo se publicó en la edición del diario del 7 de marzo de 1906.

³² Los datos biográficos de ambos escritores han sido tomados de Fernando Curiel, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 56. Respecto a Carlos González Peña véase también el prólogo de Emmanuel Carballo a la novela *La fuga de la quimera*, México D. F., Editorial FOCET, 1986 [1919].

comentarios. Por todo ello, la opinión favorable que expresaba sobre Henríquez Ureña tenía mayor peso.³³

Los tres escritores daban su aprobación al joven crítico. En general, con mayor o menor énfasis, así fue la respuesta de los escritores que comentaron el libro. Cabe anotar que hubo valoraciones divergentes de su contenido, que tenían que ver con los contextos de quienes lo reseñaron. En los comentarios aparecidos en México y en España, por ejemplo, había congratulación por que daba conocer nombres de poetas cubanos desconocidos. Mientras que los escritores cubanos decían que daba demasiada importancia a los poetas de la isla, y a la vez resaltaban sus ensayos sobre escritores estadounidenses o ingleses conocidos por unos cuantos en el Caribe. Esto es una evidencia del aislamiento y desconocimiento entre los grupos literarios en América Latina, como se asentaba en la *Revista Crítica*.

No fue muy grande la resonancia de *Ensayos críticos* en las publicaciones mexicanas, pero lo fundamental era que el libro servía al joven dominicano como carta de presentación en el ambiente capitalino. En el proceso de profesionalización del literato, que recién había ido tomando forma en las últimas décadas del siglo XIX en México (y en toda América Latina sucedía algo similar), el libro empezó a tener importancia central. En tanto cristalización de la obra personal y singular, se pensaba que tenía que ser la vía para el reconocimiento de alguien como “verdadero” escritor, según ocurría ya en Europa de manera corriente.

Al respecto, es ilustrativo citar la opinión de Henríquez Ureña en una carta a su primo Enrique A. Henríquez, publicada a un año de haber llegado a la ciudad de México, bajo el significativo título “¡... Un libro...!”, en referencia a un esperado volumen del poeta dominicano Gastón Deligne. Señalaba que hasta hacía quince años, “nuestros escritores no se preocupaban por crearse un nombre internacional”; luego “algunos escritores viajaron y trataron de relacionarse literariamente”, pero habían sido pocos. La publicidad en revistas y periódicos ya no bastaban. “Va pasando la época en que ‘El Mercurio de América’, la ‘Revista Moderna de México’, ‘El Cojo Ilustrado’, consagraban a los escritores. Se necesita el libro!”³⁴

³³ Cf. Ceballos, Ciro B., *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, en particular el estudio introductorio de Luz América Viveros Anaya, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

³⁴ “¡... Un libro...!”, publicada en *La Cuna de América*, de Santo Domingo, 24 de junio de 1907. En *Obras completas. Tomo I*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 317-320. El libro de poemas de Gastón Deligné, *Garalipsos*, apareció en mayo de 1908 en Santo Domingo, en edición limitada.

El libro debería ser una obra acabada, una objetivación de lo más elevado de la creatividad del autor, que lo diera a conocer y lo defendiera, que lo prolongara más allá de las fronteras de su país y significara una contribución al acervo cultural hispanoamericano. Así, al aparecer el libro: “Vaya, sin prodigarse, a manos de las personalidades serias de nuestro mundo literario; de los poetas distinguidos, de los críticos ilustrados, de los prosistas cultos. Vaya a las revistas autorizadas, a los Ateneos, a las Bibliotecas. Y entonces sabrá nuestra América que en Santo Domingo vive uno de sus altos poetas.”³⁵ Henríquez Ureña se refería a su compatriota Deligne, pero es exactamente la estrategia de publicidad que siguió él con su libro de ensayos.

En la ciudad de México

Pedro viajó en el Ferrocarril hacia la ciudad de México el sábado 21 de abril. En el largo trayecto, contempló los paisajes de la famosa ruta que, dice en sus *Memorias*, no le causaron el asombro esperado. Llegó por la noche. Se había informado de cuestiones prácticas, así que de la Estación Buenavista, en el poniente de la ciudad, se trasladó por tranvía a la plaza de la Constitución, caminando luego a una modesta casa de huéspedes. Esa misma noche fue al Teatro Arbeu, en la calle San Felipe Neri, donde se estrenaba la obra *Buena Gente* del escritor barcelonés Santiago Rusiñol. Quería ver si encontraba a alguna de las personas con las que había intercambiado cartas desde Veracruz, pero nadie supo indicárselas. El domingo se dirigió a *El Imparcial*, en la calle Colón, a unos pasos de la Alameda, pero le dijeron que volviera al día siguiente. Decidió entonces pasear y anduvo por la ciudad hasta la avenida Reforma. Volvió al Teatro Arbeu, a la función de *Don Francisco de Quevedo*, del español Florentino Sanz, y por la noche asistió al Teatro Hidalgo, en la calle Corcheros, donde se daba *Un baile de máscaras*, del italiano Giuseppe Verdi, con un modesta compañía de ópera. Se sentía muy bien.

Rara vez he sentido tan intensa sensación de felicidad como ese día; si en Veracruz mi mala situación no me había quitado el optimismo, el llegar á México ya en buenas condiciones y

³⁵ *Ibidem.*, p. 319.

sentirme –cosa peculiar– sin lazos con nadie ni más obligaciones que las que habría de imponerme mi trabajo periodístico me producía un placer lleno de tranquilidad.³⁶

El joven dominicano se sentía libre y sosegado, con un empleo en el diario más importante de México y en un entorno cultural mucho mejor que el veracruzano, donde podría disfrutar de las funciones de teatro. Días más tarde buscó a José Escofet y Carlos González Peña, los dos comentaristas de su libro, con quienes de inmediato hizo amistad. El primero le propuso hospedarse en su casa, ya que no gastaría más que en la casa de huéspedes. Aceptó y pasó un tiempo con el escritor, que vivía con su esposa y su suegra.³⁷

Le gustó no sentirse ligado a muchas amistades, así que por un mes no buscó más relaciones. Por pura fórmula visitó a un par de personas para las cuales su tío Federico le había dado cartas de presentación: Quintín Gutiérrez, un comerciante español que fungía como Cónsul de Santo Domingo, y Telésforo García, periodista español de filiación positivista, que había estado en Santo Domingo.³⁸ Se trataba de personas de importancia, que podrían haberle ayudado. Telésforo García era amigo cercano del ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, aunque puede ser que Pedro no lo supiera entonces. Como haya sido, el joven se atuvo a las seguridades que él mismo se estaba procurando y, al menos por el momento, no buscó otro tipo de apoyos.

Henríquez Ureña decía que para la carrera de escritor ya no bastaban las revistas y los periódicos, pero estos seguían siendo los medios predominantes, y en ellos realizó su labor intelectual en la ciudad de México por largo tiempo. Empezó con sus tareas periodísticas en *El Imparcial* tan pronto se presentó el lunes 23 de abril. El trabajo, dice, “era poco y las gentes amables”. Casi un año mantuvo ese empleo. Trabajaba por encargos, iba a buscar noticias a los Ministerios, hacía reseñas de las Cámaras, trabajos breves de actualidad y crónicas de teatro. Sin embargo, la carga fue aumentando y llegó a ser muy dura. Como dominaba el inglés, se le encargó la traducción de noticias del *Mexican Herald*, que eran entregadas a *El Imparcial* en galeras y se traducían hasta las dos de la mañana. Además, tenía que conseguir las noticias en el

³⁶ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 105. El Teatro Arbeu, inaugurado en 1875, ocupaba el antiguo templo de San Felipe Neri. Fue clausurado en 1945; el edificio más tarde fue recuperado y restaurado; actualmente alberga a la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, en la calle República del Salvador. El Teatro Hidalgo se hallaba en la actual calle Regina, entre la hoy avenida 5 de Febrero y el Primer Callejón de Mesones. Las instalaciones de *El Imparcial* se encontraban en la que sigue siendo Calle Colón, corta vía entre la Avenida Juárez y la Calle Balderas, muy cerca de la Alameda Central.

³⁷ *Ibidem.*, p. 105.

³⁸ *Ibidem.*, p. 106.

día y luego pasó también a una sección de traducciones para páginas dominicales y algunas diarias.³⁹ En el periódico conoció a algunos escritores mayores, Luis G. Urbina, Carlos Díaz Dufoo y Ángel de Campo, colaboradores estrellas de ese diario.

El periodismo era buen negocio para unos cuantos y resultaba una labor ingrata para la mayoría de reporteros y redactores, incluidos los jóvenes con anhelos literarios y escasos recursos que tenían la ilusión de hacerse un nombre en el mundo de las letras. A la vez, en los diarios abundaba gente poco preparada que, en la búsqueda rápida de las mejores noticias, incurría en errores, invenciones o mentiras. A pesar de todo, este tipo de empleo le dio al dominicano la oportunidad de conocer de lleno la vida social, artística y política de la ciudad.

El mundo periodístico en México era abundante y variado. Para esos años se contabilizaban más de mil 500 periódicos, de los cuales una cuarta parte se hallaba en la ciudad de México.⁴⁰ *El Imparcial*, fundado por Rafael Reyes Spíndola en 1896, era el diario más poderoso y el de mayor circulación en el país. En 1907 alcanzó un tiraje de 125 mil ejemplares, por encima de cualquier otro. Es considerado un punto de inflexión en el proceso de modernización de la prensa en México, pues marca, entre otras cosas, el paso de la prensa decimonónica dedicada a la discusión ideológica (*El Monitor Republicano* o *El siglo XIX*, por ejemplo) a una orientación más comercial, dedicada a ofrecer información siguiendo el modelo estadounidense.⁴¹ Este diario, oficioso desde el inicio, se sostenía gracias a una subvención gubernamental y a su lealtad al régimen.

En la prensa católica destacaban *El País* (1870-1908) de Alejandro Arango y Escandón, y *El Tiempo* (1883-1912) de Victoriano Agüeros. En la oposición sobresalían *El Diario del Hogar* (1881-1912) de Filomeno Mata, *Regeneración* (1900-1918) y *El Hijo del Ahuizote* (1902-1903) de los hermanos Flores Magón. Este tipo de publicaciones eran un reducto importante para la oposición y crítica al régimen; de ahí la saña con que el gobierno respondía a sus expresiones más

³⁹ *Ibidem.*, pp. 105, 110 y 114.

⁴⁰ En 1893 existían 310 periódicos en el país; en 1900, 543 (126 en el Distrito Federal) y en 1907, 1 571 (394 en el Distrito Federal). *Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*, Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística, México, 1956, consultado en

http://www.inegi.gob.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/pais/historicas/porfi/ESPI.pdf.

⁴¹ Cf. “La prensa, los periodistas y los lectores (Ciudad de México, 1903-1911)”, de Elisa Speckman Guerra, en Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coordinación e introducción), *Revista Moderna de México. 1903-1911. II. Contexto*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002. El dato sobre tirajes en la página 132; Florence Toussaint Alcaraz, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, México, Universidad de Colima, Fundación Manuel Buendía, 1989.

radicales. El periodismo “de combate” implicaba un compromiso particular. No se trataba, como para quienes trabajaban en la prensa en general, de medios para conseguir el sustento material o ganar cierta notoriedad pública. Lo que importaba era la convicción ideológica, para el periodista de oposición, en principio, no figuraba la “gloria de escritor” sino la acción directa para cambiar el estado de cosas.

El grupo de Ricardo Flores Magón y los clubes liberales de ese tiempo encarnaban dicha orientación intelectual. Los hermanos Flores Magón fundaron el periódico *Regeneración* en 1900 (en 1901 adoptó el lema “Periódico independiente de combate”) y al igual que otros intelectuales opositores, padecieron la persecución, encarcelamiento y exilio de manera sistemática. En principio liberal, el magonismo tuvo una rápida evolución ideológica hacia el anarquismo y la revolución social.⁴² A mediados de 1906, cuando Henríquez Ureña se introducía en los círculos intelectuales de elite, se daba a conocer el programa del Partido Liberal Mexicano, con fuertes críticas y exigencias sociales.

Desde los primeros años del siglo, el magonismo asumió que era inevitable la vía de las armas para luchar contra la dictadura. El grupo concibió al periódico *Regeneración* “como estructurador ideológico, político y orgánico de una corriente revolucionaria de masas, como la forma fundamental de propaganda, agitación y organización colectivas.”⁴³ El ejercicio del periodismo se fundía con la acción revolucionaria. Este tipo de práctica intelectual implicaba el rechazo a la idea de ascenso social individual. Por convicción y no solamente por necesidad, los magonistas vivieron en la misma precariedad que las masas trabajadoras, varios de ellos trabajaron como obreros. Esta orientación del trabajo intelectual era la antípoda de la vía seguida por la mayoría de los intelectuales, que buscaban ascender socialmente, alcanzar un estatus y brillo individual.

La oposición radical incluyó a hombres de diferentes generaciones, que van de Camilo Arriaga (nacido en 1862) y Librado Rivera (1864) a jóvenes como Antonio Díaz Soto y Gama

⁴² Sobre el magonismo y en general el periodismo de oposición en ese periodo, cf. Flores Magón, Ricardo, *et al.*, *Regeneración 1900-1918*. Prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, Era/Secretaría de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, 1987; James D. Cockcroft, *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo Veintiuno editores/Secretaría de Educación Pública, 1985; Florencio Barrera Fuentes, *Historia de la Revolución Mexicana. La etapa precursora*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1955; Guillermina Bringas y David Mascareño, *Esbozo histórico de la prensa obrera en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.

⁴³ Bartra, Armando, “Prólogo”, *Regeneración 1900-1918*, México, Era/Secretaría de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, 1987, p. 16.

(1880), Juan Sarabia y Práxedes Guerrero (nacidos en 1882). Estos últimos eran jóvenes intelectuales de la misma generación que aquellos con quienes se relacionaría Henríquez Ureña, como Antonio Caso, Alfonso Reyes o los citados José Escofet y Carlos González Peña. Pero en términos de práctica intelectual divergían por completo.

Pedro Henríquez Ureña, después del tiempo que se dio para establecerse en la ciudad de México, se acercó al círculo de la *Revista Moderna*, la principal publicación literaria del país. Visitó la casa de su director, Jesús Valenzuela, a la cual concurrían habitualmente numerosos literatos, de los consagrados a los incipientes. Ahí, en una primera ocasión, encontró a los jóvenes escritores Emilio Valenzuela (hijo de don Jesús), Rafael López, Manuel de la Parra y Álvaro Gamboa Ricalde.⁴⁴ Pedro conocería rápidamente a muchos otros, también cercanos a la *Revista Moderna*, que tenían bastante asimilado el anhelo de libertad estética, es decir, de poder dedicarse al arte y la literatura sin compromisos de otra índole. Se trataba de una visión que había sido propagada por la generación previa, la de los modernistas.

El modernismo literario

En México, el modernismo fue un núcleo literario de voluntad cosmopolita cuyo valor más férreamente defendido fue la libertad de creación. Según las investigadoras Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, hubo dos oleadas de modernismo, la primera protagonizada por Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895) y la segunda por el grupo decadentista.⁴⁵ Gutiérrez Nájera llegó a ser, en vida, el máximo poeta mexicano, y así se le seguía considerando a principios del siglo XX. Conocido también por uno de sus seudónimos, el Duque Job, apenas publicó un libro, tan concentrado como tuvo que estar en una intensa labor periodística para ganarse la vida. José Luis Martínez señala que en la década de 1870, cuando inició su carrera de poeta, ya estaba en decaimiento la creación literaria “y el nacionalismo comenzaba a volverse pintoresquismo y color local”. Con Gutiérrez Nájera inició una nueva sensibilidad estética, y es de destacar que en ello haya estado involucrado otro joven, el cubano José Martí.

⁴⁴ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 106-107.

⁴⁵ Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz, “Introducción”, *La construcción del modernismo*, México, UNAM, 2002.

Desde 1876, el cubano José Martí (1853-1895), que entonces residía en México y tenía veintitrés años, y Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895), que tenía diecisiete, habían comenzado a manifestar en sus versos y en sus crónicas y artículos periodísticos nuevos recursos de estilo y, sobre todo, una nueva sensibilidad. Martí publica en México excelentes crónicas de arte y literatura y, pocos años después, en Nueva York, uno de sus principales libros de poesía, *Ismaelillo* (1882), y escribe en estos años los *Versos libres* (1878-1882), que muestran un retorno a la sencillez lírica y a la autenticidad humana; y Gutiérrez Nájera expone con lucidez los principios de una nueva estética –en la serie de artículos “El arte y el materialismo”–, difunde sus poemas en revistas y periódicos y reúne, en 1883, sus *Cuentos frágiles* iluminados por una gracia ligera, “sonrisa del alma”.⁴⁶

En el artículo “El arte y el materialismo”, Gutiérrez Nájera “se manifestó en contra de la ‘objetividad’ científicista europea, abanderada tanto por ‘las desconsoladoras teorías del realismo’ como por el ‘asqueroso y repugnante positivismo’.”⁴⁷ En contra del nacionalismo en literatura, el poeta defendía el ideal de la búsqueda de la belleza, así como el derecho de los escritores a hacer suyas las corrientes estéticas del extranjero. En el centro de su visión estaba la libertad creativa: “ese principio que defendemos, es el santo, el sublime principio de la libertad”. “Lo que nosotros hemos sostenido es que debe dejarse en entera libertad al poeta para expresar sus sentimientos, ya sean religiosos, ya patrióticos o ya amorosos, en la forma que su inspiración le dicte”.⁴⁸

Gutiérrez Nájera no atacaba en sí misma la exaltación de la nación, la religión o el progreso científico. Lo que rechazaba era que se obligara a la literatura a restringirse a tales valores sociales, que no son de naturaleza estética. El poeta reclamaba la autonomía del arte, que la literatura no fuera limitada a funciones extra literarias. Esta visión marcó tendencia en los jóvenes literatos de fin de siglo y más tarde la hicieron suya los ateneístas.

A finales de la década de 1880, dice José Luis Martínez, en la revista *La juventud literaria* (1887-1888) despuntaron los nuevos literatos, compartiendo páginas con los últimos románticos, como Guillermo Prieto y Manuel Altamirano. Los jóvenes “estaban ya realizando, acaso sin

⁴⁶ Martínez, José Luis, “México en busca de su expresión”, en *Historia general de México tomo 2*, México D. F., El Colegio de México, 1988 [1976], p. 1062.

⁴⁷ Clark de Lara y Zavala Díaz, *Op cit.*, p. XIII.

⁴⁸ Gutiérrez Nájera, Manuel, “El arte y el materialismo”, recogido en *La construcción del modernismo*, México, UNAM, 2002, pp. 10-11.

proponérselo, la revolución literaria”.⁴⁹ Además de Gutiérrez Nájera, se puede mencionar a Luis G. Urbina (1864-1934), Jesús E. Valenzuela (1856-1911), Manuel Puga y Acal (1860-1930), Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Federico Gamboa (1864-1939), Carlos Díaz Dufoo (1861-1941) y Manuel José Othón (1858-1906). Cada uno de ellos tiene su historia. Algunos evolucionaron del romanticismo al modernismo, mostrando ricas transformaciones poéticas, como Díaz Mirón. A Manuel José Othón se le define como poeta bucólico, mientras que el novelista Federico Gamboa es considerado más bien “naturalista”. Para la primera década del siglo, sino es que antes, estos escritores ya gozaban, unos más que otros, de prestigio literario.

Manuel Gutiérrez Nájera fundó en 1894 la *Revista Azul*, plenamente modernista. En los tres años que duró su publicación, indica José Luis Martínez, significó una impresionante apertura hacia el exterior. En ella se publicaron a 96 autores hispanoamericanos de 16 países, 69 autores franceses traducidos y unas decenas más de autores españoles y de otras nacionalidades (Heine, Wilde, Ibsen, D’Annunzio, Edgar Allan Poe, escritores rusos, etc.). Al morir Gutiérrez Nájera en 1895, a los 35 años, su amigo Carlos Díaz Dufoo, que lo había acompañado en la fundación de la revista, tomó las riendas y prolongó la vida de la publicación hasta 1896.

Para entonces ya había aparecido la segunda camada de escritores modernistas, los decadentistas, que siguieron la orientación apuntada pero con un tono pesimista muy provocador. Como diría Alfonso Reyes, los caracterizaba cierto “diabolismo estético”. Clark de Lara y Zavala Díaz los presentan de la siguiente manera:

Alrededor de 1891 va apareciendo la siguiente generación, la de los “decadentes”: José Juan Tablada (1871-1945), Amado Nervo (1870-1919), Ciro B. Ceballos (1873-1938), Francisco M. de Olaguíbel (1874-1924), Balbino Dávalos (1871-1923), Jesús Urueta (1867-1920), Bernardo Couto Castillo (1880-1901), José Peón del Valle (1866-1924), que además de pugnar por los mismos cambios que años antes Gutiérrez Nájera propuso (el idealismo del arte, el rechazo a la mimesis, la búsqueda constante de la belleza, la renovación verbal, la transmisión de sensaciones e impresiones...), fue un grupo que representó el “hastío”, las “convulsiones angustiadas”, la duda existencial y religiosa de fin de siglo. A diferencia del individualismo de los poetas modernistas de la década anterior, encontramos que los “decadentes” tuvieron la resolución de conformarse en una especie de cofradía, “para luchar e impulsar lo más alto que [les...] fuera dado: un principio artístico, un dogma estético”; asimismo, asumieron que esta unión la propiciaba no sólo la

⁴⁹ Martínez, José Luis, “México en busca de su expresión”, *Op cit.*, p. 1062.

coincidencia de un canon artístico, sino también, de acuerdo con José Juan Tablada, un “parentesco fisiológico”, una “idoneidad psíquica” que únicamente compartían ciertas idiosincrasias nerviosas”, ciertos “temperamentos hiperestesiados”.⁵⁰

Siguiendo el ejemplo de Gutiérrez Nájera y su propio impulso (desenvuelto en polémicas públicas en las que se defendían de los cargos de inmoralidad, extranjerismo y cerrazón elitista), los decadentistas dieron forma a la idea de fundar una revista puramente literaria en la que se pudieran expresar sin cortapisas. En 1898 apareció el primer número de la *Revista Moderna*, editado por Bernardo Couto. Después Jesús Valenzuela se hizo cargo de ella, con ayuda del segundo grupo modernista.

Respecto a Valenzuela, Fernando Curiel señala que llevó una vida de “intensidad desacostumbrada: negociante, poeta, bohemio, político, director de *Revista Moderna*, anfitrión de fiestas y paseos etílicos legendarios.”⁵¹ Era “una personalidad pública dueña de una intrincada red de relaciones personales en el área de la educación, la cultura, la política y los negocios”. Además de sus propios recursos, Valenzuela consiguió que el empresario Jesús E. Luján financiara la publicación.

Al fundar la revista, Valenzuela rebasaba los 40 años de edad, aventajándoles más de diez a sus colaboradores. El más joven, Bernardo Couto, moriría en 1901, cuando apenas tenía 20 años de edad. En sus Memorias, Valenzuela diría de ellos que no eran “muy serios”, “pero, en cambio, eran muy artistas. La elite de lo que entonces había en México.”⁵² A la lista de fundadores se unirían, entre otros, dos figuras centrales: el poeta Amado Nervo (1870-1919) y Julio Ruelas (1870-1907). El segundo se encargaría de ilustrar la revista, en un diálogo estético entre la palabra escrita y sus dibujos y grabados. La revista dio continuidad a la orientación de la *Revista Azul* (la autonomía del arte), manteniendo la colaboración de literatos hispanoamericanos

⁵⁰ Clark de Lara, Belem y Ana Laura Zavala Díaz, *Op. cit.*, p. XX-XXI.

⁵¹ Curiel Defossé, Fernando, “Estudio introductorio”, Clark de Lara, Belém y Fernando Curiel Defossé, *Revista Moderna de México. 1903-1911. I. Índices*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002, pp. 45 y 47.

⁵² Originalmente publicadas en el diario *Excelsior* en 1946, las memorias fueron editadas como *Mis recuerdos. Manojos de rimas*, por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 122. Sobre la *Revista Moderna* y sus fundadores y principales colaboradores, véanse el mismo estudio introductorio de Fernando Curiel a *Revista Moderna de México. 1903-1911*, y también el “Prólogo” de Julio Torri y el “Estudio introductorio” de Héctor Valdés, en *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, edición facsimilar. Tomo I. México D. F., Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural/UNAM, 1987.

(Unamuno, Darío, Lugones, entre muchos otros). No se restringió al núcleo modernista, pues incluyó la producción de escritores alejados del influjo de esa corriente estética.

Al iniciar el siglo XX, la *Revista Moderna* era un centro de poder cultural. En ella figuraban los escritores encumbrados y funcionaba como espacio de consagración de las jóvenes promesas. Los escritores modernistas, de la primera y segunda oleada, habían ido publicando libros, a la vez que se ganaban la vida en el periodismo, en la política, en la administración pública o en la diplomacia. En la paz porfiriana, esta elite cultural se constituyó y se reprodujo en el circuito periodismo-literatura-poder político. Las ligas con la política eran inevitables, incluso puede decirse que se vivían (y se padecían) como naturales.

El diabolismo estético no era de dientes para fuera. La mayoría del grupo de la *Revista Moderna* llevó una vida muy bohemia. El bar, la sede de la revista y las casas de Jesús Valenzuela fueron los espacios de una relajada y jubilosa convivencia en la que no faltaban los excesos. En las memorias escritas por estos escritores resulta claro que esta forma de convivencia iba de la mano de un profuso intercambio literario. Se puede decir que se trataba propiamente de un estilo de desarrollo intelectual.⁵³ La bohemia cobraría varias vidas, empezando por el muy joven Bernardo Couto Castillo.

En 1903 la publicación fue rebautizada como *Revista Moderna de México*, con una nueva orientación de *magazine*, a la manera de las publicaciones estadounidenses. Fernando Curiel explica que la revista “se desdobló en dos grandes apartados: el de una revista de alta calidad, de punta, renovadora del lenguaje; y el de un *magazine* ilustrado y de actualidades.”⁵⁴ Con este cambio la revista se adaptaba a las transformaciones que experimentaba el periodismo en general.

Pero el cambio en la revista tenía otro motivo, más pragmático todavía. Según cuenta el mismo Valenzuela, durante una comida, Ramón Corral, entonces flamante vicepresidente de la República, había dicho: “Yo con mucho gusto ayudaría a un periódico en México si tuviera la forma de *magazine*”, y Valenzuela le tomó la palabra. Este fue el origen de la nueva orientación de la revista. El apoyo del señor Corral se materializó en una cantidad monetaria mensual y

⁵³ Véase sobre todo de Rubén M. de Campos, *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996. También de Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006; las memorias ya citadas de Jesús E. Valenzuela y el segundo tomo de memorias de José Juan Tablada, *Las sombras largas*, México D. F., Lecturas mexicanas, CONACULTA, 1993.

⁵⁴ Curiel Defossé, *Op cit.*, p. 91.

“recomendaciones para los gobernadores”.⁵⁵ Se selló una alianza entre la revista y el vicepresidente. La sección periodística, indica Fernando Curiel, estuvo

orientada, básicamente, a dar cuenta de actos, acciones, informes oficiales; así como episodios de la vida nacional y extranjera. En todo momento queda clara la franca inclinación hacia el personaje y gobernante Porfirio Díaz; y el carácter que de correligionario guardó la *Revista Moderna de México* con el vicepresidente Ramón Corral, quien le abriera los despachos de los gobernadores de la República Mexicana, para los reportajes dedicados a sus estados.⁵⁶

La autonomía del arte quedaba garantizada, paradójicamente, mediante una abierta subordinación al régimen. Como refiere Fernando Curiel: la “original y fundada afirmación de un credo de autonomía literaria (1898) sufrió una ostensible corrección (1908): ‘El gobierno actual presidido por el señor general Díaz, no sólo presentará a la posteridad obras materiales, sino obras del espíritu. Él ha transformado a México. ¡Manes del Duque Job! ¡podéis estar satisfechos!’ ”⁵⁷ Así ostentaba su oficialismo la revista, a diez años de haber sido fundada.

La revista no sobrevivió a la caída del régimen. Varios autores han indicado la significativa coincidencia de la muerte de Jesús Valenzuela, la desaparición de la *Revista Moderna de México* y el fin de la dictadura de Porfirio Díaz en 1911. Para entonces ya se había disuelto el núcleo original, por distanciamientos personales (José Juan Tablada con Valenzuela, por ejemplo), por muerte de algunos (Bernardo Couto, Julio Ruelas y Alberto Leduc) y por alejamientos geográficos (Amado Nervo en su carrera diplomática). Lo más importante es que, durante más de una década, la revista funcionó como espacio en que se articularon las elites literarias de México. La juventud intelectual a la que Pedro Henríquez Ureña se integró en 1906 apareció en escena dentro de esos círculos literarios íntimamente ligados al poder político.

⁵⁵ Valenzuela, Jesús E., *Mis recuerdos. Manojos de rimas*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001, p. 134.

⁵⁶ Curiel Defossé, *Op cit.*, pp. 94-95.

⁵⁷ *Ibidem.*, p. 79.

III. Pedro Henríquez Ureña y los jóvenes intelectuales

A finales del mes de mayo de 1906, Pedro visitó la casa de don Jesús Valenzuela, quien lo recibió muy bien, “muy *sans façon*”, según recuerda el dominicano. Lo instó a que volviera a visitarlo, mientras que los literatos jóvenes lo invitaron a la sede de la revista *Savia Moderna*, fundada a principios del año por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón. Así que al día siguiente acudió al edificio de La Palestina, en la calle del Cinco de Mayo. Recitó poemas y le aplaudieron “inesperadamente”. Al cabo de diez días conocía a los principales literatos jóvenes de México:

Rafael López, Manuel de la Parra y Roberto Argüelles Bringas, tres poetas que me parecieron desde luego los más originales; Alfonso Reyes, hijo del ex-ministro de la Guerra y candidato a la Presidencia, General Bernardo Reyes⁵⁸; tenía entonces diecisiete años y llamó la atención en el círculo juvenil su *Oración pastoral*; Ricardo Gómez Robelo, quien me reveló, el primero, a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler, de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer...; Antonio Caso, á quien oí un discurso en la velada del centenario de Stuart Mill, discurso que me reveló una extensa cultura filosófica y una *manera* oratoria incorrecta todavía, pero prometedora; el joven dramaturgo José J. Gamboa; los poetas Nemesio García Naranjo, Luis Castillo Ledón, Eduardo Colín, Jesús Villalpando; y otros jóvenes que rondaban por las redacciones de *Revista moderna* y *Savia moderna* con aficiones más o menos intelectuales: Rodolfo Nervo, hermano de Amado; Benigno Valenzuela, Fernando Galván, y los pintores: Gonzalo Argüelles Bringas, Gerardo Murillo, Diego Rivera, Francisco de la Torre, pues *Savia moderna* acababa de hacer una exposición pictórica no deslucida. También conocí al poeta yucateco Luis Rosado Vega, de paso en la capital, á raíz de la publicación de su libro *Alma y sangre*.

Poco después conoció a otros: Rubén Valenti, que se ocupaba de filosofía; Juan Palacios, “que había publicado un correcto artículo de crítica” sobre el español José María Pereda, y Jesús Tito Acevedo, “arquitecto que precisamente en esos días obtuvo el premio en el Concurso para Escuelas Normales, y de quien me hizo estupendos elogios Ricardo Gómez Robelo”.⁵⁹ Pedro causó una buena y fuerte impresión, tanto que poco después se le ofreció la Secretaría de *Savia*

⁵⁸ Pedro escribía sus recuerdos a mediados de 1909, cuando estaba en pleno apogeo la agitación política en torno a la sucesión presidencial en 1910, y en la cual Bernardo Reyes aparecía como candidato “popular”.

⁵⁹ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, FCE, 2000, pp. 107-109.

Moderna, hasta entonces a cargo de José María Sierra. Aceptó el puesto, ignora si con paga, asegurándose de que no causara disgustos. Se le dijo que era decisión ya tomada la separación de José María Sierra, debido a lo ineficaz de su gestión. Así que Pedro sustituyó a ese “joven consumido por el alcohol”.⁶⁰

Las relaciones de Henríquez Ureña proliferaron a partir de su acercamiento a las revistas *Moderna* y *Savia Moderna*. En las siguientes páginas se presenta una lista de sus relaciones personales entre 1906 y 1909. Hay que fijar la mirada, en primer lugar, en los nombres de los nacidos entre 1879 y 1886, quienes en 1906 tenían entre 20 y 27 años. Conjunto al que debe añadirse a Alfonso Reyes, el más joven de todos (17 años), pues sería el amigo mexicano más entrañable de Pedro. Muchos de estos jóvenes eran todavía estudiantes, la mayoría laboraba en el periodismo o en algún puesto menor de la administración pública. Los que no eran oriundos de la ciudad de México, habían llegado apenas unos años atrás para realizar estudios preparatorios y profesionales, o bien con el propósito de hacer carrera literaria.

A los más jóvenes, aquellos nacidos en los últimos años del siglo (Pablo Martínez del Río, Julio Torri, etc.), los conocería con posterioridad. Hay en la lista intelectuales de la generación previa, la de los modernistas, como José Juan Tablada, Ciro B. Cevallos y Jesús Valenzuela. Hay “Científicos”, como Joaquín Casasús y el ministro de Instrucción Pública, Justo Sierra, y entre los políticos se destaca el gobernador de Nuevo León, Bernardo Reyes. La mayoría de las relaciones de Pedro con estas personas mayores no fueron muy estrechas, se dieron con el paso del tiempo y, en gran medida, en función de la amistad con sus coetáneos y las actividades colectivas que con ellos emprendió en esos años.

⁶⁰ *Ibidem.*, p. 108.

Relaciones personales de Pedro Henríquez Ureña (1906-1909)⁶¹			
Pablo Martínez del Río	Historiador y arqueólogo.	1892-1963	Ciudad de México
Enrique Jiménez Domínguez	Abogado, escritor y diplomático.	1891-1952	Orizaba, Veracruz
Manuel Herrera y Lasso	Abogado, jurista y profesor.	1890-1967	
Julio Torri	Abogado, escritor, historiador, profesor.	1889-1970	Saltillo, Coahuila
Alfonso Reyes	Abogado, poeta, cuentista, ensayista, humanista y diplomático. Presidente de la Casa de España, luego transformada en El Colegio de México (1938-1940; 1940-1959), así como de la Academia Mexicana de la Lengua (1951-1959).	1889-1959	Monterrey, Nuevo León
Alfonso Teja Zabre	Abogado, poeta, diplomático e historiador.	1888-1962	San Luis de la Paz, Guanajuato
Carlos Díaz Dufoo, jr.	Abogado, filósofo y dramaturgo.	1888-1932	Ciudad de México
Martín Luis Guzmán	Ensayista, narrador, biógrafo y político. Autor de <i>La sombra del caudillo</i> , clásico de la novela mexicana.	1887-1976	Chihuahua, Chihuahua
Mariano Silva y Aceves	Abogado, escritor, latinista y filólogo.	1887-1937	La Piedad de Cabadas, Michoacán.
Diego Rivera	Pintor	1886-1957	Guanajuato, Guanajuato
Ángel Zárraga	Pintor, crítico y poeta.	1886-1946	Durango, Durango
Jesús Villalpando	Escritor y periodista.	1886-19?	
Carlos González Peña	Novelista, periodista, profesor e historiador.	1885-1955	Lagos de Moreno, Jalisco
Roberto Montenegro Nervo	Pintor y dibujante.	1885-?-1968	Guadalajara, Jalisco
Alba Herrera y Ogazón	Pianista, crítica musical, ensayista y profesora.	1885-1931	Ciudad de México
Emilio Valenzuela	Escritor, editor y diplomático.	1884-1947	Ciudad de México
José Escofet	Crítico, novelista, dramaturgo y periodista.	1884-1939	España
Ricardo Gómez Robelo	Abogado, ensayista, traductor y político.	1884-1924	Ciudad de México

⁶¹ La relación de vínculos personales está construida con base en sus *Memorias* y las cartas de la época, sobre todo aquellas intercambiadas con Alfonso Reyes, su padre Francisco Henríquez y Carvajal y su hermano Max Henríquez Ureña. Se incluyen los nombres de aquellos que son resaltados por Pedro o cuya importancia resulta evidente. Se indican su profesión y actividades principales, las cuales para el caso de los jóvenes, obviamente corresponden a sus trayectorias posteriores. Los datos de la tercera y cuarta columna fueron extraídos y cotejados, principalmente, de las notas de Enrique Zuleta Álvarez a *Memorias. Diario. Notas de viaje*, las de José Luis Martínez a la *Correspondencia. 1907-1914* entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, y de Fernando Curiel Defossé, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*.

Rafael Cabrera	Médico, poeta y diplomático.	1884-1943	Puebla, Puebla
Miguel Alessio Robles	Escritor y político.	1884-1951	Saltillo, Coahuila
Antonio Caso	Filósofo, orador, ensayista y maestro. Rector de la Universidad Nacional de México en dos ocasiones (1920; 1921-1923).	1883-1946	Ciudad de México
Nemesio García Naranjo	Abogado, escritor, poeta y político.	1883-1962	Lampazos, Nuevo León
Alfonso Cravioto	Abogado, escritor, poeta, político y diplomático.	1883-1955	Pachuca, Hidalgo
Francisco de la Torre	Pintor y dibujante.	1883-1943	
Alejandro Quijano	Abogado, ensayista y académico.	1883-1957	Mazatlán, Sinaloa
Genaro Fernández MacGregor	Abogado, internacionalista, ensayista y narrador.	1883-1959	Ciudad de México
Ricardo Arenales (Miguel Ángel Osorio)	Poeta y periodista.	1883-1914	Colombia
Jesús T. Acevedo	Arquitecto, profesor y ensayista.	1882-1918	Ciudad de México
Isidro Fabela	Abogado, escritor, político, diplomático, académico e internacionalista. Amplia trayectoria política en la Revolución mexicana. Entre otros puestos, delegado de México ante la Sociedad de las Naciones (1937-1941), miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya (1938-1946), Juez de la Corte Internacional de Justicia de La Haya (1946-1952). Gobernador del Estado de México (1942-1945).	1882-1964	Atzacmulco, Estado de México
José Benítez	Jurista e historiador.	1882-1957	
Enrique Juan Palacios	Escritor.	1881-1953	Ciudad de México
José Vasconcelos	Abogado, filósofo, narrador, político y académico. Amplia trayectoria política en la Revolución mexicana. Rector de la Universidad Nacional de México (1920-1921), primer titular de la Secretaría de Educación Pública (1921-1924). Candidato a la Presidencia de la República en 1928.	1881-1959	Oaxaca, Oaxaca
Arturo R. de Carricarte	Escritor y periodista	1880-1948	Cuba
Eduardo Colín	Abogado, escritor, poeta y diplomático.	1880-1945	Ciudad de México
Ignacio Bravo Betancourt	Abogado y profesor.	1880-1945	Jiquilpan, Michoacán
Luis Castillo Ledón	Poeta, periodista, político, académico e historiador.	1879-1944	Santiago Ixcuintla, territorio de Tepic (hoy Nayarit)
Rubén Valenti	Abogado, escritor, crítico y político.	1879-1915	Comitán, Chiapas
Jorge Enciso	Pintor, dibujante y escritor.	1879-1969	Guadalajara, Jalisco

Manuel de la Parra	Poeta y novelista.	1878-1955	Sombrerete, Zacatecas
José Joaquín Gamboa	Dramaturgo.	1878-1931	
José María Lozano	Abogado y político.	1878-1933	San Miguel el Alto, Jalisco
Rodolfo Reyes	Abogado, orador, profesor y político.	1878-1954	Guadalajara, Jalisco
Miguel Lanz Duret	Abogado y periodista.	1878-1940	Campeche
Gonzalo Argüelles Bringas	Pintor y dibujante.	1877-1942	Orizaba, Veracruz
Enrique González Martínez	Médico, poeta, periodista y político.	1877-1952	Guadalajara
Abel C. Salazar	Abogado, poeta y narrador.	1876-1925	Tenango del Valle, Estado de México
Juan Sánchez Azcona	Periodista y político. Con estudios en Filosofía y Ciencias Políticas en Europa.	1876-1938	Ciudad de México
Roberto Argüelles Bringas	Poeta y escritor.	1875-1915	Orizaba, Veracruz
Gerardo Murillo (Dr. Atl)	Pintor y escritor.	1875-1964	Guadalajara, Jalisco
Ciro B. Ceballos	Escritor y periodista.	1873-1938	Ciudad de México
Rafael López	Poeta, cronista y político.	1873-1943	Guanajuato, Guanajuato
Luis Lara Pardo	Médico y periodista	1873-1959	Veracruz?
Luis Rosado Vega	Novelista y poeta	1873-1958	Yucatán
María Enriqueta Camarillo de Pereyra	Pianista y poeta	1872-1968	Coatepec, Veracruz
Carlos Pereyra	Abogado, escritor, historiador, sociólogo y político.	1871-1942	Saltillo, Coahuila
Marcelino Dávalos	Abogado, cuentista, poeta, dramaturgo y político.	1871-1923	Guadalajara, Jalisco
Darío Herrera	Escritor, cuentista y poeta.	1870-1914	Panamá
José Juan Tablada	Poeta, periodista y político.	1870-1945	Ciudad de México
Jesús Urueta	Abogado, orador, poeta y político.	1868-1920	Chihuahua, Chihuahua
Ezequiel A. Chávez	Abogado, filósofo, historiador, profesor y pedagogo, subsecretario de Instrucción Pública.	1868-1946	Aguascalientes, Aguascalientes
Ángel de Campo (Ángel Efrén de Campo y Valle, Micrós, Tick-Tack)	Escritor, poeta, periodista, profesor y crítico.	1868-1908	Ciudad de México
Julio Florez	Poeta	1867-1923	Colombia
Diódoro Batalla	Abogado, orador y político	1867-1911	Veracruz, Veracruz
Rafael de Alba	Abogado, escritor y profesor.	1866-1913	
Luis González Obregón	Cronista e historiador	1865-1938	Guanajuato

Luis Gonzaga Urbina	Poeta, periodista, historiador y profesor. Secretario del Ministro de Instrucción Pública Justo Sierra.	1864-1934	Ciudad de México
Rafael Reyes Spíndola	Empresario del periodismo y político.	1862?-1922	Tlaxiaco, Oaxaca
Carlos Díaz Dufoo	Escritor, periodista y político.	1861-1941	Veracruz
Joaquín Casasús	Abogado, escritor, economista, humanista y político.	1858-1916	Tabasco
Jesús E. Valenzuela	Abogado, editor, escritor, poeta y político.	1856-1911	Guanaceví, Durango
Salvador Díaz Mirón	Poeta y político.	1853-1928	Veracruz, Veracruz
Bernardo Reyes	Militar y político. Fue gobernador de Nuevo León (1885-1887, 1889-1909) y ministro de Guerra y Marina (1900-1903).	1850-1913	Guadalajara, Jalisco
Justo Sierra	Abogado, poeta, historiador, humanista, político, Subsecretario de Justicia e Instrucción Pública, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (1901-1911).	1848-1912	Campeche, Campeche

Pedro estaba por cumplir 22 años en junio de ese 1906. Es natural que se relacionara con personas de su edad. Pero también habría sido lógico que buscara el amparo de personas ya bien establecidas, como lo hacían muchos de quienes serían sus compañeros. Habría podido, por ejemplo, sacar provecho del par de cartas de recomendación que su tío Federico le había obsequiado. Mas, como se sentía fuerte y optimista, quería intentar abrirse paso con cierta independencia. Además, en el deseo de vincularse con los jóvenes subyacía la idea claramente apuntada por Rodó: de entre la juventud hispanoamericana idealista y estudiosa debían emerger las elites que orientaran el desarrollo de sus pueblos.

Le llamaron poderosamente la atención varios de los jóvenes: Alfonso Reyes, Ricardo Gómez Robelo, Antonio Caso, Rubén Valenti y Jesús T. Acevedo. El primero, que en el círculo de *Savia Moderna* se le tenía como un niño genio, había nacido en Monterrey y estudiaba en la Escuela Nacional Preparatoria. Escribirá, casi cincuenta años más tarde, que al conocer a Pedro, se le figuró “un ser aparte”. Le impresionó su gran memoria para los versos. “Poco a poco”, dice, “sentí su gravitación imperiosa, y al fin me le acerqué de por vida. Algo mayor que yo, era mi hermano y a la vez mi maestro. La verdad es que los dos nos íbamos formando juntos, él siempre

unos pasos adelante.”⁶² Pedro y Alfonso sostuvieron una relación maestro-discípulo, así como una muy intensa colaboración intelectual, no carentes de fricciones.

En sus *Memorias*, Pedro dice que Ricardo Gómez Robelo le mostró “a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos”. José Vasconcelos, que lo conoció en la Escuela de Jurisprudencia, comenta que Ricardo se ganó el sobrenombre de Rodion, el personaje de la novela *Crimen y castigo* de Fiodor Dostoievsky. Los bajos fondos de la ciudad de México recordaban los ambientes arrabaleros en que se desarrollan las tormentosas aventuras de aquel joven antihéroe ruso. Al final de los ágapes estudiantiles, Gómez Robelo

levantaba su copa y nos hablaba estremecido con el dolor del mundo. Su inteligencia penetrante, su erudición (era ya un gran traductor de Shakespeare y de Poe), su don pasional sincero, todo hacía de él un tipo de genio prematuramente condenado. Era bien feo y se enamoraba de las más insignificantes prostitutas. Y si con frecuencia convertía su pasión en literatura y en oratoria, se lo perdonábamos porque era elocuente. Disertando entre copas de sobremesa nos daba idea de un Nietzsche maldiciente, pero generoso. Corría por sus mejillas el llanto durante el discurso, ingenioso. Fue muchas veces la voz de nuestra amargura, voz llena de presagios de épocas nuevas y de catástrofes, ahogos de angustia, dolor, crueldad, ansia de ternura y de dicha.⁶³

Este era el joven que deslumbró a Henríquez Ureña. De entre todos, es también quien da la nota cruda del joven atormentado, insatisfecho y crítico. Enamorado del genio, según el recuerdo de Alfonso Reyes, la “misma agilidad de su pensamiento lo hacía cruel”.⁶⁴ En esa época de *Savia Moderna* tuvo un papel muy importante.

Ricardo tenía la misma edad que Pedro. Antonio Caso era apenas un año mayor y ya era tenido como sólida promesa intelectual. Un año atrás, en julio de 1905, con motivo de la toma de posesión de Justo Sierra como Ministro de Instrucción Pública, Antonio fue el encargado de ofrecerle un discurso informal en nombre de los estudiantes. En sus *Memorias*, Henríquez Ureña dice haber visto en él una extensa cultura filosófica y una forma oratoria aún defectuosa pero

⁶² “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, fechado en IX-1954, *III Marginalia Tercera Serie*, en *Obras Completas XXII*, Fondo de Cultura Económica. p. 360. Alfonso Reyes nació en la ciudad de Monterrey, el 17 de mayo de 1889. Su padre era el poderoso general Bernardo Reyes, entonces gobernador de Nuevo León. Alfonso hizo sus primeros estudios en su ciudad natal, luego en el Liceo Francés en la ciudad de México. Inició los estudios preparatorios en el Colegio Civil de Monterrey y a principios de 1906 los había retornado en la Escuela Nacional Preparatoria, en la capital. Su afición literaria fue temprana y muy intensa; para estas fechas ya había empezado a publicar algunas poesías en Monterrey y en la ciudad de México.

⁶³ Vasconcelos, José, *Ulises criollo*. Primera y segunda parte, México D. F., Lecturas mexicanas, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1982, p. 206-7.

⁶⁴ Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas*, tomo XII, p. 203.

prometedora. El matiz crítico no aparece en un artículo que publicó en La Habana a finales de junio de 1906, donde decía del mexicano: “es ya una personalidad intelectual: une á su conocimiento de las ciencias filosóficas y sociales, una palabra brillante y fácil”.⁶⁵ En ese texto, además, daba cuenta de la exposición de arte organizada por *Savia Moderna*, inaugurada el 7 de mayo y clausurada el día 15. La muestra fue casi por completo de pintura, decía, y revela “en la juventud mexicana gran abundancia de talento artístico y una orientación modernísima”.

Rubén Valenti, oriundo de Comitán, Chiapas, entonces de 27 años, había hecho estudios normalistas y estudiaba Jurisprudencia en la ciudad de México. Con él y con Gómez Robelo, Pedro empezaría a sostener intensas discusiones filosóficas. Por último, Jesús T. Acevedo, de 24 años, que no figuró dentro del ambiente de *Savia moderna*, parecía tener buena perspectiva dentro de la arquitectura, luego de haber ganado el concurso del proyecto para construir la Escuela Normal, organizado por Ministerio de Instrucción Pública. También con amplia formación literaria, jugaría un papel central en el movimiento de los jóvenes.

Los intelectuales en ciernes ya tenían cierta historia. Varios de ellos venían publicando, desde 1903, en la *Revista Moderna de México*. Es el caso de los poetas Roberto Argüelles Bringas, Rafael López y Manuel de la Parra (los de mayor edad del grupo de *Savia*) y también de Ricardo Gómez Robelo. Hay apariciones públicas esporádicas de otros. Por ejemplo, en mayo de 1902 Abel C. Salazar, el citado De la Parra y Eduardo Colín fueron premiados en los juegos florales organizados por los alumnos de Jurisprudencia. En agosto del mismo año los estudiantes Eduardo Colín y José Vasconcelos hicieron uso de la palabra en la sesión de la Academia de Ciencias y Artes. En agosto de 1905, Nemesio García Naranjo, arribado en 1903 a la ciudad de México desde Nuevo León para estudiar Jurisprudencia, obtuvo el primero premio en el concurso de conmemoración del tercer centenario de la aparición de *El Quijote*, organizado por el Liceo Altamirano. En octubre de ese mismo 1905, el poeta Rafael López fue recitador en una conferencia de Justo Sierra.⁶⁶ Este poeta, de 33 años, era el único dentro del grupo de *savios* que tenía un prestigio importante. Había llegado en 1901 a la ciudad de México y por conducto de Amado Nervo se introdujo en el círculo de Jesús Valenzuela. Según un autor, su reconocimiento

⁶⁵ “México / La vida intelectual y artística”, en *La Discusión*, La Habana, domingo 24 de junio de 1906. AHCM-PHU, Caja 1. Album de Collections, fs. 521-22.

⁶⁶ Curiel Defossé, Fernando, *La revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, pp 56-69. Este tipo de noticias son agrupadas por el autor en lo que llama la “Prehistoria” del Ateneo de la Juventud.

comenzó a llegarle en 1905.⁶⁷ Se le tenía como uno de los nuevos poetas destinados a continuar la herencia modernista.

Muchos de los jóvenes tenían empleos en instituciones públicas. En el Ministerio de Instrucción Pública, según testimonio de José Juan Tablada, trabajaban una docena de poetas. Los mayores y con mejores puestos eran Luis G. Urbina, Rubén M. Campos, Amado Nervo y el mismo Tablada; los menores, Rafael López, Manuel de la Parra, Abel C. Salazar y Roberto Argüelles Bringas. Los tres últimos trabajaban en la sección de Archivos y Biblioteca, donde padecían el trato del jefe de la sección.⁶⁸

Algunos combinaban empleos y estudios. Nemesio García Naranjo, por ejemplo, había empezado a laborar como escribiente, con grado de subteniente, en la Secretaría de Guerra, en 1905. Más tarde consiguió que el ministro Sierra le concediera una de las pensiones en el Museo Nacional para estudiantes, ingresando al área de historia a cargo de Genaro García, director del Museo. Y obtuvo otro empleo, como bibliotecario de la Academia Nacional de Bellas Artes, dirigida por Antonio Rivas Mercado.⁶⁹

Los jóvenes se habían conocido y convivían en los espacios escolares (la Escuela Nacional Preparatoria y la Nacional de Jurisprudencia, principalmente), en lugares de trabajo, eventos públicos y diversiones sociales. El espacio del primer cuadro de la ciudad era el ambiente natural de los muchachos, entre fondas, librerías, casas de huéspedes, bares, etc. Ahora tenían, además, un espacio literario propio, la revista *Savia Moderna*.

La idea de crear esta revista no era reciente. Como señala Fernando Curiel, “ya en 1903, José María Sierra [...] recordaba a Luis Castillo Ledón la posibilidad de ‘fundar nuestra tan soñada *Savia Moderna*’.”⁷⁰ Al parecer, el proyecto fue posible gracias a los recursos de Alfonso Cravioto, a quien, por cierto, Henríquez Ureña no alcanzó a conocer en esos días de mayo de 1906, pues justo entonces había salido de viaje a Europa.

⁶⁷ Serge I. Zaïtzeff, en su prólogo a la antología de Rafael López, *La Venus de la Alameda*, México D. F., Setenta y Setenta, Secretaría de Educación Pública, 1973.

⁶⁸ Tablada, José Juan, *Las sombras largas*, México, D. F., Tercera serie de lecturas mexicanas, CONACULTA, 1993, pp 74-78.

⁶⁹ Véase el Prólogo de Fernando Curiel, en Nemesio García Naranjo, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, México, D. F., La Serpiente Emplumada 10, Factoría Ediciones, 1998.

⁷⁰ Curiel Defossé, Fernando, *Elementos para un esquema generacional aplicable a cien años (aprox.) de literatura patria*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2001, p. 151, nota al pie 8.

Cravioto, entonces de veintitrés años, había estado muy involucrado en la política de oposición. Su padre fue el general Rafael Cravioto, el hombre fuerte del estado de Hidalgo durante el porfiriato hasta que el dictador le retiró su apoyo en 1897.⁷¹ Alfonso creció en una posición socioeconómica holgada, pero durante su adolescencia le tocó observar la caída del padre, quien se trasladó a la ciudad de México. El joven se quedó en Pachuca para continuar los estudios y se involucró en la política local. A decir de su biógrafo Miguel Granados Chapa,⁷² el nuevo gobernador Pedro L. Rodríguez era marcadamente conservador, por lo que en 1898 no hubo conmemoraciones en honor de Benito Juárez. Esto se convirtió en bandera política y las manifestaciones anticlericales tomaron un giro antigobiernista al acercarse la renovación del gobierno estatal en 1901. Alfonso se sumergió en toda esa ebullición, siguiendo su educación liberal y tocado profundamente por la derrota de su padre.

A los 16 años empezó a publicar en el periódico *El desfanatizador*, el cual dirigió por un tiempo. Se incorporó a la campaña contra la planilla oficialista, la de Pedro Rodríguez, que como era de esperarse resultó ganadora. Cravioto asistió al Congreso Liberal en San Luis Potosí, en febrero de ese 1901, y en el mes de julio fue uno de los organizadores de un mitin político en Pachuca para conmemorar la muerte de Juárez. Según sintetiza Granados Chapa, Cravioto pasó de ultraliberal a antigobiernista.

En 1902 se trasladó a la ciudad de México para reunirse con su familia y hacer los estudios de Jurisprudencia. Colaboró en *El Hijo del Ahuizote*, subarrendado por los hermanos Flores Magón a Camilo Arriaga, dado que su periódico *Regeneración* había sido proscrito. Frecuentó mucho a los Flores Magón y asistió a la reinstalación del club liberal Ponciano Arriaga el 5 de febrero de 1903. Dentro del Club se discutió la conveniencia de hacer campaña antirreeleccionista en las elecciones presidenciales de 1904, resultando la escisión de una parte de la organización, la cual fundó el Club Antirreeleccionista Redención y el periódico *Excélsior*. Cravioto fungió como vicepresidente de ese nuevo club, al lado de Santiago de la Hoz (presidente) y Ricardo Flores Magón (tesorero).

⁷¹ Rafael Cravioto (1829-1903), veterano de todas las guerras (desde la lucha contra la invasión estadounidense a la revolución de Tuxtepec, al lado de Porfirio Díaz), fue gobernador de Hidalgo de 1877 a 1881. Le siguieron sus hermanos Simón y Francisco (1881-1885, 1885-1889) para luego regresar él por dos periodos más, hasta 1897. Tras su defenestración en ese último año, se trasladó con su familia a la ciudad de México, donde murió el 28 de noviembre de 1903.

⁷² Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto, Un liberal hidalguense*, México, Océano-Gobierno del Estado de Hidalgo, 1984. En esta biografía se sustenta principalmente la trayectoria de Cravioto que aquí se presenta.

Cravioto era ateo, liberal radical y antiporfirista. En la manifestación del 2 de abril de 1903, organizada para vitorear la postulación de Porfirio Díaz, el Club Antirreeleccionista se presentó para protestar, y sus líderes dieron fuertes discursos desde las oficinas de *El Hijo del Ahuizote*. Dos semanas después eran detenidos los Flores Magón, Juan Sarabia, Santiago R. de la Vega y el mismo Cravioto. Pasaron 30 días aislados en las bartolinas de la cárcel de Belén, en la cual permanecieron más de cinco meses, hasta octubre. En algún momento de ese largo tiempo de convivencia, Ricardo Flores Magón les expresó que contra el gobierno ya no había otra vía más que la revolución, y sus compañeros estuvieron de acuerdo.

El general Cravioto estaba muy enfermo. Todavía lo alcanzó con vida su hijo al salir de la cárcel y le pudo transmitir el postrer consejo de seguir sus propias convicciones. Pero sus convicciones políticas parecen haber sufrido un duro revés. Los Flores Magón y Juan Sarabia se trasladaron a los Estados Unidos para seguir el plan revolucionario. Cravioto permaneció en la ciudad de México y, según Granados Chapa, ya no se encontrarían sus caminos. Si bien aún participó en algunas publicaciones de oposición, con la muerte del padre el joven perdió “uno de los fuelles que alimentaban sus fuegos interiores”.⁷³ Recibió una buena fortuna como herencia paterna. Ya no continuó el camino de la subversión, decidió invertir parte de sus recursos en asuntos culturales. De ahí su apoyo financiero a la revista *Savia Moderna* a principios de 1906.

En términos de valores y de convicciones, nada más alejado del activismo político magonista que una empresa como *Savia Moderna*, cuya preocupación era el cultivo de la belleza, según los términos de la época. La afición literaria no era algo nuevo en Cravioto, pero llama la atención el viraje. Los años 1904 y 1905 debieron ser de crisis interna para el joven. La experiencia de tantos meses en la cárcel y la muerte de su padre, la aplastante maquinaria reeleccionista y la vía magonista revolucionaria debieron atormentar sus reflexiones. Como fuere, contaba con recursos y decidió realizar otro tipo de labor, lejos de la política.

En la biografía de Cravioto, *Savia Moderna* significó una redefinición y rejerarquización de los valores y convicciones políticas y culturales. Cravioto no renegó de su activismo político, pero reorientó su práctica intelectual. Escritor literario e impulsor cultural en vez de político de oposición y periodista de combate, aunque, como sabemos, la práctica política reaparecería años más tarde. Es una especie de metáfora de la tensión intelectual de Cravioto el hecho de que el

⁷³ *Ibidem.*, p. 45.

primero número de *Savia* abra con un artículo de Manuel Gutiérrez Nájera sobre Benito Juárez: la gloria mexicana de la poesía, el representante más puro de la convicción de “el arte por el arte”, elogiando al inflexible héroe del liberalismo mexicano.

En la empresa editorial, Cravioto se asoció con Luis Castillo Ledón. En contraste con la trayectoria de Cravioto, la de co-director era similar a la de la mayoría de los jóvenes escritores. Castillo Ledón tenía 27 años y una buena experiencia editorial. Nacido en el territorio de Tepic, había hecho sus estudios preparatorios en Guadalajara, donde fue director de *El monitor de Occidente* y colaborador de *El Sol* y *La Gaceta de Guadalajara*. En 1904 empezó a laborar en la Biblioteca Nacional, siendo secretario general de la misma al año siguiente. Entre 1904 y 1906 publicó de manera constante poesías y artículos en la *Revista Moderna*.⁷⁴

IV. *Savia Moderna*

La vida de la revista *Savia Moderna* fue corta pero decisiva. Fue núcleo aglutinante de los jóvenes escritores y artistas provenientes de varios afluentes. “Su recuerdo aparecerá al crítico de mañana como un santo y seña entre la pléyade que discretamente se iba desprendiendo de sus mayores”, escribe Alfonso Reyes.⁷⁵ Desde el nombre se expresa la continuidad respecto a la *Revista Moderna*.

A Rafael López debemos esta descripción del ambiente de la revista, en pleno centro de la ciudad:

En la ruidosa redacción de ese periódico, ruidosa con el entusiasmo y la alegría de los años en mocedad, nos sentíamos como en la propia casa. La redacción era pequeña, como una jaula, y, por lo mismo, algunas aves comenzaron allí a cantar. Estaba colgada de la mansarda de un alto edificio de seis pisos, a muchos metros de la tierra y sus asperidades, al igual de nuestras cabezas, que sólo respiraban entre aires de ilusión y de esperanza. Y tenía una amplia ventana por

⁷⁴ Un total de 21 colaboraciones, según el Índice General de la *Revista Moderna de México*, en Clark de Lara, Belem y Fernando Curiel Defossé (coordinación y estudio introductorio), *Revista Moderna de México. 1903-1911. I. Índices*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002. Sobre Castillo Ledón, véase el trabajo de Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*, tesis de Maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010.

⁷⁵ Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas*, tomo XII, p. 202.

donde se escapaba la mirada de ensueño y de infinito, sobre el bullicio de la gran ciudad que hacía rodar abajo todas sus tentaciones, como en el sermón de la montaña.⁷⁶

Alfonso Reyes, agregaría:

A muchos metros de la tierra, sobre un edificio de seis pisos, abría su inmensa ventana hacia una perspectiva exquisita: a un lado, la Catedral; a otro, los crepúsculos de la Alameda. Frente a aquella ventana, el joven Diego Rivera instalaba su caballete. Desde aquella altura cayó la palabra sobre la ciudad.⁷⁷

Es fácil imaginar la intensa vida colectiva que la revista significó para sus colaboradores. Se trataba de una empresa común, un espacio de publicidad propio, un lugar de convivencia y de intercambio de ideas, una “casa propia”, como dice Fernando Curiel retomando la expresión de Rafael López. En *Savia Moderna* inició una sinergia intelectual que no se detendría por años. El término sinergia se puede definir como la colaboración de dos o más individuos que potencia los talentos y esfuerzos individuales.⁷⁸ En la sinergia intelectual suele producirse una diferenciación funcional (roles diferentes y complementarios) que sin ser necesariamente formal ni fija, impulsa la eficiencia del grupo hacia adentro y hacia afuera. El proceso colectivo transforma a los individuos, marcando una impronta en las trayectorias individuales.

Se publicaron cinco números de la revista, correspondientes a los meses de marzo a julio, pero en realidad la experiencia de *Savia Moderna* abarcó casi todo el año de 1906. En enero se anunció su aparición, luego sus ediciones vieron la luz con retrasos. Julieta Ávila ha establecido que el número de marzo seguía distribuyéndose en mayo y a finales de ese mes apareció el segundo (correspondiente a abril). El tercer número (el de mayo) se empezó a distribuir a finales de julio o principios de agosto. El número cuatro (junio) apareció el mes de agosto y el quinto (julio) se empezó a repartir en septiembre. Se tenía la idea de continuar la publicación, pero, al

⁷⁶ López, Rafael, “Alfonso Reyes”, publicado en *El Mundo Ilustrado* (julio de 1913), en *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*, prólogo, selección y notas de Serge I. Zaïtzeff, México D. F., Sep-Setentas, Secretaría de Educación Pública, 1973, pp. 83-4.

⁷⁷ Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas*, tomo XII, p. 202. En un texto previo, Reyes incluía un matiz a esta descripción: “Desde aquella altura, cayó sobre la ciudad la palabra *nueva*.” (las cursivas me pertenecen), en “Nosotros”, artículo publicado en *Nosotros*, revista de arte y educación, núm. 9, marzo de 1914. Incluido en el “Anejo documental” de Fernando Curiel, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y recopilación de apéndices por Juan Hernández Luna, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 478-9.

⁷⁸ El término pertenece a la física y la biología: Acción de dos o más causas cuyo efecto es superior a la suma de los efectos individuales/ Concurso activo y concertado de varios órganos para realizar una función, según el *Diccionario de la Lengua Española*.

parecer, para noviembre la revista había fenecido. Todavía a principios de 1907, Luis Castillo Ledón recibía cartas de suscriptores preguntando por la publicación.⁷⁹

Lo anterior habla de los problemas que atravesó *Savia Moderna* para mantenerse vigente. Pero esta falta de eficacia implicó, en feliz paradoja, que la convivencia de los jóvenes *savios* fuera bastante prolongada (de la planeación y puesta en marcha hasta los últimos intentos por mantenerla a flote).

Henríquez Ureña aparece como redactor en el tercer número y como secretario en los dos últimos. En septiembre, Alfonso Cravioto, que recibió la revista en Europa, refería por carta a Luis Castillo Ledón: “La adquisición del Sr. Henríquez Ureña no pudo ser mejor, he leído desde ha tiempo el libro de él que Ud. elogia con mucha razón.”⁸⁰ Siendo secretario, comenta Pedro en sus *Memorias*, “traté de darle forma según mis ideas, pero la colaboración era escasa y poco importante.”⁸¹ Para entender bien su papel, hay que revisar los primeros números de la revista.

Las páginas de la revista se consagraron a la poesía y la prosa (ensayo, cuento, narraciones, traducciones, correspondencias, etc.). En cada número se incluyó la sección “Teatros”, donde se reseñaban funciones y novedades en el drama, la ópera y los conciertos musicales. Si bien predominaban los asuntos literarios, en principio se trataba de abordar todas las expresiones artísticas. La revista fue ilustrada con dibujos, grabados, fotografías y caricaturas. Los estudiosos del tema coinciden en que la preocupación por la plástica es el aspecto más novedoso de la publicación.

“*Savia Moderna*, revista mensual de Arte”, apareció con un programa abierto y libre. En el editorial “En el umbral”, del primer número, se decían alejados de pensamientos sectarios. Aspiramos “al desarrollo de la personalidad propia, gustamos de las obras más que de las doctrinas”, búsqueda a realizarse más allá de “diferencias odiosas” (Clasicismo, Romanticismo, Modernismo), porque el “Arte es vasto, dentro de él, cabremos todos”. En el texto se manejaba el nombre de la revista y el tiempo en que aparecía (la primavera) como son símbolos para afirmar

⁷⁹ La reconstrucción del derrotero editorial de la revista se desarrolla en el capítulo II del trabajo de Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*.

⁸⁰ *Ibidem.*, p. 71.

⁸¹ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 108.

su voluntad y su orientación: “Savia nueva y crepitante nos da derecho á vivir. Ideales sinceros é intensos, nos dan derecho al Arte. He aquí explicado por qué somos y á qué venimos.”⁸²

Fernando Curiel señala dos interpretaciones de la postura de la revista: “la de su índole precavida o anodina, hasta insulsa; o la de su carácter calculadamente antiparricida. Hoy por hoy, me inclino por la segunda versión.”⁸³ Hubo, como el autor señala, una conexión permanente entre la nueva revista y la *Revista Moderna*; y una vez desaparecida la primera, la segunda siguió siendo un espacio para los jóvenes *ex-savios*. La expresión pesimista, tétrica y desesperanzada de muchos poemas y relatos (sobre todo de los escritores *savios* de mayor edad, pero también de algunos de los más jóvenes, como Alfonso Cravioto) cuadra bastante con el modernismo “decadente”. Puede decirse que la revista apareció con poco vigor renovador, pero esto fue cambiando en dos vertientes: la publicidad de la obra de los jóvenes pintores y la crítica de arte, que adquirió cada vez mayor presencia y profundidad.

El credo de los *savios* era un liberalismo artístico y cultural. Como se ha mencionado, el primer número incluyó el texto “Juárez” de Manuel Gutiérrez Nájera, donde el poeta elogia del prócer de la Reforma su voluntad firme e inflexible. Por esas fechas se celebraba el natalicio de Benito Juárez, pero lo interesante del texto es que se puede interpretar como el reconocimiento de dos ascendencias: una política, la del liberalismo mexicano, y otra literaria, la del modernismo con su batalla por la autonomía artística.

El número de abril estuvo dedicado en gran parte a la Semana Santa, la celebración católica más importante del año junto con la Navidad. Se publicaron fragmentos de “Cristo” de Óscar Wilde (traducción de Ricardo Gómez Robelo), donde el escritor irlandés interpreta la figura de Cristo como la de un poeta, por su doctrina y su mensaje humano, y su muerte como una magnífica pieza de tragedia. Luego venían colaboraciones de Manuel de la Parra y Jesús Villalpando que exaltaban la fe cristiana.

El tercer número, el de mayo, se ocupó de la exposición de pintura y escultura organizada por *Savia Moderna* a principios de ese mes. Contiene muchas reproducciones de las obras (lo que siguió ocurriendo en las siguientes ediciones) y abre con la reseña “Nuestra exposición de obras

⁸² “En el umbral”, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*. Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1984, p. 21. Citaré la numeración seguida de la edición facsimilar y no la numeración original de la revista.

⁸³ Curiel, Fernando, *La revuelta*, p. 77.

de arte” de Roberto Argüelles Bringas.⁸⁴ En la inauguración, dice éste, José Juan Tablada “hizo amable y elegantemente la presentación de Gerardo Murillo, quien á su vez, ofreció el regalo de una conferencia muy interesante y abundosa en altos conceptos é ideas novísimas, acerca de las tendencias de la Pintura y la Escultura modernas.” Murillo también se encargó de hablar en la clausura; “interpretó los propósitos de ‘Savia Moderna’, enderezados á intentar nuevos y próximos esfuerzos por atender á la urgencia de hacer ofrecimientos leales de productos de arte, al gusto, no muy exquisito, de nuestro tiempo, en nuestra patria.”

El redactor no abunda en aquellos conceptos sobre la pintura, pero sí da cuenta de la visita oficial de Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien “infundió aliento, condensó ideales, pesó dificultades y prestó aliento para proseguir la empresa...” Don Justo Sierra también les obsequió una visita, aunque a título particular. Luego se incluía el poema de Rafael López leído en la clausura a nombre de la redacción de *Savia*.

Sobresale en ese tercer número el largo ensayo de Ricardo Gómez Robelo “La exposición de ‘Savia Moderna’ ”,⁸⁵ en el que valora a los pintores y expone en qué consistía la renovación de la pintura en ese momento. Según él, Joaquín Clausell, Gonzalo Argüelles Bringas y Germán Gedovius eran ya realizaciones, mientras que Diego Rivera, Francisco de la Torre, Jorge Enciso, Alberto y Antonio Garduño eran las promesas. Si bien criticaba que por el momento cometían el “ligero error” de pintar de la misma manera, advertía la expresión de “renovaciones de pintura”; los jóvenes se desprendían del academicismo, en un “movimiento de reacción contra colores y tratamientos tradicionales reinantes en la pasada pintura”. Los artistas “parece que han oído las palabras espirituales de los modernos idealistas, parece que esa divina opinión de que la obra de arte no es sino un estado de alma al que le prestan elementos expresivos las cosas exteriores, ha llegado á sus oídos”.

Enseguida asentaba su posición: “jamás el arte se limita á la reproducción del natural”. Nunca es una copia, incluso en el paisaje, pues “el asunto no llega á tener carácter estético sin la abstracción de la armonía en las entonaciones, sin el sentimiento de las masas en color ó en valores, a lo que preside esa unidad suprema que se llama el ideal y sólo del artista es patrimonio.” Por tanto, el papel del artista es definir, descifrar y perfeccionar lo que observa. Y

⁸⁴ “Nuestra exposición de obras de arte”, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*, pp. 163-64.

⁸⁵ “La exposición de ‘Savia Moderna’ (Notas)”, *Ibidem.*, p. 171-9.

eso es lo que hacen los artistas exponentes. En particular Gonzalo Argüelles Bringas, de 27 años y ya con una experiencia en el viejo mundo. Y sobre todo Joaquín Clausell: “Clausell es un problema, un temperamento raro y fuerte”; en sus cuadros se “hallan colores crudos, en pasta y derrochados con opulencia, aglomeración tal, que produce al cabo un riquísimo efecto de coloraciones.”

Para Gómez Robelo, Clausell era “la personificación del artista, creando sus procedimientos y venciendo los recursos”. En contraste, Germán Gedovius, considerado “un innovador entre los académicos”, en la exposición había sido el representante de lo académico, ya que sus cuadros revelaban la preocupación por “la factura”, “el centro del pensamiento” era la pincelada, el acabado impecable del cuadro. Por ello sus obras se mostraban faltas de vida.⁸⁶

Es de resaltar la fuerza crítica e interpretativa de Gómez Robelo, así como su valoración de la experimentación y el papel activo del artista en la intuición, intelección y técnica de la pintura. Su contribución enriquecía la relación entre literatos y pintores establecida en *Savia Moderna*.

Con respecto a la línea fijada por Gómez Robelo, hay que mencionar una contribución de Ángel Zárraga en el número siguiente de la revista. Este joven de veinte años, que además de pintar escribía versos, se encontraba en Europa haciendo estudios de pintura desde hacía casi dos años.⁸⁷ En su “Crónica. Algunas notas sobre pintura” comentaba sobre el modernismo en la Exposición General de Bellas Artes. Trataba de establecer su posición, ya que a los pintores jóvenes nos “cuesta un gran trabajo ordenar nuestras convicciones de arte”. Luego de ocuparse del impresionismo (la “tendencia hacia la paleta clara”), señalaba que la cualidad “más grande y tal vez la única á que un pintor debe atenerse” es “*la selección para encontrar lo expresivo.*”⁸⁸ Su posición coincide con la de Gómez Robelo: “el arte: música, poesía, pintura, escultura, nada tiene

⁸⁶ Pueden verse obras de los pintores de aquella exposición en *El Ateneo de la Juventud y la Plástica Mexicana*, del Museo Mural Diego Rivera, México, D. F., Instituto Nacional de Bellas Artes, 2010. En esta obra es también orientadora la contribución de Laura González Matute, “*Savia Moderna*. Antesala al Ateneo de la Juventud.

⁸⁷ “Crónica. Algunas notas sobre pintura”, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*. Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1984, pp. 255-60. Ya para el primer número de *Savia Moderna* había enviado una correspondencia en la que comunicaba noticias artísticas frescas de París, algo sobre Bruselas y Amberes. En México, Ángel Zárraga había estudiado en la Escuela Nacional Preparatoria y luego ingresó a la Academia de San Carlos, donde coincidió con Diego Rivera. Su padre, médico de muy buena posición, lo envió a Europa recién cumplidos los dieciocho años de edad, contando además con una pensión gubernamental. Cf. Luna Arroyo, Antonio, *Rescate de Ángel Zárraga*, México, D. F., Cuadernos Populares de Pintura Mexicana, publicados bajo la dirección de Antonio Luna Arroyo, 1969.

⁸⁸ Las cursivas son del original siempre que no se diga lo contrario.

que ver directamente con la naturaleza, sino que ésta es simplemente el tema conductor sobre el cual el artista sinfoniza y armoniza sus rimas y sus ritmos de notas, palabras, líneas y colores.”

Ángel Zárraga, que haría la mayor parte de su carrera en Europa, estaba adquiriendo una personalidad cosmopolita y asumía por completo la autonomía creativa (“La perfecta autonomía individual es la característica de nuestros tiempos”). Su posición (“*la busca de lo expresivo*”, “la supeditación de la línea, del color y del claroscuro á la expresión de un estado espiritual”) coincidía a la distancia con los intentos de los jóvenes de *Savia Moderna*.

La veta de la plástica fue muy amplia en la revista. Además de lo dicho, hay que señalar otros textos. En el primer número apareció una nota sobre la escultura de Balzac del escultor francés Auguste Rodin. En el número dos se dio cuenta, en un texto sin firma, de una exposición de arte mexicano en París, organizada por la delegación en esa ciudad de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Además, en “El Arte decorativo. Sala de armas del presidente de la República”, artículo acompañado por una serie de fotografías, se describía el trabajo realizado por el arquitecto Antonio Fabrés.

En el cuarto número se incluyó “La exposición de Goitia en Barcelona”, nota elaborada con extractos elogiosos de periódicos españoles sobre la exposición en esa ciudad del joven artista mexicano, Francisco B. y Goitia, de 18 años de edad y con un año de residencia de estudios en España. Se publicaron párrafos de una conferencia dada por Max Henríquez Ureña en La Habana, bajo el título “Whistler y Rodin”⁸⁹, en la que también abordaba el tema del impresionismo. Esta corriente, dice, “pretendía copiar las cosas según las apreciamos al primer golpe de vista; esto es: dar la *impresión* inmediata que nos causan, cuidando muy poco los detalles para favorecer el efecto de conjunto.”

En el último número Ricardo Gómez Robelo publicó un artículo sobre el pintor francés Eugène Carrière, incluyendo una reflexión en torno al impresionismo, en particular acerca de la obra de Degas y Manet: “los visionarios que dieron nuevas formas á la pintura y aguzaron la visión espiritual que funde y sintetiza la forma y el alma de los seres, sorprendiéndolos bajo la

⁸⁹ “Whistler y Rodin” (párrafos de una conferencia pronunciada por el joven escritor dominicano Max Henríquez Ureña de la Academia de Pintura “El Salvador” de La Habana, el 22 de abril último.” en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*, 1984, pp. 272-281.

impresión de los momentos fugitivos.” Gómez Robelo volvería a la crítica de arte meses más tarde, ahora en páginas de otras publicaciones.⁹⁰

La tendencia renovadora en la plástica mexicana se mostraba con fuerza dentro de *Savia Moderna*. La concepción del artista, que selecciona de la naturaleza, explora con libertad nuevos procedimientos técnicos y atiende a la expresión de estados mentales o espirituales, reforzaba las ideas y la voluntad de los jóvenes que se dedicaban a las letras. Los escritores de *Savia* insistían en la libertad artística, y en ello se puede avizorar el papel activo y crítico que propugnarían en adelante para otras labores intelectuales. Analicemos ahora el papel de Pedro Henríquez Ureña.

Pedro en *Savia Moderna*

En el número de mayo, como he mencionado, ya aparecía dentro de la lista de redactores. Como secretario de Redacción continuaba José María Sierra y se incluía a Roberto Argüelles Bringas como jefe de Redacción, puesto que antes no existía. En las páginas finales de la revista aparecieron las notas “Teatros” y “Teatro Hidalgo”, sin firma pero atribuibles a Henríquez Ureña. Su estilo sintético y el tipo de crítica que tiende a ser tajante resultan evidentes, por ejemplo, al hablar del estreno de la obra operística *Germania* de Franchetti:

Tiene *Germania* un primer acto de una agreste belleza que encanta. El segundo es bastante inspirado. El tercero parece inferior á los dos anteriores, y en cambio, el cuarto es de grandísimos alientos, de una potencia suprema.

Podría decirse que el acto cuarto *es la obra*.

En cuanto al desempeño, no pudo haber sido más malo. Salvo la orquesta, que rayó á gran altura bajo la dirección del maestro Guerrieri, y excepto las masas corales, notablemente afinadas y disciplinadas, el resto de los intérpretes, verdaderas ruinas, no han cantado la obra, *han hecho* que la cantaban. Lo que, á decir verdad, ha impedido que el público la aprecie en toda su belleza.⁹¹

⁹⁰ Se trata de “La exposición de San Carlos. Las obras de los pensionados. Consideraciones sobre la crítica”, aparecido el 14 y 15 de diciembre de 1906 en *El Diario*; “La pintura de paisaje y la exposición de estudios” de Jorge Enciso, en *Artes y Letras*, en junio de 1907, y “La exposición” de Francisco de la Torre, igualmente en *Artes y Letras* de julio de 1907. En Gómez Robelo, Ricardo, Carlos Díaz Duffo Jr., *Obras*, recopilación y prólogo de Serge I. Zäitzeff, México, D. F., Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, 1981.

⁹¹ “Teatro Hidalgo”, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*, 1984, p. 226.

Savia Moderna iba adquiriendo una dinámica propia. ¿Qué tanto se ve la mano de Henríquez Ureña en los dos últimos números, cuando asume la secretaría de Redacción? En el número de junio, de unas sesenta páginas, se tiene la inclusión de su hermano Max con el trabajo sobre Whistler y Rodin (diez páginas, con ilustraciones), además de su propia colaboración en la sección “Teatros” (siete páginas). A él se debe seguramente también la publicación del poema “La copa amarga” del poeta cubano Manuel S. Pichardo, director de *El Fígaro* de La Habana y amigo cercano de los Henríquez Ureña.

Es importante, en su reseña crítica sobre el teatro, lo que decía de la representación de *Cuauhtémoc*, de Tomás Domínguez Illanes.

En cuanto á *Cuauhtémoc*, cuyo éxito parece destinado á hacer época en la historia del teatro mexicano, debe decirse la verdad. Este éxito, que no ha sido consagrado por la aprobación del verdadero público intelectual de México, depende exclusivamente de la significación patriótica que quiere darse á la obra.

Esta, en realidad, no es un drama, pues su estructura es melodramática, ni menos historia, porque esta aparece allí totalmente falseada. Y contra este procedimiento no vale alegato alguno, puesto que, como indica Menéndez Pelayo, Shakespeare no tuvo necesidad de alterar la historia para hacer de sus tragedias romanas é inglesas los más altos monumentos del teatro histórico.

Los personajes de *Cuauhtémoc* hablan un lenguaje totalmente inadecuado: los indígenas, amén de blasonar de sentimiento é ideas de europeos, saben del Cid y llaman á Cortés “extremeño”. De esta obra, en suma, sólo puede citarse, entre un cúmulo de versos más ó menos bien hechos, algunos verdaderamente sonoros y enérgicos.⁹²

La crítica no era contra el tema en sí (el drama del último tlatoani mexicana), sino contra un tratamiento incorrecto. Pero de todos modos hay que indicar que el indigenismo no era un tema apreciado por Henríquez Ureña. En un artículo que publicó de manera anónima en noviembre de ese año en *El Imparcial*, a propósito de la obra operística *La leyenda de Rudel* del compositor mexicano Ricardo Castro, recién vuelto de Europa, opinaba contra la creencia de que fuera necesario, para formar un arte nacional, hacer uso de elementos indígenas. Éstos, decía, son

⁹² “Teatro”, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*, p. 285.

temas lejanos y no corresponden a lo que la nación es actualmente. El mayor servicio que un artista puede hacer a su país “es desarrollar libremente su personalidad.”⁹³

Es de llamar la atención que el joven extranjero y recién llegado se atreviera a emitir un juicio tan fuerte sobre un tema que tenía que ver con la tradición histórica mexicana. Pedro asumía un papel de juez severo. En *Savia Moderna*, su estilo iba de la crítica dura al encomio de aquellos aspectos que le resultan notables, como la temporada de conciertos dirigidos por Carlos J. Meneses.

Al final de aquel número de junio, en la sección “Los que se van”, se incluía una nota sobre Henrik Ibsen, fallecido el 23 de mayo, seguramente escrita por el dominicano, que tanto estimaba al dramaturgo noruego. Se anunciaba que la revista preparaba “un modesto homenaje” en su memoria. Había sido idea de Pedro, se llegó a invitar al poeta Salvador Díaz Mirón para que recitara en el evento, pero no contestó y la velada no llegó a ocurrir.⁹⁴

El número de julio, que sería el último, presenta varias novedades. De nuevo se incluía al cubano Manuel Pichardo; aparecían versos de dos mujeres poetas: la mexicana Severa Arostegui y la norteamericana Louise Marshall Ryals, por entonces de visita en México (recuérdese la simpatía de Pedro hacia el feminismo y el arte creado por mujeres); se podía leer un fragmento de la novela *La chiquilla* de Carlos González Peña, uno de los primeros amigos mexicanos del dominicano y cuyo estilo siempre valoró, así como la prosa “En un álbum de artista” de José Enrique Rodó. Gran parte de todo ello, es seguro, fueron iniciativas de Henríquez Ureña.

Pedro contribuyó con “Vida intelectual y artística (Revista de libros y periódicos)”, de unas siete páginas, y con la sección “Teatros”, aparecida sin firma. En el primer texto,⁹⁵ se ocupaba de la forma en que se estaba discutiendo en el extranjero la influencia de Nietzsche, autor que, como se mostrará en capítulos siguientes, fue fundamental para los jóvenes ateneístas. Entre otras cosas, como las críticas al inmoralismo del filósofo alemán o su influjo en D’Annunzio, R. Strauss y el novedoso Giovanni Papini, refería el juicio del profesor Heller acerca del influjo de la rebelión nietzscheana en la corriente feminista de la novela alemana. Luego salía

⁹³ “Lo que dice un dilettante. A propósito de la ópera de Castro [*La leyenda de Rudel*], firmado “Un Dilettante”, *El Imparcial*, 5 de noviembre de 1906. “La leyenda de Rudel”, en *Obras completas (1909-1914) Tomo II*, Recopilación y notas de Juan Jacobo de Lara, Dirección de Publicaciones, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, pp. 15-19. Es importante apuntar que su visión antiindigenista cambiaría en el curso de los años.

⁹⁴ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 109.

⁹⁵ En *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*, pp. 340-7.

en defensa del “revolucionario compositor alemán” Richard Strauss (en ocasión del estreno en París de su *Sinfonía doméstica*), de quien se decía que carecía de gran invención melódica.

En la parte final del texto, tras discutir la cuestión del modernismo en la literatura española contemporánea, concluía en línea perfectamente *Savia Moderna*: “en realidad, es tiempo ya de que se olvide la inútil designación de modernismo y toda clase de *ismos*. Libre el arte de estas pesadas clasificaciones, quedará solamente la individualidad. Y todavía hay que evitar que el cultivo de ésta se convierta en estéril individual-*ismo*.”

El dominicano en verdad estaba influyendo en la revista, introduciendo temas, incorporando colaboraciones y explayando su orientación crítica. Compartía la misma orientación de sus compañeros y, en particular, el énfasis crítico de algunos, señaladamente Ricardo Gómez Robelo.

En ese último número de la revista apareció la reseña que Ricardo hizo del libro de Pedro, *Ensayos críticos*. Dentro de la sección “Bibliografía”, en el espacio de tres páginas, Gómez Robelo desarrolló lo que se puede definir como un deslinde de estilos intelectuales entre él y Henríquez Ureña.⁹⁶ El libro es “obra de escritor erudito y sereno”, dice, que no quiso penetrar a los lugares recónditos de las almas ni hacer interpretación desde la altura de las ideas. “El prolijo estudio concreto, la acumulación de datos y la preocupación de conocer sus numerosos hechos á fin de presentarlos al lector, hacen de ella útil y segura guía para recorrer la intrincada selva de la producción novísima.” En los ensayos de crítica, de entre los cuales destacaba “Darío”, se observan las tendencias del autor, “amante refinado de la música y de la forma: los sortilegios de la palabra le hacen aparecer bellas las ideas”. Por eso le seducen “los ensueños de Rodó” y las “mórbidas canciones dannunzianas”. En ello, se ve

comprobado el nombre de decadente que primero el instinto de la crítica y después la inconciencia resonante de la masa ha dado á gran parte de la poesía moderna. En verdad son signos de decadencia el rebuscamiento de lo acabado y pulido, la predilección por lo muelle y enervante y la extrema sensibilidad para quien son insufribles las desigualdades de la fuerza y, en cambio, deliciosas todas la finuras y elegancias cortesanas.

⁹⁶ “Ensayos críticos”, por Pedro Henríquez Ureña”, en *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*. Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1984, pp. 353-355.

El reseñador afirmaba que en el arte no hay lugar más que para las personalidades, aunque se lleguen a formar corrientes. Las épocas decadentes se definen por la sobrevaloración de los medios y las formas, lo cual puede ser en dos aspectos: “el refinamiento de una morbosidad emocional, interna por tanto, ó de una extrema habilidad en el uso de los medios expresivos.” Entre los artistas del primer tipo se encuentran los ideólogos y los sensitivos; entre los del segundo los grandes músicos del lenguaje. Él prefiere a los primeros, los que se ocupan de la expresión espiritual personal, ya sea Platón o Edgar A. Poe. Gómez Robelo, pues, no gustaba de los “músicos del lenguaje” o estilistas, preocupados sobre todo por la forma, tendencia en la que incluía a Henríquez Ureña.

“Arriesgo, por lo dicho, ser desfavorablemente contrapuesto al procedimiento de Henríquez Ureña, impersonal, sereno y erudito.” Ricardo luego atacaba la visión optimista que el dominicano sostenía sobre el progreso.

No obstante, completando mi opinión, daré otra prenda que me condene á la reprobación: dice Nietzsche, hablando de Sócrates, que el fatalismo pesimista y heroico fue propio de la Hélade vigorosa y triunfal; así como el optimismo reveló su enfermedad y decadencia. La tesis está casi comprobada y, si pensamos en que no necesitan esperanza ni consuelo sino el débil y el afligido, estaremos en situación de confiar en que lo será totalmente. Ahora bien, los metafísicos como los ideólogos hallan desde luego, en un caso que para el arte vale por mil, según la profunda expresión de Goethe, todo el carácter de la vida: los espíritus mesurados recurren á la comprobación, á la tesis científica y cayendo en el error metafísico de Spencer, creen en el progreso.

El progreso no es corroborado por la realidad. Gómez Robelo ubicaba a Henríquez Ureña dentro de esa amplia corriente falta de fuerza y necesitada de consuelo en la ilusión del progreso, idea que además ocultaba las desigualdades.

Creando en el progreso, profesando una especie de meliorismo, Henríquez Ureña reconoce que la humanidad sigue en ciertas épocas movimientos aberrantes, cree también que actualmente se halla en una de ellas y espera que una vida social “más acorde con las leyes naturales de la evolución” se conseguirá por una “racionalización del pensamiento de las mayorías por medio de una educación positiva, científica y práctica”.

Criticaba la idea del progreso entendido como necesidad histórica y, en particular, la confianza en la educación racional de las mayorías. En contra, Gómez Robelo opone la idea de

que el espíritu de las épocas lo definen los grandes genios. La historia es de los “errores medios” (aquellos ubicados entre los bajos y altos caracteres de la humanidad) y de los grandes egoístas que de ellos se sirvan; domina la ley psicológica que hace depender la conducta “del fondo inconsciente y emocional”. Por fin, tras la serie de embates, concluía que, a pesar de las diferencias, estimaba el entusiasmo de Henríquez Ureña, “amante del bien y la belleza”.

Tal vez al leer el enjuiciamiento de su compañero de redacción, Pedro habrá expresado: ¡touché! Varias cosas hay que decir sobre estos “golpes” intelectuales. Como se ve, ya en *Savia Moderna* aparecía la crítica al positivismo, a cargo de Gómez Robelo, lo que se convertirá más adelante en bandera colectiva. Si bien elogia la calidad del libro, hace dura crítica de las ideas y, aún más, del estilo intelectual de Henríquez Ureña (impersonal, serio y erudito). Estilo que, precisamente, era la fuente de los reconocimientos que le otorgaban diversos escritores al joven de Santo Domingo. A Ricardo lo que le interesaba era la crítica apasionada, la sustancia vital de las obras estéticas, literarias y filosóficas, su estilo intelectual era impaciente, deseaba proseguir a saltos de fuerza creativa o de interpretación.

En sus *Memorias*, Pedro aquilató el artículo de Gómez Robelo como “el mejor” de los que se escribieron sobre su libro, concesión muy significativa. A ambos le gustaba el combate intelectual. Dice que Ricardo “era devoto de Schopenhauer y le era intolerable el positivismo; y muchas veces discutimos, sin que yo cediera en mis trece.”⁹⁷ En realidad, *Savia Moderna* no tenía una personalidad muy combativa; son escasas las críticas fuertes en sus páginas. La mayor fuerza crítica (con el aspecto agresivo que conlleva) la protagonizaron Gómez Robelo y, tras su incorporación, Henríquez Ureña.

En la revista se manifestó otro estilo intelectual, el de Antonio Caso, quien contribuyó con dos textos, “El silencio” en el número de marzo y “Las tesis admirables de Plotino” en el de julio.⁹⁸ El segundo es el que más importa aquí, ya que, a partir de las ideas del filósofo griego, defiende una definición de intelectual. Según Caso, Plotino establece la noción ética “que mira a la inteligencia como el más encumbrado atributo del mundo, y que tiende por lo tanto a encauzar las múltiples energías de la humanidad hacia este sublime desiderátum: la meditación, el recogimiento, la soledad ascética.” Por tanto, “Nosotros, los que dentro del grupo optimista de los

⁹⁷ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 109.

⁹⁸ “El silencio”, “Las tesis admirables de Plotino”, *Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros*, pp. 45-47; 309-311.

hombres ejercitamos como un culto el pensamiento, debemos penetrarnos de que nuestro pensar es uno de los ritmos más cercanos á Dios y por lo mismo nuestra norma inflexible debe ser sacrificar nuestro yo físico y moral al nobilísimo ensueño: la meditación, el ascetismo filosófico.”

La postura del idealismo ascético de Caso, con tinte religioso incluido, resultaba incompatible con la postura vitalista e impaciente de Gómez Robelo, e incluso con la visión más “científica” de Henríquez Ureña. Por su parte, Gómez Robelo seguramente veía emparentados a sus dos amigos como idealistas un tanto ingenuos. Lo interesante es la diversidad de formas de concebir la actividad intelectual. Esos estilos, en el ambiente de amistad juvenil de la revista, se desarrollarán y madurarán en los próximos años, en interacción y a través de batallas públicas y privadas. No debemos olvidar que si estos estilos podían confrontarse y coexistir, era porque tenían un fondo común: el valor fundamental del pensamiento, la valoración de sí mismos como hombres que cultivan la inteligencia. No es gratuito que todos creyeran en la importancia central del genio (los grandes pensadores y artistas) en la historia de la humanidad, ya que esa era su aspiración última.

Dice Henríquez Ureña: “En *Savia Moderna* se formó un grupo céntrico: Cravioto, López, Argüelles, Parrita, Gómez Robelo y yo.”⁹⁹ Al respecto hay que comentar lo siguiente. Alfonso Cravioto, con su viaje a Europa, fue una presencia a distancia. Rafael López y Manuel de la Parra son de los que más publicaron. El primero era un baluarte público de la revista. Por ejemplo, en el último número se presentaba su “Oda a Juárez”, poema premiado y leído en la ceremonia oficial de conmemoración de la muerte del prócer. Roberto Argüelles Bringas, que también publicó bastante, era el jefe de la redacción, así que influía directamente en la toma de decisiones. Gómez Robelo ya se ha visto cuán importante era; mientras que la mano de Henríquez Ureña se notó con claridad en los dos últimos números de la publicación. Creo que ese grupo céntrico al que se refiere Pedro, debe entenderse como el conjunto de las voces de mayor peso dentro de la revista, y no propiamente como un equipo orgánico de trabajo.

Resalta que Henríquez Ureña excluya a dos miembros de *Savia* de ese grupo céntrico: Luis Castillo Ledón, codirector de la revista, y José María Sierra, secretario de redacción en tres números. Ambos concibieron la revista y la fundaron con Cravioto. Ambos se encargaron de su funcionamiento, sobre todo Castillo Ledón, en su calidad de co-director. Cualesquiera que hayan

⁹⁹ Carta a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, Reyes, Alfonso, y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1986] 2004, p. 224.

sido las razones de Henríquez Ureña para excluirlos de su evaluación (que considerara baja su calidad intelectual o que no se hubieran ocupado lo suficiente de la revista), lo cierto es que fueron parte del grupo “céntrico” de *Savia Moderna*.

Por último, hay que indicar que dentro del proceso de exploración hacia una identidad propia, los jóvenes *savios* intentaron establecer relaciones filiales con escritores connotados. El primer número incluía un poema autógrafo de Luis G. Urbina, un fragmento de la obra de teatro “El último capítulo” de Manuel José Othón y una nota breve sobre la enfermedad de Jesús Valenzuela. En la sección “Revista de Revistas Mexicanas” se reconocía que la *Revista Moderna de México* “ha sido, es y seguirá siendo el porta-estandarte del intelectivismo latino-americano”, cuyas páginas estaban “consagradas á la cátedra de los maestros” mexicanos e hispanoamericano. Además, se anunciaba una “serie de semblanzas íntimas de literatos, iniciándola con la del poeta Tablada, que irá ilustrada con una soberbia caricatura hecha por nuestro compañero Zubieta.”

La semblanza de José Juan Tablada no apareció. Mientras que Othón mereció otros reconocimientos en la revista (en abril al comentarse el próximo estreno de “El último capítulo” y en julio con la publicación de un poema autógrafo). El poeta residía en San Luis Potosí, donde moriría en noviembre de ese 1906. Sobre Valenzuela, en el número de mayo se incluyó un autógrafo y en el siguiente se notificó al pie de una fotografía del poeta en su casa junto a su hijo Emilio, que había pasado su convalecencia y pronto aparecería su libro de versos *Lira libre*. La decadencia de la salud de Valenzuela proseguiría y el vínculo con la *Revista Moderna de México* se desarrollaría a través de Emilio, quien fue colaborador constante de *Savia Moderna*.

En el segundo número se publicó un autógrafo de Justo Sierra dedicado a dos hijos de Jesús Valenzuela, y en el cuarto un oficio del ministro donde invitaba a las sociedades artísticas mexicanas, agrupaciones e individuos a que propusieran obras para una exposición a realizarse en París en mayo de 1907.

El más presente fue Luis G. Urbina, el secretario particular del ministro Sierra. En el número de junio apareció una caricatura del poeta, y en el siguiente una semblanza escrita por Eduardo Colín, acompañada con una fotografía de cuerpo entero a página completa. Colín elogiaba al poeta y su estilo: “vive la vida con ‘esa alta tensión’ que requiere la virtud poética”,

“ama, sufre, goza y trabaja, casi siempre con intensidad”. Comentaba sus versos y ensalzaba su influjo positivo y alentador.¹⁰⁰

Si a lo anterior se añade que el subsecretario de Instrucción Pública Ezequiel A. Chávez y el mismo Justo Sierra simpatizaron con la exposición de pintura de *Savia Moderna*, resulta clara la cercanía. Se trataba de un vínculo natural, tratándose del ministerio que se ocupaba de los asuntos culturales, pero de igual manera los jóvenes simpatizaban con estos directivos en tanto intelectuales, y de ellos habían recibido o recibían clases escolares. En el correr de los meses el vínculo se fortalecería y sería fundamental.

La desaparición de la revista

No se sabe con exactitud el camino de extinción de *Savia Moderna*. La versión que ha prevalecido es que se debió al viaje de Alfonso Cravioto a Europa que, además de tener fines culturales, era viaje de bodas. Luis Castillo Ledón dirigió la revista en una época muy difícil para él, aquejado por una fuerte afección estomacal y apesadumbrado por la enfermedad de su novia, quien moriría tiempo después.¹⁰¹ Alfonso Reyes señala que la empresa “habría tenido éxito, si Cravioto no hubiera preferido sacrificarla a un viaje por Europa”, y asegura que la revista “murió en buena hora: de haber perdurado –como que parecía una emanación de la *Revista Moderna*– habría retardado la evolución: nos hubiera atado por más tiempo a los convencionalismos de la poesía *modernista*.”¹⁰² Granados Chapa comenta que “sea que faltara el impulso del principal animador, o su patrocinio, o su capacidad de convocatoria, o todo ello junto, el hecho es que dirección de lejos... no es posible ejercerla”.¹⁰³ Por su parte, Francisco Monterde, que también ve en la lejanía de Cravioto la causa del fin de la publicación, asegura que *Savia* habría podido competir con la *Revista Moderna de México* y que podría haber sido el órgano periodístico del que careció más tarde el Ateneo de la Juventud.¹⁰⁴

¹⁰⁰ “Luis Urbina” por Eduardo Colín, *Revistas literarias mexicanas modernas*, pp. 241-44.

¹⁰¹ Julieta Ávila Hernández, *op. cit.*, pp. 48-49.

¹⁰² Reyes, Alfonso, “Nosotros”, en “Anejo documental”, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 479.

¹⁰³ Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto, Un liberal hidalguense*, México, Océano-Gobierno del Estado de Hidalgo, 1984, p. 58.

¹⁰⁴ Citado por Fernando Curiel, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, 1999, p. 94.

Como señala Fernando Curiel, la empresa editorial no tenía apoyo oficial y al parecer tampoco problemas de entradas de dinero por concepto de publicidad. Era “obra autónoma de un grupo independiente.”¹⁰⁵ Este autor comenta, con base en una correspondencia de Cravioto a Castillo Ledón, que “no se trató de agotamiento de fondos sino de paciencia”.¹⁰⁶ En carta del 2 de julio de 1906 en París, Cravioto le decía a su socio: “No piense que yo lo haya olvidado, al contrario, sabe que siempre lo he querido y estimado como se merece.” Le planteaba el proyecto de conformar un número de la revista en aquella ciudad, con miras a establecer “una edición europea de *Savia Moderna*.” Se mostraba optimista porque “con un poquito de carácter todo se consigue y los aires franceses han restablecido mucho mi fuerza de voluntad.” Sería el número de septiembre (no salió siquiera el de agosto), para lo cual contaban “con todos los mexicanos artistas que hay en Europa así como con Nervo e Icaza. Creo que este número hecho con insuperables elementos tipográficos resultará sensacional y con la originalidad de ser el primer intento periodístico que se haya hecho en Europa por mexicanos”.¹⁰⁷

El proyecto de una edición parisiense no era locura, pues al parecer Cravioto tenía los recursos y es cierto que había artistas y escritores en Europa que habrían ayudado a la empresa. Pero el sexto número de la revista y el número parisino de septiembre quedaron sin realizar. Por poca paciencia, lejanía del codirector, falta de tiempo o de eficacia, tal vez por la colaboración escasa de la que se quejaba Henríquez Ureña, lo cierto es que la aventura de *Savia* terminó.

El influjo modernista, como dice Reyes, era fuerte en *Savia*, pero lo era sobre todo en los poetas de mayor edad. La revista muestra bastantes senderos propios, por lo cual creo que es exagerado decir que habría “retardado” la evolución estética de los jóvenes. *Savia*, como sugiere Monterde, quizás se habría convertido en competidora de la *Moderna de México* (también es probable que hubiera seguido la alianza y acaso una paulatina sustitución) y más tarde habría sido el órgano de las conferencias y del Ateneo de la Juventud (también es probable que, de continuar la revista, las acciones futuras del grupo se desarrollaran de otra manera, sin la urgencia de hacerse de un espacio público, de hacerse sentir en el campo cultural).

¹⁰⁵ Curiel Defossé, Fernando, *La Revuelta. Interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, p. 75.

¹⁰⁶ Curiel Defossé, Fernando, *sigloveinte@lit.mx. Amplio tratado de perspectiva generacional*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2008, pp. 151-2, nota 8.

¹⁰⁷ Ávila Hernández, Julieta, “*Savia Moderna*. Sus directores separados por el Atlántico. Carta de Alfonso Cravioto a Luis Castillo Ledón”, en *Humanidades y Ciencias Sociales*, publicación de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, marzo de 2007, Año III, número 19, pp. 7-8.

Pedro Henríquez Ureña y sus compañeros recuerdan los tiempos de *Savia Moderna* como una época dorada de amistad, alegría y entusiasmo intelectual. A finales de junio, Pedro organizó una comida para celebrar su cumpleaños con sus nuevos amigos. Asistieron Gómez Robelo, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, Carlos González Peña, José Escofet, Castillo Ledón, etc. A partir de entonces se dieron otras reuniones íntimas: una a mediados de julio en el Restaurante Paix, en honor de Rafael López por su galardonada poesía a Juárez; otra el mes siguiente, para homenajear a Gómez Robelo que acababa de publicar su “desafortunado libro de versos”, y de Abel C. Salazar, que regresó de Jalapa con título de abogado.¹⁰⁸ Las reuniones y comidas de los jóvenes, a decir de Pedro, terminaron junto con la revista, es decir, a finales del año. Ya por entonces Pedro discutía sobre filosofía con Rubén Valenti, quien leía revistas italianas “y gustaba del naciente movimiento pragmatista”. Le despertó la afición por las nuevas tendencias que el dominicano veía ya mencionadas en las revistas europeas.¹⁰⁹

La revista fue un momento crucial, el primero en la evolución de la nueva generación de intelectuales. En ella se observa la tendencia a darse una personalidad propia, al menos en los dos aspectos explorados (la reflexión acerca del arte –la pintura sobre todo– y la crítica). *Savia Moderna* bien podría haber seguido siendo el espacio de confluencia y discusión de los jóvenes en la construcción de su identidad.

Una casa propia en lo alto de un edificio, con una amplia ventana desde donde caía sobre la ciudad “la palabra”. La revista había sido un espacio de la ciudad, pero apartado de ella, como sugieren los recuerdos de Rafael López y Alfonso Reyes, citados al inicio de este apartado. Una especie de torre de marfil, si se quiere, porque allí no se preocupaban mucho de los asuntos políticos y sociales. La palabra que “bajaba” de la revista era fundamentalmente literaria y artística. Se trató de un espacio-tiempo a resguardo de las asperezas de afuera y de abajo, de la calle.

En las palabras de López y de Reyes hay nostalgia. Ambos publicaron sus opiniones en los aciagos días revolucionarios, uno en México y el otro en exilio europeo.¹¹⁰ Pero lo que más me importa señalar es que la revista funcionó como un espacio colectivo (lugar físico y tiempo en

¹⁰⁸ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 109. El libro Ricardo Gómez Robelo fue *En el camino*, de 1906.

¹⁰⁹ *Ibidem.*, p. 110.

¹¹⁰ “Alfonso Reyes”, por Rafael López, publicado en *El Mundo Ilustrado* (julio de 1913), en *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*, prólogo, selección y notas de Serge I. Zaitzeff, México D. F., Sep-Setentas, Secretaría de Educación Pública, 1973, pp. 83-4. “Nosotros”, *Op. cit.*, pp. 478-9.

que el placer y la labor intelectual coinciden, convivencia en la que se conocen con mayor o menor profundidad a los semejantes) donde se empezó a establecer un cierto temple en el conjunto de los jóvenes. Los lazos ya eran fuertes, múltiples y enriquecedores. A partir de entonces, las dinámicas colectivas de retroalimentación y de combate intelectual se desarrollarán en otros espacios, se integrarán o adquirirán relevancia otros jóvenes. A escasos meses de concluida la aventura de *Savia Moderna*, como se verá en el siguiente capítulo, estos intelectuales saldrán a la calle, organizados, para defender la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera y reafirmar el principio de libertad en la literatura.

Al final de 1906, Pedro tenía razones para estar contento, pues había resultado muy bien su decisión de trasladarse a México. Su situación en *El Imparcial*, empero, había dejado de ser grata. Según dice en sus *Memorias*, Rafael Reyes Spíndola, el director del diario, “tuvo cierto enojo porque no expresé en una de mis crónicas una opinión que él quiso sugerirme, pero que yo no había entendido; esto aparte de que tiene por norma desconfiar de sus empleados, excepto de aquellos á quienes salva un trato de largos años ó una preferencia personal.” Estuvo a punto de perder el empleo, pero lo conservó gracias a Luis Lara Pardo, “si bien con la eterna dificultad presente”.¹¹¹

Mantén comunicación esporádica con su padre, quien lo felicitaba por lo que iba logrando en México y le daba consejos tan prácticos como este: “Recuerda que es condición esencial para el triunfo social, que precede al literario, estar bien vestido.”¹¹² Tan buenas eran las noticias que comunicaba, que don Francisco empezó a tomar la idea de trasladarse a México para ejercer la medicina. Max, animado por Pedro, llegó a la ciudad de México en febrero de 1907 y se colocó en *El Diario*, nuevo periódico dirigido por el diputado Juan Sánchez Azcona. Los Henríquez Ureña, junto con Luis Castillo Ledón y un hermano de este, se instalaron en una casa en la séptima calle de Soto. Pedro introdujo a su hermano en el grupo intelectual mexicano, recobrando al mismo tiempo a un compañero y aliado.

¹¹¹ *Memorias. Diario. Notas de viaje*, pp. 111-12.

¹¹² Fechada en Santiago de Cuba el 21 de marzo de 1906, en *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 290.

No obstante, no descartaba la idea de ir a estudiar en Europa. Su padre le escribía, en enero de 1907, que había que tener paciencia, pues su situación económica ya iba mejorando y podría apoyarlo. Le desaconsejaba el plan de sostenerse en Europa mediante las traducciones, porque en París “no producen nada: son simplemente una esclavitud y una humillación. Creo que en todos los países sucede lo mismo.” Y no desaprovechaba la ocasión para reclamarle que escribiera más seguido, pues se preocupaba toda la familia. “No sé si el modernismo quiere cambiar ese modo de ser” pero esos lazos familiares son lo único positivo, generoso y cierto, le decía.¹¹³

Pedro Henríquez Ureña llegó a México, según sus propias palabras, en el momento en que “se definía la nueva juventud”.¹¹⁴ Su incorporación a los círculos intelectuales mexicanos, principalmente al de *Savia Moderna*, fue rápida y eficaz. En ello jugó el azar, posibilidades imprevistas (aquella recomendación que lo llevó a trabajar en *El Imparcial* en la ciudad de México, por ejemplo), pero fundamentalmente se trató de un uso de los propios recursos: su formación, sus conocimientos, la edición de su primer libro, el gusto por la sociabilidad, la pasión analítica, una visión que se iba clarificando sobre los objetivos y las formas de realizar el trabajo intelectual. En la ciudad de México encontró compañeros de viaje. Aportó su propio impulso a la empresa editorial de los jóvenes, integrándose a sus dinámicas colectivas. Su práctica intelectual, cosmopolita y con marcado acento hispanoamericano, encontró un ambiente propicio. A partir de entonces, su propio proceso de definición se desarrollaría dentro del proceso de definición de la “nueva juventud” mexicana.

¹¹³ De Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, 2 de febrero de 1906, en *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 312.

¹¹⁴ Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 29 de octubre de 1913, en Reyes, Alfonso, y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p. 221.

Capítulo 4. El impulso de la juventud: Manifestación literaria, Sociedad de Conferencias y estudios griegos y filosóficos

Tras la desaparición de *Savia Moderna*, “en la mente de todos quedó la idea de que se debía emprender otra labor colectiva. Mucho hablamos de ello: fundar un nuevo periódico, dar conferencias... hasta que un día, Jesús Acevedo (...) nos sorprendió con un plan de veladas breves, conferencias-conciertos, que en seguida se puso a discusión y adquirió forma definitiva.”¹ Así nació la Sociedad de Conferencias, cuya primera serie de exposiciones públicas se realizó entre mayo y agosto de 1907. Pero antes, en el mes de marzo, los jóvenes organizaron una jornada en desagravio de la memoria de Manuel Gutiérrez Nájera, cuya *Revista Azul* pretendió ser resucitada con un programa contrapuesto a las ideas de libertad de creación impulsadas por el poeta mexicano. Después de estos despliegues públicos, algunos de los jóvenes se concentraron en estudios amplios sobre los griegos antiguos y la filosofía moderna.

En este capítulo se analizan tales episodios, tratando de establecer de qué manera participó Pedro Henríquez Ureña. El propósito general es entender cómo se diversificó e intensificó la dinámica colectiva gestada en la revista *Savia Moderna*. Se intenta establecer cuál fue la resonancia de sus empresas; así que las fuentes periodísticas, además de ser recursos de información, también sirven como indicadores de los efectos y dimensiones que las acciones de los jóvenes tuvieron en la opinión pública. Esto partiendo del hecho de que, dado el enorme analfabetismo, dicha resonancia se restringía a las capas ilustradas de la ciudad de México.

A lo largo de los meses se conformó un grupo central, que después de las conferencias se convirtió en equipo de estudios y se puso a planear futuras acciones del grupo amplio de los jóvenes intelectuales. Se trató de un “grupo corto”, término acuñado por el dominicano varios años más adelante.² El grupo corto se refiere a un conjunto pequeño, selecto, de

¹ “Conferencias y tés”, en *Obras completas. Tomo 1* de Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, p. 322.

² En 1914, Henríquez Ureña, que recién había salido de México y se hallaba en La Habana, le escribió a Alfonso Reyes, entonces en París: “Yo he difundido por aquí la idea de que ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual, ni tampoco social: es obra de un *pequeño grupo* que vive en *alta tensión* intelectual.” Las cursivas son del original. Carta fechada en La Habana el 30 de mayo de 1914. En Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, 2004, pp. 344-345. Me he ocupado del origen y desarrollo de esta idea en “La teoría del *grupo corto* de Pedro Henríquez Ureña”, ensayo presentado en el coloquio internacional “A un siglo del Ateneo de la Juventud”, organizado por

individuos que viven en una “alta tensión intelectual”. Los jóvenes (Jesús T. Acevedo, Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes y unos pocos más), con afinidad de intereses y objetivos, con lazos afectivos estrechos, convivían constantemente y trabajaban en una fuerte y permanente exigencia intelectual. En el capítulo se describe cómo se formó y se desarrolló este grupo, cuáles eran sus ambiciones, en qué consistía su “tensión intelectual” y qué papel desempeñó Henríquez Ureña en ello.

Como se verá, en este periodo de tanta actividad colectiva, la situación personal del dominicano no fue muy buena. Salió de *El Imparcial* para trabajar, por poco tiempo, en otro periódico, *El Diario*. Se colocó después en una compañía de seguros, desempeñando labores alejadas de sus intereses intelectuales. Asimismo, su evaluación respecto de las numerosas amistades en que se desarrolló desde la época de *Savia Moderna*, no fue muy positiva. Decidió entonces restringir su círculo y aplicar una forma de sociabilidad selectiva. Además, en su manera de entender el trabajo del intelecto hubo redefiniciones importantes, sobre todo con la adopción del “modelo platónico”, que le sirvió como eje orientador: se trataba de conjugar la expresión estética, la profundidad de ideas y el carácter de la templanza.

I. Protesta literaria, en defensa del Duque Job

Después de *Savia Moderna*, los jóvenes siguieron fortaleciendo sus lazos de amistad. Se reunían con mucha frecuencia en la casa de Pedro y Max (en la Séptima de Soto, compartida con Luis Castillo Ledón, un hermano de este y, por un tiempo, el escritor Darío Herrera), en el estudio del arquitecto Jesús T. Acevedo y en las oficinas de la *Revista Moderna*. En el mes de marzo de 1907, mientras discutían sus proyectos, se enteraron de la aparición de una segunda época de la *Revista Azul* del venerado poeta Manuel Gutiérrez Nájera. El proyecto era de Manuel Caballero, un periodista con lustros de experiencia, que había sido amigo del Duque Job y que había renovado, a finales del siglo XIX, la forma del reportaje.³ Los jóvenes,

la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México y el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, Malinalco, Estado de México, octubre de 2012.

³ Manuel Caballero fue poeta, periodista y editor, nacido en Tequila, Jalisco, el 1º de enero de 1849, y fallecido en el Distrito Federal el 3 de enero de 1926. Después de realizar estudios de jurisprudencia en Guadalajara, en 1876 se trasladó a la Ciudad de México, donde ingresó al periódico *El Siglo Diez y Nueve*. Colaboró en muchos periódicos (*El Monitor Republicano*, *El Federalista*, *La Época*, *La Patria*, *El Nacional*, etc.) y fundó otros (*El Mercurio de Occidente* y *Estrella Occidental*, en Guadalajara; *El Noticioso*, *El Entreacto* y la *Revista Azul*

sin embargo, no le reconocían valía. Pedro dice que se trataba de un “viejo reportero, que suele tener fama de reportero hábil y que suele tener humos literarios, atreviéndose a criticar a Díaz Mirón”. Creímos, añade, que la empresa de Caballero “se hundiría en su propia insignificancia”.

Pero al aparecer el número prospecto de la publicación, vieron que venía a combatir al modernismo, precisamente “el movimiento literario encabezado por el fundador de la *Revista Azul*.”⁴ Hubo indignación, e instigados por Luis Castillo Ledón, el ex co-director de *Savia Moderna*, se formuló una protesta. Al calce, dice Pedro, “iban casi todas las firmas principales de los poetas, literatos, pintores y músicos de la generación nueva.” La protesta no sólo iba dirigida contra “el programa de falsedad” de Caballero, sino también contra la autorización que diera Carlos Díaz Duffo para usar el nombre de la revista “y contra la osadía de hacer figurar como colaboradores a escritores respetables, ajenos a semejante desacato”. Por último, “proclamaba el credo de la juventud: Arte libre, sin trabas de escuelas ni sectarismos.”⁵

El número prospecto de la nueva *Revista Azul* presentaba una lista de 43 colaboradores, entre los cuales había varios del círculo de *Savia Moderna*, como Alfonso G. Alarcón, Rafael Cabrera y Eduardo Colín. En el semanario *El Entreacto*, cuyo dueño y director era también Manuel Caballero, se aseguraba que Carlos Díaz Duffo, compañero de Gutiérrez Nájera en aquella empresa editorial, había dado su consentimiento para usar el nombre de la revista, tras conocer la esencia de su programa. El objetivo central era combatir al modernismo y el decadentismo, el “mal literario” que como lirio acuático había invadido “el mar del intelectualismo nacional”.⁶

Es imposible resucitar las glorias de la publicación del Duque Job, se decía en el editorial de la revista, pero sí es lícito seguir “sus intenciones sanas y honradas”. El enemigo es “la secta de neuróticos” que invocan a la Poesía “para escupirla”, la falange modernista, que si bien cuenta con “muy notables talentos”, en su mayoría sólo imita un estilo

segunda época, en México). Incursionó también en la industria editorial. Su prestigio como reportero se disparó a raíz de la forma atrevida en que cubrió periodísticamente el duelo entre los generales Antonio Gayón y Sóstenes Rocha, en septiembre de 1887. Curiel Defossé, Fernando, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, p. 41.

⁴ “Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación pública en México”, en *Obras completas. Tomo 1*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 265-70.

⁵ *Ibidem.*, p. 266.

⁶ “Nuestro programa de combate”, en el artículo “¡Guerra al decadentismo! Resurrección de la *Revista Azul*”, en *El Entreacto. Bisemanal de Espectáculos, Literatura y Arte*, Ed. y Dir. Manuel Caballero, México, D. F., 21 de marzo de 1907, pp. 1-2. En *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, de Fernando Curiel Defossé, pp. 69-71.

extravagante, convirtiendo el lenguaje y el verso “en un grotesco arlequín, que se viste de parches abigarrados y chillones, sin que por encima de ellos haya otra cosa que un vil cerebro de mico”. El orgullo de estos “neurópatas del arte” consiste en que sus escritos sean de difícil lectura para el común de la gente. La revista se encargaría de combatirlos.⁷

Fernando Curiel, que se ha ocupado de este episodio de política literaria en un largo estudio que acompaña la edición facsimilar de la segunda *Revista Azul*, señala que Manuel Caballero quería provocar un ambiente de controversia que impulsara la venta de su revista y disputarle a la *Revista Moderna* su lugar central en el campo literario. Por su parte, la *Revista Moderna* había cambiado de orientación, como ya se ha expuesto anteriormente. Su equipo original estaba disgregado y los jóvenes ex-savios prosperaban a su sombra. La disputa era por el poder simbólico, dice Curiel Defossé, por la memoria del Duque Job, exponente mayor de la poesía mexicana, fuente de legitimidad para asumir la vanguardia cultural en la capital de la república.⁸

El proyecto de Caballero tenía una incongruencia que los jóvenes intelectuales supieron aprovechar. La segunda *Revista Azul* pretendía combatir al modernismo y pugnaba por una literatura “sana”, castiza, que se adecuara a los moldes clásicos. Pero la empresa original de Gutiérrez Nájera inició con un programa abierto, como exponía el Duque Job en el editorial con que aparecía su revista en 1894, y que el mismo Manuel Caballero reprodujo en la primera plana de su número prospecto. “Nuestro programa”, decía Gutiérrez Nájera, “se reduce a no tener ninguno. No hoy como ayer y mañana como hoy... y siempre igual... Hoy, como hoy; mañana de otro modo, y siempre de manera diferente.”

Siempre de manera diferente, renovación permanente, libertad de creación, estos fueron los valores que los jóvenes defendieron frente a Caballero. En la habitual reunión dominical en la Séptima de Soto, relata Max Henríquez Ureña, “Luis Castillo Ledón se pronunció airadamente contra el propósito enunciado por Caballero”. “Todos los secundamos y se redactó a la carrera un manifiesto literario denunciando el hecho como una profanación.”⁹ El documento, claro está, no tenía la serenidad que hubiera sido aconsejable para dar mayor autoridad a nuestra protesta, y algunos lo advirtieron así.” Se puede imaginar que iban y venían opiniones exaltadas. Entonces, dice Max, “Pedro dirimió la cuestión: ‘Los manifiestos

⁷ “Prospecto”, *Revista Azul*, marzo de 1907, pp. 2-3. Edición facsimilar incluida en *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*.

⁸ “Itinerario”, Fernando Curiel Defossé, *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, pp. 11-55.

⁹ El texto del manifiesto fue redactado por Luis Castillo Ledón, según ha establecido Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*, tesis de Maestro en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 113.

–dijo– son documentos de combate, en los que no es posible aspirar a la perfección. Éste tiene claridad y energía, y eso basta.’ ”¹⁰

Ni la *Revista Moderna* ni los connotados escritores modernistas, la mayoría por entonces en puestos oficiales, rompieron lanzas contra Manuel Caballero. Lo hicieron los jóvenes:

Nosotros, los que firmamos al calce, *mayoría de hecho y por derecho, y del núcleo de la juventud intelectual*, y con toda la energía de que somos capaces, protestamos públicamente contra la obra de irreverencia y falsedad que en nombre del excelso poeta Manuel Gutiérrez Nájera, se está cometiendo con la publicación de un papel que se titula *Revista Azul*, y que ha emprendido un anciano reportero, carente de toda autoridad y de todo prestigio, quien dice venir a continuar la obra de aquel gran poeta y a redimir la literatura nacional de quién sabe qué males, que sólo existen en su imaginación caduca.

Protestamos de semejante desacato, porque el referido sujeto no sólo no es capaz de continuar la obra del Duque Job sino ni siquiera de entenderla; protestamos porque esa obra tuvo y sigue teniendo brillantes continuadores reconocidos y juzgados; protestamos porque el Duque Job fue justamente el primer revolucionario en arte, entre nosotros, el quebrantador del yugo seudoclásico, el fundador de un arte más amplio; y el anciano reportero pretende hacer lo contrario, esto es, momificar nuestra literatura, lo que equivale a hacer retrogradar la tarea de Gutiérrez Nájera y lo que es peor, a insultarlo y calumniarlo dentro de su propia casa, atribuyéndole ideas que jamás tuvo, en un periódico que ostenta el nombre del que él fundó para llevar a cabo la redención de nuestras letras; protestamos porque el director de la *Revista Azul*, para llevar a cabo sus fines ha mancillado nombres de escritores respetables, haciéndolos cómplices de su obra, sin que hayan dado su consentimiento; protestamos, en fin, contra la conducta al parecer inconsciente del señor Carlos Díaz Dufoo, quien ha cedido la propiedad de la primitiva *Revisa Azul* para que ésta sea mancillada en el mercado.¹¹

Los jóvenes de la protesta, como serían conocidos por un tiempo, decían no estar en contra del uso del nombre de la revista, que poco importaba, sino contra el retroceso y la injuria a la memoria del poeta. Pero además, aprovecharon para hacer un deslinde respecto al mismo modernismo.

Y aquí es oportuno declarar a manera de credo, que nosotros no defendemos el Modernismo como escuela, puesto que a estas horas ya ha pasado, dejando todo lo bueno que

¹⁰ Henríquez Ureña, Max, “Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)”, en Pedro Henríquez Ureña, *Retratos*, Fondo 2000 Cultura para todos, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 37.

¹¹ “Protesta literaria”, fechado el 7 de abril de 1907. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 335-6.

debía dejar, y ya ocupa el lugar que le corresponde en las historias de la literatura contemporánea; lo defendemos como principio de libertad, de universalidad, de eclecticismo, de odio a la vulgaridad y a la rutina. *Somos modernistas, sí, pero en la amplia aceptación de ese vocablo, esto es: constantes evolucionarios, enemigos del estancamiento, amantes de todo lo bello, viejo o nuevo, y en una palabra, hijos de nuestra época y nuestro siglo.*

Las cursiva son del original, les interesaba que quedara claro esto. Rompían la membrana del modernismo literario y se autodefinían como modernos en términos amplios. Más que una orientación estética, afirmaban una definición intelectual abierta. El manifiesto terminaba desafiante: “somos jóvenes fuertes y nutrimos nuestro cerebro en todas las ramas del arte, para ser verdaderamente cultos”; y con un grito de batalla:

Pisamos un terreno que no es exclusivo patrimonio de nadie; de un campo que es del que lo tome por asalto, sin pedir permiso a nadie; del que lucha y se bate mejor y con más fuerzas; del que golpea más dura.

¡Momias, a vuestro sepulcro! ¡Abrid el paso! ¡Vamos hacia el porvenir!

De los 33 firmantes, la gran mayoría colaboró en *Savia Moderna*. Sólo cinco no estuvieron en aquella empresa.¹² El fuerte contingente de *savios* es también en su mayoría de escritores, aunque había algunos pintores y músicos. De cualquier manera resultaba soberbio que se llamaran mayoría “de hecho y por derecho” del núcleo de la juventud intelectual. También eran injustos los insultos al “anciano reportero”. Tales excesos dieron lugar a reconvenciones públicas, por ejemplo de jóvenes escritores de Puebla y Aguascalientes, y literatos mayores como Heriberto Frías.

El manifiesto está fechado el 7 de abril. Diez días después realizaban una manifestación por las calles, un mitin y una velada en el Teatro Arbeu. La protesta, a decir de Pedro, se organizó con una rapidez y una eficacia inesperadas.¹³

Los jóvenes contaron con *El Diario*, donde trabajaban los hermanos Henríquez Ureña, la *Revista Moderna* y, en menor medida, con otros periódicos. Buscaron también el respaldo

¹² Los firmantes: Luis Castillo Ledón, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Rafael López, Manuel de la Parra, José J. Gamboa, Alfonso Reyes, Emilio Valenzuela, Nemesio García Naranjo, Jesús Villalpando, Max y Pedro Henríquez Ureña, Ruben Valenti, Abel C. Salazar, Alfonso Teja Zabre, José Pomar, Roberto y Gonzalo Argüelles Bringas, Manuel Gamio, Francisco de la Torre, Álvaro Pruneda, José de J. Núñez y Domínguez, Miguel A. Velásquez, Raúl A. Esteva, Carlos González Peña, Gonzalo Parra, Crisóforo Ibáñez, Álvaro Gamboa Ricalle, José Velasco, Salvador Escudero, José M. Sierra y Benigno Valenzuela. Quienes no aparecen en la lista de colaboradores de *Savia Moderna* son: Manuel Gamio, Álvaro Pruneda, José de J. Núñez y Domínguez, Raúl A. Esteva y Crisóforo Ibáñez.

¹³ “Protesta literaria”, fechado el 7 de abril de 1907. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 335-6.

de intelectuales mayores. El 13 de abril, en una nota de *El Diario*, se decía que los jóvenes buscaban que presidieran los actos Jesús E. Valenzuela, Jesús Urueta, José Juan Tablada y Luis G. Urbina, parte de la plana mayor modernista. Todos ellos apoyaron a los jóvenes en la velada, a excepción de Tablada.¹⁴ En el Teatro Arbeu se leyó un soneto de Valenzuela, ausente por razones de salud, Urbina integró el presidium y Urueta fue el orador principal. El respaldo de la generación precedente fue evidente. Hubo también apoyo oficial, lo cual Caballero se encargó de subrayar en sus ataques. Se les concedió el permiso de usar las calles, los acompañó la banda de música del cuerpo militar de Zapadores y se les concedió el uso del Teatro Arbeu.¹⁵ Asimismo, la presencia de Urbina, que asistía como escritor pero que era secretario del ministro de Instrucción Pública, podía interpretarse como respaldo oficial. Los jóvenes aseguraron que no recibieron subsidio monetario alguno.

Muy aguerridos llegaron al día 17 de abril. Pedro relata la jornada:

Para la manifestación se citó a toda la juventud en el Jardín de la Corregidora Domínguez, ante cuya estatua habían sido recitados los últimos versos de Gutiérrez Nájera. A las cuatro de la tarde se hallaban reunidos allí, agrupados bajo un estandarte romano que ostentaba el lema “Arte libre”, los jóvenes escritores y poetas y varios centenares de alumnos de las Escuelas profesionales: Jurisprudencia, Medicina, Ingeniería, de la Preparatoria, de las Normales, de la Academia de Bellas Artes y del Conservatorio de Música. La manifestación partió, precedida por la Banda del Regimiento de Zapadores, y en el alto estandarte, que fue sostenido, alternando en el trayecto, por el joven pintor Gonzalo Argüelles Bringas, profesor de la Academia, por el estudiante de Jurisprudencia Benigno Valenzuela, y por el que estas líneas escribe. Se recorrieron varias calles céntricas, atravesando la de Plateros, arteria principal de la ciudad, y yendo a terminar en la Alameda. En la glorieta central de este hermoso paseo, bajo el esplendor de los follajes y la majestuosa luz del atardecer se detuvieron los manifestantes.¹⁶

¹⁴ No sé cómo respondió Tablada a la invitación. Desde la época de *Savia Moderna* se había buscado su cercanía, lo cual no ocurrió a pesar de tener amistad con algunos de los *savios*, en particular los poetas que laboraban a su lado en un departamento de la Secretaría de Instrucción Pública. Lo cierto es que para esta época, Tablada, quien según sus propios dichos había renunciado a la bohemia, era uno de los oradores más recurrentes en los actos públicos presidenciales y estaba bastante ocupado tratando de prosperar económicamente. Cf. Tablada, José Juan, *Las sombras largas*, Tercera serie de Lecturas Mexicanas, México, CONACULTA, 1993.

¹⁵ El gobierno tenía arrendado el Teatro Arbeu, que pertenecía a particulares, para dar funciones de teatro y conciertos de música, así como para realizar actos oficiales y otro tipo de actividades culturales. Funcionaba como parte de los apoyos y subvenciones oficiales al arte y la cultura.

¹⁶ “Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación pública en México”, en *Obras completas. Tomo I*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 265-70. El Jardín de la Corregidora es la Plaza de Santo Domingo, unas cuadas al norte del Zócalo. Según la crónica de *El Diario*, ahí se dieron cita 400 manifestantes, que marcharon por las calles de Encarnación, San Ildefonso, San Pedro y San Pablo, Montealegre, Primera del Reloj, Seminario, frente a Catedral, calles de Plateros y de San Francisco, Santa Isabel y Mariscala, para internarse en la Alameda. Después de la fila de manifestantes iba “una gran masa del pueblo y

En el kiosco, alternando con piezas musicales, hubo cuatro oradores. Rafael López, a quien Pedro presenta como poeta triunfador, recitó su “Imprecación del Desagravio”. Siguió Max, “como portavoz de la admiración extranjera a Gutiérrez Nájera”. Alfonso Cravioto leyó el poema enviado por Valenzuela. Por último, Ricardo Gómez Robelo habló “breve y valientemente”, según la crónica de *El Diario*. Pedro dice que este “erudito con alma de poeta, improvisó una enérgica peroración proclamando que este esfuerzo de la juventud mexicana era la declaración de su libertad en el arte y en todos los órdenes”. Era alta la admiración de Pedro hacia Ricardo; en su boca pone el manifiesto de la voluntad colectiva: libertad en el arte, más aún, libertad *en todos los órdenes*.

En el bando contrario, *El Entreacto*, al dar cuenta de la manifestación, criticó que la autoridad militar hubiera permitido la asistencia de una banda del ejército. Mencionaba a los oradores, opinando muy bien de Max, pues se mostró “no solamente orador y talentoso y poeta, sino generoso, discreto y culto en toda la extensión de la palabra.”¹⁷ En su discurso, Max expresó que fuera de México también se veneraba a Gutiérrez Nájera. El programa del modernismo, afirmaba, “era tan amplio, que tuvo que resolverse, como declara Leopoldo Lugones, en ‘La conquista de la independencia intelectual’. En efecto, hemos llegado a suprimir absurdas limitaciones de escuela, y lo que hoy se pide al artista es que produzca belleza, sin preocuparnos de los procedimientos que siga para producirla. Hemos llegado a la época del arte libre.” Max apenas aludió a Manuel Caballero, al final de su intervención, cuando exclamó querer ser el eco de “nuestra América” que sabe unirse para “enaltecer a sus poetas, y evitar que se profanen sus nombres”.¹⁸

En la velada en el Teatro Arbeu, “el teatro oficial” como dice Pedro, hubo canto y música al piano. Presidieron el acto Luis G. Urbina y Jesús Urueta. El primero leyó el “Pax animae” de Gutiérrez Nájera. Roberto Argüelles Bringas, “otro de los más inspirados jóvenes”, “recitó una poesía, que es de las más hermosas de su musa complicada y

a los lados un piquete de gendarmes montados”. El recorrido actual sería: Luis González Obregón, Del Carmen, Justo Sierra, República de Argentina, Seminario, frente a Catedral, Madero, un breve tramo del Eje Central Lázaro Cárdenas (a un costado del Palacio de Bellas Artes) y la Avenida Hidalgo. “En honor de Gutiérrez Nájera”, *El Diario. Periódico independiente*, Dir. Juan Sánchez Azcona, vol. II, núm. 188 (México, D. F., 18 de abril de 1907), p. 2. En *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, de Fernando Curiel Defossé, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1996, p. 93.

¹⁷ Manuel Caballero, “La manifestación modernista contra *Revista Azul*”, en *El Entreacto. Bise-manal de Espectáculos, Literatura y Arte*, núm. 633 (México, D. F., 18 de abril de 1907), p. 1. En *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, pp. 80-81.

¹⁸ Max Henríquez Ureña, “Palabras pronunciadas en la manifestación de la juventud literaria, el miércoles 17 de abril de 1907, en la ceremonia de la Alameda”, publicado en la *Revista Moderna*, mayo de 1907, pp. 139-141. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, 2000, pp. 337-39.

exquisita”.¹⁹ Pero el momento principal, el “clou”, fue el discurso de Urueta. *El Diario* le dedica un par de líneas, pero Pedro abunda en su labor propagandística:

Hay en México dos nombres que fascinan y arrebatan al público: Urueta y Díaz Mirón. Basta anunciar esos nombres para que los teatros se colmen y la multitud delire. Y así fue en esta noche del 17 de abril: el público estuvo pendiente del verbo musical de ese gran arrogante, mirando alzarse las esplendorosas imágenes que su talento de evocador arrancaba al arte griego, oyendo desarrollarse, como los lei-motivos de la orquesta Wagneriana, las frases de su polifonía oratoria, y estallando en aplausos y vítores cada vez que un periodo opulento se cerraba en un apóstrofe vibrante!

Todo su discurso fue consagrado al elogio de Gutiérrez Nájera, excepto las frases finales, dirigidas a la generación nueva: “Por eso, hoy que se quiere mancillar su obra y saquear su cripta, hoy que un eunuco grotesco quiere amparar con aquel nombre glorioso una labor de estúpida vanidad y de burdo mercantilismo, estalla vuestra protesta ¡oh buenos hijos de Grecia!”²⁰ En su propia crónica, también Max dio cuenta del discurso de Urueta. Además de reseñar su intervención y mencionar sus estudios sobre temas griegos, trató de fijar su personalidad.

Urueta, como orador, ofrece doble encanto, comparado con Urueta como escritor: y es que une a su siempre impecable factura, una voz inflexible, expresiva y vibrante que nos impide alejar la atención de las bellezas que declama, porque las hace resaltar con su acento ardiente. En Urueta hay carne de redentor y apóstol, porque es de los que arrastran con su verbo a las multitudes, es de los que pueden hacer oír y hacer comprender la palabra de verdad; es de los que pueden, con la sugestión de su frase, elevar los corazones, purificar las almas, sacudir a las multitudes y hacer mejores a los hombres y a los pueblos.²¹

Transcurrida la jornada de protesta, en las publicaciones de Caballero proliferaron editoriales, cartas de apoyo y notas punzantes contra los jóvenes. Dentro de la sección “Notas de combate”, la *Revista Azul* publicó el extenso estudio “El valor estético de las obras de la escuela decadentista”, de Atenadoro Monroy. Con una entrega en cada número, fue el texto

¹⁹ “Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación pública en México”, en *Obras completas. Tomo I*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 265-70. La poesía de Argüelles Bringas, “Homenaje al Duque Job”, fue también publicada en la *Revista Moderna* del mes de mayo de 1907.

²⁰ “Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación pública en México”, *Op. cit.*, pp. 265-70. En sus *Memorias*, Henríquez Ureña señala que Urueta en realidad no dio a conocer nada nuevo sobre Gutiérrez Nájera, sino que leyó un texto que escribió en homenaje al poeta poco después de su muerte, es decir, una década atrás. Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 115.

²¹ Max Henríquez Ureña, “Visiones de México. Un orador eximio”, fechado en abril de 1907, publicado en *El Fígaro* de La Habana y luego en el número de junio de la *Revista Moderna de México*. En *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, pp. 104-105.

más interesante, minucioso y extenso, contra las posiciones del modernismo. No llegó a presentarse íntegro debido a la desaparición de la revista.

Según Pedro, los manifestantes fueron criticados por *El Imparcial*, y en su favor hablaron *El Tiempo*, *El Diario* y *El Popular*. El periódico que más se ocupó del asunto fue *El Diario*, algunas de las notas seguramente fueron redactadas por Max. *El Imparcial* no fue muy duro, en realidad. Elogió el discurso de Max y consideró el de Gómez Robelo “una peroración vehemente y huera”. Detalló que, finalizado el mitin, al ver que unas personas repartían hojas sueltas a favor de la revista de Caballero, algunos estudiantes se les abalanzaron, les arrebataron los volantes y los destruyeron. Papeles, dice el diario, “notables en verdad por la intención y fina ironía de su contenido”. Sin darle mucha importancia, no dejaba de señalar la incongruencia de que los manifestantes, preocupados por las obras de civilización, incurrieran en tal intolerancia. Es la fuente que consigna mayor número de manifestantes, 500.²²

En una nota del día 18 de abril, *El Tiempo* se mostró favorable a la manifestación, incluyó el texto de invitación y el programa de la velada. El día 19 resaltó que la manifestación había sido ordenada y correcta; elogió a varios de los oradores, señalando que Max fue interrumpido varias veces por los aplausos. Informó también del asunto de las hojas volantes, en términos similares a *El Imparcial*.²³ La nota de *El Popular*, aparecida en su primera plana, es pequeña pero muy positiva: “En memoria de un poeta. Brillante fiesta en que toman parte distinguidos poetas y oradores”.²⁴

Completa el cuadro la *Revista Moderna de México*. En el mes de abril, en una nota breve, lamentaba que el nombre de la publicación del Duque Job hubiera caído “en garras de Manuel Caballero, pseudo poeta y literato cursi”, y anunciaba que no volvería a ocuparse del asunto. En efecto, poco se ocuparon en la *Moderna* de la *Revista Azul*, pero sí dieron espacio a los textos de los jóvenes de la protesta, en particular el discurso y la reseña de Max. Al final, en el número de junio, la *Revista Moderna* dio la noticia de la muerte de la *Revista Azul*, que defendiera un “absurdo programa antimodernista, radicalmente opuesto al amplio espíritu de

²² “Manifestación estudiantil. Velada artística en el Teatro Arbeu”, *El Imparcial*, jueves 18 de abril de 1907, p. 2

²³ “Una protesta literaria”, *El Tiempo*, jueves 18 de abril, p. 2; “La manifestación y velada en honor del ‘Duque Job’ ”, 19 de marzo de 1907, p. 3.

²⁴ “En memoria de un poeta. Brillante fiesta en que toman parte distinguidos poetas y oradores”, *El Popular*, 18 de abril de 1907, p. 1.

tolerancia del fenecido fundador”. Y asentaba: “Ha sido, pues, completo el triunfo de la juventud que protestó contra el desacato”.²⁵

Henríquez Ureña, en su crónica, dice que Caballero (lo llama “eunuco”, retomando el insulto de Urueta) se siguió defendiendo a su manera, pero no respondió por la inserción de nombres de escritores sin su aprobación, algunos de los cuales pidieron que se les retirara de la nómina de colaboradores, como Urbina, Victoriano Salado Álvarez, Manuel Flores, el obispo Joaquín Arcadio Pagaza y el ministro Ignacio Mariscal. En efecto, desaparecieron algunos nombres importantes, pero se mantuvieron otros. Lo más destacable es que el ministro de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, continuó apareciendo como colaborador y en tres números de los siete de la revista se publicaron retratos y antiguos poemas suyos. La *Revista Azul* no careció de apoyos, y siguió por algún tiempo su campaña contra el modernismo. Pero los jóvenes ya no se ocuparon de ella, pues se concentraron en el proyecto de las conferencias.

La pugna fue importante en el ámbito de la política literaria. Lo que se disputaban, como señala Fernando Curiel, era la vanguardia en la renovación cultural. Perdió la batalla Manuel Caballero. La *Revista Azul* no tuvo vida prolongada. A partir del sexto número se trasladó a *El Entreacto*, por debilidad financiera según su director; continuó apareciendo como suplemento por corto tiempo y desapareció. Pero a la vez, también se precipitó “el desplazamiento de los modernistas”. La primacía del modernismo había empezado a debilitarse desde principios del siglo. Al no protagonizar la batalla contra Manuel Caballero, los modernistas permitieron la emergencia pública de los jóvenes, que además iban ocupando cada vez mayor espacio en la *Revista Moderna*.²⁶

Alfonso Reyes dirá, décadas más adelante, que con la manifestación la juventud se hizo respetar.²⁷ Es demasiado decir. Pero lo cierto es que fueron jóvenes quienes más ganaron. Se hicieron escuchar en la esfera pública, si bien la disputa no fue larga ni tampoco ocupó gran espacio en los periódicos. Tuvieron, eso sí, buen impacto en el terreno literario, fueron la nota de interés por un tiempo, adquirieron un peso propio entre los actores

²⁵ “La muerte de la *Revista Azul*”, *Revista Moderna de México*, junio de 1907, p. 239.

²⁶ *Tarda necrofilia. Itinerario de la segunda Revista Azul*, pp. 48, 52. Entre los nombres que Curiel Defossé repasa dentro de la publicación, se encuentran Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Jorge Enciso, los hermanos Henríquez Ureña, Rafael López, Abel C. Salazar, Emilio Valenzuela y Gómez Robelo.

²⁷ Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas*, tomo XII, Versión digital: *Alfonso Reyes digital*. *Obras completas y dos epistolarios*. Biblioteca Virtual Andrés Bello de Polígrafos Hispanoamericanos, 2. Bibliotecas Virtuales FHL (Fundación Hernando de Larramendi), Fundación MAPFRE TAVÉRA, Fondo de Cultura Económica, p. 208.

involucrados a su favor o en su contra, mostraron un perfil más fuerte ante la mirada de la gente mayor. Ganaron seguridad en sí mismos.

II. Las conferencias en el Casino de Santa María

Una vez cerrado “el paréntesis” de la protesta contra la *Revista Azul*, dice Henríquez Ureña, “se constituyó la ‘Sociedad de Conferencias’ con elementos juveniles exclusivamente y se organizaron las conferencias conciertos. Con dificultades, sí: pero no se solicitó ayuda de nadie ni menos protección oficial. El ‘Casino de Santa María’, considerándose favorecido en ello, nos ofreció su amplio salón: un salón decorado de blanco, una ‘sinfonía en blanco mayor’.”²⁸ Se programaron las presentaciones para las 8:45 de la noche en ese centro social, en la 4ª calle de Las Flores de la colonia Santa María, ubicada al poniente de la ciudad, un barrio de casi medio siglo de existencia, en gran parte de clase media (comerciantes, empleados públicos y profesionistas) pero con presencia de no pocas familias pudientes.

Las conferencias, seis en total, comenzaron a finales de mayo y terminaron a mediados de agosto. Según el programa habrían de darse los miércoles cada quince días, acompañadas por números musicales y lecturas de poemas, como era costumbre en las reuniones culturales de la época. Hubo cambio de fecha en las dos últimas. Fue una serie de conferencias dilatada, que abarcó dos meses y medio.

La iniciativa fue de Jesús T. Acevedo, quien fungió como Presidente de la Sociedad. Las invitaciones eran remitidas por él, a nombre de la Junta Directiva, sin indicar quiénes la integraban. Pero, sin duda, en esa dirección estaban Pedro Henríquez Ureña, Ricardo Gómez Robelo y Antonio Caso. Al parecer, la agrupación tuvo un mínimo de formalidad. No hay noticias de algún documento fundacional, reglamento o nombramientos particulares (secretario, tesorero, etc.). La organización era flexible, las decisiones se tomaban en conjunto. Su fortaleza provino de los lazos de amistad y la convivencia reiterada. En ella se reafirmaron los liderazgos que despuntaban en la vida ordinaria del grupo. La existencia de la Sociedad de Conferencias se prolongó hasta la creación del Ateneo de la Juventud, a finales de 1909.

²⁸ “Conferencias y té”, carta a su primo Enrique Apolinar Henríquez fechada el 1 de julio y publicada en *La Cuna de América*, Santo Domingo, 25 de agosto de 1907. En *Obras completas. Tomo I*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, p. 322.

Los conferencistas eran bastante jóvenes. Ricardo Gómez Robelo y Pedro tenían 23 años, Antonio Caso y Alfonso Cravioto 24, Jesús T. Acevedo 25 y Rubén Valenti era el mayor, con 28. La mayoría estudiaba los últimos años de Jurisprudencia. Acevedo había obtenido ya el título de arquitecto, mientras que Pedro era el único que ni siquiera había empezado los estudios superiores. Antonio Caso era el de mayor lustre como promesa intelectual; había sido, por ejemplo, orador en la celebración del centenario del positivista John Stuart Mill, el año anterior. Si los otros aún no se habían probado como oradores, adquirieron esa experiencia en la jornada en defensa de Gutiérrez Nájera.

Conferencias en el Casino de Santa María			
Fecha	Conferencista	Tema	Música y poesía
Miércoles 29 de mayo	Alfonso Cravioto	La obra pictórica de Carrière	Exposición, en salón adjunto, de una serie de fotografías de las obras del pintor, adquiridas por Cravioto en París. Nemesio García Naranjo leyó su poema "La Dolora de Campoamor". Max Henríquez Ureña tocó al piano el Scherzo No. 2 de Chopin.
Miércoles 12 de junio	Antonio Caso	La significación y la influencia de Nietzsche en el pensamiento moderno	Manuel de la Parra recitó "El castellano y la lejana". Interpretaron al piano la Srta. Elena Rebolledo (Rapsodia 12 de Liszt) y María Enriqueta Camarillo.
Miércoles 26 de junio	Pedro Henríquez Ureña	Un clásico del siglo XX	Poesía de Luis Castillo Ledón, a cargo de la Srta. María Mauleón (quien sustituyó a la Srta. Sofía Camacho). Roberto Urzúa al piano tocó un capricho de Leschetisky y un vals de Moszkowski.
Miércoles 10 de julio	Rubén Valenti	La evolución de la crítica literaria	Roberto Argüelles Bringas declamó "Insomnio". Poesías de María Enriqueta, "Para tus manos" (inédita) y "La Venta", declamadas por la Srta. María Mauleón. Manuel Tinoco no pudo asistir, fue sustituido por Max (transcripción de la balada Senta de "El Buque fantasma" de Wagner, escrita por Liszt; la segunda mazurka de Godard) y Urzúa (Intermezzo de Estajowski).
Miércoles 24 de julio (finalmente realizada el 31 de julio)	Jesús T. Acevedo	El porvenir de nuestra arquitectura	Poesías a cargo de Abel C. Salazar y Eduardo Colín.
Miércoles 7 de agosto (realizada el 14 de agosto)	Ricardo Gómez Robelo	Obra de Edgar Poe	Alfonso Reyes recitó un poema de Andrés Chénier. Música a cargo de José Pomar.
Los cambios de fecha de las últimas dos conferencias son señalados por Henríquez Ureña; los detalles de la cuarta columna han sido extraídos de las noticias en la prensa.			

Alfonso Cravioto habló de “La obra pictórica de Carrière”,²⁹ pintor francés fallecido el año anterior. En su viaje a Europa, Cravioto pudo apreciar su obra y sacar fotografías, mismas que se expusieron en un salón adjunto en el Casino. Dedicó su conferencia a José Juan Tablada, Ricardo Gómez Robelo y Jesús Acevedo, cuyos ejemplos, dice, hicieron realizable su ensayo. Cravioto describió algunas pinturas de Carrière para mostrar que su obra, en la que impera el claroscuro, “desconcierta y sobrecoge”. Expuso la evolución artística del pintor nacido en 1849, explorando en su biografía, marcada por la pobreza hasta que obtuvo los triunfos que lo consagraron en los primeros años de 1880.

De las interpretaciones de Cravioto, me interesa la que concierne al cuadro “Teatro en Belleville”, porque en ella es clara la orientación ideológica del joven. En la escena del óleo de gran formato, se ve al público en penumbras, impreciso, volcado hacia el escenario en la esquina inferior izquierda del lienzo. Dice Cravioto: “Ahí está en el teatro, el pueblo, el perenne desposado de la miseria, el eterno salpicado de lágrimas y sudores, de barro y de alcohol; el que es todo impulso y todo pasión; pero también todo generosidad y todo fuerza. Ahí está el pueblo en un minuto de emoción, mostrando su alma, toda su alma, desnuda como los astros y como ellos irradiante.” “El drama es social y en él triunfan los humildes.” En la parte final y culminante de su participación, Cravioto elogiaba “el ideal igualitario”, el anhelo de fraternidad que Carrière sostuvo toda su vida. A la hora de su muerte, el pintor exclamó: “¡Amaos todos con frenesí!”

Cravioto habló del ideal de la redención humana, la importancia de la idea de justicia en medio de la lucha por la vida, entre injusticias y ambiciones. Esta orientación recuerda su pasado de liberal extremo, jacobino, como se decía entonces. Reverbera también el drama personal que atravesó por la muerte de su padre.

Antonio Caso se ocupó de Friedrich Nietzsche. Este filósofo era ya una influencia en la mayoría de los jóvenes intelectuales. No todos conocían la mayor parte de su obra, pero estaban familiarizados con sus ideas (la voluntad de poder, la idea del superhombre, la transformación de todos los valores y la radical crítica al cristianismo), que causaron conmoción en la Europa de las últimas décadas del siglo XIX y no habían dejado de ser discutidas. En particular, *El origen de la tragedia* (1872), obra de juventud del filósofo, sacudió las mentes de estos jóvenes mexicanos. La filosofía de Nietzsche, como es sabido, se

²⁹ “Eugenio Carrière”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 221-230. Publicado originalmente en *Revista Moderna de México*, junio de 1907, pp. 208-217.

nutrió de Arthur Schopenhauer, fundamentalmente de su metafísica de la voluntad. Las filosofías vitalistas y de rasgos pesimistas de ambos fueron muy importantes para el grupo de la Sociedad de Conferencias.

Por sus conocimientos ordenados y amplios sobre la historia de la filosofía, Antonio Caso era el indicado para asumir el reto de abordar la obra del pensador alemán. En su conferencia, “Nietzsche, su espíritu y su obra”³⁰, se ocupó de *El origen de la tragedia*, *Así habla Zarathustra*, *el Anticristo* y *El crepúsculo de los ídolos*. Pero el joven no acudió aquella noche para rendir tributo; trató de hacer una crítica profunda.

Nietzsche, decía Caso, significa una protesta contra la civilización contemporánea, una reacción formidable contra los valores establecidos. Fue a la vez “artista y pensador”, pero no alcanzó la armonía, el “augusto equilibrio mental” de ambas facultades. Quería emplear “la totalidad del yo”, pero el resultado fue un “relampagueo siniestro, fulguración vivísima, conmoción repentina y extraordinaria; pero nunca belleza absoluta, ni absoluta verdad”. Caso resaltó la influencia de “la filosofía pesimista” de Schopenhauer, que representa, en la historia del pensamiento alemán, el momento crucial de la reacción contra el idealismo de Kant. Schopenhauer trabajó en una “metafísica basada en la experiencia”, emprendió “la unión del espíritu asiático, místico y negativo, con los más estimables resultados de la filosofía metafísica y con la hipótesis realista del mundo como voluntad, opuesto al mundo como percepción.”

Luego analizó las doctrinas nietzscheanas: la interpretación “pesimista” de la tragedia griega, la doctrina del superhombre y las tesis cosmológicas. Explicaba que para el filósofo, el carácter de la civilización griega consiste en la interrelación de dos tipos básicos, dos fuerzas representadas en dos dioses: Apolo y Dionisos. Lo apolíneo es el triunfo del ensueño, el triunfo en la belleza. Lo dionisiaco representa la emancipación de lo individual que se abre y se entrega en la imperecedera e increada naturaleza. La tragedia es la síntesis de esas dos fuerzas. En las obras de este tipo, los héroes y dioses son llevados al máximo dolor, pero al final mantienen la confianza en sí mismos. La fórmula pesimista de la conciencia humana se sintetiza en la afirmación: “Eres bella y por eso te amo, vida, aunque seas cruel.”

Caso se preguntó si en verdad fue así el espíritu griego. Admitía que era necesario “amenguar un tanto la florida leyenda de la felicidad helénica”, pero entre esto y afirmar en los trágicos griegos y en Homero “videncias y convicciones pesimistas”, mediaba un abismo,

³⁰ “Nietzsche. Su espíritu y su obra” en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, 2000, pp. 231-242. Publicado originalmente en *Revista Moderna de México*, agosto de 1907, pp. 349-358.

que Nietzsche llenó con su “genial equivocación”. Dejó ahí el tratamiento del punto, concluyendo con un convicción personal: “Grecia, no obstante las eruditísimas corroboraciones filológicas de Nietzsche, seguirá siendo para nosotros, como para las venideras generaciones, la patria clásica de la alegría de vivir”.

En seguida se ocupó de la “ética del superhombre”, fruto de las experiencias dolorosas del filósofo. A diferencia de Schopenhauer, Nietzsche “se empeña en la transformación de la humanidad miserable”. Hay que desechar desfallecimientos, anular a los débiles, a los enfermos, suprimir la compasión. “Seamos enérgicos y despreocupados. La vida nos quiere fuertes y seremos como los semidioses del paganismo, como los hombres del Renacimiento, como los Napoleones contemporáneos y los Césares antiguos; ágiles, sinceros, anticristianos.”

Antonio Caso diferenciaba el “inmoralismo egotista” de Nietzsche respecto de las ideas de Max Stirner, de quien, por cierto, se ocuparía un año más tarde. El de Stirner, es un anarquismo individualista, que en su punto irreductible hace la guerra a todos los credos, a todos los universales, a todos los categóricos. La idea de Nietzsche es diferente, propone un nuevo tipo de humanidad. “La crueldad, la muerte, el exterminio, son los caminos que nos llevarán al superhombre, ‘sentido profundo de la tierra’.” Esta doctrina carece de fundamento real, contradecía Caso. Si hubiera condiciones idénticas en la lucha social, si toda debilidad fuese incurable, si toda fuerza fuese engrandecedora, tal vez advendría el superhombre. Pero esas condiciones son imposibles. Luego ofreció su propia posición, su credo:

Sobre la creencia pesimista de Nietzsche, más humana, más científica, más consoladora, está la creencia que con su carne y su sangre, vienen infundiendo, hace muchas generaciones, las madres cristianas a sus hijos. “Ama a tu prójimo como a ti mismo”; así habló el hombre divino de Judea, y su voz ha sabido suscitar un eco interminable en todas las latitudes y en todas las conciencias. “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, ved aquí la norma perfecta para una sociedad perfecta, el más glorioso de los imperativos, que confunde la justicia y la generosidad en un solo enunciado.

Caso afirmó una visión radicalmente opuesta a la nietzscheana. Para él, la “superhumanidad” sería el resultado ideal de la historia, del conjunto social como organismo de cooperación, unificado por los lazos éticos del amor y la solidaridad. En estas ideas se

traslucen las doctrinas positivistas y se advierte claramente el germen del “cristianismo filosófico”, como ha definido José Gaos la filosofía del mexicano.³¹

En cuanto al tercer aspecto de la filosofía de Nietzsche, sus tesis cosmológicas, Caso advertía un “hiperpositivismo”. Para el alemán el mundo es un mundo de apariencias y no hay otro posible. Una realidad más allá, provenga de la filosofía idealista de Kant o del cristianismo, es un absurdo, es la nada. “El modo sensible e inteligible es todo lo que existe”, según Nietzsche. Caso intentó después desarmar la teoría del eterno retorno, mostrando que se basaba en una errónea concepción del tiempo y del espacio. En conclusión:

El pesimismo cosmológico, ético y estético, es indemostrable. Todas las auroras anuncian un advenimiento; todos los instantes llevan consigo algo que no volverá a ser. El hombre es perfectible. La evolución no es cíclica. Nietzsche ha probado con sus diversas teorías, la originalidad de su genio; pero la complejidad del mundo es más compleja que el genio de Nietzsche.

Hay aspectos cuestionables en su tratamiento de la obra de Nietzsche, pero lo que más importa aquí es el tipo de tarea que Antonio Caso trató de asumir: reseñar y criticar la filosofía de un autor que había marcado una ruptura en la historia del pensamiento occidental a finales del siglo XIX y que estaba siendo de enorme influencia en su generación. El liderazgo que Caso estaba intentando ejercer, a partir de estudios detenidos en filosofía moderna (cosa que no era común en México), consistía en dar claridad a las nuevas corrientes de pensamiento que llegaban de fuera. En esta oportunidad trató de corregir a Nietzsche, sin dejar de valorar el aspecto renovador de su filosofía.

La noche del miércoles 26 de junio, Henríquez Ureña dio la tercer conferencia: “Un clásico del siglo XX”.³² Habló del poeta español José María y Galán, escritor que resultaba menor en comparación con las figuras analizadas por sus compañeros. El asunto tenía, no obstante, su actualidad. El literato español, nacido en Frades de la Sierra, Salamanca, en 1870, había muerto en enero de 1905, cuando ya era una celebridad.

La particularidad que más llamó la atención de Henríquez Ureña fue la cercanía del poeta con el pueblo común. Gabriel y Galán, dice, fue conocido e incluso recitado por el pueblo llano. La España culta comenzó a conocerlo en 1902, por la publicación de sus

³¹ “Prólogo” de José Gaos, en Antonio Caso, *Obras Completas III. La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, Nueva Biblioteca Mexicana, compilación de Rosa Krauze, Dirección General de Publicaciones, UNAM, México, 1972.

³² “Un clásico del siglo XX”, publicada en la *Revista Moderna de México*, julio de 1907, pp. 296-303. “José M. Gabriel y Galán”, en *Obras completas. Tomo 1*, pp. 251-64.

Castellanas. Su fama culminó en apoteosis tras su muerte, “que fue un duelo regional en Extremadura y parte de Castilla.” Las ediciones póstumas “han recorrido triunfalmente el mundo hispano”. Es sabido que el poeta fue maestro de escuela en pequeños poblados y no quiso radicar en las ciudades. Por ello, el conferencista lo llamaba “poeta campesino, que nunca se preocupó por la nombradía y los triunfos resonantes de las ciudades”. Llegó a convertirse “en ídolo, y su nombre y su obra fueron por un momento la moda de los cenáculos y el tópico de la prensa”. Fue tal su fama que incluso se le quiso erigir un monumento al lado del poeta Fray Luis de León.

A partir de la personalidad literaria del poeta, Henríquez Ureña trató de establecer el significado de “clásico” en literatura. Según él, Gabriel y Galán había dado “en la poesía de nuestra época la nota clásica y la nota rústica, espontáneas ambas y genuinas”. Se trataba del “retorno a lo tradicional y a lo primario, en un principio de siglo que parece acelerar febrilmente todas las evoluciones y transformaciones de la vida social”. El poeta era un caso especial, pues parecía ir a contracorriente del momento histórico, en una España en que florecía entonces la renovación modernista.

El dominicano definió a Gabriel y Galán como un “clásico por temperamento y por educación”. Pero ¿qué es un clásico? Se dice que un clásico “lo es porque puede servir de maestro y de modelo a todas las épocas”. Otro criterio consiste en clasificar los temperamentos artísticos en clásicos y románticos. “El temperamento clásico es sereno, y el romántico es inquieto; aquél busca la armonía y éste la lucha; aquél busca el alma de la naturaleza fundiéndose en ella, y éste pretende arrancarle sus secretos desgarrándole las inagotables entrañas misteriosas.” Luego expuso lo que significa un clásico “por educación y por escuela”, siguiendo ideas de Marcelino Menéndez y Pelayo. Se trata del escritor “sensato, correcto, estudioso, que piensa antes de escribir, que toma el arte como cosa grave, que medita sus planes y da justo valor a sus palabras”; o bien es el literato “amamantado desde niño con la lección de los inmortales de Grecia y Roma y de sus imitadores franceses, italianos y españoles”. A esta doble definición corresponde Gabriel y Galán, si bien, acotaba Pedro, su “escuela” estuvo circunscrita al clasicismo español.

Después de definir la personalidad del poeta, su disertación giró en torno a la obra. “La típica virtud de Gabriel y Galán”, exponía Pedro, “es haber cantado la naturaleza y la vida rústica con un sentimiento absolutamente suyo, personal y espontáneo, y con una filosofía clásica castizamente castellana.” El poeta describe “toda la vida campestre en su rudeza y en su magnificencia; la majestad de los paisajes, la pureza de los cielos, el esplendor de la

fecundidad en los campos y en la especie humana, la gloria y la dicha del trabajo, los amores de las mozas y vaqueros [...], la resignación del fatigado vaquerillo, las cuentas y preocupaciones de la cosecha, la desolación que siembre una nube de granizo, la desgracia que inflige un patrón cruel, el culto del Cristo de la ermita y de la Virgen de la montaña.” Y en seguida: “Gabriel y Galán fue la voz de los campesinos de Salamanca y Extremadura; sintió con ellos, cantó en su propia fable y sorprendió los grandes momentos poéticos, dulces o dolorosos, de su vida.” Fue un poeta social:

Fue un verdadero poeta social, como admirablemente lo define la Pardo Bazán: fue la voz *íntima* y *épica* de su tierra y de su pueblo; no se manifestó antisocial clamando por revoluciones y desquiciamientos del orden establecido, sino que abogó por la conservación de la familia, del gobierno, de la religión; y como espíritu generoso, tuvo notas de simpatía para los anhelos socialistas, en los cuales no descubre amenazas para las instituciones, que él juzga sagradas, sino para la riqueza inútil, ociosa, parasitaria.

Hasta entonces, el asunto primordial para Henríquez Ureña había sido el modernismo, su singularidad y la necesidad de difundirlo como medio de renovación literaria. Ahora se ocupaba de un caso diferente, un poeta que retornaba a la tradición castiza y popular. En la conferencia enfatizaba la función social y los motivos no egoístas o instrumentales de las creaciones artísticas. El caso de Gabriel y Galán le permitía defender un estilo intelectual. Por un lado, ese carácter clásico “por educación y por escuela”, al que él mismo aspiraba. Y por el otro, el carácter social del arte, en general de las actividades intelectuales, no en el sentido directamente combativo, sino de manera prudente, con un ánimo en primer lugar comprensivo (escuchar la voz “íntima y épica” del pueblo). En el desarrollo posterior de Henríquez Ureña, las venas de preocupación por la literatura española y por las expresiones de cultura popular se ampliarían y fortalecerían.

Siguió el turno de Rubén Valenti, con su conferencia “La evolución de la crítica literaria”.³³ Inició hablando de los griegos “arcaicos”, la era presocrática de la mitología, los poemas y cantos épicos. Enalteció las creaciones de la tragedia, “que fue la manifestación máxima, la obra suprema del arte griego, la expresión magnilocuente de la intuición completa del universo. El amor, el odio, la esperanza, la vida, la muerte, el misterio, la fatalidad, la naturaleza, los mitos, los dioses, el pasado, el presente, el futuro y la eternidad, se fundían en las broncíneas estrofas de la tragedia, que caían de la boca del histrión sobre el alma de la

³³ El texto, fechado el 10 de julio de 1907, hasta donde sé, no ha sido trabajado dentro de los estudios sobre el Ateneo de la Juventud. Fue publicado en varias entregas en la *Crónica* de Guadalajara, gracias a Max Henríquez Ureña, que trabajó un tiempo en esa publicación. AHCM-PUH, Caja 2 sin clasificar, álbum de recortes.

multitud, conmoviéndola y agitándola como hubieran conmovido y agitado los océanos las fuerzas todas del cosmos, precipitándose sobre ellos hechas huracanes.” Estos griegos, por ser emotivos e instintivos, no hicieron verdadera crítica.

Después, a partir de las posiciones de Platón y Aristóteles contrarias al arte, el griego se volvió “pedagogo”. Empezó una incompreensión que perduró centurias bajo el principio de que “nada es bello sino la verdad, sólo la verdad es amable”. Se propició un arte carente de franqueza y virilidad, privilegiando la prudencia, las bellas expresiones, el manual de buena crianza, etc. “En resumen”, expresaba Valenti, “la crítica clásica dicotomizó la obra de arte en fondo y forma, preconizando para alcanzar la perfección de ésta, la imitación de los modelos y la observancia de la retórica ó preceptiva y en cuanto al fondo, estableció que el arte tiene, la verdad como sujeto, lo agradable como medio y la verdad moral como fin.”

El sistema clasicista dominó hasta mediados del siglo XVIII, hasta la revolución del Romanticismo, que en materia de crítica estuvo personificada por el alemán Friedrich Schlegel (1772-1829), en quien se reunían las cualidades del sabio, el filósofo y el artista. Luchó de manera frontal contra el sistema clásico, haciendo avanzar la idea de libertad en materia estética (“el arte por el arte”).

Valenti diferenció dos métodos en la crítica de arte, el histórico y el estético. La crítica histórica, explicaba, pretende establecer la causalidad del medio ambiente sobre la obra. Pero siempre hay algo que no se puede explicar de esta manera. No todo lo que sucede en la biografía del artista condiciona su producción artística; menos aún con el cuestionario de Taine: raza, ambiente, momento histórico, escuela e influencias. Este método, positivista y racionalista en exceso, se había privilegiado demasiado. Trajo entonces a colación las nuevas tendencias filosóficas:

Ahora bien, la vida del hombre de genio está toda en las germinaciones profundas de su conciencia, hecho que aceptan las corrientes más modernas del pensamiento representadas por Myers, James, Bergson, Maeterlinck y otros, que distinguen cada vez más claramente la vida cotidiana producida por las ondas superficiales de la conciencia, de la vida de nuestro ser más íntimo y más profundo, estableciendo que es más vario y más intenso todo impulso y toda acción que brota de los abismos impenetrables del espíritu; y han llegado á distinguir en el individuo, dos personalidades: la supraliminar y la subliminar; la una madre de nuestra vida aparente y la otra fuente de los fenómenos psíquicos de la intuición genial.

Las causas psicológicas de la obra de arte, en gran medida, no pueden ser explicadas racionalmente. El expositor sugería que la crítica debía tener en cuenta este aspecto

misterioso. La crítica estética, decía, postula que la obra debe ser comprendida y juzgada por sí misma, por su valor intrínseco y estético. Concluía que, en realidad, ambas perspectivas se complementan y ofrecen un “método perfecto”, pues mientras una “atiende á los elementos estéticos de la obra, la otra nos da por medio de la comprensión amplia del concepto histórico los medios para entenderla.”

Terminaba la conferencia de Rubén Valenti, intensa y por momentos difícil de seguir en las argumentaciones. Fue el único que manifestó explícitamente que su esfuerzo se inscribía dentro la tendencia general de sus jóvenes compañeros.

He terminado Señores; tan solo me resta decir que aunque mal expresados, palpitan en esta conferencia algunos pensamientos comunes á un grupo de jóvenes deseosos de libertad, anhelantes de una vida intelectual superior, ansiosos de intensificar su propia existencia y de elevar el pensamiento por encima de escuelas y sistemas: jóvenes que son amantes del Individualismo, de la Belleza y de la Inteligencia; adoradores de la naturaleza y del pleno vivir y enemigos de toda forma de servilismo, y que en el arte aman la transfiguración ideal de la realidad y aspiran á la belleza como revelación de un vida profunda y serena.

En la quinta conferencia, Jesús T. Acevedo se propuso hacer conciencia sobre “El porvenir de nuestra arquitectura”,³⁴ a partir de dos cuestiones: por qué México carecía de una arquitectura verdaderamente propia y cuál era la vía para obtenerla.

Su punto de partida fue considerar la obra de arte como expresión de una época, como el resultado de esfuerzos colectivos. “El mejor elogio que de la vida podamos hacer”, decía, “dados nuestros ciudadanos modos de vivir, consistirá desde luego en el aspecto y en el espíritu de nuestra ciudad, que será luminosa y alegre, variada, rica en color, expresiva y solemne, si nosotros somos capaces de vivir luminosa, alegre y solemnemente.” Hizo un recorrido desde el modo de vivir del hombre primitivo hasta la actualidad, sintetizando los estilos arquitectónicos de Egipto, Grecia, Roma, la Edad Media, el Renacimiento, etc. Para conseguir una arquitectura idónea, advertía, hace falta el concurso “de todas las voluntades unificadas”, de lo contrario “la arquitectura cae forzosamente en la mediocridad”.

La caída en la mediocridad, ese era el caso de México, lamentaba Acevedo. Los materiales de construcción recientes, el hierro y el cemento armado, habían sido utilizados para imitar formas antiguas, produciendo resultados desastrosos. Impera el mal gusto en las

³⁴ La conferencia fue recogida con el título “Apariencias arquitectónicas” en *Disertaciones de un arquitecto*, prólogo de Justino Fernández, notas de Alfonso Reyes y Federico I. Mariscal, México, INBA, 1967. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pp. 253-265.

construcciones recientes, se emplean materiales y técnicas inadecuados. En cambio, “si nuestros mayores se hubiesen preocupado por conservar primero y después hacer evolucionar la arquitectura colonial de manera que la hubieran adaptado a las necesidades del progreso siempre constante, ¿contaríamos en la actualidad con un arte propio? Yo creo que sí.”

Resaltó la arquitectura colonial y su importancia para la convivencia. Habló de las puertas con inscripciones, las rejas de hierro forjado, “el anchuroso patio castellano” que era lugar de reunión, balconillos audaces, pilastras aiosas y cornisas ejemplares. Concluía con un llamado al compromiso: “He demostrado que no poseemos arquitectura directriz; por lo tanto, a nosotros corresponde iniciarla.” Es necesario empezar a “interesar directamente al pueblo, a la nación entera”.

El 14 de agosto Ricardo Gómez Robelo se encargó de cerrar el ciclo. Se ocupó de la “Obra de Edgar Poe”, cuyo texto, al parecer, no llegó a publicarse. Los diarios de la capital no reseñaron la sesión. Tenemos una nota sobre su contenido en una carta de Henríquez Ureña:

La conferencia estuvo bien. Ricardo leyó. Admirable trabajo, soberbio de estilo y concentradísimo de ideas. La tesis de la derivación helénica muy hábil: se basa en la afirmación de que Poe es un idealista trágico a la manera de los griegos, porque nos da el dolor hecho síntesis, nos da tipos generales de pasión y de voluntad, aunque el vulgo lo crea un individualista sentimental.³⁵

Ya sabemos que Pedro era muy exigente, y en cartas a sus amigos íntimos no le quitaba las puntas a sus juicios. Por eso resalta este comentario encomiástico. No podemos aquilatar el “soberbio estilo” del conferencista, no conocemos el desarrollo de la tesis de la “derivación helénica”, ni los tipos de pasión y de voluntad que indicó. Pero, con lo que se ha referido de Gómez Robelo, podemos imaginar su tono encendido, las ideas aventuradas y sorprendentes. Meses después, Pedro publicó un texto sobre las conferencias donde desarrolla su apreciación de la conferencia de Ricardo:

la explicación dada por Ricardo Gómez Robelo del espíritu de Edgar Poe, señalando en él las cualidades fundamentales del idealismo trágico de los griegos, es un *hallazgo*, aunque al principio parezca una paradoja sobrada riesgosa. Nadie, en efecto, osaría afirmar que el cantor de *Ligeia*, el cuentista de *Assignment*, en quien las cualidades más extraordinarias de la fantasía teutónica aparecieron sintetizadas, por primera vez tan exclusivas y plenas dentro de una sola personalidad, y de quien deriva toda una literatura sin precedentes definidos, es un

³⁵ A Max, 16 de agosto de 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 344.

heleno, y no es esto lo que quiso demostrar Ricardo Gómez. La semejanza de Poe con el espíritu dionisiaco, tal como lo entiende Nietzsche, consiste en la fuerza moral que acepta el dolor y lo presenta purificado, escapando así al sentimentalismo egoísta de gran parte de la lírica moderna.³⁶

La presentación de Gómez Robelo era congruente dentro del cuadro general de las conferencias. Intentó dar una lectura nueva de una figura muy conocida e influyente, venerada por románticos y modernistas. Se trataba también de un autor “peligroso”, como Nietzsche. El genio tenebroso de Edgar Allan Poe, por sus temas y estilo, seguía generando suspicacias. En su plática también resonó el modelo de la antigua tragedia griega, a través de la interpretación de Nietzsche, y creo no equivocarme al asegurar que Ricardo no coincidió con el criterio anti nietzscheano de Antonio Caso.

En las conferencias del Casino de Santa María se observaron diferentes estilos y orientaciones. Se aprecia cierta especialización (Antonio Caso en filosofía, Acevedo en la arquitectura). En algunas disertaciones ya están muy presentes los temas griegos, que pronto serán asunto preponderante para el grupo. En conjunto, hay una misma orientación de práctica intelectual. Todos muestran conocimientos extensos, especializados o técnicos. Realizaron exposiciones detenidas, cada uno a su manera, pero con la intención de hacer evaluaciones críticas de figuras o temas que les interesaban o les inquietaban. Los jóvenes evalúan, atacan problemas, sacan conclusiones. Quieren corregir, impugnan y defienden valores, pretenden señalar rutas correctas. En todos, esta voluntad proponente apunta más allá de los temas particulares, apunta a la idea de que la cultura, la literatura, la pintura, la filosofía, la arquitectura, no son divertimento o sofisticación de espíritus privilegiados, sino que tienen importantes funciones sociales.

En tanto intelectuales, los miembros de la Sociedad de Conferencias asumían un papel de orientación pública, ya sea que se tratara de remarcar la preocupación de un pintor por la justicia social, de la piedad cristiana ante el pesimismo nietzscheano o de la necesidad de construir o reconstruir la ciudad de acuerdo a la propia tradición y a los modos de vivir de la gente que la habita. Henríquez Ureña se ocupó de un poeta en quien el “alma” del pueblo se expresa, no pierde su substrato social y se legitima dentro de las “bellas artes”. Gabriel y Galán era para Henríquez Ureña uno de esos escritores que quisiera para la América española, esa pléyade de poetas que expresaran el ser profundo de su patria.

³⁶ “Las conferencias de los jóvenes”, sin firma, *La Gaceta de Guadalajara*, jefe de redacción Max Henríquez Ureña, 17 de noviembre de 1907. AHCM-PHU, Caja 1, Álbum de Collections, ff. 623-626.

El ejercicio intelectual de las conferencias fue sumamente benéfico para los jóvenes. Pero las pláticas tenían un carácter público, querían exponer y difundir sus puntos de vista. Para evaluar su impacto, antes que nada hay que señalar que en la ciudad, en esos meses de mayo a agosto, hubo numerosas actividades de asociaciones con fines culturales, las cuales casi siempre recibieron mayor publicidad en los periódicos que la serie del Casino de Santa María. Una de las más activas, por ejemplo, fue la Liga Antialcohólica Nacional, que dio conferencias y fiestas con el fin de atacar el hábito de la embriaguez en las capas populares. La Asociación Cristiana de Jóvenes, filial de la YMCA (Young Men's Christian Association), organizó conferencias con música y versos. Se celebraron congresos, sesionaron diferentes sociedades y se efectuaron muchas conferencias y veladas.³⁷

La presencia de la Sociedad de Conferencias en la opinión pública fue modesta, pero constante y positiva. El grupo, como dice Pedro, llevó adelante su proyecto sin apoyo oficial, pero en cambio tuvo bastante ayuda publicitaria.

La *Revista Moderna* publicó las tres primeras conferencias y dio algunas noticias adicionales. *El Diario*, donde laboraron Pedro y Max hasta julio de 1907, dio cuenta de su desarrollo. *La Patria* también apoyó a la causa (seguramente a través de su redactor Carlos González Peña); publicó el programa del ciclo y tres artículos editoriales en primera plana, de junio a principios de agosto.³⁸ En el primero, *La Patria* elogiaba el esfuerzo e invitaba a concurrir. Se trata, decía, de una loable labor de “vulgarización” de las letras. En el segundo calificaba de “serios y concienzudos” los estudios expuestos. Es la obra de la juventud, decía, que viene tras la brillante generación ya consagrada (la modernista), y recordaba que el grupo se había dado a conocer en la defensa del Duque Job. No abundó gran cosa sobre el contenido de las pláticas y criticó que los diarios no les dieran mayor espacio. En el tercer artículo, a unos días de que se diera la última plática, resaltó que el ciclo había sido un éxito.

³⁷ Se realizó el Congreso Médico Nacional. Hubo sesiones de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, así como de la Academia de la Lengua. Se realizaron varias veladas en honor del poeta recientemente fallecido Manuel José Othón, una de ellas por la sociedad científico-literaria “Luz y Fraternidad”. La Junta Central permanente del Primer Congreso Nacional Espírita sesionó y organizó conferencias. La Sociedad Antonio Alzate dio conferencias sobre la tuberculosis en el Casino Español. El explorador y arqueólogo francés Mauricio de Perigni pronunció una plática en el Teatro del Conservatorio. Se reunieron también la Asociación Científica Mexicana “Leopoldo Ríos de la Loza”, la Sociedad Pedro Escobedo (de medicina) y la Sociedad Manuel Gutiérrez Nájera. La Asociación del Colegio Militar organizó conferencias en la Escuela Nacional de Ingenieros.

³⁸ El programa se publica bajo el título “Sociedad de Conferencias”, *La Patria. Diario de México*, miércoles 29 de junio de 1907, p. 1. Los artículos son “Conferencias literarias”, martes 4 de junio de 1907, p. 1; “Verdad y belleza. Las conferencias en el Casino de Santa María”, miércoles 19 de junio de 1907, p. 1, y “La campaña de la juventud”, del martes 6 de agosto de 1907, p. 1.

En los demás periódicos la presencia de las conferencias fue menor. Aparecieron notas pequeñas o sueltos en gacetilla. Considero importante incluir algunos detalles positivos.

De Rubén Valenti, *El Popular* habló muy bien. Anunció su conferencia el 6 de julio, presentándolo como “joven escritor de vasta cultura científica y literaria”, que “hará un análisis de varios sistemas de crítica literaria, apoyándose en estudios hechos en nuevos autores franceses, italianos, etc., y expondrá puntos de vista nuevos é interesantes.” El mismo día de su conferencia, el miércoles 10 de julio, la volvió a anunciar. Tres días más tarde, el periódico afirmaba que Valenti desarrolló el tema “con verdadera maestría de exposición y erudición profunda á la vez que en estilo vigoroso y expresivo.” El diario añadía que habían sido muy aplaudidos los poemas de María Enriqueta recitados por la señorita María Mauleón.³⁹

Pocas y pequeñas fueron las notas de *El Tiempo*. Tampoco mucho interés mostró *El Imparcial*, pero tuvo elogios para Caso y Acevedo. El 13 de junio este diario señalaba que el acto fue organizado “por un grupo de jóvenes amantes de las bellas letras” y que hubo muchos aplausos.⁴⁰

Las conferencias del Casino de Santa María no fueron un gran acontecimiento social o cultural, pero mantuvo cierto interés en la prensa, incluso en *El Imparcial*, ya enemistado con los hermanos Henríquez Ureña. Los jóvenes consiguieron armar un buen dispositivo de publicidad (*El Diario*, la *Revista Moderna de México* y *La Patria*), incluida la labor de difusión que Pedro hizo a través de artículos mandados a publicar en Santo Domingo.

En términos de asistencia, se puede inferir que las conferencias fueron exitosas. *El Popular*, al informar de la apertura de la serie, señaló que fueron insuficientes las invitaciones para los que querían asistir.⁴¹ Henríquez Ureña, en carta del 16 de agosto a su hermano Max, dice que en la última conferencia, que no fue avisada por los periódicos, hubo 150 personas. En las anteriores el público había sido más numeroso. Pedro señala que en esa ocasión asistieron algunas personas importantes, como Rodolfo Reyes, “pero ninguno de los poetas ministeriales [aquellos que trabajaban en el Ministerio de Instrucción Pública], excepto

³⁹ Las tres referencias de *El Popular* son: un suelto en la gacetilla “De sociedad”, 6 de julio de 1907, p. 2; “Conferencia importante”, suelto en primera plana y en letra pequeña, 10 de julio de 1907, p. 1; “Casino de Santa María”, nota de cuatro párrafos en “De Sociedad”, 13 de julio de 1907, p. 2.

⁴⁰ Las dos referencias, de las tres que pude localizar en *El Imparcial*, son: suelto en “Sociales y personales”, 13 de junio de 1907, p. 2; la nota sobre la conferencia de Acevedo, “En el Casino de Santa María”, en la gacetilla “Sociales y personales” del 1 de agosto de 1907, p. 3.

⁴¹ Suelto “Sociedad de Conferencias. Simpática fiesta de anoche en el Casino de Santa María”, *El Popular*, jueves 30 de mayo de 1907, p. 2.

Colín”.⁴² La publicidad y la asistencia disminuyeron hacia el final del ciclo. Sólo hallé que *El Popular* anunció el 10 de agosto la conferencia última, la de Gómez Robelo. Y al parecer ninguno reseñó su realización.

Según otra carta de Pedro, de abril de 1908, la razón principal de la reducción de la concurrencia fue que dejaron de contar con *El Diario*. El éxito de la primera serie, le comentaba a Max, se debió a la insistencia de *El Diario*, cuando ambos trabajaban ahí. Apenas salieron de ese medio, la asistencia disminuyó, de tal suerte que ya “en la de Ricardo estuvimos en familia, [...] poco más de 120 personas.”⁴³

Con una afluencia de más de 120 o 150 personas en el Casino de Santa María, lo importante era quiénes asistían, además de los compañeros del grupo. Pedro Henríquez Ureña conservó en su archivo la nota periodística de *El Diario* sobre su presentación. En ella se detallan los nombres de muchos asistentes. Acudieron varias familias de Santa María, miembros de la Colonia Española, muchos artistas y estudiantes: Licenciado Rafael David y señora, señora Rebolledo y señoritas V. Carmen y Elena Rebolledo, señoritas Vázquez Schiaffino, familia de Mauleón, arquitecto Federico Mariscal, Licenciado Guillermo Novoa, Gonzalo de Murga (escritor español), ingeniero Manuel Villaseñor, diputado Honorato Bolaños, arquitecto Carlos Lazo, licenciado Enrique Beltrán, profesor Ricardo Gómez, Alberto Ferráez, arquitecto Carlos Herrera, ingeniero J. Becerril, el poeta español Ángel María Segovia, licenciado Alejandro Quijano, Jesús Acevedo, Antonio Caso, Isidro y Juan Manuel Fabela, Eduardo Colín, José J. Gamboa, Ricardo Gómez Robelo, Emilio Valenzuela, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, Nemesio García Naranjo, Rubén Valenti, Aurelio M. López, José Pomar, Francisco de la Torre, Manuel y Gonzalo de la Parra, Carlos González Peña, José Luis Prado, etc.⁴⁴

A las conferencias asistieron profesionistas con cierto nombre público, algunos escritores y personas ricas (“gente de sociedad”) de la colonia Santa María. No aparecen los grandes nombres literarios (José Juan Tablada, Luis G. Urbina, por ejemplo), lo cual, sin duda, habría dado mayor relevancia a las pláticas.

⁴² Carta a Max del 16 de agosto de 1907, en *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 344.

⁴³ Carta a Max, 6 de abril de 1908, *Ibidem.*, p. 465. La salida de los hermanos Henríquez Ureña de *El Diario* se aborda en un apartado próximo.

⁴⁴ “La conferencia sobre Gabriel y Galán”, *El Diario*, México, 28 de junio de 1907. AHCM-PHU, Caja 1, Álbum de Collections, f. 606.

Henríquez Ureña emprendió con entusiasmo la tarea de difundir las actividades del grupo. En su artículo fechado el 2 de abril y publicado en un diario dominicano en mayo de 1907, además de relatar la manifestación en “desagravio” del poeta Gutiérrez Nájera, ofrecía una visión dorada del conjunto de sus compañeros. Decía que esta nueva generación, “nutrida, culta y entusiasta”, se había dado a conocer en la *Revista Moderna* y había emprendido numerosas actividades. Luego de su batalla breve e intensa, la juventud se preparaba para trabajar, “fundando la revista *Arte Libre*, organizando exposiciones y celebrando conferencias y conciertos.”⁴⁵

Cuando la serie de conferencias estaba a medio camino, Pedro retomó su labor publicitaria con una carta dirigida a su primo Enrique Apolinar Henríquez, publicada también en Santo Domingo.⁴⁶ Sostenía entonces una definición más ambiciosa de la nueva generación: “el grupo juvenil de intelectuales y artistas más brillante de la América española”, los menores de 30 años que apenas se empiezan a dar a conocer fuera de México. Esto según la opinión de Darío Herrera, el escritor panameño que por entonces vivía en la casa de los Henríquez Ureña, y quien debido a sus viajes, decía Pedro, conocía personalmente y al dedillo los principales centros literarios americanos. Henríquez Ureña relataba el trayecto reciente de los jóvenes: la revista *Savia Moderna*, triunfos en certámenes, estrenos de dramas, publicación de novelas y libros de poesías, la exposición de pintura, hasta llegar a la Sociedad de Conferencias.

Exageraba los méritos y la significación de los jóvenes mexicanos. Estaba en exaltada labor de publicidad, era necesario darse a conocer. La carta también revela que se sentía contento y estimulado entre sus compañeros. Ya habían ocurrido tres conferencias, incluida la suya. De Cravioto decía que “fue una sorpresa como conferencista: no sólo presentó un hábil y brillante estudio sobre *Carrière*, sino que *dijo* con fuerza y elegancia”. De uno de los poetas, Nemesio García Naranjo, que recitó “La Dolora de Campoamor”, detallaba que París le acababa “de refinar el aspecto romántico de su cabeza, puntiaguda barba rubia, y las sugestivas insinuaciones de su dicción”. Manuel de la Parra, que ofreció la poesía “El Castellano y la Lejana”, era el “poeta de las lejanías”.

⁴⁵ “Desde México. Protesta y glorificación. Una manifestación pública en México”, fechado el 2 de abril, publicado en *Listín Diario*, Santo Domingo, 22 de mayo de 1907. En *Obras completas. Tomo 1*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 265-70.

⁴⁶ “Conferencias y tés”, una carta dirigida a su primo Enrique Apolinar Henríquez, fechada el 1 de julio, publicada en *La Cuna de América*, Santo Domingo, 25 de agosto de 1907. En *Obras completas. Tomo 1*, p. 321-325.

Pedro resaltaba, elogiaba y definía con amabilidad y brillantez a sus amigos. Faltan tres conferencias, agregaba, se planea luego una nueva exposición artística, cuya conferencia de apertura la dará Ángel Zárraga, “un pintor y literato que ya ha logrado nombre en España, donde estudia, y que debe llegar a México antes de un mes”. Carlos González Peña ha dado a luz su segunda novela, *La chiquilla*. Jorge Enciso abrió una exposición de 80 cuadros, dibujos y apuntes, ejemplo que siguió Francisco de la Torre. “Y hay en perspectiva dramas, libros, producciones musicales, nuevas exposiciones pictóricas.”

“Ya presumirás”, escribe Pedro a su primo, “que tantas labores exigen muchas reuniones preparatorias. Para la protesta, para la fundación de la revista ‘Arte Libre’ cuyo proyecto se abandonó por atender a las conferencias, y luego para estas, nos reunimos con frecuencia, en el estudio de Acevedo, en las oficinas de ‘Revista Moderna’, en nuestra casa. Pero ya, a las reuniones de trabajos, han sucedido las de congratulación.” Era el momento de los tés. Se dio uno para Cravioto y Nemesio. Isidro Fabela, “un joven aristócrata que es sin embargo un cuentista castizo y observador”, ofreció otro a Caso y Manuel de la Parra.

Los tés son de lo más animado que puedes imaginar; el *five o'clock* se prolonga hasta la noche, se convierte en cena; y mientras tanto, se hace música, se recitan versos propios y ajenos (no han faltado versos dominicanos: el *Aniquilamiento* de Gastón fue un éxito en el té de Cravioto), y a la hora del *champagne*, se brinda por todos los motivos recientes de congratulación.

En esos días de triunfos y buen vivir, Pedro festejó su cumpleaños el sábado 29 de junio, tres días después de su conferencia. *El Popular* informó de la fiesta, incluyendo el nombre de 24 asistentes, sin contar los de la casa.⁴⁷ Luis Lara Pardo le dijo a Pedro: “De seguro que ni en Santo Domingo ni en Nueva York tuvo V. un *círculo de amigos* tan grande”.⁴⁸ Ese círculo era a la vez la falange protagonista de la protesta literaria y el conjunto que asistía a las conferencias. Entre los asistentes a la celebración del vigésimo tercer cumpleaños del dominicano no había nombres de literatos mayores.

⁴⁷ Los nombres de los asistentes: Dr. Luis Lara Pardo, Jesús T. Acevedo, el pianista Roberto Urzúa, los pintores Francisco de la Torre y Alberto Garduño, Álvaro Pruneda, Emilio Valenzuela, José de J. Gamboa, Alfonso Cravioto, Rafael López, Isidro Fabela, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Reyes, Manuel de la Parra, Nemesio García Naranjo, Carlos González Peña, Rubén Valenti, José de Jesús Núñez y Domínguez, José Luis Prado jr., Rosendo Hernández Barrón, Manuel del Castillo, Carlos M. Serrano, Benigno Valenzuela y Jesús Villalpando. “Agradable reunión”, nota en gacetilla, *El Popular*, 2 de julio de 1907.

⁴⁸ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 116.

El 2 de julio el poeta Julio Flórez arribó a la ciudad de México, provocando beneplácito en el ambiente literario.⁴⁹ El grupo juvenil fue a recibirlo. Lo llevaron a casa de Jesús Valenzuela. Por la noche, Emilio Valenzuela le ofreció una cena en nombre de su padre. Flórez se quedó una semana en la casa de la Séptima de Soto y luego se trasladó a la de Ignacio Reyes, tío de Alfonso Reyes. Los jóvenes le ofrecieron un té el sábado 6 de julio. Ahora sí acudieron literatos de peso, como Luis G. Urbina, Rafael de Alba, Ciro B. Cevallos y Alberto Leduc, el cónsul de Colombia, e incluso hubo fotógrafos.⁵⁰ La fiesta inició a las 5 de la tarde y se prolongó hasta la alta noche. Según reporta *El Popular*, abundaron las composiciones leídas y la música.⁵¹

Al reseñar la reunión que brindaron al poeta modernista, Henríquez Ureña lamentaba que la mayoría de los literatos conocidos estuvieran ausentes con mucha frecuencia por sus cargos diplomáticos, como era el caso de Joaquín Cassasús, Federico Gamboa, Jesús Urueta, Amado Nervo, Balbino Dávalos, Efrén Rebolledo y Victoriano Salado Álvarez. “En cambio, los jóvenes están todos aquí, laborando y promoviendo entusiasmos, y todos concurren al té: literatos y poetas, músicos y pintores.”⁵² Ignacio Reyes dio otra fiesta al poeta en su “mansión”, cuya elegancia y gusto exquisito describe Henríquez Ureña.

La lejanía de muchas de las figuras literarias principales podría interpretarse como una desventaja para los jóvenes. No tenían a la mano muchas autoridades a quienes acercarse y que dieran a sus proyectos mayor fuerza y brillo. Pero representaba más una ventaja, como sugieren las palabras de Henríquez Ureña, ya que así el panorama ofrecía mayores espacios de libertad, donde los jóvenes no tenían que subordinarse a las iniciativas de los mayores, acatar su dirección o tener que disputar con ellos.

La carta de Henríquez Ureña sobre conferencias y tés muestra una juventud intelectual fuerte, amplia de miras y diversa en sus actividades. El dominicano fue vocero dúctil de ese entusiasmo. Pasadas las conferencias, Pedro escribió un texto con mayor temperancia y lo

⁴⁹ Julio Flórez (1867-1923) había salido de su natal Colombia en 1905, por orden del dictador Rafael Reyes. Viajo por Centroamérica, editando varios libros. Su fama ya era grande cuando llegó a México. Tanto así que el presidente de su país reculó y lo nombró funcionario en la Legación colombiana en España en 1907.

⁵⁰ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 116.

⁵¹ Hablaron y/o tomaron lugar al piano Alejandro Quijano, Nemesio García Naranjo, Manuel de la Parra, Alfonso Reyes, José P. Micoló, Max Henríquez, Ricardo Gómez Robelo, Rafael de Alba, Eduardo Carrasquilla. “En honor de un poeta”, *El Popular*, 9 de julio de 1907, p. 2. El mismo diario antes había anunciado la celebración señalando que la ofrecían “los conocidos literatos” Max y Pedro Henríquez Ureña, Darío Herrera y Luis Castillo Ledón, “En honor de un poeta”, *El Popular*, 6 de julio de 1907, p. 1.

⁵² “Julio Flórez en México”, Carta a Enrique Ap. Henríquez, fechada el 26 de julio de 1907, publicada en *La Cuna de América*, 15 de septiembre de 1907. *Obras completas. Tomo 1*, p. 328.

publicó en noviembre, en *La Gaceta de Guadalajara*.⁵³ “Un esfuerzo consciente”, dice ahí, “una labor de estudio, una manifestación de personalidad: eso ha sido la serie inaugural de conferencias, primicias de un vasto proyecto, organizadas por el grupo más selecto de la juventud mexicana”. Es difícil medir la importancia que haya tenido, “pues en nuestra América los públicos son tan lentos para darse cuenta del valor de un serio empeño como rápidos para dejarse deslumbrar por el ‘esplendor sonoro’.” El conjunto de asistentes fue heterogéneo “y lejos estuvieron de formar su mayoría los elementos reconocidos como dirigentes en los diversos órdenes de la actividad nacional”. “Se ha afirmado por voces autorizadas,” continuaba, “y hasta ha llegado a decirse por la prensa, que ninguna otra generación mexicana anterior habría podido presentarse ‘tan de súbito’ revelando facultades y cualidades que le eran desconocidas o insospechadas.”

Hago el elogio de las conferencias, decía Pedro, escudado en mi carácter de extranjero (“ ‘extranjero por cuestiones de geografía política’, pues nunca me he sentido extranjero en la América española entre compañeros de esfuerzo y estudio”). Dedicaba, pues, sus apreciaciones solamente a los mexicanos. Enseguida, definía la singularidad del grupo:

La principal facultad por ellos revelada es, a mi ver, espíritu filosófico. Filosófico, si se quiere, en significación más extensa de lo que es usual: espíritu capaz de abarcar con visión personal e intensa los conceptos del mundo y de la vida y de la sociedad, y de analizar con fina percepción de detalles, los curiosos paralelismos de la evolución histórica, y las variadas evoluciones que en el arte determina el inasible elemento individual.

Englobo, pues, la facultad artística de los conferencistas, no en menor grado revelada, dentro de su espíritu filosófico, no porque la considere subordinada, sino porque la estimo como algo más que simple potencialidad creadora, de imaginación y sensibilidad (que el vulgo suele juzgar casi subconsciente): como una facultad elevada a la altura filosófica por el poder de sintetización y desarrollada y afinada merced a la capacidad crítica.

¿No es axiomática ya la verdad de que todo arte elevado arraiga en la filosofía? ¿No es evidente que el cultivo del arte exige percepción crítica?

Las conferencias implicaban un esfuerzo de avanzar en el conocimiento, conjugando la facultad artística y el espíritu de crítica. Además, continuaba el dominicano, las disertaciones “han renovado en México la conferencia, desligada del propósito inmediatamente didáctico y del carácter oficial; y han tratado temas de actualidad o de interés

⁵³ Apareció en *La Gaceta de Guadalajara* con el título “Las conferencias de los jóvenes”, 17 de noviembre de 1907. Henríquez Ureña la incluyó como “Conferencias” en su segundo libro, *Horas de estudio*, publicado en 1910. “Conferencias”, *Obras completas (1909-1914) Tomo II*, pp. 25-29.

inagotable”. Es decir, los jóvenes habían ido más allá de la práctica tutelar de extender conocimientos básicos al común de la gente (labor de “vulgarización” como se decía entonces), lo cual generalmente era realizado por entidades del gobierno o con su apoyo directo.

“Bien es cierto”, decía Pedro, “que este grupo juvenil ha logrado disfrutar de las ventajas de la más moderna y amplia cultura que ya se abre paso en México. Lo anima el espíritu de independencia, y no se aferra a ninguna secta literaria ni filosófica.” No obstante, en una de sus orientaciones, es continuador de “la mejor tradición de la cultura mexicana”: el amor a la antigüedad clásica. Amor que se mantiene vivo en personalidades como Ignacio Ramírez, “Ipandro Acaico” (Ignacio Montes de Oca y Obregón, obispo), José María Vigil, Arcadio Pagaza (obispo), Joaquín Casasús, Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón y Jesús Urueta; y que reaparece en los jóvenes “con nueva fuerza, tan sincero y reverente hacia las obras originales como atento a la portentosa labor de reconstrucción que, iniciada por los alemanes (...), ha interesado a los más altos espíritus de la época.” Es justo, añadía, agregar a los conferencistas el nombre de otros compañeros que comparten esta afición, ya mostrada en su labor poética: Rafael López y Alfonso Reyes.

El único matiz de censura es que las conferencias abarcaron demasiado, lo cual limitó la exposición de “los conceptos propios”. No obstante, se mostraron puntos de vista interesantes. Indica dos: “el final de la conferencia de Acevedo contiene en germen la solución del problema arquitectónico en la América española”, y el “hallazgo” de la interpretación de Ricardo Gómez Robelo sobre la personalidad estética de Edgar Allan Poe. Terminaba señalando: “La labor iniciada es promesa de esfuerzo mayor: esperamos que lo realice la juventud mexicana.”

Pedro había tenido tiempo para reflexionar sobre las conferencias. En su texto ya consideraba asunto central la preocupación por los temas griegos y las ideas filosóficas que se afianzaron en el grupo a partir de la serie del Casino de Santa María. Daba así una interpretación sólida sobre el esfuerzo de los jóvenes, reafirmando su voluntad de libertad e independencia intelectual. Se excluía a sí mismo de la evaluación, pero él era uno de los impulsores más comprometidos con las tendencias del grupo de jóvenes mexicanos. De hecho, como se verá, el dominicano era ya uno de sus dirigentes.

III. Reacomodos de la vida

Henríquez Ureña estuvo imbuido en esa vida colectiva, amplia e intensa durante la mayor parte de 1907. A mediados del año, experimentó un cambio decisivo en sus ideas filosóficas, a partir de la adopción del platonismo y de nuevas corrientes de pensamiento surgidas en Europa y los Estados Unidos. A la vez, su situación material fue bastante complicada.

A inicios del año, según sus *Memorias*, la situación de Max en *El Diario* era mejor que la de él en *El Imparcial*. Juan Sánchez Azcona, director de *El Diario*, le ofreció empleo. Vaciló, porque el nuevo diario era “enemigo acérrimo” de *El Imparcial*. Aceptó porque en la empresa de Rafael Reyes Spíndola no había tenido “sino disgustos y excesos de trabajo y mala retribución”.⁵⁴ Eran los últimos días de mayo, cuando comenzaba el ciclo de conferencias. Según los recuerdos de Max, la renuncia de Pedro se debió al poco apoyo que *El Imparcial* dio a los jóvenes. El diario, dice, “había manifestado su disgusto por la protesta contra Caballero” y después “nos trató con alguna frialdad”, así que Pedro renunció, contrariado por la actitud del periódico.⁵⁵ Según narra Pedro, cuando habló con Reyes Spíndola para separarse del diario, el empresario estuvo muy serio; más tarde dijo que lo había insultado e instruyó que no se mencionara su nombre en el periódico.⁵⁶ Reyes Spíndola parece haber interpretado el asunto como una traición, y su diario, en efecto, omitió el nombre de Henríquez Ureña en adelante.

La situación monetaria de Pedro mejoró un poco, y con la presencia de los dos hermanos en *El Diario* se afianzó este enclave de publicidad para la Sociedad de Conferencias. Las buenas condiciones, sin embargo, duraron escasos dos meses. A finales de julio, mientras la serie de conferencias entraba en su parte final, lo despidieron del periódico. A la empresa, explica Pedro, le “pareció demasiado gasto el de los sueldos y extras que se nos pagaban á Max y á mí”. Sánchez Azcona logró mantener a Max, pero éste presentó su renuncia en solidaridad con su hermano.⁵⁷ Según dice Max, la salida de *El Diario* se debió a “una vulgar intriga de redacción, Pedro se retiró de *El Diario*, y yo lo acompañé.”⁵⁸ El resultado fue que los dos quedaron sin empleo.

⁵⁴ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 114.

⁵⁵ Henríquez Ureña, Max, “Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)”, en Pedro Henríquez Ureña, *Retratos*, Fondo 2000 Cultura para todos, FCE, México, 1998, p. 38.

⁵⁶ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 114.

⁵⁷ *Ibidem*, p. 117.

⁵⁸ Henríquez Ureña, Max, *Op. cit.*, p. 38.

Entre los periódicos, y al interior de los mismos, había un permanente juego de pugnas que pocas veces se ventilaban públicamente. Era básico ganar posiciones a los competidores y mantener buenas relaciones con el régimen. *El Diario* era instrumento de disputas políticas, más allá de la abierta que sostenía con *El Imparcial*. La “empresa semi-extranjera”, como la nombra Henríquez Ureña, había sido creada a finales de 1906. Pertenecía a Ernersto T. Simondetti, empresario estadounidense. Juan Sánchez Azcona, que era además diputado, fue el director fundador. El nuevo periódico, con una línea comercial y fuertes tirajes, había logrado posicionarse rápidamente. Al parecer, Sánchez Azcona no tenía poder de decisión en el periódico, que servía para atacar a determinados personajes y mantenía una marcada línea a favor de los intereses estadounidenses.⁵⁹

Dentro de ese marco se entiende el un tanto enigmático señalamiento de Pedro: “*El Diario* no era lo que creíamos; Sánchez Azcona, como Director, no era más que una apariencia”.⁶⁰ En el juego del poder, los redactores, reporteros y hasta los directores eran piezas útiles pero prescindibles. Pedro fue cooptado por *El Diario* para ser desechado al poco tiempo. En términos más generales, los apoyos y ataques a los jóvenes de la protesta literaria habían estado entretnejidos con las disputas entre los diarios. Los jóvenes se vieron beneficiados pero también padecieron ese fuego cruzado.

Pedro no batalló para encontrar empleo. A los tres días de haber sido cesado, entró a laborar en la Compañía de Seguros *La Mexicana*. Según comenta en sus *Memorias*, fue gracias a la amistad que tenía con el subdirector Ramón Sáenz y Botello, a quien había conocido en casa de Jesús Valenzuela. Además, el director, Emilio Berea, era cuñado de Isidro Fabela, amigo de Pedro dentro del amplio grupo de jóvenes.

Las oficinas de la compañía se hallaban a una cuadra de la plaza de la Constitución, al lado oeste de Catedral, en la 2ª de Plateros y San José del Real y la 2ª de Cinco de Mayo y Alcaicería. Según un anuncio recurrente en *El Tiempo* durante esos meses, “La Mexicana Compañía Anónima N., de Seguros sobre la Vida” se había cambiado recientemente a ese edificio. El Consejo de Administración era presidido por Fernando Pimentel y Fogoaga, poderoso hacendado y financiero de la aristocracia porfirista. Entre los consejeros propietarios no faltaban otros apellidos notables (Terrazas o Casassús, por ejemplo) e incluso figuraba,

⁵⁹ Sobre la línea política y editorial de *El Diario*, así como su funcionamiento y rencillas internas, se suscitaron un par de controversias públicas en marzo de 1908. Véanse las carta de Querido Moheno, en *El Imparcial* del 6 y 8 de marzo de 1908, la de Juan Sánchez Azcona en *El Tiempo* del 10 de marzo y la de Andrés Molina Henríquez también en *El Tiempo* del 14 de marzo del mismo año. Es una interesante muestra de los subterfugios políticos en la prensa de la época.

⁶⁰ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 117.

entre los consejeros suplentes, el literato modernista Balbino Dávalos.⁶¹ Según otro anuncio (de abril de 1908) se trataba de “La más antigua y poderosa institución Nacional de Seguros”, que cumplía veinte años, durante los cuales había pagado por todos conceptos a sus tenedores de pólizas más de 2 millones 800 mil pesos, mientras que sus reservas superaban los 2 millones.⁶²

Más de dos años permaneció el dominicano en la sección de Siniestros de *La Mexicana*. Lamentablemente no abunda sobre ello en sus *Memorias*, escritas en 1909, cuando todavía trabajaba allí. Su evaluación es ambivalente, con un dejo de resignación. La principal molestia era el tipo de trabajo de oficina “con sus horas largas y sus impedimentos”. No indica que hubiera alguna posibilidad de ascenso, pero dice que su situación fue buena: “los empleados de las oficinas [son] corteses y reservados, mi sueldo aumentó, mi trabajo no es excesivo y sí independiente y he contado siempre con la buena voluntad del director”.⁶³

Ignoro el monto de sus sueldos en los periódicos y en la compañía de seguros. Eran sin duda modestos, pero suficientes para sostenerse a sí mismo, contando con que compartía los gastos de la vivienda con Max y los hermanos Castillo Ledón. Max, por ejemplo, en un puesto directivo en un periódico de Monterrey, a principios de 1908, ganaba unos 140 pesos al mes. Supongo que la paga en *El Diario* y *La Mexicana* rondaban los cien pesos, no superando mucho esa cantidad. A finales de 1909, cuando Henríquez Ureña se integra al equipo que elaboraría la *Antología del Centenario*, con una paga de 150 pesos mensuales, señala que eso era más de lo que ganaba en la aseguradora.⁶⁴

La vida de Pedro y Max no era muy holgada, igual que para la mayoría de la clase media de la época. Según se desprende de las comunicaciones con su padre, los jóvenes no gastaban más de 40 pesos al mes cada uno.⁶⁵ Además de sostenerse a sí mismos, podían ir al teatro y comprar libros, algunos de los cuales les enviaba su padre desde Europa. Francisco Henríquez y Carvajal estuvo en el viejo continente de mayo hasta finales de 1907, como representante de la República Dominicana en el Congreso de la Haya en la segunda

⁶¹ El lugar de *La Mexicana* corresponde al encuadre de las actuales calles de Madero, Isabel La Católica y Palma. Véase el anuncio, por ejemplo, en la edición de *El Tiempo*, miércoles 19 de mayo de 1907, p. 3. El Consejo completo: Presidente Fernando Pimentel Fogoaga. Consejeros propietarios, Jesús Salcido y Avilés, Manuel Guillén, Saturnino A. Sauto, Lic. J. Ortega y Fonseca, Lic. Francisco C. García, Alberto Terrazas, Lic. G. Tornel, Carlos Casasús. Entre los consejeros suplentes está Balbino Dávalos y Fernando Duret. Secretario Lic. Carlos Vargas Galeana. Director General Emilio Perea. Subdirector Ramón Sáenz.

⁶² Anuncio en el *Diario del Hogar*, 5 de abril de 1908, p.7.

⁶³ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 117.

⁶⁴ *Ibidem.*, p. 144.

⁶⁵ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro y Max, La Haya, 16 de agosto 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 341-42.

Conferencia de la Paz. Les hacía toda clase de recomendaciones: qué vestimenta debían usar para tener éxito en sociedad, cómo debían administrar sus sueldos, que tuvieran cuidado con los excesos alcohólicos de Jesús Valenzuela o Julio Flórez, etc.

Max, como no encontraba empleo en la ciudad de México, aceptó irse como jefe de redacción a *La Gaceta de Guadalajara*.⁶⁶ En esto intervino Luis Castillo Ledón y sus contactos.⁶⁷ Con la partida de Max se deshizo la vida colectiva en la Séptima de Soto. Eran menos para compartir los gastos, la salud mental de Darío Herrera, según dice Pedro, estaba afectada, por lo que decidieron ir cada cual por su lado.⁶⁸ Pedro se trasladó, a mediados de agosto, a un cuarto en el número 5 de la calle de Jesús, a tres cuabras del zócalo de la capital, que le costaba 9 pesos al mes.⁶⁹

Meses más tarde, en febrero de 1908, Max se trasladó a Monterrey, donde por influencia del gobernador Bernardo Reyes (para entonces ya eran muy amigos de Alfonso Reyes) entró a laborar en el *Monterrey News*, que tenía ediciones en inglés y español.⁷⁰ Según Max, dirigió la edición en español del periódico,⁷¹ con un sueldo de 35 pesos semanales.⁷² Durante ese tiempo arrastraba problemas de salud, por lo que en diciembre de 1907 fue a Cuba para hacerse examinar. Regresó a México, pero a mediados de 1908 se trasladó definitivamente a Cuba. A partir de entonces, los hermanos ya no volvieron a estar cerca sino por breves periodos. En México mantuvieron una relación muy estrecha, Pedro fungiendo siempre como guía severo. Tuvieron sus diferencias y malentendidos. Pedro le reclamaba, por ejemplo, que cambiara constantemente de planes, como su padre. Incluso creía que su malestar físico era cuestión de nervios (neurastenia) más que signos de tuberculosis. Max asegura que los estudios médicos revelaron principios de una lesión en uno de los pulmones.⁷³

Los Henríquez Ureña recibieron bastante ayuda de su padre. Primero, cuando se quedaron sin empleo y tuvieron que realizar mudanzas, les envió 125 francos (50 pesos

⁶⁶ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 118.

⁶⁷ Ávila Hernández, Julieta, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*, tesis de Maestro en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 119.

⁶⁸ *Ibidem.*, p. 118.

⁶⁹ Cartas de Pedro a Max, 1 de agosto y 4 de septiembre de 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 331, 356-7. La calle de Jesús, inexistente ahora, se hallaba en un tramo de la actual Avenida 20 de Noviembre, entre las calles de República de El Salvador y Mesones.

⁷⁰ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 118.

⁷¹ Henríquez Ureña, Max, *Op. cit.*, p. 39.

⁷² Esto según carta de Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, Monterrey, 13 de febrero de 1908. Reyes, Alfonso, y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, D. F., FCE, 2004, p. 86.

⁷³ Sobre la intensa y a veces difícil relación entre los hermanos Henríquez Ureña véanse las cartas de los últimos meses de 1907 y los primeros de 1908. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 362-3. La indicación de Max sobre su enfermedad, en "Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)", *op. cit.*, 1998, p. 41.

mexicanos aproximadamente).⁷⁴ Más tarde, en diciembre, para el viaje de Max a Cuba una cantidad mayor, casi 500 francos.⁷⁵ El padre, preocupado por la situación económica de sus hijos y sobre todo por la salud de Max, insistía en que se le unieran en Cuba. A principios de 1908, puesto que persistía la incertidumbre sobre Max, le mandó más recursos para que viajara a la isla (25 pesos oro, luego 80 y 50 más).⁷⁶ En marzo, el padre le avisaba a Max que su hermano Francisco, que vivía desde hacía años en La Habana, le había situado 400 francos y él 50 dólares oro para sus gastos de viaje. Asimismo, decía que habían completado “una suma de \$200 oro americano que pondremos en depósito a las órdenes de Pedro para cubrir cualquier eventualidad que a cualquiera de los dos pueda ocurrir”, y que sería bueno que ellos pusieran algo en ese fondo.⁷⁷

La idea de reunificar a la familia en Cuba no era el único plan de don Francisco. Mantenía la esperanza de que su situación mejorara más, ya fuese en la medicina o en la diplomacia, para que sus hijos hicieran estudios en Europa.⁷⁸ Otra idea, siempre latente, era que, por lo contrario, fuera don Francisco quien se trasladara a México para ejercer la medicina. El padre les estuvo pidiendo informes e incluso llegó a preguntar si se podría usar la influencia del general Bernardo Reyes.⁷⁹ La idea gustaba a Pedro pero la juzgaba remota.⁸⁰

Así se desarrolló el año de 1907 y principios de 1908, entre dificultades materiales, el apoyo y requisitoria paterna, cambios de planes y probable enfermedad de Max. Para Pedro, una vez que se ajustó a vivir solo, los días fueron tranquilos y de mucho estudio, aunque no escolares. Cuando llegó a la ciudad de México, revalidó sus estudios de bachillerato con la intención de emprender los de abogacía, como quería su padre y como él mismo consideraba más adecuado, aunque no le satisfacía plenamente. Pero pudo iniciar ese plan hasta mediados de 1910.⁸¹

Por otra parte, 1907 fue definitivo para Henríquez Ureña en cuanto a sus aficiones filosóficas. Su transformación intelectual, a través del estudio de los griegos y del pensamiento filosófico moderno y contemporáneo, se inscribe dentro de la ampliación crítica de las ideas de todo el grupo de jóvenes intelectuales.

⁷⁴ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, el 13 de agosto, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, 1994, pp. 338-9.

⁷⁵ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, París, el 3 y 4 de diciembre, *Ibidem.*, pp. 394-7.

⁷⁶ Cartas de Francisco Henríquez y Carvajal a Max, Santiago de Cuba, 6 y 12 de febrero de 1908, *Ibidem.*, pp. 421-3, 423-24.

⁷⁷ Francisco Henríquez y Carvajal a Max, 9 de marzo de 1908, *Ibidem.*, pp. 443-4.

⁷⁸ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, La Haya, 7 de septiembre de 1907, *Ibidem.*, pp. 358-61.

⁷⁹ Francisco Henríquez y Carvajal a Max, Santiago de Cuba, 19 de febrero de 1908, *Ibidem.*, pp. 434-5.

⁸⁰ Pedro a Max, 10 de enero de 1908, *Ibidem.*, p. 409.

⁸¹ Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, p. 117.

En 1907 tomaron nuevos rumbos mis gustos intelectuales. La literatura moderna era la que yo prefería; la antigua la leía por deber, y rara vez llegué á saborearla. Pero, por la época de las conferencias, mi padre había ido á Europa, como delegado de Santo Domingo á la conferencia de La Haya; y le pedí que me enviara una colección de obras clásicas fundamentales y algunas de crítica: los poema homéricos, los hesiódicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, los poetas bucólicos, en las traducciones de Leconte de Lisle, Platón, en francés, la Historia de la literatura griega de Otfried Muller, los estudios de Walter Pater (en inglés), los *Pensadores griegos* de Gomperz, la *Historia de la filosofía europea* de Alfred Weber, y algunas otras. La lectura de Platón y del libro de Walter Pater sobre la filosofía platónica me convirtieron definitivamente al helenismo. Como mis amigos (Gómez Robelo, Acevedo y Alfonso Reyes) eran ya lectores asiduos de los griegos, mi helenismo encontró ambiente[...].⁸²

En México existía una larga tradición en el estudio de autores griegos y latinos, que no fue neutralizada por el predominio del positivismo y su guerra contra la metafísica y las lenguas muertas. Para Pedro y sus amigos, sin embargo, Grecia fue un descubrimiento y encontraron en ella un fuerte estímulo intelectual. El diálogo platónico, como estilo literario y como método de raciocinio, por ejemplo, resultaba más que idóneo para su propia dinámica colectiva. Pedro encontró en la obra de Walter Pater una visión estética acorde a sus expectativas. En su obra, este pensador inglés resaltó la importancia del arte como una esfera autónoma y pugró por la flexibilización de los cánones artísticos. Concebía al arte como una imprescindible fuerza compensatoria de las calamidades de la vida. Para él, la forma era fundamental y, congruente con este principio, sus libros expresan un elaborado y sobrio esteticismo.⁸³

En evaluaciones posteriores, Henríquez Ureña y otros ateneístas puntualizarían la importancia de los estudios griegos como formación en humanidades y como disciplina intelectual y moral. En Pedro, la figura de Platón y la obra de Walter Pater permanecieron como eje orientador ético y estético. O mejor dicho, con estos estudios se afianzó y clarificó una orientación que estaba desarrollando. Por un lado, la importancia del diálogo, intenso, permanente y crítico con los más allegados. Por otro, el camino hacia un estilo nuevo, deseo ya alimentado por la prosa de José Enrique Rodó. Pedro estaba empeñado en conseguir una forma de expresión en la que las ideas se expusieran de una manera profunda, clara y bella, pero sobria. Meses más tarde emprendiera la traducción de los ensayos de Walter Pater.

⁸² *Ibidem.*, pp. 122-123.

⁸³ Walter Pater (1839-1894), discípulo de John Ruskin y catedrático de la Universidad de Oxford, fue muy influyente en Óscar Wilde, uno de los escritores favoritos de Pedro. Sus principales obras son *Mario el epicúreo* (novela, 1885), *Apreciaciones* (1889), *Platón y el platonismo* (1893) y *Estudios en la historia del Renacimiento* (1873).

El cambio intelectual en Henríquez Ureña se efectuó durante las semanas de la serie de conferencias en el Casino de Santa María. Además del platonismo, abandonó por fin sus reductos de positivismo. Hasta entonces, según narra en sus *Memorias*, ni siquiera las lecturas de Schopenhauer y Nietzsche lo habían hecho cambiar. “El positivismo”, dice, “me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica”.

Por fortuna, siempre fui adicto á las discusiones; y, después que los artículos de Andrés González-Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas; las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fin, una noche á mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo: Valenti alegó que aun la ciencia estaba ya en discusión; y con su lectura de revistas italianas nos hizo citas de Boutroux, de Bergson, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica, que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo.⁸⁴

Con la lectura de esos autores, los jóvenes se introducían a las nuevas tendencias en materia de teoría del conocimiento y filosofía de la ciencia que se venían desarrollando en Francia y los Estados Unidos. Dichos pensadores proponían nuevas maneras de entender y estudiar la filosofía, la sicología y la religión. Habían dejado atrás el determinismo positivista, introdujeron el principio de contingencia dentro del método científico y revaloraron el papel activo y libre del espíritu humano.

Émile Boutroux (1845-1921) se formó en la filosofía alemana y siguió las ideas de Kant. En su muy influyente *De la contingencia de las leyes de la naturaleza* (1874) y otras obras, desarrolló la idea de que las leyes científicas son un conjunto de procedimientos por medio de los cuales el ser humano se asimila las cosas al intelecto, tendiendo a ajustarlas a su voluntad. Henri Bergson (1859-1941), que tuvo como maestro a Boutroux, influido por Spencer, Mill y Darwin, desarrolló una filosofía que, contra el naturalismo y el racionalismo positivista, ofrecía una forma nueva de entender el evolucionismo. Este filósofo francés postuló que el “tiempo real” no es el tiempo matematizado o espacializado (el de la ciencia) sino que es “duración”. La conciencia, la memoria y la percepción que el individuo tiene de sí mismo, es un proceso abierto, cambiante, cualitativamente múltiple; carácter abierto e

⁸⁴ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, p. 125.

indeterminado que hizo extensivo a la realidad entera. Esto es lo que desarrolla en *La evolución creadora*.⁸⁵

Por otro lado, pero en sintonía con la corriente francesa, surgió a finales del siglo XIX en los Estados Unidos el pragmatismo filosófico. El método pragmático (del término griego *pragma*: acción) fue establecido por Charles S. Peirce (1839-1914) en 1878, pero adquirió relevancia amplia con las obras de William James (1842-1910),⁸⁶ quien lo postuló como un método para resolver todas las disputas metafísicas. Según él, el método pragmático “trata de interpretar cada noción trazando sus respectivas consecuencias. ¿Qué diferencia de orden práctico supondría para cualquiera que fuera cierta tal noción en vez de otra? Si no puede trazarse cualquier diferencia práctica, entonces las alternativas significan prácticamente la misma cosa y toda disputa es vana.”⁸⁷

Ambas corrientes, el pragmatismo y el intuicionismo o vitalismo francés, seguían una línea anti-intelectualista. Esto es, pugnaban contra la construcción de grandes sistemas filosóficos y contra las doctrinas que afirmaban la supremacía de la razón en el funcionamiento de la mente humana.

Como sucedió con los estudios griegos, Pedro, en compañía de algunos de sus amigos, se dio a la lectura y discusión de los filósofos de mayor actualidad. En poco tiempo, dice, “hicimos para nosotros la crítica del positivismo”. Compraron los libros de James, Bergson, Boutroux y Jules de Gaultier, principalmente. Y aún más, esa tarea los llevó a regresar a “los maestros”, a los clásicos de la filosofía moderna. Antonio Caso, dice Pedro, “poseía desde entonces una biblioteca bastante completa de filósofos; yo me dediqué á obtener, en Europa, en los Estados Unidos, en México, y hasta pidiendo algunos libros de la biblioteca de mi padre, las obras maestras de la filosofía moderna. Bacon, Descartes, Pascal, Leibniz, Spinoza, Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Schopenhauer, hasta Comte.”⁸⁸

Llama la atención que en esos meses, cuando su situación laboral y material era endeble, Henríquez Ureña se haya sumergido en lecturas tan numerosas y complejas. Hacerlo

⁸⁵ Bergson, Henrí, *La evolución creadora*, Buenos Aires, Ed. Cactus, 2007.

⁸⁶ *Principios de psicología* (1890), *Las variedades de la experiencia religiosa* (1902) y las conferencias agrupadas en *Pragmatismo: un nuevo nombre para algunos antiguos modos de pensar* de 1907. Cabe señalar que esas conferencias fueron muy difundidas en los Estados Unidos, y no sólo en las universidades, en los primeros años del siglo, cuando Henríquez Ureña vivía en Nueva York. Sin embargo, en sus *Memorias* no da noticias de ello.

⁸⁷ James, William, *Pragmatismo y cuatro ensayos de “el significado de la verdad”*, versión de Salvador Elizondo, México, Ed. Roble, 1963. Sobre el pragmatismo, la investigación de sociología del conocimiento de C. Wright Mills, Mills, *Sociología y pragmatismo*, Buenos Aires, Siglo XX, 1968.

⁸⁸ Henríquez Ureña, Pedro, *Op. cit.*, pp. 125-126.

en compañía, con sus más allegados amigos, sin duda le sirvió como aliciente. El cambio radical en sus ideas no fue un momento de iluminación, de un “darse cuenta” de golpe, aunque tiende a presentarlo de esa manera. Fue más bien un proceso largo, arduo, en el que hubo que “desaprender” y abandonar convicciones arraigadas, y reaprender, con mirada diferente, lecturas que antes había hecho “por deber”. Fue un proceso colectivo, en el que las disputas intelectuales entre los amigos jugaron un papel decisivo.

Las amistades eran muy importantes; sin embargo, Henríquez Ureña se desencantó de aquel ambiente de triunfos y festejos de los días de protesta literaria y conferencias. Disuelto el cónclave de la séptima de Soto en agosto, Pedro observó falta de solidaridad en los amigos. “Nuestra salida de *El Diario*, la partida de Max poco después, y la poca atención que parecieron prestarnos los amigos antes tan asiduos á nuestras fiestas, me produjo cierto estupor moral”.⁸⁹ Entonces decidió, “un tanto decepcionado”, restringir su grupo: “el resultado fue una intimidad mayor con Alfonso Reyes, que fue el más adicto á nosotros después de la disolución de nuestra casa, luego con Acevedo y por último con Caso.”⁹⁰

Por supuesto que el círculo de sus amistades siguió siendo muy amplio, pero empezó a restringir sus amistades “verdaderas”, íntimas. La actividad del grupo amplio entró en receso durante los últimos meses de 1907 y los primeros de 1908. Periodo de calma en que se constituyó un grupo corto, definido por una alta tensión intelectual.

IV. Grupo corto y plan amplio

La Sociedad de Conferencias comenzó a funcionar como un grupo corto, con fuertes lazos de amistad y alta compatibilidad de intereses intelectuales. Todavía a la mitad de las conferencias, los jóvenes tenían la intención de retomar el camino de *Savia Moderna*. Querían crear una revista (*Arte Libre*) y montar una nueva exposición de pintura. No hubo intentos serios sobre ello, al parecer porque estaban demasiado ocupados con las conferencias. Después de la serie del Casino de Santa María, para el grupo resultó más interesante profundizar en los estudios intensivos con vistas a realizar más conferencias.

⁸⁹ *Ibidem.*, p. 118.

⁹⁰ *Ibidem.*, p. 126.

Apenas concluido el ciclo de conferencias, Pedro le escribía a su hermano, ya en Guadalajara, que habían establecido un plan secreto. “Formaremos”, decía, “ un sexteto exclusivo: Caso, Ricardo, Rubén, Alfonsito, Acevedo y yo. Del resto estoy decidido a separarme literariamente al menos; y por lo demás, socialmente nada hay que hacer con ellos, excepto con lo más cultos, como [Isidro] Fabela, Carlos [González Peña], Luis [Castillo Ledón], y por necesidad, con los Valenzuela.”⁹¹

Ya pensaban organizar una segunda serie de conferencias. Dos días después de la que diera Gómez Robelo, Pedro comunicaba a su hermano que podrían usar la sala Wagner, que tenía butacas, luz y la prestarían a cambio de anunciar los pianos. O el Casino Francés o Y.M.C.A. Él creía que hacían falta poetas para las presentaciones.⁹² Y aún más, habían decidido dar conferencias en Guadalajara con escritores y artistas de esa ciudad y la de México, proyecto en que se aprovechaban la presencia de Max y los contactos de Castillo Ledón en aquella capital del Bajío.

Piensa Luis que es conveniente que la primera que se de en Guadalajara sea, hablando Carpio, tocando tú y recitando Velasco; pero que en las demás deben aprovechar algunos poetas (Villaseñor, Escudero, &) y recitadoras, aunque monopolicen los tres las conferencias. Los de la capital es seguro que irían con el viaje y hotel pagos. Impide que recite D. Rafael Rubio.⁹³

Pedro añadía que ignoraba si se haría la exposición, “pero Acevedo opina que la deben pagar exclusivamente los pintores.”⁹⁴ Se alejaban un tanto los escritores de los pintores, tan ligados en los días de *Savia Moderna*. Días más tarde escribía que, aunque a Max no le agradaba, le parecía excelente el tema de poesía popular que iba a dar Velasco y creía que lo haría bien. Comentaba, por otro lado, que según Fernando Galván un señor Bueron pretendía dar conferencias. Pedro esquivó el asunto porque no lo conocía y “no eran convenientes los centroamericanos, y menos políticos.” A Max le sugería que hablara de literatura escandinava,

⁹¹ Pedro a Max, ciudad de México, 13-14 de agosto, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 338.

⁹² Pedro a Max, ciudad de México, 16 de agosto, *Ibidem.*, p. 345.

⁹³ *Ibidem.*, p. 345. Los escritores a que se refiere son Manuel Carpio (1877-1929), periodista liberal y poeta; José Luis Velasco (1885-1940), poeta y periodista. Ambos redactores de *La Gaceta de Guadalajara*, periódico de tendencia liberal fundado por Luis Manuel Rojas en 1903 y que se publicó hasta 1914. Puede referirse también a Salvador Escudero (1888-1946), poeta jalisciense, autor de *Agros* (1912) y *No escuche quien no sabe de estas cosas...* (1929), y a José Rafael Rubio (1880-1916), periodista y autor teatral michoacano, que firmaba sus artículos como Rejúpiter. Datos de José Luis Martínez, en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I (1907-1914)*, notas 8 y 9, p. 130; nota 18, p. 460.

⁹⁴ Pedro a Max, ciudad de México, 16 de agosto, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 346.

que poco se conocía, y para ello podría enviarle libros.⁹⁵ Las conferencias en Guadalajara, sin embargo, no llegaron a realizarse.

El plan “secreto” del grupo consistía en emprender estudios profundos sobre la Grecia antigua. El 26 de agosto, Pedro le confiaba a su hermano:

De la Grecia haremos un estudio completo, de cabo a rabo, dividido en este orden: Mitología (autores: Mallarmé, Collington, Renan, Pafer, etc.); Vida social y política (historias, Fustel de Coulanges); Arte (Taine, Pater, Perrot & Chipiez, &); Poesía lírica y bucólica (his. lit.); Filosofía (Weber, Schopenhauer, Pater, Schelling, &). Búscate a Platón. Recuerda que todo esto es ASBOLUTAMENTE SECRETO. Estudiaremos unos cien volúmenes, entre autores y comentadores y reconstructores: Puede decirse que los más selectos espíritus modernos serán revisados en lo que tienen sobre Grecia: Lessing, Goethe, Schelling, Schopenhauer, Shelley, Byron, Keats, Chenier, Renan, Taine, Ruskin, Wilde, Ugo Fóscolo, D’Annunzio, Pater, Saintbury, Fouillée, Guyau, Andrew Lang, Laconte, Otfried Muller, Croiset, Mallarmé, Fustel de Coulanges, Nietzsche, hasta [Jesús] Urueta! (De este como bien dice Rubén, hay que ayunar).⁹⁶

Días después le informaba que los de la *Revista Moderna*, “tan locos como siempre”, no querían publicar la conferencia de Ricardo sobre Edgar Allan Poe. Luego replicaba que cómo se le ocurría que estudiarían Grecia sin leer a los griegos; a estos los leerían principalmente. “Ya estamos estudiando la Mitología, en Collignos y en Cox, trad. Mallarmé”. Habían empezado el jueves 22 de agosto y se reunían los jueves y sábados. Insistía en que era secreto absoluto.⁹⁷ También explicaba cómo había surgido la idea:

fué un plan concebido por Acevedo y yo, súbitamente, la víspera de la última conferencia. Dar un ciclo de conferencias sobre Grecia, el año próximo, divididos en este orden, que por decirlo así abarca toda la Hélade: la Epopeya, por Rubén Valenti; La Tragedia, por Ricardo Gómez Robelo; el Partenón (como resumen de las artes plásticas), por Jesús T. Acevedo; Platón, por Pedro Henríquez Ureña; La Antología (o sean los poetas líricos, con referencia a Píndaro y a los bucólicos, que no se cuentan dentro de lo que se llama la Antología) por Alfonso Reyes; y Aristóteles, por Antonio Caso. [...] Hemos convenido en que, fuera de los seis, nadie más querría trabajar con verdadero empeño.⁹⁸

⁹⁵ Carta sin fecha, en respuesta a una de Max del día 15, que no se conservó. Por el contenido se trata de un día entre el 15 y el 26 de agosto, fechas de otras cartas de Pedro, *Ibidem.*, pp. 399-400.

⁹⁶ Pedro a Max, 26 de agosto de 1907, *Ibidem.*, pp. 351-2.

⁹⁷ Pedro a Max, 30 de agosto de 1907, *Ibidem.*, p. 353.

⁹⁸ Pedro a Max, 30 de agosto de 1907, *Ibidem.*, p. 354-5.

Le recomendaba que estudiara por si tuviera que sustituir a alguien. Caso opinaba que se debía incorporar a Alfonso Cravioto, pero, sentenciaba Pedro, Caso no lo conoce y Cravioto “está cada día más desequilibrado”. Volvía a insistir en que no lo dijera “ni siquiera a los SEIS”. El secreto, que parece exagerado, tenía una razón simple: no querían que el proyecto se les fuera de las manos, que otros se integraran y la organización se entorpeciera. Quizás también querían evitar competir con intelectuales que se ocupaban de autores antiguos, como Jesús Urueta.⁹⁹

La “súbita” idea era de cierto modo previsible. En las conferencias abundaron referencias a Grecia, sobre todo en las de Valenti y Gómez Robelo. La mayoría del grupo ya leía asiduamente a los griegos. Lo interesante es que los jóvenes llegaron a la idea de que, para progresar en los estudios filosóficos y humanísticos, debían concentrarse en las bases últimas del pensamiento occidental. En un año querían presentar en público sus resultados e interpretaciones propias.

Don Henríquez y Carvajal, al enterarse, comentó a Pedro que suponía que cada orador tendría más de una conferencia, porque se trataba de temas muy amplios y complejos. Concedía que en Grecia están los fundamentos de nuestra civilización, pero ésta ha alcanzado una evolución propia, ha llegado a otro tipo de ciencia, arte, vida social y vida internacional. Es bueno visitar esas ruinas, pero sin olvidar que la contemporánea es una vida más intensa, más diversificada y condenada a una evolución más rápida. “Y así como antes les aconsejaba no modernizarse demasiado para no caer en las extravagancias de los innovadores *á outrance*, ahora les prevengo del opuesto peligro.”¹⁰⁰ Es cierto que el plan era enorme, muy ambicioso, pero luego de los éxitos de los primeros meses del año, era precisamente lo que requerían los jóvenes: tareas mayores.

Pedro le explicaba a Max que no habrían de estudiar todas las obras ni lo harían juntos todo. Sobre Alfonso Cravioto refería: “Opina Caso que es justo invitar a Cravioto, para que no se de por sentido y poder aprovechar sus libros (tiene Weil, y otros); y que en último caso, Cravioto no hará nada, y que se le dé un tema difícil; los filósofos pre-socráticos; pero la cosa está en veremos.”¹⁰¹ Aunque no les gustara, se imponía la inclusión de Cravioto en el plan

⁹⁹ Jesús Urueta inauguró la clase de lecturas literarias en la Escuela Nacional Preparatoria en el semestre de julio de 1903 a enero de 1904. No eran obligatorias y sí de puertas abiertas. Habló de literatura griega, material que recogió en su libro *Alma y poesía* (1904). Díaz y de Ovando, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria*, México, UNAM, 1972, pp. 236, 237 y 245.

¹⁰⁰ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, 7 de septiembre de 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 350-61.

¹⁰¹ Pedro a Max, 7 de septiembre de 1907, *Ibidem.*, p. 367.

secreto, pues había sido pieza importante en el movimiento. No son pocas las ocasiones en que Pedro expresa de manera cruda las tácticas de inclusión y exclusión del grupo central. Ahora, con un toque de mezquindad (aprovechar los libros de Cravioto), indica la idea, al parecer de Caso, de elevar la exigencia al compañero para provocar su desaliento.

Max, como su padre, pensaba que era muy difícil llegar a decir algo nuevo sobre los griegos. A esto respondió Pedro:

Sí se puede decir mucho relativamente nuevo sobre Grecia, saliéndose de la pintura color de rosa de Renan, que es la que nos han repetido hasta la saciedad Rodó, Salvador Rueda, etc. La Grecia pesimista de Schopenhauer y Nietzsche, la serenísima de Walter Pater, la irónica y complicadísima de Oscar Wilde, aparte de lo mucho que sugiere el leer las obras mismas, son puntos de vista muy nuevos en América. Piensa que a Grecia se ha comenzado a entenderla a partir de Lessing y de Ugo Fóscolo.

El entusiasmo helénico incluso le hacía considerar como tarea inferior ocuparse de la literatura hispanoamericana: “En América no se entiende lo que se escribe sobre América, y no vale la pena perder el tiempo en cosas inferiores, habiendo tantas superiores que estudiar.”¹⁰² Esta afirmación no tuvo mucho futuro, pues la literatura hispanoamericana seguiría siendo una de sus principales ocupaciones. Una semana después reafirmaba que sobre Grecia se podía decir algo nuevo. “Y sobre todo”, enfatizaba, “se puede decir algo interesante y decirlo en forma bastante personal. Urueta y Rodó, que estudiaron el asunto mucho menos, han dicho cosas interesantes.” En cuanto a las conferencias, decía que no estaban en sus manos. “Creo que no se hará nada, pues nadie se ocupa del caso. Solo Fabela piensa en ello, y no ha ido a ver a Acevedo. Lo que sí es seguro es que no se harán antes de dos meses.”¹⁰³

En septiembre se sumó un nuevo proyecto. Jesús T. Acevedo propuso que se le escribiera al General Reyes “pidiendo que pague una edición de *Ariel*, y Alfonsito se ha entusiasmado. Creo que se hará en esta semana, y firmarán los conferencistas de Grecia.”¹⁰⁴ La carta fue firmada por Caso, Acevedo, Gómez Robelo, Cravioto, Rafael López, Valenti, Max y Pedro.¹⁰⁵ El gobernador de Nuevo León patrocinó la edición del libro de José Enrique Rodó, tan apreciado por los jóvenes. Por otro lado, en los estudios griegos finalmente se incluyó a Cravioto; “entró y está estudiando mucho”, aseguraba Pedro, “ya está bastante

¹⁰² Pedro a Max, 7 de septiembre de 1907, *Ibidem.*, p. 367.

¹⁰³ Pedro a Max, fechada en septiembre de 1907, *Ibidem.*, pp. 403 y 402.

¹⁰⁴ Pedro a Max, 26 de septiembre de 1907, *Ibidem.*, p. 375.

¹⁰⁵ Según sus *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 129. Es probable que Rafael López haya participado en los estudios griegos.

templado, sin duda por el estudio, que es lo que él necesita como tónico, y no se le ven las rarezas de antes.”¹⁰⁶ Así, con esta aprobación, y si se considera que Max había sido incluido por Pedro, el “sexteto exclusivo” había aumentado a ocho.

Max sugirió que se difundiera que el general Reyes patrocinaba la edición del *Ariel*. Pedro respondió que no, que el general no diría que él la hizo ni ellos que la pidieron. En el libro sólo habría de aparecer como pie de imprenta que era de obsequio, se prohibía su venta y que había sido impreso en los Talleres Tipográficos del Estado de Nuevo León, con lo que quedaba indicado el patrocinio. Insertó enseguida un párrafo nodal del prólogo que escribió para el libro, en el que además de dar noticias de la obra y de su éxito, manifestaba el propósito de su publicación. Se puede tomar como una postura del grupo:

Al dar a conocer *Ariel* en México, donde hasta ahora solo habían llegado ecos de su influencia, creemos hacer un servicio a la juventud mexicana. No pretendemos afirmar que Rodó ofrezca la única ni la más perfecta enseñanza que a la juventud conviene. En el terreno filosófico, podrán muchos discutirle, en el campo de la psicología social, podrán pedirle una concepción más profunda de la vida griega y una visión más amplia del espíritu norteamericano; pero nadie podrá negar, ni la virtud esencial de sus doctrinas, que en lo fundamental se ciñen a las más excelsas de los espíritus superiores de la humanidad, ni la enérgica virtud de estímulo y persuasión de su prédica, ni, en suma, que *Ariel* sea la más poderosa inspiración de ideal y de esfuerzo dirigida a la juventud de nuestra América en los tiempos que corren.¹⁰⁷

Según esta carta, fechada el 2 diciembre, se reunieron pocos del grupo y decidieron sobre la segunda serie de conferencias. Se aceptaron sin discusión a José María Lozano y a Max; el primero, decía Pedro, es lo suficientemente joven (29 años). Luego, “en principio”, se aceptó a Isidro Fabela, de 25 años, y a Genaro Fernández MacGregor, de 24. De entre los cinco conferencistas anteriores, salieron sorteados Ricardo y Cravioto, y si alguien no pudiera, sería sustituido por Antonio Caso.¹⁰⁸ Se manejaban, entonces, seis conferencistas, de los cuales sólo dos lo habían sido de la primera serie.

Isidro Fabela había nacido en 1882, en Atlacomulco, Estado de México. Su padre, Trinidad Fabela, era un próspero ingeniero y agricultor. En 1890 la familia se radicó en la ciudad de México, donde Isidro hizo la Escuela Nacional Preparatoria. Tenía muchas

¹⁰⁶ Pedro a Max, 26 de septiembre de 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 375. En todos estos comentarios sobre Alfonso Cravioto, Pedro no especifica esas “rarezas” o desequilibrios del compañero.

¹⁰⁷ Pedro a Max, 2 de diciembre de 1907, *Ibidem.*, p. 391.

¹⁰⁸ *Ibidem.*, pp. 392-3.

amistades, pero se sentía más inclinado hacia Antonio Caso, Eduardo Colín, Luis Castillo Ledón, Carlos González Peña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Alfonso Cravioto. “Con ellos”, dice, “tenía coloquios en mi casa de la calle hoy llamada de Amado Nervo, en la colonia Santa María. Ahí nos reuníamos a leer, recitar y cambiar ideas” los sábados y domingos.¹⁰⁹ Vasconcelos recordará que a finales de los estudios de Preparatoria, Fabela los invitaba a su casa, “bastante lujosa”, leían versos y tomaban té.¹¹⁰

Al término de sus estudios, en 1901, viajó a Nueva York en compañía de Guillermo Obregón, hijo de senador porfirista. Intentó estudiar Ingeniería, la profesión de su padre, pero finalmente ingresó a Jurisprudencia en 1902. Su composición “En el establo” fue premiada en el concurso de cuentos regionales del *El Mundo Ilustrado*, dirigido por Luis G. Urbina, en 1906. El joven “aristócrata” (palabra de Henríquez Ureña) no desentonaba en el grupo de conferencistas. Pero hay comentarios posteriores de Pedro y de Alfonso Reyes que evidencian que no le conferían demasiada valía intelectual. Hablan de “fabeleos” o “fabeladas” para calificar asuntos o personas cursis o superficiales.

Genaro Fernández MacGregor había nacido en 1883, en la ciudad de México, producto de la confluencia de la familia Fernández de Guanajuato y los MacGregor, de ascendencia escocesa, de Yucatán. Estaba emparentado con el ministro Justo Sierra. Su padre, Genaro Fernández Becerra, era ingeniero de Minas y Topógrafo. Cursó la secundaria en el Instituto Científico San Francisco de Borja, de los jesuitas, mejor conocido como Mascarones. En su libro de memorias *El río de mi sangre*, expone la profunda influencia que recibió del Instituto y sus profesores; aprendió, sobre todo, la introspección. En la escuela se hacían “retruécanos” para adaptar el plan positivista oficial. Lo más problemático era la filosofía; la línea oficial se “sorteaba ahondando primero en la escolástica. Después, epitomando la filosofía positivista, y todas las demás, con sus correspondientes refutaciones y condenaciones”. “En fin, se nos daba una ciencia muy expurgada y acotada”.¹¹¹

Padeció los exámenes para validar sus estudios, como todos aquellos que estudiaban en escuelas particulares, y lograr acceder a la Escuela Nacional de Jurisprudencia. En su clase había 40 alumnos, de un total de 200. Ahí encontró a la mayoría de los jóvenes que se aglutinaron en torno de la Sociedad de Conferencias. Comenta que, junto con Antonio Caso, a

¹⁰⁹ Fragmento de *Mis memorias de la Revolución*, México, Editorial Jus, 1977, en *Con certera visión: Isidro Fabela y su tiempo*, selección, introducción y nota preliminar de Fernando Serrano Migallón, México, FCE, p. 2000, p. 247.

¹¹⁰ *Homenaje a Isidro Fabela*, tomo II, México, UNAM, 1959, p. 707.

¹¹¹ Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, Letras Mexicanas, FCE, México, 1969, p. 116.

quien conocía desde la infancia, y Francisco Cortazar, realizaban estudios filosóficos. “Ambos amaban la filosofía y la estudiaban sin descanso. A[ntonio] con criterio amplio y ecléctico; Paquito dentro de las normas católicas. Nos comunicábamos nuestras aventuras intelectuales, nuestros hallazgos y nuestras dudas. A[ntonio] C[aso], el más instruido de los tres, era nuestro indiscutido guía, y ejerció siempre sobre mí marcada influencia.”¹¹²

La muerte de su madre y la enfermedad de su padre determinaron que, aún siendo estudiante, Genaro tuviera que trabajar y hacerse cargo en parte de los gastos del hogar. Mientras cursaba los años finales de Jurisprudencia, trabajó en el despacho de su tío Luis Méndez. Le pidió ayuda a su tío Justo Sierra en un par de ocasiones, pero no la consiguió. Después de graduarse su situación mejoró notablemente. En 1909, su primo Manuel Calero le consiguió el puesto de secretario particular del ministro de Agricultura y Fomento. Su sueldo era de 250 pesos al mes, que califica de “modestísimo” (el ingreso de Henríquez Ureña era de más o menos la mitad de eso).¹¹³

En sus recuerdos, Isidro y Genaro coinciden en que en esos primeros años del siglo se conformaban con el estado de “paz y progreso”. Lo aceptábamos, dice Genaro, “como el pez acepta el agua en que nace y muere”, pensaban que la etapa de guerras y disturbios había quedado atrás.¹¹⁴ Fabela señala que en 1906 su visión sobre la sociedad y el régimen se había tornado crítica. Lo que veía en el campo, en la hacienda familiar, las conversaciones con los amigos, y en particular el curso que sobre derecho constitucional daba Rodolfo Reyes en Jurisprudencia, radicalizaron sus opiniones. Reyes, en su clase, mostraba cómo los principios constitucionales y las Leyes de Reforma no se cumplían o habían sido corrompidos. Todo eso llevó a Fabela a la idea de que la situación debía cambiar.¹¹⁵

Fernández MacGregor y Fabela fueron finalmente conferencistas. No así José María Lozano, pero importa señalar algunos datos sobre él, debido al importante papel que jugará unos meses más adelante. Aventajaba en edad a los miembros de la Sociedad de Conferencia por más o menos un lustro. Nació en San Miguel el Alto, Jalisco, en 1878, en una familia con buena situación económica. Hizo estudios en Guadalajara y luego se trasladó a la ciudad de México para hacer los de Jurisprudencia. En 1902 publicó críticas fuertes al Ministro de Hacienda, José Y. Limantour, en el periódico *La Protesta*, lo que le valió unos meses en prisión. Además de los de abogacía, hizo estudios cortos en un colegio jesuita y un año en el

¹¹² *Ibidem.*, pp. 140-141. Los corchetes pertenecen al editor.

¹¹³ *Ibidem.*, pp. 171-3.

¹¹⁴ *Ibidem.*, p. 178.

¹¹⁵ Fabela, Isidro, *Mis memorias de la Revolución*, México, Editorial Jus, 1977, pp. 13-20.

Colegio Militar de Chapultepec. A pesar de sus críticas al gobierno, o tal vez precisamente por ello, consiguió que se le designara en 1904 Agente del Ministerio Público.

Ignoro el vínculo específico que llevó a Lozano a integrarse a la Sociedad de Conferencias. Lo cierto es que no era un elemento desdeñable. Ya tenía una reputación pública como abogado. En junio de ese 1907, había estado encargado de la parte del Estado en el juicio contra los acusados por el homicidio del general Manuel Lisandro Barrillas, ex presidente de Guatemala. El asesinato, ocurrido cerca de Catedral el 7 de abril, fue muy sonado y el juicio llenó las primeras planas de todos los periódicos a principios de junio.

Los tres nuevos compañeros eran incluidos en la segunda serie de conferencias, pero no en los estudios griegos. De hecho, parece que el plan de este segundo ciclo se llevaba adelante para dar tiempo a la preparación de las conferencias helénicas. Era amplia la ambición del grupo corto. En esa reunión de los últimos días de noviembre o primeros de diciembre, donde se deliberó sobre los nuevos disertantes, también se configuró un plan todavía más grande para el futuro. Escribe Pedro:

Después nos pusimos a idear series realizables después de la griega, y no dudo que algunas se realicen con éxito: por ejemplo, Goethe dividido en ocho partes (el dramaturgo, el novelista, el poeta lírico, el esteta y crítico, el filósofo, y hombre de ciencia, el primer Fausto, el segundo Fausto, y EL HOMBRE); Roma (Lucrecio, la comedia –Plauto, Terencio-, El Derecho, La Historia- por los historiadores romanos-, Cicerón, Virgilio, la poesía lírica, y el arte civil); Shakespeare dividido en varias partes; el Renacimiento; época de la Edad Media; periodos modernos, como la Alemania pre-goethiana, y hasta un estudio de las tendencias del siglo XX. Creo que después de la griega nos decidiremos a emprender otra, con toda probabilidad Goethe; para Roma tenemos hecho medio camino con Grecia.¹¹⁶

Después de Grecia, Goethe, a quien la mayoría del grupo profesó honda admiración. Este plan no fue seguido en grupo, pero algunos profundizaron en esos temas durante los años y lustros siguientes. Por el momento, tardaban en dejar resueltas la organización de las conferencias y la edición del *Ariel*. En enero de 1908, Pedro preguntaba a Alfonso Reyes, en Monterrey, cómo iba esto último, y le recordaba que no olvidara mandarles un ejemplar para firmarlo “todos *Nosotros*” y enviárselo a José Enrique Rodó.¹¹⁷ Cuando Henríquez Ureña dice “nosotros”, la mayúscula y el subrayado son elocuentes, estaba hablando del grupo corto.

¹¹⁶ Pedro a Max, 2 de diciembre de 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 393.

¹¹⁷ Pedro a Alfonso Reyes, ciudad de México, 16 de enero de 1908. Reyes, Alfonso, y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I (1907-1914)*, 2004, p. 58.

Seguía pendiente el asunto del local para las conferencias. No habían contestado del Casino Alemán, pero les habían ofrecido hacerlas en el *Mexican Herald*. Genaro Fernández, añadía, “tiene escrita parte de su conferencia; será jugosa, y con un poquiñín, como dicen los asturianos, podría gustarle a Ricardo. Trataremos de introducirle ese poquiñín.”¹¹⁸ Este tipo de noticias evidencian la exigencia del grupo corto. Todos trabajaban mucho en conjunto y sometían sus textos al escrutinio de los otros. El requerimiento era mayor en el caso de “los nuevos”. Y, si nos atenemos a lo que dice Henríquez Ureña, Gómez Robelo era uno de los más puntillosos.

En enero de 1908 aún no se decidía el inicio de las conferencias. Henríquez Ureña le escribía a su hermano que posiblemente comenzarían el 12 de febrero.¹¹⁹ Alfonso le comunicaba a Pedro que *Ariel* iba “atrasadísimo, pero ya me ocupo yo de él, y yo soy *muy activo*. Saldrá elegante.”¹²⁰ A mediados de febrero se pospusieron de nuevo las conferencias y Alfonso informaba que el libro de Rodó “va lentamente: he tenido que mandar dos empleados especialmente dedicados a esa impresión y he tenido que conseguirle tipos a la imprenta. Pues dicha imprenta, junto a la enorme ventaja de ser la única artística de esta ciudad, tiene los enormes defectos de carecer de tipo y de empleados.”¹²¹

La edición de *Ariel* no tardó mucho más. Henríquez Ureña asegura que fue a principios de 1908.¹²² El libro tuvo buena acogida. En septiembre, Luis G. Urbina lo leyó “a toda la Preparatoria”, y Porfirio Parra, el director de la Escuela, ordenó hacer otra edición, de 500 ejemplares, para repartirla gratuitamente entre los estudiantes.¹²³ Pedro le escribió a José Enrique Rodó. El escritor uruguayo respondió, en carta fechada en noviembre, agradeciéndole el gesto. No importa que no me hayan pedido autorización, decía, *Ariel* es de la juventud americana. Pedía que le contara más de la Sociedad de Conferencias.¹²⁴

En el proceso de construcción de su identidad colectiva, los jóvenes fueron estableciendo deslindes respecto a otros grupos o individuos en el campo de la cultura, incluso entre ellos mismos. Al mismo tiempo, para obtener mayor eficacia, la agrupación

¹¹⁸ Pedro a Alfonso Reyes, ciudad de México, 16 de enero de 1908. *Ibidem.*, p. 58.

¹¹⁹ Pedro a Max, ciudad de México, 18 de enero de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 415-20.

¹²⁰ Alfonso Reyes a Pedro, Monterrey, 21 de enero de 1908, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, p. 60.

¹²¹ Alfonso a Pedro, Monterrey, 13 de febrero de 1908, *Ibidem.*, p. 89.

¹²² Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 129.

¹²³ Pedro a Max, México, 25 de septiembre de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 474. También la noticia en *El Imparcial*, 19 de marzo de 1909, p. 2.

¹²⁴ Pedro Henríquez Ureña a José Enrique Rodó, 28 de noviembre de 1908, en José Enrique Rodó, *Obras Completas*, edición, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Ed. Aguilar, Madrid, 1967, p. 1443.

tenía que buscar contactos y alianzas. Es importante exponer estos aspectos que, entrelazados, completan el cuadro del proceso de constitución del grupo corto.

A principios de agosto de 1907, cuando estaba por terminar el ciclo de Santa María, Pedro le mencionaba a Max que Luis T. Acevedo, el presidente de la Sociedad de Conferencias, había tenido “una larga entrevista primera con Limantour”. No especifica los motivos y carezco de datos sobre si hubo otros encuentros.¹²⁵ A finales de ese mes, le escribía a Max: “CONTESTÓ CASASUS. Dice que se le puede ver de 10 a 12 en su despacho. [...] la respuesta es muy amable y muy exacta”. El 5 de septiembre, en carta breve, le informaba que ese día había sido la entrevista, “corta y cortés”. Dos días después ampliaba un poco la información: “La visita a Casasús fué muy corta y sin resultados inmediatos; pero estuvo muy amable, habló de Fed. [su tío Federico Henríquez y Carvajal], dijo saber nuestra estada en México por la prensa, etc.”¹²⁶

El mínimo de información permite decir que se trató de entrevistas de presentación, y el mismo hecho que se realizaran era un éxito, ya que se trataba de personajes muy poderosos. José Y. Limantour, el ministro de Hacienda, el más influyente ministro porfirista, jefe del grupo de los “Científicos”; Joaquín Casassús, también “científico”, una de las cabezas de la aristocracia porfirista, que hasta hacía poco se había desempeñado como embajador en Washington. A mediados de 1907, el retorno de Casassús a México, después estar una temporada en Europa, fue una de las noticias sociales más importantes durante semanas. Con su regreso, el Liceo Altamirano, completamente auspiciado por él, retomó sus sesiones.

Es obvio que los jóvenes esperaban obtener alguna ayuda personal, recomendaciones, ser considerados para algún empleo o simplemente darse a conocer ante quienes ejercían el mando en el régimen porfirista. En el caso de Casassús se trataba de un contacto también de índole intelectual, en particular por sus estudios y traducciones de escritores latinos. Seguramente querían exponer sus propósitos y aspiraciones como Sociedad de Conferencias; acaso pensando en algún tipo de apoyo o colaboración. Al año siguiente habrá más ligas de los jóvenes con el grupo científico, esta vez políticas y complicadas. En lo personal, al parecer, los hermanos Henríquez Ureña no obtuvieron nada.

La amistad con Alfonso Reyes también tenía un valor político. Durante el trajín de la disolución del “salón de la séptima de Soto”, y a un año de haberlo conocido, Pedro evaluaba la amistad con Alfonso:

¹²⁵ Pedro a Max, México, 13-14 de agosto de 1907, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 335-338.

¹²⁶ Pedro a Max, México, 26 de agosto, 5 de septiembre y 7 de septiembre de 1907, *Ibidem.*, pp. 352, 358 y 366.

Me quisieron demostrar que Alfonsito no era un sincero sino que tenía ya las artes del vividor, y que no era muy de confiar. Hice un tanteo con él, y por su actitud me pareció descubrir que es todo lo contrario. Creo que aquellas son exageraciones de desconfiados, pues ya me parece tener bastantes pruebas de sinceridad del chico. De esto, ni una palabra; pero se le puede demostrar estimación a Alfonsito, para que no abrigue dudas. En lo que sí creo que no hay que confiar es en la política del General.¹²⁷

A partir del visto bueno de Pedro, la relación con Alfonso sería cada vez más fuerte y profunda. Entre ellos tres la colaboración fue particularmente constante y minuciosa.

En los días de asueto de septiembre por las fiestas patrias, Pedro hizo una excursión con Jesús T. Acevedo a Tepetzotlán, mientras que Alfonso fue a Chapala en compañía de Luis Castillo Ledón. Pedro y Alfonso habían intercambiado cuadernos de escritura, para leerlos en esos días.¹²⁸ El dominicano le envió una “disertación platónica” y le dedicó el soneto “Imitación D’Annunziana”. Alfonso le avisaba que ya había leído su cuaderno y por su parte esperaba el juicio sobre los propios: “¿Cuál será tu sentencia? ¿Cuál tu consejo?”¹²⁹

Antes de que se concretara el traslado de Max a Monterrey, gracias al general, Pedro escribió una carta muy interesante a su hermano, en la que le recomendaba cómo comportarse bajo la égida del hombre poderoso, cómo poder mantener su autonomía. En la carta, escrita en inglés, le proponía que fuera a Monterrey, donde habían quedado vacantes el puesto de director de la biblioteca de la ciudad y una cátedra de Literatura. El gobernador Reyes, por conducto de un hijo, se lo propuso a Pedro, pero él no quiso aceptar. El apoyo del general no sería desventaja futura, le escribía a Max tratando de convencerlo; mientras que el aspecto político no era tan importante si no hacía “profesión de fe”. Para esto sería conveniente aclarar que no se deseaba mezclarse en actividades de periódicos, “as I say to everybody”.¹³⁰ La recomendación era fruto del aprendizaje en los medios periodísticos y, sobre todo, tenía en cuenta los riesgos de la cercanía con el poder, que podría absorber al intelectual. La desconfianza respecto a Bernardo Reyes, en cuanto político, no desaparecería, a pesar de la cercanía y el apoyo que el gobernador dio a los jóvenes.

Por otro lado, en cuanto a deslindes literarios, el más importante fue con respecto a Salvador Díaz Mirón. El 26 de octubre, Pedro relataba a Max una visita al poeta:

¹²⁷ Pedro a Max sin fecha, por el contenido se ubica entre sus misivas del 16 y 26 de agosto, *Ibidem.*, p. 401.

¹²⁸ Alfonso a Pedro, Chapala, Jalisco, 15 de septiembre, y de Pedro a Alfonso, 16-17 de septiembre de 1908, *Correspondencia I (1907-1914)*, pp. 43-3 y 45-48, respectivamente.

¹²⁹ Alfonso a Pedro, 19 de septiembre de 1907, *Ibidem.*, p. 49.

¹³⁰ Pedro a Max, México, 4 de enero de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 407-8.

Estuve con Díaz Mirón hace una semana. Fuí con Rodolfo y Alfonsito y Acevedo. A este y a mí nos tuvo hasta las seis de la mañana. Su palabra no es torrencial como dicen; muy al contrario, es palabra de conversador, y como tal vale más que como erudito: su célebre erudición es limitada, lo mismo en ciencias que en letras. Los flacos son fáciles de coger: naturalmente, gentes como Rafael López y Juan Palacios declaran que es un sabio, puesto que ellos no conocen palabra de lo que él habla. Pero hasta Alfonsito está decepcionado: como que le habló de las *estrofas* de la Salomé de Oscar Wilde! Sobre Chenier dijo lugares comunes; y luego hizo clasificación de genios: Homero, Shakespeare, Dante, Hugo, en primera línea; Juvenal, los trágicos griegos, Goethe, en segundo. Eurípides le resulta el mejor de los trágicos! En fin, verdaderos desastres; pero no es bueno hablar mucho de esto.¹³¹

La advertencia final no carecía de importancia. El bardo de Jalapa respondía cualquier tipo de afrenta a balazos. Los jóvenes pillaban al viejo poeta, famoso por no dejar hablar a sus interlocutores, en errores, pero sobre todo no compartían su canon literario. Max no estuvo de acuerdo con el juicio, pero Pedro reafirmó: “Me sostengo que Díaz Mirón es de ilustración limitada: apenas ha leído algunos poetas. Desde luego que esa ilustración resulta erudición comparada con la de otros literatos; pero, como dice Alfonsito, NOSOTROS estamos en mejores condiciones. Por cierto que en las *Memorias* de Goethe (el volumen de viajes y anales que ahora recibí y que Acevedo no posee) hemos encontrado el *nosotros* usado por él y Schiller.”¹³² Los diazmironianos desencantados aumentarían más tarde, con el poeta Rafael López, por ejemplo.¹³³

La definición colectiva avanzaba a través de acuerdos, colaboraciones y críticas, literarias y personales. Los jóvenes se reafirmaban como un solo cuerpo, “nosotros”. Incluso hallaban, como una señal a su favor, una voluntad colectiva similar nada menos que en Goethe y Schiller.

En la vida epistolar de la amistad tripartita (Pedro, Max y Alfonso), en la que se decían las cosas con franqueza, se pueden observar muchas distinciones y críticas hacia compañeros del grupo amplio. Hubo comentarios fuertes respecto a Ángel Zárraga, que había regresado de sus estudios en España. A principios de noviembre, Pedro notificaba a Max sobre el supuesto fracaso del pintor. Se ha convertido, decía, en un “choteito”, pues no ha estado con gente representativa en España y “corren rumores no muy favorables sobre su labor pictórica”.¹³⁴ La opinión era reiterada un mes más tarde: “Zárraga anda haciendo creer a los tontos que

¹³¹ Pedro a Max, 26 de octubre de 1907, *Ibidem.*, p. 383.

¹³² Pedro a Max, 4 de noviembre de 1907, *Ibidem.*, p. 386.

¹³³ Pedro a Max, 11 de enero de 1908, *Ibidem.*, pp. 410-414.

¹³⁴ Pedro a Max, 4 de noviembre de 1907, *Ibidem.*, p. 386.

vendió seis mil pesos de cuadros y el pendejo de Luis Castillo Ledón lo dice en la Gaceta: hasta ahora, ni siquiera se ha escogido los cuadros que le comprará la Secretaría.”¹³⁵

El grupo corto estaba bastante condensado para enero de 1908. Mientras se fortalecían los lazos internos, se intensificaban las diferencias con el exterior. La amistad entre Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, desarrollada en el intercambio epistolar, muestra bien esa dinámica. Y evidencia también la gran autoridad que el dominicano tenía sobre el hijo poeta del general. A principios de 1908, don Bernardo le propuso a su hijo mandarlo a una universidad de Nueva York, para que estudiara lo que le pareciera bien. Alfonso le pidió consejo a Pedro: “Dime: una persona decente y aficionada a no economizar mucho y a comer bien, y a dormir a gusto, y a comprar libros ¿puede vivir con holgura en Nueva York disponiendo de \$ 100.00 oro?”¹³⁶ El amigo respondió de inmediato, dando como un hecho el viaje, haciéndole una relación detallada de costos, actividades a realizar, dónde alojarse, cómo administrar su tiempo, etc. Los cien pesos oro, decía, son una fortuna. Le convenía mucho realizar estudios universitarios en humanidades, que en México no había, para luego ir a Europa, “¡Oxford! ¡Cambridge!”¹³⁷

En su extensa carta, Pedro también ofrecía noticias de los compañeros. Fernández MacGregor, a quien encontraba menos huraño, seguía visitando el estudio de Acevedo.¹³⁸ Rubén Valenti tenía la inquietud de no quedarse sentado y consideraba que le convendría infinitamente a Alfonso ir a los Estados Unidos y salir del “manicomio” de sus amigos. Acevedo atravesó una crisis moral, pasional; se trata de “la falta de pivote que hemos notado”, sentenciaba Pedro.¹³⁹ Relataba que había estado con Antonio Caso y otros: “estuve unas dos horas en un grupo de profesionales, haciendo un sabroso guiso de positivistas. Aragón, para mayor placer, fue desollado vivo, como las anguilas.”¹⁴⁰ Mientras que, sobre el libro de Francisco García Calderón, *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, no ahorra elogios. Hallaba defectos, pero “¡qué nervio de estilo”, mezcla de Rodó y Sanín Cano, riqueza de ideas y un modo personal de enfrentarse a los problemas. Está todo lo novedoso, el antiintelectualismo, Bergson, Boutroux, James, etc., “todo pasa por allí, como cosa muy corriente y bien

¹³⁵ Pedro a Max, 2 de diciembre de 1907, *Ibidem.*, p. 393. Esta es una de las muy contadas ocasiones en que Henríquez Ureña utiliza insultos vulgares.

¹³⁶ Alfonso a Pedro, Monterrey, 14 de enero de 1908, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, p. 51.

¹³⁷ Pedro a Alfonso, 16 de enero de 1908, *Ibidem.*, pp. 52-54.

¹³⁸ En una carta posterior, Alfonso expresa que quizás Pedro había sido demasiado duro con Genaro.

¹³⁹ *Ibidem.*, pp. 54-5.

¹⁴⁰ *Ibidem.*, pp. 55. Agustín Aragón era el director de la *Revista Positiva de México*.

conocida”. En el libro se habla del Perú, finalizaba el dominicano, donde el positivismo ya comienza a ser barrido, porque la juventud “ha logrado imponerse”.¹⁴¹

Proliferaban las censuras hacia todos los flancos. Sólo se salvaba Antonio Caso. “Saluda mucho a Casito”, pedía Alfonso a Pedro. “Yo siempre lo tengo muy presente y me acuerdo de él con gusto y con cariño, ¡qué espíritu tan fuerte, y tan sencillamente fuerte!”¹⁴² En cuanto al viaje a Nueva York, Alfonso no se dejaba seducir. Decía que los negocios del padre no iban bien, que no quería hacer el viaje solo (por eso le proponía a Pedro que lo acompañara) y finalmente no deseaba estar lejos de la muchacha en la ciudad de México de quien estaba enamorado. Pedro trató de desarmar cada una de las objeciones. El 31 de enero, le escribía:

Acabaré: hasta por la parte práctica, los estudios de humanidades te servirán aquí, pues dentro de cinco años [periodo de estudios en el extranjero que se planeaba] tendrá que haberse fundado la Universidad, cuyos profesores se pagarán decentemente (porque si no no los tendrán: fíjate que para entonces se habrán muerto todos los viejos que saben griego y latín, y habrá que traerlos de Alemania): a fin de cuentas, si no la fundan, la fundamos.¹⁴³

Algunos autores han llamado la atención sobre este vaticinio de Henríquez Ureña sobre la fundación de la universidad nacional. Desde principios de 1906 se había anunciado que el gobierno pretendía crearla, probablemente para el año del Centenario de la Independencia, pero aún no se habían dado pasos concretos. La valentona de Henríquez Ureña (si no la fundan, la fundamos) carecía de sustento, ni él ni sus amigos tenían el poder o las influencias para pugnar por algo de esas dimensiones. Sus palabras manifestaban, de cualquier manera una voluntad: si no se funda la universidad, trabajaremos, presionaremos para que se funde, porque es necesaria, nos hace falta y la queremos.

Alfonso Reyes mantuvo su papel de discípulo, progresivamente con mayor réplica. Por esos días últimos de enero de 1908, se enfrascó con Pedro en discusiones sobre las notas al pie de página, y en general sobre la erudición. Alfonso consideraba pedantería las notas al pie y criticó que Pedro las usara en un artículo. Pedro respondió que las defendía en las obras eruditas, como un deber de honradez, y en otros casos era “cuestión de *gusto personal* y de

¹⁴¹ Carta de Pedro a Alfonso, 16 de enero de 1908, *Ibidem.*, pp. 56-7

¹⁴² Carta de Alfonso a Pedro, Monterrey, 21 de enero de 1908, *Ibidem.*, p. 59.

¹⁴³ Carta de Pedro a Alfonso, 31 de enero de 1908, *Ibidem.*, pp. 80-81. El primer paréntesis me pertenece.

discreción.”¹⁴⁴ Más tarde, en febrero, ante una broma de Alfonso sobre la erudición de Pedro, condición que ya se le adjudicaba entre los compañeros, reaccionó con molestia.

Ya sabes tú que no me gusta que me llamen erudito y con el ningún tiempo que tengo para estudiar me parece una burla, aunque no sea intencionada. Y luego hasta Marcelino [Menéndez y Pelayo] desprecia la erudición: dice en alguna parte, sobre Bello: “Tiene la marca de genio que *hasta* en los trabajos eruditos cabe.”¹⁴⁵

Cuando Alfonso, de escasos 19 años, leyó *El origen de la tragedia*, se “atrevió” a dar su opinión. Tienes razón, le escribió a Pedro, “eso no es toda Grecia”, y en largos párrafos expuso su interpretación: la teoría de Nietzsche sobre la tragedia y la jovialidad griegas (síntesis de los tipos universales de lo apolíneo y lo dionisiaco) era un sistema o regla general y Grecia servía de ejemplo. Alfonso pedía indulgencia, ya que por primera vez se atrevía, “como dicen ustedes, a ‘hacer crítica’.” Pedro respondió juzgando correcta la interpretación y prometiendo que, por su parte, cuando leyera todas las tragedias y todo Nietzsche, escribiría algo sobre el asunto.¹⁴⁶

Siguieron los deslindes críticos. En ocasión de un nuevo libro del poeta modernista Efrén Rebolledo, por ejemplo, o sobre la personalidad de la poeta María Enriqueta de Pereyra, que consideraban un “espíritu vulgar”. Pero entre todo, destacan sus quejas y reflexiones con relación a los padres. Alfonso Reyes hablaba de las “debilidades seniles” de don Bernardo:

Me da tristeza ver que ya no puedo conversar con él. Su favorito, en poesía, es Santos Chocano, y en filosofía (?) Roosevelt. Está por llamarles *ideólogos* a los pensadores. Para él sólo vale la acción; para él el Arte es “un instrumento”. El otro día me acusó de estrechez de criterio porque no soporté que me hablara de Juan de Dios Peza.¹⁴⁷

El joven se sentía distante de toda una visión del mundo, los valores tradicionales y más “prácticos” del viejo liberal porfirista. En esto, Pedro tenía también mayor camino andado, pues desde hacía años que había estado diferenciándose de su padre. En su respuesta, Henríquez Ureña hizo una extensa evaluación sobre sí mismo, su personalidad, su visión del mundo y sus decisiones sobre su propio comportamiento social. Es necesaria la cita amplia:

Hace cosa de cuatro años, cuando tenía *tout juste* tu edad, volví a encontrarme con mi padre, después de tres de alejamiento. A mí no se me ocurrió encontrar malas sus ideas, porque de

¹⁴⁴ Alfonso a Pedro, Monterrey, 21 de enero de 1908; la respuesta de Pedro del 24 de enero de 1908, *Ibidem.*, pp. 59-61, 62-65.

¹⁴⁵ Alfonso a Pedro, 13 de febrero de 1908, y la respuesta de Pedro, 17 de febrero, *Ibidem.*, pp. 86-90 y 90-94.

¹⁴⁶ Alfonso a Pedro, Monterrey, 29 de enero de 1908; Pedro a Alfonso, México, 3 de febrero de 1908, *Ibidem.*, pp. 66-70 y 78-82.

¹⁴⁷ Carta de Alfonso a Pedro, fechada en Monterrey el 29 de enero de 1908, *Ibidem.*, p. 66.

sobra las conocía, habiendo sido las mías en otro tiempo; sabía que esas *eran*, y lo que *es*: en una palabra, ideas sobre las cuales se extiende, dominándolo todo, el imperativo categórico. Esto, sin embargo, no me impedía, en determinados momentos, producirme a mi manera: un día lo contrarié profundamente declarándome enemigo de la idea “patriotismo”. Y todavía suele quejarse de que nosotros seamos y queramos ser distintos. Hace poco me escribió que estábamos empeñados en alejarnos de él y no ver la familia como centro de refugio y descanso. Le dije que refugio aún no necesitábamos y descanso no nos está permitido; y que, bien al contrario de lo que él decía, yo me había empeñado en que se trasladara aquí, porque no veo porvenir en tierras tan infecundas como Cuba y Santo Domingo: a esta última sólo me decidiría a ir si hubiera de hacerme rico, como agricultor por ejemplo. [...]

Pues esas ideas viejas las comprendo, como te digo, sobre todo porque fueron mías y me formaron el ambiente moral. Yo sólo he podido transformar mi mundo intelectual: mi moral, en la parte pragmática, sigue siendo la del imperativo categórico.

Y en cuanto al trato de las gentes, ya te he dicho que para mí una intimidad ha de comenzar en el acuerdo intelectual, no realizándose de veras sino en un acuerdo moral. [...] Pero, como el acuerdo intelectual puede realizarse con muy pocos, prefiero, con los demás, un acuerdo moral; esto es, con los amigos que no quiero para íntimos y con los familiares, que por lo general están en el mismo caso. (Ya ves, ésta es una de esas verdades psicológicas que, por ir contra Kant, no nos aceptarían nuestro padres: pero después de Kant han venido Schopenhauer y Nietzsche.) A la verdad, con la mayoría de las gentes que hablan de asuntos intelectuales prefiero yo no hacerlo: se siente uno siempre andando a tientas, sobre todo cuando no ha podido localizar preferencias (esto lo sentí la otra noche en casa de Pereyra), y cuando se logra localizarlas, llega uno a la conclusión de que mejor es no meneallo. Así, con Carlos González [Peña] [...] prefiero hablar de la vida: en materias de arte digo que sí a todas sus preguntas. Todavía hace un año creía yo lógico discutir con gentes que ni entendían ni se convencían; ya no. Tú todavía no has llegado a esa pasividad, porque eres más joven y más sincero. (¿Será cierto esto último?)¹⁴⁸

En el proceso de constitución de su personalidad, Pedro fue criticando y reevaluando ideas antes fundamentales en su infancia y adolescencia (la importancia de la familia y la idea de patriotismo). A partir de entonces, para él los valores centrales fueron la libertad (personal, intelectual y artística), la apertura cosmopolita, la experimentación, la búsqueda de autonomía y el ejercicio de la crítica. Así se fue constituyéndose como intelectual. En 1907 cambió su manera de ver la sociabilidad, debido a que observó cierta inutilidad en la mayoría de las

¹⁴⁸ Pedro a Alfonso, Ciudad de México, 3 de febrero de 1908, *Ibidem.*, pp. 78-90. Alfonso respondió muy indignado al cuestionamiento a su sinceridad.

relaciones que tuvo desde su llegada a la ciudad de México. Esta transformación está formulada en términos filosóficos. Dicho de otra manera, las lecturas filosóficas le ofrecieron la clave para traducir sus sentimientos para así dar una orientación más clara a la manera de conducir sus relaciones sociales.

Según Henríquez Ureña, en la ideología del padre se extendía, “dominándolo todo”, el imperativo categórico. El concepto proveniente de Immanuel Kant, quien trató de establecer el principio último que, basado en la razón, sostuviera una ética universal; un principio cuya obligación fuera absoluta e incondicional. Según él, existían tres mandatos éticos de carácter universal y necesario para el ser humano: 1) Obra sólo de forma que puedas desear que tu acción se convierta en ley universal; 2) Obra de modo que uses la humanidad, en ti mismo como en cualquier otra persona, siempre como fin y nunca solamente como un medio, y 3) Obra como si por medio de tus máximas fueras un miembro legislador en un reino universal de fines. Según Kant, el imperativo categórico prescribe una acción como buena de manera incondicionada, buena en sí misma, con independencia de lo que se consiga con ella.¹⁴⁹

En Francisco Henríquez y Carvajal existía, en efecto, un rígido criterio de moralidad al modo del imperativo categórico, un inflexible criterio del deber que sostenía su visión profesional, familiar y política. Y mucho de esa visión permanecía y permanecería en su hijo Pedro. No obstante, después de Kant vino Schopenhauer y Nietzsche; es decir, la crítica contra el idealismo, nuevas filosofías que trataron no de establecer cómo debería ser y comportarse el ser humano, sino cómo es, qué fuerzas lo habitan y dirigen su actuar. Entonces, para el individuo lo primordial no sería conducirse conforme al deber ético racional, sino llegar a conocer y realizar la voluntad que lo anima. La noción de voluntad, introducida por Schopenhauer y reformulada por Nietzsche, es mucho más que la acción intencional, es una categoría ontológica que abarca las múltiples y conflictivas dimensiones del ser humano, sin que predomine necesariamente la facultad de raciocinio. Este escepticismo filosófico estaba implícito en las evaluaciones que hacía Pedro sobre la sociabilidad intelectual.

Henríquez Ureña sostenía una ética dual: una ideal y otra pragmática. Para él, la amistad íntima iniciaría con un acuerdo intelectual y sólo se consumaría completamente en un acuerdo moral. Esto es, se construiría a partir del ejercicio de la inteligencia, suficiente compatibilidad en las ideas, a pesar de y también gracias a las diferencias. El acuerdo moral,

¹⁴⁹ Kant, Immanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres; Crítica de la razón práctica; La paz perpetua*, estudio introductorio y análisis por Francisco Larroyo, México, Porrúa, 1972.

que se refiere a los fines, a lo que se considera bueno y deseable y que dirige los comportamientos, completaría este tipo de sociabilidad. Casi se daría de manera natural el paso de lo primero a lo segundo. Se trata de un *ethos* que engloba lo intelectual y lo moral, dando coherencia a toda una forma de convivencia. Suena idealista, pero no es algo imposible; puede asegurarse que los jóvenes intelectuales del grupo corto lo lograron bastante.

Sólo con unos cuantos se puede establecer relaciones de ese tipo. Por ello Pedro habla de una ética pragmática. Cuando su círculo de amistades se amplió mucho, Pedro, entusiasmado y gustoso de ejercitar el raciocinio, trataba de encontrar ese acuerdo intelectual y moral con muchos. Los resultados fueron decepcionantes, la gente ni entendía ni se convencía. Resintió, además, la falta de solidaridad. No había acuerdo intelectual y el acuerdo moral era endeble. Así que decidió restringir sus amistades íntimas. Con la mayoría dejó de buscar el acuerdo intelectual pero mantuvo una actitud moral racional. Con los cercanos, los “elegidos”, siguió practicando un intenso, apasionado y riguroso compañerismo intelectual.

Así era su visión de la sociabilidad y conforme a ella trataba de conducirse. Me parece que por esto la personalidad de Henríquez Ureña, que se estaba asentando, causaba fascinación y admiración entre sus compañeros, y a la vez lo sentían excesivamente duro. Es comprensible también que este tipo de comportamiento provocara reacciones y opiniones cercanas al encono entre otros, que lo veían inaccesible, engraido y soberbio.

Las redefiniciones en la personalidad de Pedro, esta necesidad de seleccionar y delimitar sus relaciones, coincidieron con el proceso de constitución del grupo corto de los estudios griegos (Jesús Acevedo, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo, Rubén Valenti, Alfonso Cravioto y los hermanos Henríquez Ureña). En la autorrestricción del grupo (la selección de los compañeros de viaje) había un deseo de distinción (“somos y seremos los mejores”), una apuesta de eficacia (un grupo pequeño puede trabajar y actuar con mayor soltura y claridad) y una visión del trabajo intelectual. Todos creían en el genio individual, pero dadas las condiciones sociales, no del todo propicias, y, sobre todo, habiendo experimentado la riqueza y la fuerza producidas por el trabajo en compañía, lo lógico era profundizar en esa vía. Los jóvenes gustaban de esa tensión permanente y habían probado que así avanzaban mejor en el conocimiento e incluso en el propósito de abrirse paso en el campo cultural. En Henríquez Ureña, la convivencia en grupo corto afianzaba la orientación de su práctica intelectual, exigente, intensiva y ambiciosa. No es extraño, entonces, que se haya comprometido con rigor y celo quizás excesivo en el funcionamiento del grupo corto.

V. El espíritu platónico

Los estudios griegos dieron frutos pronto en Henríquez Ureña. A mediados de septiembre de 1907, a un mes de haber establecido el plan para estudiar a los clásicos antiguos, le envió a Alfonso Reyes el texto “Genus Platonis”,¹⁵⁰ donde, basándose en Walter Pater, establece en qué consiste el temperamento platónico. Según Pater, explica Pedro, el temperamento platónico se caracteriza “por la fusión de elementos espirituales diversos y aun opuestos”.

PLATÓN es el amante: una naturaleza despierta a todos los halagos del sentido y de la imaginación; un espíritu seducido por la belleza y educado por el amor en la más fina y variada percepción del mundo externo, sin excluir su aspecto humorístico; una facultad poética que encierra en sí la potencialidad de una *Odisea*, o de cantos como los de Safo (...); un hombre de escuela, ávido de verdad y empeñoso en el trabajo, y al mismo tiempo capaz de reconocer en su propio yo un primordial objeto de interés inagotable; un amante, en fin de la templanza, que, por su propio esfuerzo y por la influencia de Sócrates, se eleva a la austeridad, a la contemplación del mundo ideal, a la concepción de lo trascendental y abstracto, llevando hasta allí, a pesar de sus exageraciones intelectualistas y éticas, toda su riqueza de imaginación y sensibilidad, merced a la cual su filosofía es testimonio vívido de lo invisible y lo desconocido.¹⁵¹

Los elementos del tipo platónico son la facultad poética, el amor a las ideas y la templanza. La evolución platónica se desarrolla de manera diversa en los escritores modernos. Goethe, por ejemplo, no fue precisamente platónico, sino “un nuevo y completo tipo temperamental”, incluso superior a Platón, “gracias a su desprecio de lo sistemático”. Shelley, otro ejemplo, realiza muy joven, casi adolescente, la “evolución perfecta, en que el filósofo completa al artista”, en una “admirable disciplina mental”.

Luego aborda dos escritores contemporáneos, Óscar Wilde y Gabriele D’Annunzio, literatos admirados que ahora somete a crítica. “En el último cuarto de siglo, nadie les iguala en el poder de reproducir formas, colores y sonidos, de concebir imágenes y de reflejar sensaciones”. Ambos frecuentan los reinos filosóficos. No obstante, Wilde “pecó por falta de

¹⁵⁰“Genus Platonis”, en *Listín Diario*, Santo Domingo, 1908, desconozco la fecha exacta de la publicación. En el ensayo incluía un apartado sobre la personalidad literaria de Alfonso Reyes, del cual prescindí al incluirlo con el título “El espíritu platónico” en su libro *Horas de estudio*, de 1910.

¹⁵¹ “El espíritu platónico”, en *Obras completas II (1909-1914)*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, p. 21.

convicción: sus ideas luminosas, sus ‘hallazgos’ estéticos, es preciso buscarlos a través del maremágnum de paradojas, hipérboles, ‘boutades’, rasgos irónicos y humorísticos, afectaciones de depravación o amoralidad, que llenan los diálogos de ‘Intentions’ (platónicos por la animación dramática y la viveza dialéctica)”. Mientras que a D’Annunzio las circunstancias le habían producido “una noción falsa, a la vez abstracta y decorativa de su propia personalidad, y le han inducido a difundirse en la impersonalidad del drama”, “pero sin alcanzar la intensidad de su poesía íntima ni de las novelas en que reflejó no poco de su vida interior.” El pensamiento filosófico al que D’Annunzio aspira con obsesión, asienta Pedro, “ha sido en realidad su talón vulnerable; y la misma avidez ideológica lo ha llevado tormentosamente [...] a través de opuestas corrientes intelectuales, sin que haya logrado descubrir si su ‘misión’ definitiva es la aristocrática, solitaria creación de la belleza (como creía cuando el *Triunfo de la muerte*), o la producción de obras que levanten el ánimo popular; como sus odas ‘civiles’ y sus tragedias históricas”.¹⁵² En conclusión, estos escritores no completaron la evolución platónica.

El “espíritu platónico” es un modelo de perfección intelectual-artística, complejo y flexible, ya que, de inicio, engloba aspectos distintos y contradictorios. Facultad poética (*poesis*, creación), amor a las ideas (filosofía) y templanza, evolución ideal en que Henríquez Ureña se reconoce y a la que aspira. Utilizaba la idea como criterio de contraste para analizar la personalidad de los escritores, como base de juicios de valoración (superaciones, desviaciones, evoluciones incompletas). También observaba ese temperamento en sus amigos más cercanos, Alfonso Reyes y Antonio Caso, y acaso en otros más, como Acevedo y Gómez Robelo. En todo caso, para Henríquez Ureña Platón era ya el paradigma. A través de ese cristal crítica y concibe a los escritores y a sus amigos.

Meses más tarde, en enero de 1908, Henríquez Ureña escribió y publicó “Días alciónicos”¹⁵³, dedicado a Alfonso Reyes (el poeta) y Antonio Caso (el filósofo). Le confió a Max las circunstancias en que nació la idea: “Los días últimos de fiesta (5 y 6) estuve en Chapultepec, con Caso y Alfonsito. Fueron días admirables de claridad, y estuvimos haciendo muchas observaciones de paisajes. Recordando el nombre que daban los griegos a estos días – ‘alciónicos’-, días en que anida el alción, que había sido la esposa de Ceix.- escribí un trabajito con este título.”¹⁵⁴

¹⁵² *Ibidem.*, pp. 22-23.

¹⁵³ “Días alciónicos”, en *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 177-178.

¹⁵⁴ Pedro a Max, México, 11 de enero de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 413.

En el texto, mientras describe los momentos del día va introduciendo el asunto principal.

En mitad del invierno, tras el monótono imperio de la niebla, han llegado los días alcióneos. Una paz luminosa se derrama sobre el valle de la vieja Ilión lacustre, y en el clásico Bosque, prez de la *rusticatio mexicana*, la pugna de las estaciones se funde en una armonía de veneciano esplendor. [...]

Más que concierto pacífico de estaciones, diríase la victoria del otoño; él las somete, las funde, triunfa en la amplia tonalidad purpúrea que envuelve los paisajes. Libre de estivales reverberaciones, la luz solar unifica el azur impoluto y colma el suelo con el oro de las vendimias. El violeta impone su dominio en las arcadas.

Cuando el cielo vesperscente palidece con la caída del sol, del ocaso comienza a ascender un tinte róseo. El extraño tinte, de suavidad y ternura milagrosas, crece por instantes, invade todo el occidente, y se desvanece por fin en las sombras que avanzan. En el bosque, la grave masa arbórea, en que se perfilan las copas redondas, sugiere la visión de un pintor panteísta; la majestad terrible del pinar evoca el espíritu de Turner.

Nuevo anuncio de paz, en el confín occidental se ilumina el arco de la luna creciente, y con ella el astro místico invocado por Wolfram. La vasta serenidad de la noche estrellada descende imperatoria, sobre la calma del valle.

¡Esplendor fugaz de los días alcióneos! ¿No sorprendéis, poeta, un ritmo jocundo en la gran palpitación de la fecunda madre? ¿No adviertes, filósofo, una súbita revelación de suprema armonía? La magia del ambiente despierta el ansia de erigir sobre el aéreo país sideral, el libérrimo, el aristofánico olimpo de los pájaros. Es que anida el Alción, el ave legendaria, la doliente esposa de Coex, a quien otorgaron los dioses el don de difundir tales beneficios en mitad de la estación brumosa.

Desvanecido, mañana, el fugaz prestigio, volverá a reinar el gris. Y entonces, en vez de los estrepitosos himnos de las aves aristofánicas, vienen a la memoria las graves palabras del viejo diálogo académico. Habla Sócrates: “Siendo tan grande el poder de los inmortales, nosotros que somos mortales e insignificantes por toda manera, que no podemos abarcar lo grande ni apenas lo pequeño, y que vacilamos las más de las veces aun sobre aquellas mismas cosas que pasan a nuestro rededor, no somos competentes para hablar con certeza de alciones ni de ruisseños. Esta célebre leyenda sobre tus lúgubres himnos, ¡oh ave moduladora de lamentos!, la referiré a mis hijos tal cual nuestros padres nos la trasmitieron, y celebraré muchas veces la piedad y la ternura de tu amor conyugal, contándoles además el alto honor que alcanzaste de los dioses.....”

La ciudad de México y el Bosque de Chapultepec están idealizados, se habla de “veneciano esplendor”, “Ilión lacustre”, atmósfera de cuadros de Turner, sombras que avanzan, “la majestad terrible del pinar”, etc. Todo contribuye a expresar una intensidad dramática e impersonal. Las estaciones del año conviven y entre ellas impera el otoño (recuérdese la fascinación de Henríquez Ureña por esa temporada del año, que venía desde su residencia en Nueva York). El paisaje y la atmósfera expresan el ritmo de la fecunda madre naturaleza, la suprema armonía. La epifanía produce el ansia de erigir un reino de libertad. El poeta y el filósofo (la conjunción del espíritu platónico) son interpelados por la voz de Pedro, quien termina dándole la palabra a Sócrates.

Se trata de una utopía. En medio del invierno, suceden días luminosos de colorido otoñal y tardes enigmáticas, días tranquilos y graves. Antes y después reina el gris. La magia no dura. En un segundo apartado, que Henríquez Ureña agregaría más tarde, lamenta que antes tenía todos los días para el estudio, pero ahora, en medio de las múltiples tareas de lo que ha empezado ser la edad madura, sólo puede dedicarse al estudio en los días tranquilos, los días alciónicos.

Los días alciónicos son una utopía por su carácter prodigioso, contrapuesto a la normalidad de todos los días. Los momentos en que el espíritu platónico se despliega sin contratiempos, en completa libertad, no se pueden extender, como habrían deseado Pedro y sus amigos. La utopía, no obstante, es concreta, se realiza en compañía y en amistad. Pedro y sus alter egos, Antonio y Alfonso, disfrutaron y seguirían disfrutando de días de plenitud en el estudio, las discusiones y reflexiones compartidas. Por ello Pedro, en sus *Memorias*, los señala como sus mejores amigos, un terceto inseparable. Mientras que el símbolo de los días alciónicos acompañaría al dominicano el resto de su vida.

Susana Quintanilla ha descifrado los trasuntos mitológicos del texto de Henríquez Ureña. La referencia directa es al mito griego del amor entre Alcíone, hija del Guardián de los Vientos, y Ceice, hijo del Lucero del Alba. Alcíone tuvo el atrevimiento de llamarse a sí misma Hera y a su marido Zeus. En castigo divino, el barco de Ceice naufragó y luego, al comprender su falta, Alcíone se arrojó al mar.

Algún dios compasivo los transformó en martín pescadores, también conocidos como pájaros alciones. Desde entonces, cada invierno la hembra construye su nido compacto con las espigas de la ortiga marina, vela en él los restos de su macho y después los arroja a las corrientes. Una vez concluido el ritual mortuario, Alcíone pone sus huevos y empolla. Ello ocurre en los días

del Alción, o sea los siete que preceden al solsticio invernal y los siete que le siguen, mientras Eolo prohíbe a sus vientos que agiten las aguas.¹⁵⁵

Gabriele D'Annunzio tituló uno de sus libros *Alción*, como metáfora del momento estético creativo. En la obra, explica Quintanilla, D'Annunzio reunió diversos motivos “en un solo ciclo lírico y bajo un ambiente único, concordancia sublime de los astros, los seres vivos y las cosas inanimadas. Se inspiró en un tratado de agricultura escrito por un anciano diestro en todo lo relacionado con la labranza. El poeta escardó las palabras del agricultor y encontró en una de ellas, *alcíone*, el estado de gracia para generar imágenes y versos.”¹⁵⁶

En cuanto al anhelo de “erigir sobre el aéreo país sideral, el libérrimo, el aristofánico olimpo de los pájaros”, la referencia es a la comedia “Las aves” de Aristófanes. La autora explica que los protagonistas, “Evélpides (Buena Esperanza) y Pistheratos (Compañero Persuasivo) son dos adultos entrados en años” que padecen la enfermedad del “desencanto político”, “no se sienten confortables en Atenas, no son partícipes de la *politeia*. Buscan un lugar relajado para pasar el resto de sus vidas, sin rendir cuentas de sus vidas a nadie.” Conducidos por ese deseo, los protagonistas intentan negar a la familia, la moral, las leyes y los dioses, y emprenden la descabellada idea de fundar una nueva ciudad.

Conforme avanza el plan de fundar una nueva ciudad –Cucópolis de las Nubes- con la colaboración de las aves, el poder de Pistheratos (quien pasa de la persuasión a la demagogia) se acrecienta, mientras el de Evélpides se desvanece en medio de un sinfín de enredos en los que aparecen un sacerdote, un poeta, un adivino y Metón, un personaje real, famoso por sus estudios de astronomía e ingeniería. Detrás de la ironía, hay una cuestión de fondo: si es posible fundar una ciudad que ignore la naturaleza humana, es decir, la relevancia del deseo. El desenlace de la trama demuestra los límites de esta pretensión.¹⁵⁷

La autora concluye: “El texto de Henríquez Ureña sugiere que la magia del ambiente y la suprema armonía social hicieron que, por un momento, él y sus amigos acariciaran la posibilidad de buscar el ‘libérrimo’ reino de las aves. (...) Al igual que los protagonistas de *Las aves*, la tríada sintió el impulso de cambiar el ritmo de su vida. Fue sólo una ilusión, negada inmediatamente por Henríquez Ureña en el párrafo final”.¹⁵⁸

¹⁵⁵ Quintanilla, Susana, “Nosotros” *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México D. F., Editorial Tusquets, Fundación Tv Azteca, 2008, pp. 76-77.

¹⁵⁶ *Ibidem.*, p. 77.

¹⁵⁷ *Ibidem.*, p. 78-79.

¹⁵⁸ *Ibidem.*, p. 79.

La utopía alciónea de Henríquez Ureña expresa el deseo de organizar la propia vida y las relaciones sociales de manera que las actividades intelectuales no padezcan y se vean entorpecidas por todo tipo de elementos extraños (el trabajo, la familia, la política, etc.). Los días alcióneos serían el ambiente perfecto para el desarrollo del temple platónico. Es un anhelo imposible de realizar. Mas persiste como deseo. Se puede decir que el *pathos* de Henríquez Ureña y sus amigos consistió, en gran medida, en que, a pesar de todo, no podían dejar de desear que sus días se acercaran a ese “estado de gracia” en el que la creación estética, la filosofía y las amistades intelectuales se desarrollan a la manera platónica. En la realidad de todos los días tenían que seguir sus intereses más preciados contra las circunstancias.

Los días alcióneos se contraponen al cúmulo de espacios sociales, son una especie de contra-espacio, donde el individuo es plenamente su propia naturaleza, la que desea. Es un ideal cuya persecución sistemática sería un despropósito, pero funciona como idea. Y sucede como experiencia, que si bien sólo es asequible por breves lapsos, afianza una forma de conducirse en el mundo, justifica y orienta un comportamiento. Henríquez Ureña, laborando en la prensa y luego en una empresa de seguros, inmerso en la vida de la Sociedad de Conferencias, entusiasmado y luego desengañado por su amplio círculo de amigos, fue madurando su personalidad. Trató de acercarse al tipo de temperamento platónico, buscando su propia forma de “templanza”. Así formuló la utopía de los días alcióneos, que, como toda utopía, tiene su carácter compensatorio y su función orientadora.

De marzo a agosto de 1907, los jóvenes funcionaron como una sola y numerosa falange. Probaron dos vías. Primero la manifestación en la calle, el mitin y la velada en contra de la revista del “anciano reportero” Manuel Caballero. Fue un golpe sonoro en el espacio público. Luego, la labor detenida y concienzuda de seis conferencias en que ensayaban y probaban sus habilidades. Los jóvenes no tenían puestos de importancia ni grandes recursos, no ostentaban gran reputación literaria. Pero contaban con espacios de publicidad, sobre todo en la *Revista Moderna*. Sus dos iniciativas los habían fortalecido como grupo y mantenían una fuerte

voluntad. Sus actividades, individuales y colectivas, eran parte de un mismo movimiento, el de la juventud capitalina ilustrada que trataba de conquistar espacios.

Los últimos meses de 1907 y el inicio de 1908, sin grandes acciones del grupo, fue un tiempo de definiciones. Para Henríquez Ureña marcó una transformación de sus puntos de vista filosóficos, una redefinición de su personalidad y de su punto de vista sobre la sociabilidad intelectual. Esto último consistió en una readecuación de su criterio de exigencia intelectual y moral, aplicándolo a sí mismo y, de manera diferenciada, a sus cercanos.

En el plano colectivo, los jóvenes prosiguieron sus afanes, pero de manera discreta, como siguiendo un plan deliberado de preparación para luchas mayores. La constitución del grupo corto y su plan amplio implicó la formación de un “adentro”. Una vez establecido el acuerdo intelectual, basado en empatías emocionales e intelectuales, el grupo empezó a funcionar con una lógica propia, como una unidad. Se constituyó un “nosotros”, persona plural con su propia fuerza cohesionadora. Puede decirse que el grupo ya existía antes del plan de los estudios griegos. Se había formado a través de selecciones libres. Aparecían las iniciativas personales hasta que se les ocurrió autorrestringirse, delimitarse para funcionar mejor. Se eligieron como los más capacitados y comprometidos, los mejores para emprender los propósitos comunes. Las diferencias al interior no eran pocas ni menores, pero existía un pacto, explícito en gran parte, sobre sus fines y sus medios culturales.

El “nosotros” era una unidad de acción. Los estudios eran la materia prima del grupo, pero su propósito era actuar hacia fuera; por eso de manera natural buscaban alianzas y apoyos. Asimismo, en el proceso de construcción de su identidad, las relaciones con el entorno adquirieron claramente el carácter de deslinde. El proceso de diferenciación del “nosotros” (por qué somos diferentes, singulares, mejores) es la contracara de numerosos actos que implican diferenciación o descalificación (por qué no se pueden integrar al grupo determinados individuos, cómo es aquello, cómo son aquellos incompatibles con nuestra propia lógica). Con ese impulso llegaron los jóvenes al inicio del año de 1908, cuando emprendieron su segunda batalla pública.

Capítulo 5. Política y fines intelectuales: La manifestación en honor a Barreda y las conferencias del Conservatorio

En 1908, después de varios meses concentrados en los estudios griegos y filosóficos, los jóvenes intelectuales realizaron un nuevo despliegue en el espacio público. Fue doble, como el año anterior: una jornada en honor de Gabino Barreda, artífice del proyecto educativo de la nación mexicana, y una segunda serie de conferencias, realizadas en el Conservatorio Nacional.

Apenas iniciado el año, se desató un debate muy intenso sobre el supuesto fracaso del proyecto educativo creado por Gabino Barreda y desarrollado por el ministro Justo Sierra. Los jóvenes, con apoyo oficial, salieron a la defensa del legado de Barreda. Estaba en juego la orientación y el papel del Estado en la educación. El asunto se entremezcló con las disputas entre el reyismo y los Científicos, las dos grandes facciones políticas enfrentadas en torno a quién habría de suceder en el poder al presidente Porfirio Díaz. La coyuntura se complicó aún más con las declaraciones del dictador al periodista James Creelman. Díaz expresó que se retiraría del poder una vez cumplido su mandato presidencial en 1910, que el país ya estaba preparado para la democracia y que vería con buenos ojos la aparición de un partido de oposición.

¿Qué papel desempeñaron los jóvenes en esa coyuntura política que, en sus aspectos fundamentales, era una disputa en torno a valores sociales centrales (la educación pública y la democracia)? Adelantemos que los jóvenes (Pedro Henríquez Ureña incluido) organizaron la jornada en honor a Barreda, pero no fueron los mayores protagonistas. De cualquier modo, las experiencias de estar inmersos en los debates y pugnas políticas de tintes graves repercutieron en el desarrollo de su personalidad (individual y colectiva).

Con la manifestación pública, los jóvenes se sumaron a la defensa de la educación pública ante los ataques conservadores. Al mismo tiempo realizaron una segunda serie como Sociedad de Conferencias, dando continuidad a sus intereses intelectuales y al esfuerzo de impulsar la apertura en México a las nuevas corrientes de pensamiento internacional. Pedro, que esta vez no fue conferencista, siguió siendo uno de los más interesados y ocupados en los proyectos del “grupo corto”, al lado de Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso

Reyes y Max Henríquez Ureña. Dentro de un clima político muy agitado, los jóvenes mantuvieron sus labores intelectuales colectivas, intentando darles mayor profundidad y eficacia.

I. La primavera política de 1908

A principios del año, Henríquez Ureña observaba falta de actividad en la juventud intelectual de la ciudad de México. Le escribía a Alfonso Reyes, el 31 de enero:

Por aquí seguimos flojos. Me convengo de que en invierno no podemos hacer nada. Aquí, en esta estación, la gente prefiere *ver hacer*: por eso va a los toros, al teatro, a los conciertos, al cinematógrafo ni se diga, y a Plateros a verse unos a otros *ociar*. ¡Pero la primavera! ¡Savia “moderna”, exposición, banquetes, conferencias, tés, protesta...! Mucho me temo que esta primavera resulte tempestuosa, con la manifestación antipositivista en honra del introductor del positivismo, o con cualquier otra cosa.

La verdad es que podríamos aprovechar la agitación que reina en cuestiones de educación. El ataque a Miguel F. Martínez es sintomático intento de homicidio, aunque el agresor lo pintan como loco. ¿Y qué decir de los miembros del Consejo Superior de Educación que se muestran enemigos de la Preparatoria? Ahora el folleto del católico doctor Vázquez Gómez, Consejero, ha promovido una alharaca.¹

Pedro adelantaba el retorno de los jóvenes a la protesta pública, indicando incluso su carácter paradójico: una manifestación “antipositivista” para honrar al introductor del positivismo en México, Gabino Barreda. Se realizaría en el mes de marzo, pero ya en enero el dominicano advertía una coyuntura propicia con la controversia en torno a la Escuela Nacional Preparatoria, fundada por Barreda. Pronto se pusieron de nuevo en marcha los engranajes organizativos de los jóvenes, en una batalla que adquiriría dimensiones mayores que la del año pasado en honor de Gutiérrez Nájera. La primavera en verdad sería tempestuosa.

¹ De Pedro a Alfonso, México, enero 31 de 1908, *Correspondencia I (1907-1914)*, México, D. F., FCE, 2004, p. 71. Miguel F. Martínez (1850-1919) era senador y Director General de la Instrucción Primaria en el Distrito y Territorios Federales. El 25 de enero de 1908 sufrió dos disparos por un profesor a quien los diarios consideraron desquiciado.

La idea no era nueva. Un año atrás, los jóvenes pretendieron organizar una manifestación en honor a Barreda, pero sin cariz antipositivista. La idea fue planteada en la Escuela Nacional de Jurisprudencia por Antonio Caso y, según *El País*, la respuesta en contra fue infranqueable. En marzo de 1908, este diario recordaba: Hace menos de un año “cierto estudiante que pretende notoriedad” convocó a los alumnos a una asamblea para proponer una manifestación en recuerdo de Barreda. La junta se verificó “con regular concurso de estudiantes, en uno de los salones de estudio en la planta baja”. Caso hizo el panegírico de Barreda, pero de inmediato hubo voces en contra. Hipólito Olea se levantó para “combatir la idea con fogosidad y con bríos”, Rubén Valenti se manifestó “antibarredista tremendo”, el joven José Pallares hizo lo propio, así que, al final, Antonio Caso fue el único que sostuvo la idea.²

Después de esa iniciativa frustrada, dentro del grupo de la Sociedad de Conferencias se consolidó el anti positivismo. Entre bergsonismo, pragmatismo, arielismo y estudios griegos, los jóvenes se hicieron de una base ideológica diferente. Llegaron a la conclusión de que el positivismo había caducado y había que combatirlo por sus errores como doctrina filosófica y por ser la orientación hegemónica que en la enseñanza no permitía nuevas formas de desarrollar el conocimiento. Así, la manifestación pro Barreda adquirió un carácter de deslinde crítico.

El asunto inició con el folleto *La enseñanza secundaria en el Distrito Federal: estudio crítico* de Francisco Vázquez Gómez, que empezó a circular en enero de 1908.³ El personaje, que un par de años adelante sería aliado de Francisco I. Madero en la campaña antirreeleccionista, era un político de 47 años con bastante influencia. Era médico personal de Porfirio Díaz, quien lo protegió desde su época de estudiante otorgándole una beca. Ofrecía una cátedra en la Escuela Nacional de Medicina y era miembro del Consejo Superior de Educación. En este órgano se agrupaban directores de escuelas (incluso algunas particulares), el gobernador del D. F. y representantes de otros Ministerios. Se encargaba de discutir y diseñar, en coordinación con el

² “La glorificación del Dr. Vázquez Gómez”, *El País*, 22 de marzo de 1908, p. 2. Puede ser que *El País*, aguerrido opositor a la manifestación en honor de Barreda en 1908, exagerara el fracaso de la iniciativa de 1907, pero es indudable que ya para entonces en muchos de los jóvenes no existía fidelidad al credo positivista.

³ Fechado en noviembre de 1907. *La enseñanza secundaria en el Distrito Federal: estudio crítico*, México, Ed. Talleres Gráficos de Ed. Aguirre, 1907. A raíz de los debates que provocó, el periódico católico *El Tiempo* realizó una segunda edición del folleto en 1908.

Ministerio de Instrucción Pública, las políticas en el ramo. Vázquez Gómez no era conservador pero sí un opositor sistemático a las reformas de Justo Sierra.⁴

Las censuras de Vázquez Gómez a la Escuela Nacional Preparatoria fueron numerosas: criticó los planes de estudio que habían estado cambiando, haciendo “experimentos” con las mentes infantiles, atiborrándolas de materias, siguiendo un método enciclopédico y memorístico; criticó la falta de educación moral, las deficientes condiciones materiales en las aulas y laboratorios, etc. En suma, la Preparatoria era un desastre pedagógico y un fraude como política pública. No se cumplía el objetivo que la ley señalaba, “educar”, es decir, formar de manera integral a los jóvenes y no sólo instruirlos. Llegaba a sugerir que el gobierno auspiciara la creación de escuelas libres (particulares) y ya no pretendiera diseñar y dirigir los contenidos de la enseñanza.

Sus críticas a la Preparatoria eran un ataque frontal a la política educativa porfirista, en manos de Justo Sierra desde 1901, cuando asumió la subsecretaría de Instrucción y Bellas Artes, creada ex profeso para él. Sierra implementó numerosos proyectos, entre los que sobresalen la creación del Consejo Superior de Educación Pública, en septiembre de 1902, y la elevación de la subsecretaría a Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en 1905. Había mantenido el apoyo del presidente, pero no fueron pocas las resistencias que había enfrentado dentro del gobierno.

El núcleo ideológico de Justo Sierra estaba fincado en la fe en la educación como medio de redención del pueblo mexicano. Sierra siguió la orientación liberal y positivista de Gabino Barreda, ampliándola y reformándola. Según Claude Dumas, el programa de reformas de Justo Sierra tenía dos bases fundamentales:

1. “La primera, que consideraba la piedra de toque del nuevo edificio, consistía en reformar la escuela primaria, para que de simplemente instructiva se convirtiera en esencialmente educativa: ya no se contentaría con enseñar a leer, escribir y contar, sino que se enseñaría a pensar, a sentir y a dejar que el niño se desarrollara para convertirse en hombre.”

⁴ Francisco Vázquez Gómez, nacido en Tula, Tamaulipas, el 23 de septiembre de 1860, y fallecido en la ciudad de México el 16 de agosto de 1933. Hizo sus primeros estudios en provincia y luego en la ciudad de México, en la Escuela Nacional de Medicina, de 1884 a 1889. Ejerció la medicina y realizó estudios de posgrado en Europa. En la crisis final del régimen porfirista entabló relaciones y colaboró, si bien con reservas, con Francisco I. Madero, a quien acompañó como candidato a la vicepresidencia. Como se sabe, fue un protagonista central en el complicado proceso político entre 1910 y 1912.

2. “En cuanto a la segunda idea, ésta consistía en organizar los estudios superiores, en constituir un cuerpo de profesores que fuera capaz de hacer progresar la investigación científica y también fundar una Universidad Nacional que no tuviera nada en común, en sus métodos, en las materias enseñadas, en su ideal, con la antigua Universidad, pero que compartía con ella la misma fe en la educación.”⁵

La educación, como medio para formar ciudadanos y unificar a la nación, era irrenunciable para el Estado. No se había podido unificar aún la enseñanza y se estaba lejos de cubrir la mayor parte del territorio, como revelan las pobres estadísticas de alfabetismo. Pero se estaban dando pasos fuertes en ese sentido. En agosto de 1905, en el Consejo Superior de Educación, Justo Sierra “propuso la creación de un Congreso Nacional de Educación, en que todos los Estados, los Territorios y el Distrito Federal estarían representados por una comisión de profesores. Su meta esencial sería buscar las bases de una unificación de la enseñanza en todo el país.”⁶ Luego, en diciembre de ese año, el Congreso de la Unión dio al Poder Ejecutivo plenos poderes en materia educativa. La hegemonía del Estado, entendida como la dirección moral de la sociedad en su conjunto (según la definición de Antonio Gramsci), tenía en la educación un factor primordial. De ahí el interés del gobierno de Díaz en la materia. Y también por ello la educación era centro de reiteradas disputas políticas desde las últimas décadas del siglo XIX.

Las críticas de Vázquez Gómez no eran nuevas ni tampoco carecían de fundamentos. Hubo muchos cambios, no sólo en la Preparatoria, sino en prácticamente todos los aspectos y niveles de la enseñanza pública. Con mayor o menor suerte, las constantes modificaciones revelaban un difícil y poco claro proceso de diseño de una política educativa. La última, en la larga serie de reformas en la Preparatoria, había sido a principios de 1907, cuando se estableció un nuevo Plan de Estudios bajo este principio: “La enseñanza de la Escuela Nacional Preparatoria será uniforme, gratuita y laica; tendrá por medio la instrucción de los alumnos y por objeto su educación física, intelectual y moral”. Se sustituyó la enseñanza de la sociología por las materias de lógica, psicología y moral, se implantó un nuevo sistema de exámenes y reconocimientos. El recién nombrado director de la Escuela, Porfirio Parra, elogió la reforma porque, entre otras

⁵ Bases expuestas en el discurso de Sierra en la inauguración del Consejo Superior de Educación. Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, tomo II, revisión y coordinación Marta Pou Madinaveitia, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, México, 1986. [*Justo Sierra et le Mexique de son temps 1848-1912*, Université de Lille III, 1975, traducción de Carlos Ortega], pp. 65-66, 67.

⁶ *Ibidem.*, p. 209.

cosas, aligeraba los programas “a fin de evitar ese desastre pedagógico que se llama recargo de materias”.⁷

En 1907 Sierra también había emprendido la elaboración de una nueva ley de educación. Al enviar el proyecto al secretario de Hacienda, a fines del año, recibió fuertes críticas. Limantour no estaba de acuerdo con la inclusión de diversos alicientes para el maestro y en aumentar el número de escuelas, porque la situación financiera del gobierno era apremiante. El 31 de diciembre, Justo Sierra le respondió: Para usted “la educación pública es un ramo administrativo de la misma importancia que los demás. Para mí, para todos los pensadores modernos, para todos los hombres de Estado actuales (incluyo entre ellos a Roosevelt, al Kaiser, al General Díaz y no hablo de los muertos porque llenaría la hoja) el concepto de Ud. es insostenible; la educación es el servicio nacional de mayor importancia: es el supremo.”⁸ Ningún otro aspecto, a no ser el de la defensa de la Patria, es tan importante. Todo lo que se ha logrado en el desarrollo material (ferrocarriles, fábricas, comercio, etc.), “todo nos liga y nos subordina en gran parte al extranjero”.

Entonces, decía Sierra, “Si anegados así por esta situación de dependencia, no buscamos el modo de conservarnos a través de todo *nosotros mismos* y de crecer y de desarrollarnos por medio del cultivo del hombre en las generaciones que llegan, la planta mexicana desaparecerá a la sombra de otras infinitamente más vigorosas.” Y sólo a través de la educación se puede lograr ese magno objetivo. “Así veo las cosas; así son.” Enviaré el proyecto al Consejo de Educación, adelantaba, donde quedará cristalizado “en derredor de su eje de acero; la transformación de la instrucción pública en educación nacional”.⁹ La ley, en efecto, sería aprobada en agosto de 1908.

Hubo otro diferendo con Limantour, a principios de 1908, cuando ya se había dado a conocer el folleto de Vázquez Gómez. Esta vez fue sobre las nuevas disposiciones de exámenes en la Preparatoria. Sierra percibía una inclinación conservadora en Limantour. Al parecer, el secretario de Hacienda juzgaba como tendencia sectaria que la enseñanza particular tuviera que ser sancionada por la administración pública. En carta del 13 de enero, Sierra interpretaba así la posición de Limantour:

⁷ *Ibidem.*, pp. 286-287, 288.

⁸ Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, Edición establecida por Catalina Sierra de Peimbert, México, UNAM, Nueva Biblioteca Mexicana 62, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1991 [1948], p. 358.

⁹ *Ibidem.*, pp. 358-364.

Pero permítame manifestarle mi sentimiento por la disidencia de opiniones que entreveo en la carta de V. y que es radical ciertamente. La escuela libre, para mí, no puede implicar la negación del derecho del Estado a exigir a cuanto profesional necesite emplear las más completas garantías de ciencia, moralidad y civismo; usted cree, según veo, que el Estado debe dar a los certificados y títulos expedidos por la escuela libre el mismo valor que a los suyos, si no quiere ser *sectario*. Ese día, amigo mío, la reacción habrá dado un paso definitivo en nuestro país; por lo demás esto se viene preparando hace tiempo.¹⁰

Sierra representaba una corriente dentro del régimen que afirmaba y defendía como medular la educación y la cultura para la unidad y prosperidad de la nación, frente a la orientación de Limantour, preocupado más por las finanzas del país.

Desde el principio, en los años de Barreda, la política educativa había sido materia de disputas. Tanto del bando liberal radical como del lado católico conservador, se criticó el intento de establecer un monopolio del Estado sobre la enseñanza y la introducción del positivismo como base de su organización. La libertad de la enseñanza era argüida por unos y otros. Los periódicos católicos, en cualquier oportunidad, señalaban a la educación oficial como inmoral, antirreligiosa y propagandista del ateísmo.

Tampoco eran nuevos los ataques a las reformas de Justo Sierra. Pero la coyuntura de principios de 1908 era diferente. El ataque provenía de un hombre tenido por liberal, muy cercano al presidente, y sucedía a la par de diferencias de opinión importantes con el ministro de Hacienda. Había, pues, mucho en juego. Esto explica el apoyo franco que Sierra dio a la manifestación organizada por los jóvenes en honor a Barreda.

Los argumentos desplegados por Vázquez Gómez en su folleto fueron usados de inmediato por la prensa católica, en particular por *El Tiempo* y *El País*. Un somero repaso de lo publicado en esos diarios da cuenta del tono estridente con que se retomó una campaña que había durado lustros.

El 10 de enero, *El Tiempo* reseñaba el “notable estudio”, decía que desde que el positivismo se apoderó de la enseñanza se impuso un sistema con muchos defectos. El monopolio de la Escuela Nacional Preparatoria determinó “la exclusión absoluta de toda enseñanza religiosa”, comenzó la moda de no creer en nada, ser librepensador, romper con “toda tradición

¹⁰ *Ibidem.*, p. 380.

piadosa y de familia” y no sujetarse “a ninguna ley moral”, empezó la moda del suicidio. Todo porque se dejó de enseñar sin Dios.¹¹ Al día siguiente, el diario decía que en el folleto se demostraba que la enseñanza en la Preparatoria no era integral, ni gradual, ni educativa. En particular, consideraba la materia de Lógica como inútil y peligrosa.¹² El “veneno de la incredulidad” era el problema mayor. A finales de enero, el periódico informaba que como el interés no decaía, se estaba haciendo, “con toda violencia”, la segunda edición del folleto de Vázquez Gómez.¹³

El País inició con un tono violento que no abandonaría durante toda la coyuntura. El 9 de enero, a cuatro columnas en su primera plana, señalaba “El fiasco de la instrucción pública en la Escuela Nacional Preparatoria”. Según el artículo, la niñez y la juventud eran “el ANIMA VILI” de los experimentos de los positivistas. Al día siguiente: “Funesto y antipatriótico monopolio. Libertad de enseñanza”. El día 13: “La Escuela Nacional Preparatoria su verdadero objeto: no lo cumple. Ni educación moral ni intelectual.” El 16, reinterpretando el sentido de una declaración del director de la Preparatoria: “El ‘Desastre pedagógico’ (según el Sr. Dr. D. Porfirio Parra) en la Escuela Nacional Preparatoria.” El día 17: “Una conspiración deshecha; la conspiración del silencio”, donde se ufanaba de que los diarios oficiosos no habían podido sepultar el asunto y habían tenido que dar la cara. Los artículos, publicados casi todos los días en primera plana, incidían en los mismos puntos, sobre todo contra el monopolio del gobierno en la educación y en defensa de la libertad de enseñanza. “La escuela atea”, señalaba, “es incapaz de educar moralmente, porque el ateísmo es por esencia inmoral.”¹⁴

El combate emprendido por *El País* tuvo algunos aspectos más constructivos. Uno de los artículos fue dedicado a defender la “Necesidad de los Estudios clásicos”. Se aseguraba que

¹¹“La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal. Notable estudio crítico del Dr. Vázquez Gómez” Numeral I, *El Tiempo*, 10 de enero de 1908, p. 2.

¹² “La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal. Notable estudio crítico del Dr. Vázquez Gómez” Numeral II, *El Tiempo*, 11 de enero de 1908, p. 2.

¹³ *La enseñanza secundaria en el Distrito Federal*, México, Ed. Talleres Tipográficos de “El Tiempo”, 1908. Esta segunda edición fue hecha, publicitada y distribuida por *El Tiempo*, se vendía en las oficinas del periódico en la 1ª calle de Mesones n. 18. El anuncio de la edición, en “La enseñanza secundaria o preparatoria en el Distrito Federal. Notable estudio crítico del Dr. Vázquez Gómez” Numeral IV, *El Tiempo*, 28 de enero de 1908, p. 2.

¹⁴ Véanse: “El fiasco de la instrucción pública en la Escuela Nacional Preparatoria”, 9 de enero de 1908, p. 1; “Funesto y antipatriótico monopolio. Libertad de enseñanza”, 10 de enero de 1908, p. 1; “La Escuela Nacional Preparatoria su verdadero objeto: no lo cumple. Ni educación moral ni intelectual”, 13 de enero de 1908, p. 1; “El ‘Desastre pedagógico’ (según el Sr. Dr. D. Porfirio Parra) en la Escuela Nacional Preparatoria. Su verdadero resultado”, 16 de enero de 1908, p. 1; “Una conspiración deshecha; la conspiración del silencio”, 17 de enero de 1908, p. 1; “El estudio de la lógica en la Escuela Nacional Preparatoria”, 21 de enero de 1908, p. 1; “El fiasco de la educación” 22 de enero de 1908, p. 1; “El banquete en la Escuela Nacional Preparatoria”, 23 de enero de 1908, p. 1.

mucho de lo que había logrado la literatura mexicana se debía al estudio y enseñanza del latín. Los positivistas, en cambio, odiaban tanto las lenguas muertas (latín y griego) como la metafísica.¹⁵ La educación oficial, en efecto, había restado importancia al estudio del latín desde 1902, dejándolo como materia no obligatoria. Las humanidades tenían una presencia exigua en la Preparatoria, si bien no estaban completamente excluidas; poco a poco se había ido ampliando la enseñanza de la literatura, por ejemplo.

Hay que señalar que, por su lado, los jóvenes intelectuales ya estaban conscientes de la importancia del estudio de las humanidades (literatura y filosofía). En eso habrían estado de acuerdo con *El País*, pero los distanciaba el sentido de su defensa del humanismo. Para los diarios y las escuelas católicas, la enseñanza de las lenguas muertas y la filosofía (escolástica) significaba salvaguardar la tradición; para los jóvenes de la protesta importaba como medio de apertura y renovación dentro de las escuelas oficiales. Para unos, se trataba de defender el derecho a una forma tradicional y religiosa de enseñanza; para los otros, se trataba de sentar las bases para un libre desarrollo del pensamiento, del estudio de todo tipo de corrientes, sobre todo las más novedosas, que en gran parte contrariaban aquellas bases tradicionales.

El Imparcial asumió la réplica a Vázquez Gómez y los diarios católicos el día 15 de enero. En primera plana, juzgaba que el folleto era un “insufrible” “ramillete de sofismas”. Al día siguiente, bajo el título “Una marmita popular. Bandadas de buitres se ciernen sobre la Preparatoria”, rebatía las críticas hacia la enseñanza de la química, la biología, la lógica, la supresión de la sociología y en torno a la afirmación de que la Preparatoria “engolfaba” a los alumnos en abstracciones y los hacía vivir en un mundo ilusorio. El día 17 dedicaba un artículo a establecer que la educación moral se realizaba en el seno de la familia y por tanto no correspondía al Estado. Dos días más tarde informaba que en el Consejo de Instrucción Pública se discutiría la ley sobre la educación secundaria, tomando en cuenta las impugnaciones de Vázquez Gómez.

El día 20 fue más enérgico: “Ni un paso atrás! Reglamentar los estudios no es monopolizar la enseñanza”. Deploraba los aplausos de la prensa reaccionaria al folleto; se trata, decía, de los mismos viejos argumentos contra la ciencia. Vázquez Gómez, acusaba el diario, propone la supresión de la Escuela Nacional Preparatoria y el establecimiento de “escuelas

¹⁵ “Necesidad de los Estudios clásicos”, *El País*, 18 de enero de 1908, p.1.

libres” sostenidas con dinero del Estado y confiadas a la “iniciativa individual”. Esto significa ponerlas en manos del clericalismo. Siete días más tarde, el periódico expresaba que la “Unidad Nacional exigía la Unidad Intelectual”; la enseñanza impartida por el Estado era necesaria para formar hombres libres y para el progreso de la nación.¹⁶

Porfirio Parra, director de la Preparatoria, respondió al ataque de Vázquez Gómez con otro folleto: *La Escuela Nacional Preparatoria y un “Estudio crítico”*, fechado en enero y hecho circular los primeros días de febrero. La controversia se intensificó. *El País* y *El Tiempo* se dedicaron sistemáticamente a negar los contrargumentos de Parra y *El Imparcial* a apoyarlos.

Este último diario, el 7 y 8 de febrero, reseñó el folleto de Parra, afirmando que sí se cumplía el propósito educativo de la Preparatoria, que sus programas no eran abrumadores y que en ella no se perseguían las creencias religiosas.¹⁷ Correspondía al equipo de redacción del periódico oficioso la defensa de la posición gubernamental. En él laboraban dos ilustres escritores modernistas, Carlos Díaz Dufóo y Luis G. Urbina. Sin embargo, la reacción no había sido tan pronta, así que Justo Sierra, blandiendo una decisión del presidente, se comunicó con Díaz Dufóo el 12 de febrero en estos términos:

Mi querido Carlos:

El Señor Presidente me dió instrucciones *terminantes* para que “El Imparcial” comentara y, sobre todo, reprodujera capítulo por capítulo o como mejor le pareciese el folleto del Doctor Parra. Urbina sabía esto y no sé si por indicaciones de nuestro Rafael Reyes o por qué causa, el periódico guarda obstinado silencio sobre el asunto. Esto me sorprende y me hace temer un serio extrañamiento del Presidente y no sabré qué cuenta darle.¹⁸

¹⁶ “Ramilletes de sofismas. Un folleto contra la Escuela Preparatoria”, *El Imparcial*, 15 de enero de 1908, p. 1; “Una marmita popular. Bandadas de buitres se ciernen sobre la Preparatoria”, 16 de enero, p. 1; “Ejemplos y no palabras. La educación moral solo se recibe en el hogar”, 17 de enero, p. 1; “Consejo de Educación revisará el Plan de Estudios Preparatorios”, 19 de enero, p. 1; “Ni un paso atrás! Reglamentar los estudios no es monopolizar la enseñanza”, 20 de enero, p. 1; “La República y la educación liberal”, 27 de enero, p. 1.

¹⁷ “Los ataques a la Escuela Preparatoria. El director de esta Escuela demuestra lo torpe e infundado de ellos”, *El Imparcial*, viernes 7 de febrero, p. 4; “La Preparatoria y las creencias religiosas. Los católicos ilustrados apoyan el plan de Estudios del establecimiento”, *El Imparcial*, 8 de febrero, p. 4.

¹⁸ Carta del ministro Justo Sierra a Carlos Díaz Dufóo, México, 12 de febrero de 1908, Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 485.

Al día siguiente, *El Imparcial* reprodujo la parte inicial del folleto.¹⁹ Luego, el día 17, anunció que continuaría publicando el texto del director de la Preparatoria, ya que había recibido numerosas cartas pidiéndolo. Así lo hizo hasta completarlo a principios de marzo.²⁰

Parra contestó, con mayor o menor fortuna y extensión, a los dardos de Vázquez Gómez. Defendió el espíritu de la educación en la Preparatoria, el método experimental, objetivo y científico, la organización de las materias, etc. Dos aspectos de su alegato, que representaba la posición oficial, no pueden dejar de señalarse. El primero se refiere a la cuestión de la “escuela libre”, asunto en que se diferenciaban las posiciones de Justo Sierra y Limantour. Parra citaba a Vázquez Gómez, quien proponía: “El Supremo Gobierno debe, no darla gratuitamente, pero sí favorecer de una manera resuelta y decidida, la iniciativa privada, para fundar escuelas secundarias, dejándoles, para formar sus programas, toda la libertad compatible con la moral, la higiene y la integridad de la nación y la paz pública.” Que las “escuelas libres”, replicaba Parra, no se sujeten a un mismo plan de estudios y no sigan los libros de texto oficiales, es atentar contra la unidad e integridad de la nación. La verdadera libertad de inteligencia, decía, debe desarrollarse dentro del orden garantizado por el Estado, de lo contrario se caería en el caos y el desorden. Si la educación deber ser una obra nacional, en tanto servicio público, como la impartición de justicia, por ejemplo, no puede estar confiada a manos particulares.²¹

El segundo asunto es la cuestión de si era un fracaso la Preparatoria. De nuevo Parra citaba a Vázquez Gómez: “¿A dónde se han ido los hombres que ha formado la Escuela Nacional Preparatoria? Esos..... viven disputándose un empleo; aumentando la clientela de los empeños y de las cantinas; esos van al día, pero no se molestan; llevan una vida triste y harto miserable.....” El pasaje seguramente fue uno de los que más irritaron a los defensores de la escuela. El director respondió: no es cierto, los egresados de la Preparatoria están por todas partes, en los ministerios de Hacienda, de Instrucción, de Gobernación, los hay gobernadores, el Tesorero General de la Nación, muchos profesores, etc. La Preparatoria no ha fracasado, al contrario, ha dado a la nación un ejército de hombres preparados cuya labor se ve todos los días. Parra finalizaba su folleto reclamando a Vázquez Gómez que su *Estudio crítico* no ilustraba ni

¹⁹ “Para qué ha sido fundada la Preparatoria”, *El Imparcial*, jueves 13 de febrero, pp. 3 y 5.

²⁰ “En defensa de la Preparatoria” y “El Folletín de Hoy”, *El Imparcial*, jueves 13 de febrero, pp. 4 y 7.

²¹ “V. El señor Vázquez Gómez y la libertad de inteligencia”, *El Imparcial*, 23 de febrero de 1908, p. 8.

orientaba. No tenía las credenciales para hacer la crítica y su labor en el Consejo de Educación “ha sido siempre de obstrucción y censura, nunca constructora y cooperativa”.²²

Defender a la Escuela Nacional Preparatoria era defender una institución central del Estado. Su importancia era indudable, ya que en ella confluían jóvenes de todas partes del país; era el pilar de la formación liberal, laica y científica de muchas generaciones de mexicanos y había marcado la pauta a las escuelas oficiales en los otros estados de la república. Sus egresados habían ido ocupando puestos directivos en la estructura gubernamental; era formadora de cuadros.

El 6 de febrero *El Tiempo* incluyó una carta de Vázquez Gómez en la que reiteraba sus críticas, afirmaba pertenecer al partido liberal y que nunca había propuesto la desaparición de la Escuela. Defendía su derecho a criticar, porque lo que se enseñaba en la Preparatoria no era ciencia sino “farsa risible”.²³

Este diario pretendió echar abajo las réplicas de Porfirio Parra a través de una serie de artículos numerados, trece en total, a lo largo de febrero y marzo. En ellos insistía una y otra vez en que Porfirio Parra no contestaba a las impugnaciones de Vázquez Gómez e incluso le daba la razón sin querer. El periódico discutió mucho sobre las materias impartidas en la Preparatoria.²⁴

El País también criticó la educación preparatoria, pero durante febrero se dedicó a demostrar las debilidades en el pensamiento de positivistas y liberales, empezando por Benito Juárez, Martínez de Castro y Gabino Barreda. A los primeros imputó incompetencia filosófica, al segundo, además, añadía el cargo de ser repetidor de ideas ajenas, las de Augusto Comte. Barreda era un ignorante, un mal filósofo y odiaba la teología. Además, el diario presentó argumentos de prominentes liberales, como Ignacio Mariscal, actual secretario de Relaciones Exteriores, expresados muchos años atrás en contra de la educación positivista.²⁵ Resultaba evidente que

²² “La Escuela Nacional Preparatoria y un ‘Estudio crítico’ ”, *El Imparcial*, Miércoles 11 de marzo, p. 5.

²³ “La enseñanza secundaria en el Distrito Federal”, *El Tiempo*, jueves 6 de febrero, p. 1.

²⁴ El primero de los artículos fue “Polémica trascendental. Los Sres. Dres. Vázquez Gómez y Parra”, *El Tiempo*, miércoles 12 de febrero de 1908, p. 2 1; el último: “XIII. El Sr. Parra no contesta a la demostración teórica y práctica hecho por el Sr. Vázquez Gómez de la fuerza educativa de las lenguas clásicas, y por lo tocante al latín conviene en que posee ciertos dones (?) educativos”, *El Tiempo*, 24 de marzo de 1908, p. 1.

²⁵ “El valor de la filosofía de Juárez”, *El País*, 15 de febrero de 1908, p. 1; “El valor filosófico de Martínez de Castro”, *El País*, 16 de febrero de 1908, p. 1; “El pensamiento del gobierno de Juárez al fundar la Escuela Nacional Preparatoria”, *El País*, 18 de febrero de 1908, p. 1; “La contestación del Sr. Dr. Parra al Sr. Dr. Vázquez Gómez”, *El País*, 19 de febrero de 1908, p. 1; “El valor filosófico de Barreda”, *El País*, 20 de febrero de 1908, p. 1; “El proceso de la Preparatoria. Exhibición de una gran miseria dialéctica.- ¡Qué poca vergüenza!” , *El País*, 21 de febrero de

para los dos diarios católicos lo más molesto era el carácter antirreligioso del positivismo. “El positivismo es el ateísmo”, señalaba *El País* el 21 de marzo, y el más estúpido, porque pretende encumbrar un “Culto a la Humanidad”.²⁶ El debate, aunque tendía a ser de sordos y derivaba en insultos, expresaba de cierto modo una disputa, de más largo aliento, por las mentalidades.

Iniciaba el mes de marzo con un clima caliente en la prensa. Los temas educativos habrían seguido acaparando los debates, pero las declaraciones de Porfirio Díaz al periodista estadounidense James Creelman plantearon fuertes temas de política nacional. Los días 3 y 4 de marzo, *El Imparcial* dio a conocer las declaraciones del presidente en un reportaje publicado en los Estados Unidos. El punto más delicado era el anuncio de su supuesto retiro del poder.

Díaz aseguraba que su gobierno había preservado la forma republicana y democrática, guardando intacta “la teoría” y adoptando en la práctica una “política patriarcal”, “guiando y restringiendo las tendencias populares, con la fe ciega de que una paz forzosa permitiría la educación, que la industria y el comercio se desarrollarían”. “He esperado pacientemente porque llegue el día en que el pueblo de la República Mexicana esté preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección, sin peligro de revoluciones armadas, sin lesionar el crédito nacional y sin interferir con el progreso del país. Creo que, finalmente, ese día ha llegado.”²⁷

Creelman le comentó que una democracia no puede nacer y subsistir en un país sin clase media. Díaz estuvo de acuerdo. Ahora México tiene clase media, afirmó, es el “elemento activo” de la sociedad. Los ricos están muy ocupados por sus riquezas y dignidades para pensar en el bienestar general, mientras que los pobres son tan ignorantes que no tienen poder alguno. Es por tanto en la clase media, que proviene en cierta medida de los pobres y de los ricos, que es trabajadora y a cada paso se mejora, “en la que una democracia debe confiar y descansar para su progreso, a la que principalmente atañe la política y el mejoramiento general.”²⁸ Pero usted no tiene partido de oposición, repuso más adelante el reportero. Don Porfirio explicó que tenía tantos amigos que sus detractores eran mínimos, pero que en esta ocasión, una vez terminado su periodo

1908, p. 1; “El valor filosófico de Don Gabino Barreda”, *El País*, 22 de febrero de 1908, p. 1; “El plan de estudios de la preparatoria y los señores Mariscal, Montes y Baranda”, *El País*, 23 de febrero de 1908, p. 1; “Necesidad de suprimir el estudio de la lógica en la Escuela Nacional preparatoria”, *El País*, 26 de febrero de 1908, p. 1.; “Se exhibe de cuerpo entero la ignorancia de Barreda”, *El País*, 28 de febrero de 1908, p. 1.

²⁶ “El positivismo es el ateísmo”, editorial, *El País*, 21 de marzo de 1908, p. 1.

²⁷ *Entrevista Díaz-Creelman*, prólogo de José María Luján, traducción de Mario Julio del Campo, Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Documental n. 2, UNAM, México, 1963, p. 13.

²⁸ *Ibidem.*, p. 15.

presidencial, se retiraría. Para entonces (1910) “tendré ya ochenta años”. Quiero vivir, agregó, para aconsejar a quien gobierne. “Cruzó los brazos sobre el ancho pecho y habló con gran énfasis: Doy la bienvenida a cualquier partido opositor en la República Mexicana [...] Si aparece, lo consideraré como una bendición y no como un mal. Y si llega a hacerse fuerte, no para explotar sino para gobernar, lo sostendré y aconsejaré, y me olvidaré de mí mismo en la victoriosa inauguración de un gobierno completamente democrático en el país.”²⁹

Fuimos duros, a veces hasta la crueldad, pero la paz era necesaria, arguyó el dictador, resaltando enseguida los progresos económicos y educativos de su régimen. ¿Cuál de esas fuerzas (el ejército, la industria y la educación) es la mayor?, le preguntó el estadounidense. En el presente, “la escuela sin duda”, respondió el presidente. Espero ver que todos los ciudadanos reciban la misma instrucción, explicó, porque cuando los hombres leen las mismas cosas y piensan del mismo modo, están dispuestos a actuar de común acuerdo.³⁰

Justo Sierra y los jóvenes, que ya preparaban la manifestación en honor a Barreda, debieron sentirse fortalecidos al leer estas apreciaciones sobre la educación y el papel de las clases medias en el progreso político del país. De hecho, el presidente exponía, de manera sencilla, ideas que el ministro de Instrucción había estado desarrollando y defendiendo sistemáticamente. Los jóvenes pertenecían, en su mayoría, a la elite educada de clase media, socioeconómicamente alejados pero culturalmente cercanos a “los ricos” del porfiriato. El anhelo de sobresalir y prosperar intelectual y socialmente estaba en la base de sus acciones, combativas en ese inicio del año.

Henríquez Ureña, tan prolijo en sus recuerdos, no menciona nada respecto a la entrevista Díaz-Creelman. Según Isidro Fabela, tuvo un efecto importante en sus conciencias. Lo dicho por el dictador “causó verdadero asombro entre nosotros; lo recibimos como una revelación inusitada y llegamos a considerarlo como una conquista de los esfuerzos realizados por los opositores al régimen dictatorial que habían mantenido viva la llama del respeto a la Constitución durante los

²⁹ *Ibidem.*, p. 17.

³⁰ *Ibidem.*, p. 18.

treinta años del régimen del porfiriato.”³¹ Nemesio García Naranjo, en cambio, asegura que nadie se había creído el anuncio de que Díaz se retiraría del poder.³²

El Imparcial se tomó el trabajo de marcar la línea oficial. En sus editoriales de las semanas siguientes señaló que el presidente había preparado el triunfo de la forma democrática, pero que si la mayoría pedía que el gobernante continuara en el poder, éste debía aceptar la voluntad popular.³³ “La Nación ha convenido, por otra parte, en que el General Díaz seguirá siendo Presidente de la República por toda su vida.”³⁴ Sobre el asunto de los partidos, el diario advertía que el país no los había conocido; habían existido sólo facciones de ambiciosos y agitadores. Pero podrían existir en el porvenir, cuando se sentaran la bases del progreso económico.³⁵

En la prensa se opinó y discutió sobre la cuestión de los partidos políticos. Resurgió el reclamo de plenas libertades políticas. La mayoría de los diarios en la capital mostraron mucho escepticismo. *El Tiempo*, por ejemplo, decía que sonaba muy raro que se formaran partidos políticos, pues no creía que el país ya estuviera educado para tenerlos.³⁶ *La Patria* sostuvo un debate con periódicos de Guadalajara, los cuales consideraban que ya era tiempo de que se restauraran fielmente los principios liberales. En cambio, el diario del porfirista declarado Ireneo Paz, daba a entender que no había necesidad ni justificación de partidos, ya que el gobierno de Díaz era muy fuerte.³⁷

Así se alimentaban los ánimos en la opinión pública. Los debates sobre la educación y en torno de las declaraciones del general Díaz se desarrollaron de forma paralela por varios días. A partir de la manifestación en honor de Barreda, ambos asuntos confluyeron provocando la última escalada en la coyuntura de esa primavera de 1908.

³¹ Fragmento incluido en *Con certera visión: Isidro Fabela y su tiempo*, selección, introducción y nota preliminar de Fernando Serrano Migallón, México, FCE, p. 2000, p. 249.

³² García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, La serpiente emplumada 10, Factoría Ediciones, México, D. F., 1998, p. 3.

³³ “Democracia y reelección”, *El Imparcial*, 5 de marzo de 1908, pp. 1 y 8.

³⁴ “Declaraciones del Señor General Díaz”, *El Imparcial*, 7 de marzo de 1908, pp. 1 y 8.

³⁵ “Los partidos políticos en México. Evangelio de nuestra democracia”, *El Imparcial*, 11 de marzo de 1908, pp. 1 y 8.

³⁶ “Los partidos políticos”, *El Tiempo*, 7 de marzo de 1908, p. 1.

³⁷ “Los partidos políticos”, *La Patria*, 17 de marzo de 1908, p. 1.

II. En honor de Barreda

La organización

A finales de enero ya se había decidido realizar la manifestación. El plan fue organizado sobre todo por José María Lozano, Jesús T. Acevedo y Antonio Caso, aunque participaron todos los miembros de la Sociedad de Conferencias. La incorporación de Lozano fue fundamental, pues poseía amistades importantes y facilitó la inclusión de abogados muy activos políticamente, como Diódoro Batalla, Hipólito Olea y Rodolfo Reyes. Henríquez Ureña y sus compañeros se referían a ellos, y en general a muchos otros abogados litigantes, como “Belem” o “grupo Belem”, por su principal espacio de trabajo, los juzgados ubicados en la cárcel de ese nombre.

El plan atravesó muchas modificaciones. El 13 de febrero, Pedro explicaba a Max que la idea había surgido por “una súbita ocurrencia de Acevedo de llevar a cabo la manifestación, hace tiempo ideada, en honor de Barreda. No sé si te hablé ya de esto; pero es el caso que hablando del fracaso de la idea del año anterior en la escuela de Jurisprudencia, y considerando necesario hacer otra manifestación este año, Acevedo, Caso y yo, y hasta alguna vez el Polomarca Escobar, guardamos siempre en cartera, removiéndola de cuando en cuando, la idea de efectuarla. En vista de las recientes discusiones sobre la Preparatoria, Acevedo creyó bueno aprovechar la oportunidad, y hacer la manifestación con apoyo oficial.” Entonces Acevedo, Lozano y Caso tuvieron una entrevista con Justo Sierra.

Era “necesario hacer otra manifestación este año”, es decir, ir más allá del estudio y las conferencias, plantar banderas en el espacio público. En vista de la polémica sobre la Preparatoria, que había derivado en la diferenciación clara de dos bandos, los jóvenes quisieron incorporarse a la batalla en defensa de la Preparatoria y las directrices gubernamentales sobre la educación. Pedro añadía en qué consistía el plan:

Está casi convenido hacer la velada en esta forma, el 22 de marzo (el 21 es aniversario de Barreda): por la mañana un meeting en el Circo Orrin (como allí fueron los grandes meetings antiporfiristas, el solo nombre de Circo Orrin, en cuestión de meetings, es sugestivo), en el que hablará Lozano (tal vez me decida a hablar yo también); de ahí se partirá hacia algún lugar al que se pondrá el nombre de Barreda (alguna plaza.- D. Justo tratará de conseguirla); por la noche,

velada en Arbeu, con la orquesta del Conservatorio, discurso de Caso, poesía de Rafael López, y discursos de Justo Sierra y Díaz Mirón. Hoy saldrán Acevedo y Caso rumbo a Xalapa. El proyecto ha despertado grande admiración.

El evento se imaginaba desde el inicio como un golpe espectacular, incluyendo al ministro Justo Sierra y al célebre poeta Salvador Díaz Mirón. Se establecía una alianza concreta con Sierra, quien, preocupado por los ataques a la Preparatoria, ofrecía las facilidades materiales y oficiales para el caso (el teatro Arbeu, la orquesta del Conservatorio, dar el nombre de Barreda a una plaza) así como hacer el discurso principal por la noche. El ministro además se abrió a los jóvenes:

D. Justo estuvo haciendo muchas confesiones, involuntarias la mayor parte. Cuando se le dijo que hablara, objetó que por qué no acudían a otros positivistas: los Macedo, Parra, etc. Lozano replicó que esos eran impuros (Lozano es bastante íntimo de la casa de D. Justo), a lo cual el ministro observó que cuando se ha vivido en México, se han tenido que hacer tantas concesiones, que nadie puede a conciencia llamarse puro. Pero dijo que vería a D. Porfirio, aunque se exponía a que le dijera que tenía ganas de “hacer un discursito” y estaba seguro de exponerse a las críticas de los compañeros de gabinete (esto es sino por [el ministro de Relaciones Exteriores Ignacio] Mariscal). Confesó que D. Porfirio, ante los ataques de Vásquez Gómez (que es instrumento de los Jesuitas) y la proposición de que se dejara la enseñanza en manos de particulares, había vacilado. Sin embargo, se confía en hacer que D. Porfirio presida la velada. Observó por último D. Justo que Díaz Mirón era enemigo de los científicos (excepto de alguno que otro, como él); pero Lozano opinó que era tanto más significativo de la unanimidad de la opinión nacional sobre Barreda el que fuera a hablar un “jacobino reyista” que es además una gloria mexicana.

Era imposible realizar un evento como este sin el permiso del presidente; incluso había que solicitar su venia para realizar una manifestación por las calles o se corría el riesgo de la represión. Justo Sierra se comprometía a mucho más, que el mismo Díaz presidiera el acto por la noche. El ministro veía en la manifestación una oportunidad para incidir en el general Díaz y evitar sus “vacilaciones” en materia educativa. Por lo demás, ya se tenía en cuenta la presencia del “reyismo” (Díaz Mirón, José María Lozano y otros más). Se trataba de la política “mayor”, la que tenía que ver con las pugnas en torno a la conducción de los asuntos generales del país. Por último, Pedro confiaba a su hermano que Antonio Caso “echará el resto en lo que respecta a

afirmar el credo anti positivista”. Y él, de participar, hablaría sobre los sabios y los maestros en América.³⁸

Cuatro días después, el 17 de febrero, Pedro escribía a Alfonso Reyes que el asunto “fermentó inesperadamente”, “no tomará parte ningún positivista y se dirán *cosas* sobre el positivismo”. El programa ya estaba arreglado y era amplio:

El trabajo preparatorio será una multitud de convocatorias para los estudiantes de toda la República, y proclamas que se fijarán en las esquinas de la capital. El 22 por la mañana, la manifestación se iniciará con una ceremonia seria en el Patio Barreda de la Preparatoria, para la cual se desean versos de Alfonso Reyes, pues habrá discursos de Ricardo Gómez Robelo y de Pedro Henríquez Ureña; de ahí se encaminará la comitiva al memorable Circo Orrin, a celebrar un *meeting*, y de ahí a una rotonda o plazoleta a la que se dará el nombre de Barreda. Para estas ceremonias habrá muchos oradores: Olaguíbel, Valenti, Cravioto, Acevedo (?), Lozano, Batalla, García Naranjo y Teja Zabre en verso, etc. Se cuenta con *tuo fratello* Rodolfo; no sé si ya ha aceptado. Por la noche, velada en el Arbeu con presidencia de Porfirio Díaz, discurso de Caso, poesía de Rafael López, y discursos de don Justo y Díaz Mirón; orquesta del Conservatorio, adorno de laureles, severísimo... Todos estos detalles están ya arreglados, excepto Díaz Mirón, a quien irá a ver una comisión esta semana. Y para colmo se organiza un gran banquete a Díaz Mirón. ¡Figúrate qué programa! Ya hay gentes que tremen de entusiasmo. ¡Qué día! es la exclamación.

En una segunda entrevista con Sierra, el día 13, les comunicó que don Porfirio estaba anuente a hablar, dar el teatro, pagar los gastos, etc. Pedro añadía que más bien los gastos no, “porque los positivistas van a pagarlos, y el pato también”. Los jóvenes realizaron una colecta, en la que contribuyeron positivistas ilustres, empezando por Limantour, y ya contemplaban que no estarían muy satisfechos con lo que se diría ese día.

El asunto de fondo, lo que estaba en juego, era el papel que el Estado tenía y debía tener en materia de educación. Pedro explicaba el significado político de la manifestación:

Cierto que lo que los positivistas hacen es malo, pero lo juzgamos así porque queremos progresar y no retrogradar. Mientras tanto, no debe dejarse paso a la reacción. Figúrate que el doctor Vázquez Gómez es instrumento de la Compañía de Jesús, y que los jesuitas han intrigado tanto

³⁸ Pedro a Max, México, 13 de febrero de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 424-428.

con don Porfirio, que éste llegó a decirle a don Justo que veía algo digno de tomarse en consideración en la proposición de Vázquez Gómez de que la enseñanza preparatoria se dejara en manos de particulares; así, pensaba, se dedicaría ese dinero a la primaria. En manos de particulares es decir en manos de los curas; pues ¿qué particulares sino ellos, cuentan con medios de instalar colegios? La manifestación resulta más oportuna de lo que hubiéramos pensado. La vacilación de don Porfirio es cosa de erizar los cabellos, dice Caso.³⁹

Había mucho en juego y no se debía dejar que ganaran terreno las voces conservadoras en el criterio del dictador. Alfonso Reyes, que en unos meses cumpliría 19 años, que se encontraba en un momento personal complicado (entre el probable viaje a Nueva York, el distanciamiento con su padre, el amor por una joven y la idea de ingresar a Jurisprudencia en la ciudad de México), no simpatizó con la idea de la manifestación y se rehusó a participar. De sus argumentos, el que más interesa en este contexto es su reproche por realizar las cosas por conveniencia política. Le decía a Pedro:

Cuando uno se halla dentro de una corriente, no siempre se advierte el cambio de dirección. Los que estamos lejos sí lo advertimos. Ya veo que la cosa se hace de exhibición. ¡Qué bien estudiaríamos si no hubiera la *obligación* de estudiar para dar conferencias! En general soy enemigo de *estudiar para*. Se convierte el estudio en preparación de exámenes y el grupo de estudiantes serios acaba por ser un grupo de personas que buscan ocasión de hacer ruido. Pues sólo exceptúo a *Casito* de esta acusación. Los demás, en el fondo, obedecéis (como dices tú en correcto castellano) a la causa eficiente indicada, por mucho que la ocasional sea: el interés de la instrucción nacional, el porvenir, etc., etc., *etcétera*.⁴⁰

Aún más, consideraba que su participación lo involucraría con la política partidaria; “el asunto es delicado por la presencia de Lozano”, decía. Henríquez Ureña reaccionó sin miramientos a la carta “con ínfulas burguesas de persona sesuda y con excusas de niño que pretende conocer el mundo”. No dio importancia a su negativa. Había pensado que don Bernardo no vería bien su participación, pero por Max sabía que no era así. Había considerado que por no saber si Rodolfo se incorporaría, Alfonso vacilaría; pero “ya sabrás por Max que sí habla, y que ha influido con Díaz Mirón, ¡y que da 50 pesos!”

³⁹ Pedro a Alfonso, México, 17 de febrero de 1908, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, D. F., FCE, 2004, pp. 92-93.

⁴⁰ Alfonso a Pedro, Monterrey, 21 de febrero de 1908, *ibídem.*, pp. 94-95. Cursivas del original.

No tiene sentido, continuaba Pedro, que por estar lejos te das cuenta de las cosas, porque la manifestación la habíamos pensado hace mucho. Y si exceptúas a Caso, sábetete que “es el más guiado por el instinto entre todos nosotros, aunque por haberse enfrascado en el estudio es *también* el que más piensa en cosas elevadas; y en este caso, es el más entusiasmado”. “Necesitamos un poeta para la Escuela Nacional Preparatoria”, arguía y confiaba en que al final Alfonso aceptaría participar en “un día nacional e histórico”; pues se trata de una “lección y no de una exhibición (favor de leer la proclama)”. En la larga epístola abundan los comentarios crueles. “¿Alegas que todavía eres un *nene* para meterte en honduras? Pues de sobra se te ha dicho que cuentas con todo lo necesario, mental y materialmente, para lo que se te pide. Si no lo creyéramos así, se lo pediríamos a cualquier otro... de Belem, por ejemplo.” En la última línea, asentaba: “creo que serás consecuente con tu escuela y con tus amigos.”⁴¹

Alfonso reafirmó todas sus razones, pero confesó la verdad de fondo: de ir a la ciudad de México, ya no tendría fuerzas para salir de ahí. “A duras penas soporto la ausencia de una persona que tú sabes”. Le pedía a Pedro que no se burlara de su situación.⁴²

Reyes estaría presente “el día histórico”, pero no pronunciaría versos. Es interesante el violento enjuiciamiento de Pedro al amigo que había hecho una fuerte acusación al grupo. Pedro asumió el papel de verdugo, había que corregir con toda dureza al joven que, por lo demás, no se decidía a hacer el viaje a Nueva York que tanto bien le haría. No obstante, la crítica de Alfonso era importante, aunque por el entusiasmo de esos días no parecían advertirlo los jóvenes de la Sociedad de Conferencias. Las dimensiones y entretejidos políticos que iba adquiriendo la manifestación Barreda marcaban una orientación diferente a sus trabajos intelectuales. La cuestión era qué consecuencias tendría la política en la dinámica de estudio y discusión del grupo. Pero era el momento del combate, así lo sentían los jóvenes. Varios años más tarde, al recapitular en una carta al mismo Alfonso, Pedro lamentaría que la manifestación se hubiera llenado excesivamente de política.

Comenzó a circular la proclama: “A los liberales y a los estudiantes de la República”, con fecha 18 de febrero, firmada por la Junta Organizadora, Antonio Caso, José Ma. Lozano y Jesús T. Acevedo, quienes invitaban a la conmemoración “del ilustre educador Gabino Barreda, autor del esfuerzo más consciente y prolífico realizado hasta ahora en pro del advenimiento definitivo

⁴¹ Pedro a Alfonso, México, 24 de febrero de 1908, *Ibidem.*, pp. 96-103.

⁴² Alfonso a Pedro, Monterrey, 27 de febrero de 1908, *Ibidem.*, pp. 103-105.

del alma nacional.” No nos mueven sentimientos sectarios, aseguraban, sino el deber de agradecimiento a un hombre por sus esfuerzos en beneficio de la posteridad. La labor de Barreda consistió en completar “la campaña civilizadora iniciada por los hombres de la Reforma y la Restauración”. Después de esa lucha épica por nuestra segunda independencia, el problema fue “reintegrar la vida política, mental y material, de la patria mexicana”. Juárez, “el hombre símbolo de nuestras reivindicaciones”, tuvo la perspicacia de llamar “a quien, creyendo en el poder de la razón dueña de sí misma, confió firmemente en unir las voluntades individuales por la ciencia”.⁴³

El manifiesto no tenía el tono agresivo de aquel redactado en defensa de Gutiérrez Nájera, ni contenía algún matiz antipositivista. Había que tener cuidado, se tenía el apoyo oficial y la intención era sumar fuerzas, estudiantes, liberales y positivistas. Pero no se podía dejar de identificar al enemigo. La obra del maestro, se dice, “no se ha visto exenta de los ataques procedentes de cierto grupo social que desearía retroceder nuestro actual grado de civilización al punto en que se encontraba cuando se principió la obra de independización moral de la República”. El enemigo señalado de manera indirecta era el conservadurismo católico, cuyos órganos de propaganda y combate en la capital eran los diarios *El Tiempo* y *El País*. Así, se invitaba para el día 22 de marzo a un doble acto, una manifestación pública por la mañana y una velada solemne por la noche. Por último, se suplicaba “a los liberales y a los estudiantes de la República” que enviaran sus delegados y remitieran sus contribuciones a la Secretaría de la Junta, en el despacho de Jesús T. Acevedo.

El manifiesto fue comentado y reproducido por algunos periódicos y *La Revista Moderna de México* en los días siguientes. *El Imparcial* mostró su beneplácito el mismo 18 de febrero por la “Suntuosa velada en honor de Gabino Barreda”, dando además algunos detalles. Habría discursos de Justo Sierra y Antonio Caso; el decorado del Teatro Arbeu estaría a cargo del arquitecto Acevedo con la ayuda del pintor Gonzalo Argüelles Bringas, y se planeaba que tocara la Orquesta del Conservatorio Nacional dirigida por el maestro Carlos Meneses.⁴⁴ Dos días después, el periódico calificaba el proyecto de “correcto”, porque no había invectivas, ni siquiera

⁴³ “A los liberales y a los estudiantes de la República”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 349-350.

⁴⁴ “Suntuosa velada en honor de Gabino Barreda”, *El Imparcial*, martes 18 de febrero de 1908, p. 3.

se mencionaba a Vázquez Gómez. Pueden estar orgullosos el doctor Vázquez Gómez y los clericales, señalaba con ironía, pues sus ataques han dado frutos.⁴⁵

El sábado 29 de febrero se reunieron Lozano, Acevedo, Gómez Robelo y Pedro para hacer gestiones. Tenían reunido algún dinero y decidieron ir a Jalapa para hablar con Díaz Mirón. El domingo estuvieron con el poeta, quien les habló “sólo” seis horas. Se empeñó en no hablar en la velada por ser un acto semi académico y hallarse don Porfirio, pero accedió a figurar en el mitin. Pedro le relató a Alfonso la excursión de manera amplia y colorida.⁴⁶ Parecía que habían tenido éxito con el intempestivo poeta.

Max expresó dudas sobre la organización y la poca participación de los estados. Pedro respondió que era falso que faltara dirección y sentido práctico. “Todo lo contrario; no se ha dado un paso inútil, y esto hay que convenir que se le debe a José María Lozano, que es de hecho el director de la cosa. Todas las faltas se han debido a los demás, que en algunas citas no han acudido.” Agregaba que no importaba mucho la participación de los estados, pues lo relevante era el éxito en la capital.⁴⁷ Una semana más tarde detallaba el programa de la velada: “Himno nacional a la entrada de Don Porfirio; comienza el verdadero programa con la Marcha [de] Rakokzy de Berlioz; luego Caso; el Preludio de Loengrin [de Wagner]; Rafael; el Allegro triunfale de la 5ª. Sinfonía [de Beethoven]; y el discurso de D. Justo; volviendo a salir D. Porfirio entre el Himno.” Le insistía en que tratara de convencer a Alfonso para que estuviera ese día.⁴⁸

El 17 de marzo, a cinco días de la manifestación, Pedro le comunicaba a Max otros pormenores. Los oradores en la Preparatoria y en el mitin serían Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Teja Zabre, Pedro Henríquez Ureña, Alonso Olmedo, profesor de Química en la Escuela Normal, Alfonso Cravioto, Enrique Rodríguez Miramón, Hipólito Olea, el licenciado Rafael Zubarán, José María Lozano, Rodolfo Reyes, Diódoro Batalla y Salvador Díaz Mirón. El nombre del poeta seguía perfilando el momento apoteósico del mitin, aunque finalmente no asistiría. En la lista habían desaparecido otros nombres, de los cuales interesa señalar a Nemesio García Naranjo, que se negó a participar en la tribuna. Antirreyista de siempre, seguramente declinó al ver tantos oradores simpatizantes del gobernador de Nuevo León.

⁴⁵ “La juventud preparatoriana y las ideas liberales”, *El Imparcial*, jueves 20 de febrero de 1908, p. 4.

⁴⁶ Pedro a Max, México, 4 de marzo de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 438. Pedro a Alfonso Reyes, México, 4 de marzo de 1908, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, pp. 108-110.

⁴⁷ Pedro a Max, 6 de marzo de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 442.

⁴⁸ Pedro a Max, 12 de marzo de 1908, *Ibidem.*, p. 450-454. Los paréntesis son del editor.

No habría ceremonia para dar el nombre de Barreda a una plaza, continuaba Pedro, y para el mitin se había elegido el Teatro Virginia Fábregas, pues el Circo Orrín estaba ya comprometido y Lozano quería evitar el aspecto jacobino de ese lugar. Se extendía luego sobre los contenidos de los discursos, que se habían dejado al criterio individual de cada quien.

Sé que Ricardo piensa desarrollar casi exclusivamente la idea del culto de los héroes; Rodolfo propone hacer un examen rápido de todas las cuestiones del día, “un discurso a lo Juan A. Mateos”, dice él.⁴⁹ Batalla promete echar contra los clericales. Caso dice que hará una exposición de la actitud de la juventud actual: su actitud frente a la religión y la teología, que son cosas que no le interesan y que considera definitivamente relegadas a la historia; su actitud frente al positivismo, cuyos méritos se reconocen, sin tenérsele como el único ni el mejor credo filosófico; y su deseo de recibir todo lo nuevo; en cuanto a Barreda, elogiar su méritos como educador, su grande idea de formación del espíritu nacional y el gran valer histórico de su obra, que fue admirable para su época. De los demás nada sé; yo mismo nada he escrito todavía.⁵⁰

La mañana de ese 17 de marzo, los organizadores habían visto al general Díaz, quien “opinó que debía hacerse muy serio el meeting, sin personalismos [indirecta clara a la figura de Bernardo Reyes]. Cuentan que les dejó una grande impresión; ha leído los dos folletos [de Vázquez Gómez y Porfirio Parra] y opina con mucha penetración sobre el asunto.” Por último, Pedro indicaba que se reservarían las plateas en el Arbeu a la aristocracia política: el vicepresidente Ramón Corral, Justo Sierra, Núñez, los hermanos Pablo y Miguel Macedo, Emilio Pardo, Joaquín Casasús, Rodolfo Reyes, Santiago Méndez, los Fernández Castelló, Arrangoiz, Quijano, Ramón Prida, etc.⁵¹

La manifestación fue muy anunciada por *El Imparcial*. El 5 de marzo todavía informaba de cuatro eventos, el acto en la Preparatoria, la ceremonia de nombramiento de una plaza, un mitin y la velada.⁵² El día 12 publicaba el programa de la velada, coincidente con los datos que daba Pedro a Max.⁵³ El día 14, en una nota amplia en primera plana, el diario resaltaba la participación de la “Sociedad Mutualista de Empleados de Comercio”, de reciente creación. Explicaba que debido a “obstáculos de última hora”, no habría nombramiento de una plaza en las

⁴⁹ Juan Antonio Mateos (1831-1913), de trayectoria liberal, diputado porfirista en estos tiempos, conocido por sus discursos encendidos.

⁵⁰ El contenido del discurso de Antonio Caso fue poco reseñado en las crónicas periodísticas y no se halla en sus obras publicadas.

⁵¹ Pedro a Max, 17 de marzo de 1908, *Ibidem.*, pp. 454-456. Las últimas cláusulas entre paréntesis me pertenecen.

⁵² “En honor del fundador de la preparatoria”, *El Imparcial*, jueves 5 de marzo de 1908, p. 1.

⁵³ “Solemne velada en honor de Don Gabino Barreda”, *El Imparcial*, 12 de marzo de 1908, p. 1.

colonias nuevas del oriente de la ciudad. Los organizadores habían estado el día anterior en la Comandancia Militar, para entrevistarse con el general Eugenio Rascón y pedirle bandas militares para los tres actos, lo que les concedió. La entrada a los actos sería libre, a excepción de la velada en el Arbeu. Al final, el diario advertía que habría gendarmes suficientes y por ningún motivo se tolerarían “manifestaciones inconvenientes”.⁵⁴

El día anterior a los actos, *El Imparcial* informó de las adhesiones del Instituto Científico y el Colegio “Benito Juárez” del Estado de Hidalgo. El Dr. Antonio F. Alonso era el representante nombrado por el Ayuntamiento de San Luis Potosí. Días antes había llegado de Sinaloa una delegación de seis estudiantes presidida por Jesús Mocayo. El acaudalado minero de Chihuahua Manuel Gameros, que fue discípulo de Gabino Barreda, remitió a la Junta Organizadora la impresionante cantidad de mil pesos.⁵⁵ El día 22, el diario reforzaba la publicidad con el editorial “Apuntes. Don Gabino Barreda y la Juventud”, resaltando la importancia del educador contra los tiempos del “antiguo régimen” del seminario y el latín.⁵⁶

Otros periódicos trataron bien el plan de la manifestación. *La Patria*, por ejemplo, publicó noticias de los preparativos e hizo énfasis en que era labor de la “juventud pensadora”. Enlazó el proyecto con la Sociedad de Conferencias, recordando las realizadas el año pasado y adelantando que se efectuaría una segunda serie por esos días.⁵⁷

Por su parte y como era de esperar, los diarios católicos no sólo no dieron publicidad al proyecto, sino que ese fin de semana resaltaron que estudiantes de la Escuela Nacional de Ingeniería, a través de una carta a los periódicos, expresaban que la obra de Barreda no había sido tan importante y que actualmente era perjudicial. La Preparatoria, se quejaban los 66 firmantes, no prepara para una carrera técnica como la Ingeniería.⁵⁸ En respuesta, según *El Imparcial* del día 22, una “nutridísima” comisión de alumnos de esa escuela acudió a sus instalaciones para pedir que se publicara un desmentido. Estaban indignados por el “descabellado

⁵⁴ “Gran manifestación del próximo día 22”, *El Imparcial*, 14 de marzo de 1908, p. 1.

⁵⁵ “La velada en honor del Maestro don Gabino Barreda”, *El Imparcial*, 21 de marzo de 1908, p. 1.

⁵⁶ “Apuntes. Don Gabino Barreda y la Juventud”, *El Imparcial*, 22 de marzo de 1908, n. 4 191, p. 1.

⁵⁷ “El maestro Barreda y la Juventud”, *La Patria*, viernes 21 de febrero de 1908, p. 1.

⁵⁸ “Los estudiantes de la Escuela Nacional de Ingenieros, y la algarada de Mañana”, *El País*, 21 de marzo de 1908, p. 1; “La manifestación á Barreda y los estudiantes de ingenieros”, *El Tiempo*, 22 de marzo de 1908, p. 2.

artículo” en que se censuraba la labor de Barreda, y el cual, afirmaban, muchos habían firmado contra sus convicciones.⁵⁹

El día 22, *El País* amanecía con su primera plana llena de artículos contra el positivismo: “A propósito de la algarada de hoy. El positivismo condenado por eminentes pensadores, no católicos mejicanos y extranjeros.” En cinco textos presentaba las opiniones, algunas muy extemporáneas, de importantes personajes. De Ezequiel Montes, ex secretario de Justicia e Instrucción Pública, su posición (1881) en contra de la eliminación de la filosofía en la educación secundaria. De Ignacio Mariscal, Ministro de Relaciones, un documento oficial de 1880. De José María Vigil, ideas de su *Revista Filosófica* (1883-1884) contra el positivismo y su propósito de relegar “la idea de Dios al mundo de las quimeras”. Para reforzar tales críticas, *El País* incluía apreciaciones de un profesor de la Sociedad Real de Londres, que había demostrado la ignorancia de Comte sobre las ciencias físicas, así como de Mr. Guizot, ex ministro francés, que juzgaba la obra de Comte incoherente y confusa.⁶⁰

Todo estaba dispuesto para el día “nacional e histórico”. Parecía haber dos bandos claramente diferenciados, pero el desarrollo de los acontecimientos ese día y los siguientes complicaría más las cosas.

La manifestación

El domingo 22 de marzo, Pedro fue temprano a la estación de trenes para recibir a Max y Alfonso que venían de Monterrey. Fueron a la Escuela Nacional Preparatoria, donde estaba programado el primer acto a las 8 y media. Ya hablaba Ricardo Gómez Robelo. Tocó el turno a Pedro y luego a Alfonso Teja Zabre. Los discursos, dice Henríquez Ureña en sus *Memorias*, fueron literarios, conmemorativos y con algunas críticas incidentales al positivismo. Contestó el director de la Escuela, Porfirio Parra, muy emocionado. Y no era para menos, pues veía apoyada su propia batalla en defensa de la institución. La manifestación salió de San Ildefonso, pasó por Catedral y se enfiló por Plateros y San Francisco (actual calle Madero), donde, según la crónica de *El*

⁵⁹ “Una contraprotesta. Los estudiantes de la Escuela de Ingeniería”, *El Imparcial*, domingo 22 de marzo de 1908, p. 5.

⁶⁰ Los cinco textos agrupados bajo el título a toda plana: “A propósito de la algarada de hoy. El positivismo condenado por eminentes pensadores, no católicos mejicanos y extranjeros”, *El País*, 22 de marzo de 1908, p. 1.

Imparcial, las localidades fueron tomadas por asalto. Llegaron finalmente al Teatro Virginia Fábregas, en la calle de San Andrés (hoy Donceles), a las diez de la mañana. Había mucho público. Los primeros discursos corrieron con poca suerte.

Habló Enrique Rodríguez Miramón, brevemente; le siguieron, como representantes de diversas sociedades, Alberto Cañas, el profesor Adolfo Olmedo y el Dr. Alonso, de San Luis Potosí: Cañas, que habló poco, fue aplaudido por cortesía; pero el público allí reunido era despierto y mordaz, y los otros dos desconocidos oradores recibieron burlas: el Dr. Alonso, porque se equivocaba en las pronunciaciones; Olmedo, porque leía lentamente y en voz baja; alguien del público le gritó: “No se oye, padre”. La burla debía alcanzar á uno de nuestros compañeros, Rubén Valenti, a quien el temor hizo cometer varios dislates de gesto y voz.

Los mejores aplausos fueron para Hipólito Olea, por sus ataques al clero, y para una “brillantísima oración” de Alfonso Cravioto dedicada a Barreda.

Pero el *clou* de la fiesta lo constituyeron dos sensacionales discursos políticos, en los cuales Barreda figuró poco, pero recibieron duros ataques sus discípulos como falsificadores de su obra: los discursos de Rodolfo Reyes, hijo del General, y de Diódoro Batalla. Si el de Rodolfo se caracterizó por sus atrevidos ataques á la situación política del país, el de Batalla brilló por una serie de ironías, toscas ó finas, dirigidas á todas partes: al régimen colonial español, al clero, á los positivistas, á la política financiera... El público entró en delirio con estos discursos.

El mitin terminó a la una y media de la tarde. Después de comer, Pedro y Max fueron al Bosque de Chapultepec. Estuvieron bastante tiempo ahí, paseando y conversando. Por la noche se realizó la velada en el Teatro Arbeu, presidida por el general Díaz, que llegó con sus ministros de Hacienda y de Instrucción Pública. Pedro y Max formaron parte de la comisión designada para recibir al presidente. “A la hora justa”, relata Max, “llegó el carruaje presidencial. Porfirio Díaz descendió pausadamente. Sus facciones eran marcadamente indígenas. Su porte, severo y majestuoso, digno de su alta jerarquía. Nos tendió la mano mientras en su rostro sonrosado se esbozaba una sonrisa de cortesía y avanzó a nuestro lado, seguido de su séquito.”⁶¹

En la “velada académica”, dice Pedro, Antonio Caso dio un “discurso largo y fácil, pero no profundo”. Siguió el número poético de Rafael López y un memorable discurso de Justo Sierra; “el propio Ministro de Instrucción Pública hacía la crítica del positivismo, sin olvidar

⁶¹ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud)”, en Pedro Henríquez Ureña, *Retratos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998, p. 41.

hacer mención de Nietzsche.” Al día siguiente, señala el dominicano, “la prensa toda se lanzó en contra nuestra. Sólo quedó ilesa la fiesta de la noche, y uno que otro discurso de la mañana: el de Cravioto, por ejemplo.”⁶²

En sus discursos, los jóvenes de la Sociedad de Conferencias (Pedro, Ricardo, Cravioto y Valenti) intentaron introducir las nuevas ideas filosóficas que ya habían dejado atrás al positivismo. Pero esto fue ignorado en la prensa, ya que lo que atrajo la atención fueron los asuntos políticos, abordados de manera candente por los abogados, jóvenes aún pero pertenecientes a una generación anterior y con mayor estatus público.

En la participación de Cravioto, que tanto gustó a Pedro y que en efecto fue la que más se elogió en la prensa, resonaron los motivos griegos y no faltaron Nietzsche y Bergson. De Barreda, decía que no era de los personajes que se imponen por una leyenda heroica. “Conquistador glorioso que no supo jamás de estrago y de matanza, luchador indomable que repudió la cólera de Aquiles, es una gran silencioso y es un gran tranquilo. Su vida se desenvuelve armoniosa y fecunda, y se destaca con la serena grandiosidad de un templo griego.” Su labor fue la de un reformador entre reformadores. Si Juárez “nos redimió del Imperio, suprimiendo a Maximiliano”, Barreda “nos redimió de la escolástica, suprimiendo la metafísica. El uno libertó el cuerpo a la nación; el otro le libertó el espíritu.” No fue fácil, decía Cravioto, incluso Juárez vacilaba y Lerdo desconfiaba del proyecto de Barreda, y ni qué decir de la “intolerancia fanática” del clero. La obra de Barreda había sido labor de libertad dentro de la historia de las ideas.

Educación: ¡Libertad! Doctrina que se desprende de todos los hombres guías que en el frenesí del genio volvieron hacia la humanidad sus ojos providentes, marcando vientos y trazando rumbos, desde Sócrates heroico, genitor de la maiéutica y partero de almas, desde Platón amable, escanciador de hidromieles y dilecto de las gracias, hasta Bergson idealista y ensoñador, que levanta sobre el estrépito industrial de nuestro siglo prosaico, la audacia de un lirismo contemplativo “en que canta el metal sonoro de un fuerte pensamiento”. Educación: ¡libertad! He aquí la base misma de la obra de Barreda.

La ocasión tocó la vena política de Cravioto, así que no podía dejar de referirse a la situación política y las declaraciones de Díaz.

⁶² *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 119-121.

y ahora que las recientes declaraciones del dueño de la República han puesto, una vez más, ante los ojos expectantes de la inquietud nacional, el formidable porvenir de la patria; ahora que las pasiones se esperezan, y la ambición asecha, y el futuro se imprecisa, mientras el tiempo afila su guadaña, y las horas transcurren implacables; ahora más que nunca, apretad sobre vuestro corazón y haced médula de vuestro pensamiento, la incomparable divisa de Barreda: Amor, Orden y Progreso.⁶³

En su turno, Henríquez Ureña presentó de manera inflamada a la juventud “que ensaya su vuelo orientándose hacia los nuevos rumbos del pensamiento”, que viene a exultar la memoria de su fundador, “el instaurador de la enseñanza racional en México.” Como ya había anunciado a Max, se ocupó de definir a Gabino Barreda como uno de los pocos hombres de ciencia y maestros en la América española. No fue un sabio, como Andrés Bello, Rufino José Cuervo, Calvo u Hostos, que están en la cumbre casi desierta del saber hispanoamericano. No hizo una grande obra original, pero de él “surgió en cambio la labor de influencia directa, la obra viva y activa de la educación nacional, formadora de razón y conciencia.”

Para el espíritu de todo verdadero educador, la ciencia es siempre “una virtualidad que tiende a la acción”, y la ciencia, quiero decir, el conjunto de todo saber fecundo y amplio, ha debido aparecer, a los ojos de los grandes maestros que han renovado la enseñanza en América, como el medio más positivo de regenerar a estas sociedades en donde, como decía Hostos, “todas las revoluciones se habían ensayado, menos la única revolución que podía devolverles la salud”.

La educación, la única revolución que podía devolver la salud a los países latinoamericanos, idea hostoniana en plena consonancia con la ideología de Justo Sierra. Henríquez Ureña esbozó, como otros oradores, el valor histórico de Barreda, al lado de los reformadores liberales después de la intervención francesa: “La República Mexicana acababa de atravesar, salvada por el milagroso empeño, la más grave crisis de su historia. Urgía reunir todas las energías dispersas y organizar de nuevo, pero no ya en la inestable e insegura forma de antes, la vida libre del país.” México encontró en los hombres de la Reforma aquellos capaces de realizar su “proceso de intelección, mediante el cual un estado recién surgido a la independencia se da cuenta de su razón de existir y aspira a crearse un ideal que norme su desarrollo autónomo”. De esta manera, al movimiento liberal “debía corresponder la implantación de un sistema

⁶³ Alocución de Alfonso Cravioto pronunciada en el *meeting* del Teatro Virginia Fábregas, en *Revista Moderna de México*, abril de 1908, pp. 53-54. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 351-353.

pedagógico propicio al libre desarrollo de la razón. Barreda hizo más: implantó –ya lo sabéis– la instrucción científica.”

Como Cravioto, Henríquez Ureña llamó a no reprochar a Barreda su positivismo, pero abundó más en las razones: “Si la poderosa construcción de Comte, si la fecundísima labor de los pensadores ingleses, pertenecen hoy a la historia, en la época de Barreda eran movimientos de vida y de acción; y en esos movimiento adquiriría su vida propia la pedagogía moderna, que ningún otro sistema filosófico del siglo había sido capaz de desarrollar.” Por eso, “en el futuro próximo, cuando los libres vientos del Norte hayan agitado las tierras nuevas trayendo el saludable pragmatismo de William James, el victorioso individualismo de Elena Key, cuando hayáis visto a la cultura superior fundar su asiento en la Universidad y trabajéis por despertar, removiéndolo, el subsuelo social, no le olvidaréis”, porque Barreda fue “el sembrador que abrió el primer surco y arrojó las primeras semillas.”⁶⁴

Los jóvenes querían ubicar a Barreda en el sitio histórico que le correspondía, pero para avanzar más allá del positivismo. La juventud intelectual, en voz de Henríquez Ureña, tenía deseos de renovación del conocimiento. Recordaba la orientación práctica, la función social que cumplió Barreda y el positivismo, orientación similar a la que se sentía llamada a realizar esta juventud, en condiciones diferentes, cuando se fundara la Universidad. Este era el énfasis personal que daba el dominicano a la manifestación. Es sintomático de sus preocupaciones que eligiera aludir a la creación de la Universidad, tema que no había sido muy relevante desde que Justo Sierra, con reservas, hiciera el anuncio. Su discurso, el de Cravioto y los atisbos que conocemos de lo dicho por los otros miembros de la Sociedad de Conferencias prueban que, dentro del maremágnum en que se convirtió la manifestación Barreda, palpataba el espíritu del grupo corto, de los estudios griegos y la filosofía moderna.

El 23 de marzo, en primera plana, *El Imparcial* resaltó que la “juventud positivista” había honrado a Barreda, pero su crónica no fue benévola. Sin extenderse, refirió los discursos en la Preparatoria, señalando que Henríquez Ureña (cuyo nombre omite) “no perteneció a la Preparatoria ni aún es mexicano”. En el mitin, que presidió José María Lozano, el asunto fue más serio, decía el diario, pues se trataba de oradores de cierta reputación. Hipólito Olea, pasante de

⁶⁴ “Alocución”, en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria de México, en la manifestación conmemorativa del educador D. Gabino Barreda, *Obras completas. Tomo 1*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 243-246.

Derecho, habló con vehemencia y facilidad, atacando al clero, a las “fatídicas siluetas de los hombres de bonete”, y se retiró con modestia y visiblemente cansado. Cuando habló Rubén Valenti, desfilaron Sócrates, Nezahualcóyotl y hubo aplausos durante las pausas porque el auditorio creía que ya había terminado.

El discurso de mayor repercusión fue el de Rodolfo Reyes. Los puntos principales de controversia serían: el ataque al grupo de los científicos, la crítica a la política de conciliación con la Iglesia católica y el reclamo por la concesión del gobierno mexicano para que buques norteamericanos hicieran ejercicios militares en la Bahía Magdalena. Esto último, desde que se diera a conocer en diciembre de 1907, había causado molestia, pues se temía que fuera el primer paso para que los Estados Unidos se apoderaran de la zona.

Rodolfo fue recibido con aplausos y se guardó silencio para recoger sus palabras, dice *El Imparcial*, reprobando enseguida que hubiera utilizado el nombre de Barreda para hablar de política. El mitin terminó con Diódoro Batalla, quien quiso dejar en claro que Barreda no había sido un financiero o empresario (referencia a los “científicos”), sino filósofo y hombre de ciencia.⁶⁵ *El Imparcial*, en otra nota, trató someramente la velada y el discurso de Justo Sierra,⁶⁶ mismo que publicó íntegro al día siguiente.

Los diarios católicos llamaron la atención sobre la incongruencia de un acto en honor de Barreda en que se criticaba al positivismo. “Salió el tiro por la culata”, señaló *El País*. Hubo insultos y gritos contra el positivismo, los “científicos”, el gobierno y el clero. Al final no se supo cuál fue el principio que sostenían los oradores. Los detalles son interesantes, ya que muchos discursos no se conservaron íntegros. Sobre el acto en la Preparatoria, el diario expone:

Ricardo Gómez Robelo, comenzó hablando de los dos “partidos”, el clerical y el positivista, y dijo que los dos, le eran igualmente hostiles al elemento joven de nuestra sociedad (falsedad, garrafal porque á lo que somos hostiles es á la enseñanza absurda).

Llamó la atención de los garzones, ahora que se había dado el toque de alarma, para defender el Plantel en que recibieron las primeras enseñanzas. Convino en que el actual Plan de Estudios es defectuoso; pero que en aquellos tiempos, constituyó un adelanto para la Patria (No puede ser progreso un plan absurdo, basado en el contrasentido.)

⁶⁵ “La juventud positivista honra a Barreda”, *El Imparcial*, 23 de marzo de 1908, p. 1.

⁶⁶ “La velada en el Teatro Arbeu”, *El Imparcial*, 23 de marzo de 1908, p. 1.

Habló de los partidos sectarios, principalmente del positivista y que se ha constituido ahora en director de la nación. Fue pues un “discurso” antipositivista; luego fué contra Barreda. Así se glorifica!

Alfonso Teja Zabre alabó la labor de Gabino Barreda “con frase mesurada y correcta. Fué uno de los oradores, que estuvo dentro de los límites de la corrección y la decencia. No hubo cosa notable en el discurso de este joven.” Enseguida el diario señala que Pedro Max Ureña (sic):

En un idioma que no conocemos, y que está muy lejos de ser el español, habló de la instrucción “científica” implantada por Barreda en la Escuela Preparatoria. Consideró á Barreda como uno de los sabios más grandes del mundo. / Su perorata resultó sumamente deshilachada. Su frase cansada y el conjunto soporífero en alto grado.

En el Teatro Fábregas, Alfonso Cravioto causó buena impresión: “El discurso de este joven, no era para una manifestación de esa naturaleza. Estaba muy bien escrito. Todas sus cláusulas resultaron sonoras. Habló de la ciencia, y pasó como por ascuas sobre la figura de Barreda. Fué el segundo de los oradores que estuvo correcto.” Habló después Rodríguez Miramón, quien insultó a los estudiantes de Ingeniería de la contraprotesta. Los representantes de San Luis Potosí se mostraron muy cansados al hablar, por lo que se levantaron protestas en el público.

Hipólito Olea, “vulgarísimo”, profirió insultos al por mayor, sin que se salvara *El País*, donde trabajó como redactor hasta fue despedido, según el mismo diario. Al hablar de Vázquez Gómez, pidió “que no entrara a los umbrales de la Constitución, que se detuviera en las antecámaras mal olientes de los hospitales, á inspeccionar laringes purulentas y oídos enfermos.” Por su parte, Rubén Valenti provocó “la hilaridad en el auditorio por la manera de recitar. Parece actor cómico. Se paseaba en el escenario como si estuviera representando. Se declaró enemigo del Positivismo y fué á glorificar á un positivista! Sus inflexiones de voz, son verdaderamente cómicas, y por lo mismo, produjeron hilaridad en los oyentes.” El señor Cañas tomó la palabra para decir únicamente “que la Preparatoria es un gran vientre en constante gestación”. Luego tocó el turno a Rodolfo Reyes y terminó Diódoro Batalla con más insultos, incluyendo a Comte, de quien dijo había que llevarlo a un manicomio, junto con Agustín Aragón.

Las respuestas al discurso de Rodolfo se centrarían en la reseña hecha por *El País*, así que se impone la cita larga.

Tuvo frases duras, crueles contra el partido “científico.” Dijo que éste había tenido la “vilantez” de pedir en un 18 de julio la reconciliación de los partidos. [Rodolfo se refería a un discurso de 1902 de Rosendo Pineda, en la ceremonia oficial en honor de Benito Juárez, cuando había expresado que el gobierno ya no sostenía un espíritu de intolerancia y que el deber del Estado era respetar y tratar de conciliar las diferentes posiciones políticas]

Yo, agrega, como no tengo las rodillas llenas de polvo y ni la frente manchada de vergüenza, vengo a hablar claro y á sentir hondo. El partido científico, ese que proclama la quietud (entiéndase la paz)* está esperando el momento propicio para escalar como un ladrón el poder de la nación. Dijo que había que estar alerta, ahora que el caudillo había dicho que había llegado la hora en que se retiraría del poder. Aconsejó que era tiempo ya de que vibraran los espíritus, para apoyar al partido que desea el engrandecimiento verdadero de la patria. [Rodolfo manifestaba su posición y la de ese partido que era indudablemente el de su padre]

Dijo que él comprendía que el Plan de Estudios de la Preparatoria era defectuoso, que el Ministro de Instrucción, honrado y bueno, se había dejado sorprender por un grupo de sectarios mal intencionados. [Este dardo contra el ministro Sierra, al parecer, no causó mayor problema]

Añadió que de la Preparatoria, no salían formados los caracteres. Como prueba de ello adujo que una infinidad de actos reprobables ha cometido en estos últimos tiempos nuestro Gobierno y no hay quien proteste. Ejemplo de esto, la Bahía de la Magdalena, en donde la Escuadra Blanca está haciendo ejercicios y maniobras. Escuadra que en opinión de Roosevelt, es la Paloma Blanca, mensajera de la Paz, pero que él veía en ella un buitre de entrañas más negras, que sus negras calderas.

El orador siguió hablando, de la falta de carácter y de iniciativa personal, que hay en todo el país.⁶⁷

Menos espectacular que la posición de *El País*, pero también agresiva fue la cobertura de *El Tiempo*. Lo que más criticaba a los jóvenes fue que ignoraran quién era Barreda. Hacía un año se les escuchaba hablar contra él y ahora pretendían glorificarlo. En la Preparatoria, dice, “hablaron (?) Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Teja y Pedro Enríquez [sic.] Ureña, que ni es mexicano, ni alumno de la Preparatoria, ni sabe, como tampoco sus compañeros, quién fue Barreda.” En el Teatro Fábregas, “Olea y Valenti, causaron risa. El primero por sus insultos

* Este paréntesis es del original, los demás son míos.

⁶⁷ “La manifestación proyectada en honor de Barreda, resultó en oprobio a Barreda”, *El País*, 23 de marzo de 1908, p. 1.

vulgares y soeces; el segundo, por haberse declarado enemigo del Positivismo, al mismo tiempo que glorificaba (?) á un positivista.” Acusaba a Rodolfo y a Diódoro Batalla por falta de seriedad, ya que siendo abogados no deberían entrometerse en manifestaciones estudiantiles. En resumen, concluía *El Tiempo*, los barredistas acabaron de derrumbar el pedestal donde creían que se encontraba el fundador de la Preparatoria.⁶⁸

Respecto a la velada en el Arbeau, *El Tiempo* decía que la presencia del presidente Díaz impedía que se ocupara de los discursos. Diferente actitud tomó *El País*, que criticó duramente el discurso de Justo Sierra. La manifestación fue un fiasco, decía el periódico, “hasta la velada en Arbeau, bajo la presidencia del señor General Díaz”. El discurso del ministro de Instrucción fue insignificante, lleno de falsedades y lugares comunes. Justo Sierra pretende sustituir la religión por el culto, no a la humanidad como quería Comte, sino a la patria. Conocemos, asestaba *El País*, “la infecundia de su espíritu”.⁶⁹

En días posteriores, *El País* siguió rebatiendo la posición oficial, el discurso de Sierra y la supuesta superioridad de la escuela laica. También criticó el trato diferenciado de *El Imparcial*, que destrozaba a los oradores “que no son ministros”. Entre todo esto, mencionaba que *El Heraldo*, refiriéndose a Henríquez Ureña, había dicho que en la Preparatoria habló “un jamaiquino ó haitiano selvático”.⁷⁰

La Patria, a través de la pluma de Carlos González Peña, salió en defensa de Henríquez Ureña. En un artículo del 28 de marzo, señalaba que *El Imparcial*, que había anunciado la manifestación con bombo, al ver criticadas sus posiciones se lanzó contra los jóvenes. “Sin ocuparnos en todos los caso”, dice, “nos limitaremos, simplemente á señalar el de Pedro Henríquez Ureña, distinguido escritor dominicano que forma en las filas de nuestra intelectualidad”. Se ha dicho que es haitiano, que no sabe gramática y así intenta ocuparse de Gabino Barreda, como si los hombres ilustres no debieran juzgarse por extranjeros. Henríquez Ureña, apuntaba, puede darles lecciones de gramática. Este artículo y otros más de *La Patria* constituyen la cobertura más positiva de la manifestación. El 24 de marzo resaltaba que la

⁶⁸ “La manifestación del domingo”, *El Tiempo*, 24 de marzo de 1908, p. 2.

⁶⁹ “El fiasco de la manifestación en honor de Barreda. El discurso de don Justo Sierra en el teatro Arbeau”, *El País*, 24 de marzo de 1908, p.1.

⁷⁰ Esto en el artículo “El fiasco de la manifestación en honor de Barreda” del martes 25 de marzo de 1908, p. 1. *El Heraldo* era otra empresa de Rafael Reyes Spíndola. Pedro Henríquez Ureña dice: “Yo no recibí sino una grosería de El Heraldo, edición vespertina de El Imparcial.” *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 121.

juventud positivista había aclamado al filósofo y conjurado el clericalismo. El 25 aseguraba que la juventud estaba en marcha y había que abrirle paso.⁷¹

El asunto de las declaraciones de Rodolfo Reyes explotó rápido. El 24 de marzo *El Imparcial* publicó una carta de Rosendo Pineda, en la que el subsecretario de Gobernación y brazo ejecutor de Díaz en la Cámara de Diputados respondía a “un orador” que, según *El País* y personas de su confianza, atacaba como era su costumbre al grupo científico y consideraba vil la política de conciliación que Pineda había elogiado. La Reforma es ya nuestro derecho, afirmaba Rosendo Pineda; el espíritu de concordia del presidente no significa “conciliación de los partidos”. Reclamaba que si el orador fue al meeting para “hablar muy claro y sentir muy hondo”, “¿por qué perdió la brillantísima oportunidad de censurar ó acusar al Jefe del Estado, responsable de esa ‘nefanda política’, que le permite hacer en paz su propaganda filial? ¿O es que los redentores del porvenir también están de rodillas entre bastidores, y sólo ante las muchedumbres, por farsa, se ostentan independientes y altos de carácter?”* Pineda decía no representar al grupo “científico”, “porque no existe como partido político. Es una invención útil solamente para servir ciertos propósitos político-personales, bien conocidos de todo el mundo.”⁷² El golpe del diputado fue certero: Señalaba a Rodolfo como avanzada del general Bernardo Reyes, asentando además que si quería atacarlos necesariamente atacaba al presidente.

El día 25, en editorial, *El Imparcial* consideraba lo sucedido en la manifestación como previsible, dada la presencia de Diódoro Batalla y Rodolfo Reyes, voces de desunión y rebeldía, que querían mostrar “su programa”. Cómo no hemos de desear con toda el alma, exclamaba el diario de Reyes Espíndola, la reelección del general Díaz.⁷³

El mismo día *El Tiempo* presentaba una carta de Rodolfo donde trataba de aclarar el sentido de sus palabras, que según él no habían sido de ataque a la administración pública. “Yo dije, y repito que el mismo grupo de políticos de camarilla que en nombre de un falso positivismo pretenden inyectar en la juventud la degeneración del carácter, fué el que tuvo la avilantez (...) de predicar la conciliación ante la tumba del Gran Juárez.” Además, no era la primera vez que

⁷¹ “Honor a Barreda”, *La Patria*, 24 de marzo de 1908, p. 1; “La manifestación en honor de Barreda”, 25 de marzo de 1908, p. 1.

* Tal vez no está de más llamar la atención sobre la involuntaria aceptación de sometimiento que implicaba decir que los reyesistas “también” estaban de rodillas entre bastidores ante Díaz.

⁷² “Carta del Señor Diputado Don Rosendo Pineda”, *El Imparcial*, martes 24 de marzo de 1908, pp. 1 y 5.

⁷³ “Politicastros y vociferadores. ¡Cómo no hemos de desear con toda el alma la reelección del Gral. Díaz”, miércoles 25 de marzo, pp. 1 y 8.

criticaba “los arreglos y transacción con el clero”. Al referirse a Díaz, consideraba que “un sinnúmero de cosas excepcionales ha debido concederle la nación en vista de su propia personalidad y de la época de transición por la que hemos atravesado”. Atacaba las ideas de pretendida conciliación, pero no los actos del presidente, de quien era adepto. No representaba a ningún partido, no hacía propaganda personalista, “ni menos revolucionaria (palabra arcaica y estúpida en el seno de nuestra sociedad) sino que expreso mis personalísimas convicciones de liberal extremista.”

En el artículo se incluía una entrevista con Rodolfo. No acepto, decía, relación con nadie, “ni menos con quien veladamente señala el señor Pineda” (su padre don Bernardo), quien tiene sus propias ideas, con las que a veces disiento porque he tratado de formarme una personalidad propia.⁷⁴ Rodolfo en realidad no zanjaba el asunto, antes bien, atizaba el fuego.

El Imparcial y *El Heraldo* señalaron que Rodolfo se había retractado. En otra entrevista, publicada el día 27 por *El Tiempo*, replicaba Reyes que lo que hizo fue el mentís correspondiente, porque es falso que haya criticado al gobierno de Díaz. Acerca de que había negado sus propias palabras, agregaba: “Con respecto á que no sea la primera vez que digo yo que no dije lo que dije, hay que aclarar conceptos: no, no es la primera vez que digo que no dije ‘lo que dice que digo’ ‘El Imparcial’, ya que calumniar, es en él el pan de cada día.” Lo que pasa, concluyó, es que no se nos quiere permitir manifestarnos como hombres libres.⁷⁵

En editorial de ese día, *El Imparcial* comentó la carta de Rodolfo (sin publicarla). La futura política nacional “según la proclama un jacobino”, afirmaba el diario, consistiría en romper la política de conciliación del presidente Díaz, a quien según el mismo sujeto se han concedido “cosas excepcionales”. Se trataría, entonces de una política de violencias y persecuciones, se destruiría la paz. Por ello es que debe prevalecer la orientación del presidente Díaz.⁷⁶

Por su parte, *El País* dio cabida a la posición de los estudiantes de Ingeniería y atacó el discurso de Justo Sierra. En cuanto a lo primero, publicó un par de cartas que los estudiantes le remitieron para reiterar sus críticas, su demanda de reformar los planes de estudios y defenderse

⁷⁴ “Los señores licenciados Pineda y Reyes. Interesantes cartas, una entrevista”, *El Tiempo*, 25 de marzo de 1908, p. 2.

⁷⁵ “El licenciado Rodolfo Reyes rechaza los cargos que le han hecho”, *El Tiempo*, 27 de marzo de 1908, p. 2.

⁷⁶ “El Gobierno y las leyes de Reforma”, *El Imparcial*, 27 de marzo de 1908, pp. 1 y 8.

de los ataques de *El Imparcial*.⁷⁷ El aspecto más punzante fue su insistencia contra Sierra. Durante el mes de abril, el periódico presentó una serie de artículos para establecer los errores de juicio del ministro, señalando que incluso iba en contra de las ideas de Barreda sobre la educación. Los argumentos no variaban mucho, pero marcaban una línea claramente anti Sierra y anti gobiernista.⁷⁸

El Tiempo también dio espacio a las protestas de los alumnos de Ingeniería, pero su ocupación mayor fue alimentar la controversia entre Rodolfo y los “científicos”. El 28 de marzo presentó una entrevista con Diódoro Batalla. El orador explicó que no había atacado al gobierno, sino al grupo “científico”. En cuanto al asunto de los partidos políticos, expresaba que hacían falta “leaders”, directores y una comunidad de opiniones e intereses públicos, preparación, educación, etc., y nada de eso existía. “Nuestros hombres políticos tienen un brillo de reflejo, valen lo que el Sr. General Díaz les hace valer”, sentenciaba.⁷⁹ Al día siguiente, *El Tiempo* informaba que Rosendo Pineda, a través de Ramón Prida, les hizo saber que no hablaría más porque no le agradaban “las farsas”. El periódico aclaraba que no estaban a favor de Rodolfo y que de tiempo atrás lo habían criticado, al igual que a su padre. Un partidario científico, añadía, instó a que se preguntara de dónde habían proveniendo los recursos para la manifestación y si era cierto que los organizadores invitaron a los oradores con la condición de no criticar al partido científico, para no dar un espectáculo desagradable, y sin embargo fue lo primero que hicieron.

Era cierto, una parte de los fondos de la manifestación provinieron de políticos “científicos”. Es probable que haya existido la prevención que menciona el periódico, para que los oradores no se excedieran. Pero desde la misma inclusión de Rodolfo Reyes, Batalla y otros, enjundiosos reyistas y enemigos del Partido Científico, resultaba obvio que se harían fuertes declaraciones. Por lo demás, desde el inicio, los jóvenes de la Sociedad de Conferencias tenían

⁷⁷ “Manifiesto de los estudiantes de Minería”, *El País*, 28 de marzo de 1908, pp. 1 y 2. Una carta más apareció el 5 de abril, pp. 1 y 2, contra un artículo de *El Imparcial*. El 23 de abril, bajo el título “Los estudiantes de Minería calumniados por *El Imparcial*”, p. 1, se refiere que los jóvenes no se fueron a huelga, como dice el medio oficioso, sino que les cerraron el plantel. Se asegura que se les criticaba sólo porque manifestaron críticas y protestas por la situación de la Escuela Nacional Preparatoria.

⁷⁸ “Barreda falsificado por don Justo Sierra”, *El País*, 8 de abril de 1908, p. 1.; “Don Gabino Barreda contra don Justo Sierra. Mentís anticipado”, *El País*, 10 de abril de 1908, p. 1; “Una verdad y un error. Causa miserable á que sirve D. Justo Sierra”, *El País*, 21 de abril de 1908; “El pensamiento del gobierno expuesto por el Ministro de Instrucción Pública”, *El País*, 25 de abril de 1908, p. 1.

⁷⁹ “Una entrevista con el Lic. Diódoro Batalla”, *El Tiempo*, 28 de marzo de 1908, p. 2.

calculado que sería una manifestación antipositivista, lo cual implicaba un deslinde respecto a la oficialidad de los “científicos”.

Pineda no quería hablar más, así que los de *El Tiempo* se acercaron a Francisco Bulnes, “científico” y extraordinario polemista. No intervendría para respetar el silencio de Pineda, dijo, pero dio declaraciones amplias y fuertes. Son injustificadas las críticas al grupo científico, señaló, porque en la Preparatoria no tiene ninguna influencia, si bien la tuvo en tiempos anteriores. Se le inquirió sobre que Rodolfo acusaba a los científicos de haber degenerado el carácter de los jóvenes, quitándoles las ilusiones. Es precisamente el objetivo de la enseñanza científica, respondió Bulnes, enseñar la verdad y esta es diferente de la ilusión.

Ahora bien, es lícito, es glorioso, es patriótico, es “barredista”, procurar destruir en la juventud la ilusión religiosa, del mismo modo que la ilusión nobiliaria, que la ilusión monarquista, que la ilusión aristocrática, que la ilusión plutocrática; pero cuando los científicos vuelvan [es decir, critican] científicamente la ilusión democrática, entonces hay crimen, soplo de desolación, drenaje de deleites en el corazón de la juventud. El jacobinismo es siempre el mismo, proclama el imperio de la diosa Razón, y le impone derrame ilusiones, proclame la libertad de conciencia, y es libre sólo ser esclavo de las ilusiones jacobinas.

Para Bulnes, los “científicos” eran, en realidad, intelectuales críticos, liberales escépticos y, por tanto, pragmáticos en la política. Aplicaban la crítica científica a las mismas “ilusiones democráticas”.

La obra literaria ó filosófica de los científicos, ha sido oponerse á la continuación de una comedia consumada desde nuestra independencia; la comedia democrática ha tenido momentos de genio trágico, pero ya ha cansado al público, aún al analfabeta, exceptuando al grupo de estudiantes [los de la manifestación, al frente de quienes Rodolfo se había puesto] que evidentemente no está hecho para estudiar.

No podrán existir partidos, aunque sí “facciones políticas”, mientras las masas se abstengan de participar políticamente, decía Bulnes. No existen los elementos morales, intelectuales y económicos para su formación.⁸⁰

Rodolfo Reyes hizo un último intento por salvar su posición dirigiéndose a *El Tiempo* y *El Imparcial* (tampoco en este caso el diario oficialista publicó su carta). Volvió a diferenciar los

⁸⁰ “El asunto del día. Entrevista y declaraciones de los Sres. Pineda y Bulnes. Última palabra del Lic. Reyes”, *El Tiempo*, 29 de marzo de 1908, p. 2. Los paréntesis me pertenecen.

actos de conciliación del presidente Díaz, que consideraba positivos, de la “política de conciliación” predicada por los “científicos”, la cual significaba conciliación con los enemigos de la Reforma.⁸¹

Con las palabras de Bulnes y el recogimiento en el silencio de Rodolfo, terminó la polémica personal. Pero sus efectos siguieron una dinámica propia, suscitándose un ir y venir de opiniones en los periódicos acerca de cuál era y cuál debía ser la relación con la Iglesia católica. El 30 de marzo, después de larga enfermedad, falleció el arzobispo de México, Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, lo cual trajo una breve tregua entre los diarios.

La posición oficialista, la de *El Imparcial*, fue clara: “No queremos una República Jacobina”, sino una república nacional amplia en la que quepan todos.⁸² Esto decía el 31 de marzo, y al día siguiente llamaba a la Iglesia católica a continuar la obra de unión ciudadana del arzobispo Alarcón.⁸³ Poco después, el 3 de abril, fue electo Antonio J. Paredes como Vicario Capitular. El 9 de abril comentaba *El Imparcial* que los católicos mexicanos aceptaban las Leyes de Reforma, que son Leyes de Civilización. Decía estar de acuerdo con *El Tiempo* en que la fórmula idónea era la conciliación.⁸⁴ El 11 de abril aseguraba: el liberalismo es la paz, nuestras instituciones no han sustituido un fanatismo con otro.⁸⁵

El 4 de abril *El Tiempo* expresó sus conclusiones sobre la manifestación Barreda y el *affaire* Rodolfo Reyes. El asunto había servido, según el diario, para revelar que el riesgo estaba “en los liberales que á sí mismos se llaman extremistas [Rodolfo Reyes] y en el régimen político extremista que quieren implantar [el de Bernardo Reyes], es decir, en el jacobinismo.” Rodolfo aspira a ser el líder del partido jacobino, afirmaba el diario.⁸⁶ Todo el mes de abril, *El Tiempo* hizo campaña a favor la política de conciliación, “ciencia de gobernar a los pueblos, la única que podía asegurar la unidad nacional.”⁸⁷

⁸¹ “Carta del Dr. Lic. Rodolfo Reyes”, *El Tiempo*, 31 de marzo de 1908, n. 8230, p. 3.

⁸² “No queremos una República Jacobina”, editorial de *El Imparcial*, 31 de marzo de 1908, p. 4.

⁸³ “Los liberales mexicanos y el futuro arzobispo”, *El Imparcial*, miércoles 1 de abril de 1908, p. 4.

⁸⁴ “El “non possumus” de un bonete”, editorial, *El Imparcial*, 9 de abril de 1908, p. 4.

⁸⁵ “El liberalismo es la paz”, editorial, *El Imparcial*, 11 de abril de 1908, p. 4.

⁸⁶ “Política. I ¿Para qué ha servido la manifestación en honor de Barreda? - Revelación trascendental”, *El Tiempo*, 4 de abril de 1908, p. 2. Los paréntesis son míos.

⁸⁷ En resumen esa es la argumentación de *El Tiempo* en la serie artículos: “Política. II La política de conciliación”, 7 de abril de 1908, p. 2; “Política. III La política de conciliación – Su fórmula explicativa”, 11 de abril de 1908, p. 2; “Política IV. La de conciliación, única de libertad”, 15 de abril de 1908, p. 2; “Política. V. La que no sea de

Los “científicos”, los diarios oficialistas y los católicos cerraban filas contra la avanzada reyista. Así terminó la tempestuosa primavera de 1908. El reyismo sufrió un fuerte revés en la figura de Rodolfo, pero sus expresiones políticas y sociales seguirían en ascenso hasta el siguiente año. Las críticas a los lineamientos de la educación pública continuarían, aunque lejos de la virulencia de esos meses. La manifestación en honor a Barreda atajó a la “reacción”, evitó que en la opinión pública y dentro del mismo gobierno prosperaran las posiciones que pedían la disminución del papel del Estado en materia educativa. Las declaraciones de Porfirio Díaz a Creelman sembraron la inquietud general acerca del futuro político de país, pero prevaleció el clima de aceptación al régimen.

En las polémicas de esos primeros meses del año se habló mucho de libertad (escuela libre, libertad de enseñanza, democracia y partidos políticos). Pero, a fin de cuentas, permaneció incuestionable el régimen porfirista de libertades muy acotadas. *El Diario del Hogar*, en su crónica de la manifestación Barreda, comentó el discurso de Enrique Rodríguez Miramón, ignorado por los otros diarios. Decía que el orador había acertado al hablar “de la necesidad de fomentar reuniones libres, en donde los ciudadanos expongan libremente sus ideas”. “Lástima que no sean éstas más que palabras, palabras, palabras, porque para convertirlas en realidad, necesitamos mucha educación política y mucha transigencia de parte de los encargados de la cosa pública.”⁸⁸

Díaz había dicho que México ya estaba preparado para la democracia, pero por doquier había escepticismo. La mayoría de los intelectuales, liberales, clericales, positivistas, el mismo Justo Sierra, veían que faltaba mucho en materia de educación para que la democracia fuera una realidad. Hacía falta también “mucha transigencia de parte de los encargados de la cosa pública”. Pero el régimen no estaba constituido para otorgarla. La descarnada opinión de Bulnes se imponía: la democracia era una ilusión, una comedia, la paz y el progreso descansaban en la limitación, canalización o supresión, según fuera el caso, de las fuerzas sociales y políticas. Las polémicas eran permitidas, hasta cierto punto. Había un margen no demasiado estrecho para discutir las decisiones del gobierno, pero cuando llegaban al punto de tocar al presidente, eran

conciliación será antidemocrática”, 21 de abril de 1908, p. 1, y “Política. VI. La política de conciliación y la unidad nacional”, 24 de abril de 1908, p. 2.

⁸⁸ “Boletín del Diario del Hogar”, *El Diario del Hogar*, 25 de marzo de 1908, p. 1.

cortadas de tajo. La manifestación en honor de Barreda fue expresión de esas fuerzas tirantes, ya muy evidentes en esa etapa del porfiriato.

El balance para los jóvenes de la Sociedad de Conferencias

Para beneplácito de los jóvenes intelectuales, la noche del 22 de marzo don Justo Sierra hizo la crítica del positivismo y afirmó un espíritu de apertura y libertad intelectual. En sus palabras veían coronados los propósitos de su manifestación.

Barreda, iniciaba su discurso el ministro, se inclinaría con atención e inquieta simpatía ante “este llegar atropellado y tumultuoso de la nueva generación”, que viene a invocar los “ideales santos de nuestros padres” y a tomar las armas de las batallas de antaño “por la Reforma y la emancipación social”. La paz (el signo del régimen) en el mundo de las ideas es fatal. Dudemos, pedía Sierra al auditorio que guardaba silencio, de que la ciencia sea indiscutible. La enseñanza de la ciencia no es enseñanza de paz. El conocimiento es relativo, el objeto permanece incognoscible en sí mismo. En la ciencia hay perpetua evolución y discusión. Así lo muestran los nuevos descubrimientos que corrigen o cuestionan la geometría, la física, la biología, etc. Suceden luchas, escuelas, corrientes, ideas convertidas en sentimientos, hay agnosticismo ahora “y pragmatismo mañana”.

Se refería a la irrupción de Vázquez Gómez, sin nombrarlo: “un negador no sin inteligencia, un heresiarca de la ciencia, no sin bravura”. Luego vino “el coro de ángeles caídos en el infierno periodístico” (los diarios católicos). Acusaba al elemento religioso de que, aunque factor indispensable, ha amenazado “con desbaratar, por medio de súbitas explosiones cada movimiento de la sociedad hacia la realización de su destino”. Era natural que contestase el grito de coraje de quienes sentían “que Barreda era el completador mental de la Reforma, era el Juárez de las inteligencias emancipadas, no por el odio político, como las de muchos de los próceres de nuestra libertad civil, sino por la fe en la ciencia, por la transformación de las bases mismas de nuestro ser intelectual.”

Sierra defendía a la Escuela Nacional Preparatoria, “la piedra fundamental de la mentalidad mexicana”. Barreda y el positivismo establecieron el método científico, pretendieron

implantar la enseñanza de lo que ya no está sujeto a negaciones, las leyes, la armonía de lo real. Más adelante citaba a Nietzsche, que había definido al positivismo como expresión refinada del espíritu ascético y del cristianismo. Es decir, la metafísica fundamentaba la fe en la ciencia. La verdad de la ciencia es relativa, pero objetiva, acotaba Sierra, por eso puede prever. Reasumía entonces el lema positivista de la Preparatoria: “conocer para prever, prever para obrar”.

Continuaba el ministro ayudándose ahora de Pascal: “toda la dignidad del hombre está en el pensamiento; trabajemos, pues, en pensar bien; es el primer principio de la moral”. Los sofistas de todas las tónicas afirman que Barreda apaga la llama de la religión. Pero lo que negó fue que el misterio, la existencia de Dios, fuera materia de ciencia y sólo la ciencia es materia de enseñanza. La creencia religiosa es asunto del individuo. La enseñanza positivista, “médula de leones”, vio claro que a través de “la perseverancia en el esfuerzo de adquirir el conocimiento, se nutrían y desenvolvían las facultades y se organizaba el *training* de la voluntad, exteriorización del carácter, y que por la práctica del método se adquiría la noción y la necesidad del orden, y por la iniciación científica el amor a la verdad y en el amor a la verdad, la preparación del amor al bien”. Era necesario hacer una revisión, pero la labor de Barreda, el positivismo y la Preparatoria eran factores de civilización.

La ambición de Barreda había sido “fundar la educación nacional; para ello creó un tipo de escuela laica; sólo la escuela laica puede realizar la educación nacional; sólo ella puede respetar todas las creencias; sólo ella puede ser neutral frente a todas las filosofías; sólo ella puede educar a la República en el respeto a la libertad suprema, la libertad de conciencia; sólo ella puede fundar la única religión compatible con todas las religiones, porque es trascendente, porque es únicamente humana: la religión cívica, el amor a las instituciones, el alma de la nación.” Con la Preparatoria, Barreda quiso formar algo así como “el cerebro nacional: los que allí se educaran, eran los que debían influir más de cerca en los destinos de México”.⁸⁹

Don Justo Sierra aprovechó así la ocasión ante los jóvenes, el presidente Díaz, el ministro Limantour, otros funcionarios y la plana mayor de los “científicos”. Hacía la crítica del positivismo, conservando lo que consideraba que seguía siendo válido. El propósito era formar el alma nacional, constituir el carácter y la mentalidad de los ciudadanos: realizar la educación

⁸⁹ “Panegírico de Barreda”, Homenaje al maestro don Gabino Barreda, en el Teatro Arbeu, la noche del 22 de marzo de 1908, en *Obras Completas, tomo V. Discursos*, edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza, revisada y ordenada por Agustín Yáñez, México, UNAM, 1948, pp. 387-395.

científica, la educación moral y, a fin de cuentas, la educación política de los mexicanos. Defendía su ideología y el proyecto que encabezaba contra los ataques conservadores, ante las vacilaciones u obstáculos dentro del gobierno, con aliados viejos y aliados nuevos.

Los jóvenes intentaron darle mayor difusión a la jornada por Barreda. *La Revista Moderna de México* dio amplio espacio al homenaje, en sus números de febrero, marzo y abril.⁹⁰ Max Henríquez Ureña se dio a la tarea publicitaria en la capital de Nuevo León. En el *Monterrey News* apareció el artículo “Ecos de la ruidosa manifestación en honor a Barreda. La figura de Barreda comparada, y con toda justicia, con la de otros sabios de América”, donde se reproducía el discurso de Pedro.⁹¹ Los jóvenes tenían pensado editar un libro con los discursos de aquel día, pero no lo lograron. El 1° de abril Pedro le escribía a Max que el folleto ya no se editaría porque no tenían dinero y Rodolfo no facilitaría su texto.

Si la manifestación en honor a Barreda concretó la alianza de los jóvenes con Justo Sierra, también, por su carácter antipositivista, marcó una distinción respecto a los “científicos”. En la misma misiva, Pedro decía que pensaban regresar el dinero a los positivistas que habían contribuido. Para ello habían escrito una carta, con la aprobación de don Justo, que remitirían a Corral, Limantour, Roberto Núñez, Macedo, Fernando Pimentel y Fagoaga, Casasús, Pineda y Prida. En total serían 400 pesos, la mitad de los fondos recaudados en México.⁹²

Pedro, entre otros asuntos relacionados con la manifestación, señalaba las evaluaciones de algunos personajes importantes:

D. Justo está muy contento, dijo que había sabido que el acto de la Preparatoria había estado muy bueno; y D. Porfirio debe estar satisfecho en el fondo por lo cual se dijo contra los científicos; esa parece ser la opinión de Casasús, repetida por su hijo Héctor. Naturalmente, D. Pedro Macedo se muestra desconsolado por la “anarquía moral” de la juventud; y Pineda dice que lo que siente es haber dado dinero: ¡diez pesos! El Imparcial en sus últimos artículos excusó a la Comisión

⁹⁰ En febrero publicó la proclama. Dedicó su edición de marzo a Barreda, con material antiguo y material actual: un “Panegírico” de Jesús Urueta leído el 10 de marzo de 1898 en el Teatro del Conservatorio, un discurso de Pablo Macedo, también de ese año; una reseña, con poca información y muchos halagos, de la manifestación juvenil, realzando la importancia de la Preparatoria como el lugar donde se formaban las actuales clases directoras del país, y la alocución de Alfonso Cravioto. En abril incluyó íntegro el discurso de Justo Sierra y el poema de homenaje de Rafael López.

⁹¹ Según menciona, aunque sin dar la fecha de publicación, Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México D. F., Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 1989, p. 82

⁹² Con este dato y los mil pesos del empresario minero, se puede evaluar que para la organización contaron con al menos unos dos mil pesos. Pedro a Max, ciudad de México, 1 de abril de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 456-458.

organizadora; y tanto El Mundo como la Ilustración dominical elogiaron el acto de Preparatoria, desde luego, sin nombrarme.⁹³

Se pensaba publicar en Monterrey, a través de Max, los discursos de Valenti, Gómez Robelo y Teja Zabre; y en la ciudad de México los de Hipólito Olea y Rodríguez Miramón. Al parecer, los dos primeros sí aparecieron en el *Monterrey News*, pero del resto no tengo noticias.⁹⁴ La carta a los “científicos” no fue enviada, porque, al anunciársela a Pablo Macedo, se “opuso rotundamente”, “diciendo que, a pesar de todas las inoportunidades, siempre había sido un homenaje a Barreda y que por lo tanto, ni él ni los otros recibirían la devolución.”⁹⁵ Esto seguramente fue un alivio para los organizadores.

Por último, Pedro evaluó con dureza la actuación de Rodolfo Reyes. El sábado 25 de abril, en la Escuela de Jurisprudencia, hubo sesión de la Academia de Legislación y Jurisprudencia. Pedro le escribió a Max: “Habló Rodolfo al revés de cómo en el meeting: elogió a D. Porfirio, habló de tolerancia, etc. Su actitud con las cartitas, el discurso, etc. ha sido muy censurada.”⁹⁶ Rodolfo se había visto obligado a dar un paso atrás en sus declaraciones, lo que lo dejó mal parado. Por lo demás, en adelante habría de permanecer la mala opinión de Henríquez Ureña sobre él. En la opinión de Pedro, el abogado había protagonizado un acto de valentía para luego echarlo por la borda.

A pesar de los golpes que recibieron de la prensa, a pesar de verse implicados en la disputa entre políticos mayores, para los jóvenes de la Sociedad de Conferencias la manifestación fue un éxito. Su posición pública aumentó de rango, reforzaron la política educativa de Justo Sierra y dieron un ataque abierto contra el positivismo. Quizás lo más importante, a la larga, quedaba implícito: la concreción de la alianza con Justo Sierra. Los jóvenes habían tratado de acercarse a distintas personalidades (Salvador Díaz Mirón, José Juan Tablada, etc.) y fue finalmente en Sierra en quien encontraron fuerte respaldo a sus intereses y una apertura paternal. La relación, claro, estaba cargada de cálculos políticos de ambos lados; pero además de ese tipo de conveniencias prácticas, había un acuerdo intelectual. A partir de entonces, el movimiento de los jóvenes intelectuales tendría un apoyo fundamental en el ministro de Instrucción Pública.

⁹³ *Ídem.*

⁹⁴ Pedro a Max, México, 6 de abril de 1908, *Ibidem.*, pp. 459-460.

⁹⁵ Pedro a Max, México, 9 de abril de 1908, *Ibidem.*, p. 446.

⁹⁶ Pedro a Max, México, 27 de abril de 1908, *Ibidem.*, p. 468.

III. Las conferencias en el Conservatorio Nacional

El grupo venía arrastrando el plan del segundo ciclo de conferencias desde que finalizara la primera serie, en agosto del año anterior. Durante los meses de febrero y marzo de 1908, los jóvenes persistieron en el propósito, a pesar de estar muy ocupados en el asunto Barreda.

El 16 de febrero, *La Patria* daba como un hecho que las conferencias estaban por iniciar en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Ingeniería, en el antiguo Colegio de Minería. El responsable de publicar el anuncio fue seguramente Carlos González Peña. La nota decía que se había acordado dar la oportunidad a “jóvenes profesionales y estudiantes que se signifiquen por su talento”. Las pláticas se efectuaría cada lunes por la noche en este orden: Antonio Caso el 17 de febrero, Max el día 24, Isidro Fabela el 2 de marzo, Genaro Fernández MacGregor el 9 y Rubén Valenti el día 16. Los temas indicados ya eran los que finalmente se abordaron, excepto en el caso de Valenti, pues se decía que hablaría de “Racmatismo” (“Pragmatismo”, seguramente).⁹⁷ No se realizaron las conferencias. Doce días más tarde, el 28 de febrero, *El Tiempo* notificaba que “un grupo de jóvenes intelectuales” había organizado una serie de conferencias a realizarse en la escuela de Minería. Los participantes serían: Antonio Caso, José María Lozano, Isidro Fabela y Genaro Fernández MacGregor.⁹⁸ Tampoco fue así.

En estos anuncios variaban nombres de los conferencistas, se daban como inminentes las pláticas y se aseguraba que serían en Minería, cuando para entonces dentro del grupo ya se sabía que serían en el Conservatorio Nacional. El Salón en Minería estaba en reparaciones y los jóvenes habían conseguido con don Justo Sierra el Teatro del Conservatorio, ya desde la primera reunión que tuvieron con él por el asunto Barreda. Esto según carta de Pedro a Max del 13 de febrero, en la que también comentaba que no gastarían en pagar el local, la luz y el piano, sólo en las invitaciones.⁹⁹

Los anuncios frustrados pueden interpretarse como indicios de que los jóvenes querían realizar las conferencias pronto, antes de la manifestación del 22 de marzo. Al menos por simples razones prácticas, resultaba mejor concentrarse en una cosa y luego en otra. Pero, por otro lado,

⁹⁷ “La Sociedad de Conferencias”, *La Patria*, domingo 16 de febrero de 1908, p. 2.

⁹⁸ “Interesantes conferencias”, nota en gacetilla, *El Tiempo*, 28 de febrero de 1908, p. 3.

⁹⁹ Pedro a Max, México, 13 de febrero de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 425.

hacer coincidir el ciclo de pláticas con el “día nacional e histórico” podría dar mayor impacto a su presencia pública. Como haya sido, las conferencias quedaron por fin programadas para las últimas semanas de marzo.

Pero el plan siguió embrollándose. El 4 de marzo, Pedro explicaba a Max que Antonio Caso había enfermado, Fabela estaba muy ocupado con sus exámenes, no se habían conseguido pianistas, *El Imparcial* se negaba a hablar de las conferencias (su reticencia recaía sobre todo en Max) y no se contaba ya con *El Diario*, que ya no era dirigido por el amigo Juan Sánchez Azcona.¹⁰⁰ Como yo no he podido ocuparme de la organización, le decía una semana después, “no se ha podido hacer las cosas como se debe. Caso, a quien tanto admira Alfonso, es en estas materias una calamidad o dos. Es un individuo incapaz de toda acción y toda obligación.”¹⁰¹ No era la primera vez ni sería la última, que Pedro y otros compañeros resentían la “pasividad” de Antonio Caso.

Para esa segunda semana de marzo se decidió por fin el programa. Pedro detallaba: Antonio Caso el día 18 de marzo, acompañado en la parte musical por la señorita Alba Herrera y Ogazón; Max el 24, con piezas de Chopin a cargo de Roberto Urzúa; Genaro el 1° de abril, con Aurelio López al piano; Fabela el 8, con números musicales por parte de Tinoco, y por último Rubén Valenti el 22 de abril, acompañado por Carlos del Castillo, que “quiso tocar en la última [sesión] y piezas suyas!”.¹⁰² Ya no incluyeron a los poetas.

Eran días de mucha ocupación. Los jóvenes trabajaban en oficinas públicas o privadas, en periódicos, continuaban sus estudios escolares. Mientras que, en cuanto grupo, concentraban sus energías en la manifestación pública. Por eso el plan de las conferencias avanzó de manera accidentada. Además, también se involucraron en otras actividades literarias o culturales. Basten unos ejemplos.

El primero de febrero *El Imparcial* informaba de la creación de una “Sociedad para el cultivo de las Ciencias y las Artes”, en la que participaban jóvenes y personas consolidadas. La sociedad tendría por objetivo dar conferencias de temas científicos y conciertos musicales. La

¹⁰⁰ Pedro a Max, México, 4 de marzo de 1908, *Ibidem.*, p. 439.

¹⁰¹ Pedro a Max, México, 11 de marzo de 1908, *Ibidem.*, p. 447.

¹⁰² Pedro a Max, México, 12 de marzo de 1908, *Ibidem.*, p. 452.

presidiría el escritor y diplomático Federico Gamboa, y como uno de los dos vicepresidentes, figuraba Alfonso Cravioto.¹⁰³

Conferencias en el Teatro del Conservatorio Nacional			
Fecha	Conferencista	Tema	Música
Miércoles 18 de marzo	Antonio Caso	Max Stirner y el individualismo exclusivo	Alba Herrera y Ogazón, al piano, un vals de Chopin y un estudio de Rubenstein.
Martes 24 de marzo	Max Henríquez Ureña	La influencia de Chopin en la música moderna	Mazurca en B mayor de Chopin, balada en G menor de Chopin, por Roberto Urzúa (estudiante del Conservatorio, pensionado).
Miércoles 1 de abril	Jenaro Fernández Mac Gregor	Gabriel D'Annunzio	Aurelio M. López (primer premio del Conservatorio. Por razones de salud fue sustituido por R. Urzúa).
Miércoles 8 de abril	Isidro Fabela	José María Pereda	Manuel Tinoco (del Cuarteto Saloma).
Miércoles 22 de abril	Rubén Valenti	Arte, ciencia y filosofía	Profesor Carlos del Castillo (recientemente llegado de Europa).
La información sobre los ejecutantes, en la cuarta columna, fue extraída de los diarios, sobre todo de <i>El Tiempo Ilustrado</i> .			

José Escofet y Carlos González Peña, los primeros amigos de Henríquez Ureña en la ciudad de México, mantenían una colaboración cercana. En *La Patria* se publicó, durante los últimos meses de 1907 y los primeros de 1908, la novela de Escofet “La Reina”, misma que se vendía en el periódico al precio de un peso. En el periódico también se promocionaba “De noche” y “La chiquilla”, novelas de González Peña, quien por su parte publicó una amplia y generosa reseña sobre la novela de Escofet.¹⁰⁴

En esas semanas Ireneo Paz, director de *La Patria*, se encargó de sumar esfuerzos para la conformación de la “Prensa Unida”, con la pretensión de unificar a las distintas empresas periodísticas. En las comisiones para organizarla figuraron Juan Sánchez Azcona, José Escofet y Manuel Caballero (el ex director de la segunda *Revista Azul*). La inauguración de la “Prensa Unida”, el 7 de febrero, se realizó ostentosamente en la Cámara de Diputados, con la asistencia

¹⁰³ “Ciencias y Artes. Nueva sociedad”, *El Imparcial*, 1 de febrero de 1908, p. 1.

¹⁰⁴ “Tipos novelescos. A propósito de ‘La Reina’ ”, *La Patria*, 6 de marzo de 1908, p. 1.

del presidente Díaz, miembros del gabinete, diplomáticos e intelectuales connotados. Nemesio García Naranjo declamó un poema escrito para la ocasión.¹⁰⁵

Nemesio figuró más adelante en otro evento, haciéndose cargo del momento poético en la distribución de premios de las Escuelas Superiores, a finales del mes de marzo, también en la Cámara de Diputados.¹⁰⁶ Antonio Caso, como representante de los alumnos, habló en la inauguración del nuevo edificio de la Escuela Nacional de Jurisprudencia (en las calles de San Ildefonso y Santa Catalina). La ceremonia, realizada el 15 de marzo, fue presidida por el general Díaz, contando con la presencia de Justo Sierra y los directores de las escuelas superiores. El discurso principal estuvo a cargo del director de Jurisprudencia, Pablo Macedo.¹⁰⁷

De distintas maneras los jóvenes poco a poco iban ocupando lugares de mayor importancia. Antonio Caso tuvo aquel honor tres días antes de que inaugurara la segunda serie de la Sociedad de Conferencias en el Conservatorio, la cual tuvo muy poca publicidad previa, apenas he visto que *El Imparcial*, el miércoles 18 de marzo, notificó que ese día comenzarían, presentando el programa de toda la serie.¹⁰⁸

La conferencia de Antonio Caso, según Henríquez Ureña, fue “profunda y brillante”. Se la dedicó a Pedro y a Jesús T. Acevedo. Como hiciera en su disertación sobre Nietzsche, valoró el carácter revolucionario de Max Stirner, “una de las personalidades más intensas y extrañas” en los tiempos modernos. Enérgico, fecundo, lírico, irónico, lógico, “representa en la vasta elaboración moral del siglo próximo pasado, una rebelión de la conciencia humana en contra de la continuada serie de sistemas intelectualistas”, las construcciones apriorísticas del idealismo alemán (Hegel, Fichte y Schopenhauer).¹⁰⁹

¹⁰⁵ Véanse “La velada de la Prensa Unida en la Cámara de Diputados”, *La Patria*, 2 de febrero de 1908, p. 2; “La Velada de la Prensa Unida”, *La Patria*, 4 de febrero de 1908, p.1, y “Ha sido un triunfo la velada inaugural de la prensa unida”, *La Patria*, 9 de febrero de 1908, p. 1.

¹⁰⁶ “La distribución de Premios de las Escuelas Superiores”, *El Imparcial*, 17 de marzo de 1908, p.3.

¹⁰⁷ “Solemne inauguración de la Escuela de Jurisprudencia”, *El Imparcial*, domingo 16 de marzo, p. 1. Los diarios no recogieron el discurso de Antonio Caso.

¹⁰⁸ “Conferencias-conciertos”, *El Imparcial*, miércoles 18 de marzo de 1908, p.2.

¹⁰⁹ Max Stirner, seudónimo de Johan Kaspar Schmidt (1806-1856), filósofo alemán miembro del círculo de jóvenes hegelianos (Karl Marx, Friedrich Engels, Bruno Bauer, etc.), colaborador de *La Gaceta Renana*. Formado en el idealismo alemán, como sus compañeros de generación, derivó en una crítica radical a Hegel. Su obra capital, *El único y su propiedad*, apareció en 1843. Afirmaba un liberalismo o egoísmo absoluto y se pronunciaba contra toda forma de organización política. El libro fue censurado e incautado por el Estado. En esa época fue célebre y sostuvo polémicas con otros filósofos post hegelianos. La parte final de su vida fue de enormes privaciones, llegando a ir a la cárcel por deudas. Fue importante su influjo sobre Friedrich Nietzsche, pero éste trató de esconder tal influencia por

Caso se extendió sobre Hegel, “la más absoluta de las naturalezas intelectualistas”. En particular, en la tesis de su sistema general (Lógica, Filosofía de la naturaleza y Filosofía del espíritu) sobre “la manifestación de la idea” en los distintos órdenes de la realidad; manifestación de la idea finalmente sintetizada en el Estado. Contra ese sistema protesta Stirner, “contra la doctrina que erige al Estado en soberana realidad social, en ente sagrado por excelencia”, “contra el Estado monárquico y conservador como el inglés, arquetipo, según Hegel, de la evolución social”, que determina derechos y legisla sobre todo. Stirner ve en tal sistema la abolición absoluta de la acción y el aniquilamiento de la personalidad.

Hay pensadores de conciliación, reflexionaba Caso, que abrazan el justo medio aristotélico. Hay pensadores, igual de importantes, que siguen sus teorías, someten el mundo y la historia a sus designios, incluso deformando la realidad, siguiendo sus sentimientos personales. Es el caso de Rousseau, Carlyle, Tolstoi, Stirner y Nietzsche. Los dos tipos intelectuales son necesarios. “El progreso mental se debe a la concurrencia de ambas categorías de filósofos.” En el desarrollo de la historia del pensamiento, se van corrigiendo errores, desechando falsedades, se va integrando y enriqueciendo “el conjunto de datos, de premisas y de conclusiones, que informan el riquísimo caudal de la especulación contemporánea.”

Sintetizó de la siguiente manera el individualismo anarquista de Stirner:

Y contra la filosofía hegeliana; contra la fe que obliga al hombre a aniquilar las inspiraciones de su instinto; contra la ciencia que quiere someter ese instinto al pensamiento; contra todo sistema que se aleje de la experiencia concreta, principalmente contra los credos morales y políticos; contra el liberalismo que desea la sumisión del yo individual al Estado; contra el socialismo que se propone subordinarlo a la sociedad; contra el humanitarismo que anhela someterlo a la humanidad; que se levante el yo implacable, el *ego* total, en su singularidad absoluta, en su unicidad completa, y que diga a la religión, a la filosofía, a la libertad, a la sociedad y a la humanidad: Mi causa no es la vuestra. No es la de vuestros fantasmas. Vosotros mismos sois fantasmas. Mi causa es única, como yo soy único; es lo que dice mi instinto que llamáis bestial, lo que me aconsejan mis sensaciones que despreciáis, lo que me impone mi ser que se siente absoluto. “¿Qué es lo bueno? ¿Qué es lo malo? Yo mismo no lo sé, no soy ni bueno ni malo. Esas son para mí más que palabras.”

el descrédito en que había caído la obra de Stirner. Como la misma obra de Nietzsche, la de Stirner tendría varias épocas de revaloración durante el siglo XX.

“Nietzsche dirá más tarde: ‘Así hablaba Zaratustra.’” La valoración de Antonio Caso se concentró en la lucha de Stirner contra el determinismo de los sistemas cerrados, ante los cuales opuso “una nueva determinación del objeto del conocimiento”: “quiere, sobre todo, que se estime y se acate la variabilidad de lo existente; que no se tenga la vana pretensión, de sustituir al mundo real (que es un devenir interminable, en el que cada ser es único en su individualidad), un mundo racional, inmóvil, cristalizado, inerte, en el que imperan fantasmas intelectualistas, mientras más absolutos, más falsos y más distantes de la relatividad y la contingencia cósmicas.” La interpretación de Caso estaba orientada a reforzar sus intereses cognoscitivos basados en el pragmatismo y el bergsonismo, que compartía con los otros miembros del grupo.

En su conclusión, Antonio Caso repitió el tratamiento que hiciera con Nietzsche, indicando que en última instancia, estaba equivocado.

Stirner fue un enfermo; contempló el mundo y la historia a través de un temperamento exaltado. Padeció la mortal melancolía de Hamlet; se sintió aislado en medio de la infinita armonía. Afirmó su yo con energía incomparable, oponiéndolo conscientemente al devenir universal. Combatió leal y vigorosamente por su individualidad; se constituyó de un modo fanático en paladín de una nueva fe, la fe en la autonomía plena de la voluntad.

No soy yo, decía Caso, quien emitirá denuestos contra Stirner, quien reveló “un dato importantísimo para la ética: exhumó al individuo de los escombros de sistemas en que yacía asfixiado y muriente”. Mas, “al mismo tiempo, como reproche sincero a su obra, tratemos de unir en el fondo de nuestras conciencias, sus reivindicaciones valerosas, sus audacias extraordinarias, a las inspiraciones de esa realidad perennemente radiosa, que a cada instante se depura y se magnifica, realidad que todos tenemos que acatar y reverenciar con devoción religiosa: el Amor.”¹¹⁰

La conferencia de Antonio Caso fue extensa, sólida y, no obstante su densidad, tenía fuerza expresiva. Así se puede uno imaginar por qué la admiración y el respeto que provocaba entre los numerosos amigos intelectuales, Henríquez Ureña incluido. La claridad de exposición de filósofos y escuelas era su mayor contribución dentro del grupo. Su orientación es también evidente: se vuelve a ocupar de un filósofo revolucionario, que asimismo implica un riesgo. Hay

¹¹⁰ La conferencia se publicó como “Max Stirner”, en la *Revista Moderna de México*, el mes de abril de 1908, pp. 80-89. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 267-278.

que comprenderlo, como a Nietzsche, aprovechar su impulso, pero corregirlo, atemperarlo. Caso se iba constituyendo en un intelectual del justo medio aristotélico, según la tipología que empleaba.

Hubo algunas notas en los periódicos sobre la conferencia, breves y con poca información. *El Imparcial* señaló el éxito del “conocido” joven ante la concurrencia de profesores y estudiantes de Leyes, Ingeniería y Medicina.¹¹¹ También lo elogió *El Tiempo*, en una nota que, con algunas modificaciones, se reprodujo en *El Tiempo Ilustrado* de ese fin de semana junto con un retrato de Antonio y la señorita Alba Herrera. No se decía nada del contenido, excepto que fue un tema “muy oportuno en el actual momento de la vida intelectual de la República.”¹¹² *El Diario del Hogar* indicó el evento en un suelto de gacetilla.¹¹³

El domingo 22 de marzo se realizó la manifestación en homenaje a Barreda. Dos días después, el martes 24, Max habló sobre Chopin y su influencia en la música moderna. Para él era un tema conocido; ya había escrito sobre el músico polaco y su padre le había estado mandando libros desde Europa. Estaba bien informado y, además, puso en juego sus propios conocimientos musicales, dedicando gran parte de su plática a cuestiones de técnica instrumental y de composición.

Muchos superan a Chopin en concepción de ideal artístico, aseguró Max, pero “nadie ha podido igualarle en fuerza de expresión individual; nadie ha podido dar una nota tan espontánea de noble sentimentalismo, como la que encontramos en toda su obra.” Relató la vida breve de este poeta del dolor nacido en Varsovia en 1810, fallecido en 1849. Tuvo éxitos tempranos. En 1830, al perder Polonia su independencia, se trasladó a París, desde donde realizó algunas excursiones a Alemania. Estableció amistad con músicos y escritores famosos, como Schuman, Mendelssohn, Heine, Lizt, etc. Según Max, padeció dos dolores punzantes: “el desvanecimiento de un puro ideal de amor y la horrible obsesión de no tener patria”. En la madurez mantuvo un célebre amor con Aurora Dupin (George Sand) que terminó en ruptura.

Respecto a la influencia de Chopin en la música moderna, no hay opiniones terminantes. Max explicaba que tuvo que tomar datos de aquí y allá, apoyándose en sus propias observaciones.

¹¹¹ “La primera conferencia-concierto”, *El Imparcial*, jueves 19 de 1908, p. 5.

¹¹² “Conferencias conciertos”, *El Tiempo*, 21 de marzo de 1908, p. 2; “La Sociedad de Conferencias”, *El Tiempo Ilustrado*, domingo 22 de marzo de 1908, p. 183.

¹¹³ “La primera conferencia-concierto en el Conservatorio”, *Diario del Hogar*, 20 de marzo de 1908, p. 3.

Analizó a Chopin en tres aspectos: la técnica instrumental, la técnica de la composición y las tendencias del espíritu musical. El tercer aspecto es el que más interesa aquí. El músico, señaló Max, fue un “producto legítimo de la época romántica”, de la intensa vida europea y en especial parisina. Fue “el creador de la música individual. La época reclamaba imperiosamente la revelación del individualismo en música”. “Él era el esperado; el que había de cantar sus propios dolores y sus íntimos sufrimientos, seduciendo a las multitudes sin dirigirles un solo halago, únicamente con la fuerza poderosa de su alma vibrante y acongojada. Fuerza es decir que en Francia encontró Chopin, el terreno más propicio para su labor. La última evolución romántica literaria tuvo allí su asiento: era natural que allí lo encontrara también una revolución análoga de la música.” Según la lectura de Max, Chopin marcó un hito en el siglo XIX: la consagración de la idea romántica del artista genial.

En la parte final de la conferencia, Max introdujo la idea de que la música es “una poderosa palanca social, que puede impulsar a la humanidad por caminos de verdad y de bien.” Defendió el carácter social de la obra de Chopin.

Se ha dicho [...] que Chopin no fue artista social. ¡Como si también no fuera un estrecho lazo de amor el sentimiento que despierta en los que oyen su música, en los que escuchan esos lamentos de un alma solitaria y se doblegan ante el dolor ajeno como si fuera su propio dolor. Pero si se insiste en que Chopin, que fue un poeta lírico, no hizo arte social, porque no se considera arte social la producción de los poetas líricos, como Petrarca, Byron, Heine o Espronceda, baste recordar una faz intensamente social de la obra de Chopin: las baladas, las polonesas y las mazurcas.

El sentimiento patriótico del músico polaco lo llevó a inspirarse en los cantos del pueblo. “Así, pues, señores, también hizo Chopin arte social, también expresó en su música nobles aspiraciones de libertad y de confraternidad, también hizo estallar en su música las fanfarrias épicas; y por último también, como en la *Sonata de la marcha fúnebre*, inclinó las almas a la meditación ante el eterno problema de la vida y de la muerte.” Max finalizó en tono elevado: “La obra de Chopin, estimulando en nosotros tan variados sentimientos, puede sintetizarse en este grito: ¡Vamos hacia el dolor y la belleza, vamos a la confraternidad, vamos a la libertad!”¹¹⁴

¹¹⁴ “Influencia de Chopin en la música moderna”, publicado en la *Revista Moderna de México*, agosto de 1908, pp. 345-456. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pp. 279-292.

He hallado en los periódicos una sola nota sobre la conferencia. *El Tiempo Ilustrado* presentó una reseña amplia, con muchos elogios. Henríquez Ureña, decía el diario, “es bastante conocido no sólo en los círculos intelectuales de México y algunos de nuestras capitales, sino en los de otros países de América, y su nombre es de reputación hispano-americana”. En varios párrafos se desarrollaban los argumentos de su disertación. La nota, no obstante, remataba con un juicio crítico: “Muy acertadas nos parecieron sus apreciaciones, sus juicios, algunos tal vez hasta temerarios, pero no fué aquello ni con mucho lo bastante para dejarnos plenamente convencidos de la influencia que en la música moderna tiene la creación chopiniana.” Se agregaba que Max fue varias veces interrumpido por los aplausos de la concurrencia “muy escogida y no escasa.”¹¹⁵

Siguió el turno a Genaro Fernández MacGregor. Pedro gustó mucho de esta conferencia sobre Gabriele D’Annunzio, bastante admirado por él. Genaro inició afirmando que el pesimismo “es la nota característica del alma moderna”. En los artistas, los síntomas del pesimismo “revisten un carácter agudo”, pues su naturaleza, “en extremo sensible, oscila ampliamente al menor contacto, como esas balanzas de precisión que acusan el más leve peso.”

Fernández MacGregor mantuvo la tensión en un tono grandioso y patético. Señaló que la idea del super hombre nietzscheano era *leit motiv* en D’Annunzio. “Como Nietzsche, es idólatra de las fuerzas indomables y de las voluntades tiránicas”. Se ha dicho que intelectualmente es uno de los más grandes hombres modernos, pero moralmente es un hombre del Cinquecento. Déspota, aristocrático, para el poeta italiano el pueblo es irredimible. Su erotismo es también medieval; se halla obsesionado no por el amor, sino por el instinto sexual.

En el universo artístico de D’Annunzio habían dos campos separados: la humanidad y las cosas. A estas las contempla con serenidad, siente su belleza, las comprende equilibradas y sabias, impasibles y eternas. En cambio, en la humanidad ve siempre perversión moral, una humanidad ruin, enfermiza y grotesca, “todos son criminales, locos, o a punto de serlo”. De ahí la fuerza trágica de su obra. D’Annunzio era un poeta lírico, la creación artística era “la vida misma” para él “y no se sentiría capaz de vivir si no fuera artista”. Genaro utilizó entonces una idea en boga entre los jóvenes intelectuales: el arte como transformación de lo real en imágenes ideales, apolíneas. Hombre romántico, inspirado también en Wagner, D’Annunzio abraza sin

¹¹⁵ “Notas de la semana”, firma Katón, *El Tiempo Ilustrado*, domingo 29 de marzo de 1908, pp. 194-195.

limites la vida intensa y contradictoria. El artista, ser superior, abarca de una ojeada el conjunto grandioso de la vida,

pero lejos de buscar el aniquilamiento para libertarse de ella, sabiendo que el mayor bien que tiene, es la consciencia de su personalidad, aun de su personalidad doliente, se yergue y dice a esa vida cruel: ¡Te adoro, porque ahora eres para mí y por mí! ¡Hoy, por un momento que me hace gozar, me hace sufrir sin término, pero quien sufre, soy yo, que me siento diverso de todo lo demás! Todo el universo es en función mía: ¡los luminares del cielo existen para alumbrarme, la tierra para sostenerme, el campo florece para apaciguarme, corren por él las aguas para adormirme, y los montes son silenciosos para convidarme a la meditación! ¡Hoy Soy!

Vemos en Genaro otra forma de desarrollar el tema del individualismo, presente en las conferencias previas de sus compañeros, siempre como tema de los grandes innovadores, creadores atormentados. La figura de D'Annunzio le sirve para exponer en qué consiste el pesimismo como carácter artístico. Por su boca habla el poeta: “El presente es mío, y quiero imponerle mi Yo como un sello real; el futuro... ¡el futuro no existe!” El pesimismo es signo de los tiempos. El mal de D'Annunzio, dice Genaro al final, “es el de una generación entera, ávida de verdad y de bien y consciente de la relatividad de ambos; que ama de la vida la belleza real o soñada que en ella ve, y que al desaparecer, exclama como gladiadores que debían sucumbir ante el César impasible: ¡Los que va a morir te saludan!”¹¹⁶

Una sola nota periodística hallé sobre la conferencia. *El País* refirió brevemente cómo había analizado Fernández MacGregor al poeta. Con un sesgo moralista, el periódico comentaba: “Gabriele d'Annunzio, es considerado como un intelectual poderoso en toda Italia; pero moralmente es un degenerado. Así ha sido considerado por un psicólogo notable, cuya opinión fue aceptada por el Lic. Fernández.”¹¹⁷

El miércoles 8 de abril, Isidro Fabela, nueva incorporación al equipo de la Sociedad de Conferencias (como Genaro) y que un par de días antes había realizado con éxito su examen profesional en Jurisprudencia, habló sobre José María Pereda. Este escritor, nacido en la provincia de Santander, en 1833, fallecido el primero de marzo de 1906, es considerado el principal representante de la novela costumbrista y la novela regional en España. Nació en una

¹¹⁶ “D'Annunzio (Fragmentos de una conferencia)”, en *Revista Moderna de México*, mayo de 1908, pp. 141-150. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pp. 293-304.

¹¹⁷ “La conferencia de anoche”, *El País*, jueves 2 de abril de 1908, p. 2.

familia católica tradicionalista, vinculada al trabajo en el campo y la ganadería. Ganó prestigio con su primer libro, *Escenas montañosas* (1864). A partir de entonces los éxitos se hilvanaron con sus libros (*Tipos y paisajes*, *Bocetos al temple*, *Peñas arriba*, *Pachín González*, etc.). Cultivó numerosas amistades literarias e hizo algunas incursiones en la política. En la parte final de su vida sufrió el suicidio de su primogénito, lo que agravó sus padecimientos nerviosos.¹¹⁸

No es extraño que Isidro eligiera a Pereda para su conferencia. También él había crecido en una familia tradicionalista y ligada al campo, lo cual se reflejó en sus primeras producciones literarias. Puesto que no conocemos el texto de la conferencia, recurramos a una reseña que relata algo de su contenido. En su primera plana y con titulares grandes, *El País* informó de la cuarta sesión de la serie. En varios párrafos expuso quién había sido Pereda, “uno de los más ilustres escritores de España”, apoyándose en el juicio de eruditos españoles y resaltando asimismo su fe cristiana. El licenciado Fabela, se dice, analizó la obra de Pereda, considerándolo “el más grande de los estilistas modernos.”

Solamente un genio abierto á todo lo grande que hay en la Naturaleza pudo legarnos, dice el conferencista, esos prodigios de descripciones inimitables, que hace de las enhiestas montañas de Tablanca, cuyas inmensas llanuras van á besar sus orillas las olas crecidas y mugientes del cantábrico.

Dijo, además, el joven Fabela, que las novelas del escritor santanderino, no incitaban la curiosidad por medio de tramas rebuscadas; y que si se leen con profundo deleite, es porque en sus páginas, vibrantes, de calor y de vida, palpita el espíritu grande y noble del artista que estudió, comprendió y sintió á la Naturaleza.

Al terminar de hablar el conferencista, la concurrencia selecta que llenaba por completo el salón, le tributó un prolongado aplauso.¹¹⁹

Faltaba la última conferencia, la de Rubén Valenti sobre “Arte, ciencia y filosofía”, programada para el 22 de abril. No se realizó, así que con la disertación de Isidro Fabela terminó el segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias.

Las cartas de Pedro a Max, quien después de su participación regresó a Monterrey, ofrecen detalles importantes sobre las pláticas. El 6 de abril le escribía que la conferencia de

¹¹⁸ Véase Madariaga de la Campa, B., *José María Pereda y su tiempo*, Ayuntamiento de Polanco, Polanco, España, 2003.

¹¹⁹ “La conferencia de anoche”, *El País*, 9 de abril de 1908, p. 1.

Genaro había sido “un éxito mediano”, el grupo Belén no asistió y como el interesado no se preocupó por publicitarse, fue menos gente que a la anterior.¹²⁰ La conferencia duró una hora y causó buena impresión. “Me convenzo”, decía, “de que es un magnífico estudio, superior a alguna que otra conferencia de las anteriores.” En la graduación de Isidro Fabela, seguía Pedro, estuvieron algunos de “nosotros”, Belem “sin sus jefes” y “muchacha chusma estudiantil”. El joven pensaba invitar a “gente elegante” para su conferencia, y, además, había quedado de mostrarle el texto a Pedro antes. Valenti se examinaría la misma semana en que estaba programada su plática, por lo que la había pospuesto. “Creo que a fin de cuentas no la dará”, presagiaba el dominicano.¹²¹

El 19 de abril, al día siguiente de la conferencia de Fabela, Henríquez Ureña escribió a su hermano que hubo poca gente, pero selecta. Mujeres de la aristocracia, familiares y amigos de Fabela, así como más concurrencia de Belem. Aunque lo cierto era que no pasaban de diez las personas “exigentes” en el auditorio. La música, a cargo de Tinoco, estuvo muy mal. “La conferencia duró media hora [fue muy corta, pues las conferencias solían prolongarse bastante más de una hora], y no me la esperaba tan mal. No tuvo absolutamente nada; porque aún el estilo oscilaba entre la elegancia y el descuido.” En sus *Memorias*, Pedro la califica de “menos que mediana”. Fue el “desastre más completo”, sentenciaba en la carta y agregaba que por fortuna no había estado Ricardo Gómez Robelo. Adelantaba que ya había logrado que la *Revista Moderna* publicara el texto de Fernández MacGregor.

En la misma carta, Pedro evaluaba: “Creo que por ahora no pensaremos en más conferencias. Las dificultades con que se tropieza son insuperables. No solo es casi imposible obtener pianistas, sino que no se cuenta con la prensa y por lo tanto, no se cuenta con público.” Recordaba que el éxito de la primera serie se había debido a la insistencia de *El Diario*.¹²² Además, los mismos conferencistas no se esforzaban en promocionar sus presentaciones. El dominicano añadía que ese día había estado hablando con José María Lozano (uno de los “jefes” de Belem), quien “tiene algunos proyectos que presentará hoy.” Las reuniones del grupo

¹²⁰ Los miembros de la Sociedad de Conferencias tenían una mala opinión en cuanto a asuntos intelectuales respecto al gremio de los abogados, el “grupo Belén”. No obstante, tenían muchos e importantes vínculos que se vieron reforzados en la manifestación Barreda. Además, como dan a entender los comentarios de Pedro, el grupo Belén era importante como parte del auditorio de las conferencias.

¹²¹ Pedro a Max, México el 6 de abril de 1908. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 461.

¹²² Pedro a Max, México, 9 de abril de 1908, *Ibidem.*, pp. 463-464.

continuaban, con todo y las molestias de Pedro, y en ellas Lozano manifestaba bastante iniciativa. Esta relación, empero, se debilitaría meses más adelante.

Dadas las dificultades organizativas, fue un logro que se realizara el ciclo de conferencias. Pero no fue un gran éxito. Los periódicos prestaron mínima atención. Es seguro que los diarios oficiosos y los católicos de oposición tenían bien presente la actuación de estos jóvenes en la jornada por Barreda. En contraste, por ejemplo, durante esos meses las sesiones del Liceo Altamirano fueron siempre muy bien reseñadas. El ciclo del Conservatorio no superó el éxito de la primera serie. La última disertación ni siquiera se efectuó.

Sin embargo, la serie del Conservatorio sirvió para sostener la vida del grupo, las amistades intelectuales y la colaboración entre los jóvenes. Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Ricardo Gómez Robelo y Pedro Henríquez Ureña se consolidaron como el cuerpo director: tomaban las decisiones y ejecutaban los planes, establecían estrategias, decidían quién y cómo se integraba al grupo. Por Henríquez Ureña conocemos detalles precisos de este funcionamiento colectivo.

En cuanto a producción de conocimiento, las conferencias no eran desdeñables. Muestran una gama coherente de preocupaciones e interpretaciones. Resalta la recurrencia, como el año anterior, de ocuparse de pensadores y artistas de excepción, varios de ellos encarnaciones de la modernidad disidente. Puede decirse, como algunos estudios de la generación del Ateneo sugieren, que se trataba de la sublimación del impulso de una rebeldía a la que no podían dar rienda suelta dentro de la dictadura. La manifestación Barreda muestra que en realidad los jóvenes sí tenían manera de expresar esa rebeldía, jugando precisamente dentro y con las reglas del régimen. Lo cierto es que al ocuparse de intelectuales de ese tipo, los jóvenes seguían la voluntad de darse singularidad, una personalidad fuerte y propia. Así adquiere pleno sentido el hecho de que las conferencias no fueron elogios reverentes o superficiales, sino ejercicios críticos. La admiración por los poetas y filósofos “desviados” es una de las facetas, una de las fuerzas que animaban a los jóvenes, junto con la crítica al positivismo, la adopción de nuevas corrientes de pensamiento, los estudios griegos y la literatura.

Los jóvenes aglutinados en torno a la Sociedad de Conferencias estaban desarrollando una personalidad nueva en el panorama cultural de México. A dos años de *Savia Moderna*, su presencia pública era mayor y más importante. Habían avanzado en cohesión interna, organizativa e intelectual, a través de dos grandes jornadas de protesta y dos series de conferencias. En ese proceso se formó un núcleo de poder propiamente intelectual, el grupo corto, cuya autoridad se dejaba sentir dentro del círculo amplio de jóvenes interesados en cuestiones literarias, artísticas y filosóficas.

Estaban llegando a un momento definitivo de maduración, individual y colectiva, intelectual y social. Si bien muchos no deseaban orientar su vida hacia la política (Pedro Henríquez Ureña uno de los más claros en ello), su propio deseo de libertad intelectual, su propia voluntad de *ser* en el espacio público, los estaban llevando a empresas cercanas a la política. La manifestación en honor a Barreda fue su bautizo de armas en política grave, de dimensiones amplias, de consecuencias importantes. Vieron de lo que eran capaces, lo que podían lograr y el tipo de conflictos que tendrían que enfrentar por esa vía. A partir de entonces, debido al contexto ya fuertemente marcado por la sucesión presidencial de 1910, la política sería un elemento ineludible, central y problemático dentro de su dinámica colectiva.

Capítulo 6. Entre los furores de la política

Los jóvenes intelectuales mexicanos habían mantenido una vida colectiva continua e intensa durante 1907 y 1908. Protagonizaron batallas públicas (la manifestación en desagravio del Duque Job y la jornada en honor a Gabino Barreda) y desarrollaron una sinergia intelectual cuyas expresiones más importantes fueron las dos series de conferencias. En la segunda mitad de 1908 y la mayor parte de 1909 no realizaron nuevas empresas colectivas. Hubo cierta dispersión de los jóvenes en cuanto a proyectos intelectuales colectivos.

Esa dispersión se debió a dos factores principales. Por un lado, los jóvenes entraban en la edad madura, acercándose a los treinta años (en algunos casos sobrepasándolos). Era el tiempo de establecerse, dar solidez a una carrera, prosperar económica y socialmente. Se fueron integrando a la esfera laboral, sobre todo en instituciones públicas (en el área del Ministerio de Instrucción Pública, en los juzgados y otras instituciones no tan vinculadas a cuestiones culturales). No tenían mucho tiempo que dedicar a nuevas tareas como grupo. Por otro lado, la inquieta situación política, originada a partir de principios de 1908 con las disputas en torno a la educación, la “política de conciliación” con la Iglesia católica y las declaraciones de Porfirio Díaz a James Creelman, no fue muy propicia para llevar adelante sosegados proyectos intelectuales. Las disputas partidarias atraieron a muchos de los jóvenes, que veían en el panorama oportunidades de ascenso o bien se sentían llamados a ser partícipes en las discusiones y pugnas en torno al futuro político de la nación.

En este capítulo se abordan las distintas tensiones provocadas por la política dentro del entramado de la nueva generación intelectual. Algunos de los jóvenes (Pedro Henríquez Ureña entre ellos) decidieron mantenerse al margen de las disputas. Muchos otros engrosaron las filas del oficialismo en apoyo a la candidatura vicepresidencial de Ramón Corral. Otros hicieron lo propio a favor de la candidatura “popular” del general Bernardo Reyes. Unos pocos, como José Vasconcelos, se integraron al nuevo actor político, el movimiento antirreeleccionista dirigido por Francisco I. Madero. La política provocó alejamientos y reagrupamientos de los jóvenes intelectuales. El ambiente político llegó a su punto crítico en julio de 1909, cuando se decidió la derrota del movimiento reyista.

Entre los furores de la política y la tendencia a la dispersión de los esfuerzos intelectuales, los más cercanos a la Sociedad de Conferencias (Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso, Jesús T. Acevedo y otros más) persistieron en los estudios y proyectos intelectuales. Con dificultades y de manera accidentada, pero continuó el trabajo en “grupo corto”. Importa analizar el funcionamiento de este grupo pequeño ya que su constancia hizo posible una nueva empresa cultural colectiva a finales de 1909, el Ateneo de la Juventud, en el cual convergió de nuevo el grupo amplio de la “juventud pensante” de la ciudad de México.¹

I. El impulso de la juventud

Después de la campaña en honor a Barreda

Algunos de los noveles intelectuales figuraron de manera individual en eventos públicos. El 2 de mayo de 1908 Ricardo Gómez Robelo fungió como “Sostenedor” de los Juegos Florales de Santa María, presididos por Federico Gamboa, cosechando algunos elogios en las crónicas de los diarios.² Ricardo, ya titulado, trabajaba desde 1907 como abogado defensor de oficio, había publicado un libro de versos (*En el camino*, 1906) y desempeñaba un fuerte papel dentro del grupo de la Sociedad de Conferencias. Ya estaba casado y en ese 1908 nacería su primer hijo.

El domingo 3 de mayo, en la Cámara de Diputados, el presidente Porfirio Díaz entregó los premios anuales a los alumnos de las escuelas profesionales, entre ellos, Antonio Caso, que ese año se graduaría.³ En la ceremonia, Nemesio García Naranjo recitó un poema que fue elogiado en la prensa del día siguiente. Según Henríquez Ureña, su composición estaba “llena de ganchitos”. Animó “a la juventud a meterse en luchas, y acabó diciéndoles a los viejos que debían honrarla. Esto lo dijo volviéndose de frente a D. Porfirio & Company (todo el ministerio). A Limantour parece que no le sedujo, aunque lo comentó con sonrisa, como siempre. A D. Justo le bailaba el

¹ La fundación del Ateneo de la Juventud es materia del siguiente capítulo.

² La mayoría de los diarios consignaron los Juegos Florales de Santa María. Véase por ejemplo, “Brillante fiesta en el casino de Santa María”, *El País*, 3 de mayo de 1908, p. 2.

³ Sobre la entrega de premios, “Los triunfos de la ciencia”, *El Imparcial*, 3 de mayo de 1908, pp. 1 y 2.

gozo en el cuerpo, y el imprudente de Corral estaba entusiasmadísimo. Ese hombre no comprende!”⁴ Los “ganchitos” a los que se refiere Henríquez Ureña son estos:

Pesa sobre los viejos veteranos
De la muerte el arcano inevitable;
Mientras tú, juventud indescifrable,
Penetras de la vida á los arcanos.
[...]
Por eso ama en la ciencia los afanes
De verdad, y en la guerra los clamores
[...]
Por eso, si algún día, el viejo atrida
Ciñe otra vez su olímpica armadura
Y con voz estruendosa te convida
A buscar en la guerra una aventura,
¡Despierta, juventud! y las olivas
Deja por los aceros arrumbados;
Y desata tus ráfagas cautiva
Hasta dejar los cielos despejados!⁵

Nemesio no tomó parte en la manifestación por Barreda, pero en su poema “A la Juventud” expresaba bien el impulso de los jóvenes. Profetizaba y clamaba por un cambio generacional, urgiendo a los jóvenes a tomar carta abierta en las batallas políticas que lejos estaban de terminar.

En el inicio de ese mes de mayo, Carlos González Peña perdió su tribuna periodístico literaria en *La Patria*, luego de que Ireneo Paz vendiera su diario por 20 mil pesos a Emeterio de la Garza jr. Las páginas del medio ahora se consagraron casi por completo a los asuntos políticos, en una línea muy porfirista y haciendo promoción de su nuevo dueño y director. El diario pretendía “modernizarse” y, después de un par de meses, se jactaba de haber alcanzado un tiraje de 19 mil ejemplares, superando a todos los diarios de la capital, a excepción de *El Imparcial* y

⁴ Pedro Henríquez Ureña a su hermano Max, México, 4 de mayo de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 470.

⁵ “A la juventud”, *Revista Moderna de México*, junio de 1908, pp. 216-217.

El Heraldito.⁶ González Peña pronto encontró otro espacio. Obtuvo el empleo de cronista literario en el semanario *El Mundo Ilustrado*, de muy amplia distribución. Mientras que, con el cambio en *La Patria*, Ricardo Gómez Robelo ingresó en este medio como redactor.

Carlos González Peña dedicó una de sus últimas colaboraciones en *La Patria* a enaltecer los triunfos de dos jóvenes dramaturgos, Marcelino Dávalos y José J. Gamboa. El primero, que ya tenía en su haber algunos triunfos teatrales, preparaba dos obras: “Así pasan...” y “Jardines trágicos”. González Peña había conocido estas obras en una sesión de lectura en el estudio de Dávalos y les auguraba mucho éxito. En esa reunión también se había leído la comedia “El día del juicio”, reciente producción de J. J. Gamboa, cuyas obras dramáticas se habían estado publicando por entregas en *La Patria*.⁷

Dentro de la amplia esfera que dominaba la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, se encontraba el Museo Nacional. Ahí, Nemesio García Naranjo era estudiante pensionado de Historia (30 pesos mensuales) desde 1906. Luis Castillo Ledón obtuvo también una pensión para estudiar en ese lugar, en 1908, además del nombramiento de auxiliar del Jefe de Publicaciones. García Naranjo más tarde sería secretario del Director.⁸

Otro espacio laboral, además de las publicaciones periódicas e instituciones como el Museo Nacional, eran los juzgados de la capital. Ahí los jóvenes podían hacer carrera como abogados y labrarse un nombre público. Ricardo Gómez Robelo, a mediados de 1908, tomó parte en el resonante juicio contra Jesús Negrete, “El Tigre de Santa Julia”. Podemos conocer, siguiendo un poco sus pasos, el funcionamiento de ese ambiente donde el Grupo Belén practicaba una vía de ascenso social.⁹

El “Tigre de Santa Julia”, acusado de numerosos robos y homicidios, fue defendido por el licenciado Carlos Bolina. Ricardo asumió la defensa de uno de sus cómplices, Marciano Cornejo, y otros miembros de “Belén” se hallaban del mismo lado (Hipólito Olea, Carlos Urbina, José

⁶ Sobre el cambio en el periódico, véanse el número del 30 de abril, de despedida de Ireneo Paz, y el del 1º de mayo, a cargo de Emeterio de la Garza. Al año siguiente *La Patria* volvería a las manos del viejo liberal.

⁷ “Juventud literaria. Nuestro teatro. Marcelino Dávalos y José J. Gamboa”, *La Patria*, 3 de abril de 1908, p. 1.

⁸ “Prólogo”, de Fernando Curiel, a *El crepúsculo porfirista. Memorias de Nemesio García Naranjo, La serpiente emplumada*, 10, Factoría Ediciones, México, D. F., 1998, pp. XIX-XX. Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*, tesis de Maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, p. 172.

⁹ Pedro Henríquez Ureña a veces se refiere al Grupo Belén directamente como a los abogados que comandaba José María Lozano; otras, parece hablar más de los abogados litigantes en general, entre los cuales había varios jefes. El Grupo Belén incluiría a José María Lozano, Hipólito Olea, Jesús Urueta, el juez Telésforo Ocampo y muchos otros.

María Záyago y Jesús Urueta). La parte acusadora correspondió a José María Lozano, como Agente del Ministerio Público. El 13 de junio el jurado condenó a “El Tigre de Santa Julia” a la pena de muerte y a sus cómplices a varios años de prisión. En el inicio de esa sesión, el juez Telésforo Ocampo reprendió a Gómez Robelo por considerar que mostraba desconocer la ley. Para los abogados defensores no fue un buen caso. En una caricatura en *El Imparcial* se indicaba que “El Tigre” había sido sepultado por sus abogados.¹⁰

En septiembre inició el juicio público en contra de Francisco Guerrero, “El Chalequero”, cuya defensa corrió a cargo de José M. Sáyago y Ricardo Gómez Robelo. Guerrero, que pasaría a la historia catalogado como uno de los primeros asesinos seriales en México, había reincidido después de haber purgado ya una condena por la violación y asesinato de varias mujeres. Al iniciar las audiencias, el miércoles 2 de septiembre, Gómez Robelo presentó un ocurso pidiendo la revocación del auto, ya que no había tenido nunca a la vista la causa contra su defendido. El presidente de los debates, de nuevo Telésforo Ocampo, rechazó su petición y le impuso una multa de 50 pesos por intentar una maniobra “frívola” e improcedente.

Al día siguiente, Ricardo pidió que el juez Ocampo se excusara de dirigir las audiencias, pues, según una prueba que tenía en sus manos, ya había manifestado una opinión sobre la suerte final del acusado. Ocampo lo mandó desalojar y, como insistiera, ordenó que lo arrestaran por ocho días. La prueba que blandía Gómez Robelo era el texto de una apuesta firmada entre el abogado Sáyago y el juez Ocampo, en la que éste aseguraba que condenaría a Francisco Guerrero. El juicio culminó el viernes 4 de septiembre, con la condena a muerte de “El chalequero”. Según las quejas del licenciado Sáyago, el encarcelamiento de su compañero impidió una buena defensa, ya que Gómez Robelo se encargaría de desarrollar el principal alegato en favor del acusado. Ricardo, gracias a un amparo presentado por Hipólito Olea, pudo salir ese mismo viernes de la cárcel.¹¹

¹⁰ “El jurado de ‘El Tigre de Santa Julia’ ”, *El Imparcial*, 12 de junio de 1908, p. 1 y 4; “Llegamos al último acto del sensacional jurado”, *El Imparcial*, 13 de junio de 1908, p. 1 y 8; “El ‘Tigre de Santa Julia’ fue sentenciado a la pena capital”, *El Imparcial*, 14 de junio de 1908, p. 1 y 8, y la caricatura en la página 2.

¹¹ “El Chalequero en Jurado. Principian las audiencias en este juicio”, *El Imparcial*, 3 de septiembre de 1908, p. 7; “Se abre el jurado de ‘El Chalequero’ con un incidente de gran sensación”, *El Imparcial*, 4 de septiembre de 1908, pp. 1 y 8; “‘El Chalequero’ pagará con su vida su ya larga cadena de crímenes”, *El Imparcial*, 5 de septiembre de 1908, pp. 1, 4 y 8. Tomo como base los reportes amplios de *El Imparcial*, pero la mayoría de los diarios se ocuparon de este proceso, como también del de Jesús Negrete.

El asunto fue un escándalo y durante varios días la prensa criticó la inmoralidad de los encargados de procurar la justicia. *La Patria* defendió a su redactor y fue muy incisivo contra Ocampo y Sáyago, señalando que el asunto había sido una “chicana” en la que el único perdedor fue Ricardo. En una carta publicada en *La Patria* del día 4 de septiembre, Gómez Robelo explicaba que su conducta había estado dentro de la ley y denunciaba los abusos del juez Ocampo. El día 10, el periódico informaba que el joven abogado había renunciado a su empleo al saber que en el Ministerio de Justicia se le responsabilizaba del escándalo. *El Tiempo* aseguraba que Ricardo había sido destituido, versión que el abogado desmintió a través de otra carta en *La Patria* del día 5, donde además confesaba que presentó la famosa apuesta por instrucción de su superior Sáyago y porque consideró que la acción era “procedente”. No me corresponde, añadía, comentar las medidas que haya usado el abogado Sáyago para “inducir” al juez Ocampo a que aceptara la apuesta.¹²

El papel desafortunado de Ricardo le cayó muy mal a Pedro Henríquez Ureña. En una carta a su hermano Max, de fines de septiembre, situaba a Ricardo dentro del “grupo Belén”, que se había convertido “en una verdadera pandilla”. Comentaba el caso judicial, afirmando que el Ministerio había destituido a Gómez Robelo, quien se refugió en la jefatura de la dirección de *La Patria* para publicar “pueriles” defensas que desdecían “mucho de sus poses morales”. El episodio provocó el alejamiento del dominicano respecto a Gómez Robelo, para quien hasta entonces no había tenido sino muy buenas opiniones.¹³

Pedro daba otras noticias a su hermano. Antonio Caso sostenía un noviazgo con la sobrina de un general, pero los del grupo querían que no se casara todavía. A Marcelino Dávalos se le había dado un banquete el 1º de septiembre por su nombramiento como Secretario de Gobierno de Quintana Roo y por el éxito de la representación de su obra “Así pasan...”. Habían concurrido personalidades como Federico Gamboa, Manuel Puga y Acal, Victoriano Salado Álvarez, Rafael de Alba, Rodolfo e Ignacio Reyes, José López Portillo, etc.

¹² “Tremendo escándalo en el Palacio de Justicia Penal”, *La Patria*, viernes 4 de septiembre de 1908, p. 1 y 4; “‘El Chalequero’ ha sido condenado á muerte”, *La Patria*, 7 de septiembre de 1908, p. 2; “Continúa el escándalo en Belén. El Lic. G. Robelo presenta su renuncia”, *La Patria*, jueves 10 de septiembre de 1908, p. 1; “Destitución del Lic. Gómez Robelo”, *La Patria*, 11 de septiembre de 1908, pp. 1 y 2.

¹³ Henríquez Ureña abundaba más sobre el grupo Belén. Rafael Zubarán, amigo íntimo de José María Lozano, había sido electo diputado. Ambos, al calor de las copas, discutieron porque Lozano decía tener más méritos para un puesto de esa importancia. Jesús Urueta, que estaba con ellos, logró calmarlos, pero luego se citaron en Chapultepec, se liaron a golpes y Lozano fue a parar a la cárcel, de donde luego fue sacado por Rodolfo Reyes mediante el pago de su fianza. Pedro a Max, México, 25 de septiembre de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 474-475.

Le relataba que había ido de excursión con Alfonso Reyes y Luis MacGregor (primo de Genaro Fernández MacGregor) a Tepozotlán. De regreso en la ciudad de México presenciaron la manifestación estudiantil de antorchas del día 16 septiembre, con discursos de los representantes de Jurisprudencia, Medicina y la Preparatoria. El de Medicina y el preparatoriano, “Martín Guzmán”, dice, estuvieron “banales”. Henríquez Ureña se refiere así, por vez primera, a Martín Luis Guzmán, quien se convertiría en uno de los escritores más importantes de la generación del Ateneo.¹⁴ Cabe agregar que en las conmemoraciones patrias de ese año, Alfonso Reyes también tomó parte, como uno de los estudiantes que hablaron en la ceremonia de homenaje a los Niños Héroes, acto presidido por el presidente Díaz el 8 de septiembre.¹⁵

Los estudiantes organizaron otros eventos para las fiestas patrias: una velada en el Teatro Arbeu el día 22, en la que Jesús Urueta dio un discurso y Luis G. Urbina recitó un poema, y una manifestación en honor del Licenciado Francisco Primo de Verdad. Entre los organizadores no se hallaban los jóvenes de la Sociedad de Conferencias, pero dos de ellos fueron protagonistas en el segundo acto. La mañana del domingo 4 de octubre, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y con la presencia de Porfirio Díaz, se conmemoró el centenario luctuoso del precursor de la Independencia Primo de Verdad. Antonio Caso ofreció el discurso principal, que los diarios elogiaron sin dar casi detalles de su contenido. Nemesio García Naranjo, de nuevo, declamó un poema que fue muy celebrado. Un diario lo señaló como “el poeta de los estudiantes”, pues era el más comprendido y querido por los jóvenes.¹⁶

Los actos estudiantiles recibieron franco apoyo oficial. Sin embargo, Martín Luis Guzmán, en un escrito autobiográfico de varias décadas después, narra las complicaciones que enfrentaron. Los organizadores tuvieron que recorrer varias instancias hasta llegar al Presidente. Se dirigieron a los directores de las escuelas, luego a las autoridades de Instrucción Pública, incluido el Ministro Sierra, quienes les indicaban algo similar: que nada había de malo en sus planes, pero que tenían que “consultar”. Por fin el general Díaz los hizo llevar ante él y después de escucharlos dio su autorización. Pero les previno: “tengan mucho cuidado, mucho cuidado; porque hay en este pueblo atavismos dormidos que, si alguna vez despiertan, no surgirá ya quien

¹⁴ *Ibidem.*, pp. 474-476. La noticia del banquete a Marcelino Dávalos en *El Imparcial*, 2 de septiembre de 1908, p. 3.

¹⁵ “El señor presidente de la república depositó ayer una ofrenda floral. Solemne ceremonia en el Bosque de Chapultepec”, *El Imparcial*, 9 de septiembre de 1908, pp. 1 y 8.

¹⁶ “Ante el Señor Presidente. Se efectuó la manifestación en honor del Lic. Verdad”, *La Patria*, lunes 5 de octubre de 1908, p. 1.

sepa someterlos.”¹⁷ La admonición del dictador fue recogida por un diario, que informaba sobre esa audiencia ocurrida el 3 de septiembre. Díaz les había dicho a los muchachos: “Somos revolucionarios por atavismo [...] Aconsejad á vuestros compañeros que tengan encomendado el uso de la palabra, que lo hagan convenientemente, sin las exaltaciones que conducen á los desordenes.”¹⁸

Según los recuerdos de Guzmán, la manifestación de antorchas congregó a más de dos mil estudiantes, un número extraordinario para la época. El desfile “alcanzaría a iluminar a la vez todo el trayecto comprendido entre el Zócalo y Guardiola, o sean las seis cuabras –hoy Avenida Madero– de Plateros, la Profesa y San Francisco.” La manifestación partió de la Escuela de Medicina, se detuvo frente al monumento a la Corregidora de Querétaro, donde se dio el primer discurso. En la Plaza de la Constitución, Manuel Puig Causarac recitó un poema dedicado a Hidalgo. La tercera estación fue en la avenida de los Hombres Ilustres, hoy avenida Hidalgo, a un costado de la Alameda. Guzmán habló sobre Morelos, a quien pintó “como el héroe incomparable del sentido social de la lucha por la independencia”. Por último, en el jardín de San Fernando, Hipólito Olea enalteció la perseverancia de Vicente Guerrero.¹⁹ Martín Luis señala que su participación como orador ese día “permitió que me ‘descubriera’ Jesús T. Acevedo”.²⁰ Así inició el acercamiento del joven preparatoriano con el grupo de la Sociedad de Conferencias.

En su peroración, Guzmán elogió la lucha patriótica de Morelos contra todo tipo de egoísmos. Exaltó la religión de la Patria, tan importante para “nosotros que nos decimos intelectuales y que afinamos nuestra sensibilidad en el hálito de los libros que tiene inflexiones divinas como la luz que envuelve á la Jerusalem cristiana.” Y también para el pueblo: “tú que por

¹⁷ “Apunte sobre una personalidad”, Martín Luis Guzmán, *Obras completas I*, México, FCE, INEHRM, 2010, pp. 471-472.

¹⁸ “El señor presidente y los estudiantes”, *La Patria*, 7 de septiembre de 1908, p. 1. La doble cita importa porque Susana Quintanilla, al examinar este episodio, en que como ella indica hay mucho de leyenda por parte de Guzmán, considera improbable la respuesta de Díaz. Cfr. *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la revolución mexicana*, México, D. F., Tusquets editores, 2009, p. 77.

¹⁹ “1908”, de Martín Luis Guzmán, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 467-468.

²⁰ “Martín Luis Guzmán”, en Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Segunda Serie de Lecturas Mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 78.

misterioso mandato eterno vives y vivirás uncido á la noria del trabajo; tú que en la callosidad de las manos llevas impresos los más altos timbres que te honran.”²¹

En su interpretación posterior, Guzmán evaluó la procesión de antorchas como un segundo momento de emancipación estudiantil, siendo el primero la jornada en honor de Barreda realizada en marzo. Ambas manifestaciones, para él, señalaban a su generación como nexo histórico entre las conquistas de la Reforma y la revolución de 1910.²² Hay que precisar que las dos manifestaciones tuvieron la aprobación y el apoyo gubernamental. Las de septiembre no tuvieron el arrojo, casi subversivo, de la manifestación Barreda, ni suscitaron el entresijo de intenciones políticas y controversias en la prensa que ocurrieron de marzo a abril. No obstante, la amplitud e intensidad de las jornadas de septiembre eran parte de un mismo oleaje de agitación estudiantil, que se produjo a principios del año y que se mantendría los años siguientes. En ese sentido, se puede aceptar la afirmación de Alfonso Reyes, que concibe la manifestación Barreda como expresión (la “primera señal”) de una “conciencia pública emancipada del régimen”.²³

La afición por Grecia

Pedro Henríquez Ureña publicó poco durante 1908: “Días alcióneos”, su discurso de la jornada Barreda, el prólogo a la edición de *Ariel* y unos cuantos artículos más. Su primo Enrique A. Henríquez, de visita en México el mes de abril, lo presionó para expresarse en contra del proyecto de construir la torre de la antigua catedral de Santo Domingo, que desde principios del siglo XVI había quedado inconclusa. Escribió entonces “La Catedral”, artículo publicado en el mes de agosto de la *Revista Moderna*, donde, usando metáforas arielistas, reprobaba la pretensión de completar aquella obra sin la sabiduría y el estudio necesarios. “¡Detén la mano, Calibán: ya es tiempo!”, exclamaba, “eres siempre Calibán; ignoras hasta tu incapacidad.” Defendía la Catedral como símbolo de la memoria histórica y trágica de los dominicanos.

²¹ “Discurso pronunciado por el señor Martín Luis Guzmán en la manifestación de estudiantes”, sin datos de publicación, AHCM, PHU, caja 2 sin clasificar, álbum de recortes. Este texto no figura en las *Obras Completas* del escritor.

²² “1908”, de Martín Luis Guzmán, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 467-468.

²³ Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas, tomo XII*, pp. 208-209.

Sus vicisitudes han sido las mismas de la tierra desdichada que la sustenta. La prematura decadencia de la colonia la dejó sin torre; los piratas le arrebataron sus esculturas; la barbarie piadosa borró la pintura sacra de sus columnas, destruyó la clásica sillería de su coro, manchó de amarillo sus muros exteriores y blanqueó su interior como sepulcro de fariseo; el fanatismo por la memoria del Descubridor la ha convertido en asilo de inartística mole de mármol.²⁴

La insistencia patriótica del primo alcanzó a Max y a Alfonso Reyes, quienes publicaron sendas poesías en defensa de la catedral. Más adelante, Pedro se ocupó de otro asunto dominicano, el libro “Galaripsos” del poeta Gastón Deligné. Dio a la *Revista Moderna de México* el largo artículo donde se ocupaba del estilo, la personalidad y la evolución del poeta de su tierra, en quien veía la expresión estética más interesante desde hacía muchos años.²⁵

Tradujo del francés una ponencia del peruano Francisco García Calderón presentada en el reciente Congreso de Filosofía de Heidelberg y publicada en la *Revue de Metaphysique et de Morale* de París. El artículo, en el que se exponían los cambios de las ideas filosóficas en América Latina en los últimos tiempos, apareció en la *Revista Moderna* de noviembre, acompañado por notas extensas en las que Henríquez Ureña no se contentaba con ampliar o apoyar las ideas del autor, sino que en algunos puntos las discutía.²⁶

En esa misma edición de la *Revista Moderna de México* apareció su “Marginalia. El exotismo”, donde criticaba la afición por lo pintoresco (“los artificiosos y socorridos moldes de ‘color local’”) despertada por el romanticismo en las literaturas de Europa occidental. El problema de esta tendencia era que implicaba “una falsa concepción estética, cuya influencia sólo puede darnos desnaturalizaciones de las épocas clásicas”. El error es concebir el arte sólo y principalmente como placer o entretenimiento. No obstante, concedía, “el gusto de lo pintoresco y lo característico, al dirigir sus preferencias hacia las descripciones y las imágenes [...] ha dado nueva vida ‘total’ a las antiguas obras, demostrando que pueden subsistir íntegras tanto por su

²⁴ “La Catedral”, *Obras completas II (1909-1914)*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, pp. 39-41.

²⁵ “Galaripsos (Poesía de Gastón F. Deligne)”, *Revista Moderna de México*, octubre de 1908, pp. 87-94. Revisado y corregido fue incorporado en una edición del libro de Deligne, *Galaripsos*, Biblioteca Dominicana, vol. 3, Ciudad Trujillo, 1946.

²⁶ “Las corrientes filosóficas en la América Latina por Francisco García Calderón”. Memoria presentada al Congreso de Filosofía de Heidelberg, celebrado en septiembre de 1908 y publicada en la *Revue de Metaphysique et de Morale* de París. Traducción anotada por Henríquez Ureña para la *Revista Moderna de México*, noviembre de 1908, pp. 150-156.

interés humano como por todos sus mil detalles accesorios”. De cualquier manera, asentaba, el exotismo de mejor ley “ha preferido las traducciones a las falsificaciones”.²⁷

Como divertimento literario, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Antonio Caso publicaron imitaciones poéticas en el periódico *Tilí-Tilín* de noviembre y diciembre de 1908. Bajo el título “Poesía a la manera de...”, los versos pretendían reproducir el estilo de poetas del grupo amplio de amigos, como Nemesio García Naranjo o Manuel de la Parra, y modernistas mexicanos como Efrén Rebolledo. Corresponden a Pedro las composiciones: Alfonso Reyes, “Invitación pastoral”; Rafael López, “Flor de infamia”, y Luis G. Urbina, “Ingenua”. Los poemas aparecieron sin firma y, según Henríquez Ureña, fueron enviados al periódico anónimamente. Al parecer quería que el juego permaneciera en secreto.²⁸

El propósito lúdico no era tan simple, no solamente era una travesura jugada a los bardos del momento. Los versificadores anónimos realizaban un ejercicio y una ostentación de habilidad. El juego indica, además, una relación de complicidad en el “terceto inseparable”. Estas publicaciones eran parte del manejo del humor que, según los testimonios de los escritores de la generación, definía en gran medida la vida íntima del grupo.

A finales de 1908, Henríquez Ureña emprendió la traducción de *Estudios griegos* de Walter Pater para la *Revista Moderna*. En el número de octubre, al hacer la primera entrega, la revista señalaba que se debía al “aventajado escritor Pedro Henríquez Ureña, ya conocido de nuestros lectores”. Se planeaba terminar la publicación del folletín en diciembre de 1909, pero los fascículos se siguieron entregando junto con la revista hasta finales de 1910.²⁹ Pedro hacía una

²⁷ “Marginalia. El exotismo”, fechado en México, 1908, en *Cuna de América*, 25 de octubre, y en *Revista Moderna de México*, noviembre. En *Obras completas II (1909-1914)*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, pp. 31-32.

²⁸ “Alfonso Reyes.- ‘Invitación pastoral’ ” [poesía a la manera de...], *Tilín*, 22 de noviembre. Sin firma; “Rafael López.- ‘Flor de infamia’ ” [poesía a la manera de...], *Tilín*, 22 de noviembre, sin firma; “Luis G. Urbina.- ‘Ingenua’ ” [poesía a la manera de...], *Tilín*, 6 de diciembre, sin firma. AHCM, PHU, caja 2 sin clasificar, Album de recortes.

²⁹ “A nuestros lectores”, *Revista Moderna de México*, octubre de 1908, p. 128. Henríquez Ureña confiaba a Alfonso Reyes el plan del folletín en carta del 18 de enero de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, D. F., FCE, 2004, p. 124. En el número de agosto de 1910, p. 384, la revista anunciaba que con el número de septiembre irían los dos últimos fascículos de la obra. Recogida en un tomo, la traducción lleva fecha de 1908: Pater, Walter, *Estudios Griegos*, traducido para la *Revista Moderna de México* por Pedro Henríquez Ureña, México, Imprenta de Ignacio Escalante, San Andrés núm. 69, 1908. En el “Preliminar”, seguramente debido a Henríquez Ureña, se dice que Pater “no es sólo el más sorprendente estilista contemporáneo en lengua inglesa, sino también uno de los más profundos y sabios críticos-artistas modernos.” Se resaltaba que la traducción era “la primera en castellano de una obra completa de tan insigne escritor”, p. 3.

labor importante de difusión de este autor que lo había convertido al platonismo, ampliando así su influencia en muchos otros jóvenes intelectuales.

Los temas griegos seguían en el centro de los intereses del grupo corto. Henríquez Ureña era quien más textos publicaba al respecto. En un periódico de Santo Domingo, en enero de 1909, dio a la publicidad su “Crónica artística. La moda griega”, donde desarrolló sus puntos de vista sobre el auge de los temas griegos.³⁰ Se ocupaba de *La Grecia eterna*, reciente libro de Enrique Gómez Carrillo, escritor guatemalteco muy exitoso pero que entre los más avezados en cuestiones literarias pasaba por superficial.³¹ Pedro refería cómo Jesús Urueta, en sus conferencias en la Preparatoria sobre los poemas homéricos y la tragedia ática, y “a pesar de su erudición barroca y su documentación apresurada”, evocaba “vivamente aspectos del espíritu griego”. Uno de los entonces discípulos “salía de cada conferencia –según refiere hoy humorísticamente,– encendido en amor de las letras, y al llegar a su casa se entregaba apasionadamente a la lectura de... Gómez Carrillo.”

Pero ahora el guatemalteco había dado el salto inverso. En su libro, decía el dominicano, sin ser obra seria y a pesar de errores de erudición y pasajes flojos, llegaba a mostrar el auténtico mundo helénico. El libro constituía una muestra del extendido interés por la Grecia antigua, de lo cual Henríquez Ureña prodigaba detalles.

Desde el Renacimiento hasta nuestros días, es decir, desde el platonismo florentino hasta la resurrección del teatro al aire libre, no transcurre cuarto de siglo sin que en la Europa intelectual se suscite la cuestión helénica. En este momento puede observarlo quienquiera que siga, aunque sea de lejos y a prisa, el movimiento mundial, -los grandes autores que están de moda son Homero y Goethe. Shakespeare está sufriendo crisis; a Cervantes lo hemos olvidado, a pesar de la fiestas del *Quijote*; Dante apenas comienza a levantarse en una nueva aurora. Pero el legendario padre de la poesía europea goza ahora de popularidad inusitada, como lo muestran los cuentos de Lemaitre, el *Ulises* de Stephen Phillips, los estudios del insigne Bréal y de los no menos eruditos Ferret y Bérard (entre otros tantos), y hasta el proyecto de erigirle un monumento en París. En los círculos de gentes leídas, la *Odisea* se comenta con fruición que no pudiera dar ninguna novela moderna y

³⁰ “Crónica artística. La moda griega”, fechado en 1908, publicado en *Cuna de América*, enero de 1909. Como “La moda griega”, en *Horas de Estudio*. En *Obras completas II (1909-1914)*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, pp. 33-37.

³¹ Enrique Gómez Carrillo (Guatemala, 1873–París, 1927), escritor famoso en la época por sus libros de crónicas, aunque también publicó libros de ensayos y novelas. Integrante de la corriente modernista, hizo su carrera inicial y llegó a España bajo el cobijo de Rubén Darío. Numerosos viajes le dieron materia para sus libros. Llevó una vida bohemia llena de aventuras amorosas.

los epítetos homéricos son gala frecuente de la conversación: hasta en editoriales de periódicos norte-americanos se hacen reminiscencias de las “palabras aladas”. Ni es eso todo. Dentro de pocos meses, Sófocles será autor de tanta actualidad como Óscar Wilde, gracias a la música de Richard Strauss. Aristófanes inspira a los comediógrafos alemanes. Platón anda ya en lengua de los nuevos pensadores. La musa campestre, el arte hesiódico y el arte bucólico, reaparecen en D’Annunzio, en Guido Verona; en Francia, James, Abel Bonnard... En suma, el helenismo decadente de Pierre Louis y Jean Bertheroy, inspirado en la vida artificiosa de Alejandría y Vizancio, va cediendo el puesto a la faz genuina, ateniense, del helenismo.

El helenismo de Henríquez Ureña y sus compañeros estaba dentro de la moda general que se extendía en Europa y los Estados Unidos. Pero por debajo de toda serie de manifestaciones superficiales o de ocasión, existía un interés genuino en retomar las herencias griegas como elementos de renovación de la cultura contemporánea. Se trataba de un redescubrimiento que prefería la “traducción a las falsificaciones”.

El grupo corto decidió celebrar, como los griegos antiguos, el nacimiento de Dionisos el 25 de diciembre de 1908. Para ello prestó su casa Ignacio Reyes, tío de Alfonso. En la antigüedad, la fiesta griega se desarrollaba durante el solsticio de invierno, cuando la naturaleza duerme y se prepara el resurgimiento de la vitalidad de la tierra. En ocasión tan importante, Pedro leyó un ensayo de tragedia griega, *El nacimiento de Dionisos*; Alfonso Reyes recitó un coro de sátiros; Antonio Caso y Rubén Valenti improvisaron discursos.³² El poema de Reyes muestra bien el ánimo con que realizaron aquella fiesta.

La canción de la flauta oíd;
hombres, escuchad la canción sin lira
con que Dionisos, dios de la Vid
y dios de la Llama, delira.

Elevad un canto acordado
con el latido del corazón,
y la danza huelle la yerba del prado,
y el ansia trágica brote en canción.

[.....]

³² Henríquez Ureña, Pedro, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, p. 124. Hay noticia de una reseña de la fiesta, que Emilio Valenzuela no quiso publicar en la *Revista Moderna*, según carta de Pedro a Alfonso Reyes, del 18 de enero de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, p. 123.

Hombres, escuchad
la vieja sabiduría,
y sembrad
un temblor de vida en el surco eterno
de la hembra, y vuestra alma ría,
plácida, al consejo que da la cigarra.
- ¡Gloria á la pezuña y al cuerno! -
El vientre del mundo tiembla y se desgarrá.
y surgen seres que viven de gozo y martirio
¡Regocijaos! la Tierra,
aún guarda calor, y encierra
poderes para el delirio!³³

Alfonso presentó una composición lírica, libre. Pedro siguió un camino diferente. En “El nacimiento de Dionisos”³⁴ intentó imitar la forma antigua de la tragedia, correspondiente al periodo inmediatamente anterior a Esquilo, según explica en la breve introducción a su ensayo. Era la forma utilizada por el poeta Frínico, “cuyas características son el predominio del coro y la intervención de un solo actor en cada episodio.” Se trataba de una forma en verso, pero él prefirió hacerlo en prosa, debido “a la dificultad de emplear metros castellanos que sugieran las formas poéticas de los griegos. He preferido la prosa, ateniéndome al ejemplo de muchos insignes traductores de las tragedias clásicas”. En algunos casos, señala, los dramas antiguos no terminaban en desastre, sino en el establecimiento de un culto; este es el tipo de desenlace que usa en su texto.

“El nacimiento de Dionisos” habla de la leyenda de Semele, joven seducida y preñada por Zeus, que padece la envidia de sus hermanas y termina aniquilada por un rayo del dios olímpico. Hermes recoge al dios aún no nacido y lo lleva a Zeus en el Olimpo, quien termina de engendrarlo en su vientre. Así nace el dios que será conocido con muchos nombres, Ditirambo, Baco, Lisio, Leneo, Basáreo, Eleuterio, Evio, Bromio y Zagreo. En un punto culminante, Henríquez Ureña expresa la riqueza simbólica y la multiplicidad de sentidos del dios griego.

³³ “Coro de sátiros en el bosque”, en la *Revista Moderna de México*, enero de 1909, pp. 310-311.

³⁴ “El nacimiento de Dionisos. Esbozo trágico a la manera antigua”, en *Revista Moderna*, febrero de 1909, pp. 259-269. Luego en *Las Novedades*, Nueva York. 16 de diciembre de 1915. En *Obras completas. Tomo 1*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 63-82.

Porque él dará a los humanos nueva riqueza, causa a la vez de gozo y de mal: el jugo de la vid de purpúreos racimos. Él será libertador de los corazones, animador de los labios, generador de los pensamientos elocuentes, inspirador de pasiones ardorosas y de iras horribles. Tendrá poder gemelo al de la venerable Deméter, como sobre terrestre olimpo; su espíritu, formado de fuego y de rocío, presidirá la germinación bullente de la savia; en su cortejo formarán las ninfas de las fuentes y los árboles, las Dríadas que vuelan entre las frondas y las Híadas que recorren los caminos líquidos; y se unirán también Pan arcádico, con sus rústicos hijos, y los sátiros alegres y veloces. Apolo, señor de la lira mirífica, le dará, para que en ella reine, una de las dos cumbres del Parnaso; desde allí regirá la música de las flautas, y nadie que le desconozca podrá entonar hermosos cánticos. Él presidirá los más ardientes y graves misterios; reinará por fin en las fiestas de las ciudades, y su nombre será inseparable de las glorias de la Hélade.

El culto a Dionisos se originó en oriente, desde donde penetró en la Grecia antigua. En este dios, la ambivalencia simbólica se presenta de manera descarnada y violenta. Es el dios de la embriaguez y el delirio, de la música, el canto, la danza, la vegetación y la fauna, dios de la regeneración, la vida diversa y multiplicante, los poderes oscuros y destructivos, dios de las potencias vitales. ¿Qué significado tenía para Henríquez Ureña esta figura griega?, ¿no resultaba una contradicción si tenemos en cuenta su personalidad, marcada por la seriedad intelectual?

La elección no fue peregrina. Invirtió mucho trabajo en su tragedia, con una ambición erudita. El empeño resultó en una versión personal de la leyenda griega, con varios pasajes de intensidad patética. Pero el dominicano, aunque sentía una atracción particular hacia este dios, no se dejó llevar por el impulso lírico, no trató de reinventar la leyenda ni privilegió las facetas del delirio y el desquiciamiento dionisiacos. Eligió un camino que tiende a la temperancia. Pedro no estaba muy de acuerdo con el uso que Nietzsche hizo de las figuras mitológicas de Dionisos y Apolo, pero esta dualidad resulta adecuada para interpretar su texto: el mito del dios de los impulsos desarrollado en una forma literaria apolínea, que culmina en el establecimiento de un culto. “El nacimiento de Dionisos”, aparecido a principios de 1909 en la *Revista Moderna de México*, fue desde entonces uno de los trabajos que más esgrimió el dominicano en su favor.

La seriedad intelectual no estaba enemistada con los impulsos dionisiacos, positivos y negativos, en los cuales, a fin de cuentas, se hallaba el fundamento de la vida plena. Henríquez Ureña hacía hablar a Dionisos de esta manera: “regocijaos por la alegría que llega a la tierra, y no lamentéis los males que mis dones causen, porque el delirio dionisiaco será la obra de las ocultas

voluntades ascendentes y elevará a los mortales por sobre el dolor hacia la vida plena.” El dominicano había encontrado y estaba tratado de asumir la templanza como el elemento mediador y canalizador de sus tensiones vitales. Hemos visto cómo en sus ensayos trataba de entender las fuerzas que animaban las expresiones artísticas, pero con la mirada puesta en un objetivo ulterior: el perfeccionamiento.

Los temas griegos seguían unificando a los amigos cercanos. El terceto inseparable y algunos más mantenían la lógica del grupo pequeño, dentro del cual compartían todo tipo de actividades intelectuales, del estudio serio a las travesuras literarias. Las batallas públicas del grupo durante esos años eran expresiones de juventud, de fuerza primaveral, llevaban el sello dionisiaco. El estudio y las discusiones, la escritura, la publicación, etc., eran también actividades dionisiacas, de goce y penuria; eran vividas como pasiones. En unos más que en otros, estas pasiones intelectuales se desarrollaban a través del método de la seriedad.

Proyectos truncos

Después de la serie de conferencias del Conservatorio, por más de un año y medio, los jóvenes no realizaron proyectos colectivos de importancia. Pero mantuvieron ambiciones amplias, querían seguir ganando terreno en el campo de la cultura. Manejaron ideas y proyecto que, aunque no llegaron a concretarse, permitieron mantener la vida del grupo corto. Intentaron, sobre todo, emprender una revista y organizar una tercera serie de conferencias.

El 4 de mayo de 1908, Pedro comunicaba a Max que Genaro Fernández MacGregor quería publicar una revista y para tal objeto buscaba a “El hombre”, el patrocinador. Habían pensado editar la publicación sin grabados, para que fuera económica. Se podría hacer con 50 pesos mensuales, incluyendo el pago de un cobrador y un repartidor.³⁵

Meses más tarde, en septiembre, Pedro le informaba del éxito de la edición del *Ariel* de Rodó, impulsada por el grupo.³⁶ La difusión del arielismo había encontrado terreno fértil. Las nuevas corrientes de pensamiento ya se introducían en la Escuela Nacional Preparatoria,

³⁵ Pedro a Max, ciudad de México, 4 de mayo de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 470.

³⁶ Pedro a Max, ciudad de México, 25 de septiembre, *Ibidem.*, p. 474.

fundamental para la educación pública y que, además, era el principal bastión del positivismo mexicano. En ese mes, el recién creado Boletín de la Escuela publicó las cartas que intercambiaron Porfirio Parra, el director de la Preparatoria, y José Enrique Rodó con motivo de la publicación del libro. Durante 1909 se publicaron un artículo de Émile Correa sobre el pragmatismo, la introducción del libro de Émile Boutroux *De la contingencia de las leyes de la naturaleza* y muchas entregas del nuevo libro de Rodó, *Motivos de Proteo*.³⁷

En abril de 1908, Henríquez Ureña había comentado a su hermano que por el momento no organizarían más conferencias. Pero para fines del año, seis meses después del ciclo del Conservatorio, los del grupo estaban dispuestos a realizar una nueva serie. El 8 de diciembre Pedro le anunciaba a Max que habría conferencias a partir del día 23. “Serán: ‘Perennidad de las especulaciones metafísicas y del sentimiento religioso’ por Caso; ‘Idealismo y pragmatismo’ (William James, Jules de Gaultier y Henri Bergson) por mí; ‘Las tres Electras del teatro ateniense’ por Alfonsito; ‘La Condesa de Noailles’ por Cravioto; ‘Los admirables errores de Ruskin’ (en arquitectura) por Acevedo; ‘Oscar Wilde’ por Ricardo.”³⁸ Se trataba de una nueva serie del grupo corto. De los ocho participantes en los estudios griegos, estaban ausentes dos: Max, que se había instalado en Cuba, y Rubén Valenti. Se incluía Alfonso Reyes, que en mayo había cumplido 19 años. Sobre su propio tema, Henríquez Ureña comentaba:

Es escandalosa la resonancia que ha alcanzado el pragmatismo. En el Congreso de Filosofía de Heidelberg no se habló de otra cosa. La Encíclica “Pascendi” de Pío X va contra los modernistas que son los “pragmatistas” católicos, principalmente italianos y franceses, y los adeptos de algunas otras tendencias. El positivismo se ve que está muerto y enterrado; porque los nuevos pensadores no hablan en contra de él (como pretendía Rubén) sino que lo mencionan como cosa vieja, y cuando examinan sus tesis, lo hacen con la misma serenidad con que aprecian cualquier otra de Kant o de Nietzsche.³⁹

Estas conferencias finalmente no se realizaron, pero al menos tres de ellas se convertirían en ensayos publicados más adelante. Pedro daría a la *Revista Moderna*, un año después, un pequeño y apretado ensayo sobre “Nietzsche y el pragmatismo”. Antonio Caso publicó un muy largo estudio titulado “Perennidad del pensamiento religioso y especulativo” en los números de

³⁷ Cf. los números del *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria* de enero, agosto, septiembre y diciembre de 1909, y de enero a mayo de 1910.

³⁸ Pedro a Max, ciudad de México, 8 de diciembre de 1908, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 485.

³⁹ *Ídem*.

octubre, noviembre y diciembre de 1909 de la *Revista Moderna*. El trabajo de Alfonso Reyes, fechado en 1908 y que lleva dedicatoria a Henríquez Ureña, estaría incluido en su primer libro, *Cuestiones estéticas*, de 1911.

En Monterrey, iniciado 1909, el escritor panameño Ricardo Arenales trabajaba en la *Revista Contemporánea*, publicación quincenal dirigida por Virgilio Garza. Se acercó a Alfonso Reyes para pedirle colaboración, y este a su vez pidió la ayuda de Henríquez Ureña. Las colaboraciones de la capital no llegaron pronto. El 22 de enero Pedro le decía a Alfonso que tomara en cuenta “la ‘apatía mexicana’ de que oí hablar en el primer discurso que me tocó escuchar la noche de mi llegada al país”. Yo mismo, añadía, no escribiría sobre los pintores Enciso y García Núñez, que no son novedad ni han progresado. Enseguida, exponía una estrategia para la revista.

La colaboración irá a esa *Contemporánea* con bastante regularidad, una vez que se vea la forma de ella y las firmas; por lo tanto, pronto se puede convertir, no en “centro” pero sí en lugar concurrido. Colocada aquí en México, la colaboración irá con más facilidad; pero para que la revista llegara a tener importancia, se necesitaría atender ante todo a la parte económica, es decir, que hubiera empresario o administrador activo, y director inteligente. Plantada en buenas condiciones económicas, con afán de hacerla circular hábilmente, y con “presentación” seria, no tendría que luchar para convertirse en el “centro” (a menos que regresara Nervo de Europa). Pero no creo que Arenales tenga capacidades para ello; si contara con algunas promesas efectivas para la traslación del periódico a la capital, recomiéndale que ande vestido de limpio; eso influirá mucho en el éxito del periódico; si es posible, que se haga lagartijo.⁴⁰

Pedro le ofrecía una lista amplia de posibles colaboradores. Acevedo y Gómez Robelo podrían mandar sus viejas conferencias. También ayudaría Rafael López, que estaba “muy productivo, y además enamorado”. Refería luego unos 25 nombres, la mayoría de jóvenes, no sólo de la capital, sino también de Sinaloa, Puebla, Mérida y Guadalajara. Sugería “dirigirse también a Casasús, pues podría ser elemento útil para la traslación a México [de la revista].”⁴¹

⁴⁰ Amado Nervo, co-propietario de la *Revista Moderna* y figura literaria de estatus internacional, era segundo secretario de la legación en Madrid desde 1905. Se entiende que Henríquez Ureña consideraba que al regresar Nervo, no se podría competir con el impulso que le diera a la revista de Jesús Valenzuela como centro de poder literario. “Lagartijo”, es decir, joven elegante y ocioso, muy aficionado a la vida ciudadana.

⁴¹ Pedro a Alfonso Reyes, ciudad de México, 22 de enero de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, pp. 128-130.

Las conferencias se han aplazado para abril, le escribía a Max el 3 de febrero. El próximo día 15 saldrá una nueva revista, “Teatros y música”, dirigida por Carlos González Peña, en la que se pagará, “aunque poco”.⁴² Cinco pesos el artículo, según una misiva a Alfonso del día 2. Pedro detallaba a Reyes que había dado a esa revista, recortado y retocado, su “Genus Platonis”. Para la *Revista Contemporánea* le enviaba un artículo en forma de diálogo sobre *Las cien mejores poesías castellanas*, reciente antología de Marcelino Menéndez y Pelayo. Además, en respuesta a lo que seguramente fueron comentarios de Alfonso sobre confidencias de Arenales, Pedro le decía que el centroamericano no gustaba de los “poetas ministeriales” (Tablada, Argüelles Bringas, Rafael López) porque no le habían hecho caso en la ciudad de México.⁴³

Pasados dos días, le decía que había recibido el número 2 de la *Revista Contemporánea*, junto con una carta “muy loca” de Arenales. La publicación, que también había llegado a los demás amigos, estaba mucho mejor de lo que había pensado y le parecía “demasiado extraña para aquel medio”. Reafirmaba que debería trasladarse a la capital y le pedía a Alfonso que influyera sobre Arenales en ese sentido, “si es que hay dinero con que hacerlo”.⁴⁴

Las conferencias no sólo se posponían sino que se manejaba un plan distinto. “Caso se ha decidido a decidirse sobre las conferencias”, comentaba Pedro. Ahora serían cuatro, dadas por Caso, Henríquez Ureña, Reyes y Acevedo, es decir, la mitad del grupo corto. Pensaban iniciar a fines de ese mes de febrero, incluyendo una conferencia “de invitación” que quería dar Urueta.⁴⁵ Sería bueno incluir algún joven más, pero ni Cravioto ni Rubén podían, mientras que Ricardo no parecía “práctico para el caso”. Luego hablaba de su labor de reclutador: “Me han encomendado que tanteo al único joven que aparece por el horizonte, *id est*, Martín Guzmán; lo haré, a ver si es posible que en un mes y con una influencia orientadora haga algo presentable.” Acevedo se entusiasmaba por el debut y Pedro, aunque tenía sus dudas, veía buenas cualidades en el joven: “En estos días se me ha acercado a conversar dos veces, y veo que en realidad es inteligente y tiene verdadera *eagerness* por ascender a las cosas intelectuales.”⁴⁶

⁴² Pedro a Max, ciudad de México, 3 febrero de 1909. *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 491-493.

⁴³ Pedro a Alfonso, ciudad de México, 2 de febrero de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, pp. 133-134. Las cursivas son del original.

⁴⁴ Pedro a Alfonso, 4 de febrero de 1908 (la carta en realidad pertenece a 1909). *Ibidem.*, p. 86.

⁴⁵ Pedro a Alfonso, 4 de febrero de 1908. *Ibidem.*, p. 83.

⁴⁶ Pedro a Alfonso, 4 de febrero de 1908, *Ibidem.*, p. 83-4.

Martín Luis Guzmán tenía 21 años, su vida y su personalidad eran modestas.⁴⁷ A finales de 1908 había terminado los estudios en la Preparatoria. Según Susana Quintanilla, era un alumno aplicado y correcto, sin afición a la bohemia, pero con gusto por el vagabundeo. Desde 1906 sostenía un noviazgo con la señorita Ana West, quien sería su esposa. Su vocación de escritor, a diferencia de muchos de su generación, tardó en clarificarse. Hacía poco que había atravesado un drama familiar grave. Su padre, el coronel Martín Luis Guzmán, fue enjuiciado por haber ordenado dar el tiro de gracia a un desertor en septiembre de 1905. Se le condenó a más de ocho años de prisión, pero fue absuelto en marzo de 1907.

El joven encomendado a Henríquez Ureña era apenas un poco menor que los miembros de la Sociedad de Conferencias (y aventajaba a Alfonso Reyes por dos años). Coincidían sus intereses intelectuales, pero había un abismo entre él y los del grupo. Alfonso Reyes escribirá:

Éramos para él como un ideal y, más que una amistad efectiva, la promesa de una amistad. Se nos acercaba a beber un poco de esperanza, y parecía alejarse muy inquieto. Los fermentos de nuestro trato todavía lo envenenaban un poco, cual los primeros efectos de una vacuna espiritual. Sentíamos que dividía su alma entre su novia y nosotros y todas las noches nos saludaba desde la reja romántica y nos veía pasar con ojos ambiciosos.⁴⁸

La opinión de Henríquez Ureña fue favorable, era posible que con influencia orientadora hiciera “algo presentable”. Pero el reclutamiento no se consumó por el momento. Martín Luis sería, no obstante, uno de los más importantes intelectuales de la generación del Centenario. “Estrella de oriente” lo apodarían sus futuros compañeros.

En los planes de las conferencias se excluyó a Genaro Fernández MacGregor, cuya disertación sobre D’Annunzio había agradado mucho a Pedro. No se le incluía, explicaba el dominicano a Alfonso,

porque indiqué yo que éste suele hacerse el que ve como cosa secundaria lo intelectual (por lo menos la filosofía, y de la literatura dice tonterías como las de ‘los que no entendemos’, que ‘se

⁴⁷ Había nacido el 6 de octubre de 1887 en Chihuahua, de madre devota (Carmen Franco) y padre militar de ideas liberales (Martín Luis Guzmán Rendón). La familia llegó a Tacubaya, en la ciudad de México, cuando Martín Luis tenía dos meses de nacido. Hizo los estudios primarios en la capital, donde su padre era instructor en el Colegio Militar, en el Castillo de Chapultepec. En 1899, por una reasignación del coronel Guzmán, la familia se trasladó al puerto de Veracruz, donde el adolescente Martín Luis siguió sus estudios, hasta que regresaron a la ciudad de México, en 1903. Guzmán tuvo, según ha establecido Susana Quintanilla, una formación literaria del promedio en la época. Quintanilla, Susana, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana*, Tusquets editores, México, D. F., 2009.

⁴⁸ “Estrella de Oriente”, en Alfonso Reyes, *Obras Completas III*, FCE, México, 1956, p. 74.

pongan notas'), de donde resulta que se da aires de poder hacer cosas intelectuales como *hors d'oeuvre*. Le dijo a Caso –sigue la indignación de Pedro– que quería dar una conferencia sobre Ibsen porque ya tiene hecho el estudio; pero por lo pronto que se le castigue por fatuo. No queremos *hors d'oeuvre* sino trabajo serio.⁴⁹

Henríquez Ureña castigó así a Genaro, basándose en el requerimiento de un compromiso intelectual completo. Había también algo de celo, ya que aquel se quería ocupar de Ibsen, autor sumamente importante para el dominicano. Además, es dable pensar que Henríquez Ureña malinterpretaba como “fatuidad” algunos rasgos de la personalidad de Genaro, retraído y modesto. De cualquier manera, este joven siguió dentro de la esfera del grupo.

El 9 de febrero Pedro volvía al asunto de las conferencias, explayándose sobre su papel de juez, censor y reclutador:

Urueta ha quedado en hablar sobre la “Orientación social (o socialista) del arte moderno”. Quería hablar sobre la trilogía de Esquilo, pero Acevedo indicó que sería mejor un tema general, y se convino en que disparatara sobre socialismo artístico. Para esta noche tengo citado a Martín Luis Guzmán para una conferencia de exploración. Anoche indiqué a Luis Mc G[regor] Cevallos que podría “entrarle” ¡pero adónde! El rechazo de Jenaro se debió a mí; un mero capricho, en apariencia, pero en realidad una razón muy fundada. Acaso le echemos la carga de Aristóteles para la serie griega, porque no hay quien quiera cargar con ese muerto, y no sería mala partida que Jenaro nos sacara de apuro, con tan heroico esfuerzo, que acaso lo salve a él también. ¡Pero de Ibsen! ¡Habrás visto!⁵⁰

El prestigioso orador y conocedor de los temas griegos, Jesús Urueta, de 51 años, se integraba al proyecto, no obstante que los del grupo no confiaban demasiado en sus dotes de estudioso. Se contemplaba a Martín Luis Guzmán para integrarse al grupo, así como a Luis MacGregor, amigo de Alfonso y primo de Genaro, sobre quien se sostenía el veto.

En Monterrey, Alfonso no estaba muy a gusto con la cercanía de Ricardo Arenales. Pedro le comentaba que estaba bien que se peleara con la *Revista Contemporánea*, pero no sin antes lograr que publicaran las conferencias de Ricardo y Acevedo. “Lo necesitamos”, subrayaba. Mencionaba otro plan que no llegó a realizarse. En la sociedad de Jóvenes Cristianos (YMCA),

⁴⁹ Pedro a Alfonso, 4 de febrero de 1908, *Correspondencia I (1907-1914)*, p. 84.

⁵⁰ Pedro a Alfonso, 9 de febrero de 1909, *Ibidem.*, p. 135.

Jesús T. Acevedo pensaba dar un conferencia acerca de la juventud de Goethe, y si se lograba, Pedro también daría una.⁵¹

Un mes más tarde, en carta a Max, Pedro escribía que Arenales tenía gran interés en el grupo. Esto según Alfonso, quien por su parte consideraba a Arenales demasiado imperfecto. Afirmaba Pedro que la *Revista Contemporánea* había gustado mucho, tanto que si se trasladaba a la capital “destronaría a la Moderna”; lo cual “no dejaría de alegrarme, porque esta está cada vez más descuidada, más atrasada, a nadie se le envía fuera de México y aquí no se le obtiene suscritores.” La *Contemporánea* no gasta en grabados, su papel no es caro y tiene muchos más anuncios que la *Moderna*. Pero, decía el dominicano, “parece que se trata de un entre negocio y auto-bombo” de Virgilio Garza, por lo cual no se moverá de Monterrey.⁵²

Los miembros de la Sociedad de Conferencias no pudieron concretar sus proyectos durante 1909. Tendrían que esperar hasta finales de 1910 para realizar un nuevo ciclo, ahora ya como Ateneo de la Juventud. No abandonaron el plan de las disertaciones sobre temas griegos, pero tampoco dieron pasos definitivos en ese sentido. La *Revista Contemporánea* no sólo no se trasladó a la ciudad de México, sino que desapareció a mediados de 1909. Todavía en el mes julio se pensaba en el proyecto de Genaro, convertido en un plan del grupo. Decía Pedro a Max:

Se trata de fundar una nueva Revista, pues la Moderna va de mal en peor. El proyecto es que Jenaro Fernández obtenga de su tío Justo [Sierra] la imprenta del Museo o de D. Olegario Molina (cuyo secretario particular es ahora Jenaro) la imprenta de Fomento, para que el tiro sea gratuito. El costo queda reducido al papel y a los gastos de correo y algún empleadillo de 30 pesos; la revista sería precisamente como la *Contemporánea*, sin grabados. El dinero se reuniría, para los primeros seis meses, entre unos cuantos; después es casi imposible que un periódico que cuesta tan barato no pague sus gastos.⁵³

El director sería Genaro, por razones estratégicas. Henríquez Ureña explicaba que éste podría oponerse a que publicaran Fabela, Chano Méndez o Quijano, que eran sus amigos; mientras que no tenía relación con otros que eran cercanos a la Sociedad de Conferencias, como Castillo Ledón. No aparecería ningún otro nombre en el directorio, precisamente para evitar ese tipo de intromisiones, pero el cuerpo de redacción lo formarían Cravioto, Acevedo, Caso,

⁵¹ *Ibidem.*, p. 139.

⁵² Pedro a Max, ciudad de México, 17 de marzo de 1909, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 501-2.

⁵³ Pedro a Max, ciudad de México, 7 de julio de 1909, *Ibidem.*, p. 510.

Alfonso y Pedro, es decir, el grupo corto. Serían colaboradores incidentales Urueta, Rafael López, Ricardo Arenales, Enrique González Martínez, González Peña, etc., y de cuando en cuando se incluiría algo de otros. La revista se vislumbraba excluyente, con alta exigencia de calidad, económica y eficiente. Se tramaba una resurrección expurgada de *Savia Moderna*, con el propósito directo de tomar el lugar central de la *Revista Moderna*, la que, por lo demás, seguía siendo el espacio principal de publicación para los jóvenes. Pero la intención quedó en proyecto.

El concepto del trabajo intelectual

En los primeros meses de 1909, antes de que la política lo inundara todo, la vida de Pedro fue variada. El 11 de enero hacía a Alfonso Reyes una amplia reseña sobre lo que ocurría en sus círculos cercanos. El día 6 había muerto el subdirector de la compañía de seguros, Ramón Sáenz. Pedro dijo las palabras en el entierro. Resaltó el carácter bondadoso de su superior y finalizó con unos versos del *Werther* de Goethe. Hablé, dice, “con sobretodo, con el sombrero en la mano, al pie de la fosa, con la voz ligeramente ronca, pero sin ninguna opacidad (pues la noche antes el olor de las gardenias y la conversación de muerte me dieron jaqueca), y este modo, carente de afectación oratoria, pero muy claro y directo, obtuvo un gran éxito (ya ves que yo también hablo de éxitos en los entierros, como los personajes de Clyde Fitch).”⁵⁴

La pedía a Alfonso su “Coro de Sátiros”, el poema recitado en la fiesta en honor de Dionisos, para publicarlo en la *Revista Moderna*. Como estás lejos, seguía, piensas que nosotros hacemos algo. Antonio Caso continuaba en noviazgo (se casaría poco después). Como ya se graduó y comienza a establecerse, cree que la finalidad de su vida ahora es casarse para no estar sometido al “amor comprado” y cosas así que a ciertas personas les preocupan. Como dice Acevedo, “en México muchas gentes se casan cuando sanan de la primera enfermedad venérea”. Cravioto, por su parte, andaba muy ocupado con la testamentaria de su padre. Manuel Sierra y Antonio habían hablado con Justo Sierra, quien accedía a buscar una plaza para Pedro.

Luego, como Alfonso le había confiado nuevas diferencias con don Bernardo, el dominicano asentaba con indignación su idea sobre el significado del trabajo intelectual:

⁵⁴ Pedro a Alfonso, ciudad de México, 11 de enero de 1909, *Correspondencia I (1907-1914)*, pp. 117-118.

¿Por qué te pones a fabricar teorías de que “el mundo en que quieres vivir armoniza con una concepción más vasta del universo”? Debías haberle dicho a tu padre que ese mundo está dentro del universo y que sirve tanto como cualquier otro para explicarlo; más debías decir: que ese es uno de los modos más lógicos y prácticos de vivir. Por supuesto, que no me refiero exclusivamente al “cultivo de las letras”, sino a la concepción intelectual general de la vida, que es en realidad una de las formas de *poder*, como decía Cecil Rhodes, el dominador del África del Sur, en una célebre conversación con la Melba. El error de juicio en este punto está por lo general en que se atiende a los casos de los “poetas” (Tablada, López, Parra, Argüelles, etc.) que no son capaces de organizar su vida; pero esto se debe a que son gentes desorganizadas en todo, y la prueba está en que no llegan a realizarse totalmente en la poesía. Al fin y al cabo, este defecto de autoorganización es general, y no es extraño que afecte al 90% de los que son o quieren ser literatos; obsérvese a los que quieren ser “hombres prácticos” y se verá que, no el 90, sino el 95% son “fracasados”. Por lo demás, ¿por qué te empeñas en mal considerar a las gentes que vi en Monterrey? ¿Por qué condenas de antemano a Arenales, que acaso podría servirte para conversar, si no para *dialogar*?⁵⁵

Además de regañar a su amigo, Pedro examinaba el prejuicio contra las ocupaciones intelectuales. No se sostenía, según él, sino por el papel de los poetas que llevaban una vida desorganizada, lo cual se prestaba a la generalización de que dedicarse a las letras y a la filosofía era inútil y pernicioso. Pero ni así, ya que la mala autoorganización era una plaga general. En todo caso, lo más interesante es su afirmación de la naturaleza del ejercicio intelectual: “uno de los modos más lógicos y prácticos de vivir”, “una de las formas de *poder*”.

Días después escribía: “Alfonso: Veo que la exageración de tu disgusto moral ha terminado en mal físico. No lo dices, pero lo comprendo. ¡Qué haremos con esta raza decaída!” Estos primeros quince días, seguía, “han sido sumamente angustiosos, vagamente angustiosos”. El invierno “nos mantiene en frío, sin obligarnos a una reacción enérgica, porque el frío no es agudo.” “Yo me he sentido oprimido en la respiración, hasta el punto de inquietarme alguna vez, pero ya desapareció con la llegada de días menos malos.”

Había ido a los toros, invitado por Rubén Valenti. Ya tenía pensado ir, “pues teniendo el África tan cerca no era cosa de dejar pasar tanto tiempo sin conocerla”. Vio a muchos conocidos (Caso, Fabela, Quijano, Guillermo Obregón, Acevedo, etc.). Reprendía de nuevo a Alfonso,

⁵⁵ *Ibidem.*, pp. 120-121. Las cursivas son del original.

señalando que era necesario que abandonara ese “onanismo” intelectual “que consiste en escribir para el público y no publicar”.

Porque no me digas que esas cosas que haces son ejercicios; los ejercicios son cosa muy distinta; cuando yo me pongo a tomar notas sobre la métrica castellana, pongo por caso, compongo todo un estudio, y sólo publico una parte a propósito de Rubén Darío. Esa es la clase de ejercicios que no se publican; pero lo que se escribe con todos los efectos buscados y rebuscados como pensando en un público ideal, no es un ejercicio: es algo que tiene su fin en sí. Dirás que no te gusta después de escrito; pero hay cosas que conviene publicarlas para *épater*: hay que ir mostrando que ciertas cosas se conocen de veras y que hasta se puede jugar con ellas.⁵⁶

Henríquez Ureña quería que Reyes siguiera su impulso creativo, publicando los múltiples trabajos pequeños que salían de su pluma. A la vez nos da otra indicación de su método de trabajo. Hacía estudios amplios de los cuales publicaba sólo partes pulidas para el público. Este método resultaba lento y laborioso, pero daba mayor solidez a lo publicado, y, además, daba sustento, a la larga, a nuevas publicaciones o a trabajos más ambiciosos.

En su siguiente carta, del 22 de enero y en la que los asuntos políticos ya ganaban mucho espacio, decía que José Fabio Garnier, escritor costarricense, le había escrito de Bolonia prometiéndole traducir cosas suyas al italiano y publicarlas en la *Nouva Rassegna de Literatura Moderna*.⁵⁷ El 2 de febrero le mandaba un “articulito”, malo pero que podía gustar en Monterrey, sobre *Las cien mejores poesías castellanas*, así como un texto sobre el endecasílabo, “en esqueleto”, para que, con una primera lectura rápida, le dijera si estaba lo suficientemente claro.⁵⁸

Por varias semanas Pedro investigó sobre el verso endecasílabo, enfrentando un obstáculo práctico: las condiciones de las bibliotecas públicas. Es una desgracia, se quejaba con Alfonso, “tener que trabajar en cosas serias en este país”. La Biblioteca Nacional estaba cerrada por reparaciones; la de Jurisprudencia cerraba a las 12 y a las 6; “la de la Preparatoria tiene algunos libros, pero los italianos que tiene el catálogo no se sabe dónde están y los poetas españoles ocurre que están en un estante cuya puerta está atascada, y no hay modo de sacar los libros, porque desde hace dos semanas no se les ocurre llamar al carpintero.” Le pedía al amigo que

⁵⁶ Pedro a Alfonso, ciudad de México, 18 de enero de 1909, *Ibidem.*, pp. 121-128.

⁵⁷ Pedro a Alfonso, México, 22 de enero de 1909, *Ibidem.*, pp. 128-132.

⁵⁸ Pedro a Alfonso, México, 2 de febrero de 1909, *Ibidem.*, pp. 132-135.

buscara en sus libros versos de acentuación anapésica. Los necesitaba “*copiados con toda claridad y exactitud*” y con toda celeridad.⁵⁹

Días más tarde le escribía que cada día descubría 8 o 10 versos del tipo que buscaba, pero necesitaba más de cien. En las “*endemoniadas bibliotecas de aquí no hay muchas cosas que se necesitan*”. Había querido aprovechar el sábado para revisar poetas italianos, pero en la Biblioteca Nacional no encontraron unos libros que ya había consultado antes, otros los habían sacado “*para revisarlos*” y de uno más no se sabía su paradero. Los que pudo consultar no le sirvieron. Fue entonces a la Escuela de Jurisprudencia, pero resultó que iniciadas las vacaciones se abría sólo de 9 a 12. Luego, en la Preparatoria, los libros que solicitó los tenía Urbina. Reprimió la ira. Regresó el domingo a la Biblioteca Nacional, pidió cuatro libros en dos boletas y el encargado

objeta que no se puede prestar más de un libro sino en el caso de que tengan relación unos con otros; objeto que el día anterior y muchas veces se me habían prestado cinco y seis libros sin objeciones tontas, y que eso de la relación era yo quien tenía que verlo, y condescendí a explicársela; objetó entonces que debían ponerse todos los libros en una sola boleta, a lo cual contesté que no cabían por ser cuatro y que tampoco había tenido que hacerlo yo así en otras ocasiones; al fin esta vez me incomodé y regañé al cíclope empleado. ¡Es un verdadero escándalo el de estas bibliotecas! ¡Y luego dicen que se puede ser persona culta en donde no se pueden usar los libros!⁶⁰

De cualquier manera pudo hacer su investigación. Mientras, la “*juventud pensante*” estaba algo disgregada y el grupo de la Sociedad de Conferencias intentaba continuar sus trabajos. Pedro era uno de los más empeñados en ello, pero habían corrido con poca fortuna. Entonces, a principios de 1909 la política empezó a ser el elemento predominante para los jóvenes intelectuales en la ciudad de México.

⁵⁹ *Ibidem.*, p. 134.

⁶⁰ Pedro a Alfonso, ciudad de México, 9 de febrero de 1909, *Ibidem.*, pp. 135-141.

II. Hacia la sucesión presidencial

En la segunda mitad de 1908 se organizaron en la capital y en los estados numerosas asociaciones de apoyo a la reelección de Porfirio Díaz. Asimismo seguían extendiéndose las simpatías que impulsaban al general Bernardo Reyes para la vicepresidencia, teniendo como un bastión la ciudad de Guadalajara. Por su parte y operando desde el sur de los Estados Unidos, el Partido Liberal Mexicano proseguía sus tareas subversivas. A finales de julio los magonistas trataron de iniciar un movimiento insurreccional, mediante ataques a los poblados de Viesca y Las Vacas, en Coahuila, y Palomas, en Chihuahua. Hubo decenas de muertos y detenidos. La persecución de los anarquistas mexicanos, que eran ya de por sí intensa en ambos lados de la frontera, se reforzó.

En la prensa se seguía discutiendo sobre el futuro político de México, los partidos políticos y acerca de quién habría de suceder al Díaz cuando muriera. Dos folletos, aparecidos a finales del año, abonaron a estos temas: *¿Hacia dónde vamos?* del diputado Querido Moheno, y *La organización política de México* de Francisco de P. Senties. Ambos partían de lo planteado en la entrevista Díaz-Creelman. Moheno vislumbraba problemas graves cuando desapareciera don Porfirio, en particular debido a la dependencia de los gobernadores respecto al centro. Senties proponía la creación de un Partido Demócrata formal que fuese sustituyendo a los grupos de amigos del general Díaz, que en la práctica eran los que desarrollaban las campañas electorales.⁶¹

Otro actor, Francisco I. Madero, se estaba preparando e hizo aparición en los últimos días del año con la publicación de *La sucesión presidencial de 1910*. En el extenso libro, Madero reflexionaba sobre la historia de México, sobre todo del siglo XIX, comparándola con evoluciones políticas de otras naciones. Relataba los agravios cometidos por la dictadura, de la campaña militar contra el pueblo de Tomóchic (1891) hasta a la represión de los movimientos obreros en Cananea y Río Blanco (1906 y 1907). La crítica fundamental era esta: la ambición del general Díaz era mantenerse como quiera que fuese en el poder; había construido un sistema de poder absoluto que era el origen de todos los males que aquejaban a la nación. Según Madero, había llegado el momento de alzar la voz y reclamar el ejercicio de las libertades políticas.

⁶¹ Barrera Fuentes, Florencio, *Historia de la revolución mexicana. La etapa precursora*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1955, capítulo XV, pp. 271-274.

Proponía la fundación de un Partido Democrático Nacional, formado “por la unión de todos los elementos dispersos que se encuentran en la República y que abrigan el mismo ideal de la reivindicación de nuestros derechos.” Se organizarían clubes en cada estado, los cuales impulsarían una convención general donde se diseñaría “el plan político que será la bandera del partido y sobre todo para nombrar un comité directivo que será quien dirija sus trabajos.” Dos principios proponía como base: Libertad de sufragio y No reelección. Sin ocuparse de quiénes podrían ser los candidatos, sugería como medida conciliatoria que se propusiera a Díaz continuar en el poder, con la condición de que aceptara como vicepresidente “al candidato en quien los demócratas se hubieran fijado para el mismo puesto, y dando determinadas libertades a fin de que paulatinamente y sin sacudimiento, se fueran renovando las autoridades municipales en toda la República, las legislaturas de los estados, los gobernadores y las Cámaras de la Unión.” Madero consideraba poco probable que el gobierno acogiera la propuesta. Advertía: “Esta lucha será ruda”.⁶²

Madero alcanzó a consignar en su libro la iniciativa de un grupo de políticos en la ciudad de México, a principios de diciembre de 1908, para constituir un Partido Democrático, aunque no emitía su opinión porque desconocía la orientación del organismo. Los licenciados Benito Juárez Maza, Juan Sánchez Azcona, Rafael Zubarán, Diódoro Batalla, Jesús Urueta, Jesús Flores Magón y otros más, formaron el club organizador del Partido Democrático. El historiador Alfonso Taracena consigna que, como para abreviar usaban las iniciales C. O. D. P. D., se decía que significaban: Con Orden de Porfirio Díaz.⁶³ En este grupo político abundaban las simpatías por el general Reyes.

Uno de sus fundadores, Juan Sánchez Azcona, explica que varios hombres de la generación joven “concebimos simultáneamente la misma idea y por eso es que, en unión de mis amigos escritores Heriberto Barrón y don Francisco de P. Senties, me decidí a citar a un centenar de intelectuales, coetáneos más o menos, con objeto de cambiar ideas acerca de la conveniencia de fundar una agrupación política”. Asegura que hicieron una lista de nombres sin fijarse “en la filiación política que cada uno tuviera en el momento y sí sólo atendiendo a la capacidad que les

⁶² Madero, Francisco I., *La sucesión presidencial en 1910*, Colección Ideas, Editorial Offset, México, 1985, [San Pedro, Coahuila, diciembre, 1908], pp. 289, 290 y 293.

⁶³ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 176.

supusiéramos para comprender nuestro propósito y colaborar en él.” Sucedió que llegaron a participar los reyistas en masa, tratando de utilizar la agrupación para su tendencia.⁶⁴

Por esos días, Madero visitó a Sánchez Azcona para saludarlo y entregarle un ejemplar de su libro. Le habló largamente “de sus proyectos para dar auge y fuerza al Partido Antirreeleccionista, naciente entonces y por él, principalmente fundado; censuró lo que él estimaba ‘indefinición y tibieza’ del Partido Democrático que yo acababa de fundar, aduciendo que era necesario procurar una radical renovación política. Rechazaba la posible candidatura del general Reyes, expresando que este militar, por serlo y estar políticamente educado en el porfirismo, prolongaría, como gobernante, las lacras existentes de la dictadura.” Sánchez Azcona le preguntó en qué candidato había pensado. Nunca hay que empezar por el candidato, respondió Madero, sino por estudiar y establecer los principios, sin utopías pero con firmeza y clara orientación. Luego hay que convocar al pueblo, y por conducto de sus representantes, elegir al candidato.⁶⁵

Francisco I. Madero tenía 36 años. Había nacido en Parras de la Fuente, Coahuila. Su familia era acaudalada, dedicada primordialmente a la agricultura. Había tenido una educación privilegiada en México, Estados Unidos y Europa. Hizo el bachillerato en el Liceo de Versalles y luego ingresó a la Escuela de Altos Estudios Comerciales de París. Allí conoció a Juan Sánchez Azcona, quien revalidaba en la Universidad de la Sorbona su licenciatura alemana en ciencias políticas y sociales. Durante esos años fueron inseparables. Además de las materias de la Escuela, Madero estudiaba por su cuenta historia y filosofía.⁶⁶

De regreso en México, Madero se hizo cargo de la administración de una de las fincas de su padre, donde introdujo mejoras sociales para sus trabajadores. Conocía las luchas de los opositores al régimen e incluso ayudó pecuniariamente al grupo magonista y a diversos periódicos liberales. No eran nuevos sus proyectos políticos cuando, a mediados de 1908, finalmente se decidió, junto con algunos amigos, a emprender la lucha frontal contra la dictadura.

A finales de julio, Madero le propuso a Victoriano Agüeros, director del viejo diario católico *La Voz de México*, la formación de un partido de oposición. Agüeros vio con buenos ojos

⁶⁴ Sánchez Azcona era de los más jóvenes de esos políticos, estaba por cumplir 33 años. “Francisco I. Madero”, por Juan Sánchez Azcona, en *Tres revolucionarios tres testimonios. Tomo 1*, Archivo de la Palabra del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora, Colección Biografía, México, ed. Offset, 1986 [1936], p. 40.

⁶⁵ *Ibidem.*, pp. 33-34.

⁶⁶ *Ibidem.*, p. 28.

la intención y le ofreció su periódico. Pero a la vez le advirtió que en el país predominaba el servilismo, la indiferencia y el miedo.⁶⁷ El 25 de octubre, Madero volvía a dirigirse a Agüeros, informándole que ya estaba formando en San Pedro, Coahuila, un núcleo organizador del Partido Nacional Democrático. Más adelante, le confiaba que escribía un libro sobre el porvenir político de México. Opino como usted y sus colaboradores, le decía, “que el único principio que debemos proclamar es el de la no reelección.”⁶⁸

Una de las relaciones más importantes que estableció Madero en esos meses fue con Emilio Vázquez Gómez, hermano del médico Francisco Vázquez Gómez, quien desatara la controversia sobre la educación a principios del año. El 20 de diciembre, Madero le escribía a su padre para que tomara prevenciones por si su libro le causaba problemas. Le aconsejaba que se entrevistara con José I. Limantour para explicarle la situación con franqueza.⁶⁹ La familia Madero no sólo tenía gran caudal económico, sino también múltiples relaciones de amistad con los hombres más poderosos del régimen.

El coahuilense se preparó así para la lucha. A principios de febrero de 1909, en carta dirigida al presidente, expresaba que eran raros los casos de gobernantes con poder absoluto que lo ejercen con moderación. Ese era el caso de Díaz, pero precisamente por ello la nación deseaba que el sucesor del general fuera la Ley. El gran problema de la actualidad era este: “¿Será necesario que continúe el régimen de poder absoluto con algún hombre que pueda seguir la política de Ud. o bien será más conveniente que se implante francamente el régimen democrático y tenga Ud. por sucesor la Ley?” La conclusión era que sería “verdaderamente amenazador para nuestras instituciones y hasta para nuestra independencia, la prolongación del régimen del poder absoluto. Parece que Ud. mismo así lo ha comprendido según se desprende de las declaraciones que hizo por conducto de un periodista americano.” En la carta no faltaba el reclamo por la represión: “quizás contra la voluntad de Ud. o por lo menos en contradicción con sus declaraciones, se ha ejercido presión en algunos puntos en donde el pueblo ha intentado hacer uso de sus derechos electorales.”⁷⁰

⁶⁷ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 155.

⁶⁸ *Ibidem.*, p. 167, 170-171.

⁶⁹ *Ibidem.*, p. 177.

⁷⁰ *Ibidem.*, pp. 184-6.

En 1909 se desplegaron las tres grandes corrientes políticas: el reeleccionismo, el reyismo y el antirreeleccionismo, formando una marea ascendente con visos de estallido. Los jóvenes intelectuales se vieron imbuidos rápidamente en ese ambiente.

Los jóvenes en la política

A mediados del año, Pedro Henríquez Ureña escribía en sus *Memorias*:

En esta situación política, por supuesto, no tengo lazos algunos. Soy siempre amigo íntimo de Alfonso Reyes; pero la mayoría de mis amigos son ó independientes ó empleados del gobierno, por lo cual se muestran sus adictos. Los reyistas son pocos, pues no es en las clases intelectuales donde más florece este partido, sino entre la clase media comercial y en el pueblo obrero y el ejército. Claro está que algunos me señalan como necesariamente *reyista*, por el simple hecho de mi amistad con Alfonso y en parte con Rodolfo; pero estoy tan lejos de gustar de este partido como de encontrar bueno el otro.⁷¹

La mayoría de los intelectuales eran porfiristas porque esa era la vía para prosperar, porque dependían económicamente del gobierno o para evitarse problemas. Henríquez Ureña no era porfirista ni tampoco externaba críticas al régimen. Como no era empleado del gobierno, no estaba en la necesidad de “definirse” a favor de Díaz. Por otro lado, la cercanía con la familia del general Reyes, de quien él y su hermano Max habían obtenido favores, no se tradujo en simpatía política. A pesar del auge del reyismo, Pedro desconfiaba del general en tanto político. Aunque no lo dice explícitamente, consideraba a don Bernardo demasiado inestable y contradictorio para ser un buen estadista.

En lo íntimo, como muchos de su generación, Pedro anhelaba una situación con mayores libertades políticas. Tuvo simpatías por la causa de Madero, abiertamente democrática, pero tampoco hizo “profesión de fe”. De hacerlo, de incorporarse a la campaña antirreeleccionista, su condición de joven extranjero que vivía de un modesto empleo de oficina podría complicarse mucho. Además, la postura de Henríquez Ureña tenía una razón de fondo: no deseaba involucrarse en política porque su voluntad se orientaba hacia la cultura y su deseo era hacer una carrera intelectual lo más independiente que fuera posible.

⁷¹ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, p. 128.

En las cartas a Alfonso Reyes y a su hermano Max, se fue ocupando cada vez más de los asuntos políticos, deplorando los ánimos apasionados de propios y extraños. En enero de 1909, le escribía a Alfonso sobre una reunión del grupo en que figuraba Sánchez Azcona e intelectuales reyistas:

El Club del Partido Democrático celebró anoche una gran sesión para decidir sobre programa. Comienza a hacerse muy agitada la controversia política, y los periódicos se encarnizan sobre el tal Club. *Actualidades*, que es de la empresa del *Mundo Ilustrado*, publicó un magnífico artículo sobre el tal Club, muy perspicaz y humorístico, sobre todo en lo relativo a Barrón; termina insinuado que todo va a parar en Reyismo.⁷²

El 5 de febrero se instaló el Partido Democrático en una asamblea plenaria en el teatro Orrín, con la presencia del ministro Ignacio Mariscal. El historiador Taracena comenta que el encargado de Relaciones Exteriores presidió el acto y aplaudió al orador Diódoro Batalla, “que fulminó centellas contra otros miembros del gabinete”, es decir, contra los “Científicos”. Luego Mariscal explicó que “no se dio cuenta exacta, por su sordera, de lo que aplaudía.” Por otro lado, tres días después se organizaba el Club Reelectionista de la Ciudad de México, en el domicilio del general Pedro Rincón Gallardo. Entre los doscientos asistentes figuraban Joaquín Casasús, Francisco Bulnes, José Catellot, Pedro Lascuráin, Ramón Prida, Juan R. Orcí y Emilio Rabasa.⁷³

Por esos días, Pedro y otros amigos se encontraron por la calle a Ignacio Reyes (“Nachito”), quien les propuso formar un nuevo Club Democrático. La arremetida “fue formidable” por parte de Jesús Acevedo, Alonso Rovalo y el propio Henríquez Ureña. Fernando Galván, en cambio, creía que debía hacerse política y dijo estar dispuesto a apoyar a Nachito.

Casualmente, momentos antes se había hablado de lo mismo, y Acevedo y Rovalo convenían, contra las iras de Galván, que urgía emigrar. Acevedo está dispuesto a prepararse con dinero, inglés, cartas de recomendación para arquitectos, etc., para el traslado a Nueva York, donde quiere trabajar. Rovalo quiere ir a ser periodista de ‘magazines’ populares. Pero Galván quiere hacer política y fundar él de por sí (aún antes que Nachito le hablara de eso) un Casino Profesional que fuera en el fondo un Club Político.⁷⁴

⁷² Pedro a Alfonso Reyes, ciudad de México, 22 de enero de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, p. 131.

⁷³ Taracena, Alfonso, *op. cit.*, p. 187.

⁷⁴ Pedro a Alfonso Reyes, ciudad de México, 9 de febrero de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, pp. 137-138. Cabe añadir que, en efecto, Fernando Galván, a quien Pedro y Alfonso llamaban “Bouvard” por un personaje de Flaubert, se incorporaría a las filas antirreeleccionistas.

El clima político en la capital era molesto para quienes no deseaban inmiscuirse en batallas. La situación entorpecía las labores culturales que los miembros de la Sociedad de Conferencias pretendían continuar. Pero otros jóvenes sí se dieron a la labor proselitista. Dos de ellos, muy cercanos al grupo de la Sociedad de Conferencias, lo hicieron por completo y en bandos contrarios: Nemesio García Naranjo y José Vasconcelos. Nemesio había sido uno de los poetas en las sesiones de las conferencias, mientras que la relación de Vasconcelos con el grupo se fortaleció durante 1909.

Nemesio García Naranjo era anti reyista por estirpe. Su abuelo materno, Francisco Naranjo, uno de los poderosos caudillos del norte en los inicios del porfirismo, había sido ministro de Guerra de 1882 a 1884. Luego Porfirio Díaz lo neutralizó, como a muchos otros, en una amplia estrategia para consolidarse en el poder. Bernardo Reyes, entonces brazo político militar de Díaz, fue el encargado de efectuar la caída de Naranjo. Nemesio nació en 1883, en Lampazos, Nuevo León, producto del matrimonio de Nemesio García García y Juana Naranjo Pérez. Creció en esa familia que experimentaba las complicaciones del declive político del general Naranjo. El encono se orientaba hacia el general Reyes, más que hacia el dictador, el autor verdadero de la debacle.

El joven García Naranjo llegó a la ciudad de México a principios de 1903 para realizar los estudios de Jurisprudencia. Tenía en su poder cinco cartas de recomendación que le diera su abuelo, dirigidas a altos funcionarios de la capital, entre ellos Rosendo Pineda, pieza clave de la política de entretelones del general Díaz. En 1904 Pineda le consiguió un puesto como escribiente en la Secretaría de Guerra. Nemesio, en los siguientes años, cultivó la poesía, obteniendo varios triunfos y manteniéndose cerca de los círculos literarios de la capital. Era visitante de la casa de Jesús Valenzuela y contaba con la simpatía de Joaquín Casasús. En 1909, ingresó como catedrático en la Escuela Nacional Preparatoria, en sustitución de Carlos Pereyra (nombrado secretario en la Embajada en los Estados Unidos).⁷⁵ El porvenir, en 1909, se abría esplendoroso para el poeta regiomontano de 26 años.

No tan brillante, pero también promisorio, era la situación de José Vasconcelos, joven abogado de 27 años, ya casado. Después de algunos empleos menores en instituciones gubernamentales, había conseguido un puesto en el Bufete norteamericano Warner, Johnson and

⁷⁵ Cf. el prólogo de Fernando Curiel a *El crepúsculo porfirista. Memorias*, de Nemesio García Naranjo, La serpiente emplumada 10, Factoría Ediciones, México, 1998.

Galveston. Inició ganando 150 pesos mensuales, paga que iría aumentando. “El trabajo era afanoso”, dice en sus *Memorias*, “pero sencillo: Legalización de contratos de compraventa de tierras, o minas, consumados en los Estados Unidos; organización de sociedades anónimas; redacción de contratos, cobranzas y pocos juicios.”⁷⁶ Su mayor pasión, no obstante, era la filosofía y tenía como propósito prosperar económicamente para luego dedicarse a la obra intelectual.

José Vasconcelos había nacido en Oaxaca en 1882. Su padre, Ignacio Vasconcelos, trabajó como agente aduanal, lo que llevó a la familia a realizar diversos recorridos por la república. Su madre, Carmen Calderón, inculcó en sus hijos un profundo sentimiento cristiano, muy importante en la formación del futuro filósofo mexicano. De Oaxaca, la familia se trasladó por unos años a la ciudad de México. Luego a Tapachula, Chiapas. Los primeros recuerdos de infancia de Vasconcelos corresponden a Sásabe, Sonora, y Piedras Negras, Coahuila. Hizo estudios primarios en una escuela estadounidense de Eagle Pass. Años más tarde, la familia estuvo un año en Toluca y algunos más en Campeche, lugares donde José continuó sus estudios. En 1899 su padre lo dejó en la ciudad de México, donde le financió los estudios preparatorios y de Jurisprudencia. Se graduó en 1905 con la tesis “Teoría dinámica del derecho”, que fue publicada en 1907 por la *Revista Positiva*.

Las narraciones sobre sus años de estudiante en las calles del centro de la ciudad, incluidas en su *Ulises criollo*, son vívidas y un tanto escabrosas. Según él, cuando por fin renunció al tormentoso amor que sostenía con una prostituta, se decidió que pertenecía a los hombres del deber y no a los hombres del placer. Como en otros de su generación, la lectura de *El mundo como representación y como voluntad*, de Schopenhauer, fue decisiva. “Leyendo las páginas en que Schopenhauer destila amargura”, dice, “me sentía contagiado de negación sublime. Sufrir era una elección. Pues, acaso, ¿no era yo también un genio?”⁷⁷ Se sentía llamado a construir una filosofía personal, original. Se sentía diferente de jóvenes como Antonio Caso y los futuros ateneístas porque a él no le interesaba “el saber por el saber”. “Al contrario: saber como medio para mayor poderío y, en definitiva, para salvarse; conocer como medio de alcance

⁷⁶ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1982, p. 259.

⁷⁷ *Ulises criollo*, (primera parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, p. 259, p. 199.

de la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo, tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha.”⁷⁸

Vasconcelos era antiporfirista. Desde niño su padre le había hecho ver que Díaz era un tirano que había traicionado los principios liberales con los que llegó al poder. Después, por propia experiencia, pudo observar las condiciones de pobreza y explotación imperantes a lo largo del país. Para iniciar su carrera profesional no había tenido que usar influencias familiares o políticas. Era de carácter fuerte, incluso arrojado.

Nemesio García Naranjo, en contraste, siempre admiró al general Díaz. Simpatizaba con el grupo científico (Limantour, Pineda, Casasús, Bulnes, etc.) “por su evidente superioridad mental”. Formó parte, junto con José María Lozano (jefe del grupo Belén), de la Comisión de Propaganda del Club Reelectionista, que tenía por objeto, según se les prometía, integrar a jóvenes en vista del envejecimiento de los hombres del gobierno. Nemesio primero se negó, pero se le convenció señalándole que era su deber combatir al reyismo debido a sus antecedentes familiares. Lozano también se dejó convencer, contradiciendo así su pasado antilimantourista.⁷⁹ Como todo parecía indicar que era segura la reelección de Díaz y Corral, el ofrecimiento a los jóvenes significaba una vía franca hacia posiciones dentro del gobierno.

Madero también hacía su labor de reclutamiento. Acompañado por Manuel Urquidi, visitó a José Vasconcelos en su despacho en los altos del International Bank. “Buscaba hombres independientes y decididos” y lo invitó a una reunión en la casa del ingeniero Robles Domínguez. “En las primeras reuniones”, explica Vasconcelos, “quedó constituido el comité original con don Paulino [Martínez]...; con don Filomeno Mata, viejo periodista independiente; don Emilio Vázquez Gómez, abogado de prestigio, y el ingeniero Robles Domínguez, un patriota que exponía su caudal. El elemento joven lo representamos: Federico González Garza, compañero de colegio y hombre puro; Manuel Urquidi, educado en el extranjero y buen demócrata; Roque Estrada, abogado de Jalisco, y yo. A las reuniones posteriores asistió Luis Cabrera, que coqueteaba con el reyismo, el partido que parecía más viable dentro de la oposición.”⁸⁰

⁷⁸ *Ulises criollo*, (segunda parte), p. 269.

⁷⁹ García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, La serpiente emplumada 10, Factoría Ediciones, México, 1998, pp. 4 y 8.

⁸⁰ *Ulises criollo*, (segunda parte), pp. 308 y 311.

Antonio Caso, orador reeleccionista

A principios de marzo, en la primera sesión de la Comisión de Propaganda del Club Reeleccionista, quedó establecida la mesa directiva: Rafael Martínez Freg como presidente, Diego Redo y Miguel Lanz Duret, como vicepresidentes. Se hicieron planes para publicar periódicos y realizar mítines. La postulación de los candidatos debería hacerse el día dos de abril. Se informó que los oradores serían Lanz Duret, José Castellot Jr., Nemesio García Naranjo y... Antonio Caso. Según relata Nemesio, hubo incredulidad respecto a la participación de este último, de quien se sabía no tenía ambición ni interés en la política. Martínez Freg aseguró que había hablado con él y había aceptado, y no sólo eso, sino que estaba de acuerdo en dirigir el periódico *La Reelección*.⁸¹

La noticia entusiasmó a los propagandistas de la reelección, pero afectó gravemente la amistad entre Caso, Alfonso Reyes y Henríquez Ureña, el terceto inseparable hasta entonces. En sus *Memorias*, el dominicano señala que Antonio Caso “se dejó atraer por el Maquiavelo del partido *científico*, Rosendo Pineda”. Antes de aceptar los cargos, consultó con Pedro.

yo le recomendé que se abstuviera de ellos, y en mi presencia llegó á redactar una carta de renuncia; pero no se atrevió á enviarla, y aceptó ambas cosas. La opinión de los independientes le fue desfavorable; no se diga la de los reyistas. Yo, por parte, le había aconsejado independencia absoluta; es decir, continuación de su actitud anterior, pues Caso había pronunciado varios discursos ante Porfirio Díaz y se había distinguido por no haber hecho ninguna alusión elogiosa a él, como la mayoría de los oradores, y además, en lo privado, se manifestaba siempre enemigo del actual orden de cosas, aunque en manera alguna partidario de Reyes. Esta flaqueza de Caso me hizo entibiarme con él.⁸²

El joven Antonio Caso, ya con importante reputación intelectual, no estaba conforme con el estado de cosas, pero tampoco era anti porfirista. Vasconcelos asegura que solía hacer, entre amigos, la defensa de la dictadura de Díaz como el “mal menor” de la política nacional.⁸³ Quienes se encargaron de conversar con él (Martínez Freg, Pineda) seguramente le hablaron de patriotismo, de la necesidad del orden, de la intención de renovar con gente joven la clase

⁸¹ García Naranjo, Nemesio, *Op. cit.*, pp. 16-17.

⁸² *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 127.

⁸³ “Caso, en privado, nos hacía la defensa de Porfirio Díaz, lo juzgaba el mal menor de un pueblo inculto sin esperanza.” *Ulises criollo*, (segunda parte), 1982, p. 333.

dirigente, de lo importante que sería su participación, etc. Lograron despertar su ambición política. Con ello no sólo se declaraba porfirista, sino que de manera pública se integraba a la ofensiva contra el general Reyes, padre de uno de sus mejores amigos.

El panorama político era de expectación. Pedro le escribía a Max el 17 de marzo que don Porfirio “no ha manifestado sus verdaderas intenciones.” Se rumora que acaso Ramón Corral no tiene todo el apoyo de los científicos. El reyismo oficial, es decir, el General y Rodolfo, guardan “otro silencio de esfinges”. El Partido Democrático ha sufrido muchos percances que lo han desacreditado en pocos días, decía Pedro, y completaba: “Han surgido diez o quince periódicos ratoneros de política, señalándose el ‘México Nuevo’ de Juanito Senties: ahí había de parar Sánchez Azcona!”⁸⁴ Sánchez Azcona, figura tan importante en el inicio de las labores de la Sociedad de Conferencias, era director del periódico *México Nuevo*, de filiación reyista, aparecido con el año de 1909.

Al día siguiente de la esperada asamblea reeleccionista, donde se postularon las candidaturas de Díaz y Corral, Pedro empezó a escribir una larga carta a Alfonso Reyes.⁸⁵ Vamos a la “absorbente política”, decía. La prensa no dice “lo que ha pasado”, esto es, que en la Convención celebrada por la mañana en el Teatro Virginia Fábregas hubo muestras en contra de la postulación de Corral. Luego daba detalles de la velada en el circo Orrín:

Por la noche, fue la velada en Orrín. Nemesio, discurso florido, entre bueno y malo; los más grandes soldados no son los que sólo son guerreros: Napoleón, Alejandro, Aníbal, sino los que luego hacen paz y trabajo; el eterno Cincinato⁸⁶, etc. Por supuesto, que don Porfirio entra en la cuenta. Al postular a Corral, los delegados del patio aplaudieron, pero luego se dejaron sentir unos siseos de las galerías. Éstas estaban compuestas por un público heterogéneo, que parece no tuvo tiempo de congregarse en forma, pues al principio no querían abrir las puertas, por más que la prensa dijo que estaban abiertas a todo el mundo. Se dice que un grupo de estudiantes, en que figuraban Benítez, Silva [y Aceves], [Julio] Torri, dirigía los siseos.⁸⁷

⁸⁴ Pedro a Max, ciudad de México, 17 de marzo de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, pp. 500-501.

⁸⁵ Pedro a Alfonso, ciudad de México, el 3 y 5 de abril de 1909, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, pp. 141-146.

⁸⁶ Dictador romano del siglo V antes de Cristo famoso por sus virtudes morales, rectitud, honradez, etc.

⁸⁷ Los estudiantes Mariano Silva y Aceves y Julio Torri, amigos de Alfonso Reyes, que en 1910 se integrarían al grupo del Ateneo.

No asistieron, dice Pedro, muchas personas connotadas. El acto fue presidido por Corral, Limantour, Rosendo Pineda y Rincón Gallardo. Después de Nemesio, hablaron José Castellot y Miguel Lanz Duret. Hubo más siseos al nombre de Corral.

Por fin, habló Caso; discurso flojísimo desde puntos de vista literarios e ideológicos; el “chavismo”,⁸⁸ como dice Villalpando, la ineptitud para saber encajar los términos y las ideas científicas con que se quiere hacer efecto y recalcar la ideas o “autorizarlas”: así sucedió cuando quiso exponer justamente aquellas ideas que conversamos una noche en tu cuarto, con Rodolfo, sobre la voluntad y la atención, más particularmente, sobre la voluntad enérgica como determinadora de la personalidad. Todo su discurso fue completamente teórico, sin mencionar a las personalidades en cuestión; habló en realidad de la democracia, manoseando el manoseado tema de la imposibilidad de implantarla de pronto en México; hizo alguna alusión al Club Democrático, que tal vez yo solo noté, al censurar a los ilusos que formulan planes irrealizables; dijo que lo urgente era ir caminando paso a paso en ese camino de la democracia, y que algún día, cuando los mexicanos fueran en algo comparables a los ciudadanos de Atenas, podrían realizarse los sueños que todos alientan. Pero mientras tanto, y en esta ocasión (esto fue el *clou* del discurso), que todo el mundo hablara francamente, que propusiera lo que pensara sinceramente, que se expresara la opinión pública, pues sólo los cobardes no tenían derecho a entrar en las lides públicas. Esto levantó en vilo al público de las galerías, tan remiso o contrario a los otros oradores. Sólo una frase dijo Caso sobre los candidatos: la de postulación, que recalcó con demasiada oratoria: “honradamente, con la frente erguida, muy erguida, etc.”

Así que, según Pedro, el momento culminante en que el orador se ganó por completo al público, fue cuando clamó por que todos se expresaran con sinceridad y valentía. “En suma: parece que el discurso ha sido tomado como suficientemente independiente; el público antireeleccionista de galerías lo hizo suyo; el grupo reeleccionista lo encontró bueno.” “Pudiera decirse que todo se ha salvado, menos el honor. El honor no sabe de honores, como dice mi tío Fred [Federico]. Pero éstas no son sino frases.”

Pedro seguía su crónica, con humor ácido, sobre la comida posterior a los discursos. Se expresaron vivas a Corral y a Díaz; un delegado de Yautepec “propuso libar por los candidatos que ‘ahoy’ habían proclamado”; un sonorenses ensalzó a Corral señalando que debajo de su capa de modestia “encubre un corazón gigante y un cerebro de oro (parece que trastocó los epítetos

⁸⁸ En nota al pie, José Luis Martínez sugiere que la referencia es a Ezequiel A. Chávez, cuyo estilo mental era “difuso en ocasiones”.

que traía aprendidos). Otro señor brindó por la satisfacción que se le había dado al General Díaz en los últimos días de su vida (protestas de los delegados).” El “grupo de abogadillos”, es decir, el grupo Belén, vitoreó a Caso y a Nemesio. El primero “se escapó de ellos y se fue a su casa.” Antes de su partida, Pedro y Martín Luis Guzmán lo acompañaron un rato.

La política era en verdad absorbente. Guzmán le comentó que lo habían comisionado para hablar en un mitin reeleccionista, pero que estaba dispuesto a no hacerlo. El arquitecto Acevedo, “exlimantourista platónico”, le declaró que aunque no se sentía atraído por don Bernardo, deseaba fervientemente que accediera al poder para que barrierá con todo. Además, algunos (Juan Orcí, José María Lozano e Hipólito Olea) estaban resentidos porque no los habían incluido en el programa. En el público, acotaba Pedro, “he oído comentar con verdadera acritud la traición cometida por el reeleccionismo al atraerse a los jóvenes.” Esta “traición” incluía a Antonio Caso, que Pedro, en su narración, hace aparecer como acorralado.

El día anterior a la jornada reeleccionista, mismo día en que Alfonso partía hacia Monterrey, Pedro había ido a ver a Antonio. Llegó a confesarme, dice, “que todo el mundo se lo tenía a mal: su suegro, Nacho Bravo (...), *nosotros*... Le dije que, ya que iba a hablar, lo hiciera con dignidad; y ya ves que trató de hacerlo. Se impresionó grandemente por tu actitud, que yo inconscientemente le describí, y teme haber perdido tu amistad, tomada ésta en sentido profundo.” Al parecer, Pedro le transmitió el sentimiento de que Alfonso estaba dolido. El mismo Henríquez Ureña había entrado en crisis durante ese semana, pero al fin: “he llegado a un *statu quo* moral en este respecto, creo que tú no tendrás inconveniente en lo mismo; y si te parece bien, puedes escribirle carta en verso de esas que prometías; por supuesto alusiva solamente a Chapala y demás cosas que a nadie le importan; pero eso sí, con verdadero tono de *insouciance* [despreocupación] en el cual no sospeche qué piensas en la política.”

Henríquez Ureña terminó de escribir la misiva el 5 de abril, agregando: “Los comentarios para Caso han seguido siendo desfavorables, a pesar de que yo he tratado de aumentar la narración de su ‘independencia’ en el discurso. Hasta recibió un anónimo.” El joven abogado recibió censuras de todas partes, excepto, obviamente, de quienes lo habían invitado al ruedo. Entonces dio un paso atrás, volviendo a su actitud de alejamiento de los asuntos políticos. Es seguro que de continuar por esa vía, la amistad con Alfonso y Pedro se habría fracturado

irremisiblemente. De hecho, pasaron varios meses antes de que la amistad fuera retomada “en sentido profundo”.

Nemesio, ante el público de aquella noche del 2 de abril, dijo no ser de los que aceptan la omnipotencia de las leyes, porque estas fracasan cuando no están de acuerdo con la naturaleza de los pueblos. Pero creía que “son algo, muy poco si vosotros queréis, pero son algo.” Pidió respeto a la “fórmula electoral” porque “si no es del presente, puede ser del futuro; elijamos a los señores Díaz y Corral, conforme a las prácticas democráticas sujetémonos a ellas; esclavicémonos a ellas”; “porque esa fórmula que, como semilla, hoy es fría e inexpressiva, puede convertirse mañana en el árbol sagrado de las libertades”.⁸⁹ El joven aceptaba la vacuidad de las formas democráticas pero tenía la esperanza de que, en el futuro, adquirieran verdadera significación.

Según García Naranjo, los otros dos discursos fueron atemperados, mientras que Caso “se enfrentó enérgicamente con los censores y esgrimió contra ellos una dialéctica fogosa y beligerante. [...] no se anduvo con rodeos, denunció la charlatanería de la oposición –que es muy fácil de hacerse– y se escapó de sus labios la palabra ‘imbéciles’. [...] Y los miembros de la Comisión de Propaganda quedamos convencidos de que contra lo que habíamos supuesto, Antonio Caso era un gallo de pelea con pico filoso y duros espolones.”

Pero Antonio decidió retirarse. En sus *Memorias*, García Naranjo imagina que “después del mitin, Antonio Caso hizo el análisis de sí mismo, y no le costó mucho esfuerzo ni trabajo, llegar al convencimiento de que estaba inventando una personalidad que no tenía. Me imagino que al recordar las palabras estridentes que acababa de pronunciar, sintió la impresión de que se había asomado a un precipicio y resolvió apartarse a fin de que no se lo tragara el abismo.” No se apareció en la Comisión de Propaganda, no ocupó la directiva de *La Reección*, aunque tampoco mandó retirar su nombre; “se limitó a abstenerse de toda acción, esperando que los políticos entendieran su actitud negativa.”⁹⁰

Según las *Memorias* de Henríquez Ureña y una carta a su hermano Max, Caso sí tuvo algún papel en el periódico reeleccionista. Semanas después del 2 de abril, Ramón Prida, socio de Rosendo Pineda, escribió un artículo contra el reyista Diódoro Batalla para publicarlo anónimamente en *La Reección*. Caso pidió que se suprimiera un párrafo insultante, cosa que se

⁸⁹ García Naranjo, Nemesio, *Op. cit.*, pp. 17-18.

⁹⁰ *Ibidem.*, pp. 18-19.

aceptó pero finalmente el texto apareció tal cual. Por eso Antonio renunció al semanario, “¡y todavía Pineda le dijo que hacía mal!”, exclamaba el dominicano.⁹¹

Ascenso de la marea política

En el frente antirreeleccionista continuaban las reuniones. El 19 de mayo se efectuó la primera sesión del Club Central Antirreeleccionista, dirigido por Emilio Vázquez Gómez (presidente), Madero y Filomeno Mata (secretarios).⁹² Según Vasconcelos, el programa de la campaña estaba calcado del libro de Madero: “consistiría en organizar la ciudadanía de la República para que, abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente conforme a sus deseos.” Vasconcelos afirma que él ideó el lema “Sufragio Efectivo y No Reección”, en sustitución del antiguo “Sufragio Libre” (tal como aparecía en *La sucesión presidencial en 1910*), “para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto.”⁹³

Madero emprendió giras, dejándoles dos tareas: sondear qué personaje se podría postular y crear un periódico. Ningún prospecto se entusiasmó con la idea de ser postulado por un partido de oposición. En cambio, en los mítines les fue “sorpresivamente” bien. Vasconcelos, que no funcionó mucho como orador, se dedicó a la conducción del periódico. Durante dos o tres meses dirigió *El Antirreeleccionista*, que empezó a circular como semanario a principios de junio y luego se convirtió en diario. Debido a sus ocupaciones laborales, Vasconcelos propuso a Félix Palavicini como director, conservando él la jefatura de redacción.⁹⁴ El joven abogado, en sus viajes de negocios por Veracruz y Oaxaca, aprovechó para hacer propaganda y establecer clubes antirreeleccionistas.

Para el bando reeleccionista las cosas no marchaban bien. Su periódico, dice Nemesio, salió de mala calidad porque “alguien” decidió que no se gastara en él. No aparecían los nombres de los científicos prominentes en su páginas. Recibían caudal de burlas, entre ellas las de Diódoro Batalla, polemista del Partido Democrático, que bautizó al periódico como “La Guacamaya

⁹¹ Pedro a Max, ciudad de México, 15 de junio de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 506; *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 127-128.

⁹² Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 198.

⁹³ *Ulises criollo*, (segunda parte), p. 311.

⁹⁴ *Ibidem.*, pp. 312-313.

Reeleccionista”. El 26 de abril, un día después de que se graduara como abogado, Nemesio tomó parte en un mitin muy desangelado en la ciudad de México.

Entonces la Comisión de Propaganda dio un giro a sus actividades. Decidieron crear un nuevo periódico, *El Debate*, que pusieron en manos de Luis del Toro, conocido panfletista. A decir de Nemesio, “nadie ha manejado en México el ultraje como lo manejó Luis del Toro. Imprimía en las requisitorias más candentes, tal elegancia de expresión que la víctima no las podía desconocer ni mucho menos desdeñar”. En efecto, los ataques virulentos de la nueva publicación crearon ámpula. Iban dirigidos hacia el general Reyes y sus seguidores, y continuaron aún después de que el gobernador de Nuevo León renunció públicamente a sus aspiraciones políticas. De todas partes, incluso entre los “científicos”, dice Nemesio, se desaprobaba la conducta de *El Debate*. El escritor Francisco M. de Olaguíbel lamentaba mucho no poder salirse de ese medio.⁹⁵

El 21 de mayo se dio a conocer el acta constitutiva del Centro Antirreeleccionista de México. En el programa se indicaba: “Debido a las profundas raíces que el sistema absolutista de gobierno del General Díaz ha echado en nuestro país, la dictadura amenaza con prolongarse con su sucesor. Ante el peligro tan inminente, y como único medio de conjurarlo, hemos creído de nuestro deber unirnos para luchar por el triunfo de los principios democráticos de la Efectividad del sufragio y no Reelección.”

A principios de junio el Partido Democrático realizaba un primer mitin en Veracruz, teniendo como oradores a Jesús Urueta y Diódoro Batalla. Su programa era la reelección de Díaz y la elección de un vicepresidente no “científico”. El día 11, en una carta en el diario “Gil Blas”, partidarios del general Reyes lo instaban a que saliera de su silencio y se pronunciara sobre su candidatura. En Puebla, los reeleccionistas peroraban a favor de la fórmula Díaz-Corral. El día 13 ocurrían disturbios en el enclave reyista de Guadalajara a raíz del falso anuncio del arribo de los propagandistas de la reelección.⁹⁶

Henríquez Ureña le escribía a Max que la *Revista Moderna* aparecía insignificante, llena de política. El club reyista de la ciudad de México contaba con 3 mil socios. *El Debate* andaba “lleno de insultos para reyistas y antirreeleccionistas”, confeccionados por Luis del Toro,

⁹⁵ García Naranjo, Nemesio, *Op. cit.*, pp. 27-32.

⁹⁶ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 200-201.

Hipólito Olea, García Naranjo, José María Lozano, Lanz Duret, Emilio Valenzuela, Puga y Acal, Vidal y Flor, etc. Añadía que, en el Estado de Morelos, simpatizantes reeleccionistas habían sido apedreados. “Después del reyismo”, añadía, “ha surgido con gran fuerza el partido anti-reeleccionista, el cual tiene ya su periódico y cada día recibe adhesiones.”⁹⁷

El dominicano recibió una tentadora oferta. Por indicación de Carlos Pereyra se le invitó a tomar la dirección, “dizque exclusivamente literaria”, de la sección de un periódico reeleccionista que estaba por aparecer. Se trataba de la *Revista Universal*, que dirigiría Manuel Puga y Acal. En carta del 7 de julio, le explicaba a Max que Pereyra se lo propuso “como conveniencia económica, pero sin ocultarme la verdadera significación del periódico ni las obligaciones, según él puramente morales que contraería. No trató de convencerme.” Fue a ver a Puga y Acal; ya había pensado bien el caso y dijo que no.⁹⁸

Se le prometía que habría seriedad en la revista, no tendría que tocar temas políticos, la paga sería buena, el doble de lo que ganaba en La Mexicana, e incluso se le buscaría una cátedra o un empleo en el gobierno. “Pero yo imaginé”, explica Pedro en su *Diario*, “que bien pronto surgirían las imposiciones. Un día que hiciera falta un orador, sé que no habrían tenido escrúpulo en exigirme que saliera en excursión política, pues no cuentan con bastante gente para tales empresas”. Si aceptaba también se habría colocado en una posición “un tanto equívoca” dada su amistad con Alfonso Reyes. Al salir la revista vio que no presentaba tantas ventajas; aunque había dinero, era “insulsa” y nadie la compraba. Por lo demás, la promesa de un empleo adicional era improbable “vistas las suspensiones ordenadas por el gobierno.”⁹⁹

En las filas reeleccionistas la suerte mejoró. En *El Debate*, recuerda García Naranjo, José María Lozano e Hipólito Olea (el “grupo Belén”) se sentían en su ambiente, acostumbrados a batirse en los juzgados. Numerosos escritores y políticos acudían a las oficinas: Ramón Prida, Miguel Lanz Duret, Telésforo Ocampo, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo, Emilio Valenzuela y Rafael Reyes Spíndola. Andaban por ahí dos importantes miembros de la Sociedad de Conferencias, Valenti y Gómez Robelo. Pero las visitas más significativas eran las de Francisco Bulnes y Salvador Díaz Mirón. Bulnes, dice Nemesio, contribuyó con múltiples anécdotas a que conocieran a fondo a los personajes de entonces.

⁹⁷ Pedro a Max, ciudad de México, 15 y 16 de junio de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 504.

⁹⁸ Pedro a Max, ciudad de México, 7 de julio de 1909, *Ibidem.*, p. 507.

⁹⁹ Entrada del 9 de agosto de 1909, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 134.

Era tan libre y audaz en sus expresiones, que a veces producía la impresión de ser el más frenético de los opositores. Admiraba al general Díaz, pero no lo quería; y sucedía todo lo contrario en relación con el señor Corral: lo quería, pero no lo admiraba. Yo me permití preguntarle el porqué de sus sentimientos y él me contestó en esta forma seductora: “porque a don Porfirio lo comparo con Benito Juárez y don Sebastián Lerdo de Tejada, y a Corral, con don Bernardo Reyes y con Limantour.”¹⁰⁰

La marea política fue en ascenso en los meses de junio y julio, adquiriendo claros visos de tormenta.

El 17 de junio, en la ciudad de México, se constituyó el principal centro reyista, “Soberanía Popular”, por iniciativa del licenciado y diputado José López Portillo y el doctor Samuel Espinosa de los Monteros, entre otros. Fue designado presidente el doctor Francisco Vázquez Gómez. Además, los reyistas habían adquirido casi todas las acciones de *México Nuevo*, de Juan Sánchez Azcona.¹⁰¹ Según noticia de Henríquez Ureña, este diario, ya francamente reyista, se vendía mucho, llegando a tirajes de 50 mil ejemplares.¹⁰²

Los corralistas tuvieron un descalabro en Guanajuato a fines de junio. Francisco I. Madero fue de gira por Veracruz y Yucatán. A principios de julio, los reyistas efectuaron un mitin en Torreón, Coahuila, mientras que su candidato virtual, don Bernardo, se retiraba al pueblo de Galeana, Nuevo León, para despachar desde ahí los asuntos del gobierno del estado. En la segunda semana del mes, Madero viajó a Monterrey, donde habló fuerte contra el general Reyes.¹⁰³

Los corralistas de *El Debate* seguían lanzando sus dardos; los partidarios del general Reyes respondían con intensidad. Los fracasos de los mítines reeleccionistas daban materia de burla a periódicos como *México Nuevo* y *El Partido Democrático*. Los bandos intercambiaban retos, sobre todo acerca de la pretendida visita de los reeleccionistas a Guadalajara. Los de *El Debate*, picados en el amor propio, deseaban hacerlo cuanto antes, pero Rosendo Pineda les decía

¹⁰⁰ García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, pp. 37-38.

¹⁰¹ Taracena, Alfonso, *op. cit.*, p. 202. De acuerdo con el testimonio de Sánchez Azcona, también Madero fue de los patrocinadores de *México Nuevo*.

¹⁰² Pedro a Max, México, 28 de julio de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 519.

¹⁰³ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 202-204.

que aún no era el momento. El vicepresidente y secretario de Gobernación, Ramón Corral, tenía noticias frescas de la agitación en aquel estado y previno a Pineda para evitar la excursión.¹⁰⁴

Pero un buen día, Rafael Martínez Freg, presidente de la Comisión de Propaganda, mandó llamar a Lozano, García Naranjo y Olea para avisarles que irían a Guadalajara, porque “se había dispuesto” que el mitin se celebrara el 25 de julio y ellos tres iban a ser los oradores. García Naranjo atribuye la decisión al mismo Porfirio Díaz, interpretando que quería saber hasta dónde llegaría el movimiento a favor de Reyes. No importaba que los abuchearan; “lo que sí le importaba y mucho, era definir si el general Reyes estaba con él o contra él.”¹⁰⁵ Así, los oradores de *El Debate* tomaron el tren hacia el Bajío el día 24.

Días después del mitin, con detalles adicionales a la información de los diarios, Pedro informaba a Max de la refriega en la capital de Jalisco.

Los corralistas estuvieron anunciando su ida, y recordarás que ya hubo escándalos una vez que se creyó llegarían. A pesar de ese escándalo y del de Guanajuato, se empeñaron en ir y “vencer” a Guadalajara. Proyectaron ir cuarenta; luego proyectaron llevar tres oradores de primer orden: Bulnes, Díaz Mirón y Pineda; por fin solo fueron ocho: Lozano, Olea, García Naranjo, Martínez Freg, Enrique Torres Torija, Manuel H. San Juan, y dos más. Todas las medidas de la política fueron inútiles. Dos mil personas fueron a la estación y recibieron a silbidos a los delegados, acompañándolos así hasta el Hotel García. Desde antes, por el camino, en diversas estaciones hubo gritos y pedradas, y el tren llegó a Guadalajara con letreros reyistas, puestos no se sabe por quién. Una vez en Guadalajara, todo lo que los oradores tocaban parecía encantado: las sillas, las camas, las servilletas, los platos, todo decía viva Reyes, puesto con lápiz o de cualquier otro modo. El pueblo apedreó esa noche el Hotel. Al día siguiente, se ensayó un meeting en el Degollado; solo se permitía la entrada a determinadas personas, no sé si por invitación o selección; el pueblo quedaba en la calle, vociferando y apedreando. Pero, con ser de selección el público del teatro, que no estaba lleno, no quiso oír los discursos; un estrépito de silbidos y pateos apagó todo intento de oratoria. Uno de los oradores preguntó qué querían, si no querían la continuación de Porfirio Díaz, y sonaron gritos: No! Queremos la República. Se dice que abundaron los gritos de ¡Abajo Porfirio Díaz! Ello es que no hubo meeting, y los oradores salieron a escondidas del teatro; dicen cartas que los vistieron de mujer para que no se les conociera. La prensa cuenta que Torres Torija y San Juan temblaban como azogados y se lamentaban de haber

¹⁰⁴ García Naranjo, Nemesio, *op. cit.*, pp. 48-49.

¹⁰⁵ *Ibidem.*, p. 52.

ido y de la futura suerte de su familia. El pueblo, entre tanto, se lanzó a las calles haciendo escándalo, y allí fué Troya. Hubo luchas contra la policía; hubo muchos heridos y varios muertos; la policía hirió a un yankee, quien se apoderó del machete heridor y lo presentó al Cónsul; los presos pasan de 200. El General Villaseñor se negó a prestar la tropa sin orden de la Secretaría de Guerra, y la orden de esta solo llegó a tiempo para que formara la tropa una valla cerca de la estación y pudieran salir por la tarde los corralistas. El desorden continuó durante la tarde y la noche, y solo se deshizo con un grande aguacero que cayó a las diez. En suma, fueron dos días de batallas en las calles, de suspensión de comercios, y verdadero pánico en la ciudad. Los corralistas han llegado con temores de revolución, y la prensa oficiosa está convertida en energúmeno.¹⁰⁶

García Naranjo narra que el día 24, en Guadalajara, aprovechó para visitar a un antiguo amigo. Volvió al Hotel García y observó vidrios rotos y piedras regadas, restos del ataque contra los reeleccionistas, quienes estaban muy preocupados por él, pues temían que lo reconocieran y le hicieran daño. La situación ameritaba que portaran pistola quienes no lo acostumbraban. Al día siguiente, en el Teatro Degollado, el público ni siquiera permitió que dieran sus discursos. Entre abucheos y gritos intentaron hablar Hipólito Olea y luego Nemesio. Lozano usó la táctica de invitar a un estudiante para que tomara la palabra. Se hizo el silencio, el muchacho reyista habló, y al retomar su turno Lozano volvió el escándalo: “el único que habló fue el público.” Al final del desastroso mitin, entre mueras a Corral, se escuchó el grito: ¡abajo las momias!¹⁰⁷

En el viaje de regreso a la capital, Nemesio comentó a sus compañeros un episodio de la Revolución Francesa, cuando en vista de los tumultos en el Palacio de Versalles, el rey Luis XVI le preguntó al general Lafayette: “¿Qué significa este motin?” El otro le respondió: “No, Sire, no es motín ¡es una revolución!” Francisco González Mena dijo que Corral, Pineda y los científicos habían pasado a segunda línea, que el asunto había sido muy serio “y no tardaremos en ver al presidente Díaz en medio del escenario.” Ya en la ciudad de México, el senador Antonio Arguinzóniz pidió a Nemesio el recuento de lo sucedido y le preguntó si se atrevería a decir frente al general Díaz lo de aquel grito de “abajo las momias”.¹⁰⁸

Hubo muchos visitantes en la redacción de *El Debate*. Reyes Spíndola, al reafirmársele lo del famoso grito contra las “momias”, aseguró que el general Reyes estaba acabado. Me confesó, dice García Naranjo, que una semana antes le había advertido a Pineda que el viaje era un gran

¹⁰⁶ Pedro a Max, México, 28 de julio de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, pp. 518-19.

¹⁰⁷ García Naranjo, Nemesio, *op. cit.*, pp. 58, 62-63.

¹⁰⁸ *Ibidem.*, pp. 64, 69 y 73.

disparate y que igual pensaban Pablo Macedo, Joaquín Casasús y Limantour. “Pero... –agregó el señor Reyes Spíndola– el juchiteco nos ha demostrado que él tenía la razón. Y es que a nosotros no se nos ocurrió, ni en calidad de hipótesis fantástica, que eran los reyistas quienes se iban a encargar de la muerte y el entierro de don Bernardo.”¹⁰⁹

El día 26, los partidarios del general Reyes, quien seguía en Galeana, le enviaron un telegrama exigiéndole que se pronunciara sobre su candidatura. El gobernador les respondió que por patriotismo no la aceptaba. El día 30 publicó una carta dirigida a los clubes que lo postulaban. Les agradecía el gesto, pero él apoyaba la candidatura de Ramón Corral y les pedía que hicieran lo mismo.¹¹⁰ La carta, no obstante, tenía cierta ambigüedad, que Henríquez Ureña consignó al escribirle a Max el 4 de agosto. El general Reyes insinuaba “que no podía impedirles que lo postularan”. Don Justo Sierra, agregaba el dominicano, consideraba sumamente hábil la carta, “a pesar de lo larga y mal escrita”. Refería, además, que Genaro Fernández MacGregor afirmaba que en su trabajo, junto al ministro Olegario Molina, había visto una comunicación de Corral que daba la idea de miedo.¹¹¹

El dominicano daba cuenta del movimiento político en contra del gobernador de Nuevo León. Había sido enviado al norte el General Jerónimo Treviño como jefe de la zona militar del norte (Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas), con 5 mil hombres. Los corralistas ahora insistían en el objetivo de ir a Veracruz, gobernado por Teodoro Dehesa, en quien también se observaban aspiraciones vicepresidenciales.¹¹²

Jerónimo Treviño venía a ejecutar contra Reyes una misión similar a la que éste hiciera en su contra unos lustros atrás. Nemesio estaba muy contento con el retorno al primer plano del general Treviño, pues en su familia, desde la muerte del general Francisco Naranjo, lo veían como a un patriarca.¹¹³ La respuesta de Díaz contra Reyes, como dice García Naranjo, tenía dos consignas adicionales: quitar a Miguel Cárdenas del gobierno de Coahuila y retirar la candidatura de Venustiano Carranza para ese mismo puesto, ya que ambos eran afines a don Bernardo.¹¹⁴ Cárdenas no cedió tan fácilmente, mientras que el senador Carranza, que tenía contactos secretos

¹⁰⁹ *Ibidem.*, 74

¹¹⁰ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 206-207.

¹¹¹ Pedro a Max, ciudad de México, 4 de agosto de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, 1994, pp. 521-522.

¹¹² *Ídem.*

¹¹³ García Naranjo, Nemesio, *Op. cit.*, p. 75.

¹¹⁴ *Ibidem.*, p. 80.

con Francisco I. Madero y los antirreeleccionistas, permaneció en aparente calma. Las represalias contra el reyismo continuaron. Sin su figura en la palestra, este movimiento, en parte, fue a alimentar al maderismo.

En el terreno de la prensa, en el ir y venir de ataques entre los diarios oficialistas y los periódicos nuevos, se registró un fuerte embate contra el “partido Científico”. El día 24 de julio apareció en *El Partido Democrático*, publicación reyista, el artículo “El Partido Científico: Qué ha sido, qué es, qué será, para qué sirve la ‘ciencia’ ”, firmado por Blas Urrea, seudónimo del licenciado Luis Cabrera. En México hay dos grandes partidos, decía: los conservadores de hoy, que pretenden mantener el estado de cosas del régimen porfirista, y los reformadores o “partido republicano”, que desean una transformación y que el pueblo tome parte en la cosa pública. “El partido neo conservador es el más antiguo y el más fuertemente organizado.” El otro es el más numeroso y popular. Pero había un tercer grupo, el “científico”.

El grupo científico, con miras enteramente personales, se ha puesto bajo el patrocinio del neoconservador, o más bien dicho, se hace pasar por una rama de este partido, pero se distingue perfectamente de él.

El grupo neocoservador es esencialmente patriota y antisajonista, mientras el científico es sajonizante decidido, y es más ilustrado. Los intereses neoconservadores están formados principalmente por la gran propiedad rural, mientras que los científicos lo están por la gran propiedad industrial y financiera consistente en las acciones de las nuevas sociedades monopolizadoras. Los primeros son opuestos a los intereses americanos, a los cuales ven con rivalidad, mientras que los segundos están íntimamente ligados con el capital norteamericano.

El grupo científico es más inteligente, más ilustrado y más hábilmente organizado que los otros dos partidos; pero su organización no obedece a fines patrióticos, sino meramente financieros.¹¹⁵

Blas Urrea no clasificaba a Ramón Corral como “científico”, pero se había acercado a esa facción y de ahí su impopularidad. La idea global era que ese grupo se había apoderado progresivamente del poder económico y político en México, manteniendo a Díaz como una especie de rehén. Era una interpretación corriente desde, al menos, 1908. Pero en esta ocasión se presentaba sólidamente articulada por Urrea, quien más tarde, en septiembre y en octubre,

¹¹⁵ “El Partido Científico: Qué ha sido, qué es, qué será, para qué sirve la ‘ciencia’ ”, en Fernando Zartuche, *Luis Cabrera: Una visión de México*, Segunda serie de Lecturas Mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1988, p. 67.

publicó dos “cargos concretos”, largos artículos con numerosas pruebas específicas que sustentaban sus dichos. A partir de su primer artículo vinieron respuestas no sólo de los periódicos oficiales, sino también de prominentes científicos, acusados de apoderarse de las estructuras del gobierno y enriquecerse fabulosamente, como Rafael Reyes Spíndola y el ministro de Hacienda José Yves Limantour.

Luis Cabrera era simpatizante reyista y amigo de Rodolfo Reyes. Es probable que a raíz de aquella pugna que se desató entre el hijo del general y los “científicos”, en marzo de 1908, Cabrera haya conformado el plan de preparar esta campaña contra los científicos. Lo hizo bajo seudónimo, para evitarle problemas a su tío, el viejo periodista liberal Daniel Cabrera, y para que su labor política no enturbiara su labor profesional como abogado.¹¹⁶ Cuando inició sus ataques en la prensa ya era bastante cercano a la causa antirreeleccionista. Él y otros políticos e intelectuales experimentaban un proceso de radicalización; interpretaban la actitud y la caída de Bernardo Reyes como evidencias de que se necesitaba un cambio más profundo, una renovación completa del gobierno.

Ante el panorama político, Henríquez Ureña lamentaba que el carácter mexicano estuviera perdiendo “sus pocas ventajas, de las cuales la mayor era su serenidad”.¹¹⁷ En una visita a la casa de Jesús Valenzuela, que había sufrido otro ataque cerebral, evitó una reunión política “juvenil”. Emilio Valenzuela tenía organizado un club corralista con la pretensión de hacer campaña serena, sin el sistema de insultos que sostenían los periódicos reeleccionistas y reyistas.¹¹⁸ El 12 de agosto, Pedro anotaba que desde la noche anterior corrían rumores de que en Saltillo, Coahuila, había motines “de carácter revolucionario” a causa del retiro obligado del gobernador del estado, Miguel Cárdenas. Éste se trasladó a la capital de la República, donde habló con los periodistas para denunciar que Treviño había ido a pedirle su renuncia en forma de licencia, pero él decidió hablar con Díaz sobre su renuncia formal.¹¹⁹

La política aquí “va tomando cariz grave”, le escribía a Max. “Para muchos, esto es ya la revolución”. Refería varios asuntos. Díaz ya no apoyaba la candidatura de Carranza, cuando hasta hace un mes seguía “la tradición de que el Gobernador de ese Estado fuera reyista”. Carlos

¹¹⁶ Esto lo señala Fernando Zartuche en el “Estudio inicial” de *Luis Cabrera: Una visión de México*, p. 30.

¹¹⁷ Entrada del 5 de agosto de 1909, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 135

¹¹⁸ Entrada del 6 de agosto, *Ibidem.*, pp. 135 y 136. Emilio Valenzuela y otros jóvenes organizaron en julio el Club Central “Ramón Corral”.

¹¹⁹ Entrada del 12 de agosto, *Ibidem.*, p. 139.

Pereyra, a quien Pedro acostumbraba visitar y que “aparentaba” ser “científico”, iba como secretario a la Embajada mexicana en Washington. Además, *El Antirreeleccionista* aparecía el día 12 de agosto convertido en diario.¹²⁰

A finales del mes, la situación era más tranquila, pero sólo en apariencia.

Agosto 24. La cuestión política presenta apariencia de calma; pero la realidad sigue siendo la misma: agitación. Se ha llenado de tropas todo el Norte, y se tiene cercado al general Reyes; en Coahuila se impuso al fin el cambio de gobierno ordenado por el centro, y no llegó á haber verdaderos disturbios: las noticias de motines resultaron erróneas; en Sinaloa se hizo el *chanchullo* electoral para declarar electo al candidato oficial, Diego Redo, aunque el pueblo se atrevió á votar, y se asegura que en votos efectivos hubo mayoría para el opositor [José] Ferrel (periodista de combate sin otros títulos al ejercicio de un gobierno); pero en Yucatán ha comenzado otra agitación por las elecciones de gobernador. Puede esperarse que cada elección de Gobernador de Estado implicará oposición ruda a los deseos del gobierno federal. El General Reyes sobrelleva con extraordinaria paciencia las medidas y los ataques que contra él dirige el gobierno; su situación es enigmática; fuera de México y de las peculiares contradicciones que hacen que aquí todo se realice teniendo como condición á Porfirio Díaz, sería inconcebible.¹²¹

Trascurrido un mes del episodio en Guadalajara, la situación no terminaba de resolverse. Como da a entender Henríquez Ureña, en otros lugares (quizás pensaba en su natal Santo Domingo) el asunto enseguida habría estallado violentamente. Anotaba que, días antes, el general Félix Díaz, sobrino del dictador, había dado un discurso para cerrar las conferencias de la Asociación del Colegio Militar, acto presidido por el mismo presidente. Félix indicó que la obra de don Porfirio “sólo duraría lo que su vida; que en México no habría guerra extranjera, ni tampoco revolución, porque no había nadie capaz de oponerse á la voluntad del pueblo, la cual triunfaría...” El discurso, dice Pedro, se comentó mucho, señalándose el distanciamiento del sobrino respecto al presidente. Agregaba que Jesús T. Acevedo le había confiado que, en una entrevista con Félix Díaz, “este le instó á trabajar en pro de Reyes.”¹²²

¹²⁰ Pedro a Max, México, 12 de agosto de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 527. Una de las principales tareas de Carlos Pereyra en su misión diplomática sería de la persecución de los dirigentes magonistas en los Estados Unidos.

¹²¹ Entrada del 24 de agosto de 1909, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 139-140.

¹²² *Ibidem.*, p. 140.

Henríquez Ureña en *El Antirreeleccionista*

Después de todo, Pedro estaba por colaborar en la *Revista Universal*. Su director, Manuel Puga y Acal, le había pedido que escribiera alguna sección, sin abandonar su empleo actual y “siempre sobre la base de una verdadera independencia.” Pero la revista desapareció repentinamente, habiendo publicado solamente tres números. Por otro lado, ante la insistencia de Fernando Galván, Pedro aceptó dirigir la sección literaria de *El Antirreeleccionista*. El periódico, explica en su diario el 25 de agosto, “es órgano de un partido *independiente* y serio, y conozco á algunos de sus miembros (especialmente José Vasconcelos, joven abogado y aficionado á los estudios filosóficos).” Aceptó, aunque la retribución, que prometían aumentar, era poca.¹²³

Debió ser difícil conducirse entre los ofrecimientos de bandos contrarios, que implicaban compromisos y podrían causar enemistades, aun con el acuerdo de “verdadera independencia”. Empero, el caso de *El Antirreeleccionista* era diferente. Se trasluce la buena opinión del dominicano, no sólo sobre el periódico, sino sobre el partido político. No era oficialista, sino independiente y serio, e incluso había cierta calidad intelectual, “especialmente” en Vasconcelos.

Henríquez Ureña se hizo cargo de la página literaria semanal del diario de oposición, a partir del lunes 23 de agosto. Seleccionaba el material con libertad y sin la obligación de abordar cuestiones políticas. En lo que publicó, se combinaron un gusto exquisito, una intención de divulgación y muestras de un brío que, en circunstancias “normales”, el dominicano seguramente no habría asumido.¹²⁴

En su debut, Pedro incluyó poemas y prosas de Eugenio de Castro, Tulio M. Cestero, Manuel Machado y José Santos Chocano. En un texto de Máximo Gorki (“Vivan los espíritus fuertes”) se leía: “¡Vivan los espíritus fuertes, los hombres valerosos, los hombres que sirven á la verdad, á la justicia, á la belleza!” / “¡Viva el señor de sus deseos que sabe sacrificarse!” Se presentaba también el poema “Habla la espada” de Antonio Sayas.

¹²³ Entrada del 25 de agosto de 1909, *Ibidem*, p. 143. Las cursivas son de Henríquez Ureña.

¹²⁴ Consulté las páginas literarias de *El Antirreeleccionista*, a excepción de las correspondientes al 30 de agosto y el 6 de septiembre, en el Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo El Colegio de México, sección Archivos Incorporados, subsección Pedro Henríquez Ureña, Caja 2 sin clasificar, álbum de recortes.

Los claros filos de mi frágil hoja
templó en el escamel agua del Tajo,
y de las tierra de Rocroy me trajo
alguien, de sangre, hasta la guarda, roja.

Sin ser para los débiles congoja
como las armas fáciles del majo,
de la capa ciñéronme debajo
nietos duques que pintó Pantoja.

El punzón de un artista de Toledo
grabó la marca que en la lid sañuda
ostenté en los claustros de Lovaina,
y á la ira hostil é inaccesible al miedo,
nadie me ha visto sin razón desnuda,
ni sin honor devuélto me á la vaina.

Alfonso Reyes, bajo el seudónimo “Teodoro Malio”, aportó dos textos para la página literaria de oposición: “La noche del 15 de septiembre y la novelística nacional” y “Silvio”. Susana Quintanilla ha señalado que Reyes trató “temas inéditos en sus escritos previos e hizo críticas que probablemente no se hubiera atrevido a suscribir con su nombre.”¹²⁵ En el primer artículo, aparecido el 6 de septiembre, Alfonso criticaba la costumbre de los novelistas mexicanos (incluidos jóvenes como Carlos González Peña) de narrar una y otra vez, como una obligación, la fiesta “más vulgar y menos sugestiva”, la del grito de Independencia. Fiesta en la que, como señala Quintanilla, se festejaba a la vez el inicio de la gesta patriótica y el cumpleaños del general Díaz.

“Silvio”, publicado el 13 de septiembre, es un cuento sobre un muchacho anodino, transparente, que se dejaba llevar por cualquiera como un bastón y se quedaba quieto donde se le pusiera. Un día desapareció pero los amigos se percataron mucho tiempo después, y entonces lamentaron la ausencia de ese ser junto al cual, “sin dejar de ir acompañado, se iba en soledad”. Quintanilla comenta: “Ligera y juguetona, la pluma de Reyes destilaba humor ácido y ganas de

¹²⁵ Quintanilla, Susana, “Nosotros” *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México D. F., Editorial Tusquets, Fundación Tv Azteca, 2008, p. 186.

ensayar la prosa, la crítica y la de ficción. También exhalaba picardía en contra de los jóvenes que, después de exponer su apoyo a Bernardo Reyes, se volvieron partidarios de la reelección.”

En el personaje, la autora ve características de Martín Luis Guzmán, quien, en marzo de 1909, “se había ‘dejado llevar’ a una charla acerca de la Constitución que derivó en la fundación de un club reeleccionista. Más tarde su nombre fue incluido, ‘sin él saberlo’, en la lista de la Comisión de Propaganda del Centro Reeleccionista, y se le comprometió, ‘sin su consentimiento’, en el programa de un mitin en favor de Ramón Corral. Aconsejado por Henríquez Ureña, Guzmán decidió no asistir al acto y solicitar que en adelante fuera eximido de toda actividad política. Estaba en busca de empleo y en víspera de casarse, lo cual hizo poco antes de que concluyera julio de 1909. Cumplido lo anterior ‘desapareció’ del panorama, como lo hizo ‘Silvio’, dejando tras de sí todo tipo de suposiciones.” Quintanilla añade otros elementos para afianzar la conjetura de que Alfonso se inspiró en la personalidad de Martín Luis, e indica, además, la evaluación de Reyes y Henríquez Ureña sobre la pusilanimidad de los jóvenes que se dejaban atraer por los políticos reeleccionistas.¹²⁶

Henríquez Ureña armaba su página literaria con autores clásicos y contemporáneos (Juan Boscán de Almaguer, Petrarca, Lope de Vega, Wilde, Remy de Gourmont, Baudelaire, Heine, Sully Prudhomme) y algunos textos suyos. El 13 de septiembre incluyó sus versos “A un poeta muerto”. El lunes siguiente, además de su poema “Ibsen”, presentó una lista de las mejores obras de la literatura mundial, bajo el seudónimo “Lilus Giraldu”. Como el rector de Harvard, a petición de una editorial estadounidense, había hecho una selección de las mejores obras, Pedro quiso ofrecer su propia selección, aunque decía no esperar que alguna editorial hispanoamericana se interesara y la recogiera. En la lista de 50 autores incluyó bastantes de la tradición hispánica e hispanoamericana. Luego, para los que no quedaran conformes, agregaba otra lista con 50 literatos más.

El 13 de septiembre, cuando salía el tercer lunes literario, Pedro anotaba en su *Diario* que la página era tan pequeña que cabía muy poco; además, no le habían dado la retribución prometida.¹²⁷ Días más tarde, en una visita a la casa de Velenzuela, tuvo un desaguisado con

¹²⁶ *Ibidem.*, pp. 187-188. El pasaje sobre este detalle biográfico en torno a Martín Luis Guzmán, está desarrollado con bastante solidez por Susana Quintanilla. Cabe mencionar, no obstante, que en la página del periódico que Pedro Henríquez Ureña conservó en su archivo, debajo del título del texto de Reyes, escribió el nombre: “Lucio Güemes Cortina”, tal vez el verdadero “Silvio”.

¹²⁷ Entrada del 13 de septiembre, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, p. 145.

Enrique Escobar, a quien tenía por uno de esos “ejemplos típicos del talento desperdiciado por falta de carácter y de disciplina”. Su última afición era “la política gobiernista” y quiso censurar la incorporación de Pedro a la oposición. “Como tiene la desventaja de ser sensible á los ataques, se desconcertó con tan sencilla burla como la de decirle que á él iba dedicado el “*Celui qui ne comprend pas*” de Remy de Gourmont, que publiqué en la página literaria del diario en cuestión. Bajó el tono, y, continuamos hablando sobre diversas cosas”.¹²⁸

En el texto de referencia, Gourmont pretendió establecer el carácter de aquellos escritores de espíritu comercial, mezquino y mediocre, que quieren un arte fácil y concreto, y son refractarios a expresiones artísticas que requieren mayor esfuerzo de atención. Remy de Gourmont defendía al simbolismo como una tendencia idealista en la literatura. El placer más delicado de la literatura, decía, es “no ser comprendido”. Hay quienes no entienden cuando se les dice que la literatura es una forma de actividad, que el genio es una realización, que la poesía es un florecimiento del alma, que la música es el lenguaje del inconsciente.

El “breve *passage-aux-armes*” con Escobar no fue el único disgusto durante su incursión en el periódico político. El día 21, luego de que saliera su cuarta página literaria, Pedro escribía que ésta había sido discutida en la redacción. Los cultos, “como Vasconcelos y Fernando Galván, la aprueban; los demás, la encuentran ininteligible. La insistencia en este sentido es ya fatigosa.” Podría aceptar, dice, que encontraran difíciles los trabajos que “Alfonsito” publicó con seudónimo, pero ahora les presento el “trabajito ligero” sobre “Los mejores libros” y todavía claman.

Yo creo que ya se trata de prejuicio y que sin leer declaran no entender; pero me figuro que ya desearían que cesara la página literaria (por lo menos en mis manos) pues creen ‘que su público’ se va á disgustar. Estas gentes que creen conocer al público y lo suponen inmensamente bruto, no piensan que quien se decide á leer una página literaria de un periódico ha de estar algo acostumbrado á lo que ellos llaman *ininteligibilidad*. Para ellos, lo único inteligible es el cuento [...].¹²⁹

Más allá del posible prejuicio en su contra, parte del equipo de *El Antirreeleccionista* juzgaba innecesaria o hasta contraproducente la página literaria de Henríquez Ureña. Poemas de escritores del Siglo de Oro español, Petrarca, los textos de Reyes, ¿tenían cabida en un periódico

¹²⁸ Entrada del 17 de septiembre de 1909, *Ibidem.*, pp. 145 y 146.

¹²⁹ Entrada del 21 de septiembre, *Ibidem.*, p. 148.

político? Si la página tenía como objeto dar a los lectores un momento de esparcimiento (idea accesoria del arte contra la que batallaban Henríquez Ureña y su grupo), mejor sería ofrecer literatura ligera, de fácil lectura, de temas poco problemáticos. Es decir, literatura para “los que no comprenden”. Si se trataba de que las creaciones fueran directamente armas de combate, implicaría un activismo político (“profesión de fe”) que Pedro no estaría dispuesto a hacer.

El lunes 27 de septiembre no aparecieron textos suyos ni de Alfonso. La “Lira clásica” era ocupada por Fernando de Herrera (“Al sueño”); aparecía el cuento “El gigante egoísta” de Óscar Wilde, y poemas de Heine y Sully Prudhomme. En otra página del diario se anunciaba que el libro de Madero, *La sucesión presidencial*, aparecería en forma de folletín como obsequio para los lectores. Se anunciaba también que el periódico sería impreso “en nuestra Rotativa y con páginas á colores.”

El día 28 el medio fue suprimido por el gobierno. Las autoridades tomaron como pretexto un artículo en que se aludía al asunto de la Bahía Magdalena.¹³⁰ Pedro anotó en su diario que se habían llevado presos a todos los que se encontraban en la redacción: Fernando Galván, que era el encargado de los contratos de anuncios, el reportero Joaquín Piña, los operarios, “inclusive los norteamericanos”, la taquígrafa, “á pesar de que sufrió un síncope, y hasta al pobre demente Zúñiga y Miranda, que se sueña candidato á la Presidencia y había ido allí á pedir que se publicara su retrato.” Lamentaba mucho el asunto porque el periódico acababa de instalar su prensa de 30 mil pesos e iba a salir “en buena forma”. El director, Félix Palavicini, estaba escondido y se decía que no había orden de aprehensión contra los colaboradores (Pedro entre ellos).¹³¹

Por la noche del miércoles 29 habló con José Vasconcelos y Federico González Garza, que no sabían nada al respecto. En esa reunión, Ignacio Galván (hermano de Fernando, que seguía preso) informó a Vasconcelos y González Garza que, al parecer, había órdenes de aprehensión en su contra. Al día siguiente fueron liberados los empleados, quedando presos el jefe de la imprenta, el administrador y el reportero. Palavicini seguía oculto y se rumoraba que Vasconcelos había sido aprehendido. Pedro anotó que el motivo de la acción contra el periódico había sido “un artículo sobre la entrevista Taft-Díaz en el que se acusaba al presidente de hacer

¹³⁰ Según señala Alfonso Taracena, *Op. cit.*, p. 211.

¹³¹ Entrada del 29 de septiembre de 1909, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 150.

transacciones contra la integridad del territorio”; el cargo era por “injurias al primer magistrado”.¹³²

Vasconcelos, en realidad, había huido de la ciudad, junto con Federico González Garza, para refugiarse en una hacienda en San Luis Potosí. Gracias a Jesús Flores Magón, que fungió como su defensor, días después se levantó la orden de aprehensión en su contra. Vasconcelos regresó a la ciudad de México. La imprenta quedó confiscada y el periódico prohibido.¹³³

Pedro escribía, el primero de octubre, de la liberación de Fernando Galván y un encuentro con Nemesio García Naranjo, Rubén Valenti e Hipólito Olea. Estos, tal vez porque ya había pasado el furor político, le hablaron de política con serenidad. Llegaron a afirmar que muerto Díaz, el porvenir quizás fuese de Bernardo Reyes. Pedro, a quien le era antipática la propaganda de *El Debate*, extendía su juicio negativo sobre Nemesio y Olea en el terreno literario.

También hablé con García Naranjo sobre literatos mexicanos, y encuentro que su juicio se hace cada vez más serio. Y sin embargo, no me atrevería á asegurar que tiene talento; por lo pronto, talento poético, no lo tiene; no es sino un mal orador en verso. En el cuarto en que vive con Hipólito Olea había (lectura de este último) el más reciente libro de Bonafoux. ¡Y todavía si en la justicia y en lo certero del insulto, siquier grosero (¡nada más grosero que ese libro *Bilis!*), se pareciera á Bonafoux.¹³⁴

Henríquez Ureña simpatizaba con la oposición antirreeleccionista, pero no lo externaba, debido a su carácter de extranjero y por querer estar ajeno a las disputas partidarias. Pero sentía fuertes preocupaciones sociales. En una carta dirigida a su tío Federico, publicada en noviembre en Santo Domingo, se atrevía a comentar la situación de los indígenas en México. Citaba artículos de denuncia social publicados por amigos cercanos e incluso criticaba al gobierno de Porfirio Díaz por el abandono en que había dejado a los indígenas.

Mientras tanto, en México, por ejemplo, la ingente población indígena se arrastra, misérrima a través de los campos mal cultivados y de los pestilentes barrios bajos de las ciudades, sin que se vea surgir un esfuerzo tendente a libertarla de la esclavitud bajo el patrón (que a veces asume forma de compra, como en Yucatán); esclavitud bajo la autoridad política, que dispone del indio a su antojo, especialmente en las aldeas, esclavitud por ignorancia, esclavitud por malas costumbres,

¹³² Entrada del 30 de septiembre de 1909, *Ibidem.*, p. 150-151.

¹³³ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, p. 330.

¹³⁴ Entrada del 1º de octubre de 1909, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 152. Luis Bonafoux Quintero (1855-1918) era un periodista y escritor español, conocido polemista y satírico. Su libro *Bilis* había sido editado en 1908.

esclavitud por inferioridad de trabajo. En la presente y agitada campaña política, uno de los más serios cargos que han podido lanzarse al gobierno de Porfirio Díaz, que ya dura treinta y tres años (un tercio del siglo de la independencia) es la pregunta del Dr. Lara Pardo: ¿Qué habéis hecho por el indio? Y otro joven escritor, el Lic. Vasconcelos, en interesantes estudios económicos, ha analizado el error cometido por el grupo gobernante al fomentar la riqueza solamente en favor de la Hacienda pública y de los capitalistas descuidando la principal fuente de riqueza: la capacidad productora del individuo.¹³⁵

Con esto queda por completo clara la orientación ideológica de Pedro Henríquez Ureña. Su orientación no era la del escritor combativo que denuncia injusticias e inequidades sociales, que se sitúa en las trincheras de un partido o facción. Quería una carrera independiente, había decidido orientar su acción hacia la cultura y, a través de ella, adelantar en objetivos de igualdad y justicia sociales.

Seguía buscando empleo desde principios de 1909; le urgía encontrar algo más afín a sus intereses. En marzo tenía por seguro que obtendría un puesto como profesor en la Preparatoria. También esperaba conseguir algo en la Escuela Nocturna Superior, que debía inaugurarse pronto. Quería irse un año a Europa, aceptando una proposición de Cravioto que viajaría en dos meses, y volver para iniciar los estudios de Derecho. Para ese plan pidió a Max que le consiguiera en Cuba el pago por crónicas europeas. Así pensaba conseguir unos 25 a 30 dólares, que junto con una cantidad similar obtenida en México sumaran 50 o 60 dólares; con eso podría sobrevivir en el viejo continente.¹³⁶ No llegaron a concretarse estas opciones.

En junio vislumbró la oportunidad de dirigir el Boletín de la Biblioteca Nacional, una vez que se retirara de ese empleo Luis González Obregón, quien se dedicaría a reorganizar el Archivo General de la Nación. Había una alternativa más: “Urbina, que es ahora gran amigo, me ha prometido, para después de agosto, encargarme con él y Rafael López de hacer una colección detallada y luego una selección de la poesía y la prosa de México durante el siglo XIX, para

¹³⁵ “Por la inmigración”, carta a Federico Henríquez y Carvajal, sin fecha, publicada en el periódico *Oiga...*, 20 de noviembre de 1909. En *Obras completas. Tomo 1*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 337-341.

¹³⁶ Cartas de Pedro a Max, ciudad de México, 10 y 17 de marzo de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, pp. 496, 498-499.

publicar una antología en el Centenario. El trabajo es fuerte, pues Urbina dice que serán muchas horas diarias y bien pagado.”¹³⁷

Casi todos estos empleos correspondían al Ministerio de Instrucción Pública. Urbina, brazo derecho del ministro Sierra, era ya “gran amigo”. Al respecto, vale la pena referir una anécdota que cuenta Alfonso Reyes. Recién llegado a México, Henríquez Ureña se encontró en un teatro a Urbina, quien lo saludó con palmaditas en el hombro diciéndole: “¿Qué hay, mi querido Zaranguanguay? Seguramente que PHU no sabía que, en México, ésta era una manera burlesca de llamar a los mulatos o negros, pues sonrió muy satisfecho.” Urbina aprendió a apreciar al dominicano “y así cuando don Justo Sierra lo encargó de la *Antología del Centenario*, asoció a él, como colaboradores, al entonces desconocido Nicolás Rangel, su camarada en pulque, quien en adelante quedó ya erudito consagrado, y a PHU.”¹³⁸ El trabajo de la Antología tardaría todavía medio año en concretarse.

III. Las conferencias sobre el positivismo en la Escuela Preparatoria

En abril de 1909 la “debilidad” corralista de Antonio Caso estuvo a punto de quebrar la amistad con Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Pedro había dejado de visitarlo, mas un día, dice el dominicano, “en que hallándome todavía esclavizado en el trabajo de ‘La Mexicana’ renuncié las proposiciones que se me hacían para entrar al periódico *corralista* de Puga y Acal [la *Revista Universal*], ofreciéndome protegerme con una clase ú otra cosa gubernativa, volví a visitarle, sintiendo no sé qué sensación de fuerza y como queriendo hacer alarde de ella.”¹³⁹ A pesar del distanciamiento, Antonio le tenía mucha estima e incluso se interesaba en conseguirle algún empleo. Corrieron las semanas y se efectuó la reconciliación, “muda, por supuesto”, dice Henríquez Ureña.

En la recomposición de los vínculos seguramente tuvo que ver el papel intelectual retomado por Antonio Caso en el mes de junio. En todo el año la Sociedad de Conferencias no

¹³⁷ Pedro a Max, ciudad de México, 15 de junio de 1909, *Ibidem.*, pp. 502-503.

¹³⁸ Reyes, Alfonso, “Urbina y Pedro Henríquez Ureña” V. *Anecdotario [1922-1959]*, *Obras Completas*, Vol. XXIII, México, Fondo de Cultura Económica p. 339.

¹³⁹ Entrada del 29 de marzo de 1910, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 166.

realizó presentaciones y fue Caso, de manera individual, quien retomó la iniciativa a favor de los intereses intelectuales del grupo, dando una muy importante serie de conferencias sobre la “Historia del positivismo”, en la Escuela Nacional Preparatoria, con este programa:

- I. Romanticismo y positivismo, momento histórico de la aparición del positivismo.
- II. Los precursores especialmente Bacon, Descartes y Diderot.
- III. El fundador. Las tesis fundamentales del positivismo comtista.
- IV. Los positivistas heterodoxos. Stuart Mill.
- V. Continuación. La filosofía de Herbert Spencer.
- VI. El positivismo en la actualidad.¹⁴⁰

En la sesión inaugural, la noche del viernes 25 de junio en el salón El Generalito completamente lleno, el ministro de Instrucción Pública Justo Sierra presentó al joven, encomiando su talento, “la asidua dedicación con que estudia los problemas filosóficos. Expresó, además, su deseo, por que el objeto de sus conferencias, un tanto restringido por ahora, se ensanchará libremente, hasta abarcar la historia completa de la Filosofía.” Antonio Caso habló de la génesis del positivismo y su momento histórico. “La seriedad y precisión de su lenguaje”, señalaba *El Imparcial*, “unidos a su modo de decir, siempre brillante y sugestivo, le valieron muchos y espontáneos aplausos de todos los asistentes.”¹⁴¹

El 2 de julio, el mismo periódico adelantaba el contenido de la segunda conferencia, a celebrarse el día siguiente.

El fundador. La vida de Augusto Comte. Los síntomas de la degeneración juzgada por la ciencia moderna. Opinión de W. James. Qué cosa es un espíritu sistemático. Maravilloso poder sintético de la inteligencia de Comte. La unificación del espíritu y de la civilización occidentales.

Las tesis cardinales del comtismo: a) el experimentalismo; b) la clasificación de las ciencias en orden serial; c) la ley de los tres estados (ficticio, abstracto y científico); d) creación de la sociología; e) el antimonismo.¹⁴²

Las conferencias continuaron los viernes de cada semana. Para el joven abogado representaban un éxito mayor, daban solidez a su carrera académica y reforzaban su prestigio. Continuaba la crítica del positivismo, aspecto central del movimiento renovador de los jóvenes.

¹⁴⁰ “Conferencias de positivismo”, *El Imparcial*, 24 de junio de 1909, p. 2.

¹⁴¹ “Conferencia de positivismo”, *El Imparcial*, 26 de junio de 1909, p. 2.

¹⁴² “La Historia del positivismo. Conferencia en la Preparatoria”, *El Imparcial*, 2 de julio, p. 8.

Así lo señalan los testimonios y los estudios sobre la generación del Ateneo de la Juventud. Alfonso Reyes las considera un episodio de las campañas de los jóvenes. Antonio Caso, dice, acabó “de definir la actitud de la gente joven frente a las doctrinas oficiales”.¹⁴³ José Vasconcelos afirma, exagerando un poco, que Caso “destruyó en el ciclo de conferencias toda la labor positivista de los anteriores treinta años.”¹⁴⁴

El 7 de julio, cuando habían ocurrido las dos primeras conferencias, Henríquez Ureña le adelantaba a su hermano Max que habían resultado “muy medianas” y se ocuparía de ellas.¹⁴⁵ Publicó dos artículos en la *Revista Moderna de México*, muy duros, sobre todo el primero. Las implicaciones del ejercicio intelectual como una forma de poder son muy claras en este episodio de críticas al amigo.

En la *Revista Moderna de México* de julio apareció el artículo “Conferencias sobre el positivismo”.¹⁴⁶ En la América española, decía Pedro, a diferencia de lo que ocurre en Europa, la escuela positivista es cosa viva. En México la filosofía de Comte, fusionada con teorías de Spencer e ideas de Mill, “es la filosofía oficial, pues impera en la enseñanza, desde la reforma dirigida por Gabino Barreda, y se invoca como base ideológica de las tendencias políticas en auge.” Ya una parte de la juventud sigue otros rumbos, pero la crítica del positivismo, explicaba, no la conservadora y católica, “sino la avanzada, la que se inspira en el movimiento intelectual contemporáneo”, apenas ha empezado con el memorable discurso de Justo Sierra en honor de Barreda (abril de 1908) “y en uno que otro trabajo de la juvenil Sociedad de Conferencias.”

La crítica completa del positivismo estaba por hacerse. Era una tarea colectiva de gran trascendencia y Antonio Caso poseía las credenciales para hacerla avanzar, podía hacer, “con criterio filosófico y documentación extensa, el estudio histórico-crítico del positivismo, formulando juicio imparcial que no podríamos obtener ni de los sectarios positivistas ni de sus francos enemigos católicos. De Caso podía esperarse estudio libre y lleno de variedad, enriquecido con las opiniones de la crítica reciente; en verdad, muchos lo esperaban.” Pero no

¹⁴³ Reyes, Alfonso, *Pasado inmediato* [1939], en *Obras completas, tomo XII*, p. 209.

¹⁴⁴ *Ulises criollo*, (primera parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, p. 233.

¹⁴⁵ Pedro a Max, ciudad de México, 7 de julio de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 510.

¹⁴⁶ “Conferencias sobre el positivismo”, fechado el 21 de julio, *Revista Moderna de México*, julio de 1909. Como “El positivismo de Comte”, en *Obras completas. Tomo 1*, pp. 279-293. Hay que señalar que los artículos de Henríquez Ureña son el material más substancial que se conoce sobre la serie de conferencias en la Preparatoria.

ocurrió. Las tres primeras conferencias, sobre Comte y sus precursores, apenas habían respondido a lo esperado.

Ni en la parte histórica, ni en la expositiva ni en la crítica ha introducido el conferencista los deseados elementos de novedad: se ha contentado, en general, con la exposición, el trazo de orígenes y los juicios encomiásticos que desde tiempo atrás nos presentan los partidarios del positivismo: historia crítica que, si en nuestra América se han repetido hasta la saciedad, en Europa y en la América inglesa están ya revisadas y corregidas. No se ha abstenido Caso de hacer crítica, sino de la censura franca: ha ejercido la función crítica sólo a medias.

No se puede argüir necesidad de divulgación, continuaba el dominicano, pues el positivismo no la necesita. Ya John S. Mill, en su *Augusto Comte y el positivismo* (de 1865, es decir, 40 años atrás), había dicho que era tiempo de discutir sus yerros. La reacción contra Comte había sido fuerte, luego se lo volvió a valorar y a ubicarlo en la tradición filosófica. Así, Boutroux concluía: “Su pensamiento, tomado en su fuente propia, resulta mucho más rico y fecundo que las fórmulas en las cuales se pretendía encerrarlo.” Pero nadie habla de un retorno a Comte, no es influencia viviente, como Hegel y Schopenhauer, por ejemplo. Incluso fue desplazado por Spencer y el evolucionismo, sobre el cual también “comienza a acumularse el polvo”. La crítica contemporánea observa que Comte estaba guiado, más que por tendencias filosóficas, por tendencias sociales orientadas a una organización perfecta de la sociedad.

Henríquez Ureña manejaba los juicios de otros autores (Louis Liard, Edward Caird, De Roberty) para indicar las deficiencias centrales del pensamiento comtiano. En el *Curso de filosofía positiva*, Comte había usado de manera negligente o arbitraria los términos metafísica, filosofía y ciencia, pretendiendo haberse librado de la primera y poder constituir la segunda con nociones puramente científicas. Pero la metafísica, entendida como la explicación de los hechos de la experiencia por medio de entidades o causas inverificables por la experiencia, es característica de toda filosofía. En Comte había un deseo de unidad y un sentido de la pluralidad de las cosas que lo llevaban a la ambigüedad y a contradicciones que desconcertaban; era monista y pluralista, o dualista, a la vez. En su filosofía no había síntesis. En lo general, sólo admitía como necesaria la unidad lógica gracias al método.

Según Comte, por encima de las leyes de la naturaleza se levantaría el elemento especulativo, del cual la sociología era el grado máximo. Sin embargo, no demostró esa supremacía del punto de vista sociológico. “Comte no logra descubrir el principio unificador que

se derivará de la sociología ni cómo lo *superior explicará lo inferior*: el punto de vista sociológico sirve sólo a recordar el fin práctico, humano, de la ciencia, y a marcar límites a las investigaciones.”

Fuera de sus tendencias al monismo, Comte procedía con prudencia de agnóstico. Contra el espíritu teórico, privilegiaba la tendencia hacia lo concreto, lo particular y lo múltiple; línea en la que, como consecuencia lógica, se vislumbraba el pluralismo pragmático de W. James. Pero Comte se alejaba de las discusiones filosóficas, así que “su *pragmatismo* no es crítico, como el de los pensadores contemporáneos, y su agnosticismo tiene límites vagos.” Como dice otro autor (Höfding), Comte no sintió “todo lo que tiene de agudo el problema del conocimiento”. “No debemos, dice Comte, tratar de conocer sino las leyes de los fenómenos susceptibles de ejercer sobre la humanidad alguna influencia.” Y Henríquez Ureña asentaba: “Su norma de utilidad social se vuelve estrecha y despótica”.

“En suma, Comte no llega a justificar, con un análisis preciso, ni su concepto de la relatividad del conocimiento, ni su fe en la ciencia y sus esperanzas de unidad filosófica: las plantea *a priori*, y en el curso de su obra suele apoyarlas con razones incidentales.” Si hubiera sentido a profundidad la pregunta de Kant “¿qué es la experiencia?”, habría comprendido que su pensamiento era tan metafísico como el de los realistas o los nominalistas. En este punto Henríquez Ureña traía a colación la idea de Nietzsche de que los positivistas son “los últimos idealistas del saber”. La crítica ha señalado los resquicios por los que se filtra la ontología en el sistema de Comte; por ejemplo, la sinonimia entre ley irreductible y causa primera, o la ley como semejante a un dios (Papini). Incluso la noción de ley ha recibido ataques demoledores, en particular por Boutroux.

Después del extenso resumen de las críticas al positivismo, Henríquez Ureña señalaba los puntos fuertes del legado de Auguste Comte. En primer lugar, en su filosofía de las ciencias:

la empresa de Comte fue demostrar que en el orden científico se había llegado ya a nociones experimentales, y, sobre todo, a propósitos de certeza empírica, gracias a los cuales podían formarse un vasto (aunque incompleto) cuerpo de doctrina capaz de satisfacer las necesidades intelectuales de las mayorías desorientadas. El agnóstico, aunque no supiera definir los límites de su descreimiento, podía ceñirse a las ideas científicas y encontrar en ellas campo extenso.

En cuanto a la ley de los *tres estados*, “no originalmente suya (pues Turgot la había formulado, si bien no usó las imperfectas designaciones comtianas)”, y aunque tampoco primordial (“pues la hipótesis teleológica del *progreso* no ha podido quedar en pie”), sirvió “para iluminar no pocas cuestiones de la evolución intelectual de la humanidad. La clasificación de las ciencias, que es aceptable como serie histórica y en parte como serie lógica, sirvió de punto de partida a la constitución de la enciclopedia moderna.” Comte realizó una tarea de “vulgarización”, extendió a las mayorías la agitación filosófica, “democratizó la razón”, inició el movimiento que dio auge a los métodos científicos y perfeccionó la pedagogía contemporánea. Dio a la sociología, como argumento de su existencia, la realidad social como hecho irreductible.

Estas son las opiniones, condensadas, que la crítica contemporánea ha formulado sobre la filosofía de Comte, decía Henríquez Ureña.

Antonio Caso no las desconoce, ni menos ignora su fuerza; y sin embargo, se ciñó a la rutina sectaria que hace aparecer al positivismo como el punto culminante de la evolución filosófica moderna. Dos conferencias (¡contrasentido extraño!) fueron consagradas a los orígenes; y como nada es más sencillo que señalar antecesores, sobre todo cuando el presunto descendiente ha trazado de antemano su propio árbol genealógico, vimos desfilar (con conocimiento real de cada uno de ellos, eso sí, y en armonía bastante bien lograda) a Bacon, Hobbes, Descartes, Spinoza, Diderot, Montesquieu, Hume, Kant, Adam Smith, Hamilton, De Maistre... (Faltó Aristóteles, fundador de la *estática social*). La exposición del sistema de Comte, en una sola conferencia, fue sumaria. La cuestión del monismo fue planteada, pero quedó a medio discutir. En suma, la posición de simple derivación y ramificación, apareció como punto máximo de un desarrollo y como *renovación crítica*. Confiamos en que las conferencias próximas harán justicia a los pensadores estudiados, y que el respeto a las figuras venerables no corte las alas al libre examen: la crítica es, en esencia, homenaje, y el mejor, pues, como decía Hegel, “sólo un gran hombre nos condena a la tarea de explicarlo”.

El positivismo era una ramificación de la filosofía moderna, pero Antonio Caso veía a Comte como punto culminante en la historia del pensamiento. Esto no ayudaba a la tendencia de los jóvenes intelectuales. Caso estaba desaprovechando una magnífica oportunidad: una larga serie de conferencias en una institución educativa medular en México, donde el positivismo seguía enseñándose como doctrina inmovible. Oportunidad también para impulsar la discusión de las nuevas corrientes del pensamiento. Por eso Henríquez Ureña llamaba a la

rectificación, a seguir el impulso crítico. Es más, quería completar la labor crítica que Caso había hecho a medias.

Pocas son las noticias que se tienen del contenido de las conferencias de Antonio Caso. Es probable que Henríquez Ureña exagerara la ausencia de aspectos críticos. Además, hay que recordar que el estilo de Caso no se distinguía por el combate frontal, sino por la búsqueda del justo medio. De cualquier modo, Henríquez Ureña veía en Antonio una debilidad en el ejercicio de la inteligencia, como antes le había visto una debilidad política. Su artículo, debido a la demora con que circulaba la *Revista Moderna*, quizás se conoció cuando las conferencias habían concluido. Pero es seguro que Antonio Caso conoció sus críticas personalmente. Fue al inicio del ciclo cuando Pedro decidió hacerle aquella visita y el dominicano estuvo presente los viernes de disertación en El Generalito, así que debieron intercambiar opiniones y, además, hay que recordar que el dominicano era conocido por “decir las verdades”.

A principios de agosto concluyeron las conferencias. Pedro publicó en la *Revista Moderna* un segundo artículo, con el título “El positivismo independiente”, tema general de las últimas cuatro pláticas.¹⁴⁷ No resarcieron, en gran parte, sentenció el dominicano, “de la deficiencia inicial”. Antes, Caso no se atrevió a tocar el monumento a Comte. Ahora, no se desdice de sus encomios, “aún los velados”.

En lo fundamental, Caso reafirmó la concepción de John Stuart Mill. Según el conferencista, “la fórmula definitiva del criterio positivista es el *experientialismo* de John Stuart Mill; el idealismo crítico según el cual no se puede vencer la subjetividad del conocimiento ni derivar de la experiencia la realidad del mundo exterior, sino solamente el orden que éste nos presenta.” El filósofo inglés estudia, con criterio filosófico, “el problema del conocimiento; y por eso, su positivismo es el único que sobrevive, fructífero y ejemplar.” Si el positivismo no es o no debiera ser una filosofía timorata, sino una “filosofía completa, que principiara por estudiar el problema del conocimiento”, entonces Mill “es quien acertó a fijar el criterio positivista, quien, por tener la suficiente osadía lógica, definió la significación de la experiencia como base de los métodos científicos. Mill, declara Antonio Caso, es el más perfecto y verdadero positivista por ser el más lógico. Y por ser el más lógico, fue a colocarse francamente, dentro del terreno deslindado por la crítica kantiana, en la encrucijada del subjetivismo, del idealismo crítico. La

¹⁴⁷ “El positivismo independiente”, fechado el 25 de agosto, *Revista Moderna de México*, agosto de 1909. En *Obras completas. Tomo 1*, pp. 295-306.

teoría positivista del conocimiento no podía ser otra, afirma Caso; y su afirmación contiene verdad.”

“No toda la verdad, empero”, ataja enseguida el dominicano: porque, por un lado, en Comte la filosofía positivista no tendía al criterio idealista sino al realista, y, por otro, “la corriente más vigorosa y más popular del positivismo no siguió la ruta marcada por Mill, sino que fue a desembocar en el realismo de Spencer”. De la concepción de la realidad en Comte, se pasó a la versión “conciliatoria” de Spencer, y de ahí a la visión de una “única realidad existente” (Haeckel). En cambio, Mill, Taine y Renan (los positivistas heterodoxos) pasaron desapercibidos fuera de círculos estrechos. Pero el conferencista, concede Henríquez Ureña, tiene plena razón en que el criterio de Mill “es el más exacto que llegó a formularse dentro o cerca del positivismo, y sobrevive a los demás, sirviendo de estímulo a tendencias nuevas.”

Continuaban los reparos de Henríquez Ureña. Antonio Caso afirmaba que Mill anunciaba la noción de contingencia. El filósofo inglés, dice Pedro, afirma las limitaciones del conocimiento basado en la experiencia, pero estuvo lejos de concebir el universo “como esencia irracional, discordante o contingente en su manifestación, que sólo por necesidad estética o por necesidad práctica ensayamos concebir bajo el dominio de leyes”. Se trata de una cuestión (la de la contingencia) que viene desde Kant, Schelling, Schopenhauer, hasta Lotze, Ravaisson, Renouvier y actualmente lucha bajo diversas armaduras (pluralismo pragmático, *bovarysmo*, *evolución creadora* de Bergson, teoría de la contingencia). “Mill no afirmó la unidad esencial del mundo; pero nunca dudó de que el conjunto de la experiencia presentara unidad y consistencia lógica. Y puesto que no discute el problema en su sentido esencial, nada ofrece que señale camino hacia la que hoy se considera típica filosofía de la contingencia: la de Boutroux, que descubre en los hechos de la realidad elementos inexplicables para la razón rebeldes a los marcos de la ley, y afirma que la aparición de cada discontinuidad de la existencia, de cada hecho irreductible, supone una contingencia.” Y este nuevo punto de vista, concluye Henríquez Ureña, tiene más antecedentes en la idea de las discontinuidades tal como la expuso Comte.

Podrían haberse abordado muchas otras cosas en las conferencias, dice Pedro, pero no hay que pedir demasiado dadas las limitaciones de este tipo de eventos. Caso criticó el realismo y la teoría de la evolución de Spencer. Dejó a otros de lado, como Düring y Haeckel, “que representan el criterio realista del positivismo llevado a su posición radical”.

En las páginas finales del artículo, Henríquez Ureña respondió a la petición de hacer una evaluación de la personalidad intelectual de Antonio Caso.

En cuanto al conferencista –se me pregunta- ¿es posible formar ya una opinión, después de esta labor de siete conferencias?

Respondo: la opinión que ahora se formula tendrá necesariamente mucho de provisional. El conferencista es muy joven: acaba de franquear el límite de los veinticinco años; puede ser que viaje, puede ser que modifique sus ideas, puede que siga nuevos métodos, nuevos rumbos... La personalidad que ahora muestra debe evolucionar. Puede ser también (no lo deseamos) que se abandone a la corriente en que ya se inició, que se deje vencer por la inercia que en la América española (y particularmente en México) lleva todas las cosas al estancamiento rápido.

De todos modos, la personalidad que ahora vemos en Antonio Caso es la de una amante de las cuestiones filosóficas, poseedor del abundante don de la palabra. Dos elementos que pueden ser antagónicos, se dirá; en efecto, en Caso el afán de precisión conceptual vuelve inelegante, imperativa, la frase, muchas veces; otras, el flujo verbal desvirtúa las ideas o las engendra falsas. Si el primer defecto es leve, hasta útil cuando se habla a públicos de espíritu lento, el segundo es grave. Para mí, gran parte de los errores que se deslizaron en las conferencias, fueron hijos de esa censurable confianza en el poder verbal.

Como pensador, Caso tiene una ventaja sobre la gran mayoría de los que, entre nosotros, estudian cuestiones filosóficas: un conocimiento seguro de la evolución del pensamiento europeo. Mientras la generalidad de los que en América discuten sobre filosofía, no conocen ni entienden sino uno de sus varios aspectos (invariablemente la escolástica o el positivismo), Caso conoce a los grandes maestros, y afronta los problemas con criterio independiente. Suele sentir temores y por respeto a la autoridad, aceptar, sin discusión, una idea, o por miedo a destruir, esquivar el análisis (como hizo al hablar de Comte); pero cuando se siente firme, recorre con segura agilidad los problemas y las series históricas. Su facultad crítica no da todavía productos normales: si una vez profundiza (*v. gr.*, sobre las contradicciones mentales de Taine), otras apenas desflora las cuestiones. En cambio, su modo de exponer ha adquirido vigor y consistencia notables; y, en general, la ordenación sintética de sus disertaciones es excelente: cualquier espíritu disciplinado puede reconstruirlas fácilmente después de oírlas.

Como disertaciones artísticamente compuestas, las siete conferencias de esta serie sobre el positivismo resultan inferiores a las dos conferencias del mismo Caso sobre Nietzsche y Stirner: hubo en esas más precisión y más brillantez. Pero en las nuevas hubo más historia, más crítica (si

se exceptúan las relativas a Comte). Y hubo también la novedad, que Caso reservó para la conferencia final: la profesión de fe. Caso, ante la inminente invasión del pragmatismo y tendencias afines, se declara intelectualista: posición difícil para él, de suyo accesible a las sollicitaciones que constantemente lo apartan del rigor intelectual: palabra, afectividad, sentimiento artístico, seducción del misterio, datos de la conciencia, sentido de la realidad.

Intelectualista, pues, se declaró, haciendo el elogio de los grandes metafísicos constructores, Platón, Spinoza, Hegel; y a la vez se declaró idealista, en cuanto al problema del conocimiento: resultando así la singular coincidencia de que su profesión de fe terminara con una cita: “Todo es pensamiento” de Henri Poincaré, el sabio pragmatista por excelencia, en quien miran un aliado los adversarios del intelectualismo absoluto.

Henríquez Ureña emite un juicio positivo, con muchas advertencias. Antonio Caso tenía en su haber ventajas envidiables (la oratoria, un conocimiento extenso y sólido de la historia de la filosofía) pero también defectos importantes (dejarse llevar por el impulso oratorio y concebir ideas falsas; no ejercer, por temor, la crítica hasta lo último). Caso tenía que seguir evolucionando. A Henríquez Ureña no le gustaba que se dijera intelectualista, incluso veía contradicción entre esto y la propia personalidad de Caso. El dominicano, aunque seguía estudiando a los grandes filósofos constructores de sistemas (Platón, Kant, Hegel), se sentía más cercano a concepciones que asumían plenamente la noción de la contingencia (James, Bergson).

Estas apreciaciones, que no debieron ser muy placenteras para Antonio Caso, habrían podido hacerse en la intimidad de las reuniones que acostumbraban, de no haberse interpuesto el “entibiamiento” de sus relaciones. Se hacían, en cambio, en la forma de un juicio público. Creo advertir en la opinión de Henríquez Ureña sobre el amigo cierta frialdad y algo de nostalgia.

Pedro decidió, siguiendo un sentimiento del deber y también un impulso vindicativo personal, combatir y hacer rectificar al compañero de faenas. Estaba en juego la tarea de demoler los cimientos de la doctrina oficial. Era necesario, además, porque Antonio Caso contaba con prestigio y con el apoyo de las autoridades educativas. Su desempeño se inscribía dentro del movimiento intelectual de los jóvenes y debía contribuir a llevarlo adelante. Henríquez Ureña terminaba su artículo con lo siguiente:

De todos modos, la conferencia final de Caso fue un alegato en favor de la especulación filosófica. Entre los muros de la Preparatoria, la vieja escuela positivista, volvió a oírse la voz de la metafísica que reclama sus derechos inalienables. Si con esta reaparición alcanzara ella algún

influjo sobre la juventud mexicana que aspira a pensar, ese sería el mejor fruto de la labor de Caso.

Las palabras de Henríquez Ureña prefiguran las interpretaciones futuras de los ateneístas y los estudiosos del Ateneo, acerca la labor de Antonio Caso. A fin de cuentas, las conferencias en El Generalito eran un paso adelante en el movimiento de la juventud intelectual mexicana. Es seguro que la mayoría del grupo de la Sociedad de Conferencias (y muchos otros allegados) asistieron a las conferencias. Así, en un año tan fuertemente político, el esfuerzo de Antonio Caso permitía que se retomaran vínculos, que volvieran las conversaciones sobre temas intelectuales. Tres meses después, a iniciativa del mismo Antonio Caso, los jóvenes se reagruparían en un nuevo proyecto, el Ateneo de la Juventud.

La marginación política de Bernardo Reyes se completó a finales del mes de octubre de 1909, cuando se le obligó a pedir licencia al gobierno de Nuevo León y se le envió a Europa en una comisión especial. Con esto, el régimen desbarataba el peligro más importante. Pero la agitación política continuaría. La oposición maderista, en gran medida alimentada por el ex-reyismo, seguiría en ascenso. Las acciones represivas del gobierno se concentrarían cada vez más contra las manifestaciones antirreeleccionistas.

El furor político había dividido a políticos e intelectuales, en una marea que llegó a adquirir tinte revolucionario. Las amistades se recomponían, se debilitaban o fortalecían a través de las definiciones (redefiniciones e indefiniciones) políticas. Muchos de los jóvenes intelectuales tomaron partido a favor de la continuidad de Díaz y su vicepresidente Corral. Algunos eligieron el camino de la oposición, como José Vasconcelos. Y otros más trataron de permanecer al margen. Pedro Henríquez Ureña, que siguió con interés y a detalle los acontecimientos, fue muy cuidadoso, intentando no dejarse absorber por los proselitismos. No obstante, su simpatía con el antirreeleccionismo como expresión de una voluntad más consciente de cambio político, era fuerte, si bien no se tradujo en abierta “profesión de fe”.

En los últimos años, los jóvenes habían sorteado dificultades de todo tipo para realizar sus proyectos, dejando muchos de ellos en el camino. Escasez de recursos y apoyos oficiales o privados (la falta de “El hombre”), poco compromiso de algunos, carencia de tiempo para llevarlos a cabo, etc. Los jóvenes tenían sus planes individuales, conseguir una buena situación económica, realizar una obra literaria. Algunos ya se habían casado y tenían puestos fijos en distintas instituciones públicas. Por eso no sorprenden los planes truncos del grupo de la Sociedad de Conferencias, de la segunda mitad de 1908 a fines de 1909. Los planes sin concreción, no obstante, contribuían a mantener la vida colectiva de los jóvenes, los lazos de amistad y colaboración.

Dentro del grupo corto se mantuvo una base identitaria (el “nosotros”) desarrollada en cierta continuidad de los trabajos intelectuales y a través de distinciones y exclusiones fuertes. Henríquez Ureña jugaba un papel principal en todo ello. El grupo seguía una estrategia, con muchas dificultades, para abrirse paso en el campo de la cultura en la ciudad de México. Abarcaba los estudios intensivos en literatura y filosofía, la línea de las conferencias públicas e incluso el propósito, que no llegó a prosperar, de apoderarse del lugar central de la *Revista Moderna de México*. Esta voluntad colectiva volvió a tomar forma en el Ateneo de la Juventud, en octubre de 1909.

Capítulo 7. La fundación del Ateneo de la Juventud y *Horas de estudio* de Henríquez Ureña

El Ateneo de la Juventud fue creado a finales de 1909. Los intelectuales de la nueva generación, después de un periodo de relativa dispersión y de involucrarse en la política, convergieron de nuevo para crear un organismo permanente que les permitiera dar mayor articulación a sus esfuerzos culturales. Estaba por iniciar el año de Centenario de la Independencia, en el que se realizarían numerosas obras públicas, festejos y proyectos culturales. A pesar de las agitaciones políticas, las condiciones eran promisorias para los jóvenes y sus iniciativas intelectuales.

¿Quiénes fundaron el Ateneo de la Juventud? ¿Cuáles eran sus características y objetivos? ¿De qué vertientes histórico-culturales se desprendía? En este capítulo trato de delinear la singularidad del Ateneo, la combinación de elementos que le dieron un carácter propio. La idea principal es que, sin menoscabo de herencias, influencias o adopción de otras orientaciones intelectuales, el Ateneo aparecía ya sustentado en un *ethos*, particular y propio de los jóvenes que venían trabajando juntos durante varios años. Una de las formas de definir ese *ethos* es la “seriedad”, una actitud de rigor y conciencia sobre las múltiples tareas del pensamiento. La creencia, dice Martín Luis Guzmán, “de que las cosas deben hacerse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es perdurable”. El convencimiento de que la filosofía, el arte y las letras son “una profesión como cualquier otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo.”¹

En los días en que se fundó el Ateneo de la Juventud, Pedro Henríquez Ureña terminó de conformar su segundo libro, *Horas de estudio*, y lo envió a Europa para su edición. En la segunda parte del capítulo expongo el proceso de formación del libro, como un trabajo intelectual que va de la idea primera, pasa por numerosas decisiones y adecuaciones, hasta constituirse en un cuerpo

¹ Guzmán, Martín Luis, “Alfonso Reyes y las letras mexicanas”, artículo escrito a propósito de la aparición del libro de Alfonso Reyes, *El suicida*. Recogido en *A orillas del Hudson*, en *Obras completas I*, México, D. F., FCE/INEHRM, 2010, p. 425.

acabado. Fue una ocupación principal de Henríquez Ureña, articulada con muchas otras tareas intelectuales, las relaciones de amistad, la preocupación por la escritura –el estilo– y la publicación constante de textos en periódicos y revistas. Retomo pasajes de su vida y su labor entre 1907 y 1909 para entender cómo desarrolló sus temas e intereses intelectuales, cómo intentaba progresar en su carrera como escritor.

El carácter del dominicano ostentaba claramente el sello de la seriedad. Al profundizar en su proceso de maduración, nos internamos en lo que significaba la seriedad asumida como orientación fundamental, qué implicaba en términos prácticos, en el ordenamiento y dirección de los trabajos intelectuales, en las disposiciones emocionales y en las creencias sobre cómo debía realizarse el ejercicio de la inteligencia. El camino de su maduración fue a la vez un continuo batallar por tratar de resolver su situación personal y material. Se trató de un proceso difícil y complicado, a veces tortuoso.

I. El Ateneo de la Juventud

Fundación

A las puertas del año del Centenario, los jóvenes intelectuales acogieron la iniciativa de Antonio Caso para crear un Ateneo de la Juventud. Nadie mejor que él para realizar la convocatoria. Después de su incursión política, que tanto disgustó a algunos, como Henríquez Ureña, retomó su liderazgo intelectual con las conferencias sobre el positivismo en la Escuela Nacional Preparatoria. El joven abogado cumpliría en diciembre 27 años, estaba ya casado, era profesor e incluso director de la Escuela Superior Primaria Nocturna. En esos meses, además, empezaría a publicar su primer trabajo filosófico extenso (“Perennidad del pensamiento religioso y especulativo”). Adelantaba sólidamente su carrera, con la simpatía y el apoyo del Ministerio de Instrucción Pública y el respeto y la admiración en distintos círculos intelectuales de la capital.

Antonio Caso comunicó a un pequeño grupo el plan, para que juntos convocaran a los jóvenes. La invitación fue firmada por Caso, Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes, Rafael López y Pedro Henríquez Ureña. Todos ellos eran parte del núcleo que de manera constante había dirigido las iniciativas del movimiento en los últimos años. Asimismo, a excepción de Rafael López, habían sostenido la vida de la Sociedad de Conferencias y eran la médula del grupo corto de estudios griegos y filosóficos. Por la noche del miércoles 27 de octubre, en el salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, se celebró la reunión. Estaban los cinco de la convocatoria y 12 de los 24 invitados. Acudieron al llamado:

Carlos González Peña
Luis Castillo Ledón
Manuel de la Parra
Alfonso Cravioto
Emilio Valenzuela
Juan Palacios
Genaro Fernández MacGregor
Isidro Fabela
Ignacio Bravo Betancourt
Guillermo Novoa
José Vasconcelos
Eduardo Pallares

Los 12 que no asistieron:

Rubén Valenti
Ricardo Gómez Robelo
José María Lozano
Marcelino Dávalos
Nemesio García Naranjo
Francisco J. César
Enrique Escobar
Evaristo Araiza
Abel C. Salazar
Roberto Argüelles Bringas
Eduardo Xicoy

Carlos Barajas

Eduardo Colín²

No asistieron, pero casi todos se integrarían a los trabajos del nuevo organismo.³ De hecho, fueron tomados como integrantes, de tal suerte que el Ateneo de la Juventud se constituyó con 30 “socios”. Henríquez Ureña ofrece algunos datos sobre las ausencias. Ricardo Gómez Robelo vivía en Chilpancingo; Marcelino Dávalos había ido a Guadalajara para el estreno de su drama *Jardines trágicos*; Nemesio García Naranjo y José María Lozano se hallaban en Cuernavaca, acompañando a Hipólito Olea, que agonizaba. Pedro sospechaba que Rubén Valenti y Francisco J. César no habían asistido por resentimientos hacia Bravo Betancourt, el primero, y hacia Lozano, el segundo. Ignoraba las razones de la ausencia de los seis restantes.

Los socios, en su mayoría, eran abogados y escritores. Acevedo era arquitecto y Carlos Barajas médico, pero estos se interesaban igualmente en la literatura y en las humanidades. Resalta que no participaran los artistas. Esto se debía a que muchos realizaban estudios en Europa y a cierto alejamiento después de aquella convergencia en los tiempos de *Savia Moderna*.

El promedio de edad era de 28 años.⁴ La mayoría tenía menos de treinta. Alfonso Reyes seguía siendo el más joven, con 20. Carlos González Peña y Eduardo Pallares tenían 24. El contingente más numeroso lo formaban los de 25 (Henríquez Ureña, Evaristo Araiza, Gómez Robelo, Emilio Valenzuela) y 26 años (Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Genaro Fernández MacGregor y Nemesio García Naranjo). Jesús Acevedo e Isidro Fabela contaban 27; José Vasconcelos y Juan Palacios, 28, y Bravo Betancourt, Eduardo Colín y Manuel de la Parra, 29. El promedio de edad disminuye a 26 años si se considera sólo a este subgrupo de 18 integrantes, entre 20 y 29 años.

Ocho ateneístas habían cumplido 30 años o más. Luis Castillo Ledón y Rubén Valenti tenían 30; José M. Lozano y Abel Salazar 31; Roberto Argüelles Bringas 34; Carlos Barajas 35; Rafael López 36 y Marcelino Dávalos era el mayor, con 38 años. En este conjunto tenemos 33 años como promedio de edad.

² Listas conformadas con la información de Henríquez Ureña, en carta a Max iniciada el 25 y terminada el 28 de octubre, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 541-543, y la entrada de su Diario del 28 de octubre, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, México, FCE, 2000, pp. 156-157.

³ Acerca de muchos hacen falta noticias que especifiquen cómo participaron en la organización.

⁴ Desconozco los años de nacimiento de cuatro socios, Francisco J. César, Enrique Escobar, Guillermo Novoa y Eduardo Xicoy.

No era un grupo de muchachos sin experiencia. Aunque había algunos que seguían siendo estudiantes, en su mayoría ya habían ingresado a la etapa madura de la vida, tenían una carrera, se habían establecido e incluso prosperado profesional y socialmente. Entre los mayores, el dramaturgo Dávalos y el poeta Rafael López habían conseguido muchos triunfos y un estatus artístico importante. Entre los veinteañeros había carreras prometedoras, ya fuera en la abogacía litigante o comercial, en la cátedra, en las letras o en la política. Muchos publicaban en revistas y periódicos, algunos habían ganado certámenes literarios y otros publicado libros (como Henríquez Ureña, González Peña, Gómez Robelo y Valenti). El Ateneo congregaba a individuos en la “juventud madura”, en el proceso de impulsar y consolidar una carrera.

Estaban representados varios grupos: los “poetas ministeriales” (Rafael López, De la Parra, Argüelles Bringas y Colín), el “partido novelista” (González Peña, Castillo Ledón y Dávalos) y el “grupo Belén” (José María Lozano). En este último grupo se pueden contar a Ricardo Gómez Robelo y Rubén Valenti, aunque igualmente figuraron en el núcleo de la Sociedad de Conferencias, y a Abel C. Salazar, que hacía carrera en los juzgados pero que, a diferencia de los otros, no hacía proselitismo político. Hay que señalar que muchos pertenecían a otros organismos. Por ejemplo, Isidro Fabela y Bravo Betancourt eran miembros de la Sociedad de Estudios Económicos, creada hacía tiempo, que se reunía periódicamente en restaurantes para leer y discutir trabajos sobre temas de índole social, económica o jurídica.⁵ Sobresale, por último, la presencia de Emilio Valenzuela, jefe de redacción de la *Revista Moderna de México*, en realidad director efectivo debido a la enfermedad de su padre, don Jesús Valenzuela.

Se vislumbraba una suma de esfuerzos y recursos, la posibilidad de desarrollar las actividades y la influencia del grupo en distintas áreas y espacios sociales. Pero a la vez, se abría la cuestión de la política. Quizás los partidarios de la reelección eran mayoría, encabezados por los activos propagandistas García Naranjo, Lozano y Valenzuela. De manera abierta sólo Vasconcelos era antirreeleccionista, aunque varios otros eran opositores en su fuero interior (Henríquez Ureña, Acevedo, Fabela, Cravioto y Alfonso Reyes). La actitud de muchos era la neutralidad, prefiriendo no inmiscuirse en las pugnas. Lo era, sobre todo, en los del grupo organizador, el ex núcleo de la Sociedad de Conferencias: Antonio Caso, Henríquez Ureña, Jesús

⁵ Ignoro su fecha de fundación, pero esta Sociedad, dirigida por Alberto M. Carreño, funcionaba al menos desde 1908. A ella pertenecía también Alejandro Quijano, que también sería parte del Ateneo de la Juventud. Se ofrecen noticias de este organismo en el capítulo 8.

Acevedo y Alfonso Reyes. Esto resultaría fundamental porque permitió que la nueva organización sobreviviera, como organismo cultural, durante el muy político año de 1910.

Aquella noche de fundación, en el “incómodo” salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, según dice Henríquez Ureña, se discutió durante hora y media. José Vasconcelos, cuya presencia se debió a Pedro,⁶ dio muestras de su pundonoroso carácter. Se nombró la comisión de estatutos, dice Pedro, “no sin protestas previas de Vasconcelos, que deseaba no hubiera organización, ó la menos posible”. También se nombró la directiva: Antonio Caso presidente, Henríquez Ureña secretario e Ignacio Bravo Betancourt tesorero. No sabemos cómo se realizaron estas elecciones, pero significaban un reconocimiento de autoridad dentro del grupo. Por ello sorprende la tercera designación. Bravo Betancourt no era un desconocido, pues había compartido los tiempos de estudiante con los ateneístas, pero no había tenido papel importante en ninguna de las iniciativas de los jóvenes. Al parecer, por lo que narra Henríquez Ureña, Antonio Caso fue quien lo incorporó.

Bravo Betancourt, oriundo de Jiquilpan, Michoacán (1880), había desarrollado una rápida y brillante carrera como abogado. En octubre de 1908, *El Mundo Ilustrado* informaba que se obsequiaría al presidente Díaz un cuadro con los retratos de los profesionistas más distinguidos de la capital. El periódico había elegido al abogado más joven, Bravo Betancourt, para presentarlo en una página completa. Se decía que a pesar de los pocos años de ejercer el título, ya figuraba en primera línea y alternaba casi a diario con “maestros” como los señores Macedo, Casasús, Dondé, Méndez, Cardona, Pineda y otros.

Quando ingresó á la Escuela de Jurisprudencia llevó consigo la bien adquirida fama de notable estudiante y cimentó ese renombre obteniendo los primeros premios en todos y cada uno de sus años profesionales recibiendo al final de su carrera, de manos del señor Presidente de la República, la medalla de oro que es la distinción suprema con que el Gobierno honra la sabiduría y la moralidad intachable de los jóvenes que adquieren un título profesional.

Como pasante de Derecho el señor Bravo Betancourt se dedicó á los negocios de abogado, con éxito que á todos causó sorpresa, pues económicamente obtuvo mejores resultados que muchos jurisconsultos de bufete establecido.

⁶ “Nunca he sido hombre de cenáculo, por eso mis visitas al Ateneo eran esporádicas. Me llevó Henríquez Ureña, [...]”, dice Vasconcelos, en Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Segunda Serie de Lecturas Mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1986 [1965].p. 25

Ahora, que ya es un abogado respetable por sus conocimientos y de gran prestigio por su honorabilidad, continúa de triunfo en triunfo, encargándose de asuntos jurídicos de alta importancia. Es uno de nuestros jóvenes intelectuales que, de seguir como va, llegará á ser una personalidad de primera línea.⁷

Según dice Henríquez Ureña en su *Diario*, la próspera carrera de Bravo Betancourt se debía a la fuerza de su ambición y a su inteligencia práctica.

Tipo curioso, este Nacho Bravo, que antes era objeto de críticas y hoy comienza á serlo de envidias; en cambio, lo ha sido siempre de admiraciones fáciles. Hijo de padres pobres, dotado de inteligencia práctica, aunque plegable á muchas cosas, educado primero por curas, después en la Preparatoria, tesorero ambicioso, Nacho Bravo comenzó deslumbrando á sus compañeros de escuela por la feliz aplicación de sus dotes, y bien pronto suscitó desafectos: quien, le criticaba su falta de refinamiento; quien, le achacaba servilismo... Ello es que, con sus cualidades y sus defectos, explotando unos y otros, Bravo se conquistó la admiración de algunos compañeros suyos entre quienes es *leader*, se hizo estimar por los profesores, se graduó de abogado con extraordinario éxito, ha trabajado enormemente, y á estas horas es rico, explota á los demás, *presume*, y se va á casar con una joven millonaria que ¡oh colmo! lo admira. Caso es de los que *creen* en él; pero yo, sea porque no lo alcancé en sus buenos tiempos, sea porque intrínsecamente nunca haya tenido tanto valor, no puedo ver en Bravo sino una mediocridad hábil, que triunfa sobre talentos superiores, por su capacidad para el trabajo y su deseo de ascender a toda costa.⁸

No era mala la elección de Bravo Betancourt como tesorero, pues podría hacer gestiones interesantes y efectivas para el Ateneo de la Juventud.⁹

El 28 de octubre, *El Tiempo* informó de la reunión de los jóvenes “bien conocidos en el mundo intelectual”. Adelantaba que se había citado a los socios para el miércoles de la siguiente semana, en la que sería la primera reunión del Ateneo de la Juventud como tal.¹⁰ La comisión de estatutos, formada por los cinco convocantes más Alfonso Cravioto, debió reunirse en los siguientes días, de tal manera que tuvo lista la propuesta, con fecha 3 de noviembre, para su aprobación en el pleno de los ateneístas.

⁷ “Abogados que valen”, *El Mundo Ilustrado*, 4 de octubre de 1908, p. 435.

⁸ Entrada del 28 de octubre, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 157.

⁹ No he hallado noticias sobre sus gestiones como tesorero durante el primer año de existencia de la organización.

¹⁰ “El Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 28 de octubre de 1909, p. 3.

La *Revista Moderna* de octubre alabó la iniciativa y se ofreció como espacio para los ateneístas. En la nota, Emilio Valenzuela decía: “Camaradas: La ‘Revista Moderna’ os abre las puertas de par en par; que en ella quede huella luminosa del momento más sagrado de vuestra vida: la juventud.”¹¹ En realidad, los jóvenes ahora ateneístas ya estaban muy presentes en la revista. Y como Emilio era socio fundador del Ateneo, parecía abrirse una etapa de colaboración renovada y con mayor articulación. Acaso el Ateneo de la Juventud terminaría por darle un sello particular a la *Moderna de México*. No hay que olvidar, sin embargo, que la publicación ya no tenía una vida muy pujante y que, dentro del grupo corto de lo que había sido la Sociedad de Conferencias, existió el plan de arrebatarle su lugar central mediante una nueva publicación.

El periódico *Actualidades* y *El Heraldo* también informaron de la fundación del Ateneo. En el segundo hubo un ataque a Henríquez Ureña. El dominicano estaba haciendo crónicas teatrales para la primera publicación, la cual sostenía un pleito con los diarios de Reyes Spíndola, cuya táctica, anotaba Pedro, “es atacar á las gentes que ayudan á *Actualidades* con dinero, y á sus empresas particulares, sobre todo el negocio de toros.”

No sé si por causa de esta campaña, ó por motivos personales del poeta [José de Jesús] Núñez y Domínguez, me han atacado en *El Heraldo*, cambiando mi nombre por el de *Menox*, por contraposición al de mi hermano Max, según un chiste que hizo el pobre José María Sierra, quien según Luis Castillo tuvo talento en su adolescencia y anda hecho una miseria desde hace cinco años, por causa de la alcoholización, cuyos efectos ha resistido por milagro, pues ya ha sufrido hasta *delirium tremens*. Sierra, según creo, no hizo el chiste con mala intención, si bien no es él un arca de intenciones buenas. En particular, me han informado que Núñez y Domínguez está resentido porque no se le invitó al *Ateneo*, y, atribuyéndome la omisión, me insultó al hablar en *El Heraldo* de la fundación de la sociedad, llamándome *Menox* y escritor *haitiano*. ¡Para lo que me importa á mí Núñez y Domínguez, y los periódicos en que escribe, aunque sean espinoloscas!¹²

Pedro no asume la responsabilidad de la exclusión de Núñez y Domínguez, con lo cual se justificaría la inquina de este. Pero, dada su personalidad, su criterio selectivo y la autoridad que

¹¹ “Una noble tentativa de Cultura”, por Emilio Valenzuela, *La Revista Moderna de México*, octubre de 1909, pp. 120-121.

¹² Entrada del 2 de noviembre de 1909, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 158. Nunca fueron cercano Henríquez Ureña y Núñez y Domínguez. No obstante, en carta de octubre de 1913 a Alfonso Reyes, luego de deplorar la falta de selección en el grupo del Ateneo, dice: “En cambio, se excluyó a literatos capaces, como Núñez.” *Correspondencia I (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1986] 2004, p. 226.

tenía dentro del grupo, es muy probable que el dominicano haya desaprobado la invitación de Núñez y Domínguez, así como la de otros.

El martes 9 de noviembre, *El Imparcial* y *El Tiempo* dieron cuenta de la sesión de aprobación de los estatutos, ocurrida la semana anterior. El primero señalaba que el reglamento estaba inspirado en amplias ideas de asociación y fraternidad, de modo que “todas las escuelas literarias y las más divergentes opiniones filosóficas y de sociología, tengan su cabal expresión, sin otro límite que el respeto á la dignidad humana”. Para organizar los trabajos del Ateneo se habían establecido tres secciones: “Literatura y Artes, Ciencias Sociales y Estudios Filosóficos.” Para diciembre se planeaba una sesión pública en uno de los teatros capitalinos, “con la cual inaugurará el Ateneo su función social”. *El Tiempo* especificaba que esa sesión solemne sería el 1 de diciembre y a ella sería invitado el presidente Díaz. Por lo pronto, la próxima cita era para realizar una discusión pública el día sábado 13. *El Imparcial* señalaba como tema la “significación sociológica del imperialismo sajón”. *El Tiempo* detallaba que Antonio Caso sustentaría la “tesis” (“crítica del imperialismo norteamericano”) y en el debate participarían José M. Lozano, Bravo Betancourt, Alfonso Reyes y otros socios.¹³

La ceremonia de inauguración no se realizó, ni parece que se hayan hecho gestiones al respecto. Tampoco se efectuó la sesión del día 13. El tema, no obstante, era de mucha actualidad. En esos días, los Estados Unidos sostenían una fuerte intervención en el conflicto interno de Nicaragua, asunto en el que México trataba de mediar. Apenas unas semanas antes, a mediados de octubre, los presidentes Díaz y Taft se habían reunido en la frontera entre México y Estados Unidos. Se fue conociendo, poco a poco, que Nicaragua fue el asunto principal que trataron. El tema que debía abordar Caso era delicado, sobre todo tratándose de una sesión pública. Pero, a la vez, ofrecía una excelente oportunidad para tener resonancia en la opinión pública.

Un día después de la reunión frustrada, *El Mundo Ilustrado* comentaba que tres sesiones habían bastado para que el Ateneo eligiera su mesa directiva. Señalaba el objetivo de la asociación y que tendría tres secciones, “ciencias morales y políticas, filosofía, literatura y artes”. El semanario, en el que escribía habitualmente González Peña, manifestaba muy buena voluntad. Decía que el Ateneo venía a llenar una noble función intelectual y social. En su seno se acogería a “todos los artistas y hombres de ciencia que constituyen hoy día la juventud culta y que mañana

¹³ “Queda constituido el Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, martes 9 de noviembre de 1909, p. 8; “El ‘ateneo de la juventud’ ”, *El Tiempo*, 9 de noviembre, p. 2.

serán poderoso elemento director, sin distinción de credos é ideas.” Reiteraba, respecto a la inauguración oficial: “no es remoto que la presida el Primer Magistrado de la República.”¹⁴

Sin embargo, el nuevo organismo, según Henríquez Ureña, no daba muchas muestras de vida. El viernes 19 de noviembre escribía en su *Diario*: “El *Ateneo* recién fundado parece próximo á desaparecer. Debió haber reunión de debate el sábado pasado, y no asistieron los oradores. Y ahora Caso parece dispuesto á no ocuparse de la asociación.”¹⁵

La noche del lunes 29 de noviembre se volvió a reunir la asociación. Pedro anotaba que “Caso volvió á ocuparse” y hubo una sesión de lectura. Manuel de la Parra leyó un cuento (“lástima de la parte final”) y Alfonso Reyes leyó un estudio sobre los poetas parnasianos “que causó sensación entre los ateneístas”.¹⁶ Así, un mes después de creado, el Ateneo celebraba su primera sesión con trabajos substantivos. Es probable que el mes de diciembre los ateneístas se hayan reunido de nuevo, pero las noticias escaparon a la pluma de Henríquez Ureña, que suspendió su diario, así como a las páginas de los periódicos.

Organización

El proyecto de Estatutos del Ateneo de la Juventud, con fecha del 3 de noviembre, establece en seis capítulos y 31 artículos las bases de organización y funcionamiento del nuevo organismo, instalado el 27 de octubre. Tres años después, el 25 de septiembre de 1912, la asociación fue reorganizada como “Ateneo de México”. Los nuevos estatutos, modificados en aspectos menores, permiten indicar, por contraste, aspectos importantes del momento de la fundación y del primer periodo de vida de la agrupación.¹⁷

¹⁴ “El ‘Ateneo de la Juventud’”, *El Mundo Ilustrado*, 14 de noviembre de 1909, Año XVI, tomo II, n. 20, p. 992.

¹⁵ Entrada del 9 de noviembre de 1909, *Memorias. Diario. Notas de viaje*, p. 159.

¹⁶ Entrada del 30 de noviembre de 1909, *Ibidem.*, p. 159.

¹⁷ El primer detalle es que, en los Estatutos de 1912, se establece como día de fundación el 28 de octubre. No tengo noticia de una reunión de los ateneístas con esa fecha, ni puedo conjeturar razón importante que explique el cambio. El documento de 1909 es “Proyecto de Estatutos del Ateneo de la Juventud que presenta la comisión nombrada para redactarlos”, firmado por Antonio Caso, Rafael López, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Cravioto, F. J. [sic.] Acevedo y Alfonso Reyes. El de 1912: “Estatutos del Ateneo de México”, sin firma. Ambos documentos provienen del “Archivo del Ateneo de la Juventud, Academia Mexicana”; el primero localizado por Alfonso García Morales y el segundo por John Schwald, según se consigna al ser incluidos en el “Anejo documental” de Fernando Curiel, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 357-360 y 365-368, respectivamente.

La Sociedad de Conferencias nació y funcionó sin gran formalidad. Era un núcleo pequeño dedicado a los estudios y a organizar ciclos de disertaciones públicas. Todos tenían voz y voto; sus reuniones se desarrollaban como sesiones de trabajo entre amigos; los liderazgos eran los mismos que se establecían en las relaciones normales y cotidianas, por razones de caracteres, preparación y talento. Así se organizaron las conferencias y, en parte, la manifestación en honor a Barreda. En contraste, el Ateneo de la Juventud nacía con mucha formalidad, con imagen de verdadera institución. Se establecían objetivos y formas de organización a detalle, una mesa directiva, derechos y deberes de distintos tipos de “socios”.

En el Capítulo I de los estatutos, “De la asociación y sus fines”, se establecía que el Ateneo duraría “por tiempo indefinido, no pudiendo disolverse sino por acuerdo de la mayoría de todos sus miembros; y radicará en la ciudad de México, pudiendo extender su acción dentro y fuera de la República Mexicana por conducto de asociaciones o individuos correspondientes.” El propósito de la asociación era “trabajar en pro de la cultura intelectual y artística”. Aunque no había una definición de “cultura intelectual y artística”, se entendía bien el objetivo: cultivar, discutir y difundir las artes, las ciencias sociales y las humanidades. Era prácticamente el mismo objetivo con que la Sociedad de Conferencias había desarrollado sus trabajos.

Se decía que, para cumplir su objeto, el Ateneo:

- a) celebrará reuniones públicas en las cuales se dará lectura a trabajos literarios, científicos y filosóficos;
- b) organizará discusiones públicas sobre temas escogidos por los socios

En estos puntos, los jóvenes refrendaban y ampliaban la lógica de las conferencias. La novedad era la idea de hacer “discusiones públicas” sobre temas escogidos por los socios. De eso se trataba la primera sesión planeada para el 13 de noviembre. Se pretendía que un socio se encargara de presentar una “tesis”, por ejemplo el referido asunto de política internacional, para concitar la intervención de otros socios. El primer intento fracasó y no he encontrado evidencias de que ocurrieran sesiones de este tipo durante el primer año de vida del Ateneo.

- c) publicará una revista;
- d) celebrará cualesquiera otros actos y ejecutará cualesquiera otros trabajos cuya realización se discuta previamente y se apruebe por mayoría de votos;

e) establecerá comunicaciones con individuos y sociedades, previa consulta y aprobación de la mayoría de los socios.

Los jóvenes persistían en la idea de crear una revista. Como los estudiosos del Ateneo han señalado, este propósito, como varios otros, nunca se realizó. Contaban con revistas ya existentes (sobre todo la *Moderna de México*) y espacios en los diarios, pero tener una publicación propia era muy importante. Podrían difundir con mayor amplitud y libertad lo que desearan. Y hemos visto cómo, en muchas ocasiones, la difusión de sus actividades y sus textos resultaba entorpecida porque no tenían control en los medios de publicidad. Además, podrían hacer de la revista un proyecto literario e intelectual, expurgado y exigente (como querían Henríquez Ureña y otros del grupo), con propuestas estéticas o filosóficas ambiciosas, a través, por ejemplo, de números monográficos. Esto les habría dado mayor fuerza. Algunos estaban bien conscientes de ello, como evidencian los intentos frustrados de impulsar la *Revista Contemporánea* o la no nacida publicación de Genaro Fernández MacGregor. Era la línea original, la de *Savia Moderna*, con que los jóvenes se agruparon en 1906, pero que no tuvo continuidad.

Querían expandir su ámbito de acción como Ateneo. “Cualesquiera” actos y trabajos que apruebe la mayoría de los socios, es un objetivo indeterminado. En él cabrían todo tipo de cosas: veladas o sesiones en honor de personajes (como las del Duque Job y Gabino Barreda), publicación de manifiestos, libros, comisiones de estudio, incluso colaboraciones con instancias oficiales. De igual manera, se dejaba como asunto abierto el establecimiento de relaciones con individuos y sociedades dentro del país y en el exterior.

En el cuarto artículo se indicaba que la asociación se reuniría una vez al mes, en sesión privada, para tratar asuntos internos. En el quinto se instauraban las secciones de Literatura y Artes, de Ciencias Sociales e Historia, y de Filosofía, con la previa aclaración de que podría haber “cuantas secciones permita el orden de estudios y trabajos a que se dediquen los socios”. Los Estatutos permitían que las secciones trabajaran de manera autónoma. Pero, al parecer, las secciones no funcionaron, ni siquiera he encontrado noticias de la designación de encargados de las tres originales. En los Estatutos de 1912 ya no se indican secciones.

Para desplegar una acción amplia, los ateneístas, en sus criterios generales, trataban de combinar un máximo de libertad con un mínimo de formalidad. No obstante, en cuanto a su organización interna, delineaban una estructura más detallada y rígida. El Capítulo II indicaba

cinco tipos de integrantes: socios fundadores, socios de número, socios concurrentes, socios correspondientes y socios honorarios. La previsión era que el Ateneo aumentara en número de integrantes, los cuales se acomodarían de acuerdo a una jerarquía escalonada.

En los Estatutos de 1912 aparece la lista de los 18 fundadores, formada por los concurrentes a la reunión del 27 de octubre de 1909. Se omite a Emilio Valenzuela, seguramente porque renunció a mediados de 1910, y se añade a Roberto Argüelles Bringas y José María Lozano, que no estuvieron en aquella ocasión. Alejandro Quijano, último secretario del Ateneo, afirma que, según los documentos que tenía en su poder, los socios fundadores eran 26. Es la lista de los 30 invitados, faltando los nombres de Enrique Escobar, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo y Eduardo Xicoy.¹⁸

Los socios de número del Ateneo podrían ascender a 50, cantidad susceptible de ser aumentada o reducida por voto de la mayoría de los socios ya electos.¹⁹ De inicio, los fundadores se convertían en socios de número. Los integrantes de esta clase tendrían “moción” (facultad de hacer propuestas) y voto en todos los asuntos de la asociación, y podrían tomar parte en todas las reuniones y discusiones. Pagarían dos pesos mensuales como cuota mínima, pudiendo dar una cantidad mayor si lo deseaban. En caso de dejar de concurrir a las sesiones durante tres meses sin justificar sus motivos, la Directiva propondría su separación, que se decidiría por el voto de las tres cuartas partes de los socios.

Para ser electo socio de número sería necesario “que el solicitante presente un trabajo que se someterá a juicio de la Comisión Revisora, y si el trabajo fuere aprobado, la aceptación se hará por la mayoría de los socios ya electos.” Este requisito ¿se cumplió en adelante? Quizás en algún caso de los pocos nuevos socios que se integraron (como Julio Torri); pero al parecer los nuevos integrantes lo fueron por invitación o a propuesta de los elementos activos. Así parecen corroborarlo los Estatutos de 1912, donde se indica que, por excepción, “se podrá ser socio activo mediante la propuesta de uno que ya lo sea y la aprobación por mayoría de votos, siempre que, en la opinión de la misma mayoría, los méritos del candidato justifiquen que se le exceptúe de presentar trabajos ante la Comisión Revisadora.”

¹⁸ “El verdadero Ateneo”, Alejandro Quijano, carta a Octavio G. Barreda, 1 de octubre de 1937. En “Anejo documental” de Fernando Curiel, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, pp. 492-496.

¹⁹ En 1912 cambió la denominación a “socios activos” y ya no se hablaba de un número máximo.

El número de “socios concurrentes” sería indefinido. Para serlo bastaría con solicitarlo y ser aceptado por la mayoría de los socios (de número y concurrentes ya aceptados). Los socios de número tenían plenos derechos de participación. Los “concurrentes”, además de asistir a las sesiones del Ateneo, podrían estar en las juntas extraordinarias a que especialmente se les convocara, tendrían voto sobre las elecciones de nuevos socios concurrentes y sobre la inversión de fondos no previstas como normales por los Estatutos. Además, podrían tomar parte en los actos públicos de la Sociedad, mediante la aprobación de la Comisión Revisora. Se concebía a los socios concurrentes como una especie de cuerpo complementario, con menores derechos de decisión dentro del organismo.

Los socios “correspondientes” serían los que residieran fuera de la ciudad de México, “electos previa solicitud o no, por mayoría de votos de los socios de número”. Por último, los socios honorarios serían electos “a proposición de cualquiera de los socios de número, por voto de la mayoría de éstos.” Las noticias sobre los socios concurrentes, correspondientes y honorarios del Ateneo son mínimas durante el primer año de su existencia.

La Directiva del Ateneo, según el Capítulo III, estaría formada por un presidente, dos secretarios y un tesorero, electos por un año. Era atribución del presidente dirigir las sesiones públicas y privadas; su voto se consideraría doble en caso de empate. El secretario de actas se encargaría de convocar a las sesiones, levantar las actas de las mismas y recoger las votaciones. El secretario de correspondencia habría de redactar todas las comunicaciones de la asociación “no relativas a las sesiones privadas”. El tesorero tenía las atribuciones de recaudar las cuotas y demás entradas, así como la aplicación de los fondos, rindiendo cuentas en cada sesión privada.

Al momento de su fundación, sólo se hablan de un secretario (Henríquez Ureña). Se sabe, no obstante, que en la etapa inicial Genaro Fernández MacGregor fungió como secretario de Actas.²⁰ Así que este joven se estuvo encargando de las labores secretariales de las sesiones, mientras que Pedro se ocupó de todas las otras comunicaciones del Ateneo. El dominicano debió encargarse, entonces, de dar información a la prensa y establecer la comunicación con individuos y asociaciones dentro y fuera del país. Era el mejor candidato para este puesto, por sus propios contactos, su ejercicio epistolar y su agudo sentido de sociabilidad.

²⁰ “Reminiscencias sobre el Ateneo de la Juventud”, Genaro Fernández MacGregor, en *El Universal*, México, 25 de septiembre de 1950. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 502.

La Comisión Revisora (Capítulo IV) debería formarse por la elección de cuatro miembros no pertenecientes a la Directiva: dos de la sección de Literatura y Artes (que, se sobreentiende, sería la más numerosa), uno de la sección de Ciencias Sociales e Historia y otro de la sección de Filosofía. Estarían en funciones también por un año. En los Estatutos de 1912 se habla de un “Comité Revisor” constituido por la elección de socios ajenos a la Directiva, ya sin especificar lo concerniente a las secciones. La Comisión tendría la función de regular la incorporación de nuevos miembros y planear los eventos públicos del Ateneo.

- a)* examinar los trabajos de prueba de las personas que aspiren a ser socios de número y presentar su juicio entre ellos ante la asociación;
- b)* examinar los trabajos que los socios concurrentes deseen presentar en los actos públicos de la asociación, decidiendo si deben admitirse o no, y decidir cuándo debe admitirse a un socio concurrente en las discusiones públicas;
- c)* organizar los programas de los actos públicos de la asociación.

En el capítulo V se indicaban los destinos de los fondos recaudados:

- a)* adquirir muebles y pagar renta del local con gastos anexos;
- b)* gastos generales imprescindibles, como son los que ocasionen los actos públicos, la correspondencia, y otros de la misma índole;
- c)* sostener una revista, órgano de la asociación;
- d)* adquirir una biblioteca.

Quedaron en proyecto estas ideas, como ya indican los estudios sobre el Ateneo. El organismo tuvo sus sesiones en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, sin pagar renta, y no se tienen noticias de intentos respecto a la biblioteca, además de lo mencionado sobre la revista. Lo cierto es que estos elementos, en el mediano o largo plazo, resultaban necesarios para la consolidación del Ateneo como una verdadera institución, para el crecimiento de su prestigio y su desarrollo independiente de las instituciones públicas.

En el breve capítulo VI, finalmente, se indicaban como disposiciones generales que el Ateneo, previo acuerdo por mayoría de sus socios de número, podría invitar a personas extrañas a tomar parte en sus actos públicos. Asimismo se preveía que toda reforma o adición al marco

normativo debería hacerse con aprobación de los socios de número y, si así se acordaba, de los socios concurrentes.

Los Estatutos establecían una institución en forma, con miras amplias, criterios intelectuales abiertos y una organización interna rígida. Además de una directiva, se establecía un órgano de autoridad intelectual, la Comisión Revisora. Los lineamientos sobre los socios y esta Comisión configuraban los canales de ingreso, evaluación y sanción de los trabajos de los aspirantes y socios concurrentes. Se exceptuaba a los socios de número, que constituían el cuerpo principal de Ateneo.

Mecanismos de control de este tipo sólo funcionan si el organismo cuenta con la autoridad suficiente para que los individuos externos se sometan a sus requisitos. Los noveles ateneístas tenían cierto estatus dentro del campo cultural, como parte de la juventud “pensante”. Muchos intelectuales y artistas podrían sentirse llamados a pertenecer al Ateneo. Sin embargo, su autoridad era insuficiente para constituirse, de un golpe, en un centro, un instituto de cultura ante el cual los externos aceptarían someterse a tantas reglas para ingresar, en particular, a presentar trabajos y acatar la sanción de los jóvenes ateneístas. Tal vez por eso el Ateneo no creció durante su primer año de vida.

En esos tiempos existían en México, y sobre todo en la capital, un gran número de asociaciones que pretendían desarrollar y difundir conocimientos científicos, artísticos o humanísticos. Algunos de carácter cerrado y elitista, como el Liceo Altamirano. Otros con vocación social marcada, como la Asociación de Jóvenes Cristianos o la Liga Antialcohólica Nacional. Cabe recordar que a principios de 1908 se había constituido la Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes, que agrupó a intelectuales de peso y que desarrollaba un plan de actividades ambicioso. Además, las sociedades de alumnos y de profesionistas, así como las academias (de Legislación, de Geografía y Estadísticas, etc.) funcionaban con normalidad.

La gente en la capital estaba acostumbrada al asociacionismo, no sólo en las clases elevadas o medias, sino también en las clases trabajadoras. En los últimos años los asuntos políticos habían dado impulso adicional a esta tendencia. Había numerosos clubes de distinto signo político, partidos políticos, mítines, veladas, giras, periódicos nuevos. Todo ello nos habla de una sociedad en gran movimiento. En esa realidad social, el Ateneo de la Juventud surgía como una organización cultural más, con dimensiones modestas, pocas decenas de socios, sin

local propio, etc. La escasa atención que recibió su fundación en los diarios nos da a entender que no fue un gran acontecimiento.

Lo importante, por el momento, es indicar su apuesta: querían constituirse en un cuerpo colectivo permanente y prestigioso en el terreno de la cultura. De esta manera, el exceso de formalismo de los Estatutos no sólo tenía el objeto de organizar eficientemente sus trabajos, también estaba formulado como previsión del futuro, pues querían crecer y expandir su influencia. La voluntad de poder cultural de los jóvenes del Ateneo estaba claramente formulada en la referida nota de *El Mundo Ilustrado*: eran hoy día la juventud culta y mañana serían “poderoso elemento director”.

Singularidad ateneísta

El Ateneo de la Juventud ¿qué similitudes y diferencias presentaba respecto a otras asociaciones anteriores o contemporáneas de intelectuales? En la búsqueda de responder a esta pregunta son de mucha utilidad los elementos manejados por Susana Quintanilla en el ensayo “Los muchos ateneos”.²¹ Los ateneístas y la historiografía, dice, construyeron una visión del Ateneo como ruptura total con el pasado. Ella explora otra perspectiva, según la cual, el Ateneo se explicaría, no tanto por su singularidad, sino por el seguimiento de una tradición europea renovada en México durante el siglo XIX.

El primer antecedente es la fundación de un Ateneo Mexicano en 1844, inspirado en el Ateneo de Madrid (1835), a su vez heredero directo de la Ilustración. Su objetivo era sencillo: “El Ateneo Mexicano es una sociedad de amigos, que se reunirá con el objeto de propagar los conocimientos útiles, adquirir nuevos y solazarse con el trato mutuo. No se ocupará de política y estará abierto desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde y de las seis de la tarde hasta las nueve de la noche todos los días.”²² Según la autora, la agrupación pretendía establecer un espacio para en el que imperaran la tolerancia y el trato decoroso, para alejarse del clima tempestuoso que dominaba en los cafés.

²¹ “Los muchos ateneos. Genealogía y trayectoria del Ateneo de Juventud”, Susana Quintanilla, *20/10 Memoria de las revoluciones de México*, publicación de Reflejo GM de Medios, S. A. de C. V., n. 5, otoño de 2009.

²² *Ibidem.*, p. 116.

El Ateneo Mexicano hizo suyo este afán de distinción, al que agregó el principio educador y la ética de servicio de la Ilustración. A diferencia de las primeras comunidades francesas de eruditos, en las que no se hablaba para el público sino para los socios, las mexicanas consideraban indispensable realizar una misión educativa externa. El Ateneo estaba compuesto de veinte secciones que abarcaban casi todas las ramas del conocimiento. Cada sección tenía un presidente; en el listado de todos ellos hay nombres que dejaron huella y son parte de la nomenclatura de la República: Andrés Quintana Roo, Lorenzo Hidalga, Mariano Otero y José María Lafragua, entre otros. Este último fue el director de El Ateneo Mexicano, órgano de difusión de su homónimo, que vivió sólo dos años, de 1844 a 1845. Igual cortedad tuvieron las cátedras y lecturas, la integración de una biblioteca propia y los concursos de disertaciones sobre temas públicos. Detrás de estas acciones había la ilusión de regenerar al pueblo ignorante, el compromiso de ser útil a la sociedad y un proyecto de educación popular articulado en torno a tres objetivos: introducir la instrucción en ramos de ciencia que eran desconocidos en México, adaptar los métodos más modernos de Europa y facilitar la formación de los ciudadanos, independientemente de su edad, oficio, condición social y situación laboral. Para facilitar esto último, la asistencia a las cátedras y conferencias era libre y gratuita. Se impartían en horarios flexibles utilizando materiales y métodos pedagógicos dirigidos a simplificar la instrucción y hacerla compatible con la vida cotidiana de los asistentes.²³

Pocos años después del breve Ateneo Mexicano, en 1849, intelectuales liberales dirigidos por Manuel Altamirano y Francisco Zarco crearon el Liceo Hidalgo. Con una visión crítica y de alejamiento de la tradición hispánica, esta agrupación acogió con fervor las corrientes culturales francesas y asumió una directriz política: había que trabajar por el bien de la patria, difundiendo los ideales liberales. Dice Quintanilla:

El Liceo Hidalgo creció en pleno auge del romanticismo en México y fue iluminado por “la luz resplandeciente de las instituciones liberales”. Según el propio Altamirano, los liceístas eran jóvenes que, sin desdeñar la lira, “se consagraban de preferencia a los trabajos de la oratoria política, de la historia popular, del drama patriótico, y a las discusiones de la filosofía racionalista”. El propósito era crear “un apostolado liberal que adoptaba las formas de la bella literatura para propagar sus ideas”.

Este cometido redituó en la multiplicación de certámenes literarios, impresos, asociaciones políticas, ceremonias cívicas y obras literarias que contribuyeron a la formación de una estética

²³ *Ídem.*

laica independiente de la consagración religiosa. Igualmente, coadyuvaron a la creación de hábitos y actitudes de polémica sustentados en la palabra oral y escrita. Según Daniel Cosío Villegas, los debates que precedieron a la Reforma de 1857 y que la mantuvieron vigente hubieran sido improbables sin el aprendizaje de nuevas prácticas en el uso de la oratoria y la escritura. Al paso del tiempo, estas prácticas comenzarían a incomodar al poder público y perderían su sentido original.²⁴

Décadas más tarde, en 1882, Vicente Riva Palacio impulsó el proyecto de establecer un Ateneo Mexicano de Ciencias y Artes, inspirado en el Ateneo de Madrid. La iniciativa tuvo el respaldo del entonces presidente Manuel González y se le aprobó una subvención pública. El diseño del organismo, que pretendía dar cabida a todas las tendencias del pensamiento, era muy ambicioso. La organización se dividía en dos grupos, 8 divisiones, 31 secciones (19 de ciencias y 12 de artes); para lo cual se designarían 41 presidentes e igual número de vicepresidentes y secretarios. El proyecto se puso en marcha (Justo Sierra tomó parte como presidente de la sección de Historia) y recibió una andanada de críticas en la prensa. Se cuestionaba, entre otras cosas, la enormidad del proyecto y la pretensión de estos hombres de darse certificación de sabios, en lo que sería una “Sociedad de Elogios Mutuos”. El proyecto se abandonó. Quintanilla comenta que la idea habría podido ser muy útil a la nación, debido a su espíritu amplio que buscaba salvaguardar la integridad de la nación e impulsar la concordia entre los mexicanos.²⁵

Dos años adelante, en 1884, en medio de la polémica en torno al modernismo literario, el poeta Manuel Gutiérrez Nájera propuso la creación de un Ateneo como espacio de libertad frente a las anquilosadas academias. No se tomó la idea, pero por ese tiempo se reanimó el Liceo Hidalgo y se creó un Liceo Mexicano Científico y Literario, comandados por Altamirano, entonces máxima figura intelectual en México. En esa década y la siguiente, la falange de modernistas desplegó sus banderas y conquistó una parte del campo cultural. Estos tenían una vocación de cenáculo, amantes del “arte por el arte”, un grupo cerrado que decía no preocuparse por los grandes públicos. A la muerte de Altamirano, Joaquín Casasús se encargó de continuar su Liceo, que fue rebautizado con el nombre del escritor liberal. Casasús financió desde entonces las actividades del Liceo Altamirano, de ingreso restringido, cuyas reuniones se realizaban en su residencia o en lujosos restaurantes.

²⁴ *Ibidem.*, p. 117.

²⁵ *Ibidem.*, p. 119.

En la consolidación de la dictadura porfirista, la asimilación de escritores y artistas fue un aspecto político-cultural muy importante. Se hizo indispensable plegarse al régimen para dedicarse y prosperar en las letras y las artes. Así el gobierno de Díaz obtenía profesionistas obedientes y no poco brillo intelectual. Quintanilla expone un ejemplo muy claro al respecto. En 1896, Justo Sierra, entonces encargado del ramo de Instrucción Pública de la Secretaría de Justicia y que “funcionaba como el gestor irremplazable en estas transacciones” entre política y cultura, se dirigió a don Porfirio para pedirle que hiciera diputado al “joven licenciado Jesús Urueta”, quien trabajaba como agente del ministerio público, empleo que no le dejaba tiempo “ni para sus negocios ni para ‘vagar’ y dedicarse a las letras”. El presidente obtendría beneficios a cambio:

[...] adquiriría usted una palabra admirable en la Cámara, el servicio de un talento de primer orden, perfectamente disciplinado y un amigo de suma lealtad caballeresca [...] Y como lo tengo además por notabilísimo escritor creo que proporcionarle la facultad de dedicarse a la creación literaria será un servicio inapreciable al crédito de nuestro país como pueblo culto.²⁶

De esto se desprende, dice Quintanilla,

que para ser escritor había que ser primero diputado y que la mejor manera de contribuir a la imagen de México como un pueblo culto era hacer de la burocracia un gran ateneo. ¿Para qué crear sociedades alternas con tintes intelectuales, si toda la administración pública federal, y algunas de los estados, hacía las veces de templo de las musas? ¿Acaso había escenarios mejores que las ceremonias cívicas para cultivar y difundir la lírica? ¿Qué mejor público que el dictador para sancionar los productos de la inspiración estética?²⁷

En la primera década del siglo XX, la estructura gubernamental ostentaba una pléyade de intelectuales, no sólo como adornos sino haciendo funcionar los engranes de la gran maquinaria del régimen. Existía un pacto de subordinación de los intelectuales con la dictadura. A cambio de su complacencia y trabajos particulares (como diputados, secretarios de Estado, diplomáticos y toda suerte de cargos medios), los intelectuales obtenían las bases materiales para desarrollar sus intereses literarios y artísticos. Siempre hubo, por supuesto, desafectos, pero la gran mayoría asumió las reglas del juego. Ese pacto de subordinación tenía ya grietas marcadas durante el largo proceso político rumbo a la sucesión presidencial de 1910. El mismo ejemplo de Urueta lo

²⁶ *Ibidem.*, p. 120.

²⁷ *Ídem.*

ilustra, pues se había convertido, por su proselitismo reyista, en un dolor de cabeza para su familia y su protector, don Justo Sierra.

En 1901, el librero José Porrúa pidió a Justo Sierra que lo ayudara a impulsar y dirigir un Ateneo. Sierra le recordó la poca suerte del proyecto de Riva Palacio, veinte años atrás. Declinaba la invitación, por sus ocupaciones al frente de la recién creada subsecretaría de Instrucción Pública, le deseaba éxito y prometía que cuando el Ateneo se convirtiera en realidad, el gobierno se ocuparía de ayudar a su crecimiento, como era su deber.²⁸ Tampoco este Ateneo llegó a ser realidad.

Tales son las principales fuentes históricas ateneístas expuestas por Quintanilla. Al iniciar el siglo XX, muchas de las orientaciones del ejercicio intelectual desplegadas en el siglo XIX mantenían vigencia: el espíritu de la Ilustración francesa, la tradición hispánica de convivencia intelectual, el impulso liberal de la educación científica y cívica del pueblo llano, la política de polémica y oratoria, la bohemia modernista. Estas formas de sociabilidad intelectual estaban presentes en los comportamientos y la mentalidad, en el *ethos* de los jóvenes que crearon y sostendría el Ateneo de la Juventud.

En su mayoría, los ateneístas habían tenido o tenían experiencias de bohemia, cercanas al modo de convivencia de los modernistas. En el bar, su espacio predilecto, los modernistas conversaban y discutían temas de cultura; el goce de los placeres era parte consubstancial de sus actividades intelectuales. Este estilo de vida entrañaba una tensión intelectual que daba sustento a la producción estética. Pero no era ni sería el modo de convivencia predominante entre los ateneístas.

Los jóvenes habían sido educados en las ideas liberales. No compartían grande admiración por los escritores de esa época, en cuanto a calidad literaria, pero sí tenían un espíritu de libertad que los emparentaba con ellos. Sentían la necesidad de ser partícipes de los debates públicos. Como los ateneístas mexicanos decimonónicos, creían en la función social de la educación y la cultura, la necesidad de difusión y popularización de los conocimientos. La vocación político cívica no era, sin embargo, asumida con ardor. De lo que se trataba era de

²⁸ Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, tomo II, Revisión y coordinación Marta Pou Madinaveitia, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, México, 1986, pp. 74-75.

trabajar por la “cultura intelectual y artística” a través de discusiones serias y prudentes, como quería el Ateneo de 1844, y no tanto con la divisa del apostolado liberal, al estilo de Altamirano.

Dentro de las fuentes que conformaron el *ethos* intelectual de los ateneístas, se halla también el positivismo. Como doctrina de pensamiento y como ideología oficial, para los jóvenes era el enemigo mayor, que ya estaba siendo desplazado. Pero, como había dicho claramente Sierra en su discurso en la velada en honor a Barreda, lo irrenunciable era el método racional y científico. La educación positivista había formado a la mayoría de los ateneístas en este método. La seriedad con que desarrollaron sus actividades intelectuales en toda la época de la Sociedad de Conferencias, de 1907 a 1909, se explica en gran medida porque tenían interiorizado el espíritu científico, el rigor del método y el razonamiento lógico. Varios de los ateneístas (como Martín Luis Guzmán, Vasconcelos y Genaro Fernández MacGregor), con todo y la crítica al positivismo, le reconocerán ese aspecto tan importante en su formación.

Una inspiración de los jóvenes era el Ateneo de Madrid, aunque no tenían experiencias personales de esa institución. El Ateneo Científico, Literario y Artístico, fundado en 1835 en España, había persistido durante más de siete décadas, sin variar en su propósito: “Los socios reunidos en este Ateneo se proponen aumentar sus conocimientos, por medio de la discusión y de la lectura, y difundirlos por los de la enseñanza y de la imprenta.”²⁹ Estaba sólidamente establecido como un fructífero y autónomo centro de cultura. En el Ateneo de Madrid se reunían numerosos escritores, científicos y artistas de España, como los miembros de la generación de 1898 (Pío Baroja, Azorín, Ramiro Maeztu, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, Ramón Menéndez Pidal, etc.). El Ateneo de Madrid era un espacio para el libre, serio y extenso trabajo intelectual. A eso aspiraban los jóvenes mexicanos y era algo que a su manera ya venían realizando.

El Ateneo de la Juventud, en su estructura y reglas de funcionamiento (directiva, tipos de socios, sesiones, etc.) adoptaba formas muy difundidas en las asociaciones culturales de la época. En sus dimensiones (tres secciones y 30 socios de número) resultaba pequeño respecto a muchas de ellas, y minúsculo en comparación con el Ateneo Mexicano de 1844 (20 secciones) y el proyecto que no prosperó del Ateneo Mexicano de Ciencias y Artes de 1882 (8 divisiones, 31 secciones y 41 presidentes). Varios años después, Pedro Henríquez Ureña se quejaría de que en el

²⁹ Artículo 2 de los Estatutos de 1836, en http://www.ateneodemadrid.com/old/biblioteca_digital/folletos/Estatutos-1838.pdf. Consultado en agosto de 2013.

Ateneo había faltado selección, pero lo cierto es que las pocas decenas de jóvenes resultaban un conjunto adecuado para dar vida a una nueva sociedad, suficientemente pequeño para procurar un funcionamiento eficiente, suficientemente amplio para realizar actividades públicas importantes.

En sus Estatutos no hay ninguna prevención sobre la política o las relaciones con los poderes públicos (como la hubo en aquel Ateneo de 1884). Se sobrentendía que el organismo actuaría como un cuerpo independiente, un organismo de la sociedad, pero no prescindía de la posibilidad de discutir temas políticos, ni de la posibilidad de recibir apoyo oficial o establecer colaboración con el Estado. En realidad, esto último era imposible, debido a las múltiples prolongaciones del régimen. Tampoco era deseable, ya que cualquier iniciativa cultural y artística, más temprano que tarde, necesitaba del apoyo o la anuencia gubernamental. De hecho, el Ateneo nacía buscando el apoyo oficial. Las reuniones del Ateneo tenían lugar en un espacio dependiente del Ministerio de Instrucción (la Escuela Nacional de Jurisprudencia) y se quiso que la sesión inaugural fuera presidida por Porfirio Díaz.

En la amplia juventud intelectual mexicana, existían diversas combinaciones de las visiones, formas de comportamiento y orientaciones de acción cultural expuestas. En el grupo que organizó el Ateneo de la Juventud, estaba ya bastante madura la divisa que distinguiría su *ethos* intelectual: la seriedad. Sobre todo en el grupo de la Sociedad de Conferencias y estudios griegos y filosóficos (Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Rubén Valenti, Alfonso Cravioto, Genaro Fernández MacGregor y más recientemente José Vasconcelos), que en los últimos años había estado desarrollando sus propias formas de trabajo, estableciendo a la vez múltiples deslindes críticos respecto a individuos, grupos, estilos, orientaciones y prácticas existentes en la capital de las letras. El Ateneo de la Juventud nacía sustentado por un carácter intelectual propio, aunque en proceso de maduración. La seriedad sería el sello distintivo de los nuevos ateneístas, de su modo de ser o temple, su *ethos*. Algunos testimonios ayudan a entender qué significaba esto.

José Vasconcelos señala, en su *Ulises criollo*, que “los literatos Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Alfonso Cravioto, imprimieron al movimiento una dirección cultista, mal comprendida al principio, pero útil en un medio acostumbrado a otorgar palmas de genio al azar de la improvisación y fama perdurable, sin más prueba que alguna poesía bonita, un buen artículo, una ingeniosa ocurrencia.” Luego de indicar que su participación en el Ateneo fue

mediocre, añade: “Todos mis compañeros escribían a base de citas y entre comillas. Los libros del propio Caso dan fe de esa tendencia erudita. Los literatos de mi grupo no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que les hacía de maestro.”³⁰

En otro momento, Vasconcelos reevaluó la tendencia erudita del grupo, consistente en ir a las fuentes directas:

Se puede caracterizar lo que nos separó, en el Ateneo, del pasado literario inmediato, simplemente en esto: privaba con anterioridad a nosotros el hábito de las citas incompletas y vagas derivadas de lecturas de segunda mano. Restauramos nosotros, por reacción instintiva, la práctica de acudir a las fuentes. Se usaba [,] poco antes de nosotros [,] citar a los griegos, a través de Hugo de Saint Victor –la moda del momento–, o a través de manuales o compendios, y nosotros nos dedicamos a la sencillísima tarea de leer a Platón directamente en la traducción inglesa de Jewet o en la francesa de Victor Cousin.³¹

Según el testimonio de Genaro Fernández MacGregor,

la principal contribución de la llamada generación del Ateneo a la cultura mexicana fue su actitud de seriedad y de crítica ante el saber humano. Esta generación trajo a México un sentido agudo de responsabilidad, un espíritu libre e integral que influye, a través de las obras de sus miembros[,], por hacer que se conozcan las realidades escuetas de nuestra patria, para organizarla sólidamente.³²

La definición más sólida y clara de la singularidad ateneísta se debe a Martín Luis Guzmán, quien en un 1909 era un “aspirante” a integrarse al grupo. Dice, en un artículo de 1917:

Caracterízase este grupo por una cualidad de valor inicial indiscutible, si bien de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal: la seriedad. *La seriedad en el trabajo y en la obra*; la creencia de que *las cosas deber saberse bien y aprenderse de primera mano*, hasta donde sea posible; la convicción de que *así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente*, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es perdurable; el

³⁰ *Ulises criollo*, Primera parte, México, FCE/SEP, 1982, pp. 233-33, 234. Cabe acotar que dos jóvenes plenamente ateneístas estaban escribiendo novela y drama: Carlos González Peña y José Escofet.

³¹ “El secreto del Ateneo”, publicado en *Todo*, n. 672, 25 de julio de 1946. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, p. 497.

³² “Reminiscencias sobre el Ateneo de la Juventud”, publicado en *El Universal*, 25 de septiembre de 1950. En *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 504.

convencimiento de que *ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mera distracción o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquiera otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo.*³³

La seriedad, tendencia “cultista” o “erudita” como la nombra Vasconcelos, orientaba los trabajos individuales y colectivos de estos jóvenes, sus formas de ejercer la inteligencia. Asimismo, se trataba de una forma de organizar las pasiones intelectuales, canalizarlas, desarrollarlas y hacerlas producir. Como indica Guzmán, la seriedad era asumida de manera diferente (con “mérito muy diverso”) por los ateneístas. Algunos, como Henríquez Ureña, la asumieron por completo, en todas las materias, en todas las actividades (lectura, escritura, discusiones, publicaciones y conferencias). La seriedad implicaba un método, una técnica (laboriosa, absorbente, difícil de adquirir y dominar) y también una ética (la filosofía, el arte o la literatura como profesión, a la que hay que entregarse del todo, con un sentido agudo de responsabilidad).

Los nuevos ateneístas no inventaron la seriedad. Esta se observa en muchos intelectuales de la época, empezando por Justo Sierra. Pero sí la asumieron con mayor “pureza”, la *generaron* como forma distintiva, como elemento constitutivo de su identidad individual y colectiva. En ella fundamentaban su práctica intelectual, marcando tendencia dentro de la “juventud pensante” que emergía en el campo de la cultura de la capital. El Ateneo es cristalización de esa tendencia. Con él, los jóvenes intentaban darse una organización permanente para articular y desarrollar, de manera más eficiente y con mayor trascendencia, sus labores “en pro de la cultura intelectual y artística”.

Falta referir una fuente cultural y simbólica más. Se decidió nombrar a la nueva asociación “Ateneo”, como desde la antigüedad se llamó al lugar de confluencia de sabios y pensadores bajo la protección de una de las divinidades del panteón olímpico, Atenea. Según la versión más extendida de la leyenda, Atenea nació de la cabeza de Zeus. Prevenido por Gea y Urano, que le habían asegurado que el segundo hijo que procreara lo habría de destronar, se tragó a su amante Metis, quien ya estaba encinta. Pasado el tiempo, Zeus ordenó al dios Hefestos que le

³³ Guzmán, Martín Luis, “Alfonso Reyes y las letras mexicanas”, artículo escrito a propósito de la aparición del libro de Alfonso Reyes, *El suicida*. Recogido en *A orillas del Hudson*, en *Obras completas I*, México, D. F., FCE/INEHRM, 2010, p. 425. Las cursivas me pertenecen.

abriera el cráneo con un hacha. Así salió al mundo Atenea, joven armada por completo, profiriendo un terrible grito de guerra.

Diosa de la guerra, pero también de la sabiduría, la justicia y las labores prácticas de la inteligencia; preferida de Zeus; destacada en la guerra contra los Titanes. Triunfó en la competencia para ser el dios protector de la ciudad griega que lleva su nombre, al obsequiar a los humanos la planta del olivo. Protectora de héroes: ayudó a Ulises en su regreso a Ítaca, a Hércules en sus trabajos, a Perseo en su misión contra Medusa. De ella provenían diversos inventos, que tienen que ver con la agricultura, la ganadería, el tejido y el bordado, así como los barcos y carros de batalla. No era amante de la guerra por sí misma, sino por sus conveniencias civilizatorias; deseaba que los conflictos se resolvieran en primera instancia a través de los acuerdos. Pero una vez en la lucha, siempre alcanzaba la victoria. Se le llamaba Atenea Promakos, la defensora, “la que lucha adelante”, la primera en la línea de batalla. Su animal representativo era la lechuza.³⁴

Diosa de la razón. Platón, en uno de sus *Diálogos*, dice que los más hábiles intérpretes de Homero explican que el poeta quiso “representar por esta diosa la inteligencia misma y la razón.” El filósofo señala varias posibilidades del significado del nombre de Atenea: puede ser “inteligencia de Dios” (theou noeesin; a theonoa); la que conoce las cosas divinas de un modo superior (theonoe), o bien la inteligencia o la razón de las costumbres (Eethonoe; en to eethei noeesin).³⁵

En Pedro Henríquez Ureña, como en los jóvenes que se ocupaban en los estudios griegos y filosóficos, el simbolismo ateniense debió resonar de manera fuerte y compleja. La diosa de la guerra y de la razón, de la inteligencia práctica. Dentro del campo intelectual, esto refiere directamente a la dialéctica, tal como la define Alvin Gouldner: una forma contenciosa de interacción social. Remite también a las funciones sociales de la labor intelectual: el desarrollo del conocimiento, la disputa por la razón, la crítica de los valores, la pugna por la orientación del desarrollo de la cultura, la orientación del “público” o del “pueblo”. Remite a la idea general de cómo ser ciudadano de la polis (en tanto intelectual): actuar en el espacio público, incluido el

³⁴ Cf. Pierre Grimal, *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, Paidós, Barcelona, 2008 (París, 1951), pp. 59-61; Constantino Falcón Martínez, Emilio Fernández-Galiano y Raquel López Melero, *Diccionario de mitología clásica*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, pp. 99-101.

³⁵ Platón, *Cratilo o del lenguaje*, *Diálogos*, Editorial Porrúa, colección “Sepan cuántos...” n. 13, México, vigésimosegunda edición, 1991, p. 267.

terreno de las disputas políticas, asumiendo el punto de vista de la razón. La seriedad era un valor compartido por los jóvenes, un valor intelectual y práctico. El simbolismo ateneísta era una inspiración y una aspiración que sustentaba una visión general sobre el ejercicio de la inteligencia dentro la sociedad.

II. *Horas de Estudio*

Publicar en Europa

En 1907, Francisco Henríquez y Carvajal, entonces en Europa, indicó a Pedro y a Max la idea de gestionarles la publicación de un libro a cada uno, así como editar un tomo con las poesías de su madre, Salomé Ureña, en la casa editorial Gibbes de París.³⁶ A ustedes, les decía, “les conviene publicar algo en Europa, de modo de circule para América.”³⁷ Publicar en Europa significaba prestigio y ser más conocidos en los ambientes literarios hispanoamericano. Pero de ningún modo era un negocio, tendrían que pagar una parte de los gastos de la edición.

Max acogió la idea y se puso a preparar un libro sobre teatro. Pedro se reservó, pues carecía del tiempo necesario, pero brindó constantemente consejos a su hermano. La práctica de la escritura, la búsqueda de un estilo, era un asunto compartido de manera metódica entre Pedro, Max y Alfonso Reyes. Pedro llevaba la voz principal, tratando de influir y organizar los trabajos de los otros, en una cooperación franca y leal. Le escribía a Max, en agosto de 1907, que con Alfonso había examinado su última poesía, encontrándola insuficientemente pulida. Estamos en una época de amaneramiento, explicaba, por lo que “el amaneramiento que se debe buscar es, bien definido, una ‘manera’ que sea sin embargo suficientemente sencilla para no envejecer a prisa y suficientemente elegante para no disonar hoy.” Luego exponía lo que, según él, era el camino para formarse un estilo.

³⁶ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, La Haya, 2 de julio de 1907, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 320. A los tres les entusiasmaba la idea de publicar la obra de Salomé. Intercambiaron opiniones al respecto, pero el plan no prosperó. Pedro editaría el libro de su madre dos décadas después, en 1920, en Madrid.

³⁷ Francisco Henríquez y Carvajal a Max, La Haya, 19 de agosto de 1907, *Ibidem.*, p. 347.

El único modo de tener estilo es, en verso como en prosa, PESAR CADA FRASE: pesar, no solo la forma, como hace Darío [Herrera] (que no hace otra cosa) sino también la idea; que la imagen no sea falsa, que la idea no sea contradictoria. Eso debes hacerlo sobre todo en la prosa, pues no es lógico que pudiendo tener verdadero estilo, no lo tengas: basta con corregir bien. Por ejemplo, el artículo sobre Varona debía haber sido impecable, pero siempre, por escribir a prisa, no lo supiste dejar limpio de vulgaridad en fondo y forma.³⁸

Escribió “pesar” por “pensar”, verbo éste que da mayor transparencia a su idea. Se trataba de reflexionar de manera detenida cada frase en la forma y en la idea. Pedro, en distintas oportunidades, veía descuido en la escritura de Max, lo que desmeritaba sus productos. La exigencia de corrección tenía el propósito de lograr mayor pervivencia de lo publicado.

Poco después, Pedro insistía y abundaba sobre el método para adquirir un estilo:

Ya te he dicho que mi procedimiento es pensar cada frase AL ESCRIBIRLA, y escribirla lentamente; poco es lo que corrijo después de escrito ya un artículo. Alfonsito dice hacer lo mismo. Creo que así se obtiene un estilo, sin caer en la manía de Darío, que hace y rehace hasta que diseña y malogra todo lo que ahora escribe y aún lo que había escrito antes.

En cuanto a las ideas, también es necesario pensarlas muy cuidadosamente, antes de escribir; sobre todo, ninguna idea incidental enunciarla de prisa PORQUE ES INCIDENTAL. Yo me he leído libros enteros solo para saber a qué atenerme sobre ciertas ideas incidentales que he querido expresar en mis artículos. El mejor modo de precisar ideas es leer frecuentemente pensadores y críticos serios; la mala crítica no sirve para el caso. Leyendo los pensadores y críticos sorprende encontrar tales convergencias, y expresiones tan precisas de todo y concepciones siempre elevadas, que insensiblemente se adquiere precisión y unidad en el pensamiento propio, a la vez que estímulo para ideas nuevas. Así se llega a ver que sobre todas las cosas se puede decir algo nuevo; buen ejemplo, la conferencia de Caso [sobre Nietzsche], que tiene un gran sabor de obra personal, sin que por eso diga nada *nuevo*, en el sentido vulgar de la palabra.

Luego daba una larga lista de autores cuya lectura ayudaba para perfeccionar el estilo (Lessing, Goethe, Heine, Otfried Muller, Schopenhauer, Nietzsche, Shelley, Carlyle, Pater, Wilde, Menéndez Pelayo, etc.). Debía evitarse, en cambio, la “otra” crítica, “aún la de Brunetière

³⁸ Pedro a Max, ciudad de México, 26 de agosto de 1907, *Ibidem.*, pp. 350-351. Darío Herrera, el escritor panameño que por una larga temporada vivió en la casa de la Séptima de Soto, al lado de los Henríquez Ureña. Las mayúsculas son de Henríquez Ureña.

y Faguet, por su intransigencia, la de Lamaitre y toda la crítica menuda francesa de los últimos veinte años y la crítica más menuda todavía de España y de América, no hace sino daño, causa indecisión y hasta disgusto por tantas contradicciones y faltas de comprensión.”³⁹

A principios de septiembre, el padre les escribía: “Están Uds. en la edad en que es preciso definir un porvenir, y un doctorado y una carrera me parece lo más acertado.” Es peligroso dejarse llegar los 30 años “sin haber coronado la obra que ha de representar definitivamente el porvenir de cada cual.”⁴⁰ Los hermanos Henríquez Ureña eran muy jóvenes (22 y 23 años), talentosos y activos, pero no habían podido hacer estudios profesionales. Urgía dar solidez a sus carreras. De ahí el plan de los libros y la idea de estudiar en Europa.

En octubre, Pedro se decidió a preparar un libro. En la editora Gibbes estaban dispuestos a comprarles una obra a él y a Max por menos de 400 francos (unos 160 pesos mexicanos). Evaluaba si hacer, como su padre le sugería, una nueva colección de ensayos extensos, unos siete u ocho, algunos de *Ensayos críticos* y otros posteriores. Le gustaba más la idea de hacerlo sobre un solo asunto. No sabía si sobre Grecia, de lo cual, le decía a Max, “no me atrevo a principiar a escribir todavía”, o con estudios especiales sobre Wilde, Pater, D’Annunzio, etc., que sería tal vez más trabajo por ser temas diversos. “Lo cierto es que aquí”, se quejaba, “como en toda América, se dificulta el tratar un asunto con buena documentación, porque las Bibliotecas son paupérrimas y el dinero personal no alcanzaría para comprar los montones de libros que hay que consultar”.⁴¹

En noviembre, ya cerca su regreso al Caribe, don Francisco les escribió que no había podido hablar con Gibbes, pero consideraba la cosa resuelta. Alentaba a Pedro transmitiéndole que su ensayo sobre la métrica castellana en Rubén Darío había sido muy comentado. Le recomendaba hacer “un estudio completo de la métrica castellana, desde el origen de la poesía española hasta nuestros días”.⁴²

El asunto de la edición de los libros de los hermanos Henríquez Ureña desaparece de sus intercambios epistolares. El regreso del padre a Cuba, la enfermedad de Max y luego su traslado

³⁹ Pedro a Max, sin fecha, que se ubica entre su comunicación del 18 de agosto de 1907 y la del 26 de septiembre. *Ibidem.*, pp. 397-398.

⁴⁰ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, La Haya, 23 de septiembre, 1907, *Ibidem.*, pp. 369, 371.

⁴¹ Pedro a Max, México, 26 de octubre de 1907, *Ibidem.*, pp. 381-382. Ya se ha indicado en el capítulo 5 que Henríquez Ureña había empezado a escribir sobre asuntos griegos, en el otoño e invierno de 1907 y 1908.

⁴² Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, París, 5 de noviembre de 1907, *Ibidem.*, p. 388.

a La Habana, así como las ocupaciones de Pedro por la manifestación Barreda y el segundo ciclo de la Sociedad de Conferencias, tuvieron como consecuencia que el plan editorial quedara suspendido. Pero la dialéctica sobre la escritura y el estilo continuó.

En febrero de 1908, Pedro solicitaba a Reyes que influyera en Max, que estaba a su lado en Monterrey, en cuestiones filosóficas y teóricas, que le propusiera leer cosas serias, literatura griega, Platón, Descartes, Schopenhauer. Le hacía falta porque el defecto de Max era “la imprecisión, las palabras que, por querer significar mucho, nada significan”. A vuelta de correo, Alfonso le informaba que había seguido su consejo y ya estaban leyendo juntos el *Banquete* de Platón. Agregaba con humor: “¡Sabio consejo con el cual, a la vez, procuras que haga yo leer a Max asuntos serios y que los lea yo! Leeremos lo más que podamos.”⁴³

A finales de ese año, reacomodadas las cosas, los hermanos Henríquez Ureña retomaron los proyectos de sus libros. Max le envió unas cien cuartillas de su “Teatro contemporáneo”. En ellas, Pedro veía problemas de estilo y de ideas a causa de haberlas escrito a prisa. Deja el material por unos meses, recomendaba, no conviene publicarlo así. Ve añadiendo datos y trata de hacer un estudio concienzudo sobre la estética, en general, y la contemporánea, en particular. Según Pedro, debería leer lo concerniente a la Estética en Hegel, Schopenhauer, Lessing, Brandes, Menéndez y Pelayo, Mauclair, Remy de Gourmont, Óscar Wilde, Nietzsche, William James, Bergson y Jules de Gaultier.⁴⁴

En los inicios de 1909 los hermanos intentaron arreglos con la editora Sampere, sin éxito. De cualquier manera, Pedro avanzaba en el plan de su libro, que pensaba llamar “Crítica y estética”. La primera parte sería un estudio largo (40 a 50 páginas) que llevaría el título del libro. En el se ocuparía de la *Historia de las ideas estéticas*, de Marcelino Menéndez y Pelayo, y la *Historia de la crítica*, de Saintsbury. Seguiría una sección de “Literatura española y americana”, con sus ensayos ya publicados sobre Rubén Darío, José Joaquín Pérez, Gabriel y Galán y Gastón Deligné. Bajo el título “Varia” o “Marginalia”, agruparía textos cortos sobre D’Annunzio, B. Shaw, la Sociología de Hostos, “El exotismo”, etc., e incluso algunos que no eran de crítica,

⁴³ Pedro a Alfonso, ciudad de México, 17 de febrero de 1908; Alfonso a Pedro, Monterrey, 21 de febrero de 1908, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, pp. 91 y 94.

⁴⁴ Pedro a Max, México, 8 y 22 de diciembre de 1908, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, pp. 481-483 y 485-490.

como “La Catedral” y “Días alcióneos”. Incorporaría además el texto que pensaba escribir sobre “idealismo y pragmatismo” para el probable tercer ciclo de la Sociedad de Conferencias.⁴⁵

El plan era usar textos de su primer libro, retocándolos, integrar otros ya publicados y reforzar la selección con nuevos y extensos ensayos. Pedro habría preferido hacer una obra completamente nueva, pero era útil republicar sus trabajos, para que tuvieran una circulación más amplia con el respaldo de una firma editorial europea. La idea del libro lo impulsó para idear obras futuras. Después de “Crítica y estética”, quería hacer un libro sobre “Estudios antiguos”, con su proyectada conferencia sobre Platón y trabajos amplios sobre Marco Aurelio, “Jesús y su verdadera significación” (“que para mí no es el Amor”) y sobre “Los siete sabios de Grecia”. Luego trabajaría un volumen de “Estudios modernos”: Flaubert, Ibsen, Wilde, Pater, etc.⁴⁶ Esos libros no llegarían a formarse.

Los intereses y temas intelectuales

En 1908 Henríquez Ureña publicó poco, sobresaliendo sus “Días alcióneos”, el discurso sobre Barreda y el ensayo sobre Gastón Deligné. Pero su ritmo de trabajo no disminuyó, ya que durante la última parte de ese año estuvo escribiendo textos que aparecieron a principios del siguiente. Resalta, de cualquier manera, que en 1909 publicó el doble de títulos (24) respecto a 1908 (11).⁴⁷

En 1909 dio a la *Revista Moderna* sus artículos más extensos e importantes: “Nacimiento de Dionisos”, “Cuestiones métricas”, “Nietzsche y el pragmatismo” y los textos sobre las conferencias de Antonio Caso en la Preparatoria. Se diversificaron los espacios en que publicaba gracias a invitaciones de amigos: *El Mundo Ilustrado*, *Teatros y Música* (Carlos González Peña era cronista literario en el primero y dirigía el segundo), *El Anti-reeleccionista* (dirigido al inicio por José Vasconcelos) y *Actualidades* (de Luis Lara Pardo). También fuera de México se amplió el espectro de publicidad: *La Cuna de América*, *Osiris*, *Blanco y Negro* y *Oiga...*, en República Dominicana; *El Fígaro* y *La Unión Española*, en La Habana, y *Las Novedades*, diario cubano en

⁴⁵ Pedro a Max, México, 3 de febrero de 1909, *Ibidem.*, pp. 491-492.

⁴⁶ *Ídem.*

⁴⁷ Datos de la “Cronobibliografía” de Emma Susana Speratti, en Henríquez Ureña, *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pp. 762-764.

Nueva York. Las amistades y la familia eran los contactos para publicar en esos medios.⁴⁸ En pocos casos le pagaban los artículos, en otros se le prometía pero no llegaba a ocurrir (como en *Actualidades* y *El Antirreeleccionista*). Lo importante, a fin de cuentas, era que su nombre estaba presente en un amplio abanico de publicaciones literarias.

Dio a conocer trabajos de creación estética (algunos poemas y su ensayo de tragedia), pero la crítica era el eje central de su producción, predominante en ensayos, crónicas teatrales, reseñas de libros, etc. Sus temas principales: las manifestaciones culturales de actualidad, en literatura y teatro principalmente; la historia de la literatura castellana, cada vez más importante dentro de sus intereses; la literatura de Santo Domingo; los temas griegos, muy presentes a finales de 1908 y principios de 1909, y el pensamiento filosófico, tema predominante en 1909.

Reseñas de actualidad

Cuando Henríquez Ureña se ocupaba, muchas veces por encargo, de temas de actualidad, aprovechaba para desarrollar sus propios puntos de vista sobre asuntos generales. De hecho, sus crónicas y reseñas eran ensayos de crítica, algunos muy elaborados. Y en muchas ocasiones tenían un carácter polémico: trataba de desarmar errores de juicio. Tomemos como muestra un artículo publicado en junio de 1909 sobre el *Ensayo de una filosofía feminista* del escritor español M. Romera Navarro. La crítica era despiadada. Señalaba que no se trataba de un buen escritor, su prosa era “incorrecta, profusa, inelegante”, su método expositivo “confuso y atropellado”, su razonamiento frecuentemente “pueril ó rutinario”, de todo lo cual ofrecía una serie muy larga de ejemplos tomados del libro.

Pedro exponía su propia visión sobre un asunto en el que, decía, todo mundo disparataba a favor y en contra. Consideraba al feminismo como el movimiento social contemporáneo “más importante después del socialismo”. Cabía esperar sus frutos, porque en menos de medio siglo se habría impuesto en los países de “cultura general extensa”. Como Romera Navarro había desperdiciado la oportunidad de “exponer metódicamente la historia de la actividad intelectual de

⁴⁸ En la “Cronobibliografía” citada, no se incluyen, por ejemplo, sus colaboraciones en *La Unión Española*, en la que, según carta de Pedro del 7 de julio de 1909, su hermano le había conseguido ser cronista y en la que se republicaron la conferencia sobre Gabriel y Galán y un artículo sobre Goethe.

la mujer”, Henríquez Ureña se encargaba de indicar lo que al respecto se podría decir, desde los tiempos de la Grecia antigua hasta los actuales. Sobre todo a partir del siglo XVIII, cuando el feminismo adquirió verdadera importancia por las transformaciones de la sociedad moderna. Exponía luego lo que consideraba el meollo del asunto:

Para muchas gentes, feminismo quiere decir igualdad política y profesional de los sexos; pero, en esencia, feminismo quiere decir liberación económica y jurídica de la mujer, no inspirada en provecho propio, exclusivo, sino también en provecho de la familia: libertad de trabajo; retribución igual á la que recibe el hombre, autonomía individual; modificación del matrimonio; educación que haga su vida más disciplinada y menos vacía; en suma, posibilidad de que las mujeres sean libres y aptas y lleven á la dirección del hogar algo más que rutina, y de que las dotadas de capacidad superior puedan ejercitarla sin estorbos, de que no se aniquile su individualidad por respeto al fantasma de la tradición. El sufragio no es la finalidad inmediata del feminismo sino donde la oposición las ha lanzado á la conquista del voto, como único medio de conseguir los fines esenciales del movimiento.

En cuestiones de feminismo, en los países de habla castellana “estamos en pañales”.

Entre nosotros, se mantiene á la mujer en situación casi medioeval: ignorante, ociosa, timorata, fanática; no sólo es un sér individualmente inútil, sino que resulta débil ó nula para la dirección del hogar. Hay excepciones –hay grupos de damas intelectuales, y hasta feministas, en la Argentina, en el Perú, en Cuba, en Santo Domingo; seguramente las hay en España; pero, en general, la educación que se da á la mujer, es en las escuelas, casi una simulación, y en el hogar, una rutina deprimente; así, la incultura femenina es uno de los factores de desorganización en la semi-barbarie latente en que vivimos, bajo apariencia de prosperidad material.

Por ello, concluía, la lucha por la dignificación de la mujer en nuestros países habrá de ser “lenta y tenaz”.⁴⁹

Otro artículo polémico fue su “Marginalia” publicado en Santo Domingo en enero de 1909.⁵⁰ Henríquez Ureña deploraba la labor de los “sedicentes divulgadores” que reducen a ideas estrechas las obras de los grandes escritores. Goethe parecía haber escapado, pero “los temibles divulgadores” se habían apoderado de su *Werther* y su *Fausto*, el primero como supuesto elogio del suicidio y el otro como obra oscura, incomprensible.

⁴⁹ “ ‘Un libro sobre el feminismo’ de M. Romera Navarro”, fechado en mayo, *Revista Moderna de México*, junio de 1909, pp. 239-245.

⁵⁰ “Marginalia”, en *La Cuna de América*, 17 de enero de 1909. En *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 49-51.

Pero estas falsas interpretaciones se quedan cortas ante la más extravagante que haya llegado a mi noticia: un maestro de la juventud acaba de afirmar (no en público, pero poco menos: *ex-cathedra*) que Goethe fue un apático: más aún, el tipo psicológico del apático. Difícil es concebir en qué se pretende fundar tal afirmación, puesto que los más sencillos manuales de historia y de literatura pintan a Goethe como uno de los hombres que más han trabajado en nuestra época, uno de aquellos alemanes que, en opinión de Taine, “fabricaron entre 1780 y 1830 todas las ideas del siglo XIX.”

Los errores de juicio provenían del “culto absurdo de la acción”. Se tomaba como modelo a los grandes hombres de poder (Bonaparte, Bismarck), desdeñando la labor del pensamiento. Pero, en realidad, Goethe, además de incansable pensador, tuvo ocupaciones sociales muy importantes. “El autor del *Fausto* tuvo una vida social siempre activa, logró imponerse a su época y fue consejero de Estado y ¡oh asombro! Director de la hacienda pública en el ducado de Weimar. Era, convienen Heine y Mme. de Stäel, un gran diplomático. Y en último caso recuérdese la opinión expresada por el gran activo, por el propio Napoleón: SOIS UN HOMBRE.” Tampoco, agregaba el dominicano, es posible definirlo como apático en sentido moral o bajo el tipo de la frialdad egoísta: “fue apasionado en sus amores, sincero en sus amistades y ferviente en sus admiraciones”.

Dos asuntos le indignaban a Henríquez Ureña: la divulgación simplificada y equivocada de las obras y que esto se fundara en prejuicios contra la, digamos, “auténtica” o “verdadera” tarea intelectual. Al criticar el “absurdo culto de la acción”, Henríquez Ureña trataba de dejar en claro que el estudio, la labor del pensamiento y la creación estética son formas de acción, formas de poder. Pedro y muchos de sus amigos admiraban profundamente a Goethe. En él veían un prototipo del intelectual total, ocupado en todas las ramas del saber y del arte, llevando una vida intensamente comprometida con su tiempo. Concluía reafirmando a Goethe como el tipo del héroe moderno, héroe de cultura:

Goethe, que en su vida y en su obra dio tan alta lección moral, es el filósofo del heroísmo moderno. Y es también su poeta: es el que en la inconclusa *Aquileida* concibe, como sueño irrealizable de Atenea, la transformación del héroe antiguo, el de la guerra y la acción, en el nuevo héroe de la inteligencia y del trabajo civilizador.

A principios de 1909, Henríquez Ureña retomó el género de la crónica teatral, que había abandonado durante un par de años. Lo hizo por la oportunidad de escribir, pago de por medio,

en la revista *Teatros y Música*. Se ocupó de las noticias de Nueva York, habló de estrenos, cantatrices, intérpretes y autores de su predilección.⁵¹ Volvió al género a finales del año, ahora en *Actualidades*, donde habló de las presentaciones de la actriz española Rosario Pino en la ciudad de México.⁵²

En “La muerte de Clyde Fitch”, aplicó de nuevo el punzón de la crítica. Después de unas semanas del fallecimiento del dramaturgo (4 de septiembre), el dominicano señalaba que Fitch había imperado “gracias a la inescrupulosidad artística”, siendo el dueño del teatro norteamericano por diez años. Era “el obstáculo” que no dejaba avanzar nuevas y mejores obras. Al principio fue un estímulo para el naciente teatro en los Estados Unidos. Impuso la técnica del drama psicológico de autores ingleses y franceses; “poseía mirada de psicólogo; en ocasiones era penetrante; en general, era pintoresco; pero nunca extendía su habilidad más allá de los detalles, de los cuadros breves, de los tipos limitados.” Fue un maestro “en cosas menores”. En todas sus obras “hay descuido, apresuramiento”. Los críticos, seguía Pedro, destacan momentos o partes de sus obras, y alguno llegó a preguntarse si Fitch podría pensar durante tres actos seguidos. “Si Clyde Fitch hubiera escuchado la voz de la crítica y concedido menos atención al público, habría escrito, quizás, la primera grande obra del teatro norte-americano.” Siguiéndolo, el teatro estadounidense “se llenó de comedias seudopsicológicas carentes de profundidad”. Los nuevos dramaturgos ya existen, aseguraba Henríquez Ureña, y en poco tiempo habrán de dejarse sentir, una vez que “el obstáculo” se haya disuelto.⁵³

Historia de la cultura dominicana

De manera sistemática, Henríquez Ureña evaluaba y establecía jerarquías en las expresiones artísticas. ¿Cuáles eran las principales obras literarias, las cien más importantes? Publicaba su

⁵¹ “Crónica de Nueva York. El Metropolitan y el Manhattan. Brillantes temporadas. Puccini. Nuevos estrenos. Otras novedades. Retiro de Marcela Sembrich. Otras novedades”, en *Teatros y Música*, México, 15 de febrero de 1909; “Desde Nueva York. La retirada de Emma Eames. Réprisa de *Salomé*. Una ópera de Smetana. Los encantos de Mary Garden. Obras maestras. El arte de Ludwing Wullner. Las novedades dramáticas. La *Salomé* de Strauss. Paderewsky”, en *Letras y Música*, 15 de marzo de 1909. AHCM-PHU, Caja 2 sin clasificar, álbum de recortes.

⁵² Entrada del 14 de octubre, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 154. Sus crónicas, firmadas con sus iniciales, fueron: “Rosario Pino en Arbeu”, *Actualidades*, México, 15 de octubre; “Señora ama de Benavente”, *Actualidades*, 16 de octubre; “Rosario Pino en *El genio alegre*”, *Actualidades*, 17 de octubre de, y “Despedida de Rosario Pino”, *Actualidades*, 15 de noviembre, todas de 1909. AHCM-PHU, Caja 2 sin clasificar, álbum de recortes.

⁵³ “La muerte de Clyde Fitch”, *Actualidades*, 25 de octubre de 1909. Como “Clyde Fitch” en *Horas de Estudio*. Incluido en *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 43-48.

serie en *El Antirreeleccionista*. Luego, en un artículo en forma de diálogo criticaba la reciente antología de Marcelino Menéndez y Pelayo, *Las cien mejores poesías castellanas*. El autor, lamentaba Pedro, incluía apenas a unos cuantos hispanoamericanos (Bello, Heredia y la Avellaneda), y había dejado fuera a Sor Juana Inés de la Cruz, entre muchos otros (Olmedo, Batres, Montúfar, José Eusebio Caro, José Asunción Silva, Casal, Gutiérrez Nájera, Othón, etc.). Hay que resignarse, decía, “al olvido de los españoles. Es cosa tradicional, y ni aun los que mejor nos conocen y estiman, como el propio Don Marcelino, se sobreponen a ella.”⁵⁴ La crítica alcanzaba al estudioso español más admirado por Henríquez Ureña y otros ateneístas.

Resignarse al olvido de los españoles, pero trabajar sobre nuestras propias expresiones literarias. En una carta a su compatriota Federico García Godoy, publicada en Santo Domingo, Henríquez Ureña comentaba sobre la literatura de su patria como un caso dentro de las tendencias generales en América Latina. Según él, no se habían hecho suficientes esfuerzos en el sentido de dar “carácter regional definido” a la vida intelectual dominicana; ni era posible, debido al peso de la tradición europea. Nuestros esfuerzos “tienden y tenderán durante algún tiempo todavía a alcanzar el nivel del movimiento europeo, que constantemente nos deja rezagados. Sólo cuando logremos dominar la *técnica* europea podremos explotar con éxito nuestros asuntos.” La tradición indígena, decía, “con ser local, autóctona, no es nuestra verdadera tradición”. En México, agregaba, el pasado precolombino no ha interesado gran cosa sino a historiadores y arqueólogos.⁵⁵

Afirmaciones discutibles, que incluso pueden tomarse como expresión de una mentalidad colonizada. Pero es cierto que en los escritores y artistas mexicanos y latinoamericanos pesaban siglos de formación en los moldes europeos; y las elites culturales, a las cuales Henríquez Ureña pertenecía, sentían lejanas las tradiciones indígenas. El dominicano proponía como estrategia cultural apropiarse de la “técnica” europea, avanzar en la expresión de la propia realidad y hacerse de una presencia respetada en el orbe internacional. Un trabajo arduo y prolongado, ya que “la interpretación *viva* del pasado, el conjuro que saca a la historia de los laboratorios eruditos y la lleva, a través del arte, a comunicarse de nuevo con el espíritu público, apenas ha sido ensayada en América.” Lo que urgía, según Henríquez Ureña, era una muy sólida formación

⁵⁴ “Las cien mejores poesías”, *La Cuna de América*, 7 de marzo de 1909. *Obras completas. Tomo 1*, pp. 271-277.

⁵⁵ “Desde México”, carta a Federico García Godoy, México, 5 de mayo de 1909. Como “Literatura histórica”, recogido en *Horas de Estudio. Obras completas. Tomo 1*, pp. 331-335.

de los intelectuales y artistas para estar a la altura de los centros culturales internacionales. Por lo demás, no estaban ya muy lejanos los tiempos en que esa “interpretación *viva*” de la historia y la tradición indígena sería corriente general en México y en América Latina.

Sin ser escritor de combate, Henríquez Ureña sentía preocupaciones sociales y podía hablar fuerte cuando lo consideraba necesario, sobre todo tratándose de su patria. En una carta a su tío Federico, publicada también en Santo Domingo, intervino en una discusión acerca de cómo procurar la inmigración blanca, con el objetivo de fomentar el progreso social y económico del país. El problema de fondo, decía Henríquez Ureña, es el mejoramiento de las clases bajas a través de la educación, la cual debe ir más allá de enseñar a leer y debe abarcar la instrucción industrial y agrícola. Sólo después de desterrar los restos del régimen militar y de establecer el gobierno esencialmente civil, se podría hablar del proyecto de inmigración. Aún entonces sería difícil competir con otros países que resultaban más atractivos para los migrantes europeos. En todo caso, las mejoras sociales de las que hablaba debían hacerse por el bien de “nosotros mismos”, más que por el deseo de atraer a los migrantes blancos.⁵⁶

El progreso de la sociedad, ya fuese en Santo Domingo, en México o en cualquier otro país latinoamericano, sólo podría ser sólido si se fundaba en la educación y en la cultura. Esta visión se hallaba en la base de la orientación intelectual de Henríquez Ureña. En los más diversos temas, incluso los más abstractos (como los que tenían que ver con las ideas filosóficas), el dominicano veía finalmente objetivos sociales e implicaciones prácticas. De manera global, se trataba de proseguir el camino hacia la “propia expresión”.

En la carta referida a García Godoy, abundaba sobre cómo interpretar la historia de su patria, sobre el proceso de “*intelección* de la idea nacional”. Le proponía al escritor que, ya que con su novela *Rufinito* había abierto un nuevo campo en los estudios históricos dominicanos, emprendiera “una labor *más importante aún*: la historia sintética de la cultura dominicana, comprendiendo la evolución de las tendencias políticas y de las ideas sociales, así como la vida religiosa y la intelectual y artística.” Como se trataba de un trabajo enorme, sugería pedir el

⁵⁶ “Por la inmigración”, carta a Federico Henríquez y Carvajal, sin fecha, publicada en el periódico *Oiga...*, 20 de noviembre de 1909. En *Obras completas. Tomo 1*, pp. 337-341.

auxilio del Ateneo Dominicano y reclamar la ayuda gubernamental. Él mismo ofrecía su colaboración.⁵⁷

Pedro Lanzaba la idea de un magno proyecto: una historia de la cultura, total y sintética, de la República Dominicana. Y señalaba la vía para emprenderlo: formar un equipo de trabajo con ayuda de un organismo social (el Ateneo Dominicano) y el apoyo del gobierno. La ambición intelectual de Pedro era grande. A finales de ese 1909 se integró a dos proyectos mexicanos que tenían puntos de coincidencia con ese plan imaginado para su patria: el Ateneo de la Juventud y la Antología del Centenario.

Los temas dominicanos siempre estuvieron dentro de las preocupaciones de Henríquez Ureña. El único artículo inédito que incluiría en su libro fue “La vida intelectual de Santo Domingo”,⁵⁸ en el que exponía el difícil desarrollo, con momentos de esplendor, de la literatura y la cultura dominicanas desde los tiempos de la conquista española. Desarrollaba su interpretación sobre el proceso de “intelección de la idea de nación” del pueblo dominicano. Resaltaba la labor de varias generaciones de intelectuales (sus padres, entre ellos). Henríquez Ureña anexó al artículo una “Biblioteca dominicana”, con los principales libros (más de 40 títulos) sobre la historia de su país, añadiendo observaciones sobre el material y las tareas de recopilación que faltaba por hacer.⁵⁹ Esto representaba una aportación en el sentido del proyecto que sugería a García Godoy.

La vía erudita

A pesar de que en algunos momentos Henríquez Ureña decía que era inútil ocuparse de la literatura hispanoamericana, ésta se mantuvo como uno de sus principales temas. En el proceso de estudiar expresiones contemporáneas (Darío, Rodó, José Joaquín Pérez y Deligné), fue interesándose más en la literatura española (sobre todo a partir de su conferencia sobre Gabriel y Galán, de 1908). En “Cuestiones métricas. El verso endecasílabo” profundizó en el tema haciendo una investigación original, entre historia de la literatura y análisis técnico especializado.

⁵⁷ “Desde México”, carta a Federico García Godoy, México, 5 de mayo de 1909. Como “Literatura histórica”, recogido en *Horas de Estudio. Obras completas. Tomo I*, pp. 331-335.

⁵⁸ “La vida intelectual de Santo Domingo”, *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 85-96.

⁵⁹ “Biblioteca dominicana. Libros principales”, *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 97-100.

Pedro pretendía hacer una sólida aportación al conocimiento, que perdurara y contribuyera a impulsar los estudios de la literatura castellana.⁶⁰

Señalaba que el asunto de la métrica castellana no era cuestión baladí ni de erudición indigesta: “es porción esencial y efectiva de la técnica literaria”. Los estudiosos extranjeros se han ocupado del tema, pero “las luces definitivas sobre la técnica de la poesía castellana deben surgir de escritores de nuestra lengua”. El verso endecasílabo era importante porque se trataba de la forma poética clásica por excelencia “de las literaturas castellana y portuguesa, tanto como lo es en su legítima cuna, la italiana”. El secreto del verso de once sílabas “está en ser el único verso castellano mayor de ocho sílabas que suena a nuestros oídos como simple, como unidad perfecta.” Tal unidad provenía, más que de la métrica, de la unidad melódica de los versos. Por ello, Henríquez Ureña analizaba las formas de acentuación en este tipo de versos, recorriendo los siglos, del Renacimiento a los tiempos recientes.

Uno de los aspectos más fuertes de su artículo era que demostraba cómo, en esa tradición, persistieron formas heterodoxas de versificación endecasílabo. Sugería explicaciones e indicaba que era la tendencia retomada y puesta en boga por Rubén Darío. “Hoy mismo”, señalaba, “¿no se asombrarían ciertas graves personas si se les dijese que el verso para ellos chocante entre los de Darío, Marquina, Lugones, lo había aceptado, sin advertirlo, en las más afamadas canciones de Herrera y Fray Luis?”

La erudición tenía una faz de combate. El objetivo era impulsar este tipo de estudios para la cabal comprensión de la propia tradición cultural. Su estudio era altamente técnico, pero como Henríquez Ureña explicaba, el endecasílabo era la forma poética que, guardando la unidad de versificación, ofrecía mejores condiciones para ambiciosos desarrollos de la expresión estética. Es decir, se trataba de estudiar las potencialidades de la tradición poética castellana. Y de esta línea de trabajo debían encargarse los estudiosos de la propia lengua española.

⁶⁰ “Cuestiones métricas. El Verso endecasílabo”, *Revista Moderna de México*, marzo de 1909. En *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 53-80.

Sobre filosofía

Otro de sus temas principales era la Grecia antigua. A finales de 1908 y principios de 1909, como ya se ha expuesto, dio a la publicidad varios textos importantes, artículos de crítica, una traducción y ensayos literarios. Los temas griegos se convirtieron, en pocos meses, en una de las venas más poderosas y más fuertemente sentidas de Henríquez Ureña. No obstante, en 1909, los asuntos de filosofía moderna ocuparon mayor espacio en su producción escrita.

En la *Revista Moderna* del mes de mayo, apareció su “Nietzsche y el pragmatismo”, texto breve (subtitulado “nota al vuelo”) en que presentaba ideas que pretendía desarrollar en la serie de conferencias sobre temas filosóficos que no se llegó a realizar. Lo que más me interesa es que, a partir de su contenido, se puede desentrañar cómo el pragmatismo (o antiintelectualismo) se convirtió en una clave de la visión de Henríquez Ureña sobre el ejercicio intelectual. Queda clara, entonces, una afirmación escrita como de pasada en una carta a Alfonso Reyes, durante su discusión sobre la manifestación Barreda. Recuérdese que Reyes acusaba al grupo de cambiar de dirección, orientándose hacia la “causa eficiente” (la política). Con enojo, Pedro negó la interpretación, señalando que, en todo caso, Alfonso no podría ver tal cambio en él, “el único ser de razón y que creo deber serlo sobre todo desde que he hallado en el antiintelectualismo explicación de mis ideas. (Es decir: mi concepto es que, puesto que la inteligencia no es la que prevalece, debemos tratar de que prevalezca.)”⁶¹

El movimiento filosófico conocido como pragmatismo o antiintelectualismo, decía Pedro en el artículo, propone “plantear de nuevo todos los problemas filosóficos que nos habíamos habituado a estudiar desde el punto de vista de Kant, el jefe sintético del *intelectualismo*, cuyas nociones fundamentales sirvieron de partida tanto a Hegel como a los positivistas.” El antiintelectualismo “nació, en realidad, aunque no íntegro, con Schopenhauer” y se desplegó en diversas tendencias por el impulso de Nietzsche.

Aunque el nombre de Nietzsche no se haya mencionado muy a menudo en relación a las nuevas doctrinas, a él debe atribuirse, particularmente, la agitación que las provocó. Con su asombrosa perspicacia de crítico y de psicólogo, y su entusiasmo y su fuerza de escritor, declaró guerra a las tablas clásicas de valores intelectuales y morales; quiso hacer desaparecer las

⁶¹ Pedro a Alfonso, México, 24 de febrero de 1908, *Correspondencia I (1907-1914)*, p. 97.

orientaciones fijas de la Razón Pura y de la moral dogmática, y logró agitar, con profunda perturbación que todavía repercute, el ambiente filosófico de Europa. Su crítica del intelectualismo reinante, y, sobre todo, de su ramificación en auge, el positivismo, iniciaron, de hecho, el actual movimiento.

El pragmatismo “tiende a resolver las disputas metafísicas que de otro modo se harían interminables; trata de interpretar cada noción, señalando sus consecuencias prácticas.” Según James, el método ya había sido usado por Sócrates, Aristóteles, Locke, Berkeley y Hume, aunque de manera fragmentaria.

Pero el pragmatismo implica, a la vez que un método, una teoría de la verdad. “Para los intelectualistas –dice James en el capítulo VI de su libro [*Pragmatism*] –, la verdad significa esencialmente una relación estática inerte.” Obtenida la verdad, nada más hay que hacer: se ha alcanzado, en el conocimiento, un equilibrio estable. Pero el pragmatismo se pregunta: si una idea es verdadera, ¿qué diferencia producirá en la acción? *¿Cómo se realizará su verdad?* Su respuesta es, en todos los casos: “Ideas verdaderas son aquellas que podemos asimilar, hacer valer, *verificar*.” La verdad, para el pragmatismo, no es un valor absoluto, una cantidad fija e invariable: una idea se *hace* verdadera; su verdad es un suceso, un proceso: su *verificación*. La posesión de la verdad, en suma, “no es un fin en sí, sino un medio que lleva a otros fines” y lo verdadero no es sino lo que hace fecundo nuestro pensamiento.

James apunta hacia una nueva concepción, opuesta al monismo de las filosofías intelectualistas.

Lo que buscamos no es *variedad* o *unidad* aisladas, sino *totalidad*. No podemos afirmar que el mundo esté regido por un principio, o por lo menos, que podamos alcanzar ese principio universal; sabemos que hay varias explicaciones del Universo, y que cada una contiene elementos importantes. Aceptemos, pues, el *pluralismo del conocimiento*. Estas razones, desarrolladas por James en los capítulos IV y V de su libro sobre el *Pragmatismo*, constituyen, a mi ver, la parte más original de su filosofía; y acaso lo haya él mismo estimado así, pues promete un nuevo libro sobre el *Pluralismo*.

Henríquez Ureña exponía “coincidencias sorprendentes” entre algunos de los aforismos de Nietzsche y las principales afirmaciones de William James. El filósofo alemán llegaba a anticipar el “pluralismo” cuando afirmaba: “el mundo se ha vuelto por segunda vez infinito para nosotros, por cuanto no podemos refutar la posibilidad de que sea susceptible de *infinitas interpretaciones*.” No obstante, terminaba el dominicano, en el fondo, Nietzsche, como espíritu

alemán, ansiaba el conocimiento puro, la posibilidad de “volvernos hacia la Naturaleza pura, descubierta y emancipada de nuevo”.⁶²

Pedro encontró en la visión pragmática y antiintelectualista la “explicación” a sus ideas. Existen diversas explicaciones del mundo, cada una con elementos importantes. Así que había que aceptar el “pluralismo del conocimiento”. Pero, si la verdad no es un valor absoluto, sino que las “verdades” son aquellas ideas que podemos asimilar, hacer valer, verificar, se abre el conocimiento como terreno de disputas. Los procesos a través de los cuales una idea se “hace” verdadera son procesos de poder. De ahí que Henríquez Ureña afirmara, en otro lugar, que el ejercicio intelectual es uno de los modos más lógicos y prácticos de conducirse, una de las formas del poder. Por tanto, si la inteligencia no imperaba (en los distintos campos sociales, empezando por el de la cultura), había que hacer que imperara. Esto es, hacer valer las propias ideas, en labor individual y colectiva.

La práctica intelectual de Henríquez Ureña había tomado, desde hacía años, formas de poder: vencer en el terreno de las ideas, impugnar los defectos y errores, indicar las orientaciones correctas, influir en los amigos cercanos, destruir valores y establecer otros. Estas eran también, en gran medida, las líneas que orientaban el trabajo del grupo de los jóvenes intelectuales mexicanos. La lógica del grupo corto (estudios, discusiones, conferencias, etc.) era preparación para un momento ulterior de poder: había que realizar las ideas asimiladas, hacerlas “verdad” más allá del círculo de amigos, en el espacio público.

Dos poemas

La voluntad de poder lleva siempre, como sombra, la posibilidad del fracaso. En mayo de 1909, el poeta René López, amigo de los hermanos Henríquez Ureña, murió en Cuba. El medio literario cubano veía una promesa en René López, promesa cortada antes de cumplir los 27 años, después de años de vida atormentada, alcoholismo y dependencia a la morfina. Pedro no habla de él en sus *Memorias*, pero su muerte le causó fuerte impresión ya que compuso los versos “A un poeta muerto”.

⁶² “Nietzsche y el pragmatismo (Nota al vuelo)”, en la *Revista Moderna de México*, mayo de 1909. En *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 307-314. Todas las cursivas son de Henríquez Ureña.

¡Caiste! Van de púrpuras vestidas,
tu ocaso a acompañar, las nubes lentas;
y muere en el confín póstumo rayo,
última luz de tu fugaz promesa.

Más adelante se refiere a su poesía.

Te arrastra el torbellino.
Torvo rumor se eleva;
y en medio del horror que te circunda
y el bárbaro fragor que ruge y truena,
tu voz en gritos estridentes rompe
como la del alción en la tormenta;
pero a veces, venciendo el rudo estrago,
vuelve a sus notas límpidas, gorjea,
y entona, con arpegios cristalinos,
el dulce canto de la primavera...

La última estrofa remata la lamentación.

¡Oh cantor sin ventura y sin reposo!
Tu vida breve me arrancó una queja,
porque tuviste la virtud del canto
y fuiste ¡nada más! una promesa.⁶³

Pedro deploraba la pérdida de un joven que estimaba personal y literariamente; pérdida que debió ser más deprimente por la decadencia física y moral del poeta. René López había

⁶³ “A un poeta muerto” [poesía a René López], en el *Anti-reeleccionista*, 13 de septiembre de 1909. Publicado también en *Blanco y Negro*, Santo Domingo, 19 de diciembre, *El Fígaro* de La Habana, sin fecha. Incluido en *Obras completas. Tomo 1*, pp. 59-60. René López (1882-1909) fue incluido en la antología *La poesía moderna en Cuba (1882-1925)* elaborada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1926; reaparecida en edición facsimilar, México, Frente de Afirmación Hispanista, A. C., 2005. Días después de su muerte, Max Henríquez Ureña publicó un artículo sobre él, en *Letras. Hoja Suplementaria*, 16 de mayo de 1909.

emprendido, sin retorno, el camino de la bohemia, como vía de experimentación, pero sobre todo, al parecer, para escapar de las amarguras de su vida.

Unas cuantas semanas después, Henríquez Ureña publicó un poema emparentado con el anterior, desde el mismo título: “A un vencido”. Este fue escrito teniendo en mente a Juan Guerra Núñez.⁶⁴ En su ensayo “El modernismo en la poesía cubana” (1905), Pedro citaba a ambos poetas como herederos de Julián Casal, máximo representante del modernismo en Cuba. Lo que en el primero era un hecho trágico, “¡Caíste!”, en el segundo era una cuestión: “¿Caíste?” Habla del poeta que soñó con grandes batallas y victorias, pero que esquivó “la liza”, el combate. Retornó a la patria sin gloria, sin herida y sin lauro.

¡Mas qué! ¿Sólo vileza hallaste? ¿Nunca
viste flotar sobre el ardido campo,
envolviéndolo en luces diamantinas,
la veste de la diosa de ojos claros?
¿Dónde tu fe, tu esperanzado brío,
dónde el arresto y la virtud del brazo?

Ignoro los fracasos de Guerra Núñez que motivaron estos versos. Lo que quiero señalar es que, en los dos casos, se habla de poetas vencidos por las circunstancias de la vida, incapaces de sobreponerse a los golpes. Los poemas son congruentes con la lógica de la práctica intelectual de Henríquez Ureña: no había que darse por vencidos, sino tratar de imponerse a las circunstancias. Para el dominicano no eran tiempos fáciles. Seguía sin conseguir un mejor empleo, el ambiente político lo complicaba todo, distanciando a los amigos. En Pedro latía el temor a la derrota, a ser vencido por las circunstancias. Las confesiones a Reyes de principios de ese 1909 parecen confirmarlo: ya no aspiraba a ser un escritor de verdad, sino a una vida tranquila. No obstante, en las preguntas de los últimos versos citados está implícita la exigencia de no “esquivar la liza”. En el campo de batalla se podía percibir el resplandor de “la diosa de los ojos claros”, Atenea.

⁶⁴ “A un vencido”, *El Fígaro*, La Habana, sin fecha, y en *La Cuna de América*, 3 de octubre de 1909. En *Obras completas. Tomo I*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976, pp. 57-58. En carta a Max, del 15 de junio de 1909, a un mes de la muerte de René López, adjuntaba los dos poemas, señalando que el segundo era sobre Guerra Núñez. *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 502.

El ejercicio de las Memorias

La producción escrita de Henríquez Ureña era amplia y diversa, a veces impugnadora. Al abordar diferentes temas, autores y obras, el dominicano estaba empeñado en evaluar y corregir. Sus artículos sobre las conferencias de Antonio Caso sobre el positivismo muestran bien el talante con que quería ejercer la inteligencia. No había que ser indulgente y dejar pasar los errores; había que ser duro. Eran tiempos difíciles, en lo personal y en la sociedad mexicana, pero Henríquez Ureña se sentía seguro sobre la orientación de sus labores intelectuales y sobre su propia valía. El 29 de junio cumplía veinticinco años. Ese mismo mes se puso a escribir sus recuerdos. Había que hacer balances.

Estoy todavía lejos de los cuarenta, escribía, la edad en que según el escultor italiano renacentista Benvenuto Cellini debían escribirse las Memorias, ya que antes no se tiene la serenidad ni la perspectiva necesarias. Pero entonces, dice Henríquez Ureña, muchas cosas pasadas “ya no se sienten, y pierden su color y su carácter”. Quería escribir sus recuerdos antes de que el transcurso del tiempo los tornara borrosos. “No creo”, reflexionaba, “que siempre, al escribir memorias, se piense en el público; antes creo que se las escribe muchas veces por el placer de hacer psicología, no tanto psicología propia, sino de preferencia la de los demás.” Y él tenía una “excesiva afición á *psicologizar*”. Refería la desconfianza de Nietzsche y Wilde sobre las autobiografías, en particular por su carácter “compuesto”, y no obstante ambos incurrieron en el género. El carácter compuesto es inherente a este tipo de obras; “así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ellas se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada falso.”

Ya en 1899, a los quince años, llevó un diario, que luego destruyó porque en él apuntó apenas “impresiones literarias y hechos de vida externa”. Pero ahora, dice, “quiero componer (sí, *componer*) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias.”⁶⁵

En las cuarenta páginas mecanografiadas de sus *Memorias*, no hallamos un “conclusión” o una interpretación acabada acerca de sí mismo. En efecto, era muy joven y faltaba toda una vida por hacer. Hallamos, como él lo señala, un relato pormenorizado de pequeñas y grandes

⁶⁵ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 27-28.

fuentes que lo fueron alimentando de literatura. De las tempranas aficiones a los números, la geografía, el teatro, etc., al “descubrimiento” del poder de la palabra escuchando versos de su madre en un auditorio repleto. De la enorme pérdida de Salomé a la tutoría amistosa de Leonor Feltz. Hallamos la relación muy detallada de obras, autores, funciones e intérpretes de manifestaciones artísticas y literarias en Nueva York. Leemos aquí y allá evaluaciones poco favorables de los medios sociales. Pedro apuntó los empleos que había tenido, sin desarrollar mucho el asunto. Trató de indicar la forma en cómo se incorporó a los jóvenes intelectuales en la ciudad de México y las acciones que emprendieron.

Quería ser escritor. Pero ¿qué tipo de escritor? Para el momento en que escribió sus recuerdos resulta claro que era un joven escritor preocupado por profundizar en las ideas, las filosóficas en particular. Un escritor laborioso que trataba de impulsar sus temas, muy ocupado en hacer publicidad a los compañeros y proyectos de su interés. Un escritor que trabajaba de manera consciente y metódica su estilo. Sin embargo, ¿cuál era la obra que vislumbraba este escritor? ¿Obras filosóficas, obras de creación literaria, estudios eruditos...? Henríquez Ureña anhelaba tener el tiempo necesario para ponerse a trabajar en obras mayores y personales. Por el momento, era un escritor de ensayos críticos. Es decir, de textos diversos, más o menos cortos, en su mayor parte sobre obras ajenas, pero con criterio personal, teniendo como trasfondo una visión general sobre el arte y la literatura, sobre la cultura y el ejercicio intelectual.

Sentía bastante madura su perspectiva orientadora. Su carrera estaba aún en los inicios, pero ya, en gran medida, se había solidificado la idea de un destino, lo que había sido, su evolución, lo que era y lo que podría y debería ser.

En el ejercicio de las *Memorias* jugaba bastante el contexto. El tiempo vital e intelectual de Henríquez Ureña se había acelerado desde su llegada a México. Veía los tiempos muy interesantes, sobre todo en el campo de la cultura. Algo importante se estaba fraguando en México, en consonancia con tendencias internacionales y correspondencias con otros centros hispanoamericanos. Habían transcurrido tres años de intensa sociabilidad, amistades íntimas, estudios, grupos, conferencias y batallas públicas. La misma política mexicana, aunque la deplorara, le interesaba como materia de análisis.

Después del balance, había que asumir la tarea de ir registrando los sucesos propios y del entorno. A principios de agosto Henríquez Ureña empezó a llevar un diario. Hay continuidad en

su manera reflexiva, a todas luces severa, no complaciente y muchas veces cruel. Cada individuo planteaba un problema, era materia de hermeneusis; tal como ocurría con los fenómenos culturales, literarios, sociales y políticos. Se trataba, en las *Memorias* y en el diario, del mismo impulso y gusto por el análisis y la crítica que desarrollaba en toda su práctica intelectual.

En búsqueda de mejoría personal

Encontrar un mejor empleo, acuciante propósito, es de lo primero que Pedro escribe en su *Diario*.

Esperaba yo que á partir de este nuevo año fiscal obtendría por obra de mis amigos, según me habían prometido, algún puesto que me concediera más tiempo para el estudio, y aun para el estudio de una carrera. Pero el mes transcurrido ha deshecho toda esperanza. Por primera vez desde hace más de quince años, hubo *déficit* en el Presupuesto del Gobierno de México; y ascendió, según se dice (aún no se publica), á 18 millones ó más. De ahí que muchos puestos gubernativos que iban á crearse se hayan suprimido.⁶⁶

Detallaba las opciones canceladas o en espera. La dirección del Boletín de la Biblioteca Nacional no había quedado vacante. Luis González Obregón permaneció en ella porque se pospuso el proyecto de reorganizar el Archivo General. “Supe”, dice, “aunque no por él mismo, que Antonio Caso habló con D. Justo Sierra para que se me diera la Secretaría de la Nueva Escuela Superior Nocturna, la cual él dirige”. Pero el Ministro respondió que ya le habían recomendado a un joven abogado, a quien, por ser mexicano, debía darle preferencia. Seguía en pie la proposición de Urbina de hacer una antología literaria, “pero es de suponer que este gasto no se haga, puesto que se economiza en otros más importantes.” Por otro lado, don Francisco Henríquez y Carvajal abrigaba esperanzas de ocupar la Legación dominicana en París, lo que facilitaría el viaje de Pedro a Europa. Pero el puesto finalmente fue para Leonte Vázquez, jefe de una facción contraria al gobierno, para tenerlo contento y alejado.⁶⁷ Por tanto: “no me queda más recurso que continuar trabajando como empleado de oficina, por ahora; y escudriñando á ver qué puede hacerse en orden á mejora.”

No descartaba viajar a Europa, aunque era un anhelo poco realizable. Para el caso, su padre sugería tratar de conseguir una pensión del gobierno dominicano; pero le insistía, como

⁶⁶ Entrada del 5 de agosto, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 133.

⁶⁷ *Ibidem.*, pp. 133-134.

siempre, que fuera a su lado en Cuba, o a Santo Domingo si conseguía los puestos oficiales que ahí le prometían. Pedro se resistía, pero ya a mediados de 1909 empezaba a creer que le convendría ir a La Habana.⁶⁸ El 6 de agosto anotaba en su diario que había recibido una carta de su tía Ramona, confirmando que don Francisco no había conseguido el puesto diplomático en París. “Mi tía opina que acaso sería lo mejor volver á Santo Domingo, como alguna vez lo he pensado y lo piensa ahora mi padre; ó si no, trasladarme á la Habana, donde vive mi hermano mayor y también Max, que ha obtenido excelente posición en los periódicos habaneros”.⁶⁹ Tal vez tendría que regresar a las tierras “infecundas” del Caribe, acaso lo mejor era recurrir a las fuerzas familiares.

Pedro seguía con su libro en ciernes. Le explicaba a Max, a mediados de julio, que no podía ocuparse de los ensayos que imaginaba sobre temas antiguos (Jesús, Platón, etc.) porque le harían falta muchas obras que no podía conseguir. Mientras que para su libro tenía un conjunto “bien abigarrado”: artículos sobre la literatura española y americana, ensayos largos sobre Gabriel y Galán, Darío, J. J. Pérez, Deligné, el verso endecasílabo; textos cortos sobre D’Annunzio, Goethe, Wharton, Parsifal, “Genus platonis”, la sociología de Hostos, la ópera de Ricardo Castro, Nietzsche y el pragmatismo, etc. Le pedía que le ayudara a pensar un título.⁷⁰ Max le sugirió “Marginalia”, pero a Pedro le pareció inadecuado, ya que algunos de los textos no eran marginales. Decía que no quería algo llamativo, pero sí algo más concreto que títulos como “Estudios de crítica literaria”, “Ensayos críticos” o “Arte y literatura”. Por su parte, Max pensaba ahora formar un tomo de versos.⁷¹

El peruano Francisco García Calderón le ofreció que la casa editora Ollendorf le publicara el libro. Pedro pensaba en tres secciones para organizarlo: Literatura española y americana; Cuestiones filosóficas, y Marginalia. En la primera estaría el material sobre Gabriel y Galán, J. J. Pérez, Deligné, Darío y Cuestiones métricas. Ya no contemplaba el largo ensayo “Crítica y estética”, sobre Menéndez y Pelayo, seguramente le resultaba imposible escribirlo pronto. En la segunda sección irían sus trabajos sobre Nietzsche, la sociología de Hostos y los artículos sobre las conferencias de Antonio Caso. El tercer apartado estaba menos definido. Tenía una lista larga

⁶⁸ Véanse la carta de Francisco Henríquez y Carvajal, 4 de agosto de 1909, y de Pedro a Max, 28 de julio, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, pp. 524-526, y 516, respectivamente.

⁶⁹ Entrada del 5 de agosto, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 137.

⁷⁰ Pedro a Max, ciudad de México, 15 de julio de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 505.

⁷¹ Pedro a Max, ciudad de México, 7 de julio de 1909, *Ibidem.*, pp. 509-510.

de títulos que ya había estado manejando, y otros como “El nuevo indígena”, la alocución sobre Barreda, “Las cien mejores poesías”, “La Catedral”, “Carlos González Peña”, etc. Pedía a Max que le ayudara a decidir cuáles dejar fuera. Quizás, adelantaba, los artículos sobre Shaw, Parsifal, Meriño, Unamuno o “El nuevo indígena”, por viejos o poco interesantes.⁷² En la versión final del libro, en efecto, dejó fuera estos artículos.

Siguió barajando posibles títulos para el libro. A principios de agosto, al saber que la editorial Sampere estaba por imprimir la nueva novela de Carlos González Peña, pensó enviarles el suyo, “sin necesidad de intervención ajena”.⁷³

Así, mientras en el entorno se desarrollaban las disputas entre el reeleccionismo y la oposición reyista, Pedro se ocupaba, entre otras cosas, de ir construyendo su libro. En su *Diario* escribió abundantemente sobre su vida social. Con impresiones frescas, realizaba la vivisección de las personalidades. Estas anotaciones pueden tomarse como parte del proceso de deslindes y diferenciaciones que realizaban constantemente los miembros del “grupo corto”.

La noche del 5 de agosto estuvo en casa de Jesús E. Valenzuela, que se recuperaba lentamente de un nuevo ataque cerebral.

Cosa curiosa: nunca ha sido Valenzuela tan *literario* como lo es desde su enfermedad. De joven escribió mucho y estudió bien; pero fue siempre un temperamento desordenado, y así como derrochó sus millones desaprovechó su talento. Siempre ha sido incorrecto, y, en general, mediano poeta; solo unas cuantas poesías suyas pueden recordarse y aun guardarse en las antologías de América, que nunca podrán ser impecables. En verdad, ha tenido más talento en la conversación y en los *gestos* de su vida que en sus obras literarias. Era inagotable en chistes, se cuenta; y todavía hace tres años [cuando Pedro lo conoció] era original en opiniones y despreocupado para el dinero, aun en estos últimos años que ha vivido arruinado. Antes de enfermar, publicó su único libro de versos que puede leerse con gusto, *Almas y Cármenes*; después de la enfermedad publicó otros dos, desastrosos, *Lira libre* y *Manejo de rimas*, y ahora está escribiendo sus *Memorias*, que me encargó le hiciera copiar. Estas memorias, escritas en mejor condición mental, habrían sido interesante, originales y chispeantes; pero ahora han resultado pueriles y confusas.⁷⁴

⁷² Pedro a Max, ciudad de México, 28 de julio de 1909, *Ibidem.*, pp. 516-517.

⁷³ Pedro a Max, ciudad de México, 4 de agosto de 1909, *Ibidem.*, p. 520.

⁷⁴ Entrada del 6 de agosto de 1909, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 135. A Max, ese mismo día, le escribía que Valenzuela, por su enfermedad, estaba haciendo sus *Memorias* “tontas y descosidas”. Carta del 6 de agosto de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, 1994, p. 520.

Días después visitó la casa de Carlos Pereyra, a quien estimaba intelectualmente y que pronto partiría a Washington como secretario de la Embajada mexicana. Estuvo agradable, aunque “no tan humorista como otras veces”. Hablaron de autores ingleses y estadounidenses, por el viaje próximo de Pereyra. “No conozco otro mexicano cuyo conocimiento de la literatura inglesa lo ponga tan ‘at home’ en ella”, reconocía Pedro. Sólo Ángel de Campo, muerto el año pasado, conocía tan bien los recovecos de la literatura inglesa y norteamericana. Otros aficionados, añadía, como Gómez Robelo, Acevedo y Genaro Fernández, no salían de los grandes idealistas (Shelley, Keats, Carlyle, Ruskin, Pater, Wilde, Swinburne, Edgar Poe, Emerson). En seguida iniciaba el enjuiciamiento sobre las debilidades de Pereyra.

Pereyra es sin duda uno de los mexicanos de más variada cultura; además, una de las inteligencias más perspicaces; pero hay en él no sé qué desequilibrio que lo trunca todo. Ha escrito mucho, y no ha hecho una *obra*; sus libros históricos, ó han sido polémicos, ó de texto; sus otros escritos han sido siempre cortos, ocasionales, y no creo que en ellos pueda formarse un todo armónico. Parece que sufre cierta debilidad mental, á la que le he oído aludir, refiriendo una prohibición médica de trabajo excesivo; pero lo más visible en él es la debilidad de carácter. En lo privado, es el hombre de ideas más libres; pero en público es á la vez timorato é imprudente; ello es que su carrera pública presenta una serie de contrasentidos. Podría decirse que su escepticismo crítico, que á todo se aplica, lo incapacita para la acción; no porque el escepticismo incapacite necesariamente, pues hay escepticismos activos, pragmáticos, sino porque el suyo es exclusivamente analítico, atomizador, y hace presa en una voluntad débil.⁷⁵

Un escepticismo activo, pragmático, tal era la actitud intelectual que Henríquez Ureña quería procurar para sí mismo. Luego anotaba los asuntos políticos, el cierre de pinzas sobre el general Bernardo Reyes y reconcentraba su mirada escrutadora en los amigos. La noche del 24 de agosto hubo una reunión en casa de Marcelino Dávalos, quien había cosechado nuevos triunfos en literatura dramática ese año y estaba de vuelta de Quintana Roo, donde había sido secretario del jefe militar de la zona. En la reunión estuvo Carlos González Peña, quien comandaba, junto con Luis Castillo Ledón, “el grupo novelista”.

⁷⁵ Entrada del 11 de agosto, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 138. Carlos Pereyra Gómez había nacido en 1871, en Saltillo, Coahuila. Era abogado, profesor y colaborador en materia de investigación histórica con el ministro Justo Sierra. Había escrito una *Historia de Coahuila, De Barradas a Baudin: un libro de polémica historial* (1904), *Juárez discutido como dictador y como estadista* (1904) y *La doctrina Monroe: El destino manifiesto y el imperialismo* (1908).

Concurrió todo el grupo de los *catecúmenos* de Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón; catecúmenos admirativos, pues por fortuna no se lanzan a producir, contentándose con concurrir a toda manifestación que juzguen *artística*. Son, por supuesto, gentes de gustos medianos, que se entusiasman con Tina di Lorenzo y Mimí Aguglia; y cuyas lecturas se orientan por el gusto de Carlos en el sentido de la novela realista francesa. En general, no tienen personalidad marcada en ningún sentido, y de ninguna cosa medianamente difícil (cuestiones sociales, políticas, mucho más las intelectuales) se atreven á opinar sino apoyando opiniones ya expresadas. En política mexicana, por supuesto, todos tienden al opositorismo y aun al *reyismo*. No sé si esta unificación de pareceres y de modestias ha sido causada por la larga influencia de Carlos y Luis, á la cual se suma la de Marcelino Dávalos, cuando éste se halla aquí: tres influencias que concurren en el mismo sentido, exclusivismo en la literatura realista y aplauso indiscriminativo á la música alemana y á toda música que no caiga en la *populachería* de la ópera italiana, antigua y contemporánea.⁷⁶

Era, pues, un grupo de aficionados con gustos y criterios estrechos y superficiales. En la reunión estuvo José Escofet, que hasta cierto punto era parte del grupo de González Peña, Castillo Ledón y Dávalos. A Escofet, lo encontró “libre de cierto prejuicio anti-hispano-americano que antes *pervadía* todo su hablar.” Luego hacía comparaciones. Escofet tenía menos talento que Carlos, “ó tal vez menos capacidad para el trabajo sostenido”, pero su gusto era más amplio. El mejoramiento de carácter que veía en Escofet provenía, según Pedro, de la libertad en que se hallaba debido a que su familia (mujer, hija y suegra) se encontraba en España.

Enseguida se ocupaba de Dávalos, quien gozaba “poco prestigio entre la juventud exigente de México (Gómez Robelo, Acevedo, Caso, y demás)”, es decir, el grupo de Henríquez Ureña. Tiene el defecto “de ser una de esas gentes que ‘hacen de todo’: pinta, canta, toca el piano, compone música, hace versos, recita, escribe cuentos, estrena dramas... Y no vive de ninguna de estas habilidades.” La misma decoración desordenada de su casa evidenciaba ese defecto. La reunión fue sostenida por Dávalos, Fernando González Peña (hermano de Carlos), que tocaba y cantaba, y el mismo Pedro. El centro de ovaciones era siempre Dávalos.

Canta mal, mucho peor que Fernando González; su recitación es conocida por cursi entre las amistades que no lo admiran; pero en realidad sus aptitudes histriónicas son buenas, y su recitación sería agradable si no cayera con frecuencia, en los pasajes delicados ó patéticos, en la

⁷⁶ Entrada del 25 de agosto 25, *Ibidem.*, pp. 140-141.

afectación y el afeminamiento: quiere ser realista, y su realismo del sentimiento es cursi. En lo demás se le puede oír con agrado, por la naturalidad bien estudiada.

Henríquez Ureña juzgaba que tal vez el género que más convenía a Dávalos era la poesía. Con dedicación a un género de “poesía artificiosa” podría convertirse en un “reflejo estimable de Tablada”. Claro que éste no ha hecho gran cosa, pero ya es “un temperamento hecho para el buen gusto, capaz de todo refinamiento, y al mismo tiempo incapaz de hacer *obra* por culpa suya y del medio.” En su ambivalente juicio, Henríquez Ureña valoraba el empeño de Marcelino, dada su extracción humilde: “á pesar de las desventajas sociales é intelectuales que todavía previenen á muchos contra Marcelino, éste ha trabajado como pocos y, si no le aceptan los jóvenes refinados, ha logrado grande estimación entre las *gentes* respetables, consagradas, de no muy buen gusto, pero de prestigio popular.” Se refería a personas importantes como Federico Gamboa, López Portillo, Salado Álvarez, Rafael de Alba, etc.

A principios de septiembre hubo otra reunión en casa de Marcelino Dávalos. Asistieron Carlos y Fernando González Peña, Escofet y Luis Castillo Ledón. Marcelino leyó un cuento de su autoría, ambientado en Quintana Roo, “no muy bien escrito, pero sí animado: da idea de la extraña vida que se hace en aquella región de indios en lucha contra soldados y de destierro para los que el Gobierno quiere castigar.” Ahora Pedro consideraba el cuento como el género adecuado para Dávalos, pero él quería seguir siendo “poliartista”.⁷⁷

En cuanto a su libro, la opción editorial que finalmente se concretó, gracias a las gestiones de García Calderón, fue Ollendorf, empresa parisina que editaba una colección de escritores hispanoamericanos. El 9 de septiembre, Pedro escribía en su diario: “Recibí carta de García Calderón [...] diciéndome que la casa Ollendorff está de acuerdo en publicarme un libro, sin pagármelo, pero sin cobrarme nada tampoco. Voy á reunir ya los artículos, pues solo puedo ahora hacer libros á pedazos.”⁷⁸ Era un buen trato, no tendría que abonar dinero, recibiría un cierto número de ejemplares y, sobre todo, se materializaría por fin el libro. Esto, a pesar de la insatisfacción de armarlo “a pedazos”.

En lo personal, Pedro había llegado a un plan que conciliaba algunas de las alternativas posibles, privilegiando una en el corto plazo: viajar a Europa. Su padre le había escrito que se

⁷⁷ Entrada del 9 de septiembre, *Ibidem.*, p. 144.

⁷⁸ Entrada del 9 de septiembre, *Ibidem.*, p. 144. El dato sobre la casa editora Ollendorff, en la nota de Enrique Zuleta Álvarez que acompaña este pasaje.

trasladara a Cuba por un tiempo para que sirviera de influencia a su hermana Camila, a quien pensaba mandar por unos meses a La Habana para que conviviera con sus hermanos Max y Francisco. Pedro se rehusó.

he decidido irme á Europa á principios del año próximo, para lo cual estoy ya reuniendo el dinero necesario, y después de un año o más que pase allá, regresar á Santo Domingo. Ya había dicho á mi padre que me parece aceptable la proposición que se le hace de aceptar la Rectoría del Instituto Profesional de Santo Domingo, porque así podrá trabajar poco y la familia volverá al país, que ya está en paz; y por último, al cabo de un año yo me les reuniría. Ir á la Habana ahora sería incurrir en gastos que me harían retardar mi viaje á Europa, y, por lo tanto, mi regreso á Santo Domingo.⁷⁹

Pensaba cerrar en 1910 su ciclo de experiencias en México. El 12 de septiembre Luis G. Urbina le reiteró la oferta laboral, pero ahora con un sueldo menor. Había que “hacer economías”, así que ya no serían 200 sino 150 pesos mensuales. “De todos modos, aunque el trabajo sería tanto como el que ahora tengo, al fin y al cabo sería verdaderamente literario, y no había de ser la misma tiranía de las horas.” Veremos, atajaba, “si no es uno de tantos espejismos.” De concretarse, esto le permitiría ahorrar para una estancia más prolongada en Europa.⁸⁰

Mientras tanto continuaba sus labores cotidianas en la compañía de Seguros y ya había sacado tres lunes de la página literaria de *El Antireeleccionista*. El mismo día en que habló con Urbina, encontró a José María Lozano en el Café Inglés. Lozano había sido muy cercano en los tiempos de la manifestación Barreda y por un tiempo pareció integrarse al grupo de la Sociedad de Conferencias. No había hablado mucho con él desde que se había “pasado” del *reyismo* a las filas de la reelección. El abogado le habló de algunas lecturas y luego le hizo “justificaciones políticas”, declarando que no veía “promesas de gobierno sino en los mismos que ahora están junto á Porfirio Díaz”. Además, expresó deseos de “mexicanizar” a Pedro. “¡Curiosa actitud!”, exclama este. “No es el primero que desea arraigarme; los otros amigos, los más íntimos, vienen diciendo lo mismo desde hace dos años; pero no han hecho un solo movimiento eficaz.”⁸¹

Ocurrieron las fiestas patrias, sin disturbios y con mucha soldadesca por las calles. Volvió a la casa de Valenzuela, donde ocurrió aquel desencuentro con Enrique Escobar, en quien no tuvo empacho de aplicar su filo. Ejemplo de talento desperdiciado por falta de carácter y disciplina,

⁷⁹ Entrada del 6 de septiembre, *Ibidem*, pp. 143-144.

⁸⁰ Entrada del 13 de septiembre, *Ibidem.*, pp. 144-145.

⁸¹ *Ibidem*, p. 145. La discusión con Enrique Escobar se refiere en el capítulo 6.

“verboso de imaginación tartarinesca, de percepción clara y rápida, á quien la falta de método y de perseverancia han convertido en mero hablador barato”, no renueva su “traje intelectual” desde hace dos o tres años, etc. Esto lo llevaba a una reflexión general de la que sólo se salvaban dos amigos. “Es incalculable la cantidad de talento que se pierde entre nosotros. Aquí en México, á la verdad, sólo conozco, aparte de Alfonso, un joven laborioso: Carlos González Peña. Los que antes me daban idea de perseverancia y estudio, como Acevedo, Caso y uno que otro más, no aprovechan ni la mitad de lo que pudieran hacer.”⁸²

Uno que otro más, como Ricardo Gómez Robelo, antes muy admirado por Pedro y que se había ido a vivir a Chilpancingo, muy probablemente a raíz de sus problemas en los juzgados de Belén. O como Rubén Valenti, que iba en picada en las evaluaciones de Pedro. El 19 de septiembre asistió al Teatro Virginia Fábregas con este amigo, quien concurría a los teatros “por ver más las mujeres que las obras dramáticas”. Valenti le habló de su idea de publicar un libro de cuentos, “como si no fuera ya suficiente el haber publicado los desdichados *Poemas amatorios*”. Le pesaban a Pedro estas confidencias, porque sentía un deber de corrección.

No comprendo cómo nadie se atreve á advertirle á Rubén que ya es tiempo de que abandone la literatura imaginativa. Lo cierto es que yo, probablemente uno de los amigos que tienen con él más intimidad, dentro de la intimidad relativa que con él cabe, no me he atrevido. Habla él con tanta seguridad de su literatura... Durante algún tiempo creí que optaría por escribir sobre asuntos serios, y ciertamente cuando lo conocí, era uno de los individuos de más claro razonar en México, aunque con frecuencia se dejaba llevar de los impulsos anarquistas.

Valenti fue quien llamó la atención de Pedro y Antonio Caso sobre las nuevas tendencias filosóficas. Tenía la desventaja, según el dominicano, de escoger mal sus temas, como demostró su primera conferencia sobre la “Evolución de la crítica”, asunto que no dominaba, y la segunda, demasiado general (“Ciencia, arte y filosofía”), que finalmente no dio.

Pero de un año á esta parte ya no lee; solamente escribe literatura de imaginación, y habla de política y de *gentes*. Tiene momentos de rareza; para mí, hay en él un desequilibrio mental producido por su larga lucha en la capital por ascender hasta la posición desahogada de que hoy disfruta; acaso tiene algún hábito pernicioso (tengo sospechas de que gusta del éter); pero lo raro es que á veces está exaltadísimo, divagador, intratable, y en otras ocasiones está lleno de perspicacia y de ingenio. Es típica su actitud en la política: unas veces vocifera (antes contra el

⁸² Entrada del 17 de septiembre, *Ibidem.*, pp. 145-147.

gobierno, últimamente contra los opositores, dada su filiación “reeleccionista”), otras discurre como si se tratara de la política europea. Anoche, salvo su alusión al libro de cuentos, estuvo tratable.⁸³

El viernes 24 de septiembre volvió a casa de Carlos Pereyra para dejar un ejemplar de *Rufinito* enviado por su autor, el dominicano Federico García Godoy. Lo atendió su esposa, la poeta María Enriqueta, pues Pereyra estaba ya en los Estados Unidos. María Enriqueta, como intelectual, no era muy apreciada por Pedro y algunos otros del grupo, pero en esta ocasión su conversación le fue muy agradable y sugerente. Le platicó que Carlos le escribía todos los días, que ella tenía miedo al mar, no le gustaba viajar, etc.

Protesta ella de cuando en cuando ser inculta, y en realidad no tiene afectación alguna; á veces dice cosas interesantes: “No me muevo de la casa –declaraba-, más aún, ni siquiera me muevo gran cosa dentro de ella; no paso de las habitaciones interiores; la sala y el jardín los veo poco. Algunas personas me dicen que eso no es vida. Pero es que se figuran que estoy inactiva. Inactiva, corporalmente, sí; pero siempre estoy leyendo, pensando, escribiendo... No muevo los piés, pero con la cabeza viajo tánto... Hasta creo que corporalmente me aprovecha, pues ya ve V. que esta vida sedentaria no impide que mi salud sea buena.” –¿Y no le gustaría á V. viajar realmente? –le pregunté. –Sí... mejor dicho, me gustaría haber viajado; como yo vivo más de recuerdo que de presente ó de esperanzas, todo lo saboreo recordándolo; la misma música es para mí un placer retrospectivo.⁸⁴

Hubo otra reunión en casa de Marcelino Dávalos. En esta ocasión, José Escofet leyó un drama suyo, que Pedro consideró superior a las obras de Dávalos. Es “todo un drama psicológico”, bien desarrollado aunque con “demasiada *literatura*”. Con unos arreglos, que Pedro indicaba en pocas palabras, la obra podría salir “*redonda*”.⁸⁵ Por la mañana de ese día, 28 de septiembre, había sido suprimido *El Antirreeleccionista*. En los días siguientes Pedro fue anotando lo que ocurría al respecto, preocupado por la suerte de los compañeros y por la propia, pues podría no estar exento de persecución.

Asistió la noche del 29 de septiembre al concierto anual de los discípulos del pianista Luis Moctezuma, sorprendiéndose por el programa (conciertos para piano y orquesta de Beethoven,

⁸³ Entrada del 20 de septiembre, *Ibidem.*, pp. 147-148.

⁸⁴ Entrada del 25 de septiembre, *Ibidem.*, p. 149. Este es uno de los escasos pasajes en que Henríquez Ureña se ocupa extensamente sobre mujeres mexicanas. Asimismo es una muestra valiosa de cómo habrá sido la vida de una mujer ilustrada y de clase acomodada en la época.

⁸⁵ Entrada del 29 de septiembre, *Ibidem.*, p. 150.

Chopin y Rubenstein). Mientras escuchaba, Pedro se dejó llevar por un deleite de abstracción: “Quizás por lo inesperado del programa, además del valor de las obras, lo escuché con singularísimo deleite. Acaso también los problemas humanos que en este momento me intriga observar y juzgar, los sentía reducirse á sus elementos esenciales y traducirse á aquella música trascendental, llena de conflictos espirituales.”⁸⁶

Unos compañeros antirreeleccionistas eran liberados, otros se escondían. Pedro se encontraba con los amigos corralistas García Naranjo, Valenti e Hipólito Olea. Fue de nuevo a un concierto de música y al estreno de la obra de Marcelino Dávalos *Jardines trágicos*. Es un desastre, anotaba, y sin embargo “hay allí drama; drama difícil, y, por lo tanto, imposible para Marcelino”. Los “catecúmenos” estuvieron, por supuesto, alborozados, “y aun Carlos (que antes me había confesado las faltas de la obra) se entusiasmó. Sólo Escofet y yo fuimos inmunes á la seducción de la amistad y al delirante entusiasmo del público.”⁸⁷ Mirada severa la de Pedro, de crítica permanente. No había que dejarse llevar por el fácil entusiasmo y la inercia de la amistad, sino mantener en todo momento la exigencia.

Ignacio Galván, hermano de Fernando Galván (colaborador de *El Antirreeleccionista* que estuvo preso por un corto tiempo), iba como Cónsul a Europa e instó a Pedro a irse con él, “como canciller”. Prometía arreglarlo todo. “Sería curioso...”, anotaba el dominicano sobre la proposición que resultó volátil. “Es increíble que tantas gentes piensen *ayudarme*, y nadie lo realice”, se quejaba una vez más. Se le decía que la propuesta de Urbina era segura, pero que había que esperar todavía.⁸⁸

Después de mes y medio de haber recibido la carta de García Calderón, Pedro terminó de organizar el material de su libro y lo envió el 25 de octubre. Escogió el título “Horas de estudio”, al que le daba el mismo sentido que “Días alciónicos”. Descartó éste porque “resultaba confuso para la ignorancia del público.”⁸⁹

El trabajo en “La Mexicana” lo dañaba. “Estoy mal de la vista”, escribía el día 26, refiriendo un dolor, al parecer nervioso, en el ojo derecho. “El Dr. Carreón, médico de ‘La Mexicana’, lo atribuye al trabajar de día con luz [artificial]. ¡Naturalmente! Y todavía nada se

⁸⁶ Entrada del 30 de septiembre, *Ibidem.*, p. 151.

⁸⁷ Entrada del 6 de octubre, *Ibidem.*, p. 153.

⁸⁸ Entrada del 6 de octubre, *Ibidem.*, p. 153.

⁸⁹ Pedro a Max, ciudad de México, 25 de octubre de 1909, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 536.

arregla para que pueda yo salir de este trabajo.” Se había abierto, fugazmente, otra oportunidad. Una joven, Adelina Vásquez Schiaffino, a quien había conocido como traductora literaria en *El Diario*, lo recomendó con el licenciado Luis Gorozpe, “que quería emprender ciertos estudios técnicos de agricultura y deseaba quien le tradujera de inglés y francés, prometiendo hasta llevar á Europa al empleado.” Estuvo a verlo, Gorozpe le dijo que aplazaba sus proyectos, que eliminaba el viaje a Europa y que no se haría nada antes de dos meses.⁹⁰ Terminaba ese día bastante maltrecho física y moralmente.

El día 27 Pedro recibió en el trabajo una llamada telefónica de Alfonso. El general Bernardo Reyes había llegado a la ciudad y marcharía a Europa. Poco después llegaron a las oficinas ejemplares de las hojas que se repartían en las calles invitando a la manifestación que iría a saludar al general. Tres centenas de simpatizantes se congregaron por la prima noche, en la séptima de las Flores, para vitorear a Don Bernardo,⁹¹ que ya había aceptado su suerte política. Por otro lado, ese día por la mañana, en Cuernavaca, moría Hipólito Olea.

La noticia de la muerte de este joven abogado fue lamentada por los periódicos, incluso por los que habían recibido sus dardos. Henríquez Ureña, para sí mismo, fue despiadado. “Hace un año se hubiera hablado mejor de él; aunque nunca se hubiera hablado muy bien”, escribía, “pues su palabra grotesca y grosera no agradaba, defendiera la causa que defendiera. Al convertirse al re-eleccionismo, sumó, al odio de los católicos tantas veces insultados por él, el de los reyistas.” Incluso en *El Imparcial* no se le quería pero se hablaba de él por compañerismo de causa. Hipólito vivía “ilusionado” en el círculo del “grupo Belem”, los “abogadillos” encabezados por José María Lozano. Siempre que hablaba en los juzgados ante “el populacho”, lo que era muy frecuente, se le aplaudía mucho.

En realidad, Hipólito no tenía mucho talento, ni siquiera palabra fácil, pues sus discursos *importantes* eran aprendidos de memoria. Se hizo notorio porque lo empujó su grupo y él se empeñó en *subir*, no importa por qué medios. Si la enfermedad le hubiera permitido ir á Europa, á estudiar criminología en Italia, como pensaba, acaso hubiera podido ser elemento útil. Sin embargo, moralmente Hipólito era todo lo contrario de lo que parecía como orador. No era

⁹⁰ Entrada del 26 de octubre, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 155.

⁹¹ *El País*, 28 de octubre de 1909, p. 1.

intemperante, sino tolerante con los amigos; no era audaz sino tímido é irresoluto; no era ambicioso, sino desprendido. ¡Lo que pueden las influencia!⁹²

Completemos la semblanza con el testimonio de Nemesio García Naranjo, amigo íntimo de Hipólito Olea desde sus tiempos en Jurisprudencia. Nemesio lo invitó a integrarse al periódico *El Debate* e Hipólito aceptó gustoso, pues para él la política era “una diversión, un juego de niños”. Los improperios de la campaña del diario le resultaban travesuras. Para García Naranjo el amigo era un romántico apasionado.

Hipólito tenía todas las cualidades y todos los defectos que se requieren para ser popular en el estudiantado. Inteligencia clara, carácter jovial, espíritu vivo y ligero, elocuencia ruidosa y plebeya y una disposición perenne para gozar la vida con la mayor intensidad posible. Sabía aprovechar el tiempo en las bibliotecas, y sabía también perderlo en la alegría efímera de una juerga. Era de los primeros en la clase, el primero en los alborotos estudiantiles y el primerísimo en cualquier francachela. Era en síntesis, uno de aquellos románticos que saboreaban con el mismo deleite, un buen libro, una copa de vino espumoso, o el beso apasionado de unos labios bellos.⁹³

Olea se acercó a los juzgados de Belén donde hizo una carrera rápida y brillante como abogado litigante. “El salón de jurados del Palacio Penal era en aquel tiempo, la mejor escuela de oratoria con maestros como Diódoro Batalla, Jesús Urueta y José María Lozano; y en esa escuela se inscribió Olea para realizar el milagro de formarse un nombre nacional a la edad de veinte años.”⁹⁴ Padecía de tiempo atrás una lesión en los riñones que no quiso atender. Junto con otros amigos, Nemesio lo acompañó durante su agonía.

Aquel jueves 27 de octubre se fundó el Ateneo de la Juventud. Pedro hizo largas anotaciones, pero en las siguientes semanas no le vio futuro al proyecto, sobre todo, según él, por la desatención de Antonio Caso. El día 2 de noviembre, que era de asueto, tuvo que trabajar media jornada. Anotó para su diario que nada se había arreglado todavía para cambiar de empleo. “No he podido mejorar de la vista y tengo que soportar esto y la incómoda posición que me obliga á adoptar el escribir en máquina.” Comentaba la pugna que había entre el periódico

⁹² Entrada del 27 de octubre, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 155-156.

⁹³ García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, La serpiente emplumada 10, Factoría Ediciones, México, 1998, pp. 118 y 116.

⁹⁴ *Ibidem.*, p. 117.

Actualidades, en donde él publicaba crónicas sin pago, y los diarios de Reyes Spíndola, así como el ataque que recibió del poeta José de Jesús Núñez y Domínguez en un artículo.⁹⁵

Pasaron tres semanas, y por fin, el 19 de noviembre, se arregló el empleo ofrecido por Luis G. Urbina para elaborar la *Antología del Centenario*. Le pagarían 150 pesos mensuales, cantidad mayor a la que recibía en *La Mexicana*. En el proyecto estaría también Nicolás Rangel, escribía Pedro, “que dizque es bibliófilo”.⁹⁶ Poco después, *El Imparcial* publicaba en su primera plana la noticia de la preparación de la “Antología del Centenario”, a cargo de Luis G. Urbina, con la colaboración de un “joven literato dominicano, don Pedro Henríquez Ureña, y el bibliógrafo señor E. Rangel”. El proyecto es importante, decía el diario, porque “actualmente no tenemos una antología de nuestros poetas”, sino sólo fragmentos de la obra de los escritores de los últimos cien años.⁹⁷ Como se ve, el veto contra Henríquez Ureña en *El Imparcial* pasaba a segundo término tratándose de un importante proyecto oficial.

La Patria publicó un artículo de Gregorio Ponce de León, quien advertía que el proyecto debería hacerse sin prejuicios y animadversiones, “dejando aparte la ya sistemática costumbre de no colocar en las páginas antológicas las producciones que no respiran en el mismo ambiente estético de la Secretaría de referencia.” Reconocía, no obstante, la competencia literaria de Urbina y sus dos colaboradores. Se debe revisar, señalaba, las publicaciones periódicas, ya que muchos escritores no publicaron libros. Esto precisamente harían los tres antologadores. Por último, aunque creía suficiente el tiempo con que se contaba (diez meses), consideraba que eran pocas las personas empleadas. Se podría simplificar el trabajo incluyendo a otros más.⁹⁸ En efecto, la tarea parecía excesiva para un equipo tan pequeño. El proyecto del Ministerio de Instrucción Pública era de largo aliento; para los festejos del Centenario estarían listos los dos primeros tomos, concernientes al periodo de 1800 a 1821.

En la corta entrada del 30 de noviembre en su *Diario*, Pedro escribía: “Mañana dejaré por fin el trabajo de ‘La Mexicana’ ”. Por la tarde del primero de diciembre, después de mucha labor,

⁹⁵ Entrada del 2 de noviembre, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 157-158.

⁹⁶ Entrada del 19 de noviembre, *Ibidem.*, p. 158-159. Nicolás Rangel, había nacido en León, Guanajuato, en 1864. Además de ser amigo cercano de Luis G. Urbina, había estado muy cerca del grupo literario y bohemio de la *Revista Moderna*, a principios del siglo. http://www.acadmexhistoria.org.mx/miembrosANT/res_nicolas_rangel.pdf, consultado el 7 de marzo de 2013.

⁹⁷ “Una antología de nuestros poetas”, *El Imparcial*, 23 de noviembre de 1909, p. 1.

⁹⁸ “Centenario de la Independencia, La literatura Nacional y el”, Gregorio Ponce de León, *La Patria*, 25 de noviembre de 1909, p. 4.

entregó su sección de Siniestros en la compañía. Al ir a su nuevo trabajo, dice con excelente ánimo, “me ha parecido que no trabajo realmente. ¡Cómo que una labor del propio género no nos parece trabajo!” “Estoy en el periodo de independencia, y tengo que echarme á costas el *Diario de México* desde 1805 hasta 1816”.⁹⁹ Interrumpió entonces su diario, para retomarlo en marzo de 1910.

El libro

Pedro había enviado su libro a París. No estaba muy satisfecho, pues habría querido publicar material nuevo y original, una *obra* como un todo armónico. El resultado, no obstante, expresaba una visión sólida y coherente sobre distintas áreas intelectuales.

Organizó su libro finalmente en cuatro secciones. La primera, “Cuestiones filosóficas”, incluía los dos artículos escritos sobre las conferencias de Antonio Caso, “Nietzsche y el pragmatismo” y “La sociología de Hostos”, primera parte del largo ensayo “Sociología” de su primer libro. Aunque disímiles, estos materiales tenían unidad de conjunto. Se trataba de ensayos en los que exploraba, con multitud de lecturas, la situación de las corrientes filosóficas contemporáneas y, sobre todo, lo hacía con un criterio personal. Henríquez Ureña dispuso las “Cuestiones filosóficas” como primera sección, porque la consideraba la más fuerte y porque el pensamiento filosófico, para él, era el mayor nivel intelectual al que se podía aspirar.

Sobresale su decisión de incluir a Hostos, pensador tenido por positivista, aunque heterodoxo. Había en ello una exigencia moral, debido a la importancia que el puertorriqueño había tenido para su patria y su familia. Sus teorías sociológicas tenían aspectos muy discutibles,¹⁰⁰ pero se trataba de uno de los pocos desarrollos filosóficos originales en América Latina. Lo central era el tipo de intelectual que Hostos representaba y que era menester difundir y defender. El ensayo comienza señalando: “Antes que pensador contemplativo, Eugenio María de Hostos fue un maestro y un apóstol de la acción, cuya vida inmaculada y asombrosamente fecunda es un ejemplo verdaderamente *superhumano*.”

⁹⁹ Entradas del 30 de noviembre y el 1° de diciembre, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 159.

¹⁰⁰ Antonio Caso asumiría la tarea crítica sobre Hostos un año más tarde.

La segunda sección abrazaba la línea más amplia y constante de sus estudios: “Literatura española y americana”. Agrupaba su conferencia de 1907 sobre José María Gabriel y Galán, retomaba su “Rubén Darío” del primer libro y justo después “El verso endecasílabo”. Estos dos ensayos estaban emparentados temáticamente y también en el método, la erudición, entendida como estudios exhaustivos, de técnica rigurosa, investigaciones personales y originales.

Bajo el título general “De mi Patria”, agrupó: “La catedral”, artículo breve de denuncia cultural y que en su momento pareció no tenerle mucha estima; el extenso ensayo de historia cultural “Vida intelectual de Santo Domingo”; la carta a Federico García Godoy, bajo el título “Literatura histórica”; “José Joaquín Pérez”, artículo retomado del primer libro, y “Gastón F. Deligné”, textos ambos en que se ocupaba de los representantes más importantes, según su criterio, de dos generaciones literarias dominicanas.

La cuarta y última sección, “Varia”, incluyó textos relativamente cortos, que si bien no se pueden definir como “pedazos”, sí carecían de una organización unitaria. “El espíritu platónico” y “La moda griega” recogían sus puntos de vista sobre los temas griegos, sintetizando en el primero su visión sobre el modelo intelectual platónico (expresión estética, profundidad de ideas y el carácter de la templanza). “El exotismo”, con sus análisis y advertencias sobre las tendencias de superficialidad en la literatura. El duro artículo sobre “Clyde Fitch”, donde se explayaba sobre el momento actual del teatro estadounidense. “La leyenda de Rudel”, renombrado artículo de crítica sobre una obra de Ricardo Castro, en el que, como en la carta a García Godoy, se manifestaba en contra de la idea de que para hacer arte propio se tuviera necesariamente que usar elementos indígenas. Por último presentaba dos textos escritos al calor de las batallas de la juventud mexicana: “Conferencias”, entusiasta publicidad sobre las actividades del grupo de jóvenes en 1907, y “Barreda”, discurso pronunciado “el día histórico” en que estos nuevos intelectuales habían asumido papel protagónico en defensa de la educación.

Todo el material, a excepción de “Vida intelectual de Santo Domingo”, ya había sido publicado en revistas y periódicos; tres ensayos provenían del primer libro, *Estudios críticos*. Pedro había reflexionado mucho la selección, de acuerdo con sus principales intereses y líneas de estudio: las cuestiones filosóficas, la literatura española e hispanoamericana, la literatura y la historia cultural de su patria, y un muestrario representativo: los temas griegos, la crítica artística y las actividades de su grupo intelectual mexicano.

En su primer libro el modernismo tenía un peso muy importante (“D’Annunzio, el poeta”, el largo ensayo sobre la poesía cubana, “Ariel” y “Rubén Darío”), así como la literatura inglesa (sus ensayos sobre Wilde, Pinero y Bernard Shaw), la música y la ópera (Richard Strauss, la ópera italiana, la obra *Parsifal* de Wagner). Estos temas y áreas no habían dejado de interesarle y seguían siendo elementos importantes en su vida. Pero no tenían la preeminencia anterior. La filosofía, los temas griegos y la literatura española se colocaban en primer lugar.

Henríquez Ureña se había decidido a publicar un libro a finales de 1907. Fue un largo proceso en que dio muchas vueltas al asunto, buscando editorial, manejando esquemas, títulos, tratando de hacer un cuerpo orgánico con textos diversos. No estaba por completo a la altura de sus exigencias, pero lo consideró lo suficientemente bueno para ofrendarlo bajo el auspicio de los “Días alciónicos”, los días templados y tranquilos de profundo trabajo intelectual. Por eso abre su libro con aquel texto publicado a principios de 1908, dedicado a la dupla platónica (Alfonso, el poeta; Antonio, el filósofo). Añadió unos párrafos dedicados a Leonor Feltz, fechados en octubre de 1909, es decir, cuando Pedro resentía su mala situación personal, laboral y física.

¡Cuán largo ha corrido el tiempo, amiga y compatriota, desde que, alejándome de nuestra tierra, abandoné la familiar reunión y las lecturas de vuestra casa! A la vida exclusivamente intelectual que llevé antes, ha sucedido larga y variada experiencia de gentes y países, de ideas y de cosas; distancia y años parecen haber impuesto pausas en nuestra correspondencia; y tal vez pensáis que se nubló ya en mí la memoria de los viejos días...

No era así y las páginas del libro debían atestiguarlo. Pedro recuerda cómo Leonor, “predilecta hija intelectual de mi madre”, fue transmitiéndoles a Max y a él su perspicacia y su saber, mediante un trato cordial y libre. “Vuestro amor a la solidez intelectual, vuestro don de psicología, vuestro gusto por el buen estilo ¿no habían de orientar nuestras aficiones?” Esa fue una época decisiva para mí, refrendaba Pedro, aunque mis temas ya son otros. Entonces no se hablaba de pragmatismo, Bergson, Bernard Shaw, la crítica de Mauclair o la nueva literatura española. “Pero vuestra influencia ha seguido presidiendo a mis horas de estudio.”

Y aquí tenéis su fruto. ¡Ah! Mi vida también es otra. La adolescencia entusiasta, exclusiva en el culto de lo intelectual, taciturna a veces por motivos internos, nunca exteriores, desapareció para dejar paso a la juventud trabajosa, afanada por vencer las pasiones ambientales, los círculos de hierro que limitan a la aspiración ansiosa de espacio sin término. Antes tuve para el estudio todas

las horas; hoy sólo puedo salvar para él unas cuantas, las horas tranquilas, los días serenos y claros, los *días alcióneos*.

Y esta labor de mis *horas de estudio*, de mis *días alcióneos*, va hoy a recordaos todo un año de actividad intelectual que vos dirigisteis y cuya influencia perdura; va hacia vos, a la patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y de sus anhelos no comprendidos.¹⁰¹

Recordaba a Leonor, a su madre y a su patria. Recordaba todo un año, el 1900, de días de estudio, lecturas y conversaciones en el seno de la amistad. En México, de manera diferente, había recobrado esa experiencia. En los párrafos resuena la conciencia de su condición: hijo de una patria pequeña, ignorada y atribulada una y otra vez por las luchas fratricidas, donde, sin embargo, pervivían los anhelos de cultura; extranjero que vivía de un trabajo de oficina, que sabía de su valer y de todo lo que podría lograr si tuviera mejores condiciones materiales. El libro recogía los frutos de sus horas de estudio. Quedarían en el camino otros libros imaginados, aquellos ensayos sobre temas griegos, sus “Estudios antiguos” y “Estudios modernos”.

Las “horas de estudio” eran los “días alcióneos”, los días tranquilos y serenos en que el ejercicio de la inteligencia tiene espacio amplio. Pero horas de estudio, en la vida de Henríquez Ureña, eran casi todas las horas. En las visitas sociales, en los teatros, en los conciertos, en la lectura, en la escritura y en la publicación, en las redacciones de revistas y periódicos, a la hora de escribir largas cartas a Reyes y a Max, en los momentos en que se ocupaba de sus *Memorias* o de anotar en su *Diario*. La mente funcionaba sin descanso. Escéptico activo, siempre analizando, evaluando, Henríquez Ureña trataba de discernir en las personalidades, en las obras, en las realidades colectivas. Un hombre de teorías, como señalaría Julio Torri. Esto es, un hombre en quien es práctica cotidiana, parte integral de su forma de ser, el proceso reflexivo de abstraer el significado de lo que ve y lo que percibe.

Para Henríquez Ureña, después de muchas penurias, era bueno el fin de año de 1909. Gracias a su nuevo empleo dentro del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, su situación tomó un giro muy positivo. La oportunidad había llegado cuando su ánimo y su salud física estaban bastante deteriorados. No tendría la esclavitud de las largas jornadas de oficina, su sueldo aumentaba y, sobre todo, se trataba de un trabajo de índole literaria, acorde a sus intereses.

¹⁰¹ “Días alcióneos”, en *Obra crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, p. 51.

Ahora resultaba más factible ahorrar para su viaje a Europa o iniciar los estudios profesionales. A principios de diciembre, su padre le escribía sobre los inconvenientes de su plan para ir a Europa, insistía en la idea de conseguir una pensión del gobierno dominicano y en que, si no era segura una estadía larga en Europa, se trasladara a Cuba. Ahí, le decía, pronto tú te harías notable y podrías ser catedrático, uniendo fuerzas con Max.¹⁰² Sin embargo, con la mejoría de su situación en México, la idea de retornar al Caribe volvió a desdibujarse.

Habían sido tiempos difíciles para Pedro Henríquez Ureña, como también para otros jóvenes intelectuales (Antonio Caso por su incursión política, Alfonso Reyes por la mala ventura política de su padre). Pero la situación mejoraba. Estaba en vías de materializarse su segundo libro y tenía un trabajo más a la altura de sus expectativas.

Su nuevo empleo estaba comprendido dentro de uno de los proyectos para celebrar el Centenario del inicio de la Independencia. El enorme empeño del gobierno de Porfirio Díaz para reforzar su legitimidad y hacer de 1910 el año de culminación de su labor progresista abrió, en el campo de la cultura, un sinnúmero de oportunidades. Para los intelectuales habría más empleos, mejores condiciones para realizar iniciativas culturales, mayores momentos para brillar en público. Así se vislumbraba a finales de 1909.

Los jóvenes intelectuales se preparaban para ello. La fundación del Ateneo de la Juventud, como hemos dicho, fue un acontecimiento menor dentro del panorama cultural de la ciudad de México. Insignificante en comparación con los graves y complejos sucesos políticos nacionales. Pero habría de ser grande su importancia al correr del tiempo.

En los años anteriores, desde *Savia Moderna*, los intelectuales en formación asumieron su carácter juvenil y su vocación cultural como elementos centrales de su identidad colectiva, construyéndose hacia adentro y diferenciándose hacia afuera. El grupo amplio, que tuvo en la

¹⁰² Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, Santiago de Cuba, 3 de diciembre, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 544.

Sociedad de Conferencias un núcleo director, había construido un actor social: la “juventud culta y pensante”. Por supuesto no es que antes no hubiera actores colectivos “juveniles”. Los estudiantes, por ejemplo, desde finales del siglo XIX habían dado sus batallas. Pero ahora, el actor social mantenía una labor continuada, aunque accidentada, con una fuerte voluntad de mantenerse y actuar dentro de la esfera pública. Los jóvenes había protagonizado batallas literarias y aún políticas; habían prosperando dentro de las instituciones educativas y culturales, y más recientemente se habían incorporado en las distintas facciones políticas. Se trataba de un actor colectivo cuya identidad estaba bastante perfilada. La “juventud”, como dice Susana Quintanilla, era a la vez un ideal y una realidad,¹⁰³ cuyo carácter contestatario era evidente, siquiera como contraste en un país gobernado por una “gerontocracia”.

Los ateneístas sentían ser la generación llamada a asumir, tarde o temprano, los puestos de dirección y desde ahí continuar la renovación de la cultura y la educación pública. La “juventud pensante” era también “seria”, trataba de asumir las labores del intelecto con todo el compromiso y rigor que ameritaba una profesión. La fundación del Ateneo de la Juventud fue la expresión de esa voluntad de poder cultural.

¹⁰³ “Los muchos ateneos. Genealogía y trayectoria del Ateneo de Juventud”, Susana Quintanilla, *20/10 Memoria de las revoluciones de México*, publicación de Reflejo GM de Medios, S. A. de C. V., n. 5, otoño de 2009, p. 129.

Capítulo 8. Cultura y política rumbo al Centenario de la Independencia

En 1910 se cumplían cien años del inicio de la lucha por la Independencia. Los preparativos se intensificaron a finales de 1909; el gobierno comenzó diversas obras públicas, planeó actos cívicos y culturales, y dio su apoyo a iniciativas de organismos sociales. El ambiente cultural fue avivándose durante 1910, llegando a su punto más alto en septiembre, el mes patrio. Se respiraba una atmósfera de optimismo y confianza. Los ánimos del Centenario reforzaban la legitimidad del régimen, que se empeñó de manera denodada en mostrar al mundo la paz y el progreso logrados en varias décadas. Pero esos ánimos también eran la expresión de una sociedad en movimiento con fuertes anhelos de renovación en el ámbito político.

La situación del país no era buena. Se resentían los efectos de la crisis económica estadounidense de 1907-1908, así como los problemas en la minería, que afectaban fuertemente a los estados del norte de México. La producción de alimentos se redujo a causa de malas cosechas, por lo que el gobierno se vio obligado a crear, a fines de 1909, la Junta de Provisión de Cereales para importar maíz y trigo y comercializarlos a precios bajos entre la población. “En síntesis”, dice una autora, “durante los años 1908-1909 se produjo una marcha atrás en casi todos los renglones de la economía: se debilita la demanda interna y externa, las compras al exterior descendieron de volumen y de valor, y los precios de los productos exportables bajan; el mercado interno se contrae y cae la producción de los principales productos de consumo.”¹

La crisis política continuó durante el año de las celebraciones. A finales de 1909, mientras se concretaba la derrota del movimiento en apoyo al general Bernardo Reyes, la campaña antirreeleccionista encabezada por Francisco I. Madero entraba en su etapa más intensa. La represión fue constante y, a veces, brutal. Ya cerca de las elecciones de julio, se encarceló al candidato opositor y fue aplastada una rebelión popular en Yucatán. El resultado previsible de las votaciones fue la continuidad de Porfirio Díaz con su vicepresidente Ramón Corral, apoyados por el grupo de los “Científicos”.

¹ Georgina Naufal, “Economía mexicana en la primera década del siglo XX”, en Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé (coordinación e introducción), *Revista Moderna de México. 1903-1911. II. Contexto*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002, pp. 70-71.

El panorama era ambivalente. Se confiaba en la modernidad y el progreso, pero a la vez seguí latiendo la preocupación por las dificultades en la política nacional, alimentada por los descontentos en distintos puntos del país. Los intelectuales se involucraron intensamente en los campos de la cultura y la política, siguiendo sus convicciones y ambiciones. ¿Cómo lo hicieron los jóvenes ateneístas? ¿Cuál fue su participación en los bandos contendientes de la política? ¿En qué actividades rumbo al Centenario se incorporaron? ¿Cómo se desarrolló el Ateneo de la Juventud? ¿Hubo continuidad en los trabajos del “grupo corto”? ¿Cómo vivió esos tiempos Pedro Henríquez Ureña?

Adelantemos que, en la política, los jóvenes se desarrollaron en tres orientaciones: muchos siguieron activamente en la propaganda reeleccionista, algunos participaron en la oposición y otros (la mayoría del “grupo corto” ateneísta) quisieron mantenerse lejos de las disputas. El Ateneo de la Juventud tuvo un primer momento brillante a principios de 1910, aprovechando la visita del intelectual español Rafael Altamira. Después languideció, al menos en su vida pública, para retornar con nuevos bríos pasado el medio año, ya muy cerca el mes de septiembre. Henríquez Ureña, mientras tanto, pudo organizar su vida más de acuerdo a sus intereses; trabajó en la *Antología del Centenario* e inició los estudios de abogacía; junto con otros de sus amigos mantuvo la dinámica de estudios y colaboración intelectual.

I. De octubre de 1909 a marzo de 1910

Los ánimos en el campo de la cultura

A partir de los últimos meses de 1909 se intensificaron las obras públicas y se echaron a andar distintos proyectos culturales por el gobierno y también por iniciativa de organismos sociales. Varias asociaciones de intelectuales, similares al Ateneo de la Juventud, mantenían constancia en sus trabajos.

La Alianza Científica Universal, rama de una organización internacional con comités en París, Bruselas y Buenos Aires, contaba con 150 socios en México, donde era presidida por

Alfonso Herrera y sostenida por el licenciado Gabriel Mancera.² En la Sociedad de Estudios Económicos, que sesionaba regularmente cada mes, Miguel Ramos leyó un trabajo sobre finanzas y Alejandro Quijano otro sobre los trusts.³ En marzo esta sociedad discutió la propuesta de que, como en su homónima con sede en Barcelona, se dieran conferencias públicas y los trabajos de los socios se publicaran.⁴ Entre los miembros destacados de la agrupación estaban los ateneístas Isidro Fabela e Ignacio Bravo Betancourt.

La Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes, con dos años de existencia, ostentaba gran lustre, agrupando a políticos (como Joaquín Casasús y Olegario Molina), gobernadores, obispos y profesores. En diciembre se creó una sucursal en España y se anunció un homenaje simultáneo, en México y en Madrid, al recién fallecido escultor español Agustín Querol.⁵ En enero de 1910 preparaba una sesión elegante en la Secretaría de Hacienda para homenajear a su presidente, el subsecretario de Relaciones Exteriores Federico Gamboa.⁶ En marzo tres ministros extranjeros en México fueron nombrados socios titulares: el Conde Annibale Rebaudi Masiglia, de Italia; Antonio Mutía Rivero, de Cuba, y Jacinto García Sánchez, de Argentina.⁷

La Gran Liga de Abogados Latinos, creada a mediados de 1909 por iniciativa del licenciado Carlos Salinas, presentaba informes, creaba comisiones y aumentaba por decenas sus integrantes, entre quienes se hallaban algunos ateneístas: Alejandro Quijano, Isidro Fabela y Abel Salazar. El primero fungía como uno de los dos secretarios, siendo presidente el lic. Salinas. La Gran Liga hacía gestiones para que los señores Pablo Macedo, Joaquín Casasús, Rosendo Pineda y otros más aceptaran integrar su comité de Patronato.⁸

² *El País*, 13 de enero de 1910, p. 1; *El País*, 15 de enero de 1910, p. 1.

³ *El País*, 11 de enero de 1910, p. 2; *El Tiempo*, 11 de enero de 1910, p. 3; *El Imparcial*, 15 de febrero de 1910, p. 3; *El Tiempo*, 15 de febrero de 1910, p. 3.

⁴ “Sociedad de Estudios Económicos”, *El Imparcial*, 24 de marzo de 1910, p. 5; “Interesantes proposiciones en la Sociedad de Estudios Económicos”, *El Tiempo*, 1 de abril, p. 1. Según el segundo diario, la sociedad tenía cuatro años de existencia.

⁵ *El Imparcial*, 3 de noviembre de 1909, p. 2; *El Imparcial*, 27 de diciembre de 1909, p. 1.

⁶ *El Tiempo*, 18 de enero de 1910, p. 3.

⁷ *El Tiempo*, 3 de marzo de 1910, p.

⁸ Los objetivos del organismo eran agrupar a todos los abogados del país procurar los estudios del Derecho y desarrollar el auxilio mutuo entre sus miembros. Alejandro Quijano era muy cercano a los ateneístas, aunque todavía no figuraba formalmente en el Ateneo de la Juventud. “Gran Liga de Abogados Latinos”, *El Tiempo*, 22 de diciembre de 1909, p. 1; “La Gran Liga de Abogados Latinos”, *El Mundo Ilustrado*, 2 de enero de 1910, p. 10; “Gran Liga de Abogados Latinos”, *El Imparcial*, 24 de febrero de 1910, p. 9.

Los organismos de mayor trayectoria (la Academia de Jurisprudencia, la de la Lengua, la Sociedad Astronómica, la Sociedad “Antonio Alzate” y otros) mantenían su vida normal y empezaron a hacer planes para el Centenario. Por ejemplo, en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, a mediados de marzo, se discutió la realización de una sesión general solemne y otras en honor de Alexander von Humbolt y Cristóbal Colón para el mes de septiembre.⁹

Nacían nuevos organismo, como la Asociación del Magisterio Mexicano, impulsada por Alberto Correa, director general de la Enseñanza Normal en el Distrito y Territorios Federales.¹⁰ En marzo se difundió el proyecto de crear una asociación novedosa: la Sociedad Indianista de México, que con el propósito de mejorar la situación de los indígenas haría estudios sobre las etnias, los idiomas y la arqueología. Se planeaba publicar un boletín quincenalmente y celebrar un congreso cada dos años. El impulsor del proyecto era Francisco Belmar, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación y estudioso de estos temas.¹¹

El sector católico era uno de los más activos. El intelectual español padre Antonio Astráin de la Compañía de Jesús, con auspicio oficial, ofreció varias conferencias que tuvieron mucho éxito. El 7 de enero dio una en el Museo Nacional sobre la labor de los misioneros en el siglo XVI, logrando la concurrencia de católicos, laicos, librepensadores y protestantes.¹² El día 23 estuvo en el Círculo Católico Nacional para disertare sobre la labor apostólica que debería desarrollar esta organización.¹³ El Círculo Católico, creado a finales de 1909 por iniciativa de Gabriel Fernández Somellera, entre otros, realizaba constantes actividades culturales. En marzo acordó organizar una exposición de la industria “netamente indígena” del país para el mes del Centenario.¹⁴

La Asociación de la Prensa Católica Nacional, encabezada por Victoriano Agüeros, presentó una magna propuesta para celebrar las fiestas patrias dentro del culto católico: refrendar el Patronato de la Virgen de Guadalupe con la sociedad mexicana. En el proyecto, donde se resaltaba la importancia del culto a la Virgen de Guadalupe en la historia patria, se consideraba

⁹ *El Tiempo*, 26 de marzo de 1910, p. 5.

¹⁰ “Asociación del Magisterio Mexicano”, *La Patria*, 30 de marzo de 1910, p. 2.

¹¹ “Sociedad Indianista de México”, *El Tiempo*, 21 de marzo de 1910, p. 3; “Sociedad Científica para el estudio de las razas”, *El País*, 20 de marzo de 1910, p. 1.

¹² *El País*, 8 de enero de 1910, p. 1 y 2.

¹³ *El País*, 24 de enero de 1910, pp. 1 y 2; *El Tiempo*, 24 de enero de 1910, p. 1.

¹⁴ *El Tiempo*, 7 de marzo de 1910, p.1.

como el día más oportuno para renovar “la Jura del Patronato” el domingo 4 de octubre, porque entonces sería la festividad de la Maternidad de María Santísima y ya habrían concluido las fiestas profanas. *El Tiempo* presentó en días subsiguientes un caudal de aprobaciones de arzobispos, obispos y demás autoridades eclesiásticas.¹⁵

Por su parte, la Prensa Unida de México, que agrupaba a muchos de los diarios de la capital, empezó a discutir qué actividades realizar para el Centenario. Deliberó sobre qué tipo de publicación debería hacerse en homenaje a los héroes de la Independencia y si convenía convocar a un Congreso de periodistas.¹⁶

Los pintores en la capital se mostraron activos. En octubre de 1909, el ministro Justo Sierra inauguró una exposición de pinturas y esculturas de Elena Mix, Gonzalo Argüelles Bringas y Arnulfo Domínguez. En noviembre Gerardo Murillo hizo una exposición privada a la que concurren amigos cercanos. *El Mundo Ilustrado* lamentó que no fuera accesible al público, pues había trabajos notables entre los 70 paisajes y dibujos, la mayoría realizados en Amecameca.¹⁷ En febrero, como homenaje póstumo, se abrió en la Academia de Bellas Artes una exposición de caricaturas del joven artista Rafael Ponce de León, muerto prematuramente.¹⁸ A finales de ese mes se tenía contemplada otra exposición, también en Bellas Artes, con esculturas de Fidencio L. Nava, pinturas de Alfredo Ramos Martínez y grabados de Emiliano Valadez.¹⁹ En marzo se presentaron las obras premiadas en el concurso anual de Bellas Artes.²⁰

Estos eventos suscitaron múltiples artículos en la prensa. Los pintores eran los artistas que más elogios cosechaban, sobre todo aquellos que estudiaban y obtenían triunfos en Europa (Ángel Zárraga, Alfredo Ramos Martínez, Diego Rivera, Francisco Goitia y Roberto Montenegro). Casi todos ellos retornaron al país en el transcurso de 1910, ya que el gobierno

¹⁵ “Prensa Católica Nacional”, *El Tiempo*, 12 de marzo de 1910, p. 1. El juramento del Patronato Guadalupano databa del 27 de abril de 1737, siendo virrey de la Nueva España y Arzobispo de México Juan Antonio Visaron y Egularreta, según *El País*, “Renovación del Patronato Guadalupano”, 14 de marzo de 1910, p. 1.

¹⁶ “La Prensa Unida de México”, *La Patria*, 9 de marzo de 1910, p. 1; “La Prensa Unida de México”, *La Patria*, 16 de marzo de 1910, p. 1.

¹⁷ En “Revista de la semana”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de noviembre de 1909, pp. 1034 y 1043. Véase también la noticia que da Alfonso Taracena sobre la exposición, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 218.

¹⁸ *El Imparcial*, 2 de febrero de 1910, p. 8; *El Imparcial*, 7 de febrero de 1910, p. 2; “Revista de la semana”, *El Mundo Ilustrado*, 13, febrero, 1910.

¹⁹ *El Imparcial*, 12 de febrero de 1910, p. 4.

²⁰ Cf. “Nuestros artistas. Alfredo Ramos Martínez”, *El País*, 8 de marzo de 1910, pp. 1 y 2; *El Mundo Ilustrado*, el 6 de marzo de 1910; *El Tiempo Ilustrado*, 13 de marzo de 1910, p. 166.

mexicano retiró los apoyos.²¹ Roberto Montenegro fue uno de los primeros, arribando a la ciudad de México el 14 de marzo. Los pintores que regresaban, junto con los que habían permanecido en el país, serían de los actores de mayor interés durante los festejos del centenario.

La inquietud se extendió entre los estudiantes. En la Sociedad de Alumnos de Jurisprudencia tuvieron la idea de realizar un certamen literario (Juegos Florales) para el Centenario. El proyecto fue impulsado por Gastón Solana de Gyves, Julio Fórrey, Carlos Díaz Dufoo jr., Mariano Silva y Aceves (joven muy amigo de Alfonso Reyes, que pronto se integraría al Ateneo de la Juventud), Manuel Flores, Manuel Sierra y Héctor Casasús.²² Otra iniciativa, que tendría mayor trascendencia, fue realizar un Congreso Nacional de Estudiantes. Se contó con la simpatía general y el apoyo monetario del ministro Limantour, el filántropo Gabriel Mancera y el vicepresidente Ramón Corral, entre muchos otros.²³ Casi todos los ateneístas ya se habían graduado, de tal manera que no fueron impulsores de los proyectos estudiantiles.

José Ives Limantour fue personalmente magnánimo con los estudiantes. Además de facilitarles mil pesos para la organización de su congreso, patrocinó la construcción de una Casa del Estudiante, con el fin de ayudar a alumnos pobres en la ciudad de México. El proyecto, que se dio a conocer en diciembre de 1909, permaneció como nota principal durante todo el año de Centenario. Según el historiador Taracena, Limantour cedió el terreno para la edificación de la Casa del Estudiante y ofreció 195 mil pesos.²⁴

A principios de 1910 se dieron los primeros pasos concretos para la constitución de la Universidad Nacional, el proyecto más importante en el ramo de la educación y la cultura. En enero Justo Sierra presentó el proyecto de creación ante el Consejo Superior de Educación, para cuyo estudio se formó una amplia comisión.²⁵ Iniciado el mes de marzo se supo que la sede de la

²¹ Pero también otros se iban. Así, a fines de diciembre, se informaba que el escultor Arnulfo Domínguez viajaría de nuevo a Europa, pero ya no pensionado por el gobierno sino por cuenta propia, *El Tiempo*, 23 de diciembre de 1909, p. 2.

²² “Juegos Florales organizados por la Escuela de Jurisprudencia para el Centenario”, *El Imparcial*, 24 de febrero de 1910, p. 3; *El Tiempo*, 24 de febrero de 1910, p. 1.

²³ “Un Congreso de Estudiantes para el año del Centenario”, *El Imparcial*, 24 de febrero de 1910, p. 9; *El Imparcial*, 8 de marzo de 1910, p.1; *El País*, 23 de febrero de 1910, pp. 1 y 3; *El Tiempo*, 6 de mayo, p. 1.

²⁴ Sobre el lanzamiento del proyecto, véase *El Imparcial*, 11 de diciembre de 1909, p. 1. Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 230.

²⁵ “El Consejo Superior de Educación”, *El Imparcial*, 12 de enero de 1910, p. 1; “La Universidad Nacional Mexicana”, *El Tiempo*, 30 de marzo de 1910, p. 4.

Universidad sería el edificio de la Escuela Normal para profesores, en las calles Primo de Verdad y Santa Teresa, edificio al que se le harían las modificaciones necesarias.²⁶

Los ateneístas y Rafael Altamira

Los jóvenes intelectuales, que ocupaban posiciones en instituciones públicas y organismos de la sociedad, participaron en proyectos e iniciativas rumbo al Centenario. Pedro Henríquez Ureña formaba parte de uno de los planes del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, la formación de la Antología del Centenario. La dirección de otro proyecto recayó en otro ateneísta, Luis Castillo Ledón. A finales de octubre de 1909, en los días en que se fundaba el Ateneo, el Ministerio encomendó a Castillo Ledón, auxiliar del Encargado de Publicaciones del Museo Nacional, hacer el recorrido de la vida de Miguel Hidalgo, desde el lugar de su nacimiento hasta el de su muerte. Acompañado por el fotógrafo Gustavo F. Silva, debía recoger tradiciones, revisar archivos y tomar fotografías. En los meses siguientes los diarios informaron esporádicamente de los avances de la investigación en los estados de Guanajuato, Querétaro y Michoacán.²⁷

Se planeaban varios certámenes literarios y artísticos. La primera gran convocatoria oficial, a cargo de la Comisión Nacional del Centenario²⁸, fue el certamen para elegir un Himno de la Independencia, con un premio de 2 mil pesos. Pero el asunto no marchó bien. El concurso fue declarado desierto en enero de 1910, lo que causó un escándalo en la prensa. *La Patria*, por ejemplo, desestimó el dictamen del jurado y denunció que se había “condenado” a los 126 poetas participantes.²⁹ La *Revista Moderna de México* presentó un artículo de Emilio Valenzuela

²⁶ “La Universidad Nacional”, *El Tiempo*, 4 de marzo de 1910, p. 3. La calle de Santa Teresa lleva hoy el nombre de República de Guatemala; el edificio es conocido actualmente como Palacio de la Autonomía. Cf. “Los edificios de la universidad Nacional en el momento de su apertura”, Guillermo Boils M., en Carlos Martínez Assad y Alicia Ziccardi (coordinadores), *1910: la Universidad Nacional y el barrio universitario*, UNAM, 2010, pp. 75-97.

²⁷ “Las marchas del padre Hidalgo”, *El Imparcial*, 26 de octubre de 1909, pp. 1 y 4. Para las noticias posteriores, *El Imparcial*, 7 de marzo de 1910, p. 2; *El Tiempo*, 8 de marzo de 1910, p. 3; *El Imparcial*, 26 de marzo de 1910, p. 4; *El Tiempo*, 28 de marzo de 1910, p. 3.

²⁸ La Comisión Nacional del Centenario de la Independencia estaba formada por Guillermo de Landa y Escandón, como presidente; Rafael Rebolgar, Porfirio Parra, Romualdo Pasquel, Porfirio Díaz hijo, Ignacio Burgoa y Serapio Fernández, como vocales; José Casarín, como secretario; Fernando Pimentel y Fagoaga y Eugenio Rascón como vocales supernumerarios. *El Tiempo Ilustrado*, 21 de noviembre de 1909, p. 764.

²⁹ “El escándalo del día. El Concurso para el Himno del Centenario y el jurado que condenó á 126 poetas”, *La Patria*, 17 de enero de 1910, pp. 1 y 4. Sobre las noticias del concurso véanse también *El Imparcial*, 24 de octubre de 1909, p. 1; y la edición del 16 de enero de 1910, p. 2.

(“Certámenes o loterías”) en contra de la forma en que se desarrollaban este tipo de concursos y censurando el juicio subjetivo de algunos jurados.³⁰ Ante las críticas, se decidió nombrar otro jurado y relanzar el certamen.

Alfonso Reyes, el ateneísta más joven y ya con mayor tranquilidad una vez resuelto el conflicto político de su padre, estuvo bastante activo. En octubre de 1909 fue designado “procurador” en el ramo de la Estética por la Sociedad de Alumnos de Jurisprudencia.³¹ En diciembre organizó un concurso literario y jurídico, cuyo jurado estuvo constituido por los licenciados Enrique Martínez Sobral y Antonio Caso, así como los alumnos Gastón Solana, Arturo H. Orcí y el mismo Alfonso Reyes. El primer lugar fue para Julio Torri; obtuvieron menciones honoríficas Mariano Silva, José Pereyra Carbonel y Jesús Aguirre Beltrán. En enero llevó adelante otro certamen, esta vez de disertación y oratoria, con el tema “Estudios de los fanatismos”. En esta ocasión el jurado se conformó por cinco vocales de los cinco años de la carrera (Carlos Díaz Dufoo hijo, Mariano Silva y Aceves, Luis Lagos y Peniche, Guadalupe Villiers, Ernesto Nieto y Gastón Solana Gibes).³²

Por ese tiempo dos ateneístas acudieron a la Escuela Nacional Preparatoria para participar en la serie de pláticas que la escuela organizó con el fin de que profesionistas expusieran ante los alumnos sus consideraciones sobre las carreras. Así, el 10 de diciembre Jesús T. Acevedo habló sobre las ventajas y los inconvenientes de la carrera de Arquitecto, mientras que el 7 de enero hizo lo propio Antonio Caso sobre Jurisprudencia.³³ Dos días después, el también ateneísta Roberto Argüelles Bringas brillaba en público al recitar un poema en la ceremonia en que el presidente Díaz hizo entrega de espadas a los cadetes de la Escuela Militar de Aspirantes. La composición de Argüelles Bringas fue publicada por la *Revista Moderna de México*.³⁴

Los ateneístas mostraban mucha actividad por separado. Para hacer algo como grupo tuvieron ocasión propicia con la visita del intelectual español Rafael Altamira, enviado por la Universidad de Oviedo en una larga gira por los países americanos para restablecer y estrechar

³⁰ “Certámenes o loterías”, Emilio Valenzuela, *Revista Moderna de México*, febrero de 1910, pp. 323-324.

³¹ “La sociedad Alumnos de Jurisprudencia” en la sección “Información general”, *El Tiempo*, 21 de octubre de 1909, p. 3.

³² “Dos concursos organizados por el joven Alfonso Reyes”, *La Patria*, 14 de enero de 1910, p. 8.

³³ “Informe acerca de la marcha de la Escuela Nacional Preparatoria en el año escolar de 1909-1910”, por Erasmo Castellanos Quinto, *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, n. 6, 1 de mayo de 1910.

³⁴ “El Sr. Presidente de la República hizo ayer el reparto de espadas a los alumnos de la Escuela de Aspirantes”, *El Imparcial*, 10 de enero de 1910, p. 1. “Versos”, en *Revista Moderna de México*, enero de 1910, pp. 298-300.

los lazos intelectuales entre España e Hispanoamérica. Su cruzada había iniciado en julio de 1909; visitó Argentina, Uruguay, Chile y Perú. Llegó a la ciudad de México el 11 de diciembre y dio conferencias en el Casino Español y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. A la primera asistieron el presidente Díaz, su gabinete, diplomáticos, los socios del Casino y un grupo de alumnos de Jurisprudencia e Ingeniería. El 19 de diciembre partió a Nueva York, donde ofreció otras conferencias. Regresó el 10 de enero y por unas semanas tuvo un muy apretado calendario de actividades. Fue el acontecimiento más importante en el ambiente cultural mexicano en el paso de un año a otro. Los diarios batían palmas de entusiasmo, aunque hubo algunas críticas.³⁵

Altamira venía expresando una profunda preocupación por la extensión universitaria y la educación popular, es decir, por la necesidad de difundir en la sociedad, sobre todo entre las clases trabajadoras, el conocimiento producido en los centros universitarios. Además de pronunciar numerosas conferencias, estableció convenios de colaboración entre las universidades americanas y la Universidad de Oviedo. No era nuevo el objetivo de Altamira y la universidad española, pero ésta era la empresa más ambiciosa y también la más exitosa que realizaban.³⁶

En enero, el escritor español habló en la Escuela Nacional Preparatoria sobre el ideal de la universidad, y en la Escuela Normal sobre el sentido estético de la educación.³⁷ Por esos días el Ateneo de la Juventud tuvo una sesión de lectura de trabajos de sus miembros, la segunda, después de aquella celebrada en noviembre pasado. En el salón de actos de la Escuela Nacional

³⁵ *El País* cuestionó la supuesta excelencia que se le atribuía, lo que provocó respuestas airadas y conatos de polémica con otros diarios. Véanse las noticias de *El Imparcial* del 12 y el 15 diciembre, y el artículo “La primera conferencia del sabio español Dr. Altamira”, *El Imparcial*, 17 de diciembre de 1909, pp. 1 y 2. Sobre las críticas, los artículos y editoriales de *El País* del 24, 27 y 29 de diciembre de 1909.

³⁶ La idea de desarrollar la comunicación cultural con Hispanoamérica se fundaba en una visión renovada a partir de la conmoción que significó para España y sus intelectuales la derrota en la guerra con los Estados Unidos (1898). Rafael Altamira y Crevea, nacido en Alicante (1866), era un conocido especialista en Jurisprudencia, Historia y Educación. En 1895 fundó y dirigió la *Revista Crítica de Historia y Literaturas Española, Portuguesas e Hispanoamericanas*. A partir de 1897, fue catedrático en la Universidad de Oviedo, en donde impulsó junto con otros profesores la creación de la Extensión Universitaria. En 1908 propuso a la Universidad un programa de intercambio de profesores con otros países e incluso impulsó la idea, que no prosperó, de crear una Universidad Hispanoamericana que ayudara a revertir la fuerza de atracción cada vez mayor de las universidades estadounidenses. Cf. Valero Juan, Eva María, *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual de América”*, Alicante, España, Universidad de Alicante, 2003; “Esbozos biográficos”, en *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar*, de María de los Ángeles Ayala, Alicante, España, Universidad de Alicante, 2006; y “Aportaciones de Rafael Altamira al resurgir de las relaciones culturales y educativas con Latinoamérica tras el 98”, de Javier Ramos Altamira y Miguel A. Richart Bernardo, en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/aportacin-de-rafael-altamira-al-resurgir-de-las-relaciones-culturales-y-educativas-con-latinoamrica-tras-el-98-0/>.

³⁷ “Conferencia sobre el ideal de la Universidad”, *El Imparcial*, 14 de enero de 1910, p. 1 y 2; “La segunda conferencia de Altamira”, *El Imparcial*, 15 de enero de 1910, p. 1.

de Jurisprudencia, José Vasconcelos presentó “El sentido místico del baile” y Roberto Argüelles Bringas recitó un soneto. Además, el Ateneo de la Juventud empezó a organizar una sesión en honor de Rafael Altamira, designando a Rafael López y Alfonso Reyes como oradores.³⁸

De la sesión de lectura se tienen interesantes datos en lo que concierne a José Vasconcelos. En sus *Memorias*, señala que, inspirado por *El origen de la Tragedia*, apuntó su teoría sobre la superación de lo dionisiaco y lo apolíneo, los dos elementos fundamentales de la teoría de Nietzsche sobre la tragedia, en un tercer elemento: la mística. En su ensayo sobre el baile, lo místico estaba representado por la danza religiosa de las bayaderas (bailarinas y cantantes de la India). En la sesión del Ateneo no le fue bien. Asegura que leyó trozos que resultaban “pobres, defectuosos”, y cree recordar que Jesús Acevedo le dijo: “Tu asunto requeriría el estilo de Mallarmé.”³⁹ Es decir, un estilo simbolista complejo. Acaso el comentario de Acevedo era también una alusión irónica al estilo confuso de Vasconcelos

Raúl Trejo Villalobos, quien localizó ese texto de juventud, después de examinarlo dentro del marco de la evolución del pensamiento de Vasconcelos, afirma que se puede observar en él el germen del sistema filosófico que desarrollaría en su edad madura. Baste aquí señalar que, no obstante los comentarios negativos de los ateneístas y de él mismo, el texto revela un modo original de pensar. Trejo Villalobos señala que Vasconcelos apuntaba una concepción de la belleza como “redención de las cosas”; en su concepción estética, dentro de las artes solamente la música y el baile “superan la sensación y casi revelan el misterio.”⁴⁰

Las breves notas en los diarios sobre la sesión del Ateneo aparecieron el sábado 15 de enero. Ese día el ministro Justo Sierra ofreció en su casa una recepción a Rafael Altamira, amplia

³⁸ “La última sesión del Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, 15 de enero de 1910, p. 4. También *El Tiempo*, 15 de enero de 1910, p. 2. Ambos diarios afirmaban que era su segunda sesión ordinaria, seguramente con información proporcionada directamente por el Ateneo. En noviembre presentaron trabajos Manuel de Parra y Alfonso Reyes, en enero Argüelles Bringas y Vasconcelos. Henríquez Ureña dice que antes de la sesión en honor de Altamira, hubo “algunas pacíficas sesiones de lectura (en las que tomamos parte Vasconcelos, Alfonsito, Parrita, Carlos González, Marcelino Dávalos, Roberto Argüelles y yo)”, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 160. Deduzco que debió haber al menos una sesión de lecturas más, en diciembre, en la que leyeron sus trabajos González Peña, Dávalos y el mismo Henríquez Ureña. O bien, que estos participaron en las dos sesiones indicadas; lo curioso es que hayan escapado a la atención de los diarios, siendo que los dos primeros eran de los ateneístas más conocidos. El detalle es importante porque revelaría una mayor actividad del Ateneo en sus primeras semanas de vida.

³⁹ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1982, p. 271.

⁴⁰ Trejo Villalobos, Raúl, *Filosofía y vida: El itinerario filosófico de José Vasconcelos*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Departamento de Filosofía, Lógica y Estética, Facultad de Filosofía. Salamanca, 2010, pp. 184-187. El texto “Los tres grados de la belleza o lo apolíneo, lo dionisiaco y lo místico”, publicado en el periódico *La Antorcha*, n. 30, 25 de abril de 1925, está incluido como apéndice, pp. 381-385.

y elegante, en la que estuvieron algunos ateneístas. Hubo números musicales, recitaron composiciones María Enriqueta, Luis G. Urbina, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, el poeta italiano Gino Calza y Jesús Urueta.⁴¹ Fue muy grata la velada, según *El Tiempo*, “se charló sabrosamente de arte y letras, y los músicos y cantantes deleitaron a los invitados”. Asistieron señoras distinguidas y señores importantes como Bernardo de Cologan, Ezequiel A. Chávez, Federico Gamboa, Leopoldo Batres, Alfonso Pruneda, Manuel Sierra Méndez, el doctor Ángel Zárraga, Santiago Ballescá, Manuel Calero, Miguel Lanz Duret, Carlos Lazo y Victoriano Salado Álvarez.⁴²

Henríquez Ureña asistió al banquete, aunque su nombre no aparece en las crónicas. Se reunió, dice, la “intelectualidad oficial”,

no estaba Casasús, por enfermedad, pero sí las mujeres de su familia; Federico Gamboa, Jenaro García, Salado Álvarez, Carlos Pereyra y *María Enriqueta*; Leopoldo Batres, *conservador* de monumentos; Ezequiel Chávez; Urbina; Rafael López, Roberto Argüelles, García Naranjo, Jorge Enciso; el Dr. Zárraga y Guillermo, un hijo suyo que recita versos; el recitador y sedicente poeta romano Gino Calza; el ministro de España, Cologan, y su familia mexicana; D. Telésforo García, en cuya casa se hospedó Altamira, y toda su familia; Gonzalo de Murga, español y literato y hombre de negocios; Urueta, á quien se invitó por especial empeño de D. Justo, á pesar de sus ataques á la reelección. De la familia de D. Justo, estaba una multitud, además de las Casasús y de Urueta y su mujer: los hijos, y las hijas con sus maridos, y las hijas de D. Santiago Méndez, y la elegante y provocativa Cristina Méndez de Regil, con su marido yucateco, y Mercedes MacGregor, hijastra de D. Luis Méndez, y no sé cuántos más.

Según Pedro, los literarios “estuvieron algo flojos: Urueta leyó su *Dulcinea*, que pasa por ser el mejor de sus trabajos, pero que á mi me parece bastante revuelta; D. Justo leyó unos de sus versos recientes, que comienzan admirablemente, pero que luego se engolfan en el acostumbrado *hugonismo* de los astros y el infinito; Paz García, hija de D. Telésforo, recitó con agradable estilo, mezcla de la voz de su padre y de la *manera* de María Guerrero, versos españoles de todos estilos: de Moreto, de Zorrilla, de Vicente Medina... Lo demás no significó gran cosa.”⁴³ Asegura que don Justo Sierra quería invitar a Alfonso Reyes, “afirmando que su casa era campo libre;

⁴¹ “En la casa del Sr. Ministro Sierra. Un te literario”, *El Imparcial*, 16 de enero de 1910, p. 1.

⁴² “Te literario en honor del Dr. Altamira”, *El Tiempo*, 17 de enero de 1910, p. 3.

⁴³ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 161-162.

pero se le hizo ver que el invitado estaría un tanto incómodo entre gentes enemigas de su padre, y al fin desistió de su propósito.”

Los comentarios de Pedro sobre la familia del ministro evidencian el juego de tendencias y simpatías políticas de aquellos días.

La familia misma de D. Justo es curiosa muestra de esa libertad: pues hay gentes de todos los partidos: mientras él ocupa un ministerio y pasa por *científico*, uno de sus hijos, Chano J., escribe una biografía de Corral, uno de sus yernos, Miguel Lanz Duret, escribe en *El Debate* á favor de Corral y contra Reyes, otro, Manuel Calero figura en el Partido Democrático, aunque luego se le conquista con el interinato en la sub-secretaría de Fomento, otro, José Barros, que es personalmente rico, escribe contra los reeleccionistas y es atacado por el mismo *Debate*, Urueta, marido de una sobrina, hace campaña contra la reelección, á nombre del Partido Democrático, y con afinidades hacia el *reyismo*, Tablada canta himnos a D. Porfirio y escribe *tiros al blanco* contra la oposición (Tablada es marido de otra sobrina), y el sobrino Chano K. se dice *reyista* en lo privado. Los que no se afilian á ningún partido son sus hijos Justito, cuya poca salud y costumbres inglesas lo hacen ver con despego la política si bien es diputado, y Manuel, que parece inclinarse á asumir la actitud de Casasús... quien todavía no asume públicamente ninguna actitud (aunque se le clasifica como *científico* prominente) en la cuestión reeleccionista, por ó contra Corral.⁴⁴

En un artículo que escribió sobre la visita de Altamira y que publicó en Santo Domingo, Pedro se reservó los matices críticos e irónicos, pero no dejó de indicar que el ministro Sierra hizo caso omiso de toda disensión política: “Entre las muchas notas interesantes de aquel conjunto tuvo gran significación la lectura del poema dramático *Dulcinea*, del brillante prosador Jesús Urueta: pues Urueta figura entre los más radicales y activos opositores del gobierno de Díaz”.⁴⁵

Altamira continuó su intenso programa. El 18 de enero regresó a la Escuela Nacional de Jurisprudencia para hablar sobre la enseñanza del Derecho. Al día siguiente, en la Escuela de Artes y Oficios para hombres, disertó sobre la importancia de la extensión universitaria. Volvió a Jurisprudencia y luego dio pláticas en el Museo Nacional y el Casino Español. En su honor

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 162-163.

⁴⁵ “Altamira en México”, aparecido en *Ateneo*, Santo Domingo, febrero-marzo 1910, pp. 52-55. En *Obras completas II (1909-1914)*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, p. 104.

ofrecieron banquetes y fiestas Leopoldo Batres, Federico Martínez, el director de Jurisprudencia Porfirio Parra, Casasús y el Liceo Altamirano, el Centro Asturiano, el Casino Español, etc.

Llegó el turno al Ateneo de la Juventud el miércoles 26 de enero. En la Escuela Nacional Preparatoria, a partir de las siete de la noche y siendo presidida por el ministro Justo Sierra, se celebró la sesión en honor de Altamira. El evento, de entrada libre, fue bastante publicitado por los periódicos.⁴⁶ Se dice que asistieron dos mil personas. El presidente del Ateneo, Antonio Caso, ofreció el discurso de bienvenida, hablando de la Historia como “doble procedimiento, analítico y sintético” de la reconstrucción del pasado. “Vamos á devolver á la Universidad de Oviedo”, expresó, “una personalidad ya eximia, consagrada por la admiración del Continente y santificada por diez repúblicas!” “Sóis un profesor de idealismo”, dijo, “que es el esfuerzo fundamental de vuestra carrera, y os acercáis á todos por la misión de amor que venís á sembrar á nosotros.” Ofreció además la colaboración del Ateneo: “Doctor Altamira: contad con la juventud mexicana para todos vuestros esfuerzos de unión. Os lo aseguramos firmísimamente.”⁴⁷

Los números del programa, con temas de literatura española, estuvieron a cargo de Alfonso Reyes, Rafael López y Pedro Henríquez Ureña. *El Imparcial* se ocupó más de los dos primeros.

El joven Alfonso Reyes leyó después un laborioso estudio sobre la estética de don Luis de Góngora, primor de estilo bien sostenido y rara erudición, en que fijó la personalidad del discutido escritor y las tendencias de aquella época al culteranismo y al conceptismo, explicando cómo trabajó por desempeñar á las palabras papeles de ideas y cómo se caracterizó por su tendencia á armonizar los ruidos con los colores; tendencia muy española la de Góngora.

El poeta Rafael López recitó una elegía á Campoamor, “blanco abuelo, jovialmente profundo”, que terminó con este hermoso verso: “al pie de los castaños nemorosos que lloran en las ráfagas de Asturias.”

El diario “espindolesco” decía que, después de “un erudito estudio sobre el Maestro Hernán Pérez de Oliva, del siglo XVI, que leyó el señor Henríquez Ureña”, tomó la palabra Altamira. Agradeció los honores y felicitó a la juventud que se ocupaba de estudiar a escritores del pasado. Le hicieron recordar, dijo, sus días de juventud y de Universidad, cuando le

⁴⁶ Entre las notas previas: *El Imparcial*, 23 de enero de 1910, p. 8; 24 de enero de 1910, p. 3; 26 de enero de 1910, p. 2; “Altamira en el Liceo de la Juventud”, *El Tiempo*, 24 de enero de 1910, p. 3; en el artículo “Las ideas filosóficas del señor Dr. Don Rafael Altamira”, *El Tiempo*, 26 de enero de 1910, pp. 2 y 3.

⁴⁷ “Sesión del Ateneo de la juventud en honor del Señor Altamira”, *El Imparcial*, 27 de enero, p. 8.

interesaba más la aparición de una nueva novela de Galdós que el Derecho Romano. A continuación leyó su cuento “En la Sierra”.⁴⁸

El Tiempo refirió someramente las intervenciones de los ateneístas, indicando que el trabajo de Reyes fue “justamente elogiado y aplaudido”, que fue una “hermosa elegía” la de López y “magnífico” el estudio de “Enríquez”.⁴⁹ Por su parte, *El País*, comentando apenas los otros números, criticó con sorna la lectura de Pedro.

El señor Pedro Henríquez Ureña, con voz hueca y monótona, con una nota grave de requinto, dió lectura á un enorme trabajo sobre Hernán Pérez de Oliva.

Fué tan largo y cansado el trabajo del señor Ureña, que el público no tuvo empacho en manifestar su impaciencia con toses ruidosas, con aplausos en alguna pausa y con cuchicheos que no dejaban oír al orador.

Pero cuando se creía que había terminado, cuando se le aplaudía en señal de gratitud por haberse compadecido de sus oyentes, el disertante volvía á apoderarse de más hojas de papel y continuaba impasible su pieza oratoria.

Mientras más se impacientaba el público, más larga parecía la obra del joven Ureña, al grado que algunas personas abandonaron el salón, temiendo amanecerse oyendo á este señor.

Por fin terminó y los aplausos se prologaron, quizás para que el orador desistiera de volver a la tribuna.⁵⁰

En su *Diario*, Pedro asienta el fracaso de su intervención. La sesión, dice, estuvo presidida por Sierra, Ezequiel A. Chávez y Porfirio Parra. Las palabras de Caso fueron “muy entusiastas y justas”, el trabajo de Alfonso “fue recibido con frialdad por el enorme y heterogéneo público”. Leyó entonces su trabajo sobre Pérez de Oliva, en el cual había trabajado durante dos meses. Lo hizo “á salto de mata, porque el público ya no quería más, y tosía y aplaudía para callarme. Afortunadamente, no me impresiona el hallarme frente á un público, y acerté la lectura como pude.” Luego Altamira leyó un cuento, “que no interesó: así es que resultaron decepcionados los que esperaban su turno.”⁵¹

⁴⁸ *Ídem*.

⁴⁹ “En el Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 27 de enero de 1910, p. 3.

⁵⁰ “Velada literaria en honor del Sr. Altamira”, *El País*, 27 de enero de 1910, p. 1.

⁵¹ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 160.

Tal vez era excesivo para la ocasión el extenso trabajo de Pedro. Se trataba de una sesión de gala, con amplio y “heterogéneo” público; pocos podían encontrarle sentido a la disertación erudita. Ocurría después del discurso de Caso, la lectura de Alfonso y el poema de López. La gente ya estaba impaciente por escuchar al homenajeadó y no le interesó la labor de revaloración literaria que Pedro había preparado.

A pesar de la antipatía del público, la lectura le granjeó un reconocimiento que Pedro apunta como una especie de consagración: “D. Justo me celebró mi trabajo; y Acevedo, que lo acompañó en automóvil, con Lozano y García Naranjo, hasta dejarlo en el teatro Arbeu, donde se estrenaba la *Salomé* de Óscar Wilde, me contó que les había dicho, comentando mi trabajo: ‘¡Cuántas cosas sabe Ureña!’; y luego hizo una pausa y repitió: ‘¡Cuántas cosas!’”⁵² Había desagradado a la mayoría esa noche, pero obtenía la aprobación y admiración de los pocos que podían aquilatar las dimensiones de su esfuerzo. En la mente de Sierra se reforzaba el nombre de Henríquez Ureña como el de un joven de excelentes dotes, lo cual era una excelente recomendación que podría llegar a rendir frutos en el futuro.

El trabajo de Pedro, el de Alfonso y la intensa poesía de López debieron ser una sorpresa halagadora para Altamira y Crevea. La intervención de Henríquez Ureña era una conferencia por sí misma. Años después publicó su trabajo en forma de folleto, se empeñó en que fuera conocido por renombrados hispanistas en Europa y lo incluyó en su libro *Plenitud de España* (1940).⁵³

Aquella noche, Henríquez Ureña habló del tiempo de Hernán Pérez de Oliva (1494-1531), el reinado de Carlos V, cuando España se acerca mejor al espíritu del Renacimiento, “supera a toda otra nación por la multitud y la osadía de sus empresas y pone el énfasis en la nota de aventura que caracteriza el espíritu de la época”. Presentó al escritor como “Obrero del pensamiento y artífice de la lengua [...] hijo de Córdoba, estudiante de Salamanca y Alcalá, de París y de Roma; protegido de León X y de Adriano VI; finalmente catedrático y rector (1529) de la Universidad salmantina”. Genuino hombre del Renacimiento, ocupado en experimentos de ciencia, en estudios de psicología y moral, influenciado por Aristóteles en filosofía, por Cicerón en literatura y por el cristianismo en ética. Destacan sus trabajos de madurez: *Diálogo de la dignidad del hombre*, las imitaciones o refundiciones de la *Electra* de Sófocles y la *Hécuba* de Eurípides, intituladas *La venganza de Agamenón* y *Hécuba triste*.

⁵² *Ídem*.

⁵³ “Hernán Pérez de Oliva”, En *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 107-139.

“En la batalla que libraron los idiomas modernos para ascender a la categoría de instrumentos sabios, aptos para el pensamiento filosófico”, explicaba Pedro, “no bastó el florecimiento de las literaturas vernáculas para decidir el triunfo: fue necesario que los escritores mismos asumieran la defensa de los idiomas que manejaban, en el momento en que éstos llegaban al principio de su madurez.” Pérez de Oliva fue el primero en realizar esa labor en España, como la hizo Dante en Italia con su *Elogio de la lengua vulgar*. Al analizar las obras, el estilo y la personalidad del escritor español, Henríquez Ureña aprovechó para explayarse en los temas griegos. Llegaba a lamentar el influjo de Cicerón y no el de Platón: “Cuánto se habría superado el Maestro Oliva si estudiara, en el modelo platónico, el arte del diálogo como drama dialéctico!” Terminaba con el elogio del espíritu renacentista:

Espíritu lleno de juvenil vigor y rico en la disciplina de la madurez; curioso de la vida como del arte y de la ciencia; físico original; pensador interesante; defensor ingenioso, y hábil cultivador de la lengua patria; artista sobre cuya obra irradió a veces la luz inmortal del espíritu griego: tal fue el Maestro Hernán Pérez de Oliva. Su labor activa y escrita merece estudio: en él se descubre un ejemplo típico de la época de Carlos V, ágil y curiosa como pocas en España; no desligada de la tradición medieval, pero abierta a las innovaciones del Renacimiento: cuadro histórico que iba a modificarse profundamente poco después.

Concluida la sesión, que mucho debió prolongarse, la cita fue en el restaurante Sylvain. En el salón discreta y elegantemente adornado se dispuso el banquete para Altamira. El pleno del Ateneo compartió la mesa, engalanada con gardenias y rosas: Antonio Caso, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Eduardo Colín, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, Roberto Argüelles Bringas, Rafael López, José María Lozano, Ignacio Bravo Betancourt, José Escofet, Alfonso Reyes, Telésforo García, Isidro Fabela, Pedro Henríquez Ureña, Eduardo Pallares, Nemesio García Naranjo, Guillermo Novoa, José Vasconcelos, Jesús T. Acevedo, Juan Palacios y Julio Torri.⁵⁴ Los diarios ofrecen los nombres de 23 ateneístas. De ellos, dos no eran socios originales (José Escofet y Julio Torri), mientras que Telésforo García era más bien el acompañante de Altamira ese día, pues no fue integrante del Ateneo. José Escofet era cercano al grupo y a Henríquez Ureña. No era rara su incorporación, antes bien, había sido extraño que no fuese de los socios fundadores. La novedad era Julio Torri, gran amigo de

⁵⁴ Nota en la sección “Sociales y Personales”, *El Imparcial*, 27 de enero de 1909, p. 3; nota en la sección “De sociedad”, *El Tiempo*, 27 de enero de 1910, p. 3. Los diarios apenas difieren en la lista de comensales.

Alfonso Reyes y futuro literato de singular importancia. Entre los ausentes sobresalen Rubén Valenti, Genaro Fernández y Ricardo Gómez Robelo.

Frente a Altamira se sentó Ezequiel A. Chávez y a sus lados Antonio Caso y Pedro, así que los directivos ateneístas pudieron conversar largamente con el homenajeado. Pero los discursos no fueron buenos.

El brindis, desgraciadamente, lo pronunció *Nacho* Bravo, en estilo deshilachado y ridículo; Altamira contestó de manera breve, afable y sencilla. Chávez habló como de costumbre: deshilachado y familiar. Luego se le ocurrió á José María Lozano pronunciar un brindis en el que habló de España á su modo: de Cortés, de los frailes, de los empuñeros, de sus propias aficiones taurinas, de Fuentes y de Montes, de la música de Quinto Valverde... Aquello fue un desastre. Todo el mundo salió disgustado. Días después, algunos periódicos censuraron el brindis de Lozano, aunque había sido dicho en lo privado.⁵⁵

Según el testimonio de Pedro, Lozano se dio vuelo con asuntos superficiales o prejuiciosos relativos a España. Pero, a pesar de los incidentes, la jornada fue un éxito. El Ateneo tuvo resonancia en la prensa como protagonista en un muy importante episodio cultural al inicio del año del Centenario. No era poca cosa, además el contacto personal con el escritor español, por todos admirado. Carlos González Peña, por ejemplo, le envió una carta el 30 de enero, en la que lamentaba no haber podido conversar mucho con él durante el banquete, y le enviaba sus libros como humilde homenaje.⁵⁶ Henríquez Ureña no desaprovechó la oportunidad de conocer un poco más al escritor español.

Altamira, á quien visité varias veces en casa de D. Telésforo, es un hombre de trato fácil y vivo; no parece *gachupín* en su modo de hablar, que es americano salvo en la pronunciación de las *zetas* y las *elles*. Tiene parecido, físicamente, con William James, y presumo que también en su trato, por lo que de James cuenta García Calderón. Su resistencia es extraordinaria; pues una labor de uno ó dos discursos y uno ó dos banquetes cada día (la cual tuvo que realizar desde que llegó á la Argentina hasta que se embarcó en Cuba para España) difícilmente se resiste. Pero él observa buen régimen; y además, aunque está cano (sólo tiene cuarenta y tres años), dice que en las

⁵⁵ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, p. 161. No he localizado las censuras a que se refiere Henríquez Ureña.

⁵⁶ Carlos González Peña a Rafael Altamira, ciudad de México, 30 de enero de 1910.

http://www.cervantesvirtual.com/portales/rafael_altamira/su_obra_catalogo/4, consultado el 5 de marzo de 2013. En el acervo de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes hay diversas comunicaciones que muestran el interés de los intelectuales mexicanos por entablar relaciones con el escritor español durante su visita.

vacaciones se echa siempre *medias suelas*, yéndose al campo y al mar, á hacer ejercicio constante.⁵⁷

En un artículo sobre la visita del escritor español,⁵⁸ Henríquez Ureña señaló que Altamira “logró romper, quizás de modo definitivo, con la rutinaria tradición anti-española”. Para el dominicano importaba mostrar no sólo el contenido de sus conferencias, sino también su estilo de exposición. Cuando acudió en diciembre a la Escuela de Jurisprudencia, ante ministros mexicanos y muchos “intelectuales” (Henríquez Ureña usa las comillas), declaró “que gustaba de hablar como en su cátedra, en forma familiar, no oratoria, se sentó, y procedió a examinar, con palabra fácil, sencilla y enérgica, con ojeada rápida y juicio sintético, certero, los problemas que ofrecía su asunto”. Al final levantó al público: “Nunca he visto en México, –donde el carácter por lo general es frío, – ovación tan ruidosa por motivo puramente intelectual. La ovación se desbordó, estrepitosa y cálida, hasta la calle.”

“Mejor que ningún otro español”, afirmaba Henríquez Ureña, “debía ser Altamira quien iniciara esta nueva etapa de relaciones entre España y América: relaciones intelectuales activas, intercambio internacional de hombres e ideas”. Según él, Altamira conocía tan bien a América como Unamuno, pero éste, con su “espíritu combativo y paradójico” no habría hecho tan bien la labor de acercamiento.

Altamira, en cambio, se ha mostrado siempre severo y sereno, evitando todo exceso, toda apariencia de atrevimiento innecesario. “No vengo a decir cosas nuevas sino cosas buenas”, repetía. A los que conocíamos sus obras, la solidez de su doctrina y la seguridad de su método, la magnitud de sus trabajos de historia y derecho, la fama, ya universal, de su labor en la extensión universitaria de Oviedo, Altamira nos reveló todavía algo nuevo: la plenitud de su personalidad, el secreto del éxito que ha obtenido en la enseñanza y en la propaganda social, su don de “evangelizador”, estimada la palabra en su valor neto, sin sombra de afectación, de “pose” ni de vanidad personal. La importancia de una obra social, parece decirnos Altamira con su actitud sencilla y firme, reside en ella misma y no en quienes la realizan: en esto sólo se requiere fe y esfuerzo perseverante. “Se expresa bien, -nos decía en conversación,- lo que bien se siente; y la expresión de lo que hondamente sentimos convence a los demás; la expresión imperfecta se debe siempre a la falta de claridad y de vigor en la idea y el sentimiento”. (Concepto que, repetido ya

⁵⁷ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 163.

⁵⁸ “Altamira en México”, fechado en México, 1910. Publicado en la revista *Ateneo*, Santo Domingo, febrero-marzo de 1910. En *Obras completas II (1909-1914)*, pp. 101-105.

muchas veces en forma vaga, viene hoy a formar la base de la *Estética* del insigne Benedetto Croce: la identidad de la intuición y de la expresión). “Por mi parte, -continuaba Altamira,- tengo la experiencia de que el público está conmigo cuando siento profundamente lo que expreso. Les confesaré que en esos instantes me pongo pálido.

Severidad, serenidad, solidez de doctrina y seguridad de método, rasgos resaltados en Altamira con los que Henríquez Ureña se identificaba plenamente. Las ideas y la personalidad de Altamira (por ejemplo, la unidad de sentimiento y expresión que da vigor al mensaje y que permite convencer al público) enriquecían el empeño del dominicano por forjarse un estilo y un pensamiento propios.

Pedro relataba las dos fiestas “de verdadera importancia” entre las numerosas que se le brindaron a Altamira: la de Justo Sierra y la del Ateneo. La sesión del Ateneo de la Juventud tuvo la particularidad de tratar exclusivamente temas españoles, decía, y concluía con un pasaje del discurso de Antonio Caso:

Algo de las frases que pronunció Antonio Caso dará, para terminar, idea del valor que se concede en México al viaje de Altamira: “Sois un “profesor de idealismo”. Antes de venir a América érais el ilustre historiador de la civilización española, el sabio jurista, el apóstol de la extensión universitaria en Oviedo; al regresar a España habréis realizado una grande obra social, de altísima importancia futura; devolvemos a España una personalidad histórica, consagrada por el amor de diez naciones y la admiración de todo un continente.”

El trato directo con Altamira fue estimulante para Pedro. En su artículo exalta un tipo de intelectual que combina el rigor intelectual con la ética de servicio. Los ateneístas no eran ajenos a ese sentido social, pero en ellos predominaba un fuerte sentimiento de distinción social. Creían que los productos más altos y refinados de la cultura eran accesibles a unos pocos y que en gran medida así debía ser. La visión de Altamira era distinta. Muy fresca todavía su visita, apareció en las páginas de *El Mundo Ilustrado* su artículo “Los intelectuales”,⁵⁹ donde resulta clara su posición.

Hay una tendencia, que diríamos intuitiva, en los profesionales de la ciencia y de la literatura, á considerar que sólo ellos forman el cuerpo intelectual de la nación. En unos influye la idolatría del “título;” en otros, la creencia de que sólo sabe ó es artista el que produce para el público ó le comunica su saber, más o menos elevadamente. Los unos niegan competencia á los

⁵⁹ “Los intelectuales”, *El Mundo Ilustrado*, 13 de febrero de 1910.

que no son de la “Facultad” ó carrera garantizada por el Estado, y claman contra los intrusos que han tenido la alevosía de estudiar las cosas sin pedirle sanción al profesorado oficial; para los otros, sólo son “intelectuales” lo que escriben y discursen y los que con éstos bullen á guisa de adoradores, aunque no “pronuncien.” Con lo cual, la escasa minoría culta de un país como el nuestro, aparece todavía más escasa reduciéndola á ese estado mayor en que muchos ingresan por autonombramiento. Apresurémonos á decir que se comete grave injusticia con esa limitación, hija, en cierto modo, de aquel mismo error tradicional que, durante muchos siglos, no ha dejado ver en la historia otra acción que la de los héroes y directores.

Hay numerosos intelectuales activos que permanecen ignorados, pero son factor no sólo importante sino indispensable “para que la producción ideal de los que se hallan encima llegue á ser un hecho y fructifique en el campo humano.” Se puede ser intelectual, decía Altamira, sin ser literato, orador o maestro.

Muchas veces me ha ocurrido, en mis excursiones por los pueblos de esta y otras provincias, hallar gentes de verdadera cultura, cultivadores de una rama del saber, ó simplemente aficionados, para quienes la lectura asidua de libros notables constituye ese verdadero placer que acusa la existencia de lo que llamamos “intelectualismo.” Unas veces era un modesto fabricante de harinas, en cuya biblioteca figuran numerosas publicaciones de botánica que constituye su recreo habitual; otras, un tendero de ropas que lee á Carlyle en inglés; un cosechero de vino que estudia á Hegel y Krause; un obrero que me enseña con aire de triunfo la edición del “Quijote,” publicada por la Academia, y que gasta parte de sus ahorros en libros que no son de su oficio; un notario lector de Hauptmann; un comerciante que rinde verdadero culto á Wagner y Beethoven....

A través de estos encuentros, fue abandonando la visión de la intelectualidad como labor exclusiva de círculos pequeños, más allá de los cuales sólo existe el vulgo “filisteo”. La existencia de estos intelectuales populares representaba una esperanza, pues evidenciaba que las semillas de la escuela y la universidad no siempre se perdían.

Son esos intelectuales ignorados, retraídos, el fondo de reserva social que nos mantiene todavía á flote, que hará posible la regeneración de nuestro espíritu y que en los días de prueba, cuando haya que trabajar febrilmente en medio de las agitaciones de un cambio que ojalá no llegue demasiado tarde, dará los obreros, los hombres inesperados, los desconocidos que, de un vigoroso impulso, se colocan al frente de las filas. [...]

Nótese que la gran diferencia entre las naciones de superior cultura y las atrasadas, no está precisamente en la existencia ó falta de una minoría “erudita,” sino en que tengan ó no una masa

instruida, con plena conciencia del valor de la obra ideal y que en ella se complazca; y es condición que esa masa pertenezca á todos los órdenes de la vida, que trabaje en las muchas cosas que le son necesarias á un pueblo y que no ceda á la terrible tentación de juzgar al intelectualismo, convirtiéndose en un rebaño pedante de grafómanos y charlatanes. Su fuerza consiste precisamente en no ser profesional, en no buscar la cultura, ni por mercantilismo, ni por vanidad, ni por sueños de gloria, ni á título de ocupación preferente, si no por una necesidad individual del espíritu [...].

Respetemos y saludemos a estos intelectuales anónimos, concluía Altamira, trabajemos por que sean más y mantengamos relación constante con ellos. “Llevan el fermento de la vida espiritual donde más falta hace.”

Esta visión sobre la intelectualidad estaba en el fondo de la labor de “propaganda social” y el don “evangelizador” de Rafael Altamira. El artículo seguramente fue leído por Henríquez Ureña, y, en sus pláticas directas, el escritor debió hablarle de cosas similares. Las ideas y la personalidad de Altamira no sólo reforzaban la visión del dominicano en muchos aspectos, también introducía un “correctivo” a la tendencia elitista de Pedro y los jóvenes mexicanos. Antes que quejarse por la “incultura ambiente”, ¿no habría mejor que trabajar con energía para extender los productos de la “alta” cultura donde hacían más falta?

El mensaje de Altamira sobre la educación popular y el extensionismo universitario caía en buen terreno. En el Ministerio de Instrucción Pública y en diversas asociaciones culturales y científicas existían tendencias afines. El ejemplo de la Universidad de Oviedo y la labor de Altamira mostraban lo que se podría lograr en el campo de la cultura en México, justo cuando se estaba por constituir la Universidad Nacional. El mensaje del español daba impulso adicional y enriquecía el sentimiento general de fuerza y renovación cultural en México.

Además del artículo de Henríquez Ureña y las anotaciones en su diario, no he hallado mayores testimonios de los ateneístas sobre la visita de Altamira.⁶⁰ Lo referido basta, no obstante, para mostrar el entusiasmo que despertó en ellos y la admiración que le profesaron. Dos años después, en 1912, los ateneístas realizarían un proyecto muy en la línea de Altamira y la

⁶⁰ Me refiero a los textos autobiográficos que he venido manejando de Nemesio García Naranjo, José Vasconcelos y Genaro Fernández MacGregor, principalmente, y que, junto con los de Henríquez Ureña, muestran las tendencias diversas entre la juventud intelectual de la época. Cabe agregar también que Alfonso Reyes, en su *Pasado inmediato*, no incluye el episodio de la visita de Altamira dentro de las “campañas” de la juventud intelectual en pos de una renovación cultural en México.

Universidad de Oviedo: la Universidad Popular Mexicana. Henríquez Ureña, en una carta a Alfonso Reyes de 1913, comentará que la iniciativa partió de él mismo y el español Pedro González Blanco. La Universidad Popular, dirá, “ha logrado vivir, y da conferencias en que participa todo el mundo. Esta será la obra mejor del Ateneo.”⁶¹

El 2 de febrero de 1910, Rafael Altamira partió de la ciudad de México. En la Estación Buenavista se congregó una multitud para despedirlo, cuatro mil personas según *El Imparcial*, en su mayoría estudiantes e intelectuales. El profesor español, muy conmovido, exclamó: ¡Viva México! ¡Viva la juventud mexicana!.⁶² Con un alto en Veracruz, se dirigió a Mérida, en la península de Yucatán, para ofrecer algunas conferencias. Después se trasladó a La Habana, Cuba, último punto de su extensa gira, para regresar finalmente a España.

Concluida la visita de Altamira, los ateneístas volvieron sobre todo a sus actividades individuales. Algunas noticias muestran carreras en pleno ascenso.

En el mes de febrero se dio a conocer un plan oficial de conferencias. Disertarían sobre temas históricos el ministro Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez y los diputados Rosendo Pineda y Francisco Bulnes. Completaban el reparto dos eximios jóvenes corralistas: Nemesio García Naranjo y José María Lozano. Las conferencias deberían tener lugar en el Museo Nacional, con motivo del Centenario. El 31 de marzo *El Imparcial* volvió a anunciar estas conferencias, añadiendo dos nombres: Antonio Caso y Francisco M. de Olaguíbel.⁶³ Así, en este ciclo oficial estarían presentes tres tendencias: el Ministerio de Instrucción Pública, el partido científico y corralista (Bulnes y Pineda, Lozano y García Naranjo) y el ateneísmo (Caso, García Naranjo y Lozano). Durante los siguientes meses el plan fue reiterado, pero finalmente no se realizó.

⁶¹ Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, ciudad de México, 29 de octubre de 1913, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1986] 2004, p. 227. La Universidad Popular Mexicana fue fundada en la ciudad de México el 3 de diciembre de 1912, permaneciendo vigente hasta 1920. Su propósito era “fomentar y desarrollar la cultura del pueblo de México, especialmente de los gremios obreros” a través de conferencias, cursos, lecturas comentadas, visitas a museos y galerías de arte, etc. Fue una institución cultural muy importante por la amplitud y persistencia de sus trabajos. Estuvo muchos años bajo la dirección de Alfonso Pruneda, durante el largo periodo de revolución y guerra civil en México. Cf. Torres Aguilar, Morelos, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 2009. Hay varios documentos de la Universidad Popular en el “Anejo documental” en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000.

⁶² “El último día de estancia en México del señor Altamira”, *El Imparcial*, 3 de febrero de 1910, pp. 1 y 8.

⁶³ *El Imparcial*, 18 de febrero de 1910, p. 2; *El Tiempo*, 18 de febrero de 1910, p. 3; *El Imparcial*, 31 de marzo de 1910, p. 1.

El 17 de febrero, Jesús T. Acevedo emprendió un viaje a Europa con el arquitecto Enrique Fernández Castelló.⁶⁴ Por Henríquez Ureña conocemos los detalles:

Pocos días después de fundado el *Ateneo*, partió Acevedo á Europa, en compañía del joven arquitecto francés Godard y del mexicano Enrique Fernández Castelló, quien llevaba como adláteres personales a Mario Bulnes, hijo del célebre D. Francisco y a un Miguel González. Enrique Fernández, que suple con la influencia que ha adquirido como hijo del Ministro de Justicia [Justino Fernández Mondoño] y primo de la presidenta [?] su nulidad profesional, consiguió que el gobierno encomendara á la Compañía Bancaria, de la que es él director y propagandista en lo relativo á obras arquitectónicas, la construcción de un Museo de Artes y de un Palacio de Justicia, no recuerdo si penal ó civil, y tuvo la ocurrencia de que los proyectos de estos dos edificios los hiciera un arquitecto francés de fama, Déglane, de preferencia; y á ese fin se lleva á Acevedo, á uno de los Ituarte y al francés Godard, que vino á México con Bénard y se quedó aquí desde entonces, para que ayuden con indicaciones prácticas los trabajos de proyectos en Europa.⁶⁵

El amigo estaría en Europa varios meses. El 6 de junio, *La Patria* informaba que Enrique Fernández Castelló y Jesús T. Acevedo estaban en Europa comisionados por el gobierno para recorrer las principales ciudades europeas, visitando y estudiando la distribución y disposición de los museos históricos y arqueológicos. Se decía que pronto remitirían su informe, el cual sería utilizado para la construcción de un nuevo edificio (al parecer del Museo Nacional) en los terrenos del ex Hospicio de Pobres.⁶⁶

Carlos González Peña recibió su nueva novela, editada en Europa, y José Escofet estrenó un drama. De ambos se ocupó Henríquez Ureña en sendos artículos. El 20 de febrero, en *El Mundo Ilustrado*, apareció su largo texto sobre la *Musa Bohemia*, tercera novela de González Peña.⁶⁷ En los primeros párrafos aprovechó para comentar la situación de los libros de literatura en México. De España viene el libro de González Peña, decía, y “no es ya sino natural que los buenos libros mexicanos se publiquen en Europa.”

⁶⁴ “El Arquitecto don Jesús F. Acevedo”, *La Patria*, 16 de febrero de 1910, p. 4.

⁶⁵ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 163-164. La indicación de que la partida de Acevedo fue “días después” de fundado el Ateneo, obviamente es inexacta. Las indicaciones entre corchetes me pertenecen.

⁶⁶ “Informes acerca de Museos extranjeros”, *La Patria*, 6 de junio de 1910, p. 1.

⁶⁷ “La Musa Bohemia”, *El Mundo Ilustrado*, 20 de febrero de 1910. Incluido en *Pedro Henríquez Ureña en México*, de Alfredo A. Roggiano, México, UNAM, 1989, pp. 108-112.

Publicar en México es descabellado intento, dadas las condiciones en que puede hacerse, las económicas en particular. Se necesita vivir en provincia, con la ilusión que nace del aislamiento y de la distancia, para afanarse todavía en conquistar un puesto en la literatura mexicana mediante el sacrificio que implica la publicación de un libro en el país. Los escritores que viven en la capital son más escépticos y menos desinteresados. Aquí ya no se publica literatura, aun para las revistas se escribe poquísimos..... Diríase que en México está próximo á darse el paradójico caso de que haya literatos ¡oh, eso sí! pero no haya literatura.

En todo el año de 1909, sólo dos ó tres obras literarias valiosas se han publicado en el país: una novela de don José López Portillo y Rojas, en la “Biblioteca de Autores Mexicanos,” cuyo editor es el infatigable don Victoriano Agüeros; la última colección de poesías de Enrique González Martínez..... (Ese delicado poeta vive ¡en Sinaloa!). Amado Nervo y Balbino Dávalos acaban de publicar libros, pero en Europa; de Europa llegará pronto también el nuevo libro de versos de Urbina.....⁶⁸

Esta expatriación ó emigración de los libros viene á ser la única vía lógica de publicidad, aunque sólo es accesible, desde luego, á los escritores cuya significación los hace aceptables para los editores extranjeros. A ella ha recurrido, con fortuna, Carlos González Peña.

El mismo Henríquez Ureña había recurrido a esa estrategia de publicidad. De Europa vendría, en unos meses, su *Horas de estudio*. En cuanto a González Peña y su novela, el juicio de Pedro era muy favorable, más aún teniendo en cuenta sus críticas al “partido novelista” en sus *Memorias y Diario*.

El dominicano afirmaba que el autor había superado en *La Musa bohemia* su anterior esfuerzo, *La chiquilla*. Su primera novela fue una obra de “escuela”, donde siguió el modelo francés de la novela realista. En *La Musa Bohemia* se advertían tres tendencias, desenvueltas en las tres partes que componían la novela. En la primera el autor seguía la línea de la “escuela” realista; en la segunda se abandonaba al propio impulso en un procedimiento personal; en la tercera oscilaba entre las dos formas anteriores. Por eso definía la obra como una transición de la novela de “escuela” a la “manera” original. La fuerza de la novela “no se ha mostrado tanto en la psicología de los personajes como individuos, cuanto en la de las situaciones por que atraviesan ellos. Las páginas centrales del libro, que contienen estas situaciones conflictivas, son

⁶⁸ En 1909, González Martínez había publicado su tercer libro de poesías, *Silenter*, en México; Nervo *En voz baja* y Dávalos *Las ofrendas*, ambos en Europa. La novela de López Portillo, *La parcela*, ambientada en una hacienda mexicana, había aparecido en 1898; circulaba en su segunda edición con el costo de un peso con cincuenta centavos, según los anuncios en *El Tiempo* de esos días. El libro de poesías de Urbina, *Puestas de sol*, aparecería en marzo.

probablemente lo mejor que ha escrito el novelista mexicano, y tienen su significación propia dentro de la novela de América española.”

“La tragedia de las Rosas” de José Escofet se estrenó el jueves 24 de febrero en el Teatro Virgina Fábregas. *La Patria* afirmó que había sido un triunfo “de los que hacen época”. A Escofet se le conocía como novelador y crítico, decía *El Mundo Ilustrado*, y ahora se presenta como auténtico autor dramático. La obra trataba de los conflictos pasionales suscitados cuando un hombre cosmopolita, egoísta y envanecido, retorna al rincón familiar provinciano, donde juega con los sentimientos de dos hermanas, una de ellas casada. Se trataba, según el articulista, de la “derrota del egoísmo; el fracaso del ‘superhombre’ á la manera nietzscheana; el triunfo del amor y del bien sobre el espíritu teorizante.”⁶⁹

En su *Diario*, Pedro anotó que la obra había perdido mucho con la representación. El día del estreno, Escofet le pidió un texto para publicarlo enseguida, por lo que esa misma noche se puso a escribirlo. La idea era publicarlo en *El Imparcial*, pero Reyes Spíndola puso pretextos por tratarse de Pedro, así que Escofet lo dio a *El Correo Español*.⁷⁰ El artículo apareció el 28 de febrero, con una introducción en que se resaltaba el juicio y la sutileza de Henríquez Ureña, “notabilísimo crítico dominicano”.⁷¹ Con un sobrio análisis, Pedro sustentaba una muy buena evaluación del dramaturgo español.

Psicólogo delicado, con imaginación poética, es quien ha sabido concebir ese drama, ese conflicto creado en un mundo antes tranquilo, por un espíritu inquieto, pero tibio en el fondo, conflicto que a él mismo lo hiere y destroza al fin. Los personajes de *La Tragedia de las Rosas*, tiene cada uno, su vida propia y característica; y el conflicto nace espontáneamente del encuentro de sus almas. Con gradación lenta, matiz por matiz, va insinuándose y creciendo el drama; y así llega, por suave pendiente, hasta la crisis culminante del segundo acto. El acto tercero y último es intenso y doloroso. No es raro, tratándose de un “primera obra”, que los escollos de la técnica dramática hayan hecho menos libre y seguro el desarrollo de las difíciles situaciones finales: hay en el último acto excesiva tensión a la vez que poco movimiento dramático; y su corte mismo impide la continuación del procedimiento psicológico empleado en los actos anteriores. Pero éstos constituyen el verdadero núcleo de la obra, y son los que le dan su carácter y su mérito: escenas

⁶⁹ “ ‘La Tragedia de las Rosas’ de José Escofet”, *La Patria*, 25 de febrero de 1910, p. 3); “La Tragedia de las Rosas”, por Maese Pedro, *El Mundo Ilustrado*, 6 de marzo de 1910.

⁷⁰ *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 166-167.

⁷¹ “La tragedia de la rosas”, *El Correo Español*, 28 de febrero de 1910. Extractos en *Pedro Henríquez Ureña en México*, de Alfredo A. Roggiano, México, UNAM, 1989, pp. 107-108.

hay, como el diálogo entre Rosario y Cristina en el primer acto que bien pueden llamarse magistrales.

La obra de Escofet debería tener efecto dentro del teatro en México, concluía Henríquez Ureña, “porque aunque Escofet no haya nacido en el país, su labor literaria ha sido hecha aquí, y de todos modos, su triunfo implica un estímulo para cuantos en Méjico, nacionales o extranjeros, pueden dar obras al teatro, creando así una producción dramática legítimamente mejicana”.

En esos dos artículos Henríquez Ureña cumplió con el deber de la amistad. Lo hizo con análisis extensos, matices críticos y con la intención de fundamentar sólidamente la valía literaria de sus dos compañeros escritores.

Los amigos dieron un banquete a Escofet y González Peña, siendo Pedro el encargado de dar el discurso. Lo hice, anota para sí, “con la mayor sencillez posible, pero sin saber cómo acabar aprisa: en suma, bastante mal. Pero este detalle á nadie descontentó”.⁷²

Por esos días Antonio Caso, el presidente del Ateneo de la Juventud, dio nuevas conferencias. El domingo 27 de febrero asistió al Museo de Artillería para hablar sobre “el culto a los héroes” ante miembros de los orfeones populares.⁷³ Un mes después, el 29 de marzo, ofreció otra con el tema “La paz prepara la guerra”, ahora con la presencia de jefes y oficiales del ejército. El joven profesor explicó que la idea de patria subsiste aún en sociedades que carecen jurídicamente de nación, como Polonia. La crónica periodística dice que Caso citó “por último, y ya entrando de lleno al tema de su conferencia, ‘La Paz prepara la Guerra’, á un célebre pensador inglés que ha dicho que en tiempos de paz debe existir ‘un equivalente moral de la guerra’, un espíritu civilizado que sustituya la guerra, que prepare para ella en un continuo ejercicio de energías y de vigor.”⁷⁴ Las ideas de Caso, que entrevemos en la nota del diario, tenían mucho sentido en los tiempos que corrían. La intensidad política y los preparativos para el Centenario pueden interpretarse como un continuo ejercicio de energías, un entrenamiento del vigor de la sociedad mexicana.

En marzo se realizó la acostumbrada peregrinación a la tumba de Gabino Barreda organizada por la Sociedad Positivista y algunos discípulos del maestro. Pálidas notas

⁷² *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 167.

⁷³ *El Imparcial*, 25 de febrero de 1910, p. 4; “Conferencia histórica”, *El Tiempo*, 1 de marzo de 1910, p. 6.

⁷⁴ “Conferencia en el Museo de Artillería”, *El Imparcial*, 30 de marzo de 1910, pp. 1 y 12. También *El Tiempo*, 30 de marzo de 1910, p. 4.

aparecieron en los diarios sobre el acto presidido por Porfirio Parra, Agustín Aragón, Horacio Barreda y Erasmo Castellanos Quinto. Entre los asistentes se menciona a Nemesio García Naranjo. A finales del mes, se informaba del proyecto de erigir un monumento en honor de Barreda en un jardín cercano a la Preparatoria.⁷⁵ Los ateneístas no prestaron atención a estos asuntos. Cuando defendieron la memoria de Barreda, en 1908, lo que de verdad les importaba no era Barreda por sí mismo, sino dar la batalla contra el positivismo y el “retroceso” conservador en la educación pública.

El 16 de marzo falleció Juan de Dios Peza, poeta sumamente conocido y popular (principalmente por sus “Cantos del Hogar” de 1884), reverenciado por buena parte de los intelectuales mexicanos. “La noticia”, decía *El Imparcial*, “ha causado en todo el país una profunda sensación.” Los periódicos relataron largamente las exequias, así como la biografía y la obra del poeta nacido en 1852. Mas para los escritores de las generaciones recientes se trataba de un poeta de época ya caduca. Los ateneístas, en su mayoría, no resintieron su muerte ni participaron en la velada en su honor. Algunos sí lo apreciaban; en las crónicas de los funerales aparecen los nombres de Isidro Fabela y Carlos González Peña.⁷⁶

En febrero y marzo el Ateneo no realizó actividades públicas. No obstante, Emilio Valenzuela, el conductor de la *Revista Moderna*, se tomó en serio la labor de publicidad. Pidió a Amado Nervo, copropietario de la revista y diplomático en España, que diera palabras de aliento a los jóvenes del Ateneo. La respuesta apareció en el número de marzo. El benévolo poeta saludó a los jóvenes con entusiasmo. Y les advirtió: G

Atravesamos en la actualidad, amigos míos, por un periodo de sombra, en que el anonidismo triunfante, el hombre de lucro, la frivolidad de ciertas clases representativas, tienen para el Arte, para la Poesía, una sonrisa de menosprecio. Es fuerza por tanto que afirméis con más vigor que nunca vuestra personalidad de poetas, como la más pura, la más insigne, la más bella de todas las personalidades.⁷⁷

Se notaba que Nervo desconocía al nuevo grupo, cuyas preocupaciones estaban, más que en la afirmación de una personalidad poética, en el desarrollo de los estudios críticos y en temas no exclusivamente literarios. El espaldarazo, de cualquier manera, era importante. Provenía del

⁷⁵ “En memoria del Doctor Barreda”, *La Patria*, 29 de marzo de 1910, p. 3.

⁷⁶ “Ayer murió el poeta D. Juan de Dios Peza”, *El Imparcial*, 17 de marzo de 1910, pp. 1 y 2; *El Imparcial*, 18 de marzo de 1910, p. 3 y 5; “Juan de Dios Peza”, *El Tiempo Ilustrado*, 20 de marzo de 1910, p. 190.

⁷⁷ “Al Ateneo de la juventud”, *Revista Moderna de México*, marzo de 1910, pp. 42-43.

poeta mexicano vivo de mayor fama, que había estado obteniendo triunfos constantes en España, y se publicaba en la revista literaria que seguía siendo la más importante en México.

En el campo de la política

La defenestración del general Bernardo Reyes se consumó a finales de octubre de 1909, por los días en que se fundaba el Ateneo de la Juventud. El 23 de octubre la Legislatura de Nuevo León le concedió una licencia indefinida como gobernador y nombró al general José María Mier para tomar el puesto de manera interina. El general Reyes viajó a la ciudad de México para hablar con el presidente Díaz, quien le confirió la misión especial de estudiar en Europa las formas de organización militar. El 11 de noviembre don Bernardo llegaba a Nueva York y días más tarde emprendía el viaje a Europa.

Las represalias contra el reyismo fueron directas, empezando con los principales colaboradores del general. Antes de la entrevista de Reyes con Díaz, Heriberto Barrón perdió su cargo como diputado y se exilió en los Estados Unidos, donde hizo reiteradas declaraciones en contra de Corral y el grupo científico. A finales de noviembre, utilizando un viejo asunto judicial, se inició un juicio contra el senador José López Portillo y Rojas, otro de los principales hombres del general Reyes. Se anuló su fuero y se le encarceló a principios de diciembre.⁷⁸

Con la partida de don Bernardo desapareció la figura política que había aglutinado a una parte de la clase política y que atraía mayores simpatías populares. El poeta José Juan Tablada publicó, en *El Imparcial* del 26 de octubre, un “Himno final al General Porfirio Díaz”, llamándolo a envainar la espada, pues la obra de paz estaba completa.

¡Envaina ya el acero! Triunfante y altaneras
Tornaron tus legiones de la épica batalla;
Con plácidos olivos se adornan las cimeras;
La flor se asoma al borde de un casco de metralla
Y un vuelo de palomas se posa en las banderas....

⁷⁸ Sobre el asunto de López Portillo, las noticias aparecidas en *El Imparcial*, 27 y 30 de noviembre, y 8 de diciembre de 1909.

Derrama el novilunio sus tibios alabastros!
La sombra procelosa desgarrar sus cendules;
Abajo están las flores; arriba están los astros....!
La Paz extiende claras auroras boreales!⁷⁹

Con tono triunfalista iniciaría el año del Centenario, pero lejos estaba de imperar la paz en el terreno político. El día 30 de octubre *El Partido Democrático* publicaba “El segundo capítulo de cargos concretos”, escrito por Luis Cabrera bajo su seudónimo de combate, Blas Urrea. En el primer capítulo se había ocupado de indicar cómo los “científicos” obtenían fondos públicos para provecho personal, tomando como ejemplo paradigmático a Rafael Reyes Spíndola y las subvenciones que recibía su periódico, *El Imparcial*. En este segundo capítulo exponía extensamente cómo los científicos obtenían y acaparaban puestos o empleos públicos “que por su número o por la liberalidad de sus dotaciones, constituyen canonjías.”

En su análisis de los empleos públicos en México, Blas Urrea señalaba que lo más importante no era la retribución oficial, muy modesta en los puestos bajos o medios, sino que los empleos eran utilizados para obtener ingresos mayores por vías ilegítimas. Uno de los ejemplos se refiere al ramo de la justicia: “En los palacios de Justicia se gastan diariamente cientos de pesos en gratificaciones, que no son otra cosa que cohechos, y de ese modo, a la autoridad del escribiente o del escribano se agrega la facilidad de las ‘búsquedas’, que no son tales, porque el empleado no las ‘busca’, sino que vienen por sí solas; de modo que un escribiente con sueldo nominal de \$60.00, gana otro tanto por gratificaciones, y un actuario, con sueldo de \$150.00 mensuales, hace subir sus ingresos a quinientos pesos o más.”⁸⁰ Con esto podemos imaginar lo que sucedía en los casos de defensores públicos, agentes del Ministerio Público y jueces, el espacio laboral del “grupo Belén”.

Porfirio Díaz utilizó los empleos públicos como instrumento político, concentrando en sus manos los nombramientos, de los más altos a los insignificantes.

El sistema mismo de recomendaciones, tan perjudicial para el buen servicio de la administración pública, es para él un medio admirable de obligar la gratitud de los recomendantes y de balancear la fuerza de éstos por medio de un complicadísimo sistema de compensaciones, que a la vez que

⁷⁹ “Himno final al General Porfirio Díaz”, *El Imparcial*, 26 de octubre de 1909, p. 4.

⁸⁰ “El segundo capítulo de cargos concretos”, en Fernando Zartuche, *Luis Cabrera: Una visión de México*, Segunda serie de Lecturas Mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1988, p. 90.

produce una gran economía en las liberalidades, deja contentos a todos y le permite medir en cualquier momento la fuerza de sus favorecidos, aumentando la de unos, mermando la de otros y teniendo amenazada la de todos.⁸¹

El grupo científico estaba utilizando el mismo sistema. El articulista presentaba listas de nombres, clasificados de acuerdo a su tendencia política, para mostrar cómo los científicos ocupaban muchos de los mejores empleos al frente de las Secretarías y subsecretarías de Estado, en la Suprema Corte de Justicia, los gobiernos estatales, el Senado y la Cámara de Diputados. De esta manera, el partido científico no sólo sacaba provecho pecuniario y facilitaba sus negocios, concluía Urrea, sino que había acumulado tal fuerza que, dadas las circunstancias, podía imponer su voluntad al mismo Díaz.

El texto fue reproducido y comentado por otros diarios, suscitándose una nueva andanada de réplicas en pro y en contra de los llamados científicos. *El Diario del Hogar*, que publicó el artículo de Blas Urrea, recibió una carta aclaratoria de Ramón Corral.⁸² A finales de 1909 la publicación por entregas del libro *México Bárbaro* en un diario en los Estados Unidos avivó las polémicas. La mayoría de los diarios mexicanos censuró como exageraciones y falsedades lo que denunciaba el libro, pero algunos, como *México Nuevo*, manifestaron su acuerdo con los relatos de John Kenneth Turner sobre la realidad mexicana.

Los diarios no sólo eran el espacio de las disputas, sino también actores activos de las mismas. *El Diario del Hogar* y *México Nuevo* responsabilizaban a Ramón Corral de la línea altisonante de *El Debate*. Este periódico, según la publicación de Filomeno Mata, agonizaba debido al retiro de sus colaboradores.⁸³ En diciembre, *El Diario del Hogar* recriminaba al periódico corralista un “virulento artículo” que denunciaba supuestos pactos celebrados entre el diario opositor y Rodolfo Reyes.⁸⁴

La campaña antirreeleccionista se intensificó a finales de 1909, fortalecida a través de alianzas con fuerzas antes impulsoras del general Reyes. *El Diario del Hogar* fue uno de sus principales órganos de propaganda; adoptó el lema “Sufragio Efectivo, No reelección” y resaltó las principales actividades de Madero y sus seguidores. El 21 de diciembre dio cuenta del mitin

⁸¹ *Ibidem*, p. 94.

⁸² *El Diario del Hogar* publicó el artículo de Luis Cabrera los días 4 y 5 de noviembre; la carta de Corral el día 13.

⁸³ “‘El Debate’ se acaba”, *El Diario del Hogar*, 18 de noviembre de 1909, p. 2.

⁸⁴ “Al bisemanal del Sr. Corral”, *El Diario del Hogar*, 19 de diciembre de 1909, p. 1.

en el Tívoli del Eliseo, en el que Madero fue orador principal y al cual asistió el reyista Partido Nacional Democrático con su presidente Samuel Espinosa de los Monteros a la cabeza.⁸⁵ Consignó la aparición de “El Constitucional”, órgano del movimiento. Con exaltados titulares informó de la manifestación en defensa del execrado López Portillo, liderada por Espinosa de los Monteros a finales de diciembre. “¡Abajo los científicos!”, fue la consigna de 4 a 5 mil personas que marcharon por las calles de la ciudad, convocadas por el Partido Nacional Democrático.⁸⁶ El diario también informaba de las manifestaciones en otros lugares del país.

En este bando, José Vasconcelos se dio de baja. Decidió renunciar al Partido Antirreeleccionista porque, según él, no se preparaba la rebelión y no quería ser víctima en un movimiento reprimido e indefenso.⁸⁷ Madero, en extensa carta del 13 de noviembre, trató de reconvenirlo.

Si usted, que es lo que yo creo, sucumbe al desaliento o cedió a las amenazas que le hizo su jefe de desocuparlo, entonces obró con poco tacto, pues debe comprender que son raras las oportunidades que se le presentan a un hombre, de poder demostrar su valor, su entereza y su constancia al servicio de una causa noble.

Madero le advertía que, aunque sería lamentable su separación del Partido, el vacío sería llenado inmediatamente por alguien que, sin tan buena pluma, “tendría, en cambio, mayor firmeza, virtud indispensable en las contiendas políticas.”⁸⁸ Hayan sido las razones que aduce Vasconcelos o las que suponía Madero, el caso es que el joven abogado no cedió, separándose de la lucha política por un tiempo.

En el bando de la Reelección, el también ateneísta Nemesio García Naranjo pasó atribulaciones a fines de 1909. El vicepresidente y secretario de Gobernación, Ramón Corral, lo mandó llamar para encargarle una misión. Quería que le llevara al general Jerónimo Treviño el mensaje de arreglar ciertos problemas en las planillas de candidatos a regidores y síndicos, que podían causar conflictos serios. Nemesio se negó, aduciendo la autoridad que Treviño tenía sobre él y su familia. Corral insistió. Según él, Treviño se sentiría herido si la instrucción fuese hecha

⁸⁵ “Mitin Antirreeleccionista”, *El Diario del Hogar*, 21 de diciembre de 1909, p.1.

⁸⁶ Véanse las ediciones de *El Diario del Hogar* del 21 de diciembre, p.2, y del 29 de diciembre de 1909, p. 1.

⁸⁷ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, p. 331.

⁸⁸ Carta fechada el 13 de noviembre en Tehuacan, Puebla, en respuesta a una de José Vasconcelos del 11 de noviembre. En Taracena, Alfonso, *José Vasconcelos*, México, Editorial Porrúa, colección “Sepan cuántos...”, 2005 [1982], pp. 3-5.

por cualquiera, incluso por el mismo general Díaz. Por eso tenía que ser alguien cercano. “Se lleva usted estas planillas rivales”, le explicó, “se encierra con él, y con la sinceridad con que un hijo le habla a su padre, puede arreglar el asunto mejor que nadie.”

Nemesio trató de solventar el asunto aceptando hacer gestiones de manera indirecta, a través de familiares y el general José María Mier, gobernador interino de Nuevo León. Corral le indicó que no iría como empleado federal, sino que el presidente le daría un puesto en el gobierno del estado. Nemesio tuvo que ceder, pero la amarga encomienda se frustró gracias precisamente al general Mier, quien al ser informado por Corral, replicó que si su deseo era ayudar a Nemesio le diera un puesto nacional y no lo metiera en la política pueblerina. “El general Mier”, le confió Corral a Nemesio, “ha demostrado que su amistad hacia usted es de más calidad que la mía. En efecto, mientras yo pensaba en la política, él pensaba en usted, únicamente en usted, y es muy probable que con sus palabras desinteresadas, haya preparado su ingreso a la Cámara de Diputados en el año entrante.”⁸⁹ El resultado final del entuerto fue una estupenda recomendación política para Nemesio.

Madero dirigió una carta a Limantour, fechada el 18 de noviembre, comunicándole los objetivos de su partido y detallando los atropellos contra sus correligionarios en México, Puebla y Yucatán. El secretario de Hacienda respondió pronto, diciéndole que no podía discutir los asuntos políticos que le planteaba. Aunque ambos perseguían ideales democráticos, afirmaba, lo hacían por caminos diferentes. Procuraría hablar con quien correspondiera, pero sería difícil intervenir ya que lo denunciado era competencia de los tribunales.⁹⁰

El líder antirreeleccionista hizo campaña en la península de Yucatán, Oaxaca, Hidalgo y Guadalajara. Al iniciar 1910, en Mazatlán, fue recibido por el escritor Heriberto Frías. Luego pasó a Culiacán, Sonora, donde se libró de unos intentos de complot para asesinarlo. Además del proselitismo electoral, Madero iba tejiendo lazos con personas que pudieran ser de ayuda para la probable lucha violenta. Dice Taracena: “La verdad es que en todo su recorrido por el Occidente, Madero viene celebrando conferencias secretas con rancheros decididos, y que a Maytorena, a

⁸⁹ García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, La serpiente emplumada 10, Factoría Ediciones, México, 1998, pp. 111-113.

⁹⁰ La carta de Madero está fechada el 18 de noviembre, la contestación de Limantour el 25 del mismo mes. Ambas incluidas en Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], pp. 218-219 y 219, respectivamente.

Benjamín Hill y al joven Adolfo de la Huerta le ha expedido nombramientos militares.”⁹¹ Continuó sus giras por Chihuahua y en los siguientes meses Coahuila, San Luis Potosí, Aguascalientes y Guanajuato.

El Diario del Hogar, cuando empezó a correr el mes de enero, quiso detonar una noticia espectacular. El general Díaz había pronunciado una “alocución sensacional” que la prensa oficial pretendía ahogar. Cuando respondió a las felicitaciones de los dirigentes reeleccionistas con motivo del año nuevo, el presidente había dicho: “Espero que cuando llegue el momento de ejercitar los derechos para resolver el problema electoral y designar a mi sucesor, se fijen en una persona que aun cuando no sea amiga, tenga el patriotismo, y la honradez necesaria para ser digna de regir los destinos de la nación y hacer la felicidad de nuestra querida patria.” Los diarios oficiales habían ocultado o “corregido” estas declaraciones. Sería verdaderamente chusco, atizaba el diario, que nuestro presidente terminara su gobierno “tutoreado por los científicos”.⁹²

El periódico continuó dando vuelo al asunto, advirtiendo, además, que se le perseguía por su labor crítica, pretextando asuntos judiciales.⁹³ El sábado 15, en su editorial “La libertad de prensa”, lamentaba que en el país la libertad estuviera sujeta, “por desgracia, como en la mayoría de los países latinoamericanos, á las intrigas de políticos influyentes ó á la decisión de alguna autoridad, que viola la ley.” Este asunto requiere tratarse ampliamente, decía, lo cual haremos “con moderación, para que no se crean que nos ciegan las pasiones.”⁹⁴ No hubo oportunidad, pues ese mismo día se presentó la policía para apresar a quienes estaban en la redacción, entre ellos un hijo del director. El diario quedó suprimido y Filomeno Mata, días después, se puso a disposición de las autoridades.⁹⁵ Después de varios meses en prisión, el periodista volvió a editar su diario, en agosto, cuando ya estaba confirmada la reelección de Díaz y Corral.

La represión política seguía acumulando víctimas. A finales de enero, los ex reyeyistas Enrique García de la Cadena y Samuel Espinosa de los Monteros fueron reducidos a prisión. Por su parte, Jesús Urueta comenzó una serie de artículos muy fuertes, ya no en *El Partido*

⁹¹ *Ibidem*, p 226.

⁹² “El Sr. Gral. Díaz pronuncia una alocución sensacional”, *El Diario del Hogar*, 4 de enero de 1910, p.1.

⁹³ “Los corralistas contra el señor general Díaz”, *El Diario del Hogar*, 7 de enero, p. 1; “Ataques feroces al señor general Díaz”, *El Diario del Hogar*, 8 de enero, p. 1; “Ante la nación y ante la posteridad. El problema vicepresidencial”, *El Diario del Hogar*, 11 de enero, p. 1.

⁹⁴ “El verdadero motivo por que se nos acusa”, *El Diario del Hogar*, 14 de enero, p. 1; “La libertad de prensa”, *El Diario del Hogar*, 15 de enero, p. 1.

⁹⁵ “Arresto del Director del “Diario del Hogar””, *El Tiempo*, 19 de enero de 1910, p. 1.

Democrático, órgano reyista desaparecido, sino en el *México Nuevo* de Juan Sánchez Azcona. Esta es una muestra de su línea:

Tengo la convicción, en varias ocasiones expuesta, de que el único medio de conservar nuestra nacionalidad es la conquista de la libertad política. Solamente la libertad política puede convertir la paz precaria, ó sea la sumisión á la fuerza de un hombre poderoso, en la paz definitiva y fecunda, ó sea la sumisión á la Ley emanada de la conciencia de un pueblo libre. Creo igualmente que lo que el pueblo no haga por sí mismo en el sentido de su emancipación, el poder no lo hará. Y no hay que culpar al poder, porque no tiene entre sus funciones la de otorgar libertades; no puede hacer otra cosa que regularlas cuando el pueblo es fuerte ó destruirlas cuando el pueblo es débil. Yo todavía no creo que el General Díaz haya hecho la Paz: necesitamos esperar que los acontecimientos posteriores á su muerte decidan si debe llamársele ó no el Pacificador. Por eso en los momentos actuales estoy por el pueblo contra el gobierno.⁹⁶

Siguieron las represalias contra la prensa independiente. A principios de marzo tocó el turno a *México Nuevo*. Según las notas en los diarios, cuyos detalles varían, se debió a que su propietario, Juan Sánchez Azcona, perdió un juicio sobre la propiedad de la maquinaria de la imprenta. El resultado fue el embargo de los bienes y el apresamiento de algunos miembros del personal. Reapareció el diario en los últimos días del mes, pero la persecución contra Sánchez Azcona persistió.⁹⁷

Varios connotados reyistas decidieron plegarse al oficialismo. A principios del mes de marzo se dio a conocer una carta del sociólogo Andrés Molina Enríquez. Se decía el más antiguo partidario de Bernardo Reyes, pero llamaba a aceptar los hechos consumados y apoyar la candidatura de Ramón Corral. Consideraba buena la reelección porque Corral, como Reyes, era mestizo (es decir, representaba las tendencias sociales mayoritarias o populares) y aunque había estado patrocinado por “los oligarcas”, Molina Enríquez confiaba que no sería siempre así. Aceptemos al señor Corral “franca y lealmente, y tengamos fe en él ya que el señor General Díaz nos da ese ejemplo.”

Pero esto no significa claudicación, decía: hay que formar una corriente que impida el avance de las fuerzas conservadoras de los oligarcas. Opongamos la acción renovadora de

⁹⁶ Citado en “La prensa de hoy”, *La Patria*, 22 de enero de 1910, p. 1.

⁹⁷ “La autoridad civil embarga la maquinaria y el moviliario (sic) de ‘México Nuevo’”, *El Tiempo*, 2 de marzo de 1910, p. 1; “Secuestro de la maquinaria y útiles de ‘México Nuevo’ ”, *El País*, 2 de marzo de 1910, p. 1. La reaparición del diario es consignada por *La Patria* el 31 de marzo de 1910, p. 2.

nuestras fuerzas, “dentro del orden de cosas que se establece. Formemos dentro de él, los demócratas, los antireeleccionistas y los reyistas, el partido renovador, dando mayor cohesión á la nebulosa que ya forman personalidades tan distinguidas como los señores Calero, Bolaños Cacho, Vázquez Gómez, García Granados, Peón del Valle, Aragón, Sánchez Azcona, Ferrel, Madero, Esquivel Obregón, Cabrera, Alegre, Leyva, Barros, Urueta, Basave, etc., etc.”⁹⁸

A mediados de marzo, después de mantenerse muy discreto por varios meses, Rodolfo Reyes partió hacia Europa con el fin de reunirse con su padre.⁹⁹ Otro reyista de primera línea, Heriberto Barrón, aceptó públicamente el consejo de Molina Enríquez. En carta aparecida en *El Tiempo* consideraba la reelección como algo consumado, llamaba a apoyar a Corral y anunciaba su retiro de la política.¹⁰⁰ Mientras tanto, López Portillo seguía preso, pues los recursos para su liberación causal habían fracasado.

Eran momentos de triunfo para los reeleccionistas. Los miembros de *El Debate* dieron un banquete a su director, Guillermo Pous, a mediados de febrero, al que asistieron los ateneístas Nemesio García Naranjo y José María Lozano.¹⁰¹ El 9 de marzo *El Imparcial* informaba que, puesto que habían desaparecido varias hojas de “la llamada oposición”, *El Debate* acordó suprimir su edición del miércoles y mantener sólo la del sábado. No descartaba volver al combate si las circunstancias lo requerían, pero por el momento se ocuparía de asuntos literarios, sociales y teatrales.¹⁰² En el editorial “Bandera Blanca”, *El Debate* decía: “Se han apagado los fuegos en las trincheras enemigas, se ha disipado el humo de la batalla; apenas se oye zumbir uno que otro proyectil perdido: se han arriado las banderas negras de la lucha sin cuartel, y vemos tremolar las banderas blancas, las del parlamento.”¹⁰³

Los reeleccionistas preparaban la gran manifestación en honor de Díaz a celebrarse el día 2 de abril. En los últimos días de febrero se reunió el comité ejecutivo de la Convención Nacional Reeleccionista.¹⁰⁴ Igual hizo el Comité de Propaganda el 12 de marzo, en su sede en el edificio de La Mexicana. La reunión fue presidida por Rafael Martínez Freg, y en la muy larga lista de

⁹⁸ Carta fechada el 6 de marzo, publicada bajo el título “Un buen consejo á los reyistas”, en *El Tiempo* del 9 de marzo de 1910, p. 1 y 2.

⁹⁹ *El País*, 15 de marzo de 1910, p. 2.

¹⁰⁰ “Una carta del Lic. Heriberto Barrón”, *El Tiempo*, 22 de marzo de 1910, p. 1. La carta está fechada el 16 de marzo en Nueva York.

¹⁰¹ *El Imparcial*, 18 de febrero de 1910, p. 3.

¹⁰² “El Debate”, *El Imparcial*, 9 de marzo de 1910, p. 2.

¹⁰³ Citado en “La Prensa de hoy”, *La Patria*, 12 de marzo de 1910, p. 2.

¹⁰⁴ *El Tiempo*, 26 de febrero de 1910, p. 1.

asistentes vemos varios ateneístas: Rubén Valenti, Emilio Valenzuela, José María Lozano, Alejandro Quijano y Guillermo Novoa.¹⁰⁵ La Comisión de Propaganda se volvió a reunir a finales del mes para afinar detalles. Mientras, Emilio Valenzuela y Francisco Aguilar organizaron un banquete para los miembros del Club Central “Ramón Corral”, dirigido por ellos y conformado por jóvenes y estudiantes que realizaban propaganda activa.¹⁰⁶

Colocadas las últimas piedras sobre la tumba política del general Reyes (de la cual surgiría más adelante, en un contexto por completo diferente), suprimidos la mayoría de los periódicos de oposición y encarcelados periodistas y líderes opositores, el campo de batalla parecía despejado. Se vislumbraba, para después del descanso de Semana Santa, una jubilosa exaltación porfirista en los primeros días de abril.

II. Henríquez Ureña y la vida del grupo corto

A finales de marzo, Pedro pasó varios días de excursión en la zona de los volcanes, aprovechando el descanso de la Semana Santa. Regresó a la capital el lunes 28 y al día siguiente retomó su *Diario*. Habían pasado cuatro meses desde sus últimas anotaciones, breves y optimistas por su nuevo trabajo en la Antología del Centenario. “Tuve pereza para continuar mis notas, aunque mucho habría podido anotar desde Diciembre”, escribe. Prescindió de escribir para sí mismo por pereza, pero también porque su situación era buena. No concebía su *Diario* como medio para desahogar sus cuitas, pero de hecho eso había sido desde que lo iniciara en agosto de 1909. En adelante, en las pocas pero muy extensas entradas de su diario, ya no leemos tanta preocupación, incluso desesperación por sus condiciones personales.

¹⁰⁵ “El comité de Propaganda del Club Reelectionista celebra una sesión”, *El Imparcial*, 13 de marzo de 1910, p. 4. Incluyo a Alejandro Quijano aunque ignoro si para entonces era ya socio efectivo dentro del Ateneo de la Juventud.

¹⁰⁶ *El Imparcial*, 22 de marzo de 1910, p. 3.

Había mucho que anotar. La visita de Altamira, las actividades del Ateneo de la Juventud, el viaje de Jesús T. Acevedo a Europa. Seguramente extrañaba a este amigo, como dice una autora¹⁰⁷ y por ello se ocupó largamente de él. Veamos maniobrar el filo henriquezureñista.

El viaje le convenía á Acevedo, especialmente en estas condiciones, pues nunca ó difícilmente habría sido capaz de reunir dinero para irse por su cuenta; y mientras tanto se iba enredando en la vida rutinaria de México. Su debilidad por las mujeres *de vida airada* (y cuenta que el género anda en México de capa caída, física y moralmente) lo habían llevado hasta poner casa á una profesional vulgar, y hacerse con ella no sé qué ilusiones: ahora, al irse, le ha dejado la casa, y piensa volver á reunirse con ella. ¡Quieran los dioses que París le quite esas ilusiones! Aunque la verdad, Acevedo, aunque gusta de ver á las mujeres *chic*, no las prefiere en el trato; y aquí mismo, entre las profesionales, gusta solo de las que lo son francamente, y no de las más caras, entre quienes predomina el elemento extranjero, sino de las de precio intermedio: los consabidos cinco pesos. ¡Y va diferencia de esas á las de precio doble, que fingen modales señoriles y reciben en traje de baile! Hay en Acevedo no sé qué dualidad: por un lado, gusta de las cosas más refinadas y elegantes: las mujeres *very smart*, la literatura de Óscar Wilde, de D'Annunzio, de Verlaine, de Mallarmé, de Rodenbach, la música de cámara, la pintura impresionista, las obras de los grandes retratistas, los modales cultos, la charla llena de *esprit*, la buena comida, el *sport* vigorizador; y por otro lado, se inquieta por las prostitutas de burdel, y le gusta el ambiente de esos lugares, y la charla de ellas, y lee á Willy con deleite, y se apasiona por los toros. Algo de infantil, de curiosidad no saciada todavía, á pesar de cuatro ó cinco años de experiencia, hay en ese amor por las mujeres públicas... de México. Pero es que en Acevedo hay no sé qué elemento de origen que lo ata á las cosas bajas. Entiendo que sus padres son muy honorables y modestos, pero sé que algunos de sus hermanos se han descarriado.

La disquisición sobre el amigo se centraba en lo moral. Henríquez Ureña veía una incongruencia, pues, a la vez que Acevedo tenía afición por las mejores expresiones de la cultura, gustaba de lo bajo y vulgar. La “dualidad” reflejaba una personalidad no resuelta que tenía sus implicaciones en el orden profesional e intelectual.

Su carrera profesional quizás hubiera podido ser de las mejores, pero su carácter le ha impedido hacer más. Cuando conocí á Acevedo, Ricardo Gómez me había hecho de él tan extraordinarios elogios que yo lo creía un sabio y algo así como un trabajador solitario. Pero no: la actitud de soledad que asumía Acevedo era en gran parte una *actitud* y lo demás era conjunto de

¹⁰⁷ Susana Quintanilla, “Nosotros” *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México D. F., Editorial Tusquets, Fundación Tv Azteca, 2008, p. 223.

circunstancias. Vivía alejado de su familia, pero por gozar de mayor libertad, y yéndola á ver diariamente; y si no se mezclaba en círculos, era tanto por el disgusto que le causaban los tontos desconocidos como por la falta de ocasión. Después ha andado en grandes grupos de amigos, y no ha estado descontento, aunque sigue tan escéptico como siempre respecto del mérito de las gentes. Pero ha tenido la vida fácil, por lo menos en los últimos años, y no aspira con vigor á nada, y por eso prefiere trabajar lo menos posible. Algo pueden haber influido los desengaños, pues su primer proyecto, el de Escuela Normal, le fue premiado en concurso, y luego, se le hizo modificarlo para que costara menos su construcción, y este nuevo proyecto le fue escamoteado por Porfirio Díaz hijo: quien tomó el de Acevedo, entregado á la Secretaría de Hacienda, le hizo ligeras modificaciones y lo firmó. En el concurso de monumento á Juárez fue derrotado con malas artes.¹⁰⁸

El arquitecto, que se acercaba a los treinta años, tenía razones para estar desencantado del medio cultural porfirista, en el cual no tenía más remedio que seguir tratando de abrirse paso. Henríquez Ureña se planteaba la personalidad del amigo como un problema. El asunto sobre Acevedo no difería en lo fundamental de lo que veía en otros jóvenes intelectuales: cómo alguien con excelentes dotes tiende al estancamiento y a la mediocridad a causa del medio, de un carácter descompuesto o por “debilidades” morales. Tal vez, deseaba Pedro, los aires europeos liberaran a Acevedo y lo impulsaran a dar más de sí.

Jesús T. Acevedo era uno de los mayores animadores del grupo de jóvenes. Alfonso Reyes escribiría, más de dos décadas después, importantes detalles sobre él. Era un conversador magnético, “ejercía verdadero imperio sobre muchos. Quería dominar suavemente a sus amigos; y si alguno se le emancipaba, rompiendo el influjo mágico, entonces Acevedo se dolía, se quejaba.” “Tenía dos *teams* de amigos: uno lo formábamos nosotros. El otro lo reclutaba él a la medianoche.” Había en él, según Reyes, cierto sarcasmo, cierta manera desdeñosa; “le gustaba someter al amigo al torcedor de una paradoja, de una burla imperceptible. Lanzaba una frase como un flechazo. Inventaba una historia cruel. Traía siempre a alguien de perrito faldero. En un gesto oblicuo que ha sorprendido Diego Rivera (retrato cubista, propiedad de Genaro Estrada), dejaba caer como por sobre el hombro una opinión temeraria, una noticia imposible. ‘Haceos duros’, decía.” Reyes termina la evocación del amigo, para entonces ya muerto, con un cuadro romántico.

¹⁰⁸ Entrada del 29 de marzo de 1910. *Memorias, Diario, Notas de viaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 164-165.

A veces te veo, en mangas de camisa, al balcón de tu casita de barrio mexicano. Suena el fonógrafo, para darle gusto a la Fulana. Y tú hojeas tu *Paul Verlaine*, donde has pegado retratos de mujeres.

Camarada con quien he compartido, en las mocedades de México, la puta y la locura:

“Mis manos estas flores te dan.”¹⁰⁹

Con su agilidad mental y su desarrollado sentido de la ironía, Acevedo contribuía a mantener la intensidad en el grupo de amigos intelectuales. Su aportación era tan importante como la de Antonio Caso o Henríquez Ureña. Tenían estilos diferentes pero convergían. Gracias a ellos se desarrollaba, de manera constante, el espíritu de exigencia dentro del grupo.

En su *Diario*, Henríquez Ureña continuaba con las noticias sobre amigos y gentes conocidas: las obras de González Peña y Escofet, un encuentro complicado con el poeta Ricardo Arenales, el trato reciente con el escritor español Gonzalo de Murga, la obra del pintor Roberto Montenegro, etc. Hacía breve resumen de la situación política y de la temporada en los teatros, para luego describir en varias páginas su excursión al Popocatepetl.¹¹⁰

El jueves 24 de marzo, Pedro tomó muy temprano el Ferrocarril Inter-oceánico. Contempló largamente el paisaje del valle de México y sus conos volcánicos. El tren avanzó junto al lago de Texcoco y luego por el valle de Amecameca, de poca vegetación pero con muchos cultivos. Después de tres horas de viaje llegó al pueblo de Amecameca. No era todavía mediodía. Encontró en la estación al pintor Gerardo Murillo y a otros conocidos, Manuel Cataño y Luis Henríquez Guzmán, dos “catecúmenos” de Carlos González Peña, que iban al “Popo Park”, “lugar cercano, al cual se llega desde Amecameca, en tren, en unos quince minutos, y en donde *yankees* han fabricado para *yankees* un hotel con jardín y ruinas artificiales y otras tonterías.”

Murillo le brindó hospedaje en su casa. A Pedro le interesó el modo de vida del pintor, sencillo y apegado a la naturaleza. Como artista, tenía la singularidad de experimentar con materiales, pero su obra, para el gusto de Pedro, no llegaba a realizarse completamente. El

¹⁰⁹ “Notas sobre Jesús Acevedo”, fechado en 1924. *Reloj de sol*, en *Obras completas*, vol. IV, pp. 444-448.

¹¹⁰ Al parecer, Pedro prefirió ir a Amecameca en vez de aceptar un ofrecimiento de Isidro Fabela. Según notas en los diarios, Fabela había invitado a Carlos González Peña, Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Roberto Argüelles Bringas, Eusebio Ortega y otros más, para ir a descansar unos días en su hacienda El Salto, en el Estado de México. En la sección “Sociales y Personales”, *El Imparcial*, 17 de marzo de 1910, p. 3; nota en la sección “Notas de Sociedad”, *El País*, 16 de marzo de 1910, p. 2.

dominicano narra su paseo con Murillo por el cementerio y la iglesia del pueblo, hace anotaciones históricas, sociológicas y artísticas. Subieron al Sacro Monte, desde donde contemplaron el atardecer. Por la noche arribó Fernando Galván, con quien originalmente Pedro planeaba hacer el viaje. A la excursión del viernes se unieron Cataño y Henríquez, muy decepcionados del Popo Park. Hubo más visitantes en casa de Murillo. Entre ellos, el pintor y dibujante Alberto Garduño, quien hiciera una “máscara” de Pedro en ocasión de su conferencia sobre Gabriel y Galán, y Dios Arellano, “uno de esos políartistas que nada son en resumen”. Esa noche, Pedro durmió por segunda vez en el suelo de la casa del pintor; quería *endurecerse* un poco, pero despertó a las cuatro de mañana magullado, doliéndole la cabeza, el cuello y el pecho. El sábado subieron al Popocatepetl a caballo, a una altura de 4 mil 800 metros.

Quando la vegetación se acaba, todo es arenal: arenal que arde de día y se hiela de noche. Por esos arenales anduvimos, cada uno á su modo, y llegué hasta la *puerta*: de allí se divisan los valles, de tierra cálida, ó semi-cálida, del Estado de Morelos; las pendientes son enormes. El ascenso por entre la arena es penosísimo; y al llegar arriba, me fue necesario bajar inmediatamente, pues iba cerrando el crepúsculo y se desencadenaba el viento helado. El descenso fue rapidísimo –como unos quince minutos-, y llegué á tiempo para observar despacio la puesta del sol sobre el Nevado de Toluca, al Oeste, algo hacia el Sur, á unos 125 kilómetros de distancia: el sol se hundió como dentro del enorme cráter, mucho más ancho que él.

Pernoctaron en las alturas, junto a una hoguera, resguardados en un par de chozas rudimentarias, abrigándose con cobertores y zacate. Al día siguiente subieron de nuevo, alcanzando el pico de Hueyatlaco, a unos cinco mil metros de altura. Subieron por la mañana y para las siete de la noche estaban de regreso en Amecameca. Pedro habría querido quedarse pero los otros deseaban volver a la ciudad. Regresaron el lunes 28 de marzo por la mañana. Abstraído de la vida de la ciudad, revigorizado por el ejercicio en la montaña, Pedro se alimentaba de imágenes, datos y motivos de reflexión que desarrolló en su diario. Escribió al final:

¡Qué extraña sensación de angustia produce abandonar la naturaleza en que se ha vivido activamente para volver al imperfecto artificio de las ciudades! Yo ni siquiera había experimentado necesidades intelectuales: en los cuatro días sólo leí unas cien páginas de Henry James. Al regreso, México se veía envuelto en nubes de polvo...¹¹¹

¹¹¹ El relato de la excursión en la entrada del 29 de marzo de 1910, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp.169-177.

Regresó a la cotidianidad citadina y al empleo en la Antología, del cual, por cierto, no habla en sus anotaciones. Tampoco en los diarios aparecen muchas noticias sobre el proyecto. En enero, por ejemplo, *La Patria* resaltaba que los “inteligentes comisionados” habían ofrecido “que no presidirán, á su importante y honrosísima labor, ni prejuicios de escuelas ni simpatías ó antipatías personales.”¹¹² El trabajo debió ser pesado, pues había que hacerlo a marchas forzadas. Las labores se desarrollaban, según el recuerdo de Alfonso Reyes, en la Biblioteca Nacional. Ahí se asomaban de vez en vez los amigos.

En aquellas grandes salas destartaladas, que poco a poco se fueron llenando de mesas y de libros, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel iban hacinando materiales y trazando estudios monográficos. Y Luis dibujaba sus líneas, sintéticas, sobre la movediza montaña de la obra en formación. Los escritores desfilaban por ahí, husmeaban, tomaban alguna nota. Julio Torri y yo metimos un poco la mano en ciertos lugares de la obra, y yo pude entonces documentarme sobre la historia crítica del *Periquillo Sarmiento*. Un día apareció el pintor Juan Téllez. “Vea usted la crítica”- le dije mostrándole unas tijeras de cortar papel. Su cara se transformó al instante, sus ojos se dilataron. “¡Oh, sí! ¡La crítica!” –me dijo; y comenzó a contarme una serie de fantasías abstrusas, en que por primera vez descubrimos que nuestro pobre y fino amigo había perdido ya la razón.¹¹³

Otra versión, recogida por José Luis Martínez, indica que Urbina, Henríquez Ureña y Rangel se reunían a trabajar en el edificio de la Secretaría de Instrucción Pública, en un salón que servía de antesala al secretario particular del ministro. Deduce el historiador que Nicolás Rangel, quien además trabajaba en la Biblioteca Nacional, era el encargado de llevar los materiales documentales al edificio del ministerio.

Aquel salón permitía a Urbina combinar su trabajo secretarial con el de redactar el estudio preliminar y señalar los poemas y pasajes elegidos para la antología, para que fueran copiados; a todos, a todos, disponer fácilmente de libros, periódicos, folletos y manuscritos, que se hacían venir, además de la Biblioteca Nacional, del Archivo General de la Nación o de otros repositorios,

¹¹² “Dos poetas veracruzanos”, *La Patria*, 8 de enero de 1910, pp. 1 y 8. El diario se proponía hacer sugerencias sobre literatos dignos de ser seleccionados, y empezaba con un artículo sobre dos poetas veracruzanos contemporáneos, el senador Sotero Ojeda y su esposa Francisca Rovira de Ojeda. Pero el diario no volvió a ocuparse del asunto.

¹¹³ “Recordación de Urbina”, fechado en febrero de 1941, en *Obras completas XII*, p. 277.

así como de disponer de secretarías y auxiliares, y a don Justo supervisar la marcha de la obra sin perturbarla.¹¹⁴

Es probable que el trabajo más arduo de revisión de los materiales se haya hecho en la Biblioteca Nacional, y en la antesala de la oficina de Urbina las juntas para revisar los avances, tomar decisiones y discutir los estudios que acompañarían la edición de la *Antología*. Según Alfonso Reyes, él y Julio Torri colaboraron “un poco, anónima y voluntariamente, en la *Antología*”.¹¹⁵ José Luis Martínez indica que Reyes le obsequió unos apuntes manuscritos que tomó en aquellos días. “En hojas rayadas de contabilidad, ya hoy amarillentas y frágiles, fue anotando, del *Diario de México* en 1805 y 1806, los numerosos seudónimos, con las identificaciones que encontró y su lugar de aparición; las librerías de la ciudad de México y otros lugares en que se vendían libros, con domicilios; las escuelas que se mencionan en el *Diario*, y curiosidades menudas que halló en su lectura.” Los apuntes de Alfonso, asegura José Luis Martínez, no fueron utilizados, “acaso porque el severo Henríquez Ureña le exigió que terminara la revisión de los seis años que le faltaban del *Diario de México*.”¹¹⁶

Como dice el mismo autor, el trabajo debió ser apasionante para aquellos estudiosos. Debieron disfrutar los “hallazgos literarios”, las “trivialidades pintorescas” y los “avisos curiosos a que la época era tan inclinada”. Henríquez Ureña se entregó con gusto al trabajo sistemático y exhaustivo.

En abril, Henríquez Ureña escribió en un par de ocasiones en su *Diario*. Hizo anotaciones largas y animadas, sin ocuparse de política y con poco ejercicio de psicologías. El sábado nueve estuvo hasta tarde con Carlos González Peña, José Escofet y sus “catecúmenos”. Muy desvelado, se levantó el domingo para ir a Xochimilco con el español Federico Morales. Era la primera vez que visitaba ese lugar, conectado con la ciudad de México por un canal de aguas poco profundas. Pasadas las siete de la mañana iniciaron el trayecto en un bote de remos que alquilaron en Jamaica. En el recorrido avistaron algunos poblados, como Santa Anita, célebre por sus fiestas populares. Después el camino era solitario y el canal se estrechaba al acercarse a Xochimilco. En los bordes había largas arboledas que parecían plantadas para sombrear el canal. El agua lodosa

¹¹⁴ “Introducción” por José Luis Martínez, *Antología del Centenario I*, obra compilada bajo la dirección de Justo Sierra por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, edición facsimilar, México, Secretaría de Educación Pública, 1985, p. xix.

¹¹⁵ “Urbina y Pedro Henríquez Ureña”, fechado el 5 de septiembre de 1958. “V. Anecdótico [1922-1959]”, *Obras Completas*, Vol. XXIII, p. 340.

¹¹⁶ “Introducción”, José Luis Martínez, *op. cit.*, p. xx.

reflejaba constantemente los paisajes y el cielo. Observaron peces, serpientes y pájaros diversos. “Los indios”, escribe Pedro, “recorren constantemente el canal en toda clase de barcas: *trajineras* enormes á veces (balsas con bordo), cargadas de comestibles, de madera y aun de piedras; piraguas diminutas, que apenas se ven sobre el agua: parece que los que en ellas van se sostienen sobre la superficie acuática, como Jesús.”

A mediodía llegaron a Xochimilco, un “pueblo primitivo, cuyas casas están á orillas de canales, y cuya vida se debe á los pequeños plantíos (cuadros encerrados en agua) de frutos y flores, que llevan el nombre de *chinampas*.” No se quedaron en el centro del pueblo, sino que fueron al ojo de agua, que decepcionó a Pedro, ya que él tenía en mente “*los ojos de agua* que hay en Santo Domingo, dentro de cavernas, vastos y claros.” Les dieron comida mala y les quisieron cobrar como a “*yankees*”. Pasadas la cuatro decidieron regresar. Para hacer rápido el regreso pidieron que los remolcaran; los ataron a una *trajinera* que a su vez iba sujeta a un bote de vapor. Regresaron por la vía más amplia y larga.

Este camino, aunque más largo, ofrece muchos más paisajes: los nevados, el Popocatepetl y el Ixtaxíhuatl, se ven cercanos en apariencia (ahora estaban igualmente cubiertos de nieve por el Norte y Sur: Murillo ha quedado en plena nieve), se ven mayores perspectivas de campo y de agua. Poco antes de ponerse el sol, comenzó a llover con estupenda fuerza; nuestro bote iba descubierto, y como la *trajinera* y la barca de vapor iban cubiertos, se compadecieron de nuestra chistosa situación, y un joven que iba en la primera, simpático, algo distinguido y afable, nos hizo pasar con ellos, y hasta nos obsequió cerveza. Tuvimos que sostener conversación con él, y recurrimos al tema de las excursiones: el jovencuelo no parecía tener cultura extensa, y, aunque lo ensayé, no fue fácil llevar la conversación á temas variados. Eché mano del tema del Popocatepetl, é hice creer que lo había subido por todos los lados y que había bajado por el Norte, rumbo á Tlamacas, resbalando sobre la nieve sentado en *petate* indígena. [...] Poco antes de caer la noche, en uno de los intervalos sin lluvia, vimos venir hacia nuestras barcas a los chicuelos indios de un diminuto caserío, pidiéndonos centavos (la presencia de viajeros, especialmente *yankees*, ha fomentado la codicia de toda la población de Xochimilco y de su canal): Morales comenzó á arrojarles lo que pedían, y los chicuelos vinieron corriendo tras nosotros, por la orilla, durante un cuarto de hora, tan á prisa como nuestro tren de barcas, todos vestidos de harapos, desgredados, gritando peticiones de dinero, aunque el dinero no parezca que tenga para ellos mucho uso.

La travesía se prolongaba, así que a las ocho de la noche prefirieron bajar en Santa Anita y terminar el trayecto por tierra.¹¹⁷ Dos semanas después hizo una nueva visita a Xochimilco, invitado por Isidro Fabela. Iban también González Peña y Escofet. El paseo fue más corto y menos interesante; “se comió y se bebió demasiado, se discutieron tonterías, y no se gustó lo bastante del paisaje.”¹¹⁸

Pedro interrumpió sus anotaciones, que volvería a retomar un año después, en marzo de 1911. Por una carta de su padre, fechada el 7 de mayo, sabemos que su situación marchaba muy bien, trabajando con éxito y satisfacción en la Antología. Don Francisco le reiteraba la necesidad de tener una carrera profesional, por ejemplo en Cuba, un país similar a la patria dominicana. “Una carrera literaria”, le advertía, “necesita del auxilio de una profesión lucrativa para brillar y perdurar y salvar al que la tenga de la irremediable indigencia.” Le enviaba un retrato de su hermana Camila, de 16 años, que había vuelto de La Habana.¹¹⁹

A principios de mayo, Pedro por fin inició los estudios profesionales. Tenía 25 años y vivía en la calle de Jesús número 5, según se lee en su boleta de inscripción como alumno numerario a las cátedras del primer año de la carrera de Abogado, en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Llevaría tres cursos: Principios de Sociología, 1er Curso de Economía Política y 1er Curso de Derecho Civil.¹²⁰ Estuvo presente, seguramente, en la inauguración solemne de los cursos de la Escuela, el día 6, con la presencia de Díaz y Limantour, y con un discurso del director del plantel, Porfirio Parra.¹²¹

De los amigos cercanos sólo Alfonso Reyes seguía en la Escuela, en el segundo año. Henríquez Ureña no hizo pronto amistades íntimas entre sus compañeros, como no fuera Julio Torri, a quien ya conocía por conducto de Reyes. El dominicano, viendo que el plan de estudios era innecesariamente largo (cinco años), fue adelantando cursos, de tal manera que tres años y nueve meses después, en febrero de 1914, se graduaba como abogado.

¹¹⁷ Entrada del 11 de abril de 1910, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 177-181.

¹¹⁸ Entrada del lunes 25 de abril de 1910, *Ibidem.*, pp. 181-182.

¹¹⁹ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, Santiago de Cuba, 7 de mayo de 1910, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, p. 548.

¹²⁰ AHCM-PHU, Caja 3 sin clasificar.

¹²¹ *El Imparcial*, 8 de mayo, p. 6.

El trabajo de la *Antología del Centenario* avanzó rápido. Según *El Tiempo* del 28 de mayo, ya estaba en prensa el primer tomo.¹²² Pero el libro tardaría todavía dos meses en aparecer. Las ocupaciones de Henríquez Ureña habían aumentado. Probablemente por eso y porque habían desaparecido algunas publicaciones en las que colaboraba (*Actualidades*, *El Antirreeleccionista* y la *Revista Contemporánea*), publicó relativamente poco durante la primera mitad de 1910: las dos reseñas sobre las obras de González Peña y José Escofet (en México), un fragmento del estudio sobre Hernán Pérez de Oliva (en Cuba) y su “Altamira en México” (en Santo Domingo).

Además, en la *Revista Moderna* de junio apareció “Profesores de idealismo”, reseña de un libro de Francisco García Calderón que lleva el mismo título.¹²³ Como era su costumbre, Henríquez Ureña anteponía las credenciales del autor: se trata de un pensador por vocación y estudio, un raro ejemplo entre los hispanoamericanos, de los cuales ninguno menor de 30 años alcanza un puesto tan distinguido en el mundo filosófico; ha vivido, desde su salida del Perú, en Francia, Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos; es miembro del Congreso de Filosofía de Heidelberg, discípulo y amigo de notables pensadores; su libro *Hombres e ideas de nuestro tiempo* fue prologado por E. Boutroux, y su obra *El Perú contemporáneo*, publicado en francés, es un “vasto y severo estudio sociológico que ha merecido premio de la Academia Francesa.”

Profesores de idealismo no es obra de filosofía pura, afirmaba el dominicano, sino un libro con “rica experiencia de las ideas y de las gentes”. Resaltaba el ensayo “Las corrientes filosóficas en la América Latina” (que Pedro tradujo para la *Revista Moderna*), ensayo “sin precedentes, documentado de modo magistral, sobre la historia del pensamiento puro en nuestros países: historia que podía escribirse sobre la base de este ensayo, agregando relativamente poco a la documentación.” Con muy escasos matices críticos, refería los juicios de García Calderón sobre el mencionado congreso en Alemania.

El resultado del Congreso, según las impresiones de García Calderón, fue atestiguar el predominio de las tendencias *Anti-intelectualistas*, de la reacción contra el criticismo y el positivismo en busca de horizontes más amplios, y atestiguar también, quizás, el ascenso de los países *latinos* en el movimiento filosófico. Alemania, con el anticuado Heackel, con Wundt, universalmente conocido por su psicología pero no por su metafísica, con Eucken, Riehl, Simel,

¹²² “La Antología del Centenario”, *El Tiempo*, 28 de mayo, p. 6.

¹²³ “Profesores de idealismo”, en la *Revista Moderna de México*, junio de 1910, pp. 213-216. Se dice que el trabajo fue leído en el Ateneo de la Juventud, sin dar la fecha, en *Obras completas II (1909-1914)*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, 1977, pp. 141-146.

severos y aislados, con sus lógicos y sus críticos, brillantes algunos, como Windelband, no ejerce influencia profunda sino en aspectos parciales de la filosofía: en la lógica pura, en la psicología, en la crítica de la ciencia, en la interpretación de las religiones... La supremacía que volvió a adquirir con Nietzsche, desapareció con él. Inglaterra parece estar dividida; sus filósofos de hoy rara vez se muestran creadores, y los más siguen direcciones iniciadas en otros países: el idealismo derivado de Hegel, o el pragmatismo, por ejemplo. Solamente los Estados Unidos, con William James, con Peirce, con Dewey, disputan a Francia la primacía en punto a renovación filosófica. Bergson cree, dice García Calderón, “que Francia y los Estados Unidos tienen hoy la hegemonía filosófica; que en ambos países impera un gran esfuerzo unido a una originalidad positiva... La psicología es hoy ciencia francesa y norte-americana”. Y mientras el pensador francés opina así, el norte-americano James cree que “el bergsonismo en Francia y el pragmatismo sajón serán filosofía del porvenir.”

Pero los Estados Unidos no ofrecen la variedad de creación filosófica que se advierte en la Francia de hoy. El pensamiento norte-americano, salvo raras excepciones, se divide en dos grandes grupos: los idealistas, cuya figura culminante es Royce, y los pragmatistas, entre quienes se levanta el enérgico espíritu de James. El pragmatismo, probablemente llegará a extenderse más que las filosofías hoy nacientes en Francia: pero el trabajo de los franceses es más rico y amplio. Junto a Boutroux, cuya crítica de la noción de ley acaso llegue a significar en la historia de la filosofía tanto como la crítica de la noción de causa por Hume; junto a Bergson, cuya teoría de la *evolución creadora* ha venido a infundir nueva vida a la vieja e inmortal idea del *devenir*; junto a Fouillée, cuya concepción de las *ideas-fuerzas* va entrando ya en el reino de los conceptos clásicos, trabajan, en todas direcciones, multitud de pensadores independientes: dialécticos y metafísicos como Evellin, como el joven y audaz Jules de Gaultier; críticos de la ciencia, como Henri Poincaré; como Couturat; intérpretes de la religión, como el protestante Sabatier, como los insignes *modernistas* católicos: Le Roy, Blondel, Fonsagrive, el profundo historiador Loisy...

Detrás de Francia, García Calderón cree ver aparecer a Italia, no con los pobres esfuerzos de filosofía pura que suelen ensayar sus criminalistas y la mayoría de sus sociólogos, sino con el fuerte y sutil Benedetto Croce, a la cabeza de un nuevo grupo, de un nuevo movimiento. Indisciplinado y excesivo como toda cosa italiana de nuestros días, pero rico en promesas. El Congreso de Heidelberg hizo de Benedetto Croce una figura de importancia mundial; y las esperanzas de supremacía *latina* que animan a García Calderón son, en buena parte, fundadas.

Este extenso resumen del panorama internacional de la filosofía fue leído por Henríquez Ureña en el Ateneo de la Juventud, quizás por esas fechas de junio, o antes, en alguna sesión de

la que carecemos de noticias. Lo más importante es que esto refleja que los ateneístas eran conscientes de la consolidación de las nuevas corrientes de pensamiento, englobadas en el anti intelectualismo (pragmatismo, intuicionismo, bergsonismo y demás). Los jóvenes compartían aquellos ímpetus intelectuales y su tarea era darles cauce en México. Por eso Henríquez Ureña se empeñó en difundir la labor de García Calderón. El peruano daba a conocer en América “las agitaciones del pensamiento europeo. Los novísimos movimientos filosóficos no han encontrado mejor *evangelista* que él entre nosotros; y no es corta la ayuda que presta a la orientación libre y amplia de la juventud hispano-americana de hoy, ansiosa de escapar a los viejos moldes, lo mismo escolásticos que positivistas, y entrar en una concepción viva y total del mundo.”

El ejemplo de García Calderón venía a reforzar la dinámica de los ateneístas, sobre todo de aquellos que seguían reuniéndose para leer y discutir asuntos filosóficos. Cabe mencionar, como nota emblemática, que Antonio Caso retomó la idea de García Calderón en su discurso ofrecido a Rafael Altamira, a quien le expresó: “Sóis un profesor de idealismo”. Al final de su reseña, Pedro añadía a José Enrique Rodó como, quizás, “la más alta representación del pensamiento filosófico” en América en esos momentos. Meses más adelante, en las conferencias del Ateneo de la Juventud, se volvería a encargar del pensador uruguayo.

Henríquez Ureña recibió su libro, muy probablemente en los primeros días de junio. Meses atrás le habían llegado muestras de las primeras 144 páginas, bien impresas, “como todos los trabajos de la casa Ollendorff, y con pocas erratas”.¹²⁴ El día 7 de junio le escribió a su padre, enviándole un ejemplar. Don Francisco, a finales del mes, le comunicó el alborozo con que la familia había recibido su carta y su libro. “El libro”, le decía, “ha despertado gran interés entre los amigos a quienes se les ha mostrado. Una librería de aquí puso a la venta algunos ejemplares, los cuales fueron comprados por el público en dos ó tres días, de tal manera que los amigos que desean leerlo y poseerlo, aun no han podido procurárselo.”

El padre le daba ánimos, pero le aconsejaba mantener un criterio, digamos, “realista”:

El libro, aunque no sea un éxito económico, lo es editorial y literario. Es preciso resignarse á pensar que la obra literaria o científica que por aquí –y aun por Europa– se realice no será por lo común fuente de beneficios pecuniarios. Ya mucho es que la casa de Ollendorff se prestara a

¹²⁴ Entrada del 29 de marzo de 1910, *Memorias, Diario, Notas de viaje*, p. 166.

servir de vehículo a la difusión de tus ideas. Quizá mas tarde convenga publicar otro libro sin editor conocido.¹²⁵

Pedro se puso a distribuir ejemplares entre los amigos cercanos, escritores y publicaciones en México y otros países. Las tareas enfiladas a desarrollar su carrera como escritor marchaban bien. Iniciaba los estudios profesionales, aunque sin gran pasión por el Derecho, con la idea de llegar a tener solidez económica. La abogacía era la vía, asequible en México, menos alejada de su predilección por la literatura y las humanidades. Le pesaba, es seguro, dejar pendiente el ansiado viaje a Europa. Su vida estaba llena de ocupaciones, pero tenía mejores perspectivas que unos ocho meses atrás.

Mientras tanto, el Ateneo de la Juventud permanecía en letargo. No he hallado en la prensa de la capital, de febrero a junio, noticias de sesiones públicas de los ateneístas. Pero algunos, de nuevo el grupo corto, mantuvieron las reuniones de estudio. En la entrada del 29 de marzo de su *Diario*, Pedro dice que se reunían dos veces por semana en la casa de Antonio Caso para leer la *Crítica de la razón pura* de Kant. Asistían José Vasconcelos, Alfonso Cravioto y Alfonso Reyes.¹²⁶ Cinco integrantes del grupo corto, ya sin Gómez Robelo y Rubén Valenti, pero con un nuevo y especial integrante, Vasconcelos. Los recuerdos de este entonces joven aprendiz de filósofo y en receso político, muestran el transcurrir de la vida íntima del grupo.

José Vasconcelos, en su fuero interno, batallaba con dudas sobre la religión y sobre su matrimonio. Estas dudas, dice, “se adormecían con las discusiones seudofilosóficas de nuestro cenáculo literario.”

Caso seguía siendo el eje de nuestro grupo; pero su carácter apático y a ratos insociable no hubiera mantenido alianzas sin la colaboración de Henríquez Ureña. Educado en colegios de tipo antiguo, desconocía por completo la teoría científica y el proceso del pensamiento filosófico.¹²⁷ En preparación literaria, en cambio, nos aventajaba. Por su iniciativa entró a nuestro círculo, demasiado abstracto, la moda de Walter Pater. Su libro dedicado al platonismo durante mucho tiempo nos condujo a través de los *Diálogos*. Leíamos éstos en edición inglesa de Jewett. En la biblioteca de Caso o en la casa de Alfonso Reyes, circundados de libros y estampas célebres,

¹²⁵ Carta de Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, Santiago de Cuba, 29 de junio de 1910, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, pp. 549-550.

¹²⁶ Entrada del 29 de marzo de 1910. *Memorias, Diario, Notas de viaje*, pp. 165-166.

¹²⁷ Esta afirmación no se sostiene según lo que hemos venido exponiendo sobre la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña.

disparatábamos sobre todos los temas del mundo. Preocupados, sin embargo, de poner orden a nuestro divagar y buscando bases distintas de las comtianas, emprendimos la lectura comentada de Kant. No logramos pasar de la *Crítica de la razón pura*; pero leíamos ésta párrafo a párrafo deteniéndonos a veces en un renglón. Luego, como descanso y recreo de la tarea formal, leíamos colectivamente el *Banquete* o el *Fedro*. Llevé yo por primera vez a estas sesiones un doble volumen de diálogos de Yajnavalki y sermones de Buda en la edición inglesa de Max Müller, por entonces reciente. El poderoso misticismo oriental nos abría senderos más altos que la ruin especulación científica.¹²⁸

Leían el *Discurso del método* de Descartes, la obra de Séller sobre filosofía griega, Windelband, Weber, Fouillé. Había mucho Schopenhauer y Nietzsche por parte de Vasconcelos, y bastante Hegel por Caso. Los compañeros eran goethianos, dice Vasconcelos. “La discusión acerca de los caracteres del hombre grande nos consumía largos ratos”; pero él no le perdonaba al pensador alemán su servilismo con los poderosos. “Mis colegas se dejaban llevar de la afición erudita” de la mano de Menéndez Pelayo, todos releían su *Historia de las ideas estéticas* y los *Heterodoxos*.¹²⁹ Esta última lectura fue para Vasconcelos una revelación, pues lo llevó a la conclusión de que no era un ateo o un incrédulo, sino un hereje. Cristiano y creyente en lo fundamental, lo que lo apartaba de la Iglesia eran cuestiones accesorias.

Además de la residencia de Antonio Caso, la de Alfonso Reyes servía para las reuniones del grupo. Desde que llegó a la ciudad de México para estudiar, Alfonso había vivido al lado de su hermano Rodolfo. Con la partida de este a Europa, Alfonso se estableció por su cuenta, en la colonia Santa María (donde también vivía Caso e Isidro Fabela). En abril le escribía a Julio Torri: “Yo tengo ahora mi *casa chica* en Sta. María. ¡Una casa entera! Ahí pasé mis libros y todo lo más importante de mi existencia exterior.” “¡Estoy solo en México!”¹³⁰

Según los recuerdos de Antonio Caso, la lectura de Kant resultó fundamental. Leían la *Crítica de la razón pura* en la versión al español del cubano José del Perojo Figueras. Henríquez Ureña, que poseía la traducción inglesa de Max Müller, solía agregar comentarios eruditos sobre la estética y la analítica trascendentales. Ante Kant, dice Caso, comparecían racionalistas y

¹²⁸ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, pp. 267-268.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 268.

¹³⁰ Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri, México, abril 1° de 1910. Torri, Julio, *Epistolarios*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, pp. 27-28.

empiristas: las formas del conocimiento hacían posible la experiencia y no a la inversa. La lectura de Kant les permitió estudiar sistemáticamente el problema del conocimiento.

La *Crítica de la razón pura* nos conducía hacia la *Razón práctica* y la *Metafísica de las costumbres*. Dios, el yo pensante y el mundo, se sentían pendiendo, casi milagrosamente, de las antinomias kantianas. Entonces se nos revelaba la personalidad de cada uno de los asiduos lectores de Kant. Vasconcelos acudía a un misticismo estético de su propia cosecha; Henríquez Ureña conservaba la profunda ponderación crítica del filósofo alemán; nosotros experimentábamos una admiración sin límites hacia el filósofo que ponía a salvo el mundo de los valores religiosos; pero deplorábamos el límite inerte, el océano infranqueable, para el que nos había enseñado, previamente, el positivista Littré, que “no hay barco ni vela”, aptos para surcarlos. Alfonso Reyes, inspiradamente, cantaba: “A mí que donde piso siento la voz del suelo, / ¿qué me dices con tu silencio y tu oración?; / ¿qué buscas con los ojos fatigados de cielo, / más alto que la vida y sobre la pasión?...”¹³¹

Sentían con profundidad el problema del conocimiento, cada cual según su propia orientación y temperamento. Alfonso con espíritu de poeta expresaba la supremacía de la vida y la pasión. Vasconcelos explorando un camino filosófico personal, de salvación, inspirado en Nietzsche, Schopenhauer y filosofías orientales. Antonio era atribulado por la idea de los límites del conocimiento y la experiencia, dados por las formas a priori y más allá de los cuales se extendía el océano de lo incognoscible. Y Pedro, que por su personalidad parecía estar hecho para la analítica trascendental, “conservaba la profunda ponderación crítica del filósofo alemán.”

José Vasconcelos asistía a las reuniones siempre que su empleo como abogado se lo permitía, ya que con frecuencia debía realizar viajes a distintos estados de la República. En el cenáculo literario no era “de los bien hallados”. Con excepción de Antonio Caso, a quien siempre admiró, los otros le parecían “incompletos, con su preocupación de la forma y su falta de garra para pensar y aun para vivir.”¹³²

Fuera de este grupo corto, Vasconcelos sostuvo una amistad íntima con el poeta Eduardo Colín, también fundador del Ateneo. En sus pláticas, Vasconcelos discurría sobre filosofía; creía

¹³¹ “México (Apuntamientos de cultura patria)”, *Obras completas, tomo IX. Discursos a la nación mexicana. El problema de México y la ideología nacional. Nuevos discursos a la nación mexicana. México*. UNAM, Dirección General de Publicaciones, México, 1976, pp. 185-186. En las reuniones en su casa, Antonio Caso apunta la presencia de Henríquez Ureña, Vasconcelos, Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán. Al menos en esta temporada de 1910, Guzmán no participó; lo haría más adelante.

¹³² *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, p. 303.

que hacía falta un lenguaje directo que expresara a cabalidad los pensamientos y secretos últimos. “Era necesario hacer filosofía en estilo sobrio y grandioso. Por allí andaba Nietzsche, también degradando lo grande con sus extravagancias de enfermos; con Zaratustra a cuestas, pobre viejo bailarador y ridículo.” “Divagaba de esta suerte, y Colín se aburría de oírme y yo mismo acababa enredado sin distinguir bien lo que quería.”¹³³

Vasconcelos compartió con el grupo del Ateneo la línea antiintelectualista, pero un matiz propio, orientado hacia la acción política.

De la mano de Francia íbamos al día con el pragmatismo de James y la crítica de Boutroux y de Poincaré, el creacionismo de Bergson. Todo mientras aquellos que debieran orientarnos se encerraban en la oscura capilla de Krause. Y luego con qué clase de conclusiones: armonismo que nada resuelve porque todo lo deja pendiente; intelectualismo para una raza que ha sido creadora, intuitiva y mística. Y en la moral, esa teoría cómoda de ponerse al margen de la política, al margen de la acción, cuando nuestro momento nos exigía precisamente enderezar la voluntad para enfrentarnos a los más graves problemas. Para afrontarlos, nos ofrecía la versión española del krausismo: estudio, copia, imitación del extranjero, precisamente cuando estábamos hartos de estudio y de copia y de viajes al extranjero. Y lo que nos urgía era una Universidad con criterio autóctono y sólidamente fundamentada en los intereses culturales propios, no en el remedo de la institución sajona. Nuestra época exigía decidirse; no era para nuestro medio combatido eso de estar al acecho de los acontecimientos. Lo que se imponía era producirlos.¹³⁴

Había que producir los acontecimientos. Por falta de mayor arrojo del movimiento antirreeleccionista, según él, se había hecho a un lado. Pero en abril volvía a las filas de la oposición.

Eran cinco los integrantes del grupo corto. De la participación de Alfonso Cravioto no tenemos detalles. Pero sí de otro, un sexto integrante, tan joven como Alfonso Reyes (21 años), que estuvo en el banquete a Altamira y que se integró a las reuniones de estudio durante 1910: Julio Torri. El joven, nacido en Saltillo, Coahuila, había llegado en 1908 a la ciudad de México para ingresar a la Escuela Nacional Jurisprudencia. Ahí conoció a Alfonso Reyes y se hicieron grandes amigos.

¹³³ *Ibidem*, p. 304.

¹³⁴ *Ibidem*, pp. 306-7.

En las vacaciones escolares de marzo y abril de 1910, Torri estuvo con su familia en Torreón. Deseaba independizarse, porque su padre estaba descontento por su excesiva ocupación en cuestiones literarias. Pidió la ayuda de Alfonso, quien trató de conseguirle un empleo y un lugar económico para vivir en la ciudad de México. El 17 de abril Reyes le escribía: “Junto a Pedro Henríquez y con puerta para el cuarto de éste, hay otro vacío que renta, a lo más \$18.00 (a lo más).”¹³⁵ Iniciado el nuevo año escolar, Torri se estableció al lado de Henríquez Ureña.

“Allá por 1910”, dice Torri, “solíamos pasar juntos algunas impagables horas los que cultivábamos las letras y el estudio: dos o tres veces por semana con Caso; algún domingo por la tarde en casa de Isidro Fabela; una que otra mañana en la de Luis G. Urbina, que mientras se vestía iba pausadamente afirmando conceptos profundos. A ninguno de estos *symposia* fue ajena la contagiosa cordialidad de Henríquez Ureña”. Ofrece además su recuerdo sobre las discusiones filosóficas del grupo:

A las veladas en la biblioteca de Antonio Caso me llevaba Pedro de cuando en cuando. Allí encontré siempre a mis amigos José Vasconcelos y Alfonso Reyes, y se trataron temas filosóficos. Una vez se hablaba del *Fedón* y de los argumentos de Sócrates sobre la inmortalidad del alma. Pedro parece que la sostuvo también, sólo que el alma después de nuestra muerte aligeraba su lastre y se veía libre de lo individual; y su inmortalidad era de una suerte de que no podemos en esta existencia formarnos cabal idea. Otra noche se trató de si el Universo tiene un centro; Vasconcelos opinó que sí, pero he olvidado sus razones. Otro día se habló de don Justo Sierra, y Caso exaltó sus cualidades críticas. Nos leyó al efecto el excelente prólogo de don Justo a las poesías de Gutiérrez Nájera. Leímos también esa noche uno de los últimos discursos del gran historiador y maestro.¹³⁶

La vida del grupo corto era constante y cotidiana, se desarrollaba en muchos espacios privados, teniendo como centro la biblioteca de Antonio Caso. Cada uno hacía sus contribuciones, de tal manera que se mantenía, en la diversidad, la tensión intelectual, el impulso constante de estudio, discusión y crítica.

Vasconcelos era el único dentro del grupo (si obviamos el pasaje reeleccionista de Antonio Caso) que sentía profundamente el llamado de la acción política. Los otros creían

¹³⁵ Carta de Alfonso Reyes a Julio Torri, México, abril 17, 1910. Torri, Julio, *Epistolarios*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, p. 30.

¹³⁶ “Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”, en Julio Torri, *De fusilamientos y otras narraciones*, Lecturas Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, México, 1984. (1964), p. 171-172.

también en la fuerza de la voluntad, pero no en la política, sino en la cultural. Como Henríquez Ureña había escrito a Alfonso Reyes, el ejercicio del intelecto es una de las formas del poder. Así también le había escrito sobre la Universidad: si no la fundan, la fundamos. La voluntad colectiva del Ateneo de la Juventud, sin embargo, no mostraba muchas señales de vida.

III. De abril a agosto de 1910

En el campo de la cultura

Sociedad y gobierno intensificaban sus actividades para el Centenario. Continuaban las obras públicas. El día 17 de junio, por ejemplo, el general Díaz colocaba la primera piedra del monumento a Benito Juárez en la Alameda, el proyecto que podría haber sido de Jesús T. Acevedo. Un mes más tarde, el 16 de julio, inauguraba la vía eléctrica entre la ciudad de México y el pueblo de Xochimilco.

En materia de cultura avanzaban distintos proyectos y se echaban a andar otros. A mediados de mayo, *El Imparcial* informaba que Luis Castillo Ledón, después de un viaje de seis meses siguiendo el itinerario de Miguel Hidalgo, había vuelto a la ciudad de México. Él y el fotógrafo del Museo Nacional habían visitado más de cien lugares, recolectando múltiples reliquias. Marcharían luego a Toluca y Guanajuato para recabar más datos.¹³⁷ *La Patria* informó de la siguiente iniciativa de la señorita Mina González Salas: cada dama que se adhiriera a la convocatoria se encargaría de enseñar a leer y escribir a un grupo de analfabetas. La propuesta fue aprobada por la Comisión Nacional de Centenario.¹³⁸

En junio se reiteraba el proyecto de las conferencias sobre temas históricos en el Museo Nacional. Se decía que Francisco Bulnes hablaría sobre Hidalgo, Nemesio García Naranjo sobre los periodistas insurgentes, Francisco Olaguíbel sobre la obra de la mujer mexicana en la

¹³⁷ "Itinerario de Hidalgo", *El Imparcial*, 17 de mayo, p. 5.

¹³⁸ *La Patria*, 6 de mayo, p. 1; *La Patria*, 13 de junio, p. 3; *El País*, 13 de junio, p. 1. Pocas noticias encontré sobre el desarrollo de esta iniciativa. No sé si llegó a realizarse.

insurrección de independencia, José María Lozano sobre Morelos y Antonio Caso sobre el licenciado Primo de Verdad. No se sabían los temas que abordarían Justo Sierra, Ezequiel A. Chávez y Rosendo Pineda.¹³⁹

Se estableció una comisión para organizar el Archivo General de la Nación (el proyecto que Henríquez Ureña refería en su *Diario* diez meses atrás), conformada por Luis González Obregón, Manuel Puga y Acal, José Juan Tablada, Enrique Santibáñez y Rafael de Alba. La idea, originalmente del ministro Ignacio Mariscal (fallecido en el mes de abril), fue retomada por el secretario de Relaciones Exteriores Enrique Creel. La reorganización del Archivo es muy importante, decía *El Imparcial*, porque hasta ahora se trata de una mina documental casi sin explotar.¹⁴⁰

A finales de julio los diarios resaltaban las publicaciones con que el Ministerio de Instrucción Pública contribuiría a los festejos del Centenario: una compilación de documentos sobre la historia de la emancipación política de México, encomendada al Museo Nacional; la antología literaria a cargo de Luis G. Urbina; un tomo biográfico, “Hidalgo íntimo”, encargado a José María de la Fuente, que sería repartido a las escuelas nacionales, y una colección de 300 vistas estereoscópicas de los lugares donde se registraron sucesos importantes de la vida y las campañas de Miguel Hidalgo, que también serían repartidas en las escuelas nacionales. Esto último, que no llegó a realizarse, sería producto del trabajo encomendado a Luis Castillo Ledón.

Además, se estaba editando una obra de la Sra. Wright de Kleinbans sobre mujeres célebres de México; un libro de Nicolás León sobre la obstetricia en México; un estudio del Inspector General de Monumentos, “Falsificación y falsificaciones”, y un libro guía para visitar las zonas arqueológicas. Para después del mes del Centenario se contemplaba publicar una *Mecánica* de Valentín Gama, una *Química* de Adolfo Castañares y las obras de Francisco del Paso y Troncoso.¹⁴¹ En dos de las principales publicaciones figuraban ateneístas (Henríquez Ureña y Castillo Ledón) y hay que tener en cuenta la participación de otros más que laboraban o eran estudiantes pensionados en el Museo Nacional.

En materia de concursos, el abierto por el Museo Nacional, que cerraba el primero de mayo, comprendía cinco temas con premios substanciosos: I. Estudios sintéticos sobre la Guerra

¹³⁹ *El Imparcial*, 17 de junio, p. 9.

¹⁴⁰ *El Imparcial*, 30 de junio, p. 6.; *El Imparcial*, 29 de julio, pp. 1 y 10.

¹⁴¹ “Publicaciones de la Sria. de Instrucción Pública”, *El Imparcial*, 27 de julio, p. 4; *El Tiempo*, 27 de julio, p. 4.

de Independencia (mil pesos); II. Canto a la Independencia (mil pesos); III. Biografía de Hidalgo (750 pesos); IV. Canto a Morelos (750 pesos); V. Asunto libre en prosa (750 pesos); VI. Asunto libre en verso (750 pesos).¹⁴²

La Comisión Nacional del Centenario abrió una nueva convocatoria, con fecha del 13 de julio. Se trataba de un Torneo Científico, Literario y Artístico en el que podían participar los hombres de ciencia, literatos, compositores y ejecutantes en cuatro rubros: una memoria de tema libre sobre cualquier ciencia; una composición en prosa o verso con el tema de la independencia; una composición musical con el mismo tema, y una propuesta sobre piezas para interpretar en los festejos.¹⁴³ El jurado estaría formado por Ezequiel A. Chávez, Manuel Flores, Enrique Aragón, Francisco Sosa, Enrique Fernández Granados y Antonio de la Peña y Reyes.¹⁴⁴ A finales de julio se empezó a publicitar una convocatoria del Ministerio de Instrucción para un concurso musical.¹⁴⁵

No todo marchaba bien en cuestión de concursos. La segunda semana de mayo renunció el jurado del concurso del Himno del Centenario. Salvador Díaz Mirón, Enrique Fernández Granados, Adalberto A. Esteva, Luis González Obregón y Gonzalo de Murga comunicaron a la Comisión del Centenario que no se habían podido poner de acuerdo sobre qué composición superaba a las demás “en mérito relativo”. A finales de julio la Comisión del Centenario suprimió este número del programa de festejos.¹⁴⁶ El certamen había resultado un rotundo fracaso.

Para los escritores y artistas los concursos eran una muy buena oportunidad para figurar y obtener ganancias monetarias. Los premios del concurso del Museo, por ejemplo, ascendían a cinco o siete meses del sueldo de Henríquez Ureña. Muchos jóvenes intelectuales, y no pocos ateneístas, ingresaron a los certámenes. Además de los oficiales, hubo otros certámenes literarios y artístico. *El Imparcial* inició los propios desde finales de 1909, los cuales, con premios modestos, se realizaron semana con semana hasta las fiestas del Centenario.

Entre los congresos que se preparaban, sobresalía el Segundo Congreso de Americanistas, que congregaría a estudiosos de diversas partes del mundo. Su Junta Organizadora planeaba,

¹⁴² *La Patria*, 11 de abril de 1910, p. 4.

¹⁴³ *El Tiempo*, 15 de julio, p. 4.

¹⁴⁴ *El Imparcial*, 7 de agosto, p. 4.

¹⁴⁵ *El Imparcial*, 30 de julio, p. 4. Esta convocatoria estuvo apareció en los diarios constantemente durante semanas.

¹⁴⁶ “Renunció el Jurado del himno del Centenario”, *El Imparcial*, 13 de mayo, p. 1; comunicación oficial del 23 de julio, publicada por *El Imparcial* el 25 de julio, informando de la supresión del número del Himno del Centenario de los festejos, p. 10.

como proyecto adicional, abrir una Escuela Americana de Arqueología en México.¹⁴⁷ En julio se dieron a conocer los temas que se tratarían. Entre los mexicanos, Alberto M. Carreño hablaría sobre “Industrias indígenas”; Ignacio B. del Castillo, pensionado en el Museo Nacional, sobre “Las mujeres de los conquistadores de México”; Nemesio García Naranjo sobre las “Leyes de los indígenas en 1542”, y Leopoldo Batres sobre “Las ruinas de Xochicalco”.¹⁴⁸

No cesaban las actividades de las asociaciones culturales. La Sociedad de Geografía y Estadísticas celebró, con la presencia del presidente Díaz, su 65 aniversario. El ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Creel, fue nombrado presidente honorario de la Alianza Científica Universal y presidió una sesión solemne de la Sociedad Astronómica de México. El 28 de mayo, la Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes tuvo su varias veces diferida sesión en honor de su presidente, Federico Gamboa. Este acto fue presidido por Enrique Creel, el discurso principal corrió a cargo del ministro de Italia en México y asistió parte del cuerpo diplomático en México.¹⁴⁹ A mediados de junio se informaba que las distinguidas señoras Catalina Altamirano de Casasús y Ángela Terrazas de Creel habían sido nombradas miembros de esa Sociedad.¹⁵⁰ La Academia Mexicana de la Lengua, en la que figuraban Francisco Sosa, Joaquín Casasús, Federico Gamboa, Manuel Sánchez Mármol, Francisco Pascual García, Porfirio Parra, Enrique Fernández Granados y Rafael Delgado, sesionó para nombrar nuevo presidente. Resultó electo el más antiguo miembro de la Academia, don Justo Sierra, que sustituyó así al finado Ignacio Mariscal.¹⁵¹

La Sociedad de Estudios Económicos prosperaba. A su sesión de principios de junio, en la que Flavio González disertó sobre la situación del agricultor en México, asistieron el magistrado Gustavo Suzarte, el senador Ramón Lanz Duret y socios habituales, como el ateneísta Isidro Fabela.¹⁵² A este joven la vida le sonreía. Después de graduarse como abogado empezó a trabajar en el despacho jurídico Cancino y Rivas y para la afianzadora National Surety Company. Era,

¹⁴⁷ *El Imparcial*, 22 de mayo de 1910, p. 5.

¹⁴⁸ *El País*, 1 de julio, p. 1.

¹⁴⁹ “Sesión inaugural del Cultivo de las Ciencias”, *El Imparcial*, 29 de mayo, p. 2.

¹⁵⁰ *El Tiempo*, 16 de junio, p. 1.

¹⁵¹ “El Señor Licenciado Don Justo Sierra fue electo Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua”, *El Imparcial*, 20 de junio, p. 1. Refiero sólo algunos de los eventos más sobresalientes. En estos meses también se tienen noticias de actividades de la sociedad “Antonio Alzate”, el Círculo Católico Nacional, la Sociedad “Manuel Gutiérrez Nájera”, la Sociedad Mexicana de Autores Dramáticos y Líricos, de los jóvenes cristianos de YMCA, la Liga Antialcohólica, la Sociedad Geológica Mexicana, etc.

¹⁵² “La Sociedad de Estudios Económicos”, *El Imparcial*, 15 de junio, p. 7; “En la Sociedad de Estudios Económicos”, *El Tiempo*, 15 junio, p. 3.

además, profesor en el Internado Nacional.¹⁵³ El 18 de junio *El Imparcial* informaba que algunos abogados, como Miguel Macedo jr. (hijo del prominente “científico”) e Isidro Fabela, tenían el proyecto de conformar otra sociedad de abogados con el objeto de reunirse periódicamente. Semanas después, la Gran Liga de Abogados Latinos nombraba a Fabela como comisionado de propaganda para las fiestas del Centenario, al lado de Alejandro Quijano.¹⁵⁴

Se crearon la Asociación Nacional del Magisterio, la Academia de Profesores del Conservatorio, la Sociedad de Exalumnos Católicos de la Preparatoria y la Sociedad Indianista Mexicana. Esta última, como se tenía previsto, quedó constituida el 30 de mayo, recayendo la dirección en Jesús Díaz de León;¹⁵⁵ avanzó en la organización de su congreso, mismo que, para evitar la sobrecarga de eventos en el mes de septiembre, se aplazó para octubre.¹⁵⁶

Los estudiantes impulsaban su Congreso Nacional. En mayo tuvieron una audiencia con el arzobispo de México, con el fin de que los ayudara para la participación de las escuelas católicas.¹⁵⁷ A finales de junio dieron a conocer las bases para su magno evento.¹⁵⁸ Otra organización de alumnos, la Unión Universal de Estudiantes, propuso al ministro de Relaciones Exteriores la idea de editar las obras de don Ignacio Mariscal.¹⁵⁹ El 6 de julio el ministro de Hacienda presidía la ceremonia de colocación de la primera piedra del edificio de la Casa del Estudiante.¹⁶⁰ La Sociedad de Alumnos de Jurisprudencia se acercó a personas importantes para que apoyaran su proyecto de Juegos Florales. Accedieron a dar los premios los ministros Justo Sierra y Enrique Creel, Guillermo de Landa y Escandón, gobernador del D. F., y José Sánchez Ramos, por la colonia española. La convocatoria de los Juegos Florales fue dada a conocer el 26 de julio; el jurado estaría constituido por Joaquín Casasús, Luis G. Urbina, Enrique Fernández Granados y Telésforo García.¹⁶¹

Provenientes de Europa, regresaban jóvenes pintores como Ángel Zárraga e Ignacio A. Rosas. Los diarios y revistas difundían la obra de Roberto Montenegro, Diego Rivera, Ramos

¹⁵³ *Con certera visión: Isidro Fabela y su tiempo*, selección, introducción y nota preliminar de Fernando Serrano Migallón, México, FCE, p. 2000, pp. 21 y 75.

¹⁵⁴ *El Imparcial*, 18 de junio, p. 3; *El Imparcial*, 5 de julio, p. 4.

¹⁵⁵ “Por la raza doliente”, *El Imparcial*, 31 de mayo, p. 2.

¹⁵⁶ *El Imparcial*, 28 de agosto, p. 4; *El Imparcial*, 3 de septiembre, p. 4.

¹⁵⁷ *El Tiempo*, 23 de mayo, p. 1.

¹⁵⁸ *El Imparcial*, 27 de julio, p. 5.

¹⁵⁹ *La Patria*, 4 de junio, p. 2.

¹⁶⁰ *El Imparcial*, 6 de julio, p. 1.

¹⁶¹ *El Imparcial*, 11 de julio, p. 4; *El Imparcial*, 20 de julio, p. 1; *El Imparcial*, 26 de julio, pp. 1 y 8.

Martínez, Goitia y Zárraga.¹⁶² Los artistas constituyeron una Sociedad de Pintores y Escultores Mexicanos; planearon una exposición con unas 300 obras y designaron a Gerardo Murillo para gestionar el apoyo del Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.¹⁶³ Pronto, don Justo Sierra aprobó que se les entregaran tres mil pesos para su exposición. Acordaron crear un periódico mensual para darse a conocer.¹⁶⁴

Según *El Imparcial*, en una de sus primeras juntas, un artista había expresado: “Primero que todo es preciso demostrar que valemos. Para esto propongo que se organice una exposición. El juicio que el público se forme de nuestras obras, será nuestro valer ante la sociedad. De esta manera progresaremos.”¹⁶⁵ El diario consideraba que su carácter huraño e incluso egoísta mantenía a los artistas desconocidos no sólo del público sino entre ellos mismos. Lo cierto es que, sin públicos amplios y teniendo como mecenas preponderante al Estado, que daba sus apoyos de manera individual y discrecional, los artistas no tenían muchas opciones para emprender una carrera independiente. Se dejaba ver un sentimiento de reivindicación en los pintores. Querían demostrar que valían, después de que muchos de ellos habían tenido que interrumpir su estancia en el extranjero por la cancelación de las pensiones. Hay que agregar que varios de los pintores de regreso en México, como Zárraga, Saturnino Herrán y Diego Rivera, ingresarían al Ateneo de la Juventud.

Respecto a los jóvenes que integraban el Ateneo, hay algunas noticias adicionales. Por ejemplo, en la acostumbrada conmemoración de la batalla del 5 de mayo de 1862, figuraron, como orador y recitador, Alejandro Quijano y Genaro Fernández Mac Gregor.¹⁶⁶ Según sus *Memorias*, después de ocupar la Tribuna Monumental del Bosque de Chapultepec, Fernández MacGregor fue presentado por el Ministro Sierra con el presidente Díaz.¹⁶⁷

¹⁶² Ángel Zárraga llegó a la ciudad de México el 9 de mayo, *El Imparcial*, 10 de mayo, p. 3. La información sobre Ignacio A. Rosas, en *El Imparcial* del 18 de mayo, p. 5. Sobre Montenegro, “Arte mexicano, Roberto Montenegro”, en el suplemento dominical de *El Imparcial*, 5 de junio, p. 9; sobre Rivera “Éxitos de un artista en París”, *El Imparcial*, 1 de julio, p. 1, y *El Tiempo*, 1 de julio, p. 3. Sobre Ramos Martínez, *El Imparcial*, 24 de julio. La *Revista Moderna de México* presentó artículos y reproducciones de la obra de los jóvenes pintores sobre todo a partir de su número de julio.

¹⁶³ “Los pintores mexicanos harán un brillante certamen”, *El Imparcial*, 7 de julio, p. 1; “La Sociedad de Artistas Mexicanos se ha consolidado”, *El Imparcial*, 13 de julio, p. 3

¹⁶⁴ Estas noticias aparecieron en *El Imparcial*, el 19 de julio, pp. 1 y 2; el 20 de julio, p. 5, y el 23 de julio, p. 5.

¹⁶⁵ “Exposición de arte mexicano”, *El Imparcial*, 21 de agosto, p. 19.

¹⁶⁶ Véase *El Tiempo*, 6 de mayo, p. 1.

¹⁶⁷ Fernández MacGregor, Genaro, *El río de mi sangre. Memorias*, Letras Mexicanas, FCE, México, 1969, p. 180.

En el mismo mes de mayo, Nemesio García Naranjo, en su vertiente historiográfica, sostuvo una polémica ventilada en los diarios en torno a datos biográficos de José María Morelos y Pavón.¹⁶⁸ Más tarde, a mediados de julio, se publicó que García Naranjo había sido aceptado como socio por la American Historical Association de los Estados Unidos. Hasta entonces sólo Genaro García, el director del Museo Nacional, había tenido ese honor.¹⁶⁹

Los literatos de la nueva generación seguían publicando en la *Revista Moderna*. En los números de enero a julio aparecieron trabajos de Emilio Valenzuela, Roberto Argüelles Bringas, Rafael López, Antonio Caso, Manuel de la Parra, Ricardo Gómez Robelo, Pedro y Max Henríquez Ureña, Luis Castillo Ledón, Álvaro Gamboa Ricalde y José de Jesús Núñez y Domínguez; todos ateneístas a excepción de los dos últimos. Asimismo figuraban cada vez más en otras publicaciones, por ejemplo en los suplementos dominicales de *El Imparcial* o en *El Mundo Ilustrado*. En esas publicaciones de gran circulación se incluyeron, en junio y julio, poemas de Ramón López Velarde, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas, Rafael Cabrera, José de Jesús Núñez y Domínguez, Emilio Valenzuela, Enrique González Martínez, Jesús Villalpando, Manuel de la Parra y Antonio Mediz Bolio. Los poetas González Martínez, Cabrera y Mediz Bolio no pertenecían al Ateneo, pero se integrarían a la agrupación más adelante.

Carlos González Peña, como cronista de *El Mundo Ilustrado*, escribió sobre muchos asuntos: el nuevo libro de Luis G. Urbina, la designación de Justo Sierra al frente de la Academia de la Lengua, la obra de Schuman, el escritor francés Fluabert, etc. También en ese semanario la joven Alba Herrera y Ogazón, participante en los ciclos de la Sociedad de Conferencias, publicó habitualmente artículos de crítica musical, mientras que en el diario *El Tiempo* dio a conocer algunas prosas literarias.¹⁷⁰

¹⁶⁸ Véase por ejemplo “¿Morelos estuvo en España?”, *El Imparcial*, 24 de mayo de 1910, p. 5.

¹⁶⁹ “El Lic. García Naranjo honrado con una especial distinción”, *El Imparcial*, 15 de julio, p. 5. Días después se sabía que igual honor había recibido Ezequiel A. Chávez, *El Imparcial*, 27 de julio, p. 4.

¹⁷⁰ Fuera de la esfera de la cultura, hay que mencionar que en los juzgados de Belén seguían laborando varios ateneístas. José María Lozano ahora fungía como abogado defensor, al igual que Ricardo Gómez Robelo, cuyas menciones en las notas judiciales empiezan a aparecer en el mes de junio. Rubén Valenti y Abel C. Salazar trabajaban como agentes del Ministerio Público. El segundo tomó parte en algunos juicios que ocuparon los titulares por algunas semanas.

La Universidad Nacional

El Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes mantenía un alto protagonismo, mayor aún con el avance del proyecto de la Universidad Nacional. Avance rápido, con poca discusión en la prensa, pero con fuertes críticas al proyecto de Justo Sierra dentro del gobierno y en el seno del Consejo Nacional de Educación.

A principios de abril, una vez presentados los resultados de la comisión designada para estudiar el proyecto, éste fue aprobado en lo general en el Consejo de Educación. Se inició la discusión del artículo primero, que indicaba la naturaleza y objetivos de la Universidad. *El Imparcial* señalaba, sin dar detalles, que el doctor Francisco Vázquez Gómez había atacado duramente el proyecto.¹⁷¹

Poco después se concretaba la creación de la Escuela Nacional de Altos Estudios. *El Imparcial* informó que el presidente había aprobado el 9 de abril el documento de creación de la nueva institución, la cual tendría tres objetivos:

1º Perfeccionar, especializándolos y siguiéndolos á un nivel superior, estudios que en grados menos altos se hagan en las Escuelas Nacionales Preparatoria, de Jurisprudencia, de Medicina, de Ingenieros y de Bellas Artes. 2º Proporcionar á sus alumnos y á sus profesores los medios de llevar á cabo metódicamente investigaciones científicas que sirvan para enriquecer los conocimientos humanos; y 3º Formar profesores de las escuelas secundarias y profesionales.

Se organizaría en tres secciones: Humanidades, que “comprenderá las lenguas clásicas y las lenguas vivas, las literaturas, la filología, la pedagogía, la lógica, la psicología, la ética, la estética, la filosofía y la historia de las doctrinas filosóficas”; Ciencias exactas, físicas y naturales, que “abrazará la matemática en sus formas superiores y las ciencias físicas, químicas y biológicas”; y Ciencias sociales, políticas y jurídicas, que “comprenderá todas las que tienen por base ó por objeto fenómenos sociales.” La mayoría de los ateneístas se había formado en Jurisprudencia, comprendida en la tercera sección de Altos Estudios; pero es claro que para el

¹⁷¹ “Se empieza a discutir el proyecto de la Universidad”, *El Imparcial*, 5 de abril de 1910, p. 1; “El Proyecto de la Universidad”, *El Tiempo*, 6 de abril, p. 6. La comisión del Consejo estuvo formada por Miguel F. Martínez, Eugenio Latapí, Fernando López, Manuel Uribe y Troncoso. Las primeras discusiones fueron el día 4 y 11 de abril, presidiendo la primera el ministro de Instrucción Pública.

conjunto del Ateneo la rama más interesante era la primera, las humanidades, en la que se englobaban sus intereses sobre literatura y filosofía.

El tiempo estaba encima, la Escuela debía abrirse en septiembre. Se preveía una puesta en marcha progresiva. El decreto establecía que para la instalación “no habrá necesidad de cubrir los cuadros de enseñanza de todas las secciones sino establecer solamente aquéllas para las que se tenga designado ó contratado el personal competente; á medida que esta necesidad se vaya satisfaciendo, irán comenzando los cursos correspondientes, que ni es necesario que coincidan, ni que tengan la misma duración.”¹⁷² La Escuela de Altos Estudios tendría una primera etapa de existencia exigua, pero importante gracias a cursos impartidos por profesores extranjeros.

El Consejo Nacional de Educación, luego de aprobar el artículo primero de la ley de la Universidad, se ocupó del segundo, en el que se establecían las escuelas que conformarían la nueva institución. Miguel F. Martínez, director general de la Educación Primaria, propuso la incorporación de las escuelas Normales a la Universidad, moción apoyada por Leopoldo Kiel, director de la Escuela Normal para Profesores. La idea fue muy combatida por Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez.¹⁷³ El criterio del ministerio prevaleció: por tratarse de la formación de los profesores que se encargaban de la educación primaria, las escuelas normales debían seguir bajo el dominio gubernamental a través del Ministerio de Instrucción Pública.

En la siguiente sesión del Consejo se impugnó la incorporación de la Escuela Preparatoria a la Universidad, toda vez que en ella no se realizaban estudios superiores. Sierra, Chávez y el consejero Pimentel defendieron el proyecto enfatizando la necesidad de dar continuidad a los estudios, ya que en la Preparatoria se establecían las bases para los estudios más avanzados. Por mayoría se aprobó el artículo segundo y, en discusión más expedita, también el tercero, concerniente a la expedición de títulos de doctor.¹⁷⁴

Dentro del gobierno el proyecto enfrentó críticas similares. El día 15 de abril Justo Sierra envió el proyecto al secretario de Hacienda. En su respuesta, del día 22, José Y. Limantour hizo

¹⁷² “Se funda la Escuela Nacional de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 10 de abril de 1910, p. 1; también “La Escuela de Altos Estudios”, *El Tiempo*, 11 de abril, p. 1.

¹⁷³ “El artículo segundo del proyecto de la Universidad Nacional”, *El Imparcial*, 21 de abril, p. 1; *El Tiempo*, 21 de abril, p. 4.

¹⁷⁴ “Continúa la discusión del Proyecto de la Universidad Nacional”, *El Imparcial*, p. 2; “Continúa la discusión del proyecto de la Universidad”, *El Tiempo*, 22 de abril, p. 3.

una larga puntualización de críticas y sugerencias.¹⁷⁵ Eran dos los asuntos más difíciles. Decía Limantour:

Al Art. 2º No veo razón seria para que se incluya la Escuela Preparatoria entre las que constituyen la Universidad. Si esta Escuela ha de responder a su nombre y a los fines para los que fue creada, ninguna de las materias que en ella se enseñan, con la extensión y método que deber ser peculiares de dicha Escuela, pueden formar parte de los estudios propiamente universitarios. Además, la enseñanza preparatoria tendrá que darse, con el tiempo, no en uno sino en dos más planteles, y entonces ¿formarán parte del Consejo Universitario los directores y profesores de las diversas Escuelas Preparatorias?

[...]

Al Art. 7º Mi opinión es enteramente contraria a que formen parte del Consejo Universitario los alumnos de las escuelas. No creo que exista cosa semejante en ninguna Universidad del mundo. Admitir que los alumnos discutan planes de estudio, programas y métodos de enseñanza y voten sobre esas cuestiones, es simplemente subversivo; y si con esa disposición se cree encauzar el espíritu crítico y la turbulencia de la juventud, se comete un error trascendental, pues lejos de obtener aquel resultado crecerán las pretensiones de los estudiantes.

El lunes 25 Justo Sierra clausuró el periodo de sesiones del Consejo Nacional de Educación. Se discutió y aprobó el artículo cuarto del proyecto de ley y ya no se discutiría el resto. El ministro consideró que la iniciativa había sido lo suficientemente enriquecida para dar el siguiente paso, que era presentarla ante la Cámara de Diputados.¹⁷⁶

Con fecha del mismo 25 de abril, Justo Sierra respondió a Limantour aceptando muchas de sus críticas y comentarios.¹⁷⁷ Pero, respecto a la Preparatoria, fue inflexible. En el Consejo de educación, decía, “se discutió el asunto hasta la saciedad y el amigo Vázquez Gómez hizo uso de todo su arsenal para combatir la idea.” La idea finalmente fue aprobada.

Nuestra Preparatoria debe formar parte de *nuestra* Universidad porque es un instituto *sui generis*, nadie lo sabe mejor que usted. Las disciplinas en que allí se educa el espíritu están coordinadas en una disciplina general que constituye el método científico, que es el precisamente

¹⁷⁵ Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, edición establecida por Catalina Sierra de Peimbert, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Biblioteca Mexicana 62, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1991 [1948], pp. 400-403.

¹⁷⁶ “Se llevará a la Cámara el proyecto de la Universidad”, *El Imparcial*, 27 de abril, pp. 1 y 12; “El proyecto de la Universidad”, *El Tiempo*, 27 de abril, p. 1.

¹⁷⁷ Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, pp. 403-407.

indispensable para adquirir las ciencias concretas y especiales que a su vez constituyen lo que nosotros llamamos escuelas profesionales, y porque ese método es indispensable instrumento para la investigación científica a que está expresamente destinada la Escuela de Altos Estudios. Si pues, forma parte necesaria de nuestras escuelas universitarias; si aunque en ella no se hagan estudios superiores, estos estudios no podrían hacerse sin ellos; si la noción clara del método científico que en ella se adquiere es como el que más un estudio universitario, ¿por qué no ha de formar parte de la Universidad que es la principal interesada en vigilar y regir a lo que constituye su base?: en otras Universidades los estudios de preparación están fuera de la Universidad aunque pertenecen a la Universidad, nosotros no podemos hacerlo así; ni sería lógico, ni sería conveniente; porque una de dos o la Universidad gobierna a la Preparatoria directamente o el Ministerio; si lo segundo ya se figura usted la cantidad de enredos, líos y conflictos que se armaría.

Tampoco la otra objeción le hacía mella: “si hubiese algún día (dentro de veinte años) necesidad de duplicar o triplicar la Preparatoria, no veo por qué perdería ésta la unidad de dirección, al contrario sería necesario conservársela. Veinte medios habría para obviar estos inconvenientes ajenos que se resuelvan en su día.” Respecto a la representación de los estudiantes en el Consejo Universitario, la réplica fue diferente. Sierra había dado una lucha denodada por incluir en la Universidad este elemento democrático, pero el rechazo en el gobierno era general.

El artículo 7.º es el que más que hacer me ha dado; nadie lo ha apoyado ni en la Comisión, ni entre los ministros y el Presidente duda mucho; me dolería que esta singularidad democrática no cupiera en nuestra Universidad. Para ver las cosas como usted y D. Ramón Corral y la Comisión las ven, se necesita el gran buen sentido que ustedes tienen; para verlas como yo, se necesita además haber sido ministro de instrucción pública; entonces notarían que en todos los asuntos importantes de las escuelas los alumnos han tomado parte directa; que cuando se les ha hecho caso seriamente y se les ha dejado deliberar sobre asuntos que a ellos más que a nadie incumbían, han sido muy correctos (a pesar de deliberar en asambleas numerosas) y sus opiniones nos han obligado a modificar las nuestras frecuentemente, porque en buena parte eran razonables; porque el punto de vista de los alumnos nunca puede ser el de los profesores y es no sólo equitativo, sino indispensable, tomarlo en cuenta. Y, además ¿por qué ha de ser subversivo dar a un elemento esencial de la vida universitaria una voz en el Consejo, como antaño, como cuando nacieron las universidades formando verdaderas repúblicas democráticas dentro del Estado, en la época en que eran gremios de maestros y profesores? No queremos reproducir los inconvenientes

graves de antaño, pero en la forma que se propone la participación de los alumnos, esos inconvenientes no pueden existir.

Dice el señor Corral que no es bueno dar parte en la dirección de las cosas a los que deber ser dirigidos. Pues yo considero con un distinguo: tener la dirección no; tener una representación sí. Las minorías no deben gobernar, pero sí deben tener una representación proporcional en el gobierno, a riesgo de que la nación no se gobierne a sí misma. Por lo demás la tendencia contraria a la que el señor Corral indica es la incontrastable tendencia de las democracias modernas.

Sobre este artículo me he batido en retirada; estoy convencido de todo lo contrario de lo que usted me dice; creo que será beneficioso, pero no encuentro el modo de persuadir a quienes lo combaten. Una tentativa última, ¿admitiría usted la intervención parcial de los alumnos, si éstos no tuvieran más que voz y no voto?

Junto con la carta, Sierra le envió el proyecto “con las correcciones indicadas y otras sugeridas por el señor Corral; espero que quedaremos acordes.” El ministro de Hacienda respondió tres días después. Aunque no estaba de acuerdo, aceptaba la inclusión de la Preparatoria en la Universidad, porque no le veía gran inconveniente. Sobre la representación de los estudiantes reiteró su punto de vista: “ni voz creo yo que deba dárseles a los alumnos, al menos como miembros del Consejo Universitario.” Para conocer el modo de pensar de los estudiantes bastaría con que el Consejo Universitario convocara y recibiera cuantas delegaciones de alumnos considerase conveniente. Pero era un error incluirlos en la toma de decisiones: “Perdone Ud. la comparación; pero el pensamiento que venimos discutiendo me hace el mismo efecto, que si se propusiese que en las juntas de médicos se admitiera a los pacientes a que formasen parte de ellas. Conviene, sí, escucharlos, pero la receta sólo debe ser discutida y aprobada por los médicos, no por los enfermos.”¹⁷⁸

El 2 de mayo Justo Sierra inauguró las clases en la Escuela Nacional Preparatoria. En la ceremonia, Nemesio García Naranjo, novel catedrático, tomó la palabra en nombre del profesorado. Manejó figuras recurrentes en los jóvenes del Ateneo. Dijo que quienes no aceptaran llevar los “dulces lazos” de Pallas Athena, reina de los superhombres, estaban condenado a portar “los grilletos de los siervos de Calibán”. Se refirió al episodio de dos años atrás, cuando la juventud se levantó contra el ataque a la Preparatoria (episodio en el que, por cierto, Nemesio decidió no participar por la presencia excesiva del reyismo). Con la labor de los jóvenes y el

¹⁷⁸ Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, pp. 407-408.

discurso de Justo Sierra, decía, quedó consagrada la labor de Gabino Barreda. Recomendaba a los preparatorianos aprender “á venerar los heroísmos del estudio tanto ó más que los heroísmos de la guerra”.

El ministro cerró el acto improvisando algunas palabras. Con humor, lamentó que García Naranjo dejara a los viejos un tanto al margen. Si lo que caracteriza a la juventud es el entusiasmo, “mientras haya entusiasmo en el corazón, allí estará la juventud y tendremos derecho á ser jóvenes”. Luego explicó a los muchachos que la Preparatoria pronto pasaría al dominio de la Universidad. Los alumnos que demostraran aptitudes especiales podrían ingresar a la Universidad sin tener que pasar por las escuelas profesionales. Ahí encontrarían un campo amplio para desarrollar estudios en alguna de las asignaturas ya comprendidas en la Preparatoria. En la Universidad la “libertad científica será plena”. El papel del Ministro se aleja, decía con nostalgia, y cada vez se acercará más la Universidad.¹⁷⁹

Al día siguiente, el ministro de Instrucción Pública presentó el proyecto de la Universidad en la Cámara de Diputados. El secretario de Hacienda estaba entre los invitados de honor.¹⁸⁰ Justo Sierra, ante el pleno, explicó que se trataba de un proyecto mediante el cual el gobierno se desprendía de una porción de las facultades que estaban bajo su dominio para depositarlas en una Universidad Nacional. Recordó que hacía casi un cuarto de siglo presentó un proyecto similar, pero las objeciones le hicieron desistir. La más importante fue que era inadecuado un organismo de estudios superiores cuando la base amplia de la instrucción primaria no estaba aún extendida. Después, al hacerse cargo del ramo de la educación, Sierra sometió al presidente un plan en el que incluyó la creación de una universidad cuando los elementos de la instrucción básica estuvieran desarrollados. Ese momento había llegado.

No se trata de formar o consentir una casta privilegiada, sino de coronar la obra de la educación nacional. Explicó que no era función propia del Estado dar una enseñanza superior, ya que esta se orienta por el criterio científico. Por eso se facultaba a la nueva institución para que, en sus labores internas, se desarrollase según sus leyes propias. También por ello la Universidad Nacional sería laica y diferente por completo de la antigua universidad. En ella regiría el estudio de los fenómenos para llegar al establecimiento de leyes científicas. Todo lo que se aparte de esa

¹⁷⁹ *Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria*, tomo II, n. 12, 1º de junio de 1910, pp. 237-251.

¹⁸⁰ “Los señores Ministros Limantour y Sierra en la Cámara de Diputados”, *El Imparcial*, 4 de mayo, p. 12.

vía, puede ser más santo y deseable, pero no es ciencia y sólo la ciencia es materia de la Universidad.

El proyecto, continuaba el ministro, tuvo numerosas objeciones, incluso dentro del gobierno. Expuso las dos principales, sobre la incorporación de la Escuela Nacional Preparatoria y la representación estudiantil en el Consejo Universitario, indicando los criterios que había defendido. Respecto al segundo punto, recalca que podía

dar testimonio ante vosotros de que en muchas de las cuestiones más complejas y difíciles que ha tenido que resolver ó de las que ha tenido que formar conocimiento íntimo, la intervención, cuando ha sido racional, serena, y lo ha sido algunas veces, del elemento 'alumno' de las escuelas, ha sido de tal manera poderoso para hacerle cambiar ciertas determinaciones gubernativas, que no era posible que, al tratar de organizar el cerebro, por decirlo así, de la nueva Universidad, no contase con ese elemento.

La representación estudiantil se había establecido en su porción mínima, aclaraba, para atajar las posibilidades de disturbios. Sierra debía estar muy contento por haber podido, ante la oposición dentro del gobierno, mantener esa innovación democrática. La Universidad, continuaba, dotará a los alumnos de las condiciones para llegar al grado máximo de su formación, el doctorado. La idea era que se desarrollaran tesis con aportes importantes e incluso introdujeran cambios dentro de las disciplinas del conocimiento, como había sucedido en las más importantes universidades del mundo. Los alumnos tendrían alicientes para salir al extranjero y complementar su formación, para luego retornar y expandir la enseñanza nacional.

Como no es suficiente el soporte gubernamental, señalaba, la Universidad debe ser apoyada e impulsada por la sociedad. Con este fin se dotó a la universidad de plena personalidad jurídica, para que pueda adquirir bienes y hacer con ellos lo que juzgue más pertinente. No se trata de una universidad independiente, sino de un organismo lo suficientemente "autonómico" para que pueda desarrollar libremente sus tareas. Yo creo, concluía el ministro Sierra, "que esta iniciativa, que la realización de este proyecto, será en el orden intelectual algo tan grandioso y de tanta trascendencia como lo que la gran voluntad del hombre que preside los destinos de la Nación ha logrado realizar en el orden material y en el orden económico."¹⁸¹

¹⁸¹ "Discurso del Sr. Ministro Sierra al presentar a la Cámara la anterior iniciativa", *El Imparcial*, 13 de mayo, pp. 4 y 5.

El día 13 de mayo inició la discusión del proyecto de ley en la Cámara de Diputados. Porfirio Parra, en representación del Ministerio de Instrucción, defendió el proyecto en términos similares a lo expuesto por Justo Sierra. Se hicieron críticas sobre la idea centralista que se veía subyacer a la idea de una universidad nacional. El diputado Rosendo Pineda inquirió sobre las atribuciones directivas que tendría el Ministro de Instrucción Pública, e incluso expresó su deseo personal de dar mayor autonomía a la universidad, eliminando la jefatura directa del ministro. Los debates se desarrollaron en torno a los tres primeros artículos del proyecto, finalmente aprobados con cambios menores. Los siguientes, hasta el noveno, fueron sancionados positivamente con rapidez.¹⁸²

La discusión continuó el día siguiente, con objeciones menores. Se aprobaron los artículos décimo al decimoséptimo, quedando aprobado el proyecto en su totalidad.¹⁸³ Fue enviado al Senado, donde no hubo mayores contratiempos. Tres semanas después, el día 6 de junio, *El Imparcial* publicaba el decreto de ley. El artículo primero señalaba: “Se instituye con el nombre de ‘Universidad Nacional de México’ un cuerpo docente cuyo objeto primordial será realizar en sus elementos superiores la obra de la educación nacional.” En un artículo transitorio se establecía que el Ejecutivo Federal podría disponer hasta de 50 mil pesos, durante el ejercicio fiscal 1910-1911, para la instalación e inauguración de la Universidad, y ésta, en el mismo año, de 30 mil pesos para su funcionamiento.¹⁸⁴

La Universidad tendría que fundarse en septiembre. Se enviaron invitaciones a muchas universidades. Algunas, como las de Roma y Londres, se excusaron. En julio se supo de la designación de representantes de las universidades estadounidenses de Columbia, Nebraska, Pensylvania, John Hopkins, Siracusa y Texas. Entre los delegados destacaban el ilustre antropólogo Franz Boas, de la Universidad de Columbia, y Mark Baldwin, de la John Hopkins, quien además había sido nombrado profesor de psicología de la naciente Escuela de Altos Estudios.¹⁸⁵ Justo Sierra envió comunicaciones especiales a tres universidades para que fungieran como madrinas de la universidad mexicana: la de Salamanca, la de París y la de California.¹⁸⁶ Era

¹⁸² “Se discute el proyecto de la Universidad Nacional”, *El Imparcial*, 14 de mayo, pp. 1 y 9; “Está a discusión el proyecto de la Universidad Nacional”, *El Tiempo*, 14 de mayo, pp. 2 y 3.

¹⁸³ “En la Cámara de diputados. El Proyecto de Universidad Nacional fue aprobado ayer”, *El Imparcial*, 14 de mayo, pp. 2 y 6; “El proyecto de ley para la Universidad”, *El Tiempo*, 16 de mayo, p. 2.

¹⁸⁴ “Ley definitiva sobre fundación de la Universidad Nacional”, *El Imparcial*, 6 de junio, pp. 4 y 5.

¹⁸⁵ Sobre Baldwin, *El Imparcial*, 13 de julio, p. 4.

¹⁸⁶ *El Imparcial*, 20 de julio, p. 1.

una selección que reconocía las tres vertientes más importantes en la vida e historia cultural de México: la tradición española, la fuerte influencia francesa y la cada vez más importante relación con los Estados Unidos.

En las escuelas nacionales los profesores empezaron a celebrar reuniones para elegir a sus representantes en el Consejo Universitario, así como para formar las listas de los candidatos a recibir el grado de doctor en la ceremonia solemne de inauguración. El 25 de julio, en la Escuela Nacional Preparatoria, se acordó una lista de 25 profesores para el doctorado, que encabezaban el ministro Sierra, el subsecretario Chávez y el director Parra. También se incluía al profesor Nemesio García Naranjo.¹⁸⁷

El Tiempo criticó fuertemente la forma en que se estaban decidiendo los doctorados. “Muchos birretes y pocas cabezas”, decía en editorial del 28 de julio, indicando que entre los propuestos había algunos profesores jóvenes con una carrera corta que no justificaba ese grado académico.¹⁸⁸ Al día siguiente volvía a incidir sobre el tema, y, además, citaba el rumor de que para dirigir la Universidad, la Escuela de Altos Estudios y la Preparatoria, se designarían a Joaquín Casasús, Porfirio Parra y Manuel Flores, respectivamente.¹⁸⁹ El rumor no se equivocó, excepto en el caso de Casasús.

Sin duda, los ateneístas siguieron con atención las noticias sobre la universidad y leyeron el discurso de don Justo Sierra en la Cámara de Diputados, publicado en los diarios los primeros días de mayo. Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y muchos otros vislumbraban en la Universidad, y en particular en su Escuela Nacional de Altos Estudios, el espacio que necesitaban y anhelaban para estudiar y laborar, un espacio con las condiciones materiales y la libertad para dedicarse a sus verdaderos intereses, el estudio de la literatura, la filosofía y la historia de la cultura.

¹⁸⁷ “Ayer fueron electos los nuevos doctores de la Universidad Nacional”, *El Imparcial*, 26 de julio, p. 1; “Los doctores de la Universidad Nacional”, *El Tiempo*, 26 de julio, p. 1.

¹⁸⁸ “Muchos birretes y pocas cabezas”, *El Tiempo*, 28 de julio, p. 2.

¹⁸⁹ “Dirección de la Escuela de altos estudios de la Universidad y las Preparatoria”, *El Tiempo*, 29 de julio, p. 7.

En torno a la Reelección

El día primero de abril, en la apertura del periodo de sesiones ordinarias de la Cámara de Diputados, el presidente Porfirio Díaz presentó su informe sobre el estado de la Nación. La minería estaba aún en crisis, al igual que la agricultura por el mal tiempo que afectó la producción del maíz y el frijol. Pero estaba por terminar el malestar en la economía. Seguía la construcción de vías férreas, que ascendían a 19 mil 480 km. en dominio federal y 4 mil 840 en manos de los estados (24 mil 320 km. en total). Por otro lado, el Consejo Superior de Educación Pública había estudiado en sus últimas sesiones “un plan general de educación física relativa a todos los grados de la enseñanza; el reglamento vigente sobre servicio higiénico escolar y, sobre todo, el proyecto de ley constitutivo de la Universidad Nacional [...]”

El presidente del cuerpo legislativo, Francisco Bulnes, contestó el informe. Evaluó la situación política, haciendo referencia al movimiento reyista:

Nadie puede dudar que ha habido un meditado complot para resucitar del seno de nuestro adelanto, los amargos y siniestros tiempos revolucionarios. Con tanto tacto como serenidad y firmeza, con la misma audacia patriótica y fría con que triunfásteis en Puebla la trágica noche del 2 de abril de 1867, habéis sabido reprimir hasta su completa extinción, el sacudimiento demagógico que con el nombre de aurora democrática amenazaba comprometer en una vida pública de improvisados motines, los más grandes intereses mexicanos en el extranjero, y todas las preciosas conquistas pacíficas obtenidas en el interior.¹⁹⁰

Al día siguiente se celebró la manifestación del 2 de abril, en conmemoración de la gesta armada de Díaz, 43 años atrás. Los diarios reseñaron ampliamente la jornada en la que 15 mil ciudadanos desfilaron ante Palacio Nacional, bajo la mirada del general Díaz y su gabinete. Se presentaron los numerosos clubes reeleccionistas, delegaciones de los estados y contingentes de obreros, sin faltar las representaciones de la prensa de la capital y los estados. En las listas de los delegados proporcionadas por el Comité Ejecutivo de la Convención Reeleccionista, vemos al

¹⁹⁰ “Solemne apertura de las Cámaras”, informe del presidente de la República y discurso del presidente de la Cámara de Diputados, Francisco Bulnes, *El Imparcial*, 2 de abril, pp. 1, 6 y 7.

poeta Enrique González Martínez, quien habría de ser miembro destacado del Ateneo, en la representación de Sinaloa, y a Genaro Fernández MacGregor, por la de Yucatán.¹⁹¹

Siguieron días de banquetes. El día 3, *El Debate* dio una comida a los delegados de la prensa en el restaurante Sylvain, al que asistieron 50 personas. Los periodistas correspondieron al día siguiente en el mismo lugar; asistieron, además de políticos mayores, los jóvenes José María Lozano, Nemesio García Naranjo y Emilio Valenzuela.¹⁹² Ese día la delegación de Querétaro dio una comida para la Mesa Directiva del Club Central “Ramón Corral” dirigido por Emilio Valenzuela.¹⁹³ El día 5, las delegaciones de Coahuila y Nuevo León organizaron una reunión para los de *El Debate*; Nemesio García Naranjo contestó el brindis de honor.¹⁹⁴

El banquete más importante fue el que ofrecieron a Ramón Corral, en Chapultepec, los más conspicuos corralistas: Rosendo Pineda, Pimentel y Fagoaga, Miguel Macedo, etc. En la concurrencia vemos al ateneísta Guillermo Novoa y al poeta Enrique González Martínez, que fue uno de los que hablaron en la reunión.¹⁹⁵ Días después Guillermo Novoa ofreció un banquete a Wenceslao Iberri, delegado reeleccionista de Sonora; entre los asistentes estuvieron los ateneístas José María Lozano y Ricardo Gómez Robelo.¹⁹⁶

Por su parte, los antirreeleccionistas se reunieron el viernes 15 de abril en el Tívoli del Eliseo. En la convención, que reunía a representantes de los partidos Antirreeleccionista y Democrático y que presidió José María Pino Suárez, se discutió el nombramiento del candidato a la presidencia de la república. Tomaron la palabra Emilio Vázquez Gómez, Toribio Esquivel Obregón, Roque Estrada y Juan Sánchez Azcona. Resultó designado candidato Francisco I. Madero. Al día siguiente se eligió al doctor Francisco Vázquez Gómez como candidato a la vicepresidencia.¹⁹⁷

Madero, por mediación del gobernador de Veracruz Teodoro Dehesa, se entrevistó con el presidente Díaz el sábado 16. Don Porfirio, dice el historiador Taracena, juzgó superficialmente al opositor, deduciendo que no valía la pena; lo alentó a persistir y le puso como ejemplo al licenciado Nicolás Zúñiga y Miranda, “un eterno candidato bufo a la presidencia”. “Madero, con

¹⁹¹ “Los señores delegados a la manifestación reeleccionista...”, *El Imparcial*, 3 de abril, p. 7.

¹⁹² *El Imparcial*, 4 de abril, pp. 3 y 6; *El Imparcial*, 5 de abril, p. 12.

¹⁹³ *El Imparcial*, 5 de abril, p. 12.

¹⁹⁴ *El Imparcial*, 6 de abril de 1910, p. 8.

¹⁹⁵ *El Imparcial*, 6 de abril, p. 1.

¹⁹⁶ En “Sociales y Personales”, *El Imparcial*, 12 de abril de 1910, p. 3.

¹⁹⁷ *El Tiempo*, 16 de abril, p. 1.

uno de sus movimientos rápidos, lleva su mano a la bolsa posterior del pantalón en busca de su pañuelo y don Porfirio se hace bruscamente hacia atrás temiendo quizá que lo asesine; trata de imponerse hablando con la solemnidad que acostumbra para amedrentar a quienes lo rodean, pero a Madero no se le oculta la escasa habilidad y hasta la torpeza del dictador en decadencia.”¹⁹⁸

Al día siguiente, continúa Taracena, varios científicos sugirieron al general Díaz intentar encarcelar a Madero; “mediante unos miles de pesos lograron que un don Felipe Ortega, patrocinado por el licenciado Manuel Macías, lo denunciara por un robo de guayule.” La acción no se llevó a cabo debido a que Félix Díaz, al mando de la Inspección de Policía, señaló deficiencias de fórmula, dando así tiempo para que Madero se ocultara y pudiera acudir a la Convención Antirreeleccionista para tomar protesta junto con Francisco Vázquez Gómez.¹⁹⁹

Por esos días la prensa se llenó con la noticia de la muerte del secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal. Tras varios meses de enfermedad, falleció el día 16, a los 80 años. Político y diplomático desde los tiempos de la Intervención Francesa, liberal de viejo cuño, estaba al frente de la secretaría de manera ininterrumpida desde 1899.²⁰⁰ Antes de terminar el mes su lugar sería ocupado por Enrique C. Creel, considerado integrante del Partido Científico. El grupo comandado por el secretario de Hacienda y que había cerrado filas en torno a Ramón Corral, obtenía así otra posición estratégica dentro del gobierno.

El día 20 Madero y Vázquez Gómez presentaron su programa de gobierno, que en sus propósitos principales incluía: el restablecimiento de la Constitución, haciendo efectivos los derechos y deberes que establecía; la independencia de los Poderes de la Federación; llevar a la Carta Magna el principio de la No reelección del Presidente y el Vicepresidente de la República, procurando una reforma idéntica para los estados de la República, y hacer efectivo el requisito de vecindad para la elección de diputados y senadores. Se indicaban muchas otras reformas políticas y sociales.²⁰¹

José Vasconcelos, reconquistado por la valentía de Madero, le escribió el día 26:

¹⁹⁸ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 234.

¹⁹⁹ *Ibidem*, pp. 234-235.

²⁰⁰ *El Imparcial*, 17 de abril, pp. 1 y 2; *El Imparcial*, 18 de abril, pp. 1, 4 y 5.

²⁰¹ Una electoral para hacer efectivo el voto, la desaparición de las jefaturas y prefecturas políticas, garantizar “la libertad de escribir”, mejorar la instrucción pública, las condiciones de los obreros y de la raza indígena, mexicanizar el personal de los ferrocarriles, combatir los monopolios, etc. Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, p. 236.

Cada vez convence usted más a los escépticos y disgustados de la política como yo, de lo mucho que hace por levantar nuestra dignidad.

Me he enterado de todos los acontecimientos relacionados con la Convención, y veo que la elección de usted ha sido acertada e indispensable. Le manifiesto esto porque yo fui de los que en un principio se oponían a tal elección, pero ahora veo que dadas las circunstancias, nadie puede culparle de ambición personal y que la aceptación que ha hecho usted de su candidatura es un acto de heroísmo.²⁰²

El ateneísta se reintegró a la campaña antirreeleccionista, la cual se intensificó una vez designados sus candidatos. El 5 de mayo se realizó una manifestación en la capital de la república. Diez días después, en Puebla, se efectuó otra, en la que además de Madero, habló el estudiante Alfonso G. Alarcón, futuro ateneísta.²⁰³ El día 22 en Orizaba el candidato opositor pronunció un vehemente discurso desde los balcones del Hotel France. Además de recientes actos represivos, recordó la sangrienta supresión de la lucha obrera de Río Blanco en 1907. “En un país constitucional, ese acto sólo hubiese bastado para que el gobierno hubiese rodado; pero aquí no había libertad, no podíamos volar a vuestra defensa...” Necesitamos remediar nuestra situación, clamaba, el enemigo es la Dictadura. Se acusa al Partido Científico como responsable de nuestras desdichas, pero, sin negar su responsabilidad, es preciso hablar claro, “y yo digo altamente que el principal responsable de todo lo que pasa en la República es el señor general Porfirio Díaz.”²⁰⁴

Madero dirigió una carta al presidente el 26 de mayo, publicada en *México Nuevo*. Le recordó que, en la entrevista que sostuvieron el 16 de abril, habían acordado que irían a la lucha y Díaz respetaría a quien el pueblo designase para asumir el poder. Madero había pensado que eso significaba que el presidente permitiría que el pueblo se manifestase con libertad. Pero las persecuciones continuaban, no contra él porque se le habían respetado sus derechos, sino contra sus correligionarios en diversas partes del país. Le pedía que pusiera remedio a esto, pues, aunque él había estado exigiendo a sus partidarios mantenerse dentro de la Ley, temía que estallara el descontento popular.²⁰⁵

La respuesta del general Díaz fue inmediata. Con fecha del 27 de mayo contestó a Madero que la soberanía de los estados le impedía intervenir sobre los asuntos locales a que se refería.

²⁰² Taracena, Alfonso, *José Vasconcelos*, México, Editorial Porrúa, colección “Sepan cuántos...”, 2005 [1982], p. 6.

²⁰³ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, p. 240.

²⁰⁴ *Ibidem*, pp. 243-244.

²⁰⁵ *Ibidem*, pp. 242-244.

Afirmaba, en clara advertencia, que de ocurrir las perturbaciones aludidas, Madero podía estar seguro de que se actuaría con toda energía. Esta carta fue publicada por *El Tiempo* el día 28, junto con otra de José I. Limantour, dirigida a Juan Sánchez Azcona, para desmentir las acusaciones que en un artículo de *México Nuevo* se le hacían por supuestamente enriquecerse a expensas del erario público.²⁰⁶

Mientras los periódicos oficialistas, sobre todo *El Imparcial*, alzaban el tono contra el líder de la oposición, la prensa independiente organizaba en la ciudad de México otra manifestación, el día 29, en apoyo a Madero y Vázquez Gómez.²⁰⁷ A principios de junio, *México Nuevo* lanzó la espectacular noticia de que el presidente había dejado de asistir a sus oficinas por enfermedad. Los diarios oficiales tardaron algunos días en desbaratar la versión.²⁰⁸

El ánimo triunfalista en las filas de la Reelección no disminuía, seguían los banquetes. A finales del mes de abril, la Comisión de Propaganda, muy nutrida de jóvenes intelectuales, ofreció un banquete a Rosendo Pineda, el “maquiavelo” de los Científicos. Y el 6 de junio el gobernador de Morelos, Pablo Escandón, fue agasajado por un amplio grupo de políticos reeleccionistas, como José María Lozano, Fernando Noriega, Miguel Alessio Robles, Nemesio García Naranjo, Guillermo Novoa, Alfonso Teja Zabre y otros.²⁰⁹

Iniciaba el mes de junio. Las elecciones, a realizarse el día 26, estaban a unas semanas. Entonces la situación tomó aspectos más graves.

La madrugada del día 4, un grupo de hombres se apoderaron de Valladolid, Yucatán, “después de asaltar y tomar el cuartel, armados de machetes y viejas escopetas. Pronto dan cuenta de los policías y se dirigen a la Jefatura, donde el jefe político, Luis Felipe Regil, hace resistencia. Lo sacan a la calle y lo ejecutan, despedazando el cuerpo a machetazos. También son asaltadas, apoderándose de los fondos públicos, la agencia de Hacienda y la Tesorería municipal.”²¹⁰ Unos días después las noticias sobre la revuelta comenzaron a fluir en la prensa del centro.

²⁰⁶ “Importantes cartas”, *El Tiempo*, sábado 28 de mayo, pp. 1. *El Imparcial* publicó la carta de Limantour el 29 de mayo, p. 3.

²⁰⁷ 30 mil personas desfilaron ese día, asegura Alfonso Taracena, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 245.

²⁰⁸ Véase por ejemplo *El Imparcial* del 4 de junio, p. 1.

²⁰⁹ *El Imparcial*, 27 de abril, p. 3; *El Imparcial*, 7 de junio de 1910, p. 3.

²¹⁰ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, p. 246.

En Monterrey, el día 6, Madero fue aprehendido. Por la mañana había sido disuelto el mitin que encabezaba, suscitándose un fuerte altercado entre el licenciado Roque Estrada y el jefe de la policía. Por la noche, sin lograr apresar a Estrada, se aprehendió a Madero acusándolo de haber encubierto la fuga de su colaborador.²¹¹ Poco después Estrada también fue apresado. Dos días después *El Imparcial* publicaba los hechos de sangre en Valladolid, atribuyéndolos, en editorial, a la propaganda antirreeleccionista. “¡He ahí vuestra obra!”, acusaba el diario: los indios mayas, instigados por los agitadores se entregan al asesinato y al saqueo.²¹²

El proceso contra Madero se desarrolló sin saber con exactitud los cargos. A la vez, se dieron a conocer cartas de don Evaristo Madero en las que expresaba su desacuerdo con la labor política de su nieto.²¹³ En Torreón, Sinaloa y Monterrey se apresaron a varios antirreeleccionistas.²¹⁴ Las acciones alcanzaron a *México Nuevo* a mediados de junio, siendo clausurado temporalmente y aprehendidos algunos de sus empleados. Seguían las acusaciones contra su director, Juan Sánchez Azcona, por supuesto fraude.²¹⁵ Desde la penitenciaría de Monterrey, el día 15, Madero publicó otra carta al general Díaz responsabilizándolo de la represión y de los trastornos de la paz que llegasen a ocurrir.²¹⁶

En Valladolid, después de fuertes enfrentamientos, el ejército recobró el control. Como había advertido el general Díaz, actuó con toda firmeza. Se realizó un juicio militar expedito contra los cabecillas del levantamiento. El Ministerio de Justicia nombró asesor extraordinario en el proceso a José María Lozano, quien salió violentamente para la península.²¹⁷ Antes de terminar el mes, varios líderes de la rebelión eran fusilados.²¹⁸ A su regreso de Yucatán, Lozano fue festejado en un restaurante de la capital por sus amigos Guillermo Pous, Telésforo Ocampo, Nemesio García Naranjo, Miguel Alessio Robles, Guillermo Novoa, Rubén Valenti, Alfonso Teja Zabre, Ricardo Gómez Robelo, Luis del Toro e Ignacio B. del Castillo.²¹⁹

²¹¹ *Ibidem*, p. 246-247.

²¹² “Sangrientos sucesos en el estado de Yucatán”, el editorial “¡He ahí vuestra obra!” y “Don Francisco Madero fue aprehendido en Monterrey”, *El Imparcial*, 8 de junio de 1910, p. 1, 2 y 7.

²¹³ *El Tiempo*, 13 de junio, p. 1; *El País*, 14 de junio, p. 1; *El Tiempo*, 30 de junio, p. 1.

²¹⁴ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 248-249.

²¹⁵ *La Patria*, 14 y 15 de junio, p. 2; *El Tiempo*, 14, 15 y 21 de junio, todas las notas en primera plana.

²¹⁶ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 249-251.

²¹⁷ *El Imparcial*, 15 de junio, p. 7.

²¹⁸ *El Tiempo*, 27 de junio, p. 1.

²¹⁹ *El Imparcial*, 10 de julio, p. 3; *El Tiempo*, 11 de julio, p. 3.

El día 16 de junio *La Patria* informaba que en las esquinas de la capital habían aparecido cartelones con un “Manifiesto a la Nación” en el que se suplicaba a Ramón Corral renunciara por patriotismo a su candidatura vicepresidencial.²²⁰ *El País* comenzó a publicar noticias, entrevistas y declaraciones de Francisco I. Madero, en una tendencia clara de simpatía. Por esos días se difundió el rumor, proveniente de un diario de Monterrey, de que el general Bernardo Reyes regresaría a México llamado por el gobierno.²²¹ Se sabía, además, que Félix Díaz dejaba el puesto de Inspector General de Policía, con licencia de unos meses para tratar asuntos particulares.²²² Enemistado con Ramón Corral, el sobrino de don Porfirio también había sido animado por grupos de simpatizantes en varias ocasiones para ser candidato a la vicepresidencia.²²³ Regresaría a México y a su puesto a principios de agosto, cuando habían pasado los problemas políticos más inmediatos.

Madero y Roque Estrada fueron trasladados de Monterrey a San Luis Potosí, a donde llegaron el día 22. Días después se señalaba que serían trasladados a Puebla.²²⁴ Por unos días y sin saberse bien los cargos, fue aprehendido Emilio Vázquez Gómez, presidente del Centro Antirreeleccionista en la ciudad de México.²²⁵ Mientras, *El Tiempo* señalaba rumores de movilizaciones rebeldes en Cananea.²²⁶

En la campaña contra la oposición destacó el poeta José Juan Tablada. *El Imparcial* promocionaba su *Madero-Chantecler*, “Tragicomedia zoológico-política en tres actos y en verso, de rigurosa actualidad”. Costaba 50 centavos y se vendía en numerosas librerías (Bouret, Ballecá, Prida, Guillot, etc.).²²⁷ Dice Taracena:

Es una tremenda sátira contra don Francisco I. Madero, en la que se hace alarde de una mala fe inconcebible desde la dedicatoria al autor de la famosa pieza “Chantecler” [Edmond Rostand], a quien dice al final de ella: “A un gallo hiciste hablar, ¡mas yo a un Madero!” Acompañan a Madero, entre los demás personajes, Juan Sánchez Azcona, representado por un guajolote; el licenciado Roque Estrada por el curro; Bordes Mangel por un zorrillo; Vázquez Gómez por la

²²⁰ “Osada manifestación”, *La Patria*, 16 de junio, p. 2.

²²¹ *El Tiempo*, 18 de junio, p. 1; *El Tiempo*, 20 de junio, p. 1; *La Patria*, 20 de junio, p. 1.

²²² *El Imparcial*, 21 de junio, p. 1 y 2.

²²³ La última de esas sugerencias, que rechazó públicamente Félix Díaz, ocurrió a principios del mes de junio, *El Tiempo*, 6 de junio, p. 1; *El País*, 5 de junio, p. 1.

²²⁴ *El Tiempo*, 27 de junio, p. 1.

²²⁵ *El Tiempo*, 21 de junio, p. 1; *El Tiempo*, 28 de junio, p. 1.

²²⁶ *El Tiempo*, 22 de junio, pp. 1 y 2.

²²⁷ *El Imparcial*, 23 de junio, p. 3.

faisana; Manuel M. Alegre por la gata Eleuteria, aparte de numerosos animales fáciles de identificar. La obra, sucia e ingeniosa, tiene algunos actos dignos de leerse, como el desarrollado en el Canal de la Viga. Al final, hace que muera Madero, al que sacan de la arena “arrastrado por un grupo de partidarios vueltos en sí, es decir, convertidos en mulas”.²²⁸

A unos días de las elecciones, el Círculo Nacional Porfirista, en manifiesto del 22 de junio, lanzó la candidatura del gobernador de Veracruz, Teodoro Dehesa, para la vicepresidencia de la República.²²⁹ Dehesa era uno de los hombres de poder más adictos al general Díaz. Al mismo tiempo, había abrigado ambiciones para ocupar la candidatura que ahora se le ofrecía y que aceptó, aunque era a todas luces tardía. El asunto se discutió mucho en la prensa. Se llegó a decir que la maniobra había sido de Díaz, para conjurar posibles momentos críticos.²³⁰

La tarde del día 24 el doctor Francisco Vázquez Gómez, candidato opositor, habría conversado con el general Díaz en Chapultepec. El presidente le confesó que Limantour amenazaba con renunciar si Corral no era electo Vicepresidente. Vázquez Gómez le propuso que apoyase a Dehesa, pero el dictador respondió: “Ya se convencerá usted de que en política, no siempre se puede hacer lo que se quiere.”²³¹

El día 26 se realizaron las elecciones primarias para presidente y vicepresidente de la república, así como para diputados, senadores y magistrados de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Al día siguiente los diarios resaltaron el triunfo de los reeleccionistas, apuntando unos cuantos incidentes y algunos triunfos aislados de la oposición.

Unos días atrás, se había difundido que representantes de la banca, el comercio, la industria, la agricultura, la minería, grupos políticos y profesionistas darían al presidente Díaz un magno banquete con 1 500 invitados. Querían reiterarle su apoyo y agradecerle la eficacia con que puso fin a la rebelión de Valladolid.²³² El día 27 *El Imparcial* publicó los nombres de los centenares de invitados, entre los cuales vemos aparecer los de Antonio Caso, Enrique Escobar, Pedro Enríquez (¿quizás el dominicano?), Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Guillermo Novoa, Alejandro Quijano, Rubén Valenti y Emilio Valenzuela. Un buen contingente

²²⁸ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 252-253.

²²⁹ *La Patria*, 23 de junio, p. 1; *El Tiempo*, 23 de junio, p. 1.

²³⁰ Por ejemplo *La Patria*, 30 de junio, p. 1.

²³¹ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, p. 251-252.

²³² “Un banquete de 1, 500 cubiertos”, *El Imparcial*, 21 de junio, p. 1.

de miembros del Ateneo de la Juventud,²³³ aunque su peso es ínfimo dentro del conjunto de invitados.

El evento se realizó el domingo 3 de julio en el edificio de La Cigarrera. Se sentaron a la mesa principal el presidente Díaz, su gabinete y los organizadores del evento. Poco antes de las diez de la noche, Pimentel y Fagoaga, presidente del ayuntamiento del Distrito Federal, hizo el brindis de honor, expresando la admiración y el respeto al general Díaz en nombre de las diversas fuerzas del progreso de la sociedad mexicana. Díaz contestó con palabras ya rituales. Dijo que estaba cansado y sugirió la posibilidad de su retiro, ante lo cual se levantó el clamor general: “¡Imposible! ¡No, nunca!” El presidente reiteró que, en su próximo periodo, continuaría la labor de paz, pero que tendría mano firme cuando las circunstancias lo requirieran.²³⁴

El día 10 de julio se realizaron las elecciones secundarias, obteniendo una muy amplia mayoría la fórmula Díaz-Corral.²³⁵ Se fueron conociendo los resultados de las elecciones de diputados y senadores. Luis del Toro resultó diputado suplente por Coahuila; Guillermo Novoa, suplente por Hidalgo; Bravo Betancourt, propietario por Tabasco; Lozano, suplente por Jalisco y propietario por el Estado de México; Valenti, suplente por Michoacán; García Naranjo, propietario por Michoacán y suplente por Zacatecas; Telésforo Ocampo, suplente por Zacatecas. De esta manera, los del “grupo Belén”, varios además ateneístas, subían un importante escalón dentro del régimen. Por lo demás, se reiteraban los grandes nombres: Porfirio Parra, Manuel Sánchez Mármol, Francisco Sosa, Emilio Rabasa, Salado Álvarez (senadores), José Castellot, Ezequiel A. Chávez, Carlos Díaz Dufoo, Federico Gamboa, José Juan Tablada, Salvador Díaz Mirón, Rafael Reyes Spíndola y Diódoro Batalla (diputados).²³⁶

Pero la consumación de la reelección no trajo la calma. El día 6 de julio *El País* informaba sobre desórdenes en Veracruz, debido a que una manifestación organizada en apoyo a Teodoro Dehesa se había transformado en antirreeleccionista.²³⁷ Informaba también de la fuerte actividad de la oposición en Puebla. Una manifestación realizada el día 7 en esa ciudad sin permiso de las

²³³ “Los invitados al gran banquete del día 3 de julio próximo”, *El Imparcial*, 28 de junio, p. 3 y 6.

²³⁴ “El gran banquete de anoche fue un tributo de admiración y respeto al Sr. presidente y un homenaje a sus altos méritos”, *El Imparcial*, 4 de julio, pp. 1 y 10.

²³⁵ *El Imparcial*, 12 de julio, pp. 1 y 10.

²³⁶ *El Imparcial*, 11 de julio, pp. 1 y 8; los complementos en el mismo diario del 12 de julio, p. 10, y del 13 de julio, p. 2.

²³⁷ *El País*, 6 de julio, p. 1.

autoridades derivó en disturbios y detenciones. Los impulsores principales se agrupaban en el Club Luz y Progreso presidido por Aquiles Serdán.²³⁸

En una carta publicada en *El País*, Aquiles Serdán explicaba que los problemas habían sido ocasionados por la policía montada al arremeter contra los manifestantes. Aseguraba que habían desfilado por las calles 20 mil ciudadanos. “Hubiera habido más orden si las autoridades comprendieran lo que no quieren comprender: que son ya otros tiempos y que el pueblo está resuelto á ejercer sus derechos”. De haberse permitido, “todos estuviéramos satisfechos; pues hoy nada más lo estamos nosotros.” Era inexacto que la manifestación hubiera sido prohibida, simplemente porque “no pedimos permiso”; el pueblo poblano, asentaba, “debe estar orgulloso, porque no obstante el lujo de fuerza y tanto atropello, ejercitó un derecho que ningún poder, según nuestras leyes, debe prohibir.”²³⁹ Entre los detenidos estaban los estudiantes Alfonso G. Alarcón y Luis Sánchez Pontón, presidente y vicepresidente de la Sociedad de Alumnos del Colegio del Estado.

Los estudiantes de la ciudad de México manifestaron su solidaridad con los jóvenes poblanos. En carta aparecida en *El País* el 16 de julio, los estudiantes de Medicina, Ingeniería y Jurisprudencia decían que, por lo que se sabía, se había cometido una arbitrariedad, así que demandaban a las autoridades del estado dilucidaran lo ocurrido.²⁴⁰ Julio Torri, alumno de Jurisprudencia, estaba en la larga lista de firmantes; no así los también alumnos Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Los estudiantes poblanos fueron liberados el día 18.

Francisco I. Madero y Roque Estrada, después de muchos intentos legales, obtuvieron su libertad bajo caución el día 19. Taracena explica que para obtenerla “hizo un viaje a México el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca, quien logró interviniese la esposa del general Díaz. Se dice que éste ya había ordenado el fusilamiento de los prisioneros al descubrirse que conspiraban, pero se salvaron por las gestiones de la familia Madero y de monseñor Ridolfi, el nuncio apostólico.”²⁴¹ Ya en libertad, Madero siguió con fuertes declaraciones publicadas por *El País* y los diarios de oposición.

²³⁸ *El País*, 9 de julio, p. 1; también en *El Tiempo*, del mismo día, p. 1.

²³⁹ *El País*, 11 de julio, pp. 1 y 2.

²⁴⁰ *El País*, 16 de julio, pp. 1 y 2.

²⁴¹ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, pp. 254-255.

En la capital, como decía *La Patria*, había una “fiebre de banqueteo”.²⁴² *El Imparcial* del 31 de julio informaba de otro banquete de la Comisión de Propaganda para Rosendo Pineda. Asistieron, entre otros, Nemesio García Naranjo, Guillermo Novoa, Ricardo Gómez Robelo, Miguel Alessio Robles, Ignacio Bravo Betancourt, Luis del Toro, Rubén Valenti, Emilio Valenzuela y José María Lozano.²⁴³ El sábado 13 de agosto Pineda devolvió el gesto. Era el momento de agradecer a los jóvenes que habían asumido con bríos el proselitismo del régimen. Ante los propagandistas, acomodados en tres mesas en el Tívoli del Eliseo, Pineda expresó:

Para esparcir á los cuatro vientos las ideas de libertad, nadie mejor que vosotros, que sois jóvenes heraldos de la vida, con toda la fuerza generosa de vuestros juveniles años; vosotros, para quienes el esfuerzo es un placer, vosotros á quienes todavía no rinde la lucha...

Enseguida, Rafael Martínez Freg leyó una carta de felicitación de Pablo Macedo. En la mesa de honor estaban, además de Pineda y Martínez Freg, Fernando Pimentel y Fagoaga, Joaquín Casasús, Ignacio Burgoa, Guillermo Pous, Lanz Duret y Fernando Duret. En las otras mesas: Carlos Díaz Dufoo, Nemesio García Naranjo, Rubén Valenti, Ricardo Gómez Robelo, Ramón Prida, Francisco M. de Olaguibel, Rafael Carpio, Emilio Valenzuela, Miguel Alessio Robles, Ignacio Bravo Betancourt, José María Lozano, Erasmo Castellanos Quinto, Guillermo Novoa, Telésforo Ocampo, Enrique Rodríguez Miramón y otros.²⁴⁴ Siete de los mencionados eran miembros del Ateneo de la Juventud.

A principios de agosto los estudiantes de Jurisprudencia se expresaron públicamente sobre un asunto internacional. En España, el primer ministro José Canalejas había implementado medidas para disminuir el poder de la Iglesia católica, lo que había llevado a un conflicto grave con la Santa Sede. El 29 de julio había retirado su representante ante el Papa, en protesta por su intromisión en los asuntos de la política interior española. En carta fechada el 2 de agosto y publicada por *La Patria*, los alumnos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia se dirigían a Canalejas para manifestarle simpatía por “su actitud patriótica para con el Vaticano”. Entre los firmantes se hallaban Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Mariano Silva y Aceves.²⁴⁵

²⁴² *La Patria*, 7 de julio, p. 1.

²⁴³ *El Imparcial*, 31 de julio, p. 3.

²⁴⁴ “Banquete de la Comisión de Propaganda del Comité Reeleccionista”, *El Imparcial*, 14 de agosto, p. 10.

²⁴⁵ “Los estudiantes mexicanos felicitan al ministro Sr. Canalejas”, *La Patria*, 3 de agosto, p. 2.

En esos días se dieron a conocer los resultados finales de las elecciones para presidente. Porfirio Díaz obtuvo 18 mil 829 votos, contra apenas 221 de Francisco I. Madero.²⁴⁶ En la elección de vicepresidente la cosa era un poco diferente. Ramón Corral había ganado con 17 mil 373 votos, mientras que el candidato de última hora, Teodoro Dehesa, había obtenido mil 420.²⁴⁷

También a principios de agosto reapareció *El Diario del Hogar*, conducido como siempre por Filamento Mata. El periódico asumió la defensa de Madero y la propaganda de su movimiento opositor. En sus páginas, además, promocionó un próximo libro de Juan Sánchez Azcona, titulado *Suum cuique (A cada quien lo suyo). La campaña política en México en la época del Centenario. Apuntes y documentos para la historia*. Constaría de 300 páginas y ya se estaba imprimiendo en los Estados Unidos. Su venta, decía el diario, serviría al escritor que pasaba por difíciles circunstancias en aquel país. El libro contendría “la historia detallada de la campaña cívica independiente de los últimos dos años, con imparciales apreciaciones sobre los trabajos de los grupos democrático, reyista, dehesista y el gran Partido Anti-reeleccionista”.²⁴⁸

La lucha maderista parecía no tener porvenir. Narra Taracena que a finales de agosto se desató “una tempestad de intrigas, delaciones, combinaciones, hurtos y estafas entre los líderes antirreeleccionistas de la ciudad de México. Casi todos, inclusive el licenciado Toribio Esquivel Obregón, atribuyen el origen de las discordias a maquinaciones de los hermanos Vázquez Gómez, quienes, según el periodista Heriberto Frías, han traicionado a Madero y a la causa, pues todos los planes y pensamientos que Madero, en un momento de lealtad y confianza, descubrió a esos dos porfiristas, fueron transmitidos a Dehesa y a don Porfirio.”²⁴⁹

Una mayoría festejaba el triunfo del general Díaz y su vicepresidente. Todo estaba consumado y se imponía, según las interpretaciones oficialistas, la continuidad de la buena obra del dictador. Algunos diarios, sin sumarse al antirreeleccionismo, evaluaban de manera diferente la situación. Para *La Patria*, por ejemplo, resultaba claro que se necesitaban reformas a la legislación electoral para avanzar hacia una democracia más efectiva. El diario, siguiendo las declaraciones de Díaz, consideraba que el pueblo mexicano estaba mejor preparado para la

²⁴⁶ *El Imparcial*, 2 de agosto, p. 5.

²⁴⁷ *El Imparcial*, 3 de agosto, p. 6.

²⁴⁸ Anuncio, *El Diario del Hogar*, 21 de agosto, p. 4. No tengo noticias de que el libro haya aparecido.

²⁴⁹ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 2555-256.

democracia; por lo cual insistía en la idea de reorganizar el Gran Partido Liberal.²⁵⁰ *El País* y en menor medida *El Tiempo* mantenían una línea crítica. El primero, además de su simpatía por la causa de Madero, sostenía una campaña de denuncia de abusos de autoridades locales y estatales.

Los furores políticos imperaron durante los meses de junio y julio. El régimen parecía haber pasado la prueba. Los jóvenes intelectuales que se sumaron a la propaganda de la reelección, varios de ellos miembros del Ateneo de la Juventud, desempeñaron bien su papel y ya figuraban en puestos públicos de importancia, incluso como diputados. La animación social y cultural por el Centenario, a la vez, seguía creciendo. Los jóvenes intelectuales también se incorporaron a este impulso, en distintos proyectos dentro del gobierno y en organismos culturales de la sociedad. En esas circunstancias, a dos meses de celebrarse los festejos patrios, los integrantes del Ateneo de la Juventud retomaron con vigor sus actividades.

IV. El retorno del Ateneo de la Juventud

Los socios del Ateneo de la Juventud se reunieron el jueves 30 de junio, unos días después de las elecciones presidenciales. Congregados en el salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, acordaron dar fuerte impulso a la organización, procurando atraer mayor público a sus sesiones. Isidro Fabela fue nombrado secretario de Actas, por unanimidad, y se programó una reunión extraordinaria para el lunes 4 de julio, en la que se leerían trabajos de Antonio Caso, Eduardo Colín, Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón y Manuel de la Parra.²⁵¹

El Ateneo reapareció en las noticias de la prensa, después de muchos meses de ausencia. La asociación no había crecido. *El Imparcial* y *El Tiempo* ofrecen una lista de 29 socios, en la cual hay dos novedades respecto a la nómina que conocemos de 1909: Mariano Silva y Aceves y

²⁵⁰ “Necesita ser reformada la ley electoral”, *La Patria*, 11 de julio, p.1, y “Los partidos políticos en México. La reorganización del Gran Partido Liberal”, *La Patria*, 25 de julio, p. 1.

²⁵¹ “Sesión artística del Ateneo Juvenil”, *El Imparcial*, 2 de julio, p. 6; “El Ateneo juvenil”, *El Tiempo*, 2 de julio, p. 2.

Julio Torri, dos amigos de aula de Alfonso Reyes.²⁵² Con ellos, Alfonso ensayaba una dinámica de estudio y colaboración similar a la que mantenía con Henríquez Ureña. Los tres eran estudiantes y aún no estaban del todo imbuidos, como sus compañeros mayores, en las graves preocupaciones de la vida madura. Julio Torri recuerda una anécdota, relacionada con la política, que muestra el tipo de humor de estos los más noveles ateneístas:

Recuerdo que alguna vez un club reyista estudiantil nos encargó la redacción de un manifiesto. Lo pergeñamos en una prosa arcaizante, puestos los ojos en fray Luis de Granada, que a la sazón nos deleitaba. Nuestros correligionarios politicoestudiantiles quedaron profundamente consternados con nuestras lucubraciones, que no recuerdo ya si con razón atribuyeron a socarronería.²⁵³

Resalta, en la nueva lista de socios, la omisión de José María Lozano, Ricardo Gómez Robelo, Rubén Valenti y Genaro Fernández MacGregor. En el caso de este último, que había sido secretario de Actas, se sabe con certeza la razón de su ausencia. Su situación laboral había mejorado, pues ahora ocupaba la subdirección de la Oficina de Patentes en la Secretaría de Fomento, con un sueldo mayor a los 300 pesos. Como le repugnaba “la acción” y más aún la política, rechazó las invitaciones a hacer labor reeleccionista. Según sus *Memorias*, Lozano y García Naranjo, que estaban “metidos hasta las orejas en las luchas partidistas”, suscitaron el tema político en el Ateneo desde la primera sesión a la que acudieron. Genaro decidió renunciar por temor a que la asociación se transformara en club político.²⁵⁴

Más adelante Genaro volvería a integrarse al organismo. Su testimonio revela que dentro de la agrupación no debieron ser escasas las discusiones sobre las definiciones políticas. Es muy probable que la poca cercanía de algunos socios, los de mayor beligerancia oficialista como Lozano y García Naranjo, se explique por el desacuerdo con la línea “neutral” del Ateneo.

En la sesión programada (efectuado el miércoles 6 y no el lunes 4), Antonio Caso leyó un estudio sobre la obra de Hipólito Taine, muy extenso y muy aplaudido. Eduardo Colín recitó una de sus poesías y Carlos González Peña leyó un trabajo en prosa. El secretario de Actas, Isidro Fabela, propuso la fundación de una revista mensual, exclusivamente literaria, que funcionara

²⁵² Mariano Silva y Aceves, entonces de 23 años, nacido en La Piedad, Michoacán, había llegado a la capital en 1907, como tantos otros, para hacer estudios en Jurisprudencia. Sabía latín y era muy dado a lecturas clásicas españolas.

²⁵³ “Mariano Silva y Aceves”, Julio Torri, *Diálogo de los libros*, compilado por Serge I. Zaïtzeff, Letras mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1980, p. 106.

²⁵⁴ Fernández MacGregor, Genaro, *El río de mi sangre. Memorias*, Letras Mexicanas, FCE, México, 1969, pp. 193-195.

como órgano del Ateneo. La iniciativa fue aprobada y se nombró una comisión para el proyecto, conformada por Alfonso Cravioto, Pedro Henríquez Ureña, Fabela y José Escofet. Esta idea, que no prosperó, era parte del intento de dar mayor vida a la organización. Para la siguiente sesión se programaron lecturas de Escofet, Alfonso Reyes, Mariano Silva y Julio Torri.²⁵⁵

Los ateneístas no podían dejar pasar el momento del Centenario. Según informaba *El Imparcial* del 24 de julio, la agrupación había estado discutiendo la manera de rendir homenaje a José Joaquín Fernández de Lizardi, el ilustre pensador y periodista de los tiempos de la Independencia. No se sabía cómo aún, pero era casi seguro que para las fiestas del Centenario le rendirían honores. Contemplaban la posibilidad de “lanzar una iniciativa á todos los literatos, poetas, escritores y periodistas de la República para que se asocien bajo un comité directivo y propongan la manera de llevar á buen fin la idea que se persigue.” Se había asegurado a los organizadores, “extraoficialmente”, que la idea sería acogida por la Comisión del Centenario y por varias agrupaciones de literatos.²⁵⁶ Los ateneístas estaban por usar una fórmula común, utilizada por muchas otras organizaciones: hacer una convocatoria pública para organizar un evento o concurso procurando el apoyo oficial.

El 26 de julio *El Imparcial* informaba que el director de la Biblioteca Nacional, Francisco Sosa, comentó que se esperaba la finalización de unos bustos de Fernández de Lizardi y Guillermo Prieto, los dos escritores populares por excelencia en México, para ser colocados en el jardín de la Biblioteca. El diario sugería que “bien podría el Ateneo de la Juventud ponerse de acuerdo con el ilustrado Director de la Biblioteca, para que dichos bustos sean descubiertos por una comisión del Ateneo, ó por sus miembros en masa, previo acuerdo de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.”²⁵⁷ La sugerencia no fue recogida, ni tampoco se realizó el homenaje especial a El Pensador mexicano en el Ateneo. El escritor fue tema en las conferencias de los jóvenes en septiembre, pero con un giro muy crítico.

El 24 de julio se supo que habría un ciclo de conferencias del Ateneo de la Juventud. *El Imparcial* señalaba que sería patrocinado por el ministro de Instrucción Pública. Las cinco presentaciones, a realizarse en el salón de la Escuela de Artes y Oficios para hombres, versarían sobre la vida y la obra de poetas y pensadores de América Latina. Antonio Caso se ocuparía de

²⁵⁵ “El Ateneo juvenil”, *El Imparcial*, 8 de julio, p. 5; también “En el Ateneo juvenil”, *El Tiempo*, 8 de julio, p. 3.

²⁵⁶ “Se trata de glorificar al autor del ‘Periquillo Sarniento’ ”, *El Imparcial*, 24 de julio, p. 3.

²⁵⁷ “El pensador mexicano y Guillermo Prieto”, *El Imparcial*, 26 de julio, p. 5.

Eugenio María de Hostos, Pedro Henríquez Ureña de José Enrique Rodó, Carlos González Peña de Fernández de Lizardi, y José Escofet de Sor Juana Inés de la Cruz. No se mencionaba de quién se ocuparía Alfonso Reyes (sería el poeta Manuel José Othón) ni se incluía todavía la sexta conferencia a cargo de José Vasconcelos sobre Gabino Barreda. Las disertaciones se realizarían una por semana, iniciando el 8 de agosto.²⁵⁸ A principios de agosto los diarios difundían el programa, incluyendo la conferencia de Vasconcelos y señalando el lugar donde finalmente se realizarían, el muy ateneísta salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia.²⁵⁹

Una de las noticias principales del mes de julio fue que Rubén Darío estaría en México. Casi no es necesario indicar la importancia de esta visita y el entusiasmo que causó su anuncio entre las gentes de letras. Se trataba del máximo poeta latinoamericano en vida. Para los jóvenes representaba la oportunidad de conocer en persona y homenajear a uno de sus héroes culturales. Pedro Henríquez Ureña debió ser uno de los más interesados, ya que varios de sus trabajos, desde hacía un lustro, giraban en torno al poeta nicaragüense y sus innovaciones estéticas.

Sin embargo, desde el principio las sombras políticas se cernieron sobre su visita. El 13 de julio *El Imparcial* señalaba que Darío había sido nombrado Ministro Plenipotenciario, con el encargo de restablecer la legación de su país en México, suprimida temporalmente. La tarea de Darío era delicada, pues sucedía en momentos en que “el Gobierno nicaragüense encauza todos sus esfuerzos á la sofocación del movimiento de los disidentes”.²⁶⁰ El movimiento revolucionario simpatizaba con el general Zelaya, quien había sido depuesto menos de un año atrás y se hallaba exiliado en Europa. Los Estados Unidos eran un factor determinante en los acontecimientos del país centroamericano. *El País* exponía así el asunto:

Sábase ya que poderosas negociaciones industriales americanas han sido las que, para afirmar sus inmensos privilegios, han prendido el fuego de esa funesta revolución, y que cuentan con el apoyo más ó menos explícito del gabinete de Washington. Es cosa sabidísima también que otra de las causas ocultas de este auxilio, es la adquisición de un territorio que, á cambio del granítico de

²⁵⁸ “Los grandes pensadores en cinco conferencias”, *El Imparcial*, domingo 24 de julio, p. 3.

²⁵⁹ “Conferencias literarias”, *El Imparcial*, 4 de agosto, p. 4; “El Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 4 de agosto, p. 3; “Notas de sociedad”, *El País*, 4 de agosto, p. 2.

²⁶⁰ “Viene á México como enviado especial a las fiestas del centenario de la Independencia Rubén Darío”, *El Imparcial*, 13 de julio, p. 1.

Panamá, pudiese servir, fracasada la empresa allí acometida, para abrir el gran canal de navegación interoceánica.²⁶¹

Para expresar su admiración a Darío, el Ateneo de la Juventud planeaba una suntuosa velada literaria y musical, con discurso principal de su presidente Antonio Caso, así como versos y trabajos en prosa de Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto, Guillermo Novoa, Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Roberto Argüelles Bringas y Eduardo Colín. Según informaba *El Imparcial* del 27 de julio, Ignacio Bravo Betancourt sería el encargado de recibir a Darío, a quien se le daría un banquete en uno de los restaurantes más importantes de la ciudad.²⁶² El Ateneo quería realizar de nuevo un jornada doble, con tanto brillo como la dedicada a Rafael Altamira. Sorprende que en el programa no figurara Henríquez Ureña, idóneo para hablar de la obra de Darío, ni Alfonso Reyes, el poeta más joven y deslumbrante. Tal vez se debía a que éstos figuraban ya en el programa de las conferencias y había que dar espacio a otros ateneístas.

Dos días después, en breves líneas aparecidas en *El Imparcial*, se leía que Emilio Valenzuela, secretario de la *Revista Moderna*, había suplicado informar que no formaría parte del plan del Ateneo para homenajear a Darío. “El señor Valenzuela dice no pertenecer á ese grupo.”²⁶³ La separación de Valenzuela del Ateneo de Juventud era muy importante, pues por su conducto se había refrendado la alianza de colaboración entre los jóvenes intelectuales y la *Revista Moderna de México*. ¿Qué había ocurrido?

El estilo intelectual de Emilio Valenzuela era ríspido, como evidencian sus artículos. Muy activo corralista, seguramente fue uno de los que no estaban de acuerdo con la línea poco “comprometida” del Ateneo. Quizás también resentía no tener mayor peso dentro de la agrupación, habida cuenta que comandaba el espacio más importante de publicidad literaria de los jóvenes. En la revista, después de su separación del Ateneo, se siguieron publicando trabajos de ateneístas (Rafael López, De la Parra, Castillo Ledón, etc.), pero ya no de los socios directivos Antonio Caso, Alfonso Reyes y Henríquez Ureña. El caso del dominicano era particularmente importante. Había sido un colaborador asiduo, publicando reseñas, traducciones y trabajos propios; era con frecuencia, además, el conducto para que otros del grupo publicaran en la revista.

²⁶¹ “El Imperialismo americano en Nicaragua”, editorial, *El País*, 11 de junio, p. 1.

²⁶² “El núcleo de jóvenes literatos prepara una recepción al insigne poeta Rubén Darío...”, *El imparcial*, 27 de julio, p. 1; “El Ateneo de la Juventud y el poeta Rubén Darío”, *El Tiempo*, 27 de julio, p. 1.

²⁶³ “No tomo parte”, *El Imparcial*, 29 de julio, p. 4.

Por ese tiempo Emilio Valenzuela trató de impulsar a jóvenes escritores que no pertenecían al Ateneo. En la edición de junio de la *Revista Moderna* se publicó un artículo sobre el poeta Álvaro Gamboa Ricalde, resaltando, antes que nada, su activo reeleccionismo en Yucatán. Ahora estaba en la ciudad de México para terminar sus estudios de abogado.²⁶⁴ En el siguiente número se destacó a otro joven, José de Jesús Núñez y Domínguez, que no sólo no era ateneísta sino que había tenido aquella especie de pleito con Henríquez Ureña. En el texto, Emilio Valenzuela decía conocer a Núñez y Domínguez de tiempo atrás. He observado, decía, que el poeta, “á pesar de su nombre archiepiscopal, y de las muy duras decepciones que de sus propios camaradas ha sufrido [por ejemplo, su marginación del Ateneo] ha continuado cantando bellamente, sin que para ello le haya sido menester buscar en ilusas agrupaciones de artistas [como el Ateneo], bondadosas palabras de aliento; ni manos que lo guían hacia el ideal.”²⁶⁵

En ese número de julio, que por la tardanza en salir de la revista debió circular en agosto, cuando se estaban realizando las conferencias del Ateneo, la enemistad de Valenzuela era evidente. Publicó “El medio y nuestros jóvenes artistas”, donde consideraba correcta la cancelación de las pensiones a los jóvenes para estudiar en Europa. Lo que se necesita, decía, es que los pintores se compenetren en la vida y la naturaleza de México. Concedía, no obstante, una genuina orientación estética en jóvenes como Zárraga, Rivera, Goitia, etc., con muy largas estancias en Europa. Al final, Valenzuela retomaba unas imágenes del inicio de su artículo (el río y el poeta Othón como símbolos del arte cercano a la naturaleza) para dar una estocada al Ateneo:

¡Ah! pero ¿el anchuroso río? ¿Y Othón?

¡Han pasado, procurando alejarse de unos búhos que acechan y del areópago espúreo, que lame donde picó, como la víbora á Zaratustra!²⁶⁶

Aunque ignoro a qué afrenta específica se refería Valenzuela (la picadura de la víbora), lo cierto es que sus términos eran muy claros para los del Ateneo (búhos que acechan, areópago espurio). La posición del conductor de la *Revista Moderna* era que la auténtica y legítima literatura no quería ni necesitaba del Ateneo. Con estos pocos, pero suficientes elementos, podemos señalar que en esta fractura dentro del grupo ateneísta, de no poca importancia, se

²⁶⁴ “La juventud de hoy. Álvaro Gamboa Ricalde”, *Revista Moderna de México*, junio de 1910, pp. 252-253.

²⁶⁵ “La juventud de hoy. José de J. Núñez y Domínguez”, *Revista Moderna de México*, julio de 1910, pp. 319-320.

²⁶⁶ “El medio y nuestros jóvenes artistas”, *Revista Moderna de México*, julio, pp. 259-263. El búho o lechuza se tiene como ave representativa de la diosa Atenea. Areópago, tribunal en la antigüedad griega, termino que se usa para referirse a cualquier grupo con la autoridad y la sabiduría para deliberar sobre algún asunto.

mezclaron diferencias personales y políticas; se abría una disputa entre la juventud literaria mexicana.

Pero lo más importante, a fin de cuentas, era que el Ateneo relanzaba sus actividades, en una de las líneas que más les interesaba: las conferencias públicas.

Iniciado el año del Centenario, el Ateneo de la Juventud tuvo un momento de brillo, aprovechando la visita de Rafael Altamira. La velada que dieron en su honor, y en la que Henríquez Ureña tomó parte, fue la primera gran acción cultural del nuevo organismo. Después de ello, sin embargo, el Ateneo estuvo ausente de la esfera pública por varios meses. La vida del grupo corto se mantuvo, con varios cambios en sus integrantes. La dinámica de intercambio intelectual, sobre todo de carácter literario y filosófico, se desarrolló a resguardo dentro de espacios privados.

Las carreras individuales de los jóvenes se desarrollaban y prosperaban en dos campos principales: en la cultura, muy animada por el Centenario, y en la política, turbia y a veces violenta. En algunos casos se observa una clara y rápida trayectoria ascendente. En el área de la cultura y la educación, además del talento y trabajo propios, pesaba la cercanía con el ministro Justo Sierra. En la política se vieron favorecidos aquellos jóvenes que hicieron “profesión de fe” con el régimen. La reelección se había consumado y, si bien seguía agitado el panorama, se podía esperar que fuera amainando gracias a las inercias a favor del régimen de paz y progreso del general Díaz, amén de la represión de los descontentos en muchas partes del país.

Pedro Henríquez Ureña, por fin, consiguió las condiciones para dar a su vida un orden mucho más acorde con sus deseos. Tenía incluso mayores tareas que antes, pero estas compaginaban en una misma orientación. No cejaba en el empeño de labrarse una carrera como escritor y dedicarse a estudios profundos en literatura y humanidades. Fue uno de los que sostuvieron, a lo largo de los meses, la existencia del grupo corto ateneísta, íntimo y selecto. En

el grupo se ejercitaban de manera constante las fuerzas intelectuales que, de manera individual o colectiva, debían incidir en el exterior.

La voluntad colectiva del Ateneo de la Juventud retornó en julio de 1910. Los miembros del Ateneo, con la firme intención de ser protagonistas, quisieron adelantarse a los festejos de septiembre con su ciclo de conferencias, que iniciando a principios de agosto culminaría la segunda semana del mes del Centenario.

Capítulo 9. El ateneísmo en el Centenario

El mes de septiembre se abría como el escenario para mostrar al mundo la paz y la prosperidad de la nación mexicana. El régimen porfirista había atravesado pruebas grandes durante los últimos años: crisis económicas, la oposición del reyismo, las críticas contra el “partido científico”, el antirreeleccionismo liderado por Francisco I. Madero y estallidos de descontento social. A través de las elecciones, muestra de una democracia a todas luces inexistente, se había concretado la continuidad del general Porfirio Díaz y su vicepresidente Ramón Corral. Era el momento de reforzar la maltrecha legitimidad del régimen, y nada mejor para ello que el despliegue pletórico de obras públicas, actos culturales y fiestas en conmemoración del Centenario de la Independencia.

En apariencia incólume, el régimen en realidad estaba debilitado y los cuadros dirigentes envejecidos. Se extendían los deseos de cambio fermentados en largas historias de agravios e injusticias. Pero la caída del régimen no era algo que pareciera probable. Lo que parecía imponerse era la visión oficial de que, para sostener la línea ascendente del progreso, era imprescindible el gobierno “patriarcal” de don Porfirio.

El impulso del Centenario, aunque comandado por el gobierno, era una amplia movilización de las fuerzas de la sociedad mexicana, sobre todo en el campo de la cultura, las artes y la educación. La fundación de la Universidad Nacional fue una de las expresiones más acabadas del extenso y diverso entusiasmo social y cultural. En su gran mayoría, los intelectuales, incluso muchos de los que estaban descontentos con el régimen, se integraron a ese entusiasmo, sintiéndose llamados a ser protagonistas en los festejos.

El Ateneo de la Juventud era una entre muchas asociaciones culturales, pero se había ubicado en un lugar estratégico, muy cerca del ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes. La voluntad de poder cultural de los jóvenes era fuerte y para festejar el Centenario realizaron una serie de conferencias sobre pensadores y literatos hispanoamericanos, más sólida y orgánica que las dos anteriores. La nueva generación de intelectuales, juventud ya madura, prosperaba en distintos circuitos (la política, la abogacía, el profesorado, la literatura y la investigación

histórica). Sin estar aún en puestos máximos, los ateneístas se perfilaban como un relevo próximo en los cuadros directivos del régimen, en particular dentro de las instituciones culturales.

I. El preámbulo de agosto

Actividad cultural y participación de los jóvenes intelectuales

Pasadas las elecciones presidenciales, las aguas de la política parecían volver a sus cauces. Francisco I. Madero seguía muy activo, pero ya sin la presencia de los tiempos de campaña, y su Partido adolecía de problemas internos. En la tercera semana de agosto, trascendía que el siguiente paso del movimiento sería pedir la anulación de las elecciones. “Petición descabellada”, clamó *El Imparcial*, calificando a los antirreeleccionistas de “antidemócratas”. Se abrían nuevas acusaciones a Madero por su “Manifiesto a la Nación” y su carta abierta al presidente de la república.¹

En el umbral del Centenario no faltaron los actos de represión. Por ejemplo, el periódico *El Espectador* de Monterrey fue clausurado y su director apresado debido a las denuncias que incluía en sus páginas. Se trataba del escritor Ricardo Arenales, bastante cercano a los ateneístas Alfonso Reyes y Henríquez Ureña. *El País*, por su parte, daba espacio a las denuncias contra el gobernador de Colima por ordenar la “ley fuga” en contra de unos detenidos.²

La cercanía del Centenario provocó un aumento de los precios, a casi el doble, según denunciaban los diarios, lo que afectaba sobre todo a las mayorías de escasos recursos. Un obrero ganaba un peso o 75 centavos diarios, es decir, de unos 20 a 25 pesos al mes. Y es ya imposible,

¹ Las noticias sobre Madero aparecieron sobre todo en *El Diario del Hogar* y *El País*; en este último la información acerca de los nuevos cargos en su contra aparecieron el 30 de agosto, p. 1. Sobre la petición de anular las elecciones, *El Imparcial*, 20 de agosto, p. 3.

² Sobre *El Espectador* véanse *La Patria*, 27 de julio de 1910, p. 2; *El País*, 1 de agosto de 1910, p. 1, y *El Diario del Hogar*, 11 de agosto, p. 1. El gobierno de Nuevo León ya tenía en la mira al escritor al menos desde junio, según carta del gobernador José M. Mier, Monterrey, junio de 1910, en *La revolución y los revolucionarios. Tomo I. Parte I. La crisis del porfirismo*. Artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadéz, Colección Memorias y testimonios, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, México, 2006, pp. 318-320. La denuncia sobre lo ocurrido en Colima, en *El País* 1 de agosto de 1910, p. 1.

decía *La Patria*, que una familia de cuatro o más personas pueda vivir en México con sesenta ni con cien pesos mensuales. “La renta de una casucha cuesta treinta o cuarenta pesos; la carne y la manteca la dan ya á un peso 20 centavos el kilo, esto es, á más del doble de lo que antes valían, y así por el estilo el maíz, el frijol, las legumbres, los productos de la leche, todo, todo anda por las nubes, pues que hasta el carbón, ¡cosa extraordinaria! cuesta ya un sentido.” El gobierno del Distrito Federal intervino para evitar los abusos y los precios disminuyeron para finales del mes.³

El panorama cultural era excelente. El 30 de julio se rindieron honores a la memoria del finado Ignacio Mariscal en el Panteón Francés y mediante una velada por la noche, a la que asistieron ministros y representantes diplomáticos. El programa de la velada incluyó un discurso de Demetrio Sodi, interpretaciones de Chopin y poemas de Manuel H. San Juan y Rafael Cabrera. Este último joven poblano, de visita en la ciudad de México y que se integraría más adelante al Ateneo de la Juventud, llamó mucho la atención. Le ofrecieron un banquete por su recitación y el licenciado Joaquín Casasús lo invitó a comer en su casa, distinción social muy señalada. *El Tiempo* publicó un largo artículo sobre el poeta de 26 años, que estudiaba Medicina en Puebla, así como su poema declamado en aquel importante acto.⁴

Septiembre traería numerosas ocasiones para brillar en público. Había expectación, señalaba *El Imparcial* del 2 de agosto, por saber quién llevaría “la voz de la República” en los actos de los días 15 y 16 de septiembre en la ciudad de México. El diario adelantaba que el licenciado José María Lozano acababa de ser nombrado orador oficial para las fiestas que tuvieran lugar en el pueblo de Dolores Hidalgo, Guanajuato, cuna del “Padre de la patria” Miguel Hidalgo y Costilla. Unos días después se dio a conocer que habrían conferencias populares sobre temas históricos en el kiosko de la villa de Coyoacán, impartidas por el pintor Joaquín Clausell y

³ “Alza en los precios de artículo de 1a. necesidad”, *La Patria*, 11 de agosto, p. 1-2; “¡Que no vaya á ser nuestro centenario el año del hambre!”, *La Patria*, 16 de agosto, p. 1; “La vida en el Centenario”, *El Imparcial*, 16 de agosto, p. 5.; “El gobierno del Distrito intervendrá en el escandaloso asunto del alza de precios...”, *El Imparcial*, 23 de agosto, pp. 1 y 10; “Bajaron ayer los precios de los artículos de primera necesidad”, *El Imparcial*, 25 de agosto, pp. 1 y 7.

⁴ Sobre la jornada en honor a Mariscal, *El Imparcial*, 1 de agosto, pp. 1 y 2; *El Tiempo*, 1 de agosto, p. 3. El banquete, referido en “Sociales y Personales” de *El Imparcial*, 2 de agosto, p. 3. El artículo “Rafael Cabrera, poeta nuevo”, *El Tiempo*, 3 de agosto, p.2., y el poema “A la memoria del patricio Ignacio Mariscal”, *El Tiempo*, 6 de agosto, p. 5.

tres ateneístas y activos corralistas: José María Lozano, Rubén Valenti y Nemesio García Naranjo.⁵

En los primeros días del mes la Sociedad de Estudios Económicos realizó una sesión en honor de Carlos Díaz Dufoo, quien presidió en su carácter de socio honorario. Alberto M. Carreño disertó sobre la conversión de la deuda pública, reciente logro de la administración porfirista; Bravo Betancourt contribuyó a la discusión de las teorías económicas en la materia. Los diarios retomaron mucho los puntos de vista expuestos.⁶

Por esos días se difundieron dos fuertes iniciativas. La Academia de Jurisprudencia y Legislación envió una circular a las agrupaciones científicas y artísticas para realizar un concurso con el tema: “El progreso realizado en la República desde la proclamación de la Independencia hasta nuestros días en la ciencia o en el arte que cada asociación de las que tomen parte en el concurso cultiva”. Pedía que las asociaciones nombraran a sus delegados y lo comunicaran al secretario de la Academia, el licenciado Jesús Flores Magón.⁷

La iniciativa avanzó notablemente. Se giró invitación a 14 asociaciones y todas respondieron favorablemente. La lista da un buen panorama de las asociaciones culturales en ese momento: la Academia de Medicina de México, la Sociedad de Medicina Interna, la Sociedad Médica “Pedro Escobedo”, la Asociación del Colegio Militar, el Instituto Mexicano de Minas y Metalurgia, la Asociación de Ingenieros y Arquitectos de México, la Sociedad de Estudios Económicos, la Academia Nacional de Ingeniería y Arquitectura, la Academia Mexicana de la Lengua, la Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes, el Colegio Nacional de Abogados, la Academia Central Mexicana de Jurisprudencia y Legislación correspondiente de la Real de Madrid, la Sociedad Indianista Mexicana y el Ateneo de la Juventud.

Los ateneístas designados fueron Eduardo Pallares e Ignacio Bravo Betancourt, quien también figuraba como delegado de la Sociedad de Estudios Económicos. En la primera reunión preparatoria, el día 22, se nombró la directiva: como presidente Jorge Vera Estañol, de la

⁵ “¿Quién llevará la voz en la velada de la República?”, *El Imparcial*, 2 de agosto, p. 5. “Conferencias históricas en Coyoacán”, *El Imparcial*, 5 de agosto, p. 4. *El Imparcial* del 28 de agosto, p. 3, informaba que ese día se realizaría la primera de las conferencias en Coyoacán, pero no hallé más referencias sobre el asunto.

⁶ “La Sociedad de Estudios Económicos”, *El Imparcial*, 2 de agosto, p. 10; “La Sociedad de Estudios Económicos”, *El Tiempo*, 2 de agosto, p. 3; “La Sociedad de Estudios Económicos y la última conversión de la deuda”, *El Imparcial*, 3 de agosto, p. 3; “Notable estudio sobre la conversión de la deuda”, *El Tiempo*, 4 de agosto, p. 3.

⁷ “Concurso Científico y Artístico abierto por la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia”, *El Tiempo*, 5 de agosto, p. 3; “Un concurso científico y artístico en el Centenario”, *El Imparcial*, 9 de agosto, p. 4.

Academia de Jurisprudencia; dos vicepresidentes, Gregorio Mendizábal, de la “Pedro Escobedo”, y el general Eduardo Paz, de la Asociación del Colegio Militar; como tesorero Ramón Ibarrola, de la Asociación de Ingenieros y Arquitectos; como secretario general Jesús Flores Magón, también de la Academia de Jurisprudencia, y como secretarios Bravo Betancourt y Eduardo Pallares, del Ateneo de la Juventud.⁸

La otra iniciativa fue de la Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes, que pretendía establecer en el mes de septiembre una “liga perpetua de centros artísticos y científicos”, para que los intelectuales se reunieran periódicamente y realizaran congresos. La liga debía tener departamentos de ciencias exactas, físicas y naturales, ciencias sociales, psicología, artes plásticas, bellas artes, etc. Se planeaba construir, más adelante, una especie de casino de “hombres cultos”. Sería un “Centro de Intelectuales” permanente que contara con las condiciones idóneas para el estudio y el descanso; en él se realizarían exposiciones de todo tipo, así como reuniones internacionales de intelectuales. Se buscaría el presidente de la república y el ministro de Instrucción Pública presidieran los actos.⁹

Al respecto, *El Tiempo* comentaba:

la iniciativa, si llega á tomar cuerpo en la realidad, asentará las bases de un verdadero ‘Ateneo’, desligado de toda tutela oficial, tal como lo soñara el General Riva Palacio en su rápido paso por una de las secretarías de Estado. Dividido ese Ateneo en tantas secciones como son las ramas troncales de los conocimientos humanos, desde el poeta lírico que canta al mundo su complicado objetivismo, hasta el sabio que busca una filosofía trascendental, desde el naturalista que estudia fenómenos concretos, hasta el geómetra que formula abstracciones; en una palabra, todos los que piensan, investigan ó sienten, tendrían un centro para sus meditaciones y sus experimentos.¹⁰

Resultaba difícil descartar la tutela oficial, cuando el proyecto provenía de una asociación que agrupaba a numerosos hombres de poder, iniciando por su presidente, el subsecretario de Relaciones Exteriores, Federico Gamboa. La iniciativa no se concretó en septiembre ni tuvo mayor futuro en el posterior contexto de revolución. Pero en las condiciones de 1910, como decía

⁸ “Se nombran los delegados al concurso científico”, *El Imparcial*, 21 de agosto, p. 10; “El concurso científico y artístico de la Academia Mexicana de Jurisprudencia”, *El Tiempo*, 23 de agosto, p. 5; “El concurso científico y artístico del Centenario”, *El Tiempo*, 25 de agosto, p. 3, *El Imparcial*, 24 de agosto, p. 5.

⁹ “Se establecerá en México la unión de nuestros intelectuales”, *El Imparcial*, 3 de agosto, pp. 1 y 10; “Centro de intelectuales de la República mexicana”, *El Tiempo*, 3 de agosto, p. 3.

¹⁰ “Notas editoriales. II. Las bases de un futuro Ateneo”, *El Tiempo*, 5 de agosto, p. 2.

el diario, quizás sí podría haber germinado como un gran Ateneo, con mucho mayor alcance que el Ateneo de la Juventud.

Para atender a los delegados extranjeros al Centenario se constituyó una Comisión de Protocolo. En la extensa nómina de nombramientos, publicada a mediados de agosto, vemos a dos ateneístas: Guillermo Novoa, designado para el caso de Panamá, y Alejandro Quijano, para Colombia. Esta era una distinción social importante; entre los agraciados estaban escritores como Juan B. Delgado y Francisco M. de Olaguíbel, e hijos de importantes políticos o funcionarios, como Héctor Casasús, Luis Reyes Spíndola y Guillermo Obregón hijo.¹¹

El domingo 21 se realizó una ceremonia en la Glorieta a Cuauhtémoc para rendir homenaje al último emperador de los antiguos mexicanos, organizada por el Gobierno del Distrito Federal. Uno de los tres oradores fue el poeta ateneísta Alfonso Teja Zabre. *El País* hizo comentarios exultantes, advirtiendo que de continuar su preparación el joven de 22 años se labraría una brillante carrera. Agregaba que tras el acto oficial habían arribado unas mil personas a la glorieta portando banderolas y estandartes antirreeleccionistas, encabezadas por el Club “Hijas de Cuauhtémoc”. Se veían leyendas del Partido Nacional Democrático y se escucharon vivas a Francisco I. Madero.¹²

Con poco más de un año de existencia, la Gran Liga de Abogados Latinos había llegado a los cinco mil socios y pretendía fundar sedes en algunos estados. Con motivo del Centenario, planeaba una sesión solemne, además de una conferencia de Antonio Caso sobre “la unificación de la Jurisprudencia”. Para el fin de mes, por lo pronto, la Liga ofrecería un banquete a los miembros de su Comité de Patronato, en el que figuraban el magistrado Félix Romero, Joaquín Eguía Lis, Pablo Macedo, Joaquín Casasús, Emilio Pardo, Rafael Reyes Spíndola y Rosendo Pineda.¹³

El Consejo de Ministros aprobó un proyecto nuevo propuesto por el vicepresidente Ramón Corral. Se trataba de editar una obra magna sobre “todo lo que de más notable ha hecho México en su primer centuria de vida autónoma”. El proyecto, encomendado a Genaro García,

¹¹ “Comisión adscrita al Protocolo para atender á los delegados”, *La Patria*, 19 de agosto, p. 2. A finales del mes se volvió a publicar la lista, con algunas modificaciones, “Está completa la lista de los agregados al Protocolo. Atenderán a los Sres. representantes extranjeros”, *El Imparcial*, 31 de agosto, pp. 1 y 2.

¹² “En honor del emperador azteca”, *El País*, 22 de agosto, p. 2. *El Imparcial* informó solamente del acto oficial, “La ceremonia de ayer en la Glorieta Cuauhtémoc”, 22 de agosto, p. 3.

¹³ “5,000 abogados de la República han ingresado a Liga de Abogados Latinos”, *El Imparcial*, 16 de agosto, p. 8. No he hallado referencias de que esa sesión y la conferencia del presidente del Ateneo se hayan realizado.

comprendería tres partes: 1) una síntesis de la historia y los progresos del país; 2) la crónica de los festejos de Centenario realizados en todo el país, incluyendo capítulos de los festejos en la capital y de los certámenes científicos y literarios, y 3) las cooperaciones extranjeras para las celebraciones. La obra se titularía “México en el primer centenario de su independencia”. El equipo, bajo las órdenes del director del Museo Nacional, lo formarían Nemesio García Naranjo como jefe de redacción, Ignacio B. del Castillo, Rubén Valenti, Alfonso Teja Zabre y Manuel H. San Juan como redactores, dos fotógrafos y Agustín Barnego como jefe de fotograbado.¹⁴ El grupo se formaba con personal del Museo, varios de ellos ateneístas y colaboradores de la propaganda corralista.

Antes de terminar el mes se dio a conocer el programa definitivo de los estudiantes: el 9 de septiembre una procesión en honor de los héroes de 1847 y una ceremonia cívica en la Tribuna Monumental de Chapultepec; el día 15 un Gran Gallo o serenata ambulante; el 19 una procesión y ceremonia en honor a Benito Juárez, y el 22 una velada en honor de los Héroes de la Independencia.¹⁵ Para esta última los alumnos de Jurisprudencia discutieron por semanas quién podría ser el orador oficial, según refería *El Tiempo*, hasta que el nombre de Jesús Urueta dirimió el asunto. El orador ya había aceptado, aseguraba *La Patria*, y también hablaría en esa ocasión “el joven pasante de Derecho Don Alfonso Reyes”.¹⁶ No se concretaron estas participaciones y en las siguientes noticias sobre las iniciativas de los estudiantes no se vuelve a mencionar al “oposicionista” Urueta ni al hijo del general Bernardo Reyes.

La Antología del Centenario

Agosto trajo a Pedro Henríquez Ureña una gran satisfacción profesional, pues apareció y tuvo una estupenda recepción el primer tomo de la *Antología del Centenario*, uno de los principales proyectos de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes para los festejos. Culminaba así la intensa labor de ocho meses del equipo conformado por Luis G. Urbina, Pedro y Nicolás Rangel. El segundo tomo apareció dos meses más tarde, a principios de octubre. Se trataba de una

¹⁴ “Se editará una obra monumental. Iniciativa del señor vicepresidente”, *El Imparcial*, 27 de agosto, p. 6.

¹⁵ “El programa definitivo de las fiestas de los estudiantes”, *El Imparcial*, 31 de agosto, p. 4.

¹⁶ “El Lic. don Jesús Urueta será el orador en la velada de la Sociedad de alumnos de Jurisprudencia”, *El Tiempo*, 23 de agosto, p. 1; “Urueta orador de la velada de los estudiantes”, *La Patria*, 23 de agosto, p. 2.

obra voluminosa (más de mil 300 páginas), pero sobre todo compleja, dedicada, como se decía en el subtítulo, al *Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia*.¹⁷

En las primeras dos páginas, Justo Sierra presentaba brevemente el trabajo, indicando que no había sido necesaria su dirección efectiva. Mi labor, decía, ha consistido en esto: “aprobar un plan de trabajo; oír los informes que sobre su ejecución solía transmitirme mi amigo [Luis G. Urbina]; interesarme cada vez más en ella; leer, á medida que era redactada, la bella y vivaz introducción con que ha decorado la obra y que no es un simple centón, sino una excursión crítica á través de nuestra literatura vernácula en los comienzos del siglo XIX”. Resaltaba la labor de los autores e indicaba el significado patriótico de la literatura de aquella época.

Los autores de la Antología del Centenario han desenterrado muchas memorias sumidas en el polvo secular como en un sepulcro, han hurgado muchos papeles vetustos, han removido, aunque con manos pías de poetas y literatos, muchas cenizas, y rastreado muchas anécdotas reveladoras, á la vera de vidas próceres. Esta devoción por su obra, este aquerenciamiento con los archivos que custodian –disecada entre las hojas de sus legajos, pero aún perfumada de emoción y de malicia, la primera flor de la poesía puramente nacional– son la mejor recomendación del florilegio que los autores me encargan depositar en la grada más humilde del altar de la Patria: elaborado con las risas candorosas de un pueblo que despertaba á la libertad y á la vida, con los trágicos afanes de los que golpeaban el bronce de las liras en horas de implacables luchas y con ensoñaciones casi nunca realizadas, casi nunca abandonadas, tal es el libro en sus quilates más subidos: es una obra buena y perdurable.

Se presentaron selecciones de 18 escritores y poetas (13 en el primer tomo y 5 en el segundo), cada una precedida por la biografía, bibliografía e iconografía del autor. La mayor parte del segundo tomo (429 de 670 páginas) la ocupaba un “Apéndice”, formado por un compendio biográfico de muchos otros escritores mexicanos y extranjeros de la época, noticias sobre el teatro, imprentas, folletos y periódicos.

El extenso “Estudio preliminar” (245 páginas), vivaz y crítico, como decía Justo Sierra, escrito por Luis G. Urbina, fue la parte más comentada y elogiada de la obra. Henríquez Ureña se

¹⁷ *Antología del Centenario. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia*. Obra compilada bajo la dirección del señor Licenciado Don Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, por los señores Don Luis G. Urbina, Don Pedro Henríquez Ureña y Don Nicolás Rangel. Primera parte (1800-1821), 2 volúmenes. México, Imprenta de Manuel León Sánchez, Misericordia, núm. 3, 1910. Edición facsimilar, con Introducción por José Luis Martínez, Secretaría de Educación Pública, México, 1985.

ocupó de la biografía de 11 de los 18 escritores seleccionados, entre ellos Fray Manuel de Navarrete, José Manuel Sartorio, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador y Joaquín Fernández de Lizardi. A Nicolás Rangel le correspondieron escritores como José María Cos, Andrés Quintana Roo y Fray Servando Teresa de Mier.¹⁸

La aportación más significativa de Henríquez Ureña fue una “Advertencia”, intercalada entre la presentación de Sierra y el estudio de Urbina. En once páginas, el dominicano explicó y justificó el método seguido en la obra. Asentó juicios fuertes sobre la literatura mexicana de la época y los estudios históricos sobre la misma.

El fin de la obra, decía, es responder a dos necesidades: “una, la selección extensa y cuidadosa de la producción literaria de México durante el siglo de independencia política; otra, la historia sintética de esa producción durante el mismo siglo.” Al inicio, concentrados en la primera de las tareas, los autores comprendieron que no se podía satisfacer sin abordar la segunda. “No escrita aún la historia intelectual del país, nos faltaba la guía necesaria en el océano de papel que constituye la literatura mexicana. Tuvimos, pues, que orientarnos personalmente, con la escasa ayuda que prestan los ensayos de historia literaria producidos entre nosotros.” Explicaba el criterio seguido:

Si hay obras perfectas, ciertamente no lo son las de historia. La necesidad de precisión y amplitud cada vez mayores mueve constantemente al investigador de hechos del pasado, y no transcurre año sin aportar novedad en cada rama de los estudios histórico. Una antología –que hoy no debe emprenderse sino como trabajo de carácter histórico– está sujeta, además, á las imperfecciones inherentes á su índole. Ninguna selección puede ser definitiva ni completa, ni acomodarse á todo gusto ni ser de impecable justicia. [...]

En nuestro caso, debemos advertir que la *Antología del Centenario* no es, en todo rigor, una *antología*, es decir, una selección de verdaderas flores del arte literario. No en todas épocas ha producido flores nuestra literatura. La *Antología del Centenario* dará, sobre todo, muestra cabal de las formas y los géneros literarios cultivados en México durante el siglo XIX y lo que va del XX. No podríamos, para cumplir tal propósito, adoptar una norma de gusto severo como la que siguió

¹⁸ Pedro Henríquez Ureña escribió las biografías de Fr. Manuel de Navarrete, José Manuel Sartorio, José Agustín de Castro, Anastasio de Ochoa, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, Luis de Mendizábal, José Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel de Lardizabal y Uribe, José Miguel Guridi Alcocer, Francisco Manuel Sánchez de Tagle y Francisco Ortega. Nicolás Rangel las de José Mariano Beristáin de Souza, Fr. Diego Miguel Bringas y Encinas, Francisco Severo Maldonado, José María Cos, Andrés Quintana Roo, Juan Wenceslao Barquera y Fr. Servando Teresa de Mier.

D. Marcelino Menéndez y Pelayo al formar la *Antología de Poetas Hispano-americanos*: si hubiéramos seguido norma semejante, nuestra selección sería poco voluminosa, pero daría imperfecta idea de la evolución literaria de México. El período de independencia, especialmente, se reduciría á unas cuantas páginas; y el escritor más significativo de todo él, Fernández de Lizardi, acaso tendría que ser excluido. Nuestra *Antología*, violentando la significación originaria del nombre que lleva (no hay otro igualmente breve y claro con que sustituirlo), tendrá que unir, con lo bueno, lo mediano y aun lo malo, para cumplir su finalidad como *estudio documentado de la literatura mexicana*.

La selección de la producción literaria, asumiendo el criterio de su importancia histórica, tenía que incluir expresiones que, desde el punto de vista de la crítica estética, eran medianas y malas. Tal era el caso del popular escritor Joaquín Fernández de Lizardi, y cabe adelantar que, en las conferencias del Ateneo, Carlos González Peña se ocuparía de este escritor y desarrollaría con amplitud un juicio acorde al de Henríquez Ureña. Sobre la compilación de datos históricos, continuaba el dominicano, los autores de la *Antología* no reclamaban más mérito que ser los primeros en acometerla en su totalidad, aunque fuese de manera compendiosa:

Nuestra obra aspira á presentar, en síntesis, los principales hechos que interesan al historiador literario: la sucesión de hechos sociales y políticos que, al influir en la vida del pueblo, determinaron manifestaciones literarias; los hechos de carácter más directamente literario, como certámenes y asociaciones; la biografía, la bibliografía y la iconografía de los escritores; la historia de la imprenta; las transformaciones del periodismo; y tales otros signos que sirvan de orientaciones en la pluralidad de causas que concurren á producir la obra de letras.

Las imperfecciones de la obra, en punto de documentación histórica, decía, se deben sobre todo a la limitación del tiempo que se ha tenido para explorar campos vírgenes o hasta ahora visitados superficialmente. “Pero confiamos en que esta obra tendrá como fortuna propia progresar indefinidamente, sea corrigiendo en tomos sucesivos imperfecciones de los anteriores, sea completándose en ediciones nuevas.”

Luego comentaba las fuentes utilizadas. Ninguna de las obras de la bibliografía general, afirmaba, ni siquiera todas juntas, habrían podido servirnos de guías “absolutamente seguras”. Se tuvo que recurrir a las fuentes originarias, “más límpidas pero de mucho más penoso acceso: los periódicos, y, en los comienzos del siglo XIX, la inmensa multitud de folletos que inundaba las ciudades principales del país.” Refería, tratando de establecer sus méritos, importancia y

limitaciones, los pocos y parciales esfuerzos de historiar la literatura mexicana. Iniciaba con la *Biblioteca* de José Mariano Beristáin de Souza, “obra monumental por su magnitud cuanto peligrosa por sus errores”, hasta llegar a la no terminada *Historia de la literatura mexicana* de José María Vigil. En cuanto a las biografías, trataron de rehacer la mayor parte de ellas acudiendo a fuentes nuevas.

Henríquez Ureña comentó, de manera especial, el capítulo referente a México en la *Antología de poetas hispano-americanos* de Ramón Menéndez y Pelayo, haciendo bastantes reparos. No se trataba del mejor de los prólogos de la *Antología*, los datos sobre la historia literaria mexicana no eran numerosos ni de primera mano, e incluso había defectos de crítica sobre la obra de algunos escritores, en parte por culpa nuestra, decía, pues no supimos allegarle al erudito español la información necesaria. De cualquier manera, “ofrece la síntesis de una evolución literaria de cuatro siglos con mayor fuerza que ningún otro trabajo hecho sobre el asunto, y es definitivo, sobre todo, en el estudio de las influencias que han obrado sobre la poesía mexicana.” Por último agradecía la ayuda prestada con libros e indicaciones a Francisco Sosa y José María de Ágreda y Sánchez, director y subdirector de la Biblioteca Nacional, a Luis González Obregón, director del Archivo General de la Nación, y a Genaro García, director del Museo Nacional.

El dominicano se manejaba con la seguridad del especialista, explicando brevemente los conceptos del método utilizado. La obra estaba pensada como exposición de lo más representativo de la literatura nacional y como compendio de diversos elementos que facilitarían el estudio de la misma. Es decir, se trataba de una obra monumental que sentara bases amplias y sólidas para la historia de la literatura del siglo de la Independencia. La “Advertencia”, después del estudio de Urbina, fue lo más retomado en los artículos en la prensa.

En el segundo tomo, el dominicano tuvo otra aportación, más breve, pero también importante. Bajo el título “Índice biográfico de la época”, redactado para introducir los compendios historiográficos del “Apéndice”, Henríquez Ureña presentó una interpretación, a grandes rasgos, del desarrollo literario e intelectual de la nación mexicana.

En los siglos XVI y XVII, decía, el país produjo grandes o interesantes figuras, pero la vida intelectual era dirigida sobre todo por europeos. A finales del siglo XVII inició un periodo de esplendor, con el brillo de Sor Juana Inés de la Cruz y Carlos Sigüenza y Góngora. El siglo

XVIII fue, “dentro de los límites impuestos por el régimen político de la colonia, acaso el siglo de mayor esplendor intelectual autóctono que ha tenido México.” No fue siglo de gran literatura, pero sí de amplio y rico desarrollo intelectual (estudios históricos y de las lenguas indígenas, filosofía y ciencias diversas). Daba la relación, brevemente comentada, de los hombres que sintetizaban ese desarrollo intelectual (José Antonio Alzate, Francisco Javier Gamboa, Joaquín Velásquez de León, Antonio León Gama, etc.), añadiendo las luces jesuitas en teología y oratoria, así como las manifestaciones en arquitectura y pintura. Luego sobrevino un periodo de decadencia.

Pero bien puede decirse que en todos los órdenes se inicia una decadencia á fines del siglo XVIII. La ascensión de Carlos IV al trono se señala por su influencia desorganizadora en el virreinato de Nueva España. En la primera década del siglo XIX, á pesar de la Universidad, de los grandes colegios antiguos, de las recién creadas Escuela de Minería y Academia de San Carlos, la cultura mexicana se muestra notoriamente inferior á lo que había sido treinta años antes. El desorden político, llevado al punto del desconcierto en 1808, había de traer la revolución; y México, como todos los países hispano-americanos, hubo de surgir á la vida independiente cuando la decadencia de la cultura le había restado fuerzas intelectuales de organización.

Literariamente, los primeros veinte años del siglo XIX en México son pobres, pero de grande interés por su significación social, y sobradamente justifican cuanta atención se conceda á sus producciones. Estas, por lo demás, eran abundantísimas en cantidad; y si bien para el propósito de dar idea de lo más característico de ellas bastan los pocos autores de quienes hemos escogido textos para esta primera parte de la *Antología*, el carácter histórico de la obra exige que se dé noticia de otros muchos escritores de la época que estudiamos, tanto mexicanos como extranjeros. A ese fin responde el presente índice biográfico.

Según la interpretación de Henríquez Ureña, el siglo XIX en México no fue inferior “en talento puro” al XVIII, pero tal vez sí lo fue “en el trabajo intelectual acrisolado”. La explicación se hallaba en las guerras y disputas políticas que atravesó el país durante el siglo XIX.

La vida pública –carrera de pocos bajo los virreyes– ha absorbido las mejores energías de México en el siglo de independencia, y la labor intelectual no ha sido, para los más, sino tregua momentánea en medio á la acción política y social. Hombres como García Icazbalceta ó el Dr. Barreda, *intelectuales* puros, ajenos casi á las contiendas del poder [aunque á la postre hayan podido ejercer influencia, como la de Barreda, en la misma vida política], han sido casos de excepción. Sólo á fines del siglo XIX, encerrada en cauce normal la acción política, iniciada la

división de labores sociales, han vuelto los hombres de letras á trabajar con relativa independencia.

Los comentarios en la prensa reflejan una muy buena recepción de la obra. Se trataba de una “obra magna”, decía *El Imparcial* el 6 de agosto, realizada en “secreto profesional” por Luis G. Urbina y los “chicos talentosos” Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. Citaba las palabras de Justo Sierra y elogiaba el estudio de Urbina. Con la *Antología*, decía el diario, se demostraba que “el documento de arte, manejado por manos inteligentes, constituye el material más vigoroso y reconstructivo de una sociedad en sus elementos típicos.” En ese sentido, “es el primer libro de nuestra historia... por hacer; que los buceadores de ese mar sin orillas de papeles viejos, de empolvadas crónicas, de memorias olvidadas ó no conocidas y su perspicaz comentador ilustran con su habilísima tarea.”¹⁹

El domingo 14 Carlos González Peña dedicó su artículo habitual en *El Mundo Ilustrado* a la obra. “Nada mejor pudo hacerse en el orden intelectual, para conmemorar el Centenario”. Hasta hoy la historia de la literatura nacional “yacía en archivos y bibliotecas, misteriosa y confusa.” La obra incluye autores de los tiempos de la Independencia,

de los varones á quienes tocó en suerte alentar en tiempos aciagos de esperanza y de lucha; que pulsaron toscas liras de bronce; á los que en sutiles conceptos, olvidando quizás por un instante la guerra, cantaron al amor; á los bucólicos enamorados de rubias pastoras; á los severos que en prosa llana é imperfecta las más de las veces, dieron al pueblo el impulso bravío de sus arengas; á los cobardes que censuraron la revolución; á trece escritores, en suma, de los que pensaron y produjeron en el más duro y glorioso periodo de nuestra historia.

González Peña también elogiaba el estudio de Urbina, señalaba el criterio de hacer no una selección de lo mejor de la literatura sino de lo más representativo de las tendencias literarias, y terminaba refiriendo las palabras de Sierra.²⁰

El Imparcial del día siguiente presentó una carta dirigida a Urbina por Luis González Obregón, una de las máximas autoridades en cuestiones históricas, quien encomiaba la labor de historiar la literatura nacional, antes emprendida apenas por unos cuantos estudiosos como Joaquín García Icazbalceta. Han levantado el pórtico, le escribía, “por donde tendrán que entrar en lo futuro los que quieran saborear los cantos de nuestros poetas ó las obras en prosa de

¹⁹ “La ‘Antología del Centenario’. Una obra magna”, *El Imparcial*, 6 de agosto, p. 3.

²⁰ “La ‘Antología del Centenario’ ”, *El Mundo Ilustrado*, 14 de agosto.

nuestros polígrafos; los que desearan saber noticias de la vida de nuestros escritores ó de sus obras; los que, en fin, intenten formarse cabal juicio de la bondad ó de las máculas de la producción nacional en todas sus manifestaciones literarias.” El camino para escribir la verdadera historia de las letras mexicanas, sin su trabajo, seguiría en brumas. Ustedes han hecho ese camino “fácil, cómodo, quitando obstáculos, poniendo guías, proporcionando vehículos cómodos y rápidos”.

Resaltaba el espíritu crítico y la originalidad del estudio de Urbina. Usted presenta las verdaderas tendencias de aquellos escritores “que, más que ideales artísticos, perseguían fines políticos, con el objeto de conquistar una patria libre é independiente”. Nadie había escrito hasta ahora lo que usted ha escrito, quizás porque nuestros críticos se preocupan más por retóricas enfadosas que por fijarse en “el alma” de aquellos escritores, a quienes da usted a conocer “con toda la animación, el color y la luz que deben tener la pluma del literato, el pincel del artista y el ‘estilo’ del historiador.”²¹

En un artículo en *El Tiempo*, Antonio Revilla resaltaba la labor de recolección de la *Antología*, elogiaba el estudio de Urbina y deseaba que las dimensiones de la empresa no desanimaran a los estudiosos. No sea “que, como con tantas obras de grande aliento ha acaecido, se quede ésta á la mitad de su carrera”.²² La obra, de hecho, quedaría no a mitad de camino, sino en ese primer impulso en dos tomos. Aunque hubo intentos, no se logró darle continuidad. La razón no fue el desánimo ante la enormidad de la tarea, sino la larga etapa de convulsiones políticas iniciada en 1911.

El mismo escritor dirigió una carta a Luis G. Urbina semanas después, la cual fue publicada por *El Mundo Ilustrado*. Resaltaba que Urbina no había excluido de su apreciación las obras políticas y religiosas. A veces “tronaba” contra el estilo académico y, sin embargo, su lenguaje era académico, porque a ello equivalía “su frase clara, ordenada, sencilla, castiza y agraciada y amena.” Incluía dos críticas: que Urbina intercalara con frecuencia “textos extraños” que contrariaban al lector, y que hablara con dureza en alguna ocasión del clero católico. No es

²¹ “La ‘Antología del Centenario’ ”, *El Imparcial*, 15 de agosto, p. 3.

²² *El Tiempo*, 17 de agosto, p. 2.

que le faltara razón, pero consideraba que para dar mayor perdurabilidad a su obra, esta debía estar por encima de tales asuntos y mantener siempre “un ánimo indulgente y sereno.”²³

El segundo tomo de la *Antología* empezó a circular pasados los festejos de septiembre. El 12 de octubre *El Imparcial* dio la noticia y, retomando la “Advertencia”, señalaba la intención de mostrar a cabalidad las tendencias literarias, ya que, de atenerse al criterio de rigor estético, sería de muy pocas páginas y uno de los escritores más conocidos, Lizardi, debería ser excluido.²⁴

La *Revista Moderna de México* presentó un artículo muy elogioso, sin firma, señalando que se trataba de la más alta aportación del Ministerio de Instrucción Pública, a excepción de la fundación de la Universidad. Es “nada menos que la historia intelectual de México, incorporada en la extensa y cuidadosa selección de su producción literaria”. En el trabajo de las biografías, decía, “se ha distinguido el bibliógrafo guanajuatense D. Nicolás Rangel, nuestro particular amigo”.²⁵ Se mencionaba el nombre de Henríquez Ureña, pero resulta significativo que, habiendo sido tan cercano a la revista, no se le dedicara ningún comentario. Este detalle formaba parte de la enemistad entre la *Revista Moderna* y el Ateneo de la Juventud.

Además de Carlos González Peña, otros tres compañeros ateneístas publicaron artículos sobre la *Antología*: Antonio Caso, Roberto Argüelles Bringas y Alfonso Reyes. Sólo he tenido acceso al tercero, aparecido el 10 de octubre en *El Diario*.²⁶

Reyes indicaba el mérito de oportunidad de la obra, pues aparecía “en el simbólico momento en que el espíritu de todo un país parece reconcentrarse a la contemplación de su historia, y querer afirmar su conciencia cívica por medio de una síntesis de tanto recuerdo diseminado.” La *Antología* contribuía a definir los caracteres precisos de un cohorte de letrados, algo muy útil pues hasta entonces el juicio sobre los mismos se había realizado mediante “el deplorable procedimiento del elogio incondicional, y lo que es peor, del elogio impreciso.” En su

²³ “La Antología del Centenario”, carta de Manuel G. Revilla fechada el 7 de septiembre, *El Mundo Ilustrado*, 18 de septiembre. Aparte de estas consideraciones de Revilla, no he hallado censuras a la *Antología del Centenario* en esos días.

²⁴ “La Antología del Centenario”, *El Imparcial*, 12 de octubre, p. 9.

²⁵ “Antología del Centenario”, *Revista Moderna de México*, septiembre, p. 62. Este artículo parece ser atribuido al poeta Rafael López por Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989, p. 130.

²⁶ Alfredo A. Roggiano reproduce el artículo de Reyes y asegura que Antonio Caso emitió sus opiniones en *El Diario*, mientras que Roberto Argüelles Bringas lo hizo en *La Iberia*. No he tenido acceso al primer periódico, mientras que en *La Iberia* hallé, en su edición del 13 de octubre, el artículo “La Antología del Centenario”, atribuido a *El Imparcial*, y que es el mismo aparecido en el diario de Reyes Spíndola, sin firma, el 12 de octubre. Probablemente este es el artículo atribuido a Argüelles Bringas. Cf. Roggiano, Alfredo A., *Op. cit.*, pp. 130-131.

opinión, la *Antología* era un hito en la historia literaria de México, pues se trata de “la conciencia crítica que establece, sinceramente, un valor para cada autor, interpretando con sagacidad las vidas, hasta sus menores aspectos, y atribuye a todos su respectivo lugar en las tablas de calidades”.

Una sobria y meditada “Advertencia”, debida a la pluma de Henríquez Ureña, donde el criterio de los autores de la *Antología* aparece revelado por aquella concisión y diafanidad admirables que orillan a aprender de coro las frases y los conceptos leídos, nos anuncia de una vez, y sin vueltas ni ambages, que “no en todas las épocas ha producido flores nuestra literatura”, y que, por lo mismo, se dará primacía, en la recopilación, al concepto histórico sobre el absoluto concepto estético. Quien desee, pues, leer meramente cosas que le agraden (a menos que éste sea un erudito o siquiera amante entendido de las letras), no lea la *Antología*; pero quien entienda ver resucitada una época merced al prodigio de una selección verdaderamente *colorista*, deléitese con el vistoso y palpitante cuadro de aquel instante histórico y dé gracias a los autores de la *Antología* por el sano placer que le proporcionan ilustrándole en nuestra tradición; cosa de que los mismos literatos grandemente se han olvidado.

En el “Estudio Preliminar” de Urbina, “tan atractivo y reluciente que, hasta hoy, todas las noticias de los diarios parecen más bien referirse a él”, se revelaban las cualidades del poeta bien manejadas en la empresa de crítica. Había sabido destacar a las individualidades poderosas, junto con útiles escenificaciones de los acontecimientos. El joven Alfonso Reyes indicaba luego el sentido social que entrañaba la *Antología*:

Pero cuando el crítico ensaya en personalidades más vagas y fugaces, cuando le veis atrapar a vuelo este o el otro espíritu diminuto que escapa ante él como duendecillo, cuando se empeña en dar nombre a las pequeñas almas y en dar unidad y valor propio a las cosas casi imperceptibles, es cuando la obra adquiere todo su interés magnífico y casi emocionante. Algo como una *intuición de raza*, ya adormecida, se nos revive entonces, al pronto, diciéndonos que allí está la verdad: que en estos olvidados orígenes del ser social es donde debemos encontrar nuestro norte un tanto perdido: que en ellos debemos reconocernos para volver al entendimiento cabal de nuestras cosas públicas y aún muchas de las individuales.

La aportación del poeta y estudioso consistía en propiciar la evocación de un genuino espíritu nacional. Además, Urbina había indicado la profunda influencia de la literatura española en los escritores de la nación mexicana recién independizada. Para Reyes, y en esto era portavoz de muchos otros jóvenes escritores, esto era importante porque la literatura contemporánea,

“nuestra literatura militante”, se había distraído por la seducción de la literatura francesa, en no lamentable sino provechosa peregrinación hacia la fuente del simbolismo, el parnasianismo y demás tendencias de finales del siglo XIX. Pero ahora, ya afianzada nuestra literatura “dentro de estas verdades nuevas”, era tiempo de “aumentar su caudal interno con el conocimiento de las antiguas letras mexicanas, no para imitarlas, no para seguir sus tendencias (eso sería absurdo) mas para salvar, al menos, el honor profesional y por que no se diga que somos generación desligada de nuestro suelo y de nuestra historia.”

Los autores de la *Antología*, “improvisados mexicanófilos, han sabido en muy breve plazo agotar las fuentes de la erudición nacional y propulsar su conocimiento con un espíritu y una doctrina manifiestamente novedosos.” Así lo reconocían, sin obstar la juventud de los autores, personas autorizadas como Genaro García y Luis González Obregón. “La intuición, pues, y el educado gusto del poeta Urbina; el sólido criterio de Pedro Henríquez Ureña; la acuciosidad diligente de Don Nicolás Rangel, y una especie de orientación natural o instinto en todos ellos, para los hallazgos biográficos y bibliográficos, son las causas de un efecto tan admirable.” “El criterio de la *Antología*”, terminaba Reyes, “las críticas de Urbina, podrán ser rectificadas eternamente: habrá, empero, que volver siempre a este libro ameno como a la primera manifestación vasta, tendenciosa y congruente de la crítica nacional.”²⁷

La *Antología* fue un éxito rotundo en la prensa y entre los especialistas. Recibió, además, el apuntalamiento por parte de compañeros del Ateneo. “Creo que esa obra”, le escribía don Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro a principios de septiembre, “es un éxito colosal” para ustedes los compiladores y críticos, para el ministro Sierra, que la patrocina, y para México, que “honra sus letras con una recolección de las obras de sus autores.”²⁸ Los elogios no eran sobre méritos pasajeros; se reconocía una obra de gran trascendencia en la historia de la literatura y la cultura mexicanas.

A finales de octubre *El Imparcial* decía que el equipo de Urbina reanudaría sus tareas, ocupándose ahora del periodo de 1821 a 1837.²⁹ La idea, que Pedro daba como un hecho en su “Advertencia”, era que en el curso de los años fuesen apareciendo los volúmenes de la *Antología*

²⁷ Alfonso Reyes, “Antología del Centenario”, *El Diario*, 10 de octubre de 1910”, en Alfredo A. Roggiano, pp. 131-135.

²⁸ Santiago de Cuba, 2 de septiembre de 1910, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 552.

²⁹ “La ‘Antología del Centenario’”, *El Imparcial*, 26 de octubre, p. 4.

hasta llegar al siglo XX. Como decía el dominicano, las condiciones del país, desde finales del siglo XIX, habían permitido el trabajo de hombres de letras con relativa independencia, “casi” ajenos a la lucha política. Por eso mismo había podido realizarse una empresa tan ardua y ambiciosa como la *Antología del Centenario*. Pero esas condiciones estaban por cambiar, una vez rotos los cauces “normales” de la acción política.

Las conferencias del Ateneo de la juventud

A principios de agosto inició el ciclo de conferencias del Ateneo de la Juventud para celebrar el Centenario de la Independencia. El objetivo era estudiar la personalidad y la obra de pensadores y literatos hispanoamericanos. Se trató sobre todo de mexicanos: el poeta Manuel José Othón, el “Pensador Mexicano” Joaquín Fernández de Lizardi, la poeta Sor Juana Inés de la Cruz y el pedagogo Gabino Barreda. Completaban el cuadro el pensador puertorriqueño Eugenio María de Hostos y el escritor uruguayo José Enrique Rodó. Las pláticas se realizaron los lunes de cada semana hasta la segunda de septiembre, en el Salón de Actos de las Escuela Nacional de Jurisprudencia, facilitado por el Ministerio de Instrucción Pública.³⁰

Conferencias del Centenario		
Fecha	Conferencista	Tema
8 de agosto	Antonio Caso	“La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos”
15 de agosto	Alfonso Reyes	“Los Poemas rústicos de Manuel José Othón”
22 de agosto	Pedro Henríquez Ureña	“La obra de José Enrique Rodó”
29 de agosto	Carlos González Peña	“El Pensador mexicano y su tiempo”
5 de septiembre	José Escofet	“Sor Juana Inés de la Cruz”
12 de septiembre	José Vasconcelos	“Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”

³⁰ En este apartado expongo lo referente a las primeras cuatro conferencias. De las dos siguientes, desarrolladas en plenos festejos del Centenario, me ocupo en el siguiente apartado.

El ministro de Instrucción Pública Justo Sierra presidió la inauguración, acompañado por Luis G. Urbina y Telésforo García. Habló de manera breve y afectuosa. Comentó, en relación con el tema que desarrollaría Antonio Caso, que no conocía a Eugenio María de Hostos, por lo que aprendería mucho esa noche.³¹

Antonio Caso, presidente del Ateneo, presentó al “insigne educador y pedagogo” como “una de las más altas y más fuertes representaciones simbólicas de nuestra raza hispano-americana”. Uno de esos hombres que de vez en cuando aparecen en la historia de las repúblicas americanas, “a pesar de lo revuelto del medio y no obstante la anarquía intestina que tanto suele rebajar la dignidad de las naciones”; hombres en quienes pervive el estoicismo de raza española, manifiesto en el filósofo Séneca, Calderón de la Barca, fray Luis de León, Quevedo y Cervantes. Ese “vigor irreductible de la personalidad capaz de salir victoriosa en todas las pruebas que la vida impone, es forma sustancial de la raza y a todas partes la ha acompañado y seguido, imponiéndose, como sello perdurable de su genio, en el carácter de los pueblos engendrados por ella para la civilización y la cultura occidentales.”

“En estos tiempos de escepticismo moral y de individualismo exaltado”, expresó Caso, de negación de la fe en el progreso racional, cuando hacen estragos las teorías antiintelectualistas de Nietzsche y Stirner, “he creído oportuno y consolador recordar ante vosotros la doctrina del gran moralista que supo ‘igualar su vida con su pensamiento’ –conforme el insigne aforismo–, convirtiendo así la superioridad de su espíritu en fuerza viva y orgánica, estimuladora del lento perfeccionamiento de las civilizaciones americanas.”

Para Hostos “la ley moral es *un orden natural*”. Bastaría, según su *Moral social*, “la benéfica influencia de la armonía de todas las cosas entre sí para que en el alma de todos los seres surgiera, *como producto natural del medio ambiente*, el ‘ideal del bien’, la secreta aspiración de las grandes almas.”³² El progreso moral se realiza por “la penetración necesaria del ritmo del mundo en las sociedades y los individuos de nuestra especie, la continuación de las leyes naturales en la consciencia humana.” Por eso la ciencia, encargada de conocer las leyes naturales, era para Hostos “la suprema moralizadora y origen causal de las ‘ideas-fuerzas’ que

³¹ Antonio Caso, “La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos”, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 29-39. Sobre la inauguración, “Brillante conferencia del Sr. Lic. Caso en Jurisprudencia”, *El Imparcial*, 9 de agosto, p. 4.

³² Las cursivas son del original en todos los casos si no se indica lo contrario.

imponen el desarrollo del Bien”: “el deber es una deducción espontánea de todas y cuantas relaciones nos ligan con el mundo externo, con el mundo interno y con el mundo social.” Para Hostos

La vida perfecta es la vida fundada en la razón, que se aparta lógicamente del remordimiento y que no teme la muerte; es plenitud libre y feliz que, dominando los apetitos corporales y las pasiones, descansa sobre el poder absoluto que el conocimiento proporciona.

El fondo propio de la naturaleza humana es la naturaleza racional, suprema dispensadora de paz inalterable en medio de las vicisitudes de la existencia.

De ahí la gran preocupación de Hostos por la educación, concibiéndola como verdadero cultivo de la inteligencia. Caso citó el discurso dado por el puertorriqueño en 1884 en la Escuela Normal de Santo Domingo: “Dadme la verdad, y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozaráis el mundo; y yo, con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis destrozado.” En otro texto de Hostos, *Hamlet*, se advierte cómo la armonía universal (social y moral) es desvirtuada “por el único elemento perturbador en la historia de la humanidad y en la de cada espíritu individual concreto, por el poder satánico y rebelde esencialmente a la autocracia cósmica de la razón: la voluntad.”

Después de comentar largamente el pensamiento de Hostos, Caso atacó directamente su fundamento racionalista, según el cual “la esencia del mundo es racional, es decir, adecuada a la constitución intelectual de la mente humana.” La idea, contradecía el disertante, de que la existencia cabe y debe caber dentro de los enunciados lógicos, el postulado de la armonía eterna entre la sociedad y el medio natural y el deber como “deducción espontánea” de las relaciones que nos ligan con el mundo exterior, el mundo interno y el mundo social, son “postulados metafísicos deterministas e intelectualistas”. “La filosofía y la moral hostonianas son ejemplos del racionalismo más sistemático y coherente”, y ante ello Caso oponía las críticas de la filosofía contemporánea, de Comte a Boutroux.

Las uniformidades de la naturaleza son métodos hallados por el hombre para adaptar las cosas a su inteligencia, pero no nos revelan ni podrán revelarnos nunca sino que el carácter de necesidad, atribuido por el determinismo al mundo, reside en la esencia de la razón humana, siendo la naturaleza en sí infinitamente más compleja y variada de lo que pensó el panteísmo lógico, infinitamente más fecunda e inagotable que como aparece en la sinfonía cósmica engendrada por la noble ilusión optimista en la conciencia de Hostos.

El mensaje que Caso quería expresar esa noche está expuesto en estos párrafos:

Si sólo fuésemos a regir nuestras acciones por el reflejo de las leyes fatales del mundo inerte en nuestra propia conciencia, seríamos completamente inmorales, o por mejor decir, amorales; el bien y el mal carecerían de significación para nosotros, y la ley del hedonismo absoluto sería lógicamente la norma ética de nuestra vida espiritual, así como es la ley superior de nuestra actividad orgánica.

Cuando, a pesar de su creencia arraigadísima en la armonía geométrica del mundo, y en virtud de una inconsecuencia palmaria consigo mismo, confiesa Hostos la “eternidad de esfuerzos que ha costado el sencillo propósito de hacer racional al único habitante de la tierra que está dotado de razón”, no podemos menos de pensar que es impotente el orden cósmico para engendrar en la conciencia de los hombres y en la vida de las naciones, no ya la ley moral en toda su amplitud imperativa, sino la más pequeña partícula de bien; y por ende, el origen real de la moralidad no es el determinismo físico y biológico, sino la construcción ideal y sintética llevada a cabo por la razón y basada en el libre albedrío como elemento metafísico de su consecución efectiva.

Por último, Caso señalaba que había algo en Hostos que perduraba, que “habrá de alentarnos y acompañarnos”, “algo más fundamental que sus libros perecederos y sus creencias filosóficas”. Esto es:

la conciencia que abrigara del cumplimiento adecuado de su misión, el ejemplo de su existencia consagrada a la “áspera religión del deber”, la energía misteriosa de su alma que se opuso conscientemente a la sucesión de los acontecimientos exteriores y los forzó a modificarse, al ejercer sobre ellos la potestad de su energía, de su virtud interior, tanto más invencible cuanto que era inviolable y divina por su origen y esencia.

Antonio Caso quiso hacer una obra de exaltación y de corrección. Expuso ampliamente la optimista doctrina moral de Hostos y señaló el error fundamental que le subyacía. En la crítica al pensador puertorriqueño se observa con mayor claridad en qué sentido se decía Caso “intelectualista”. Sin renunciar por completo al positivismo y criticando las visiones apriorísticas de la realidad, sin aceptar los excesos antiintelectualistas y asumiendo los resultados de las recientes teorías sobre la contingencia, Caso se sujetaba a una concepción racionalista de la voluntad: “la construcción ideal y sintética” realizada por la razón, basada en el libre albedrío.

La sesión de apertura de las conferencias era especial para Pedro. Tenía una resonancia familiar, ya que Hostos había dado el tono moral y la orientación práctica a toda una época de esfuerzos de intelectuales dominicanos, incluidos sus padres, Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal. No conocemos su opinión sobre la conferencia, que debió seguir con mucha atención. Pedro se había empeñado en difundir entre sus amigos la admiración por Hostos, y es seguro que haya tenido algo que ver en la decisión de Antonio de ocuparse del pedagogo puertorriqueño. Henríquez Ureña tal vez echó en falta elementos desarrollados por él en un ensayo de su primer libro y vuelto a incluir en *Horas de estudio*. Por ejemplo, la idea de que la sociología de Hostos desarrollaba un “determinismo prudente”, en el que daba juego a la voluntad individual. Pero sin duda debió complacerle la exaltación aquel intelectual consagrado a la “áspera religión del deber”. Él mismo había escrito que se trataba, más que de un pensador contemplativo, de un maestro y apóstol de la acción.

Al día siguiente *El Imparcial* resaltó la “brillante” conferencia de Antonio Caso, con cierta crítica. La conferencia había sido desarrollada de manera erudita, aunque “con alguna confusión”; fue un “franco éxito y si sus oyentes no quedaron convencidos, sí quedaron deslumbrados por la vibrante oratoria del señor Caso”.³³ *El País* y *El Tiempo*, que habían anunciado el inicio del ciclo días atrás, no reseñaron la plática.

Transcurrida una semana, Alfonso Reyes habló de Manuel José Othón, fallecido cuatro años atrás.³⁴ Partió del momento de su muerte: “Hace pocos años, se extinguía silenciosamente el aliento de una existencia tan callada, que fue maravilla escuchar el hondo rumor de los gemidos con que toda una generación patria coreó la catástrofe.” Alfonso, desde niño, había conocido al poeta potosino, protegido de su padre el general Bernardo Reyes, y, en el proceso de maduración intelectual, fue uno de los poetas que permanecieron en su gusto literario. “A la muerte de Othón”, continuaba, “respondieron, por toda la patria, el llanto de los poetas y las oraciones fúnebres de ritual”; y en “quienes teníamos ya el hábito de su presencia y su trato” se alzó el anhelo de afirmar “la perennidad del amigo, la inmortalidad del poeta”. Difundir a Othón no significaba gastar alientos en propagar méritos transitorios, pues su obra era “tan firme y tan inatacable”, “toda construida sobre las bases mismas de la naturaleza humana, que honra de una vez, como la sangre de los héroes y de los mártires, a la patria misma donde ha surgido”.

³³ “Brillante conferencia del Sr. Lic. Caso en Jurisprudencia”, *El Imparcial*, 9 de agosto, p. 4.

³⁴ Alfonso Reyes, “Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón”, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, pp. 41-55.

“En la paz de las aldeas gustaba Othón de pasar la vida; donde es más fácil salir al campo y descuidarse de todo aquello que sólo accesoriamente nos ocupa.” Alejado del trato social, “desvestido el ánimo de todo sentimiento efímero, vuelve a su profundidad sustantiva, toma allí lo esencial, lo desinteresado”, “y vuelca sinceramente, sobre el espectáculo de la naturaleza, el tesoro de sus más hondas actividades, la religión, el deber, el gusto o el dolor de la vida.” Hasta el olvido proverbial del poeta acentuaban su desligamiento de la “realidad accesoria”. Su labor poética, nacida de fuentes serenas, “hija de los sentimientos más fundamentales del espíritu, es casta y benigna, salubre como campesina madrugadora, firme como labrador envejecido sobre la reja, santa y profunda como un himno a Dios en el más escondido rincón de alguna selva.”

Alfonso indicó que se ocuparía de *Poemas rústicos* y un poema que Othón diera al final de su vida a la *Revista Moderna*, “Idilio salvaje”. Intentó un “*análisis espiritual*” del poeta, comentando profusamente sus versos acerca de la naturaleza y la vida campestre, señalando cómo sus descripciones se resuelven “constantemente en misticismo o interpretación metafísica”. “Mas hay poesías enteras donde la descripción sólo existe por sí indudablemente, y cuyo mérito es altísimo, porque en ellas el paisaje mexicano está retratado como en ninguna parte, y el ruido agrio del campo, con rechinar de carretas, cantos de labriegos y gritos de pájaros, nos zumba incesantemente en el oído, por raro caso de evocación, al escucharlas.” Othón produce “la impresión de cosa unificada, orgánica, individual”.

Se le ha llamado poeta bucólico, pero Othón no se restringió a la descripción idílica de los pastores, sino que usó las imágenes campestres para expresar sentimientos profundos. En este punto de su conferencia, Reyes aprovechó para hacer una digresión acerca de los poetas bucólicos latinos y renacentistas. Más adelante relató la presentación de Othón en la Academia Mexicana de la Lengua, cuando recitó versos con evocación de Lope de Vega, “con voz muy desfallecida por la enfermedad, como si estuviera ya alistándose para una eternidad de silencio. Los que recordamos la escena, creemos ahora que le vimos llegar hasta la tribuna llevando en la diestra el mazo de llaves con que había de abrir su sepulcro.”

“Idilio salvaje”, explicó Alfonso casi al final de su conferencia, que habla de una aventura amorosa adjudicada por pudor a un amigo, hacía vacilar el concepto de sencillez con que había definido al poeta. “¿De qué nueva hondonada interior surgió ese poema tremendo y maldiciente?” Ahora encontramos a Othón “castigado por remordimientos informulables”, en el

interior parece no haber asideros morales y un grito satánico se escucha al fin: “¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!” Reyes remataba: “Y algo como la tristeza metafísica de Mallarmé, tedio del mundo y dolor de lo *femenino eterno*, cierran con sarcasmo diabólico el concierto de ángeles de su vida, y estamos delante de un sepulcro pidiéndole su misterio a gritos.”

La conferencia no terminó con este giro sorpresivo y patético. Alfonso leyó dos párrafos más en los que agradecía la atención benevolente del público y formulaba la importancia moral y cívica de la poesía de Othón.

Amor a la tierra que hay que labrar; amor a la casa que hay que proveer; amor a la patria que hay que defender; amor al ideal sobrehumano, interna virtud de todo lo humano, tales infalibles enseñanzas brotan de las poesías de Othón, y son de las que pueden educar a generaciones enteras dejándolas aptas para las honradas fatigas que integran la vida de los pueblos. Aprended, por eso, a venerarlo, y legad a vuestros hijos esta herencia de sabiduría, cuando han acertado a concretar todos sus aspectos y sus aspiraciones vitales en algún héroe y todas sus exaltaciones internas, todo el vaho de idealidad que flota sobre las colectividades humanas, en las tablas de sentir y de pensar que dictan los poetas, combinando así, en la ráfaga de una sola canción, la voz multánime del ser nacional y el grito estertóreo de la raza.³⁵

El Imparcial publicó una nota amplia sobre la conferencia del “joven poeta y orador muy popular y querido entre la juventud intelectual”. La reunión fue presidida por Ezequiel A. Chávez, subsecretario de Instrucción Pública, y el auditorio estuvo compuesto por estudiantes, profesores, “tal cual profesora, dos ó tres bellas señoritas”. El diario hizo un interesante balance de Alfonso Reyes.

El conferencista tiene desde luego en su abono, un físico atractivo y extremadamente juvenil, que hace que se le supongan menos años de los que tiene y que predispone favorablemente al auditorio. Posee además, una voz bien modulada y una mímica reposada que ayuda mucho a la comprensión y á la brillantez del discurso.

Tiene, además, el joven orador, un prurito, ayer no tan manifiesto, de citar autores de todas clases y géneros, en muchas ocasiones, sin venir a cuenta.

³⁵ La poesía de Manuel José Othón está recogida en el tomo I de sus *Obras Completas*, compiladas por José Antonio Peñalosa, Fondo de Cultura Económica, México, 1907. Véanse en particular las noticias que se ofrecen sobre “Idilio salvaje” en nota al pie, p. 508. Alfonso Reyes no se ocupó de relatar las andanzas pintorescas y bohemias del poeta potosino, seguramente por considerarlo impropio en la ocasión solemne. Sobre esa faceta del poeta, el *Anecdotario de Manuel José Othón*, de Artemio del Valle-Arizpe, México, FCE, 1958.

Demostó conocer bien la obra, “que por lo demás, no es muy amplia”, del poeta. “Al juzgarlo, no obstante que no dijo nada propiamente nuevo, no lo consideró bajo alguna de las faces desconocidas que necesariamente un poeta como él, lleno de matices, debe tener.”³⁶ El diario, a pesar de los buenos comentarios sobre el hijo del general Reyes, en realidad mostraba una conferencia poco atractiva y falta de originalidad. *El Tiempo* elogió la conferencia en una nota pequeña. *La Patria* se excusó por no poder abundar en las múltiples consideraciones estéticas de Reyes, añadiendo que Ezequiel A. Chávez hizo un breve análisis del trabajo, encomiando el esfuerzo del joven.³⁷

Es seguro que Henríquez Ureña habló largamente con Alfonso antes y después de la conferencia, cuyo texto también conoció y criticó con anterioridad. Al carecer de noticias, sólo podemos imaginar que el dominicano, con severa y generosa crítica, con sugerencias y una que otra censura, trató de fortalecer la presentación de su amigo.

El domingo 21 de agosto, un día antes de la tercera conferencia, *El Mundo Ilustrado* presentó en una plana entera los retratos de los seis disertantes. Seguía un extenso artículo de J. M. Coéllar sobre el proyecto del Ateneo y la plática de Reyes.³⁸ Los conferencistas, decía Coéllar, “no son, en su mayoría, hombres acomodados; todos ellos tienen que dedicar gran parte del día al trabajo retribuido para la satisfacción de sus necesidades.” Era cierto, casi todos los ateneístas tenían que trabajar en distintas partes para ganarse la vida, en periódicos, en el gobierno o en empresas particulares.

A pesar de ello, cuando terminan sus labores, que pudiéramos llamar de primera urgencia, en lugar de dedicarse á la holganza y aún al descanso muy merecido, se encierran en su estudio á meditar y á preparar sus trabajos para el Ateneo, que así se llama la agrupación, ó se presentan en la sala de juntas para oír y discutir los trabajos de los demás. En una palabra, sacrifican el plan del descanso á la satisfacción del progreso y del mejoramiento propios, los cuales tendrán que redundar en adelanto y progreso de los demás.

Coéllar exageraba, pues los empleos y las horas adicionales de estudio no impedían que los jóvenes disfrutaran de las diversiones sociales (fiestas, teatros, toros, excursiones, etc.). Y aunque las horas de estudio fueran un sacrificio, ya que no obtenían retribuciones materiales por

³⁶ “La segunda conferencia del Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, 16 de agosto, p. 5.

³⁷ “El Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 16 de agosto, p. 3. “La 2a. conferencia del Ateneo de la Juventud”, *La Patria*, 17 de agosto, p. 2.

³⁸ “Conferencias literarias”, *El Mundo Ilustrado*, 21 de agosto.

ello, se trataba de una labor gustosa, realizada por el placer del esfuerzo intelectual compartido con amigos íntimos.

El articulista no dudaba que el Ateneo recibiría la simpatía de toda la gente, aunque “hay otras que le han atacado tan ruda como injustificadamente, y sólo por el incomprensible placer de atacar á alguien.” Se ocupaba luego de la plática de Reyes, no sin antes advertir que la falta de acontecimientos de esta especie hacía “que los que escribimos para periódicos no estemos acostumbrado á hacer crónica de ellos. Para esto, como para todo, se necesita una educación especial de que carecemos.” Concluía con esto:

En esta forma es como el Ateneo contesta á los gratuitos insultos de sus detractores. Los jóvenes literatos siguen á la altura de su tarea, pasando por sobre insultos y diatribas como quien pasa por sobre las piedras de una pasadera, tocándolas con la punta del pie y procurando no tocar el cieno que está debajo.

No conozco más “ataques” que los realizados por Emilio Valenzuela. La referencia era al número de julio de la *Revista Moderna*, en el que se hacía referencia a búhos que acechan y al “areópago espurio”. Los comentarios en *El Mundo Ilustrado* indican que la desavenencia con Valenzuela fue importante y se conoció bastante en el medio literario. Esta división en la “juventud pensante”, como veremos, fue muy evidente en torno al asunto de la visita de Rubén Darío a México.

El lunes 22 de agosto, a las siete de la noche, llegó el turno de Henríquez Ureña. La conferencia fue presidida por el director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Pablo Macedo. Un diario detalla la presencia de los ateneístas Antonio Caso, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, José Vasconcelos, José Escofet, Jesús T. Acevedo (ya de vuelta de su largo viaje por Europa), Luis Castillo Ledón e Isidro Fabela, así como “un grupo numeroso de estudiantes profesionales y familias distinguidas de la buena sociedad mejicana”.³⁹ El joven Henríquez Ureña, de 26 años, espigado y moreno, con voz medida y grave, seguramente todavía con matices en el acento que revelaban su procedencia del Caribe, inició la disertación sobre la obra de José Enrique Rodó.

Género de *heroísmo*, en el ya clásico sentido que fijó Carlyle para la palabra, es la labor del grande hombre de letras; y no sólo la del que atrae a la multitud con los prestigios de la palabra

³⁹ “En el Ateneo Juvenil”, *El País*, 23 de agosto, p. 2.

hablada, –poesía, discurso, cátedra, sino también la del que influye con sus libros, con su *alma escrita*, sin que para ejercer su ministerio haya que abandonar el retiro donde florecen sus inspiraciones. El libro, como elemento característico de acción en la sociedad, como elemento aislado, sin directo apoyo en la fuerza personal de la voz y del ejemplo vivientes, no es antiguo en la civilización; y sin embargo, en toda parte se le vé ya influir. Libros constructores y libros destructores; libros que imprimen su sello a una época, a un pueblo, a grandes grupos de humanidad, todos los recordamos; la *Divina Comedia* y *El Príncipe*, el *Contrato Social* y la *Enciclopedia*, y, menos populares pero no menos poderosos, las *Críticas* de Kant, y *El origen del hombre*, de Darwin.

Heroísmo de cultura era la acción a través del libro, que podía llegar a ser crucial en la historia. “No es en nuestras sociedades hispanoamericanas, adaptadas sólo a medias a la civilización europea, donde la labor intelectual, donde el libro, puede revelar plenamente su eficacia.” Sin embargo, la formación del espíritu de nuestros pueblos, en sus tendencias directoras, “ha exigido siempre, y ha encontrado a veces, hombres de pensamiento a la vez que hombres de acción: más aún, cabe afirmar que buena parte de ese espíritu se ha formado con libros.” Así surgió, apenas consumada en América la independencia, Andrés Bello, “hombre sabio y hombre justo, que piensa y canta, legisla y educa”. Siguió Sarmiento, “espíritu original, ardoroso y rebelde, de aquilina mirada profética”; Luz y Caballero “todo pensamiento y persuasión”; Juan Montalvo, “alma castizamente castellana, turbulento defensor de ideales más sentidos que pensados”; Ignacio Ramírez “audaz y brillante, con los rebuscados gustos de un alejandrino y las implacables ironías de un estoico”; Barreda, “rectilíneo, macizo, certero en sus pronósticos”, y Hostos, “místico, intelectualista, embriagado de razón y de moral, sin mancha en la vida y sin desmayos en la obra.”

Ya es justo incluir entre los maestros de América a Rodó, “el maestro que educa con sus libros, el primero, quizás, que entre nosotros influye con la sola palabra escrita.” Los libros de Rodó no circulan con facilidad, continuaba el dominicano, pero resultan de tal modo sugestivos, que ganan admiradores y propagandistas, esparciéndose así su influjo. Muchos esa noche debieron recordar la labor de difusión del *Ariel* de Rodó en México a través de dos ediciones, una impulsada por los muchachos de la Sociedad de Conferencias y otra auspiciada por el director de la Preparatoria; asimismo debieron sopesar el efecto que les causó la lectura de ese libro. Henríquez Ureña siguió hablando del poder sugestivo y persuasivo del escritor uruguayo,

manifiesto desde sus primeros trabajos y persistente en sus estudios de crítica pura, como su *Rubén Darío*. Comentó un poco las coincidencias entre Rodó y el poeta de *Azul*. Desde hacía tiempo ambos dirigían su atención “hacia nuevos motivos, hacia aspectos graves y cuestiones hondas de la vida individual y también de la social.”

Se ocupó luego de *Ariel*, libro sabio acerca de la formación de la personalidad humana, donde Rodó llama a tener fe en nosotros mismos y en “las prendas del espíritu joven, el entusiasmo y la esperanza”, donde expresa que “nuestros pueblos hispano-americanos no deben buscar fuera de sí propios el ideal de su vida”. Rodó “no define cuáles sean ni cuáles deban ser nuestros ideales: pero el error habría estado en querer definirlos.” La vida independiente de la América española no permite aún descubrir “la síntesis espiritual, la *idea-fuerza* directora de sus manifestaciones, ni menos autoriza a construir, sobre tales inseguras bases, las normas a que haya de ajustarse su desarrollo futuro.”

Según Pedro, la significación de Rodó consistió en atreverse a pensar las cuestiones morales de manera personal, en momentos en que estaba de moda tratarlas según fórmulas librescas. Luego fustigó la idea de aquellos que creen imposible hallar ideas donde hay preocupación por la forma: “como si el *gran estilo* no exigiera, precisamente, ejercicio de pensar, como si los grandes pensamientos de la humanidad se hubieran expresado siempre en la prosa incorrecta de Comte o en la enmarañada de Krause, y no más bien en la pintoresca de Bacon, en la ágil de Descartes, en la perfecta de Platón, ‘el maestro de la prosa griega y acaso el maestro supremo de la prosa en la humanidad’, según la expresión de Gilbert Murray”. Sin importar esas incomprensiones, lo cierto es que “*Ariel* es la más poderosa voz de verdad, de ideal, de fe dirigida a la América en los últimos años.”

Después de *Ariel* vinieron años de silencio, hasta que empezó a anunciarse por fragmentos lo que constituirá la “obra definitiva” de Rodó, *Motivos de Proteo*.⁴⁰

No se trata ya, en apariencia, de prédica social sino de meditaciones y consejos individuales: detrás del psicólogo se ve siempre al educador. *Motivos de Proteo* no se ajustará a la regla usual, a la arquitectura común de las obras literarias, sino que, como cualesquiera porciones de él pueden formar conjunto armónico, aparecerá sin ceñirse a marcos y se completará constantemente: “es, —dice el autor—, un libro en perpetuo *devenir*, un libro abierto sobre una perspectiva indefinida.” Y

⁴⁰ El libro había aparecido el año anterior, en Uruguay, publicándose fragmentos en varias publicaciones en México. *Motivos de Proteo*, Montevideo, José María Serrano, 1909.

esa idea de evolución, de renovación perenne, que define la forma del libro, define también su espíritu, su fundamento filosófico y sus conclusiones morales.

Así se interna Henríquez Ureña en el tema filosófico. Estamos ante una concepción nueva de la evolución, señala, y para sustentar su dicho recurre a las visiones de Hegel y de Spencer. El primero, en la filosofía post kantiana, creó la fórmula *werden*; según la cual el devenir universal procede dialécticamente a través de tesis, antítesis y síntesis, que continúa hasta su término, en la Idea absoluta. El segundo estableció la que, hasta hace poco, se repetía como fórmula mágica: la evolución es el “proceso de integración de la materia y concomitante disipación de movimiento, durante el cual la materia pasa de una homogeneidad relativa indefinida e incoherente a una heterogeneidad relativamente definida y coherente, a la vez que el movimiento retenido sufre una transformación paralela.” Visiones estrictamente deterministas, dice el dominicano: “obtened los datos precisos y completos sobre cualquier hecho, y podréis determinar con matemática exactitud, cuál será su proceso según la una o según la otra fórmulas.”

“La evolución está en todo, ciertamente; es condición imprescindible de los fenómenos, tales como ellos nos aparecen. Pero si su fórmula es asequible y ha de encontrarse, por lo menos no será la de Hegel ni tampoco la de Spencer, contradichas a diario por la observación y aplicables pocas veces, pero nunca con el rigor científico a que aspiran.” Entonces, Pedro describió los aportes de las nuevas corrientes filosóficas. Èmile Boutroux, quien atacó, no las teorías de la evolución directamente, sino la idea misma de determinismo, se atrevió a contradecir la idea de necesidad. Según una cita del filósofo francés, antes de la aparición de la existencia, todo lo posible tiende igualmente a ser, “ningún hecho es posible, sin que lo sea también su contrario: no hay razón, pues, para que una posibilidad se realice en vez de otra. El ser actual no es, pues, consecuencia necesaria de lo posible: es una forma contingente. El mundo considerado en la unidad de su existencia real, presenta una indeterminación radical.” Se ocupó luego del otro filósofo francés que dio orientación a las ideas filosóficas de los jóvenes mexicanos: Bergson y su idea de la “evolución creadora”. “La evolución, en el sistema de Bergson, parece reemplazar a la necesidad: la aparición constante de los hechos imprevistos, de las contingencias, nace del *devenir*; la evolución *crea*. Sobre esta perspectiva indefinida se desarrolla el universo.”

La concepción de Bergson precede a la obra de Rodó, explica Henríquez Ureña. “El pensador uruguayo trae esta nueva inspiración filosófica al campo de la psicología y de la ética.” Para evidenciar la correspondencia, cita a ambos. Primero a Rodó: “Reformarse es vivir”, “Cada

uno de nosotros es, sucesivamente, no *uno*, sino *muchos...*” “Somos la estela de la nave, cuya entidad material no permanece la misma en dos momentos sucesivos, porque sin cesar muere y renace de entre las ondas: la estela, que es, no una persistente realidad sino una forma andante, una sucesión de impulsos rítmicos, que obran sobre un objeto constantemente renovado.” Y enseguida a Bergson: “Nos creamos continuamente a nosotros mismos [...] Existir consiste en cambiar; cambiar, en madurarse, en crearse indefinidamente a sí mismo.” Así, Pedro define la aportación de Rodó:

La grande originalidad de Rodó está en haber enlazado el principio cosmológico de la *evolución creadora* con el ideal de una norma de acción para la vida. Puesto que vivimos transformándonos, y no podemos impedirlo, es un deber vigilar nuestra propia transformación constante, dirigirla y orientarla. La *persistencia indefinida de la educación*: he ahí la verdad que no debe olvidarse.

Este es el núcleo de la conferencia de Henríquez Ureña, el mensaje principal que quería dar: El deber de vigilar, dirigir y orientar nuestra transformación constante. El mensaje de Rodó tenía que ser escuchado por los intelectuales mexicanos, jóvenes la mayoría, presentes esa noche en el salón de Jurisprudencia. Los ateneístas estaban en el trance de dar forma a su vida adulta, como profesionistas, políticos, profesores y funcionarios, como intelectuales. ¿Qué orientación había que seguir en adelante, en tanto individuos, en tanto grupo? Esta debería ser la resonancia ética de la conferencia de Henríquez Ureña. En él, después de todo, las tareas de vigilar, dirigir y orientar su propia transformación (la labor de la conciencia sobre la contingencia de la propia vida y las circunstancias) era el eje de su comportamiento. Tal labor era necesaria, continua Pedro siguiendo a Rodó, porque mientras vivimos nuestra personalidad está en el yunque, nada hay en nosotros que no sufra retoque y complemento, vivimos perpetuo aprendizaje e iniciación continua.

El principio ético es igualmente aplicable en términos colectivos.

Pero la personalidad humana es *Proteo*. No lo es sólo en lo individual, por el cambio constante; lo es, en lo colectivo, por la radical diferencia que va de espíritu a espíritu, y, en lo individual otra vez, por las muchas virtualidades ignoradas que hay en cada hombre. Así, un campo inmenso de estudio presenta a los ojos del pensador que quiera discurrir sobre las vías por donde puede encaminarse la acción. ¿Comprendéis ahora por qué *Motivos de Proteo* es un libro abierto sobre una perspectiva indefinida?

Un campo inmenso para discurrir sobre las vías de acción. La autoformación, individual y colectiva, volcada al exterior, realiza una voluntad. Pedro habla entonces de la vocación, asunto importante para exponerlo ante sus compañeros, en muchos de los cuales veía defectos graves en el ejercicio intelectual, desaprovechamiento de aptitudes, debilidades morales, desorientación, confusión y equivocaciones. Pero no es sermón lo que pronuncia, sino un exordio precisamente protético.

La vocación, la aptitud que, al desarrollarse consciente, da carácter definitivo a la personalidad, da el *sentido sintético de sus movimientos*, participa, por su misma importancia central, de la variedad proteica del espíritu. Hay vocaciones inalterables; pero ¿cuántas son las que se definen desde temprano y para siempre? Definirlas implica ordenar el conjunto de aptitudes, de deseos interiores, de incitaciones externas que para todo hombre existen. Todos partimos, como naves descubridoras, rumbo al porvenir. Unos van rectos a su fin, seguros de doblar el Cabo de Buena Esperanza; otros, en busca de viejos mundos, encuentran mundos nuevos; unos se lanzan a la conquista de continentes inexplorados; otros, corren en pesquisa de puertos para el comercio, o quizá sólo de paisajes para deleitar los ojos; otros, en fin, se dirigen a regiones solitarias y frías donde saben que habrán de avanzar lentísimamente, sin otro fruto cierto que acercarse a la realidad del polo, inaccesible quizás.

Si a veces es única, persistente, clara desde su origen; si también se reparte en variedad de acciones, sin que el esparcimiento la debilite, la vocación se revela de otros muchos modos: madura con lentitud; o bien diríase que aparece de súbito, cuando una fuerza exterior, —palabras, ejemplo, amor quizás,— la evoca; o despierta tras largo adormecimiento; o se encuentra a sí misma después de ensayos inseguros en otro sentido; o se transforma, como cuando el hombre de acción se vuelve historiador; o vive ignorada en nosotros, no mostrándose nunca o manifestándose sin que le concedamos valor, como el caso de Fray Luis de León, el más grande de los poetas castellanos, para quien lo menor de su vida eran sus versos. Y junto a las vocaciones que se definen, ¡cuántas aptitudes desconocidas o malgastadas! ¡cuántos hombres han pasado por la vida, como el *Peer Gynt* de Ibsen, sin llegar a ser *ellos mismos*! Rodó compara las aptitudes humanas con las semillas que difunde el viento, de las que sólo unas pocas caen en disposición de arraigarse y convertirse en plantas.

El joven dominicano, en este punto transfigurado en el escritor uruguayo, quería que arraigara profundamente el mensaje en sus compañeros mexicanos: llegar a ser uno mismo. Llegar a ser *nosotros* mismos, para emplear la voz cifrada que usaban Pedro y Alfonso en su

correspondencia. El proceso debía realizarse a través del autoexamen: “La fuerza capaz de definir y dirigir la vocación personal radica en la intuición de nuestros estados interiores, en la práctica del consejo apolíneo: ‘Conócete a ti mismo’.” De manera similar, Bergson advertía la importancia de profundizar en uno mismo, ayudándose de la soledad y el silencio. Algo que había que hacer, no solamente en los momentos de crisis, sino de manera más habitual.

Pero, al menos, cada trance crítico en donde tropiece la vocación pide un esfuerzo de recogimiento que nos guíe a comprendernos mejor y muestre a la voluntad la vía segura por donde debe continuar la acción. En trances tales, hay siempre sacrificio de ilusiones; de nuestra fe depende que el sacrificio sea en bien de más altos fines. La tendencia de la acción, para justificarse, debe ser siempre ascendente. Goethe, para quien la vida nunca hubo de aparecer como un movimiento de descenso, decía que vivimos sustituyendo ideales.

Dice Rodó: “¡Hombre de poca fe! ¿qué sabes tú lo que hay acaso dentro de ti mismo.” Entonces, ayudado ahora también por William James, Henríquez Ureña formula lo que puede tomarse como el postulado ético fundamental de la personalidad humana, en cuyo centro se halla el ejercicio de la inteligencia.

Alta enseñanza se deriva de esas palabras: la fe en el destino personal debe apoyarse en la confianza de que nunca se habrá agotado nuestra energía, de que subsisten en nuestro espíritu capacidad para manifestaciones nuevas, vigor para superarnos en el trabajo. La robusta moral de William James, que se apoya en la más profunda ciencia psicológica, proclama la eficacia del esfuerzo máximo: el espíritu sabe que, en un momento dado, puede superarse, excederse del límite común de su trabajo, sin padecer por ello (en casos tales, acude a sus reservas de energía); en realidad, es capaz de trabajo mayor que el que a diario realiza, y el esfuerzo máximo, sin otro límite que la aparición de la fatiga, puede ser su nivel normal y constante.

Este postulado ético, que para Henríquez Ureña funcionaba como un imperativo categórico, tenía sus correspondencias con elementos que ya hemos expuesto: el modelo platónico (profundidad de ideas y expresión estética, la virtud de la templanza) y el pragmatismo filosófico.

El conocimiento de nosotros mismos; el consciente amor de nuestros propósitos; la *autarquía*, el propio dominio por la voluntad disciplinada: en ello estriba el secreto que nos puede convertir en artífices de nuestro destino. La educación es el arte de la transformación ordenada y progresiva de la personalidad –dice Rodó–; pero la educación, cuando dada por otros, es

incompleta por su esencia: la verdadera educación es personal, y, si no dirigida, sí realizada por nosotros.

[...]

Pero la educación no es sólo obra de la voluntad en calculado ejercicio frente al medio exterior, sino que en ella intervienen elementos psicológicos imprevisibles. Uno sobre todo: el amor. En toda vida hay amor, y todo amor verdadero es insumiso y es decisivo en su influjo. Y cuanto del amor se diga, puede extenderse, en más mitigada forma, a toda afición vehemente del espíritu. La vocación, en verdad, es forma de amor, y, como tal, imprevisible e imperiosa.

Pedro estaba en el final de su conferencia. Rodó formulaba su norma: “La esperanza como norte y luz; la voluntad como fuerza; y, por primer objetivo y aplicación de esta fuerza: nuestra propia personalidad, a fin de reformarnos y ser cada vez más poderosos y mejores.” Más poderosos y mejores, también el mensaje era para los pueblos. “Los pueblos también tienen su personalidad, su espíritu, su genio; y cuanto del individuo se dice puede transportarse a ellos.” Así, volvía a leer un pasaje del escritor uruguayo.

Si a la continuidad de las generaciones se une la persistencia de cierto tipo hereditario, –dice el maestro,– no ya en lo físico, sino también en lo espiritual, y una suprema idea dentro de la que pueda enlazarse, en definitiva, la actividad de aquellas sucesivas generaciones, el pueblo tiene una personalidad constante y firme. Esta personalidad es su arca santa, su paladín, su fuerza y su tesoro; es mucho más que el suelo donde está sentada la patria. Es lo que le hace único y necesario al orden del mundo: su originalidad, dádiva de la naturaleza que no puede traspasarse a otro ni recobrase, si una vez se ha perdido, a no ser abismándose en la profundidad interior donde está oculta. Porque toda alma nacional es una agrupación de elementos ordenada según un ritmo que, ni tiene precedentes en lo creado, ni se reproducirá jamás, una vez roto aquel inefable consorcio. Mantener esta personalidad es la epopeya ideal de los pueblos.

En el último párrafo, Pedro sintetizó las singularidades y la importancia de José Enrique Rodó, como escritor y como pensador.

En el orden puramente literario, no cede a ninguno de sus contemporáneos: dueño de rica y amena erudición, conocedor magistral de la lengua, dominador de los secretos arquitectónicos y musicales del estilo, señor de la imaginación plástica, exquisito *conteur* de narraciones incidentales (lo son todas, hasta ahora, en sus libros), crítico de aguda percepción, ha hecho prorrumpir en su elogio las voces del solar clásico, de España, con hipérbolos no tributadas a

ningún otro prosador americano. Como pensador, posee, si no la originalidad que crea un sistema filosófico, sí la del *eticista*: en vez de dejarse arrastrar por la corriente que lleva a la ciencia fácil, a hacer libros con libros ajenos, vuelve a la clásica tradición que enseña a buscar en la propia experiencia, íntima y social, las verdades morales que deben darse al mundo como fruto acendrado de la personalidad, como aportación real al tesoro de la sabiduría humana. Es, en suma, un maestro, con la aureola de *misticismo laico* y el ambiente de silenciosa quietud que corresponde a los pensadores de su estirpe. Es de la familia de Epicteto y de Plutarco, de Séneca y de Marco Aurelio, de Fray Luis de León y de Raimundo Sebonde, de Emerson y de Ruskin, la familia que preside, cobijándola con una de sus alas de arcángel, el divino Platón.⁴¹

Así terminó la conferencia, afirmando al pensador uruguayo como un maestro moral. El “eticista” muestra un camino, de tradición clásica, para buscar “en la propia experiencia, íntima y social, las verdades morales que deben darse al mundo como fruto acendrado de la personalidad”. Un camino de rigor acético y de libertad. En ese sentido, su conferencia se emparentaba con ideas manejadas por Antonio Caso sobre la personalidad de Hostos y la tradición hispana. Pedro reafirmaba la figura de Platón presidiendo toda esa tradición humanista, en la que se basaba su propia concepción de la praxis intelectual.

Al día siguiente algunos diarios elogiaron la presentación del dominicano. *El Imparcial* señaló que Henríquez Ureña reunió “en clara síntesis” la obra del pensador uruguayo, “estudiando con tino y amena exposición todo el desarrollo de su espíritu”. El conferencista explicó que Rodó “funda sus consejos morales en la idea de que pues siempre estamos cambiando, debemos prevenirnos para sacar provecho de este cambio y estar siempre prontos a él, con frescura juvenil en el alma.” Colocó al escritor entre los grandes maestros y lo definió como un “eticista”. La conferencia, agregaba el diario, “perfectamente escrita”, fue “dicha con claridad”. *El Tiempo* juzgó que Henríquez Ureña, cuya conferencia se alargó hasta las once de la noche, demostró que sus facultades de crítico literario iban “en crescendo”. *El País* añadía que el numeroso público escuchó atento y aplaudió al término.⁴²

En la cuarta conferencia del Ateneo de la Juventud, Carlos González Peña se ocupó de la obra y la personalidad de José Joaquín Fernández de Lizardi, el “Pensador mexicano”. No llegó a

⁴¹ Pedro Henríquez Ureña, “La obra de José Enrique Rodó”, *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 57-67.

⁴² “Las conferencias del Ateneo de la Juventud”, *El Imparcial*, 23 de agosto, p. 6; “El Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 23 de agosto, p. 1; “En el Ateneo Juvenil”, *El País*, 23 de agosto, p. 2.

rendir completo homenaje, sino a realizar una crítica dura. Inició hablando del ambiente conflictivo en que el escritor hizo su obra, los tiempos de la guerra de Independencia.

El Pensador Mexicano es la representación más genuina de su tiempo en nuestras letras; es un precursor; el que, con mayor justeza, aunque en esbozo, trazó el cuadro de la sociedad mexicana de fines del siglo XVIII y principios del XIX, o sea entre el ocaso de la dominación y el alba de la libertad. ¡En sus libros, informes y toscos, palpita el alma de México, del México remoto de nuestros bisabuelos, del México insurgente cuyo recuerdo, transmitido de generación en generación, de padres a hijos, de hijos a nietos, llegó todavía hasta nosotros, cuando éramos niños, con el supremo encanto de una gesta heroica, evocado por los labios temblorosos y venerables de los viejos!

Lizardi tuvo el prosaísmo grosero y torpe de escritores de su época, pero de ninguno de los pocos que eran cultos, poseyó la “finura y pureza de estilo”. No se trataba de una obra bella; Lizardi “no era un artista en el sentido más alto del término: era el moralista, el apóstol que en el seno de una sociedad corrompida y abyecta por el yugo de tres siglos, pretendía reformar ideas y costumbres, educar almas”. En su obra, “ni almas ni paisajes surgían animados de ese soplo divino que el verdadero artista infunde a lo que crea”. Se dice que fue así porque Fernández de Lizardi quería penetrar en el pueblo, pero no: “Ni en la antigüedad ni en nuestros días el escritor, para hacerse comprender por el pueblo, ha necesitado rehuir a la grandeza de la idea ni a la suntuosidad de la vestidura.” Lizardi simplemente “no hizo arte porque no fue artista”.

Pero la tendencia revolucionaria y ética de su obra fue necesaria, la requería el ambiente social. “El escritor destinado a luchar por la independencia con la pluma debería venir, y vino, en efecto.” Ese fue el papel de Lizardi a través del periódico *El Pensador Mexicano*, publicado en 1812. En el medio del periodismo, se adaptaba mejor su personalidad.

Como periodista, sus defectos abultan menos y sus cualidades resaltan. En su habitual estilo llano, sembrado de barbarismos y de locuciones regionales, hablaba a la colectividad de cosas nobles y altas. Dotado en ocasiones de una terrible ironía, y dueño siempre de inmutable serenidad para el ataque, ponderó grandes sucesos; hizo la defensa de ultrajados héroes; flageló, con atrevimiento inaudito en un escritor de entonces, disposiciones y actos del gobierno colonial.

Su labor como periodista, de 1811 a 1826, le granjeó la excomuni3n. Enseguida, González Peña se ocupó de Lizardi como “novelador”, materia que más le interesaba por ser él mismo novelista. Lizardi fue precursor, fue el primero que adoptó en México el estilo realista. Pero era

momento de hacer una rectificación. Este fue el momento más intenso de González Peña ante el auditorio.

La mistificación ha durado un siglo, y no es injusticia derribarla. Me llamaréis iconoclasta. ¡Acepto el nombre! Cuatro generaciones han callado o disfrazado la verdad, y la verdad debe decirse: el Pensador fue un mal novelista que no merece el destino de los inmortales por su valer intrínseco, por su representación literaria en el arte nuestro.

Como novelista la importancia de Fernández de Lizardi era más bien histórica. El conferencista habló de cuatro obras: *El Periquillo Sarniento*, *Don Catrín de la Fachenda*, *La Quijotita y su prima* y *Las Noches tristes*. En ellas predominaba el propósito de moralizar, tendencia muy marcada en *La Quijotita*, novela pedagógica inspirada en Rousseau. Pero el mexicano no tenía el genio de Rousseau, “ni sus arrestos revolucionarios y éticos iban tan lejos y penetraban tan hondo como los del autor del *Contrato*. Por consiguiente, *La Quijotita*, que aspiró a ser un libro trascendental y serio, hubo de resultar, a la postre, el más abominable sermón de que las letras nacionales tienen memoria.” *Las Noches tristes*, de carácter autobiográfico, es un libro peor que los anteriores. Tiene, empero, pasajes valiosos sobre los días del escritor en la cárcel.

Carlos González Peña, en esos tiempos y en posteriores, fue conocido como persona prudente y mesurada. Un buen novelista, historiador de la literatura, un gran trabajador como decía Henríquez Ureña, pero no un crítico combativo. Al revisar sus crónicas literarias de aquellos años, son raros los momentos en que impugna obras, autores o tendencias. Prefería comentar y enaltecer las expresiones artísticas. Y sin embargo, en ocasión del ciclo del Centenario, se atrevió a una crítica demoledora contra uno de los valores literarios nacionales. Se contagió de la atmósfera de crítica que se respiraba en el núcleo del Ateneo de la Juventud.⁴³

El joven novelista quiso establecer la justa importancia de Lizardi, porque fue “sillar tosco, pero fuerte y útil” para la literatura nacional. Abandonaremos quizás su obra, decía, pero lo admiraremos como luchador y patriota. Así, enfatizaba al término de su disertación,

sabremos consagrar en nuestras almas de mexicanos una dulce remembranza, dulce porque está hecha de ternura y de gratitud, al luchador valiente y esforzado; al colaborador entusiasta de

⁴³ Mucho más templada, pero en el fondo sosteniendo la misma evaluación, González Peña se ocupa de Lizardi en su *Historia de la literatura mexicana*, México, Editorial Porrúa, séptima edición corregida, 1960 [1ª. Edición de 1928], pp. 202-207.

nuestros héroes; al supremo patriota que, cuando pretendió revestir la clámide del artista, vivió por el pueblo y para el pueblo, y en su existencia, que señalan en la historia de nuestra primera revolución fanfarrias triunfales, supo anteponer al de la belleza y al de los hombres y amos, un grande, un inmenso, un infinito amor: ¡el amor santo de la patria!

Dieron noticia de la conferencia *El Imparcial*, *El Tiempo* y *El País*.⁴⁴ Este último registró entre los asistentes al arquitecto Federico Mariscal, Alfonso Cravioto, Marcelino Dávalos, Alfonso Reyes y Telésforo García. Asimismo fue el único que mostró su desacuerdo con González Peña, pues consideró que le había restado méritos a Lizardi, juzgándolo con base en los gustos actuales y reconociéndolo sólo como periodista. Creemos, decía *El País*, “que fué demasiado riguroso en sus apreciaciones y que no estudió la época ni el medio de entonces sino el de ahora”.

El empuje iconoclasta de González Peña no tuvo mayor eco en la prensa. Lo habría tenido, seguramente, pues sus conceptos contravenían la opinión general, pero lo que esa noche acaparó la atención fue la presencia del escritor Santiago Argüello, que junto con Rubén Darío debía representar a su país, Nicaragua, en los festejos del Centenario. Para entonces la visita de Darío se había convertido en un problema para el gobierno mexicano. El poeta había recibido credenciales diplomáticas de un gobierno que en esas fechas caía por la presión de los Estados Unidos. No se podía recibir con honores a Rubén Darío sin provocar el enojo del poderoso vecino del norte.

Faltaban dos conferencias, que se realizarían a principios de septiembre, antes de los magnos eventos patrios del 15 y el 16. Los ateneístas podían estar satisfechos. Había sido una buena decisión desarrollar la mayor parte del ciclo en agosto, sin los grandes actos oficiales pero en un ambiente ya muy de festejos. Recibieron así buena publicidad, siendo uno de los actores relevantes y de mayor constancia en el panorama de la ciudad de México en los umbrales del Centenario.

⁴⁴ “En el Ateneo de la Juventud”, *El País*, 30 de agosto, p. 2; “Una ovación al Sr. Argüello”, *El Imparcial*, 31 de agosto, p. 10; “La cuarta conferencia en el Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 30 de agosto, p. 5.

La visita de Rubén Darío

Se esperaba con expectación a Rubén Darío desde julio, cuando se dio por segura su visita. Debía ser el más emotivo recibimiento, tratándose del poeta de *Azul, Prosas profanas y Cantos de vida y esperanza*, considerado Príncipe de las letras en América. Pero desde el inicio las complicaciones políticas habían nublado la espera. En Nicaragua se desarrollaba un movimiento revolucionario, apoyado ostensiblemente por los Estados Unidos, contra del presidente José Madriz Rodríguez, quien había encomendado a Darío la visita a México.

La Secretaría de Relaciones Exteriores había designado en agosto a los literatos José Juan Tablada y Francisco M. de Olaguíbel para acompañar a la delegación nicaragüense, conformada por Darío y Santiago Argüello. Este último llegó el día 13, avivando los deseos de recibir al poeta.⁴⁵ En la prensa estadounidense, sobre todo en un artículo del 17 de agosto en el *Washington Post*, se señaló que México aprovecharía la ocasión para mostrar su simpatía al gobierno de José Madriz, lo cual sería un agravio para los Estados Unidos. El embajador mexicano en Washington se apresuró a señalar que el gobierno ofrecería a Darío el mismo trato que a los demás delegados.⁴⁶ El 19 de agosto el presidente Madriz Rodríguez renunciaba y poco después los opositores tomaban las riendas del país, siendo nombrado presidente de la república Juan José Estrada Morales.

Las credenciales diplomáticas de los delegados nicaragüenses no fueron renovadas, lo que Rubén Darío no sabría con certeza sino hasta estar frente a tierras mexicanas, a principios de septiembre. En los diarios mexicanos se desató una fuerte y sostenida discusión sobre la vigencia y legitimidad de la representación del poeta. Santiago Argüello se dio a la tarea de mantener su propio estatus diplomático y, gracias a la intervención de Joaquín Casasús, el gobierno de Bolivia lo aceptó como su delegado.

Darío se convirtió en un dolor de cabeza para el gobierno mexicano. No tenía el reconocimiento del nuevo gobierno de Nicaragua, había sido nombrado por un gobierno contrario a los Estados Unidos y además era cercano al ex presidente Zelaya, antiguo enemigo de los norteamericanos. Su visita no era bien vista por la prensa y el gobierno del vecino del norte.

⁴⁵ *El Tiempo*, 11 de agosto, p. 2; *El Imparcial*, 14 de agosto, p. 1.

⁴⁶ *El Imparcial*, 19 de agosto, pp. 1 y 2; “El gobierno de México se ajustará a las prescripciones del protocolo”, *El Tiempo*, 19 de agosto, pp. 1 y 7.

Mientras, en México los ánimos se exaltaban por considerarse que se cometía una injusticia con el poeta y porque se veía subordinación y complacencia en el gobierno de Díaz ante las imposiciones norteamericanas.

Según *El Imparcial* del 24 de agosto, Argüello decía esperar a Darío para desarrollar un amplio programa de confraternidad literaria con los mexicanos, haciendo, por ejemplo, lecturas públicas en algún teatro.⁴⁷ En Veracruz se preparaba con entusiasmo el recibimiento. Por iniciativa de Diódoro Batalla se reunieron varias personas para nombrar un comité de recepción.⁴⁸ Días después se sabía que en ese homenaje declamarían poemas y darían discursos Salvador Díaz Mirón, Cayetano Rodríguez Beltrán, Benito Fontanes y Juan B. Delgado.⁴⁹

En la ciudad de México, la Asociación del Colegio Militar acordó pedir al poeta que recitara una poesía en su jornada del día 8 de septiembre en honor de los defensores del Castillo de Chapultepec.⁵⁰ La Liga de Abogados Latinos, en reunión del 30 de agosto, designó una comisión para recibir al nicaragüense cuando llegara a la capital, comisión en la que se encontraba Alejandro Quijano, entre otros.⁵¹

La *Revista Moderna*, decía *El Imparcial* del 27 de agosto, había sido la primera en acordar un recibimiento. Emilio Valenzuela, jefe de redacción de la revista, empezó a impulsar la idea de que los estudiantes y las sociedades artísticas, musicales y literarias se dieran cita en la estación de trenes para saludarlo. Luego se le ofrecería una fiesta campestre en una huerta, en la que un par de redactores dirían algunas palabras y recitarían versos del homenajeado. El diario añadía que el Ateneo de la Juventud también planeaba hacer algo, una velada probablemente.⁵²

Lo incierto de la visita y la causa política de ello, hacían que se esperara a Darío con mayores ansias. El hormiguero estudiantil parecía agitarse, recordaría Alfonso Reyes. “Los organizadores de sociedades, los directores de manifestaciones públicas habían comenzado a distribuir esquelas y distintivos.”⁵³

⁴⁷ *El Imparcial*, 24 de agosto, p. 10.

⁴⁸ *El Tiempo*, 25 de agosto, p. 4.

⁴⁹ *El Tiempo*, 29 de agosto, p. 2.

⁵⁰ *El Tiempo*, 27 de agosto, p. 1.

⁵¹ “La Liga de Abogados Latinos y Rubén Darío”, *El Tiempo*, 6 de septiembre, p. 4.

⁵² *El Imparcial*, 27 de agosto, p. 6; similar información en *El Tiempo*, 27 de agosto, p. 2.

⁵³ “Rubén Darío en México”, originalmente publicado en *Nuestro Tiempo*, Madrid, junio de 1916, incluido en *Obras completas IV* de Alfonso Reyes, p. 306.

En este clima exaltado se realizó, el lunes 29 de agosto, la conferencia de Carlos González Peña. Los diarios apenas refirieron su contenido y, en cambio, reseñaron lo que ocurrió por la presencia de Santiago Argüello. *El Imparcial* relataba que la juventud, al darse cuenta de que se encontraba entre los concurrentes, “se apresuró á rendirle un ruidoso aplauso cuando hubo terminado la conferencia, y lo acompañó hasta la calle lanzando vivas al doctor Madriz, a Nicaragua, á Argüello y á Rubén Darío.” Según *El Tiempo*, Argüello presidió el evento y prometió en breve dar una recepción en la Escuela de Artes y Oficios para hombres. *El País* señaló que Argüello y el ministro de Cuba habían presidido el acto como invitados de honor; al término, el público, formado en su mayoría por estudiantes profesionales, prodigó “una ruidosa ovación al delegado nicaragüense”.⁵⁴

Casi como un mitin político había terminado la cuarta sesión pública del Ateneo de la Juventud. Alfonso Reyes narra:

Al acabar la conferencia, los estudiantes –que la oportunidad sólo esperaban para armar la gresca–, con pretexto de la presencia de Argüello se pusieron a gritar:

–Viva Nicaragua!

Con algunos mueras sobreentendidos.

Argüello, que acaso no oyó bien lo que los muchachos gritaban, tuvo la ocurrencia de imponer el silencio con un ademán y recitar esta copla improvisada:

Vuestro aplauso me echa flores,
y es aplauso al esteta;
estáis tejiendo, señores,
mi corona de poeta.

Nos llovieron al día siguiente coplas anónimas de los estudiantes, picantes parodias que no tengo aquí para qué copiar.

A los dos días, Rubén Darío, enterado del caso, le dedicó la siguiente:

Argüello, tu lira cruje
– ¡y en público, por desgracia!–.
Argüello, a lo que te truje;

⁵⁴ “Una ovación al Sr. Argüello”, *El Imparcial*, 31 de agosto, p. 10; “La cuarta conferencia en el Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 30 de agosto, p. 5; “En el Ateneo de la Juventud”, *El País*, 30 de agosto, p. 2.

Menos versos: diplomacia.

Lo cierto es que Argüello había obrado muy en diplomático, al desentenderse de la intención política de aquellos juveniles gritos.⁵⁵

Santiago Argüello esquivó lo que podría haber sido una complicación adicional para su estadía en México. Pero los versos, improvisados y cargados de vanidad, no agradaron mucho a los ateneístas. Rafael Heliodoro Valle, poeta hondureño presente esa noche, dice: “Recuerdo bien el silencio que a guisa de comentario hicieron los ateneístas”.⁵⁶ El nicaragüense, según refiere Reyes, era el único delegado literario extranjero en esos días, así que, de cualquier manera, conocieron muchas anécdotas de Rubén Darío a través de él.

A principios de septiembre culminarían tanto las conferencias del Ateneo como el episodio de la visita de Rubén Darío.

Por lo pronto, todo estaba listo para el mes del Centenario. El 20 de agosto se brindó una velada al profesor Joaquín Eguía Lis, organizada por la Sociedad de Alumnos de Jurisprudencia y presidida por el ministro Justo Sierra. El discurso principal estuvo a cargo del licenciado Jorge Vera Estañol; y dentro del programa Carlos Díaz Dufoo hijo tocó al piano y Luis MacGregor recitó una poesía. Al final, don Justo Sierra se incorporó para ofrecer al decano del profesorado de Jurisprudencia, en nombre del presidente de la República y del Ministerio de Instrucción, la rectoría de la Universidad Nacional. Eguía Lis aceptó sumamente conmovido. El día 28 el presidente Díaz visitaba los salones reformados del Museo Nacional, acompañado por el ministro de Instrucción Pública y guiado por Genaro García y Nemesio García Naranjo, director y secretario del Museo. El día último de agosto, en una ceremonia muy vistosa que congregó especialmente a la colonia española, el presidente inauguró la avenida Isabel La Católica, renombrando así las calles que iban de San José el Real a la plazuela del Risco y puente de Carretones.⁵⁷

⁵⁵ “Rubén Darío en México”, *Obras completas IV*, México, FCE, 1995, p. 301.

⁵⁶ Rafael Heliodoro Valle, “Argüello, a lo que te truje”, *Excelsior*, México, 6 de marzo de 1926, p. 5, en *Darío en México Un ambiente enrarecido*, Coordinación y prólogo de Fernando Curiel Defossé, UNAM, México, 2014, pp. 187-190.

⁵⁷ “Ha nombrádose ya al director de la Universidad”, *El Imparcial*, 21 de agosto, pp. 1 y 12; “El decano del profesorado superior de México fue nombrado rector de la Universidad”, *El Tiempo*, 22 de agosto, p. 1. “Ayer recorrió el señor presidente los salones reformados del Museo”, *El Imparcial*, 29 de agosto, pp. 1 y 8. “Sea, exclamó la Grande y católica reina, y un continente surgió ante las carabelas de Colón. Por eso hay desde ayer en México una avenida que lleva el nombre de Isabel la Católica”, *El Imparcial*, 1 de septiembre, pp. 1 y 2.

II. Los fastos de septiembre

El día primero en el centro de la ciudad, a partir del medio día, se notó un movimiento inusitado. La arteria principal, la avenida San Francisco (hoy Madero) mostraba aspecto de regocijo. Compactos grupos de gente discurrían por las aceras, ya deteniéndose en los escaparates, entre cuyas mercaderías destacaban los colores verde, blanco y rojo de la enseña nacional, ya contemplando los adornos de las fachadas a las que se daban los últimos toques. Los edificios lucían banderas, drapeados, gallardetes, escudos y otras decoraciones con los colores y símbolos patrios.

Al atardecer el movimiento se hizo más notable, acrecentándose de manera incesante. Las banquetas apenas contenían a los transeúntes de la gran avenida que se desbordaban en animadas caravanas. Lo mismo ocurría en las avenidas del 5 de Mayo y del 16 de Septiembre, los portales de Mercaderes y de las Flores y las calles del Empedradillo y de Isabel la Católica. Otros ciudadanos se internaban en el Zócalo, donde una banda militar lanzaba al aire sus alegres notas.

Llegada la noche, y aunque todavía no estaba colocada por completo la iluminación especial, el espectáculo era esplendente. Teatros, restaurantes, hoteles y edificios públicos ostentaban decoraciones de foquillos, la mayoría en composiciones tricolores. En la Compañía de Luz había una gran estrella brillante y letreros alusivos; un restaurante en la Avenida San Francisco mostraba una corona de luces, y en la compañía de seguros en Isabel la Católica y San Francisco se podía admirar el letrero luminoso PAX.⁵⁸

Antes del Centenario, había unas 750 mil lámparas distribuidas en la ciudad de México. Para las fiestas se pensó agregar 250 mil, así que las calles serían iluminadas con un millón de lámparas. Se concentrarían en un distrito limitado al norte por la calle de Tacuba, al este por el Zócalo, al sur por la calle de Cadena y al oeste por la calle de Humbolt. De esta manera, siguiendo la Avenida de San Francisco o la del 5 de Mayo, se hallaría una iluminación diez veces

⁵⁸ “La ciudad graba en la noche el esquema luminoso de sus edificios. Una multitud pletórica recorre la capital contemplando el decorado de las calles”, *El Imparcial*, 2 de septiembre de 1910, pp. 1 y 7.

mayor que la ordinaria. El decorado público incluía, en varios puntos, hermosos arcos con adornos emblemáticos de la independencia de México.⁵⁹

A partir de ese día, la ciudad entró en un ritmo trepidante: actos conmemorativos, inauguraciones de edificios, monumentos y obras de infraestructura, exposiciones, congresos, bailes, banquetes... En su mayoría fueron organizados o financiados por el gobierno, pero fue grande la participación de organismos de la sociedad, los cuales contribuyeron a saturar de algarabía todo el mes. Nemesio García Naranjo, uno de los encargados de redactar los textos que conformarían *La Crónica oficial del Centenario*, dice que en ésta se incluyeron 168 discursos pero fueron muchos más los que se dieron. No es exagerado, sugiere, el cálculo de unas 500 oraciones cívicas, considerando la realización, sólo en la capital, de 16 discursos por día.⁶⁰ Los festejos se extendieron por todo el país, adquiriendo mayor brillo en las principales ciudades, como Guadalajara, Puebla, Monterrey, Guanajuato o Veracruz. El gobierno del general Díaz se empeñó, con toda energía y recursos, en mostrar ante los delegados extranjeros la paz y la prosperidad de la nación mexicana.

El día primero el general Díaz inauguró el Manicomio General en Mixcoac. Al día siguiente, en el Museo Nacional se recibió solemnemente la pila en que recibió las aguas del bautismo Miguel Hidalgo. Justo Sierra dio el discurso principal y Nemesio García Naranjo expresó breves palabras como director de la comisión encargada del traslado de la reliquia.⁶¹ Por la tarde se inauguró la Exposición de Higiene, donde se presentaron los avances que se habían realizado en México desde 1810 en la materia. En esta exposición, que estaría abierta hasta noviembre, se dieron numerosas conferencias de especialistas. El día 3 se realizó la ceremonia de colocación de la primera piedra de la nueva cárcel general, que debía sustituir a la de Belén.

Las tardes de los días 3 y 4 sesionó el Centro Antirreeleccionista en la ciudad de México. La asistencia fue exigua, de tal suerte lo que se discutió fue si había suficiente quórum para tomar

⁵⁹ “No tendrá precedente la iluminación de México”, *El Tiempo*, 29 de agosto, p. 3. La calle de la Cadena, hoy parte de Venustiano Carranza entre las calles de Bolívar e Isabel la Católica.

⁶⁰ García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, México, D. F., La Serpiente Emplumada 10, Factoría Ediciones, 1998, p. 184.

⁶¹ “Seguida de un gran cortejo entró en la capital la pila en que bautizaron a Hidalgo”, *El Imparcial*, 3 de septiembre, pp. 1 y 11.

decisiones. Al final aprobaron la designación de una nueva directiva, presidida por Filomeno Mata.⁶²

Rubén Darío ya no figuraba en la lista de representantes extranjeros, pero se seguía esperando su arribo a la ciudad de México. Emilio Valenzuela, Rafael López, J. R. Rubio y José Luis Velasco convocaron a la juventud literaria y artística para organizar su recepción.⁶³ Celebraron junta por la noche del sábado 3 en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria. Rafael López explicó el motivo de la reunión, se eligió una mesa directiva y se tomó el acuerdo de que una comisión recibiera al poeta en la estación del ferrocarril.⁶⁴ Se constituyó así la sociedad “Rubén Darío”, con una Mesa directiva amplia: Emilio Valenzuela (presidente), Rafael López (vicepresidente), J. L. Velasco (tesorero), Alfredo Ramos Martínez, J. M. Rubio (secretarios), José M. Facha, Nemesio García Naranjo y Jorge Enciso (vocales). Además de ellos, en la reunión se presentaron Justo Sierra hijo, Guillermo Novoa, el profesor S. Cordero y José de J. Núñez y Domínguez, entre otros.⁶⁵ Se nombraron comisiones de propaganda, de obtención de carruajes de tiro y automóviles, y de invitación a la prensa. Los jóvenes letrados se pusieron a recorrer las redacciones de los periódicos para difundir sus planes.⁶⁶

Respecto a esta asociación, que sólo tuvo vida mientras se desarrolló el episodio de Darío en México, Alfonso Reyes señala:

Algunos jóvenes escritores y poetas que, por sentirse “animales políticos” o por malos de sus pecados, no habían querido hasta entonces unirse al grupo central –concentrado en el Ateneo de la Juventud–, fundaron una sociedad, la “Sociedad Rubén Darío”, cuyo único objeto era recibir al poeta con honor, como si la llegada de un hombre hubiera de ser hecho permanente. Rafael López, entusiasmado, habló de la nueva Cruz del Sur que Rubén Darío había de marcar en nuestro cielo con los cuatro hierros del centauro.⁶⁷

A pesar de la división dentro de la “juventud culta” de la ciudad de México, en el grupo que pretendía comandar Emilio Valenzuela se hallaban algunos ateneístas (Rafael López, Nemesio García Naranjo y Guillermo Novoa), aunque no del núcleo dirigente. La división, al

⁶² *El Diario del Hogar*, 6 de septiembre, pp. 1 y 2.

⁶³ Convocatoria del 2 de septiembre, publicada por *El Imparcial* el día 4, p. 12.

⁶⁴ “La recepción de la juventud a Rubén Darío”, *El Imparcial*, 4 de agosto, p. 16.

⁶⁵ “Para recibir a Rubén Darío”, *El Imparcial*, 5 de septiembre, p. 7.

⁶⁶ “Cómo recibirán los intelectuales á Rubén Darío”, *El País*, 6 de agosto, p. 2.

⁶⁷ “Rubén Darío en México”, *Obras completas IV*, México, FCE, 1995, p. 307.

parecer, no era virulenta y muchos se permitían participar dentro de ambos grupos. Además, en la *Revista Moderna* no se realizaron nuevos ataques contra el Ateneo de la Juventud.

Rubén Darío llegó a La Habana, Cuba, el día 2 de septiembre. Pidió informes a la legación mexicana sobre su situación, en vista del cambio de gobierno en Nicaragua, pero no obtuvo respuesta definitiva. Ese mismo día Rodolfo Nervo, encomendado por la Secretaría de Relaciones Exteriores para dar la bienvenida a los delegados en el puerto de Veracruz, recibía un telegrama del ministro Enrique C. Creel: “A la llegada Rubén Darío recíballo como huésped distinguido; pero sin carácter oficial ni honores.”⁶⁸

El día 5 de septiembre José Escofet ofreció la quinta conferencia del Ateneo de la Juventud, hablando sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Mucho se ha escrito acerca de su vida y su obra, dijo el joven dramaturgo, y siempre es agradable lo que suscita la sola evocación de su nombre. Así prevenía a su auditorio, pues sus palabras quizás llegaran a parecer desprovistas “de novedad y de un positivo valor literario”. Explicó el enfoque de su disertación: Sor Juana “se distinguió sobre todo por ser mujer, logrando más sinceros acentos en la expresión de su amor humano que cuando intentaba rendirse con la elevación espiritual; y a la mujer, por tanto, hay que estudiar preferentemente.”

Expuso la época de la poeta, el ocaso del imperio español durante el reinado de Felipe el Grande, que se caracterizó por la mediocridad en la poesía castellana. Habló de la vida cortesana de Juana de Asbaje y su amistad con dos virreinas. “Era una mujer de una mentalidad poderosa, apasionada por el estudio y de comprensión rapidísima, en quien la precocidad no malogró tan grandes virtudes, sino antes bien, hubieron éstas de acentuarse con la madurez, hasta alcanzar los límites de lo asombroso.” Como único pecado poético se podía indicar la mala influencia de la época con sus excesos culteranos.⁶⁹

En cuanto a su psicología, Escofet la definía como una amante.

Sus versos se separan, a veces en absoluto, de la vida claustral, descubriéndonos a la mujer que desea, que ama, que sufre, que reprocha y llora. Y pensamos en un alma enamorada y triste,

⁶⁸ Telegrama de Enrique C. Creel a Rodolfo Nervo, 2 de septiembre de 1910, en *Darío en México Un ambiente enrarecido*, Coordinación y prólogo de Fernando Curiel Defossé, UNAM, México, 2014, p. 99.

⁶⁹ El culteranismo, tendencia literaria de la época del Barroco (siglos XVII y XVIII) que consistía en una preocupación extrema por la forma, el deleite por lo oculto e intrincado, destinado al consumo de restringidas elites intelectuales.

vagando por las solitarias galerías del convento, añorando en las blancas noches de luna y contagiándose de misticismo con las quejumbres metálicas de la campana que llama a la oración.

El asunto central de su conferencia era este: “¿Hemos llegado a la conclusión de que el misticismo de Sor Juana era y fue siempre artificial? Yo así lo creo.” Incluso existe la versión de que entró al convento por un desengaño amoroso; “¿no son sus mejores versos aquellos en que nos cuenta sus tormentos de enamorada? ¿Cabe una demostración más elocuente de que fue mujer sobre todo?” El impulso místico se operó tardíamente, en el ocaso de su juventud, dos años antes de morir.

José María Vigil, continuaba Escofet, ha dicho que su espíritu es positivo. Yo creo que “hubo de emanciparse, más o menos voluntariamente, de toda sujeción filosófica, como cuadra a una mujer de sensibilidad excesivamente vidriosa y rebelde. Fue positivo el espíritu de Sor Juana porque era libre y así tuvo de los hombres y de las cosas una visión más amplia cuando juzgaba por su cuenta y razón, sin acordarse de sus lecturas y estudios.” Sor Juana fue apasionada, inquieta y curiosa; existía en su interior un rebuscamiento excesivo. Por eso no podía estar satisfecha, dejar de dudar y atormentarse. Por eso no podía apartarse del estudio y del gusto por las ciencias y la música. “No encuentro en Sor Juana otro aspecto más interesante que el de la pasión, una pasión impetuosa, fuerte, desbordante”, que unas veces se oculta bajo la discreción de mujer leída y otras se descara.

Escofet se refirió a una idea de Amado Nervo, quien había comentado que, de haber vivido en estos tiempos y pertenecer a la aristocracia, Sor Juana nos resultaría “neurasténica y *snob*”. No, reponía Escofet, porque Sor Juana fue una mujer excepcional en su época y lo sería en la nuestra. En la actualidad, su espíritu se habría “asimilado admirablemente al positivismo moderno.”⁷⁰

Resaltó después el ingenio de la comedia *Los empeños de una casa*. Si el teatro mexicano, “que hoy continúa en sus balbuceos, necesitara de un estímulo histórico para crecer y madurarse, bastaría evocar lo que escribió con gentil humor Sor Juana, en la segunda mitad del siglo XVII”.

⁷⁰ En nota al pie posterior a la lectura, Escofet señala que llegó a sus manos el libro *Juana de Asbaje* de Amado Nervo, “cuya documentación es rica y preciosa”. Había, no obstante, una diferencia radical entre sus puntos de vista. Nervo, en su libro, señala que a Sor Juana, para poder ser llamada genial en su poesía, le faltó quizás una sola cosa: “una pasión confesada y cantada: el amor. La paloma herida hubiera desgranado inmortales arrullos en vez de ese ingenioso discreto retórico de todos los instantes..., de esa inspiración frecuentemente geométrica y fría que solo se encandílese para la amistad, salvo raras excepciones.” *Juana de Asbaje*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 [Madrid, Hijos de M. G. Hernández, 1910], p. 77.

La importancia literaria de la poeta era por completo evidente y por eso el ateneísta hacía una sugerencia al gobierno:

Bien podría la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes honrar la memoria de Sor Juana Inés de la Cruz, tomando de su cuenta la reimpresión de sus obras completas, o de las mejores de sus poesías cuando menos, seleccionadas por su espíritu docto y artístico. Las ediciones antiguas son caras, y las modernas, propiamente llamadas económicas, están tan llenas de erratas, que constituyen un ‘falso testimonio’ levantado a quien no existe ya para defenderse y sí solo para deleitar a la presente generación y a las venideras.

En el final de su conferencia, Escofet expresó que “acaso no se lee en México a Sor Juana lo que se debe, considerando el mérito extraordinario de sus obras y la circunstancia de ser éstas la más legítima gloria histórica de la literatura mexicana.” Sor Juana es una fuente de “cultura formativa” en el camino de conquistar una cultura nacional. El ateneísta finalizó sin la vehemencia oratoria de otros de sus compañeros: “Los poetas suelen ser el producto sentimental de los pueblos. Los pueblos que honran a sus poetas son los que mejor saben honrarse a sí mismos.”

Asistieron en esa ocasión el director de la Escuela de Jurisprudencia, Pablo Macedo, y como invitada de honor la escritora Laura Méndez de Cuenca, recién llegada de una larga estancia en Europa comisionada para realizar estudios pedagógicos. El “conocido escritor”, decía *El Imparcial*, habló ante la numerosa concurrencia, “especialmente femenina”. Este diario y *El Tiempo* recogieron la petición al Ministerio de Instrucción Pública para trabajar por la edición de las obras completas de la poeta novohispana.⁷¹

Rubén Darío había arribado a costas mexicanas la tarde de ese día, recibiendo los primeros honores del pueblo de Veracruz. Conforme lo planeado, se le brindó una velada con un discurso de Diódoro Batalla, música y versos. Según una entrevista publicada por *El Imparcial* dos días después, Darío explicó que estando en París había aceptado su designación, supo después de los cambios en Nicaragua pero en ningún momento pensó que suspenderían sus credenciales, ya que nunca se había afiliado a alguna facción. “Uno de mis mayores deseos”,

⁷¹ “La penúltima conferencia del Ateneo de los Jóvenes”, *El Imparcial*, 6 de septiembre, p. 5; “La quinta conferencia en el Ateneo de la Juventud”, *El Tiempo*, 6 de septiembre, p. 3.

expresó, “si no el mayor, es conocer personalmente al General Díaz, á quien he admirado desde hace mucho tiempo.”⁷²

Meses más tarde, estando de nuevo en Europa, Darío declararí a un diario que después de las manifestaciones de simpatía recibidas en el puerto de Veracruz, “pronto el Gobernador Civil me mandó llamar y me rogaba en nombre del Ministro de Instrucción Pública que interrumpiese mi viaje agregando que deseaba que dejase yo el territorio”. Esto se debía al descontento de los Estados Unidos por un artículo que publicó el 27 de mayo en París, “Las palabras y los actos de Roosevelt”.⁷³ El artículo apareció en el *Paris Journal* y había sido escrito a sugerencia del exiliado expresidente José Santos Zelaya.⁷⁴

Para el gobierno de México era preciso que Rubén Darío no llegara a la capital, para evitar así el descontento del gobierno estadounidense y no dar oportunidad a desordenes públicos. El asunto del poeta no había dejado de discutirse en la prensa, provocando posturas claramente anti-estadounidenses, y los estudiantes, como revelaba lo ocurrido en la conferencia del Ateneo del 29 de agosto, esperaban la oportunidad para exaltar al poeta y mostrar su descontento.⁷⁵

El martes seis llegaban a la ciudad importantes estudiosos para el Congreso de Americanistas (Franz Boas de la Universidad de Columbia, Alfred M. Toezzer de Harvard) y era recibido con muy altos honores el representante de España, el Marqués de Polavieja. En *El Imparcial* se daban a conocer los ganadores del concurso del Museo Nacional: Andrés Mateos, por su “Estudio sintético sobre la Guerra de Independencia”, y el ateneísta Alfonso Teja Zabre,

⁷² “Llegada de Rubén Darío a Veracruz”, *El Tiempo*, 6 de septiembre, p. 3; “Rubén Darío recibido como héroe al pisar ayer tierra mexicana”, *El País*, 6 de septiembre de 1910, p. 1; “Fue entrevistado el poeta Rubén Darío”, *El Imparcial*, 7 de septiembre, p. 4. El discurso de Batalla apareció en *El Tiempo*, 10 de septiembre, p. 5, y en *El Diario del Hogar*, 19 de septiembre, pp. 1 y 2.

⁷³ Comunicación de la Legación de los Estados Unidos Mexicanos en Austria-Hungría, a cargo de Gilberto Crespo y Martínez, 7 de diciembre de 1910. Se informaba del artículo “La influencia de los Estados Unidos en México”, aparecido en *Il Piccolo* de Trieste, donde se afirmaba que se expulsó al escritor por haber hablado mal de Roosevelt. En *Darío en México Un ambiente enrarecido*, México, UNAM, 2014, p. 114.

⁷⁴ Según cartas de José Santos Zelaya, Bruselas, 5 y 30 de mayo de 1910, dirigidas a Rubén Darío, en A. Ghirardo, *El Archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1943, pp. 165-166 y 168.

⁷⁵ Entre los numerosos artículos aparecidos en la prensa: “¿Puede considerarse como legítima la representación de Nicaragua en las fiestas del Centenario?”, *El Tiempo*, 2 de septiembre de 1910, p. 1; “El caso Rubén Darío”, *El País*, 3 de septiembre de 1910, p. 1; “El Tío Samuel se resentirá con México, si se festeja al gran poeta Rubén Darío”, *La Opinión* de Veracruz, 3 de septiembre de 1910, p. 1; Enrique García de la Cadena, “¡Ave, Rubén Darío!”, *El Diario del Hogar*, 4 de septiembre de 1910, p. 4; “Rubén Darío recibido como héroe al pisar ayer tierra mexicana”, *El País*, 6 de septiembre de 1910, p. 1; “La legitimidad de las Credenciales en Derecho Internacional”, *La Iberia*, 6 de septiembre de 1910.

por su poesía “Los héroes anónimos”.⁷⁶ En el Palacio de Minería se instalaba el Congreso Nacional de Estudiantes. Uno de los jóvenes que tomaron la palabra fue el poblano Alfonso G. Alarcón, secretario de la mesa directiva. Con este congreso, dijo, se ha respondido a una de las necesidades “más urgentes” de nuestro país, se ha escuchado “por la primera vez” la voz de los estudiantes mexicanos y sus aspiraciones en pro de la enseñanza. Otro de los oradores, Enrique Pérez Arce, delegado de Guadalajara, fue temerario.

Vamos a lanzar un grito de esperanza, cien años después del grito de redención. Vamos a prometer por los manes de los héroes, a jurar por la sangre de Morelos, que así como ahora laboraremos por los intereses de la inteligente clase estudiantil, mañana cuando formemos los congresos estudiantiles, si no los congresos de la unión, acabaremos de hacer feliz a México, cuando desaparezcan las gangrenosas llagas sociales que le minan su prestigio de civilizada nación. Haremos que las leyes mexicanas no sean esas bárbaras ironías de ahora que al pobre tienden sus arañes y al rico sus cariños [...]

¿Y después?, ¿después? El engrandecimiento constante de México, nuestra patria querida, nuestra madre común en medio de la concordia y de la paz. Pero no de la paz que encorva las espaldas y que baja la frente, no la paz de las tumbas, sino la paz que se consigue con la tranquilidad de la conciencia y con el cumplimiento del deber.⁷⁷

Por la noche un grupo muy grande, sobre todo de jóvenes, se congregó en la estación del Ferrocarril en espera de Rubén Darío. “No puedo olvidar”, dice Rafael Heliodoro Valle, “la noche en el Congreso Nacional de Estudiantes, cuando en plena asamblea rodó la noticia de que Darío llegaba por el tren de Veracruz, y a voz unánime los estudiantes resolvimos ir a la estación a recibirlo con una ovación que habría sido fabulosa.”⁷⁸ Se observaban, según *El Tiempo*, dos estandartes del “Partido Nacionalista Democrático” y del “Club de Obreros ‘Nicolás Bravo’ ”, y se discutía la designación de un orador. A eso de las ocho de la noche circuló una hoja en que la Sociedad “Rubén Darío” decía que, sabiendo que se preparaban manifestaciones políticas al hijo de Nicaragua, se abstenía de asistir “para no dar lugar á interpretaciones que pudieran confundir sus sanos propósitos.” Convocaba a sus miembros a reunirse frente al Palacio de Minería a las

⁷⁶ Comunicación de Erasmo Castellanos Quinto, *El Imparcial*, 6 de septiembre, p. 4. El poema de Teja Zabre fue publicado en *El Tiempo Ilustrado*, 2 de octubre de septiembre, p. 668.

⁷⁷ “Apertura del Congreso Nacional de Estudiantes, en Minería”, *El País*, 7 de septiembre, pp. 3 y 7.

⁷⁸ Rafael Heliodoro Valle, “Argüello, a lo que te truje”, *Excelsior*, México, 6 de marzo de 1926, p. 5, en *Darío en México Un ambiente enrarecido*, México, UNAM, 2014, pp. 187-190.

9:30, para luego ir a saludar a Darío.⁷⁹ Los estudiantes aguerridos y los simpatizantes antirreeleccionistas habían ganado la primicia, podría esperarse una fabulosa y también temible expresión pública, pero ya estaba decidido que el poeta nicaragüense no llegaría.

El pintor Ramos Martínez, que había entablado amistad con Rubén Darío en París, fue designado por el ministro Justo Sierra para que lo saludara y acompañara en Veracruz.⁸⁰ Llevaba una carta y viáticos para procurar una buena estancia al poeta, 500 dólares que alcanzaron para apoyarlo en esos días en México y en su estadía posterior en La Habana.⁸¹ Alfonso Cravioto le envió un telegrama desde la ciudad de México para darle la bienvenida y enseguida tomó el tren hacia Veracruz, comisionado por el Ateneo de la Juventud para llevarle los saludos del grupo.⁸²

El Príncipe de las letras americanas se resignó a su suerte. Disfrutó de la deferencia y agasajos del gobierno del estado y particulares en el puerto y en Jalapa. Una comisión de la Sociedad “Rubén Darío” se trasladó a esta última ciudad, el día 8, para refrendarle la invitación de llegar a la ciudad de México. Pero Darío declinó, dándoles una carta para Emilio Valenzuela.

La juventud es vida, entusiasmo, esperanza. Yo saludo por su digno medio á esa juventud que ama el Ideal desde la Belleza hasta el Heroísmo. Díganlo, si no, los *aiglons* del águila mexicana que se llevó la Muerte á la Inmortalidad desde el nido de piedra de Chapultepec.

Las cariñosas y agradecidísimas instancias que usted y Don Álvaro Gamboa Ricalde me han hecho en nombre de sus amigos de México, me empeñan á poner toda mi voluntad en complacerles. Pero, á pesar de mis deseos, las circunstancias me obligan á tener una actitud que no puedo alterar en nada.

Este momento, sin embargo, pasará. Y yo, quizás, en breve, podré tener el gran placer y el altísimo orgullo de saludar, con el afecto que por ella siento, á la noble, á la gentil juventud mexicana.

⁷⁹ “No vendrá a México Rubén Darío”, *El Tiempo*, 7 de septiembre, p. 1.

⁸⁰ “Comisionado para recibir á Rubén Darío”, *El Imparcial*, 7 de septiembre, p. 12.

⁸¹ Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo 1848-1912*, tomo II, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, México, 1986, p. 435.

⁸² Alfonso Reyes, “Rubén Darío en México”, en *Obras completas IV*, p. 309.

Con fecha del 10 de septiembre, la sociedad informó de su intento fallido, obvió las razones políticas y presentó la carta de Darío. El documento circuló por aquellos días, siendo publicado por *El Tiempo* y la *Revista Moderna de México*.⁸³

Luis Cabrera, bajo su seudónimo de combate (Blas Urrea), dirigió una carta abierta al poeta, aparecida el día 9 en *El Diario del Hogar* y en *El Dictamen* de Veracruz. Expresaba con total fuerza el meollo del asunto:

Desde luego, sois el representante de una nación latina que ha tenido la desgracia de encender la concupiscencia del pueblo anglo sajón, y después vuestras credenciales tienen el pecado original de haber sido extendidas por un hombre que dudó de la desinteresada protección [que el] Imperialismo Americano ha querido prestar á vuestra patria. Ambas causas son ya suficientes para que nuestra Cancillería, que nunca se ha distinguido por su entereza de carácter frente á la Cancillería yanqui, os haya inmolado en aras de su sumisión á Washington; prefiriendo el sonrojo de cometer una injusticia, á la satisfacción de cumplir con un deber, y exponiéndose al juicio severo de las Cancillerías europeas y sur-americanas, antes que pensar en la mera posibilidad de desagradar al déspota vecino. Pues aunque la Cancillería Americana, no haya dicho nada, como vos no le sois grato, nuestra Cancillería se ha creído obligada á anticiparse obsequiosamente á los probables deseos de ella.⁸⁴

Rubén Darío dejó tierras mexicanas el 12 de septiembre. A pesar de las muestras de afecto, le pesaban la frustración y el desánimo por ser marginado en el país que tanto quería conocer. No pudo ver a intelectuales amigos como Justo Sierra, Jesús Urueta y Joaquín Casasús; ni tampoco al poeta Salvador Díaz Mirón, ya que este se encontraba en la capital del país. Partió hacia La Habana, en compañía de su amigo y secretario particular Francisco Mascareñas y el pintor Ramos Martínez.⁸⁵

Tampoco se dio el encuentro del poeta con el Ateneo de la Juventud. Cuenta Alfonso Reyes que, de tiempo atrás, solían hablar de traerlo a México. Rubén Valenti comentaba: “No,

⁸³ “Rubén Darío y la juventud intelectual de México”, *El Tiempo*, 13 de septiembre, p. 1; “Rubén Darío. A la Juventud Mexicana”, fechado el 10 de septiembre, firmado por Emilio Valenzuela, presidente, y J. Rafael Rubio, secretario, *Revista Moderna de México*, septiembre de 1910, pp. 54-55.

⁸⁴ “Carta abierta á Rubén Darío”, *El Diario del Hogar*, 9 de septiembre, pp. 1 y 4. La carta, fechada el día 7, apareció en *El Dictamen* del día 9 de septiembre, según “*La Discusión en Yucatán*”, en *La Discusión*, 15 de septiembre de 1910, artículo incluido en *Darío en México Un ambiente enrarecido*, México, UNAM, 2014, pp.102-105.

⁸⁵ “Rubén Darío en la Habana”, *La Discusión*, La Habana, 15 de septiembre de 1910, en *Darío en México Un ambiente enrarecido*, pp. 102-105.

nunca vendrá a México Rubén Darío: no tiene tan mala suerte.”⁸⁶ A finales de 1908, cuando se había frustrado una visita del nicaragüense invitado por el ministro Justo Sierra, Alfonso Cravioto le escribió: “No puedo concluir sin manifestarle la decepción colectiva que sufrimos porque México no se honrará glorificando a Ud. Pero lo conseguiremos, verdad? Recuerdo que Ud. pensaba venir en 1910. Gran día será para nosotros aquel en que celebremos junto a nuestros más grandes héroes, al más genial poeta de nuestra raza.”⁸⁷ Rubén Darío tuvo la “mala suerte” de estar en México, sin llegar a la capital donde se quería hacerle grandes homenajes.

Celebrar a Darío era celebrar a uno de sus héroes culturales. Pero los ateneístas no dieron muestras en su favor durante esos días. ¿No se imponía, ya no digamos una jornada en desagravio, sino simplemente un pronunciamiento público, como otros escritores lo hicieron en la prensa, o un homenaje con lecturas de sus poemas?, ¿no se trataba de uno de esos grandes escritores hispanoamericanos como los que estaban estudiando en sus conferencias? Considero que el Ateneo guardó silencio porque el asunto era eminentemente político. El Ateneo desarrollaba sus conferencias con total respaldo oficial y los acontecimientos de esos días prevenían sobre la rispidez que suscitaría cualquier manifestación en honor al poeta en la ciudad de México. Se impuso el alejamiento o neutralidad frente a la política. A los ateneístas no les interesaba sumarse a las manifestaciones antiyanquis ni a las críticas contra la actitud del gobierno mexicano (aunque también la desaprobaran en su fuero interno).

El día 11, en el restaurante Tarditi, Alfonso Reyes ofreció un banquete a Henríquez Ureña para festejar su segundo libro. Asistieron Luis G. Urbina, Antonio Caso, Isidro Fabela, José Vasconcelos, Carlos González Peña, Marcelino Dávalos, José Escofet y Julio Torri. Fue un acto de “confraternidad intelectual”, decía un periódico cubano, para homenajear al “joven y ya ilustre escritor dominicano”. Habló Alfonso Reyes y Urbina recitó una poesía.⁸⁸

Al día siguiente, mientras Rubén Darío partía de México, José Vasconcelos cerraba el ciclo de conferencias. Vasconcelos había estado ausente a mediados de 1910. Según dice en sus *Memorias*, publicó un agresivo artículo en *México Nuevo* que le valió una orden de aprehensión,

⁸⁶ “Rubén Darío en México”, *Obras completas IV*, México, FCE, 1995, p. 306.

⁸⁷ Alfonso Cravioto a Rubén Darío, México, 26 de noviembre de 1908, en *Darío en México Un ambiente enrarecido*, p. 120.

⁸⁸ “En honor de un joven literato”, *La Discusión*, La Habana, 12 de septiembre de 1910; “En torno de Pedro Henríquez Ureña”, *La Unión Española*, La Habana, 12 de septiembre de 1910. También en *La Lucha*, La Habana, 18 de septiembre de 1910. Referencias en Alfredo A. Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989, p. 143. No he hallado notas en diarios mexicanos sobre la reunión.

por lo que salió del país y se instaló en Nueva York durante tres meses. Ahí consiguió un modesto empleo como auxiliar de un despacho de abogados y aprovechó su tiempo libre en las bibliotecas públicas, estudiando temas hindúes y griegos. Había regresado tras las elecciones, gracias a una amnistía general decretada por el gobierno.⁸⁹

En el inicio de su conferencia sobre Gabino Barreda, Vasconcelos precisó que no hablaría de su obra social, ya ampliamente discutida y elogiada, sino del pensador en cuanto adepto a una filosofía (el positivismo) y trataría de señalar cuáles de sus enseñanzas habían tenido “valor procreativo”. A la memoria de Barreda, que supo pensar su tiempo, decía, “ofrezco nuestras ideas modernas”. Nos ha tocado en suerte “a los hombres de la actual generación, vivir en un tiempo en que, lejos de comentar sin fruto el pasado, los espíritus ahondan con impulso propio el misterio fecundo”. Barreda estableció una enseñanza que permitió relacionarse con el pensamiento libre de Europa. Ese era su mérito, pero, como decía el Zaratustra de Nietzsche, “es indigno de mi enseñanza quien acata servilmente mi doctrina”. Y en México se había sustituido el fanatismo de la religión por el fanatismo del positivismo.

Expuso con amplitud las teorías del positivismo sobre cuatro grandes temas filosóficos: el problema del conocimiento, el problema cosmológico, el problema de los valores y el problema psicológico de las relaciones del alma con el cuerpo. Introdujo, en el primer punto, un aspecto poco señalado en los trabajos de sus compañeros ateneístas que se habían ocupado del positivismo. Esta doctrina afirmó la existencia de un orden determinado y concibió el azar y el desorden como aparentes. En la edad poética o teológica, según esta doctrina, el hombre procedía por analogía antropocéntrica. Pero el sentido poético no se restringe a una etapa determinada, sino que es una manera en que funciona el entendimiento. En la ciencia misma se ha reivindicado el razonamiento por analogía, de tal manera que Poincaré podía afirmar que “es preciso que el matemático trabaje como artista”.

En el orden moral, señaló más adelante Vasconcelos, Barreda importó tres ideas: la solidaridad como emanada del instinto de sociabilidad, el altruismo y la inmortalidad en las generaciones venideras. Con ello hizo contribución importante a la conformación del sentido nacional de la sociedad mexicana. Al predicar la solidaridad, por ejemplo, “Barreda llenó una exigencia en aquel tiempo más importante que otra cualquiera”. Sus ideas orientaron el espíritu

⁸⁹ Vasconcelos, José, *Ulises criollo*. Segunda parte, México D. F., FCE, SEP, 1982, pp. 334-341.

nacional en dirección del pensamiento moderno; sus enseñanzas “no sólo capacitaron a la civilización mexicana para las conquistas prácticas del orden económico e industrial, adiestrando generaciones en la aplicación de conocimientos científicos útiles, sino que también, en el orden mental, nos legaron una disciplina insustituible cuando se trata de orientar las esperanzas sobre el destino y el progreso de los acontecimientos.”

Pero entre esas ideas y las de hoy, media un abismo. Los jóvenes sostienen ideas nuevas, señalaba Vasconcelos, a las cuales llegaron por exploración propia. No las debían a las aulas.

Creo que nuestra generación tiene derecho de afirmar que debe a sí misma casi todo su adelanto; no es en la escuela donde hemos podido cultivar lo más alto de nuestro espíritu. No es allí, donde aún se enseña la moral positivista, donde podríamos recibir las inspiraciones luminosas, el rumor de música honda, el misterio con voz, que llena de vitalidad renovada y profusa el sentimiento contemporáneo. El nuevo sentir nos lo trajo nuestra propia desesperación; el dolor callado de contemplar la vida sin nobleza ni esperanza. Cuando abandonábamos la sociedad para refugiarnos en la meditación, un irónico maestro [Arthur Schopenhauer], encontrado al azar en los escaparates de librería, se hizo nuestro aliado, dio voz a nuestro dolor y energía a nuestra protesta.

Indicó después la importancia del criterio anti-intelectualista, que desbrozaba el camino para intentar responder al problema del conocimiento, “insoluble dentro de los límites de la razón”, mediante el empleo de otras facultades. Introdujo también su propia interpretación, basada en Schopenhauer, sobre la voluntad y la “acción”: “La representación comprende el mundo de la experiencia y el mundo de las ideas; depende siempre de la imagen o de su recuerdo. La cosa en sí, lo que no pueden penetrar las ideas, es la acción, algo análogo al movimiento, una tendencia, un querer ser.” Consideraciones ontológicas que lo llevaban a afirmar una definición de la acción del espíritu: “Si aparece un acto que no revele ninguna finalidad, ni cumpla ningún determinismo, libre, atético, es decir, desinteresado, no será ésta ya la obra del espíritu?”

Vasconcelos discurrió acerca del principio cosmológico de la inmutabilidad de las leyes naturales, la ley de la conservación de la energía y la tendencia a la entropía (apoyándose en Carnot, Clausius y Lord Kelvin Thompson), sobre el movimiento browniano y las ideas en contra del principio de la degradación de la energía. La conclusión general era que “los principios científicos están sujetos a rectificación”, “son meras hipótesis en vista de los resultados de la experiencia, y dependen de ella.”

La materia consiste en un movimiento de caída (desgaste o pérdida de energía). La vida es un movimiento contrario, de impulso ascendente. Esta era la orientación desarrollada por Bergson. Pero Vasconcelos avanzaba en su propia línea, concentrado en la importancia del acto atético o desinteresado.

Por eso para fundamento de la vida es preciso buscar, no un fenómeno de energía, que ya hemos visto es perecedero; no un fenómeno intelectual, que no se explica sin su correlativo, el objeto pensado, que es, según el mismo Bergson, una simple adaptación de un organismo con el medio ambiente, sino un hecho que no dependa de ninguna de estas fatalidades, porque sólo ese hecho responderá al anhelo intuitivo que nos pide una firmeza, una certidumbre, un absoluto. Este hecho no lo da el acto creador, en que sólo puede verse el resultado imprevisto de la fuerza, inesperadamente orientada; puede darlo, quizás, el acto desinteresado, porque sólo se produce violando todas las leyes de lo material: es el único milagro del cosmos.

La tendencia profunda que creía ver en los tiempos actuales correspondía al concepto dionisiaco de la vida.

El concepto hondo, el concepto dionisiaco de que una corriente de infinitas potencialidades recorre lo íntimo de nuestras vidas, las hace poderosas y las lleva por inmensidades sin término, trueca el misterio en tesoro donde siempre encontramos nuevas virtualidades, nuevas esperanzas, nuevos estremecimientos, y nos lleva a estimar en el más alto grado la originalidad personal, el propósito de escudriñar dentro de nosotros y modelarnos según la tendencia más honda y persistente que la reflexión nos descubre. De allí, como la voz misma de ese ser que en la música tomaba las formas más inquietantes, nació el *sé tú mismo* de Ibsen, ese afán de no ser reflejos de otra vida o de otras acciones, sino de saber lo que significa un verdadero nacimiento entre la multiplicidad y la riqueza del mundo. Este anhelo implicaba la necesidad de ser sincero, a fin de conocer cuándo realmente hemos alcanzado la nota personal, la única, la que no volverá a sonar igual en la existencia, porque uniéndose después al concierto del universo y enriquecida con las creaciones posteriores, irá siempre modificándose, mientras la evolución de las cosas hacia el querer, la no forma y la *atelesís* se completa. [...] Mas ya no queremos conformarnos con las vaguedades de la intuición personal, sino que necesitamos hechos demostrativos de la legitimidad de nuestras esperanzas. Siento que es criminal ofrecer palabras gastadas en sus sentido, cuando los hombres esperan dones efectivos, sustancia de ideal: por eso precisa fundar en hechos nuestras esperanzas de vida superior. ¿Por qué, si la corriente vital es capaz de producir todos los fenómenos de que tenemos conciencia, el poder ideal habrá de ser incapaz de la más leve manifestación? Si brevemente reflexionamos en los actos de los hombres,

vemos que así como los fenómenos materiales obedecen a una ley rigurosa de economía de esfuerzo, la ley correspondiente en el orden biológico es el egoísmo con su extensión de la misma índole, el altruismo y la caridad en nombre de un Dios que premia nuestras acciones. Todo, absolutamente todo, en intención y en obra, tiende al aumento del bienestar y el poder del individuo; mas en esta ley circular en que todo, partiendo del centro, va a la periferia para volver al centro, en este movimiento fatalmente centrípeto, hay una excepción: el acto propio y sinceramente desinteresado, sin amor y sin piedad, heroico sin propósito, difundido sin término.

Vasconcelos desplegó una visión sobre el desarrollo de la personalidad emparentada con la expuesta por Henríquez Ureña. En sus palabras también resonaba aquella insatisfacción que sentía dentro del grupo corto del Ateneo de la Juventud. Por qué, se preguntaba, el poder ideal será incapaz de la más leve manifestación; necesitamos hechos demostrativos de la legitimidad de nuestras esperanzas. La acción y la vida intelectual debían fundamentarse en una mística, la mística del acto desinteresado. Ya se vislumbra aquí la inspiración de la cruzada cultural vasconcelista de los años veinte y el futuro lema de la Universidad Nacional: Por mi raza hablará el espíritu. “Sobre la realidad y el significado del absoluto desinterés”, reafirmaba, “ha de fundarse la moderna quimera de la divinidad; pero es éste un proceso en formación que aún necesita del porvenir para cristalizarse.”

El joven filósofo advertía que no todo en las nuevas corrientes filosóficas tenía sólido sustento. Daba la bienvenida a la filosofía francesa, pero no al pragmatismo estadounidense. Con base en los criterios de la ciencia y la lógica, “rechazamos tras rápido examen el pragmatismo americano, en gran parte fruto de empirismos arbitrarios, interesante como escuela crítica, mas por desgracia prostituido en autores que lo acercan al ocultismo y espiritismo y tantos otros absurdos”. Más allá del positivismo ya estaban dadas las condiciones de libertad para un mayor desarrollo de las ideas. Pero debía hacerse con severidad, prevenidos contra alucinaciones y perversiones especulativas.

El positivismo de Comte y de Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos libertamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. El anhelo renovador que nos llena ha comenzado ya a vaciar su indeterminada potencia en los espacios sin confín, donde todo aparece como posible. ¡El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores! Dispuestos estamos para acoger toda grande novedad; mas habituémonos a ser severos, en nombre de la seriedad del ideal.

Vasconcelos culminó hablando de reconcentrar la potencialidad del ser humano, en una especie de preparación para grandes cosas en lo individual y en lo colectivo. La formulación recuerda al superhombre nietzscheano:

¡Camina erguido, hombre de ideal! Lleva tu corazón como lago que derrame por todos sus bordes agua pura; ahoga tu violento egoísmo en desinterés más poderoso. Un alto desdén matará el ansia de goce; una firme indiferencia, el temor, y cuando no te interesen tu deseo y tu ambición, tu amor y tu alegría, serás inquebrantable: un fulgor de grandeza serena, sobre las cosas que pasan y van... no importa a dónde.

Todo sistema es incompleto; el fracaso no importa si el impulso permanece.

Obras sin concluir llaman a las generaciones futuras, nos hacen pensar en que la labor inconclusa se completará con los datos que aún no nos vienen, que guarda el destino. Y en el extraño dolor de la espera, un vislumbre del porvenir, rápido y trágico, muestra lo que nos falta inaprehensible y lejano: sentimos la inutilidad de nuestro individuo y lo sacrificamos en el deseo de lo futuro, con esa emoción de catástrofe que acompaña a toda grandeza.

Así terminó la serie de Conferencias del Ateneo de la Juventud. En las escuetas notas de los diarios no hubo espacio para mostrar gran cosa de las ideas de Vasconcelos. *El Imparcial* señaló que el joven habló de la obra de Barreda “en relación con ideas posteriores que hoy se discuten en Europa”. Al término, Pablo Macedo elogió la labor del Ateneo, que eleva el espíritu, alejándolo “de las vulgaridades, de la disipación, del género chico”. *El Tiempo*, sin mencionar el nombre de Vasconcelos, indicó el contenido de la conferencia y el agradecimiento de Pablo Macedo por haber escogido a la Escuela de Jurisprudencia como sede de las pláticas. Ambos diarios señalaron que el presidente de la asociación, Antonio Caso, en respuesta a las palabras del director de Jurisprudencia, reafirmó el propósito de continuar la obra del Ateneo.⁹⁰

Pedro Henríquez Ureña, años más adelante, evaluó que esa noche Vasconcelos formuló el credo del grupo.⁹¹ Así era en varios sentidos: síntesis de la crítica del positivismo; exposición de las nuevas ideas filosóficas (antiintelectualismo, indeterminación, contingencia); firme plantación

⁹⁰ “Última conferencia en el ‘Ateneo de la Juventud’ ”, *El Imparcial*, 13 de septiembre, p. 5; “El Ateneo de la Juventud y don Gabino Barreda”, *El Tiempo*, 13 de septiembre, p. 8.

⁹¹ En octubre de 1913, cuando Alfonso Reyes, en París, escribía su artículo “Nosotros”, sobre el grupo de jóvenes intelectuales mexicanos, Henríquez Ureña le escribió largamente sus recuerdos y evaluaciones. Entre muchas otras cosas, le señaló: “Conferencias del Centenario. Credo del Ateneo formulado en la conferencia de Vasconcelos, que no debe dejar de mencionarse.” México, 29 de octubre de 1913, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, FCE, 2004, pp. 226-227.

de la bandera de libertad intelectual, de apertura y necesaria renovación del pensamiento en México. Vasconcelos también sintetizó, a su modo, la ética del trabajo intelectual: la acción de cultura y la vida del espíritu fundadas, en última instancia, en el desinterés, en la atélesis (término inventado por los ateneístas). Los jóvenes podían sentirse convocados por tal credo: una ética de valentía, trabajo, sacrificio y pasión por las ideas y la cultura.

También la conferencia de Henríquez Ureña se puede considerar como formulación del credo ateneísta: nuevas ideas filosóficas, exposición amplia de lo que es y lo que debe ser el trabajo intelectual, apertura y libertad, proceso de autoformación constante de la personalidad, ética de la superación perenne del espíritu. En la participación de Antonio Caso hubo conceptos coincidentes con todo ello. Se trataba, en realidad, de una misma orientación desplegada en la serie del Centenario, asumida y formulada de manera personal por cada uno de los ateneístas.

El equipo era muy sólido. Inició Antonio Caso, como en los dos ciclos anteriores, autoridad indiscutible entre los jóvenes. Luego el más joven de ellos, Alfonso Reyes, y Pedro, sobreviviente como Antonio de las series anteriores. El terceto que por un largo tiempo fue inseparable y que mantuvo la dinámica de estudios en intimidad. En el programa tal vez también habría estado Jesús T. Acevedo, pero se interpuso su larga estancia en Europa. Siguieron Carlos González Peña y José Escofet, los dos primeros amigos de Henríquez Ureña en la ciudad de México, en cuya integración seguramente intervino el dominicano. Estos dos eran miembros del “grupo novelista”, que tantas críticas merecía de Pedro, y no eran asiduos a las sesiones de lectura y discusión sobre Grecia y la filosofía moderna; pero con ellos, no obstante, los otros mantenían estrecha amistad y colaboración. Por último José Vasconcelos, quien se integró al grupo de estudios a través de Henríquez Ureña y que en poco tiempo había logrado el respeto intelectual de sus compañeros. El ciclo del Centenario fue protagonizado por el grupo corto ateneísta, y de ahí la organicidad del conjunto de las conferencias.

Era un momento culminante de la labor de un lustro de estudios en grupo corto. No hubo recitación de poemas ni números musicales. Esto se debió probablemente a las dificultades, presentes ya en los dos anteriores ciclos, para encontrar poetas y músicos que se comprometieran. Pero significaba, sobre todo, la reafirmación de la tendencia predominante en el grupo ateneísta, inclinado más a la prosa y el ensayo. En las conferencias discurrió el *logos* por sí mismo. Los

jóvenes reflexionaban críticamente sobre su tradición intelectual y manifestaban su propia concepción, basada en diferentes corrientes de pensamiento filosófico.

A diferencia de las series anteriores, en las que se observaron problemas prácticos y diferencias en la calidad (recuérdese que la última disertación del segundo ciclo ni siquiera se llegó a realizar), las conferencias del Centenario no muestran fisuras ni decaimientos. Los jóvenes, contando con el apoyo oficial, impulsaron su proyecto y manifestaron una fuerte voluntad de poder cultural. La nueva generación, consciente y madura, afirmaba su personalidad y su deseo de marcar tendencia en el panorama intelectual mexicano.

Las conferencias en la Escuela Nacional de Jurisprudencia fueron el espacio privilegiado de los ateneístas, donde lucieron individualmente y como grupo, donde expresaron su “credo”. Pero otros jóvenes, ateneístas o cercanos al grupo, figuraron en esos días de actividad cultural incesante.

El día 7 de septiembre, en sesión preparatoria del Congreso de Americanistas, se eligió la mesa directiva, encabezada por Eduard Seler (presidente) y Franz Boas (vicepresidente).⁹² Al día siguiente, cuando comenzaron los trabajos, Nemesio García Naranjo elevó una protesta. Según él, Leopoldo Batres, Inspector General y Conservador de los Monumentos Arqueológicos en México, había cometido varias incorrecciones: se sentó a presidir la sesión sin tener atribuciones para ello; hizo salir a la mayoría de los congresistas, lo que fue una falta de urbanidad, y en un círculo estrecho realizó la elección de la mesa directiva. Desechó de ella al vicepresidente Ramón Corral, al ministro de Relaciones Exteriores (ambos cargos honoríficos) y a sabios de las naciones extranjeras a quien la mayoría de los congresistas quería como directivos. En cambio elevó al rango de vicepresidente a su yerno Alfonso Pruneda, no acreditado dentro de las ciencias históricas. Denunciaba esto para dejar en claro que ni el gobierno mexicano ni las instituciones de enseñanza eran responsables de la intriga. Estaba por desatarse el debate candente, pero el presidente del Congreso decidió dar por concluida la discusión.⁹³ En las sesiones siguientes, Leopoldo Batres no asumió en la práctica su papel como vicepresidente del Congreso y el doctor Pruneda mantuvo una participación discreta.⁹⁴

⁹² *El Imparcial*, 8 de septiembre, pp. 1 y 7.

⁹³ “XVII Congreso de Americanistas”, *El Tiempo*, 9 de septiembre, p. 2.

⁹⁴ “XVII Congreso Internacional de Americanistas”, *El Tiempo*, 10 de septiembre, p. 4.

En la ceremonia en homenaje a los Niños Héroes en Chapultepec, el día 8, el poeta Rafael Cabrera obtuvo un nuevo éxito. En el acto (al cual se había tenido la ilusión de invitar a Rubén Darío), el joven poblano recitó “¡Sursum!”, poema que causó sensación. *El Imparcial* comentó que había conmovido al auditorio “hasta arrancarle una ovación verdaderamente entusiasta”, y *El Tiempo* afirmó que había electrizado a los oyentes.⁹⁵

La esperada Exposición de Arte Español se abrió el día 9. Los estudiantes desarrollaban su Congreso sin sobresaltos, discutiendo sobre el sistema de reconocimientos y la forma más idónea para conformar el cuerpo del profesorado. Se daba a conocer que Porfirio Parra había sido nombrado director de la nueva Escuela Nacional de Altos Estudios, mientras que Manuel Flores dirigiría la Escuela Nacional Preparatoria.

Por la mañana del día siguiente los estudiantes marcharon por la avenida Juárez, de la Alameda al Bosque de Chapultepec, para honrar la memoria de los niños héroes, los cadetes caídos en la guerra con los Estados Unidos en 1847. Desfilaron los muchachos de las escuelas nacionales, así como los delegados al Congreso Nacional de Estudiantes. Se pronunció un discurso, se tocó música y se recitó una poesía. Después del acto, según *El País*, los estudiantes “con el entusiasmo de su latina sangre prorrumpieron en vivas al egregio poeta Rubén Darío, a la República de Nicaragua y vitorearon sin igual entusiasmo a la América Latina.”⁹⁶

En la Cámara de Diputados inició el proceso de validación de las credenciales de los nuevos representantes. Según *El Imparcial*, un presunto diputado por Zacatecas, de nombre González, solicitó que se leyera el Memorial que había presentado el Comité Antirreeleccionista

⁹⁵ “La gratitud nacional rindió homenaje ayer a los niños héroes en Chapultepec”, *El Imparcial*, 9 de septiembre, p. 5; “Los cadetes que sucumbieron en Chapultepec”, *El Tiempo*, 9 de septiembre, pp. 1 y 3. El poema publicado en *El Mundo Ilustrado*, el 18 de septiembre.

⁹⁶ Según *El Imparcial* los estudiantes desfilaron en cuatro grupos: 1) la Escuela Normal para Profesoras, el Congreso de Estudiantes, la Escuela de Agricultura y la Escuela Nacional de Artes y Oficios para Hombres; 2) una banda de música, la Escuela de Aspirantes, la Escuela de Bellas Artes y Arquitectos, Escultores y Pintores, la Escuela de Comercio y el Conservatorio Nacional; 3) la Escuela Nacional de Ingeniería, y 4) la Escuela Nacional de Medicina, la Nacional de Medicina Homeopática, la Normal para Profesores y la Escuela Nacional Preparatoria. En la entrada del Bosque los recibieron los alumnos del Colegio Militar. “Los estudiantes metropolitanos rinden homenaje a los niños héroes”, *El Imparcial*, 11 de septiembre de 1910, p. 12. “Los estudiantes rinden culto a los cadetes muertos en defensa de la patria”, *El País*, 11 de septiembre de 1910, p. 1, en Velásquez Albo, María de Lourdes, *La participación estudiantil en el Congreso de 1910. Documentos históricos*, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación / Plaza y Valdés Editores, México, 2007, pp. 143-145.

con el objeto de pedir la anulación de las elecciones. La petición recibió el apoyo del diputado Diódoro Batalla, pero rápidamente fue descartada.⁹⁷

Ese día los delegados del Congreso de Americanistas sesionaron en Teotihuacan y, al siguiente, visitaron el Museo Nacional. El general Díaz inauguró el nuevo edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, presidió la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento a Pasteur y ofreció un suntuoso banquete en Palacio Nacional para el Cuerpo Diplomático extranjero, enviados especiales y altos funcionarios del gobierno mexicano.

Por la mañana del domingo 11 se pretendió realizar una manifestación en el centro de la ciudad en apoyo a la demanda de nulidad de las elecciones. Fue disuelta y se detuvo a 25 personas. Los manifestantes se habían reunido en la Glorieta Colón, donde fueron dispersados por la policía montada. Se volvieron a reunir en la Glorieta de Carlos IV, y de nuevo fueron hostilizados. Luego, en grandes grupos recorrieron las calles de San Francisco, siendo aplaudidos en el trayecto. Llegaron a Catedral, como habían planeado, para depositar ofrendas de flores sobre las urnas de los héroes nacionales. No ocurrió, sin embargo, el planeado discurso que Luis Cabrera en ese lugar.⁹⁸

El día 12, por la mañana, el presidente inauguró el nuevo edificio destinado a la Escuela Normal para Maestros. Se trataba del proyecto arquitectónico que “escamoteó” Porfirio Díaz hijo a Jesús T. Acevedo. Por la noche, mientras Rubén Darío se alejaba de México y el Ateneo de la Juventud cerraba sus conferencias, la Embajada de los Estados Unidos daba un lujoso banquete para delegados y funcionarios mexicanos encabezados por don Porfirio.

Entre los innumerables actos que se realizaban en los estados de la República, destaca, por sus implicaciones políticas, el Congreso de la Prensa Asociada, iniciado el mismo lunes 12 en San Luis Potosí. Se reunieron representantes de 32 periódicos estatales, siendo uno de los temas centrales la persecución a periodistas en Yucatán a raíz de las sublevaciones de julio. El día 13, por iniciativa de Felipe Carrillo Puerto, se tomó el acuerdo de pedir al presidente de la república

⁹⁷ “Las credenciales de los Sres. Diputados”, *El Imparcial*, 11 de septiembre, p. 9.

⁹⁸ “Una procesión anti-reeleccionista el domingo en honor de los héroes de la Independencia”, *El País*, 10 de septiembre de 1910, p. 2. “La manifestación independiente de ayer disuelta á caballazos en la Glorieta Colón”, *El Diario del Hogar*, 12 de septiembre, p. 1.

y al gobernador de Yucatán la libertad de los presos políticos, para que “al clarear el sol de Centenario” no hubiera ninguno en las cárceles. La iniciativa fue aprobada por aclamación.⁹⁹

El día 13, Porfirio Díaz inauguró por la mañana la estatua del Barón de Von Humboldt, donada por el Emperador de Alemania. Por la tarde se instaló el Congreso Pedagógico Nacional, con delegaciones de todos los estados. Justo Sierra, en el discurso de apertura, expuso como uno de los temas principales el problema de los bajos ingresos de los maestros. Reiteró sus criterios sobre la importancia de la educación como formación del “hombre moral”, su irrenunciable carácter laico y la necesidad de avanzar en la “confederación” de la enseñanza.¹⁰⁰

En la mañana del día siguiente desfilaban “todos los elementos de la sociedad mexicana” de la Alameda a la plaza de la Constitución, dejando ofrendas florales en Catedral para los Héroes de la Independencia. Se trataba de las organizaciones obreras, 10 mil o 20 mil personas según los diarios, que marcharon ante Palacio Nacional, bajo la mirada de Díaz y su gabinete.¹⁰¹

Los ánimos patrióticos llegaron a su punto más alto a mediados de septiembre. El día jueves 15, desde temprano, iniciaron los festejos por toda la ciudad, principalmente en las calles del centro. El presidente inició la larga jornada a las ocho de la mañana, recibiendo las felicitaciones por su cumpleaños. Sus secretarios de Estado, diputados, senadores, magistrados, comerciantes, industriales, asociaciones científicas, el cuerpo diplomático y delegados especiales se presentaron en Palacio Nacional para saludar al dictador que cumplía ochenta años. Luego se realizó el gran desfile histórico que partiendo de la Plaza de la Reforma llegó a la Plaza de la Constitución, donde se realizaron diversas representaciones.

Ese día los periodistas estadounidenses, canadienses y mexicanos departían en un gran banquete en el restaurante de Chapultepec. El Congreso de Americanistas clausuraba sus trabajos e igual hacían los estudiantes, anunciando que volverían a realizar un Congreso, ahora en la ciudad de Puebla, y que formarían una Federación mexicana de estudiantes.

Por la tarde se desarrollaron fiestas en los establecimientos de Beneficencia Pública, hubo funciones populares de obsequio en teatros, salones de espectáculos y plazas de toros. Por la

⁹⁹ “El Congreso de periodistas en San Luis Potosí”, *El País*, 15 de septiembre, p. 6; “Los periodistas del 4º Congreso agasajados en Dolores Hidalgo”, *El País*, 17 de agosto, p. 6.

¹⁰⁰ “La solemne apertura del Congreso Pedagógico Nacional”, *El Imparcial*, 14 de septiembre, pp. 10 y 11;

“Apertura del Congreso Pedagógico Nacional”, *El Tiempo*, 14 de septiembre, p. 4.

¹⁰¹ *El Imparcial*, 15 de septiembre, pp. 1 y 17; *El País*, 15 de septiembre, pp. 1 y 2.

noche, en los teatros Arbeu, Principal, Colón, Lírico y María Guerrero, los artistas cantaban el himno nacional y daban “el grito”. En el zócalo y otras plazas de la ciudad los habitantes disfrutaban de los fuegos artificiales. A partir de las diez de la noche, en Palacio Nacional, se efectuó la recepción y ceremonia oficiales de conmemoración de la Independencia. Después de entonarse el Himno Nacional por coros especiales, el presidente de la República hizo sonar la campana de la Independencia y lanzó el grito: ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia! ¡Vivan lo héroes! ¡Viva el pueblo de México!¹⁰²

En un célebre pasaje de *Mi Diario*, Federico Gamboa, entonces subsecretario de Relaciones Exteriores, relata la presencia de los antirreeleccionistas en pleno zócalo capitalino. La plaza lucía llena y plena de patriótica alegría. En los balcones de Palacio Nacional, Gamboa acompañaba al embajador especial de Alemania, Karl Bünz. De pronto, en la bocacalle de Plateros se observó un arremolinamiento de gente y se oyeron dos fogonazos. “Tiros, ¿verdad?”, preguntó Bünz. “Posiblemente”, respondió Gamboa, “cohetes o tiros disparados por el júbilo que la fecha provoca.” El remolino de rijosos se abrió paso y avanzó hasta llegar frente a Palacio gritando vivas a Madero y llevando el retrato de líder de la oposición.

–¿Qué gritan? –me preguntó Bünz.

–Vivas a los héroes muertos y al Presidente Díaz –le dije.

–Y el retrato, ¿de quién es? –tornó a preguntarme.

–Del general Díaz –le repuse sin titubeos.

–¡Con barbas! –insistió algo asombrado.

–Sí –le mentí con aplomo –, las gastó de joven y el retrato es antiguo...

Al día siguiente, el subsecretario se atrevió a comentar el asunto a Díaz, ante el nerviosismo de sus compañeros de Gabinete, que habían querido ocultarle el episodio. El presidente mantuvo su característica impasibilidad; después de momentos tensos, dice Gamboa,

en tono seco, pronunció las palabras con que a diario nos encaminábamos al calvario de las festividades:

¹⁰² Para los eventos de ese día remito a los diarios del día 16, especialmente *El Imparcial*, que, con suplementos adicionales, salió de 24 páginas. No todo fue cubierto por el diario oficialista, así, por ejemplo, para el Congreso de Estudiantes véase “Resuelven los estudiantes formar una federación”, *El País*, 16 de septiembre, p. 4.

—¡Vamos, señores!¹⁰³

En Puebla las manifestaciones fueron muy agresivas. La noche del grito unas dos mil personas recorrieron las calles vitoreando a Francisco I. Madero y provocando desórdenes. Hubo necesidad, informó *El País*, de hacer disparos para amedrentar a la muchedumbre. Los manifestantes fueron dispersados y la policía continuó vigilando las calles toda la noche.¹⁰⁴

Pero el brillo de las festividades era avasallante, según mostraban los diarios: toda una nación celebraba a la patria, con el general Díaz a la cabeza. En un suplemento especial, *El Imparcial* reprodujo el dibujo “El águila y el olivo” de Jorge Enciso, trabajo premiado en un concurso de *El Herald*. Se veía a un indígena precolombino de espaldas, con un tocado de plumas y sosteniendo en la mano izquierda una rama de olivo, ofreciéndosela a un águila en estilo de glifo prehispánico. El dibujo iba acompañado por un texto de José Juan Tablada, quien consideraba que la obra era un símbolo “justo y profundo”, una alegoría de la paz.

Ese indio que ofrenda un olivo al Águila de Anáhuac, es la Patria, es el pueblo heroico, más heroico hoy en la lucha diaria y tenaz por ese Progreso que antaño en los episodios convulsivos del combate. Es el pueblo que para cumplir con los armoniosos rituales de la Paz, ha llevado su escudo al templo, ha dejado sus armas junto a los laureles y ahogado en su corazón los rancos furores de otros días.¹⁰⁵

En la siguiente página, bajo el título “Literatura patriótica”, se presentaban textos antiguos de Micrós, Ignacio Ramírez y Manuel Gutiérrez Nájera, junto con una composición del ateneísta Ignacio Bravo Betancourt dedicada a Morelos, un poema de Santiago Argüello en honor de Díaz y poemas de Efrén Rebolledo y del mismo Tablada.

El clamor del Centenario continuó el día 16. Por la mañana se realizó la ceremonia oficial por el Centésimo Aniversario de la Proclamación de la Independencia, así como la inauguración del monumento erigido en el Paseo de la Reforma, la Columna de la Independencia. Miguel Macedo, subsecretario de Gobernación, dio el discurso principal, se leyó el Acta de Independencia y finalmente Salvador Díaz Mirón recitó una poesía. Según *El Imparcial* fue ovacionado en la pausa de cada estrofa. Pero su poema “Al buen cura” no fue muy resaltado por

¹⁰³ Federico Gamboa, *Mi diario V (1909-1911). Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, pp. 127-129.

¹⁰⁴ “Los desórdenes en Puebla durante la noche del 15”, *El País*, 18 de septiembre, p. 5; “Disuelven un desfile de los ‘Maderistas’ ”, *El País*, 17 de septiembre, p. 3.

¹⁰⁵ “El águila y el olivo. Dibujo de Jge. Enciso”, *El Imparcial*, 16 de septiembre, p. 13.

los diarios y algunos lo encontraron decepcionante. “¿Qué le sucedió a Díaz Mirón?”, se preguntó *La Patria*, debido a los defectos de la composición y a la exaltación poco liberal del cura Miguel Hidalgo y Costilla. El ateneísta Abel C. Salazar también expresó críticas al poema, en un artículo en *La Iberia*.¹⁰⁶

Se realizó el gran desfile militar, que partió del Paseo de la Reforma y recorrió, “bajo una lluvia de flores y entre nutridos aplausos”, la Avenida Juárez y las calles de San Francisco hasta pasar frente a Palacio Nacional. Una vez más, el adusto general Díaz miraba el acto desde el balcón presidencial, acompañado por los principales hombres del gobierno y los diplomáticos extranjeros permanentes y especiales.¹⁰⁷ A las cuatro de la tarde se celebró un *Te Deum* en Catedral, entonado por el señor Delegado Apostólico Dr. José Ridolfi. El templo apenas podía contener a los feligreses, entre los que se hallaban diplomáticos extranjeros. En esos días, en los templos de la ciudad se dieron misas desde antes del amanecer por el descanso de las almas de los héroes de la Independencia.¹⁰⁸

La solemne apertura del Congreso de la Unión ocurrió a las seis de la tarde, en el Teatro Virginia Fábregas. Ante los diputados y senadores, funcionarios del gobierno y diplomáticos extranjeros, Porfirio Díaz rindió su informe. Había un panorama muy positivo en todos los órdenes. Mejoraban las cosechas; los negocios de todo tipo avanzaban; se había conseguido la conversión de la deuda. El presidente resaltó la inauguración y mejoramiento de numerosas obras públicas, los 24 mil 559 km. de vías férreas con que ya contaba el país, así como la erogación de seis millones en la compra de maíz para beneficio popular. Dedicó algunos párrafos a la Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios. En total, dijo, hay 6 mil 481 alumnos en todas las escuelas superiores, especiales o normales, que son atendidos por 757 profesores. En la Universidad habrá mil 969 estudiantes y 378 profesores.¹⁰⁹

¹⁰⁶ “Solemne inauguración de la columna de la Independencia”, *El Imparcial*, 17 de septiembre, pp. 1 y 9; “¿Qué le sucedió a Díaz Mirón?”, *La Patria*, 22 de septiembre, p. 3; “El poeta Díaz Mirón y el Padre de la Patria”, *La Iberia*, 14 de octubre de 1910, p. 2.

¹⁰⁷ “Bajo una lluvia de flores y entre nutridos aplausos, desfiló ayer nuestro Ejército”, *El Imparcial*, 17 de septiembre, p. 1 y 5.

¹⁰⁸ “El solemne Te Deum en Catedral”, *El País*, 17 de septiembre, p. 3.

¹⁰⁹ “Anoche fue la solemne apertura de las Cámaras”, “Informe leído por el C. Presidente de la República al abrirse el primer periodo de sesiones del 25º Congreso de la Unión”, *El Imparcial*, 17 de septiembre, pp. 1; 6 y 10; “Apertura del Congreso de la Unión”, *El País*, 17 de septiembre, pp. 1 y 3.

Entre los nuevos diputados se hallaban los jóvenes ateneístas Ignacio Bravo Betancourt, José María Lozano y Nemesio García Naranjo. Este último recibió la distinción de ser electo como uno de los cuatro prosecretarios de la Mesa Directiva, encabezada por Pablo Macedo.

Por la noche, los estudiantes de las escuelas nacionales celebraron su gran Gallo, recorriendo con música y cantos las calles del centro de la ciudad, deteniéndose en las residencias de las señoritas de mayor realce social.¹¹⁰ Mientras tanto, en Tlaxcala, en el ambiente de fiestas patrias, la fuerza pública se enfrentaba a balazos con manifestantes maderistas, resultando varios muertos y heridos.¹¹¹

Los mecánicos y obreros de los ferrocarriles del Distrito Federal desfilaron por la mañana del sábado 17, teniendo como fondo la luciente Columna de la Independencia. La representación española hizo entrega del uniforme de José María Morelos y Pavón, perdido en la lucha armada en 1814. Las crónicas consideraron esta ceremonia como de las más emotivas. Nemesio García Naranjo, en sus *Memorias*, relataría a detalle la procesión encabezada por el general español Camilo García de Polavieja, de la Secretaría de Relaciones Exteriores a Palacio Nacional, donde hizo la devolución de las prendas del héroe. Díaz se conmovió hasta el llanto, expresando: “Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente [,] que oyó palpitar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu que peleó contra los españoles, no porque fuesen españoles sino porque eran los opositores a sus ideales”. Sus últimas frases, dice Nemesio, fueron ahogadas por una ovación estruendosa.¹¹²

El domingo 18 se realizó la esperada inauguración del monumento a Benito Juárez en la Alameda (en cuyo proyecto, como sabemos, Jesús T. Acevedo concursó empeñosamente y sin éxito). En el programa figuró el poeta Luis G. Urbina con una composición “A Juárez”, que fue muy elogiada en los diarios. Este poema, junto con el “¡Sursum!” de Rafael Cabrera, fueron los

¹¹⁰ “El Gallo de los estudiantes”, *El Imparcial*, 17 de septiembre, p. 7.

¹¹¹ “Conflicto entre obreros y rurales de Tlaxcala”, *El País*, 19 de septiembre, p. 2 “La verdad sobre lo ocurrido entre los ‘maderistas’ y la fuerza pública del Estado de Tlaxcala”, *El País*, 20 de septiembre, p. 2.

¹¹² García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, México, D. F., La Serpiente Emplumada 10, Factoría Ediciones, 1998, pp. 171-176.

más celebrados en esos días. Ambas creaciones, si bien partiendo del panegírico patriótico, mostraban una fuerza expresiva especial.¹¹³

A medio día se efectuó la solemne entrega de las llaves de la ciudad de México por parte de la Delegación francesa, en Palacio Nacional. Por la noche, en el Salón de Actos de la Escuela Nacional Preparatoria, se inauguró la Escuela Nacional de Altos Estudios. Presidió don Justo Sierra y su subsecretario Ezequiel A. Chávez tomó protesta al primer director de la Escuela, Porfirio Parra, ante la presencia de los delegados de universidades extranjeras.¹¹⁴

La Exposición de Arte Mexicano fue inaugurada por Justo Sierra la mañana del día siguiente. Se presentaron más de 500 cuadros y algunas esculturas de los artistas De la Torre, Clausell, Ignacio Martínez, Saturnino Herrán, Gedovius, Jorge Enciso, Ortega, Valadez, Montenegro, Alfonso Garduño, Elena Mix, Adolfo Best, José Clemente Orozco, etc.¹¹⁵ También se instaló el 4º Congreso Médico Nacional, bajo la presidencia del Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y con la asistencia de delegados de todos los estados de la república.

Por la noche las sociedades mutualistas de trabajadores hicieron una multitudinaria procesión de antorchas, del Paseo de la Reforma hacia la Plaza de la Constitución. Obreros de las distintas ramas, portando vistosos faroles con inscripciones de los años 1810 y 1910, caminaron por las calles para saludar al Presidente y su Gabinete que observaban desde Palacio Nacional.¹¹⁶ Ese día en San Luis Potosí se reiniciaban las diligencias judiciales en el proceso contra Francisco I. Madero, las cuales se habían suspendido debido a las fiestas patrias.¹¹⁷

El día 20 se colocaba la primera piedra del monumento a Garibaldi, obsequio de la colonia italiana, mientras que la delegación de China obsequiaba al pueblo de México una serie de objetos artísticos. La Sociedad de Alumnos de Arquitectura abrió una exposición y el gobierno del Distrito Federal efectuó una muy brillante recepción en el Palacio Municipal.

Al día siguiente se inauguraron en Xochimilco las obras de provisión de agua potable para la ciudad de México. Mientras que en la Ciudadela se colocaba una lápida en memoria de José

¹¹³ Véanse, por ejemplo, los comentarios de Manuel Caballero, desafecto personalmente con Urbina, reconociendo la calidad y altura de su poema, llamándolo incluso “príncipe de los poetas”. Manuel Caballero, “Una poesía y un monumento para glorificar á Juárez”, *La Patria*, 26 de septiembre, p. 3.

¹¹⁴ “Inauguración de la Escuela de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 19 de septiembre, p. 12.

¹¹⁵ *El Imparcial*, 19 de septiembre, p. 12; *El Imparcial*, 20 de septiembre, pp. 1 y 9.

¹¹⁶ “La procesión de antorchas de anoche”, *El País*, 20 de septiembre, p. 2; “Resultó muy brillante el gran paseo de antorchas”, *El Imparcial*, 20 de septiembre, pp. 1 y 5.

¹¹⁷ Mención breve en la nota “Un gravísimo accidente en San Luis”, *El País*, 20 de septiembre, p. 1.

María Morelos y Pavón. En el acto, presidido por el gobernador de Distrito Federal, el abogado Isidro Fabela pronunció el discurso principal y Manuel H. San Juan recitó un poema. La participación del joven secretario del Ateneo de la Juventud no recibió sino menciones escuetas en los diarios, pero más adelante su discurso fue publicado por *El Imparcial*.¹¹⁸ Para entonces Isidro Fabela ya había comenzado su participación política en las filas de la oposición.¹¹⁹

Esa noche, Don Justo Sierra recibió a los delegados universitarios en su despacho del Ministerio de Instrucción Pública. Hubo un concierto de la orquesta Jordá-Rocabruna y una exquisita romanza por la cantante mexicana Antonia Ochoa de Miranda. En la lista de los presentes figuraba el nombre de Antonio Caso, quien había sido nombrado secretario de la Universidad.¹²⁰ Para entonces sin duda también ya se sabía que Pedro Henríquez Ureña ocuparía el puesto de Oficial Mayor, pues su nombramiento lleva fecha del 22 de septiembre.¹²¹ No era extraño que don Justo Sierra se hubiera decidido por Antonio Caso, con una breve pero brillante carrera en las aulas y un lustre público como intelectual y orador. En la designación de Henríquez Ureña pesó, además de su cercanía con el Ministerio y el reconocimiento de sus aptitudes, la recomendación de Antonio Caso. Pedro había conseguido un empleo muy importante, aunque apenas había comenzado sus estudios profesionales, no tenía carrera como profesor y, además, era extranjero.

La dirección de la Universidad estaría en manos de Joaquín Eguía Lis, profesor de 77 años, de muy larga carrera, representante de la tradición académica en México. Formó muchas generaciones de abogados y recibieron sus enseñanzas hombres que se convirtieron en piezas importantes del régimen porfirista, como José I. Limantour, Miguel Macedo, Joaquín Casasús y el mismo Justo Sierra.¹²² Apoyarían al rector dos conspicuos integrantes del Ateneo de la

¹¹⁸ “Se descubrió una placa en la Ciudadela donde estuvo el Generalísimo Morelos”, *El País*, 22 de septiembre, p. 1; “Una patriótica manifestación en memoria de Morelos”, *El Imparcial*, 22 de septiembre, p. 6; “Un brillante discurso en honor del heroico Morelos”, *El Imparcial*, 1 de octubre de 1910, pp. 5 y 12.

¹¹⁹ Según Berta Ulloa, en 1910 Isidro Fabela, Juan F. Urquidí, Luis y Leopoldo Zamora Plowes fundaron el Club Liberal Progresista y el periódico *La Verdad*. “Isidro Fabela, 1882-1964”, en *Isidro Fabela. Pensador, político y humanista (1882-1964)*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, El Colegio Mexiquense, A. C., 1996, p. 9.

¹²⁰ “El señor Ministro recibió a los delegados universitarios”, *El Imparcial*, 22 de septiembre, p. 5; “Secretario de la Universidad”, *El Imparcial*, 22 de septiembre, p. 9.

¹²¹ Nombramiento de Pedro Henríquez Ureña como Oficial de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, firmado por Justo Sierra, Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. Sección de Instrucción Secundaria, preparatoria y profesional. México, 22 de septiembre de 1910. Archivo Histórico del Colegio de México, Fondo Pedro Henríquez Ureña, Caja 3 sin clasificar.

¹²² Había nacido en la ciudad de México en 1833; estudió en el Colegio de San Ildefonso, donde fue profesor de Derecho Romano a partir de 1860; más tarde dirigió ese Colegio y fungió como catedrático de Derecho en la recién

Juventud. Su Secretario cumpliría 27 años en diciembre, y su Oficial Mayor, que habría de apoyar en las múltiples tareas administrativas, había cumplido los 26 en junio. Con esta combinación, Justo Sierra aprobaba implícitamente las ideas y orientación intelectual de los jóvenes y confiaba que con ellos se afianzaría el espíritu que trató de imprimirle a la Universidad. Acaso con el tiempo estos jóvenes se convertirían en la nueva generación que se encargaría de desarrollar y hacer evolucionar el proyecto educativo en que había invertido la mayor parte de su vida. En todo caso, y por el momento, se trataba de proporcionar al viejo Eguía Lis el apoyo y la energía de dos jóvenes cuya seriedad, inteligencia y trabajo estaban probados.

El día 21 también se dio a conocer que algunos de los candidatos al grado de Doctor ex-officio, propuestos por las escuelas nacionales, no habían sido aceptados por tener poco tiempo como catedráticos.¹²³ En ese caso estaba Nemesio García Naranjo.

El jueves 22 se efectuó la inauguración de la Universidad, que los diarios resaltaron como uno de los actos más significativos del Centenario. Los asistentes fueron llegando a partir de las nueve de la mañana al anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Poco después de las diez y media, mientras se escuchaba el Himno Nacional, arribó el Presidente. En la plataforma de honor, además del general Díaz, se colocaron los miembros de su Gabinete, los subsecretarios de Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, Ezequiel A. Chávez y Federico Gamboa, así como el Estado Mayor presidencial. En el público estaban los delegados de una veintena de universidades de América y Europa, los directivos de las escuelas nacionales, profesores y estudiantes. El ministro de Instrucción Pública pronunció el discurso principal.

Señaló la fuerza de transformación de los pueblos, la voluntad, el anhelo profundo, el propósito tenaz de transformar todas sus actividades. Esta resolución de ser fuertes “muestra que el fondo de todo problema, ya social, ya político, tomando estos vocablos en sus más comprensivas acepciones, implica necesariamente un problema pedagógico, un problema de educación.” Ser fuertes, para los individuos, significa “resumir su desenvolvimiento integral: físico, intelectual, ético y estético, en la determinación de un carácter”. La tarea de la escuela y el maestro es imprimir el “magnetismo del bien” en la formación del niño hacia el hombre, “imantar de amor a los caracteres”, “saturar al hombre de espíritu de sacrificio”.

creada Escuela de Jurisprudencia desde 1867. “Joaquín Eguía Lis”, <http://info4.juridicas.unam.mx/unijus/cmp/leguniv/rectores/r1.pdf>. Consultado el 24 de abril de 2013.

¹²³ “Las elecciones de doctores”, *El Imparcial*, 22 de septiembre, p. 7.

“La Universidad, me diréis, la Universidad no puede ser una educadora en el sentido integral de la palabra; la Universidad es una simple productora de ciencia, es una intelectualizadora; sólo sirve para formar cerebrales.” Sería una desgracia que se formara “una casta de la ciencia, cada vez más alejada de su función terrestre”. No era ese el sentido con que se quería fundar la Universidad.

No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio, o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor.

Me la imagino así: un grupo de estudiantes de todas las edades sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión, y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotara, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber.

Quienes formaran la Universidad debían volcarse a estudiar la enorme diversidad que la naturaleza ha dado al país, así como la compleja evolución histórica desde los tiempos antiguos, antes de la llegada de los conquistadores. ¡Qué profusión de temas para nuestros obreros intelectuales!, exclamaba el Ministro. En ello estaba cifrada la misión de la Universidad.

Realizando esta obra inmensa de cultura y de atracción de todas las energías de la República, aptas para la labor científica, es como nuestra institución universitaria merecerá el epíteto de nacional que el legislador le ha dado; a ella toca demostrar que nuestra personalidad tiene raíces indestructibles en nuestra naturaleza y en nuestra historia; que, participando de los elementos de otros pueblos americanos, nuestras modalidades son tales, que constituyen una entidad perfectamente distinta de las otras y que el *tantum sui simile gentem* de Tácito puede aplicarse con justicia al pueblo mexicano.

Esta labor de “mexicanizar” la ciencia, empero, debería estar siempre en contacto con el movimiento de la cultura general. Era necesaria la renovación constante, ya que la ciencia avanza “proyectando hacia adelante su luz, que es el método, como una teoría inmaculada”.

La acción educadora de la Universidad resultará entonces de su acción científica; haciendo venir a ella grupos selectos de la intelectualidad mexicana y cultivando intensamente en ellos el amor puro de la verdad, en tesón de la labor cotidiana para encontrarla, la persuasión de que el interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano, que creará tipos de caracteres destinados a coronar, a poner el sello de la obra magna de la educación popular que la escuela y la familia, la gran escuela del ejemplo, cimentan maravillosamente cuando obran de acuerdo.

Una influencia de cultura, de principios superiores que, como expresara Emerson, restablecen el equilibrio en el hombre, reaniman en él el sentimiento de exquisita simpatía respecto a los otros hombres. Esta es obra de individuos, verdaderos educadores sociales (como Víctor Hugo, Juárez, Lincoln, León Gambetta, Garibaldi, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson y Karl Marx) que influyen y sugieren a las democracias en formación más “que todos los tratados de moral del mundo.” “Esa educación difusa y penetrante del ejemplo y la palabra, que satura de ideas—fuerzas la atmósfera de la vida nacional durante un periodo de tiempo, toca a la Universidad concentrarla, sistematizarla y difundirla en acción”.

Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica; pero sin olvidar nunca que toda contemplación deber ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria.

La Universidad entonces tendrá la potencia suficiente para coordinar las líneas directrices del carácter nacional, y delante de la naciente conciencia del pueblo mexicano mantendrá siempre alto, para que pueda proyectar sus rayos en todas las tinieblas, el faro del ideal, de un ideal de salud, de verdad, de bondad y de belleza; esa es la antorcha de la vida de que habla el poeta latino¹²⁴, la que se transmiten en su carrera las generaciones.

Esta era la orientación de la Universidad Nacional. Tal como la describía ese día don Justo Sierra, satisfacía plenamente los anhelos de los ateneístas. No sólo cubriría una necesidad sentida por los jóvenes (un lugar donde desarrollar sus intereses intelectuales, una fuente de empleo), también formulaba una mística prácticamente idéntica a la que ellos habían adoptado y

¹²⁴ Agripa d’ Aubigné, citado por Sierra poco antes en su discurso: “¡Oh celeste bauté / Blanche fille du ciel, flambeau d’ eternité!”

que se expresó con claridad en sus Conferencias del Centenario. En la ideología sustentada por Sierra, la Universidad debía llegar a ser el espacio superior en que se sintetizaran y se clarificaran las directrices del desarrollo de la nación mexicana. En esa inspiración global cabría bien la voluntad de los ateneístas, articulada en el estudio y la investigación con el propósito de influir en el campo de la cultura.

El ministro de Instrucción Pública explicó que, si bien la Universidad mexicana tenía sus raíces en el pasado, surgía como un elemento nuevo, radicalmente distinto de sus precursores, específicamente de la antigua Real y Pontificia Universidad de México, la que, a pesar de todo, “recordamos con cierta involuntaria filialidad”. La Universidad que nacía no podía tener nada de común con la otra, que fue incapaz de responder a los retos de la independencia.

Los fundadores de la Universidad de antaño decían: “la verdad está definida, enseñadla”; nosotros decimos a los universitarios de hoy: “la verdad se va definiendo, buscadla”. Aquellos decían; “sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en esta palabras: Dios y el Rey”. Nosotros decimos: “sois un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad”.

Se había reelecto el dictador, el líder de la oposición seguía en la mira para ser encarcelado o eliminado, se reprimían las protestas populares. ¿Democracia? ¿Libertad?... Pero las palabras de Sierra no eran una impostura. Nunca había dejado de creer en la democracia y la libertad (recuérdense sus innovaciones dentro del proyecto de ley de la Universidad), pero el camino que había seguido era trabajar por la educación y la cultura con la esperanza de que estos avances fundamentaran firmemente la realización de aquel ideal social. También en esto los ateneístas podían decirle con entusiasmo al Ministro: sí.

Justo Sierra siguió hablando de la organización de la Universidad y de la nueva Escuela de Altos Estudios. La segunda estaba pensada como el grado último de selección, estudios y desarrollo de investigaciones científicas. En ella, advirtió, no quisiéramos ver nunca “torres de marfil, ni vida contemplativa, ni arrobamientos en busca del *mediador plástico*; eso puede existir, y quizás es bueno que exista en otra parte; no allí, allí no.” Enseguida habló de la filosofía:

Una figura de implorante vaga hace tiempo en derredor de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial: la filosofía; nada más respetable ni más bello. Desde el fondo de los siglos en que se abran las puertas misteriosas de los santuarios de Oriente, sirve de conductora al pensamiento humano,

ciego a veces. Con él reposó en el estilóbato del Partenón, que no habría querido abandonar nunca; lo perdió casi en el tumulto de los tiempos bárbaros, y, reuniéndose a él y guiándolo de nuevo, se detuvo en las puertas de la Universidad de París, el alma mater de la humanidad pensante en los siglos medios; esa implorante es la filosofía, una imagen trágica que conduce a Edipo, el que ve por los ojos de su hija lo único que vale la pena de verse en este mundo, lo que no acaba, lo que es eterno.

¡Cuánto se nos ha tildado de crueles y acaso de beocios, por mantener cerradas las puertas a la ideal Antígona!

Sierra explicaba que, en realidad, ya existía una enseñanza filosófica en las escuelas oficiales, la del plan positivista. También consideraba que había “lucubraciones metafísicas” (“que constituyen una suerte de religión en el orden ideal”) que por no ser materia de ciencia no podían caber en la Universidad. Entonces, ¿cómo se abrirían las puertas a la filosofía?

Hay, sin embargo, trabajos de coordinación, ensayos de totalización del conocimiento que sí tienen su raíz entera en la ciencia, y una sección en la Escuela Nacional de Altos Estudios los comprende bajo el título de filosofía. Nosotros abriremos allí cursos de historia de la filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos o renovados desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y William James. Y dejaremos libre, completamente libre el campo de la metafísica negativa o afirmativa, al monismo por manera igual que al pluralismo, para que nos hagan pensar y sentir, mientras perseguimos la visión pura de esas ideas eternas que aparecen y reaparecen sin cesar en la corriente de la vida mental: un Dios distinto del universo, un Dios inmanente en el universo, un universo sin Dios.

Apertura, libertad, renovación de las ideas filosóficas: la satisfacción de los ateneístas debió ser amplia. Justo Sierra agregaba firmemente: “Nosotros no queremos que en el templo que se erige hoy se adore una Atena sin ojos para la humanidad y sin corazón para el pueblo, dentro de sus contornos de mármol blanco; queremos que aquí vengan las selecciones mexicanas en teorías incesantes para la Atena *promakos*, a la ciencia que defiende la patria.”¹²⁵

El mensaje era poderoso, tenía “voluntad de potencia”, termino nietzscheano que el Ministro utilizó al inicio de su discurso. El joven Pedro Henríquez Ureña, como los otros ateneístas, acogió el mensaje. En su tesis para graduarse de abogado (“La Universidad”, 1913), escrita precisamente como una defensa de la Universidad en tiempos políticos que le eran muy

¹²⁵ Atena *promakos*: la primera en la línea de batalla.

adversos, el dominicano escribió como dedicatoria: “A la memoria de Justo Sierra, fundador de la Universidad Nacional de México bajo el patrocinio de Atenea Promakos.”¹²⁶

No todos los ateneístas, sin embargo, estuvieron por completo de acuerdo con el discurso de Sierra. García Naranjo, en sus *Memorias*, consideraría que el Ministro incurrió en dos errores. El primero pretender romper “con el pasado de la cultura de México”, de tal forma que la Universidad colonial aparecía “con perfiles ridículos y sombríos.” La segunda objeción, que si se lee con atención lo dicho por Sierra, carece de sustento, es la siguiente:

El símil del pensamiento ciego con Edipo y de la Filosofía con Antígona, es uno de los más bellos, no sólo de la literatura de México, sino de las letras humanas. ¿Cómo se explica entonces que el genio que lo concibió, procurara explicar el porqué de cerrarle las puertas de la Universidad a la hija amorosa que conduce a su padre? El ministro aplastó al poeta que llevaba dentro de sí mismo para exponer el credo de la ciencia oficial, la filosofía del Estado, el veredicto de la sabiduría positivista.¹²⁷

En el término de su discurso, Sierra se refirió al rector de la Universidad, saludó de manera especial a las Universidades de París, Salamanca y California, madrinas de la nueva institución, para finalmente dirigirse al Presidente: “La Universidad Nacional es vuestra obra”. El mundo contempla vuestras obras a favor de la patria, señaladamente el progreso material.

Y con todo esto habéis preparado el porvenir; pero era preciso que quien tuviera conciencia de ese porvenir fuese un pueblo libre, un pueblo libre no sólo por el amor a sus derechos, sino por la práctica perseverante de sus deberes; para él habéis incesantemente impulsado y fomentado un vasto sistema de educación nacional, matriz fecunda de las democracias vivas, y ese sistema queda teóricamente coronado hoy; vuestro nombre perdurará grabado en él como oro en hierro.¹²⁸

La ceremonia continuó. Ezequiel A. Chávez leyó la lista de los primeros doctores nombrados por la Universidad. Siguieron veinte discursos breves de los delegados de las universidades extranjeras. Después se realizó una procesión solemne que recorrió las calles de Donceles, el Reloj (hoy República de Argentina) y Santa Teresa (hoy República de Guatemala)

¹²⁶ Las dificultades de la Universidad iniciarían con la caída del gobierno del general Díaz, continuarían durante el gobierno de Francisco I. Madero y adquirirían dimensiones dramáticas durante la dictadura de Victoriano Huerta. La tesis de Henríquez Ureña ha sido reeditada recientemente. *La Universidad*, edición crítica, estudio preliminar, notas y apéndices de Fernando Curiel Defossé, Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F., 2010.

¹²⁷ García Naranjo, Nemesio, *op. cit.*, pp. 185-187.

¹²⁸ Justo Sierra, “Inauguración de la Universidad Nacional”, en *Obras completas. Discursos. Tomo V*, México, UNAM, 1948, pp. 447-462.

hasta la sede de la Universidad (actual Palacio de la Autonomía). Fueron andando los directores de las escuelas portando sus estandartes, los doctores universitarios extranjeros y mexicanos, así como el presidente Díaz y su estado Mayor. En el luciente Salón de Actos de la Universidad, Justo Sierra tomó protesta al rector Eguía Lis. Después presentó a los doctores ante el presidente, a quien saludaron de mano. A la una con treinta, Díaz se retiró y los delegados partieron hacia San Ángel Inn, donde se había preparado un banquete.¹²⁹

La inauguración de la Universidad, como se decía ya entonces, fue quizás el acto más trascendental de los festejos del Centenario. Pero ese día el suceso más llamativo, relatado con fruición por los diarios, fue el *Garden party* en Chapultepec. En el ambiente del bosque antiguo y sus lagos, con el mayor derroche de luces, se desarrolló la fiesta ideada por el secretario de Hacienda. Acudieron decenas de miles de invitados (50 mil según *El Imparcial*). Se inauguraron nuevos lagos, se lanzaron fuegos artificiales simulando una batalla contra el Castillo de Chapultepec y se hubo un desfile de botes. Los invitados admiraron con particular deleite una fuente de luces en el centro del lago principal. Chapultepec parecía un país encantado.¹³⁰

El día 23 se colocó la primera piedra del nuevo Palacio Legislativo, mientras que, en su sede provisional, la Cámara de Diputados recibía a los delegados extranjeros. Rosendo Pineda, el orador principal, ensalzó la importancia de la representación de los Estados Unidos. Esto causó, al día siguiente, una fuerte discusión entre los diputados. Ricardo García Granados propuso que se desaprobara lo expresado por Pineda, pues significaba una grosería para las otras delegaciones. La proposición fue combatida por muchos oradores, como Salvador Díaz Mirón, Francisco M. de Olaguíbel, José María Lozano e Ignacio Bravo Betancourt.¹³¹

Si el *Garden party* había sido toda una novedad, el baile en Palacio Nacional superó todas las expectativas. Por muchos días la prensa reseñó la magnificencia aristocrática de aquella noche del 23, describiendo los amplios salones, la decoración primaveral, los vestidos, las joyas y los

¹²⁹ “La inauguración de la Universidad Nacional fue un acto de los más significativos”, *El Imparcial*, 23 de septiembre, pp. 1 y 15; “La universidad de México fue solemnemente inaugurada por el Primer Magistrado de la Nación”, *El Tiempo*, pp. 1 y 3; “Inauguró ayer el presidente de la República la universidad”, *El País*, 23 de septiembre, pp. 2 y 3. Véase también “Entre el recuerdo y el olvido: memorias de la fundación de la Universidad Nacional y la vida en el barrio universitario”, de Mónica Toussaint, en Carlos Martínez Assad y Alicia Ziccardi (coordinadores), *1910: la Universidad Nacional y el barrio universitario*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2010, pp. 141-157.

¹³⁰ “El Garden party en Chapultepec fue una orgía de luz y de colores”, *El Imparcial*, 23 de septiembre, pp. 1 y 4; “En el Bosque de Chapultepec se verificó ayer una fiesta sin precedente en México”, *El Tiempo*, 23 de septiembre, p. 7; “Chapultepec era ayer un país encantado”, *El País*, 23 de septiembre, p. 1.

¹³¹ “Una proposición absurda en la Cámara de Diputados”, *El Imparcial*, 25 de septiembre, p. 3.

peinados de las damas, el banquete, la asistencia de embajadores, delegados extranjeros, secretarios de Estado y connotados señores del comercio y la industria. Mucho trabajo tuvieron los cronistas con el fastuoso baile obsequiado por el presidente Díaz y su señora esposa, doña Carmen Romero Rubio de Díaz. En *El Imparcial* se decía: “Todavía al cerrar esta crónica, el baile estaba en todo su apogeo, y seguramente que en muchos años será inolvidable el recuerdo de esta fiesta, que ha reunido en el magnífico salón del Palacio Nacional á todo cuanto de más distinguido tiene la sociedad mexicana y á las altas representaciones de las naciones más poderosas del mundo.”¹³²

Eran los últimos días de septiembre y los festejos, entre numerosos y lujosos banquetes, se acercaban a su fin. Las delegaciones extranjeras empezaron a despedirse. Se clausuraron el Congreso Pedagógico Nacional y el IV Congreso México. El día 25 se desarrollaron las maniobras militares de simulacro en Molino del Rey. El presidente encabezó el día 26 una excursión oficial a las obras de desagüe del Valle de México. El 28 inauguró la fábrica de pólvora sin humo en Santa Fe.

La Exposición de Pintura Mexicana fue muy exitosa. La visitaron mexicanos de todas las clases, decía *El Imparcial*, tanto que la policía tuvo que intervenir para ordenar la circulación. Gente del pueblo, de clase media y damas de la aristocracia, embajadores y delegados universitarios habían asistido para admirar las obras. La Sociedad de Pintores y Escultores, aperciéndose de ello, determinó establecer como día “de gala” los lunes, cuando se cobraría un peso por la entrada, para que las familias de “alta sociedad” pudieran visitar la exhibición de manera desahogada.¹³³

El martes 27 se hizo la declaración oficial de presidente y vicepresidente de la República para el periodo que iniciaría el primero de diciembre y debía concluir el 30 de noviembre de 1916. Ese día se entregaron los premios de los concursos patrocinados por la Secretaría de Instrucción Pública, la Comisión Nacional del Centenario y el Museo Nacional. El subsecretario

¹³² “Baile en Palacio Nacional hará época en los anales de los festejos patrios”, *El Imparcial*, 24 de septiembre, pp. 1 y 7; “El gran baile anoche en el Palacio Nacional ha sido el más lujoso que registra la historia mejicana”, *El País*, 24 de septiembre, pp. 1, 3 y 7; “El baile de anoche con el cual el señor Presidente de la República y su señora esposa doña Carmen Romero Rubio de Díaz obsequiaron a la sociedad mexicana...”, *El Tiempo*, 14 de septiembre, pp. 1 y 4. Véase también el capítulo “El baile del Centenario”, en las *Memorias* de Nemesio García Naranjo, *Op. cit.*, pp. 177-182.

¹³³ “Gran éxito de los artistas mexicanos en la Academia de Bellas Artes”, *El Imparcial*, 25 de septiembre, p. 10.

Ezequiel A. Chávez presidió la ceremonia en la que, entre otros, Alfonso Teja Zabre recibió el premio de 500 pesos por su poema “Héroes anónimos”.¹³⁴

Por la noche una multitud recibía al historiador Padre Agustín Rivera, que venía de Lagos de Moreno, Jalisco, para tomar parte en la ceremonia de Apoteosis de los Héroes de la Independencia, el último gran acto del Centenario. Rivera era autor de muchas obras históricas, entre ellas los *Anales de la vida del héroe de la Patria, don Miguel Hidalgo y Costilla*. Más de mil personas, la mayoría jóvenes y estudiantes, se dieron cita en la estación de trenes para saludarlo. Asistieron comisiones de la Secretaría de Instrucción Pública, de las escuelas nacionales y de las sociedades científicas. Los diarios registraron, entre los muchos asistentes, los nombres de Rafael López, Alfonso Cravioto, Nicolás Rangel y Emilio Valenzuela.¹³⁵

La ceremonia en honor de los Héroes de la Independencia estaba programada para el día último del mes, pero los preparativos se alargaron varios días. Así que los principales números del 30 de septiembre fueron una vistosa procesión y una ceremonia de homenaje a doña Josefa Ortiz de Domínguez en el Jardín de la Corregidora, organizadas por damas de relevancia social, y la jura de la bandera por los obreros de las organizaciones mutualistas ante la Columna de la Independencia.

El Apoteosis se realizó el día 6 de octubre, con la asistencia de los Supremos Poderes de la República, el Cuerpo Diplomático y miles de ciudadanos. Se instaló en Palacio Nacional un monumento fúnebre que resguardaba los restos de los héroes de la guerra de Independencia. “Sobre una gran plataforma”, describe *El País*, “erguíase soberbio pedestal, sosteniendo una urna simbólica de corte magistral é imitación de mármol rojo, y como remate el águila triunfal posada sobre el precioso depósito cinerario, semienvuelto por banderas de la República. / Gigantescos pebeteros colocados en los ángulos de la plataforma, despedían el humo y el perfume del incienso y las brillanteces del salón aparecían como tras una cortina de niebla.”

La ceremonia inició pasadas las ocho de la noche. La Orquesta del Conservatorio tocó la Marcha heroica de Saint Saëns. Habló el secretario de Relaciones Exteriores, Enrique C. Creel; leyó, según *El Imparcial*, “párrafos patrióticos, entusiastas, llenos de fe en el porvenir de la Patria y de amor por su presente”. Luego el padre Agustín Rivera discursó sobre el significado de ese

¹³⁴ “Se hizo la repartición de premios”, *El Imparcial*, 28 de septiembre, pp. 1 y 7.

¹³⁵ “Simpática recepción del padre Rivera”, *Imparcial*, 28 de septiembre, pp. 1 y 7.

día, enalteciendo a los héroes nacionales. Al hablar de la gesta heroica de cien años atrás, decía: “Uno de los grandes méritos de Hidalgo es haber enseñado á la raza indígena lo que vale un pueblo. Os ruego, señores, que os fijéis en esta frase: ‘lo que vale un pueblo’.” Terminado el discurso del estudioso de la historia nacional, el ministro Justo Sierra recitó una poesía, siendo aplaudido en cada estrofa. Se interpretaron otros números musicales: la Marcha Fúnebre “El crepúsculo de los Dioses” de Wagner y la Sinfonía Triunfal de Berlioz.

Llegó entonces el momento culminante. El general Díaz ascendió lentamente por la escalinata, llevando una corona de laurel en la mano. Frente a la lápida de granito rojo, donde se leía la inscripción “Patria”, se volvió hacia el público y con voz sonora y firme, exclamó: “En nombre de la Patria vengo a ofrecer a Hidalgo y a sus dignos colaboradores esta corona, que simboliza la gratitud de un pueblo hacia sus héroes. A este acto acuden los Representantes de las naciones extranjeras, que nos traen la oliva de la paz y el homenaje de sus soberanos.” Enseguida, el Himno Nacional fue entonado por un coro de 400 voces con acompañamiento de la orquesta.¹³⁶

Hay que señalar un matiz importante en la participación de Justo Sierra. En su poesía, después de exaltar la lucha patriótica, expresó que ahora, en “la paz y el trabajo de vida”, las escuelas fecundaban el alma del porvenir. Quiso señalar que habían llegado tiempos de renovación. Dirigiéndose a la patria, dijo:

Dejad que mi cansada generación, que siente
llegar otra en tumulto, la mire aquí de frente,
y entre sus manos ponga, con suprema emoción,
la antorcha que guardamos intacta y encendida;
si con ella pudimos iluminar la vida
es que su luz fué vuestra, fué vuestra religión.

Y concluyó llamando a la unidad, en estrofas henchidas de esperanza y optimismo.

¹³⁶ “Fue suntuosa e imponente la ceremonia de Apoteosis”, “Discursos pronunciados ante el Catafalco monumental de los héroes”, *El Imparcial*, 7 de octubre de 1910, pp. 1, 5, 9 y 10; “La apoteosis á los héroes fué el último número de las fiestas patrias”, *El País*, 7 de octubre de 1910, pp. 1 y 2; “En la ceremonia del Apoteosis á los héroes, el secretario de Relaciones, don Enrique C. Creel”, *El Tiempo*, 7 de octubre de 1910, pp. 2 y 7.

Mas que antes nos una un solo juramento:
juremos que la Patria, siempre, en todo momento,
sobre cuanto nos pueda sin piedad dividir,
estará en nuestras almas excelsa, pura y viva...
Coronemos ahora la urna con oliva,
y emprendamos sin miedo la marcha al porvenir.

Que el sol de Centenario ilumine el camino
de la falange heroica que vencerá al destino
fecundando la tierra y domeñando al mar.
¡Voz del apoteosis, que brotas de la historia,
lleva hasta nuestros padres como un canto de gloria
la vibración inmensa del alma popular!¹³⁷

Justo Sierra, además de reafirmar el sentimiento de unidad de la patria y reiterar su confianza en la educación como vía de redención social, señalaba la necesidad de renovación. Era algo que ya había estado practicando, a través del proyecto de la Universidad Nacional y dando espacios, incluso en puestos de dirección, a los jóvenes de la nueva generación que veía llegar “en tumulto”. El año del Centenario fue de ascenso para los jóvenes ateneístas; prosperaron notablemente en sus carreras individuales y como grupo. En gran parte gracias al apoyo del ministro de Instrucción Pública, se empezaba a consolidar el movimiento de renovación de los jóvenes.

Lo que no prosperaba era la renovación en la política. Había privado la inercia y la conservación de un régimen de libertades muy restringidas. En medio de los festejos, las acciones represivas tuvieron que ser reforzadas en varios puntos del país, incluyendo a la capital.

Pero el ánimo era de triunfo. Con el imponente Apoteosis terminaban los festejos oficiales del Centenario. Como escribía Federico Gamboa, septiembre había sido para México “un mes de ensueño, de rehabilitación y de íntimo regocijo nacional”.¹³⁸ Culminaba todo un año en que se había mostrado profusamente la fuerza del progreso material y cultural del país. Era la apoteosis de una nación, de un régimen y de un hombre.

¹³⁷ “Poesía, leída por el señor don Justo Sierra, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la apoteosis de los Héroes de la Independencia de México”, *El Imparcial*, 7 de octubre de 1910, p. 5

¹³⁸ Gamboa, Federico, *Op. cit.*, p. 124.

III. Impulso de Centenario e impulso de revolución

Después de septiembre, las obras públicas continuaron, como la construcción del Teatro Nacional y el nuevo Palacio Legislativo, y se agregaron otros planes, como la construcción de nuevos recintos para el Museo Nacional y el Ministerio de Justicia. Todavía a principios de 1911 se efectuaron muchas actividades que habían sido diferidas, de tal suerte que durante un buen tiempo se siguió respirando la atmósfera del Centenario en la capital de la república.

A mediados de octubre, durante la Semana Católica Social en el Seminario Conciliar, se realizaron conferencias sobre el salario, el papel del Estado y los patrones en el mejoramiento de las condiciones de los trabajadores, entre otros temas. La Sociedad Indianista Mexicana celebró su Congreso a finales de ese mes y principios de noviembre. El gobernador del Distrito Federal, Guillermo de Landa y Escandón, propuso la formación de una Sociedad Mutualista Moralizadora para los obreros, para lo cual donó cien mil pesos.¹³⁹

Las sociedades científicas y culturales retomaron sus labores con renovados bríos. La Sociedad para el Cultivo de las Ciencias y las Artes celebró una sesión el 20 de noviembre, en la que se informó de la apertura de sucursales en Centro y Sur América. En la Sociedad de Estudios Económicos, a principios de diciembre, Eduardo Baz disertó sobre los trusts. Semanas después se puso en marcha el concurso propuesto por la Academia de Jurisprudencia y Legislación. De enero a febrero, distintas asociaciones, entre ellas el Ateneo de la Juventud, debían reunirse dos veces por semana para exponer los logros que en distintas materias se habían alcanzado en el siglo de la Independencia.¹⁴⁰

El 30 de diciembre *El Imparcial* decía que un grupo de intelectuales, a iniciativa de los licenciados José Castellot hijo y Miguel Lanz Duret, querían formar una nueva sociedad para

¹³⁹ Véanse, por ejemplo: “La segunda semana católico-social”, *El Tiempo*, 1 de octubre de 1910, p. 7; “Clausura de los trabajos de la semana Católico-Social”, *El Tiempo*, 24 de octubre de 1910, p. 2; “Anoche fue inaugurado un notable Congreso”, *El Imparcial*, 31 de octubre de 1910, pp. 1 y 9; “Se clausura el Congreso Indianista.”, *El Imparcial*, 6 de noviembre de 1910, pp. 1 y 13; “\$500,000 pesos para fundar la sociedad de obreros”, *El Imparcial*, 20 de octubre, pp. 1 y 5; “La Sociedad Mutualista Moralizadora”, *El Imparcial*, 25 de diciembre, p. 5.

¹⁴⁰ “La Sociedad para el Cultivo de las Ciencias”, *El Imparcial*, 21 de noviembre de 1910, p. 10; “Una sociedad de Estudios Económicos”, *El Imparcial*, 6 de diciembre, p. 5; “Concurso Científico y Artístico del Centenario”, *El Imparcial*, 30 de diciembre, p. 7; “Inauguración del concurso científico y artístico del Centenario”, *El Imparcial*, 31 de diciembre, pp. 1 y 7.

impulsar el estudio de las ciencias políticas y sociales. Habían aceptado incorporarse al proyecto Miguel Alessio Robles, Óscar J. Braniff, Ignacio Bravo Betancourt, Adolfo Castañares, Isidro Fabela, Leopoldo Kiel, Federico Mariscal, Guillermo Novoa, Eduardo Pallares, Antonio de la Peña y Reyes y Enrique Torres Torija.¹⁴¹

La Exposición de Pintura Mexicana fue clausurada la segunda semana de octubre, no sin antes recibir la visita del Presidente de la República. El Ministerio de Instrucción Pública compró varias obras y anunció que encargaría a los artistas la decoración de los muros del remodelado Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Los artistas dieron un banquete a Gerardo Murillo en Xochimilco, en vista de su próximo viaje a Europa. A finales de noviembre, Diego Rivera, recién llegado del viejo continente, abrió una exposición en Bellas Artes, con extraordinario éxito. En enero Ángel Zárraga hizo lo propio, presentando trabajos muchos de ellos realizados en Europa.¹⁴²

Los Juegos Florales de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, después de muchas complicaciones, llegaron a un resultado a finales de diciembre. Aunque la ceremonia de premiación se efectuaría varias semanas después, a principios de enero ya se sabía que el galardonado con el primer premio era Rafael López por su poema “La leyenda de los volcanes”. Se apresuraron a ofrendarle un banquete sus amigos Álvaro Gamboa Ricalde, Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto y José de Jesús Núñez y Domínguez, entre otros.¹⁴³

A finales de octubre se daba a conocer que la “monumental” Crónica del Centenario, en la que colaboraron los ateneístas Nemesio García Naranjo, Rubén Valenti, Manuel Teja Zabre y Ricardo Gómez Robelo, pronto comenzaría a imprimirse. Se editarían cinco mil ejemplares y la obra sería enviada a los representantes nacionales y extranjeros que asistieron al Centenario, así como a las principales bibliotecas del mundo.¹⁴⁴ Por esas fechas Luis Castillo Ledón terminó su tarea de clasificación de las fotografías tomadas durante sus indagaciones sobre el itinerario de

¹⁴¹ “Agrupación para el estudio de las ciencias políticas y sociales”, *El Imparcial*, 30 de diciembre, p. 5.

¹⁴² “Los artistas mexicanos decorarán los muros del anfiteatro de la Preparatoria”, *El Imparcial*, 15 de octubre, p. 7; “Los artistas mexicanos formarán su gran círculo”, *El Imparcial*, 22 de octubre, p. 4; *El Imparcial*, 23 de octubre, p. 2. Se publicaron numerosas noticias respecto a las exposiciones de Rivera y Zárraga; véanse por ejemplo: “Tuvo magnífico éxito la exposición de Diego Rivera”, *El Imparcial*, 21 de diciembre, p. 4; “La exposición Zárraga”, *El Imparcial*, 23 de diciembre, p. 7.

¹⁴³ “El vencedor en un concurso literario”, *El Imparcial*, 1 de enero de 1911, p. 3.

¹⁴⁴ “Libro monumental de la crónica del Centenario”, *El Imparcial*, 27 de octubre, p. 3. La obra apareció al año siguiente: *Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia*, publicada bajo la dirección de Genaro García, por acuerdo de la Secretaría de Gobernación, México, Museo Nacional, 1911. Hay edición facsimilar: Chimalistac, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1991.

Miguel Hidalgo, con las cuales se planeaba abrir una clase especial en las escuelas públicas. Además, Castillo Ledón formó parte de un jurado de especialistas encargado de determinar la autenticidad de un retrato de Miguel Hidalgo, y publicó un opúsculo histórico, “Los mexicanos autores de óperas”, que fue bien acogido en la crítica de la capital.¹⁴⁵

En diciembre Marcelino Dávalos y José Escofet estrenaban nueva obras teatrales, “Viva el amor” y “Oro de Ley”, respectivamente.¹⁴⁶ Carlos González Peña, en su sección habitual del *Mundo Ilustrado*, era un escritor prolífico. Durante septiembre presentó relatos relacionados con las fiestas del Centenario; en los meses siguientes escribió sobre el padre Agustín Rivera, el libro “Tristán e Isolda” de Eduardo E. Trucco, un nuevo volumen de *Mi Diario* de Federico Gamboa, el opúsculo sobre la ópera de Castillo Ledón, así como de artistas y escritores extranjeros.

Muchos otros jóvenes escritores, ateneístas o cercanos al grupo, publicaron prosas y poesías en los periódicos de la capital, al lado de escritores mexicanos y extranjeros consagrados.¹⁴⁷ Alfonso Reyes, que desde principios de 1910 tenía listo su primer libro, *Cuestiones estéticas*, lo vería aparecer bajo el sello Ollendorf a mediados de 1911. Las conferencias del Ateneo de la Juventud fueron editadas en forma de libro antes de terminar el año del Centenario, gracias al apoyo del director de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, Pablo Macedo.¹⁴⁸

Sabemos, por Henríquez Ureña, que el Ateneo tuvo una sesión muy animada en noviembre, destacándose la participación del escritor modernista y diplomático Efrén Rebolledo. Se vislumbraba además un buen acercamiento con intelectuales cubanos que, organizados por

¹⁴⁵ “30, 000 fotografías del camino de Hidalgo al Patíbulo”, *El Imparcial*, 5 de noviembre de 1910, p. 7; “La evolución de la ópera en México”. *El Imparcial*, 17 de octubre, p. 9; “Bibliografía”, *El Imparcial*, 18 de diciembre, p. 15. Carlos González Peña le dedicó su página en *El Mundo Ilustrado*, 8 de enero de 1911. Sobre estas noticias, Julieta Ávila Hernández, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*, tesis de Maestro en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010, pp. 204-208.

¹⁴⁶ “Estreno de una obra de Marcelino Dávalos”, *El Imparcial*, 4 de diciembre, p. 12.; “Teatrales”, por Maese Pedro, *El Mundo Ilustrado*, 18 de diciembre de 1910.

¹⁴⁷ De octubre a diciembre de 1910, en los domingos literarios de *El Imparcial*, fueron publicados trabajos de Rafael López, Manuel De la Parra, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Cravioto, José de Jesús Núñez y Domínguez, Leopoldo de la Rosa, Roberto Argüelles B., Luis Castillo Ledón y Ángel Zárraga. En el semanario *El Mundo Ilustrado*, se presentaron textos de Eduardo Colín, Isidro Fabela, Julio Torri, Luis Castillo Ledón y Alfonso Cravioto. En la *Revista Moderna de México*, además de reportajes y reproducciones de los pintores jóvenes, se incluyeron prosas y poesías de Luis Castillo Ledón, Rafael López, Rafael Cabrera, Emilio Valenzuela, Álvaro Gamboa Ricalde, Rubén Valenti y Heliodoro Valle.

¹⁴⁸ *Las Conferencias del Ateneo de la Juventud*, Imprenta Lacaud, México, 1910. Reeditadas en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, prólogo, notas y recopilación de apéndices por Juan Hernández Luna. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2000, pp. 25-110.

Max Henríquez Ureña, habían conformado la Sociedad de Conferencias, inspirándose en la experiencia mexicana. Pedro le decía a su hermano:

En la última sesión del *Ateneo de la Juventud* se nombró, a Castellanos y a ti, socios correspondientes, por proposición de Caso, como fundadores de la *Sociedad de Conferencias* de la Habana. Fué sesión animada: se invitó a Efrén Rebolledo, y leyó un capítulo de novela que pasa en el Japón –pintoresco–; hubo versos de Roberto Argüelles Bringas, Rafael López (muy elegante contra los *yankees*: los mando a Santo Domingo), y Ángel Zárraga (un poco *futuristas* –Marinetti– pero bien hechos); Julio Torri, un celebradísimo diálogo castizo –Wilde sobre la *murmuración como forma de arte*, y Alfonso, su trabajo sobre Mallarmé, quizás lo más profundo que ha escrito.¹⁴⁹

La Universidad Nacional comenzó a funcionar. Se trataba de coordinar a las numerosas entidades que estaban bajo su dirección y echar a andar la nueva Escuela Nacional de Altos Estudios. Los puestos de los ateneístas Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña eran administrativos y, precisamente por ello, muy laboriosos en una etapa en que debían resolverse toda clase de asuntos prácticos. El Consejo Universitario empezó a sesionar, deliberando, entre otros asuntos, sobre la asistencia a sus juntas, en particular sobre si los consejeros alumnos tenían derecho de concurrir a todo tipo de sesiones. Asimismo se dio curso de estudio a una propuesta del consejero Miguel F. Martínez para organizar la extensión universitaria.¹⁵⁰

La Escuela Nacional de Altos Estudios tardó cerca de dos meses en quedar instalada en el edificio de la Universidad.¹⁵¹ Pero inició pronto su existencia efectiva con dos cursos impartidos por connotados profesores extranjeros. James Mark Baldwin, doctor en Filosofía por la Universidad de Princeton y profesor de la Universidad Johns Hopkins, impartió un curso de Psicología de octubre a diciembre. En la apertura, el 18 de octubre, el oficial mayor de la Universidad, Pedro Henríquez Ureña, se encargó de presentarlo ante los alumnos y los directivos universitarios.¹⁵² Después de este curso, otra eminencia, el Dr. Franz Boas, profesor de la Universidad de Columbia, impartió una clase de Antropología de finales de diciembre a febrero

¹⁴⁹ Pedro, México, 24 de noviembre de 1910 *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 557-558.

¹⁵⁰ “Se trata de reglamentar la asistencia a las juntas de la Universidad”, *El Imparcial*, 28 de octubre, p. 7; sobre la iniciativa para dar forma a la extensión universitaria, “Notas de Instrucción”, *El Imparcial*, 29 de octubre, p. 9; “Notas de Instrucción”, *El Imparcial*, 25 de diciembre, p. 12.

¹⁵¹ “La dirección de la E. de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 17 de noviembre de 1910, p. 7.

¹⁵² “Se inaugura la Escuela de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 19 de octubre, pp. 1 y 12.

de 1911.¹⁵³ En esos tiempos iniciales de la Universidad, también se invitó al fisiólogo Charles Richet, de la Universidad de París, y a Santiago Ramón y Cajal, reconocido por sus investigaciones médicas, pero no se logró que vinieran a la Universidad.¹⁵⁴

El domingo 30 de octubre se realizó la ceremonia de entrega de premios a los alumnos de las Escuelas Superiores, presidida por el general Porfirio Díaz. Por primera vez, el discurso oficial corrió a cargo de un funcionario de la Universidad, el secretario general de la misma, Antonio Caso.¹⁵⁵

El impulso del Centenario era fuerte y amplio. Pero igual de fuerte era el impulso por el cambio político. Los reclamos no habían dejado de sentirse a lo largo de 1910, aún entre los fastos deslumbrantes de septiembre. Los deseos de cambio, que se manifestaron primero a través del reyismo y después en la campaña presidencial de Francisco I. Madero, no habían triunfado. Pero habían abonado el terreno y tenían raíces profundas. Además, en la movilización de fuerzas sociales por el Centenario, las clases populares experimentaron momentos de organización y de uso de los espacios públicos que, si bien bajo tutela, no eran poca cosa como aprendizaje sobre su propia fuerza. El antirreeleccionismo era la única fuerza política que, a pesar de todo, se había mantenido articulada y con presencia en muchas partes del país. Representaba un riesgo latente para el régimen.

El seis de octubre, cuando en la ciudad de México se realizaba la soberbia ceremonia en honor de los Héroes de la Independencia, Francisco I. Madero huía de la ciudad de San Luis Potosí, después, dice Alfonso Taracena, “de habersele presentado un emisario de México con nuevas alarmantes y con el aviso de don Gustavo [Madero] de que urgía la fuga.” Se habían dado instrucciones de incomunicarlo de nuevo y asesinarlo simulando un alboroto.¹⁵⁶ Dos días después cruzaba la frontera por la ciudad de Laredo y se dirigía a San Antonio, Texas. Decidió, junto con un pequeño grupo de colaboradores, hacer el llamado a la lucha armada.

¹⁵³ “Dos nuevas clases en la Escuela Nacional de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 18 de diciembre, p. 13; “Clases de Antropología en la Escuela de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 23 de diciembre, p. 7.

¹⁵⁴ La visita de Richet se daba como cosa segura, “Nuevo profesor de la Escuela de Altos Estudios”, *El Imparcial*, 1 de noviembre, p. 3. El ministro Justo Sierra invitó a Santiago Ramón y Cajal a través de una carta del 23 de enero de 1911, Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, pp. 561-562.

¹⁵⁵ “Los premios a los alumnos de las Escuelas Superiores”, *El Imparcial*, 27 de octubre, p. 7; “El bellissimo festival escolar de ayer”, *El Imparcial*, 31 de octubre de 1910, pp. 1 y 9.

¹⁵⁶ Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960], p. 266.

El *Plan de San Luis*, firmado por Madero, fue formulado a finales de octubre por él, Juan Sánchez Azcona, Federico González Garza, Bordes Mangel y Ernesto Fernández, dándole fecha del 5 de ese mes para evitar que se viera como un pronunciamiento emitido desde los Estados Unidos.¹⁵⁷ Ha llegado el momento de grandes sacrificios para el pueblo mexicano, decía Madero en el documento. La tiranía es intolerable. Se nos ofrece una “paz vergonzosa”, que tiene por base sólo la fuerza y por único objeto “enriquecer a un pequeño grupo que, abusando de su influencia, ha convertido los puestos públicos en fuente de beneficios exclusivamente personales, explotando sin escrúpulos las concesiones y contratos lucrativos.” El sistema republicano existe sólo en la Carta Magna; en la realidad campea la Ley Marcial; “todo el engranaje administrativo, judicial y legislativo, obedece a una sola voluntad, el capricho del General Porfirio Díaz, quien en su larga administración ha demostrado que el principal móvil que lo guía es mantenerse en el poder y a toda costa.”

Madero relataba el éxito de su campaña presidencial y los ataques del gobierno. Se ha demostrado al mundo entero, decía, “que el Pueblo Mexicano está apto para la democracia, que está sediento de libertad, y que sus actuales gobernantes no responden a sus aspiraciones.” Por lo tanto, declaraba ilegales las elecciones, asumía provisionalmente la Presidencia de la República y llamaba a levantarse en armas el 20 de noviembre. Como uno de los principales puntos del Plan, entre distintas reformas sociales y políticas, declaraba Ley Suprema de la República, junto con la Constitución, “el principio de NO REELECCIÓN del Presidente y Vicepresidente de la República, de los Gobernadores de los Estados y de los Presidentes Municipales, mientras se hagan reformas constitucionales respectivas.” Convocaba a la lucha para salvar a la patria del sombrío porvenir que le esperaba bajo la dictadura del general Díaz y el gobierno de la “nefanda oligarquía científica”.¹⁵⁸

En principio, Madero y sus colaboradores planeaban que estallara la revolución en el centro del país, en las ciudades de México, Pachuca y Puebla, en donde había elementos preparados para ello.

¹⁵⁷ *Ibidem.*, p. 268.

¹⁵⁸ “Plan de San Luis”, en Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, pp. 428-434.

El Partido Liberal Mexicano, por su parte, había reactivado los planes revolucionarios desde agosto, cuando fueron liberados Ricardo Flores Magón, Librado Rivera y Antonio I. Villarreal, presos desde hacía tres en años en los Estados Unidos. A principios de septiembre reapareció *Regeneración* en Los Ángeles. Ricardo Flores Magón, en el primer número del periódico, que circuló con mucha dificultad en México, expresaba abiertamente la intención revolucionaria:

Aquí estamos, con la antorcha de la revolución en una mano y el Programa del Partido Liberal en la otra, anunciando la guerra. No somos gemebundos mensajeros de paz: somos revolucionarios. Nuestras boletas electorales van a ser las balas que disparen nuestros fusiles. De hoy en adelante, los marrazos de los mercenarios del César no encontrarán el pecho inerme del ciudadano que ejercita sus funciones cívicas, sino las bayonetas de los rebeldes prontas a devolver golpe por golpe.¹⁵⁹

Según la interpretación del magonismo, ya muy influenciado por la teoría marxista de la lucha de clases, las recientes disputas políticas en México eran expresión de la confrontación entre facciones de la burguesía. Una minoría, el grupo científico, se impuso y el resto “volvió armas contra el gobierno y formó los partidos militantes de oposición a Díaz y especialmente a Ramón Corral, el vicepresidente, bajo las denominaciones de Partido Nacional Democrático y Partido Nacional Antirreeleccionista, cuyos programas no dejan lugar a duda de que son partidos absolutamente burgueses.”¹⁶⁰ El magonismo intentaría aprovechar el levantamiento armado maderista, pero con radicales diferencias ideológicas.¹⁶¹

Los estudiantes, que en los últimos años habían estado muy presentes en los episodios de disidencia, volvieron a las calles a principios de noviembre, a raíz del linchamiento del mexicano Antonio Rodríguez en Rock Springs, Texas. En la ciudad de México, el día 8, grupos de estudiantes atacaron el periódico *The Mexican Herald*, resultando varios detenidos. La noche del día siguiente continuaron los disturbios. Grupos de inconformes recorrieron las calles del centro

¹⁵⁹ “Regeneración”, Ricardo Flores Magón, *Regeneración*, 3 de septiembre de 1910, en *Regeneración 1900-1918*. Prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, Era/SEP, Lecturas Mexicanas, 1987, p. 228.

¹⁶⁰ “En pos de la libertad”, disertación leída por Ricardo Flores Magón en la sesión del Grupo Regeneración realizada el 30 de octubre de 1910, *Regeneración*, 3 de septiembre de 1910, en *Regeneración 1900-1918*, México, Era/Secretaría de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, 1987, p. 247.

¹⁶¹ El 16 de noviembre, la Junta del Partido Liberal Mexicano se dirigía a sus afiliados informándoles que Madero se lanzaría a un movimiento el día 20. Les indicaba que podían aprovechar la oportunidad para levantarse en armas, “pero sin hacer causa común con los maderistas, pues el programa del Partido Liberal es muy distinto del programa del Partido Antirreeleccionista.” Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, p. 281.

destruyendo comercios y enfrentándose a la policía. La turba se dirigió contra *El Imparcial*, apedreó sus oficinas, se introdujo y trató de prenderles fuego. La policía intervino, dispersó a la multitud e hizo numerosas aprehensiones.¹⁶²

El día 10 se contabilizaban ya 52 detenidos. La policía vigilaba las escuelas para evitar que se reunieran los estudiantes. Se desarrollaron manifestaciones antiyanquis en Guadalajara desde el día 8, y para el día 11 cundían en Morelia, Oaxaca y San Luis Potosí. La Secretaría de Instrucción Pública mandó cerrar temporalmente las escuelas en la ciudad de México y expulsó a algunos alumnos de la Escuela de Comercio. Justo Sierra se presentó en los planteles de Jurisprudencia y de la Preparatoria para explicar a los alumnos la necesidad de estas acciones.¹⁶³

La vigilancia extraordinaria en la ciudad de México permitió a las autoridades descubrir un plan antirreeleccionista de compra de armas para el levantamiento armado.¹⁶⁴ El día 13 se realizaban nuevas manifestaciones en las ciudades de Chihuahua y Jalapa, quedando suspendidas otras gracias a la intervención de los gobernadores, que habían sido instruidos desde el centro en ese sentido. En los días siguientes se presentaron algunos disturbios aislados.¹⁶⁵

El gobierno mexicano tenía información abundante del plan subversivo de Madero y, a mediados de noviembre, logró la colaboración del Departamento de Estado de Washington para vigilar y tratar de aprehender a los conspiradores.¹⁶⁶ El día 18, en la ciudad de Puebla, ocurrió un fuerte y desigual enfrentamiento armado entre un grupo de antirreeleccionistas, encabezados por Aquiles Serdán, y fuerzas del ejército. Quedó así destruido un importante centro subversivo.¹⁶⁷

El día 20 de noviembre pequeños grupos respondieron al llamado revolucionario en Durango, Chihuahua, San Luis Potosí, Veracruz, Puebla y Coahuila.¹⁶⁸ En días siguientes hubo algunos enfrentamientos importantes, principalmente en Ciudad Guerrero, Chihuahua, y se integraron a la revolución personajes que serían de suma importancia, como Francisco Villa.

¹⁶² *El Imparcial*, 9 de noviembre, p. 1; Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 275-376.

¹⁶³ “Por la manifestación de antier se ordenó el cierre de las escuelas profesionales”, *El País*, 12 de noviembre de 1910, p. 1 y 2.

¹⁶⁴ Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, pp. 278-279.

¹⁶⁵ *Ibidem.*, p. 279.

¹⁶⁶ *Ibidem.*, p. 260.

¹⁶⁷ “Un día sangriento en la ciudad de Puebla, se dispararon diez mil tiros en la calle de Santa Clara, más de 50 personas muertas o heridas”, *El Imparcial*, p. 1. Taracena, Alfonso, *Op. cit.*, p. 281.

¹⁶⁸ Taracena, *Op. cit.*, pp. 284-286.

Con base en noticias imprecisas, don Francisco Henríquez y Carvajal le escribía muy alarmado a Pedro el día 22. Las noticias por cable, decía, hablan de una revolución en México dirigida por el general Bernardo Reyes. Lo instaba a que se trasladara a Cuba, donde, además, había posibilidades de éxito. “Es momento oportuno para enrolarte en la Habana en la falange de jóvenes intelectual que han empezado a dar sus conferencias en el Ateneo. Tu hermano Max figura en el grupo a la cabeza, y sus relaciones y prestigio te abren hoy todas las puertas. Una conferencia tuya intercalada en la serie como *extraordinaria*, te aseguraría el éxito inmediato.”¹⁶⁹

La situación en México era dramática, pero parecía que no se saldría de control. Henríquez Ureña le escribía a su hermano Max, el 24 de noviembre: “La revolución parece terminada, pero hubo días de grande alarma. Mucha represión enérgica y silenciosa, pero alguna –mucho– desorganización de tropas. Muchos militares simpatizaban con la revolución, y algunos han sido suprimidos.”¹⁷⁰

Como estaba previsto, el primero de diciembre, en la Cámara de Diputados, el general Porfirio Díaz asumió un nuevo mandato presidencial por seis años. Para el joven diputado Nemesio García Naranjo resultó evidente el deterioro de la salud del dictador y su vicepresidente.¹⁷¹ Esa misma tarde tuvo una entrevista informal con don Ramón Corral en su casa. Con franqueza, el vicepresidente le expresó su preocupación ante la situación del país: “¿no le asalta de vez en cuando el temor de que todo esto pueda terminar con un derrumbamiento?” En el ejercicio de memoria, García Naranjo concluye que era verdad, que la última campaña electoral no había servido para destacar prestigios sino para destrozarlos.

El del general Díaz, aunque se conservaba en primera línea, había disminuido muchísimo; el del general Reyes, después de crecer fantásticamente hasta seducir a la nación, se había hundido en forma dramática; el de Limantour no existía, y en cuanto al prestigio de Corral, que llevó la peor parte por aparecer ante las muchedumbres como ‘candidato de imposición’, estaba hecho trizas y no presentaba garantía para el futuro.¹⁷²

Había brotes de rebelión en el sur (Tabasco, Veracruz, Oaxaca) e incluso en las cercanías de la ciudad de México. Los enfrentamientos mayores se concentraban en el norte, sobre todo en

¹⁶⁹ Santiago de Cuba, 22 de noviembre de 1910, en *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, Santo Domingo, Secretaría de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, p. 556.

¹⁷⁰ México, 24 de noviembre de 1910, en *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, p. 559.

¹⁷¹ García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, pp. 201-202.

¹⁷² *Ibidem.*, pp. 206-207.

Chihuahua. El 17 de diciembre tropas federales al mando del coronel Martín L. Guzmán Rendón fueron atacadas en la zona del Malpaso. El coronel resultó herido en una pierna y fue trasladado a la capital del estado. Su hijo Martín Luis, que desde finales de 1909 trabajaba como escribiente en el Consulado mexicano en Phoenix, Arizona, se apresuró a ir a su lado. El militar porfirista moría el 29 de diciembre, acontecimiento de hondas consecuencias en su hijo, futuro gran escritor sobre la revolución. Martín Luis renunció a su puesto y decidió restablecerse en la ciudad de México. Muy difíciles fueron sus condiciones de vida a inicios de 1911, en empleos menores, casado y con un hijo que aún no cumplía el año de edad. Sin embargo, a partir de entonces se acercó al grupo del Ateneo de la Juventud, desarrollando amistades que serían determinantes, en particular, con Pedro Henríquez Ureña.¹⁷³

A principios de 1911 los enfrentamientos continuaban en Chihuahua y comenzaban a ser importantes en muchas otras partes del país. Henríquez Ureña le escribía a Max, el 2 de febrero: “La revolución sigue extendiéndose: hay pronunciamientos en poblaciones (pequeñas) de nueve Estados: Chihuahua (casi todo), Coahuila (gran parte), Sonora, Sinaloa, Nuevo León, Oaxaca, Guerrero, Veracruz y Puebla; probablemente también Tlaxcala.”¹⁷⁴

Francisco I. Madero cruzó la frontera para asumir el mando directo de las fuerzas revolucionarias en Chihuahua. Entre muchos otros líderes, emergía Emiliano Zapata en Morelos a principios del mes de marzo. A finales de ese mes, y habiendo tenido ya conversaciones con Francisco I. Madero en Nueva York, llegó a la ciudad de México José Ives Limantour. Anunció que, con la aprobación del general Díaz, se realizarían cambios en el Gabinete, incluyendo el regreso del general Bernardo Reyes a la Secretaría de Guerra. Los secretarios de Estado, entre ellos Justo Sierra, dimitían el día 28.

En ese mes de marzo, José Vasconcelos participó en un frustrado complot insurreccional en Tacubaya. Luego se integró al equipo maderista que desarrollaba labores diplomáticas y propagandísticas a favor de la revolución en los Estados Unidos.¹⁷⁵

El primero de abril, en la Cámara de Diputados, el presidente Díaz hablaba de la revuelta, de los cambios en el gobierno y señalaba que aceptaría una iniciativa legislativa para establecer la

¹⁷³ Quintanilla, Susana, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la revolución mexicana*, México, D. F., Tusquets editores, 2009, pp. 90-91, 95-96 y 106.

¹⁷⁴ México, 2 de febrero de 1911, *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*, pp. 560-562.

¹⁷⁵ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, pp. 357- 370.

no reelección. A finales del mes era aprobada una ley en ese sentido. Pero era demasiado tarde. Madero, al frente de la revolución, exigía el retiro del presidente. A principios de mayo caía la capital del estado de Durango y días después Ciudad Juárez, Chihuahua. El día 21 de ese mes se firmaban acuerdos de paz, bajo la condición de la renuncia del presidente y el vicepresidente. El texto de renuncia fue leído en la Cámara de Diputados el día 25. El general Porfirio Díaz, después de haber sostenido las riendas del país durante más de treinta años, partía a Europa el último día de mayo.

Los jóvenes intelectuales habían aprovechado bien los tiempos del Centenario. Prosperaban individualmente e incluso consolidaban sus carreras. Como Ateneo de la Juventud habían mostrado un perfil claro y fuerte en sus conferencias. Además de seguir trabajando por la renovación de las ideas en México, sostenían e impulsaban sus propias formas de emprender el trabajo de la inteligencia, con base en la seriedad, cada cual con énfasis y orientaciones particulares. En todo ello la simpatía y el apoyo del ministro Justo Sierra habían sido y eran fundamentales. Sonaban las campanas para la nueva generación intelectual, en vías de convertirse en agente director en el campo de la cultura. La revolución iniciada en noviembre de 1910, empero, trastocó por completo el panorama. Las perspectivas de los jóvenes, a partir de entonces, resultaron ambivalentes, difíciles y con posibilidades abiertas.

Pedro Henríquez Ureña no pudo observar el desenlace de la revolución maderista y la caída del general Díaz. Salió del país en abril de 1911 en viaje de descanso, estuvo algunas semanas en Cuba y otras en Santo Domingo. Regresaría a México a principios de julio, cuando las condiciones del país habían dado un vuelco. “Ya triunfó la revolución”, le escribía Alfonso Reyes el 6 de junio. “Madero llega mañana. El general Díaz se fue ya. No podía yo, por razones familiares que en los últimos días se hicieron gravísimas [debido al pronto regreso de su padre, el general Bernardo Reyes], darte noticias de la política mexicana. Lo sabrás todo cuando vengas.

Nos espera una época agradabilísima y de civismo serio.” Añadía que Antonio Caso decía “que, habiendo triunfado ya tu causa, es menester que vengas.”¹⁷⁶

Con la caída de Porfirio Díaz terminaba toda una época de la nación mexicana. Los treinta años del régimen se pueden definir como un periodo de modernización con profundas contradicciones. El progreso material del país se fundaba en grandes desigualdades sociales y una cada vez mayor dependencia de los capitales extranjeros. La prosperidad económica había posibilitado el florecimiento del arte y la cultura, así como de la educación, pero sus frutos seguían sin llegar a las grandes masas. En la clase política y en las clases favorecidas, se aceptaba y se deseaba el gobierno “paternalista” (autoritario) de Porfirio Díaz como la condición necesaria para la paz y el desarrollo del país. La paz, urgente necesidad sentida por las mayorías cuando Díaz llegó al poder, para 1910 era una simulación lacerante. Los principios liberales de la Constitución de 1857 no imperaban. En las clases populares y en parte de la burguesía mexicana, las banderas de libertad, democracia y justicia progresivamente se habían afianzado.

Se puede decir, también de manera general, que la tarea para la nación mexicana, tras la caída de la dictadura, era continuar el impulso modernizador pero resolviendo las graves contradicciones e inequidades en que se había basado. En gran medida ese sería el propósito de Madero.

Uno de los efectos de la caída de la dictadura fue que el pacto de subordinación entre los intelectuales y el régimen porfirista quedó finiquitado. Las condiciones para el ejercicio intelectual cambiaron radicalmente. En los siguientes años se desarrolló un periodo de mayores libertades y de disputas políticas abiertas, lo que fue aprovechado por los intelectuales de todos los signos. Este periodo terminaría en 1913, cuando el gobierno de Francisco I. Madero fue trágicamente suprimido.

“Nuestra generación escolar se había dividido”, dice José Vasconcelos. “Los más brillantes, José María Lozano, Nemesio García Naranjo, se subordinaron a Pineda y los científicos. El grupo del Ateneo se mantenía ajeno a la política; pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo.”¹⁷⁷ El fin de la dictadura de Díaz fue un desastre para los jóvenes integrados a las filas del grupo científico. Pero, como el maderismo no haría tabula rasa y de hecho

¹⁷⁶ Alfonso Reyes a Pedro Henríquez Ureña, México, 6 de junio de 1911, *Correspondencia I (1907-1914)*, México, FCE, 2004, pp. 179-180.

¹⁷⁷ *Ulises criollo*, (segunda parte), México D. F., Lecturas mexicanas, FCE, SEP, 1982, p. 333.

mantendría gran parte del andamiaje del régimen anterior, también para estos noveles políticos se abrió un panorama ambivalente: lleno de luchas y de oportunidades. Mientras que para los integrantes del grupo central del Ateneo de la Juventud el triunfo de Madero, en principio, era una buena noticia, pues vislumbraban mayores libertades y acaso condiciones para el desarrollo de un “civismo serio”. Sin embargo, después de la caída de la dictadura habría grandes incertidumbres sobre la continuidad del proyecto educativo y cultural desarrollado por Justo Sierra. El temple ateneísta, en sus distintas vertientes, sería probado en nuevas circunstancias y en muchas otras batallas culturales y políticas.

Capítulo 10. El joven intelectual Pedro Henríquez Ureña

En el joven Henríquez Ureña había una fuerte síntesis del *ethos* ateneísta. Su formación intelectual, que por supuesto seguiría evolucionando, tenía ya fundamentos claros y firmes. Trato en este capítulo de concluir el análisis de su formación, profundizando en las tensiones que animaban la personalidad de este dominicano que tuvo tanta influencia en sus compañeros mexicanos. Algunas excursiones hacia delante, hacia el Pedro maduro, permitirán evaluar la permanencia de los fundamentos de su carácter, su manera de enfrentarse con el “vario universo”.

*

En los tiempos del Centenario prosperaba el movimiento de renovación intelectual iniciado por los jóvenes en 1906. Ascendía el ateneísmo. Incluso puede afirmarse que estaba ya asentándose en el panorama cultural mexicano. Pedro Henríquez Ureña jugó un papel protagónico en ese movimiento, como animador, organizador y crítico. El año del Centenario fue también de ascenso en el prestigio individual de Pedro. Figuró como uno de los autores de la *Antología del Centenario*, éxito rotundo del Ministerio de Instrucción Pública; participó en el ciclo de conferencias del Ateneo de la Juventud; recibió la oportunidad laborar al lado del cuerpo directivo de la nueva Universidad, y su libro *Horas de estudio* fue sumamente elogiado. A sus 26 años, era reconocido como un intelectual completo.

El mes de septiembre de 1910 debió ser excitante para Pedro. Estuvo seguramente en la inauguración de la Universidad Nacional, como en otros actos oficiales en que figuraron amigos cercanos. Sin duda asistió a las funciones especiales de ópera y los conciertos musicales patrocinados por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Para la temporada de ópera estuvieron en la ciudad artistas de talla internacional, como las sopranos Jane Noria, Emilia Sedelmayer y Rita Fornia del Metropolitan Opera House, y los directores Vittorio Podesti del Metropolitan y G. Angelini del Teatro de San Carlos de Nápoles. El dominicano debió acudir al Teatro Arbeu, por ejemplo, para disfrutar las representaciones de

Caballería Rusticana de Pietro Mascagni, *Payasos* de Ruggero Leoncavallo, *Aída y Rigoletto* de Giuseppe Verdi, *Lohengrin* de Richard Wagner y *Tosca* de Giacomo Puccini.¹

A partir de octubre sus ocupaciones aumentaron. Terminadas las vacaciones escolares extraordinarias, volvió a las aulas de la Escuela Nacional de Jurisprudencia y empezó a trabajar como Oficial Mayor de la Universidad Nacional, con un sueldo anual de 1 533 pesos, 127 mensuales.² No era, en realidad, una gran paga, pero como mantuvo por un tiempo el empleo en la *Antología del Centenario*, donde ganaba 150 pesos, su situación económica mejoró bastante.

Su padre, en carta del 19 de septiembre, le avisó que su hermano mayor, Francisco, estaba enfermo de gravedad; lo prevenía porque quizás sería necesario que viajara a La Habana para brindarle apoyo. El 2 de octubre le explicaba que Franc tenía afectado un pulmón, pero se trataba, sobre todo, de un desgaste orgánico debido al exceso de trabajo y al descuido. Ya estaba mejor, pero seguían preocupados. Con molestia le decía que seguramente por las muchas ocupaciones por el Centenario no había escrito, pues su última era de fines de junio.³ No se conservaron, si las hubo, respuestas de Pedro a estas misivas del padre que debió haber recibido en el transcurso de octubre. Sólo esto empañaba su buen panorama en México.

A finales del año aparecieron artículos muy elogiosos sobre su libro, *Horas de estudio*. El 13 de noviembre, Carlos González Peña le dedicó su espacio dominical en *El Mundo Ilustrado*.

Soy yo, quizá, el menos indicado para hablar de Pedro Henríquez Ureña. La decisiva influencia que él ha ejercido en muchas de las orientaciones de mi espíritu; el cariño leal y profundo que a él me une de años atrás; y, sobre todo, mi admiración por su talento, uno de los más vigorosos que conozco, acaso fueran, para gente vulgar, obstáculos que me impidiesen juzgar con equidad de su persona.

Pero ¿quién mejor que aquel que ha vivido en íntimo contacto con una inteligencia, asistiendo al desenvolvimiento de ella durante un período interesantísimo de la vida, y

¹“Elenco del gran cuadro de ópera para la temporada del Centenario”, *El Imparcial*, 13 de agosto, p. 6; “La temporada de ópera en Arbeu”, *El Imparcial*, 14 de septiembre, p. 8.

² Nombramiento de Pedro Henríquez Ureña como Oficial de la Secretaría de la Universidad Nacional de México, firmado por Justo Sierra, Secretario de Estado y del Despacho de Instrucción Pública y Bellas Artes. Sección de Instrucción Secundaria, preparatoria y profesional. México, 22 de septiembre de 1910. AHCM-PHU, Caja 3 sin clasificar.

³ Francisco Henríquez y Carvajal a Pedro, Santiago de Cuba, 19 de septiembre de 1910, y 2 de octubre de 1910, *Epistolario, Familia Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994, pp. 553, 554-555.

acercándose a un alma, de tal manera que le ha sido fácil verla en no pocos de sus aspectos para el desconocido extraño, es capaz de referirse a ella con sinceridad?

Henríquez Ureña ha vivido con nosotros –los de la nueva generación literaria– muy hermosos momentos. Más aún: ha contribuido con su más noble entusiasmo a la formación de este grupo joven que en México persigue ahora altos ideales de saber y de belleza.

Carlos recordaba las horas pasadas en la casa de la Séptima de Soto, donde vivían Pedro, Max, Luis Castillo Ledón y Darío Herrera, espacio de reunión de los jóvenes en una interminable corriente de charlas y discusiones. Han corrido los años, decía, algunos se marcharon, la mayoría sigue persiguiendo el mismo ideal. Como Henríquez Ureña, quien no ha perdido el tiempo. “Pasados los años inquietos, de afanosas y largas lecturas, de rebeldía simpática, llega la madura juventud, bella y risueña como una primavera, y el aspirante a crítico de ayer, el noble estudioso, crítico es ya.” *Horas de Estudio* es un libro de “alta crítica”, “profundo y severamente escrito”, que revela, antes que otra cosa, “una amplia y laboriosa cultura”. La obra no es una sorpresa, hay continuidad con respecto a su primer libro, *Ensayos críticos*.

La visión es ahora más amplia, ciertamente; el saber más grande. Pero en el fondo, creo descubrir al que no ha muchos años nos habló de D’Annunzio, de Bernard Shaw y de Strauss. Es la misma la serenidad en la apreciación; idéntico el concepto profundo de las cosas; igual la transparente claridad del estilo y la jugosa abundancia de las ideas; todo ello ensanchado, acrecentado, perfeccionado; pero uno en el fondo.

Pedro tenía su ruta trazada, tenía su ideal. “Y como es voluntarioso y fuerte, no hizo más que seguirlos.” Su espíritu es a la vez severo y de criterio abierto.

Hay en él un dulce y amoroso respeto por el arte. Semejante culto esplende, con irradiaciones magníficas, en su último libro, y á él aúnanse una erudición sólida y una amplitud de criterio ilimitada. Así como Henríquez Ureña es intransigente en materia artística, así también para él la belleza es infinita y no reconoce limitaciones ni géneros. Al artista veréis en *Horas de Estudio*, proclamando altos conceptos de estética en los artículos sobre Gabriel y Galán y Rubén Darío; en las breves apreciaciones sobre *La Catedral*; en las intensas sobre *El Espíritu platónico* y Clyde Fitch.

En la “flamante obra”, decía González Peña, hay dos momentos en que la penetración crítica ensaya los mejores vuelos: “Cuestiones filosóficas”, donde, criticando “magistralmente” las conferencias de Antonio Caso, Henríquez Ureña analiza el positivismo de Comte ante las modernas tendencias filosóficas; “y el espléndido, el definitivo estudio

sobre *El verso endecasílabo*, el más completo, quizás, que á propósito de tal tema se ha escrito en castellano.” En todos los trabajos, concluía el novelista, “resalta una unidad de criterio que sorprende si se reflexiona en que el libro es el producto de una labor realizada á intervalos y en años diversos. Hermosa condición que hace honor al crítico, y que, como tal, le revela.”⁴

El 18 de noviembre apareció en *El Correo Español* un artículo de José Escofet, tan sustancioso como el de González Peña, que tiene, además, la pimienta de la ironía. De entrada, Escofet hace una confesión importante, pues revela lo que muchos de los que lo conocieron a su llegada a México habrán pensado de Henríquez Ureña, y cómo, a fuerza de trabajo y constancia, se ganó íntegro el reconocimiento de sus pares, los jóvenes escritores mexicanos.

Hace cinco o seis años, un crítico español llamó a Pedro Henríquez Ureña “sabio macizo”. Y estaba entonces el autor de *Horas de estudio* en lo más temprano y tierno de su juventud, época abrileña de su literatura, ¡cuando aún escribía versos!

Un joven sabio de veinte abriles no pudo inspirarme –lo confieso sinceramente– el respeto que siempre merece un digno representante de la ciencia; y aquel Perico socarrón y documentado, que hablaba grave y reposadamente de Shakespeare y de Goethe, que sabía de filosofía y deliraba por la música de Wagner, más parecióme colegial indiscreto y pedantón, que literato y de provecho.

Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña ha realizado el prodigio de avanzar en cultura algunos lustros de vida y experiencia práctica, y hoy reconozco, no sin sentir lamentablemente alterado mi amor propio –el cual, por ser pequeño, de quisquilloso no pasa– que la ignorancia que yo achacaba al imberbe crítico dominicano, sólo en mí existía; y como ya es castigo para toda culpa tener que confesarla en público, por castigado me tengo y con ello doy satisfacción a quien, tiempo hace, ya quiero y admiro.

Pedro tiene evidentemente la sólida y vasta cultura que le atribuía mi compatriota. Su vida, que si no es un curso universitario como ejemplo de método y de provecho intelectual bien lo parece, presenta la estudiada austeridad del hombre que avanza consciente hacia su formación, a quien satisface y deleita la lectura erudita, repartida metódicamente en las amplias casillas de su memoria, como moneda fraccionada en los compartimientos de una caja fuerte.

⁴ “Pedro Henríquez Ureña”, por Carlos González Peña, *El Mundo Ilustrado*, 13 de noviembre de 1910. Incluido en Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989, pp. 137-140.

El dramaturgo español reconocía, como el novelista mexicano, una voluntad clara y decidida en Henríquez Ureña. No es “el filósofo de *Horas de Estudio*” un “vulgar roedor de biblioteca” y esquivo a la modernidad de las ideas. “Personal y exteriormente”, agregaba, “sí parece cubierto por el polvo de los libros y de mano se da con el texto peor encarado y más vetusto; pero de los admirables libros viejos, si bien tiene las pastas foscas y roídas, también guarda idéntico caudal de entendimiento.” En los Estados Unidos, Henríquez Ureña “aprendió de los americanos el equilibrio de sus costumbres, la solidez de su carácter y la práctica de su higiene, que mi querido amigo emplea sabiamente así en lo intelectual como en lo físico de su apreciable persona.” Escofet asentaba: “Hombre hecho ya, por el insuperable poder del talento y del estudio, pocos como él podrán decir, imitando a Nietzsche en la explicación de su vida: ‘Un sí; un no: una línea recta; un fin...’ ”

El artista heroico ni siquiera se ocupa de calcular la distancia que lo separa del triunfo. Se lanza al vuelo y, si le faltan fuerzas, rueda al abismo. “Pedro hace el camino a pie, fiado en la resistencia de sus piernas y regularizando el paso para esquivar la fatiga. Como es hombre práctico y enemigo de perder el tiempo, camina y lee: llegará pronto.” Escofet identificaba bien el estoicismo de su amigo, y también su ambición:

Pero ¿es que no ha llegado todavía? ¡Oh, ese admirado acaparador de noble sabiduría, que algunas veces habréis visto en teatros y cafés, llevando un par de libros debajo del brazo y pellizcándose la sombría y maculada epidermis de su faz moruna, es un formidable ambicioso! ¡Va tan lejos! ¿Qué importa que su libro sea admirable?

A Pedro no le basta; hay que llegar al libro definitivo, a la obra que determina completa una personalidad.

En efecto, Henríquez Ureña parecía tener seguridad absoluta en sí mismo y en su obra futura. Si pudiera mantener condiciones materiales más propicias, el camino de perfeccionamiento debería ser menos difícil, hasta llegar a la obra definitiva.

José Escofet refería, como González Peña, la deuda personal que los amigos tenían con el dominicano:

Pedro es para nosotros, sus amigos fieles, un libro de consulta.

A él acudimos cuando una duda altera la sencilla resistencia de nuestras convicciones; muchos le debemos algo de lo que somos; todos con íntima satisfacción le respetamos; y mientras tanto él sigue su camino, más envidiado que envidioso, sin alterar su higiene de sabia conversación, comiendo bien, leyendo bien y pensando bien; feliz con sus días *alciónicos* de pensador no olvidado de toda vanidad.

Traspasada la mitad de su artículo, Escofet reparaba: “¿Y qué voy a decir de su libro? ¿Que está bien escrito y mejor pensado? ¿Que revela una cultura admirable, y una penetración sutil y excepcional?” Aunque sea verdad, eso no es crítica. “Es necesario buscarle defectos a la obra de Pedro Henríquez Ureña, siquiera sea para reconocerla humana.” Años atrás Escofet había censurado la inclinación decadentista en alguno de los *Ensayos críticos*; ahora criticaba el excesivo enamoramiento de Pedro por el “*dernier cri* del arte y la filosofía”.

Es frecuente en él esta frase elegantemente despectiva cuando se trata de un autor o de un libro un poco olvidados del público intelectual.

“¡Bah, está pasado de moda!”

Para Escofet era demasiado “actualismo” y entrega al movimiento intelectual de Europa y, aunque Pedro no negaba rotundamente la valía de ciertos escritores, sí daba a entender que los que sufrían una crisis creativa, no le interesaban. En *Horas de estudio*, en momentos, las copiosas lecturas llegaban a ocultar al autor. Así sucedía en el estudio del positivismo de Comte, donde “el espíritu cede con frecuencia su lugar al simple informador documentado.” Igual ocurría en el artículo “Nietzsche y el pragmatismo”, en el que se acentuaba la tendencia a extender la labor “simplemente informativa”, cayendo en el defecto de “esquivar el análisis”, que el mismo Henríquez Ureña censuraba en Antonio Caso.

Después de estas críticas, Escofet resaltaba el trabajo sobre el verso endecasílabo y la conferencia sobre Gabriel y Galán, acaso lo mejor, “por su estilo, de todo el libro.” Y agregaba: “El castellano de Pedro Henríquez Ureña, siempre fácil, castizo y flexible, alcanza en este trabajo una fuerza de expresión clásica poco o nada común en estos tiempos de estilos preciosos y retocados.” Concluía que entre “la nueva generación de escritores castellanos, Pedro Henríquez Ureña es uno de los más serios, uno de los poquísimos que tienen algo nuevo que decirnos.” El escritor español, que como Pedro tenía 26 años y no pocos triunfos literarios, terminaba con un extraño gesto de melancolía: “Yo le reverencio respetuosamente; es de los que van muy lejos, y debemos hacerle paso los que ya nos vamos quedando un poco atrás.”⁵

En *El Mundo Ilustrado* aparecieron varios ensayos de *Horas de estudio*: “Conferencias”, a finales de octubre; “El espíritu platónico”, el 20 de noviembre, y “La moda griega”, el 18 de diciembre. En ese penúltimo domingo de 1910, también apareció una carta de don Marcelino Menéndez y Pelayo, dirigida a Henríquez Ureña con fecha del 23 de

⁵ “*Horas de estudio*”, José Escofet, *El Correo Español*, México, 18 de noviembre de 1910. Roggiano, Alfredo A., *Ibidem.*, pp. 143-144.

noviembre. El erudito español había recibido una carta de Pedro del 28 de abril, presentándole su artículo sobre el verso endecasílabo. Misiva que no respondió, pero que le fue muy grata por su contenido “y por venir firmada por un hijo de aquella insigne mujer que en la historia literaria de Santo Domingo, representa el mayor esfuerzo de noble y elevada cultura.” Luego recibió *Horas de Estudio*, que según don Marcelino justificaba enteramente el título y contrastaba “con las lucubraciones abigarradas é incoherentes que producen, sin estudio alguno, tantos jóvenes españoles y americanos.”

Claro es, que no puedo aceptar todas las ideas filosóficas del libro, ni algunas de las apreciaciones literarias; pero me complazco en reconocer que todo ello está sinceramente pensado y sobriamente escrito, con una gravedad y decoro que se echan muy de menos en la actual generación literaria. Todo ello es prueba de exquisita educación intelectual, comenzada desde la infancia y robustecida con el trato de los mejores libros.

Henríquez Ureña obtenía un máximo reconocimiento con esta carta, y por ello se encargó de hacerla publicar también en Cuba y en Santo Domingo. El hispanista daba un espaldarazo a la tendencia erudita del joven intelectual, camino que había emprendido con sacrificios en los últimos años.

Todos los artículos me han interesado, especialmente los que se refieren á Santo Domingo, de cuya historia literaria tenemos tan pocas noticias en Europa. Pero el estudio culminante de la colección, por el trabajo de lecturas previas que supone y el buen arte con que está conducido, es el referente al endecasílabo acentuado en la sílaba cuarta, cuya genealogía y evolución histórica traza usted con tanto acierto. Este verso es una especie de anapéstico vergonzante, pero no irreflexivo en la mayor parte de los poetas antiguos que la emplearon.

El estudioso español lo felicitaba y exhortaba a perseverar en sus trabajos.⁶ Otros escritores en el extranjero escribieron sobre el libro: Luis Terán y Manuel Ugarte, en España; Federico García Godoy, en Santo Domingo; Manuel Márquez Sterling, en Cuba, y Francisco García Calderón, en Francia.⁷ A principios de 1911 Pedro recibió una carta del filósofo francés Émile Boutroux, tan importante para el Ateneo de la Juventud. Le decía que en los trabajos del grupo mexicano veía “un culto de gran pureza por la verdad, ese sentimiento de nobleza y de fraternidad humana que las naciones latinas propagan en el mundo.” En otra

⁶ “Una carta de don Marcelino Menéndez y Pelayo”, *El Mundo Ilustrado*, 18 de diciembre. En Roggiano, Alfredo A., *Ibidem.*, pp. 136-137.

⁷ Según noticia de Alfredo Roggiano: Luis Terán, en *Nuestro Tiempo*, Madrid, año X, n. 143, noviembre de 1910, pp. 275; Manuel Ugarte, en *Nuestro Tiempo*, agosto de 1911; Federico García Godoy, en *Ateneo*, Santo Domingo, Nos. 11 y 12, diciembre de 1910; M. Márquez Sterling, en *El Fígaro*, La Habana, 17 de julio de 1910, y Francisco García Calderón, en la sección “Livres nouveaux”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, septiembre de 1911. En Roggiano, *Ibidem.*, pp. 135-136.

carta, dirigida a Antonio Caso, Boutroux se refería a Henríquez Ureña y a su excelente explicación de la crítica a la noción de “necesidad” en la ciencia. “Es un fuerte motivo para confiar en el método que he seguido”, decía, “constatar el acuerdo entre mis ideas y las de los distinguidos pensadores de vuestro país, donde la inteligencia es tan viva y tan apasionada por las grandes cosas.”⁸

Eran momentos de consagración para Pedro. Los elogios de intelectuales extranjeros significaban un gran impulso. Los comentarios de sus compañeros González Peña y Escofet mostraban la fuerza de su autoridad y la importancia de su participación dentro del movimiento de los jóvenes. Otros testimonios de los ateneístas, adunados a través de los años y las décadas, refuerzan lo que significó Henríquez Ureña en aquellos tiempos del Centenario, y permiten, además, profundizar en las tensiones de su carácter y personalidad.

Rafael López, el poeta joven de mayor reconocimiento en la época, al referirse a Henríquez Ureña en el ambiente de *Savia Moderna*, lo considera “el más erudito de la casa”.⁹ José Vasconcelos, que no estaba muy de acuerdo con la dirección erudita y cultista del grupo, define a Henríquez Ureña como un “espíritu formalista y académico”. “Todos mis compañeros escribían a base de citas y entre comillas”, dice, “no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que les hacía de maestro.”¹⁰ “Era apasionado, de trato difícil”, dice en otro momento. “Tenía el don de adivinar el talento ajeno. En el aspecto moral siempre fue impecable.”¹¹

El amigo más cercano, Alfonso Reyes, dice:

En lo privado, era muy honda la influencia socrática de Henríquez Ureña. Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pensando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y

⁸ Alfredo Roggiano ofrece extractos de ambas cartas. El pasaje de la primera, dirigida a Henríquez Ureña con fecha del 16 de febrero de 1910: “j’y trouve, avec un culte très pur de la vérité, ce sentiment de la noblesse et de la fraternité humaine qu’il appartient aux nations latines de propager dans le mode”. El pasaje citado de la segunda, dirigida a Antonio Caso con fecha del 17 de febrero de 1911: “Veuillez aussi avoir la bonté de transmettre mes remerciements a Mr. Pedro Henríquez Ureña, qui explique excellemment comment j’ai critiqué l’idée de la nécessité. C’est un fort motif de confiance dans le méthode que j’ai suivie que de constater un accord entre mes idées et celles des penseurs distingués de votre pays, où l’intelligence est si vivre et si passionnée pour les grandes choses.” *Ibidem.*, p. 135.

⁹ “Alfonso Reyes”, en Rafael López, *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*, prólogo, selección y notas de Serge I. Zaïtzeff, México, D. F., Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Educación Audiovisual y Divulgación SEP/SETENTAS, 1973. p 84.

¹⁰ *Ulises criollo*. Primera parte. Lecturas mexicanas, FCE/SEP, México, 1982, p. 233. Vasconcelos olvida o no incluye dentro de sus amigos cercanos al novelista González Peña y al también dramaturgo José Escofet.

¹¹ “José Vasconcelos”, Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, Segunda serie de Lecturas Mexicanas, SEP, México, D. F., 1986, p. 26.

entusiasmo como los que él provocó. El peruano Francisco García Calderón escribía de él: “Alma evangélica de protestante liberal, inquietada por grandes problemas; profundo erudito en letras castellanas, sajonas, italianas.” Díaz Mirón, que lo admiraba, le llamaba “el dorio”.¹²

Martín Luis Guzmán, que estaba por acercarse más al dominicano, señala que en el Ateneo, Pedro “figuró como voz orientadora infatigable”. Era de un “alto espíritu dotado a la vez, por raro privilegio, de un talento adulto, sobrio y tranquilo y del más bello entusiasmo juvenil.”¹³ Mientras que Genaro Fernández MacGregor, que padeció el veto de Henríquez Ureña, asegura:

Varias de las personas que conocieron a Henríquez Ureña afirman que era un prodigio. A mí nunca me deslumbró. Yo creo que en México había, en ese tiempo, muchos Henríquez Ureña. Su nombradía (aparte de sus indudables y crecidos méritos) se debe a que algunos de sus discípulos y compañeros eran políticos y tuvieron la oportunidad de ofrecerle el campo propicio para que realizara sus dotes de maestro.¹⁴

¿A qué discípulos y compañeros políticos se refiere Genaro? Probablemente se refiere a la amistad con Alfonso Reyes. Los ateneístas políticos, García Naranjo, Lozano, etc., no eran amigos íntimos ni discípulos de Henríquez Ureña. ¿Se referirá a personas como Vasconcelos e Isidro Fabela, que serían políticos importantes a partir de la revolución maderista? Como sea, según lo expuesto en este trabajo, resulta claro que la ascendencia del dominicano entre los jóvenes del Ateneo no se explica por influencias políticas sino por las dinámicas propiamente intelectuales.

Julio Torri, que vivía a un lado de él en 1910, recuerda que Pedro lo ponía a traducir obras de lengua inglesa. Así aprendió el idioma y conoció mejor aquella literatura.

– Pedro fue un hombre todo método: todo lo clasificaba; todo, antes de admitirlo, lo pesaba y valoraba. Poseía una inteligencia crítica extraordinaria. Era un maestro dotado de paciencia infinita.¹⁵

Pedro representó entre nosotros, y en una época decisiva para la cultura del país, la seriedad de la carrera literaria, la aspiración a un saber de primera mano, la afición por las letras clásicas, por lo griego y por lo español sobre todo. Sus escritos, con serlo tanto, son

¹² Alfonso Reyes, “Pasado inmediato”, en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, México, D. F., UNAM, Coordinación de Humanidades, 2000, p. 199.

¹³ Martín Luis Guzmán, “Alfonso Reyes y las letras mexicanas” [1917], en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, p. 486.

¹⁴ “Genaro Fernández MacGregor”, Emmanuel Carballo, *Op. cit.*, p. 67.

¹⁵ “Julio Torri”, Emmanuel Carballo, *Ibidem.*, p. 171.

menos valiosos que su influencia personal en la juventud de hacia el segundo decenio de este siglo.¹⁶

Era muy aficionado, recuerda Torri, a formar listas como pasatiempo: los veintisiete hombres de la aristocracia intelectual de España, las nueve o diez gentes de más valer espiritual en México, los veinticinco libros esenciales de la literatura hispanoamericana, las cien mejores poesías de la lírica mexicana... “Cuántas veces, de sobremesa, nos entregábamos a este juego en que lucía él su saber y su certero juicio.”

Poseía una especie de santidad laica más de tipo protestante que católico. Era “la socialidad misma”. “Nadie gozaba como él de los problemáticos placeres que procuran las reuniones y tertulias.” No fue ajeno a ninguno de los *symposia* que por 1910 celebraban en la residencia de Caso, con Isidro Fabela o alguna mañana en las habitaciones de Luis G. Urbina. Por supuesto también en las sesiones del Ateneo, realizadas los miércoles de cada semana.

Cenábamos después en alguna fonda a la moda, *Bach* o *El León de Oro*. Hablaban de todo, con sabiduría y finura espiritual, nuestros malogrados amigos Ricardo Gómez Robelo, Rafael López, Jesús T. Acevedo, Eduardo Colín y Mariano Silva; y otros que son la honra y prez de nuestra intelectualidad como Alfonso Cravioto, Ángel Zárraga, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, el doctor González Martínez y Carlos González Peña. Entre tan competentes hombres de letras y nobles ingenios, Pedro intervenía en la conversación para mantenerla en su tensión y brillo, para llevarla a temas interesantes, para evitar que se despeñara por el derrumbadero de lo meramente anecdótico y trivial.¹⁷

El joven Henríquez Ureña, discernidor de facultades, animador de voluntades.

Pedro era muy hábil en dirigir a los jóvenes y en despertar en ellos anhelos de mejoramiento intelectual. Todo el mundo estudiaba y se cultivaba a su alrededor. Después de conversar con él, aceleraba uno el ritmo de sus lecturas y volvía a su sotabanco lleno de nuevas curiosidades y proyectos intelectuales. Ejecutaba habitualmente este milagro Henríquez Ureña.

Vivía entre sus discípulos –es necesario confesarlo– en un mundo de pasión. Naturalmente que si estábamos incluidos en las “listas” del Maestro y habíamos obtenido implícitamente su aprobación nos sentíamos con la celebridad en el bolsillo. Pero si se nos omitía –sus omisiones eran desgraciadamente siempre deliberadas y cuidadosamente

¹⁶ “Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña”. Torri, Julio, *De fusilamientos y otras narraciones*, Lecturas Mexicanas, FCE, SEP, México, 1984 (1964), p. 173.

¹⁷ *Ibidem.*, p. 171-172. Distingue Torri a los compañeros ya fallecidos, los “malogrados”, de quienes aún vivían cuando escribió su texto, publicado por primera vez en 1946.

establecidas– se enfurecía el suprimido y se convertía en virulento detractor. Cerca de sí no había sino devotos y maldicientes. Lo mejor era situarse a cierta distancia.¹⁸

El trato de Henríquez Ureña no era fácil, como lo indican Torri y Vasconcelos, y como lo muestran pasajes en su amistad con Alfonso Reyes, su relación con Fernández MacGregor y aquella disputa con el poeta José de Jesús Núñez y Domínguez. Su papel era fuente de rispidez, aún entre los amigos cercanos, y de manera más marcada entre aquellos que no respondían a los criterios del “maestro”. Por sus cualidades, Pedro se conquistaba un lugar de autoridad; por la exigencia que aplicaba a sus amigos, su trato fácilmente era visto como una especie de tiranía.

Alfonso Reyes, después de la muerte de Henríquez Ureña, escribió textos fundamentales para adentrarse en el carácter del Sócrates del grupo, y que ahora podemos evaluar en toda su complejidad. En “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, expone:

Que Pedro Henríquez Ureña siempre me haya parecido una reencarnación de Sócrates lo he dicho mil veces; por ciertos rasgos de su apariencia y presencia, por ajeno a las convenciones inútiles, por probo y fuerte y sabio, por ávido de análisis y goloso de conocer y entender al prójimo, por sediento de educar y educarse, por la valentía y sinceridad de su trato. Su conversación era una mayéutica constante: sacaba afuera el alma a sus interlocutores y desagradaba a los necios. Lo enfrentaba a uno consigo mismo. Y se plantaba ante el mundo con aquella visión virgínea que hacía recordar la actitud de Anacarsis Escita ante la sociedad ateniense.¹⁹

Reyes, que compartió tantas horas con el dominicano, dice que “Pedro el hombre era insondable, inesperado, vertiginoso, genial; y como su originalidad y su despojo de atavíos y miramientos inútiles llegaban fácilmente a extremos temerarios, también se le pudo llamar, como al filósofo de antaño, ‘el Sócrates furioso’.” Así era “el Pedro en rama, el Pedro heroico.” Existía en él la dualidad de un orden mental y un desorden exterior:

En él se daba, por aquel entonces, una curiosísima mezcolanza de adivinación y de inexperiencia: aquello, para la cultura; esto, para la vida.

¹⁸ *Ibidem.*, p. 173.

¹⁹ “Encuentros con Pedro Henríquez Ureña”, *III Marginalia Tercera Serie, Obras Completas XXII*. Fechado en IX-1954, pp. 359-360. Originalmente publicado en *Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, México, 15-XI-1954. Reyes se refiere al filósofo antiguo Anacarsis (siglo VII a. C.), príncipe del pueblo escita, al sureste de Rusia y considerado uno de los siete sabios de Grecia. Famoso por su sabiduría y rigor moral, sus juicios críticos e irónicos sobre las costumbres griegas causaban sorpresa.

Era tan ordenado por dentro como desordenado por fuera. Mientras conversaba conmigo, sacaba de su lugar mis objetos de escritorio, mis libros, mis papeles, y los regaba por todas partes. Yo acudía a ponerlo todo en su sitio.

–¡Qué manía! –exclamaba Pedro–. Parece que te hubieran educado los jesuitas.

Este texto está fechado en 1954, ocho años después de fallecido el dominicano. En otro, “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, escrito enseguida de la muerte del amigo en 1946, la visión es más fuerte y desgarrada.

En calles y plazas, teatros y escuelas, conciertos y asambleas, y dondequiera que se congrega la gente, ya en sus escritos o en sus conferencias, ya en la reclusión de los libros, las lecturas en común o las meras charlas, allí estaba Pedro, con su interrogación implacable, para deslindar lo cierto de lo dudoso, y lo que se sabe, de lo que se sospecha o lo que se ignora; allí estaba él para aquilatar la sensibilidad, la probidad, la autenticidad de cada uno, barriendo con firmeza, aunque sin extremos, la ganga que se vende por oro. Artífice de la mayéutica, hacía surgir a flor del ser las virtudes que se ignoraban; sostenía las voluntades declinantes; trazaba las conductas definitivas, al grito de “Tu Marcellus eris!”

Con la última frase (“Tú serás Marcelo”), extraída de un pasaje profético de la *Eneida* de Virgilio, Alfonso Reyes reforzaba la idea de una especie de clarividencia en Henríquez Ureña, capaz de identificar y ayudar a definir un destino. Esto era producto de la ejercitada afición del dominicano por “hacer psicologías”, su gusto por analizar y evaluar las personalidades, en lo intelectual y en lo moral.

Era un testigo insobornable, y su trato era la piedra de toque. Por su resistencia, por su atracción o su desvío ante el sondeo que Pedro ejecutaba hasta el fondo de las conciencias, podían juzgarse las calidades. Aceptaba su misión patética de enfrentar consigo mismo a cada hombre. Solo los mejores soportaban la prueba. Los demás huían, escandalizados, acaso para entregarse a espaldas suyas –¡como si así huyeran de sí mismos!– a mil conciliábulos de odio y de miseria. Difícil encontrar figura más semejante a la de Sócrates. Hasta traía, como éste, la Atenea oculta en el Isleño, y también tuvo su cicuta.

Sólo los mejores soportaban la prueba. Esto es, aquellos que compartían o asumían por completo valores y orientaciones similares: el estudio como forma de vida, la exigencia en todas las tareas intelectuales, el deseo de perfeccionamiento, el trabajo serio. Quienes no pasaban la prueba se volvían detractores. Muchas otras enemistades debieron ocurrir además de aquellas de las que tenemos noticias. Henríquez Ureña no era infalible, y como juez excluía o censuraba a compañeros en quienes lo valioso no se desarrollaba según sus criterios.

Sólo conozco, además de Alfonso, escribía Pedro en su *Diario* en septiembre de 1909, a otro joven tan laborioso, González Peña; los demás, no aprovechan ni la mitad de lo que podrían.

El Sócrates dominicano tendría su cicuta, en varias ocasiones, durante los lustros siguientes. La primera, a partir del cuartelazo de Victoriano Huerta en 1913, cuando la política en la ciudad de México se tornó virulenta y los ataques estuvieron a la orden del día, incluso dentro de la Universidad Nacional. Entre los odios y las ambiciones, Henríquez Ureña presentó un flanco fácilmente atacable: ser extranjero.

La mayéutica del joven dominicano (la habilidad para ayudar a los otros a concebir sus propias ideas) iba de la mano con la tarea del agonista, combatiente perpetuo de toda clase de defectos en la personalidad humana, mismos que había tratado y seguiría tratando de corregir en sí mismo y que veía proliferar perniciosamente en sus amigos y conocidos. Tal era la misión patética de Henríquez Ureña: “enfrentar consigo mismo a cada hombre”, como espejo insobornable. Los amigos cercanos lo aceptaban como referencia inequívoca de lo que significaba asumir el ejercicio de la inteligencia hasta sus últimas consecuencias. Ya era considerado, a pesar de ser todavía muy joven, como un intelectual puro.

No se trataba, sin embargo, de un ser alejado e indiferente, aunque exteriormente lo pareciera. Pedro, dice Reyes, predicaba pero eso era lo de menos: “intervenía y colaboraba”.

Su memoria, untada de colodión, revelaba a punto los fragmentos de prosa y verso; y junto a los rasgos inmortales, las más arcanas noticias, los más minuciosos relieves del humano festín poético. Se lo hojeaba como a viviente enciclopedia; se le consultaba como a consejero intachable en todos los trances del oficio. Se usaba y se abusaba de su incansable solicitud, y esto era su mayor júbilo. ¡Quién lo vio, cargando verdaderas torres de libros, cruzar la ciudad para auxiliar al compañero en apuros de información; o llamando a las altas horas de la noche a la puerta de algún amigo [...] para comunicarle al instante el hallazgo que acababa de hacer en las páginas de un trágico griego, de un “lakista” inglés, de un renacentista español!

[...] Así como su habla era con frecuencia lenta y grave (salvo curiosísimos atropellamientos en que llegaba, al discutir, a los gritos, para dar más punta a sus afirmaciones), el gesto era siempre claro y sereno; exteriormente, frío; ni espuma ociosa, ni adiposidades equívocas. Era veraz, tan directo que –según solíamos decirle por burla– para él, en su hábito de ignorar lo inútil, o por lo menos, lo secundario, no existían espacio ni tiempo: solo existía la causa. Era grande con impertinencia de niño.

Allá, en sus años heroicos, cuando todavía las tristes lecciones no habían embotado sus aristas, soltaba unas “verdades de a libra”, de esas que crean temerosos silencios. Y

entonces nos recordaba a otro personaje de la Antigüedad: al escita Anacarsis. Éste, pues, apareció un día por Grecia, irritando provechosamente a los filósofos con la evidencia de sus crudas observaciones. Un tanto engreídos los griegos por la superioridad de sus modos y maneras, tuvieron que hacer un saludable esfuerzo para dar crédito a sus oídos.²⁰

Según Reyes, Henríquez Ureña se asemejaba a Anacarsis y al “Sócrates furioso”. Respecto a esta última figura griega, un autor español, Rafael del Águila, ofrece una explicación muy útil.

Alguien preguntó a Platón quién era Diógenes el cínico. Platón contestó: “Sócrates enloquecido.” La palabra *mainómenos* se refiere a alguien poseído, transportado, furioso, rabioso, fuera de sí. Así pues, Diógenes sería, según Platón, el Sócrates furioso, un Sócrates desafiante, burlón, irónico, ácido, insobornable, dionisiaco, no convencional. Sin embargo, si hay que creer a otras fuentes, “Sócrates furioso” fue la respuesta que Diógenes dio cuando se le preguntó quién era Platón. Y ahora es Platón, vertiginoso, serio, sistemático, apolíneo, obsesionado por la seguridad en el saber, siempre dispuesto a aconsejar al tirano, quien destila en su actitud el peligro de su furia. Dos discípulos de Sócrates, dos orgullos contrapuestos herederos de la furia del *logos*. (Diógenes: “Pisoteo el orgullo de Platón”; Platón: “Con otro orgullo, Diógenes).”

Aunque, en realidad, Sócrates, que sepamos, no se enfureció nunca. ¿O sí? Hay un texto de la *Vida de Sócrates* de Diógenes Laercio que parece sugerir que sí lo hizo. Dice así: “muchas veces a excesos de vehemencia en el decir, solía darse de coscorrones, y aun arrancarse los cabellos, de manera que muchos reían de él y lo menospreciaban...” Sócrates, pues, se enfurecía ante esos excesos de vehemencia. En esta línea interpretativa se encontraría Peter Sloterdijk al subrayar, en conexión con Diógenes, su carácter dionisiaco.

Sin embargo, otras traducciones sugieren que era Sócrates y su “vehemencia en el decir” lo que enfurecía a los otros. Ahora el texto se lee así: “Y muchas veces, como dialogaba con bastante vehemencia en las discusiones, recibía capones y tiros de pelo, y sobre todo era objeto de risa y de desprecio.” Así no es Sócrates el que se muestra furioso ante el mundo, sino Sócrates el que enfurece a los demás por su actividad reflexiva, por su constante examinarse a sí mismo y a otros, por ironizar y criticar, por no plegarse a lo existente, por preguntar y preguntar de nuevo, por desmontar las coartadas de lo dado.²¹

²⁰ “Evocación de Pedro Henríquez Ureña”, *Obras completas XII*, pp. 164-166. Texto leído en el homenaje a Henríquez Ureña organizado por la Secretaría de Educación Pública, en el Palacio de Bellas Artes, 31-V-1946, fechado en México, V-1946.

²¹ Águila, Rafael del, *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, Barcelona, Anagrama, Colección Argumentos, 2004, pp. 23-24.

El carácter socrático de Henríquez Ureña es por demás evidente a lo largo de su vida. En su juventud, y antes de probar y asimilar la cicuta, su temperamento era más brusco e intenso, con muestras abiertas de la furia del *logos*. Esto resulta patente en sus artículos. Pedro encarnaba a Sócrates no sólo en los aspectos más “benévolos” (la paciencia, la generosidad, la capacidad orientadora del maestro), sino también en dos tipos contrapuestos de furia: la crítica que se excede, sin miramientos, de manera ofensiva (Diógenes); el rigor y la disciplina, el *logos* apolíneo, serio y sistemático (Platón).

Henríquez Ureña, en los últimos años en que lo hemos seguido, había tratado de dar equilibrio a esas fuerzas que lo animaban. Es claro que lo intentó sobre todo a partir de los 19 o 20 años, cuando terminó su estancia en Nueva York y radicó por un tiempo en La Habana. Ahí decidió y asumió, contra sus tristezas y sus impulsos líricos o “decadentistas”, darse a sí mismo el rigor estoico del estudio. Así prevaleció la tendencia a la seriedad en asuntos intelectuales, que ya su madre advertía en él desde niño.

La seriedad funcionaba como un método para mantener el equilibrio de todas las pasiones. De esta manera podría alcanzarse un temple mayor, la serenidad; una manera de sentir y pensar que, asumiendo las fuerzas de las pasiones, las orientara hacia una expresión provechosa. En el “espíritu platónico”, Pedro encontró la fórmula de ese equilibrio: profundidad en las ideas, expresión estética y serenidad. Coincidente orientación encontró en *Motivos de Proteo* de José Enrique Rodó: puesto que estamos siempre en transformación, hay que vigilar y tratar de conducir nuestras transformaciones.

Pero el balance de la serenidad es inestable, por todo tipo de motivos y circunstancias, como en los momentos de desesperación por su empleo en la compañía de seguros, a causa de la “debilidad” política de Antonio Caso o por las malquerencias en los periódicos espindolescos. Sus ideas sobre el espíritu platónico y los días alciónicos conformaban una utopía individual (darse a sí mismo el carácter ideal) y colectiva (constituir un espacio, un grupo en donde se desarrolle libre y profundamente la inteligencia). Se trataba de una utopía actuante, un ideal que orientaba la práctica cotidiana en las diversas tareas intelectuales, realizadas en lo individual o compartidas con otros.

Transcurriría mucho tiempo para que terminara de establecerse a plenitud la serenidad como el temple de Henríquez Ureña. En ese proceso, además de los golpes que, como dice Reyes, pulieron sus aristas, influirían otros factores, como su larga carrera como profesor en México, Estados Unidos y Argentina. Llegaría a manejar, como segunda naturaleza, el

platonismo, el don socrático sin violencias, el arte de impulsar, corregir y orientar las mentes de los próximos. Por el momento seguían muy afiladas las aristas del Sócrates dominicano.

Pedro no abandonaría el filo de la crítica, sino que aprendería a usarlo con mayor discreción (en privado, por carta), bien consciente de que, en la mayoría de los casos, no tenía caso desgastarse en polémicas. En su madurez no sólo lo vemos con la serenidad que da la experiencia, la larga y consciente tarea de darse forma a sí mismo. También lo vemos con entusiasmo juvenil, alcióneo, por las actividades de la inteligencia, apasionado maestro que no desaprovechaba ocasión para influir en los jóvenes. El máximo rigor intelectual se alcanza y se sostiene porque las tareas se realizan de manera lúdica; la seriedad se constituye en un modo de desarrollar las pasiones de los individuos.

Al respecto es elocuente el testimonio de José Rodríguez Feo, escritor cubano que conoció a Pedro Henríquez Ureña en 1940, en ocasión de las conferencias que el dominicano dio en la Universidad de Harvard. Rodríguez Feo tenía entonces 20 años, diez de ellos vividos en los Estados Unidos. Henríquez Ureña tenía 56 y era un intelectual de talla internacional. El joven estudiaba literatura norteamericana en el College de la Universidad de Harvard. Al final de la primera conferencia se le acercó a Pedro, quien, al saber su nacionalidad, sonrió y le dijo que Cuba era su segunda patria. Además le aconsejó que mejorara su dicción del español.

Al día siguiente de nuestra primera charla, Pedro vino a verme a mi habitación en Harvard. Cuando abrí la puerta, me lo encontré visiblemente alterado por los efectos de la larga ascensión hasta el cuarto piso. Pensé que deseaba que lo acompañara a Boston, pues me había brindado para ello la noche anterior. Pero me dijo que había venido para comenzar nuestras lecciones y, sacando del bolsillo de su abrigo un librito, me preguntó si podía sentarse en una butaca situada al lado del aparato de calefacción. El tomito era una edición popular de *La estrella de Sevilla*. Me lo entregó y me pidió que empezara a leer en alta voz el texto. Con una paciencia que me conmovió profundamente fuimos leyendo a Lope y otros autores del Siglo de Oro. Estas lecturas compartidas y salpicadas de finos y agudos comentarios fueron despertando en mí la curiosidad y el interés por la literatura española. La discriminación y el rigor de su método me enseñaron a seleccionar lo que debía leer y cómo debía hacerlo para asimilarlo mejor. Oyéndolo leer los versos de San Juan, Góngora y Quevedo aprendí a apreciar cuanto hay de frescura y vitalidad en poetas que para mí habían sido voces muertas del pasado. Pedro me hizo comprender que la lectura es un arte que requiere paciencia y

dedicación y que Valery-Larbaud tenía razón cuando dijo que era el único vicio justificado del hombre.²²

Volvamos a 1910. Pedro ya era una de las figuras señeras de la nueva generación de intelectuales. Se le reconocía autoridad, dentro del ascendiente ateneísmo, por su producción (artículos, conferencias, su segundo libro, la *Antología del Centenario*), pero sobre todo por su influjo directo y personal. En ninguna otra personalidad encarnaba tan claramente el temple ateneísta como en Henríquez Ureña. En el desarrollo de sus actividades desplegaba, con bastante madurez, lo que significaba el nuevo *ethos* intelectual: la seriedad en el trabajo y la obra, un método y una técnica, una ética de responsabilidad. Recordemos la formulación de Martín Luis Guzmán:

La seriedad en el trabajo y en la obra; la creencia de que las cosas deber saberse bien y aprenderse de primera mano, hasta donde sea posible; la convicción de que así la actividad de pensar como la de expresar el pensamiento exigen una técnica previa, por lo común laboriosa, difícil de adquirir y dominar, absorbente, y sin la cual ningún producto de la inteligencia es perdurable; el convencimiento de que ni la filosofía, ni el arte, ni las letras son mera distracción o noble escapatoria contra los aspectos diarios de la vida, sino una profesión como cualquiera otra, a la que es ley entregarse del todo, si hemos de trabajar en ella decentemente, o no entregarse en lo mínimo.²³

Este proceso de profesionalización del ejercicio intelectual estaba en vías de consolidarse. Ahora sus jóvenes representantes contaban con el espacio idóneo, la Universidad Nacional, y con el respaldo de Justo Sierra, el director del Estado en materia educativa y artística.

Si bien todos los miembros del grupo llevaban el sello distintivo de la seriedad, cada cual lo asumía a su manera. Como dice Guzmán, el carácter ateneísta era “de mérito muy diverso y abierto a todas las apreciaciones en cuanto a la realización personal”. Para finales de 1910, Henríquez Ureña, Antonio Caso, Alfonso Reyes, Carlos González Peña y José Escofet eran los mayores divulgadores de la nueva orientación. Los dos últimos, González Peña y Escofet, no eran integrantes del grupo central del Ateneo de la Juventud y, sin embargo, se

²² “Prólogo”, de José Rodríguez Feo a *Ensayos* de Pedro Henríquez Ureña, colección Literatura Latinoamericana, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1973, pp. IX-X. Después de esas semanas en Harvard, Henríquez Ureña y Rodríguez Feo mantuvieron la relación maestro-discípulo a la distancia, en una constante y amistosa correspondencia. Rodríguez Feo afirma que, en cierta medida, Pedro tuvo que ver con la aparición de la revista *Orígenes*, que él y el poeta José Lezama Lima editaron en Cuba y que en pocos años se convirtió en un referente central de las letras latinoamericanas.

²³ Guzmán, Martín Luis, “Alfonso Reyes y las letras mexicanas”, artículo escrito a propósito de la aparición del libro de Alfonso Reyes, *El suicida*. Recogido en *A orillas del Hudson*, en *Obras completas I*, México, D. F., FCE/INEHRM, 2010, p. 425.

muestran plenamente identificados bajo el sello de la seriedad. Y es que el temple ateneísta era abierto, permitía diversas orientaciones; era una manera de enfrentar y dar cauce a las pasiones intelectuales.

En su mayoría los integrantes del Ateneo podían considerarse todavía jóvenes, pero se iban acercando a los 30 años. Era el tiempo de asegurar un porvenir. Se estaban estableciendo, ejercían sus profesiones, tenían empleos que les daban cierta seguridad, algunos con carreras en ascenso (en la academia, como Antonio Caso; en el ejercicio privado de la abogacía, como Vasconcelos; en puestos gubernamentales, como Genaro Fernández MacGregor; en la política, como Nemesio García Naranjo). Muchos ya se habían casado y procreado descendencia.

La situación de Henríquez Ureña era particular. Había pasado cinco años en México, llevando una vida intensa entre numerosas amistades, empeñado casi sin descanso en el estudio y en formarse como escritor. Apenas en 1910 volvía a las aulas, ya formado y muy seguro de sus capacidades y sus objetivos. Tenía 26 años y permanecía soltero. No hay indicios de que esto último hubiera podido cambiar; no se sabe sobre sus relaciones amorosas durante esos años. Tenemos, eso sí, su evaluación crítica sobre la educación de las mujeres en México, que las mantenía en un estado de incultura y tradicionalismo rutinario. Se decía feminista y era simplemente natural pues, desde su niñez, había aprendido a admirar a las mujeres de fuerza intelectual. Tal vez si los espacios intelectuales en la ciudad de México estuvieran más abiertos a las mujeres, Henríquez Ureña habría encontrado una compañera. Acaso algunas de sus características (moreno, extranjero, con exiguos recursos) lo hacían un partido poco atractivo en los ambientes de clase media en que se movía, de fuertes prejuicios sociales. Es probable. Pero lo decisivo, en una personalidad como la suya, era la voluntad. Creo que mantenerse soltero fue una decisión, basada en el deseo de mantener la libertad para desarrollar todas sus actividades intelectuales.²⁴

Una decisión similar había mantenido respecto a la familia. Henríquez Ureña no regresaba a Cuba o Santo Domingo no sólo debido a la “infecundidad” de esas tierras,

²⁴ Se ha llegado a sugerir que el dominicano era homosexual no declarado. Es la línea que Susana Quintanilla sostiene implícitamente en “*Nosotros*” *La juventud del Ateneo de México*, adosando elementos ninguno realmente concluyente (como el tipo de amistad, ciertamente intensa, con el joven Alfonso Reyes, o las aficiones literarias por Oscar Wilde o Walter Pater). Salvador Novo, en su autobiografía, de extraordinarias confesiones sexuales, narra cómo conoció a Pedro Henríquez Ureña en México al inicio de la década de 1920. Novo, que aún no cumplía los 20 años, fue protegido intelectual de Pedro, entonces de 40 y con un puesto importante en la Universidad Nacional. La amistad se rompió cuando el dominicano se enteró de las aventuras homosexuales del joven. Novo da a entender que existía cierto enamoramiento en su mentor, quien decidió “contener” su pasión. *La estatua de sal*, prólogo de Carlos Mosiváis, México, FCE, 2008 (CONACULTA, 1998) pp. 179-187.

también subyacía el deseo de mantener su independencia, sin las obligaciones que representaba la cercanía de la familia. Además, el mundo de su padre (la política dominicana, el “imperativo categórico” que lo dominaba todo) ya no era el suyo, más cosmopolita, conscientemente apartado de la política partidaria. De cualquier manera, como lo hemos indicado, su visión tenía fuertes raíces en ese mundo paterno.

Se mantuvo en el núcleo director del movimiento de los jóvenes, junto con Antonio Caso y Jesús T. Acevedo. De otros hay alejamiento o debilitamiento (Ricardo Gómez Robelo y Rubén Valenti), hay incorporaciones fuertes (Vasconcelos) o permanencia ascendente (Alfonso Reyes). Pedro era uno de los organizadores, de los que decidían el rumbo de las actividades colectivas. Su voz tenía peso, su juicio muchas veces era acatado, era reclutador y examinador, incluso con derecho de veto sobre otros jóvenes. Era uno de los pocos que mantenía un fuerte ritmo de publicaciones y era el más entusiasta y constante propagandista del movimiento. Pedro era, y seguiría siendo, uno de los dirigentes e ideólogos del movimiento de renovación intelectual en México.

Su visión sobre la cultura era amplia y compleja, con una orientación general coherente, condensada en sus dos libros (*Ensayos críticos* y *Horas de Estudio*). En ellos desarrollaba distintas formas de creación intelectual, de la prosa literaria (como “Días alciónicos”) al método de la erudición (“Rubén Darío” y “El verso endecasílabo”). En todo ello siempre se expresaba la crítica, en sus reseñas sobre libros o teatro, en sus artículos acerca de las conferencias de Antonio Caso o sus contribuciones en la *Antología del Centenario*. Esta labor estaba en consonancia con el espíritu y la orientación de las tres series de conferencias del grupo. En ellas, como se ha dicho, se expresó, con particularidades personales, una voluntad colectiva de libertad, apertura y crítica cultural.

La tensión espiritual que lo definía, bajo el modelo platónico, se manifestaba en la tarea de escribir, de formarse un estilo que fuera sintético, sobrio y elegante. En su obra, como en su comportamiento, la cultura no era un divertimento ni sólo degustación exquisita, era una forma de poder, un poder de transformación constante del ser humano, en lo individual y en lo colectivo, con miras a desarrollar las propias potencialidades. En ello se basaba su visión sobre la cultura en los países hispanoamericanos, pesimista y cruda en ocasiones, y con aspectos cuestionables, como también hemos señalado. Se trataba de desarrollar, a partir de la asimilación de las mejores expresiones culturales de los centros internacionales, las vías de

expresión de las realidades y tradiciones propias, de las propias “ideas-fuerzas”. Se trata, dirá uno de sus títulos más famosos, de la búsqueda de “nuestra propia expresión”.²⁵

Henríquez Ureña era escéptico, sobre todo en términos políticos. Como evidenciaban las experiencias dominicanas, cubana y mexicana, a fin de cuentas siempre habría disputas políticas y desigualdades sociales. Pero trataba de asumir un “escepticismo activo”: si no impera la razón, hay que hacer que impere. Él, como sus compañeros ateneístas, creía en la gran ideología del progreso social a través de la educación y la cultura, llevada adelante por Justo Sierra en México.

Pedro creía en la perfección, en materia de arte y cultura; creía en el libro “definitivo”, síntesis de una personalidad y una voluntad, influyente por sí mismo en las realidades sociales. Creía también en el perfeccionamiento ético. De ahí también el rigor moral que mantenía en toda clase de amistades, reservando para los “elegidos” la intervención, muchas veces pedida ex profeso, para la resolución de las crisis. El episodio de incursión política de Antonio Caso es la muestra más dramática de esto.

La obra y la personalidad del joven Henríquez Ureña se adecuan al *ethos* ateneísta de una manera tan acorde que es fuerte la tentación de concebirlo como el más ateneísta del Ateneo. Pero, vuelvo a la prevención de Guzmán, la realización del ateneísmo estaba abierta a variados méritos y diversas realizaciones. Distinta fuerza y particular orientación tenían Antonio Caso, que pareciera más impermeable a las pasiones, sumamente preocupado por lograr “el justo medio”; Alfonso Reyes, dado más al impulso lírico, o José Vasconcelos, impaciente en filosofía y con mayor voluntad de poder. Asimismo eran importantes la animación, exquisita, irónica y bohemia, de Jesús T. Acevedo; la constancia de Carlos González Peña, José Escofet y Marcelino Dávalos en áreas poco desarrolladas en México (la novela y la dramaturgia); el empeño editorial y después en los estudios históricos de Luis Castillo Ledón; la intempestiva fuerza crítica de Ricardo Gómez Robelo (el Rodión del grupo), o la sugerente y un tanto extraviada participación de Rubén Valenti.

El camino en gran medida fue cuesta arriba. Dentro del grupo de los jóvenes mexicanos, Pedro fue uno de quienes mejores y más constantes productos dieron. En México Pedro condujo la potencia de su juventud, de los veintiuno a los veintiséis años, desenvolviéndose en la sociabilidad del grupo corto, manteniendo la tensión intelectual. Tensión que buscaba, provocaba y sostenía en sus relaciones íntimas, en los proyectos del

²⁵ *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, Buenos Aires, Babel, 1928.

grupo (de *Savia Moderna* al Ateneo de la Juventud), que difundía también en grupos amplios, con cautela, y expresaba ampliamente en sus escritos.

En el momento del Centenario y de ascenso ateneísta, la juventud intelectual estaba preparada para asumir puestos directivos dentro del campo de la cultura. Sabemos que pronto vendrían los tiempos aciagos de la revolución, así que estos nuevos intelectuales habrían de enfrentar nuevas, mayores y más dramáticas batallas. Así sucedería también con Pedro Henríquez Ureña, en batallas culturales individuales y colectivas, en una travesía que, después de México, continuaría en Cuba, Estados Unidos, de nuevo en México, en Argentina y en República Dominicana, su patria natal.

Conclusiones

La historia de Pedro Henríquez Ureña muestra lo que puede una mente ordenada y exigente, y lo que cuesta, lo que implica hacerse de una mente ordenada y exigente. Desde muy joven aplicó en sí mismo la ley del máximo esfuerzo en la labor intelectual. Se trata de un trabajo férreo de racionalidad, el trabajo metódico de una inteligencia que prevé resultados prácticos, cumplimiento de objetivos, éxitos, retribuciones materiales y sociales, una inteligencia que trabaja sobre sí misma, intentado moldear y conducir un destino. Todo sustentado, en el fondo, en el placer del esfuerzo mismo de la inteligencia. El espíritu siempre puede dar un poco más de lo que da. En esta idea se sintetiza la visión del dominicano sobre el ejercicio intelectual. Era un precepto encarnado (*habitus*), una labor de conciencia, de praxis, una voluntad constante de autoformarse, en la que poder y placer coincidían.

Hemos abarcado los primeros 26 años de su vida. A grandes rasgos, se sostiene la siguiente interpretación.

En el seno familiar, Pedro adquirió un *habitus*, formas de ver y conducirse en el mundo que tenían como núcleo determinante los valores del estudio, la expresión estética y la preeminencia del intelecto. Haber salido de Santo Domingo muy joven, a los 16 años, y haber vivido varios años en Nueva York, de variadas y fuertes expresiones culturales, permitió que su personalidad se desarrollara ampliamente. El gusto por el estudio y la curiosidad por las artes y la cultura se nutrieron de diversas fuentes, posibilitando una manera abierta y flexible de seguir el afán de convertirse en escritor.

La experiencia neoyorkina afianzó en él una visión evolucionista de las sociedades y la cultura, según la cual el desarrollo material de las sociedades es la base para que prosperen las artes y las ciencias. A la vez, el desarrollo de la cultura (los más preciados productos del espíritu humano) es la realización mayor de ese desarrollo social. Lo que veía en Estados Unidos y las noticias que le llegaban de Europa le sirvieron de marcado contraste respecto a lo que ocurría en su patria y en otros países latinoamericanos, donde la labor de cultura era sumamente difícil y tanto más necesaria. No se trataba de dar la espalda a las circunstancias históricas, sino de mantener el empeño en la labor de cultura como tarea civilizatoria. Es una experiencia recurrente

en muchos otros intelectuales de la época. Se puede decir que se trataba de un *pathos* general de los intelectuales latinoamericanos, cuyas primeras muestras Pedro pudo observar íntimamente en sus padres, en quienes el ejercicio del intelecto era inseparable del sentimiento del sacrificio patriótico.

En La Habana, el carácter de Pedro se fue asentando. Mas era un ámbito pequeño para sus ambiciones, demasiado lejos de la fuerza intelectual y cultural de Nueva York. El dominicano vio en México una salida prometedora. Al llegar a este país, su carácter intelectual estaba bastante definido. Puede decirse que Pedro, a los 21 años, estaba hecho para un ambiente como el mexicano, de alta sociabilidad intelectual, aunque restringida a grupos socialmente selectos. El entusiasmo juvenil, el rigor y la exigencia permanente lo llevaron a integrarse de manera protagónica en el núcleo de la joven intelectualidad de la ciudad de México. En dinámicas colectivas y a través de algunas luchas públicas, tanto la personalidad de Pedro, su praxis intelectual, como el carácter de la nueva generación, adquirieron formas distintivas que pueden englobarse en la idea de la seriedad.

La seriedad, en el sentido ateneísta, es un valor generalizable a los modos en que funciona el mundo de los intelectuales (intelectuales en sentido amplio, abarcando numerosas profesiones; o en sentido restringido, refiriéndose a aquellos que se ocupan sistemática y críticamente de los asuntos públicos). La seriedad, en términos básicos, es una articulación funcional, eficaz y propulsora de las pasiones intelectuales. Es un valor generalizable porque resulta idóneo dentro de ambientes que tienden a funcionar de acuerdo con la discusión racional, la dialéctica o modo contencioso de interacción social (en palabras de Alvin Gouldner). Pero este mismo valor está en disputa, entre muchas otras formas en que se desarrollan las prácticas intelectuales. Vemos siempre, por ejemplo, tendencias al funcionamiento de la inteligencia en el mínimo necesario para conseguir determinados satisfactores materiales o simbólicos. Vemos también que en momentos de crisis, cuando quizás más necesaria sería la disputa racional, se desatan las furias y el terreno es de quien “golpea” más fuerte, sin importar lo irracional de sus argumentos.

La carrera intelectual del dominicano y el movimiento de renovación cultural de los jóvenes intelectuales, vistos de manera global, dibujan una curva ascendente. Esta curva tiene su punto más alto en 1910, cuando los jóvenes, de manera individual, como grupo(s) y como movimiento, prosperaban notablemente, vislumbrándose próximo el momento en que pudieran

difundir sus orientaciones y sus valores desde puestos de dirección, en particular en instituciones de educación y de cultura. El avance de los nuevos intelectuales y el impulso cultural del Centenario en México son aspectos de un proceso social de mayor envergadura: el desarrollo de los campos intelectuales (literatura, historia, ciencia, ideas filosóficas, educación, etc.), con un progresivo aumento de su autonomía, lo cual fue posible gracias a las condiciones de progreso material y estabilidad política del régimen porfirista.

Vista con detenimiento, la curva ascendente muestra una realidad diferente, ríspida, inestable, abierta a posibles rumbos. La vida de Pedro, las de los jóvenes intelectuales mexicanos y la historia de su movimiento se desarrollaron a través de numerosas contradicciones. ¿Cómo prosperar socialmente?, ¿cómo hacerse de un nombre literario?, ¿cuál es la mejor forma de impulsar los cambios deseados en la literatura o en la educación?, ¿quiénes son los aliados y los enemigos?, ¿contra qué se lucha?, ¿cuál es la mejor actitud ante la política? Estas preguntas refieren retos y conflictos constantes, a veces ineludibles, en la historia intelectual individual y colectiva. En la reconstrucción histórica, sobre el campo de batalla, me interesó, principalmente, entender los “cómo” de esos procesos, las ambivalencias y contradicciones que implicaba el ejercicio intelectual en la época.

En México, de 1906 a 1914, el carácter y orientación intelectual de Pedro terminó de tomar forma. Fue un proceso más rápido y claro que el que atravesaron muchos de sus compañeros de generación y de faenas culturales. Para 1909 y 1910, se puede decir que el dominicano estaba convertido en el intelectual que quería ser; estaba afincado en las formas y el sentido que quería darle al trabajo intelectual. Pedro era un apasionado de la inteligencia, variable y plástica. Así lo revelan la multiplicidad de sus intereses y temas, el gusto por la sociabilidad y su afán proteico de ensayista. Temprano llegó a la certeza de que había que vigilar su propia formación, conducirla, darse a sí mismo el carácter deseable. Esta labor existencial fue enriqueciéndose con experiencias propias y la meditación de ideas de distintos autores, de Platón a José Enrique Rodó. Tenía un modelo, el espíritu platónico: profundidad en las ideas, expresión estética y serenidad. Serenidad o templanza, quizás la más difícil de las virtudes que pretendía cultivar y seguir en la vida de todos los días. Aún era tan excesivo, todavía con esa arrogancia juvenil de quien cree tener siempre la razón. De cualquier modo, el precepto de serenidad le fue muy útil durante los intensos años de la política mexicana, de 1908 en adelante.

Así como en los individuos, la vigilancia y la conducción consciente del destino atañen a las sociedades. Como los individuos, las sociedades siempre están cambiando, y es deber de los intelectuales entender las fuerzas y tendencias sociales, impulsar e intentar corregir su desarrollo, contribuir al proceso de intelección de la idea de nación, es decir, el proyecto que articule y dé sentido a una evolución histórica. Esta visión fundamentaba la práctica intelectual de Pedro. En ello se fundamentaba su deseo de seriedad en el trabajo del intelecto, el rigor, la apertura ideológica y la crítica, que ya desde muy joven ejercía sin descanso.

El joven Henríquez Ureña llevaba en la frente el signo de la crítica. La ensayaba intensa y diversa, la quería serena y justa, pero el impulso era mayor y excedía muchas veces el límite de la prudencia. Es claro que el ejercicio de la inteligencia, entre más intenso y ambicioso, es sostenido y alimentado por la furia de las pasiones. No hay *logos* sin *pathos*. Es fácil decirlo.

Para el investigador resulta complicado, a veces imposible, establecer las correlaciones entre las distintas facetas de la vida, tanto en el individuo como en los grupos sociales, que imprimen un sentido particular al ejercicio de la inteligencia y sus productos. La tarea es separar analíticamente lo que va unido en la vida (lo ordinario, los grandes sucesos, la vida anímica, los sentimientos e instintos, la inteligencia y el raciocinio) para después volver a unirlo en una labor de comprensión. Como señalé en la Introducción, mi perspectiva tiene un acento agonístico. Me interesaron sobre todo las dinámicas de confrontación y conflicto, pues en ellas se muestra claramente cómo la inteligencia funciona en tanto procesos pasionales. Las pasiones (muchas bien definibles como “intelectuales”) son impulsos siempre presentes, conducidos, incluso dominados por la razón; o bien se imponen “desde abajo” o “desde dentro” a las labores del raciocinio.

La tesis es un viaje analítico por las tensiones que se despliegan en los avatares de una vida, en la dispersión de los acontecimientos, entre anécdotas, episodios y procesos sociales y políticos en varios países. Intenté comprender procesos individuales y colectivos en la formación y el funcionamiento de las prácticas intelectuales. Qué significa, socialmente, el ejercicio intelectual. Esa es la cuestión que se halla en la base de la tesis y que remite a muchas otras preguntas. Qué es el ejercicio (o trabajo) intelectual, cuáles son sus manifestaciones prácticas, con qué orientación se realiza, cómo se desenvuelve en los distintos procesos vitales, qué relación guarda con el desarrollo de la personalidad, el carácter individual y colectivo de grupos y

generaciones, en qué condiciones materiales y subjetivas se realiza, qué funciones sociales cumple. Preguntas de ese tipo fueron la guía de mi investigación sobre Henríquez Ureña, los espacios sociales y los contextos sociohistóricos en que vivió.

Pero las exploraciones realizadas no quedan en la labor de esclarecimiento de los procesos históricos particulares. Creo necesario proponer algunas consideraciones generales que pueden ser útiles en el estudio del ejercicio de la inteligencia, que abonen a la perspectiva de una sociología del trabajo intelectual.

1. Tensión intelectual

Pedro Henríquez Ureña, al acuñar la idea del “grupo corto”, decía: “ninguna grande obra intelectual es producto exclusivamente individual, ni tampoco social: es obra de un *pequeño grupo* que vive en *alta tensión* intelectual.”¹ Se refería al ejercicio intelectual constante, cotidiano y muy exigente. Nosotros podemos tomar la idea de “tensión” para generalizarla a cualquier tipo de trabajo intelectual. El ejercicio de la inteligencia, en sus diversas manifestaciones, de la lectura por placer a la formulación de una filosofía o la dirección de una universidad, es una aplicación de fuerza, un uso de la energía vital. El ejercicio intelectual se define por el tipo y grado de tensión mental e interpersonal con que se desarrolla. De esa tensión vive la inteligencia y por ella produce.

La tensión intelectual es una entre muchas in-tensidades en la vida de los seres humanos. Para los intelectuales (en general para quienes se dedican a la producción del conocimiento y, de otro modo, para quienes se ocupan de la producción estética) la tensión intelectual llega a ser la principal e imprescindible fuerza de la vida. Lo vemos en Henríquez Ureña y sus compañeros de generación, en Justo Sierra o en José Enrique Rodó, en el círculo modernista mexicano, en los padres de Pedro, en Hostos, en Martí. De variadas expresiones, se trata de una íntima tensión del espíritu, energía aplicada en el trabajo de la inteligencia (leer, escribir, discutir, publicar, dar

¹ Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, La Habana, 30 de mayo de 1914. Reyes, Alfonso, y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1 (1907-1914)*, México, D. F., FCE, 2004, pp. 344-345. Las cursivas son de Henríquez Ureña.

discursos, etc.). La tensión intelectual es una modalidad ubicua y persistente dentro de las distintas formas de pensar, hacer y sentir.

La razón comanda, al menos esa es la tendencia que parece serle natural. Pero siempre nutrida de sentimientos; en gran medida “traduciendo” los impulsos y conflictos de los sentimientos en las obras del intelecto. El tipo de tensión intelectual varía, según se trate de un poeta y pensador comprometido con la liberación de su patria, de un funcionario que ha tenido que “hacer concesiones” en ciertos ideales para conseguir otros, de un reformador de conciencias creyente incansable de las bondades de la razón, de un escritor para quien siempre es primero su obra, de un esteticista de profunda fe en las posibilidades de redención del ser humano a través del arte. Cada caso es particular, producto de una orientación personal que se explica por la biografía, por las presiones y tendencias sociales dominantes, por el modo específico en que se viven las circunstancias sociohistóricas.

La tensión intelectual, en tanto uso de la energía vital, abarca mucho más que el ejercicio de la razón. Y aún más, resulta claro que la racionalidad (expresada en comportamientos, modos de pensar y de decir) se vive y funciona pasionalmente. Se trata de la movilización de sentimientos y emociones en las actividades de la inteligencia. Cualesquiera sentimientos (miedo, alegría, odio, amor...) pueden servir y dar fuerza a la inteligencia. También la pueden obstaculizar o llevarla por caminos que, en circunstancias atemperadas, no seguiría. El ejercicio de la inteligencia implica placer o displacer, el esfuerzo que se realiza, los pequeños logros de una mente que trabaja, los escollos, los obstáculos, la impotencia. Experimentarse incapaz para ciertas batallas, o bien sentir cómo se puede ir dominando una materia, el gusto plenamente erótico de dar con una “clave”, cuando se entienden por fin ciertas cosas. La razón, no obstante, sigue siendo “fría”. No puede dejar de dudar por mucho tiempo, necesita cierta distancia, mirar las cosas desde distintas perspectivas, incluyendo aquellas que contrarían los propios deseos, ir paso a paso, fundamentar lo que se afirma, etc. Todo esto es, digamos, el *pathos* del método.

Hay una compleja interrelación, de recíprocas afectaciones, entre los sentimientos y la inteligencia. La formación intelectual de Henríquez Ureña fue un proceso sumamente pasional; las actividades propiamente intelectuales (raciocinio, reflexión, crítica, método) se convirtieron en pasiones profundas. Por disposiciones de nacimiento, por influencias familiares, por la asimilación de modelos de expresión estética (Shakespeare, Ibsen, etc.), Pedro, desde niño,

parece haberse tomado a sí mismo como materia de transformación. No, claro está, como una conciencia racional, sino como una especie de instinto orientador. La indeterminación y el riesgo eran permanentes, el niño-adolescente-joven a cada tanto estaba en riesgo, tenía desfallecimientos, momentos de desesperación. Pero, a lo largo de los años, a través de toda clase de acontecimientos, actuaba una voluntad. La formación de Henríquez Ureña puede verse como un proceso pasional (lleno de gozos y de dolores) y como un largo proceso de la inteligencia obrando sobre sí misma y sobre el conjunto de la vida del individuo. Así hasta llegar a hacerse de una concepción clara y sólida de sí mismo a partir de los asuntos del intelecto: qué significa el trabajo intelectual, cuál es su importancia, cómo se hace y cómo debe hacerse, en qué consiste el poder de la inteligencia.

2. Sociabilidad intelectual

El poder intelectual, que produce cambios e influye en la cultura y en la sociedad, tiene sustento propio en la tensión con que se vive y se usa la inteligencia, en sus procesos de conocimiento, en sus prácticas. Las acciones de los jóvenes del Ateneo mexicano son un claro ejemplo de ello. Las voluntades de los individuos y su voluntad en tanto grupo se sostenían por una constante (y en gran medida inestable) tensión intelectual. Las sinergias desenvueltas al interior de ese grupo indican muy bien la importancia de la noción de “sociabilidad” para el estudio de la historia intelectual.

No hay duda de que el ejercicio del intelecto tiene que ver siempre con la soledad de una conciencia. Es vieja la idea de que nacemos, vivimos y morimos solos. Y tan cierta como la contraria: nuestro paso por el mundo siempre tiene que ver con los otros, el desenvolvimiento de una conciencia no puede prescindir de la otredad. Utilizamos herramientas como el lenguaje, recurso social construido en el devenir de las generaciones. La constitución de una identidad remite necesariamente a la experiencia y construcción del otro. Nos es ineludible “desdoblarnos” interiormente para pensar. Nos habitan numerosas voces e influencias. Pero, de igual manera, una y otra vez se impone la experiencia de que somos “uno”, un rostro, una conciencia propia e irrepetible, en el último reducto incomunicable.

Si nos ocupáramos de la biografía de cada uno de los miembros del Ateneo de la Juventud, hallaríamos historias en que la soledad juega un papel importante. Como recogimiento para trabajar mejor, como padecimiento de las condiciones sociales que impiden el propio desarrollo, como anhelo de compañeros o de un verdadero o más profundo entendimiento con quienes nos rodean, etc. Las formas que adquiere la soledad son, a fin de cuentas, parte de la gama amplia de formas de ser en sociedad.

El estudio de la vida de Henríquez Ureña es muy provechoso para explorar las formas en que se desarrolla la sociabilidad intelectual. Pedro aprendió, desde niño, a usar la inteligencia como un juego, con gusto e intensidad, con reglas. Aprendió a hacerlo junto con otros (su hermano, su madre y otros familiares, luego en diferentes círculos de amigos). Así, las dinámicas de compartir conocimientos, de producir conocimientos en compañía, se convirtió en un modo de ser.

La noción de sociabilidad intelectual significa saber moverse con naturalidad en un mundo formado por personas, con reglas y acuerdos tácitos, con modos de comportamientos, con mayor o menor coincidencia de valores y objetivos, un mundo en el que la médula del sentido (lo que vale más, lo que resulta imprescindible) es el gusto por ejercitar la inteligencia. Este es el núcleo básico a partir del cual se puede analizar cómo funcionan las formas de sociabilidad intelectual (y también cómo no funcionan o dejan de funcionar).

En un ensayo sobre Manuel Gutiérrez Nájera, Henríquez Ureña desarrolló un poco más su idea del “grupo corto”. “Como la sutileza es flor de cultura”, dice, “también, donde aparece, revela terreno social propicio. Podrá cultivarse en soledad, pero si sale al mundo y no halla quien la comprenda, retrocede a encerrarse en sí misma. Necesita al menos, del ‘grupo corto’, donde el ejercicio diario, la alta tensión del espíritu, permitan volar sobre las alusiones y llegar al secreto de las cosas complejas.” En los tiempos actuales, continúa, los florecimientos del espíritu fueron favorecidos por “las exigencias de cultura y de selección que el actual movimiento literario impone a los artistas conscientes. Más aún: la selecta y un tanto celosa intimidad intelectual de cortos grupos superiores, siempre produce refinamiento.”²

² “Sutileza [Manuel Gutiérrez Nájera]”, publicado por primera vez en *El Fígaro*, La Habana, Cuba, 20 de septiembre de 1914; luego en *Revista de Revistas*, México, 1º de agosto de 1915, donde aparece fechado en Washington, 1915. Incluido en Henríquez Ureña, Pedro, *Estudios mexicanos*, edición de José Luis Martínez, Colección Lecturas Mexicanas, México, FCE, SEP, 1992 [1984], pp. 219-220.

Puede parecer chocante esta visión aristocrática de la sociabilidad intelectual. Pero lo cierto es que quienes más profundamente se dedican a las labores del intelecto tienden a formarse en grupos selectos. La tendencia a la distinción, en realidad, ocurre en todo tipo de áreas de la convivencia social. Lo que importa resaltar es que en los “grupos cortos” la sociabilidad intelectual se potencia. La tensión, vivida interiormente por el individuo, se enriquece, se desenvuelve y evoluciona; produce más cuando es compartida con otros de manera íntima y constante. En el espacio social de un grupo pequeño, como el ateneísta, las sinergias tienen mayores probabilidades de generarse y prosperar. Esto se desarrolla a través del plexo de relaciones intersubjetivas, pragmáticas y sentimentales, con múltiples conflictos y roces.

Si bien podemos mantener la hipótesis de la creación intelectual y artística fincada en las facultades y esfuerzos individuales, es indudable que esa producción siempre tiene que ver con dinámicas sociales. Detrás de los productos intelectuales encontraremos no necesariamente un grupo corto, pero sí dinámicas de intenso intercambio interpersonal de conocimientos, convivencias profundas en torno a las actividades de la inteligencia.

La inteligencia puede trabajar durante mucho tiempo con toda su fuerza y extensión, con múltiples objetos y perspectivas. Una conversación puede nutrir algún artículo próximo; un texto bajo pedido da espacio para impulsar ideas propias; una conferencia puede servir para hacer estudios muy extensos; al dar un discurso se aprovecha para hacer moral pública en serio; una controversia puede ayudar a corregir o afianzar ideas personales, estilos o comportamientos; al dar cátedra se puede ir avanzando, ordenando y renovando los conocimientos, o bien añadir o cambiar temas; escuchar una pieza musical da pie a reflexiones abstractas sobre las pasiones humanas. Así, prolífica, en una dinámica en apariencia desordenada, funciona y se extiende la actividad de la inteligencia.

Por supuesto hay momentos de menor actividad; la relajación es necesaria. La exigencia permanente y ascendente acaso no es para todos, no todos estamos física, moral y anímicamente hechos para ella. Y aun para quienes sí, el descanso es imprescindible, momentos para reparar cosas, acumular energías. Ciertamente entonces el espíritu realmente inquieto se las arregla para seguir el juego de la indagación intelectual, de tal manera que actividades de “ocio” funcionan como “otro tipo” de tensión espiritual.

Henríquez Ureña prefería la sociabilidad en grupo corto, cuya divisa estaba dada por la seriedad. Sin embargo, practicaba otros tipos de sociabilidad intelectual; por ejemplo, a través de las relaciones epistolares, las fiestas y visitas sociales. En la tesis hemos incursionado en distintos ambientes que entrañaban otras tantas modalidades de sociabilidad intelectual (la bohemia modernista, las tertulias estudiantiles, las reuniones entre políticos porfiristas, etc.). Para el investigador el panorama es un mosaico de espacios sociales, cada uno con singularidades y elementos en común. Siguiendo a los individuos o a los grupos, se observa una especie de collage de prácticas y formas de sociabilidad, en el cual es posible establecer preeminencias y articulaciones dominantes.

Estos espacios de sociabilidad están sustentados en espacios físicos, que son espacios intersubjetivos.³ Los lugares públicos, las calles, las plazas, los cafés y bares, las redacciones de periódicos y revistas, las aulas, los pasillos de la Preparatoria, los espacios privados, la casa, la biblioteca o el salón de un amigo. En el estudio de los espacios de sociabilidad intelectual, además, hay que incluir la noción de espacios “utópicos”. Aquellos que se experimentan con el mayor goce, como abstraídos de, contrapuestos o ajenos a la realidad corriente, a la rutina diaria, al ruido de la calle. Un concierto o una función de teatro, un paseo por el bosque con los amigos, largas sesiones de lectura y discusiones. Un lugar donde se desenvuelve, sin contratiempos, la tensión intelectual, la cual, libre de ataduras, se experimenta como una ex-tensión, una distensión. De esta manera la noción de tensión intelectual se liga a la de relajación. También así el espíritu puede llegar al secreto de las cosas complejas.

Por lo demás, la vida cotidiana es un continuo batallar. Hay pocos intelectuales o artistas satisfechos con su condición. Siempre resienten demasiado las presiones del ambiente. Si el intelectual obtenía poder político o económico, las altas responsabilidades le impedían ocuparse de sus intereses personales, o lo llevaban a “adecuar” sus ideales; si era joven y sin recursos, enfrentaba la interminable tarea de ganarse el sustento; si poseía cierta seguridad, entonces eran las pobres condiciones sociales que impedían hacer buena obra de cultura. Por eso, dentro del estudio de los espacios sociales intelectuales, guarda particular interés el espacio ideal,

³ A partir del desarrollo de los medios de información y de comunicación, gracias a los que se pueden establecer y mantener relaciones a distancia “en tiempo real”, esta noción de necesidad del espacio físico parece no sostenerse, pero sí la del espacio intersubjetivo. Sin la implicación personal-emotiva, directa y constante, ¿cómo se produce la tensión intelectual? Esta y muchas otras cuestiones se generan cuando pensamos los temas de esta tesis para los tiempos actuales.

experimentado como pleno, los momentos en que, por fin, se tiene la oportunidad de hacer las cosas del modo deseado.

En la época de que se ocupa la tesis estaba aún muy vivo el arte de la sociabilidad en salones y tertulias artísticas y literarias. Pero eso no aseguraba una “alta tensión” intelectual; se puede decir que tal modo de convivencia también producía banalidad, regodeo de vanidades, igualación de criterios, etc. Lo importante de los modos de sociabilidad practicados por Henríquez Ureña y sus amigos es el énfasis en la exigencia. Esta es la dinámica del grupo corto, un espacio colectivo, informal pero celosamente resguardado, donde la colaboración (ser partícipes de los asuntos de los otros y del grupo) se desarrollaba con mucha fuerza. En principio, se trataba de un trabajo desinteresado (en el sentido de no buscar, en primera instancia, beneficios materiales o políticos) basado en un acuerdo moral. En el grupo corto de Henríquez Ureña, el acuerdo moral consistía, además de ese trabajo intelectual desinteresado, en permanecer lo menos cerca posible de las disputas políticas. El acuerdo moral, como muestra claramente la incursión reeleccionista de Antonio Caso, consistía en no volverse subordinado de los partidos ni del gobierno. Pero, a la vez, no significaba renunciar a “intervenir” en los asuntos públicos. Ya para los jóvenes ateneístas este era un dilema importante y habría de aumentar en el curso de los años.

Es obvia la importancia de las amistades en la sociabilidad intelectual. Son un apoyo moral y fuente de recursos, empezando por los materiales. Gracias a las amistades se termina de formar y asegurar una personalidad y un destino. Sobre todo en la juventud, cuando se está en proceso de maduración y las condiciones sociales (la convivencia prolongada en la escuela, tiempo disponible, pocas obligaciones) se prestan para el desarrollo de una profusa sociabilidad. Andar un camino común hacia la madurez implica un ir y venir de influencias, experiencias compartidas, lecturas, etc. En las amistades íntimas se establecen pactos y lazos afectivos que suelen ser irrompibles, a pesar de diferencias de personalidad o ideológicas.

Henríquez Ureña llegó a la consolidación de su práctica intelectual en gran medida gracias a las amistades, a la continua “gimnasia intelectual” practicada dentro de su grupo y a través de las empresas colectivas, en las que se perfilaba el difícil y riesgoso juego de las relaciones entre cultura y poder. El modo de ser intelectual de Pedro tomó mayor definición a la vez que se iba constituyendo el *ethos* intelectual ateneísta; su voluntad de poder intelectual terminó de conformarse dentro del proceso de constitución de la voluntad político-cultural del grupo. Se

trataba de una identidad, una seguridad sobre las propias capacidades, sobre lo que se quiere, una fortaleza que anima a hacerse valer.

Las amistades son también fuente de problemas, pueden obstaculizar, desviar. ¡Cuánto pueden las influencias!, decía Henríquez Ureña. Destaca su temprana decisión de ser selectivo. Se necesita coraje para desarrollar amistades intelectuales íntimas y profundas. Estos vínculos implican mucha entrega, lucha y combate. Así como la crítica dirigida a los otros o al medio tiene objetivos de corrección, destrucción o mejoramiento, igualmente sucede con los amigos. Y en esto Henríquez Ureña era un incansable y gustoso practicante. Los amigos suelen tener el mejor conocimiento para identificar nuestras debilidades y potencialidades. Pero de igual manera, los amigos están prestos a conceder, a condescender, a pasar por alto, a elogiar de más.

Ya el joven Henríquez Ureña era conocido por su generosidad, por su disposición a contribuir a que los productos de los compañeros y las empresas colectivas prosperaran. Pero sobresale su férrea práctica de la crítica. Es de nuevo el criterio de la exigencia. Si se trataba de hacer una buena producción intelectual (artículos, poemas, conferencias), entonces había que empeñarse, a veces despiadadamente, en que se alcanzara el máximo de calidad.

3. Poder intelectual

El poder intelectual siempre está imbricado con otros tipos y fuentes de poder. Las exploraciones realizadas aquí nos enseñan bastante acerca de esto.

En Pedro Henríquez Ureña, como en muchos otros de sus compañeros de generación, el gusto por conocer, por ejercitar la inteligencia, era un valor primordial. Lo vivían como “desinteresado”, es decir, como un valor por sí mismo, independiente, y por ello la mayoría de las veces contrapuesto a los intereses “materiales”, “egoístas” o “utilitaristas”. Como bien indicaba el joven dominicano, la actividad intelectual es un poder. En primera instancia, un *poder hacer*, una fuerza generativa. No hay que desdeñar la importancia de este aspecto, que podría parecer demasiado básico, pues es la fuente que anima cualquier tipo de empeño intelectual: la capacidad de *hacer* a través de la inteligencia. Esta primera satisfacción está en la base de todo tipo de *ethos* intelectual.

En contraste con épocas anteriores en los países latinoamericanos, el valor de la independencia, en tanto intelectuales, estaba bastante marcado en Pedro y sus compañeros mexicanos. El tipo de sociabilidad que practicaban, variable pero con el sello de la seriedad, a la vez que facilitaba la profundización en el poder intrínsecamente intelectual, reforzaba la necesidad de desempeñarse de manera autónoma (regulada por reglas propias).

Los intelectuales enfrentan permanentemente las condicionantes de “otros” poderes. Los jóvenes ateneístas, ya desde el seno de la familia, vivían las presiones sobre el mejor camino que debían tomar para progresar o ser “útiles” a la sociedad. En el camino hacia la madurez, los intereses más íntimamente sentidos (la literatura, la filosofía, la obra propia) rara vez compaginaban con la necesidad de labrarse un futuro, ganarse el sustento y ascender socialmente. La tarea de sostenerse económicamente, como hemos visto, era constante y difícil. Se imponía la razón pragmática: adecuarse lo mejor posible a las circunstancias y buscar el provecho personal, echando mano de todo tipo de recursos. Dentro de ese marco, adquiere sentido pleno la exigencia intelectual total de Henríquez Ureña. No era ingenuo y sabía moverse con buen sentido estratégico, pero en el fondo lo que para él prevalecía y debía prevalecer era la dedicación completa y metódica a la labor intelectual, el cultivo del poder propiamente intelectual.

El ejercicio intelectual, como una forma de poder, se extiende en las diversas formas de sociabilidad y en los distintos modos y grados de socialización de los conocimientos (las conferencias, los artículos, los libros, la cátedra, etc.). Henríquez Ureña pasaba, de manera natural, del gusto por conocer al gusto por compartir. Procuraba el intercambio intelectual con propios y extraños, reservando para unos cuantos la mayor y más profunda colaboración. La misma vocación de enseñanza, la pasión o generosidad pedagógica es expresión de poder: poder influir, modelar mentes, orientar y fijar criterios, corregir, convencer. La preocupación del dominicano por lo público, su interés por dar publicidad a sus trabajos, al de sus amigos y de aquellos intelectuales cuya obra consideraba valiosa, su ocupación crítica, son aspectos de esa potencia socrática volcada hacia el entorno, la cual era parte del principio de hacer valer el punto de vista de la razón.

Se trata de la doble dimensión de los intelectuales de que hablamos en la Introducción: Los intelectuales se distinguen socialmente por tener mayores competencias cognoscitivas y por movilizar esas competencias para incidir en la esfera pública. Así es si tomamos como referencia

al individuo o ponemos la vista en las formaciones colectivas. En el caso del ateneísmo, la voluntad de poder era fundamentalmente cultural. Consistía en tratar de influir, orientar y transformar la realidad social en sus aspectos culturales; esto es, en las expresiones artísticas, las ciencias y las humanidades, y en sus aspectos morales, las formas de ser y los objetivos que se da a sí misma una sociedad. Esa fue la orientación principal de sus incursiones públicas.

La voluntad de poder del ateneísmo, en tanto movimiento, tenía su correlato (no armonioso) en las estrategias individuales, en duetos, tríos o grupos pequeños. Así, los ateneístas empezaban a tomar puestos directivos (escuelas, universidad, museos, bibliotecas, editoriales, periódicos y revistas) en propio beneficio y para establecer sus criterios en el campo de la cultura. El poder intelectual resulta en poder político y social. Esto ya se perfila en el periodo de que se ocupa la tesis y será cada vez más notorio en los siguientes lustros y décadas, mientras los ateneístas anden su camino de madurez. La mayoría hará carrera profesional o política dentro del Estado, muchos se involucrarán en las disputas políticas. Y, no obstante, en la mayoría permanecerá la divisa de la seriedad, el cultivo de la fuente del poder propiamente intelectual.

Difusas y complicadas son las relaciones entre el ejercicio intelectual y los otros poderes sociales. Para el estudio de las trayectorias individuales y de las dinámicas intelectuales colectivas, resulta muy provechoso preguntarse por los “circuitos”. En determinado contexto sociohistórico, ¿qué rutas existen, preestablecidas pero que están siempre reajustándose, para la formación, reclutamiento y empleo de los intelectuales?

En buena parte de la dictadura porfirista, de finales del siglo XIX a la primera década del XX, funcionaban circuitos bien definidos que enlazaban las instituciones educativas, los medios de comunicación, los poderes económicos y la estructura de gobierno. Los circuitos culturales, los propiamente intelectuales, que abarcan las obras, los grupos literarios, revistas y periódicos, conferencias y demás, no pueden entenderse sin sus numerosos traslapes con las condiciones estructurales del régimen. Siempre hacía falta el apoyo o la venia oficial.

Para prosperar, como individuos o grupos, los intelectuales tenían varias rutas a seguir. Del periodismo oficial o semioficial a pequeños empleos en el gobierno, de las brillantes apariciones literarias en actos públicos a dar clases en las escuelas oficiales, de la Escuela de Jurisprudencia a los Juzgados. Abrigaran o no ambiciones o pasiones políticas, las vías establecidas pasaban por el poder político. De esta manera, algunos ateneístas, apenas cercanos a

los 30 años, llegaban a las diputaciones y otros obtenían puestos medios dentro de la Secretaría de Instrucción Pública.

En esa realidad social existía un margen para la crítica, la protesta y la disidencia. Por ejemplo, la labor educativa y cultural de Justo Sierra (que debe pensarse como una labor colectiva, incluyendo en primer lugar a sus cercanos colaboradores), tuvo aspectos no menores de disidencia dentro del régimen. Por otro lado, los opositores radicales (magonistas, reyistas y maderistas) emergían desde los circuitos consolidados durante la dictadura. También en términos de la subversión se dibujan rutas dadas por las condiciones sociales: escuelas públicas, experiencias de miseria y represión, periodismo de combate, protesta y lucha fuera del margen de tolerancia del régimen.

Así, al estudiar el funcionamiento del ejercicio intelectual, hay que indagar en los circuitos socialmente establecidos. Cómo se formaron, cómo se articulan, qué imbricaciones de poderes se observan, de qué manera sostienen o permiten modificar las estructuras de poder, en qué tipos de *ethos* o sociabilidades se sustentan, qué formas y usos de la inteligencia producen, fomentan u obstruyen. Los ateneístas, por ejemplo, se nutrieron de condiciones socialmente propicias del porfirismo, padecieron en cierta medida la falta de oportunidades e hicieron uso de los circuitos donde coincidían, ciertamente con sus contradicciones, el poder cultural y el poder político. En el proceso, construyeron una forma propia de ser intelectuales. En una realidad social de libertades acotadas, estos jóvenes asumieron, a plenitud, el impulso de la libertad de pensamiento dentro de las humanidades y las letras, muy a tono con las tendencias intelectuales en Estados Unidos y Europa.

4. La biografía

Las disciplinas que se ocupan de estudiar la vida del ser humano en sociedad siempre tienen que ver con valores morales. El investigador no puede escapar a sus propias visiones sobre lo que es bueno o malo, deseable o indeseable. Pero sí puede, mediante el método y la autovigilancia (epistemológica, ideológica y ética) tomar distancia y tratar de establecer lo que “realmente” sucede o sucedió en los “hechos”, partiendo de que se trata de un terreno móvil de interpretaciones. Esto es muy evidente tratándose de la investigación biográfica.

El estudioso de la biografía tiene una voluntad fuerte de totalidad. En su momento lamenté haber restringido la tesis a una parte de la vida de Pedro Henríquez Ureña, como también no haber podido detenerme en muchos de los temas, personajes o ambientes implicados. Pero de esta manera pude profundizar en la trayectoria del dominicano y lo que le era más cercano. En el largo trayecto me resultó sumamente útil el manejo de los tres niveles o círculos problemáticos indicados en la Introducción: el individuo, los espacios socioculturales en que vive y los contextos sociohistóricos. Un esquema adaptable que sirve en todo el proceso, de la búsqueda de los datos a la forma narrativa de los resultados.

Muy frecuente fue la necesidad de detenerme y evaluar las rutas que seguían mis interpretaciones. Puesto que se trata de un ejercicio de la inteligencia sobre cómo funciona socialmente la inteligencia, me preocupaban los puntos ciegos, que estuviera estableciendo ideas que no se seguían de los datos procesados, que no fuera “justo” con el tema y con Henríquez Ureña. En la tesis no se defiende *una* forma correcta del ejercicio intelectual, sino que se establece cómo, en determinados individuos, en determinados ambientes de una época, funcionaba el ejercicio de la inteligencia. Entiéndase la expresión “funcionaba” en sentido lato, referida al modo en que se desarrollan los procesos, y en sentido valorativo, procesos que llegan a resultados deseados y buscados. Como se trata de valores y estrategias prácticas, necesariamente esto resuena en nuestras propias valoraciones morales y nuestras visiones acerca de lo que es, cómo es y cómo debe ser el ejercicio intelectual.

La investigación biográfica incluye el deseo de ser justos con el biografiado y su época. Reavivar lo que fue, retrotraer a sus fuentes los procesos, ponerlos en *status nascens*, como dice Ortega y Gasset, comprender lo que estaba en juego. Tarea de nuestro espíritu científico es sujetarse a los datos y al método, ceñirse al manejo crítico de las fuentes, describir, explicar e interpretar, establecer grados de certeza. El tratamiento analítico puede, y muchas veces tiene esa intención directa, desestimar o echar por tierra visiones “oficiales”, unívocas o moralizantes sobre los personajes. Lo cierto es que el papel del investigador es establecer qué se sabe y que se puede decir con fundamento sobre la historia de una persona.

En cuanto a Pedro Henríquez Ureña, las leyendas blancas son más abundantes que las leyendas negras. Pero no faltan éstas. Por ejemplo, se ha criticado su incursión en el gobierno de Rafael Leonidas Trujillo, en la República Dominicana, lo cual desvirtuaría la intachable carrera

del intelectual independiente. Pero basta recordar que esta colaboración sucedió al inicio de lo que sería una larga dictadura, que Henríquez Ureña desempeñó el cargo de ministro de educación apenas por año y medio, que decidió retirarse al darse cuenta de las condiciones del régimen trujillista y, finalmente, que durante su gestión invirtió todas sus fuerzas y su experiencia en hacer progresar la educación en su país. Por otro lado, en lo que atañe propiamente a su personalidad, se le llega a retratar como un tirano obsesivo del trabajo intelectual. Las exigencias hacia sus amigos en verdad eran muchas, y a veces abrumadoras. Pero eran parte de las reglas del juego del trabajo intelectual. Henríquez Ureña sólo las asumía y quería que se asumieran a cabalidad.

Una de las peores mitologizaciones que pueden pesar sobre un intelectual es convertirlo en un mausoleo, inmovilizarlo en versiones santificadas. Es preciso volver a abrir la vida de los personajes históricos, en particular de aquellos que dedicaron su vida a la tarea interminable del conocimiento. El estudio biográfico implica un cierto re-encantamiento del biografiado y de su época. En la narración de una vida están implicados valores morales, aquellos que estuvieron en disputa en la vida y el tiempo de la persona. Eran apuestas de vida. Y esto necesariamente tiene resonancias en los tiempos actuales, el futuro de aquel pasado. De algún modo la biografía puede tener una función parecida a la de los mitos antiguos, como reservorio de una sabiduría colectiva que hunde sus raíces en la historia, escenificaciones de conflictos humanos profundos que nos ayudan a pensar los nuestros. Así, el Ateneo de la Juventud, Justo Sierra, Eugenio María de Hostos, José Enrique Rodó, Alfonso Reyes, José Vasconcelos o Pedro Henríquez Ureña siguen siendo fuente de fortaleza espiritual, materia inagotable de reflexión, preguntas y respuestas para uno mismo y el tiempo que transcurre.

En la vida de Pedro Henríquez Ureña hubo muchas amarguras (el destierro o las dificultades económicas, por ejemplo) pero lo fundamental, creo, es que se trataba de un hombre apasionado de las distintas formas de ejercer el intelecto. En algún momento del camino, vi claro que lo que yo quería era restituir el filo a Henríquez Ureña: la crítica ejercida de manera constante y diversa. Más allá del modelo ejemplar, quise mostrar la compleja constitución de su temple, su afán por el esfuerzo y mejoramiento intelectual. Sirve así como un espejo en el que muchas de las características de otros intelectuales, de su tiempo y de otros tiempos, incluido el nuestro, saltan más a la vista. Me gusta que la tesis verse sobre la formación y ascenso de una mente fuerte, una práctica intelectual flexible, plástica, que muestra bien la riqueza de lo que es el

poder de la inteligencia. Tanto más tratándose del impulso de un joven, con lo que eso tiene de esperanzador.

Fuentes de información

Archivos

Archivo Histórico de El Colegio de México, Fondo El Colegio de México, sección Archivos Incorporados, subsección Pedro Henríquez Ureña.

Archivo General de la Nación, Fondo Gobernación, Fondo Instrucción Pública y Bellas Artes.

Obra de Pedro Henríquez Ureña (orden cronológico)

Ensayos críticos, La Habana, Imp. Esteban Fernández, 1905.

Horas de estudio, París, Ollendorf, 1910.

La enseñanza de la literatura, México, Stephen y Torres, 1913.

Tablas cronológicas de la literatura española, México, Universidad Popular Mexicana, 1913/Boston y N. York, Heathand Co., 1920.

El nacimiento de Dionisos, N. York, Las Novedades, 1916.

Antología de la versificación rítmica, San José de Costa Rica, El Convivio, 1918.

La versificación irregular de la poesía castellana, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1919/Madrid, Hernando, 1923.

En la orilla, mi España, México, México Moderno, 1922.

Seis ensayos en busca de nuestra expresión, Buenos Aires, Babel, 1928.

Antología de la literatura argentina (co-autoría con Jorge Luis Borges), Buenos Aires, Kapeluzs, 1937.

Gramática castellana (co-autoría con Amado Alonso), Buenos Aires, Losada, 1938.

Para la historia de los indigenismos, Buenos Aires, Universidad, 1938.

El español en México, Estados Unidos y la América Central, Buenos Aires, 1938.

El español en Santo Domingo, Buenos Aires, 1940.

Plenitud de España, Buenos Aires, Losada, 1940.

Literary Currents in Hispanic America, Cambridge-Massachusetts, Harvard University, 1945/
Las corrientes literarias en la América Hispánica, México, Fondo de Cultura Económica
(trad. Joaquín Díez Canedo), 1946.

Historia de la cultura en América Hispánica, México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

“La emancipación y primer periodo de la vida independiente en la Isla de Santo Domingo”, en
Historia de América, tomo VIII Independencia y organización constitucional, Buenos
Aires, Argentina, W. M. Jackson Inc., 1947.

Poesías juveniles, Bogotá, Espiral, 1949.

Cuentos de la nana Lupe, México, UNAM, 1960.

Obra crítica, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Ensayos, colección Literatura Latinoamericana, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1973.

La utopía de América, prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot, compilación y cronología de Ángel
Rama y Rafael Gutiérrez Girardot, Caracas, Ayacucho, 1978.

Estudios mexicanos, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Universidad y educación, México, UNAM, 1987.

Retratos, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

Ensayos críticos, edición crítica, José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.),
Universidad de Costa Rica-ALLCAXXI, 1998.

Memorias, Diario, Notas de viaje, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Obras completas, 4 tomos, República Dominicana, Secretaría de Estado de Cultura, 2003.

El descontento y la Promesa, México, UNAM, 2004.

Desde Washington, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

La Universidad, edición crítica, estudio preliminar, notas y apéndices de Fernando Curiel
Defossé, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

México. El hermano definidor, edición de Berenice Villagómez y Néstor Rodríguez, México, El
Colegio de México, 2013.

Bibliografía general

- Adams, Willi Paul, *Los Estados Unidos de América*, México, Siglo XXI Editores, 1979.
- Águila, Rafael del, *Sócrates furioso. El pensador y la ciudad*, Barcelona, Anagrama, Colección Argumentos, 2004.
- Antología del Centenario*, México, Imp. Manuel Sánchez Leon, 1910. Bajo la dirección de Justo Sierra, compilación de Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. Edición facsimilar, dos tomos, México, D. F., Secretaría de Educación Pública, 1985.
- “Aportaciones de Rafael Altamira al resurgir de las relaciones culturales y educativas con Latinoamérica tras el 98”, Javier Ramos Altamira y Miguel A. Richart Bernardo, en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/aportacin-de-rafael-altamira-al-resurgir-de-las-relaciones-culturales-y-educativas-con-latinoamrica-tras-el-98-0/>.
- Arce Guerra, Francisco, Mílada Bazant y otros, *Historia de las profesiones en México*, México D. F., El Colegio de México, 1982.
- Arfuch, Leonor, *Crítica cultural, entre política y poética*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2008.
- , *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2007 (2002).
- Aron, Raymond, *El opio de los intelectuales*, Buenos Aires, Siglo XX, 1967.
- Ateneo de Madrid, Estatutos de 1936,
http://www.ateneodemadrid.com/old/biblioteca_digital/folletos/Estatutos-1838.pdf.
- Aub, Max, *Guía de narradores de la Revolución Mexicana*, México D. F., Colección Lecturas Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1985 [1ª edición FCE: 1969].
- Ávila Hernández, Julieta, *Luis Castillo Ledón (1874-1944). De savio a historiógrafo ateneísta, 1906-1911*, tesis de Maestría en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 2010.
- Ayala, María de los Ángeles, *Cartas inéditas de Rafael Altamira a Domingo Amunátegui Solar*, Alicante, España, Universidad de Alicante, 2006.

- Azuela, Mariano, *Correspondencia y otros documentos*, compilación de Beatrice Berler, Introducción, edición y notas de Víctor Díaz Arciniega. México, D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Bache Cortés, Yolanda y Margarita Bosque Lastra (curadoras), *Escenario del Duque Job. Exposición bibliohemerográfica*, México D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.
- Badinter, Élisabeth, *Las pasiones intelectuales*, 2 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 2007 y 2009 [1999 y 2002, primeras ediciones en francés].
- Baeza Flores, *Don Federico Henríquez y Carvajal, un siglo de conducta y de valor*, Habana, Cuba, Revista de la Habana, reimpreso del No. 50, octubre de 1946.
- Balcácer, Juan D. y Manuel A. García, *La independencia dominicana*, Madrid, Editorial Mapfre, 1992.
- Barba Jacob, Porfirio, *Escritos mexicanos*, investigación, selección y prólogo de Eduardo García Aguilar, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2009.
- Barcia, Pedro Luis, *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1994.
- Barrera Enderle, Víctor, *De la amistad literaria: ensayo sobre la genealogía de una amistad: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, 1906-1914*, Monterrey, Nuevo León, Festival Alfonsino, Universidad Autónoma de Nuevo León, 2006.
- Barrera Fuentes, Florencio, *Historia de la Revolución Mexicana. La etapa precursora*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1955.
- Bartholomew, Roy, *Mi recuerdo de Pedro Henríquez Ureña*, México, 1949.
- Benavides Hinojosa, Artemio, *Bernardo Reyes. Un liberal porfirista*, México D. F., Tusquets editores, 2009.
- Benichou, Paul, *La coronación del escritor 1750-1830. Ensayo sobre el advenimiento de un poder espiritual laico en la Francia moderna*, México, FCE, 1981.
- Bergson, Henri, *La evolución creadora*, Buenos Aires, Ed. Cactus, 2007.
- Berlin, Isaiah, *Contra la corriente: ensayos sobre historia de las ideas*, México, FCE, 1983.
- Bertaux, Daniel, *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2005.

- Bethell, Leslie (ed.), *Historia de América Latina*. Tomos 5 y 9. Barcelona, Crítica, 1991
[Cambridge: Cambridge University Press, 1985].
- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1996 [1977].
- Bosch, Juan, *Composición social dominicana: Historia e interpretación*, Santo Domingo, República Dominicana, 2005.
- , *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: El Caribe, frontera imperial*, Santo Domingo, República Dominicana, Alfa y Omega, 2003.
- Bourdieu, Pierre, *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- , *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1999.
- , *Intelectuales, política y poder*, Argentina, Eudeba, 1999.
- , *Las razones prácticas*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1977.
- , *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- , *Sociología y cultura*, México, Grijalbo/CONACULTA, 1990.
- Bourricaud, Francois, *Los intelectuales y las pasiones democráticas*, Traducción de Nora Pasternac, Marcela Pineda, María Isabel Hernández y Luis Prieto, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales, ENEP Acatlán, Instituto Francés de América Latina, 1990.
- Bringas, Guillermina y David Mascareño, *Esbozo histórico de la prensa obrera en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Camp, Roderic Ai, *Los intelectuales y el estado en el México del siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Campos, Rubén M., *El Bar. La vida literaria de México en 1900*, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1996.
- Cancino, Hugo (coord.), *Los intelectuales latinoamericanos entre la modernidad y la tradición, siglos XIX y XX*, Madrid: Iberoamericana; Frankfurt Am Main: Vervuert, 2004.
- Cano, Gabriela, *Se llamaba Elena Arizmendi*, México D. F., Tusquets Editores, 2010.
- Carballo, Emmanuel, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Segunda Serie de Lecturas Mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1986 [1965].
- Carrilla, Emilio, *Pedro Henríquez Ureña: tres estudios*, Tucumán, Argentina, Universidad Nacional de Tucumán, 1956.

Caso, Antonio, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, México D. F., Clásicos de la economía mexicana, Facultad de Economía/Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.

-----, *Obras completas, tomo IX. Discursos a la nación mexicana. El problema de México y la ideología nacional. Nuevos discursos a la nación mexicana*. México, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1976.

Castro, Pedro, *Soto y Gamma: genio y figura*, México D. F., Universidad Autónoma Metropolitana, 2002.

Ceballos, Ciro B., *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2006.

Chávez, Ezequiel A., *Obra filosófica y autobiográfica II*, México, D. F., El Colegio Nacional, 2002.

Chevalier, Francois, *América Latina de la independencia a nuestros días*, México, FCE, 2004 [1977].

Chomsky, Noam, *La responsabilidad de los intelectuales*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

Clark de Lara, Belem y Fernando Curiel Defossé (coordinación y estudio introductorio), *Revista Moderna de México. 1903-1911. I. Índices*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002.

----- (coordinación e introducción), *Revista Moderna de México. 1903-1911. II. Contexto*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas/UNAM, 2002.

Clark de Lara, Belem y Ana Luisa Laura Zavala Díaz (Introducción y rescate), *La construcción del modernismo*, México, UNAM, 2002.

----- y Elisa Speckman Guerra (editoras), *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico. Volumen I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2005.

-----, *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicos y otros impresos*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2005.

- , *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México Decimonónico. Volumen III. Galería de escritores*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2005.
- Clifford, James and Marcus George, *Writing culture: the poetics and politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press, 1986.
- Cockcroft, James D., *Precursores intelectuales de la Revolución Mexicana (1900-1913)*, México, Siglo Veintiuno editores/Secretaría de Educación Pública, 1985.
- Comte, Auguste, *Curso de filosofía positiva*, trad. J. M. Revuelta, Madrid, Aguilar, 1973.
- , *Discurso sobre el espíritu positivo*, trad. Consuelo Berges, Buenos Aires, Ed. M. Aguilar, 1958.
- Con certera visión: Isidro Fabela y su tiempo*, selección, introducción y nota preliminar de Fernando Serrano Migallón, México, FCE, 2000.
- Conferencias del Ateneo de la Juventud*. Prólogo, notas y recopilación de apéndices por Juan Hernández Luna. Anejo documental de Fernando Curiel Defosse. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2000. [Edición revisada y aumentada de la de 1962]
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana. La formación del nuevo régimen*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1985.
- Cosío Villegas, Daniel, *Memorias*, México D. F., Segunda serie de Lecturas mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1986 [Joaquín Mortiz 1976].
- , *Historia Moderna de México*, 10 tomos, México, Buenos Aires, Editorial Hermes, 1965.
- Crespo, Regina, *Itinerarios intelectuales, Vasconcelos, Lobato y sus proyectos para la nación*, México, UNAM, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, 2005.
- Crónica oficial de las fiestas del primer centenario de la Independencia*, publicada bajo la dirección de Genaro García, por acuerdo de la Secretaría de Gobernación, México, Museo Nacional, 1911. Edición facsimilar, Chimalistac, México, Centro de Estudios de Historia de México, 1991.
- Curiel Defosse, Fernando, *Ateneo de la Juventud, A-Z*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001.

- , *Elementos para un esquema generacional aplicable a cien años (aprox.) de literatura patria*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001.
- , *La querrela de Martín Luis Guzmán*, México, Oasis, 1987.
- , *La revuelta: Una interpretación del Ateneo de la Juventud (1906-1929)*, México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1999.
- , *Paseando por Plateros*. Colección Memoria y olvido: Imágenes de México. México, Cultura/Secretaría de Educación Pública-Martín Casillas Editores, 1982.
- , *sigloveinte@lit.mx. Amplio tratado de perspectiva generacional*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.
- , *Tarda necrofilia: itinerario de la segunda Revista Azul*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1996.
- Darío en México Un ambiente enrarecido*, coordinación y prólogo de Fernando Curiel Defossé, cronología general, crónica día a día y rescate documental de Edwin Alcántara Machuca, Octavio Olvera Hernández y Antonio Sierra García, Seminario de Investigación sobre Historia y Memoria Nacionales, UNAM, México, 2014.
- Darío, Rubén, *Azul...*, *El salmo de la pluma, Cantos de vida y esperanza, Otros poemas*, México, Porrúa, 1981.
- “De historias omitidas en la UNAM: acerca del ‘pretexto baladí’”, Susana García Salord, en *Jóvenes universitarios en Latinoamérica hoy*, M. H. Suárez y J. A. Pérez (coords.), México D. F., SES, UNAM; SIJ, UNAM; CIIJ; Miguel Ángel Porrúa, 2008.
- De la Serna, Juan Manuel, *El Caribe en la encrucijada de su historia, 1780-1840*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1993.
- Del Valle-Arizpe, Artemio, *Anecdotario de Manuel José Othón*, México, FCE, 1958.
- Deligne, Gastón, *Galaripsos*, Biblioteca Dominicana, vol. 3, Ciudad Trujillo, 1946.
- Descartes, René, *Las pasiones del alma*, trad. Consuelo Berges, México, CNA, Colección Cien del Mundo, 1993.
- Diamond, Jared, *Colapso: por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Barcelona, Random House Mondadori, 2006

Díaz Dufoo, Carlos, *Textos nerviosos*, México, La Matraca segunda serie, Instituto Nacional de Bellas Artes, Premia editora, 1984.

Díaz y de Ovando, Clementina, *La Escuela Nacional Preparatoria*, México, UNAM, 1972.

Diccionario de Política, Dir. Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, México, Siglo XXI, 1991.

Diccionario de Sociología, Eds. Salvador Ganier, Emilio Lamo de Espinosa y Cristóbal Torres, Madrid, Alianza, 1998.

Diccionario de Sociología, Luciano Gallino, México, Siglo XXI, 1995.

Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación, 1991.

Dosse, François, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, México, D. F., Universidad Iberoamericana, 2007.

Dumas, Claude, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, dos tomos, México, D. F., Coordinación de Humanidades, UNAM, traducción de Carlos Ortega, 1986 (1975, 1ª ed. en francés).

Dussel, Enrique, Eduardo Mendieta y Carmen Bohórquez (editores), *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y "latino"*, México, Siglo XXI Editores-CREFAL, 2009.

El Ateneo de la Juventud y la Plástica Mexicana, México, D. F., Museo Mural Diego Rivera, Instituto Nacional de Bellas Artes, 2010.

El Mensajero 1886-1889, tomo II, La Habana, Instituto de Historia, Comisión Nacional de la Academia de Ciencias de la República de Cuba, 1964.

"El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña", Guillermo Piña-Contreras, en Pedro Henríquez Ureña, *Ensayos críticos*, edición crítica, José Luis Abellán y Ana María Barrenechea (coords.), Universidad de Costa Rica-ALLCAXXI, 1998.

Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales, Dir. David L. Sills, Madrid, Aguilar, 1975.

Entrevista Díaz-Creelman, prólogo de José María Luján, traducción de Mario Julio del Campo, Cuadernos del Instituto de Historia, Serie Documental n. 2, UNAM, México, 1963.

Epistolario, Familia Henríquez Ureña, Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1994.

- Epistolario íntimo, 1906-1946/Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes*, tres tomos, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Dirección de Publicaciones, 1981-1983.
- Estadísticas sociales del Porfiriato 1877-1910*, Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística, México, 1956.
- http://www.inegi.gob.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/integracion/pais/historicas/porfi/ESPI.pdf
- Fabela, Isidro, *Mis memorias de la Revolución*, México, Editorial Jus, 1977.
- Falcón Martínez, Constantino, Emilio Fernández-Galiano y Raquel López Melero, *Diccionario de mitología clásica*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- Febres, Laura, *Pedro Henríquez Ureña: Crítico de América*, Caracas, La casa de Bello, 1989.
- Fernández MacGregor, *El río de mi sangre. Memorias*, Letras Mexicanas, FCE, México, 1969.
- Fernández Pequeño, José María, *Periplo santiaguero de Max Henríquez Ureña*, Santiago de Cuba, Caserón, 1989.
- Flores Magón, Ricardo, *et al.*, *Regeneración 1900-1918*. Prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, Era/Secretaría de Educación Pública, Lecturas Mexicanas, 1987.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI, 1995.
- , *Saber y verdad*, Madrid, Ediciones La Piqueta, 1991.
- Gamboa, Federico, *Mi diario V (1909-1911). Mucho de mi vida y algo de la de otros*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- García Cantú, Gastón, *Historia en voz alta: La Universidad*, México D. F., Cuadernos de Joaquín Mortiz, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.
- Garcidiego, Javier, *Alfonso Reyes. Breve biografía*, México, Editorial Planeta, 2009.
- , *Rudos contra científicos: la Universidad Nacional durante la revolución mexicana*, México: El Colegio de México, 1996.
- García Morales, Alfonso, *El Ateneo de México (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Consejo Superior de Investigación Científica, Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, 1992.
- García Naranjo, Nemesio, *El crepúsculo porfirista. Memorias*, México, D. F., La Serpiente Emplumada 10, Factoría Ediciones, 1998.

- Genaro Estrada: diplomático y escritor*, Colección del Archivo Histórico Diplomático Mexicano, México D. F., Secretaría de Relaciones Exteriores, 1978.
- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2000.
- Ghiraldo, A., *El Archivo de Rubén Darío*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1943.
- Giddens, Anthony, *La constitución de la sociedad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
- Gilliam, Bryan Randolph, *Vida de Richard Strauss*, trad. Ernesto Junquera, Cambridge, Cambridge University Press, 2002.
- Glantz, Margo, et al., *Figuras en el exilio*, México, Tusquets, Casa Refugio Citlaltépetl, 2002.
- Goico Castro, Manuel de Jesús, *Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.
- Gómez Robelo, Ricardo, Carlos Díaz Duffo Jr., *Obras*, recopilación y prólogo de Serge I. Zäitzeff, México, D. F., Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, 1981.
- Gómez Romero, Luis, *Manuel Gómez Morín*, colección Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana, dirigida por José Manuel Villalpando, México D. F., Planeta DeAgostini, 2002.
- González Gamio, Ángeles, *Manuel Gamio. Una lucha sin final*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2003 [corregida y aumentada de la 1ª edición de 1987].
- González Martínez, Enrique, *Preludios. Lirismos. Silenter. Los senderos ocultos*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México D. F., Editorial Porrúa, 1946.
- González Peña, Carlos, *Historia de la literatura mexicana. Desde los orígenes hasta nuestros días*, México D. F., Editorial Porrúa, 1960, séptima edición corregida [1928].
- , *La fuga de la quimera*, México D. F., Editorial Ofsset, 1986 [1919].
- Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1997 [5ª edición de la primera de 1984].
- Granados Chapa, Miguel Ángel, *Alfonso Cravioto, Un liberal hidalguense*, México, Océano-Gobierno del Estado de Hidalgo, 1984.
- Grimal, Pierre *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, Paidós, Barcelona, 2008 (París, 1951).
- Guedea, Virginia (coordinadora), *Asedios a los centenarios (1910 y 1921)*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- (editora), *Los discursos del Centenario de la Independencia en 1910*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.

- Guerra, Francois-Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica 2010 [1988].
- Guillén, Fedro, *Fabela y su tiempo. España. Cárdenas. Roosevelt*, México D. F., Facultad de Ciencias Políticas/Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- Guzmán, Martín Luis, *Obras completas*. Tres tomos. México D. F., Fondo de Cultura Económica, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2010 [tercera edición, en tres volúmenes].
- y Alfonso Reyes, *Medias palabras, correspondencia 1913-1959*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1991.
- Hal, Charles A., *Emilio Rabasa y la supervivencia del liberalismo porfiriano*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, Centro de Investigación y Docencia en Economía, 2011 [1ª ed. en inglés: 2008].
- Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del modernismo*, México, FCE, 1962.
- , “Hermano y maestro”, en Pedro Henríquez Ureña, *Retratos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- , *La independencia efímera*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1967.
- , *Los Estados Unidos y la República Dominicana. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos*, Habana, Imprenta “El Siglo XX”, s/f.
- , *Panorama histórico de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1965-1966.
- Henríquez Ureña de Hlito, Sonia, *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1993.
- Henretta, James A., W. Elliot Brownlee, David Brody, Susan Ware, Marilyn S. Johnson, *America’s History*, N. Y., Worth Publishers, 1997.
- Herrera Franyutti, Alfonso, *Martí en México*, México D. F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996.
- Highwater, Jamake, *Myth & Sexuality*, USA, Meridian, 1991.
- Historia general de México tomo2*, dirigida por Daniel Cosío Villegas, México D. F., El Colegio de México, 1988 [1976].
- Hoetink, H., *El pueblo dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica*, República Dominicana, Universidad Católica Madre y Maestra Santiago, 1971.

- Hofmeister, Wilhelm, H. C. Felipe Mansilla, (ed.), *Intelectuales y política en América Latina, el desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Argentina, Konrad-Adenauer-Stiftung, Homo Sapiens, 2003.
- Homenaje a Isidro Fabela*, tomo II, México, UNAM, 1959.
- Homenaje a Pedro Henríquez Ureña*, Universidad de Santo Domingo, Ciudad Trujillo, Pol Hns, 1947.
- Hostos, Eugenio María de, *Textos*, selección y notas de José Luis González, México: SEP-UNAM, 1982.
- Huizinga, Johan, *Homo ludens*, traducción de Eugenio Imaz, Madrid, Alianza Editorial/Emecé Editores, séptima reimpresión, 2008 [primera edición de 1972].
- Isidro Fabela. Pensador, político y humanista (1882-1964)*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, El Colegio Mexiquense, A. C., 1996.
- James, William, *Pragmatismo y cuatro ensayos de “el significado de la verdad”*, versión de Salvador Elizondo, México, Ed. Roble, 1963.
- Jiménez Grullón, Juan Isidro, *Pedro Henríquez Ureña: realidad y mito y otro ensayo*, Santo Domingo, Librería Dominicana, 1969.
- “Joaquín Eguía Lis”, en el portal del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, <http://info4.juridicas.unam.mx/unijus/cmp/leguniv/rectores/r1.pdf>.
- Julia, Julio Jaime, *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, República Dominicana, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1984.
- Kahn, J. S., *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Barcelona, Ed. Anagrama, 1975.
- Kant, Immanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres; Crítica de la razón práctica; La paz perpetua*, estudio introductorio y análisis por Francisco Larroyo, México, Porrúa, 1972.
- , *¿Qué es la Ilustración? y otros escritos de ética, política y filosofía de la historia*, editado por Roberto R. Aramayo, Madrid, Alianza, 2009.
- Katz, Friedrich, *La guerra secreta en México*, México D. F., Ediciones Era, novena reimpresión en un tomo, 2010 [1ª edición en inglés 1981].
- Kennedy, Michael, *Richard Strauss: man, musician, enigma*, Cambridge, United Kingdom, Cambridge University Press, 1999.
- Krauze, Enrique, *Cartas de la historia*, México D. F., Joaquín Mortiz, 1983.

- , *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 2000.
- , *Pedro Henríquez Ureña*, México, CONACULTA, Clío, 2000.
- La ciudad y el campo en la historia de México. Tomo I. Memoria de la VII Reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos*, Oaxaca, México, 23-26 de octubre de 1985. México. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- La poesía moderna en Cuba (1882-1925)*, antología elaborada por Félix Lizaso y José Antonio Fernández de Castro, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1926; reaparecida en edición facsimilar, México, Frente de Afirmación Hispanista, A. C., 2005.
- Lara, Juan Jacobo de, *Pedro Henríquez Ureña: su vida y su obra*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1975.
- , *Sobre Pedro Henríquez Ureña y otros ensayos*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1982.
- Leal, Luis, *Pedro Henríquez Ureña en México*, sl, sn, 19...
- Leander, Birgitta (coord.), *Europa, Asia y África en América Latina y El Caribe. Migraciones “libres” en los siglos XIX y XX y sus efectos culturales*, México, Siglo XXI-UNESCO, 1989.
- Lefevre, Lucien, *Martín Lutero*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 1956.
- Lejeune, Philippe, *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975.
- López, Rafael, *La Venus de la Alameda. Antología de Rafael López*, prólogo, selección y notas de Serge I. Zaïtzeff, México D. F., Sep-Setentas, Secretaría de Educación Pública, 1973.
- , *Prosas transeúntes*, México, Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1966.
- Los intelectuales y los dilemas políticos en el siglo XX*, comp. Laura Baca Olamendi, Isidro H. Cisneros, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Triana, 1997.
- “Los muchos ateneos. Genealogía y trayectoria del Ateneo de Juventud”, Susana Quintanilla, *20/10 Memoria de las revoluciones de México*, publicación de Reflejo GM de Medios, S. A. de C. V., n. 5, otoño de 2009.
- Luna Arroyo, Antonio, *Rescate de Ángel Zarraga*, México, D. F., Cuadernos Populares de Pintura Mexicana, publicados bajo la dirección de Antonio Luna Arroyo, 1969.
- Madariaga de la Campa, B., *José María Pereda y su tiempo*, Ayuntamiento de Polanco, Polanco, España, 2003.

- Madero, Francisco I., *La sucesión presidencial en 1910*, México D. F., Editorial FOCET, 1985 [San Pedro Coahuila, 1908].
- Magisterio y creación: los Henríquez Ureña*, estudio crítico y selección de Yolanda Ricardo, Santo Domingo, Academia de Ciencias de la República Dominicana, 2003.
- Mallo, Tomás, *Pedro Henríquez Ureña*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Cultura Hispánica, 1993.
- Mannheim, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, estudio preliminar de Louis Wirth, trad. Salvador Echevarría, México, FCE, 2004.
- María y Campos, Alfonso, *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 1980 [1975].
- Martí, José, *Obras Completas* (tomos 10 y 11). *En los Estados Unidos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975.
- Martínez, José Luis (selección, introducción y notas), *El ensayo mexicano moderno*, México D. F., Letras mexicanas/Fondo de Cultura Económica, edición refundida y aumentada, 1971 [1ª edición: 1958].
- , *Literatura mexicana. Siglo XX, 1910-1949*, México, D. F., Tercera serie de Lecturas Mexicanas, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990 [1ª edición de José Porrúa e Hijos, 1949].
- Martínez Assad, Carlos y Alicia Ziccardi (coordinadores), *1910: la Universidad Nacional y el barrio universitario*. Prólogo de José Narro Robles. México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- Mateo, Andrés L., *Pedro Henríquez Ureña: vida, enraciada y creación*, Santo Domingo, Comisión Permanente de la Feria del Libro, 2002.
- Matos Moctezuma, Eduardo, *Pedro Henríquez Ureña y su aporte al Folklore Latinoamericano*, México, INAH, 1981.
- Matute, Álvaro, *La Revolución Mexicana: actores, escenarios y acciones. Vida cultural y política, 1901-1929*, México, editorial Océano, 2010.
- Miller, Nicola, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-century Spanish America*, London, New York, Verso, 1999.
- Mills, C. Wright, *Sociología y pragmatismo*, Buenos Aires, Siglo XX, 1968.
- Miquel, Pierre, *El caso Dreyfus*, México, FCE, 1988.

- Molina Enríquez, Andrés, *Los grandes problemas nacionales*, México, Imprenta de A. Carranza, 1909.
- Monterde, Francisco, *Figuras y generaciones literarias*, México D. F., Biblioteca del Estudiante Universitario, Coordinación de Humanidades/UNAM, 1999.
- , *Salvador Díaz Mirón. El hombre y su obra*, México D. F., Editorial Domés, 1984.
- Morand, Paul, *Nueva York*, Ediciones Folio, Barcelona, ABC/Biblioteca del Viajero, traducción de Julio Gómez de la Serna, 2004 (1937, 1ª edición en español).
- Morison, Samuel Eliot y Henry Steele Commager, *Historia de los Estados Unidos de América*, tomo II, México, FCE, 1951 (edición en inglés, 1930).
- Morse, Richard M., et. al., *Las ciudades latinoamericanas. 2. Desarrollo histórico*, México, Setentas, 1973.
- Moya Pons, Frank, *Después de Colón. Trabajo, sociedad y política en la economía del oro*, Madrid, Alianza, 1987.
- Nervo, Amado, *Juana de Asbaje*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 [Madrid, Hijos de M. G. Hernández, 1910].
- Newman, Ernest, *Wagner: El hombre y el artista*, Madrid, Taurus, 1982 (*Wagner as man and artist*, trad. José María Martín Triana).
- Nietzsche, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia. O Grecia y el pesimismo*, Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2001, segunda reimpresión en Biblioteca de autor, 1ª edición, 1973.
- , *La genealogía de la moral. Un escrito polémico*, introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, segunda reimpresión en Biblioteca de autor, 1ª edición, 1972.
- Nolasco, Flérida, *Pedro Henríquez Ureña: síntesis de su pensamiento*, Santo Domingo, Caribe, 1966.
- Novo, Salvador, *La estatua de sal*, prólogo de Carlos Monsivais, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2008 (1ª edición CONACULTA, 1998).
- , *Nueva grandeza mexicana*, México D. F., Ediciones Era, 1967 (1ª edición: 1946).

- Ortega y Gasset, José, *En torno a Galileo / El hombre y la gente*, México, Editorial Porrúa, 3ª edición, 2001.
- Ortega y Gasset, José, *Sobre la razón histórica*, Madrid, Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1980, segunda edición revisada de la primera edición de la Revista de Occidente, 1979.
- Othón, Manuel José, *Obras Completas*, tomo I, obra poética compilada por José Antonio Peñalosa, Fondo de Cultura Económica, México, 1907.
- Pacheco, José Emilio, *Antología del modernismo*, 2 vols., UNAM, México, 1970.
- Padilla D'Onis, Luis, *Historia de Santo Domingo, 1ª parte Prehistoria Dominicana*, República Dominicana – México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1943.
- Pasquel, Leonardo, *Salvador Díaz Mirón*, Xalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1990 [1984].
- Pater, Walter, *Estudios Griegos*, traducido para la *Revista Moderna de México* por Pedro Henríquez Ureña, México, Imprenta de Ignacio Escalante, San Andrés núm. 69, 1908.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1987 [1950].
- Pierre-Charles, Gérard (ed.), *Política y sociología en Haití y la República Dominicana*, México, UNAM-IIS, 1974.
- , *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*, México, IIS-UNAM, 1974.
- Platón, *Diálogos*, Editorial Porrúa, colección “Sepan cuántos...” n. 13, México, vigésimosegunda edición, 1991.
- Plotkin, Mariano y Ricardo González Leandri, (ed.), *Localismo y globalización: aportes para una historia de los intelectuales en Iberoamérica*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, 2000.
- Pocciarelli, Eugenio, *Pedro Henríquez Ureña: Humanista*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 1984.
- Ponencias de la Semana Internacional en Homenaje a Pedro Henríquez Ureña en el Cincuentenario de su muerte, 1946-1996*, Santo Domingo, República Dominicana, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1996.

“Prologue to a Theory of the Revolutionary Intellectuals”, Alvin Gouldner, *Telos*, n. 6, invierno de 1975-1976, pp. 13-15.

Quintanilla, Susana, *A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la revolución mexicana*, México, D. F., Tusquets editores, 2009.

-----, “Nosotros” *La juventud del Ateneo de México. De Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán*, México D. F., Editorial Tusquets, Fundación Tv Azteca, 2008.

Ramírez Rancaño, Mario, *La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910*, México, D. F., Instituto de Investigaciones Sociales, Instituto de Investigaciones Históricas/Universidad Nacional Autónoma de México, 2002.

R. de Rodríguez Demorizi, Silveria, *Salomé Ureña de Henríquez*, Buenos Aires, Argentina: s/ed., 1944.

Rebolledo, Efrén, *Salamandra. Caro Victrix*, México D. F., La serpiente emplumada, Factoría ediciones, 2005.

Revista Moderna. Arte y Ciencia, edición facsimilar, 5 tomos, México D. F., Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural/UNAM, 1987.

Revistas literarias mexicanas modernas. Savia Moderna. Nosotros. Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1984.

Reyes, Alfonso, *Cartas a la Habana: Epistolario de Alfonso Reyes con Max Henríquez Ureña, José Antonio Ramos y Jorge Mañach*, México, UNAM, 1989.

-----, *Cartas mexicanas (1905-1959)*, selección e introducción de Adolfo Castañón, México, D. F., El Colegio de México, 2009.

-----, *Diario I. 1911-1927*, Edición crítica, introducción, notas, fichas biobibliográficas e índice de Alfonso Rangel Guerra, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2010.

-----, *Diario II. 1927- 1930*, Edición crítica, introducción, notas, fichas biobibliográficas e índice de Adolfo Castañón, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2010.

-----, *Diario íntimo 1911-1930*, Guanajuato, México, Universidad de Guanajuato, 1969.

-----, *Obras completas*. Versión digital: *Alfonso Reyes digital*. Obras completas y dos epistolarios. Biblioteca Virtual Andrés Bello de Polígrafos Hispanoamericanos, 2.

Bibliotecas Virtuales FHL (Fundación Hernando de Larramendi), Fundación MAPFRE TAVERA, Fondo de Cultura Económica.

----- y Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia I (1907-1914)*, México, Fondo de Cultura Económica, [1986] 2004.

Rodó, José Enrique, *Ariel*, México, Porrúa, 1968 (Montevideo, 1900).

-----, *Obras Completas*, edición, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Ed. Aguilar, Madrid, 1967.

Rodríguez, Néstor E., *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*, “Los espacios de la nación dominicana”, México, Siglo XXI, 2005.

Rodríguez Demorizi, Emilio, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo, Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, 1947.

Rodríguez Kuri, Ariel, *Historia del desasosiego. La revolución en la ciudad de México, 1911-1922*, México D. F., El Colegio de México, 2010.

Roggiano, Alfredo A., *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*, México, UNAM, 1989.

-----, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989.

Rojas Osorio, Carlos, *Filosofía moderna en el caribe hispano*, México, Universidad de Puerto Rico-Porrúa, 1997.

Rojas Garcidueñas, José, *El Ateneo de la Juventud y la Revolución*, México, Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1979.

Safranski, Rüdiger, *Nietzsche. Biografía de su pensamiento*, Barcelona, Fábula Tusquets Editores, 2004.

Sánchez Azcona, “Francisco I. Madero”, en *Tres revolucionarios. Tres testimonios, Tomo I*, prólogo de Octavio Paz. Primera edición de las tres biografías: México, 1936. México, Editorial Offset, S. A., 1986.

“Savia Moderna. Sus directores separados por el Atlántico. Carta de Alfonso Cravioto a Luis Castillo Ledón”, Julieta Ávila Hernández, en *Humanidades y Ciencias Sociales*, publicación de la Coordinación de Humanidades de la UNAM, marzo de 2007, Año III, número 19.

Schulman, Iván, *El proyecto inconcluso. La vigencia del modernismo*, México D. F., Universidad Nacional Autónoma de México, Siglo XXI editores, 2002.

- Sierra, Justo, *Obras completas XIV. Epistolario y papeles privados*, Edición establecida por Catalina Sierra de Peimbert, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Biblioteca Mexicana 62, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1991 [1948].
- , *Obras Completas, tomo V. Discursos*, edición preparada por Manuel Mestre Ghigliazza, revisada y ordenada por Agustín Yáñez, México, UNAM, 1948.
- Silva Herzog, Jesús, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, dos tomos, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1973 [1960].
- , *Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana*, México D. F., SEP SETENTAS, Secretaría de Educación Pública, 1973.
- Tablada, José Juan, *La feria de la vida. Memorias I*, México D. F., Nueva Biblioteca Mexicana, Coordinación de Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, 2010.
- , *Las sombras largas*, México D. F., Lecturas mexicanas, CONACULTA, 1993.
- , *Obras-IV. Diario (1900-1944)*, Edición de Guillermo Sheridan, México D. F., Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Taracena, Alfonso, *La verdadera revolución mexicana (1901-1911)*, Editorial Porrúa, Colección “Sepan cuántos...”, México 2005 [1960].
- , *José Vasconcelos*, México, Editorial Porrúa, colección “Sepan cuántos...”, 2005 [1982].
- Taylor, Ronald, *Wagner*, Buenos Aires, México, J. Vergara, 1987, (*Richard Wagner: his life, art and thought*, trad. Anibal Leal).
- Thompson, John B., *Ideología y cultura moderna*, México, Universidad Autónoma de México, 1998.
- Tocqueville, Alexis de, *El Antiguo Régimen y la revolución*, segundo tomo de *La democracia en América*, México, FCE, 1973.
- Torres Aguilar, Morelos, *Cultura y revolución. La Universidad Popular Mexicana (ciudad de México, 1912-1920)*, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.
- Torri, Julio, *Diálogo de los libros*, compilación de Serge I. Zaïtzeff, México, D. F., Fondo de Cultura Económica, colección Letras Mexicanas, 1980.

- , *De fusilamientos y otras narraciones*, México D. F., Lecturas mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1984.
- , *Epistolarios*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1995.
- Toscano, Carmen, *Memorias de un mexicano*, México D. F., Fundación Carmen Toscano, 1997 [tercera reimpresión de la primera edición de 1993].
- Toussaint, Manuel, *Obra literaria*, prólogo, bibliografía, recopilación y notas de Luis Mario Schneider, México D. F., Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de Investigaciones Estéticas/Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.
- Toussaint Alcaraz, Florence, *Escenario de la prensa en el Porfiriato*, México, Universidad de Colima, Fundación Manuel Buendía, 1989.
- Trejo Villalobos, Raúl, *Filosofía y vida: El itinerario filosófico de José Vasconcelos*, tesis doctoral, Universidad de Salamanca, Departamento de Filosofía, Lógica y Estética, Facultad de Filosofía, Salamanca, 2010.
- Turner, John Kenneth, *México bárbaro*, México, B. COSTA-AMIC, editor, 1975.
- Un destino compartido. 450 años de presencia de la Universidad en la Ciudad de México*, México D. F., Coordinación de Humanidades, Programa Universitario de Estudios sobre la Ciudad/UNAM, 2004.
- Urbina, Luis G., *Cuentos vividos y Crónicas soñadas*, edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Editorial Porrúa, segunda edición, 1971.
- Ureña de Henríquez, Salomé, *Poesías*, Madrid, Europa, 1920.
- , *Poesías completas*, Ciudad Trujillo, República Dominicana, Impresora Dominicana, 1950.
- Uribe, Álvaro, *Recordatorio de Federico Gamboa*, México D. F., Tusquets Ediciones, 2009.
- Urueta, Jesús, *Obras completas*, México D. F., Compañía Nacional Editora “Águilas”, 1930.
- Valadéz, José C., *La revolución y los revolucionarios. Tomo I. Parte 1. La crisis del porfirismo*. Artículos, entrevistas y reportajes de José C. Valadéz, Colección Memorias y testimonios, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2006.
- Valenzuela, Jesús E., *Mis recuerdos. Manojos de rimas*, México, D. F., Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2001.
- Valero Juan, Eva María, *Rafael Altamira y la “reconquista espiritual de América”*, Alicante, España, Universidad de Alicante, 2003.

Varios autores, *Evolución del Estado Mexicano, Tomo I Formación 1810-1910*, México, D. F., Ediciones El Caballito, 1992.

Vasconcelos, José, *Memorias II. El Desastre. El Proconsulado*. Colección Letras mexicanas, Fondo de Cultura Económica, 2007 [El Desastre, 1ª edición FCE: 1982, 1ª edición en Botas: 1938. El proconsulado, 1ª edición FCE: 1982, 1ª edición en Botas: 1939].

-----, *Ulises criollo*. Primera y segunda parte, México D. F., Lecturas mexicanas, Fondo de Cultura Económica, Secretaría de Educación Pública, 1982.

Velázquez Albo, María de Lourdes, *La participación estudiantil en el Congreso de 1910. Documentos históricos*, México D. F., Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación/UNAM, Plaza y Valdés, 2007.

-----, *Los congresos nacionales universitarios y los gobiernos de la Revolución, 1910-1933*, México, Centro de Estudios sobre la Universidad/ Universidad Nacional Autónoma de México, Plaza y Valdés Editores, 2000.

Villaseñor, Eduardo, *Memorias-Testimonio*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1974, primera edición.

Vital, Alberto, *Victoriano Salado Álvarez, 1867-1931. Un porfirista de siempre*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2002.

Weber, Max, *Economía y Sociedad*, México, FCE, 1992.

Wilkie, James W., "Primera reforma agraria en México, 1853-1909, a través de la estadística nacional", *México and the World*, Vol. 3, No. 3 (Summer 1998), http://www.profmex.org/mexicoandtheworld/volume3/3summer98/laestadistica_economica_p2.html.

Zaitzeff, Serge I., *Julio Torri y la crítica*, México D. F., Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981.

Zertuche, Fernando, *Luis Cabrera: Una visión de México*, México D. F., Segunda serie de Lecturas mexicanas, Secretaría de Educación Pública, 1988.

Zuleta Álvarez, Enrique, *Pedro Henríquez Ureña y su tiempo: vida de un hispanoamericano universal*, Buenos Aires, Catálogos, 1997.

Periódicos y Revistas

Boletín de la Escuela Nacional Preparatoria

El Diario del Hogar

El Imparcial

El Mundo Ilustrado

El País

El Popular

El Tiempo

El Tiempo Ilustrado

La Patria

Revista Moderna de México

Revista Positiva

Recursos electrónicos

Hemeroteca Nacional Digital de México, <http://www.hndm.unam.mx/>

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <http://www.cervantesvirtual.com/>

Academia Mexicana de Historia. <http://www.acadmexhistoria.org.mx/>